VIDAS DE LOS SANTOS DE BUTLER

EDICION COMPLETA EN CUATRO VOLUMENES

Traducida y adaptada al español por

WIFREDO GUINEA, S.J.

de la Segunda Edición Inglesa revisada por

HERBERT THURSTON, S.J.

y

DONALD ATTWATER



VOLUMEN IV

OCTUBRE · NOVIEMBRE · DICIEMBRE

Indice General en este Tomo

VIDAS DE LOS SANTOS
PUBLICADA POR
C. I. - JOHN W. CLUTE, S. A.
MÉXICO, D. F.

TÍTULO EN INGLÉS:
BUTLER'S LIVES OF THE SAINTS.
EDITED, REVISED AND SUPPLEMENTED BY
HERBERT THURSTON, S.J. AND DONALD ATTWATER
PUBLISHED IN 1954 BY BURNS & OATES, LTD.
LONDON, ENGLAND

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL
ENERO DE 1965
10,000 EJEMPLARES
AUTOR: ALBAN BUTLER (DIFUNTO)
TRADUCTOR: WIFREDO GUINEA, S.J.
OROZCO Y BERRA 180
MÉXICO 4, D. F.

DERECHOS © RESERVADOS A FAVOR DE
COLLIER'S INTERNATIONAL - JOHN W. CLUTE, S. A.
ABRAHAM GONZÁLEZ 3.
MÉXICO 1, D. F.

Nihil obstat: Armando Salcedo, S.J., Cens. Eccles.
Imprimi potest: Raphael Gómez Pérez, S.J., Praep. Prov. Mexic. Merid. Mexici, 5 Iun. an. D. 1964.

Imprimatur: †Miguel Darío Miranda, Arz. Primado. México, D. F. 29 de junio de 1964.

CONTENIDO DEL VOLUMEN IV

OCTUBRE

Pág.

NOVIEMBRE

DICIEMBRE

ABREVIATURAS BIBLIOGRAFICAS

Acta Sanctorum.—Así, sin ninguna otra especificación, se refiere al Acta Sanctorum de los Bolandistas.

BHG.—*Biblioteca Hagiográfica* de los Bolandistas.

BHL.—*Biblioteca Hagiográfica Latina* de los Bolandistas.

BHO.—*Biblioteca Hagiográfica Oriental* de los Bolandistas.

Burton and Pollen, LEM.—*Lives of the English Martyrs*, segunda serie, editada por E. H. Burton and J. H. Pollen.

Camm, LEM.—*Lives of the English Martyrs*, primera serie, editada por Bede Camm.

CMH.—*Comentario sobre el Martirologio Hieronimiano*, por H. Delehaye, sobre el "Acta Sanctorum", noviembre, volumen II, 2ª parte.

DAC.—*Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, editado por F. Cabrol y H. Leclercq.

DCB.—*A dictionary of Christian Biography*, editado por William Smith y Henry Wace.

DHG.—*Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastiques*, editado por A. Baudrillart *et al.*

DNB.—*The Dictionary of National Biography*, editado por Leslie Stephen *et al.*

DTC.—*Dictionnaire de Théologie Catholique*, editado por A. Vacant *et al.*

KSS.—*Kalendars of Scottish Saints*, editado por A. P. Frobes.

LBS.—*Lives of British Saints*, por S. Baring-Gould y John Fisher.

LIS.—*Lives of Irish Saints*, por John O'Hanlon.

Mabillon.—*Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, editado por J. Mabillon.

MGH.—*Monumenta Germaniae Historica*, editado por G. H. Pertz *et al.*

MMP.—*Memoires of Missionary Priests*, by Richard Challoner, con referencia a la edición 1924, editada por J. H. Pollen.

PG.—*Patrologia graeca*, editada por J. P. Migne.

PL.—*Patrologia latina*, editada por J. P. Migne.

REPSJ.—*Records of the English Province of the Society of Jesus*, editada por Henry Foley.

Ruinart.—*Acta primorum martirum sincera et selecta*, editada por T. Ruinart.

Stanton's *Menology.*—*A Menology of England and Wales*, por Richard Stanton.

VSH.—*Vitae Sanctorum Hiberniae*, editada por Charles Plummer.

Al citar la obra del Padre Delehaye, *Les Origines du culte des martyrs*, nos referimos a la segunda edición revisada, del año 1933.

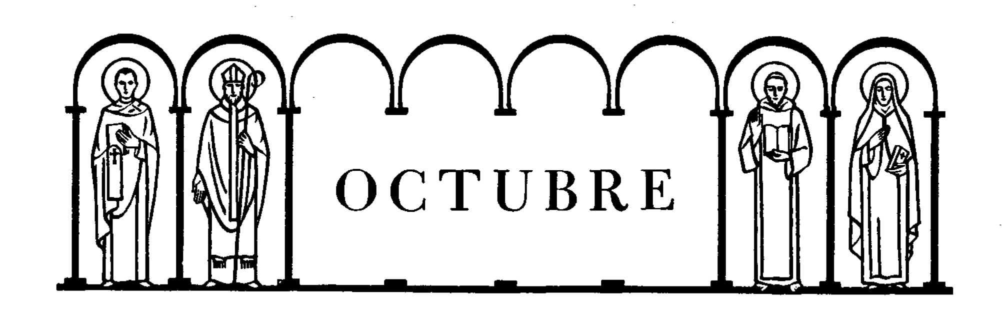
Existe una traducción al inglés de la obra *Les légendes hagiographiques* ("The Legends of the Saints") del Padre Delehaye, hecha por la Sra. V. M. Crawford sobre la primera edición. La tercera edición francesa (1927) es edición revisada y por tanto algunas veces hacemos referencia a ella.

El título inglés que aquí citamos como "Léon, *L'Auréole séraphique* (English translation)", es "*Lives of the Saints and Blessed of the Three Orders of St. Francis*" (1885-87),

por el P. Léon (Vieu) de Clary. Una edición corregida y aumentada de esta obra se comenzó a publicar en el año 1951: *Aureola Serafica*, en italiano, por el Padre G. C. Guzzo. En el año 1954 habían aparecido cuatro volúmenes que incluían desde enero hasta agosto.

No se ha juzgado necesario dar las referencias de obras tan conocidas como *Dictionary of Christian Biography*, los *Dictionnaires* publicados por Letouzey, y la *Histoire de l'Eglise*, aunque de ellas hacemos referencia en las notas bibliográficas.

Debemos hacer caer en la cuenta al lector, de una vez por todas, que tratándose de los santos y beatos modernos, la más segura fuente de información sobre el aspecto espiritual de sus vidas, es el *summarium de virtutibus*, junto con las notas críticas del *Promotor fidei*, los cuales están publicados en el proceso de beatificación. Para los demás santos nombrados en el Martirologio Romano, puede hacerse referencia al *Acta Sanctorum*, *Decembris Propylaeum: Martirologium Romanum ad forman editionis typicae scholiis historicis instructum* (1940). Esta gran obra trae un abundante comentario sobre los nombres incluidos en el Martirologio Romano, que enmienda, donde es necesario, las conclusiones que se encontraban en el antiguo *Acta Sanctorum* de sesenta volúmenes. Esta obra da por adelantado un material que se encontrará redactado con mayor amplitud en los siguientes volúmenes que están por publicarse. Esta obra es indispensable para cualquier estudio serio y para referencia.



1: SAN REMIGIO, Obispo de Reims (*c.* 530 p.c.)

SAN REMIGIO, el gran apóstol de los francos, se distinguió por su saber, santidad y milagros. Su episcopado, que duró más de setenta años, le hizo famoso en la Iglesia. Sus padres, de ascendencia gala, habitaban en Laon. Remigio hizo rápidos progresos en la ciencia. San Sidonio Apolinar, quien lo trató cuando era joven, le consideraba como uno de los más eminentes oradores de la época. A los veintidós años, es decir, a una edad en que difícilmente se obtiene la ordenación sacerdotal fue elegido obispo de Reims. A pesar de su juventud, recibió inmediatamente las órdenes sacerdotales y fue consagrado obispo. Su fervor y energía suplieron ampliamente la falta de experiencia. Sidonio Apolinar, a quien no faltaba ciertamente práctica en materia de panegíricos, describió en términos elogiosos la caridad y pureza con que el nuevo obispo ofrecía a Dios fragante incienso en el altar y el celo con que supo conquistar los corazones más rebeldes y hacerles aceptar el yugo de la virtud. El propio Sidonio Apolinar afirma que un vecino de Clermont le prestó un manuscrito con los sermones de San Remigio. "No sé, nos dice, cómo obtuvo ese ejemplar. Pero lo cierto es que no era un hombre interesado, puesto que me lo pasó gratuitamente en vez de vendérmelo". Después de leer los sermones, escribió a San Remigio que la delicadeza del pensamiento y la belleza de la expresión, los hacía comparables al cristal de roca, sobre el que se puede pasar el dedo sin descubrir la menor irregularidad. Con esa extraordinaria elocuencia (de la que no nos ha llegado desgraciadamente muestra alguna) y, sobre todo, con su santidad personal, San Remigio emprendió la tarea de evangelizar a los francos.

Clodoveo, el rey de la Galia del norte, era todavía pagano, aunque no se mostraba hostil a la Iglesia. Había contraído matrimonio con Santa Clotilde, hija de Chilperico, rey de Borgoña. Clotilde, que era cristiana, había multiplicado los intentos para convertir a su marido. Clodoveo aceptó que su hijo primogénito recibiese el bautismo, pero el heredero murió poco después y Clodoveo señaló como culpable a su esposa por haberle bautizado. "Si lo hubiésemos consagrado a mis dioses, le dijo, no habría muerto. Pero como le bautizamos en el nombre de tu Dios, era imposible que viviese". No obstante la acusación, Clotilde bautizó también al siguiente de sus hijos y el niño cayó enfermo. El. rey se enfureció: "¡Mira los efectos del bautismo! gritó colérico. Nuestro hijo está condenado a muerte, como su hermano, por haber sido bautizado en el nombre de Cristo". Aunque el niño recuperó la salud, el reacio Clodoveo necesitaba todavía mayores pruebas para convertirse. Finalmente, el dedo de Dios se manifestó en forma irrecusable el año 496, cuando los germa-

nos cruzaron el Rin y los francos salieron a combatirlos. Un relato cuenta que Santa Clotilde se despidió de su esposo con estas palabras: "Señor, si queréis obtener la victoria, invocad al Dios de los cristianos. Si tenéis confianza en El, nadie será capaz de resistiros". El belicoso monarca prometió convertirse al cristianismo si salía victorioso. El triunfo le parecía imposible a Clodoveo cuando, movido por la desesperación o por el recuerdo de las palabras de su esposa, gritó hacia el cielo: "¡Oh Cristo, a quien mi esposa invoca como Hijo de Dios, te pido que me ayudes! He invocado a mis dioses, y se han mostrado impotentes. Ahora te invoco a Ti. Creo en Ti. Si me salvas de mis enemigos, recibiré el bautismo en tu nombre". Al punto, los francos atacaron a los contrarios con extraordinario valor y los germanos quedaron derrotados.

Se dice que, al regreso de esa expedición. Clodoveo pasó por Toul para ver a San Vedasto, a quien pidió que le instruyese en la fe durante el viaje. Pero entretanto Santa Clotilde, temerosa de que su esposo olvidase su promesa una vez pasado el entusiasmo de la victoria, mandó llamar a San Remigio y le pidió que aprovechase la ocasión para tocar el corazón de Clodoveo. Cuando el rey divisó a su esposa al volver de la guerra, gritó: "Clodoveo ha vencido a los germanos y tú has vencido a Clodoveo. Por fin has conseguido lo que tanto deseabas". Santa Clotilde respondió: "Los dos triunfos son obra del Señor de los ejércitos". El monarca dijo a su mujer que el pueblo se resistiría tal vez a olvidar a sus antiguos dioses, pero que él iba a tratar de convencerlo, siguiendo las instrucciones de San Remigio. Así pues, reunió a los oficiales y a los soldados. Pero, antes de que tuviese tiempo de dirigirles la palabra, todo el ejército gritó al unísono: "Abjuramos de los dioses mortales y estamos prontos a seguir al Dios inmortal que predica Remigio". San Remigio y San Vedasto procedieron a instruir al pueblo para el bautismo. Con el fin de impresionar la imaginación de aquel pueblo bárbaro, Santa Clotilde mandó que se adornase con guirnaldas la calle que conducía del palacio a la iglesia y que en ésta y en el bautisterio se encendiese un gran número de antorchas y se quemase incienso para perfumar el ambiente. Los catecúmenos se dirigieron a la iglesia en procesión, cantando las letanías y cargando cada uno una cruz. San Remigio conducía de la mano al rey, seguido por la reina y todo el pueblo. Se dice que ante la pila bautismal el santo obispo dirigió al rey estas palabras memorables: "Humíllate, Sicambrio; adora lo que has quemado y quema lo que has adorado." Esta frase resume perfectamente el cambio que la penitencia debe operar en cada cristiano.

Más tarde, San Remigio bautizó a las dos hermanas del rey y a tres mil de sus soldados, sin contar las mujeres y los niños. En la tarea, le ayudaron otros obispos y sacerdotes. Hincmaro de Reims, quien escribió la biografía de San Remigio en el siglo IX, es el primer autor que menciona la siguiente leyenda: como los acólitos hubiesen olvidado el crisma para las unciones en el bautismo de Clodoveo, San Remigio se puso en oración; al punto bajó del cielo una paloma que llevaba en el pico una ampolleta con el santo crisma. En la abadía de San Remigio se conservó la pretendida reliquia y se empleó en la consagración de los reyes de Francia hasta la coronación de Carlos X, en 1825. Aunque la Revolución destruyó la reliquia, los fragmentos de la "Santa Ampolla" se conservan todavía en la catedral de Reims. Se dice también que San Remigio confirió a Clodoveo el poder de curar "el mal de los reyes" (la escrófula); en todo caso, en la ceremonia de la coronación de los reyes de

Francia hasta Carlos X, se hacía mención de ese poder, relacionado con las reliquias de San Marculfo, quien murió hacia el año 558.

Bajo la protección de Clodoveo, San Remigio predicó el Evangelio a los francos. Dios le favoreció con un don extraordinario de milagros, si hemos de creer lo que cuentan sus biógrafos. Los obispos reunidos en Lyon en un sínodo contra los arrianos declararon que se habían sentido movidos a defender celosamente la fe católica por el ejemplo de Remigio, "quien con múltiples milagros y signos ha destruido en todas partes los altares de los ídolos." El santo promovió especialmente la ortodoxia en Borgoña, que estaba infestada de arrianos. En un sínodo que tuvo lugar el año 517, San Remigio convirtió a un obispo arriano que había ido a discutir con él. Poco después de la muerte de Clodoveo, los obispos de París, Sens y Auxerre escribieron a San Remigio a propósito de un sacerdote llamado Claudio, a quien el santo había ordenado a instancias de Clodoveo. Los obispos le echaban en cara el haber concedido la ordenación a un hombre indigno, le acusaban de haberse vendido al monarca e insinuaban cierta complicidad en los abusos financieros cometidos por Claudio. San Remigio no tuvo empacho en responder a los obispos que tales acusaciones les habían sido dictadas por el despecho; sin embargo, su respuesta era un modelo de caridad y paciencia. Por lo que se refería al desprecio con que consideraban su avanzada edad, el santo contestó: "Más bien deberíais regocijaros fraternalmente conmigo, pues, a pesar de mi edad, no tengo que comparecer ante vosotros como acusado ni pediros misericordia." En cambio, empleaba un tono muy diferente al hablar de cierto obispo que había ejercido la jurisdicción fuera de su diócesis: "Si Vuestra Excelencia ignoraba los cánones, el mal consistió en atreverse a salir de la diócesis antes de haberlos estudiado... Tenga cuidado Vuestra Excelencia en no violar los derechos ajenos, si no quiere perder los propios."

San Remigio murió hacia el año 530. San Gregorio de Tours le describe como "hombre de gran saber, muy amante de los estudios de retórica, e igual en santidad a San Silvestre".

Aunque es auténtica la carta en que Sidonio Apolinar (ese "panegirista inveterado", como se le ha llamado) ensalza con entusiasmo los sermones de San Remigio, la mayoría de las fuentes sobre él son poco satisfactorias. La corta biografía atribuida a Venancio Fortunato no es obra de este autor y data de una época posterior. Por otra parte, la *Vita Remigii* de Hincmaro de Reims data de tres siglos después de la muerte del santo y es sospechosa por la cantidad de milagros que narra. Así pues, tenemos que basarnos en las escasas referencias que se encuentran en los escritos de San Gregorio de Tours. A esto se añaden una o dos frases de las cartas de San Avito de Vienne, de San Nicecio de Tréveris, etc., y tres o cuatro cartas del propio San Remigio. La cuestión de la fecha, el sitio y la ocasión del bautismo de Clodoveo, ha dado lugar a interminables discusiones, en las que han tomado parte eruditos tan distinguidos como B. Krusch, W. Levison, L. Levillain, A. Hauck, G. Kurth y A. Poncelet. Se encontrará un resumen detallado de dicha controversia en el artículo *Clodoveo*, DAC., vol. III, cc. 2038-2052. Se puede decir que hasta ahora no se ha encontrado ningún argumento decisivo para echar por tierra la teoría tradicional que hemos expuesto en nuestro artículo, cuando menos por lo que se refiere al hecho sustancial de que Clodoveo fue bautizado en Reims por San Remigio el año 496, o poco después, a raíz de una victoria sobre los germanos, B. Krusch hizo una edición de los principales documentos relacionados con el asunto, incluyendo el *Liber Historiae*. Ver también BHL., nn. 7150-7173; G. Kurth, *Clovis* (1901), sobre todo vol. II. pp. 262-265; y cf. R. Hauck, *Kirchengeschichte Deutchland*, vol. I (1904,), pp. 119, 148, 217, 595-599. Existen varias biografías poco críticas, de tipo popular, como las de Haudecoeur, Avenay, Carlier y otros. En cuanto al poder de curación de los Reyes de Francia, véase

Le Roi Thaumaturges de M. Bloch (1924). Acerca de la "Santa Ampolla", cf. F. Oppenheimer, *The Legend of the Sainte Ampoule* (1953).

SAN ROMAN EL MELODISTA (Siglo VI)

LA COMPOSICIÓN de himnos litúrgicos ha sido ocupación predilecta de muchos varones de Dios. San Román, a quien se venera como santo en el oriente, es el más grande de los compositores de himnos de la liturgia griega. Era originario de Emesa de Siria y llegó a ser diácono de la iglesia de Beirut. Durante el reinado del emperador Anastasio I se trasladó a Constantinopla. Fuera de que escribió muchos himnos (algunos de ellos en forma de diálogo), no sabemos de su vida más de lo que narra la leyenda incluida en el "Menaion" griego. Una noche, la Santísima Virgen se le apareció en sueños, le entregó un rollo de papel y le dijo: "Toma y come". Así lo hizo el santo, en sueños. A la mañana siguiente, se despertó presa de un gran entusiasmo poético y se dirigió a la iglesia de la Santísima Madre de Dios, en Constantinopla para asistir a la liturgia de Navidad. En el momento en que se trasportaba en solemne procesión el libro de los Evangelios, San Román se aproximó al palio e improvisó el himno que comienza con las siguientes palabras: "El día de hoy la Virgen da a luz al Ser trascendente y la tierra ofrece refugio al Inaccesible. Que los ángeles se unan a los pastores para glorificar al Señor, y que los magos sigan la estrella, porque hoy nos ha nacido un niño que era Dios antes del comienzo del tiempo." En la actualidad, se canta todavía en el rito bizantino este resumen de la fiesta de la Natividad.

Se conservan unos ochenta himnos de San Román, aunque no todos completos. Son obras de intenso sentimiento y de estilo dramático. Desgraciadamente, como tantas otras composiciones literarias del rito bizantino, los himnos de San Román son con frecuencia demasiado extensos y rebuscados. Los temas, muy variados, proceden del Antiguo y del Nuevo Testamento y de las fiestas litúrgicas.

Se ha discutido mucho si San Román vivió en la época del emperador Anastasio I (491-518), o en la de Anastasio II (713-715). Krumbacher se inclinaba al principio por la primera opinión, pero más tarde favoreció más bien la segunda (*Sitzungsberichte* de la Academia de Munich, 1899, vol. II, pp. 3-156). La teoría más común es que San Román vivió en el siglo VI; si hubiese vivido dos siglos más tarde, sería casi inconcebible que no hubiese hecho mención de la crisis iconoclasta. Los especialistas en cuestiones bizantinas han estudiado mucho últimamente la obra de San Román. Véase G. Cammelii, *Romano il melode: Inni* (1930); E. Mioni, *Romano il melode* (1937, con una bibliografía); y E. Wellesz, *A History of Byzantine Music and Hymnography* (1949). En *Byzantinische Zeitschrift*, vol. XI (1912), pp. 358-369, el P. Petrides cita íntegramente el oficio litúrgico de la Iglesia griega consagrado a San Román. Se ha dicho que San Román compuso un millar de himnos; el P. Bousquet, *Echos d'Orient*, vol. III (1900), pp. 339-342, opina que ese número es exagerado y que probablemente se trata de mil estrofas. Véase a J. M. Neale *Hymns of the Eastern Church* (1863); J. B. Pitra, *L'hymnographie de l'Eglise Grecque* (1867) y *Analecta Sacra...*, vol. I (1876); K. Krumbacher, *Geschichte der byzantinischen Literatur* (1897).

SAN MELAR o MELORIO, MÁRTIR (Fecha desconocida)

LA IGLESIA del gran monasterio de Amesbury, en el Wiltshire, estaba dedicada a Nuestra Señora y a San Melar y las supuestas reliquias del santo se conser-

vaban ahí. Por otra parte, muchos pueblecitos del norte y del oeste de Inglaterra tenían por patrono a San Melar, así como tres iglesias de Cornwall: Mylor, Linkinhonre y Merther Mylor. La biografía medieval de San Melar Mártir, resumen de una obra francesa que fue probablemente escrita en Amesbury, afirma que el santo era hijo de Meliano, duque de Cornouailles, en Bretaña. Cuando Melar tenía siete años, su tío Rivoldo asesinó a Meliano y se apoderó del ducado. Inmediatamente mandó cortar a Melar la mano derecha y el pie izquierdo y le encerró en un monasterio. A los catorce años de edad, San Melar era ya tan famoso por sus milagros, que Rivoldo empezó a recelar de su poder. Así pues, Rivoldo pagó cierta suma a Cerialtano, el guardián del joven para que le diese muerte. El esbirro se encargó de cortarle la cabeza. El cadáver del santo obró varios milagros antes de recibir honrosa sepultura; uno de los principales fue la muerte inexplicable de su asesino. Muchos años más tarde, ciertos misioneros trasladaron las reliquias de San Melar a Amesbury y el cielo impidió, con milagros, que las sacasen de ahí. La leyenda que corría en Cornwall durante la Edad Media, era sustancialmente idéntica; sin embargo, el relato escrito por Grandisson, obispo de Exeter, sitúa los hechos en Devon y Cornwall. La leyenda bretona, tal como la redactó Alberto el Grande en el siglo XVII, es más larga y detallada, gracias al poder de invención del autor. El P. Duine consideraba la leyenda del príncipe mártir como "una fábula construida con ciertos elementos del folklore y de las pseudogenealogías célticas, según el gusto de las novelas hagiográficas de los siglos XI y XII". En el mejor de los casos, el único fundamento que puede tener la leyenda de San Melar es el asesinato de algún joven noble e inocente.

Durante el reinado de Atelstano, fueron trasladadas al sur y al oeste de Inglaterra las reliquias de muchos santos bretones. El canónigo G. H. Doble opina que las reliquias de San Melar fueron a dar a Amesbury y que a ello se debe la relación del santo con dicho sitio. El mismo autor piensa que el nombre de Mylor de Cornwall estaba relacionado originalmente con San Melorio (un obispo bretón) y no con el de San Melar. San Melorio dio su nombre a la población de Tréméloir. Era uno de los compañeros de San Sansón de Dol. La situación geográfica de las tres iglesias dedicadas a San Melar en Cornwall favorecen la hipótesis del vínculo con San Sansón. La fiesta patronal de Mylor de Falmouth se celebraba el 21 de agosto (no el 1º o el 3 de octubre, que son los días consagrados a San Melar), en tanto que la fiesta de Tréméloir ocurre el último domingo de agosto. No hay que confundir a San Melar y a San Melorio con San Maglorio (24 de octubre), por más que los tres nombres se deriven de la misma raíz. La tradición sitúa la muerte de San Melar en Lanmeur, de la diócesis de Dol. Se cuenta que el santo sustituyó por una mano de plata y por un pie de bronce los miembros que le habían sido cortados, y que tanto la mano como el pie de metal funcionaban como si fuesen de carne y hueso y aun crecían con el resto del cuerpo. Esta leyenda se aplica también a otros santos en el folklore céltico. La imagen de San Melar formaba parte de los frescos en la capilla del Colegio Inglés de Roma.

El folleto de canónigo Doble, *St. Melor*, que forma parte de su colección sobre los *Santos de Cornwall*, es sin duda el estudio más serio que se ha hecho hasta ahora de esta oscura leyenda. En dicho folleto se hallará la traducción de un ensayo debido a la pluma de René Larguillière. Menos importantes son los relatos que se encuentran en LBS., vol. II,

p. 467; y Stanton, *Menology*, p. 468. Véase también *Analecta Bollandiana*, vol. XLVI (1928), pp. 411-412.

SAN BAVON (*c.* 655 P.C.)

ESTE famoso ermitaño, conocido también con el nombre de Alowino, era un noble originario de Hesbaye de Brabante. Habiendo llevado durante muchos años una vida muy borrascosa, quedó viudo y se convirtió a Dios durante un sermón que San Amando predicó en Gante. En seguida, distribuyó todas sus posesiones entre los pobres e ingresó en el monasterio de Gante que más tarde tomó su nombre. Recibió ahí la tonsura de manos de San Amando, quien le animaba a progresar diariamente en el amor a la penitencia y a la práctica de la virtud, diciéndole: "Cuando un alma ha tenido la dicha de comprender la vanidad de este mundo y la profundidad de su propia miseria, comete una verdadera apostasía si no se despega cada vez más del mundo y se acerca cada vez más a Dios." Según parece, San Bavón acompañó a San Amando en sus viajes misionales a Francia y Flandes, donde dio ejemplo de humildad de corazón, de mortificación del propio gusto y de rigor en la mortificación. Al cabo de algún tiempo, San Amando le dio permiso de retirarse a la vida eremítica. Se cuenta que San Bavón habitó al principio en el hueco del tronco de un árbol enorme. Más tarde, se construyó una celda en Mendock donde vivió sin más sustento que las yerbas y el agua.

En cierta ocasión, para hacer penitencia por haber vendido a un hombre como esclavo, hizo que éste le condujese encadenado a la prisión de la localidad. Al cabo de algunos años, el santo retornó al monasterio de Gante, cuyo abad, Floriberto, había sido nombrado por San Amando. Con permiso de su superior, San Bavón se construyó una celda en un bosque vecino y en ella vivió hasta el fin de su vida. San Amando y San Floriberto le asistieron en el lecho de muerte, y la tranquilidad con que el santo vio venir su fin impresionó a todos los presentes. San Bavón es el patrono de las catedrales y de las diócesis de Gante y Haarlem, en Holanda.

En *Acta Sanctorum*, octubre, vol. I, hay dos o tres biografías de San Bavón. La más antigua ha sido reeditada por B. Krusch en MGH., *Scriptores merov.*, vol. IV, pp. 527-546. Krusch afirma que dicha biografía fue escrita en el siglo IX, y la considera de poco valor histórico. Véase también Van der Essen, *Etude ... sur les saints mérov.*, (1907), pp. 349-357; E. de Moreau, *St Amand* (1927), pp. 220 ss.; R. Podevijn, *Bavo* (1945); y *Analecta Bollandiana*, vol. LXIII (1945), pp. 220-241; en esta última obra, el P. M. Coens discute entre otras cosas la cuestión de si San Bavón fue obispo o no lo fue.

BEATO FRANCISCO DE PESARO (*c.* 1350 P.C.)

FRANCISCO, conocido también con el nombre de Cecco, nació en Pésaro. Sus padres le dejaron una cuantiosa herencia, pero él decidió repartirla entre los pobres y consagrarse al servicio de Dios. Así pues, el año 1300, ingresó en la Tercera Orden de San Francisco y se retiró a una ermita que había construido en la ladera de Monte San Bartolo, en las cercanías de Pésaro. Pronto se le unieron numerosos discípulos. Para darles de comer, el beato solía pedir limosna en los pueblos vecinos, de suerte que el pueblo empezó a venerarle pronto por su bondad y caridad. Así vivió Francisco cerca de cincuenta años, durante los cuales

le ocurrieron los sucesos más extraordinarios. Por ejemplo, en cierta ocasión en que había ido a Asís con sus compañeros para ganar la indulgencia de la Porciúncula, tuvo que detenerse en Perugia y envió a sus compañeros por delante. Cuál no sería la sorpresa de éstos cuando, al llegar a la ermita, le encontraron ahí, esperándolos. Pero este hecho puede explicarse naturalmente, hay que reconocerlo, dado que el beato conocía bien los atajos de la región. En realidad, los biógrafos antiguos, dejándose llevar por el entusiasmo, exageraron varios hechos de este tipo en las vidas de los santos.

El Beato Francisco no tenía nada de "aristócrata", en el mal sentido de la palabra y aceptaba gustosamente las invitaciones que le hacían las gentes sencillas. Pero en tales ocasiones tenía buen cuidado de no dejarse llevar por el atractivo de los buenos platillos y dominaba perfectamente toda manifestación de gula. Y era éste un vicio que reprendía ásperamente en los demás. En cierta ocasión en que se hallaba enfermo, sus discípulos mataron un pollo para prepararlo exquisitamente y conseguir que el beato comiese. Francisco, echando de menos al pollo en el gallinero, preguntó donde estaba y, cuando supo lo que habían hecho sus discípulos, los reprendió severamente, diciéndoles: "Los gallos merecen nuestro agradecimiento porque a la aurora nos llaman a la oración. Constituye una falta el haber matado a ese pollo, aunque haya sido por compasión por mí, ya que su voz me reprochaba todas las mañanas mi pereza en el servicio de Dios y me obligaba a levantarme para alabarle." El biógrafo del beato cuenta que éste se puso entonces a orar por el pollo, que estaba ya desplumado, y que su oración consiguió devolverle no sólo la vida, sino también las plumas . . . El Beato Francisco ayudó a la Beata Micaelina Metelli a fundar la Cofradía de la Misericordia en Pésaro y a construir un hospital para mendigos y peregrinos en Almetero. Francisco fue sepultado en la catedral de Pésaro. Su culto, que data de muy antiguo, fue confirmado por Pío IX.

En *Acta Sanctorum* hay una breve biografía medieval (agosto, vol. I). Véase también Mazzara, *Leggendario Francescano* (1679), vol. II, pp. 199-202; y Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 547 ss.

BEATO NICOLAS DE FORCA PALENA (1449 P.C.)

DESPUÉS de haber ejercido el ministerio como sacerdote diocesano en su pueblo natal de los Abruzos, Nicolás se trasladó a Roma. Ahí se sintió llamado a la vida eremítica y fundó una congregación de ermitaños bajo el patrocinio de San Jerónimo. La cuantiosa herencia que le dejó un amigo, le permitió establecer la congregación en Nápoles. El Papa Eugenio IV le cedió un monasterio en Florencia para que extendiese la fundación a esa ciudad. Además, el Beato Nicolás fundó otra comunidad en el Janículo de Roma, en la iglesia de San Onofre, que es en la actualidad un título cardenalicio. En aquella época, existía otra congregación de ermitaños de San Jerónimo, tanto en Roma como en otras ciudades, fundada por el Beato Pedro de Pisa. El Beato Nicolás fusionó ambas congregaciones. Su muerte ocurrió en 1449, cuando tenía cien años de edad. Su culto fue confirmado en el seno de la congregación de los Jerónimos en 1771; pero el Papa Benedicto XIV no quiso proceder a la beatificación solemne.

Los bolandistas no encontraron ninguna biografía medieval del beato. Así pues, se limitaron a publicar una serie bastante abundante de noticias biográficas de época posterior, tomadas principalmente de *Historica Monumenta* de Sajanello (septiembre 29). Existen pruebas felacientes de la existencia del culto del beato en el siglo XVII.

LOS MARTIRES DE LONDRES DE 1588

El 28 de agosto se recuerda a los mártires que sufrieron en Londres al desatarse la persecución de julio de 1588, como consecuencia, o mejor dicho, represalia, de la alarma provocada por las amenazas de invasión de la española y cristiana Armada Invencible. En octubre de ese año hubo una serie de ejecuciones en las provincias: cuatro católicos fueron martirizados en Canterbury y otros tres en diferentes ciudades. El Beato Roberto Wilcox nació en Chester, en 1586. Hizo sus estudios en el Colegio Inglés de Reims y fue enviado a la misión inglesa en 1586. Empezó a trabajar en Kent; pero ese mismo año fue arrestado y encarcelado en Marshalsea. Condenado a muerte, fue ahorcado, arrastrado y descuartizado en las afueras de Canterbury, en el sitio llamado Oaten Hill. Con él murieron los beatos Eduardo Campion, Cristóbal Buxton y Roberto Widmerpool. Campion (cuyo verdadero apellido era Edwards) había nacido en Ludlow, en 1552. Pasó dos años en el Jesus College, de Oxford. Cuando se hallaba al servicio de Lord Dacre, se reconcilió con la Iglesia. En 1586, fue a estudiar a Reims, donde tomó el nombre de Campion. A principios del año siguiente, fue ordenado sacerdote de la diócesis de Canterbury y volvió inmediatamente a Inglaterra. Fue arrestado en Sittingbourne y encarcelado, primero en Newgate y después en Marshalsea. El P. Buxton era originario de Derbyshire. Tuvo como profesor en la escuela al Venerable Nicolás Garlick e hizo sus estudios sacerdotales en Reims y en Roma. Fue arrestado poco después de su vuelta a Inglaterra. Estos tres sacerdotes seculares fueron condenados por haber vuelto al reino en calidad de sacerdotes. El Beato Cristóbal era el más joven de los mártires. Los verdugos creyeron que conseguirían amedrentarle obligándole a presenciar el martirio de sus compañeros, pero, cuando le ofrecieron la libertad al precio de la apostasía, Cristóbal replicó que preferiría morir mil veces antes que aceptar tal proposición. En la prisión de Marshalsea escribió un "Rituale", que se conserva todavía como una reliquia. El señor Widmerpool, el cuarto de los mártires de Canterbury, era un laico. Había nacido en Widmerpool, localidad de Nottinghamshire y había hecho sus estudios en el Gloucester Hall de Oxford, donde obtuvo el título de maestro de escuela. Durante algún tiempo, fue tutor de los hijos del conde de Nortumbría. Se le acusó de haber ayudado a un sacerdote al darle refugio en la casa del conde. Antes de ser ahorcado, el beato dio gracias a Dios por haberle concedido el privilegio de morir por la fe en la misma ciudad que Santo Tomás Becket.

El mismo día, fueron ejecutados en Chichester los Beatos Rodolfo Crockett y Eduardo James, y el Beato Juan Robinson, en Ipswich. Los tres eran sacerdotes seculares, y ésa fue la causa de su condenación. Crockett y James fueron arrestados en el barco en que se dirigían a Littlehampton, en abril de 1586. El primero había nacido en Barton-on-the-Hill, en Cheshire, y había hecho sus estudios en el Christ's College, de Cambridge, y en Gloucester Hall, de Oxford. Había ejercido en Anglia del este el cargo de maestro de escuela antes

de pasar al colegio de Reims. El segundo, nacido en Breaston del Derbyshire, había sido educado en el protestantismo en la escuela de Derby y en St. John's College de Oxford. Después de su conversión, se trasladó a Reims, y más tarde a Roma, donde recibió la ordenación sacerdotal de manos de Goldwell de Saint Asaph. Ambos beatos fueron arrestados y conducidos a la prisión de Londres. Ahí permanecieron más de dos años y medio. Después del fracaso de la Armada Invencible, comparecieron ante el tribunal de Chichester, que decidió hacer con ellos un escarmiento. La historia de Juan Robinson no es muy diferente. Había nacido en Ferrensbery, en el Yorkshire. Cuando quedó viudo, pasó a Reims, donde su hijo Francisco estudiaba también para el sacerdocio. Recibió la ordenación sacerdotal en 1585. Fue arrestado en cuanto puso el pie en tierra inglesa. Después de pasar algún tiempo en la prisión de Clink, en Londres, compareció ante el tribunal, que le condenó a muerte. El día en que llegó a Ipswich la autorización oficial para la ejecución (28 de septiembre de 1588), el beato "se llenó de alegría, regaló todo su dinero al portador de la autorización y cayó de rodillas para dar gracias a Dios".

Véase MMP., pp. 146-150; Burton y Pollen, LEM., vol. I, pp. 447-507. Acerca del *Rituale* de Buxton, ver *Clergy Review*, feb. 1952.

2: LOS ANGELES GUARDIANES

ANGEL es una palabra griega que significa mensajero. Los ángeles son espíritus purísimos, individuales pero sin cuerpo, a quienes Dios ha dado una inteligencia y un poder mayores que a los hombres. Su oficio consiste en alabar a Dios, en servirle de mensajeros y en cuidar a los hombres. Los teólogos sostienen unánimemente que Dios designa a un ángel como guardián de cada hombre, pero tal afirmación no ha sido definida nunca por la Iglesia y, por consiguiente, no es de fe. Los ángeles de la guarda nos ayudan a ir al cielo, nos defienden del enemigo, nos ayudan a orar y nos excitan a la virtud. Esto último lo hacen a través de nuestra imaginación y de nuestros sentidos, sin afectar directamente nuestra voluntad, de suerte que nuestra cooperación es necesaria. El salmista dice: "Dios ha encargado a sus ángeles que cuiden de ti y que te guíen en todos tus caminos". En otro sitio añade: "El ángel del Señor plantará su tienda junto a los que temen a Dios y los librará de sus enemigos". El patriarca Jacob pidió al buen ángel que bendijese a sus dos nietos, Efraín y Manasés: "Que el ángel que me libró de todos los males, bendiga a estos jóvenes". Y Judit dijo: "El ángel del Señor me acompañó durante el viaje de ida, durante mi estancia ahí y durante el viaje de vuelta". Cristo nos exhortó a guardarnos de escandalizar a los pequeños, porque sus ángeles se hallan ante la presencia de Dios y le pedirán que castigue a aquéllos que hagan daño a sus protegidos. La idea de que Dios designa a un ángel para cuidar a cada uno de los hombres estaba tan extendida en el mundo judío que, cuando San Pedro fue libertado milagrosamente de la prisión, lo primero que pensaron los discípulos fue que era obra de "su ángel".

Desde los primeros tiempos de la Iglesia, se tributó honor litúrgico a los ángeles. El oficio de la dedicación de la iglesia de San Miguel Arcángel, en la Vía Salaria (29 de septiembre), y el más antiguo de los sacramentarios

romanos, llamado "el Leonino", aluden indirectamente en las oraciones al oficio de guardianes que desempeñan los ángeles. Desde la época de Alcuino (quien murió el año 804), existe una misa votiva "ad suffragia angelorum postulanda", y el mismo Alcuino habla dos veces en su correspondencia de los ángeles guardianes. No es del todo seguro que la costumbre de celebrar esa misa sea de origen inglés, pero lo cierto es que el texto de Alcuino está incluido en el Misal de Leofrico, que data de principios del siglo X. La misa votiva de los Angeles solía celebrarse el lunes, como lo prueba el Misal de Westminster, compuesto alrededor del año 1375. En España la tradición dice que también cada una de las ciudades tiene su ángel guardián particular. Así, por ejemplo, un oficio del año 1411 hace alusión al ángel guardián de Valencia. Fuera de España, Francisco de Estaing, obispo de Rodez, obtuvo del Papa León X una bula en la que dicho Pontífice aprobaba un oficio especial para la conmemoración de los Angeles de la Guarda el 1o. de marzo. También en Inglaterra estaba muy extendida la devoción a los ángeles. Heriberto Losinga, obispo de Norwich, quien murió en 1119, habló con gran elocuencia sobre el tema. Por otra parte, la conocida oración que comienza "Angele Dei qui custos es mei" se debe probablemente a la pluma del versificador Reginaldo de Canterbury, quien vivió en la misma época. El Papa Paulo V autorizó una misa y un oficio especiales, a instancias de Fernando II de Austria, y concedió la celebración de la fiesta de los Santos Angeles en todo el imperio. Clemente X la extendió como fiesta de obligación a toda la Iglesia de occidente en 1670 y fijó como fecha de la celebración, el primer día feriado después de la fiesta de San Miguel.

El excelente artículo del P. J. Duhr en *Dictionnaire de spiritualité*, vol. I (1933), cc. 580-625, trata a fondo la evolución histórica de la devoción al ángel de la guarda. Acerca de la devoción a los ángeles en general, véase DTC., vol. I, cc. 1222-1248. En cuanto al aspecto litúrgico, cf. Kellner, *Heortology* (1908), pp. 328-332. Por lo que se refiere a la representación de los ángeles en la antigüedad y en el arte, cf. DAC., vol. I, cc. 2080-2161; y Künstle, *Ikonographie*, vol. I, pp. 239-264.

SAN ELEUTERIO, Mártir (Fecha desconocida)

"Cuando el palacio de Diocleciano en Nicomedia fue incendiado, se atribuyó falsamente el delito al santo soldado y mártir Eleuterio y a muchos otros. Todos ellos fueron condenados a muerte por orden del cruel emperador. Algunos fueron decapitados, otros perecieron quemados y los demás fueron arrojados al mar. Eleuterio era el principal de ellos. La prolongada tortura a que fue sometido, no hizo más que poner de relieve su valor, y el santo consiguió la corona del martirio acrisolado en el fuego como el oro." El Martirologio Romano resume así el martirio de San Eleuterio, pero en realidad, lo único que sabemos sobre él es su nombre y el sitio en que padeció.

El dato más importante es que el *Breviarium* sirio del siglo V dice el 2 de octubre: "En Nicomedia, Eleuterio". El *Hieronymianum* tomó de ahí la noticia; cf. CMH., p. 537. Como lo demostró Dom Quentin en *Les Martyrologes historiques*, pp. 615-616, la asociación de este mártir con el incendio del palacio de Diocleciano es simplemente una invención del martirologista Ado.

SAN LEODEGARIO, Obispo de Autun, Mártir (679 p.c.)

San Leodegario nació hacia el año 616. Sus padres le enviaron a la corte del rey Clotario II, quien le confió al cuidado de su tío Didon, obispo de Poitiers, el cual nombró a un sacerdote para que le educase. Leodegario hizo rápidos progresos en el saber y todavía más rápidos en la ciencia de los santos. Por sus méritos y habilidades, su tío le nombró archidiácono de la diócesis cuando apenas tenía veinte años. Después de recibir el sacerdocio, Leodegario se vio obligado a encargarse del gobierno de la abadía de Saint-Maxence, un puesto que desempeñó seis años. Cuando tenía cerca de treinta y cinco años fue nombrado abad. Su biógrafo le pinta como un hombre que inspiraba más bien temor. "Como poseía conocimientos de derecho civil, era severo en su juicio de los laicos. Por otra parte, su conocimiento del derecho canónico hacía de él un excelente maestro del clero. Los placeres de la carne no le habían ablandado, de suerte que trataba con suma severidad a los pecadores." Se dice que introdujo la Regla de San Benito en su monasterio que, por lo demás, necesitaba de su dura mano de reformador.

La regente, Santa Batilde, llamó a San Leodegario a la corte y, el año 663, le nombró obispo de Autun. Dicha sede había estado vacante dos años, pues la diócesis estaba muy dividida y los cabecillas de un partido mataban a los del otro para apoderarse del gobierno. El nombramiento de San Leodegario aplacó las desavenencias, y los partidos se reconciliaron. El santo se consagró a socorrer a los pobres, a instruir al clero, a predicar frecuentemente al pueblo, a decorar las iglesias y a fortificar las ciudades. En un sínodo diocesano puso en vigor muchos cánones para la reforma de las costumbres del pueblo y de los monasterios. Según decía, si los monjes fuesen como debían ser, sus oraciones preservarían al mundo de las calamidades públicas.

El rey Clotario III murió el año 673, cuando San Leodegario llevaba ya diez años como obispo. En cuanto recibió la noticia, se trasladó a la corte y ofreció su apoyo a Childerico, quien logró triunfar de los manejos de Ebroín, mayordomo del palacio de Neustria. Ebroín fue desterrado a Luxeuil. Childerico II gobernó con acierto mientras supo escuchar los consejos de San Leodegario. La influencia del santo al principio del reinado de Childerico era tan grande, que algunos documentos le consideran como el mayordomo de palacio. Pero el joven monarca, que era de carácter muy violento, acabó por abandonarse a los impulsos de su voluntad y contrajo matrimonio con su prima, sin obtener la dispensa necesaria. San Leodegario le amonestó en vano. Ciertos nobles aprovecharon la ocasión para poner en duda la fidelidad del santo durante la Pascua del año 675, cuando Childerico se hallaba en Autun. A duras penas logró San Leodegario salir con vida de la prisión y después fue desterrado a Luxeuil, donde se hallaba todavía su rival Ebroín. Pero un noble llamado Bodilo, a quien Childerico mandó azotar públicamente, asesinó al monarca, a quien sucedió Teodorico III. San Leodegario pudo entonces volver a su sede y fue recibido con gran júbilo en Autun. Ebroín volvió también del destierro de Luxeuil y se dirigió a Borgoña. Ahí reunió un ejército y atacó a San Leodegario en Autun. En vez de huir, éste organizó una procesión con las reliquias de los santos alrededor de las murallas de la ciudad y se prosternó delante de cada una de las puertas a rogar a Dios que protegiese al pueblo, mostrándose pronto a morir por él. Los habitantes de Autun defendieron valientemente la

ciudad. Pero, al cabo de algunos días, San Leodegario les dijo: "No sigáis combatiendo. Lo que quiere el enemigo es mi cabeza. Enviemos a algunos de nuestros hermanos a enterarse de las condiciones en que están los contrarios." El duque de Champagne, Waimero, respondió a los legados que la única condición era que entregasen al obispo. Entonces Leodegario salió valientemente fuera de la ciudad y se entregó a los atacantes. Al punto le fueron arrancados los ojos. El santo soportó la tortura sin una queja y no permitió que le atasen las manos. Waimero le llevó consigo a Champagne. Ahí le devolvió el dinero que había robado durante el saqueo en la iglesia de Autun, y San Leodegario lo envió a dicha ciudad para que fuese distribuido entre los pobres.

Ebroín se convirtió en el amo absoluto de Neustria y de Borgoña. So pretexto de vengar la muerte del rey Childerico, acusó a San Leodegario y a su hermano Gerino de haber participado en la conspiración. Gerino fue lapidado en presencia de San Leodegario. El Martirologio Romano celebra la fiesta de este mártir el día de hoy. Ebroín no podía condenar a San Leodegario antes de que fuese depuesto por un sínodo, pero aprovechó la oportunidad para tratarle en la forma más bárbara ya que mandó cortarle la lengua y los labios. Después le confió al cuidado del conde Waring, quien le encerró en el monasterio de Fécamp, en Normandía. Ahí sanó milagrosamente San Leodegario y recobró el habla. A raíz del asesinato de su hermano Gerino, había escrito una carta a su madre, que era religiosa en Soissons, para felicitar a Sigradis por haber abandonado el mundo y la consolaba al mismo tiempo por la muerte de Gerino, diciéndole que lo que era ocasión de alegría para los ángeles no podía ser motivo de pena para ellos. Igualmente la exhortaba al valor y a la constancia, así como al perdón cristiano de los enemigos.

Dos años más tarde, Ebroín mandó llamar a San Leodegario a Marly, donde había reunido a unos cuantos obispos para que le depusiesen. Por más que los jueces quisieron arrancar al santo la confesión de su participación en el asesinato de Childerico, él se negó a admitirlo. Los jueces desgarraron entonces sus vestiduras como símbolo de deposición, y San Leodegario fue entregado al conde Crodoberto para que ejecutase la sentencia de muerte. Para evitar que el pueblo considerase al obispo como mártir, Ebroín mandó arrojar secretamente el cadáver en un pozo. Crodoberto no quiso mancharse las manos con la sangre de una víctima inocente y confió la ejecución a cuatro de sus hombres. Estos condujeron al santo a un bosque; tres de ellos le pidieron ahí perdón de rodillas y Leodegario se arrodilló a orar por ellos. Cuando manifestó que estaba pronto a morir, el cuarto de los hombres le cortó la cabeza. A pesar de las órdenes de Ebroín, la esposa de Crodoberto sepultó el cadáver en una capillita de Sarcing, en Artois. Tres años después, las reliquias fueron trasladadas al monasterio de Saint-Maxence en Poitiers. La lucha entre San Leodegario y Ebroín es un incidente famoso en la historia merovingia. No todos los hombres de bien estaban de su parte; algunos de ellos, como San Ouen, eran partidarios de Ebroín. En aquella época, era inevitable que los obispos tomasen parte activa en la política y, aunque el Martirologio Romano dice que San Leodegario (el "Beato" Leodegario) sufrió "por la verdad", no se ve muy claro por qué se le venera como mártir.

En *Acta Sanctorum* (oct., vol. I, publicado en 1765), el P. C. de Bye consagra más de cien páginas in-folio a San Leodegario. Dicho autor publica dos biografías antiguas; aunque no concuerdan en todos los detalles, las considera como obras de contemporáneos

del santo. La tarea de resolver más o menos satisfactoriamente el problema histórico de las convergencias y divergencias de esas dos biografías, estaba reservada a B. Krusch (*Neues Archiv*, vol. XVI, 1890, pp. 565-596). Krusch sostiene que ninguno de los dos autores era contemporáneo de San Leodegario, pero que había una tercera biografía (de la que se conserva un fragmento importante en un manuscrito de París, Latin 17002), escrita unos diez años después de la muerte de Leodegario, por un monje de Saint-Symphorien interesado en reivindicar la política del sucesor del santo en la sede de Autun. Las biografías publicadas por los bolandistas fueron escritas unos setenta años después, sobre la base de la primera biografía y no carecen de importancia histórica. Krusch (MG., *Scriptores Merov.*, vol. V, pp. 249-362) ha reconstituido el texto de la biografía original tal como él lo imagina. Añadamos que la carta de Leodegario a su madre es indudablemente un documento auténtico, en tanto que el testamento que se le atribuye se presta a muchas objeciones. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XI (1890), pp. 104-110 y Leclercq, en DCA., vol. VIII, cc. 2460-2492. La *Histoire de S. Léger*, de Pitra (1890), es ya anticuada, aunque en su época reveló algunos nuevos textos. La biografía escrita por el P. Camerlinck en la colección *Les Saints* tiende al tono de panegírico y no es muy crítica; sin embargo, constituye un relato aceptable de esa tragedia histórica. Como lo prueban los calendarios, el culto de Leodegario en Inglaterra es muy antiguo; su fiesta solía celebrarse el 2 o el 3 de octubre.

3: SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS, VIRGEN (1897 P.C.)

EL ENTUSIASMO y la extensión del culto a Santa Teresita del Niño Jesús, joven carmelita que no se distinguió exteriormente de tantas otras de sus hermanas, es uno de los fenómenos más impresionantes y significativos de la vida religiosa de nuestros días. La santa murió en 1897 y, poco después, era ya conocida en todo el mundo. Su "caminito" de sencillez y perfección en las cosas pequeñas y en los detalles de la vida diaria, se ha convertido en el ideal de innumerables cristianos. Su biografía, escrita por orden de sus superiores, es un libro famoso y los milagros y gracias que se atribuyen a su intercesión son incontables. La comparación entre las dos Teresas es inevitable, ya que ambas fueron carmelitas, ambas fueron santas y ambas nos dejaron una larga autobiografía en la que se reflejan tanto las divergencias espirituales y temperamentales como los rasgos comunes.

Los padres de la futura santa eran Luis Martin, un relojero de Alençon, hijo de un oficial del ejército de Napoleón y Acelia María Guerin, costurera de la misma ciudad, cuyo padre había sido gendarme en Saint-Denis. María Francisca Teresa nació el 2 de enero de 1873. Tuvo una infancia feliz y ordinaria, llena de buenos ejemplos. "Mis recuerdos más antiguos son de sonrisas y caricias de ternura", confiesa ella misma. Teresita era viva e impresionable, pero no particularmente precoz ni devota. En cierta ocasión en que su hermana mayor, Leonía, ofreció una muñeca y algunos juguetes a Celina y Teresita, Celina escogió una peluca de seda; en cambio, Teresita dijo codiciosamente: "Yo quiero todo". "Ese incidente resume toda mi vida. Más tarde . . . exclamaba: ¡Dios mío, yo lo quiero todo! ¡No quiero ser santa a medias!".

En 1877 murió la madre de Teresita. El señor Martin vendió entonces su relojería de Alençon y se fue a vivir a Lisieux (Calvados), donde sus hijas podían estar bajo el cuidado de su tía, la Sra. Guerin, que era una mujer excelente. El Sr. Martin tenía predilección por Teresita. Sin embargo, la que dirigía la casa era María, y la mayor, Paulina, se encargaba de la educación religiosa de sus hermanas. Paulina solía leer en voz alta a toda la familia en las

largas veladas de invierno; para ello no escogía cualquier libro de piedad barata, sino nada menos que "El año Litúrgico" de Dom Guéranger. Cuando Teresita tenía nueve años, Paulina ingresó en el Carmelo de Lisieux. Desde entonces, Teresita se sintió inclinada a seguirla por ese camino. En aquella época era una niña afable y sensible; la religión ocupaba una parte muy importante en su vida. Un día ofreció un céntimo a un mendigo baldado, quien lo rehusó con una sonrisa. Teresita hubiera querido seguirle para instarle a que aceptara el pastelillo que su padre acababa de darle; la timidez le impidió hacerlo, pero la niña se dijo: "Voy a pedir por este pobrecito el día de mi primera comunión". Aunque ese día de "felicidad total" tardó cinco años en llegar, Teresita no olvidó su promesa. Se educaba por entonces en la escuela de las benedictinas de Notre-Dame-du-Pré. Entre sus recuerdos de escuela, anota: "Viendo que algunas niñas querían particularmente a una u otra de las profesoras, trataba yo de imitarlas, pero nunca conseguí ganarme el favor especial de ninguna. ¡Feliz fracaso, que me salvó de tantos peligros!" Cuando Teresita tenía cerca de catorce años, su hermana María fue a reunirse con Paulina en el Carmelo. La víspera de la Navidad de ese mismo año, Teresita tuvo la experiencia que desde entonces llamó su "conversión". "Aquella bendita noche, el dulce Niño Jesús, quien tenía apenas una hora de nacido, inundó la oscuridad de mi alma con ríos de luz. Se hizo débil y pequeño por amor a mí para hacerme fuerte y valiente. Puso sus armas en mis manos para que avanzase yo de cima en cima y empezase, por decirlo así, 'a correr como gigante' ". Es curioso notar que la ocasión de esta gracia súbita fue un comentario que hizo el padre de la joven acerca del cariño que ella profesaba a las tradiciones navideñas. Y el comentario del Sr. Martin no iba dirigido especialmente a Teresita.

En el curso del año siguiente, la joven comunicó a su padre su deseo de ingresar en el Carmelo y obtuvo su consentimiento; pero tanto las autoridades de la orden como el obispo de Bayeux opinaron que Teresita era todavía demasiado joven. Algunos meses más tarde, Teresita y su padre fueron a Roma con una peregrinación francesa, organizada con motivo del jubileo sacerdotal de León XIII. En la audiencia pública, cuando llegó el turno a Teresita para arrodillarse a recibir la bendición del Pontífice, la joven quabrantó osadamente la regla del silencio y dijo a Su Santidad: "En honor de vuestro jubileo, permitidme entrar en el Carmelo a los quince años." El Pontífice, evidentemente impresionado por el aspecto y los modales de la joven, apoyó sin embargo la decisión de las autoridades inmediatas: "Entraréis, si es la voluntad de Dios", le dijo, y la despidió con suma bondad. La bendición de León XIII y las ardientes oraciones que hizo Teresita en múltiples santuarios durante la peregrinación, produjeron fruto a su tiempo. A fines de aquel año, Mons. Hugonin concedió a Teresita la ansiada autorización, y la joven ingresó, el 9 de abril de 1888, en el Carmelo de Lisieux, en el que la habían precedido sus dos hermanas. La maestra de novicias afirmó, bajo juramento: "Desde su entrada en la orden, su porte que tenía una dignidad poco común en su edad, sorprendió a todas las religiosas."

El P. Pichon S. J., quien predicó los Ejercicios a la comunidad cuando Teresita era novicia, dio el siguiente testimonio en el proceso de beatificación: "Era muy fácil dirigirla. El Espíritu Santo la conducía, y no recuerdo haber tenido que prevenirla contra las ilusiones, ni entonces, ni más tarde... Lo que

más me llamó la atención durante aquellos Ejercicios fueron las pruebas especiales a las que Dios la sometía." La joven religiosa leía asiduamente la Biblia y la interpretaba correctamente, como lo prueban las múltiples citas de la Sagrada Escritura que hay en "Historia de un alma". Dado que su culto ha alcanzado las proporciones de una devoción popular, vale la pena llamar la atención sobre la predilección de la santa por la oración litúrgica y su inteligencia de esa inagotable fuente de vida cristiana. Cuando le tocaba oficiar durante la semana y tenía que recitar en el coro las colectas del oficio, solía recordar "que el sacerdote dice las mismas oraciones en la misa y, como él, estaba yo autorizada a rezar en voz alta ante el Santísimo Sacramento y a leer el Evangelio, cuando era yo primera cantora." En 1899, Teresita y sus hermanas sufrieron una tremenda prueba de ver que su padre perdía el uso de la razón a consecuencia de dos ataques de parálisis. Hubo que internar al Sr. Martin en un asilo privado, en el que permaneció tres años. Escribió Teresita: "los tres años del martirio de mi padre fueron, a lo que creo, los más ricos y fructuosos de nuestra vida. Yo no los cambiaría por los éxtasis más sublimes." La joven religiosa hizo su profesión el 8 de septiembre de 1890. Pocos días antes, escribía a la madre Inés de Jesús (Paulina): "Antes de partir, mi Amado me preguntó por qué caminos y países iba yo a viajar. Yo repliqué que mi único deseo consistía en llegar a la cumbre del monte del Amor. Entonces nuestro Salvador, tomándome por la mano, me condujo a un camino subterráneo, en el que no hace frío ni calor, en el que el sol no brilla nunca, en el que el viento y la lluvia no tienen entrada. Es un túnel en el que reina una luz velada que procede de los ojos de Jesús, que me miran desde arriba . . . Daría yo cualquier cosa por conquistar la palma de Santa Inés; si Dios no quiere que la gane por la sangre, la ganaré por el amor . . ."

Uno de los principales deberes de las carmelitas consiste en orar por los sacerdotes. Santa Teresita cumplió ese deber con inmenso fervor. Durante su viaje por Italia, había visto u oído algo que le había hecho abrir los ojos a la idea de que los sacerdotes tienen necesidad de oraciones tanto como el resto de los cristianos. Teresita jamás cesó de orar, en particular, por el célebre ex carmelita Jacinto Loyson, quien había apostatado de la fe. Aunque era de constitución delicada, la santa religiosa se sometió desde el primer momento a todas las austeridades de la regla, excepto al ayuno, pues sus superioras se lo impidieron. La priora decía: "Un alma de ese temple no puede ser tratada como una niña. Las dispensas no están hechas para ella." Sin embargo, Teresita confesaba: "Durante el postulantado, me costó muchísimo ejecutar ciertas penitencias exteriores ordinarias. Pero no cedí a esa repugnancia, porque me parecía que la imagen de mi Señor crucificado me miraba con ojos que imploraban tales sacrificios." Entre las penitencias corporales, la más dura para ella era el frío del invierno en el convento; pero nadie lo sospechó hasta que Teresita lo confesó en el lecho de muerte. Al principio de su vida religiosa había dicho: "Quiera Jesús concederme el martirio del corazón o el martirio de la carne; preferiría que me concediera ambos." Y un día pudo exclamar: "He llegado a un punto en que me es imposible sufrir, porque todo sufrimiento me es dulce."

La autobiografía titulada "Historia de un alma", que Santa Teresita escribió por orden de su superiora, es un hermoso documento de carácter excepcional. Está escrito en estilo claro y de gran frescura, lleno de frases familiares.

Abundan las intuiciones psicológicas que revelan un extraordinario conocimiento propio y una profunda sabiduría espiritual de la que no está excluida la belleza. Cuando Teresita define su oración, nos revela más acerca de sí misma que si hubiese escrito muchas páginas de análisis propiamente dicho: "Para mí, orar consiste en elevar el corazón, en levantar los ojos al cielo, en manifestar mi gratitud y mi amor lo mismo en el gozo que en la prueba. En una palabra, la oración es algo noble y sobrenatural, que ensancha mi alma y la une con Dios ... Confieso que me falta valor para buscar hermosas oraciones en los libros, excepto en el oficio divino, que es para mí una fuente de gozo espiritual, a pesar de mi indignidad ... Procedo como una niña que no sabe leer; me limito a exponer todos mis deseos al Señor, y El me entiende." La penetración psicológica de la autobiografía es muy aguda: "Me porto como un soldado valiente en todas las ocasiones en las que el enemigo me provoca a la lucha. Sabiendo que el duelo es un acto de cobardía, vuelvo las espaldas al enemigo sin dignarme ni siquiera mirarle, me refugio apresuradamente en mi Salvador y le manifiesto que estoy pronta a derramar mi sangre para dar testimonio de mi fe en el cielo." Teresita resta importancia a su heroica paciencia con una salida humorística. Durante la meditación en el coro, una de las hermanas solía agitar el rosario, cosa que irritaba sobremanera a la joven religiosa. Finalmente, "en vez de tratar de no oír nada, lo cual era imposible, decidí escuchar como si fuese la más deliciosa música. Naturalmente mi oración no era precisamente "de quietud", pero cuando menos tenía yo una música que ofrecer al Señor." El último capítulo de la autobiografía constituye un verdadero himno al amor divino que concluye así: "Te ruego que poses tus divinos ojos sobre un gran número de almas pequeñas; te suplico que escojas entre ellas una legión de víctimas insignificantes de tu amor." Teresita se contaba a sí misma entre las almas pequeñas: "Yo soy un alma minúscula, que sólo puede ofrecer pequeñeces a nuestro Señor."

En 1893, la hermana Teresa fue nombrada asistente de la maestra de novicias. Prácticamente era ella la maestra de novicias, aunque no tenía el título. Acerca de sus experiencias de aquella época, escribe: "De lejos parece muy fácil hacer el bien a las almas, lograr que amen más a Dios y moldearlas según las ideas e ideales propios. Pero cuando se ven las cosas más de cerca, llega uno a comprender que hacer el bien sin la ayuda de Dios es tan imposible como hacer que el sol brille a media noche ... Lo que más me cuesta es tener que observar hasta las menores faltas e imperfecciones para combatirlas despiadadamente". La santa tenía entonces veinte años. Su padre murió en 1894. Poco después, Celina, quien hasta entonces se había encargado de cuidarle, siguió a sus tres hermanas en el Carmelo de Lisieux. Dieciocho meses más tarde, en la noche del Jueves al Viernes Santos, Santa Teresita sufrió una hemorragia bucal, y el gorgoteo de la sangre que le subía por la garganta lo oyó "como un murmullo lejano que anunciaba la llegada del Esposo". Por entonces se sintió inclinada a responder al llamado de las carmelitas de Hanoi, en la Indochina, quienes querían que partiese a dicha misión. Pero su enfermedad fue empeorando cada vez más y, los últimos dieciocho meses de su vida, fueron un período de sufrimiento corporal y de pruebas espirituales. Dios le concedió entonces una especie de don de profecía, y Teresita hizo la triple confesión que ha estremecido al mundo entero: "Nunca he dado a Dios más que amor y El me va a pagar con amor. Después de mi muerte derramaré una lluvia de rosas".

"Quiero pasar mi cielo haciendo bien a la tierra". "Mi "caminito" es un camino de infancia espiritual, un camino de confianza y entrega absoluta". En junio de 1897, la santa fue trasladada a la enfermería del convento, de la que no volvió a salir. A partir del 16 de agosto, ya no pudo recibir la comunión, pues sufría de una naúsea casi constante. El 30 de septiembre, la hermana Teresa de Lisieux murió con una palabra de amor en los labios.

El culto de la joven religiosa empezó a crecer con rapidez y unanimidad impresionantes. Por otra parte, los múltiples milagros obrados por su intercesión atrajeron sobre Teresita las miradas de todo el mundo católico. La Santa Sede, siempre atenta al clamor unánime de toda la Iglesia visible, suprimió en este caso el período de cincuenta años que se requiere ordinariamente para introducir una causa de canonización. Pío XI beatificó a Teresita en 1923 y la canonizó en 1925 y extendió su fiesta a toda la Iglesia de occidente. En 1927, Santa Teresa del Niño Jesús fue nombrada, junto con San Francisco Javier, patrona de todas las misiones extranjeras y de todas las obras católicas en Rusia. No sólo los católicos sino también muchos no católicos que habían leído la autobiografía y se habían asomado al misterio de la vida oculta de Teresita, acogieron con inmenso gozo esas decisiones de la Santa Sede. La joven santa era delgada, rubia, de ojos azul gris; tenía las cejas ligeramente arqueadas; su boca era pequeña y sus facciones delicadas y regulares. Las fotografías originales reflejan algo del ser de Teresita; en cambio, las fotografías retocadas que circulan ordinariamente son insípidas e impersonales.

Teresa del Niño Jesús se había entregado con entera decisión y plena conciencia a la tarea de ser santa. Sin perder el ánimo, ante la aparente imposibilidad de alcanzar las cumbres más elevadas del olvido de sí misma, solía repetirse: "Dios no inspira deseos imposibles. Por consiguiente, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. No tengo que hacerme más grande de lo que soy, sino aceptarme tal como soy, con todas mis imperfecciones. Quiero buscar un nuevo camino para el cielo, un camino corto y recto, un pequeño atajo. Vivimos en una época de invenciones. Ya no tenemos que molestarnos en subir escaleras; en las casas de los ricos hay elevadores. Yo quisiera descubrir un ascensor para subir hasta Jesús, porque soy demasiado pequeña para subir los escalones de la perfección. Así pues, me puse a buscar en la Sagrada Escritura algún indicio de que existía el ascensor que yo necesitaba y encontré estas palabras en boca de la Eterna Sabiduría: "Que los que son pequeños vengan a Mí' " (Isaías, LXVI, 13).

Los libros y artículos sobre Santa Teresita son por así decirlo innumerables; pero todos se basan en la autobiografía y en las cartas de la santa, a las que se añaden en algunos casos ciertos testimonios del proceso de beatificación y canonización. Estos últimos documentos, impresos para uso de la Sagrada Congregación de Ritos, son muy importantes, ya que permiten ver que ni siquiera las religiosas sometidas a las austeridades de la regla del Carmelo están exentas de la fragilidad humana y que una parte de la misión de Teresita del Niño Jesús consistió precisamente en reformar con su ejemplo silencioso la observancia de su propio convento. Entre las mejores biografías de la santa (que no son las más largas), hay que mencionar las de H. Petitot, *St Teresa of Lisieux: A Spiritual Renaissance* (1927); la del barón Angot des Rotours en la colección *Les Saints;* la de F. Laudet, *L'enafnt chérie du monde* (1927); la de H. Ghéon, *The Secret of the Little Flower* (1934). Las publicaciones de carácter más oficial, por decirlo así, son *L'histoire d'une âme*, que ha sido traducida prácticamente a todas las lenguas, incluso al hebreo; Mons. Laveille, *Ste Thérèse... d'après les documents officiels du Carmel de Lisieux* (1929); la edición de cartas selectas hecha por el P. Combes (trad. ingl., *Collected Letters*, 1950). Véase también *Le*

problème de l'Histoire d'una âme et des oeuvres complètes de Ste. Thérèse de Lisieux (1950). Entre las obras más recientes se cuentan las biografías y ensayos de M. M. Philipon, A. Combes (1946; trad. ingl. en 3 vols.), y M. van der Meersch (1947). Esta última obra ha sido criticada con gran detalle en *La petite Ste Thérèse*, del P. Combes y otros autores. Cf. V. Sackville West, *The Eagle and the Dove* (1943); y J. Beevers, *Storm of Glory* (1949). Como caso curioso de reacción contra el entusiasmo que provocó la canonización, citemos el artículo del P. Ubald d'Alençon en la revista catalana *Etudis Franciscans*, vol xxx; cf. la respuesta que dio a dicho artículo en la misma revista el vicario general de Bayeux. Una de las últimas obras es el estudio teológico de H. Urs von Balthasar, *Thérèse de Lisieux* (1953). Recientemente se ha publicado la edición original de *Histoire d'une âme* sin retoque alguno.

SAN HESIQUIO (Siglo IV)

San Hesiquio fue un fiel discípulo de San Hilarión y se le menciona en la biografía de su maestro. Cuando San Hilarión pasó de Palestina a Egipto, Hesiquio le acompañó y, cuando San Hilarión, no queriendo volver a Gaza, donde era muy conocido, huyó secretamente a Sicilia, San Hesiquio le buscó durante tres años. No encontrando huella alguna de su maestro ni en el desierto ni en los puertos de Egipto, San Hesiquio se dirigió a Grecia, donde finalmente le llegaron noticias sobre un taumaturgo que se había refugiado en Sicilia. Inmediatamente emprendió el viaje a dicha isla, descubrió el escondite de San Hilarión, "cayó de rodillas a sus plantas y bañó con sus lágrimas los pies de su maestro". Ambos ermitaños partieron juntos a Dalmacia y a Chipre, en busca de la soledad total. Dos años más tarde, San Hilarión envió a San Hesiquio a Palestina con saludos para los hermanos y con el propósito de darles cuenta de sus progresos en la vida espiritual, así como el de visitar el antiguo monasterio de Gaza. Cuando San Hesiquio retornó en la primavera del año siguiente, San Hilarión, desalentado por la afluencia de visitantes, le manifestó que quería huir a otra parte; pero para entonces era ya muy anciano, y San Hesiquio le convenció finalmente de que se contentase con retirarse a un sitio más apartado de la isla. Ahí murió San Hilarión. San Hesiquio se hallaba entonces en Palestina. En cuanto le llegó la noticia de la muerte de su maestro, partió apresuradamente a Chipre para evitar que los habitantes de Pafos se apoderasen del cadáver. Al llegar a Chipre, encontró una carta de San Hilarión en la que éste le dejaba en herencia todos sus bienes, que consistían en un libro de los Evangelios y algunos vestidos. Para no despertar sospechas entre los que vigilaban la ermita, San Hesiquio fingió que iba a pasar ahí el resto de su vida. Diez meses más tarde, enfrentándose a mil riesgos y dificultades, consiguió transportar el cuerpo de San Hilarión a Palestina. Ahí le recibió una gran multitud de monjes y laicos, quienes le acompañaron a enterrar el cadáver de su maestro en el monasterio que había fundado en Majuma. En él murió San Hesiquio algunos años después.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. II, hay un relato bastante completo sobre San Hesiquio, basado en las obras de San Jerónimo. Véase también el artículo sobre San Hilarión, 21 de octubre.

LOS DOS EVALDOS, Mártires (*c.* 695 P.C.)

San Wilibrordo y sus once compañeros empezaron la evangelización de Frieslandia en el año 690. Poco después, dos sacerdotes de Nortumbría siguieron

el ejemplo de los misioneros y partieron a predicar el Evangelio a los sajones de Westfalia. Ambos habían pasado algún tiempo en Irlanda dedicados a las ciencias sagradas y los dos se llamaban Evaldo. Para distinguirlos, el pueblo los apodaba "el Rubio" y "el Moreno", por el color de sus cabellos. El primero era más versado en la Sagrada Escritura, pero ninguno de los dos cedía ante el otro en devoción y celo. Ambos sacerdotes llegaron a Germania hacia el año 694. Ahí conocieron a cierto personaje que se empeñó en presentarles a su señor, porque los misioneros llevaban algunas noticias que podían interesarle. Dicho señor feudal los alojó en su casa durante varios días. Los misioneros aprovecharon ese retiro para hacer oración, cantar salmos e himnos y celebrar diariamente el Santo Sacrificio.

Al ver los bárbaros la conducta de los dos predicadores, temerosos de que persuadiesen a su señor para que renegase de sus dioses y se convirtiese a la nueva religión, decidieron asesinarlos. A Evaldo el Rubio le degollaron sin más ni más en donde lo encontraron. En cambio, al Moreno le atormentaron largamente con inaudita saña y, antes de matarle, le arrancaron los miembros uno a uno. Cuando el señor del lugar se enteró de lo sucedido, montó en cólera porque los bárbaros procedieron por su cuenta y ejecutaron a los monjes sin haberles presentado a su juicio. Como represalia, el señor feudal mandó ejecutar a los culpables e incendió la aldea. Los cuerpos de los mártires habían sido arrojados al río, pero fueron descubiertos gracias al fulgor que despedían. Un monje inglés, llamado Tilmón, recibió aviso de lo que significaba aquel fulgor sobrenatural y les dio honrosa sepultura. San Beda dice que se trataba del río Rin, pero la tradición sitúa el martirio en Aplerbecke, sobre el Embscher, que es un afluente del Rin en las proximidades de Dortmund. El culto de los dos Evaldos se popularizó inmediatamente. El rey Pepino mandó trasladar las reliquias a la iglesia de San Cuniberto, en Colonia, donde reposan todavía. El Martirologio Romano menciona a los dos Evaldos, que son patronos de Westfalia. San Norberto consiguió algunas reliquias de estos mártires para los premonstratenses, en 1121 y dichos religiosos celebran la fiesta de estos santos.

En el calendario llamado de San Wilibrordo, compuesto a principios del siglo VIII (probablemente antes del año 710), se lee el 4 de octubre: "natale sanctorum martyrum Heuualdi et Heualdi". El Martirologio de Fulda y el Anglosajón, así como la *Historia* de Beda, sitúan la fiesta el 3 de octubre. Véanse las notas de C. Plummer a la edición de Beda, especialmente pp. 289-290; y H. A. Wilson, *The Calendar of St Willibrord* (1918), p. 41.

SAN GERARDO DE BROGNE, ABAD (959 P.C.)

SAN GERARDO nació a fines del siglo IX, en las cercanías de Namur. Su bondad innata le ganó la estima y el afecto de cuantos le conocieron. Por otra parte, su virtud tenía la elegancia y el encanto de la cortesía y de la munificencia. Un día, al volver de caza, en tanto que sus compañeros descansaban un poco, Gerardo se retiró furtivamente a una capillita de Brogne, que estaba en sus posesiones, y permaneció ahí largo rato en oración. En esa ocupación encontró tal dulcedumbre, que hubo de hacerse violencia para volver a donde estaban sus compañeros. Mientras caminaba, se decía: "¡Cuán felices deben ser quienes no tienen otra obligación que alabar al Señor día y noche y viven siempre en su presencia!" La gran obra de su vida consistió, precisamente, en procurar a otros esa felicidad y en hacer que elevasen incesantemente el tributo de su ora-

ción a la infinita majestad de Dios. Según cuenta la leyenda, San Gerardo tuvo una visión en la que San Pedro le ordenó que llevase a Brogne las reliquias de San Eugenio, compañero de San Dionisio de París. Los monjes de Saint-Denis le regalaron las presuntas reliquias del mencionado mártir y San Gerardo las depositó en un relicario en Brogne. Algunos aprovecharon la ocasión para acusarle ante el obispo de promover el culto de reliquias de antenticidad dudosa, pero las de San Eugenio obraron un milagro para disipar las dudas del obispo. Algún tiempo después, San Gerardo abrazó la vida religiosa en la abadía de Saint-Denis.

Una vez hecha su profesión, el santo se entregó totalmente a la práctica heroica de las virtudes. Al cabo de algún tiempo, recibió las sagradas órdenes, por más que su humildad se oponía a ello. El año 919, tras haber pasado once en la abadía, obtuvo permiso para ir a fundar un monasterio en Brogne. Así lo hizo, en efecto, pero, viendo que las obligaciones del superior de una comunidad numerosa se prestaban poco para la vida de recogimiento a la que él aspiraba, se construyó una celda en las proximidades de la iglesia y vivió recluido en ella. Algún tiempo después, Dios le llamó nuevamente a la vida activa, de suerte que Gerardo se vio obligado a emprender la reforma de la abadía de Saint-Ghislain, que distaba unos diez kilómetros de Mons. Impuso a los monjes la regla de San Benito y la más admirable disciplina. Los religiosos tenían la costumbre de pasear en procesión por los diversos pueblos las reliquias de su santo fundador a fin de recoger dinero que empleaban para malos fines. San Gerardo desempeñó el difícil oficio de reformador con tanto tino, que el conde de Flandes, Arnulfo, a quien el santo había curado de una enfermedad de la vesícula y había convertido a mejor vida, le confió la inspección y reforma de todos los monasterios de Flandes. En el curso de los siguientes veinte años, San Gerardo restableció la estricta observancia en numerosos monasterios, incluso en algunos de Normandía, siguiendo las líneas de la reforma de San Benito de Aniane. Aunque San Gerardo se hizo famoso como reformador de la disciplina monástica, no todos los monjes se plegaban fácilmente a sus deseos; por ejemplo, los de Saint-Bertin prefirieron emigrar a Inglaterra antes que aceptar la austera observancia que el santo quería imponerles. El rey Edmundo los acogió amablemente el año 944 y les dio asilo en la abadía de Bath.

Las fatigas de su cargo no impedían a San Gerardo practicar toda clase de austeridades y vivir en estrecha unión con Dios. Al cabo de veinte años de infatigable reforma, sintiéndose ya achacoso, el santo visitó por última vez todos los monasterios que tenía bajo su dirección. Una vez terminada la visita, se encerró en su antigua celda de Brogne para prepararse a la muerte. Dios le llamó a recibir el premio de sus trabajos el 3 de octubre del año 959.

Alban Butler resumió la biografía de San Gerardo, escrita unos cien años después de su muerte y publicada en Mabillon y en *Acta Sanctorum*, octubre, vol. II. Dicha biografía ha sido muy discutida. Está fuera de duda que depende de un documento más antiguo, que ha desaparecido; a pesar de ello, muchos detalles son poco fidedignos: por ejemplo, es muy dudoso que San Gerardo haya sido monje en Saint-Denis. Véase sin embargo a Sackur en *Die Cluniacenser*, vol. I (1892), pp. 366-368; y sobre todo a U. Berlière en *Revue Bénédictine*, vol IX (1892), pp. 157-172. Cf. *Analecta Bollandiana*, vols. III, pp. 29-57, y v, pp. 385-395; M. Guérard, *Cartulaire de l'abbaye de Saint-Bertin*, p. 145.

SAN FROILAN, Obispo de León, y SAN ATILANO, Obispo de Zamora (Siglo X)

Estos dos obispos se cuentan entre las grandes figuras de los primeros tiempos de la reconquista de España de los moros. El nombre de San Froilán figura en el Martirologio Romano el día de hoy y el de San Atilano el 5 de octubre. Se dice que San Froilán era originario de Lugo, ciudad de Galicia. A los veinte años, se retiró a la soledad para vivir como ermitaño. Uno de sus discípulos era Atilano, quien tenía entonces quince años. Ambos santos organizaron a sus seguidores en una comunidad monacal que fundaron en Moreruela, en Castilla la Vieja. Juntos fueron elevados al episcopado en las diócesis contiguas de Zamora y de León y juntos recibieron la consagración episcopal. San Froilán fue el restaurador de la vida monástica en España. El Martirologio menciona su gran caridad para con los pobres. Probablemente el santo murió en el año 905.

El artículo de *Acta Sanctorum*, 5 de octubre, vol. III, se basa principalmente en la obra de Lobera, *Historia de las grandezas... de León y de su obispo San Froilán* (1596). Los bolandistas toman con cierto humor la idea de Lobera de que, como un lobo hubiese dado muerte al asno que transportaba su equipaje, San Froilán obligó al lobo a hacer penitencia muchos años empleándole como bestia de carga. En Florez, *España Sagrada*, vol. XXXIV, pp. 422-425, hay una antigua biografía latina (¿siglo X?). Véase también J. González, *San Froilán de León* (1947). Ni siquiera podemos estar seguros de que el culto popular haya sido tributado a otro obispo llamado también Froilán que vivió un siglo más tarde.

SANTO TOMAS CANTALUPO, Obispo de Hereford (1282 p.c.)

Los Cantalupo constituían una familia normanda que pasó a Inglaterra con Guillermo el Conquistador, quien le concedió múltiples honores y posesiones. Gracias a una serie de convenientes matrimonios, los Cantalupo aumentaron sus riquezas y emparentaron con los Strongbow y los Marshal, condes de Pembroke, con los Fitzwalter, condes de Hereford, y con los Brasoe, señores de Abergavenny. El padre de Santo Tomás era ayuda de cámara de Enrique III; su madre, Millicent de Gournay, era condesa de Evreux y de Gloucester. Tomás tenía cuatro hermanos y tres hermanas, con quienes no llevaba relaciones muy estrechas. Nació hacia el año 1218, en Hambleden, en las proximidades de Great Marlow. Su educación quedó a cargo de su tío Walterio, obispo de Worcester, quien le envió a Oxford a los diecinueve años. Pero el joven pasó poco tiempo ahí y se trasladó luego a París con su hermano Hugo.* En Francia los jóvenes vivían en una inmensa posesión. En 1245, acompañaron al Concilio de Lyon a su padre, quien había sido enviado como legado de Inglaterra. Probablemente Tomás recibió ahí la ordenación. El Papa Inocencio IV le concedió una dispensa para que pudiese gozar de varios beneficios eclesiásticos simultáneamente, y el joven Tomás hizo amplio uso de dicha dispensa.

Después de enseñar derecho civil en Orléans por algún tiempo, volvió a París. Ahí obtuvo el título de licenciado y entonces pasó a Oxford a enseñar derecho canónico. En 1206 fue elegido canciller de la Universidad. Aunque se

* En Oxford reinaba entonces gran desorden; ello explica la brevedad de la estancia de Tomás en dicha Universidad.

distinguió siempre por su caridad para con los estudiantes pobres, no dejaba por ello de exigir severamente el cumplimiento de la disciplina. Había entonces en Oxford una buena cantidad de estudiantes aún no graduados, a los cuales se permitía portar armas. Desgraciadamente, se hallaban divididos en dos partidos: los del norte y los del sur. Tomás llegó a formar un verdadero arsenal con las armas que se vio obligado a confiscar. Cuando el príncipe Eduardo acampó cerca de la ciudad y puso en entredicho a la Universidad, los estudiantes quemaron la casa del preboste, hirieron a muchos de los habitantes y vaciaron la bodega del alcalde, que era un comerciante en vinos. El abuelo de Tomás había sido uno de los defensores de Juan sin Tierra; en cambio, Santo Tomás se alió con los barones en la lucha contra Enrique III y fue uno de los designados para defender la causa de los barones en 1264, en Amiens, ante San Luis de Francia. Después de la derrota de Enrique III en Lewes, Tomás fue nombrado canciller del reino. Su prudencia, su valor, su sentido de justicia y su absoluto desprecio del respeto humano, así como su incorruptible honradez, hacían de él un prototipo de magistrado. Sin embargo, no ocupó mucho tiempo el cargo, ya que fue depuesto cuando Simón de Montfort triunfó en Evesham. El santo, que tenía entonces unos cuarenta y siete años, se retiró a París.

Algunos años más tarde retornó a Oxford. Tal vez fue nombrado nuevamente canciller de la Universidad; lo que está fuera de duda es que recibió el grado de doctor en teología en la iglesia de los dominicos. En el discurso que pronunció con tal ocasión, Roberto Kilwardby, arzobispo electo de Canterbury, declaró que el nuevo doctor había llevado una vida irreprochable. Sin embargo, el santo siguió demostrando que el pluralismo de beneficios eclesiásticos no estaba reñido con las más grandes cualidades: en efecto, además de ser archidiácono de Stafford y chantre de York, poseía cuatro canonjías y siete u ocho beneficios parroquiales, particularmente en Hereforshire. Administraba sus beneficios por medio de vicarios y solía presentarse de improviso para estar seguro de que sus súbditos recibían los cuidados corporales y espirituales que se les debían. En 1275, elegido obispo de Hereford, recibió la consagración episcopal en la iglesia de Cristo, de Canterbury. El santo comentó con desagrado el hecho de que los obispos de Gales no hubiesen asistido a su consagración.

Debido a las guerras civiles y a la pusilanimidad de sus dos predecesores, la amplia y rica diócesis de Hereford se hallaba en un estado lamentable cuando Santo Tomás fue elegido para gobernarla. Enfrentándose con los señores temporales y espirituales de la región, que se aferraban a sus derechos y posesiones, fue venciéndolos uno a uno. Excomulgó a Corbet, barón de Gales; obligó a lord Clifford a hacer penitencia pública en la catedral de Hereford; el obispo de Saint Asaph y el obispo de Menevia, que habían tratado de impedir que consagrase la iglesia abacial de Dors, experimentaron el peso de la mano de aquel prelado feudal, que era a la vez barón y obispo, "solícito y prudente en las cosas de este mundo y todavía más solícito y prudente en las de Dios." El santo hubo de luchar durante largo tiempo con Gilberto de Clare, conde de Gloucester, quien insistía en cazar en la posesión del obispo, en Malvern. Gilberto replicó a las amenazas del prelado llamándole "clériguillo" y amenazándole con golpearlo. Naturalmente, el epíteto provocó la cólera de Santo Tomás, quien citó al conde ante los jueces. El resultado del juicio puede verse todavía en el "Foso del Conde". Ese foso es muy anterior a la época de Gilberto de Clare, pero fue él mismo quien lo mandó reparar y cercar para marcar

los límites de su propiedad y evitar que sus venados se refugiasen en las tierras del obispo. Entre los numerosos incidentes y rasgos de la vida y la persona de Santo Tomás que se hallan consignados en el proceso de canonización, se cuenta que, cuando visitaba su diócesis, preguntaba a todos los niños que encontraba en el camino si estaban confirmados; si la respuesta era negativa, procedía a conferirles inmediatamente el sacramento. Excomulgaba y reprendía a los pecadores públicos, sobre todo a aquéllos que ocupaban puestos de importancia y daban mal ejemplo a sus subordinados. No permitía que se acumulasen beneficios eclesiásticos, sin la dispensa requerida para ello; así, privó de sus beneficios al deán de San Pablo y a los archidiáconos de Northampton y Salop.

Desgraciadamente, en los últimos años de la vida de Santo Tomás estalló una disputa entre él y Juan Peckham, arzobispo de Canterbury, debido a ciertas cuestiones de jurisdicción y a algunos incidentes ocurridos en la diócesis de Hereford. En un sínodo que tuvo lugar en Reading en 1279, Santo Tomás encabezó a los sufragáneos ofendidos. Roma les dio la razón a su debido tiempo; pero Juan Peckham excomulgó a Santo Tomás. Algunos obispos se negaron a publicar el decreto de excomunión, y Santo Tomás anunció públicamente que iba a apelar ante el Papa Martín IV, a quien fue a ver a Roma. Todavía se conservan ahí algunas cartas de los procuradores de Juan Peckham. A pesar del alboroto que éstos causaron en la Ciudad Eterna, el Sumo Pontífice acogió amablemente a Santo Tomás en Orvieto. Mientras se estudiaba el proceso, el santo se retiró a Montefiascone, pero, ya para entonces, las fatigas y el calor del viaje habían arruinado su salud y cayó gravemente enfermo. Se cuenta que uno de sus capellanes, al comprender que la enfermedad era mortal, le dijo: "Señor, ¿no quisierais confesaros?" Tomás se le quedó mirando y replicó: "Estáis loco." El capellán repitió por dos veces la proposición y recibió la misma respuesta. Lo que ignoraba el pobre capellán era que el santo acostumbraba confesarse todos los días. Santo Tomás falleció el 25 de agosto de 1282 y fue sepultado en Orvieto. Sus reliquias fueron pronto trasladadas a Hereford. La capilla catedralicia en la que fueron depositadas, se convirtió en uno de los santuarios más famosos del occidente de Inglaterra (Juan Peckham se negó a conceder el permiso de enterrar los restos hasta que vio con sus propios ojos el certificado de absolución concedido por la penitenciaría papal). Los milagros empezaron a multiplicarse: en las actas de canonización se enumeran nada menos que cuatrocientos veintinueve. La causa se introdujo a instancias del rey Eduardo I y llegó a su término en 1320. El Martirologio Romano menciona a Santo Tomás el día del aniversario de su muerte, pero los canónigos regulares de Letrán y las diócesis de Birmingham, Shrewsbury y otras celebran su fiesta el 3 de octubre. Las diócesis de Cardiff y Salford la celebran el 5 de octubre, y la de Westminster el 22 del mismo mes.

Los bolandistas, que pudieron servirse de los documentos del proceso de canonización, presentan un relato muy completo sobre Santo Tomás en *Acta Sanctorum*, vol. I, octubre. La obra de Strange, *Life and Gests of St. Thomas of Cantelupe* (1674), se basa únicamente en los materiales que proporcionan las crónicas de Capgrave y Surio; la *Quarterly Series* publicó, en 1879, una reimpresión de la obra del P. Strange, que es ya muy anticuada. Actualmente disponemos de una inmensa cantidad de nuevos materiales, gracias a la publicación de las actas episcopales de Cantelupe llevada a cabo por la Canterbury Society y la York Society, así como a la publicación de "Bishop Swinfield's Household Expenses" (Camden

Society), de la correspondencia de Juan Peckham (Rolls Series), etc. Por otra parte, se encuentran bastantes referencias a Santo Tomás en casi todas las crónicas de la época. El artículo de Tout, en DNB, vol. VIII, pp. 448-452, es muy completo y de un tono acertadísimo. Desgraciadamente no podemos decir otro tanto del bien documentado artículo de A. T. Bannister, *The Cathedral Church of Hereford* (1924). Acerca de las reliquias del santo, véase el artículo de E. Horne en *Clergy Review*, vol. XXVIII (1947), pp. 99-104. Cf. D. L. Dowie, *Archbishop Pecham* (1952).

BEATO DOMINGO SPADAFORA (1521 P.C.)

DOMINGO nació en Messina a donde su familia había emigrado desde el este de Sicilia en el siglo XIII y tomó el hábito de la Orden de Predicadores en Palermo. Después de su ordenación, fue enviado a estudiar en Padua, donde obtuvo el título de doctor y enseñó algunos años. Más tarde, volvió a Palermo y predicó ahí con gran fruto. Después pasó a Roma como asistente del maestro general Joaquín Torriano, quien pronto iba a verse envuelto en el tormentoso asunto de Savonarola. Pero el Beato Domingo partió de Roma antes de la crisis para encargarse del convento recién fundado en el santuario de Nuestra Señora de Gracia, cerca de Monte Cerignone. Ahí pasó los veintiocho años que le restaban de vida, entregado al trabajo misional y ganando almas para Cristo. La muerte del Beato Domingo ocurrió en forma inesperada. El 21 de diciembre de 1521, al terminar las vísperas, reunió a todos sus súbditos, les dio las últimas instrucciones, pidió la extremaunción y el viático y murió plácidamente. Su culto fue confirmado exactamente cuatrocientos años después.

El decreto de confirmación del culto puede verse en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XIII (1921), pp. 104-108, junto con un resumen biográfico. R. Diaccini publicó una breve biografía en 1921.

4: SAN FANCISCO DE ASIS, FUNDADOR DE LOS FRAILES MENORES (1226 P.C.)

SE HA DICHO que San Francisco entró en la gloria desde antes de morir y que es el único santo a quien todas las generaciones hubiesen canonizado unánimemente. Estas exageraciones, que no carecen de fundamento, nos permiten afirmar con la misma verdad que San Francisco es el único santo de nuestros días a quien todos los no católicos estarían de acuerdo en canonizar. Ciertamente no existe ningún santo que sea tan popular como él entre los protestantes y aun entre los no cristianos. San Francisco de Asís cautivó la imaginación de sus contemporáneos presentándoles la pobreza, la castidad y la obediencia en los términos que los trovadores empleaban para cantar al amor, y con su sencillez ha conquistado a nuestro mundo tan complicado. Los que sueñan en reformas sociales y religiosas acuden al ejemplo del Pobrecito de Asís para justificar sus aspiraciones, y los sentimentales no pueden resistir a su inmensa bondad. Pero los rasgos idílicos relacionados con su nombre — su matrimonio con la Pobreza, su amor por los pajarillos, la liebre acosada, el halcón, el jilguero de la cueva, su pasión por la naturaleza (la naturaleza en el siglo XIII era todavía una cosa "natural"), sus hazañas y palabras románti-

cas — todos esos rasgos no son, por decirlo así, más que chispazos de un alma que vivía sumergida en lo sobrenatural, que se nutría en el dogma cristiano y que se había entregado enteramente, no sólo a Cristo, sino a Cristo crucificado. Francisco nació en Asís, ciudad de Umbría, en 1181 o 1182. Su padre, Pedro Bernardone, era comerciante. El nombre de su madre era Pica y algunos autores afirman que pertenecía a una noble familia de la Provenza. Tanto el padre como la madre de Francisco eran personas de gran probidad y ocupaban una situación desahogada. Pedro Bernardone comerciaba especialmente en Francia. Como se hallase en dicho país cuando nació su hijo, las gentes le apodaron "Francesco" (el francés), por más que en el bautismo recibió el nombre de Juan. En su juventud, Francisco era muy dado a las románticas tradiciones caballerescas que propagaban los trovadores. Disponía de dinero en abundancia y lo gastaba pródigamente, con ostentación. Ni los negocios de su padre, ni los estudios le interesaban lo más mínimo. Lo que le interesaba realmente era gozar de la vida. Sin embargo, no era de costumbres licenciosas y jamás rehusaba una limosna a los mendigos que se la pedían por amor de Dios.

Cuando Francisco tenía unos veinte años, estalló la discordia entre las ciudades de Perugia y Asís y el joven cayó prisionero de los peruginos. La prisión duró un año, y Francisco la soportó alegremente. Sin embargo, cuando recobró la libertad, cayó gravemente enfermo. La enfermedad, en la que el joven probó una vez más su paciencia, fortaleció y maduró su espíritu. Cuando se sintió con fuerzas suficientes, determinó ir a combatir en el ejército de Galterio y Briena en el sur de Italia. Con ese fin, se compró una costosa armadura y un hermoso manto. Pero un día en que paseaba ataviado con su nuevo atuendo, se topó con un caballero mal vestido que había caído en la pobreza; movido a compasión ante aquel infortunio, Francisco cambió sus ricos vestidos por los del caballero pobre. Esa noche vio en sueños un espléndido palacio con salas colmadas de armas, sobre las cuales se hallaba grabado el signo de la cruz y le pareció oír una voz que le decía que esas armas le pertenecían a él y a sus soldados. Francisco partió a Apulia con el alma ligera y la seguridad de triunfar, pero nunca llegó al frente de batalla. En Espoleto cayó nuevamente enfermo y, durante la enfermedad, oyó una voz celestial que le exhortaba a "servir al amo y no al siervo". El joven obedeció. Al principio volvió a su antigua vida, aunque tomándola menos a la ligera. Las gentes, al verle ensimismado, le decían que estaba enamorado. "Sí —replicaba Francisco— voy a casarme con una joven más bella y más noble que todas las que conocéis". Poco a poco, con la mucha oración, fue concibiendo el deseo de vender todos sus bienes y comprar la perla preciosa de la que habla el Evangelio. Aunque ignoraba lo que tenía que hacer para ello, una serie de claras inspiraciones sobrenaturales le hizo comprender que la batalla espiritual empieza por la mortificación y la victoria sobre los instintos. Paseándose en cierta ocasión a caballo por la llanura de Asís, encontró a un leproso. Las llagas del mendigo aterrorizaron a Francisco; pero, en vez de huir, se acercó al leproso, que le tendía la mano para recibir una limosna y le dio un beso.

A partir de entonces, comenzó a visitar y servir a los enfermos en los hospitales. Algunas veces regalaba a los pobres sus vestidos, otras, el dinero que llevaba. En cierta ocasión, mientras oraba en la iglesia de San Damián en las afueras de Asís, le pareció que el crucifijo le repetía tres veces: "Francisco, repara mi casa, pues ya ves que está en ruinas". El santo, viendo que la

iglesia se hallaba en muy mal estado, creyó que el Señor quería que la reparase; así pues, partió inmediatamente, tomó una buena cantidad de vestidos de la tienda de su padre y los vendió junto con su caballo. En seguida llevó el dinero al pobre sacerdote que se encargaba de la iglesia de San Damián, y le pidió permiso de quedarse a vivir con él. El buen sacerdote consintió en que Francisco se quedase con él, pero se negó a aceptar el dinero. El joven lo depositó en el alféizar de la ventana. Pedro Bernardone, al enterarse de lo que había hecho su hijo, se dirigió indignado a San Damián. Pero Francisco había tenido buen cuidado de ocultarse. Al cabo de algunos días pasados en oración y ayuno, Francisco volvió a entrar en la población, pero estaba tan desfigurado y mal vestido, que las gentes se burlaban de él como si fuese un loco. Pedro Bernardone, muy desconcertado por la conducta de su hijo, le condujo a su casa, le golpeó furiosamente (Francisco tenía entonces veinticinco años), le puso grillos en los pies y le encerró en una habitación. La madre de Francisco se encargó de ponerle en libertad cuando su marido se hallaba ausente y el joven retornó a San Damián. Su padre fue de nuevo a buscarle ahí, le golpeó en la cabeza y le conminó a volver inmediatamente a su casa o a renunciar a su herencia y pagarle el precio de los vestidos que le había robado. Francisco no tuvo dificultad alguna en renunciar a la herencia, pero dijo a su padre que el dinero de los vestidos pertenecía a Dios y a los pobres. Su padre le obligó a comparecer ante el obispo Guido de Asís, quien exhortó al joven a devolver el dinero y a tener confianza en Dios: "Dios no desea que su Iglesia goce de bienes injustamente adquiridos." Francisco obedeció a la letra la orden del obispo y añadió: "Los vestidos que llevo puestos pertenecen también a mi padre, de suerte que tengo que devolvérselos." Acto seguido se desnudó y entregó sus vestidos a su padre, diciéndole alegremente: "Hasta ahora tú has sido mi padre en la tierra. Pero en adelante podré decir: 'Padre nuestro, que estás en los cielos.' " Pedro Bernardone abandonó el palacio episcopal "temblando de indignación y profundamente lastimado." El obispo regaló a Francisco un viejo vestido de labrador, que pertenecía a uno de sus siervos. Francisco recibió la primera limosna de su vida con gran agradecimiento, trazó la señal de la cruz sobre el vestido con un trozo de tiza y se lo puso.

En seguida, partió en busca de un sitio conveniente para establecerse. Iba cantando alegremente las alabanzas divinas por el camino real, cuando se topó con unos bandoleros que le preguntaron quién era. El respondió: "Soy el heraldo del Gran Rey." Los bandoleros le golpearon y le arrojaron en un foso cubierto de nieve. Francisco prosiguió su camino cantando las divinas alabanzas. En un monasterio obtuvo limosna y trabajo como si fuese un mendigo. Cuando llegó a Gubbio, una persona que le conocía, le llevó a su casa y le regaló una túnica, un cinturón y unas sandalias de peregrino. El atuendo era muy pobre pero decente. Francisco lo usó dos años, al cabo de los cuales volvió a San Damián. Para reparar la iglesia, fue a pedir limosna en Asís, donde todos le habían conocido rico y, naturalmente, hubo de soportar las burlas y el desprecio de más de un mal intencionado. El mismo se encargó de transportar las piedras que hacían falta para reparar la iglesia y ayudó en el trabajo a los albañiles. Una vez terminadas las reparaciones en la iglesia de San Damián, Francisco emprendió un trabajo semejante en la antigua iglesia de San Pedro. Después, se trasladó a una capillita llamada Porciúncula, que pertenecía a la abadía benedictina de Monte Subasio. Probablemente el nombre de la capillita

aludía al hecho de que estaba construida en una reducida parcela de tierra. La Porciúncula se hallaba en una llanura, a unos cuatro kilómetros de Asís y, en aquella época, estaba abandonada y casi en ruinas. La tranquilidad del sitio agradó a Francisco tanto como el título de Nuestra Señora de los Angeles, en cuyo honor había sido erigida la capilla. Francisco la reparó y fijó en ella su residencia. Ahí le mostró finalmente el cielo lo que esperaba de él, el día de la fiesta de San Matías del año 1209. En aquella época, el evangelio de la misa de la fiesta decía: "Id a predicar, diciendo: El Reino de Dios ha llegado... Dad gratuitamente lo que habéis recibido gratuitamente... No poseáis oro... ni dos túnicas, ni sandalias, ni báculo... He aquí que os envío como corderos en medio de los lobos..." (Mat. x, 7-19). Estas palabras penetraron hasta lo más profundo en el corazón de Francisco y éste, aplicándolas literalmente, regaló sus sandalias, su báculo y su cinturón y se quedó solamente con la pobre túnica ceñida con un cordón. Tal fue el hábito que dio a sus hermanos un año más tarde: la túnica de lana burda de los pastores y campesinos de la región. Vestido en esa forma, empezó a exhortar a la penitencia con tal energía, que sus palabras hendían los corazones de sus oyentes. Cuando se topaba con alguien en el camino, le saludaba con estas palabras: "La paz del Señor sea contigo." Dios le había concedido ya el don de profecía y el don de milagros. Cuando pedía limosna para reparar la iglesia de San Damián, acostumbraba decir: "Ayudadme a terminar esta iglesia. Un día habrá ahí un convento de religiosas en cuyo buen nombre se glorificarán el Señor y la universal Iglesia." La profecía se verificó cinco años más tarde en Santa Clara y sus religiosas. Un habitante de Espoleto sufría de un cáncer que le había desfigurado horriblemente el rostro. En cierta ocasión, al cruzarse con San Francisco, el hombre intentó arrojarse a sus pies, pero el santo se lo impidió y le besó en el rostro. El enfermo quedó instantáneamente curado. San Buenaventura comentaba a este propósito: "No sé si hay que admirar más el beso o el milagro".

Francisco tuvo pronto numerosos seguidores y algunos querían hacerse discípulos suyos. El primer discípulo fue Bernardo de Quintavalle, un rico comerciante de Asís. Al principio Bernardo veía con curiosidad la evolución de Francisco y con frecuencia le invitaba a su casa, donde le tenía siempre preparado un lecho próximo al suyo. Bernardo se fingía dormido para observar cómo el siervo de Dios se levantaba calladamente y pasaba largo tiempo en oración, repitiendo estas palabras: "Deus meus et omnia" (Mi Dios y mi todo). Al fin, comprendió que Francisco era "verdaderamente un hombre de Dios" y en seguida le suplicó que le admitiese como discípulo. Desde entonces, juntos asistían a misa y estudiaban la Sagrada Escritura para conocer la voluntad de Dios. Como las indicaciones de la Biblia concordaban con sus propósitos, Bernardo vendió cuanto tenía y repartió el producto entre los pobres. Pedro de Cattaneo, canónigo de la catedral de Asís, pidió también a Francisco que le admitiese como discípulo y el santo les "concedió el hábito" a los dos juntos, el 16 de abril de 1209. El tercer compañero de San Francisco fue el hermano Gil, famoso por su gran sencillez y sabiduría espiritual. Cuando el grupo contaba ya con unos doce miembros, Francisco redactó una regla breve e informal, que consistía principalmente en los consejos evangélicos para alcanzar la perfección. En 1210, fue a Roma a presentar su regla a la aprobación del Sumo Pontífice. Inocencio III se mostró adverso al principio. Por otra parte, muchos cardenales opinaban que las órdenes religiosas ya existentes necesitaban de

reforma, no de multiplicación y que la nueva manera de concebir la pobreza era impracticable. El cardenal Juan Colonna alegó en favor de Francisco que su regla expresaba los mismos consejos con que el Evangelio exhortaba a la prefección. Más tarde, el Papa relató a su sobrino, quien a su vez lo comunicó a San Buenaventura, que había visto en sueños una palmera que crecía rápidamente y después, había visto a Francisco sosteniendo con su cuerpo la basílica de Letrán que estaba a punto de derrumbarse. Cinco años después, el mismo Pontífice tendría un sueño semejante a propósito de Santo Domingo. Inocencio III mandó, pues, llamar a Francisco y aprobó verbalmente su regla; en seguida le impuso la tonsura, así como a sus compañeros y les dio por misión predicar la penitencia.

San Francisco y sus compañeros se trasladaron provisionalmente a una cabaña de Rivo Torto, en las afueras de Asís, de donde salían a predicar por toda la región. Poco después, tuvieron dificultades con un campesino que reclamaba la cabaña para emplearla como establo de su asno. Francisco respondió: "Dios no nos ha llamado a preparar establos para los asnos", y acto seguido abandonó el lugar y partió a ver al abad de Monte Subasio. En 1212, el abad regaló a Francisco la capilla de la Porciúncula, a condición de que la conservase siempre como la iglesia principal de la nueva orden. El santo se negó a aceptar la propiedad de la capillita y sólo la admitió prestada. En prueba de que la Porciúncula continuaba como propiedad de los benedictinos, Francisco les enviaba cada año, a manera de recompensa por el préstamo, una cesta de pescados cogidos en el riachuelo vecino. Por su parte, los benedictinos correspondían enviándole un tonel de aceite. Tal costumbre existe todavía entre los franciscanos de Santa María de los Angeles y los benedictinos de San Pedro de Asís.

Alrededor de la Porciúncula, los frailes construyeron varias cabañas primitivas, porque San Francisco no permitía que la orden en general y los conventos en particular, poseyesen bienes temporales. Había hecho de la pobreza el fundamento de su orden y su amor a la pobreza se manifestaba en su manera de vestirse, en los utensilios que empleaba y en cada uno de sus actos. Acostumbraba llamar a su cuerpo "el hermano asno", porque lo consideraba como hecho para transportar carga, para recibir golpes y para comer poco y mal. Cuando veía ocioso a algún fraile, le llamaba "hermano mosca" porque en vez de cooperar con los demás echaba a perder el trabajo de los otros y les resultaba molesto. Poco antes de morir, considerando que el hombre está obligado a tratar con caridad a su cuerpo, Francisco pidió perdón al suyo por haberlo tratado tal vez con demasiado rigor. El santo se había opuesto siempre a las austeridades indiscretas y exageradas. En cierta ocasión, viendo que un fraile había perdido el sueño a causa del excesivo ayuno, Francisco le llevó alimento y comió con él para que se sintiese menos mortificado.

Al principio de su conversión, viéndose atacado de violentas tentaciones de impureza, solía revolcarse desnudo sobre la nieve. Cierta vez en que la tentación fue todavía más violenta que de ordinario, el santo se disciplinó furiosamente; como ello no bastase para alejarla, acabó por revolcarse sobre las zarzas y los abrojos. Su humildad no consistía simplemente en un desprecio sentimental de sí mismo, sino en la convicción de que "ante los ojos de Dios el hombre vale por lo que es y no más". Considerándose indigno del sacerdocio, Francisco sólo llegó a recibir el diaconado. Detestaba de todo corazón

las singularidades. Así, cuando le contaron que uno de los frailes era tan amante del silencio que sólo se confesaba por señas, respondió disgustado: "Eso no procede del espíritu de Dios sino del demonio; es una tentación y no un acto de virtud." Dios iluminaba la inteligencia de su siervo con una luz de sabiduría que no se encuentra en los libros. Cuando cierto fraile le pidió permiso de estudiar, Francisco le contestó que, si repetía con devoción el "Gloria Patri", llegaría a ser sabio a los ojos de Dios y él mismo era el mejor ejemplo de la sabiduría adquirida en esa forma. Sus contemporáneos hablan con frecuencia del cariño de Francisco por los animales y del poder que tenía sobre ellos. Por ejemplo, es famosa la reprensión que dirigió a las golondrinas cuando iba a predicar en Alviano: "Hermanas golondrinas: ahora me toca hablar a mí; vosotras ya habéis parloteado bastante." Famosas también son las anécdotas de los pajarillos que venían a escucharle cuando cantaba las grandezas del Creador, del conejillo que no quería separarse de él en el Lago Trasimeno y del lobo de Gubbio amansado por el santo. Algunos autores consideran tales anécdotas como simples alegorías, en tanto que otros les atribuyen valor histórico.

Los primeros años de la orden en Santa María de los Angeles fueron un período de entrenamiento en la pobreza y la caridad fraternas. Los frailes trabajaban en sus oficios y en los campos vecinos para ganarse el pan de cada día. Cuando no había trabajo suficiente, solían pedir limosna de puerta en puerta; pero el fundador les había prohibido que aceptasen dinero. Estaban siempre prontos a servir a todo el mundo, particularmente a los leprosos y menesterosos. San Francisco insistía en que llamasen a los leprosos "mis hermanos cristianos" y los enfermos no dejaban de apreciar esta profunda delicadeza. El número de los compañeros del santo continuaba en aumento; entre ellos se contaba el famoso "juglar de Dios", fray Junípero; a causa de la sencillez del hermanito, Francisco solía repetir: "Quisiera tener todo un bosque de tales juníperos." En cierta ocasión en que el pueblo de Roma se había reunido para recibir a fray Junípero, sus compañeros le hallaron jugando apaciblemente con los niños fuera de las murallas de la ciudad. Santa Clara acostumbraba llamarle "el juguete de Dios". Clara había partido de Asís para seguir a Francisco, en la primavera de 1212, después de oírle predicar. El santo consiguió establecer a Clara y sus compañeras en San Damián, y la comunidad de religiosas llegó pronto a ser, para los franciscanos, lo que las monjas de Prouille habían de ser para los dominicos: una muralla de fuerza femenina, un vergel escondido de oración que hacía fecundo el trabajo de los frailes. En el otoño de ese año, Francisco, no contento con todo lo que había sufrido y trabajado por las almas en Italia, resolvió ir a evangelizar a los mahometanos. Así pues, se embarcó en Ancona con un compañero rumbo a Siria; pero una tempestad hizo naufragar la nave en la costa de Dalmacia. Como los frailes no tenían dinero para proseguir el viaje se vieron obligados a esconderse furtivamente en un navío para volver a Ancona. Después de predicar un año en el centro de Italia (el señor de Chiusi puso entonces a la disposición de los frailes un sitio de retiro en Monte Alvernia, en los Apeninos de Toscana), San Francisco decidió partir nuevamente a predicar a los mahometanos en Marruecos. Pero Dios tenía dispuesto que no llegase nunca a su destino: el santo cayó enfermo en España y, después, tuvo que retornar a Italia. Ahí se consagró apasionadamente a predicar el Evangelio a los cristianos.

San Francisco dio a su orden el nombre de "Frailes Menores" por humil-

dad, pues quería que sus hermanos fuesen los siervos de todos y buscasen siempre los sitios más humildes. Con frecuencia exhortaba a sus compañeros al trabajo manual y, si bien les permitía pedir limosna, les tenía prohibido que aceptasen dinero. Pedir limosna no constituía para él una vergüenza, ya que era una manera de imitar la pobreza de Cristo. El santo no permitía que sus hermanos predicasen en una diócesis sin permiso expreso del obispo. Entre otras cosas, dispuso que "si alguno de los frailes se apartaba de la fe católica en obras o palabras y no se corregía, debería ser expulsado de la hermandad". Todas las ciudades querían tener el privilegio de albergar a los nuevos frailes, y las comunidades se multiplicaron en Umbría, Toscana, Lombardía y Ancona. Se cuenta que en 1216, Francisco solicitó del Papa Honorio III la indulgencia de la Porciúncula o "perdón de Asís".* El año siguiente, conoció en Roma a Santo Domingo, quien había predicado la fe y la penitencia en el sur de Francia en la época en que Francisco era "un gentilhombre de Asís". San Francisco tenía también la intención de ir a predicar en Francia. Pero, como el cardenal Ugolino (quien fue más tarde Papa con el nombre de Gregorio IX) le disuadiese de ello, envió en su lugar a los hermanos Pacífico y Agnelo. Este último había de introducir más tarde la orden de los frailes menores en Inglaterra. El sabio y bondadoso cardenal Ugolino ejerció una gran influencia en el desarrollo de la orden. Los compañeros de San Francisco eran ya tan numerosos, que se imponía forzosamente cierta forma de organización sistemática y de disciplina común. Así pues, se procedió a dividir a la orden en provincias, al frente de cada una de las cuales se puso a un ministro, "encargado del bien espiritual de los hermanos; si alguno de ellos llegaba a perderse por el mal ejemplo del ministro, éste tendría que responder de él ante Jesucristo." Los frailes habían cruzado ya los Alpes y tenían misiones en España, Alemania y Hungría.

El primer capítulo general se reunió, en la Porciúncula, en Pentecostés del año de 1217. En 1219, tuvo lugar el capítulo "de las esteras", así llamado por las cabañas que debieron construirse precipitadamente con esteras para albergar a los delegados. Se cuenta que se reunieron entonces cinco mil frailes. Nada tiene de extraño que en una comunidad tan numerosa, el espíritu del fundador se hubiese diluido un tanto. Los delegados encontraban que San Francisco se entregaba excesivamente a la ventura, es decir, con demasiada confianza en Dios, y exigían un espíritu más práctico. El santo se indignó profundamente y replicó: "Hermanos míos, el Señor me llamó por el camino de la sencillez y la humildad y por ese camino persiste en conducirme, no sólo a mí sino a todos los que estén dispuestos a seguirme... El Señor me dijo que deberíamos ser pobres y locos en este mundo y que ése y no otro sería el camino por el que nos llevaría. Quiera Dios confundir vuestra sabiduría y vuestra ciencia y haceros volver a vuestra primitiva vocación, aunque sea contra vuestra voluntad

* Según la tradición, Jesucristo se apareció a San Francisco en la capillita de la Porciúncula. A causa de la aparición, Honorio III concedió indulgencia plenaria a quienes visitasen la capilla en un día determinado del año (actualmente el 2 de agosto, "toties quoties"). Se ha discutido mucho si tal indulgencia fue concedida en la época de San Francisco, pero lo cierto es que entonces no se empleaba el método de salir de la capilla y volver a entrar para ganar una nueva indulgencia. Como escribía Nicolás de Lyra, "eso es más bien ridículo que devoto". Y otros teólogos de la Edad Media opinaban como él.

y aunque la encontréis tan defectuosa." A quienes le propusieron que pidiese al Papa permiso para que los frailes pudiesen predicar en todas partes sin autorización del obispo, Francisco repuso: "Cuando los obispos vean que vivís santamente y que no tenéis intenciones de atentar contra su autoridad, serán los primeros en rogaros que trabajéis por el bien de las almas que les han sido confiadas. Considerad como el mayor de los privilegios el no gozar de privilegio alguno..." Al terminar el capítulo, San Francisco envió a algunos frailes a la primera misión entre los infieles de Túnez y Marruecos y se reservó para sí la misión entre los sarracenos de Egipto y Siria. En 1215, durante el Concilio de Letrán, el Papa Inocencio III había predicado una nueva cruzada, pero tal cruzada se había reducido simplemente a reforzar el Reino Latino de oriente. Francisco quería blandir la espada de Dios.

En junio de 1219, se embarcó en Ancona con doce frailes. La nave los condujo a Damieta, en la desembocadura del Nilo. Los cruzados habían puesto sitio a la ciudad, y Francisco sufrió mucho al ver el egoísmo y las costumbres disolutas de los soldados de la cruz. Consumido por el celo de la salvación de los sarracenos, decidió pasar al campo del enemigo, por más que los cruzados le dijeron que la cabeza de los cristianos estaba puesta a precio. Habiendo conseguido la autorización del legado pontificio, Francisco y el hermano Iluminado se aproximaron al campo enemigo, gritando: "¡Sultán, sultán!" Cuando los condujeron a la presencia de Malek-al-Kamil, Francisco declaró osadamente: "No son los hombres quienes me han enviado, sino Dios todopoderoso. Vengo a mostrarles, a ti y a tu pueblo, el camino de la salvación; vengo a anunciarles las verdades del Evangelio." El sultán quedó impresionado y rogó a Francisco que permaneciese con él. El santo replicó: "Si tú y tu pueblo estáis dispuestos a oír la palabra de Dios, con gusto me quedaré con vosotros. Y si todavía vaciláis entre Cristo y Mahoma, manda encender una hoguera; yo entraré en ella con vuestros sacerdotes y así veréis cuál es la verdadera fe." El sultán contestó que probablemente ninguno de los sacerdotes querría meterse en la hoguera y que no podía someterlos a esa prueba para no soliviantar al pueblo. Pocos días más tarde, Malek-al-Kamil mandó a Francisco que volviese al campo de los cristianos. Desalentado al ver el reducido éxito de su predicación entre los sarracenos y entre los cristianos, el santo pasó a visitar los Santos Lugares. Ahí recibió una carta en la que sus hermanos le pedían urgentemente que retornase a Italia.

Durante la ausencia de Francisco, sus dos vicarios, Mateo de Narni y Gregorio de Nápoles, habían introducido ciertas inovaciones que tendían a uniformar a los frailes menores con las otras órdenes religiosas y a encuadrar el espíritu franciscano en el rígido esquema de la observancia monástica y de las reglas ascéticas. Las religiosas de San Damián tenían ya una constitución propia, redactada por el cardenal Ugolino sobre la base de la regla de San Benito. Al llegar a Bolonia, Francisco tuvo la desagradable sorpresa de encontrar a sus hermanos hospedados en un espléndido convento. El santo se negó a poner los pies en él y vivió con los frailes predicadores. En seguida mandó llamar al guardián del convento franciscano, le reprendió severamente y le ordenó que los frailes abandonasen la casa. Tales acontecimientos tenían a los ojos del santo las proporciones de una verdadera traición: se trataba de una crisis de la que tendría que salir la orden sublimada o destruida. San Francisco se trasladó a Roma donde consiguió que Honorio III nombrase al car-

denal Ugolino protector y consejero de los franciscanos, ya que el purpurado había depositado una fe ciega en el fundador y poseía una gran experiencia en los asuntos de la Iglesia. Al mismo tiempo, Francisco se entregó ardientemente a la tarea de revisar la regla, para lo que convocó a un nuevo capítulo general que se reunió en la Porciúncula en 1221. El santo presentó a los delegados la regla revisada. Lo que se refería a la pobreza, la humildad y la libertad evangélica, características de la orden, quedaba intacto. Ello constituía una especie de reto del fundador a los disidentes y legalistas que, por debajo del agua, tramaban una verdadera revolución del espíritu franciscano. El jefe de la oposición era el hermano Elías de Cortona. El fundador había renunciado a la dirección de la orden, de suerte que su vicario, fray Elías, era prácticamente el ministro general. Sin embargo, no se atrevió a oponerse al fundador, a quien respetaba sinceramente. En realidad, la orden era ya demasiado grande, como lo dijo el propio San Francisco: "Si hubiese menos frailes menores, el mundo los vería menos y desearía que fuesen más." Al cabo de dos años, durante los cuales hubo de luchar contra la corriente cada vez más fuerte que tendía a desarrollar la orden en una dirección que él no había previsto y que le parecía comprometer el espíritu franciscano, el santo emprendió una nueva revisión de la regla. Después la comunicó al hermano Elías para que éste la pasase a los ministros, pero el documento se extravió y el santo hubo de dictar nuevamente la revisión al hermano León, en medio del clamor de los frailes que afirmaban que la prohibición de poseer bienes en común era impracticable. La regla, tal como fue aprobada por Honorio III en 1223, representaba sustancialmente el espíritu y el modo de vida por el que había luchado San Francisco desde el momento en que se despojó de sus ricos vestidos ante el obispo de Asís. Unos dos años antes San Francisco y el cardenal Ugolino habían redactado una regla para la cofradía de laicos que se habían asociado a los frailes menores y que correspondía a lo que actualmente llamamos tercera orden, fincada en el espiritu de la "Carta a todos los cristianos", que Francisco había escrito en los primeros años de su conversión. La cofradía, formada por laicos entregados a la penitencia, que llevaban una vida muy diferente de la que se acostumbraba entonces, llegó a ser una gran fuerza religiosa en la Edad Media. En el derecho canónico actual, los terciarios de las diversas órdenes gozan todavía de un estatuto específicamente diferente del de los miembros de las cofradías y congregaciones marianas.

San Francisco pasó la Navidad de 1223 en Grecchio, en el valle de Rieti. Con tal ocasión, había dicho a su amigo, Juan da Vellita: "Quisiera hacer una especie de representación viviente del nacimiento de Jesús en Belén, para presenciar, por decirlo así, con los ojos del cuerpo la humildad de la Encarnación y verle recostado en el pesebre entre el buey y el asno." En efecto, el santo construyó entonces en la ermita una especie de cueva y los campesinos de los alrededores asistieron a la misa de media noche, en la que Francisco actuó como diácono y predicó sobre el misterio de la Natividad. Probablemente ya existía para entonces la costumbre del "belén" o "nacimiento", pero el hecho de que el santo la hubiese practicado contribuyó indudablemente a popularizarla. San Francisco permaneció varios meses en el retiro de Grecchio, consagrado a la oración, pero ocultó celosamente a los ojos de los hombres las gracias especialísimas que Dios le comunicó en la contemplación. El hermano León, que era su secretario y confesor, afirmó que le había visto varias veces durante la

oración elevarse tan alto sobre el suelo, que apenas podía alcanzarle los pies y, en ciertas ocasiones, ni siquiera eso. Alrededor de la fiesta de la Asunción de 1224, el santo se retiró a Monte Alvernia y se construyó ahí una pequeña celda. Llevó consigo al hermano León, pero prohibió que fuese alguien a visitarle hasta después de la fiesta de San Miguel. Ahí fue donde tuvo lugar, alrededoı del día de la Santa Cruz de 1224, el milagro de los estigmas, del que hablamos el 17 de septiembre. Francisco trató de ocultar a los ojos de los hombres las señales de la Pasión del Señor que tenía impresas en el cuerpo; por ello, a partir de entonces llevaba siempre las manos dentro de las mangas del hábito y usaba medias y zapatos. Sin embargo, deseando el consejo de sus hermanos, comunicó lo sucedido al hermano Iluminado y algunos otros, pero añadió que le habían sido reveladas ciertas cosas que jamás descubriría a hombre alguno sobre la tierra. En cierta ocasión en que se hallaba enfermo, alguien propuso que se le leyese un libro para distraerle. El santo respondió: "Nada me consuela tanto como la contemplación de la vida y Pasión del Señor. Aunque hubiese de vivir hasta el fin del mundo, con ese solo libro me bastaría." Francisco se había enamorado de la santa pobreza mientras contemplaba a Cristo crucificado y meditaba en la nueva crucifixión que sufría en la persona de los pobres. El santo no despreciaba la ciencia, pero no la deseaba para sus discípulos. Los estudios sólo tenían razón de ser como medios para un fin y sólo podían aprovechar a los frailes menores, si no les impedían consagrar a la oración un tiempo todavía más largo y si les enseñaban más bien, a predicarse a sí mismos que a hablar a otros. Francisco aborrecía los estudios que alimentaban más la vanidad que la piedad, porque entibiaban la caridad y secaban el corazón. Sobre todo, temía que la señora Ciencia se convirtiese en rival de la dama Pobreza. Viendo con cuánta ansiedad acudían a las escuelas y buscaban los libros sus hermanos, Francisco exclamó en cierta ocasión: "Impulsados por el mal espíritu, mis pobres hermanos acabarán por abandonar el camino de la sencillez y de la pobreza." Antes de salir de Monte Alvernia, el santo compuso el "Himno de alabanza al Altísimo". Poco después de la fiesta de San Miguel, bajó finalmente al valle, marcado por los estigmas de la Pasión y curó a los enfermos que le salieron al paso.

Los dos años que le quedaban de vida fueron un período de sufrimiento tan intenso como su gozo espiritual. Su salud iba empeorando, los estigmas le hacían sufrir y le debilitaban y casi había perdido la vista. En el verano de 1225 estuvo tan enfermo, que el cardenal Ugolino y el hermano Elías le obligaron a ponerse en manos del médico del Papa en Rieti. El santo obedeció con sencillez. De camino a Rieti fue a visitar a Santa Clara en el convento de San Damián. Ahí, en medio de los más agudos sufrimientos físicos, escribió el "Cántico del hermano Sol" y lo adoptó a una tonada popular para que sus hermanos pudiesen cantarlo. Después se trasladó a Monte Rainerio, donde se sometió al tratamiento brutal que el médico le había prescrito, pero la mejoría que ello le produjo fue sólo momentánea. Sus hermanos le llevaron entonces a Siena a consultar a otros médicos, pero para entonces el santo estaba moribundo. En el testamento que dictó para sus frailes, les recomendaba la caridad fraterna, los exhortaba a amar y observar la santa pobreza y a amar y honrar a la Iglesia. Poco antes de su muerte, dictó un nuevo testamento para recomendar a sus hermanos que observasen fielmente la regla y trabajasen manualmente, no por el deseo de lucro, sino para evitar la ociosidad y dar buen

ejemplo. "Si no nos pagan nuestro trabajo, acudamos a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta". Cuando Francisco volvió a Asís, el obispo le hospedó en su propia casa. Francisco rogó a los médicos que le dijesen la verdad, y éstos confesaron que sólo le quedaban unas cuantas semanas de vida. "¡Bienvenida, hermana Muerte!", exclamó el santo y acto seguido, pidió que le trasportasen a la Porciúncula. Por el camino, cuando la comitiva se hallaba en la cumbre de una colina, desde la que se dominaba el panorama de Asís, pidió a los que portaban la camilla que se detuviesen un momento y entonces volvió sus ojos ciegos en dirección a la ciudad e imploró las bendiciones de Dios para ella y sus habitantes. Después mandó a los camilleros que se apresurasen a llevarle a la Porciúncula. Cuando sintió que la muerte se aproximaba, Francisco envió a un mensajero a Roma para llamar a la noble dama Giacoma di Settesoli, que había sido su protectora, para rogarle que trajese consigo algunos cirios y un sayal para amortajarle, así como una porción de un pastel que le gustaba mucho. Felizmente, la dama llegó a la Porciúncula antes de que el mensajero partiese. Francisco exclamó: "¡Bendito sea Dios que nos ha enviado a nuestra hermana Giacoma! La regla que prohibe la entrada a las mujeres no afecta a nuestra hermana Giacoma. Decidle que entre". El santo envió un último mensaje a Santa Clara y a sus religiosas y pidió a sus hermanos que entonasen los versos del "Cántico del Sol" en los que alaba a la muerte. En seguida rogó que le trajesen un pan y lo repartió entre los presentes en señal de paz y de amor fraternal diciendo: "Yo he hecho cuanto estaba de mi parte, que Cristo os enseñe a hacer lo que está de la vuestra." Sus hermanos le tendieron por tierra y le cubrieron con un viejo hábito que el guardián le había prestado. Francisco exhortó a sus hermanos al amor de Dios, de la pobreza y del Evangelio, "por encima de todas las reglas", y bendijo a todos sus discípulos, tanto a los presentes como a los ausentes. Murió el 3 de octubre de 1226, después de escuchar la lectura de la Pasión del Señor según San Juan.

Francisco había pedido que le sepultasen en el cementerio de los criminales de Colle d'Inferno. En vez de hacerlo así, sus hermanos llevaron al día siguiente el cadáver en solemne procesión a la iglesia de San Jorge, en Asís. Ahí estuvo depositado hasta dos años después de la canonización. En 1230, fue secretamente trasladado a la gran basílica construida por el hermano Elías. El cadáver desapareció de la vista de los hombres durante seis siglos, hasta que en 1818, tras cincuenta y dos días de búsqueda, fue descubierto bajo el altar mayor, a varios metros de profundidad. El santo no tenía más que cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años al morir. No podemos relatar aquí, ni siquiera en resumen, la azarosa y brillante historia de la orden que fundó. Digamos simplemente que sus tres ramas —la de los frailes menores, la de los frailes menores capuchinos y la de los frailes menores conventuales— forman el instituto religioso más numeroso que existe actualmente en la Iglesia. Y, según la opinión del historiador David Knowles, al fundar ese instituto, San Francisco "contribuyó más que nadie a salvar a la Iglesia de la decadencia y el desorden en que había caído durante la Edad Media."

La literatura relacionada con San Francisco es tan vasta y los problemas que presentan algunas de las fuentes son tan complicados, que sería imposible entrar en detalles en el espacio de que disponemos. Digamos en primer lugar que se conservan algunos breves escritos ascéticos del santo, de los que el P. Edouard d'Alençon ha hecho una edición crítica. En

segundo lugar, existe toda una serie de "legendae" (la palabra no indica aquí que se trate de relatos fabulosos), es decir, las biografías primitivas. Las más importantes, desde el punto de vista histórico, son la *Vita prima*, que se atribuye a Tomás de Celano, escrita antes de 1229; la *Vita secunda*, escrita entre 1244 y 1247, que completa la anterior y los *Miracula*, que datan aproximadamente de 1257. Hay que citar además la biografía oficial, escrita por San Buenaventura hacia 1263; el primer texto crítico se publicó en el vol. VIII de *Opera omnia* del santo, editado en Quaracci. La *Legenda minor*, destinada al uso litúrgico, se basa en la biografía escrita por San Buenaventura, quien la compuso con miras a pacificar los ánimos. En efecto, en aquella época había estallado una violenta controversia entre los frailes "zelanti" o "espirituales" y los partidarios de la observancia mitigada. Los miembros del primer partido se basaban en los dichos y hechos del fundador, tal como se conservaban en las primeras biografías. San Buenaventura suprimió muchos incidentes de la vida del fundador para evitar las ocasiones de discordia, y los superiores de la orden mandaron destruir las "legendae" primitivas. Por ello, los manuscritos de tales leyendas son por hoy muy raros y algunos de ellos sólo han llegado a ver la luz gracias a los esfuerzos de los investigadores. Está fuera de duda que el hermano León, confidente íntimo de San Francisco, escribió unas "cedule" o "rotuli" sobre el fundador de la orden, y Pablo Sabatier, el gran especialista en cuestiones medievales, sostuvo siempre que el documento conocido con el nombre de *Speculum perfectionis*, reflejaba lo sustancial de la obra del hermano León. La revisión final que Sabatier hizo del *Speculum perfectionis*, fue editada por A. G. Little y fue publicada en 1931 por la British Society of Franciscan Studies. Se ha discutido mucho acerca de los orígenes y la fecha de dicha obra. Por otra parte, F. M. Delorme publicó en 1926, con el nombre de *Legenda antiqua*, un texto que descubrió en Perugia; según dicho autor, tal texto tiene grandes probabilidades de ser la obra del hermano León. Otro de los textos primitivos más importantes es el *Sacrum commercium* (las conversaciones de Francisco y sus hijos con la santa Pobreza), escrito probablemente por Juan Parenti hacia 1227. Existen la *Legenda trium sociorum*, la *Legenda Juliani de Spira* y otras obras por el estilo, así como los *Actus beati Francisci*; esta última obra, con el nombre italiano de *Fioretti*, ha sido traducida a todas las lenguas. Entre las innumerables biografías modernas sólo mencionaremos las más importantes. En primer lugar, hay que hablar de la biografía inglesa del capuchino Cuthbert, que, según Sabatier, es la mejor de las biografías modernas. El autor la ha completado con una serie de libros sobre la historia y el espíritu franciscano primitivos. La biografía de Juan Jörgensen ha sido traducida a muchos idiomas, así como la biografía escrita por O. Englebert (1950); desgraciadamente, las traducciones inglesas de estas dos obras son muy deficientes. El ensayo de G. K. Chesterton, aunque muy breve, está admirablemente escrito y deja una impresión muy vívida. Sabatier, aunque no era católico, se expresó en términos muy inteligentes en su biografía de San Francisco, que fue publicada por primera vez en 1894, pero la edición definitiva apareció en 1931, después de la muerte del autor. Ver también P. Robinson, *The Real St Francis*; Felder, *The Knight-errant of Assisi* y *The Ideals of St Francis*; *St Francis: the Legends and Lauds*, es una obra que reúne los escritos de los contemporáneos del santo, con un comentario de O. Karrer. La biografía de J. R. H. Moorman (1950) es inteligente y concisa; el mismo autor publicó *Sources for the Life of St Francis* (1490). La obra de Facchinetti, *Guida bibliographica* (1928), es muy abundante y útil, pero resulta imposible estar al día en materia de literatura franciscana.

SAN AMON (*c.* 350 P.C.)

SE HA REPETIDO que San Amón fue el primero de los padres de Egipto que estableció un monasterio en Nitria. Aunque tal afirmación no está probada, San Amón fue sin duda uno de los más famosos ermitaños del desierto. Después de la muerte de los padres de Amón, que eran muy ricos, su tío y otros parientes obligaron al joven a contraer matrimonio. Amón tenía entonces veintiocho años. Leyendo a su esposa las alabanzas que hace San Pablo, del estado de virginidad, logró persuadirla de que viviese con él en perpetua continencia durante dieciocho años. Amón se mortificaba severamente a fin de prepararse a las austeridades de la vida del desierto. Pasaba el día entero entregado al

trabajo en un extenso huerto de árboles de bálsamo; cenaba con su esposa algunas yerbas y frutos y después se retiraba a orar gran parte de la noche. Cuando murieron su tío y los otros parientes que tenían interés en que se quedase en el mundo, Amón, con el consentimiento de su esposa, se retiró al desierto de Nitria. Esta reunió en su casa una comunidad de mujeres devotas, y San Amón iba cada seis meses a dirigirlas en el camino de la vida espiritual.

Nitria, que se llama actualmente Wady Natrun, está situada a unos ciento diez kilómetros al sudeste de Alejandría. Alguien ha descrito así ese sitio: "Es un pantano malsano y cubierto de yerbas, infestado de reptiles y de insectos venenosos. Existen oasis buenos y malos; el oasis pantanoso de Nitria recibió ese nombre porque sus aguas son saladas. Los ermitaños lo eligieron porque era aun peor que el desierto." Paladio, que visitó Nitria cincuenta años después de San Amón, escribe:

> "En la montaña habitan unos cinco mil hombres que llevan vidas muy diferentes. Cada uno lleva la vida que le permiten sus fuerzas y le aconsejan sus deseos, de suerte que unos habitan en comunidad y otros totalmente aislados. En la montaña hay siete panaderías para alimentar a los cinco mil habitantes y a los seiscientos anacoretas del desierto. Existe en la montaña de Nitria una gran iglesia, junto a la cual se yerguen tres palmeras. De cada palmera cuelga un látigo. Uno está destinado para los anacoretas que cometen alguna falta; otro para los bandoleros, si acaso se presentan algunos, y el tercero para los peregrinos. Todos los que cometen alguna falta que merezca latigazos son atados a la palmera, reciben el número de golpes prescrito y después se les deja en libertad. Junto a la iglesia hay un albergue en el qué se alojan los peregrinos todo el tiempo que quieren, aunque permanezcan dos o tres años. Los peregrinos, después de pasar una semana en reposo, están obligados a trabajar en el huerto, en la panadería o en la cocina. Cuando el peregrino es un personaje importante, puede dedicarse a leer, pero no tiene derecho a dirigir la palabra a nadie fuera de las horas prescritas. Hay en la montaña algunos médicos y costureros. Todos pueden tomar vino y hay sitios en que se vende. Todos trabajan en la manufactura del lino, de suerte que todos ganan lo que comen. A la hora de nona se eleva de todas las celdas el canto de los salmos y al oírlo se creería estar en el paraíso. Los oficios sólo se celebran en la iglesia los sábados y domingos. Ocho sacerdotes se ocupan del cuidado de la iglesia. Mientras vive el sacerdote más anciano, ningún otro celebra los oficios, ni predica, ni da órdenes, sino que todos asisten al más anciano." ("Historia Lausiaca").

Así vivían los monjes y anacoretas que, según la expresión de San Atanasio, "se apartaban de sus parientes y amigos para vivir como ciudadanos del cielo".

Los primeros discípulos de San Amón vivían en celdas separadas, hasta que San Antonio el Grande les aconsejó que se reuniesen bajo la dirección de un superior prudente. Pero aun entonces el monasterio no pasaba de ser una especie de colonia de celdas independientes. El propio San Antonio escogió el sitio para su grupo de monjes. San Amón y San Antonio solían visitarse

mutuamente. San Amón vivía en la mayor austeridad. Cuando llegó al desierto, acostumbraba comer a pan y agua una sola vez al día; al fin de su vida, sólo comía cada tres o cuatro días. Entre los muchos milagros que obró, San Atanasio cita uno en su "Vida de San Antonio". En cierta ocasión en que San Amón se disponía a cruzar el río en compañía de su discípulo, Teodoro, encontró que las aguas estaban muy crecidas. Su discípulo se retiró un poco para desnudarse. Pero San Amón sentía siempre repugnancia a desnudarse para cruzar el río, aun cuando estuviese solo y no se decidía a despojarse de sus vestidos. Súbitamente fue transportado en forma milagrosa a la otra orilla. Cuando Teodoro llegó a su vez y vio que su maestro no estaba mojado, le preguntó lo que había sucedido y San Amón no tuvo más remedio que confesar el milagro, aunque le obligó a prometer que no lo diría a nadie sino hasta después de su muerte. San Amón murió a los sesenta y dos años. San Antonio, que se hallaba entonces a trece días de distancia, supo que su amigo había muerto, porque tuvo una visión en la que presenció el ascenso de su alma al cielo.

Los datos que poseemos proceden principalmente de la *Historia Lausiaca* de Paladio; además, la *Historia monachorum* cita uno o dos milagros. El texto griego de este último documento fue editado por Preuschen en su obra *Palladius und Rufinus* (1897). Véase *Acta Sanctorum*, oct. vol. II; y Schiwietz, *Das morgenländische Mönchumt*, vol. I, p. 94.

SAN PETRONIO, Obispo de Bolonia (*c.* 445 p.c.)

A principios del siglo V, el prefecto del "praetorium" de Galia se llamaba Petronio. Nuestro santo fue probablemente hijo suyo. Unas palabras de una carta de San Euquerio de Lyon parecen indicar que también San Petronio desempeñó en un momento dado un importante puesto civil, cargo que abandonó para entrar al servicio de la Iglesia. Pronto alcanzó gran fama de virtud en Italia. Se dice que en su juventud hizo un viaje a Palestina, "donde pasó mucho tiempo recogiendo datos sobre los primeros tiempos de la Iglesia". Más tarde, aprovechó esos datos en forma muy práctica. Hacia el año 432 fue elegido obispo de Bolonia. Su primer cuidado fue reparar las iglesias, que habían sido arruinadas durante las recientes invasiones de los godos.

Se cuenta que San Petronio "construyó un monasterio al este de la ciudad, fuera de las murallas, en honor del protomártir San Esteban. Era un edificio espacioso y alto, con muchas columnas de pórfido y mármoles preciosos; en los capiteles había una serie de animales y pájaros tallados. Petronio consagró especial atención a la construcción de dicha iglesia, sobre todo a la reproducción del sepulcro del Señor, cuyas medidas señaló él mismo . . . El atrio de la iglesia representaba el Gólgota, y en él se levantaba la cruz de Cristo." En realidad era un conjunto de siete iglesias, que reproducían en líneas generales los Santos Lugares de Jerusalén. San Petronio hizo de la iglesia de San Esteban la catedral de su diócesis. Sus sucesores siguieron empleándola como catedral hasta el siglo X, cuando los hunos asolaron la Emilia el año 903 y destruyeron las iglesias construidas por San Petronio. Los edificios fueron reconstruidos varias veces en la Edad Media. En el siglo XII, la catedral de San Esteban era un sitio de peregrinación muy popular, ya que acudían a ella quienes no podían ir al oriente. En 1141, se añadieron otras construcciones y, con tal

motivo, entraron probablemente en circulación muchas reliquias falsas. Es una coincidencia sospechosa que precisamente entonces se hayan descubierto las reliquias de San Petronio. En la biografía del santo, escrita en aquella época, abundan las fábulas y sucesos absurdos y se echan de menos los datos precisos. La "Nueva Jerusalén" de Bolonia existe aún en nuestros días, aunque muy modificada y "todavía conserva un aire característico de extraordinaria antigüedad".

La biografía de San Petronio publicada en "*Acta Sanctorum*", oct., vol. II, carece de valor histórico, ya que data del s. XII. Lo mismo hay que decir de la biografía italiana compuesta ciento cincuenta años después. Mons. Lanzoni estudió muy a fondo la cuestión, en su monografía "*S. Petronio, vescovo di Bologna nella storia e nella leggenda* (1907). Véase también Delehaye, *Analecta Bollandiana*, vol. XXVII (1908), pp. 104-106, quien comenta la obra que acabamos de citar. En la revista *Romagna*, vol. VII (1910), Mons Lanzoni siguió estudiando la cuestión y llegó a la conclusión de que es muy dudoso que San Petronio haya estado alguna vez en Palestina. Acerca de la iglesia de San Esteban, cf. G. Jeffery, *The Holy Sepulchre* (1919), pp. 195-211.

5: SAN PLACIDO, MÁRTIR (Siglo VI)

DADA LA GRAN fama de santidad que alcanzó San Benito en la época en que vivió en Subiaco, muchas nobles familias romanas solían confiarle a sus hijos para que los educasen en el monasterio. Equicio le confió a su hijo Mauro y el patricio Tértulo a su hijo Plácido, quien era aún muy niño. San Gregorio cuenta en sus "Diálogos" que, en cierta ocasión, Plácido se cayó en el río cuando trataba de llenar un cántaro. San Benito, que se hallaba en el monasterio, llamó inmediatamente a Mauro y le dijo: "Corre y vuela, hermano mío, porque el niño acaba de caerse en el río." Mauro echó a correr y anduvo sobre las aguas la distancia de un tiro de flecha, hasta el sitio en que se hallaba Plácido; entonces le tomó por los cabellos y le arrastró hasta la orilla, caminando sobre las aguas. Al pisar tierra, Mauro volvió los ojos hacia el río y sólo entonces cayó en la cuenta del milagro. San Benito lo atribuyó a la obediencia de su discípulo, pero éste pensó que se debía a la santidad y virtud de San Benito. Plácido confirmó los pensamientos de Mauro, diciendo: "Cuando me sacaste del agua, vi el manto de nuestro padre sobre mi cabeza y pensé que era él quien tiraba de mí". La salvación milagrosa de Plácido es como un símbolo de la preservación de su alma de toda mancha de pecado. Crecía constantemente en virtud y sabiduría, y su vida era una réplica fiel de la de su maestro y director, San Benito. Este observaba los progresos de la gracia en el corazón de su discípulo, le amaba con particular predilección y, probablemente, le llevó consigo a Monte Cassino. Según se dice, el padre de Plácido fue quien regaló a San Benito dicha posesión. A esto se reduce todo lo que sabemos acerca de Plácido, a quien solía venerarse como confesor hasta el siglo XII.

Pero el San Plácido cuya fiesta celebra hoy la Iglesia de occidente era "un monje y discípulo del bienaventurado abad Benito, junto con sus hermanos, Eutiquio y Victorino, con su hermana Flavia y con los monjes Donato, Firmato el diácono, Fausto y otros treinta", fue martirizado por los piratas en Messina. Ciertos martirologios antiguos mencionan en el día de hoy el martirio

de los santos Plácido, Eutiquio y sus compañeros, en Sicilia. La confusión que reina actualmente en los libros litúrgicos entre el benedictino Plácido y cierto número de mártires que murieron antes y después que él, tiene por origen la falsificación de un documento en el siglo XII. En efecto, por entonces Pedro el Diácono, monje y archivista de Monte Cassino, publicó un relato de la vida y martirio de San Plácido. Nadie había oído hasta entonces hablar de aquel mártir. Pedro el Diácono afirmaba que se había basado en los datos que le comunicó un monje de Constantinopla llamado Simeón, quien a su vez había heredado un documento que databa de la época del martirio de San Plácido, escrito por un compañero del mártir, llamado Gordiano. Gordiano había conseguido huir de Sicilia a Constantinopla, donde regaló a los antecesores de Simeón el relato que había escrito sobre el martirio. Esta fábula, como tantas otras, se impuso poco a poco, y los benedictinos y todo el occidente acabaron por admitirla. Según la leyenda, San Plácido había ido a Sicilia a fundar en Messina el monasterio de San Juan Bautista. Algunos años más tarde, unos piratas sarracenos que venían de España, desembarcaron en la isla. Como Plácido, sus hermanos, su hermana y sus monjes se negasen a adorar a los dioses del rey Abdula, fueron decapitados. Inútil decir que en el siglo VI no había moros en España y que los sarracenos de Siria y Africa no hicieron incursiones en Sicilia antes de mediar el siglo VII.

La leyenda se enriqueció poco a poco con nuevas pruebas, entre las que se contaba nada menos que un acta de la donación que Tértulo había hecho a San Benito de ciertas tierras en Italia y Sicilia. Sin embargo, la devoción a San Plácido no se popularizó verdaderamente sino hasta 1588. En ese año, se reconstruyó la iglesia de San Juan, en Messina y durante el curso de los trabajos se descubrieron varios esqueletos. Naturalmente, el pueblo los tomó por las reliquias de San Plácido y sus compañeros, y Sixto V aprobó el culto de los mártires, con fiesta de rito doble. Los nombres de San Plácido y sus compañeros quedaron desde entonces incluidos en el Martirologio Romano. Los bolandistas se preguntan con razón si Sixto V obró con la debida prudencia. Los benedictinos celebran la fiesta de San Plácido y sus compañeros, con rito doble de segunda clase. En 1915, cuando se llevó a cabo la revisión del martirologio benedictino, los editores propusieron que se suprimiese la fiesta de San Plácido; pero la Sagrada Congregación de Ritos determinó que no se hiciese innovación alguna en ese punto hasta que el Breviario Romano, cuya tercera lección resume la leyenda de Pedro el Diácono, se pusiese al día en materia histórico-litúrgica. Así pues, los benedictinos conservaron el nombre del santo y el rito de su fiesta, pero reemplazaron el oficio propio por el común de varios mártires, y la colecta no menciona a San Plácido ni a sus compañeros.

U. Berlière, en *Revue Bénédictine*, vol. XXXIII (1921), pp. 19-45, estudió a fondo la cuestión de la falsificación de Pedro el Diácono, tanto desde el punto de vista histórico, como desde el punto de vista litúrgico. Pero ya antes E. Caspar había probado perfectamente el carácter espurio de la narración de Gordiano en su obra *Petrus Diaconus und die Monte Cassineser Fälschungen* (1909), particularmente en las pp. 47-72. El texto de Gordiano puede verse en *Acta Sanctorum*, oct. vol. III. Cf. igualmente CMH., y el resumen de J. Mc Cann en *Saint Benedict* (1938), pp. 282-291. Los nombres de los compañeros de San Plácido están tomados del *Hieronymianum* (5 de octubre), por más que dicho martirologio afirma expresamente que Firmato y Flaviana o Flavia, sufrieron el martirio en Auxerre de Francia.

SAN APOLINAR, Obispo de Valence (*c*. 520 p.c.)

San Hesiquio, obispo de Vienne, tenía dos hijos. El más joven de ellos fue el famoso San Avito de Vienne, el otro fue San Apolinar de Valence. Apolinar nació hacia el año 453 y se educó bajo la dirección de San Mamerto. Fue consagrado obispo por su hermano, antes de cumplir cuarenta años. Como el predecesor de Apolinar en la sede de Valence llevó una vida muy desordenada y la sede había estado vacante varios años, la herejía y la corrupción de costumbres habían invadido la diócesis. Poco después del año 517, un sínodo condenó a un noble de la corte de Segismundo de Borgoña por haber contraído un matrimonio incestuoso. El culpable se negó a aceptar la decisión del sínodo. Segismundo le apoyó, y desterró a los obispos que habían participado en el sínodo. San Apolinar pasó más de un año en el destierro. Según se dice, Segismundo le restituyó a su sede cuando cayó víctima de una grave enfermedad. La esposa de Segismundo interpretó dicha enfermedad como un castigo divino por haber perseguido a los obispos y mandó llamar a San Apolinar a la corte; pero el santo se negó. Entonces, la esposa de Segismundo le mandó pedir que orase por su marido y que le prestase su manto. El rey sanó en cuanto le pusieron encima el manto. Inmediatamente envió un salvoconducto a San Apolinar y le pidió perdón.

Se conservan todavía algunas cartas de San Apolinar y San Avito, que dejan ver el cariño que se profesaban ambos hermanos y abundan en rasgos de buen humor. En una de las cartas, San Apolinar se reprocha haber olvidado celebrar el aniversario de la muerte de su hermana Fuscina, cuyas alabanzas había cantado San Avito en un poema. En otra carta San Avito acepta la invitación a asistir a la dedicación de una iglesia, pero sugiere que se eviten los festejos demasiado mundanos. Habiendo recibido aviso de que moriría pronto, San Apolinar fue a Arles a visitar a su amigo San Cesario y a orar ante la tumba de San Genesio. Durante el viaje de ida y de vuelta a lo largo del Ródano, disipó varias tempestades y exorcizó a varios posesos. El Martirologio Romano hace mención de esos milagros, pero los historiadores han puesto en duda la realidad del viaje de San Apolinar a Arles. El santo murió en Valence hacia el año 520. Es el principal patrono de la ciudad; en Francia se le llama familiarmente "Aplonay".

Aunque los bolandistas atribuyen a un contemporáneo del santo la biografía que publicaron en *Acta Sanctorum*, oct., vol. III, tal atribución es poco probable. Véase B. Krusch, en *Mélanges Julien Havet* (1895), pp. 39-56, y en MGH., *Scriptores merov.*, vol. III, pp. 194-203, donde hay una edición crítica del texto de la biografía. Cf. Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 154, 217-218, 223.

SANTA GALLA, Viuda (*c*. 550 p.c.)

Una de las víctimas de Teodorico el Godo, en Italia, fue el noble patricio romano Quinto Aurelio Símaco, que había sido cónsul en 485 y fue injustamente ejecutado en 525. Sus tres hijas se llamaban Rusticiana (la esposa de Boecio), Proba y Galla. El nombre de esta última figura en el Martirologio Romano el día de hoy. En los "Diálogos" de San Gregorio hay un corto relato de su vida y su muerte. Galla quedó viuda un año después de haber contraído matrimonio. Aunque era joven y rica, determinó consagrarse a Cristo en vez

de casarse de nuevo. A este propósito, San Gregorio escribe que el matrimonio "empieza siempre con alegría y acaba tristemente"; pero tal generalización es injusta. A pesar de que los médicos dijeron a Galla que si no se casaba iba a crecerle la barba, la joven permaneció firme en su propósito e ingresó en una comunidad de vírgenes consagradas a Dios, cerca de la basílica de San Pedro. Ahí vivió muchos años, entregada a la oración y al cuidado de los pobres y necesitados.

Siendo ya de cierta edad, se vio afligida por un cáncer en el pecho. Una noche en que los dolores no la dejaban dormir, se le apareció San Pedro entre dos cirios (porque la santa odiaba tanto la oscuridad material como la espiritual). Galla exclamó: "¿Vos venís a visitarme? ¿Mis pecados están perdonados?" San Pedro inclinó la cabeza diciendo: "Sí, están perdonados". Y añadió: "Ven y sígueme". Pero Galla, que tenía una amiga muy querida llamada Benita, rogó a San Pedro que la llevase también consigo. San Pedro le replicó que ella y otra de las religiosas morirían tres días más tarde y que Benita sería llamada un mes después. San Gregorio relató los hechos cincuenta años después y afirma que "las religiosas del monasterio, que oyeron a sus predecesoras narrar los acontecimientos, podían contarlos hasta el último detalle, como si hubiesen presenciado el milagro." Se supone que la carta de San Fulgencio, obispo de Ruspe, "Sobre el estado de viudez", estaba dirigida a Santa Galla. Las reliquias de la santa se conservan, según se dice, en la iglesia de Santa María in Pórtico.

Prácticamente todo lo que sabemos acerca de Santa Galla se reduce a lo que dice el artículo de *Acta Sanctorum*, oct. vol. III. Probablemente la iglesia de San Salvatore de Gallia en Roma estaba dedicada a nuestra santa. Cerca del Vaticano se hallaba el hospicio francés de San Salvatore in Ossibus; dicho hospicio se mudó más tarde a las cercanías de San Salvatore de Galla, y ello explica que el nombre de Galla haya sido substituido por el de Gallia. Véase P. Sepezi, en *Bullettino della Com. archeolog. di Roma*, 1905, pp. 62-103 y 233-263.

SAN MAURICIO DE CARNOET, ABAD (1191 P.C.)

ESTE SANTO monje, a quien se venera en la orden cisterciense y en la región de Cornouailles, nació en Loudéac, en Bretaña. Aunque sus padres eran personas modestas, consiguieron darle una buena educación. Mauricio era un hombre muy capaz, y ante él se abría una brillante carrera, pero, sabedor de que el mundo está lleno de peligros para los hombres cultos y brillantes, prefirió hacerse monje en la abadía cisterciense de Langonnet, en Bretaña. La reforma cisterciense se hallaba entonces en todo su apogeo y Mauricio, quien tenía entonces veinticinco años, se entregó tan apasionadamente a la conquista de la perfección, que dejó atrás a todos sus compañeros. Según se dice, fue elegido abad apenas tres años después de hacer la profesión. Su fama de prudencia y sabiduría se extendió pronto más allá de los muros del monasterio. Por consejo de San Mauricio, el duque Conán IV fundó un nuevo monasterio cisterciense en el bosque de Carnoët para abrirlo al cultivo, cosa que concordaba perfectamente con la tradición cisterciense. Mauricio, que fue el primer abad de dicho monasterio, lo gobernó hasta su muerte, ocurrida cerca de quince años después, el 29 de septiembre de 1191. El culto del santo en la orden

cisterciense y en las diócesis de Quimper, Vannes y Saint-Brieuc, data de muy antiguo. El Papa Clemente XI autorizó a los cistercienses a tributarle culto litúrgico, cosa que ya se hacía en las diócesis mencionadas.

Existe una biografía latina bastante larga, publicada en *Studien und Mittheilungen Ben. u. Cist. Ord.*, vol. VII (1886), pte. I, pp. 380 393, por Dom Plaine; en esa misma obra, pte. 2, pp. 157-164, se encontrará otra biografía latina más breve. L. Le Cam escribió una biografía de tipo popular, titulada *St Maurice, abbé de Langonnet* (1924); véase la biografía de A. David (1936).

SANTA FLORA DE BEAULIEU, VIRGEN (1347 P.C.)

LAS MONJAS "hospitalarias" de la orden de San Juan de Jerusalén tenían un floreciente convento en Beaulieu, entre Figeac y el santuario de Rocamadour. Alrededor del año 1324, ingresó en dicho convento una devota novicia de buena familia, llamada Flora. Si acaso podemos fiarnos de la biografía que poseemos, Flora había tenido una infancia extraordinariamente inocente y había resistido a todos los intentos que hicieron sus padres para casarla. Desde el momento de su ingreso en Beaulieu, Flora tuvo que hacer frente a toda clase de pruebas espirituales. En una época, le asaltó la tentación de considerar que la vida que llevaba era demasiado fácil y confortable. Más tarde tuvo que luchar contra el deseo insidioso de volver al mundo y entregarse a todos los placeres. A consecuencia de ello, sufrió una depresión nerviosa, y la tristeza que se revelaba en su rostro y en toda su actitud irritaba profundamente a sus hermanas, quienes la hicieron sufrir mucho. En efecto, no sólo declararon que era una hipócrita o una loca y se burlaron de ella, sino que así la presentaban a los extraños y los incitaban a tratarla como demente.

Durante esa época, gracias a la ayuda ocasional de un confesor que parecía comprenderla, la santa hizo grandes progresos en la vida espiritual, y Dios le concedió al fin las más extraordinarias gracias místicas. Se cuenta que en cierta ocasión fue arrebatada en éxtasis desde la fiesta de Todos los Santos hasta el día de Santa Cecilia, tres semanas después, y que durante todo ese tiempo no probó alimento alguno. También se cuenta que en otra ocasión un ángel le trajo la comunión desde una iglesia que distaba doce kilómetros del convento. El sacerdote que celebraba la misa en dicha iglesia creyó que por negligencia suya un fragmento de la hostia se le había caído del corporal y se había extraviado. Inmediatamente fue a consultar el asunto con la hermana Flora, cuyo don de sabiduría era ya famoso. La santa le recibió muy sonriente y le dio a entender que ella había comulgado con el fragmento perdido. Digamos de paso que esta leyenda se parece demasiado a un incidente semejante que se cuenta en la vida de Santa Catalina de Siena. En otra ocasión, cuando Santa Flora se hallaba meditando sobre el Espíritu Santo durante la misa del domingo de Pentecostés, se elevó cuatro palmos sobre el suelo y empezó a cantar, a la vista de todos los presentes. Pero tal vez la más curiosa de sus experiencias místicas fue la sensación de que llevaba dentro de su cuerpo una cruz de madera de la que pendía el cuerpo del Salvador. Los brazos de la cruz le perforaban las axilas y le producían abundantes hemorragias; las hemorragias eran bucales en algunos casos y, en otras ocasiones, la sangre manaba de una herida que la santa tenía en el costado. Se cuentan muchos ejemplos de las profecías de Santa Flora acerca de acontecimientos de los que

no podía tener ningún conocimiento natural. Murió en 1347, a los treinta y ocho años de edad. En su tumba tuvieron lugar numerosos milagros.

Los bolandistas no lograron al principio obtener ninguna información detallada acerca de Santa Flora, pero en 1709, recibieron el texto latino de una biografía escrita en francés antiguo, que se conservaba en Beaulieu, y lo publicaron en un apéndice de *Acta Sanctorum*, junio, vol. II. El texto en francés antiguo vio la luz en *Analecta Bollandiana*, vol. LXIV (1946), pp. 5-49. Dicho texto es anterior a 1482 y está basado en un original latino que se ha perdido y que se atribuía al confesor de la santa. Véase C. Lacarrière, *Vie de Ste Flore ou Fleur* (1886); y *Analecta juris pontificii*, vol. XVIII (1879), pp. 1-27. El culto de Santa Flora fue confirmado indirectamente, ya que la Santa Sede aprobó el oficio en su honor, que está en uso en la diócesis de Cahors.

BEATO RAIMUNDO DE CAPUA (1399 P.C.)

LA FAMILIA delle Vigne era una de las más nobles de Capua. Pedro delle Vigne había sido canciller del emperador Federico II (su desempeño en ese cargo fue alabado por Dante en el *Infierno* de su *Divina Comedia*). Entre los descendientes de este personaje figuró Raimundo de Capua, quien nació en 1330. Cuando era estudiante en la Universidad de Bolonia, ingresó en la orden de Santo Domingo. A pesar de su mala salud, Raimundo hizo una brillante carrera. A los treinta y siete años, fue nombrado prior de la Minerva de Roma; más tarde fue lector en Santa María Novella, en Florencia. En Siena, a donde fue enviado en 1374, conoció a Santa Catalina. Durante la misa del día de San Juan Bautista, la santa oyó una voz que le decía: "Este es mi servidor muy amado y a él voy a confiarte." El P. Raimundo había sido ya capellán de las predicadoras de Montepulciano, de suerte que no carecía de experiencia en la dirección de religiosas, pero hasta entonces nada sabía de aquella joven. Catalina, que tenía veintisiete años, era dieciséis años más joven que el beato Raimundo. Era éste un hombre prudente y ponderado que no se dejaba llevar de impulsos ni se asustaba de las novedades. Aunque al principio no comprendió la misión a la que Dios le tenía destinado, reconoció inmediatamente la bondad de Catalina; una de las primeras cosas que hizo al tomarla bajo su dirección, fue permitirle que comulgase tan frecuentemente como lo deseara. Durante los últimos seis años de vida de Santa Catalina, que fueron los más importantes, el beato fue su director espiritual y su brazo derecho, lo cual debía bastar para que la historia no olvidase su nombre.

La primera obra que emprendieron en común fue el cuidado de las víctimas de la peste que había diezmado la ciudad. El P. Raimundo contrajo la enfermedad y estuvo a las puertas de la muerte. Santa Catalina oró por él durante una hora y media y, a la mañana siguiente, el beato estaba perfectamente sano. Desde entonces, quedó convencido del don de milagros y de la misión divina de Catalina. Cuando la epidemia cedió, el P. Raimundo colaboró con Santa Catalina en la predicación de la cruzada, en Pisa y otras ciudades y se encargó personalmente de entregar la famosa carta de la santa al feroz filibustero de Essex, Juan Hawkwood. La predicación de la cruzada se vio interrumpida por la rebelión de Florencia y de la Liga Toscana contra el Papa de Aviñón; entonces, el P. Raimundo y Catalina consagraron sus esfuerzos a restablecer la paz en Italia y a conseguir que Gregorio IX volviese a Roma. En 1378, murió este Pontífice y Urbano VI le sucedió; pero el partido de la

oposición eligió a Clemente VII, y así comenzó el cisma de occidente. Santa Catalina y el Beato Raimundo no tenían duda alguna acerca de quién era el Papa legítimo. Urbano VI envió a Raimundo de Capua a Francia a predicar contra Clemente VII y a ganar para su causa al rey Carlos V. Catalina se despidió en Roma del fiel dominico que tanto la había ayudado en sus empresas por la gloria de Dios y que tantas veces había pasado el día entero confesando a los pecadores que ella había convertido a penitencia. "Jamás volveremos a hablarnos", exclamó Catalina al despedirse y cayó de rodillas bañada en lágrimas.

Los soldados de Clemente detuvieron al Beato Raimundo en la frontera. Felizmente logró escapar con vida y volvió a Génova, donde recibió una carta de Santa Catalina, que estaba muy desilusionada por su fracaso. El Papa Urbano le escribió que tratase de llegar a Francia por España, pero no lo consiguió. Santa Catalina le escribió otra carta, en la que le reprochaba duramente lo que ella consideraba como una cobardía. A pesar de todo, Raimundo de Capua permaneció en Génova predicando contra Clemente y estudiando para obtener el título de licenciado en teología. Hallándose en Pisa el 28 de abril de 1380, "oyó una voz que no tenía sonido y cuyas palabras llegaban a su inteligencia sin pasar por sus oídos". La voz le mandó: "Dile que no se desaliente. Yo estaré con él en todos los peligros y, si fracasa, yo le ayudaré nuevamente." Pocos días más tarde, el beato se enteró de la muerte de Catalina y supo que había dicho exactamente las mismas palabras sobre él a quienes la rodeaban en su lecho de muerte. El P. Raimundo tomó a su cargo la "familia" de la santa, que se componía de un reducido número de clérigos y laicos que la habían ayudado y apoyado en todas sus empresas y continuó trabajando ardientemente para poner fin al cisma.

Además, durante los siguientes diecinueve años, se distinguió en otro género de actividad. Por la época de la muerte de Santa Catalina, fue elegido maestro general de los dominicos partidarios del Papa Urbano. El beato se consagró seriamente a restaurar el fervor, que había decaído mucho a causa del cisma, de la "Muerte Negra" y de la debilidad general. En particular se esforzó por rejuvenecer el aspecto propiamente monástico de la orden y para ello estableció cierto número de conventos de estricta observancia en varias provincias, con el objeto de que su fervor influyese en el conjunto. La reforma no tuvo un éxito completo, y se han reprochado a Raimundo de Capua las medidas que tomó, porque tendían a modificar y disminuir la importancia intelectual de los dominicos. Pero hay que decir que tales medidas produjeron una serie de varones de Dios, y no sin razón se ha llamado "segundo fundador de la orden" a su vigésimo tercer maestro general. Otra parte del plan del beato consistía en difundir la tercera orden por todo el mundo. En esa empresa le ayudó mucho el P. Tomás Caffarini, a cuyas instancias debemos que Raimundo de Capua haya terminado la biografía de Santa Catalina. Además, en sus años mozos, cuando tenía menos trabajo, había escrito una vida de Santa Inés de Montepulciano. El Beato Raimundo de Capua murió en Nuremberg el 5 de octubre de 1399, cuando se hallaba trabajando por la reforma de los dominicos en Alemania. Fue beatificado en 1899.

No se ha conservado ninguna de las biografías contemporáneas del beato; pero naturalmente se encuentran muchos datos sobre él en las fuentes biográficas de Santa Catalina de Siena (véase 30 de abril). Se conservan, además, los escritos de Raimundo de

Capua (*Opuscula et Litterae*, 1889), y el *Registrum Litterarum* de los maestros generales de la orden de Santo Domingo, editado por el P. Reichert; desgraciadamente, esta última obra está incompleta. Dichos documentos oficiales son de gran importancia para el estudio del movimiento de reforma iniciado por el beato. La biografía moderna escrita por H. Cormier, *Le bt. Raymond de Capoue* (1889), es excelente. Por otra parte el beato ocupa un sitio prominente en el tercer volumen de la *Histoire des Maîtres Généraux O.P.* de Mortier. Véase también el artículo de Bliemetzrieder en *Historisches Jahrbuch*, vol. xxx (1909), pp. 231-273.

6: SAN BRUNO, FUNDADOR DE LA ORDEN DE LOS CARTUJOS (1101 P.C.)

EL SABIO y devoto cardenal Bona, hablando de los monjes cartujos, cuya orden fue fundada por San Bruno, los llama "el gran milagro del mundo: viven en el mundo como si estuviesen fuera de él; son ángeles en la tierra, como Juan Bautista en el desierto, y constituyen el mayor ornamento de la Iglesia; se elevan al cielo como águilas, y su instituto religioso está por encima de todos los otros." El fundador de esa orden extraordinaria había nacido en el seno de una familia distinguida, hacia el año 1030, en Colonia. Partió de su ciudad natal cuando era todavía joven, para proseguir sus estudios en la escuela catedralicia de Reims. Cuando volvió a Colonia, recibió la ordenación sacerdotal y se le confirió una canonjía en la colegiata de San Cuniberto (aunque es posible que haya gozado de la canonjía desde antes de partir a Reims). El año 1056, fue invitado a enseñar gramática y teología en su antigua escuela. El hecho de que haya sido escogido para puestos tan importantes cuando no tenía sino veintisiete años, demuestra que era un hombre extraordinario, pero no revela los caminos que Dios le tenía reservados para convertirse en lumbrera de la Iglesia. Bruno se ocupó de enseñar "a los clérigos más avanzados y versados en las ciencias, no a los principiantes". Su principal empeño consistía en llevar a sus discípulos a Dios y en enseñarles a respetar y amar la ley divina. Muchos de ellos llegaron a ser eminentes filósofos y teólogos, honraron a su maestro con sus talentos y habilidades y extendieron su fama hasta los más apartados rincones. Uno de ellos, Eudes de Châtillon, ciñó la tiara pontificia con el nombre de Urbano II y fue beatificado.

San Bruno fue profesor en la escuela de Reims donde mantuvo, durante dieciocho años, un alto nivel en los estudios. Después, fue nombrado canciller de la diócesis por el arzobispo Manasés, quien era un personaje absolutamente indigno de su alto cargo. Bruno tuvo pronto ocasión de conocer la mala vida de su protector. El legado papal, Hugo de Saint Dié, citó a juicio a Manasés ante el concilio de Autun, en 1076; pero el arzobispo se negó a presentarse y fue suspendido en el ejercicio de sus funciones. San Bruno, el preboste de la diócesis (llamado también Manasés) y un canónigo de Reims, llamado Poncio, acusaron al arzobispo ante el concilio. La actitud de San Bruno fue tan prudente y reservada, que impresionó al legado, el cual, escribiendo al Papa, alabó la virtud y prudencia de nuestro santo. El arzobispo de Reims, furioso contra los tres canónigos que le habían acusado, mandó saquear y destruir sus casas y vendió sus beneficios eclesiásticos. Los tres canónigos se refugiaron en el castillo de Ebles de Roucy; ahí permanecieron hasta que el arzobispo simoníaco, enga-

ñando a San Gregorio VII (cosa que no era fácil), consiguió ser restituido al gobierno de su diócesis. San Bruno se trasladó entonces a Colonia.

Por aquel tiempo, había decidido ya abandonar todo cargo eclesiástico, según lo había comunicado en una carta a Raúl, preboste de Reims. Durante una conversación que habían tenido San Bruno, Raúl y otro canónigo en el jardín del castillo de Ebles de Roucy, discutieron acerca de la vanidad y falsedad de las ambiciones mundanas y de los goces de la vida eterna. Los tres habían quedado muy impresionados por aquella conversación y habían prometido abandonar el mundo. Sin embargo, difirieron la ejecución de sus planes hasta que el canónigo volviese a Roma, a donde tenía que viajar. Pero éste no regresó, Raúl flaqueó en su resolución y volvió a establecerse en Reims. Bruno fue el único que perseveró en su propósito de abrazar la vida religiosa, a pesar de que todo le sonreía, ya que poseía abundantes riquezas y gozaba de gran favor entre los personajes de importancia. Si se hubiese quedado en el mundo, habría sido pronto elegido arzobispo de Reims. En vez de ello, renunció a su beneficio eclesiástico y a todas sus riquezas y convenció a algunos amigos para que se retirasen con él a la soledad. Al principio se pusieron bajo la dirección de San Roberto, abad de Molesmes (quien colaboró más tarde en la fundación del Císter), y se establecieron en Sèche-Fontaine, cerca de Molesmes. Durante su estancia ahí, Bruno, deseoso de mayor virtud y perfección, se puso a reflexionar y a consultar con sus compañeros acerca de lo que debían hacer para ello. Después de hacer mucha penitencia y oración para conocer la voluntad de Dios, Bruno comprendió que el sitio no se prestaba para sus propósitos y acudió a San Hugo, obispo de Grenoble, que era un hombre de Dios y podía ayudarle a conocer su voluntad. Por otra parte, Bruno estaba al tanto de que en los alrededores de Grenoble había muchos bosques solitarios en los que podría encontrar la paz que deseaba. Seis de sus primeros compañeros partieron a Grenoble con él; entre ellos se contaba Landuino, quien había de sucederle en el gobierno de la Gran Cartuja.

Llegaron a Grenoble a mediados de 1084. Inmediatamente se entrevistaron con San Hugo para pedirle que les designase un sitio en el que pudiesen entregarse al servicio de Dios, lejos del mundo y sosteniéndose del trabajo de sus manos. Hugo los recibió con los brazos abiertos, ya que, según se cuenta, había visto antes en sueños a los siete forasteros, en tanto que el mismo Dios construía una iglesia en el bosque de Chartreuse, y siete estrellas brillaban en el cielo como para indicarle el camino. El obispo de Grenoble abrazó fraternalmente a los peregrinos y les designó el desierto de Chartreuse para que viviesen y les prometió toda la ayuda que necesitasen para establecerse. Pero, a fin de mantenerlos alerta en las dificultades y para que supiesen perfectamente a qué atenerse, les previno que el sitio era de difícil acceso a causa de las abruptas montañas y de la nieve que lo cubrían la mayor parte del año. San Bruno aceptó el ofrecimiento con gran gozo, y San Hugo les concedió todos los derechos que poseía sobre ese bosque y los puso en relación con el abad de Chaise-Dieu, en la Auvernia. Bruno y sus compañeros empezaron por construir un oratorio y una serie de celdas a cierta distancia unas de otras, exactamente como en las antiguas "lauras" de Palestina. Tal fue el origen de la orden de los cartujos, que tomó su nombre del desierto de Chartreuse.

San Hugo prohibió a las mujeres el acceso al paraje en que se habían establecido Bruno y sus compañeros, así como la caza, la pesca y la cría de

ganado en la región. Al principio, los monjes vivían por pares en las celdas, pero poco después cada uno tuvo la suya propia, y sólo se reunían en la iglesia para el canto de los maitines y las vísperas; el resto del oficio lo rezaban en privado. Unicamente en las grandes fiestas comían dos veces al día; en esas ocasiones, se reunían en el refectorio, pero de ordinario cada uno comía en su celda, como los ermitaños. En todo reinaba la mayor pobreza; por ejemplo, el único objeto de plata que había en la iglesia era el cáliz. El tiempo se repartía entre el trabajo y la oración. Una de las principales ocupaciones de los monjes consistía en copiar libros, con lo que se ganaban el sustento. La única dependencia verdaderamente rica del monasterio era la biblioteca. La tierra era poco fértil y el clima muy inclemente, de suerte que se prestaba poco para la siembra; en cambio, la cría de ganado prosperaba. El beato Pedro el Venerable, abad de Cluny, escribía unos veinticinco años después de la muerte de San Bruno: "Su vestido era más pobre que el del resto de los monjes y tan corto y delgado que se estremecía uno al verlo. Llevaban camisas de pelo sobre el cuerpo y ayunaban casi constantemente. Sólo comían pan negro; jamás probaban la carne, ni siquiera cuando estaban enfermos; nunca pescaban pero comían pescado cuando alguien se lo daba de limosna . . . Pasaban el tiempo en la oración, la lectura y el trabajo; su principal labor consistía en copiar libros. Sólo celebraban la misa los domingos y días de fiesta". Tal era la vida que llevaban, por más que no tenían reglas escritas, pero se inspiraban en la regla de San Benito en los puntos en que ésta era compatible con la vida eremítica. San Bruno acostumbró a sus discípulos a observar fielmente el modo de vida que les había prescrito. En 1127, el quinto prior de la Cartuja, llamado Guigues, puso por escrito los usos y costumbres. Guigues hizo muchas modificaciones, y sus "Consuetudines" son hoy todavía el libro esencial. Los cartujos constituyen la única de las órdenes antiguas que nunca ha sido reformada y que no ha tenido necesidad de reforma, gracias a su absoluto aislamiento del mundo y al celo que han puesto siempre los superiores y visitadores en no abrir la puerta a las mitigaciones y dispensas. La Iglesia considera la vida de los cartujos como el modelo perfecto del estado de contemplación y penitencia. Sin embargo, cuando San Bruno se estableció en Chartreuse, no tenía la menor intención de fundar una orden religiosa. Si sus monjes se extendieron, seis años más tarde, por el Delfinado, ello se debió, después de la voluntad de Dios, a una invitación que se les formuló, y lo menos que puede decirse es que San Bruno no tenía el menor deseo de aceptar esa invitación inesperada.

San Hugo concibió una admiración tan grande por San Bruno, que le tomó por director espiritual. A pesar de las dificultades del viaje desde Grenoble a la Cartuja, acostumbraba ir allá de cuando en cuando para conversar con San Bruno y aprovechar en la vida espiritual con su consejo y ejemplo. Pero la fama del fundador se extendió más allá de Grenoble y llegó a oídos de su antiguo discípulo, Eudes de Châtillon, quien al ceñir la tiara pontificia había tomado el nombre de Urbano II. Cuando oyó hablar de la santa vida que llevaba su maestro y, convencido de que era un hombre de ciencia y prudencia excepcionales, el Pontífice le mandó llamar a Roma para que le ayudase con sus consejos en el gobierno de la Iglesia. Difícilmente podía haberse presentado al santo una ocasión más amarga de mostrar su obediencia y hacer un sacrificio muy costoso. A pesar de ello, partió de la Cartuja a principios del año 1090, después de nombrar a Landuino prior del monasterio. La partida de Bruno

produjo una pena enorme a sus discípulos, y varios de ellos abandonaron el monasterio. Los demás le siguieron a Roma; pero Bruno los convenció de que volviesen a la Cartuja, de la que se habían encargado durante su ausencia los monjes de Chaise-Dieu.

San Bruno obtuvo permiso para establecerse en las ruinas de las termas de Diocleciano, de donde el Papa podía llamarle fácilmente cuando lo necesitaba. Es imposible determinar con certeza la importancia del papel de San Bruno en el gobierno de la Iglesia. Algunas de las disposiciones que se le atribuían antiguamente, fueron en realidad obra de su homónimo, San Bruno de Segni; pero está fuera de duda que nuestro santo colaboró en la preparación de varios sínodos organizados por Urbano II para reformar al clero. Por otra parte, el espíritu contemplativo del fundador de la Cartuja le llevaba naturalmente a trabajar sin ruido. El Papa intentó hacerle arzobispo de Reggio, pero el santo supo defenderse con tanta habilidad y supo dar al Pontífice tales argumentos para que le dejase retornar a la soledad, que Urbano II acabó por concederle permiso de retirarse a la Calabria; sin embargo, no le dejó volver a la Cartuja para tenerle siempre a mano. El conde Rogelio, hermano de Roberto Guiscardo, regaló al santo el hermoso y fértil valle de La Torre, en la diócesis de Squillace. Ahí se estableció San Bruno con algunos discípulos que se había ganado en Roma. Imposible describir el fervor y el gozo que el fundador de la Cartuja experimentó al volver a la soledad. Escribió por entonces una carta muy cariñosa a su amigo Raúl de Reims para invitarle a reunirse con él, recordando amigablemente la promesa que le había hecho y describiéndole en términos amables y entusiastas los gozos y deleites que él y sus compañeros hallaban en ese género de vida. La carta demuestra ampliamente que San Bruno no era un hombre melancólico y severo. La alegría, que corre siempre pareja con la verdadera virtud, es particularmente necesaria a las almas que viven en la soledad, ya que nada hay para ella tan pernicioso como la tristeza y la tendencia exagerada a la introspección.

En 1099, Landuino, el prior de la Cartuja, fue a Calabria a consultar con San Bruno ciertos puntos del instituto que había fundado, pues los monjes no querían apartarse un ápice del espíritu del fundador. Bruno les escribió entonces una carta llena de ternura y de espiritualidad, donde les daba instrucciones acerca de la vida eremítica, resolvía todas sus dificultades, les consolaba de lo que habían tenido que sufrir y les alentaba a la perseverancia. En sus dos ermitas de Calabria, llamadas Santa María y San Esteban, Bruno supo inspirar el espíritu de la Cartuja. En la cuestión material, recibió generosa ayuda del conde Rogelio, con quien llegó a unirle una estrecha amistad. El santo solía visitar al conde y su familia en Mileto, con ocasión de algún bautismo u otra celebración familiar; por su parte Rogelio acostumbraba ir a pasar algunas temporadas en La Torre. Bruno y el conde murieron con tres meses de diferencia. En cierta ocasión en que Rogelio había puesto sitio a Capua, se salvó de la traición de uno de sus oficiales gracias a que San Bruno le previno en sueños. Cuando el conde comprobó la traición, condenó a muerte al oficial, pero San Bruno obtuvo el perdón para él.

A fines de septiembre de 1101, San Bruno contrajo su última enfermedad. Al sentir que se aproximaba la muerte, mandó llamar a todos los monjes e hizo una confesión pública y una profesión de fe. Sus discípulos se encargaron de transmitir a la posteridad dicha profesión. El santo expiró el domingo 6 de

octubre de 1101. Los monjes de La Torre enviaron un relato de su muerte a las principales iglesias y monasterios de Italia, Francia, Alemania, Inglaterra e Irlanda, pues era entonces costumbre pedir oraciones por las almas de los que habían fallecido. Ese documento, junto con los "elogia" escritos por los ciento setenta y ocho que recibieron el relato de su muerte, es uno de los más completos y valiosos que existen. San Bruno no ha sido nunca canonizado formalmente, pues los cartujos rehuyen todas las manifestaciones públicas. Sin embargo, en 1514 obtuvieron del Papa León X el permiso de celebrar la fiesta de su fundador, y Clemente X la extendió a toda la Iglesia de occidente en 1674. El santo es particularmente popular en Calabria, y el culto que se le tributa refleja en cierto modo el doble aspecto activo y contemplativo de su vida.

Aunque no existe ninguna biografía propiamente dicha de San Bruno escrita por un contemporáneo, se encuentran muchos datos sobre él en diversas fuentes. La *Vita antiquior* (*Acta Sanctorum*, oct., vol. III) no fue ciertamente escrita antes del siglo XIII. Pero basta leer la autobiografía de Guiberto de Nogent, la vida de San Hugo de Grenoble escrita por Guigues y las crónicas y cartas de la época (entre las que se cuentan dos del propio San Bruno), para obtener un vívido retrato del fundador de la Cartuja. Dichos materiales han sido aprovechados para el artículo de *Acta Sanctorum* y para el que le dedica Dom Le Couteulx en sus *Annales Ordinis Cartusiensis*, vol. I. Entre las biografías modernas, que aprovechan las mismas fuentes, hay que mencionar la de H. Löbbel, *Der Stifter des Karthäuserordens* (1899), así como la *Vie de S. Bruno* escrita por un monje de la Cartuja; esta última obra es algo menos crítica. Véanse también los estudios más ligeros de Boyer d'Argen y M. Gorse, publicados ambos en 1902. Los cartujos de Montreuil-sur-Mer reimprimieron en 1891-2 los escritos de San Bruno, que son en su mayoría comentarios de la Escritura. Acerca de las relaciones del santo con el arzobispo Manasés, cf. Wiedermann, *Gregor VII und Erzbischof Manasses I von Reims* (1885), Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. V, pp. 220-6. Hay una bibliografía relativamente completa en el artículo *Chartreux* del DTC., vol. II, cc. 2279-2282. Véase también *Dictionnaire de spiritualité*, vol. II, cc. 705-776.

SANTA FE, Virgen y Mártir (¿Siglo III?)

Cuando esta doncella compareció ante los procuradores Daciano y Ageno por ser cristiana, hizo primero la señal de la cruz y pidió la ayuda celestial, después se volvió hacia Daciano, quien le preguntó: "¿Cómo te llamas?" Ella respondió: "Me llamo Fe y espero estar a la altura de mi nombre." Daciano le preguntó: "¿Cuál es tu religión?" Fe replicó: "Desde niña he servido a Cristo y a El me he consagrado." Daciano, que se sentía inclinado al perdón, le dijo: "Hija mía, piensa en tu juventud y tu belleza. Renuncia a tu religión y ofrece sacrificios a Diana. Es una diosa de tu sexo y te concederá toda clase de bienes." Pero la santa respondió: "Todos los dioses de los gentiles son malos. ¿Cómo, pues, me pides que les ofrezca sacrificios?" Daciano exclamó: "Si no ofreces sacrificios, morirás en el tormento." La joven replicó: "Estoy pronta a sufrir todos los tormentos por Cristo. Ardo en deseos de morir por El." Daciano ordenó a los verdugos que trajesen una parrilla y tendiesen a Fe sobre ella. Los verdugos vertieron aceite en el fuego para avivar las llamas y hacer más violenta la tortura. Algunos espectadores, horrorizados gritaron: "¿Cómo te atreves a atormentar a una doncella cuyo único crimen es adorar a Dios?" Daciano mandó arrestar al punto a algunos de los que habían lanzado ese grito. Como éstos se negasen a ofrecer sacrificios, fueron decapitados junto con Santa Fe.

La leyenda que acabamos de reproducir no es fidedigna, ya que se confunde en algunos puntos con la de San Caprasio (20 de octubre). Pero el culto de Santa Fe era muy popular en la Edad Media en Europa. La capilla del costado oriental de la cripta de la catedral de San Pablo, en Londres, lleva todavía el nombre de la santa. Antes del Gran Incendio, existía en Faringdon Ward Within una parroquia consagrada a Santa Fe, que fue derribada en 1240 para ensanchar el coro de la catedral.

La leyenda de la vida y milagros de Santa Fe era extraordinariamente popular en la Edad Media. En BHL hay una lista de treinta y ocho diferentes textos latinos (nn. 2928-2965); de ellos se derivó una serie de obras en diversos idiomas, particularmente interesantes desde el punto de vista filológico. Véase, por ejemplo, Hoepfener y Alfaric, *La chanson de Ste Foy* (2 vols., 1926), y la reseña que hay sobre esa obra en *Analecta Bollandiana*, vol. XLV (1927), pp. 421-425. En *Acta Sanctorum*, oct., vol. III, hay un texto muy antiguo y relativamente sobrio del martirio de la santa, en el que no se menciona nominalmente a San Caprasio, Cf. Bouillet-Servières, *Ste Foy* (1900); y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 144-146. El hecho de que el *Hieronymianum* mencione a Santa Fe permite suponer que la santa fue realmente martirizada en Agen, pero es imposible precisar cuándo.

SAN NICETAS DE CONSTANTINOPLA (*c.* 838 P.C.)

ENTRE LOS cortesanos de la emperatriz Irene, quien fue gran defensora del culto de las imágenes de Nuestro Señor y de los santos, se contaba un joven patricio llamado Nicetas. Era miembro de una familia da Paflagonia, emparentada con la emperatriz y se dice que ella le envió al segundo Concilio ecuménico de Nicea, como uno de sus dos representantes oficiales; pero las actas del Concilio no mencionan al santo. A pesar de que una revolución de los cortesanos elevó al trono a Nicéforo, Nicetas no perdió el cargo de prefecto de Sicilia (su fiesta se celebra en Messina), aunque tal vez hubo de volver las espaldas a su protectora. El año de 811, Nicéforo pereció asesinado, y Nicetas ingresó entonces en el monasterio de Krysonike, en Constantinopla, donde permaneció hasta que el emperador León V empezó a combatir el culto de las imágenes. Entonces, Nicetas y algunos monjes se retiraron a una casa de campo, llevando consigo una imagen particularmente preciosa del Señor. Cuando el emperador se enteró de ello, envió a un pelotón de soldados, quienes se apoderaron por la fuerza de la imagen y prohibieron a Nicetas salir de la casa. Nicetas desapareció entonces de la historia durante doce años. Volvemos a encontrarlo en el momento en que el emperador Teófilo le mandó llamar para que reconociese al patriarca iconoclasta Antonio. San Nicetas se negó a ello y fue expulsado del monasterio junto con otros tres monjes. Como se castigaba severamente a quienes ofrecían refugio a los defensores de las imágenes, Nicetas y sus compañeros tuvieron gran dificultad en encontrar albergue. Finalmente, el santo pudo refugiarse en una finca de Katisia, en Paflagonia, donde pasó el resto de su vida.

En *Acta Sanctorum* oct., vol. III, hay un artículo sobre San Nicetas, que se basa sobre todo en los *Menaia* griegos. Cf. *Constantinople Synaxray*, ed. Delehaye, cc. 115, 137.

SANTA MARIA FRANCISCA DE NAPOLES, VIRGEN (1791 P.C.)

BÁRBARA BASINSIN, la madre de nuestra santa, sufrió mucho antes de darla a

luz, debido a los malos tratos de su iracundo marido y a una serie de sueños espantosos que tuvo. Para consolarse, abrió su corazón al franciscano San Juan José de la Cruz y al jesuita San Francisco de Jerónimo. Ambos santos la reconfortaron y profetizaron la santidad de la niña que estaba por nacer. Vio ésta la luz en Nápoles, en 1715 y fue bautizada con los nombres de Ana María Rosa Nicolasa. Cuando Ana tenía dieciséis años, su padre, Francisco Gallo, intentó casarla con un pretendiente de buena familia que estaba enamorado de la belleza y virtud de la joven. Pero Ana, que había determinado ya consagrarse a Cristo, desafió la cólera de su padre y se negó a contraer matrimonio. Dejándose llevar de su carácter brutal, Francisco Gallo golpeó a su hija y la encerró en su habitación a pan y agua. La joven aprovechó con gran gozo esa ocasión de sufrir por Dios. Entre tanto, su madre hacía cuanto podía por persuadir a su marido a que permitiese a la joven seguir su vocación e ingresar en la tercera orden de San Francisco. Para ello mandó llamar a un fraile de la observancia, llamado Teófilo, quien logró hacer ver a Francisco que su conducta era injusta y poco razonable, de suerte que éste desistió de obligar a su hija a contraer matrimonio.

El 8 de septiembre de 1731, Ana tomó el hábito de la tercera orden en la iglesia de los franciscanos de la reforma alcantarina, en Nápoles. En prueba de su devoción a la Pasión de Cristo, tomó el nombre de María Francisca de las Cinco Llagas. Según se acostumbraba entonces, la joven vivió en su casa, entregada a la piedad y el trabajo. Durante los últimos treinta y ocho años de su existencia, fue ama de casa de un sacerdote secular llamado Juan Pessiri. La hermana Francisca María se vio sujeta a una serie de fenómenos místicos extraordinarios. Cuando rezaba el Víacrucis, especialmente los viernes de cuaresma, sufría los diferentes dolores de la Pasión del Señor: la agonía del huerto, la flagelación, la coronación de espinas, etc. Cada semana se veía sometida a una tortura diferente, en el mismo orden en que las sufrió Cristo y, el último viernes de cuaresma, entraba en un trance semejante a la muerte. También se cuenta que tenía grabados en su carne los estigmas de la Pasión. Pero los fenómenos más extraordinarios estaban relacionados con la comunión, que recibía diariamente con permiso de su confesor. Se cuenta que en tres ocasiones la hostia voló a posarse en los labios de la santa; una vez se escapó de las manos del sacerdote en el momento en que éste recitaba el "Agnus Dei", otra vez voló desde el copón y, en la tercera ocasión, voló la partícula que el sacerdote se disponía a depositar en el cáliz durante la misa. Por otra parte, el barnabita Francisco Javier Bianchi dio testimonio de otros milagros aún más sorprendentes, relacionados con la Preciosa Sangre. En la Navidad de 1741, María Francisca llegó a las alturas del matrimonio místico. Hallábase orando ante el nacimiento y le pareció que el Niño Jesús extendía la mano y le decía: "Esta noche serás mi esposa." Tal experiencia le produjo una ceguera que duró hasta el día siguiente. Las visiones y éxtasis de la santa eran tan frecuentes que sería imposible enumerarlos.

A los sufrimientos que mencionamos arriba, se añadían la mala salud y la pena que le causaban su padre y otros miembros de su familia con su actitud agresiva. Como si ello no fuese suficiente, la hermana María Francisca se imponía severas penitencias y pedía a Dios que le permitiese compartir las penas de las almas del purgatorio (también pedía por su padre cuando murió) y las de sus vecinos enfermos. Un día, el confesor de la santa le dijo que él se preguntaba algunas veces si había realmente almas en el purgatorio, dada la cantidad de

penitencias que María Francisca hacía por ellas. Se cuenta que los muertos se aparecieron a la santa en varias ocasiones para pedirle que orase por ellos. María Francisca confesó al P. Cayetano Laviosa, provincial de los teatinos, que había sufrido en su vida cuanto podía sufrir. Los sacerdotes, los religiosos y los laicos acudían a ella en busca de ayuda y consejo. En cierta ocasión, dijo la santa a fray Pedro Bautista, franciscano de la reforma alcantarina: "Tened cuidado de no fomentar los celos entre vuestras penitentes. Nosotras, las mujeres, somos muy inclinadas a ello, como lo sé por propia experiencia. Yo me vi atacada de celos, pero doy gracias a Dios de que mi confesor se haya portado como se portó, ya que me ordenó que me confesase después de todos los otros penitentes y, cuando me acercaba yo al confesonario, me decía bruscamente: "Id a comulgar." Entonces el diablo me metió en la cabeza la idea de que mi confesor no me apreciaba y de que no se daba cuenta de lo que me hacían sufrir mi padre y mis hermanas cuando volvía yo a casa de la iglesia. Pero lo que más me angustiaba eran los comentarios de las vecinas, porque me confesaba yo con demasiada frecuencia. Os cuento esto para que seáis amable y bondadoso y también para que sepáis tratar con cierta severidad a quienes lo necesitan."

Santa María Francisca vivió hasta el principio de la Revolución Francesa y predijo claramente el desarrollo general de los acontecimientos. Más de una vez dijo: "Lo único que veo son desastres en el presente y desastres todavía mayores en el porvenir. Pido a Dios que no permita que yo los presencie." Dios la llamó a sí el 6 de octubre de 1791. Fue sepultada en la iglesia de Santa Lucía del Monte, en Nápoles. La santa había prometido a San Francisco Javier Bianchi que se le aparecería tres días antes de la muerte de éste y así lo hizo, el 28 de enero de 1815. Fue canonizada en 1867.

Poco después de la muerte de la santa, el P. Laviosa, que la había conocido personalmente, publicó una breve biografía que, corregida y aumentada, fue publicada de nuevo en 1866, con motivo de la canonización, que tuvo lugar al año siguiente; llevaba por título *Vita di Santa Maria Francesca delle Cinque Piaghe di Gesù Cristo.* El artículo de Léon en *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. III, pp. 278-286, está tomado de la traducción francesa de la biografía que acabamos de mencionar. L. Montella publicó otra biografía en 1866. Acerca de los fenómenos místicos, cf. H. Thurston, *The Physical Phenomena of Mysticism* (1952).

7: NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

EL ROSARIO es una serie de 150 avemarías repartidas en decenas; cada una de las cuales comienza por un padrenuestro y termina con un gloria. Los fieles honran durante el rosario a Cristo y a su Santísima Madre y meditan sobre los quince principales misterios de la vida de ambos, de suerte que el rosario es una especie de resumen del Evangelio, un recuerdo de la vida, los sufrimientos y la glorificación del Señor y una síntesis de su obra redentora. El cristiano debería tener siempre presente esos misterios, rendir a Dios un homenaje de amor perpetuo, alabarle por cuanto sufrió por él, y regular su vida y moldear su alma con la meditación de los misterios del rosario. Precisamente ese rezo es un método fácil y adaptable a toda clase de personas, aun a las menos instruidas, y una excelente manera de ejercitar los actos más sublimes de fe y contemplación. Todo el Evangelio está contenido

en el padrenuestro, la oración que el Señor nos enseñó, y quienes lo han penetrado a fondo no pueden cansarse de repetirlo; en cuanto al avemaría, toda ella está centrada en el misterio de la Encarnación y es la oración más apropiada para honrar dicho misterio. Aunque en el avemaría hablamos directamente a la Santísima Virgen e invocamos su intercesión, esa oración es sobre todo una alabanza y una acción de gracias a su Hijo por la infinita misericordia que nos mostró al encarnarse.

Como lo recuerda el Martirologio Romano en esta fecha, San Pío V ordenó en 1572, que se conmemorase anualmente a Nuestra Señora de las Victorias para obtener la misericordia de Dios sobre su Iglesia, para agradecerle sus innumerables beneficios y, en particular, para darle gracias por haber salvado a la cristiandad del dominio de los turcos en la victoria de Lepanto (1571). Aquel triunfo fue una especie de respuesta directa del cielo a las oraciones y procesiones del rosario, organizadas por las cofradías de Roma, en el momento en que se libraba la batalla. Un año más tarde, Gregorio XIII cambió el nombre de la fiesta por el del Rosario y determinó que se celebrase el primer domingo de octubre (día en que se había ganado la batalla). El 5 de agosto de 1716, día de la fiesta de la dedicación de Santa María la Mayor, los cristianos, mandados por el príncipe Eugenio, infligieron otra importante derrota a los turcos en Peterwardein de Hungría. Con ese motivo, el Papa Clemente XI extendió a toda la Iglesia de occidente la fiesta del Santo Rosario. Actualmente se celebra el 7 de octubre, día en que se ganó la batalla de Lepanto; pero los dominicos siguen celebrándola el primer domingo del mes.

Según la tradición dominicana, ratificada por muchos Pontífices y consignada en el Breviario Romano, Santo Domingo fue quien dio al rosario su forma actual, cuando obedeció al pie de la letra las instrucciones que le dio la Santísima Virgen en una visión. Es posible que no exista ninguna tradición de este tipo que haya sido más violentamente atacada ni más apasionadamente defendida. La verdad de aquel suceso fue puesta en duda por primera vez hace dos siglos y, desde entonces, la controversia se ha entablado una y otra vez. Ya se sabe que el uso de objetos similares al rosario para ayudar a la memoria a llevar la cuenta es muy antiguo y anterior a la época de Santo Domingo. Por no citar más que un ejemplo, los monjes de oriente emplean una especie de rosario de cien cuentas o perlas dispuestas de modo muy diferente al nuestro y que no tiene nada que ver con el que nosotros rezamos. Por otra parte, está fuera de duda que en el siglo XIII se acostumbraba ya en todo el occidente repetir cierto número de padrenuestros o avemarías (con frecuencia 150, que es el número de los salmos) y llevar la cuenta por medio de sartas de cuentecillas. La famosa Lady Godiva, de Coventry, que murió hacia 1075, legó a cierta estatua de Nuestra Señora "el collar de piedras preciosas que había mandado ensartar en un cordón para poder contar exactamente sus oraciones" (Guillermo de Melmesbury). Está prácticamente probado que dichos collares se usaban para rezar padrenuestros; por ello, en el siglo XIII y durante toda la Edad Media, se llamaban "paternosters" y se daba el nombre de "paternostreros" a quienes los fabricaban. Un sabio obispo dominico, Tomás Esser, afirmaba que la costumbre de meditar durante la recitación de las avemarías había sido introducida por ciertos cartujos en el siglo XIV. Por otra parte, ninguna de las historias del rosario anteriores al siglo XV hace mención de Santo Domingo y, durante los dos siglos siguientes, ni siquiera los dominicos estaban de acuerdo

en la manera de definir el papel desempeñado por el santo fundador. Ninguna de sus biografías primitivas habla del rosario y los primeros documentos de la orden, aun los que se refirieron a los métodos de oración, tampoco lo mencionan. Además, la iconografía dominicana, desde los frescos de Fra Angélico hasta la suntuosa tumba de Santo Domingo en Bolonia (terminada en 1532), no ofrece vestigios del rosario.

En vista de los hechos que acabamos de enumerar, la opinión actual sobre el origen del rosario es muy diferente de la que prevalecía en el siglo XVI. Dom Luis Gougaud escribía en 1922 que "los diferentes elementos que componen la devoción católica conocida ordinariamente con el nombre de rosario, son el producto de un desarrollo gradual y prolongado, de una evolución que comenzó antes de la época de Santo Domingo, continuó sin que el santo influyese en ella y tomó su forma definitiva varios siglos después de su muerte." El P. Gettino, O.P., opina que Santo Domingo puede considerarse como el creador de la devoción del rosario, porque popularizó la práctica de rezar una serie de avemarías, aunque no fijó su número ni determinó la inserción de los padrenuestros. Por su parte, el P. Beda Jarret, O.P., afirma enfáticamente que el rosario inventado por Santo Domingo no era, propiamente hablando, "una devoción o fórmula de oración sino un método de predicación." El P. Petitot, O.P. considera que la visión de la Virgen es sólo un símbolo y no un hecho histórico.

Pero, aunque tal vez haya que abandonar la idea de que Santo Domingo inventó y propagó la devoción del rosario, no por ello deja ésta de estar íntimamente relacionada con los dominicos, ya que fueron ellos quienes le dieron la forma que tiene actualmente y durante varios siglos la han predicado en todo el mundo. Ello ha sido una fuente de bendiciones para innumerables almas y ha producido una corriente incesante de oraciones que se elevan a Dios. No hay cristiano, por simple e iletrado que sea, que no pueda rezar el rosario. Y dicha devoción puede ser el vehículo de la más alta contemplación y de la oración más sencilla. El rosario, que es una oración privada, sólo cede en dignidad a los salmos y a las oraciones que la Iglesia, en cuanto tal, eleva a Dios todopoderoso y a su enviado Jesucristo. Todo cristiano está familiarizado con la idea de que, siendo el rosario una verdadera fuente de gracias, es muy natural que la Iglesia le consagre una fiesta litúrgica; a pesar de ello, la Comisión nombrada por Benedicto XIV aconsejó la supresión de esta fiesta a causa de la acumulación de celebraciones en el calendario.

Acerca del origen de esta fiesta, véase Benedicto XIV, *De festis*, lib. II, c. 12, n. 16; y Esser, *Unseres Lieben Frauen Rosenkranz*, p. 354. Los argumentos que se oponen a la atribución de la institución del rosario a Santo Domingo pueden verse por extenso en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. I, pp. 422 ss; en *The Month*, oct. 1900 y abril 1901; el P. Thurston, autor de dichos artículos, los resumió en *Catholic Encyclopedia*, vol. XIII; Holzapfel, *S. Dominikus und der Rosenkranz* (1903). Naturalmente no faltan autores que reivindiquen para Santo Domingo la gloria de haber inventado el rosario; pero el tono de ciertos escritos, entre los que citaremos la obra del P. Mézard, O.P., *Etude sur les origines du rosaire* (1912), y del P. W. Lescher, O.P., *St Dominic and the Rosary* (1902), contrasta con el tono mesurado del P. Mortier, O.P., *Histoire des Maîtres Généraux O.P.* vol. I (1903), pp. 15-16 y vol. VII, p. 189, y del P. Beda Jarrett, O.P., *Life of St Dominic* (1924), p. 110. Cf. *The Month*, oct. 1924; L. Gougaud, en *La vie et les arts liturgiques*, oct. 1922 y julio 1924; J. Giraud, *Life of St Dominic*, p. 11, y *Cartulaire de Prouille*, pp. 328-330; F. M. William, *The Rosary, its History and Meaning* (1953); e Y. Gourdel, *Maria: Étude sur la Ste. Vierge* (1951), vol. II.

SANTA JUSTINA, Virgen y Mártir (Fecha desconocida)

San Venancio Fortunato, obispo de Poitiers a principios del siglo VII, considera a Santa Justina como una de las vírgenes más ilustres cuya santidad y triunfo han sido consagrados por la Iglesia y afirma que su nombre hace tan famosa a Padua como el de Santa Eufemia a Calcedonia y el de Santa Eulalia a Mérida. El mismo autor, en el poema que dedicó a la vida de San Martín, exhorta a los peregrinos que van a Padua a besar el sepulcro de la bienaventurada Justina. A principios del siglo VI, se construyó en Padua una iglesia en honor de la santa y se pretende que sus reliquias fueron descubiertas ahí en 1117. Por la misma época vio la luz una falsificación de las actas del martirio de la santa. Según ese documento, Justina fue bautizada por San Prosdósimo, "un discípulo del bienaventurado Pedro", el cual comunicó al autor los datos que poseía sobre la santa. Prosdósimo, según el relato al que nos referimos, fue el primer obispo de Padua y sufrió el martirio durante la persecución de Nerón. Santa Justina fue decapitada por haber permanecido fiel a la fe. El relato añade muchos detalles de cuya verdad no existe prueba alguna.

La "reforma" benedictina de Santa Justina, que data del siglo XV y es conocida actualmente en Italia con el nombre de congregación de Monte Cassino, tomó su nombre del de la abadía de Padua en la que fue fundada.

Ver *Acta Sanctorum*, oct. vol. III. En *Analecta Bollandiana* vol. X, 1891, pp. 467-470, hay un texto aún más antiguo sobre el martirio de Santa Justina ibid., vol XI, 1892, pp. 354-358, se encontrará un relato del presunto descubrimiento de las reliquias en 1117. Cf. Allard, *Historie des persécutions*, vol. IV, pp. 430 ss., y Trifone, *Rivista Storica Benedictina*, 1910 y 1911. Por lo que se refiere a Prosdósimo, las primeras huellas de su culto datan del año 860, y puede verse una biografía espuria del siglo XII en *Acta Sanctorum* (nov., vol. III), con un comentario que pone las cosas en su punto. Véase también Lanzoni, *Le diocesi d'Italia*, vol. II, pp. 911-915; y Leclercq, en DAC., vol. XIII, cc. 238-239.

SAN MARCOS, Papa (336 p.c.)

San Marcos era romano de origen y sirvió a Dios en el clero de dicha Iglesia. Fue el primer Papa elegido después de que Constantino dio carta de ciudadanía a la Iglesia. El santo no se dejó llevar por la bonanza de las nuevas circunstancias, sino que redobló su celo en aquella era de paz, sabedor de que el demonio jamás concede una tregua a los cristianos. San Marcos, que había trabajado ardientemente por la Iglesia durante el pontificado de San Silvestre, fue elevado a la sede apostólica el 18 de enero de 336. Sólo ciñó la tiara pontificia durante ocho meses y veinte días, ya que murió el 7 de octubre del mismo año. Probablemente fue él quien fundó la iglesia de su nombre, pero además, construyó otra en el cementerio de Balbina. No es imposible que la costumbre de que el obispo de Ostia consagre al obispo de Roma date de su época. Algunos autores atribuyen a San Dámaso un poema sobre San Marcos; el fragmento que se conserva, alaba el desinterés y el espíritu de oración de nuestro santo.

Lo poco que sabemos sobre San Marcos, se halla resumido en *Acta Sanctorum*, oct., vol. III. Véase también *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I, pp. 202-204.

SAN ARTALDO, OBISPO DE BELLEY (1206 P.C.)

ARTALDO nació en el castillo de Sothonod de Saboya. A los dieciocho años se trasladó a la corte del duque Amadeo III. Uno o dos años más tarde, ingresó en la cartuja de Portes. Al cabo de muchos años, siendo ya sacerdote y muy avanzado en experiencia y santidad, fue enviado por el prior de la Gran Cartuja a fundar un monasterio de su orden en Valromey en Saboya. El sitio lleva el significativo nombre de "el Cementerio". Ahí se estableció Artaldo con seis monjes originarios de Portes. Poco después de la fundación, el fuego consumió el monasterio, de suerte que San Artaldo tuvo que recomenzar la obra. Para ello escogió otro sitio, a orillas del río Arvières, donde edificó pronto un nuevo monasterio. Pero la celda de un cartujo era demasiado estrecha para la inmensa fama de que gozaba ya entonces el santo: el Papa acostumbraba consultarle, como a su maestro San Bruno y la diócesis de Belley le eligió obispo a los ochenta años de edad, a pesar de sus vehementes protestas. Dos años después, consiguió que el pueblo aceptase su renuncia y volvió jubilosamente a Arvières, donde pasó el resto de su vida. Próxima su muerte fue a visitarle San Hugo de Lincoln, el cual, cuando era prior de la cartuja de Witham, había movido a Enrique II de Inglaterra a favorecer la cartuja de Arvières. La "Magna vita" de San Hugo, recuerda que éste reprendió bondadosamente a San Artaldo cuando el fundador de Arvières le preguntó las últimas noticias políticas en presencia de sus monjes. El culto de San Artaldo, a quien los cartujos veneran simplemente como beato, fue confirmado en 1834 para la diócesis de Belley. El santo murió a los 105 años de edad.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. III, hay una breve biografía medieval; puede verse un relato más completo en Dom le Couteulx, *Annales Ordinis Cartusiensis*, vols. II y III.

BEATO MATEO DE MANTUA (1470 P.C.)

JUAN FRANCISCO Carreri, originario de Mántua, tomó el nombre de Mateo al ingresar en la orden de Santo Domingo. El éxito que obtuvo como predicador, se debía sin duda, en parte, a que se preparaba para ese ministerio con largos períodos de reitro. Mateo de Mántua fue un gran defensor de la observancia en su orden. El único suceso interesante de su vida fue su captura por los piratas durante un viaje que hizo de Génova a Pisa. Los piratas le pusieron en libertad, pero, al ver Mateo que entre los prisioneros se encontraba una mujer con su hija, propuso al capitán que le aceptase en vez de ellas. El pirata quedó tan sorprendido, que devolvió la libertad a los tres. El Beato Mateo conoció a la Beata Estéfana Quinzani cuando era todavía niña y se cuenta que por entonces, le vaticinó que ella sería su heredera. Nadie comprendió entonces lo que eso significaba, pero después de la muerte del beato, Estéfana empezó a sufrir dolores en el pecho, exactamente como los que habían afligido a Mateo debido a su devoción por la Pasión. Se cuenta que el beato pidió permiso a su superior para morir; su muerte ocurrió en Vigevana el 5 de octubre de 1470. Doce años más tarde, el Papa Sixto IV autorizó la solemne traslación de sus reliquias y concedió la conmemoración litúrgica del Beato Mateo.

Véase *Acta Sanctorum*, oct., vol. III; y *Monumenta O.P. Historica*, vol. XIV, pp. 115 ss. Se encontrará un corto artículo en inglés en Procter, *Dominican Saints*, pp. 281-283.

8: SANTA BRIGIDA, VIUDA, FUNDADORA DE LA ORDEN DEL SANTÍSIMO SALVADOR (1373 P.C.)

SANTA BRIGIDA era hija de Birgerio, gobernador de Uplandia, la principal provincia de Suecia. La madre de Brígida, Ingerborg, era hija del gobernador de Gotlandia oriental. Ingerborg murió hacia 1315 y dejó varios hijos. Brígida, que tenía entonces doce años aproximadamente, fue educada por una tía suya en Aspenäs. A los tres años, había empezado a hablar con perfecta claridad, como si fuese una persona mayor, y su bondad y devoción fueron tan precoces como su lenguaje. Sin embargo, la santa confesaba que de joven había sido inclinada al orgullo y la presunción. A los siete años tuvo una visión de la Reina de los cielos. A los diez, a raíz de un sermón sobre la Pasión de Cristo que la impresionó mucho, soñó que veía al Señor clavado en la cruz y oyó estas palabras: "Mira en qué estado estoy, hija mía." "¿Quién os ha hecho eso, Señor?", preguntó la niña. Y Cristo respondió: "Los que me desprecian y se burlan de mi amor." Esa visión dejó una huella imborrable en Brígida y, desde entonces, la Pasión del Señor se convirtió en el centro de su vida espiritual. Antes de cumplir catorce años, la joven contrajo matrimonio con Ulf Gudmarsson, quien era cuatro años mayor que ella. Dios les concedió veintiocho años de felicidad matrimonial. Tuvieron cuatro hijos y cuatro hijas, una de las cuales es venerada con el nombre de Santa Catalina de Suecia. Durante algunos años, Brígida llevó la vida de una señora feudal en las posesiones de su esposo en Ulfassa, con la única diferencia de que cultivaba la amistad de los hombres sabios y virtuosos.

Hacia el año 1335, la santa fue llamada a la corte del joven rey Magno II para ser la principal dama de honor de la reina Blanca de Namur. Pronto comprendió Brígida que sus responsabilidades en la corte no se limitaban al estricto cumplimiento de su oficio. Magno era un hombre débil que se dejaba fácilmente arrastrar al vicio; Blanca tenía buena voluntad, pero era irreflexiva y amante del lujo. La santa hizo cuanto pudo por cultivar las cualidades de la reina y por rodear a ambos soberanos de buenas influencias. Pero, como sucede con frecuencia, aunque Santa Brígida se ganó el cariño de los reyes, no consiguió mejorar su conducta, pues no la tomaban en serio. La santa empezó a disfrutar por entonces de las visiones que habían de hacerla famosa. Estas versaban sobre las más diversas materias, desde la necesidad de lavarse, hasta los términos del tratado de paz entre Francia e Inglaterra. "Si el rey de Inglaterra no firma la paz —decía— no tendrá éxito en ninguna de sus empresas y acabará por salir del reino y dejar a sus hijos en la tribulación y la angustia." Pero tales visiones no impresionaban gran cosa a los cortesanos suecos, quienes solían preguntar con cierta ironía: "¿Qué soñó Doña Brígida anoche?" Por otra parte, la santa tenía dificultades con su propia familia. Su hija mayor se había casado con un noble muy revoltoso, a quien Brígida llamaba "el Bandolero" y, hacia 1340, murió Gudmaro, su hijo menor. Por esa pérdida la santa hizo una peregrinación al santuario de San Olaf de Noruega, en Trondhjem. A su regreso, fortalecida por las oraciones, intentó con más ahinco que nunca volver al buen camino a sus soberanos. Como no lo lograse, les pidió permiso de ausentarse de la corte e hizo una peregrinación a Compostela con su esposo. A la vuelta del viaje, Ulf cayó gravemente enfermo en Arras y recibió los últimos sacramentos ya que la muerte parecía inminente. Pero Santa Brígida, que oraba fervorosamente por

el restablecimiento de su esposo, tuvo un sueño en el que San Dionisio le reveló que no moriría. A raíz de la curación de Ulf, ambos esposos prometieron consagrarse a Dios en la vida religiosa. Según parece, Ulf murió en 1344 en el monasterio cisterciense de Alvastra, antes de poner por obra su propósito.

Santa Brígida se quedó en Alvastra cuatro años dedicada a la penitencia y completamente olvidada del mundo. Desde entonces, abandonó los vestidos preciosos: sólo usaba lino para el velo y vestía una burda túnica ceñida con una cuerda anudada. Las visiones y revelaciones se hicieron tan insistentes, que la santa se alarmó, temiendo ser víctima de las ilusiones del demonio o de su propia imaginación. Pero en una visión que se repitió tres veces, se le ordenó que se pusiese bajo la dirección del maestre Matías, un canónigo muy sabio y experimentado de Linköping, quien le declaró que sus visiones procedían de Dios. Desde entonces hasta su muerte, Santa Brígida comunicó todas sus visiones al prior de Alvastra, llamado Pedro, quien las consignó por escrito en latín. Ese período culminó con una visión en la que el Señor ordenó a la santa que fuese a la corte para amenazar al rey Magno con el juicio divino; así lo hizo Brígida, sin excluir de las amenazas a la reina y a los nobles. Magno se enmendó algún tiempo y dotó liberalmente el monasterio que la santa había fundado en Vadstena, impulsada por otra visión.

En dicho monasterio había sesenta religiosas. En un edificio contiguo habitaban trece sacerdotes (en honor de los doce apóstoles y de San Pablo), cuatro diáconos (que representaban a los doctores de la Iglesia) y ocho hermanos legos. En conjunto había ochenta y cinco personas, que era el número de los discípulos del Señor. Santa Brígida redactó las constituciones; según se dice, se las dictó el Salvador en una visión. Pero ni Bonifacio IX en la bula de canonización, ni Martín V, que ratificó los privilegios de la abadía de Sión y confirmó la canonización, mencionan ese hecho y sólo hablan de la aprobación de la regla por la Santa Sede, sin hacer referencia a ninguna revelación privada. En la fundación de Santa Brígida, lo mismo que en la orden de Fontevrault, los hombres estaban sujetos a la abadesa en lo temporal, pero en lo espiritual, las mujeres estaban sujetas al superior de los monjes. La razón de ello es que la orden había sido fundada principalmente para las mujeres y los hombres sólo eran admitidos en ella para asegurar los ministerios espirituales. Los conventos de hombres y mujeres estaban separados por una clausura inviolable; tanto unos como las otras, asistían a los oficios en la misma iglesia, pero las religiosas se hallaban en una galería superior, de suerte que ni siquiera podían verse unos a otros. Actualmente ya no hay hombres en la orden del Santísimo Salvador, que llegó a tener unos setenta conventos y actualmente no pasa de doce. El monasterio de Vadstena fue el principal centro literario de Suecia en el siglo XV.

A raíz de una visión, Santa Brígida escribió una carta muy enérgica a Clemente VI, urgiéndole a partir de Aviñón a Roma y establecer la paz entre Eduardo III de Inglaterra y Felipe IV de Francia. El Papa se negó a partir de Aviñón pero, en cambio envió a Hemming, obispo de Abö, a la corte del rey Felipe, aunque la misión no tuvo éxito. Entre tanto, el rey Magno, que apreciaba más las oraciones que los consejos de Santa Brígida, trató de hacerla intervenir en una cruzada contra los paganos letones y estonios. En realidad se trataba de una expedición de pillaje. La santa no se dejó engañar y trató de disuadir al monarca. Con ello, perdió el favor de la corte, pero estaba compensada con el amor del pueblo, por cuyo bienestar se preocupaba sinceramente

durante sus múltiples viajes por Suecia. Había todavía en el país muchos paganos, y Santa Brígida ilustraba con milagros la predicación de sus capellanes. En 1349, a pesar de que la "muerte negra" hacía estragos en toda Europa, Brígida decidió ir a Roma con motivo del jubileo de 1350. Acompañada de su confesor, Pedro de Skeninge, y otros personajes, se embarcó en Stralsund, en medio de las lágrimas del pueblo, que no había de volver a verla. En efecto, la santa se estableció en Roma, donde se ocupó de los pobres de la ciudad, en espera de la vuelta del Pontífice a la Ciudad Eterna. Asistía diariamente a misa a las cinco de la mañana; se confesaba todos los días y comulgaba varias veces por semana. El brillo de su virtud contrastaba con la corrupción de costumbres que reinaba entonces en Roma: el robo y la violencia hacían estragos, el vicio era cosa normal, las iglesias estaban en ruinas y lo único que interesaba al pueblo era escapar de sus opresores. La austeridad de la santa, su devoción a los santuarios, su severidad consigo misma y su bondad con el prójimo, su entrega total al cuidado de los pobres y los enfermos le ganaron el cariño de todos aquéllos en quienes todavía quedaba algo de cristianismo. Santa Brígida atendía con particular esmero a sus compatriotas y cada día daba de comer a los peregrinos suecos en su casa, que estaba situada en las cercanías de San Lorenzo in Damaso.

Pero su ministerio apostólico no se reducía a la práctica de las buenas obras ni a exhortar a los pobres y a los humildes. En cierta ocasión, fue al gran monasterio de Farfa para reprender al abad, "un hombre mundano que no se preocupaba absolutamente por las almas". Hay que decir que, probablemente, la reprensión de la santa no produjo efecto alguno. Más éxito tuvo su celo en la reforma de otro convento de Bolonia. Ahí se hallaba Brígida cuando fue a reunirse con ella su hija, Santa Catalina, quien se quedó a su lado y fue su fiel colaboradora hasta el fin de su vida. Dos de las iglesias romanas más relacionadas con nuestra santa son la de San Pablo Extramuros y la de San Francisco de Ripa. En la primera se conserva todavía el bellísimo crucifijo, obra de Cavallini, ante el que Brígida acostumbraba orar y que le respondió más de una vez; en la segunda iglesia se le apareció San Francisco y le dijo: "Ven a beber conmigo en mi celda". La santa interpretó aquellas palabras como una invitación para ir a Asís. Visitó la ciudad y, de ahí partió en peregrinación por los principales santuarios de Italia, durante dos años.

Las profecías y revelaciones de Santa Brígida se referían a las cuestiones más candentes de su época. Predijo, por ejemplo, que el Papa y el emperador se reunirían amistosamente en Roma al poco tiempo (así lo hicieron el Beato Urbano V y Carlos IV, en 1368). La profecía de que los partidos en que estaba dividida la Ciudad Eterna recibirían el castigo que merecían por sus crímenes, disminuyeron un tanto la popularidad de la santa y aun le atrajeron persecuciones. Por otra parte, ni siquiera el Papa escapaba a sus críticas. En una ocasión le llamó "asesino de almas, más injusto que Pilato y más cruel que Judas". Nada tiene de extraño que Brígida haya sido arrojada de su casa y aun haya tenido que ir, con su hija, a pedir limosna al convento de las Clarisas Pobres. El gozo que experimentó la santa con la llegada de Urbano V a Roma fue de corta duración, pues el Pontífice se retiró poco después a Viterbo, luego a Montesfiascone y aun se rumoró que se disponía a volver a Aviñón. Al regresar de una peregrinación a Amalfi, Brígida tuvo una visión en la que Nuestro Señor la envió a avisar al Papa que se acercaba la hora de su muerte, a fin de que diese su aprobación a la regla del convento de Vadstena. Brígida había ya sometido la

regla a la aprobación de Urbano V, en Roma, pero el Pontífice no había dado respuesta alguna. Así pues, se dirigió a Montefiascone montada en su mula blanca. Urbano aprobó, en general, la fundación y la regla de Santa Brígida, que completó con la regla de San Agustín. Cuatro meses más tarde, murió el Pontífice. Santa Brígida escribió tres veces a su sucesor, Gregorio XI, que estaba en Aviñón, conminándole a trasladarse a Roma. Así lo hizo el Pontífice cuatro años después de la muerte de la santa.

En 1371, a raíz de otra visión, Santa Brígida emprendió una peregrinación a los Santos Lugares, acompañada de su hija Catalina, de sus hijos Carlos y Bingerio, de Alfonso de Vadaterra y otros personajes. Ese fue el último de sus viajes. La expedición comenzó mal, ya que en Nápoles, Carlos se enamoró de la reina Juana I, cuya reputación era muy dudosa. Aunque la esposa de Carlos vivía aún en Suecia y el marido de Juana estaba en España, ésta quería contraer matrimonio con él y la perspectiva no desagradaba a Carlos. Su madre, horrorizada ante tal posibilidad, intensificó sus oraciones. Dios resolvió la dificultad del modo más inesperado y trágico, pues Carlos enfermó de una fiebre maligna y murió dos semanas después en brazos de su madre. Carlos y Catalina eran los hijos predilectos de la santa. Esta prosiguió su viaje a Palestina embargada por la más profunda pena. En Jaffa estuvo a punto de perecer ahogada durante un naufragio. Sin embargo durante la accidentada peregrinación la santa disfrutó de grandes consolaciones espirituales y de visiones sobre la vida del Señor. A su vuelta de Tierra Santa, en el otoño de 1372, se detuvo en Chipre, donde clamó contra la corrupción de la familia real y de los habitantes de Famagusta, quienes se habían burlado de ella cuando se dirigía a Palestina. Después pasó a Nápoles, donde el clero de la ciudad leyó desde el púlpito las profecías de Santa Brígida, aunque no produjeron mayor efecto entre el pueblo. La comitiva llegó a Roma en marzo de 1373. Brígida, que estaba enferma desde hacía algún tiempo, empezó a debilitarse rápidamente, y falleció el 23 de julio de ese año, después de recibir los últimos sacramentos de manos de su fiel amigo, Pedro de Alvastra. Tenía entonces setenta y un años. Su cuerpo fue sepultado provisionalmente en la iglesia de San Lorenzo in Panisperna. Cuatro meses después, Santa Catalina y Pedro de Alvastra condujeron triunfalmente las reliquias a Vadstena, pasando por Dalmacia, Austria, Polonia y el puerto de Danzig. Santa Brígida, cuyas reliquias reposan todavía en la abadía por ella fundada, fue canonizada en 1391 y es la patrona de Suecia.

Uno de los aspectos más conocidos en la vida de Santa Brígida, es el de las múltiples visiones con que la favoreció el Señor, especialmente las que se refieren a los sufrimientos de la Pasión y a ciertos acontecimientos de su época. Por orden del Concilio de Basilea, el sabio Juan de Torquemada, quien fue más tarde cardenal, examinó el libro de las revelaciones de la santa y declaró que podía ser muy útil para la instrucción de los fieles; pero tal aprobación encontró muchos opositores. Por lo demás, la declaración de Torquemada significa únicamente que la doctrina del libro es ortodoxa y que las revelaciones no carecen de probabilidad histórica. El Papa Benedicto XIV, entre otros, se refirió a las revelaciones de Santa Brígida en los siguientes términos: "Aunque muchas de esas revelaciones han sido aprobadas, no se les debe el asentimiento de fe divina; el crédito que merecen es puramente humano, sujeto al juicio de la prudencia, que es la que debe dictarnos el grado de probabilidad de que gozan para que creamos píamente en ellas." Santa Brígida, con gran sencillez de corazón, sometió

siempre sus revelaciones al juicio de las autoridades eclesiásticas y, lejos de gloriarse por gozar de gracias tan extraordinarias, que nunca había deseado, las aprovechó como una ocasión para manifestar su obediencia y crecer en amor y humildad. Si sus revelaciones la han hecho famosa, ello se debe en gran parte a la virtud heroica de la santa, consagrada por el juicio de la Iglesia. Vivir el espíritu de los misterios de nuestra religión vale más a los ojos de Dios que las visiones más extraordinarias y el conocimiento de las cosas ocultas. Quien posee la inteligencia de un ángel pero no tiene caridad es como un címbalo hueco. Santa Brígida supo reunir el lenguaje de los ángeles con la verdadera caridad. El libro de sus revelaciones fue publicado por primera vez en 1492 y ha sido traducido a muchos idiomas. Las revelaciones de la santa se divulgaron en Inglaterra poco después de su muerte, y el brigidino Ricardo Whytford tradujo una parte del libro en 1531. Las lecciones de maitines del oficio de las brigidinas están tomadas de sus revelaciones sobre las glorias de María, conocidas con el nombre de "Sermo Angelicus", en recuerdo de las palabras del Señor a la santa: "Mi ángel te comunicará las lecciones que las religiosas de tus monasterios deben leer en maitines, y tú las escribirás tal como él te las dicte." Alban Butler hace notar con agudeza que si tuviésemos las revelaciones de la santa tal como ella las escribió, en vez de la traducción de Pedro de Alvastra, retocada en parte por Alfonso de Vadaterra, "estarían redactadas en forma más sencilla, con mayor frescura y tendrían mayores visos de veracidad."

Debido al interés extraordinario de los historiadores escandinavos de todos los credos, el material de las viejas ediciones de las *Revelationes Sntae Birgittae* y de *Acta Sanctorum* (oct., vol. IV), resulta anticuado. La biografía más antigua, escrita inmediatamente después de la muerte de Santa Brígida por Pedro de Alvastra y Pedro de Skeninge, no fue publicada sino hasta 1871, en la colección *Scriptores rerum suecicarum,* vol. III, pte. 2, pp. 185-206. Otras biografías, como la del arzobispo de Upsala, Birgerio, pueden verse en *Acta Sanctorum* y en las publicaciones de las sociedades suecas. Isak Collijn publicó una edición crítica de los documentos de la canonización, con el título de *Acta et Processus canonizationis Beatae Birgittae* (1924-1931). Existen numerosas biografías y estudios sobre la santa, particularmente en sueco, sobre todo por lo que se refiere a los personajes que estuvieron relacionados con ella en Suecia y en Roma. Sobre este punto hay que citar la obra de Collijn, *Birgittinska Gestalter* (1929). La excelente biografía sueca de E. Fagelklou fue traducida al alemán por M. Loehr (1929). La obra de la condesa de Flavigny, *Sainte Brigitte de Suède* supone un conocimiento profundo de las fuentes suecas. Es muy difícil demostrar que las *Revelaciones* no están retocadas por los confesores de Brígida, que las copiaron o las tradujeron al latín. El mejor texto es probablemente el del sueco G. E. Klemming (1857-1874); R. Steffen publicó una selección moderna (1900). F. Partridge escribió en inglés una biografía de Santa Brígida, en la *Quarterly Series* (1888). Véase también el breve estudio del canónigo J. R. Fletcher, *The Story of the English Bridgettines* (1933); y la admirable biografía de Helen Radpath, popular a la vez que científica, *God's Ambassadors.* Cf. E. Graf, *Revelations and Prayers of St Bridget* (1928), que no contiene más que el "Sermo Angelicus"'; y *The Book of Margery Kempe* (1936), pp. 140-141. La obra de J. Jörgensen, *St. Bridget of Sweden* (2 vols.), fue traducida al inglés en 1954.

SANTOS SERGIO Y BACO, MÁRTIRES (¿303? P.C.)

SE DICE que estos mártires eran oficiales del ejército romano en la frontera de Siria. Sergio era el comandante de la escuela de reclutas y Baco era su subalterno. Ambos gozaban del favor del emperador Maximiano, hasta que un día éste cayó en la cuenta de que, cuando iba al templo de Júpiter a ofrecer sacri-

ficios, ambos oficiales se quedaban en la puerta. Inmediatamente los mandó llamar para que tomasen parte en la ceremonia. Como se negasen a ello, ordenó que se les despojase de sus armas y sus insignias militares, que se los vistiese como mujeres y se los llevase así por toda la ciudad. Después, los desterró a Rosafa, en la Mesopotamia, donde el gobernador los mandó azotar tan cruelmente, que Baco murió en el tormento. Su cuerpo fue arrojado a la calle, donde los cuervos lo defendieron de la voracidad de los perros (lo mismo se cuenta de otros santos). San Sergio tuvo que caminar un largo trecho con cuchillas en los pies, hasta el sitio en que fue decapitado. Los martirologios y los escritores antiguos dan testimonio del martirio de estos dos santos, pero los detalles de su muerte no son fidedignos.

El año 431, Alejandro, metropolitano de Hierápolis, mandó restaurar y embellecer la iglesia que se levantaba sobre el sepulcro de San Sergio. En el siglo VI, los muros de dicha iglesia estaban cubiertos de plata. Alejandro gastó mucho dinero en la reconstrucción de la iglesia, de suerte que se molestó cuando, tres años después, Rosafa fue transformada en diócesis e independizada de su jurisdicción. En recuerdo del mártir, la ciudad tomó el nombre de Sergiópolis; Justiniano la fortificó y honró particularmente la memoria de los dos mártires. La iglesia de Rosafa era una de las más famosas del oriente. Sergio y Baco, junto con los dos Teodoros, Demetrio, Procopio y Jorge, eran los protectores del ejército de Bizancio.

Según Le Bas y Waddington, en *Voyage archéologique*, vol. III, n. 2124, una iglesia de Siria oriental, dedicada a San Sergio y San Baco el año 354, es el santuario más antiguo de estos mártires. Sus *actas* se conservan en griego y en sirio. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XIV (1895), pp. 373-395. Se encontrará una lista de las diversas recensiones en BHL, BHG, y BHO. Delehaye, *Origines du culte des martyrs* (1933), pp. 210-212, hace notar que no sólo las múltiples iglesias consagradas a San Sergio y San Baco dan testimonio de la extraordinaria popularidad de su culto en el oriente, sino también la frecuencia con que el nombre de Sergio se encuentra en aquellas regiones. (Sin embargo, la popularidad del nombre en Rusia se debe, sobre todo, a San Sergio de Radonezh). Acerca de Rosafa, cf. Spanner y Guyer, *Rusafa* (1926); Herzfeld, *Archaeologische Reise* (1911-1922), y Peeters, en *Analecta Bollandiana* XLV (1927, pp. 162-165.

SANTOS MARCELO Y APULEYO, MÁRTIRES (Fecha desconocida)

LA LITURGIA romana conmemora a estos dos santos junto con San Sergio y San Baco. El Martirologio Romano afirma que eran dos discípulos de Simón Mago (Hechos, VIII, 9-25), convertidos por San Pedro y martirizados en Roma después de él. Estos datos son completamente apócrifos, inventados por el martirologista Ado, quien se basó en la mención de un tal Marcelo en las "Gesta SS. Nerei et Achillei". Sin embargo, no es imposible que San Marcelo haya sido martirizado en Capua. En cuanto a Apuleyo, no poseemos ningún dato sobre él.

Véase H. Quentin, *Les martyrologes historiques*, pp. 563, etc.; y CMH., p. 544. La relación del martirio de los Santos Marcelo y Apuleyo, corta y muy posterior puede verse en *Acta Sanctorum*, oct,. vol. III.

SANTA PELAGIA LA PENITENTE (Fecha desconocida)

PELAGIA, conocida también con el nombre de Margarita, a causa de las magníficas perlas por las que se había vendido con frecuencia, era una actriz de

Antioquía, célebre por su hermosura, su riqueza y su vida borrascosa. Cuando el patriarca de Antioquía reunió a un sínodo, los obispos se hallaban sentados ante el pórtico de la basílica de San Julián Mártir, donde predicaba el venerable obispo de Edesa, San Nono. En aquel momento pasó por ahí Pelagia, cabal gando en un jumento blanco, rodeada de admiradores, con los brazos y los hombros desnudos, como cualquier vulgar cortesana, y lanzando a todos miradas provocativas. San Nono interrumpió su discurso y, en tanto que los otros obispos bajaban los ojos, se quedó mirando a Pelagia hasta que ésta desapareció. En seguida preguntó el santo a los obispos: "¿No os parece muy bella esa mujer?" Los obispos, sin saber qué contestar, se quedaron callados. El santo continuó: "A mí me pareció muy bella, y creo que es una lección de Dios para nosotros. Esa mujer hace lo imposible por mantener su hermosura y perfeccionarse en la danza, y nosotros no hacemos ni siquiera la mitad de lo que ella por nuestras diócesis y por nuestras almas."

Esa misma noche, San Nono tuvo un sueño en el que se vio celebrando la liturgia, en tanto que un pajarraco sucio y agresivo trataba de impedírselo. Cuando el diácono despidió a los catecúmenos, el pajarraco partió con ellos, pero a poco volvió y San Nono consiguió entonces apoderarse de él y arrojarlo en la fuente del atrio. El ave salió del agua blanca como la nieve y desapareció entre las nubes. Al día siguiente, que era domingo, todos los obispos que asistieron a la misa celebrada por el patriarca, pidieron a éste que predicase. Pelagia, que no era ni siquiera catecúmena, se había sentido movida a ir a la iglesia, y las palabras del santo penetraron hasta el fondo de su corazón. Poco después, Pelagia escribió una carta a San Nono, rogándole que le permitiese hablar con él. El santo aceptó, a condición de que los otros obispos asistiesen a la entrevista. En cuanto Pelagia llegó a donde estaba San Nono, se arrojó a sus pies, le pidió el bautismo y le rogó que se interpusiese entre ella y sus pecados para que el mal espíritu no se posesionase nuevamente de su alma. A instancias de Pelagia, el patriarca de Antioquía nombró madrina a Romana, la más anciana de las diaconisas y San Nono bautizó a la pecadora, la confirmó y le dio la primera comunión. Ocho días después de su bautismo, Pelagia, que había renunciado ya a todos sus bienes en favor de los pobres, se despojó de la túnica blanca de los bautizados, se vistió de hombre y desapareció de la ciudad. En Jerusalén, a donde se transladó secretamente, se retiró a vivir en la soledad de una cueva en el Monte de los Olivos. Las gentes empezaron pronto a llamarla "Pelagio, el monje imberbe". Tres o cuatro años más tarde, fue a visitarla Jacobo, el diácono de San Nono. La antigua pecadora murió durante la estancia de Jacobo en Jerusalén. Cuando los que fueron a sepultar el cadáver descubrieron el sexo de Pelagia, exclamaron al unísono: "Gloria a ti, Señor Jesucristo, porque tienes en la tierra muchos tesoros escondidos."

El autor del relato original trató de hacerse pasar por el diácono Jacobo. En realidad se trata de una simple novela religiosa. El P. Delehaye distingue dos elementos en la narración. El primero y más importante procede de la sexagésima séptima homilía de San Juan Crisóstomo sobre el primer Evangelio. En ella habla el santo de una actriz antioquena, famosa en Cilicia y Capadocia, que se convirtió repentinamente y vivió muchos años en la más rigurosa

soledad. San Juan Crisóstomo no menciona su nombre y no hay ningún motivo para suponer que haya sido alguna vez objeto de la veneración popular. Es evidente que "Jacobo" se inspiró en ese hecho para componer su novela, pero es imposible determinar si Jacobo fue el inventor de las circunstancias secundarias que constituyen el segundo elemento. Se ha confundido a Pelagia la penitente con la verdadera Santa Pelagia, una virgen y mártir cuya fiesta se celebraba en Antioquía el 8 de octubre en el siglo IV (el 9 de junio, en el Martirologio Romano). Tanto San Juan Crisóstomo como San Ambrosio mencionan a esta santa.

El P. Delehaye, después de discutir detalladamente el relato, añade: "El único elemento religioso que se puede deducir de esta narración es que la leyenda destruyó quizá la verdad de un culto tradicional." Dicho autor considera la novela popular del arrepentimiento de Pelagia como el punto de origen de una serie de leyendas de santos imaginarios, de los que Santa Marina es el prototipo (12 de febrero). La leyenda de Pelagia de Antioquía, "perdió gradualmente todo vestigio de fundamento histórico, ya que llegó a suprimirse hasta el hecho de la conversión y el resto, puramente legendario, se adaptó a diversos nombres, como los de las santas María y Marina, Apolinaria, Eufrosine y Teodora, que son simples réplicas literarias de la Pelagia del pretendido Jacobo. En otros casos, como en el de Santa Eugenia, el tema de la mujer que oculta su sexo se combinó con ciertas narraciones que tenían por héroe a un personaje histórico" ("Leyendas de los Santos", p. 203).

Como lo hace notar Delehaye en la obra que acabamos de citar (3a. edic. francesa, 1927, p. 190), la Pelagia histórica mencionada en este día por el *Breviarium* sirio (siglo V) no era una penitente, sino una inocente doncella de quince años. La historia de esta virgen, a la que hacen alusión San Ambrosio (PL., vol. XVI, cc. 229 y 1093) y San Juan Crisótomo (PG., vol. 1, cc 579-585), puede verse en nuestro artículo del 9 de junio. Es curioso que Alban Butler (8 de octubre) haya pasado en silencio a la verdadera Pelagia y haya aceptado en cambio la extravagante leyenda de la penitente. El texto de las *actas* imaginarias se encontrará en *Acta Sanctorum*, oct., vol. IV, y en H. Usener, *Legenden der hl. Pelagia* (1897). Delehaye discute en la obra que hemos citado arriba la hipótesis de Usener, quien pretende explicar el culto a Santa Pelagia como una revivificación del de Afrodita. Hay una traducción inglesa del relato de "Jacobo" en la obra de H. Waddel, *Desert Fathers* (1936), pp. 285-302.

SANTA REPARATA, VIRGEN Y MÁRTIR (Fecha desconocida)

SEGÚN SE DICE, Santa Reparata, cuyo nombre menciona hoy el Martirologio Romano, fue una virgen martirizada en Palestina durante la persecución de Decio. Las "actas", que son espurias, afirman que la joven tenía doce años y era de carácter muy vivaz. Acusada de ser cristiana, compareció ante el prefecto de la ciudad, el cual, movido por su belleza, trató de ganársela con palabras amables. Pero Reparata se defendió valientemente y fue sometida a diversos tormentos. Como nada lograse vencer su constancia, el prefecto mandó que la arrojasen en un horno ardiente; pero, como en el caso de los tres santos niños de Judá, las llamas no hicieron ningún daño a Reparata, quien cantó en medio de ellas las alabanzas al Creador. Entonces, el prefecto intentó nuevamente persuadirla de que adorase a los ídolos, pero Reparata rebatió todos sus argumentos, desde el interior del horno. Enfurecido, el prefecto gritó a los guardias:

"Cortad la cabeza a esa insoportable charlatana para que no vuelva yo a verla." Reparata cantó las alabanzas al Creador cuando marchaba al sitio de la ejecución. Los guardias vieron volar su alma al cielo cuando el verdugo le cortó la cabeza. Las pretendidas reliquias de Reparata fueron trasladadas a Italia, donde se venera mucho a la santa en varias diócesis.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. IV, hay un texto de estas *actas* legendarias; pero existen varias otras recensiones. Según parece, se ha confundido algunas veces a Santa Reparata con Santa Pelagia y Santa Margarita.

SAN DEMETRIO, MÁRTIR (Fecha desconocida)

DEMETRIO, que era probablemente diácono, sufrió el martirio en Sirmium (la actual Mitrovic, en Yugoeslavia) en fecha desconocida. Leoncio, prefecto de Iliria, construyó en el siglo V dos iglesias en honor de San Demetrio: una en Sirmium y la otra en Tesalónica. Alrededor del año 418, las reliquias de San Demetrio fueron depositadas en la iglesia de Tesalónica, que se convirtió desde entonces en el gran centro del culto al santo. Demetrio fue nombrado *patrono y protector de la región*. Los peregrinos acudían en grandes multitudes al santuario, pues de las reliquias fluía un aceite de propiedades maravillosas; por ello se dieron al santo los nombres de "Myrobletes" y "Megalomartyr" ("el gran mártir"). La iglesia de Tesalónica fue incendiada en 1917.

Según una leyenda salonicense, San Demetrio, que era originario de dicha ciudad, fue arrestado por predicar el Evangelio. Sin que precediese juicio alguno, fue asesinado en los baños públicos, donde se le había encarcelado. El relato más antiguo, que no es anterior al siglo VI, afirma que fue el propio emperador Maximiano quien, en un arrebato de cólera provocado por el hecho de que su gladiador favorito había sido vencido por el inexperto Néstor, dio la orden de asesinar al mártir. Otros relatos posteriores hacen del diácono de Sirmium (si es que fue diácono) un procónsul (tal es la opinión que refleja el Martirologio Romano) y un santo guerrero, cuya fama como tal sólo cede a la de San Jorge. Los cruzados, que consideraban como patronos a los dos santos, pretendían haberlos visto luchar a su lado en la batalla de Antioquía de 1098, junto con San Mercurio. El San Demetrio de la leyenda popular es una figura puramente imaginaria. Como sucedió en los casos de San Procopio, San Menas, San Mercurio y otros, la imaginación popular transformó gradualmente a un mártir genuino, de cuya vida se sabía muy poco,en un guerrero de Cristo y en un mártir militar, e hizo de él el patrono y modelo de los soldados y de los caballeros. La fiesta de San Demetrio se celebra con gran solemnidad en todo el oriente, el 26 de octubre, y su nombre figura en la preparación de la liturgia eucarística bizantina.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. IV, hay un excelente artículo sobre San Demetrio, en el que pueden verse los textos griegos de las dos principales recensiones de las *actas*. El P. Delehaye (*Legendes grecques des saints militaires*, 1909, pp. 103-109 y 259-263) hizo una revisión crítica de la recensión más antigua. Dicho autor hace notar que el nombre de San Demetrio figura en el *Breviarium* sirio y que se le relaciona con Sirmium en una época anterior a la construcción de la gran basílica de Salónica. El culto de San Demetrio se popularizó en Ravena antes que en el resto de Italia, debido sin duda a la influencia de Bizancio; la más antigua capilla de Ravena estaba dedicada al santo. El nombre de Demetrio (Dimitry) es muy popular entre los eslavos.

9: SAN JUAN LEONARDI, Fundador de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios (1609 p.c.)

JUAN LEONARDI trabajaba en una farmacia de Lucca a mediados del siglo XVI. Dotado de un natural muy religioso, el joven, miembro de la cofradía fundada por el Beato Juan Colombini, empezó a estudiar en privado con el objeto de recibir las órdenes sagradas. Una vez ordenado sacerdote, se consagró intensamente a su ministerio, particularmente en los hospitales y prisiones. Poco a poco fueron reuniéndose con él algunos jóvenes, que le ayudaban en su trabajo. Tenían su centro de reunión en la iglesia de Santa María de la Rosa, en Lucca y vivían en común en una casa de los alrededores.

Era la época en que los destrozos causados por el protestantismo y el espíritu de renovación del Concilio de Trento habían infundido en los católicos fervorosos un gran deseo de reforma. Nada tiene, pues, de extraño que Juan Leonardi y sus discípulos, varios de los cuales se preparaban para el sacerdocio, hayan decidido fundar una nueva congregación de sacerdotes seculares. Pero cuando el proyecto llegó a oídos de los habitantes de la república de Lucca, suscitó una violenta oposición por motivos políticos que nos cuesta trabajo entender hoy en día. En todo caso, la oposición fue suficientemente violenta como para obligar a San Juan Leonardi a vivir el resto de su vida fuera de Lucca y sólo consiguió visitar la ciudad bajo la protección del Papa. En 1580, compró secretamente para los miembros de su congregación la iglesia de Santa María Cortelandini. Tres años más tarde, con la aprobación del Papa, el obispo de Lucca reconoció oficialmente la congreagción como una asociación de sacerdotes seculares con votos simples (el nombre actual de la congregación y el derecho de sus miembros a hacer votos solemnes datan de 1621). San Felipe Neri apoyó y ayudó a San Juan Leonardi y le regaló sus posesiones de San Girolamo della Carita, confiándole al mismo tiempo el cuidado de su gato. También San José de Calasanz ayudó a nuestro santo, y durante algún tiempo las congregaciones fundadas por ambos se fundieron en una.

La congregación del P. Leonardi llegó a constituir una fuerza espiritual de tanta importancia en Italia, que Clemente VIII la confirmó en 1595. Dicho Pontífice tenía en tanto aprecio las virtudes y capacidades de San Juan que le nombró vicario apostólico, encargado de supervisar la reforma de los monjes de Valleumbrosa y Monte Vergine; además, le confió la iglesia de Santa María in Portico y nombró al cardenal Baronio protector de la congregación. El Martirologio Romano hace mención de los milagros del santo y de su celo por la propagación de la fe. Sin embargo, los clérigos regulares de la Madre de Dios sólo han llegado a tener una casa fuera de Italia y, de acuerdo con los deseos de su fundador, nunca han atendido más de quince iglesias. Actualmente la congregación es muy pequeña. San Juan Leonardi colaboró con Mons. J. B. Vives en el primer proyecto de seminario de misiones extranjeras; el Papa Urbano VIII puso en práctica el proyecto en 1627, al fundar el colegio de *Propaganda Fide.*

San Juan Leonardi contrajo la peste en 1609, cuando atendía a los enfermos durante una epidemia y murió en octubre de ese año. Su fiesta fue incluida en el calendario general en 1941.

Existen varias biografías del santo. Véase, por ejemplo, L. Marracci, *Vita del P. Giovanni Leonardi, Lucchese* (1673); A. Bianchini, *Vita del B. Giovanni Leonardi* (1861). Las dos obras de F. Ferraironi (1938), estudian a San Juan como fundador y como colaborador en el proyecto del Colegio de Propaganda Fide. Próspero Lambertini (Benedicto XIV) menciona frecuentemente la causa de San Juan Leonardi en el lib. II de su gran obra *De beatificatione*...

SAN DIONISIO EL AREOPAGITA (Siglo I)

CUANDO San Pablo, que venía de Berea, estaba esperando en Atenas a Silas y a Timoteo, "su espíritu se conmovió al ver la ciudad completamente entregada a la idolatría". Ello le movió a ir al mercado y a la sinagoga para exhortar al pueblo. Algunos filósofos epicúreos y estoicos que le oyeron predicar, se le acercaron y le preguntaron: "¿Puedes explicarnos un poco la doctrina que predicas?" Pablo se dirigió entonces con ellos al Areópago o Colina de Marte, donde solía reunirse el concejo de la ciudad. Según dice San Lucas, "todos los atenienses y extranjeros que se hallaban ahí se dedicaban únicamente a contar o escuchar novedades". No es imposible que San Pablo haya acudido al Areópago a petición del concejo. En todo caso, ahí fue donde pronunció su famoso discurso sobre el Dios desconocido. Entre los que se convirtieron entonces había una mujer llamada Damaris y un hombre llamado Dionisio, apodado el "Areopagita" (Hechos, XVII, 13-34), porque era miembro del concejo, o Areópago.

A esto se reduce todo lo que sabemos con certeza sobre San Dionisio. Eusebio dice que San Dionisio de Corinto fue el primer obispo de Atenas. San Sofronio de Jerusalén y otros autores, afirman que fue mártir. Por otra parte, el Menologio de Basilio añade que fue quemado vivo en Atenas durante la persecución de Domiciano. Todos los calendarios antiguos ponen su fiesta el 3 de octubre. Los sirios y los bizantinos lo celebran todavía en esa fecha. No existe documento alguno, anterior al siglo VII, donde se afirme que San Dionisio haya salido de Grecia; pero los documentos posteriores le mencionan en relación con las ciudades de Cotrone, Calabria y París. La identificación de San Dionisio Areopagita con San Dionisio (Denis) de Francia (de la que hablaremos más abajo) ha dejado huellas en el Martirologio Romano y en la liturgia del día.* La sexta lección de maitines termina con estas palabras: "Escribió obras admirables y celestiales sobre los Nombres Divinos, sobre las jerarquías eclesiásticas y celestes, así como diversos tratados de teología mística y otras materias." Como se sabe, en la Edad Media se cometió también el error de atribuir a San Dionisio Areopagita cuatro tratados y diez cartas, que del siglo X al XV se contaron entre los escritos teológicos y místicos más apreciados y admirados, así en el oriente como en el occidente, y ejercieron una influencia enorme sobre la escolástica. La convicción creciente de que no habían sido escritos por el discípulo de San Pablo, sino por un autor muy

* Alban Butler no se atrevió a admitir abiertamente esta identificación. En una nota escribe: "Hilduino..., basándose en documentos falsos y legendarios, afirma que San Dionisio, el primer obispo de París, se identifica con el "Areopagita". En algunos otros escritos se encuentran también huellas del mismo error." La identidad de los dos personajes no se ponía en duda en el occidente entre los siglos IX y XV.

posterior que los había atribuido falsamente al Areopagita, los hizo pasar a segundo término durante largo tiempo. Pero en la época moderna, debido al valor intrínseco de dichos escritos, por más que sean de fecha desconocida, se ha comenzado a darles nuevamente la importancia que merecen.

El largo artículo de *Acta Sanctorum*, que ocupa más de 160 páginas in folio, está consagrado principalmente a probar que el Dionisio convertido por San Pablo no fue el autor del libro de los Nombres Divinos y de los otros tratados que se le atribuyen. Sin embargo, está fuera de duda que el pseudo-Dionisio tenía la intención de que se le confundiese con el Dionisio de los Hechos de los Apóstoles. En la primera mención que se conserva de dichos escritos, que data del sínodo de Constantinopla del año 533, se dice que son obra de "Dionisio el Areopagita"; pero ya entonces Hipacio alegó que eran falsificaciones. Existe una literatura inmensa sobre las obras del pseudo-Dionisio; pero no se ha llegado nunca a identificar al autor y no tenemos por qué extendernos aquí sobre ese punto. El autor afirma que, hallándose en Heliópolis, presenció el eclipse de sol ocurrido durante la crucifixión del Señor y dice que asistió a la muerte de la Virgen María; pero ambas afirmaciones son falsas. Cf. el artículo del P. Peeters en *Analecta Bollandiana*, vol. XXIX (1910), pp. 302-322; el autor llega a conclusiones muy desfavorables acerca de la honradez literaria de Hilduino, abad de Saint-Denis, quien tradujo por primera vez al latín las obras del pseudo-Dionisio, aunque no fue el primero en identificarle con San Dionisio de París. Véase G. Théry, *Etudes dionysiennes* (2 vols., 1932-1937); y R. J. Loenertz, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXIX (1951), pp. 218-237.

SAN DEMETRIO, OBISPO DE ALEJANDRÍA (231 P.C.)

SE DICE que San Demetrio fue el undécimo sucesor de San Marcos. En todo caso, es el primer obispo de Alejandría del que tenemos noticias ciertas, particularmente por lo que se refiere a sus relaciones con Orígenes. Cuando Clemente renunció a la dirección de la escuela catequética de Alejandría, San Demetrio nombró a Orígenes para que le sucediese en ese puesto. San Demetrio y Orígenes eran íntimos amigos, y el santo obispo le defendió contra los que le atacaban por haberse mutilado voluntariamente. Más tarde, Orígenes fue a Cesarea de Palestina y aceptó una invitación para predicar ante una asamblea de obispos. San Demetrio se opuso a ello, porque Orígenes no era todavía clérigo y le mandó volver a Alejandría. Quince años más tarde, Orígenes se trasladó a Atenas, y al pasar por Cesarea, recibió la ordenación sacerdotal sin la autorización de su obispo. Entonces San Demetrio reunió un sínodo que le condenó por varios capítulos y le prohibió predicar.

Según se dice, San Demetrio instituyó las tres sedes sufragáneas de Alejandría. Basándose en el testimonio de San Jerónimo, muchos autores afirman que el santo envió a San Panteno en su misión a Etiopía y al Yemen, pero probablemente San Panteno fue allá antes de que San Demetrio fuese obispo. Nuestro santo gobernó la diócesis de Alejandría durante cuarenta y dos años y murió a los 105 de edad, el año 231. El pueblo le amaba y le temía a la vez, porque poseía el don de leer los pensamientos secretos y de adivinar los pecados.

Apenas se puede añadir algo a los datos que hay en *Acta Sanctorum*, oct., vol. IV. Véanse los artículos sobre Demetrio y Orígenes en DCB, y el artículo sobre las cartas de Demetrio en DAC., vol. VIII, cc. 2752-2753. Cf. Chapman, en *Catholic Encyclopedia*, vol. IV.

SANTOS DIONISIO, OBISPO DE PARÍS, RUSTICO Y ELEUTERIO, MÁRTIRES (¿258? P.C.)

SAN GREGORIO de Tours, que escribió en el siglo VI, cuenta que San Dionisio de París nació en Italia. El año 250 fue enviado con otros obispos misioneros a las Galias, donde sufrió el martirio. El *Hieronymianum* menciona a San Dionisio el 9 de octubre, junto con los Santos Rústico y Eleuterio. Ciertos autores posteriores afirman que Rústico y Eleuterio eran respectivamente el sacerdote y el diácono de San Dionisio, que se establecieron con él en *Lutetia Parisiorum* e introdujeron el Evangelio en la isla del Sena. Debido a las numerosas conversiones que obraban con su predicación, fueron arrestados; al cabo de largo tiempo de prisión, los tres murieron decapitados. Los cuerpos de los mártires fueron arrojados al Sena, pero los cristianos consiguieron rescatarlos y les dieron honrosa sepultura. Más tarde, se construyó sobre su sepulcro una capilla, junto a la cual se erigió la gran abadía de Saint-Denis.

Dicha abadía fue fundada por el rey Dagoberto I, quien murió el año 638. Probablemente un siglo más tarde, empezó a introducirse la identificación de Dionisio Areopagita con el obispo de París o, por lo menos, la idea de que San Dionisio de París había sido enviado por el Papa Clemente I en el primer siglo. Pero tal idea no se popularizó sino hasta la época de Hilduino, abad de Saint-Denis. El año 827, el emperador Miguel II regaló al emperador de occidente, Luis el Piadoso, la copia de unos escritos que se atribuían a San Dionisio Areopagita (véase nuestro artículo sobre este santo). Por desgracia, dichos escritos llegaron a la abadía de Saint-Denis precisamente la víspera de la fiesta del santo. Hilduino los tradujo al latín y, algunos años más tarde, cuando el rey le pidió una biografía de San Dionisio de París, el abad escribió un libro que llegó a convencer a la cristiandad de que el obispo de París y el Areopagita eran una sola persona. En su obra titulada "Areopagitica", el abad Hilduino empleó muchos materiales falsos o de poco valor, y resulta difícil creer que haya procedido así de buena fe. La biografía que escribió es un tejido de fábulas. El Areopagita va a Roma, donde el Papa San Clemente I le recibe personalmente y le envía a evangelizar París. Los habitantes de París intentan en vano darle muerte, arrojándole a las fieras, echándole al fuego y crucificándole, hasta que por fin, Dionisio muere decapitado en Montmartre, junto con Rústico y Eleuterio. El cuerpo decapitado de San Diniosio, guiado por un ángel, caminó tres kilómetros, desde Montmartre hasta la abadía que lleva su nombre, portando en las manos su propia cabeza y rodeado de coros de ángeles; por ello fue sepultado en Saint-Denis. El Breviario Romano menciona esta serie de milagros.

El culto de San Dionisio fue muy popular en la Edad Media. Ya en el siglo VI, Fortunato le reconocía como el patrono de París ("Carmina", VIII, 3, 159) y el pueblo le considera como el protector de Francia.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. IV, hay un largo artículo sobre San Dionisio. El relato más antiguo del martirio se atribuía erróneamente a Venancio Fortunato; B. Krusch, MGH, *Auctores Antiq.*, vol. IV, pte. 2, pp. 101-105, hizo una edición crítica de dicho relato, en el que no se identifica a San Dionisio con el Areopagita, pero se dice que fue enviado a París por San Clemente I. Véase nuestro artículo sobre el Areopagita; y cf. J. Havet, *Oeuvres*, vol. I, pp. 191-246; G. Kurth, en *Etudes Franques*, vol. II, pp, 297-317; L. Levillain, en *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*, vol. LXXXII (1921), pp. 5-116; vol. LXXXVI (1925), pp. 5-97; Leclercq, en DAC., vol. IV cc. 588-606; y E. Griffe, *La Gaule*

Chrétienne (1947), pp. 89-99. Hay un buen resumen en Baudot y Chaussin, *Vies des saints...*, vol. x (1952), pp. 270-288.

SANTA PUBLIA, Viuda (*c.* 370 p.c.)

El Martirologio Romano llama a Santa Publia "abadesa". El historiador Teodoreto dice que era una dama de buena familia de Antioquía que quedó viuda. Entonces reunió en su casa a cierto número de vírgenes y viudas que deseaban consagrarse a las prácticas de piedad en la vida común. El año 362, Juliano el Apóstata fue a Antioquía a preparar su campaña contra Persia. Un día, al pasar frente a la casa de Publia, Juliano se detuvo a escuchar el canto de las divinas alabanzas. Las religiosas cantaban en el oratorio el salmo 115 y Juliano alcanzó a distinguir las palabras: "Los ídolos de los gentiles son de oro y plata y están hechos por mano de hombre: no tienen boca y no pueden hablar." También oyó distintamente el versículo que dice: "Que los que construyen los ídolos y todos los que ponen su confianza en ellos sean como sus dioses." Juliano lo interpretó como un insulto personal y mandó que las religiosas se callasen y no volviesen a cantar nunca. Publia contestó por sus compañeras, citando el salmo 67: "Dios se levantará y destruirá a sus enemigos." Entonces Juliano mandó llamar a Publia y ordenó a los guardias que la golpeasen, a pesar de su sexo y su aspecto venerable. Pero ni así consiguió el emperador que las religiosas dejasen de cantar y se dice que tenía la intención de condenarlas a muerte al volver de la campaña de Persia. Pero Juliano no volvió nunca de esa campaña, de suerte que Publia y sus compañeras acabaron su vida en paz.

Véase *Acta Sanctorum*, oct., vol. iv, donde se cita el relato de Teodoreto (*Hist. Eccles.*, iii, 19).

SANTOS ANDRONICO Y ATANASIA (Siglo V)

Andrónico era un alejandrino que se estableció en Antioquía como herrero. Vivía muy feliz con su esposa Atanasia y sus dos hijitos, Juan y María, y su negocio prosperaba. Pero a los doce años de matrimonio, murieron súbitamente sus dos hijos el mismo día. Desde entonces, Atanasia pasaba la mayor parte del tiempo llorando junto a la tumba y orando en la iglesia vecina. Un día, vio de repente junto a sí a un forastero, el cual le aseguró que sus dos hijos gozaban de la felicidad del cielo y desapareció de su vista. En ese momento reconoció Atanasia a San Julián Mártir, que era el patrono de la iglesia vecina. Inmediatamente se dirigió llena de gozo al taller de su marido y le dijo que ya era tiempo de que ambos abandonasen el mundo. Andrónico asintió. Al partir de su casa, cuya puerta dejaron abierta, Atanasia invocó para sí y para su marido la bendición que Dios había concedido a Abraham y Sara, diciendo: "Ya que por amor a ti dejamos abierta la puerta de nuestra casa, ábrenos Tú las puertas de tu Reino." Los dos fueron juntos a Egipto, su tierra natal y se dirigieron al desierto de Esqueta en busca de San Daniel el Taumaturgo. El santo envió a San Andrónico al monasterio de Tabena y aconsejó a Santa Atanasia que se disfrazase de hombre y fuese a vivir como anacoreta en la soledad.

Al cabo de doce años, San Andrónico se encontró con un monje imberbe, quien le dijo que se llamaba Atanasio y que iba camino de Jerusalén. Ambos hicieron el viaje, juntos visitaron los Santos Lugares y juntos volvieron al desierto. Para entonces eran ya muy amigos y, no queriendo imponerse el sacrificio de la separación, se dirigieron al monasterio "Dieciocho" (así llamado porque distaba dieciocho leguas de Alejandría), donde el superior les designó dos celdas contiguas. Poco antes de morir, Atanasio se echó a llorar; un monje le preguntó la causa de su llanto y él respondió: "Lloro porque el Padre Andrónico me va a echar mucho de menos. Cuando yo muera, entregadle el escrito que encontraréis bajo mi almohada." Cuando Andrónico leyó el escrito, supo que el muerto era su propia esposa y que ésta le había reconocido desde el momento en que se encontraron. Los monjes, vestidos de blanco y llevando en las manos ramas de palma y tamarisco, dieron sepultura a Santa Atanasia. Un monje se quedó con San Andrónico hasta el séptimo día después de la muerte de su esposa y entonces le rogó que partiese con él. Como el santo se negase a ello, el monje partió solo. Pero al final de la primera jornada, le alcanzó un mensajero para decirle que el P. Andrónico agonizaba. El monje reunió a todos sus hermanos, y juntos acudieron a la celda de San Andrónico, quien murió apaciblemente asistido por ellos y fue sepultado junto a su esposa.

Las Iglesias copta, etíope y bizantina conmemoran a "nuestro santo Padre Andrónico y a su esposa Santa Atanasia". El cardenal Baronio introdujo sus nombres en el Martirologio Romano y añadió que habían muerto en Jerusalén.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. IV, puede verse la traducción de un texto del "*Menaion*" griego. Sin embargo no parece que los dos santos hayan gozado de gran popularidad en las iglesias bizantinas, ya que el *Synax. Const.* los menciona sin comentario alguno (2 de marzo, edic. de Delehaye, c. 501). En cambio, los leccionarios etíopes refieren la leyenda con mucho detalle, como puede verse en la traducción de Budge, *The Ethiopic Synaxarium*, p. 1167. Los bolandistas escriben: "*Est ea pia fabella, plurimum lecta, saepius descripta et retractata* (BHG., 120; BHO., 59), *nec vera, nec veri similis.*"

SAN SABINO (¿Siglo V?)

Se venera a San Sabino como el apóstol del Lavedán, región de los Pirineos en cuyos confines se halla situada Lourdes. Según la leyenda, Sabino, que nació en Barcelona, fue educado por su madre. A los pocos años, el niño pasó a Poitiers a continuar su educación bajo la dirección de su tío Eutilio, quien le nombró tutor de su primo, más joven que él. El ejemplo y las palabras de Sabino hicieron tanto bien a su primo, que el joven escapó de su casa e ingresó en el monasterio de Ligugé. Eutilio y su esposa rogaron a Sabino que emplease su influencia para hacer volver a su hijo; pero Sabino se negó a ello, citando las palabras del Evangelio en las que el Señor nos manda amarle más que a nuestro padre y a nuestra madre. Acto seguido, Sabino comunicó a sus tíos que él también estaba decidido a tomar el hábito en Ligugé.

Más tarde, San Sabino abandonó el monasterio para vivir en la soledad. Primero estuvo en Tarbes; más tarde se dirigió al monasterio de Palatium Aemilianum, en el Lavedán. Fronimio, el abad del monasterio, le designó un

sitio en las montañas de los alrededores y el santo se construyó ahí una celda. Más tarde, se metió a vivir a un pozo, pues sostenía que cada cristiano debía hacer penitencia por sus pecados en la forma particular que Dios le pide. Tal fue la respuesta que dio a Frominio cuando éste le dijo que sus austeridades rayaban en la exageración. San Sabino predicaba a los campesinos de los alrededores, tanto con la palabra como con el ejemplo de su vida penitente y obró numerosos milagros. Por ejemplo, en cierta ocasión en que un campesino le reprendió ásperamente porque cruzaba su campo para ir a traer agua de la fuente, el santo la hizo brotar de la roca para no ofender a su vecino. Y una noche, como la yesca se le había acabado, encendió una tea, con el fuego de su propio corazón. Sólo tenía una túnica, que le duró doce inviernos y doce veranos.

Al recibir el aviso del cielo acerca de su próxima muerte, Sabino mandó llamar a los monjes y entregó el alma rodeado por ellos y por los campesinos de los alrededores. Su cadáver fue sepultado en la abadía, que más tarde tomó su nombre, así como la aldea próxima, que todavía se llama Saint-Savin-de-Tarves.

El relato reproducido en *Acta Sanctorum*, oct., vol. IV, que es de fecha incierta, no merece crédito alguno (cf. Mabillon, *Annales Benedictini*, vol. I, p. 575). Ni siquiera sabemos con certeza en qué siglo vivió San Sabino; la cronología de nuestro artículo es la de A. Poncelet. Para que el lector caiga en la cuenta de cómo escriben ciertos hagiógrafos, mencionaremos el hecho siguiente: Fundándose en los escasos datos que hemos expuesto en nuestro artículo, cierto autor publicó en *Petits Bollandistes* una biografía de San Sabino que ocupa siete páginas bien llenas (más de 4500 palabras), y que habla con la misma precisión y seguridad que si se tratara de un resumen de la vida de Napoleón.

SAN GISLENO, ABAD (*c.* 680 P.C.)

SAN GISLENO, después de vivir algún tiempo como ermitaño en el bosque de Hainault, fundó ahí un monasterio en honor de San Pedro y San Pablo. Dicho monasterio, que el santo gobernó con gran prudencia y virtud, se llamó durante mucho tiempo "La Celda" y hoy día se llama San Gisleno (cerca de Mons), aunque originalmente se llamaba Ursidongus (la madriguera del oso), lo cual dio origen a la leyenda de que un oso perseguido por el rey Dagoberto I se había ido a refugiar ahí y había indicado al santo el sitio en el que debía fundar su monasterio. Se dice que San Gisleno ejerció gran influencia sobre San Vicente Madelgario y su esposa Santa Waldetrudis. En efecto, San Gisleno alentó a Santa Waldetrudis en la fundación del convento de Castrilocus (Mons), donde él había tenido su primera ermita y ayudó a Santa Aldegundis a fundar el convento de Maubeuge. Con esta última le unía una gran amistad y, cuando los dos santos eran ya suficientemente viejos para poder visitarse sin peligro, construyeron un oratorio a la mitad del camino entre sus dos monasterios, donde, solían reunirse para hablar de Dios y de los problemas de sus respectivas comunidades.

El Martirologio Romano afirma que San Gisleno renunció al gobierno de una diócesis para hacerse ermitaño. Se trata de una referencia a la leyenda apócrifa de que el santo había nacido en Atica, se había hecho monje ahí y había sido elegido obispo de Atenas. A raíz de una visión, renunció a su oficio

y fue a Roma con otros monjes griegos. Cuando estaba en Roma, Dios le reveló que debía ir a establecerse a Hainault y así lo hizo Gisleno con dos de sus compañeros. En Hainault conoció a San Amando, quien le aconsejó que se estableciese a orillas del río Haine. Dicha leyenda explica también por qué todos los hijos primogénitos de una familia de Roisin eran bautizados con el nombre de Balderico. Cuando el misterioso monje griego se dirigía a presentarse a San Auberto, obispo de Cambrai, se hospedó en casa de una familia de Roisin. Durante la noche, la esposa de su huésped empezó a sentir los dolores del alumbramiento. Como el parto se anunciase muy difícil, el hombre rogó a San Gisleno que orase por su mujer. Entonces el santo dio al hombre su cinturón, diciéndole: "Ciñe a tu mujer este 'baldrico' (cinturón para sostener la vaina de la espada) y dará a luz sin dificultad a un niño." La profecía resultó cierta, y los agradecidos padres le regalaron dos posesiones para su monasterio.

No existe ningún relato satisfactorio sobre San Gisleno. Los bolandistas y Mabillon reproducen una biografía anónima. Poncelet publicó otra biografía, escrita en el siglo XI por el monje Rainero de Saint-Ghislain, en *Analecta Bollandiana*, vol. V (1877), pp. 212-239; en las pp. 257-290 hay un tercer documento biográfico. Véase Van der Essen, *Étude critique sur les saints mérovingiens*, pp. 249-260; U. Berlière, *Monasticon Belge*, vol. I, pp. 244-246; y Berlière, en *Revue liturgique et monastique*, vol. XIV (1929), 438 ss. La vida de San Gisleno, tal como la cuentan los biógrafos antiguos, es muy inverosímil.

SAN LUIS BELTRAN (1581 P.C.)

LUIS BELTRÁN nació en Valencia, España, en 1526. Su padre estaba emparentado con San Vicente Ferrer y el niño fue bautizado en la misma pila en que lo había sido el santo 175 años antes. Luis manifestó, muy pronto, que había heredado el espíritu de San Vicente, pues era extremadamente humilde y obediente. A los dieciocho años recibió el hábito de Santo Domingo de manos del célebre P. Juan Mico, que había sido un pastorcillo en las montañas. Santo Tomás de Villanueva le confirió la ordenación sacerdotal en Valencia en 1547.

Cinco años después de su profesión, Luis fue nombrado maestro de novicios; desempeñó ese cargo en varias ocasiones, en un lapso de treinta años. Era muy estricto y severo; pero con su palabra y con su ejemplo enseñaba a sus novicios a renunciar sinceramente al mundo y a unirse perfectamente con Dios. Aunque estudiaba mucho, no llegó nunca a ser un sabio. Su talento de predicador no se mostró claramente al principio; pero con el tiempo adquirió San Luis un gran dominio de la palabra, y sus sermones, saturados de caridad, de espíritu religioso y de humildad, hacían mucho bien. En 1557, la peste empezó a hacer estragos en Valencia y San Luis se consagró por entero a asistir a los enfermos, arriesgando su vida. Por entonces conoció a Santa Teresa, quien le escribió para consultarle acerca de la fundación de un convento de carmelitas reformadas. San Luis replicó: "El asunto sobre el cual me consultáis, me pareció de tan gran importancia para el servicio de nuestro Señor, que decidí encomendarlo a El en mis pobres oraciones y en el Santo Sacrificio; por ello me he tardado tanto en responderos. Ahora os pido, en el nombre del Señor, que os arméis de valor para llevar a cabo esa empresa tan grande. Os aseguro que El no os dejará de su mano y puede decirse en su nombre que antes de cincuenta años vuestra orden será una de las más famosas

de la Iglesia de Dios, a cuya protección os encomiendo."

En 1562, San Luis fue a América a predicar el Evangelio a los indígenas y desembarcó en Cartagena, en la Nueva Granada (hoy Colombia). Cuando llegó, sólo sabía el español, pero Dios le concedió el don de lenguas, el de profecía y el de milagros, como lo dice la bula de canonización. Predicó en el istmo de Panamá y en la provincia de Cartagena y convirtió a miles de almas en tres años. El registro de bautismos de Tubera, escrito por mano del propio San Luis, prueba que todos los habitantes de ese sitio se habían convertido, y el éxito que tuvo en Cipacoa no fue menor. Los habitantes de Paluato se mostraron más rebeldes, pero, durante la siguiente misión que predicó el santo en las montañas de Santa Marta, bautizó a quince mil personas*, así como a quince indios de Paluato que le habían seguido allá. San Luis predicó a los caribes de las Islas de Sotavento (a quienes Alban Butler califica de "los hombres más salvajes, bárbaros y rebeldes de la tierra", porque trataron de asesinar al santo) y visitó también las Islas Vírgenes y San Vicente en las Islas de Barlovento. Cuando volvió a Colombia, sufrió mucho al ver la avaricia y crueldad de los colonizadores españoles, contra cuyos abusos nada podía hacer. Precisamente tenía la intención de ir a España en busca de remedio, cuando fue llamado por sus superiores a la Madre Patria. Así terminó aquella maravillosa misión, que duró seis años.

El santo desembarcó en Sevilla en 1569 y de ahí pasó a Valencia, donde preparó a muchos celosos misioneros que fueron a continuar su obra en el Nuevo Mundo. Lo primero que les enseñaba era que la oración fervorosa y humilde es el arma principal de un misionero, ya que las palabras sin el ejemplo no son suficientemente poderosas para cambiar los corazones. Durante los últimos dos años de su vida, el santo se vio afligido por una dolorosa enfermedad. En 1580, cuando predicaba en la catedral de Valencia, se sintió mal y debió ser trasladado en brazos a la cama, de la que no volvió a levantarse. Murió dieciocho meses después, el 9 de octubre de 1581, a los cincuenta y cinco años de edad. Fue canonizado en 1671. Es el principal patrono de Colombia.

El P. Bertrand Wilverforce publicó en 1882 *Life of St. Louis Bertrand,* que es una biografía muy devota y completa; dicha obra ha sido traducida al alemán y al francés y, según parece, también al español. Se basa principalmente en la biografía de San Luis, escrita entre 1582 y 1583, por el P. C. J. Antist, discípulo e íntimo amigo del santo. En *Acta Sanctorum,* oct., vol. v, hay una traducción latina del texto español, y una biografía escrita en 1623 por el P. B. Aviñone, quien había ido a Roma como procurador de la causa de beatificación y conocía perfectamente los documentos del proceso. En los siglos XVII y XVIII, se publicaron varias biografías en español e italiano; pero no hay en ellas ningún dato nuevo. El entusiasmo de la ciudad de Valencia con motivo de la beatificación de Luis Beltrán, en 1608, fue inmenso; ese mismo año J. de Aguilar publicó un libro sobre las fiestas que tuvieron lugar ahí y, en 1914, apareció otra edición modernizada. Véase también a V. Gómez, *Fiestas y Sermones* (1609).

* Esos bautismos en masa son más bien un ejemplo del celo que de la prudencia de San Luis Beltrán y San Francisco de Solano, puesto que los indígenas no conocían suficientemente la fe ni las obligaciones que el bautismo les imponía. Por lo demás, tales bautismos plantearon más de un problema a los sucesores de los primeros misioneros. Cuando Mons. Victoria, O.P., tomó posesión de la inmensa sede de Tucumán en 1581, sólo encontró ahí a cinco sacerdotes seculares y algunos regulares, y ninguno de ellos hablaba la lengua de los indígenas.

10: SAN FRANCISCO DE BORJA (1572 P.C.)

LA FAMILIA Borja, que era una de las más célebres del reino de Aragón, se hizo famosa en el mundo entero cuando Alfonso Borgia fue elegido Papa con el nombre de Calixto III. A fines del mismo siglo, hubo otro Papa Borgia, Alejandro VI, quien tenía cuatro hijos cuando fue elevado al pontificado. Para dotar a su hijo Pedro, compró el ducado de Gandía, en España. Pedro, a su vez lo legó a su hijo Juan, quien fue asesinado poco después de su matrimonio. Su hijo, el tercer duque de Gandía, se casó con la hija natural de un hijo de Fernando V de Aragón. De este matrimonio nació en 1510 Francisco de Borja y Aragón, nuestro santo, quien era nieto de un Papa y de un rey y primo de Carlos V. Francisco ingresó en la corte de este último, una vez que hubo terminado sus estudios, a los dieciocho años. Por entonces, ocurrió un incidente cuya importancia no había de verse sino más tarde. En Alcalá de Henares, Francisco quedó muy impresionado a la vista de un hombre a quien se conducía a la prisión de la Inquisición: ese hombre era Ignacio de Loyola.

Al año siguiente, tras de recibir el título de marqués de Lombay, Francisco contrajo matrimonio con Leonor de Castro. Diez años más tarde, Carlos V le nombró virrey de Cataluña, cuya capital es Barcelona. Años después, Francisco solía decir: "Dios me preparó en ese cargo para ser general de la Compañía de Jesús. Ahí aprendí a tomar decisiones importantes, a mediar en las disputas, a considerar las cuestiones desde los dos puntos de vista. Si no hubiese sido virrey, nunca lo hubiese aprendido." En el ejercicio de su cargo consagraba a la oración todo el tiempo que le dejaban libres los negocios públicos y los asuntos de su familia. Los personajes de la corte comentaban desfavorablemente la frecuencia con que comulgaba, ya que prevalecía entonces la idea, muy diferente de la de los primeros cristianos, de que un laico envuelto en los negocios del mundo cometía un pecado de presunción si recibía con demasiada frecuencia el sacramento del Cuerpo de Cristo. En una palabra, el virrey de Cataluña ya no era lo que había sido: "veía con otros ojos y oía con otras orejas que antes; hablaba con otra lengua, porque su corazón había cambiado." En 1543, a la muerte de su padre, heredó el ducado de Gandía. Como el rey Juan de Portugal se negó a aceptarle como principal personaje de la corte de Felipe II, quien iba a contraer matrimonio con su hija, Francisco renunció al virreinato y se retiró con su familia a Gandía. Ello constituyó un duro golpe para su carrera pública, y desde entonces el duque empezó a preocuparse más por sus asuntos personales. En efecto, fortificó la ciudad de Gandía para protegerla contra los piratas berberiscos, construyó un convento de dominicos en Lombay y reparó un hospital. Por entonces, el obispo de Cartagena escribió a un amigo suyo: "Durante mi reciente estancia en Gandía pude darme cuenta de que Don Francisco es un modelo de duques y un espejo de caballeros cristianos. Es un hombre humilde y verdaderamente bueno, un hombre de Dios en todo el sentido de la palabra . . . Educa a sus hijos con un esmero extraordinario y se preocupa mucho por su servidumbre. Nada le agrada tanto como la compañía de los sacerdotes y religiosos . . ."

La súbita muerte de Doña Leonor, ocurrida en 1546, puso fin a aquella

existencia idílica. La esposa de Francisco había sido su amada y fiel compañera durante diecisiete años. Al verla en agonía, Francisco decidió pedir a Dios que se hiciese Su voluntad y no la propia. El más joven de sus ocho hijos tenía apenas ocho años cuando murió Doña Leonor. Poco después, el Beato Pedro Fabro se detuvo unos días en Gandía; partió de ahí a Roma, llevando un mensaje del duque a San Ignacio, para comunicar al fundador de la Compañía de Jesús que había hecho voto de ingresar en la orden. San Ignacio se alegró mucho de la noticia; sin embargo, aconsejó al duque que difiriese la ejecución de sus proyectos hasta que terminase la educación de sus hijos y que, mientras tanto, tratase de obtener el grado de doctor en teología en la Universidad de Gandía, que acababa de fundar. También le aconsejaba que no divulgase su propósito, pues "el mundo no tiene orejas para oír tal estruendo". Francisco obedeció puntualmente. Pero al año siguiente, fue convocado a asistir a las cortes de Aragón, lo cual estorbaba el cumplimiento de sus propósitos. En vista de ello, San Ignacio le dio permiso de que hiciese en privado la profesión. Tres años después, el 31 de agosto de 1550, cuando todos los hijos del duque estaban ya colocados, partió éste para Roma. Tenía entonces cuarenta años.

Cuatro meses más tarde, volvió a España y se retiró a una ermita de Oñate, en las cercanías de Loyola. Desde ahí obtuvo el permiso del emperador para traspasar sus títulos y posesiones a su hijo Carlos. En seguida se rasuró la cabeza y la barba, tomó el hábito clerical, y recibió la ordenación sacerdotal en la semana de Pentecostés de 1551. "El duque que se había hecho jesuita", se convirtió en la sensación de la época. El Papa concedió indulgencia plenaria a cuantos asistiesen a su primera misa en Vergara y la multitud que se congregó fue tan grande que hubo que poner el altar al aire libre. Los superiores de la casa de Oñate le nombraron ayudante del cocinero: su oficio consistía en acarrear agua y leña, en encender la estufa y limpiar la cocina. Cuando atendía a la mesa y cometía algún error el santo duque tenía que pedir perdón de rodillas a la comunidad por servirla con torpeza. Inmediatamente después de su ordenación, empezó a predicar en la provincia de Guipúzcoa y recorría los pueblos haciendo sonar una campanilla para llamar a los niños al catecismo y a los adultos a la instrucción. Por su parte, el superior de Francisco le trataba con la severidad que le parecía exigir la nobleza del duque. Indudablemente que el santo sufrió mucho en aquella época, pero jamás dio la menor muestra de impaciencia. En cierta ocasión en que se había abierto una herida en la cabeza, el médico le dijo al vendársela: "Temo, señor que voy a hacer algún daño a vuestra gracia". Francisco respondió: "Nada puede herirme más que ese tratamiento de dignidad que me dais". Después de su conversión, el duque empezó a practicar penitencias extraordinarias; era un hombre muy gordo, pero su talle empezó a estrecharse rápidamente. Aunque sus superiores pusieron coto a sus excesos, San Francisco se las ingeniaba para inventar nuevas penitencias. Más tarde, admitía que, sobre todo antes de ingresar en la Compañía de Jesús, había mortificado su cuerpo con demasiada severidad. Durante algunos meses predicó fuera de Oñate. El éxito de su predicación fue inmenso. Numerosas personas le tomaron por director espiritual. El fue uno de los primeros en reconocer el valor grandísimo de Santa Teresa de Jesús. Después de obrar maravillas en Castilla y Andalucía, se sobrepasó a sí mismo en Portugal. En 1544, San Ignacio le nombró prepósito provincial de la Compa-

ñía de Jesús en España. San Francisco de Borja desempeñó ese cargo con algo del autocratismo que era característico de los nobles de su época, pero dio muestras de su celo y, en toda ocasión expresaba su esperanza de que la Compañía de Jesús se distinguiese en el servicio de Dios por tres normas: la oración y los sacramentos, la oposición al mundo y la perfecta obediencia. Por lo demás, esas eran las características del alma del santo.

San Francisco de Borja fue prácticamente el fundador de la Compañía de Jesús en España, ya que estableció una multitud de casas y colegios durante sus años de prepósito general. Ello no le impedía, sin embargo, preocuparse por su familia y por los asuntos de España. Por ejemplo, dulcificó los últimos momentos de Juana la Loca, quien había perdido la razón cincuenta años antes, a raíz de la muerte de su esposo y, desde entonces, había experimentado una extraña aversión por el clero. Al año siguiente, poco después de la muerte de San Ignacio, Carlos V abdicó, se enclaustró en el monasterio de Yuste y mandó llamar a San Francisco. El emperador nunca había sentido predilección por la Compañía de Jesús y declaró al santo que no estaba contento de que hubiese escogido esa orden. Este confesó los motivos por los que se había hecho jesuita y afirmó que Dios le había llamado a un estado en el que se uniese la acción a la contemplación y en el que se viese libre de las dignidades que le habían acosado en el mundo. Aclaró que, por cierto la Compañía de Jesús era una orden nueva, pero el fervor de sus miembros valía más que la antigüedad, ya que "la antigüedad no es una garantía de fervor". Con eso quedaron disipados los prejuicios de Carlos V. San Francisco no era partidario de la Inquisición y este tribunal no le veía con buenos ojos, por lo que Felipe II tuvo que escuchar más de una vez las calumnias que los envidiosos levantaban contra el santo duque. Este permaneció en Portugal hasta 1561, cuando el Papa Pío IV le llamó a Roma a instancias del P. Laínez, general de los jesuitas.

En Roma se le acogió cordialmente. Entre los que asistían regularmente a sus sermones se contaban el cardenal Carlos Borromeo y el cardenal Ghislieri, quien más tarde fue Papa con el nombre de Pío V. Ahí se interiorizó más de los asuntos de la Compañía y empezó a desempeñar cargos de importancia. En 1565, a la muerte del P. Laínez, fue elegido general. Durante los siete años que desempeñó ese oficio, dio tal ímpetu a su orden en todo el mundo, que puede llamársele el segundo fundador. El celo con que propagó las misiones y la evangelización del mundo pagano inmortalizó su nombre. Y no se mostró menos diligente en la distribución de sus súbditos en Europa para colaborar a la reforma de las costumbres. Su primer cuidado fue establecer un noviciado regular en Roma y ordenar que se hiciese otro tanto en las diferentes provincias. Durante su primera visita a la Ciudad Eterna, quince años antes, se había interesado mucho en el proyecto de fundación del Colegio Romano y había regalado una generosa suma para ponerlo en práctica. Como general de la Compañía, se ocupó personalmente de dirigir el Colegio y de precisar el programa de estudios. Prácticamente fue él, quien fundó el Colegio Romano, aunque siempre rehusó el título de fundador, que se da ordinariamente a Gregorio XIII, quien lo restableció con el nombre de Universidad Gregoriana. San Francisco construyó la iglesia de San Andrés del Quirinal y fundó el noviciado en la residencia contigua; además, empezó a construir el Gesù y amplió el Colegio Germánico, en el que se preparaban los misioneros

destinados a predicar en aquellas regiones del norte de Europa en las que el protestantismo había hecho estragos.

San Pío V tenía mucha confianza en la Compañía de Jesús y gran admiración por su general, de suerte que San Francisco de Borja podía moverse con gran libertad. A él se debe la extensión de la Compañía de Jesús más allá de los Alpes, así como el establecimiento de la provincia de Polonia. Valiéndose de su influencia en la corte de Francia, consiguió que los jesuitas fuesen bien recibidos en ese país y fundasen varios colegios. Por otra parte, reformó las misiones de la India, las del Extremo Oriente y dio comienzo a las misiones de América. Entre su obra legislativa hay que contar una nueva edición de las reglas de la Compañía y una serie de directivas para los jesuitas dedicados a trabajos particulares. A pesar del extraordinario trabajo que desempeñó durante sus siete años de generalato, jamás se desvió un ápice de la meta que se había fijado, ni descuidó su vida interior. Un siglo más tarde escribió el P. Verjus: "Se puede decir con verdad que la Compañía debe a San Francisco de Borja su forma característica y su perfección. San Ignacio de Loyola proyectó el edificio y echó los cimientos; el P. Laínez construyó los muros; San Francisco de Borja techó el edificio y arregló el interior y, de esta suerte, concluyó la gran obra que Dios había revelado a San Ignacio". No obstante sus muchas ocupaciones, San Francisco encontraba tiempo todavía para encargarse de otros asuntos. Por ejemplo, cuando la peste causó estragos en Roma en 1566, el santo reunió limosnas para asistir a los pobres y envió a sus súbditos, por parejas, a cuidar a los enfermos de la ciudad, no obstante el peligro al que los exponía.

En 1571, el Papa envió al cardenal Bonelli con una embajada a España, Portugal y Francia, y San Francisco de Borja le acompañó. Aunque la embajada fue un fracaso desde el punto de vista político, constituyó un triunfo personal de Francisco. En todas partes se reunían verdaderas multitudes para "ver al santo duque" y oírle predicar; Felipe II, olvidando las antiguas animosidades, le recibió tan cordialmente como sus súbditos. Pero la fatiga del viaje apresuró el fin de San Francisco de Borja, muy debilitado desde tiempo atrás por la responsabilidad de su cargo y por el esfuerzo que le costaba el no poder dedicarse a la oración como lo hubiese deseado. Su primo, el duque Alfonso, alarmado por el estado de su salud, le envió desde Ferrara a Roma en una litera. Sólo le quedaban ya dos días de vida. Por intermedio de su hermano Tomás, San Francisco envió sus bendiciones a cada uno de sus hijos y nietos y, a medida que su hermano le repetía los nombres de cada uno, oraba por ellos. Cuando el santo perdió el habla, un pintor entró a retratarle, lo cual muestra la falta de delicadeza que se observaba en ciertas ocasiones durante aquella época. Al ver al pintor, San Francisco manifestó su desaprobación con la mirada y el gesto y volvió el rostro a la pared para que no pudiesen retratarle. Murió a la media noche del 30 de septiembre de 1572. Según la expresión del P. Brodrick fue "uno de los hombres más buenos, amables y nobles que han pisado nuestro pobre mundo."

Desde el momento de su "conversión", San Francisco de Borja, canonizado en 1671, cayó en la cuenta de la importancia y de la dificultad de alcanzar la verdadera humildad y se impuso toda clase de humillaciones a los ojos de Dios y de los hombres. En Valladolid, donde el pueblo recibió al santo en triunfo, el P. Bustamante observó que Francisco se mostraba toda-

vía más humilde que de ordinario y le preguntó la razón de su actitud. El santo replicó: "Esta mañana, durante la meditación, caí en la cuenta de que mi verdadero sitio está en el infierno y tengo la impresión de que todos los hombres, aun los más tontos, deberían gritarme: ¡'Ve a ocupar tu sitio en el infierno!' ". Un día confesó a los novicios que, durante los seis años que llevaba meditando la vida de Cristo, se había puesto siempre en espíritu a los pies de Judas; pero que recientemente había caído en la cuenta de que Cristo había lavado los pies del traidor y por ese motivo ya no se sentía digno de acercarse ni siquiera a Judas.

Existe una cantidad inmensa de documentos sobre la vida de San Francisco de Borja, pero la mayoría de ellos sólo han visto recientemente la luz, gracias a la publicación de cinco volúmenes especiales de *Monumenta Historica Societatis Jesu* (1894-1911). Dichos volúmenes contienen más de mil cartas del santo, su diario espiritual de los últimos años y cierto número de documentos diversos referentes a su familia. En ese material se basan las biografías del P. Suau, *Histoire de S. François de Borgia* (1910), y de Otto Karrer, *Der heilige Franz von Borja* (1921). El artículo de Alban Butler se reducía a un resumen de las biografías primitivas, como la de D. Vázquez (1585), reproducida substancialmente por el P. J. E. Nierember en 1644, y la del P. Ribadeneira, *Vida del P. Francisco de Borja* (1598). Tanto Vázquez como Ribadeneira fueron contemporáneos y amigos del santo pero para evitar el escándalo pasaron en silencio muchas cosas, particularmente en lo referente a la lucha del duque de Gandía contra los graves abusos que cometían en la administración de la justicia. los magistrados y grandes de España. En todas las biografías primitivas, sobre todo en la del cardenal Cienfuegos, se alababa al santo en forma extravagante y se repiten milagros y maravillas sin el menor sentido crítico. Por ejemplo, carece de fundamento la leyenda de que, al ver el cadáver de la reina Isabel, dijo San Francisco: "Jamás volveré a servir a señora que se me pueda morir" (cf. Suau, p. 68; Karrer, p. 281). El P. Suau publicó un excelente resumen de su obra más extensa en la colección *Les Saints* (1905). Véase Mons. M. Yeo, *The Greatest of the Borgias* (1936); J. Brodrick, *Origin of the Jesuits* (1940), y *Progress of the Jesuits* (1946). Se encontrará una bibliografía muy completa en Karrer, pp. XI-XVI.

SAN GEREON Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (Fecha desconocida)

EL DÍA de hoy se lee en el Martirologio Romano: "En Colonia, el martirio de San Gereón y sus 318 compañeros, los cuales, en la persecución de Maximiano, presentaron mansamente el cuello al verdugo y murieron por la verdadera fe. En el territorio de la misma ciudad, el martirio de San Víctor y sus compañeros. En Bonn de Alemania, el martirio de los Santos Casio, Florentino y muchos otros." Los martirologistas medievales hablan de cierto número de cristianos martirizados en Colonia, los cuales, según la tradición, formaban parte de diversos destacamentos de la Legión Tebana (22 de septiembre). Pero el relato de su martirio fue inventado mucho después por un monje cisterciense de Froimont, llamado Helinando (siglo XIII), según el cual, San Gereón y sus 318 compañeros fueron martirizados en Colonia; San Víctor y otros 330, en Xanten y, los santos Casio, Florentino y sus compañeros, en Bonn. Al ver así diezmada a la Legión Tebana, Maximiano mandó llamar de Africa otros destacamentos, pero, como también en éstos hubiese cristianos, el emperador los condenó a muerte. Helinando afirma absurdamente que Santa Elena descubrió en Colonia y en Bonn las reliquias de los mártires y mandó construir sendas iglesias para ellas. Además, en 1121, se descubrieron en Colonia otras reliquias, lo mismo que en Xanten en 1284. Naturalmente, se procedió al punto a identi-

ficarlas como las de los mártires de la Legión Tebana y a venerarlas como tales.

En todo caso, esos mártires del Rin no tienen nada que ver con los de Agaunum y no hay razón alguna para suponer que las reliquias que se descubrieron eran auténticas. Pero lo cierto es que un epitafio del siglo V, en el que se habla de una tal Rudulfa *sociata martyribus*, es decir, sepultada cerca de los mártires, demuestra que se veneraba entonces en Colonia el sepulcro de unoś mártires. Por otra parte, Gregorio de Tours nos informa que "se construyó *una basílica en el sitio en que habían muerto por Cristo los cincuenta* soldados de la Legión Tebana" y añade que se les llamaba "los santos dorados", por la riqueza de los mosaicos de la basílica. Algún autor ha emitido la hipótesis de que la leyenda de los mártires de Africa (Mauri) puede haber nacido de una confusión con los *sancti aurei*, pero la cuestión es muy oscura. San Gregorio no menciona el nombre de Gereón.

El nombre de San Gereón figura en el texto de Berna del *Hieronymianum* (cf. CMH., pp. 547,548, 550 y 557) y en el martirologio de Beda. Véase también Zilliken, *Der Kölnische Festkalender* (1901), pp. 104-107; Rathges *Die Kunstdenmäter des Rheinprovinz*, vol. I, pp. 1-102; y Delehaye, *Origines du cutle des martyrs* (1933), p. 360.

SANTOS EULAMPIO y EULAMPIA, MÁRTIRES (¿310? P.C.)

PROBABLEMENTE estos dos mártires murieron en Nicomedia en la época de Galerio. Sus "actas", que no merecen crédito alguno, cuentan que Eulampio era un joven cristiano que huyó de la ciudad durante la persecución y se refugió en una cueva. Sus compañeros le enviaron a Nicomedia en busca de alimentos. Eulampio se detuvo en una calle a leer el edicto de persecución contra los cristianos. Cuando le apostrofó un soldado, el joven echó a correr. Naturalmente, su actitud despertó sospechas y Eulampio fue perseguido, capturado y llevado a la presencia del prefecto. El magistrado reprendió a los guardias por haber encadenado al joven, mandó que le desatasen las manos y empezó a interrogarle. Tras, de enterarse del nombre y el oficio de Eulampio, le exhortó a ofrecer sacrificios a alguno de los dioses, pero éste se negó y dijo que los dioses sólo eran ídolos de barro. Enfurecido el prefecto le mandó azotar. Como el joven permaneciese inconmovible, el prefecto dio la orden de torturarle en el potro. Entonces Eulampia, la hermana del mártir, se acercó a abrazarle y fue también arrestada. Ambos fueron sometidos a diversos tormentos, de los que salieron ilesos. Al verlos surgir rejuvenecidos de un baño de aceite hirviente, 200 de los presentes se convirtieron a la fe y fueron decapitados junto con los dos mártires.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. v, se encontrará el texto griego de las *actas* discutido a fondo. Hay otra recensión en Migne, PG., vol. cxv, cc. 1053-1065.

SAN CERBONIO, OBISPO DE POPULONIA (*c.* 575 P.C.)

SAN RÉGULO y otros obispos fueron expulsados de Africa a principios del siglo VI. San Régulo y San Cerbonio se establecieron en Populonia (Piombino de Toscana) y, poco después, este último fue elegido obispo de la ciudad. San Gregorio dice en sus "Diálogos" (lib. III, c. 11) que Totila, rey de los invasores ostrogodos, condenó a San Cerbonio a enfrentarse con un oso por

haber dado asilo a unos soldados romanos; pero la fiera, en vez de hacerle daño, le lamió mansamente los pies y entonces Totila puso en libertad al santo. Los lombardos le desterraron más tarde a Elba, donde murió treinta años después. Su cuerpo fue trasladado a Populonia, donde se le venera como patrón de la diócesis de Massa Marítima. La biografía del santo, muy posterior e indigna de crédito, afirma que el Papa San Vigilio le mandó llamar para reprenderle por su terquedad en celebrar la misa del domingo a hora tan temprana, que las gentes no podían asistir a ella. Pero, en vista de los numerosos milagros realizados por San Cerbonio durante el viaje a Roma, el Papa y todo el clero de la ciudad salieron a recibirle en triunfo y le restituyeron honrosamente a su sede. El Martirologio Romano menciona también hoy a otro San Cerbonio, obispo de Verona, sobre el que no poseemos ninguna noticia. La fiesta de San Cerbonio de Populonia reviste particular solemnidad entre los canónigos regulares de Letrán, porque el santo vivía en común con su clero.

Existen dos recensiones de la vida legendaria de San Cerbonio: una de ellas se halla en *Acta Sanctorum*, oct., vol. v; la otra en Ughelli, *Italia sacra*, vol. III, pp. 703-709.

SAN PAULINO, Obispo de York (644 p.c.)

El nombre de San Paulino figura en el Martirologio Romano y en los martirologios ingleses. Fue el primer apóstol del reino más poderoso de Inglaterra en su época. Había ido a dicho país como miembro del segundo grupo de misioneros enviados por el Papa San Gregorio I. Cuando el rey de Nortumbría, Edwino, solicitó la mano de Etelburga, la hermana del rey Edbaldo de Kent, prometió respetar la religión de su prometida, San Paulino partió con ella a Nortumbría para encargarse de la nueva misión. El año 625, San Justo, arzobispo de Canterbury, le consagró obispo.

San Paulino sufría atrozmente en medio de aquel pueblo que no conocía a Dios. Su predicación no tuvo éxito al principio, pero Dios escuchó finalmente sus oraciones. El rey Edwino se convirtió en la forma en que lo explicaremos en el artículo a él consagrado (12 de octubre), y fue bautizado en York por San Paulino, en la Pascua del año 627. Los dos hijos del primer matrimonio del monarca, así como otros muchos nobles, siguieron el ejemplo de Edwino. La multitud se apretujaba para recibir el bautismo de manos de San Paulino, a orillas del río Swale, en las cercanías de Catterick. Edwino residía en Yeavering, del Glendale y San Paulino solía bautizar en esa región con el agua del río Glen. En una ocasión pasó ahí treinta y seis días, para impartir instrucción y bautizar al pueblo de día y de noche. El nombre de San Paulino está relacionado con los de las poblaciones de Dewsbury, Easingwold y algunas más. El campo de apostolado del santo fue, sobre todo, el sur de Nortumbría. Cruzó el río Humbert y evangelizó también a los habitantes de Lindsey, donde bautizó al gobernador de Lincoln y construyó una iglesia. Después de la muerte de San Justo, consagró a San Honorio arzobispo de Canterbury. Asistido por su diácono, Jaime, bautizó a numerosas personas en el río Trent, cerca de Littleborough, según contó a San Beda el abad Deda, que fue uno de los que se bautizaron en esa ocasión. El mismo abad refirió a Beda que Paulino era "un hombre alto, un tanto encorvado, de cabello

blanco, rostro alargado y nariz aguileña, cuya presencia inspiraba veneración y respeto."

El Papa Honorio I envió el palio a San Paulino para designarle metropolitano del norte de Inglaterra. El mismo Pontífice escribió al rey Edwino para felicitarle por su conversión: "Hemos enviado palios de metropolitanos a Honorio y Paulino, de suerte que cuando plazca a Dios llamar a sí a uno de ellos, el otro estará autorizado, en virtud de esta carta, a nombrarle un sucesor." Sin embargo, San Paulino jamás usó el palio en su catedral y, cuando la carta de Honorio I llegó a Inglaterra, Edwino ya había muerto. En efecto, casi dos años antes de que el Pontífice la escribiese (lo cual demuestra lo difíciles que eran entonces las comunicaciones), los paganos mercianos, encabezados por Penda y reforzados por los bretones cristianos de Gales, invadieron la Nortumbría y dieron muerte a Edwino. Los invasores destruyeron en gran parte la obra de San Paulino. El santo dejó entonces la diócesis de York a cargo del diácono Jaime y acompañó a Kent a la reina Santa Etelburga, con sus dos hijos y su nieto, en su viaje por mar. Como la sede de Rochester estaba entonces vacante, San Paulino aceptó la invitación para encargarse de administrarla y así lo hizo durante diez años, "hasta que voló al cielo, cargado con el fruto de sus trabajos". Probablemente tenía por lo menos sesenta años cuando partió de York con Santa Etelburga y hubiera sido una temeridad volver a Nortumbría, que estaba entonces en el mayor desorden. San Beda refiere que el fiel Jaime, su vicario, era un hombre de gran santidad, que instruyó y bautizó a muchas personas "y arrancó muchas presas al viejo enemigo de la naturaleza humana". Cuando se restableció la paz en York, Jaime "introdujo en la iglesia el canto romano." San Paulino murió en Rochester, el 10 de octubre de 644; legó su palio a la catedral y una cruz de oro y un cáliz, que había traído de York, a la iglesia de Cristo de Canterbury. Varias diócesis inglesas celebran su fiesta.

Nuestra principal fuente es la *Historia ecclesiastica* de Beda (edic. y notas de Plummer). Apenas se pueden obtener unos cuantos datos fidedignos de la crónica en verso de Alcuino, de Simeón de Durham y de otros escritores de la época (cf. Raine, *History of the Church of York*, (Rolls Series). El excelente artículo del canónigo Burton en *Catholic Encyclopedia* tiene una buena bibliografía. Véase F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England* (1943), pp. 113-116. La inserción del nombre de San Paulino en múltiples calendarios (cf. Stanton, *Menology*, p. 485), así como las numerosas cruces relacionadas tradicionalmente con su nombre que hay en el norte de Inglaterra, demuestran la popularidad del culto del santo.

SANTOS DANIEL y Compañeros, Mártires (1227 p.c.)

El 16 de enero, relatamos la historia de los cinco misioneros franciscanos martirizados en Marruecos en 1220. Seis años más tarde, otros seis frailes de la misma orden fueron a predicar el Evangelio a los mahometanos de Africa; se llamaban Samuel, Angel, León, Domno, Nicolás y Hugolino. En España se les reunió el hermano Daniel, provincial de Calabria, quien encabezó la expedición. Llegaron a Marruecos el 20 de septiembre de 1227 y se detuvieron diez días cerca de Ceuta, donde había entonces muchos europeos dedicados al comercio. El sábado 2 de octubre se confesaron, se lavaron mutuamente los pies y pasaron la noche en oración. En la madrugada del domingo, entraron

en Ceuta y comenzaron a predicar en las calles.

La llegada de los misioneros provocó un tumulto. Las gentes se arrojaron sobre ellos, los golpearon y los arrastraron a la presencia del kadí. Cuando vio éste sus toscos hábitos y sus rostros barbados, pensó que estaban locos. En la prisión los trataron con suma rudeza, porque se burlaban de la religión de los moros. Daniel escribió una carta a los cristianos desde el sitio en el que se habían detenido antes de entrar en Ceuta para explicarles lo ocurrido y añadía: "Bendito sea Dios, Padre de las misericordias, que nos conforta en nuestros sufrimientos." El domingo siguiente, una vez que se puso en claro que eran misioneros y que no estaban locos, se les exhortó a abjurar de la fe, primero en grupo y después a cada uno por separado. Pero ni los halagos, ni las amenazas les hicieron mella alguna, por lo cual fueron condenados a muerte. Cada uno de los mártires se dirigió entonces al hermano Daniel y se arrodilló a pedirle la bendición y el permiso de dar la vida por Cristo. Fueron decapitados en las afueras de Ceuta. El pueblo enfurecido profanó los cadáveres; pero los cristianos consiguieron rescatarlos y darles sepultura. Más tarde, las reliquias fueron trasladadas a España. En 1516, el Papa León X concedió a los frailes menores la autorización de celebrar su fiesta.

El Martirologio Romano menciona a estos mártires el 10 de octubre; pero el *Acta Sanctorum* los menciona el 13 de octubre (vol. VI), que parece ser la fecha del martirio. Los únicos documentos que se conocen hasta ahora sobre estos mártires, son la carta de un tal fray Mariano y un relato tardío del martirio; ambos se hallan en *Acta Sanctorum.* Véase *Analecta Franciscana,* vol. III, pp. 32-33 y 613-616; A. López, *La Provincia de España O.M.: Apuntes histórico-críticos* (1915), pp. 61-65 y 329-330 y el ensayo poco crítico de D. Zangari, *I sette Frati Minori martirizzati a Ceuta* (1926). En inglés puede verse el artículo de Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. III pp. 296-299.

11: LA MATERNIDAD DE LA VIRGEN MARIA

EL DIA DE HOY se celebra en toda la Iglesia de occidente la fiesta de la Maternidad de la Santísima Virgen. Dicha fiesta fue introducida por Pío XI en la encíclica "Lux veritatis"', publicada el 25 de diciembre de 1931, con motivo del décimo quinto centenario del Concilio de Efeso.

En la tercera lección del segundo nocturno del oficio del día se habla de la bóveda de la basílica de Santa María la Mayor que Sixto III (432-440) mandó decorar con mosaicos poco después del Concilio y que fue restaurada por Pío XI. El breviario recuerda que dicha bóveda es una especie de monumento de la proclamación de la maternidad divina de María en el Concilio de Efeso. Pero la encíclica de Pío XI menciona otros motivos para la institución de la fiesta.

"Quisiéramos que, bajo los auspicios de la Reina de los Cielos, tan amada y venerada por nuestros hermanos separados del oriente, todos los cristianos oren para que Dios no permita que permanezcan alejados de la unidad de la Iglesia y de su Hijo Jesucristo, cuyo Vicario somos. Que vuelvan pronto al Padre común, a cuyo juicio todos los Padres del Concilio se sometieron y a quien aclamaron unánimemente como guardián de la fe. Quiera Dios hacerles volver a Nos, que tenemos por ellos el mayor afecto y que haríamos jubilosamente nuestras las graves palabras con que Cirilo exhortaba a Nestorio: 'que la

paz de las Iglesias no se vea turbada, y que el lazo del amor y la concordia entre los sacerdotes de Dios siga siendo indisoluble'."

El texto de la encíclica, *Lux Veritatis* puede verse en *Acta Apostolicae Sedis*, vol., XXIII (1931), pp. 439-517. En muchos sitios se celebraba ya desde antiguo la Maternidad Divina de María pero la fiesta no era universal y la fecha de la celebración variaba mucho. A lo que parece, la fiesta empezó a celebrarse en Portugal y sus dominios; en 1751, fue autorizada oficialmente en Portugal, de donde se extendió rápidamente a otros sitios, como Venecia y Polonia. Véase F. G. Holweck, *Calendarium festorum Dei et Dei Matris* (1925), pp. 368, 148.

SANTOS TARACO, PROBO y ANDRONICO, MÁRTIRES (304 P.C.)

DURANTE mucho tiempo, las "actas" de estos mártires fueron consideradas como auténticas. El P. Delehaye afirma que se trata de una combinación de ciertos hechos históricos con numerosos detalles imaginarios. Según dicho autor, los tres mártires fueron arrestados en Pompeyópolis, en Cilicia, durante la persecución de Diocleciano y Maximiano. Fueron llevados a la presencia del gobernador de la provincia, Numeriano Máximo, quien los envió a Tarso, la capital. El gobernador anunció a Taraco que iba a interrogarle primero a causa de su ancianidad y le preguntó su nombre.

TARACO: "Soy cristiano."

MÁXIMO: "Deja en paz esa locura blasfema y dime tu nombre."

TARACO: "Soy cristiano."

MÁXIMO: "Golpeadle en la boca para que no vuelva a contestar en esa forma."

TARACO: "Te estoy diciendo mi verdadero nombre. Pero si lo que quieres es saber el que me dieron mis padres, me llamo Taraco y mi nombre, en el ejército, era Víctor."

MÁXIMO: "¿De qué país eres y cuál es tu oficio?"

TARACO: "Soy romano y nací en Claudiópolis de la Isauria. Fui soldado, pero abandoné esa profesión a causa de mi religión."

MÁXIMO: "Veo que tu impiedad te obligó a deponer las armas. Pero, ¿cómo obtuviste que te diesen de baja en el ejército?"

TARACO: "Se lo pedí a mi capitán, Publio, quien me lo concedió."

MÁXIMO: "Piensa en tus canas. Te prometo premiarte, si obedeces a las órdenes de nuestros señores. Sacrifica a los dioses, como lo hacen los mismos emperadores, que son amos del mundo."

TARACO: "El diablo los engaña para que lo hagan."

MÁXIMO: "Rompedle la mandíbula por haber dicho que el diablo engaña a los emperadores."

TARACO: "Repito lo dicho. Los emperadores son hombres susceptibles de engaño."

MÁXIMO: "Sacrifica a los dioses y déjate de sutilezas."

TARACO: "No me es lícito traicionar la ley de Dios."

El diálogo se prolongó, y Taraco permaneció inconmovible. Entonces el centurión le dijo:

—"Te aconsejo que ofrezcas sacrificios y salves tu vida." Taraco replicó que bien podía ahorrarse tales consejos. Máximo dio la orden de que le con-

dujesen a la prisión, encadenado y llamó al siguiente acusado.

MÁXIMO: "¿Cómo te llamas?"

PROBO: "Mi nombre principal y más venerable es Cristiano. Pero el nombre con que me conoce el mundo es Probo."

MÁXIMO: "¿De qué país y familia eres?"

PROBO: "Mi padre nació en Tracia. Yo soy plebeyo. Nací en Side, de Panfilia y confieso que soy cristiano."

MÁXIMO: "Tal confesión no favorece tu causa. Sacrifica a los dioses, y te prometo considerarte como amigo."

PROBO: "No aspiro a tu amistad. En una época fui rico, pero renuncié a todo para servir al Dios vivo."

MÁXIMO: "Desnudadle y azotadle con nervios de buey."

En tanto que se ejecutaba la orden, el centurión Demetrio le dijo: "Evítate esta tortura. Mira los arroyos de sangre que brotan de tu cuerpo."

PROBO: "Haz lo que quieras de mi cuerpo. Tus tormentos son deliciosos."

MÁXIMO: "¿No hay manera de curar tu locura, hombre insensato?"

PROBO: "Soy menos insensato que tú, puesto que no adoro a los demonios."

MÁXIMO: "Derribadle de espaldas y golpeadle el vientre."

PROBO: "¡Señor, ayuda a tu siervo!"

MÁXIMO: "Preguntadle después de cada golpe, dónde está su Señor."

PROBO: "El Señor está conmigo y seguirá ayudándome; tus tormentos me hacen tan poca mella, que no te obedeceré."

MÁXIMO: "¡Imbécil, mira en qué estado estás; el suelo se halla cubierto de sangre!"

PROBO: "Cuanto más sufre mi cuerpo, más fortalece Dios mi alma."

Máximo le envió entonces a la prisión y mandó llamar al tercer cristiano, quien dijo llamarse Andrónico y ser un patricio de Efeso. También él se negó a ofrecer sacrificios. Máximo le envió a reunirse con sus compañeros y así terminó el primer interrogatorio. El segundo se llevó a cabo en Mopsuestia. Las "actas" repiten las preguntas de Máximo y las respuestas de los mártires, así como los tormentos a los que fueron sometidos. Andrónico hizo notar a su juez que las heridas que había sufrido en el interrogatorio anterior estaban perfectamente curadas. Máximo gritó entonces a los guardias: "¡Imbéciles!", ¿acaso no os prohibí estrictamente que dejáseis entrar a alguien a vendarles las heridas? Ya veo cómo habéis cumplido mis órdenes." El carcelero Pegaso replicó: "Juro por tu grandeza que nadie ha vendado sus heridas ni ha entrado a visitarle. Le he tenido encadenado en el rincón más apartado de la prisión. Si miento, puedes cortarme la cabeza."

MÁXIMO: "Entonces, ¿cómo explicas que las cicatrices hayan desaparecido?"

PEGASO: "No sé."

ANDRÓNICO: "¡Necio! Nuestro Salvador es un médico poderoso que cura a todos los que le adoran y esperan en El. Para ello no necesita de medicinas. Le basta con su palabra. Aunque vive en el cielo, está presente en todas partes, por más que tú no le conozcas."

MÁXIMO: "Las tonterías que dices no te van a salvar. Sacrifica o perderás la vida."

ANDRÓNICO: "No retiro una sola de mis palabras. No creas que vas a asus-

tarme como a un niño."

El tercer interrogatorio tuvo lugar en Anazarbus. Taraco fue el primero en comparecer y respondió con su valentía habitual. Cuando Máximo mandó tenderle en el potro, Taraco le dijo: "Podría yo alegar el rescripto que prohibe que los jueces condenen al potro a los militares, pero renuncio voluntariamente a ese privilegio." Máximo condenó también a Probo a la tortura y ordenó a los guardias que le hiciesen comer, por fuerza, algunos de los alimentos que se habían ofrecido a los ídolos.

MÁXIMO: "¿Ya lo ves? Después de tanto sufrir por no ofrecer sacrificios, has acabado por comer los manjares ofrecidos a los dioses."

PROBO: "No veo por qué consideras como una hazaña el haberme hecho comer esos manjares contra mi voluntad."

MÁXIMO: "Como quiera que sea, ya los probaste. Prométeme ahora gustarlos por tu voluntad y te pondré inmediatamente en libertad.

PROBO: "Aunque me obligaras a comer todos los manjares ofrecidos a los ídolos, no ganarías gran cosa, porque Dios ve que los como contra mi voluntad."

Finalmente, los tres mártires fueron condenados a ser arrojados a las fieras. Máximo mandó llamar a Terenciano, el encargado de los juegos del circo, y le ordenó que organizase una función para el día siguiente. Desde muy temprano, la multitud llegó al teatro, que distaba más de un kilómetro de Anazarbus. El autor de las actas narra muy por menudo los acontecimientos y afirma que él los presenció, con otros dos cristianos, desde una colina próxima. En cuanto los mártires penetraron en la arena, la multitud guardó silencio, compadecida de los cristianos, y muchos empezaron a murmurar contra la crueldad del gobernador. Algunos se dispusieron a partir, pero el gobernador, furioso, dio orden de cerrar las puertas. Un león, un oso y otras fieras salvajes fueron sacadas a la arena, pero se limitaron a lamer las heridas de los mártires, sin hacerles daño alguno. Máximo, ciego por la cólera, mandó que los gladiadores decapitasen a los tres testigos de Cristo. Una vez cumplida la sentencia, Máximo mandó que sus cadáveres quedasen bajo la guardia de seis centinelas para que los cristianos no los robasen. La noche era muy oscura, y una violenta tempestad dispersó a los guardias. Los cristianos, guiados por una milagrosa estrella, distinguieron los cadáveres de los mártires, los cargaron en las espaldas y les dieron sepultura, en una cueva de las colinas cercanas. El autor de las actas cuenta que los cristianos de Anazarbus enviaron su relato a la iglesia de Iconium para que lo hiciesen llegar a los fieles de Pisidia y Panfilia a fin de alentarlos.

Ruinart y *Acta Sanctorum*, oct., vol. v, presentan los textos griego y latino de las actas. Existen además otras recensiones, entre ellas una versión siria publicada por Bedjan. También se conserva un panegírico de Severo de Antíoco (*Patrologia Orientalis*, vol. xx, pp. 277-295. Harnack, *Die Chronologie der altchritslich Litteratur*, vol. II, 1904, pp. 479-480), hablando sobre las *actas*, aduce algunas razones que le mueven a no considerarlas como copia de un documento oficial; no obstante, su opinión acerca de ellas es menos severa que la de Delehaye, *Les légendes hagiographiques* (1927), p. 114.

SAN NECTARIO, ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA (397 P.C.)

SAN GREGORIO Nazianceno renunció a la sede de Constantinopla muy poco después de haber sido elegido, el año 381. Su sucesor fue Nectario, natural de Tarso de Cilicia y pretor de la ciudad imperial. A continuación narraremos

la forma peculiar como fue elegido, según la leyenda relativamente dudosa. Cuando tenía lugar en Constantinopla el segundo Concilio ecuménico, Nectario, que pasaba por ahí camino de Tarso, preguntó a Diódoro, obispo de su ciudad natal, si quería enviar con él algunas cartas. Muy impresionado por el aspecto y los modales de Nectario, Diódoro le propuso como candidato para suceder a San Gregorio en el gobierno de la sede de Antioquía. Aunque Melecio se burló de la idea, el nombre de Nectario fue inscrito en la lista de candidatos que debía presentar al emperador. Teodosio, eligió a Nectario, con gran sorpresa de todos, ya que ni siquiera estaba bautizado. Se cuenta que era casado y que tenía un hijo. Como quiera que fuese, el Concilio ratificó la elección, y Nectario recibió el bautismo y la consagración episcopal. Al salir de Constantinopla, San Gregorio escribió a los obispos: "Guardad vuestro trono y vuestro palacio episcopal, puesto que eso es lo que os importa. Regocijaos, envaneceos, reclamad el título de patriarcas y apoderaos de inmensas posesiones." Desgraciadamente, el Concilio justificó en cierto modo esas críticas, ya que, poco después de la elección de Nectario, aprobó un canon por el que Constantinopla pasaba a ocupar el segundo lugar después de Roma. Por eso se llama con frecuencia a San Nectario primer patriarca de Constantinopla, aunque la Santa Sede tardó mucho tiempo en reconocer ese título, que había sido concedido contra su parecer.

San Nectario gobernó la sede durante dieciséis años y, si bien es muy poco lo que sabemos sobre él. no hay duda de que se opuso abiertamente a los arrianos, ya que el año 388, cuando circuló la noticia de que el emperador había muerto en Italia, dichos herejes incendiaron la casa del santo obispo. Los historiadores recuerdan principalmente a San Nectario porque suprimió en su diócesis el oficio de penitenciario y los ritos de disciplina pública, a raíz de un escándalo. El santo murió el 27 de septiembre de 397. San Juan Crisóstomo le sucedió en el gobierno de la sede. El nombre de San Nectario figura en el "Menaion" griego, pero no en el Martirologio Romano.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. v, se hallarán reunidos los principales pasajes de los historiadores de la Iglesia sobre San Nectario. Acerca de la supresión del oficio de penitenciario, puede verse un buen resumen en DTC., vol. XII, cc. 796-798.

SAN AGILBERTO, OBISPO DE PARÍS (*c.* 685 P.C.)

DESPUÉS de que Coenwalh, rey de los sajones del oeste de Inglaterra, recibió el bautismo en la corte de Anna, rey de Anglia oriental, y fue restaurado al trono, llegó a Wessex cierto obispo llamado Agilberto. Era franco de origen, pero había vivido en Irlanda, consagrado al estudio, Coenwalh, impresionado por el celo y el saber de Agilberto, le pidió que se quedase como obispo en la región. Agilberto aceptó la proposición y en su cargo dio muestras de un celo misional infatigable. Hallándose en Nortumbría, ordenó sacerdote a San Wilfrido. Por entonces, se tomó la decisión de reunir un sínodo en Whitby para poner término a la oposición entre las costumbres romanas y las célticas. El santo asistió y fue ahí, prácticamente, el paladín de la causa romana, de suerte que el rey Oswy le nombró para que respondiese a los argumentos del opositor, San Colmano de Lindisfarne. Agilberto pidió que San Wilfrido respondiese por él, "porque es capaz de expresar nuestra opinión en mejor inglés que si yo me sirviese de un intérprete".

La dificultad de la lengua había constituido ya en otras ocasiones un obstáculo para San Agilberto. Cuando el santo llevaba ya varios años de obispo en Inglaterra, el rey Coenwalh quien, según dice Beda, "sólo entendía la lengua de los sajones", se cansó del idioma bárbaro del obispo, dividió su reino en dos diócesis y nombró a un tal Wino como obispo de la región en que estaba situada Winchester, la capital. Agilberto se molestó mucho de que el monarca hubiese procedido así, sin consultarle y renunció al gobierno de su sede. Inmediatamente volvió a Francia donde el año 668 fue elegido obispo de París. Entre tanto, Wino había conseguido que le nombrasen obispo de Londres mediante tratos simoníacos. Entonces Coenwalh, viendo de nuevo sin obispo la diócesis de Wessex, escribió a San Agilberto para que volviese. El santo replicó que no podía abandonar su nueva diócesis y dejar a sus ovejas sin pastor, pero envió a su sobrino Eleuterio, "a quien juzgaba digno de gobernar una diócesis". Eleuterio fue consagrado por San Teodoro de Canterbury. Por su parte, San Agilberto consagró en París a San Wilfrido, según lo referiremos en el artículo consagrado a este último santo. San Agilberto murió antes del año 691.

Nuestra principal autoridad es Beda (texto y notas de Plummer); pero se encuentran también algunos datos en el *Liber historiae francorum* y en la continuación de dicha obra por Fredegario.

SAN GUNMARO (*c.* 774 P.C.)

SAN GUNMARO era hijo del señor de Emblem, población situada en las cercanías de Lierre, en Brabante. Aunque no sabía leer ni escribir, entró a servir en la corte de Pepino, donde se distinguió por el fiel desempeño de sus deberes y por la caridad con que practicaba las obras de misericordia. Pepino le elevó a un puesto de importancia y arregló su matrimonio con una joven bien nacida llamada Guinimaria. Aunque tal matrimonio no parecía muy feliz a los ojos del mundo, ya que Guinimaria era extravagante, perversa, cruel, caprichosa e indisciplinada, Dios se valió de ella para conducir a su siervo a las cumbres de la perfección. Inútil decir que la vida de San Gunmaro, desde el momento de su matrimonio, se convirtió en una serie de duras pruebas.

El santo se esforzó durante años, con prudencia y caridad, por mejorar a su esposa y atraerla a la práctica de la religión. Después, tuvo que ausentarse durante ocho años para servir al rey Pepino en la guerra. Cuando volvió a su casa, encontró que su esposa había administrado muy mal sus posesiones y que muy pocos de sus vasallos habían logrado escapar de la opresión. Guinimaria era tan poco generosa, que se rehusaba aun a dar un poco de cerveza a los que recogían la cosecha. Gunmaro se dedicó inmediatamente a pagar lo que debía a cada uno de sus vasallos. Aparentemente, Guinimaria se dejó impresionar por la prudencia y bondad de su marido y parecía que estaba dispuesta a corregirse; pero poco después, se dejó nuevamente llevar de su pésimo carácter. Gunmaro trató aún de hacer algo por ella, pero finalmente desistió y se retiró a la vida solitaria. Se dice que San Gunmaro fundó, juntamente con San Rumoldo, la abadía de Lierre que después tomó su nombre.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. v, pueden verse una biografía en verso y otra en prosa latina. P. G. Deckers estudió muy a fondo la vida de San Gunmaro en *Leven en eerdienst van den h. ridder Gummarus* (1872). Cf. T. Paaps, *De hl. Gummarus, ... cristische studie* (1944).

SAN BRUNO EL GRANDE, Arzobispo de Colonia (965 p.c.)

Parecería que el título de "el Grande" debería aplicarse al santo fundador de los cartujos. Sin embargo, tal título se aplica tradicionalmente al poderoso príncipe-obispo, San Bruno de Colonia, quien vivió ochenta años antes que su homónimo y colaboró ardientemente con su hermano, el emperador Otón I el Grande, en la creación de Alemania y del imperio. Bruno era el más joven de los hijos del emperador Enrique y de Santa Matilde. Nació el año 925 y, desde sus primeros años, dejó ver que había heredado las buenas disposiciones de sus padres. Cuando tenía apenas cuatro años, fue enviado a la escuela de la catedral de Utrecht, donde adquirió un gran amor por los estudios. Se dice que la obra de Prudencio era entonces su libro de cabecera y, más tarde, ya en la corte imperial, unos bizantinos le enseñaron el griego. Su hermano Otón le convocó a la corte cuando Bruno tenía catorce años. No obstante su juventud, pronto llegó a ocupar puestos de importancia. El año de 940, fue nombrado secretario confidencial del emperador. Poco después, fue ordenado diácono y recibió, como beneficios, las abadías de Lorsch y Corvey. Aunque estaba prohibido recibir múltiples beneficios, en este caso resultó bien, ya que el santo reformó ambas abadías. San Bruno recibió la ordenación sacerdotal a los veinticinco años. Inmediatamente pasó a Italia con su hermano Otón, actuando como su canciller, y empleó su gran influencia para realizar el deseo imperial de la unión entre la Iglesia y el Estado. Pero el santo no había llegado aún a la cima de su brillante carrera; en efecto, el año 953, la sede de Colonia quedó vacante y Otón lo nombró arzobispo de aquella ciudad.

Durante los doce años en los que desempeñó ese cargo, San Bruno jugó un papel muy importante en la política imperial, que estaba íntimamente unida con los asuntos eclesiásticos, sin descuidar jamás sus deberes religiosos y pastorales. Desde luego, su vida era un ejemplo de piedad y de bondad. Por otra parte, San Bruno mantenía a raya las ambiciones del clero y de los nobles mediante frecuentes visitas. Para mantener el nivel espiritual de su arquidiócesis, se valía sobre todo de la difusión de la sana doctrina y del espíritu monástico. Ya antes de ser obispo, había empleado toda su influencia para reformar el imperio y, por cierto que la influencia de un arzobispo hermano del emperador era muy poderosa. Mientras Otón se hallaba en Italia, su yerno, Conrado el Rojo, duque de Lorena, se levantó en armas; el emperador derrotó a Conrado y concedió a San Bruno el ducado de Lorena. Aunque el ducado no iba unido al título de arzobispo, el nombramiento de San Bruno dio origen al poder temporal de los arzobispos de Colonia, quienes se convirtieron en príncipes del Sacro Romano Imperio. La habilidad de San Bruno en el gobierno era tan grande como su bondad. El santo demostró particular aptitud para apaciguar las numerosas disputas políticas entre los habitantes de Lorena y consiguió imponer el orden y la autoridad del imperio en la región. En esa tarea de unificación le ayudó mucho su clero, muy instruido y disciplinado y, tuvo tanto tino en sus numerosas elecciones de prelados que se le apodó "el creador de obispos". El momento culminante de la carrera de San Bruno fue el año 961, cuando el emperador llegó a Roma para ser coronado, ya que durante su ausencia dejó a San Bruno y a su medio hermano Guillermo, arzobispo de Mainz, como corregentes del Imperio y tutores de su sobrino, el rey de Romanos.

San Bruno el Grande murió cuatro años después, el 11 de octubre de 965, cuando sólo tenía cuarenta años de edad. Su culto en la diócesis de Colonia fue confirmado en 1870.

La biografía de San Bruno, escrita por su discípulo Ruotgerio, es una de las biografías medievales más fidedignas y satisfactorias. Puede verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. v, y en MGH., *Scriptores*, nueva serie, ed. Irene Ott (1951); cf. en la antigua edición el vol. IV, pp. 224-274. La biografía a la que nos referimos fue escrita cuatro años después de la muerte de San Bruno. Se encontrará un magnífico estudio de su obra en H. Schörs, *Annalen d.histor. Vereins f. d. Niederrhein*, 1910, 1911, 1917. Cf. también Hauck, *Kirchengenschichte Deutschlands*, vol. III, pp. 41 ss.

SAN ALEJANDRO SAULI, Obispo de Pavía (1592 p.c.)

Se cuenta que Alejandro Sauli era muy joven todavía cuando se presentó un día con un crucifijo en la mano ante una multitud que asistía a un espectáculo de acróbatas y saltimbanquis, y predicó severamente contra ese tipo de diversiones frívolas, con gran asombro de todos los presentes. Aunque el santo exageró tal vez un tanto al proceder así; ese gesto puede considerarse como un símbolo de su vida, ya que se consagró por entero a la restauración del orden cristiano en la atmósfera de negligencia y frialdad religiosas de mediados del siglo XVI. Alejandro nació en Milán en 1535, pero su familia era originaria de Génova. A los diecisiete años, ingresó en la congregación de los clérigos regulares barnabitas. Sus superiores le enviaron a proseguir sus estudios en el colegio que la congregación tenía en Pavía, y el santo pagó de su bolsillo la obra de ensanchamiento de la biblioteca del establecimiento. En 1556, después de su ordenación sacerdotal, empezó a enseñar filosofía y teología en la Universidad. El obispo de la ciudad le tomó pronto por teólogo suyo, y la reputación de Alejandro como predicador empezó a crecer rápidamente. El éxito que tuvo en Pavía fue tan grande, que San Carlos Borromeo le invitó a predicar en su catedral; a sus sermones asistieron el propio San Carlos y el cardenal Sfondrati, quien fue más tarde Papa con el nombre de Gregorio XIV. Las ardientes palabras del joven barnabita arrancaron lágrimas a ambos personajes, quienes le tomaron por confesor; San Carlos Borromeo siguió dirigiéndose con él muchos años. En 1567, el P. Sauli fue elegido preboste general de su congregación. Aunque no tenía más que treinta y ocho años, parecía bastante seguro de sí mismo como para oponerse al parecer de San Pío V y de san Carlos Borromeo. En efecto, el cardenal Borromeo, quien era protector de los pocos "Humiliati" que quedaban, había recibido la misión de reformarlos, ya que dichos frailes eran tan ricos como de costumbres poco edificantes. Para ello decidió fundir a los "Humiliati" con la fervorosa congregación de los barnabitas, recientemente fundada. Pero San Alejandro, aunque estaba dispuesto a hacer cuanto pudiera por ayudar a los "Humiliati", no se sentía obligado a aceptar una medida que podía hacer daño a sus hijos, y San Carlos Borromeo tuvo que renunciar a su propósito.

La firmeza de San Alejandro y su celo apostólico no pasaron inadvertidos a los ojos del gran reformador San Pío V, quien le nombró en 1570 obispo de Aleria, en Córcega, a pesar de sus protestas. San Carlos Borromeo le confirió la consagración, y el nuevo obispo se trasladó a su diócesis. La tarea que tenía ante sí era imponente. El clero era tan ignorante como corrompido; el

pueblo, que conservaba aún muchas costumbres bárbaras, poseía apenas algunos rudimentos de religión; la isla estaba infestada de bandidos, y las salvajes venganzas entre las familias eran cosa de todos los días. San Alejandro llevó consigo a tres barnabitas para que le ayudasen en la tarea. Inmediatamente después de establecerse en Tallona, porque la ciudad episcopal estaba en ruinas, congregó un sínodo y anunció las reformas que se proponía llevar a cabo. En seguida procedió a visitar su diócesis, y en el curso de la visita comenzó a aplicar las nuevas leyes con todo el rigor que se imponía. El gobierno del santo duró veinte años, y el cambio que se efectuó en la isla fue tan notable, que las gentes le llamaban el apóstol de Córcega. En el tercer sínodo diocesano, el santo promulgó los decretos del Concilio de Trento y la energía con que supo exigir su cumplimiento fue sin duda lo que más contribuyó a la reforma de las costumbres. San Alejandro tuvo que hacer frente no sólo a la oposición de sus subalternos, sino también a la violencia de los extraños, ya que los piratas berberiscos solían atacar con frecuencia la isla. Debido a ello, el santo obispo se vio obligado a cambiar tres veces de residencia y, finalmente, estableció en Cervione su catedral, su capítulo y su seminario.

Durante su gobierno, tuvo que hacer frecuentes viajes a Roma, donde se hizo muy amigo de San Felipe Neri, quien le consideraba como modelo de prelados. Era un canonista consumado que escribió varias cartas pastorales y obras catequéticas. Habiendo tenido un éxito tan grande en Córcega, es muy natural que se le hayan ofrecido las diócesis de Tortona y Génova; pero el santo se negó a cambiar de sede hasta que Gregorio XIV le impuso, por obediencia, que aceptase el gobierno de la diócesis de Pavía en 1591. Dios le llamó a Sí al año siguiente, cuando se hallaba en Calozza visitando la diócesis. Durante su vida, San Alejandro poseyó el don de profecía y el de calmar las tempestades. Los milagros continuaron después de su muerte y su canonización tuvo lugar en 1904.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. v, hay una biografía de San Alejandro escrita por su contemporáneo J. A. Gabutius. Con motivo de la canonización, la *Rivista di Scienze Storiche* (1905-1907 y 1908) publicó varios documentos de suma importancia, gracias a la diligencia del P. O. Premoli, quien es también autor de una obra excelente sobre los barnabitas (*Storia dei Barnabiti*, 2 vols., 1914, 1922). La biografía de San Alejandro escrita por F. T. Moltedo (1904) está menos bien documentada. Citemos además la biografía francesa de A. Dubois (1904). Acerca de los escritos del santo, cf. G. Boffito, Scrittori Barnabiti (1933-1934).

BEATO JACOBO DE ULM (1491 P.C.)

EL BEATO Jacobo nació en 1407, en Ulm de Alemania, en el seno de la respetable familia de los Griesinger. A los veinticinco años partió de su patria a Italia, donde se enroló como soldado en Nápoles; pero, disgustado por las costumbres licenciosas de sus compañeros de filas y al comprobar que su buen ejemplo no les hacía mella, abandonó el ejército y entró a servir como secretario a un abogado de Capua. Desempeñó su oficio con tanto acierto que, cinco años después, cuando decidió partir, el abogado no se lo permitió. Pero Jacobo logró escabullirse y se dirigió a Alemania, aunque no llegó a su país natal, pues en Bolonia volvió a enrolarse en el ejército. Durante su estancia en esa ciudad, acostumbraba ir con frecuencia al santuario de Santo Domingo y acabó

por ingresar en la orden como hermano lego. Su prior, queriendo demostrar la obediencia de Jacobo a un prelado que se hallaba de paso en el convento, le entregó una carta y le dijo que la llevase inmediatamente a París. No obstante que el viaje era largo, difícil y peligroso, el hermano Jacobo tomó la carta como la cosa más natural del mundo y pidió simplemente permiso de pasar por su celda para tomar su sombrero y su bastón.

Los hijos de Santo Domingo ocupan un sitio distinguido en la historia del arte. El Beato Jacobo, como su hermano en religión Guillermo de Marcillat, era un maestro consumado en el arte de pintar sobre vidrio. Sus superiores le dedicaron a ese trabajo y el beato solía prepararse a él con la oración asidua. En cierta ocasión, fue arrebatado en éxtasis y se le atribuyeron numerosos milagros, antes y después de su muerte. Dios le llamó a Sí el 11 de octubre de 1491, cuando tenía ochenta y cuatro años. Fue beatificado en 1825.

Su contemporáneo, Fray Ambrosino de Saracino, nos legó una semblanza del Beato Jacobo en italiano; puede verse traducida al latín en *Acta Sanctorum*, oct., vol. v. Cf. H. Wilms, *Jakob Griesinger* (1922); y Procter, *Dominican Saints*, pp. 287-291.

BEATA MARIA SOLEDAD, Virgen, Fundadora de las Siervas de María y de los enfermos (1887 p.c.)

La Beata María Soledad Torres Acosta, junto con las Beatas María Micaela Desmaisières, Joaquina de Mas y Vicenta López, forma parte del escuadrón de virtuosas mujeres españolas que alcanzaron un grado de santidad heroica al servicio de los enfermos en el siglo XIX. Los padres de María Soledad eran Francisco Torres y Antonia Acosta, una pareja ejemplar de modestos comerciantes de Madrid. María, la segunda de sus cinco hijos, nació en 1826. La niña que recibió en el bautismo el nombre de Manuela, era apacible y tan generosa que desde pequeña solía ocultar un poco de comida para repartirla entre los mendigos y estaba siempre más pronta a enseñar el catecismo a los niños pobres que a jugar con ellos. En una época frecuentó el convento de las religiosas de Santo Domingo y parece que se sintió inclinada a ingresar en él, pero finalmente decidió esperar una indicación más clara de la voluntad de Dios.

La señal llegó cuando el servita Miguel Martínez y Sanz, vicario de una parroquia del barrio de Chamberí, angustiado por el crecido número de enfermos que había en su distrito, reunió en 1851 a siete mujeres en una comunidad religiosa para que se consagrasen al cuidado de los enfermos. Manuela ingresó en dicha comunidad a los veintiocho años y escogió el nombre de María Soledad, en honor de Nuestra Señora de la Soledad.

Aunque no escasearon las dificultades tanto interiores como exteriores, la nueva congregación fue creciendo gradualmente. Cinco años después de la fundación, el P. Miguel partió a Po con la mitad de los miembros para establecer ahí una nueva congregación. María Soledad quedó como superiora de las seis religiosas de la casa de Madrid. En un momento dado, pareció que las autoridades eclesiásticas de la capital iban a disolver la comunidad, pero el P. Gabino Sánchez, su nuevo director, ayudó a María Soledad a obtener el apoyo de la reina, y así quedó conjurado el peligro.

En 1861, empezó a despejarse el horizonte, ya que las siervas de María

recibieron entonces la aprobación diocesana, y otro agustino, el P. Angel Barra, fue nombrado director. La congregación amplió su campo de actividades con una institución para atender a las jóvenes delincuentes, y las fundaciones empezaron a multiplicarse. Durante la epidemia de cólera de 1865, la caridad heroica de María Soledad y sus compañeras les ganó el agradecimiento de los madrileños. Algunos años más tarde, una parte de las religiosas se independizó de la superiora para formar una nueva congregación. Naturalmente, no escasearon entonces las acusaciones tan comunes en la vida de las fundadoras de congregaciones religiosas. Según la expresión de una de sus súbditas, la Beata María Soledad era como el yunque sobre el que se descargan todos los golpes. Pero el cielo premió la paciencia de su sierva concediéndole, en 1875, el gozo de ver su congregación extenderse hasta Santiago de Cuba. A partir de entonces, se aceleró el desarrollo de la obra: las casas y hospitales de la congregación surgieron en todas las provincias de España y ese período de multiplicación culminó en 1878, cuando se confió a las siervas de María el antiguo hospital de San Carlos del Escorial.

El crecimiento de la congregación continuó durante los diez últimos años de la vida de María Soledad, que fueron extraordinariamente serenos. A fines de septiembre de 1887, la beata cayó enferma. El 8 de octubre, sus religiosas comprendieron que se acercaba su fin y le pidieron: "Madre, bendecidnos como San Francisco a sus hijos." María Soledad movió la cabeza en señal de negativa; pero una de las religiosas la ayudó a erguirse un poco en el lecho, y entonces la fundadora dijo lentamente, al tiempo que alzaba la mano: "Hijas mías, vivid siempre en paz y unión." El 11 de octubre murió apaciblemente. Había sido durante treinta y cinco años la directora, la guía y la inspiradora de las siervas de María. Bajo su dirección, la pequeña semilla de las seis primeras religiosas había producido una congregación floreciente, bien disciplinada, muy efectiva y profundamente fervorosa. La obra seguiría extendiéndose después de la muerte de María Soledad, por Italia, Francia, Portugal y América. A muy pocos es dado comprender la humildad, la caridad, la prudencia y el olvido de sí mismo que exige la fundación de una obra de tal envergadura, pero la Iglesia, que lo sabe muy bien, beatificó en 1950 a la Madre María Soledad.

En *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XIII (1950), pp. 182-197, puede verse el documento de beatificación y una nota biográfica. Existe en italiano una biografía escrita por E. Federici (1950); se trata de una obra sustancialmente exacta, pero prolija. En español existe por lo menos la biografía de J. A. Zugasti.

12: NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA, PATRONA DE ESPAÑA (¿Siglo I?)

EN LA CIUDAD española de Zaragoza, la que antes de los tiempos de Cristo era la famosa y rica villa romana de César Augusto, de donde deriva su nombre actual, existe el monumento más sólido, antiguo, fidedigno y magnífico que tiene España como prueba de una piadosa tradición y de una antiquísima y profunda devoción por la Santísima Virgen María: el Santuario del Pilar. Esa gran basílica mariana con sus once cúpulas y sus cuatro

campanarios es conocida y famosa, no sólo en España, sino en el mundo entero, puesto que, según la tradición, en tiempos inmemoriales se apareció ahí la Madre de Dios y, desde entonces, a través de los siglos, ha mostrado su protección especial con repetidas gracias, milagros y portentos, hasta ganarse la indefectible piedad de los españoles, que le tributan culto con devoción, constancia y magnificencia.

La tradición, tal como ha surgido de unos documentos del siglo XIII que se conservan como un tesoro en la catedral de Zaragoza, se remonta a la época inmediatamente posterior a la Ascensión de Jesucristo, cuando los apóstoles, fortalecidos con el Espíritu Santo, se disponían a emprender la predicación del Evangelio. Se dice que, por entonces, el Apóstol Santiago el Mayor, hermano de Juan e hijo del Zebedeo, tuvo la inspiración de ir a predicar a España. Al tiempo de salir de Jerusalén, obtuvo la licencia y la bendición de la Santísima Virgen y se trasladó a aquella porción del mundo sumergida en la idolatría. Los documentos dicen textualmente que Santiago, "pasando por Asturias, llegó a la ciudad de Oviedo, en donde convirtió a varios a la fe. Continuó el viaje con sus nuevos discípulos a través de Galicia y de Castilla, hasta llegar a Aragón, el territorio que se llamaba Celtiberia, donde está situada la ciudad de Zaragoza, en las riberas del Ebro. Allí predicó Santiago muchos días y, entre los muchos convertidos eligió como acompañantes a ocho hombres, con los cuales trataba de día del reino de Dios y, por la noche, recorría las riberas para tomar algún descanso."

Junto al Ebro se encontraba Santiago cierta noche con sus discípulos, como afirman los códigos, cuando "oyó voces de ángeles que cantaban *Ave, María, gratia plena* y vio aparecer a la Virgen Madre de Cristo, de pie sobre un pilar de mármol". La Santísima Virgen, que aún vivía en carne mortal, habló con el Apóstol para pedirle que se le construyese ahí una iglesia, con el altar en torno al pilar donde estaba de pie y que "permanecerá en este sitio hasta el fin de los tiempos para que la virtud de Dios obre portentos y maravillas por mi intercesión con aquéllos que en sus necesidades imploren mi patrocinio".

Desapareció la Virgen y quedó ahí el pilar. El Apóstol Santiago y los ocho testigos del prodigio comenzaron inmediatamente a edificar una iglesia en aquel sitio y, con el concurso de los conversos, la obra se puso en marcha con rapidez. Pero antes de que estuviese terminada la iglesia, Santiago ordenó presbítero a uno de sus discípulos para servicio de la misma, la consagró y le dio el título de Santa María del Pilar, antes de regresar a Judea. Esa fue la primera iglesia del mundo dedicada en honor de la Virgen.

Hasta aquí las palabras del referido código que conserva la catedral de Zaragoza y que dio origen a la acendrada devoción por la Virgen del Pilar, que se extendió por toda España y sobrepasó las fronteras. Sin embargo, la autenticidad de estos documentos ha sido puesta en duda por los investigadores de la historia, quienes han levantado grandes dificultades en contra de la tradición. La primera y la más grave es el silencio persistente en las crónicas antiguas y medievales sobre esta aparición de la Virgen, ya que el primer documento que nos habla de ella, pertenece a los finales del siglo XIII. Sin embargo, otros muchos historiadores e investigadores defienden esta tradición y aducen el argumento de que hay una serie de monumentos o testimonios que demuestran la existencia de una iglesia dedicada a la Virgen de Zaragoza. El más antiguo de estos testimonios es el famoso sarcófago de Santa Engracia, que se conserva

en Zaragoza desde el siglo IV, cuando la santa fue martirizada y que representa en un bajo relieve, según parece, el descenso de la Virgen de los cielos para aparecerse al Apóstol Santiago. Asimismo, hacia el año 835, un monje de San Germán de París, llamado Almoino, redactó unos escritos en los que habla de la iglesia de la Virgen María de Zaragoza, "donde había servido en su tiempo (mediados del siglo III) el gran mártir San Vicente".

Por otra parte, la devoción del pueblo por la Virgen del Pilar se halla tan arraigada y desde épocas tan remotas entre los españoles, que las autoridades eclesiásticas de Roma, no obstante sus reiteradas negativas a conceder el oficio del Pilar, tuvieron que ceder a las repetidas instancias de los soberanos y los súbditos de España para autorizar el oficio definitivo en el que se consigna la aparición de la Virgen del Pilar como "una antigua y piadosa creencia". El Papa Clemente XII señaló la fecha del 12 de octubre para la festividad particular de la Virgen del Pilar, pero ya desde siglos antes, en todas las iglesias de España y entre todos los pueblos sujetos al rey católico, se celebraba la ventura de haber tenido a la Madre de Dios en su región, cuando todavía vivía en carne mortal. Es fama que el día 12 de octubre de 1492, precisamente cuando las tres carabelas de Cristóbal Colón avistaban las desconocidas tierras de América, al otro lado del Atlántico, los monjes de San Jerónimo cantaban alabanzas a la Madre de Dios en su santuario de Zaragoza, por lo cual, el 12 de octubre, día de la Virgen del Pilar, es también el "Día de la Raza".

Los datos para este artículo fueron tomados de la *Historia Universal* de César Cantú, vol. IV, pp. 495-498 de la *Enciclopedia de la Religión Católica*, vol. VII, pp. 879-883 y del *Año Cristiano* del P. J. Croisset, vol. IV, pp. 82 y 83 .

NUESTRA SEÑORA DE APPARECIDA, Patrona del Brasil (Siglo XVIII)

La devoción a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, fue propagada por los portugueses desde los primeros tiempos de su arribo al Brasil. El más insigne testimonio de esa veneración se encuentra a pocos kilómetros de Guaratinguetá, villa del estado de Sao Paulo, sobre las riberas del Parahyba, en el pueblo de la Apparecida, que debe su nombre y su origen, al célebre santuario de Nuestra Señora, levantado ahí el año de 1743.

La historia tradicional y legendaria de Nuestra Señora de Apparecida, pequeña estatua de madera negra muy delicadamente tallada, tal como se halla consignada en un documento de la época, es como sigue:

Hacia fines del año de 1717, pasó por Guaratinguetá el gobernador de Sao Paulo, Don Pedro de Almeida, conde de Assumar y, para agasajarle, salieron algunos pescadores en sus canoas a echar sus redes en el río Parahyba. Uno de ellos, por nombre Juan Alves, se apartó del resto y arrojó la red frente a un sitio de la costa denominado Puerto Itaguassú. Del primer lance, el pescador sacó en las mallas de su red un objeto cubierto de algas y hierbas en el que se adivinaba el cuerpo de una estatuilla labrada, al que le faltaba la cabeza. Asombrado ante el hallazgo, Juan volvió a lanzar la red en otra dirección y, aquella vez, logró atrapar la cabeza de la efigie. Sin pérdida de tiempo, se dirigió a la orilla, y luego de despojar a los objetos de los yerbajos que los

cubrían y de limpiarlos como mejor pudo, comprobó que la cabeza encajaba perfectamente en el cuerpo de la imagen y descubrió que ésta representaba a la Virgen María en su Concepción Inmaculada.

Nunca se supo cómo fue a parar al lecho del río aquella imagen, pero el hecho es que los pescadores que la encontraron, se la llevaron consigo y en la casa de uno de ellos, llamado Felipe Pedrosa, le aderezaron un altar y comenzó a dársele culto. Poco tiempo después, un hijo de Felipe, construyó una capillita para depositar la imagen a la mitad del camino entre Puerto Itaguassú y Guaratinguetá. Propuesta ahí a la veneración de los fieles, la Virgen María suscitó inmediatamente, por sus gracias milagrosas, un gran concurso de fieles, en número siempre creciente. La devoción a la Apparecida, como el pueblo llamó desde entonces a la imagen, se extendió en forma tan rápida que, en 1725, las autoridades eclesiásticas debieron intervenir, pusieron al cuidado de la capilla a los monjes paulinos y comenzaron a realizar la campaña para construir otra iglesia mayor. Por comisión del obispo de Río de Janeiro y gracias a su empeñosa colaboración, el santuario quedó terminado en 1743, fue solemnemente consagrado y trasladada la imagen con todos los honores. El culto creció en forma extraordinaria; de todas partes acudían peregrinaciones con riquísimos donativos para la Virgen, se confió el cuidado de la imagen y sus muchos bienes a la diócesis de Sao Paulo y, en torno al templo, comenzó a surgir la población de La Apparecida. Ya mediado el siglo XIX, se construyó el gran santuario que hoy existe y al que unos 75,000 peregrinos visitan cada año.

Los Sumos Pontífices han enriquecido el santuario con diversas gracias y privilegios, como la concesión del título de Basílica. Por decreto del Capítulo de la Basílica Vaticana, en ocasión del primer cincuentenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada, la imagen de la Apparecida fue coronada por el arzobispo de Sao Paulo; pero más solemnes todavía fueron las fiestas de la proclamación de Nuestra Señora de Apparecida como patrona del Brasil, el 16 de julio de 1930, cuando la santa imagen fue transportada en procesión triunfal a Río de Janeiro, donde fue acogida con indescriptible regocijo. Después de la coronación, en presencia del presidente de la República, ministros y hombres de estado, el cardenal Leme, arzobispo de Río, pronunció la fórmula de consagración del Brasil al Corazón Inmaculado de María, en su advocación de Nuestra Señora de Apparecida.

Los datos para este artículo fueron tomados de *Historia del Culto a María en Iberoamérica,* de R. Vargas Ugarte, s.j., pp. 803 a 805, lo mismo que de la obra d'Hubert du Manoir, s.j., *Maria-Etudes sur la Sainte Vierge,* vol. v, pp. 373-374.

SAN MAXIMILIANO, OBISPO DE LORCH, MÁRTIR (¿284? P.C.)

MAXIMILIANO fue el apóstol de la región del Imperio Romano conocida con el nombre de Nóricum, que se extendía entre Estiria y Baviera. Según la tradición, fue él quien introdujo el cristianismo en Lorch, cerca de Passau y ahí sufrió el martirio; pero los detalles que nos dan las "actas", que datan del siglo XIII, no merecen crédito alguno. Según dichas actas, el santo nació en Cilli (Steiermark) de Estiria y, a los siete años, se le confió a un sacerdote para que le educase. Algunos años después, Maximiliano repartió entre los pobres su rica herencia y emprendió una peregrinación a Roma. El Papa Sixto

II le envió a evangelizar Nóricum, y el santo fijó su residencia episcopal en Lorch; no obstante las persecuciones de Valeriano y Aureliano, el santo sobrevivió veinte años y convirtió a numerosas personas. Pero en el reinado de Numeriano, el prefecto de Nóricum lanzó una nueva persecución, y San Maximiliano fue convocado para que ofreciese sacrificios a los dioses. Al rehusarse a ello, fue decapitado fuera de las murallas de la ciudad de Cilli, en un sitio que todavía se muestra a los visitantes.

Las *actas* pueden verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. IV, con la introducción acostumbrada. Véase también Ratzinger, *Forschungen z. bayr. Gesch.* (1898), pp. 325 ss; y J. Zeiller, *Les origines chrétiennes dans les provinces danubiennes* (1914).

SANTOS FELIX, CIPRIANO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES
(*c.* 484 P.C.)

EL SEGUNDO párrafo del Martirologio Romano en el día de hoy, reza así: "En Africa, el triunfo de 4966 santos, confesores y mártires sacrificados por los vándalos en el reinado del arriano Hunerico. Entre la inmensa multitud de fieles se contaban varios obispos, sacerdotes y diáconos de las diferentes Iglesias. Primero fueron desterrados a un espantoso desierto, por defender la fe católica. Los moros torturaron cruelmente a muchos de ellos. A unos los obligaron a correr sobre los filos de las espadas, a otros los apedrearon, a otros más les ataron las piernas y los arrastraron sobre las rocas hasta despedazarlos. Finalmente, todos alcanzaron la corona de un glorioso martirio. Entre ellos se encontraban los obispos Félix y Cipriano, distinguidos sacerdotes del Señor". Víctor de Vita, obispo africano que fue testigo presencial de los hechos, describe en detalle la persecución de los vándalos arrianos cuyo resumen acabamos de leer.

Hunerico desterró por centenares a los cristianos al desierto de Libia, donde perecieron en las más feroces torturas. Algunos fueron encerrados en una reducida construcción, donde los visitó el obispo Víctor, quien más tarde, describió aquella estrecha cárcel, como un foso tan siniestro y espantoso como el tristemente célebre "agujero negro" de Calcuta. Cuando llegó finalmente la orden de partir al desierto, los cristianos salieron de aquella mazmorra cantando salmos y desfilaron entre el coro de lamentaciones de sus correligionarios que estaban aún en libertad. Algunos de estos últimos, entre los que se contaban muchas mujeres y niños, siguieron voluntariamente al destierro a los confesores de la fe. Los guardias, viendo que San Félix, obispo de Abbir, era ya muy anciano y estaba casi paralítico, sugirieron a Hunerico que le dejase morir en la prisión, pero el salvaje tirano respondió que si Félix estaba demasiado débil para cabalgar, le atasen a una yunta de bueyes para que éstos le llevasen a rastras al desierto. San Félix hizo el viaje atado al lomo de una mula. Muchos de los más jóvenes y vigorosos murieron en el camino. Cuando alguno caía extenuado, los guardias le levantaban a punta de lanza y, si veían que no podía continuar el viaje, le echaban a un lado del camino para que pereciese de sed y de fatiga. San Cipriano, que era también obispo, dedicó todas sus energías a asistir y alentar a los cristianos, hasta que fue aprehendido y desterrado; murió en el destierro, víctima de los malos tratos que había recibido.

Prácticamente todo lo que sabemos acerca de estos mártires se reduce a lo que nos cuenta Víctor de Vita, cuyo relato se cita y se discute en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VI. Es

curioso que ni en el antiguo calendario de Cartago ni en el *Hieronymianum* se mencione a estos mártires.

SANTA ETELBURGA, Abadesa de Barking, Virgen (*c.* 678 p.c.)

Se dice que Santa Etelburga nació en Stallington del Lindsey. Era hermana de San Erconwaldo, y se cuenta que "estaban unidos por los lazos del amor fraternal y eran como un solo corazón y una sola alma". Enardecida por el ejemplo de su hermano, Santa Etelburga determinó consagrarse a Dios en la vida religiosa y nada pudo hacerla vacilar en su resolución, porque el mundo pierde todo poder sobre aquéllos que están sinceramente poseídos por las verdades eternas. Antes de ser elegido obispo de Londres, San Erconwaldo fundó un monasterio en Chertsey y otro en Barking, en Essex. Este último era un monasterio mixto del que Santa Etelburga fue la primera abadesa. Pero, ya que ella y las otras religiosas carecían de experiencia, Santa Hildelita fue enviada de una abadía de Francia para vigilar los primeros pasos del monasterio. Se dice que entre Santa Hildelita y Santa Etelburga existía una especie de emulación en materia de austeridad. Cuando Santa Etelburga quedó como única superiora, supo conducir suavemente a sus religiosas por el camino de la virtud y perfección cristianas. "Se mostraba en todo digna hermana de San Erconwaldo, observaba escrupulosamente la regla, era muy devota y ordenada y el cielo ilustró con algunos milagros su sabio gobierno." San Beda relata varios de los milagros de Santa Etelburga.

Durante una epidemia, murieron varios monjes del monasterio que fueron sepultados en la iglesia. Entonces, las religiosas comenzaron a discutir si las monjas debían ser enterradas en el mismo sitio. Como no pudiesen llegar a ningún acuerdo, decidieron confiar a Dios la solución del problema. Una mañana, cuando oraban junto a la tumba de sus hermanos, después de los maitines, un rayo de luz (que, según la descripción de Beda, era tan brillante como el sol) se posó sobre la tumba de los monjes, en tanto que un segundo rayo de la misma intensidad señalaba otro sitio en la iglesia. Las religiosas comprendieron que ese prodigio "mostraba el lugar en el que sus cuerpos habían de descansar en espera del día de la resurrección". San Beda cuenta la historia conmovedora de un niño de tres años, recogido por las religiosas, que murió pronunciando el nombre de una de ellas, llamada Edith, quien le siguió poco después a la tumba. Otra religiosa, cuyo nombre había también pronunciado el niño, entró en agonía a la media noche y pidió una antorcha, diciendo: "Seguramente pensaréis que estoy loca, pero no lo estoy. Veo esta habitación iluminada por una luz tan intensa, que la llama de la antorcha me parece más bien oscuridad." Como sus hermanas no hiciesen caso de su petición, la moribunda exclamó: "Está bien, dejad brillar vuestra antorcha; pero su luz no es ciertamente la que va a iluminarme al amanecer." En efecto, Dios la llamó al cielo al despuntar el alba.

Una religiosa llamada Teorigita, que había estado en cama durante nueve años, tuvo una revelación sobre la próxima muerte de Santa Etelburga. La santa había llevado una vida tan edificante, "que ninguno de los que la conocían tenía la menor duda de que su alma iría directamente al cielo", dice Beda. Tres años más tarde, poco antes de morir, Teogirita perdió el habla, pero súbitamente la recobró y dijo: "Vuestra venida es un motivo de gran gozo

para mí. Sed bienvenida." A continuación, conversó largamente con la visitante invisible y le preguntó cuánto tiempo le quedaba de vida. Los presentes le preguntaron con quién hablaba, y la religiosa respondió: "Con mi queridísima madre Etelburga". La diócesis de Brentwood celebra la fiesta de Santa Etelburga.

Muy poco se puede añadir al relato que nos dejó Beda en su *Historia ecclesiastica*, lib. IV (edición y notas de Plummer); sin embargo, los bolandistas publicaron también la biografía escrita por Capgrave. En los calendarios medievales (Stanton, *Menology*, p. 486) y en ciertas antífonas, etc. (Hardy, *Materials*, vol. I, p. 385), hay huellas del culto medieval de Santa Etelburga. Acerca de la biografía de Goscelino de Canterbury que se conserva en el Gotha MS, véase *Analecta Bollandiana*, vol. LVIII (1940), p. 101.

SAN WILFRIDO, Obispo de York (709 p.c.)

San Wilfrido se distinguió entre los primeros personajes de la Iglesia en Inglaterra por su ardiente defensa de las costumbres y de la disciplina de la Iglesia de Roma y por sus estrechas relaciones con la Santa Sede. Nació el año 634 en Nortumbría; se dice que su ciudad natal era Ripon, pero hasta ahora no está probado. La madre de Wilfrido murió pronto, y su madrastra le trataba con tal rudeza que el niño partió a los trece años a la corte del rey Oswino de Nortumbría. La reina Eanfleda le tomó cariño y le envió a proseguir sus estudios en el monasterio de Lindisfarne. Al cabo de algún tiempo, viendo Wilfrido que en el monasterio no podría alcanzar la perfección que deseaba, pues las costumbres célticas que ahí se observaban no le satisfacían, determinó hacer un viaje por Francia e Italia. En Canterbury se detuvo algún tiempo para estudiar ahí la disciplina romana bajo la dirección de San Honorio y aprendió el salterio en la versión romana, que hasta entonces no conocía. El año 654, San Benito Biscop, paisano de San Wilfrido, pasó por Kent rumbo a Roma, y San Wilfrido partió con él en ese primer viaje.

San Wilfrido pasó un año en Lyon con el obispo de dicha ciudad, San Anemundo, el cual le tomó tanto cariño, que le ofreció la mano de su sobrina y un porvenir muy brillante; pero el joven permaneció inconmovible en su decisión de consagrarse enteramente a Dios. En Roma se puso bajo la dirección del archidiácono Bonifacio, hombre muy piadoso y sabio, que ejercía el cargo de secretario del Papa San Martín y tenía positivo placer en instruir a su joven discípulo. Más tarde, San Wilfrido volvió a Lyon, donde pasó tres años; ahí recibió la tonsura según la costumbre romana, lo cual era como un testimonio visible de su desacuerdo con los usos célticos. San Anemundo tenía la intención de hacer de él su sucesor en la sede de Lyon, pero fue asesinado repentinamente, y San Wilfrido sólo escapó con vida porque era extranjero. Inmediatamente volvió a Inglaterra. El rey Alfredo de Deira, había oído decir que Wilfrido conocía perfectamente las costumbres romanas y le pidió que instruyese en ellas a su pueblo. Dicho monarca había fundado poco antes un monasterio en Ripon, cuyos monjes, entre los que se contaba San Cutberto, habían venido de Melrose. El rey les ordenó que adoptasen las costumbres romanas, pero el abad Eatta, Cutberto y algunos más, prefirieron retornar a Melrose. San Wilfrido fue nombrado entonces abad del monasterio, en el que introdujo la regla de San Benito. Poco después, recibió la ordenación sacerdotal de manos de San Agilberto, quien era entonces obispo de los sajones occidentales.

San Wilfrido empleó toda su influencia para atraer al clero del norte de Inglaterra a las costumbres romanas. La principal dificultad era la fecha de la Pascua, que los celtas observaban erróneamente. Por ejemplo, se cuenta que el rey Oswino y la reina Eanfleda, originarios ambos de Kent, solían observar la Cuaresma y la Pascua en fechas diferentes en la misma corte. Para poner fin a ese estado de cosas, el año 663 o 664, se reunió un sínodo en el monasterio de San Gildas en Streaneshalch (hoy Whitby), al que asistieron los reyes Oswy y Alfrido. Según lo referimos en nuestro artículo sobre San Colmano (18 de febrero), quien era entonces obispo de Lindisfarne, el sínodo terminó con el triunfo de los partidarios de la disciplina romana, y San Colmano se retiró a Iona. Tuda fue consagrado entonces obispo para suceder a San Colmano; pero Tuda murió poco después, y el rey Alfrido elevó a San Wilfrido a la sede episcopal. Nuestro santo, que equivocadamente consideraba como cismáticos a los obispos del norte que no habían adoptado la disciplina romana, fue a Compiègne a recibir la consagración episcopal de manos de su antiguo amigo San Agilberto, quien había vuelto a su país natal. San Wilfrido, que tenía entonces unos treinta años, permaneció algún tiempo en Francia y, por causas de un naufragio, se dilató aún más su retorno a Inglaterra. Entre tanto, el rey Oswy había enviado a San Chad, abad de Lastingham, a recibir la consagración episcopal de manos de Wino, obispo de los sajones occidentales, y le había nombrado obispo de York. A su vuelta a Inglaterra, San Wilfrido encontró su sede ya ocupada y se retiró calladamente a un monasterio en Ripon. El rey Wulfhero solía convocarle frecuentemente a Mercia para que confiriese la ordenación sacerdotal a los candidatos. En una ocasión, el rey Egberto le invitó a Kent por la misma razón; San Wilfrido volvió de Kent con un monje llamado Eddio Stephanus, quien llegó a ser su amigo íntimo y su biógrafo.

El año 669, San Teodoro, que acababa de ser elegido arzobispo de Canterbury, descubrió durante la visita de su arquidiócesis que la elección de San Chad había sido irregular y le destituyó de la sede de York; en su lugar nombró a San Wilfrido. Con la ayuda de Eddio, quien había ocupado un cargo de importancia en Canterbury, San Wilfrido estableció el canto romano en las iglesias del norte, restauró la catedral de York y desempeñó sus funciones episcopales en forma ejemplar. Hizo a pie la visita de su extensa diócesis y consiguió ganarse el cariño y el respeto de su pueblo, pero no el del príncipe Egfrido, sucesor de Oswy. El año 659, Egfrido había contraído matrimonio con Santa Etelreda, hija del rey Anna de Anglia del este. La reina se negó a consumar el matrimonio durante diez años; San Wilfrido, a quien apeló la reina cuando su marido quiso hacer valer su derechos, apoyó su causa y la ayudó a abandonar el palacio y a ingresar en el monasterio de Coldingham. Ante esa actitud del santo, Egfrido se sintió ofendido y dio rienda suelta a su resentimiento. Cuando corrió la noticia de que San Teodoro tenía el proyecto de dividir la extensa diócesis sufragánea de Nortumbría, el rey apoyó el proyecto; por otra parte, se dedicó a crear obstáculos a San Wilfrido y pidió que fuese depuesto. Según parece, Teodoro prestó oídos a las quejas de Egfrido, dividió la diócesis de York y consagró a tres obispos en la propia catedral de San Wilfrido. Este apeló al juicio de la Santa Sede el año 677 o 678. Fue el primer caso de apelación de la Iglesia de Inglaterra a Roma. San Wilfrido emprendió el viaje a la Ciudad Eterna; pero los vientos contrarios arrojaron la nave a la costa de Frieslandia, y el santo pasó ahí el invierno y la primavera del año

siguiente, predicando y bautizando a los habitantes de la región. Tal fue el comienzo de la misión que San Wilibrordo y otros apóstoles llevarían a feliz término más tarde.

Después de pasar algún tiempo en Francia, San Wilfrido llegó a Roma a fines del año 679. El Papa San Agatón estaba ya al corriente de los sucesos en Inglaterra, gracias a los informes de un monje a quien Teodoro había enviado a Roma con unas cartas. Para discutir el asunto, el Papa reunió un sínodo en Letrán. El sínodo dispuso que San Wilfrido debía ser restituido a su diócesis y que a él tocaba elegir a sus coadjutores o sufragáneos. En cuanto llegó a Inglaterra, San Wilfrido, que había asistido en Roma al Concilio de Letrán que condenó la herejía monoteleta, se presentó ante el rey Egfrido y le dio a leer los documentos pontificios. El monarca gritó que San Wilfrido había obtenido esos decretos del Pontífice con soborno y mandó que le encarcelaran durante nueve meses. Cuando salió de la prisión, el santo se dirigió a Sussex pasando por Wessex. Aunque aún había muchos paganos entre los sajones del sur, el rey Etelwaldo, que había sido bautizado recientemente en Mercia, le acogió con los brazos abiertos. El santo convirtió con su predicación a la mayoría de los habitantes y evangelizó también la isla de Wight. En Sussex devolvió la libertad a 250 esclavos. Cuando llegó a Sussex, el hambre y la sequía asolaban la región; pero el día en que bautizó a los primeros neófitos cayó una lluvia muy abundante. San Wilfrido enseñó también al pueblo a pescar, lo cual resultó muy benéfico, pues en la región sólo se conocía la pesca de anguilas. Los acompañantes del obispo adaptaron las redes utilizadas para atrapar anguilas de manera que sirviesen para los peces y, en la primera salida pescaron trescientas piezas. San Wilfrido regaló cien peces a los pobres, dio otros cien a quienes le habían prestado las redes y guardó los cien restantes para su comitiva. El rey le regaló entonces una parcela de tierra, donde el santo estableció un monasterio, que se convirtió más tarde en cabecera de una diócesis, que después se cambió a Chichester.

San Wilfrido tenía su residencia en la península de Selsey. Durante los cinco años siguientes, hasta la muerte del rey Egfrido, San Teodoro, que era ya muy anciano y estaba enfermo, le rogó frecuentemente que fuese a verle en casa del obispo de Londres, San Erconwaldo. Cuando por fin tuvo lugar la reunión, San Teodoro confesó toda su vida a sus dos hermanos en el episcopado y dijo a San Wilfrido: "Lo que más me duele es haber consentido en vuestra deposición sin que vos me hubieseis dado causa alguna para ello. Confieso mi crimen a Dios y a San Pedro y los pongo por testigos de que haré cuanto esté en mi mano por reparar mi falta y reconciliaros con los reyes y señores que son amigos míos. Sé que no viviré hasta el fin de este año y, antes de morir, quiero dejaros establecido como sucesor mío en mi diócesis." San Wilfrido replicó: "Que Dios y San Pedro perdonen todas nuestras disputas. En cuanto a mí, os prometo que pediré siempre por vos. Escribid a vuestros amigos que me restituyan en mi diócesis, según lo disponen los decretos de la Santa Sede. Más tarde, una asamblea estudiará el asunto de vuestro sucesor." Así pues, San Teodoro escribió a Alfrido, sucesor de Egfrido, a Etelredo, rey de Mercia, a Santa Elfleda, quien había sucedido a Santa Hilda en el gobierno de la abadía de Whitby y a algunos otros. Alfrido restituyó a San Wilfrido en su diócesis el año 686 y le devolvió el monasterio de Ripon. La historia del desarrollo de los sucesos en el norte es muy oscura y complicada; el hecho es que, cinco

años después, surgieron ciertas dificultades entre Alfrido y San Wilfrido, y éste fue nuevamente desterrado, el año 691. Entonces se refugió en los dominios de Etelredo de Mercia, quien le confió la administración de la sede vacante de Lichfield, y el santo desempeñó ese oficio durante cinco años. El nuevo arzobispo de Canterbury, San Bertwaldo, a quien no simpatizaba San Wilfrido, convocó el año 703 un sínodo en el cual se decretó, a instancias de Alfrido, que San Wilfrido renunciase a su diócesis y se retirase a la abadía de Ripon. San Wilfrido, en un discurso conmovedor, recordó todo la que había hecho por la Iglesia en el norte y apeló nuevamente a la Santa Sede. El sínodo se disolvió, y el santo, que tenía ya setenta años, emprendió su tercer viaje a Roma.

También sus enemigos enviaron representantes a la Ciudad Eterna, donde se examinó el asunto en varias sesiones consecutivas. Naturalmente, la comisión encargada de estudiar el caso estaba influenciada por la decisión anterior de San Agatón. Por otra parte, los enemigos de San Wilfrido admitían que su vida había sido siempre irreprochable y que es imposible deponer a un obispo contra el que no se puede probar ninguna acusación canónica. La comisión resolvió que, si era necesario dividir la sede de San Wilfrido, había sido injusto proceder a ello sin consultar al santo y sin reservarle una de las diócesis nuevas, y que sólo un sínodo provincial podía haber decretado la división de la diócesis. Además, como San Wilfrido era el mejor conocedor de los cánones de la Iglesia de Inglaterra, según lo había reconocido San Teodoro, consiguió meter en aprietos a muchos personajes de la corte. En efecto, es interesante observar que el santo jamás había exigido la jurisdicción de un metropolitano sobre la sede de York, ya que el palio había sido concedido a San Paulino y no a él. San Wilfrido encontró en Roma la protección y la aprobación que merecía su heroica virtud. El Papa Juan VI escribió a los reyes de Mercia y Nortumbría y encargó al arzobispo Bertwaldo que convocase a un sínodo para hacer justicia al santo; al mismo tiempo, amenazó con emplazar a los enemigos de San Wilfrido, si no cumplían sus órdenes.

A pesar de todo, el rey Alfrido mantuvo su oposición a San Wilfrido cuando éste retornó a Inglaterra, pero el monarca falleció el año 705 y, durante su última enfermedad, se arrepintió de todas las injusticias que había cometido contra él, según testificó su hermana Santa Elfleda. Habiendo reivindicado así los cánones y la autoridad de la Santa Sede, San Wilfrido no tuvo dificultad en aceptar un compromiso; en efecto, cedió la sede de York a San Juan de Beverley y se contentó con la diócesis de Hexham, que administró prácticamente desde su monasterio de Ripon. Eddio escribe a propósito de la toma de posesión de San Wilfrido: "Ese día se abrazaron y besaron todos los obispos, unos a otros, partieron el pan y comulgaron juntos. Una vez que dieron gracias a Dios por el feliz suceso, retornaron a sus respectivas diócesis llenos de la paz de Cristo." El año 709, San Wilfrido visitó los monasterios de Mercia que él mismo había fundado y falleció en uno de ellos, el de Oundle, en Northamptonshire, después de haber repartido sus bienes entre sus monasterios, sus iglesias y sus antiguos compañeros de destierro. Su cuerpo fue sepultado en su iglesia de San Pedro de Ripon. T. Hodkin, en su "Historia de Inglaterra durante la conquista de los normandos", confiesa que "la vida de San Wilfrido, con su extraña sucesión de triunfos y desventuras, es uno de los problemas más complejos de la historia del primer período anglo-sajón". Pero el mismo autor añade: "San Wilfrido preguntó justamente una y otra vez: '¿De qué crímenes

me acusáis?' Y, a lo que parece, sus enemigos no podían acusarle de ningún crimen." Por otra parte, el historiador Hodgkin no vacila en describir al santo como " un valeroso anciano" y "el más grande de los personajes eclesiásticos" de Nortumbría. Aunque las tempestades se acumularon sobre San Wilfrido, nunca perdió el ánimo ni insultó a sus perseguidores. Su amigo y biógrafo, Eddio, le describe como un hombre "cortés con todo el mundo, muy activo, caminante infatigable, siempre dispuesto a hacer el bien, sin desalentarse jamás." Su nombre figura en el Martirologio Romano. Su fiesta se celebra en la mayoría de las diócesis inglesas y la oración que le corresponde en el breviario está tomada del antiguo oficio de la diócesis de York.

Además del detallado relato de Beda, los principales materiales son: una biografía muy completa escrita por su compañero y discípulo, Eddio (traducida al inglés por B. Colgrave en 1927), un poema un tanto ampuloso de Frithegod (c 945) y algunos documentos posteriores, como la biografía o las biografías de Eadmer. Dichas fuentes se hallan reunidas en el primer volumen de la obra de Raine, *Historians of the Church of York* (Rolls Series). Sería imposible discutir aquí los múltiples conflictos de la vida de San Wilfrido. Nuestro artículo está basado sustancialmente en los relatos de Beda y de Eddio. Aunque hay razones para sospechar que Eddio suprimió ciertos incidentes que podían ensombrecer un tanto la figura de su biografiado, no existe ninguna prueba de que haya realmente falsificado la historia. Véase R. L. Pool,c *Studies in Chronology and History* (1934), pp. 56-81; F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England* (1943); W. Levison, *England and the Continent in the Eighth Century* (1946); E. S. Duckett, *Anglo-Saxon Saints and Scholars* (1947). Alistair Campbell editó en 1950 el poema de Frithegod.

SAN SERAFIN (1604 P.C.)

EN LO EXTERIOR, la vida de San Serafín fue tan poco pintoresca como puede serlo la de un hermanito lego; sin embargo, por ella alcanzó las cumbres de la vida espiritual y se cuentan de él numerosos milagros. Nació de padres muy humildes en Montegranaro, en 1540. Como tantos otros santos, Serafín fue pastor en su niñez. Al quedar huérfano, entró a trabajar con un hermano suyo que era albañil, quien le trataba brutalmente. A los dieciséis años de edad, Serafín huyó de su casa e ingresó como hermano lego en el convento de los capuchinos. Siempre había sido muy bueno y devoto y pronto empezó a hacer rápidos progresos en el camino de la virtud heroica. Todas las noches pasaba tres horas ante el Santísimo Sacramento y no se acostaba sino hasta después de maitines. Con su bondad y amabilidad, convirtió a muchos pecadores y se ganó el cariño de los pobres. Si sus superiores se lo hubiesen permitido, Serafín habría ido a predicar entre los infieles, como su padre San Francisco; pero Dios le quería en la oscuridad y el buen hermanito aceptó sin murmurar su voluntad. El decreto de canonización, publicado en 1767, refiere dos de sus milagros. En el curso de una peregrinación a Loreto, San Serafín vadeó sin mojarse el río Potenza, que estaba muy crecido. En otra ocasión, el superior le reprendió por haber recogido las legumbres del huerto del convento para repartirlas entre los pobres; al día siguiente, las legumbres habían crecido nuevamente como si nunca hubiesen sido cortadas. San Serafín solía curar a los enfermos haciendo sobre ellos la señal de la cruz. Poseía, además, un gran discernimiento de espíritus y el don de predecir el futuro, de suerte que los dignatarios civiles y eclesiásticos acostumbraban consultarle. Murió en Ascoli Piceno, en octubre de 1604.

En *Annales Ordinis Capuccini* (1639), Z. Boviero narra con cierto detalle la vida de San Serafín; su artículo ha sido reproducido en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VI, junto con el texto de la bula de canonización. Existen además las biografías de C. de Harenberg (1642), P. B. Joannini (1709) y Mons. Svampa (1904).. Véase también Ernest de Beaulieu, *Deux émules de St Félix de Cantalice* (1919). En la obra de Giuseppe da Fermo, *Gli Scrittori Capuccini delle Marche* (1928), se encontrarán otros datos bibliográficos.

13: SAN EDUARDO EL CONFESOR (1066 P.C.)

DESPUES del abandono, las luchas y la opresión durante el reinado de los dos soberanos daneses, Harold Harefoot y Artacanuto, el pueblo inglés acogió con júbilo al representante de la antigua dinastía inglesa, San Eduardo el Confesor. "Todos reconocieron sus derechos", y la paz y tranquilidad que prevalecieron en su reinado, hicieron de él el más popular de los monarcas ingleses, aunque hay que reconocer que los normandos, a quienes el santo había favorecido con su amistad, exageraron más tarde la importancia de su gobierno. Las cualidades que merecieron a Eduardo ser venerado como santo, se refieren más bien a su persona que a su administración como soberano, pues, si bien era un hombre piadoso, amable y amante de la paz, carecía tal vez de la energía necesaria para dominar a algunas de las poderosas personalidades que le rodeaban. Ello no significa que haya sido un hombre débil ni supersticioso, como se ha dicho algunas veces. Aunque su salud no era vigorosa, poseía una fuerza de voluntad poco aparatosa, pero capaz de triunfar de la influencia de sus enemigos. Eduardo era hijo de Etelredo y de la normanda Ema. Durante la época de la supremacía danesa, fue enviado a Normandía, cuando tenía diez años, junto con su hermano Alfredo. Este volvió a Inglaterra en 1036; fue capturado, mutilado y al fin murió a causa de los malos tratos que le prodigó el conde Godwino. En vista de ello, San Eduardo no volvió a su patria sino hasta 1042, cuando fue elegido rey; tenía entonces cuarenta años. Al cumplir cuarenta y dos, contrajo matrimonio con Edith, la hija de Godwino. Era ésta una joven muy bella y piadosa, "cuya mente era un verdadero arcón de artes liberales". La tradición sostiene que San Eduardo y su esposa guardaron perpetua continencia, por amor a Dios, y como un medio para alcanzar la perfección; pero el hecho no es del todo cierto, y mucho menos sus motivos. Guillermo de Malmesbury, quien escribió ochenta años más tarde, afirma que todo el mundo sabía que el rey y la reina observaban la continencia, pero añade: "Lo que no se ha conseguido averiguar es si el monarca procedía así por desprecio a la familia de su esposa o simplemente por amor a la castidad." El cronista Rogelio de Wendover repite esta opinión, pero cree que San Eduardo no quería "tener sucesores que perteneciesen a una familia de traidores". Sin embargo, debe reconocerse que ese motivo parece traído por los cabellos. En este caso no existe razón alguna para preguntarnos por qué San Eduardo contrajo matrimonio si no pensaba consumarlo, ya que el poder del conde Godwino constituía la mayor amenaza para su reino y su matrimonio lo resguardaba.

En efecto, Godwino era el principal enemigo de un grupo de normandos cuya influencia se dejaba sentir sobre todo en la corte, tanto en el nombramiento de los obispos como en otras materias de menor importancia. Al cabo

de una serie de incidentes, la hostilidad que existía entre los dos grupos hizo crisis, y Godwino junto con su familia fueron desterrados; aun la misma reina fue encerrada en un convento por algún tiempo. Ese mismo año de 1051, Guillermo de Normandía fue a visitar la corte de Eduardo y probablemente éste le ofreció entonces la sucesión; puede decirse, por tanto, que la conquista normanda no comenzó en la batalla de Hastings, sino en el momento en que San Eduardo subió al trono. Algunos meses más tarde, Godwino se presentó nuevamente en la corte, pero como ninguno de los dos adversarios quería embarcarse en una guerra civil, San Eduardo le devolvió sus posesiones, y los miembros del consejo real "pusieron fuera de la ley a todo francés que hubiese cometido crímenes, dado sentencias injustas y aconsejado mal en los dominios del rey". El arzobispo de Canterbury y otro obispo, que eran normandos, huyeron a Francia "en una nave sin timón". Los cronistas de la época alaban sobre todo las "leyes y costumbres del buen rey Eduardo" y el hecho de que hubiese librado al país de la guerra civil. Las únicas empresas militares de importancia fueron las que entablaron Harold de Wessey, hijo de Godwino y Gruffydd ap Llywelyn, en las Marcas de Gales, así como las expediciones del conde Siward para reforzar a Malcolm III de Escocia contra el usurpador MacBeth. La administración equitativa y justa de San Eduardo le hizo muy popular entre sus súbditos. La perfecta armonía que reinaba entre él y sus consejeros se convirtió más tarde, un tanto idealizada, en el sueño dorado del pueblo, ya que durante el reinado de Eduardo, los barones normados y los representantes del pueblo inglés ejercieron una profunda influencia en la legislación y el gobierno. Uno de los actos más populares del reinado de San Eduardo fue la supresión del impuesto para el ejército; los impuestos recaudados de casa en casa en la época del santo, fueron repartidos entre los pobres.

Guillermo de Malmesbury nos dejó la siguiente descripción del santo monarca: Era "un hombre elegido por Dios: vivía como un ángel en medio de sus ocupaciones administrativas y era evidente que Dios lo llevaba de la mano... Era tan bondadoso, que jamás hizo el menor reproche al último de sus criados." Se mostraba especialmente generoso con los extranjeros pobres y ayudaba mucho a los monjes. Su diversión favorita era la caza con arco y con aves de presa, y solía pasar varios días seguidos en los bosques; pero ni siquiera en esas ocasiones dejaba de asistir diariamente a misa. Era alto y majestuoso, de rostro sonrosado y de barba y cabello blancos.

Durante su destierro en Normandía, San Eduardo había prometido ir en peregrinación al sepulcro de San Pedro en Roma, si Dios se dignaba poner término a las desventuras de su familia. Después de su ascenso al trono, convocó un concilio y manifestó públicamente la promesa con que se había ligado. La asamblea alabó la piedad del monarca, pero le hizo ver que su ausencia abriría el camino a las disensiones en el interior del país y a los ataques de las potencias extranjeras. El rey se dejó convencer por el peso de esas razones y determinó someter el asunto al juicio del Papa San León IX, quien le conmutó su promesa por la obligación de repartir entre los pobres una suma de dinero igual a la que hubiese gastado en el viaje y le ordenó que dotase a un monasterio en honor de San Pedro. San Eduardo escogió para esto una abadía en las cercanías de Londres, en un sitio llamado Thorney, la reconstruyó y la dotó con gran munificencia, empleando en ello su propio patrimonio, y obtuvo que el Papa Nicolás II concediese a la abadía amplios privilegios

y exenciones. Dicha abadía recibió a partir de entonces el nombre de West Minster (monasterio del oeste) para distinguirla de la de San Pablo, que estaba situada al este de la ciudad. Originalmente había en el monasterio setenta monjes. Más tarde, se disolvió la comunidad y la iglesia fue transformada en colegiata por la reina Isabel I. Los monjes de la abadía de San Lorenzo de Ampleforth son los sucesores jurídicos de los monjes de la abadía fundada por San Eduardo. La iglesia actual, conocida con el nombre de Westminster Abbey, fue construida en el siglo XIII, en el sitio donde se levantaba la abadía de San Eduardo.

El último año de la vida del santo, se vio turbado por la tensión entre el conde Tostig Godwinsson de Nortumbría y sus súbditos; finalmente, el monarca tuvo que desterrar al conde. Durante las fiestas de la Navidad de ese año, se llevó a cabo con gran solemnidad y en presencia de todos los nobles, la consagración del coro de la iglesia abacial de Westminster, el 28 de diciembre de 1065. San Eduardo estaba ya muy enfermo y no pudo asistir a la ceremonia; Dios le llamó a Sí una semana más tarde. Su cuerpo fue sepultado en la abadía.

La canonización de San Eduardo tuvo lugar en 1161. Dos años después, su cuerpo, que estaba incorrupto, fue trasladado por Santo Tomás Becket a una capilla del coro de la abadía, el 13 de octubre, fecha en que se celebra actualmente su fiesta. El Martirologio Romano menciona también al santo el 5 de enero, aniversario de su muerte. En el siglo XIII, el cuerpo de San Eduardo fue trasladado a una capilla situada detrás del altar mayor, donde reposa en la actualidad; sus reliquias son las únicas que permanecieron en su sitio (si se exceptúan las reliquias de un santo desconocido llamado Wite, que se conservan en Whitchurch de Dorsetshire), después de la tormenta de impiedad desatada por Enrique VIII y sus sucesores. A San Eduardo se atribuyó por primera vez el ejercicio del poder de curar "el mal de los reyes" (la escrófula); sus sucesores ejercitaron también ese poder, aparentemente con éxito. Alban Butler afirma que, "desde la revolución de 1688, sólo la reina Ana tuvo ese poder"; pero el cardenal Enrique Estuardo (que era de *iure* Enrique IX y murió en 1807) también lo ejerció. San Eduardo es el principal patrono de la ciudad de Westminster y patrono secundario de la arquidiócesis; su fiesta se celebra no sólo en Inglaterra, sino en toda la Iglesia de occidente desde 1689.

H. R. Luard publicó en 1858 en la *Rolls Series* una colección de biografías de San Eduardo. Dicha colección incluye, además de un poema franco-normando y un poema latino de fecha tardía, la obra anónima titulada *Vita Aeduardi Regis*, escrita, según se cree, poco después de la muerte del santo. Osberto de Clare escribió otra biografía hacia 1141; fue editada en *Analecta Bollandiana* (vol. XLI, 1923, pp. 5-31) por M. Bloch, quien expone largamente su opinión de que la biografía anónima no es anterior al siglo XII y debió ser escrita entre los años 1103 y 1120. Sobre este punto véase H. Thurston, en *The Month*, mayo de 1923, pp. 448-451; y R. W. Southern, en *Eng. Hist. Rev.*, vol. LVIII (1943), pp. 385 ss. Existe otra biografía, que es una adaptación de la de Osberto, llevada a cabo por San Etelredo; ha sido frecuentemente editada entre las obras de dicho santo. Además, hay una buena cantidad de noticias biográficas en la *Crónica Anglo-sajona* y en las obras de Guillermo de Malmesbury y Enrique de Huntingdon. Inútil decir que los historiadores modernos han estudiado a fondo el reinado de San Eduardo, por quien generalmente no tienen gran simpatía; véase sobre todo E. A. Freeman, *Norman Conquest*, vol. II. Acerca de la relación de San Eduardo con Westminster, véase a Fleete, *History of Westminster Abbey*, editada por Armitage Robinson (1909). Por lo que se refiere a la fama de San Eduardo como legislador, F. Liebermann demostró en *Gesetze der Angelsachen* que el llamado "Código de San Eduardo" fue redactado cincuenta años después de la conquista normanda y que no está basado en ninguna de las leyes que se

atribuyen a San Eduardo. Acerca del poder de curar el mal de los reyes, cf. M. Bloch, *Les rois thaumaturges* (1924).

SANTOS FAUSTO, GENARO y MARCIAL, MÁRTIRES (¿304? P.C.)

PRUDENCIO llama a estos santos "las tres Coronas de Córdoba". Su martirio tuvo lugar en aquella ciudad andaluza. Primero Fausto, después Genaro y finalmente Marcial, que era el más joven, fueron atormentados en el potro. El juez ordenó a los verdugos que intensificasen gradualmente la tortura hasta que los mártires se decidiesen a ofrecer sacrificios a los dioses. Fausto gritó: "¡No hay más que un Dios, que es nuestro Creador!" El juez mandó que le cortasen la nariz, las orejas, los párpados y el labio inferior. A medida que le cortaban esas partes, el mártir prorrumpía en un himno de acción de gracias. Genaro no salió mejor librado que su compañero y, entretanto, Marcial presenciaba con gran constancia el horrible espectáculo, tendido en el potro. El juez le exhortó a obedecer al edicto imperial; pero Marcial respondió resueltamente: "Jesucristo es mi único consuelo. Sólo hay un Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quien sean dados todo honor y toda gloria." Los tres mártires fueron condenados a perecer quemados vivos y ofrecieron jubilosamente sus vidas en Córdoba, España.

Como en tantos otros casos, aunque las *actas* carecen de valor histórico, está fuera de duda el hecho del martirio de tres cristianos en Córdoba. Sus nombres se han perpetuado gracias a ciertas inscripciones del siglo V o VI y a la mención que de ellos hace el *Hieronymianum*; cf. CMH., pp. 530, 544. Las *actas* pueden verse en la obra de Ruinart y en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VI.

SAN GERALDO DE AURILLAC (909 P.C.)

GERALDO nació en el seno de una noble familia el año 855. Una larga enfermedad le retuvo lejos del mundanal ruido mucho tiempo y, durante ese retiro forzado, adquirió el santo un gran amor por el estudio, la oración y la meditación, de tal suerte que después no encontró ya gusto alguno en la vida del mundo. A la muerte de sus padres, heredó el título de conde de Aurillac. Inmediatamente repartió entre los pobres la mayor parte de sus riquezas y empezó a vestirse en forma muy modesta, como correspondía a la vida austera y frugal que llevaba. Se levantaba todos los días a las dos de la mañana, aun cuando estuviese de viaje. Inmediatamente rezaba el oficio divino y después asistía a la misa. Dividía la jornada en forma muy estricta, de acuerdo con una distribución determinada, en la que la oración y la lectura espiritual ocupaban una buena parte. San Geraldo hizo una peregrinación a Roma y al regreso erigió en Aurillac una iglesia consagrada a San Pedro y una abadía que pobló con monjes del monasterio de Vabres, en el sitio en que su padre había construido, anteriormente, una iglesia en honor de San Clemente. El santo pensó algún tiempo en tomar el hábito, pero el obispo de Cahors, San Gausberto, le aconsejó que se abstuviese, ya que en el mundo podía hacer más por el bien de sus vasallos y de sus vecinos. San Geraldo quedó ciego siete años antes de su muerte, ocurrida en Cézenac de Quercy el año 909. Fue sepultado en la abadía de Aurillac.

Aunque Alban Butler no profundizó mucho en la vida de San Geraldo, la biografía de este santo en *Acta Sanctorum* (oct., vol. VI) es una de las semblanzas más frescas y atractivas que nos quedan del período en que vivió. San Geraldo fue contemporáneo de otro gran laico, el rey Alfredo de Inglaterra; más afortunado que el monarca anglo-sajón, San Geraldo tuvo por biógrafo a San Odón de Cluny. La cuestión del autor de la biografía del santo y la de las dos recensiones que existen, ha sido tratada en forma convincente por A. Poncelet, en *Analecta Bollandiana*, vol. XIV (1895), pp. 88-107. Véase también E. Sackur, *Die Cluniacenser*, quien sostiene la opinión de Poncelet, aunque basándose tal vez en datos insuficientes. Hay un resumen muy detallado de la biografía escrita por San Odón, en Baudot y Chaussin, *Vies des saints*...", vol. X (1952), pp. 413-426.

SAN COLMAN, MÁRTIR (1012 P.C.)

A PRINCIPIOS del siglo XI, Austria, Moravia y Bohemia, estaban envueltas en una serie de guerras y disensiones. San Colmán, un escocés o irlandés que iba en peregrinación a Jerusalén, llegó por el Danubio a Stockerau, población que dista unos diez kilómetros de Viena. Los habitantes, al ver que venía del campo enemigo y que no podía explicar su presencia en forma satisfactoria (porque no conocía la lengua), le tomaron por un espía y le ahorcaron, el 13 de julio de 1012. La paciencia con que Colmán soportó los sufrimientos, fue como una prueba de su santidad; por otra parte, su cadáver permaneció incorrupto, y se cuenta que obró numerosos milagros. Tres años después, el cuerpo del santo fue trasladado a la abadía de Melk. Con el tiempo, San Colmán empezó a ser venerado como patrono secundario de Austria, y no faltó quien inventase que era de sangre real. Actualmente es el titular de muchas iglesias en Austria, Hungría y Baviera. El pueblo le invoca en las epidemias que diezman el ganado vacuno y caballar. El día de la fiesta del santo se lleva a cabo la bendición del ganado en Hohenscwangau, cerca de Füssen.

La biografía que se atribuye a Erchenfrido, abad de Melk, puede verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VI, y en MGH., *Scriptores*, vol. IV, pp. 675-677. Véase también a Gougaud, *Gaelic Pioneers*, (1923), pp. 143-145; y *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. VI, c. 95. No se puede probar que San Colmán haya sido mártir en el sentido estricto de la palabra, y el santo no ha sido canonizado formalmente. Acerca de los aspectos folklóricos del caso, cf. Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. II, pp. 95-99.

14: SAN CALIXTO I, PAPA Y MÁRTIR (*c.* 222 P.C.)

ES LASTIMA que casi todas las noticias que poseemos sobre San Calixto I procedan de un autor hostil. Según la narración de Hipólito, Calixto era un esclavo. Su amo, un cristiano llamado Carpóforo, le confió la administración de un banco, y el joven perdió el dinero que habían depositado en él los cristianos. Seguramente la pérdida no se debió a un robo, pues Hipólito no hubiera dejado de decírnoslo. Como quiera que fuese, Calixto huyó de Roma; pero se le capturó en Porto, donde se arrojó al mar para escapar de sus perseguidores. Los jueces le condenaron a sufrir la pena del molino, que era una de las más crueles torturas que se imponían a los esclavos; sin embargo, sus acreedores lograron alcanzarle la libertad, con la esperanza de

recuperar así una parte de su dinero. Poco después, Calixto fue arrestado nuevamente por causar desórdenes en una sinagoga; la verdad era que Calixto había ido a la sinagoga a importunar a los judíos para que le pagasen el dinero que le debían. Los jueces le sentenciaron en esta ocasión a trabajos forzados en las minas de Cerdeña. Más tarde, todos los cristianos que trabajaban en las minas fueron puestos en libertad gracias a la intercesión de Marcia, una de las amantes del emperador Cómodo. Sin duda que esta narración no carece de fundamento histórico, pero hay que reconocer que Hipólito presenta los hechos en la peor forma posible, ya que, por ejemplo, afirma que cuando Calixto se arrojó al mar en Porto, tenía intenciones de suicidarse.

Cuando San Ceferino ascendió al pontificado, hacia el año 199, nombró a Calixto superintendente del cementerio cristiano de la Vía Apia, que se llama actualmente cementerio de San Calixto. En una cripta especial de dicho cementerio, conocida con el nombre de cripta papal, fueron sepultados todos los Papas, desde Ceferino hasta Eutiquiano, excepto Cornelio y Calixto I. Se dice que San Calixto ensanchó el cementerio y suprimió los terrenos privados; probablemente fue esa la primera propiedad que poseyó la Iglesia. San Calixto fue ordenado diácono por San Ceferino y llegó a ser su íntimo amigo y consejero.

San Calixto fue elegido por la mayoría del pueblo y el clero de Roma para suceder a San Ceferino. San Hipólito, que era el candidato de un partido (cf. 13 de agosto), atacó violentamente al nuevo Pontífice por motivos doctrinales y disciplinarios, en particular porque Calixto I, basándose expresamente en el poder pontificio de atar y desatar, admitió a la comunión a los asesinos, adúlteros y fornicadores que habían hecho penitencia pública. Los rigoristas, encabezados por San Hipólito, se quejaban de que San Calixto hubiese determinado que el hecho de cometer un pecado mortal no era razón suficiente para deponer a un obispo; que hubiese admitido a las órdenes a quienes se habían casado dos o tres veces y que hubiese reconocido la legitimidad de los matrimonios entre las mujeres libres y los esclavos, lo cual estaba prohibido por la ley civil. Hipólito llama hereje a San Calixto por haber procedido así en esos puntos de disciplina, pero no ataca la integridad personal del Pontífice. En realidad, San Calixto condenó al heresiarca Sabelio, siendo así que San Hipólito le acusaba de practicar una forma velada de sabelianismo. San Calixto fue un gran defensor de la sana doctrina y de la disciplina. Chapman llega incluso a decir que, si tuviésemos más datos sobre San Calixto I, le consideraríamos tal vez como uno de los más grandes Pontífices de la historia.

Aunque Calixto I no vivió en una época de persecución, no faltan razones para creer que fue martirizado durante un levantamiento popular; sus "actas" afirman que fue precipitado en un pozo, pero dicho documento no merece crédito alguno. San Calixto fue sepultado en la Vía Aurelia. Probablemente, la actual capilla de San Calixto in Trastevere se yergue sobre las ruinas de otra, construida por nuestro santo en un terreno que Alejandro Severo adjudicó a los cristianos al fallarse un pleito legal contra unos taberneros; el emperador declaró que los ritos de cualquier religión eran preferibles a los escándalos de una taberna.

La certidumbre de la resurrección de la carne movió a los santos de todas las épocas a tratar con respeto los cadáveres. En este aspecto, los prime-

ros cristianos eran extraordinariamente cuidadosos. Juliano el Apóstata, en su carta a un sacerdote pagano, afirmaba que, a su parecer, los cristianos habían ganado terreno por tres motivos: "Su bondad y caridad con los extraños, la diligencia que ponen en dar sepultura a los muertos y la dignidad de sus pompas fúnebres." Pero debe hacerse notar que los ritos fúnebres de los cristianos no eran ni de lejos tan pomposos como los de los paganos; en lo que los aventajaban claramente era en la gravedad y en el respeto religioso, y ello procedía de la fe profunda en la resurrección de los muertos.

El *Liber Pontificalis* y las *actas*, que no merecen crédito alguno (*Acta Sanctorum*, oct., vol. VI), nos ofrecen muy pocos datos fidedignos sobre este Pontífice. Sin embargo, hay una literatura muy considerable sobre las actas del pontificado de San Calixto I. Entre las obras más importantes citaremos las de Duchesne, *History of the Early Church*, vol. I; A. d'Alès, *L'édit de Calliste* (1913); y J. Galtier, en *Revue d'histoire ecclésiastique*, vol. XXIII (1927), pp. 465-488. Se encontrará una amplia bibliografía en la obra de J. P. Kirsch, *Kirchengeschichte*, vol. I (1930), pp. 797-799. Acerca de la sepultura y la catacumba de San Calixto, cf. CMH., pp. 555-556; y DAC., vol. II, cc. 1657-1754.

SAN JUSTO, Obispo de Lyon (*c.* 390 p.c.)

San Justo nació en el Vivarais. Cuando era diácono de Vienne, fue elegido obispo de Lyon. Su gran celo le llevaba a censurar enérgicamente cuanto merecía reprobación. En el sínodo de Valence (374 p.c.), demostró ampliamente su amor a la disciplina y el buen orden. El año 381, San Justo asistió con otros dos obispos de la Galia al sínodo de Aquileya que se ocupó principalmente de combatir el arrianismo. San Ambrosio obtuvo en el curso de aquél sínodo la deposición de dos obispos arrianos. El santo profesaba particular respeto a San Justo, como lo prueban dos cartas que le escribió para consultarle acerca de ciertas cuestiones bíblicas.

Un asesino que había apuñalado a dos personas en las calles de Lyon, se refugió en la catedral. San Justo le entregó a las autoridades, a condición de que no le quitasen la vida, pero el pueblo se apoderó del asesino y le dio muerte. El santo obispo se sintió responsable de ese asesinato y pensó que ello le hacía inepto para el servicio del altar; por otra parte, desde tiempo atrás, deseaba retirarse a servir a Dios en la soledad y tomó el incidente como pretexto para renunciar a su sede. El pueblo no quería dejarle partir pero, a la vuelta del sínodo de Aquileya, San Justo abandonó una noche a su comitiva y huyó a Marsella, de donde se embarcó rumbo a Alejandría, con un lector llamado Viator. En Egipto vivió, sin ser reconocido, en un monasterio; pero fue finalmente descubierto por un habitante de la Galia que había ido a visitar los monasterios de la Tebaida. Inmediatamente, el pueblo de Lyon envió a un sacerdote para que le trajese consigo, pero el santo no se dejó convencer. Antíoco (quien sucedió a San Justo en el gobierno de la sede de Lyon y es también santo) determinó ir a acompañar en la soledad a su predecesor, quien murió poco después en sus brazos, el año 390. Su cuerpo fue trasladado a Lyon y sepultado en la iglesia de los Macabeos, que más tarde tomó su nombre. San Viator murió algunas semanas después que su maestro. Su nombre figura también en el Martirologio Romano (21 de octubre), donde se conmemora asimismo la traslación del cuerpo de los dos santos (2 de septiembre).

En *Acta Sanctorum*, vol. I (2 de sept.), hay una biografía muy antigua de San Justo, que parece sustancialmente fidedigna. El nombre de San Justo figura en cinco fechas diferentes en el *Hieronymianum* (cf. CMH., pp. 566-567), lo cual demuestra la popularidad de su culto. Sidonio Apolinar describe en una carta el entusiasmo con que el pueblo acudía al santuario de San Justo el día de su fiesta. Véase también Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 162; Coville, *Recherches sur l'histoire de Lyon* (1928), pp. 441-445; y Leclercq, DAC., vol. x, cc. 191-193.

SAN BUCARDO, OBISPO DE WÜRZBURG (754 P.C.)

BUCARDO, un sacerdote originario de Wessex, partió a predicar el Evangelio en Alemania y ofreció sus servicios a su paisano, San Bonifacio, hacia el año 732. Poco después, éste le consagró primer obispo de Würzburg, en la Franconia, donde San Quiliano había predicado el Evangelio y sufrido el martirio unos cincuenta años antes. El apostolado de San Bucardo fue muy fecundo en toda la región. El año 749, Pepino el Breve envió a San Bucardo y a San Fulrado, abad de Saint-Denis, a consultar al Papa San Zacarías sobre el asunto de la sucesión al trono de los francos, y la respuesta del Pontífice fue favorable a las ambiciones del monarca. San Bucardo trasladó las reliquias de San Quiliano a la catedral de San Salvador, en la que fundó una escuela. El santo fundó igualmente la abadía de San Andrés de Würzburg, que más tarde tomó su nombre. El año 753, sintiéndose muy agotado, renunció al gobierno de su sede y se retiró a Homburg, donde pasó el resto de su vida. Probablemente murió el 2 de febrero de 754.

Existen dos biografías medievales; lo curioso es que la segunda, que data de dos o tres siglos después que la primera, posee mayor valor histórico. La primera biografía puede verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VI. La segunda, escrita probablemente por Engelhardo, abad del monasterio de San Bucardo, fue publicada en 1911 con el título de *Vita sancti Burkardi*, con una introducción y un comentario en alemán de F. J. Bendel. Bendel y otros autores publicaron una serie de artículos sobre San Bucardo en *Archiv des hist. Vereins von Unterfranken*, vol. LXVIII (1930), pp. 377-385.

SANTO DOMINGO LORICATO (1060 P.C.)

LA SEVERIDAD con que el joven Domingo se condenó a hacer penitencia por un crimen que él no había cometido, es un reproche para todos aquellos que, tras de ofender a Dios a sabiendas, esperan el perdón, sin poner las condiciones de la verdadera penitencia. Los padres de Domingo, que ambicionaban para su hijo una brillante carrera eclesiástica, regalaron al obispo una piel de cabra para que le ordenase sacerdote. Cuando Domingo se enteró de ello, concibió graves escrúpulos sobre su ordenación y jamás volvió a celebrar la misa ni a ejercer los ministerios sacerdotales. Por entonces había en Umbría, en las fragosidades de los Apeninos, un santo varón llamado Juan de Montefeltro, que se consagraba a la vida eremítica con sus dieciocho discípulos. Domingo acudió a él y le rogó que le admitiese en la comunidad. Juan de Montefeltro aceptó gustoso. El fervor con el que Domingo se entregó a la penitencia, era la mejor prueba de la pena que consumía su corazón. Algunos años después, hacia 1042, Domingo se retiró a la ermita de Fonte Avellana, gobernada entonces por San Pedro Damián.

El abad quedó sorprendido por el espíritu de penitencia de Domingo,

por más que estaba acostumbrado a los ejemplos de penitencia heroica. Domingo vestía una especie de cota de malla de puntas aceradas, por lo cual se le apodó el "loriactus" o enmallado. Como si eso fuera poco, solía atarse cadenas en los miembros, y sus frecuentes disciplinas sobrepasaban toda medida. Se alimentaba exclusivamente de pan, yerbas y agua, en cantidades muy reducidas, y dormía de rodillas. Vestido con su coraza de cilicio y ceñido de cadenas, acostumbraba hacer numerosas postraciones o permanecer con los brazos en cruz hasta que se agotaba su resistencia. El santo practicó ese género de penitencias hasta el fin de su vida. Dios le llamó a Sí pocos años después de que Domingo había sido nombrado superior de la ermita que San Pedro Damián fundó en San Severino. Santo Domingo rezó maitines y laudes con sus monjes la última noche de su vida, y murió cuando éstos empezaban a cantar prima, el 14 de octubre de 1060.

Prácticamente, todo lo que sabemos sobre Santo Domingo se reduce a lo que nos cuenta San Pedro Damián. En *Acta Sanctorum*, oct., vol. IV, se hallan reunidos todos los datos de importancia. Véase también a A .M. Zimmermann, *Kalendarium benedictinum*, vol. III (1937), pp. 178-181; y *Annales Camaldulenses*, vol. II.

BEATA MAGDALENA PANATTIERI, VIRGEN (1503 P.C.)

MUCHOS autores consideran el hábito de los hijos de Santo Domingo como el símbolo por excelencia de la caridad y entrega al servicio del prójimo. Esa idea estuvo muy generalizada en una época, y numerosas personas tomaban el hábito de la tercera orden de Santo Domingo y vivían en sus casas el espíritu de caridad característico del fundador. Santa Catalina de Siena es un ejemplo clásico; la Beata Magdalena Panattieri constituye otro. Magdalena nació y vivió toda su vida en el pueblecito de Trino-Vercellese del marquesado de Monte Ferrato, entre el Piamonte y la Lombardía. Antes de cumplir los veinte años, Magdalena hizo voto de castidad perpetua e ingresó como terciaria de Santo Domingo, en una cofradía de jóvenes que se consagraban a las obras de piedad y beneficencia. La vida de la Beata Magdalena no tiene nada de pintoresco. Cosa extraña: Magdalena no parece haber sido víctima de ninguna persecución y pronto llegó a ser un personaje de importancia en su pueblo. La caridad con que se consagraba al cuidado de los niños pobres, en cuyo favor realizó varios milagros, le facilitaba la tarea de convertir a los pecadores. Por estos últimos oraba y se imponía continuamente nuevas penitencias; pero no vacilaba en reprenderlos severamente, sobre todo a los usureros. La beata tenía gran facilidad de palabra y empezó a dar una serie de conferencias a las mujeres y a los niños en un salón llamado "la capilla del marqués", contiguo a la iglesia de los dominicos; pronto empezaron a acudir a las conferencias también los hombres y aun los sacerdotes y religiosos, y el superior de los dominicos solía enviar a los novicios a escuchar las fervorosas exhortaciones de Magdalena.

Gracias a los esfuerzos de la beata, los dominicos empezaron a practicar más estrictamente la observancia. El año de 1490, el Beato Sebastián Maggi fue de Milán a Vercellese para ratificar ese movimiento de reforma. Por entonces, los dominicos estaban envueltos en un pleito con uno de los miembros del consejo de Milán. El consejero abusó tanto de su poder, que fue excomul-

gado por Roma. En la terrible confusión que produjo esa sentencia, un joven abofeteó públicamente a Magdalena, la cual le presentó la otra mejilla, cosa que no hizo sino enfurecer más al agresor. Los habitantes de Vercellese vieron una especie de señal del cielo en el hecho de que el violento joven, que se llamaba Bartolomé Perduto, murió trágicamente un año más tarde, y el consejero de Milán falleció también a consecuencias de una terrible enfermedad. La beata lloró esas muertes sinceramente. Según parece, Magdalena profetizó las calamidades e invasiones que iban a abatirse sobre el norte de Italia en el siglo XVI. Los habitantes de Vercellese, que inexplicablemente no sufrieron daño alguno, atribuyeron a la intercesión de la beata ese favor. Sin embargo, en 1639, la población fue cañoneada por los españoles y los napolitanos, y las reliquias de Magdalena fueron destruidas.

Cuando Magdalena comprendió que se aproximaba el momento de su muerte, mandó llamar a todas las terciarias, a las que se unieron muchas otras personas, y les prometió orar por ellas en el cielo, diciendo: "No podría yo ser feliz en el cielo, si vosotras no estuviérais ahí." La beata entregó apaciblemente el alma a Dios, en tanto que los presentes entonaban el salmo 30. Los habitantes de Trino-Vercellese veneraban a Magdalena como santa desde antes de su muerte, ocurrida el 13 de octubre de 1503. El Papa León XII confirmó el culto de la beata.

En el apéndice de octubre de *Acta Sanctorum*, los bolandistas publicaron un artículo muy completo sobre Magdalena Panattieri y reimprimieron la biografía publicada por Marchese en *Sacro Diario Domenicano*, vol. v. Véase también J. A. Iricus, *Rerum Patriae Tridinesis*. Entre las biografías italianas, citaremos las de S. M. Vallaro (1903) y G. Gereghino (1927). Puede verse un resumen biográfico en Procter, *Lives of the Dominican Saints*, pp. 291-294.

15: SANTA TERESA DE AVILA, Virgen, Fundadora de las Carmelitas Descalzas (1582 p.c.)

SANTA TERESA es, sin duda, una de las mujeres más grandes y admirables de la historia y la única a la que el pueblo cristiano ha dado el título de Doctora de la Iglesia, aunque nunca se le ha reconocido oficialmente. Sus padres eran Alonso Sánchez de Cepeda y Beatriz Dávila y Ahumada. La santa habla de ellos con gran cariño. Alonso Sánchez tuvo tres hijos de su primer matrimonio, y Beatriz de Ahumada le dio otros nueve. Al referirse a sus hermanos y medios hermanos, Santa Teresa escribe: "por la gracia de Dios, todos se asemejan en la virtud a mis padres, excepto yo". Teresa nació en la ciudad castellana de Avila, el 28 de marzo de 1515. A los siete años, tenía ya gran predilección por la lectura de las vidas de santos. Su hermano Rodrigo era casi de su misma edad de suerte que acostumbraban jugar juntos. Los dos niños, muy impresionados por el pensamiento de la eternidad, admiraban las victorias de los santos al conquistar la gloria eterna y repetían incansablemente: "Gozarán de Dios para siempre, para siempre, para siempre..." Teresa y su hermano consideraban que los mártires habían comprado la gloria a un precio muy bajo y resolvieron partir al país de los moros con la esperanza de morir por la fe. Así pues, partieron de su casa a escondidas, rogando

a Dios que les permitiese dar la vida por Cristo; pero en Adaja se toparon con uno de su tíos, quien los devolvió a los brazos de su afligida madre. Cuando ésta los reprendió, Rodrigo echó la culpa a su hermana.

En vista del fracaso de sus proyectos, Teresa y Rodrigo decidieron vivir como ermitaños en su propia casa y empezaron a construir una celda en el jardín, aunque nunca llegaron a terminarla. Teresa amaba desde entonces la soledad. En su habitación tenía un cuadro que representaba al Salvador que hablaba con la Samaritana y solía repetir frente a esa imagen: "Señor, dame de beber para que no vuelva a tener sed". La madre de Teresa murió cuando ésta tenía catorce años. "En cuanto empecé a caer en la cuenta de la pérdida que había sufrido, comencé a entristecerme sobremanera; entonces me dirigí a una imagen de Nuestra Señora y le rogué con muchas lágrimas que me tomase por hija suya". Por aquella época, Teresa y Rodrigo empezaron a leer novelas de caballerías y aun trataron de escribir una. La santa confiesa en su "Autobiografía": "Esos libros no dejaron de enfriar mis buenos deseos y me hicieron caer insensiblemente en otras faltas. Las novelas de caballerías me gustaban tanto, que no estaba yo contenta cuando no tenía una entre las manos. Poco a poco empecé a interesarme por la moda, a tomar gusto en vestirme bien, a preocuparme mucho del cuidado de mis manos, a usar perfumes y a emplear todas las vanidades que el mundo aconsejaba a las personas de mi condición". El cambio que paulatinamente se operaba en Teresa, no dejó de preocupar a su padre, quien la envió, a los quince años de edad a educarse en el convento de las agustinas de Avila, en el que solían estudiar las jóvenes de su clase.

Un año y medio más tarde, Teresa cayó enferma, y su padre la llevó a casa. La joven empezó a reflexionar seriamente sobre la vida religiosa, que le atraía y le repugnaba a la vez. La obra que le permitió llegar a una decisión fue la colección de "Cartas" de San Jerónimo, cuyo fervoroso realismo encontró eco en el alma de Teresa. La joven dijo a su padre que quería hacerse religiosa, pero éste le respondió que tendría que esperar a que él muriese para ingresar en el convento. La santa, temiendo flaquear en su propósito, fue a ocultas a visitar a su amiga íntima, Juana Suárez, que era religiosa en el convento carmelita de la Encarnación, en Avila, con la intención de no volver, si Juana le aconsejaba quedarse, a pesar de la pena que le causaba contrariar la voluntad de su padre. "Recuerdo ... que, al abandonar mi casa, pensaba que la tortura de la agonía y de la muerte no podía ser peor a la que experimentaba yo en aquel momento ... El amor de Dios no era suficiente para ahogar en mí el amor que profesaba a mi padre y a mis amigos". La santa determinó quedarse en el convento de la Encarnación. Tenía entonces veinte años. Su padre, al verla tan resuelta, cesó de oponerse a su vocación. Un año más tarde, Teresa hizo la profesión. Poco después, se agravó un mal que había comenzado a molestarla desde antes de profesar, y su padre la sacó del convento. La hermana Juana Suárez fue a hacer compañía a Teresa, quien se puso en manos de los médicos; desgraciadamente, el tratamiento no hizo sino empeorar la enfermedad, probablemente una fiebre palúdica. Los médicos terminaron por darse por vencidos, y el estado de la enferma se agravó. Teresa consiguió soportar aquella tribulación, gracias a que su tío Pedro, que era muy piadoso, le había regalado un librito del P. Francisco de Osuna, titulado: "El tercer alfabeto espiritual". Teresa siguió las instrucciones de la

obrita y empezó a practicar la oración mental, aunque no hizo en ella muchos progresos por falta de un director espiritual experimentado. Finalmente, al cabo de tres años, Teresa recobró la salud.

Su prudencia y caridad, a las que añadía un gran encanto personal, le ganaron la estima de todos los que la rodeaban. Por otra parte, una especie de instinto innato de agradecimiento movía a la joven religiosa a corresponder a todas las amabilidades. Según la reprobable costumbre de los conventos españoles de la época, las religiosas podían recibir a cuantos visitantes querían, y Teresa pasaba gran parte de su tiempo charlando en el recibidor del convento. Eso la llevó a descuidar la oración mental y el demonio contribuyó, al inculcarle la íntima convicción, bajo capa de humildad, de que su vida disipada la hacía indigna de conversar familiarmente con Dios. Además, la santa se decía para tranquilizarse, que no había ningún peligro de pecado en hacer lo mismo que tantas otras religiosas mejores que ella y justificaba su descuido de la oración mental, diciéndose que sus enfermedades le impedían meditar. Sin embargo, añade la santa, "el pretexto de mi debilidad corporal no era suficiente para justificar el abandono de un bien tan grande, en el que el amor y la costumbre son más importantes que las fuerzas. En medio de las peores enfermedades puede hacerse la mejor oración, y es un error pensar que sólo se puede orar en la soledad". Poco después de la muerte de su padre, el confesor de Teresa le hizo ver el peligro en que se hallaba su alma y le aconsejó que volviese a la práctica de la oración. La santa no la abandonó jamás, desde entonces. Sin embargo, no se decidía aún a entregarse totalmente a Dios ni a renunciar del todo a las horas que pasaba en el recibidor y al intercambio de regalillos. Es curioso notar que, en todos esos años de indecisión en el servicio de Dios, Santa Teresa no se cansaba jamás de oír sermones "por malos que fuesen"; pero el tiempo que empleaba en la oración "se le iba en desear que los minutos pasasen pronto y que la campana anunciase el fin de la meditación, en vez de reflexionar en las cosas santas". Convencida cada vez más de su indignidad, Teresa invocaba con frecuencia a los dos grandes santos penitentes, María Magdalena y Agustín, con quienes están asociados dos hechos que fueron decisivos en la vida de la santa. El primero, fue la lectura de las "Confesiones". El segundo fue un llamamiento a la penitencia que la santa experimentó ante una imagen de la Pasión del Señor: "Sentí que Santa María Magdalena acudía en mi ayuda . . . y desde entonces he progresado mucho en la vida espiritual."

Una vez que Teresa se retiró de las conversaciones del recibidor y de otras ocasiones de disipación y de faltas (que ella exageraba sin duda), Dios empezó a favorecerla frecuentemente con la oración de quietud y de unión. La oración de unión ocupó un largo período de su vida, con el gozo y el amor que le son característicos, y Dios empezó a visitarla con visiones y comunicaciones interiores. Ello la inquietó, porque había oído hablar con frecuencia de ciertas mujeres a las que el demonio había engañado miserablemente con visiones imaginarias. Aunque estaba persuadida de que sus visiones procedían de Dios, su perplejidad la llevó a consultar el asunto con varias personas; desgraciadamente no todas esas personas guardaron el secreto al que estaban obligadas, y la noticia de las visiones de Teresa empezó a divulgarse para gran confusión suya. Una de las personas a las que consultó Teresa fue Francisco de Salcedo, un hombre casado que era un modelo de virtud. Este la

presentó al doctor Daza, sabio y virtuoso sacerdote, quien dictaminó que Teresa era víctima de los engaños del demonio, ya que era imposible que Dios concediese favores tan extraordinarios a una religiosa tan imperfecta como ella pretendía ser. Teresa quedó alarmada e insatisfecha. Francisco de Salcedo, a quien la propia santa afirma que debía su salvación, la animó en sus momentos de desaliento y le aconsejó que acudiese a uno de los padres de la recién fundada Compañía de Jesús. La santa hizo una confesión general con un jesuita, a quien expuso su manera de orar y los favores que había recibido. El jesuita le aseguró que se trataba de gracias de Dios, pero la exhortó a no descuidar el verdadero fundamento de la vida interior. Aunque el confesor de Teresa estaba convencido de que sus visiones procedían de Dios, le ordenó que tratase de resistir durante dos meses a esas gracias. La resistencia de la santa fue en vano.

Otro jesuita, el P. Baltasar Alvarez, le aconsejó que pidiese a Dios ayuda para hacer siempre lo que fuese más agradable a sus ojos y que, con ese fin, recitase diariamente el "Veni Creator Spiritus". Así lo hizo Teresa. Un día, precisamente cuando repetía el himno, fue arrebatada en éxtasis y oyó en el interior de su alma estas palabras: "No quiero que converses con los hombres sino con los ángeles." La santa, que tuvo en su vida posterior repetidas experiencias de palabras divinas afirma que son más claras y distintas que las humanas; dice también que las primeras son operativas, ya que producen en el alma una fuerte tendencia a la virtud y la dejan llena de gozo y de paz, convencida de la verdad de lo que ha escuchado. En la época en que el P. Alvarez fue su director. Teresa sufrió graves persecuciones, que duraron tres años; además, durante dos años, atravesó por un período de intensa desolación espiritual, aliviado por momentos de luz y consuelo extraordinarios. La santa quería que los favores que Dios le concedía, permaneciesen secretos, pero las personas que la rodeaban estaban perfectamente al tanto y, en más de una ocasión, la acusaron de hipocresía y presunción. El P. Alvarez era un hombre bueno y timorato, que no tuvo el valor suficiente para salir en defensa de su dirigida, aunque siguió confesándola. En 1557, San Pedro de Alcántara pasó por Avila y, naturalmente, fue a visitar a la famosa carmelita. El santo declaró que le parecía evidente que el Espíritu de Dios guiaba a Teresa, pero predijo que las persecuciones y sufrimientos seguirían lloviendo sobre ella. Las pruebas que Dios le enviaba purificaron el alma de la santa, y los favores extraordinarios le enseñaron a ser humilde y fuerte, la despegaron de las cosas del mundo y la encendieron en el deseo de poseer a Dios. En algunos de sus éxtasis, de los que nos dejó la santa una descripción detallada, se elevaba varios palmos sobre el suelo. A este propósito, comenta Teresa: Dios "no parece contentarse con arrebatar el alma a Sí, sino que levanta también este cuerpo mortal, manchado con el barro asqueroso de nuestros pecados". En esos éxtasis se manifestaban la grandeza y bondad de Dios, el exceso de su amor y la dulzura de su servicio en forma sensible, y el alma de Teresa lo comprendía con claridad, aunque era incapaz de expresarlo. El deseo del cielo que dejaban las visiones en su alma era inefable. "Desde entonces, dejé de tener miedo a la muerte, cosa que antes me atormentaba mucho." Las experiencias místicas de la santa llegaron a las alturas de los esponsales espirituales, el matrimonio místico y la transverberación.

Santa Teresa nos dejó el siguiente relato sobre el fenómeno de la trans-

verberación: "Ví a mi lado a un ángel que se hallaba a mi izquierda, en forma humana. Confieso que no estoy acostumbrada a ver tales cosas, excepto en muy raras ocasiones. Aunque con frecuencia me acontece ver a los ángeles, se trata de visiones intelectuales, como las que he referido más arriba... El ángel era de corta estatura y muy hermoso; su rostro estaba encendido como si fuese uno de los ángeles más altos que son todo fuego. Debía ser uno de los que llamamos querubines... Llevaba en la mano una larga espada de oro, cuya punta parecía un ascua encendida. Me parecía que por momentos hundía la espada en mi corazón y me traspasaba las entrañas y, cuando sacaba la espada, me parecía que las entrañas se me escapaban con ella y me sentía arder en el más grande amor de Dios. El dolor era tan intenso, que me hacía gemir, pero al mismo tiempo, la dulcedumbre de aquella pena excesiva era tan extraordinaria, que no hubiese yo querido verme libre de ella.* El anhelo de Teresa de morir pronto para unirse con Dios, estaba templado por el deseo que la inflamaba de sufrir por su amor. A este propósito escribió: "La única razón que encuentro para vivir, es sufrir y eso es lo único que pido para mí." Según reveló la autopsia en el cadáver de la santa, había en su corazón la cicatriz de una herida larga y profunda.** El año siguiente (1560), para corresponder a esa gracia, la santa hizo el voto de hacer siempre lo que le pareciese más perfecto y agradable a Dios. Un voto de esa naturaleza está tan por encima de las fuerzas naturales, que sólo el esforzarse por cumplirlo puede justificarlo. Santa Teresa cumplió perfectamente su voto.

El relato que la santa nos dejó en su "Autobiografía" sobre sus visiones y experiencias espirituales, tiene el tono de la verdad. Es imposible leerlo, sin quedar convencido de la sinceridad de su autora, que en todos sus escritos da muestras de una extraordinaria sencillez de estilo y de una preocupación constante por no exagerar los hechos. La Iglesia califica de "celestial" la doctrina de Santa Teresa, en la oración del día de su fiesta. Las obras de la "mística Doctora" ponen al descubierto los rincones más recónditos del alma humana. La santa explica con una claridad casi increíble las experiencias más inefables. Y debe hacerse notar que Teresa era una mujer relativamente inculta, que escribió sus experiencias en la común lengua castellana de los habitantes de Avila, que ella había aprendido "en el regazo de su madre"; una mujer que escribió sin valerse de otros libros, sin haber estudiado previamente las obras místicas y sin tener ganas de escribir, porque ello le impedía dedicarse a hilar; una mujer, en fin, que sometió sin reservas sus escritos al juicio de su confesor y sobre todo, al juicio de la Iglesia. La santa empezó a escribir su autobiografía por mandato de su confesor: "La obediencia se prueba de diferentes maneras". Por otra parte, el mejor comentario de las obras

* El propio de la misma especial del 27 de agosto, fecha en que las carmelitas conmemoran la transverberación de Santa Teresa, muestra la reserva con que la Iglesia considera este tipo de experiencias místicas. Muy diferente es el espíritu naturalista de la estatua de la transverberación de Santa Teresa de Bernini, que se halla en la iglesia de Santa María de la Victoria en Roma.

** "Estoy convencido de que Santa Teresa murió en un trasporte de amor... En cuanto a la herida de la arteria coronaria... hay que reconocer que, aunque haya sido causada por el arranque de amor sobrenatural descrito por San Juan de la Cruz, los síntomas de fatiga..., sobre los que existen varios testimonios, prueban que la santa tenía una predisposición a la dilatación y la ruptura del miocardio." Dr. Juan L'hermitte, en *Études Carmélitaines*, 1936, vol. II, p. 242.

de la santa es la paciencia con que sobrellevó las enfermedades, las acusaciones y los desengaños; la confianza absoluta con que acudía en todas las tormentas y dificultades al Redentor crucificado y el invencible valor que demostró en todas las penas y persecuciones. Los escritos de Santa Teresa subrayan sobre todo el espíritu de oración, la manera de practicarlo y los frutos que produce. Como la santa escribió precisamente en la época en que estaba consagrada a la difícil tarea de fundar conventos de carmelitas reformadas, sus obras, prescindiendo de su naturaleza y contenido, dan testimonio de su vigor, industriosidad y capacidad de recogimiento. Santa Teresa escribió el "Camino de Perfección" para dirigir a sus religiosas, y el libro de las "Fundaciones" para edificarlas y alentarlas. En cuanto al "Castillo Interior", puede considerarse que lo escribió para la instrucción de todos los cristianos, y en esa obra se muestra la santa como verdadera doctora de la vida espiritual.

Las carmelitas, como la mayoría de las religiosas, habían decaído mucho del primer fervor, a principios del siglo XVI. Ya hemos visto que los recibidores de los conventos de Avila eran una especie de centro de reunión de las damas y caballeros de la ciudad. Por otra parte, las religiosas podían salir de la clausura con el menor pretexto, de suerte que el convento era el sitio ideal para quien deseaba una vida fácil y sin problemas. Las comunidades eran sumamente numerosas, lo cual era a la vez causa y efecto de la relajación. Por ejemplo, en el convento de Avila había 140 religiosas. Santa Teresa comentaba más tarde: "La experiencia me ha enseñado lo que es una casa llena de mujeres. ¡Dios nos guarde de ese mal!" Ya que tal estado de cosas se aceptaba como normal, las religiosas no caían generalmente en la cuenta de que su modo de vida se apartaba mucho del espíritu de sus fundadores. Así, cuando una sobrina de Santa Teresa, que era también religiosa en el convento de la Encarnación de Avila, le sugirió la idea de fundar una comunidad reducida, la santa la consideró como una especie de revelación del cielo, no como una idea ordinaria. Teresa, que llevaba ya veinticinco años en el convento, resolvió poner en práctica la idea y fundar un convento reformado. Doña Guiomar de Ulloa, que era una viuda muy rica, le ofreció ayuda generosa para la empresa. San Pedro de Alcántara, San Luis Beltrán y el obispo de Avila, aprobaron el proyecto, y el P. Gregorio Fernández, provincial de las carmelitas, autorizó a Teresa a ponerlo en práctica. Sin embargo, el revuelo que provocó la ejecución del proyecto, obligó al provincial a retirar el permiso y Santa Teresa fue objeto de las críticas de sus propias hermanas, de los nobles, de los magistrados y de todo el pueblo. A pesar de eso, el P. Ibáñez, dominico, alentó a la santa a proseguir la empresa con la ayuda de Doña Guiomar. Doña Juana de Ahumada, hermana de Santa Teresa, emprendió con su esposo la construcción de un convento en Avila en 1561, pero haciendo creer a todos que se trataba de una casa en la que pensaban habitar. En el curso de la construcción, una pared del futuro convento se derrumbó y cubrió bajo los escombros al pequeño Gonzalo, hijo de Doña Juana, que se hallaba ahí jugando. Santa Teresa tomó en brazos al niño, que no daba ya señales de vida, y se puso en oración; algunos minutos más tarde, el niño estaba perfectamente sano, según consta en el proceso de canonización. En lo sucesivo, Gonzalo solía repetir a su tía que estaba obligada a pedir por su salvación, puesto que a sus oraciones debía el verse privado del cielo.

Por entonces, llegó de Roma un breve que autorizaba la fundación del

nuevo convento. San Pedro de Alcántara, Don Francisco de Salcedo y el Dr. Daza, consiguieron ganar al obispo a la causa, y la nueva casa se inauguró bajo sus auspicios el día de San Bartolomé de 1562. Durante la misa que se celebró en la capilla con tal ocasión, tomaron el velo la sobrina de la santa y otras tres novicias. La inauguración causó gran revuelo en Avila. Esa misma tarde, la superiora del convento de la Encarnación mandó llamar a Teresa y la santa acudió con cierto temor, "pensando que iban a encarcelarme". Naturalmente tuvo que explicar su conducta a su superiora y al P. Angel de Salazar, provincial de la orden. Aunque la santa reconoce que no faltaba razón a sus superiores para estar disgustados, el P. Salazar le prometió que podría retornar al convento de San José en cuanto se calmase la excitación del pueblo. La fundación no era bien vista en Avila, porque las gentes desconfiaban de las novedades y temían que un convento sin fondos suficientes se convirtiese en una carga demasiado pesada para la ciudad. El alcalde y los magistrados hubiesen acabado por mandar demoler el convento, si no los hubiese disuadido de ello el dominico Báñez. Por su parte, Santa Teresa no perdió la paz en medio de las persecuciones y siguió encomendando a Dios el asunto; el Señor se le apareció y la reconfortó. Entre tanto, Francisco de Salcedo y otros partidarios de la fundación enviaron a la corte a un sacerdote para que defendiese la causa ante el rey, y los dos dominicos, Báñez e Ibáñez, calmaron al obispo y al provincial. Poco a poco fue desvaneciéndose la tempestad y, cuatro meses más tarde, el P. Salazar dio permiso a Santa Teresa de volver al convento de San José, con otras cuatro religiosas de la Encarnación.

La santa estableció la más estricta clausura y el silencio casi perpetuo. El convento carecía de rentas y reinaba en él la mayor pobreza; las religiosas vestían toscos hábitos, usaban sandalias en vez de zapatos (por ello se les llamó "descalzas") y estaban obligadas a la perpetua abstinencia de carne. Santa Teresa no admitió al principio más que a trece religiosas, pero más tarde, en los conventos que no vivían sólo de limosnas sino que poseían rentas, aceptó que hubiese veintiuna. En 1567, el superior general de los carmelitas, Juan Bautista Rubio (Rossi), visitó el convento de Avila y quedó encantado de la superiora y de su sabio gobierno; concedió a Santa Teresa plenos poderes para fundar otros conventos del mismo tipo (a pesar de que el de San José había sido fundado sin que él lo supiese) y aun la autorizó a fundar dos conventos de frailes reformados ("carmelitas contemplativos"), en Castilla. Santa Teresa pasó cinco años con sus trece religiosas en el convento de San José, precediendo a sus hijas no sólo en la oración, sino también en los trabajos humildes, como la limpieza de la casa y el hilado. Acerca de esa época escribió: "Creo que fueron los años más tranquilos y apacibles de mi vida, pues disfruté entonces de la paz que tanto había deseado mi alma . . . Su Divina Majestad nos enviaba lo necesario para vivir sin que tuviésemos necesidad de pedirlo, y en las raras ocasiones en que nos veíamos en necesidad, el gozo de nuestras almas era todavía mayor." La santa no se contenta con generalidades, sino que desciende a ejemplos menudos, como el de la religiosa que plantó horizontalmente un pepino por obediencia y la cañería que llevó al convento el agua de un pozo que, según los plomeros, era demasiado bajo.

En agosto de 1567, Santa Teresa se trasladó a Medina del Campo, donde fundó el segundo convento, a pesar de las múltiples dificultades que surgieron. La condesa de la Cerda quería que fundase otro convento en Malagón, y Santa

Teresa le hizo en Madrid una visita que ella misma califica de "muy aburrida". Una vez que dejó establecido el convento de Malagón, fue a fundar otro en Valladolid. La siguiente fundación tuvo lugar en Toledo; fue esa empresa especialmente difícil, porque la santa sólo tenía cinco ducados al comenzar; pero, según escribía, "Teresa y cinco ducados no son nada; pero Dios, Teresa y cinco ducados bastan y sobran." Una joven de Toledo, que gozaba de gran fama de virtud, pidió ser admitida en el convento y dijo a la fundadora que traería consigo su Biblia. Teresa exclamó: "¿Vuestra Biblia? ¡Dios nos guarde! No entréis en nuestro convento, porque nosotras somos unas pobres mujeres que sólo sabemos hilar y hacer lo que se nos dice." La santa había encontrado en Medina del Campo a dos frailes carmelitas que estaban dispuestos a abrazar la reforma: uno era Antonio de Jesús de Heredia, superior del convento de dicha ciudad y el otro, Juan de Yepes, más conocido con el nombre de San Juan de la Cruz. Aprovechando la primera oportunidad que se le ofreció, Santa Teresa fundó un convento de frailes en el pueblecito de Duruelo en 1568; a éste siguió, en 1569, el convento de Pastrana. En ambos reinaba la mayor pobreza y austeridad. Santa Teresa dejó el resto de las fundaciones de conventos de frailes a cargo de San Juan de la Cruz. La santa fundó también en Pastrana un convento de carmelitas descalzas. Cuando murió Don Ruy Gómez de Silva, quien había ayudado a Teresa en la fundación de los conventos de Pastrana, su mujer quiso hacerse carmelita, pero exigiendo numerosas dispensas de la regla y conservando el tren de vida de una princesa. Teresa, viendo que era imposible reducirla a la humildad propia de su profesión, ordenó a sus religiosas que se trasladasen a Segovia y dejasen a la princesa su casa de Pastrana. En 1570, la santa, con otra religiosa, tomó posesión en Salamanca de una casa que hasta entonces había estado ocupada por ciertos estudiantes "que se preocupaban muy poco de la limpieza". Era un edificio grande, complicado y ruinoso, de suerte que al caer la noche la compañera de la santa empezó a ponerse muy nerviosa. Cuando se hallaban ya acostadas en sendos montones de paja ("lo primero que llevaba yo a un nuevo monasterio era un poco de paja para que nos sirviese de lecho"), Teresa preguntó a su compañera en qué pensaba. La religiosa respondió: "Estaba yo pensando qué haría su reverencia si muriese yo en este momento y su reverencia quedase sola con un cadáver." La santa confiesa que la idea la sobresaltó, porque, aunque no tenía miedo de los cadáveres, la vista de ellos le producía siempre "un dolor en el corazón". Sin embargo, respondió simplemente: "Cuando eso suceda, ya tendré tiempo de pensar lo que haré, por el momento lo mejor es dormir." En julio de ese año, mientras se hallaba haciendo oración, tuvo una visión del martirio de los beatos jesuitas Juan Acevedo y sus compañeros, entre los que se contaba su pariente Francisco Pérez Godoy. La visión fue tan clara, que Teresa tenía la impresión de haber presenciado directamente la escena, e inmediatamente la describió detalladamente al P. Alvarez, quien un mes más tarde, cuando las nuevas del martirio llegaron a España, pudo comprobar la exactitud de la visión de la santa.

Por entonces, San Pío V nombró a varios visitadores apostólicos para que hiciesen una investigación sobre la relajación de las diversas órdenes religiosas, con miras a la reforma. El visitador de los carmelitas de Castilla fue un dominico muy conocido, el P. Pedro Fernández. Naturalmente, el efecto que le produjo el convento de la Encarnación de Avila fue muy malo, e inme-

diatamente mandó llamar a Santa Teresa para nombrarla superiora del mismo. La tarea era particularmente desagradable para la santa, tanto porque tenía que separarse de sus hijas, como por la dificultad de dirigir una comunidad que, desde el principio, había visto con recelo sus actividades de reformadora. Al principio, las religiosas se negaron a obedecer a la nueva superiora, cuya sola presencia producía ataques de histeria en algunas. La santa comenzó por explicarles que su misión no consistía en instruirlas y guiarlas con el látigo en la mano, sino en servirlas y aprender de ellas: "Madres y hermanas mías, el Señor me ha enviado aquí por la voz de la obediencia a desempeñar un oficio en el que yo jamás había pensado y para el que me siento muy mal preparada... Mi única intención es serviros... No temáis mi gobierno. Aunque he vivido largo tiempo entre las carmelitas descalzas y he sido su superiora, sé también, por la misericordia del Señor, cómo gobernar a las carmelitas calzadas." De esta manera se ganó la simpatía y el afecto de la comunidad y le fue menos difícil restablecer la disciplina entre las carmelitas calzadas, de acuerdo con sus constituciones. Poco a poco prohibió completamente las visitas demasiado frecuentes (lo cual molestó mucho a ciertos caballeros de Avila), puso en orden las finanzas del convento e introdujo el verdadero espíritu del claustro. En resumen, fue aquella una realización característicamente teresiana. En Veas, a donde había ido a fundar un convento, la santa conoció al P. Jerónimo Gracián, quien la convenció fácilmente para que extendiese su campo de acción hasta Sevilla. El P. Gracián era un fraile de la reforma carmelita que acababa precisamente de predicar la cuaresma en Sevilla. Fuera de la fundación del convento de San José de Avila, ninguna otra fue más difícil que la del de Sevilla; entre otras dificultades una novicia que había sido despedida, denunció a las carmelitas descalzas ante la Inquisición como "iluminadas" y otras cosas peores.

Los carmelitas de Italia veían con malos ojos el progreso de la reforma en España, lo mismo que los carmelitas no reformados de España, pues comprendían que un día u otro se verían obligados a reformarse. El P. Rubio, superior general de la orden, quien hasta entonces había favorecido a Santa Teresa, se pasó al lado de sus enemigos y reunió en Plasencia un capítulo general que aprobó una serie de decretos contra la reforma. El nuevo nuncio apostólico, Felipe de Sega, destituyó al P. Gracián de su cargo de visitador de los carmelitas descalzos y encarceló a San Juan de la Cruz en un monasterio; por otra parte, ordenó a Santa Teresa que se retirase al convento que ella eligiera y que se abstuviese de fundar otros nuevos. La santa, al mismo tiempo que encomendaba el asunto a Dios, decidió valerse de los amigos que tenía en el mundo y consiguió que el propio Felipe II interviniese en su favor. En efecto, el monarca convocó al nuncio y le reprendió severamente por haberse opuesto a la reforma del Carmelo; además, en 1580, obtuvo de Roma una orden que eximía a los carmelitas descalzos de la jurisdicción del provincial de los calzados. El P. Gracián fue elegido provincial de los carmelitas descalzos. "Esa separación fue uno de los mayores gozos y consolaciones de mi vida, pues en aquellos veinticinco años nuestra orden había sufrido más persecuciones y pruebas de las que yo podría escribir en un libro. Ahora estábamos por fin en paz, calzados y descalzos, y nada iba a distraernos del servicio de Dios."

Indudablemente Santa Teresa era una mujer excepcionalmente dotada.

Su bondad natural, su ternura de corazón y su imaginación chispeante de gracia, equilibradas por una extraordinaria madurez de juicio y una profunda intuición psicológica, le ganaban generalmente el cariño y el respeto de todos. Razón tenía el poeta Crashaw al referirse a Santa Teresa bajo los símbolos aparentemente opuestos de "el águila" y "la paloma". Cuando le parecía necesario, la santa sabía hacer frente a las más altas autoridades civiles o eclesiásticas, y los ataques del mundo no le hacían doblar la cabeza. Las palabras que dirigió al P. Salazar: "Guardaos de oponeros al Espíritu Santo", no fueron un reto de histérica; y no fue un abuso de autoridad lo que la movió a tratar con dureza implacable a una superiora que se había incapacitado a fuerza de hacer penitencia. Pero el águila no mataba a la paloma, como puede verse por la carta que escribió a un sobrino suyo que llevaba una vida alegre y disipada: "Bendito sea Dios porque os ha guiado en la elección de una mujer tan buena y ha hecho que os caséis pronto, pues habíais empezado a disiparos desde tan joven, que temíamos mucho por vos. Esto os mostrará el amor que os profeso." La santa tomó a su cargo a la hija ilegítima y a la hermana del joven, la cual tenía entonces siete años: "Las religiosas deberíamos tener siempre con nosotras a una niña de esa edad." El ingenio y la franqueza de Teresa jamás sobrepasaban la medida, ni siquiera cuando los empleaba como un arma. En cierta ocasión en que un caballero indiscreto alabó la belleza de su pies descalzos, Teresa se echó a reír y le dijo que los mirase bien porque jamás volvería a verlos. Los famosos dichos "Bien sabéis lo que es una comunidad de mujeres" e "Hijas mías, estas son tonterías de mujeres", prueban el realismo con que la santa consideraba a sus súbditas. Criticando un escrito de su buen amigo Francisco de Salcedo, Teresa le escribía: "El señor Salcedo repite constantemente: 'Como dice San Pablo', 'Como dice el Espíritu Santo', y termina declarando que su obra es una serie de necedades. Me parece que voy a denunciarle a la Inquisición." La intuición de Santa Teresa se manifestaba sobre todo en la elección de las novicias de las nuevas fundaciones. Lo primero que exigía, aun antes que la piedad, era que fuesen inteligentes, es decir, equilibradas y maduras, porque sabía que es más fácil adquirir la piedad que la madurez de juicio. "Una persona inteligente es sencilla y sumisa, porque ve sus faltas y comprende que tiene necesidad de un guía. Una persona tonta y estrecha es incapaz de ver sus faltas, aunque se las pongan delante de los ojos; y como está satisfecha de sí misma, jamás se mejora." "Aunque el Señor diese a esta joven los dones de la devoción y la contemplación, jamás llegará a ser inteligente, de suerte que será siempre una carga para la comunidad." ¡Que Dios nos guarde de las monjas tontas!" Imposible ser más realista que Santa Teresa.

En 1580, cuando se llevó a cabo la separación de las dos ramas del Carmelo, Santa Teresa tenía ya sesenta y cinco años y su salud estaba muy debilitada. En los dos últimos años de su vida fundó otros dos conventos, lo cual hacía un total de diecisiete. Las fundaciones de la santa no eran simplemente un refugio de las almas contemplativas, sino también una especie de reparación de los destrozos llevados a cabo en los monasterios por el protestantismo, principalmente en Inglaterra y Alemania. Dios tenía reservada para los últimos años de vida de su sierva, la prueba cruel de que interviniera en el proceso legal del testamento de su hermano Lorenzo, cuya hija era superiora en el convento de Valladolid. Como uno de los abogados tratase con rudeza a la

santa, ésta replicó: "Quiera Dios trataros con la cortesía con que vos me tratáis a mí." Sin embargo, Teresa se quedó sin palabra cuando su sobrina, que hasta entonces había sido una excelente religiosa, la puso a la puerta del convento de Valladolid, que ella misma había fundado. Poco después, la santa escribía a la madre María de San José: "Os suplico, a vos y a vuestras religiosas, que no pidáis a Dios que me alargue la vida. Al contrario, pedidle que me lleve pronto al eterno descanso, pues ya no puedo seros de ninguna utilidad." En la fundación del convento de Burgos, que fue la última, las dificultades no escasearon. En julio de 1582, cuando el convento estaba ya en marcha, Santa Teresa tenía la intención de retornar a Avila, pero se vio obligada a modificar sus planes para ir a Alba de Tormes a visitar a la duquesa María Henríquez. La Beata Ana de San Bartolomé refiere que el viaje no estuvo bien proyectado y que Santa Teresa se hallaba ya tan débil, que se desmayó en el camino. Una noche sólo pudieron comer unos cuantos higos. Al llegar a Alba de Tormes, la santa tuvo que acostarse inmediatamente. Tres días más tarde, dijo a la Beata Ana: "Por fin, hija mía, ha llegado la hora de mi muerte." El P. Antonio de Heredia le dio los últimos sacramentos y le preguntó dónde quería que la sepultasen. Teresa replicó sencillamente: "¿Tengo que decidirlo yo? ¿Me van a negar aquí un agujero para mi cuerpo?" Cuando el P. de Heredia le llevó el viático, la santa consiguió erguirse en el lecho, y exclamó: "¡Oh, Señor, por fin ha llegado la hora de vernos cara a cara!" Santa Teresa de Jesús, visiblemente trasportada por lo que el Señor le mostraba, murió en brazos de la Beata Ana a las 9 de la noche del 4 de octubre de 1582. Precisamente al día siguiente, entró en vigor la reforma gregoriana del calendario, que suprimió diez días, de suerte que la fiesta de la santa fue fijada, más tarde, el 15 de octubre. Teresa fue sepultada en Alba de Tormes, donde reposan todavía sus reliquias. Su canonización tuvo lugar en 1622.

El artículo de *Acta Sanctorum* (oct., vol. VII) sobre Santa Teresa ocupa casi un volumen entero y fue escrito hace menos de un siglo por el P. Van der Meere. A pesar de ello, está ya anticuado, pues en los últimos años se han hecho mejores ediciones de los textos y se han descubierto nuevos materiales. Naturalmente, las principales fuentes siguen siendo la *Autobiografía* y el *Libro de las Fundaciones*, publicados en 1873, y 1880, en la edición de una reproducción fotográfica del autógrafo de la santa. El P. Silverio hizo una edición crítica de las obras completas, en español, en nueve volúmenes: seis para las obras (1915-1919) y tres para las cartas (1922-1924). Prácticamente, todos esos materiales habían sido ya traducidos al inglés y al francés, a partir de textos más o menos exactos. Acerca del carácter y las actividades de Santa Teresa, se encuentran muchos datos preciosos en las obras de sus primeros biógrafos, particularmente de quienes la trataron íntimamente en los últimos años de su vida. El primero de dichos biógrafos fue el P. Francisco de Ribera, quien publicó su obra en 1590; la mejor edición es la del P. Jaime Pons (1908). El P. Diego de Yepes publicó otra biografía en 1599. La tercera fue escrita por el capellán de Santa Teresa, Julián de Avila, pero su manuscrito se perdió y no fue descubierto sino hasta 1881. Además se encuentran muchos datos sobre la santa en los escritos y cartas del P. Jerónimo de Gracián, de la Beata Ana de San Bartolomé y de otros amigos suyos. En 1611 vio la luz en Amberes la primera traducción inglesa de la *Autobiografía*; pero desde el punto de vista literario es mejor la traducción de Sir Tobie Mathew con el título de *The flaming heart* o *The life of the glorious St. Teresa*. En 1669 A. Woodhead publicó una biografía más completa y una serie de obras de la santa en varios volúmenes. Entre las obras modernas hay que citar: J. Coleridge, *Life and Letters of St. Teresa* (3 vols.); G. Cunninghame Graham, *Santa Teresa* (1907); J. J. Burke, *St Teresa of Jesus* (1911, con interesantes ilustraciones sobre las fundaciones); W. T. Walsh, *St Teresa of Avila* (1942); V. Sackville West, *The Eagle and the Dove* (1943); E. A. Peers, *Mother of Carmel* (1945) la corta biografía del P. Silverio (trad. ingl. 1947);

Kate O'Brien (1951), y M. Auclair (trad. ingl. 1952). En la obra del P. Gabriel, *Santa Teresa de Jesús* (trad. ingl. 1950), hay una introducción a las obras de la santa. Imposible dar aquí una lista completa de las biografías francesas, italianas y españolas. Sin embargo, hay que mencionar a R. Hoornaert, *Ste Thérèse écrivain* y *Ste Thérèse d'Avila* (1951); G. Etchegoyen, *L'amour divin...* (1953); Peers, *Studies of the Spanish Mystics* y *St Teresa of Jesus and Other Essays* (1923).

SAN LEONARDO DE VANDOEUVRE, ABAD (*c.* 570 P.C.)

EN UNA NOTA al calce de su artículo sobre San Leonardo de Noblac, Alban Butler habla de su homónimo y contemporáneo, Leonardo de Vandoeuvre, quien introdujo la vida monástica en el valle de Sarthe. San Leonardo, que quería vivir en la soledad, se estableció a orillas del río Sarthe, en el sitio actualmente llamado Saint-Léonard-des-Bois. El obispo de Le Mans, San Inocencio, gran promotor de la vida monástica, se hizo muy amigo de San Leonardo. Pronto se unieron al ermitaño varios discípulos. Desgraciadamente, no faltaban algunas personas que veían con malos ojos la fundación de un monasterio, y dijeron al rey Clotario I que San Leonardo exhortaba a los súbditos del monarca a desconocer su autoridad y someter sus bienes y personas a la autoridad del monasterio. Clotario envió algunos legados a investigar sobre el asunto, pero, precisamente en el momento en que llegaron los legados, un noble hacía la renuncia a sus posesiones para tomar el hábito. Los legados hicieron notar al santo que estaba privando al rey de sus mejores soldados, a lo que Leonardo replicó que no hacía más que enseñar al pueblo a practicar los consejos del Señor, quien había exhortado a todos a renunciar a sus bienes y a seguirle. Los legados no pudieron responder a ese argumento y volvieron para informar al monarca. Con el tiempo, Clotario dejó de hostilizar a San Leonardo y aun se convirtió en protector de la abadía. Entre los amigos del santo se contó también a San Dómnolo, sucesor de San Inocencio en la sede de Le Mans. San Leonardo falleció hacia el año 570, a edad muy avanzada, en brazos de San Dómnolo.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. VII, hay una breve biografía comentada. Véase también DCB., vol. III, pp. 686-687.

SANTA TECLA DE KITZINGEN, VIRGEN (*c.* 790 P.C.)

SANTA TECLA, de quien el Martirologio Romano hace mención en la fecha de hoy, fue una de las religiosas enviadas por Santa Tetta a Alemania para ayudar a San Bonifacio en su empresa de evangelización. Probablemente, Santa Tecla hizo el viaje junto con su pariente, Santa Lioba; en todo caso, es cosa cierta que fue súbdita suya en la abadía de Bischofsheim, hasta que San Bonifacio la nombró abadesa de Ochsenfurt. Cuando murió Santa Hadeloga, fundadora y primera abadesa del convento de Kitzingen-auf-Main, Santa Tecla fue elegida para sucederle, sin dejar por ello de gobernar la abadía de Ochsenfurt. La santa desempeñó ese cargo muchos años, con gran fervor y espíritu religioso. Su nombre no figura en la lista de las abadesas de Kitzingen, pero probablemente se alude a ella con el apelativo de Heilga, es decir, "la santa". Santa Tecla dio gran ejemplo de humildad y caridad, no sólo a sus súbditas, sino a todos los habitantes de la región. Las reliquias de la santa y de sus predecesoras, que se hallaban en la abadía de Kitzingen, fueron vergonzosamente profanadas

y destruidas durante la Guerra de los Campesinos, en el siglo XVI.

El artículo de *Acta Sanctorum*, oct., vol. VII, reúne una serie de alusiones a Santa Tecla, que se hallan desperdigadas en diferentes obras.

SAN EUTIMIO EL JOVEN, Abad (898 P.C.)

San Eutimio era un gálata nacido en Opso, cerca de Ancira. Suele dársele el nombre de "tesalónico", porque fue sepultado en Salónica. El sobrenombre de "el joven" le distingue de San Eutimio el Grande, quien vivió cuatro siglos antes que él. El nombre de bautismo de Eutimio era Nicetas. Contrajo matrimonio cuando era muy joven y tuvo una hija a la que llamó Anastasia. El año 842, cuando apenas tenía dieciocho años, abandonó a su esposa y a su hija (en circunstancias que actualmente consideraríamos como una deserción) e ingresó a la "laura" del Monte Olimpo, en Bitinia. Durante algún tiempo, tuvo por director a San Joanicio, un monje de dicho monasterio. Más tarde, eligió por director a un tal Juan, quien le dio el nombre de Eutimio. Al cabo de cierto tiempo, Juan envió a su discípulo a ejercitarse en la vida común en el monasterio de Pissidión, donde Eutimio avanzó rápidamente por el camino de la santidad.

San Ignacio, patriarca de Constantinopla, fue arrojado de su sede por Focio el año 858. El abad Nicolás, que permaneció fiel a San Ignacio, fue también destituido de su cargo. Entonces, Eutimio se dirigió al Monte Athos en busca de mayor tranquilidad. Antes de su partida, un asceta llamado Teodoro le confirió "el gran hábito", que era la insignia de la mayor dignidad que un monje podía alcanzar en el oriente. Eutimio partió con un compañero, pero éste no pudo resistir la austeridad de la vida solitaria en el Monte Athos y, al quedar solo Eutimio se fue a vivir con un ermitaño llamado José. El biógrafo de San Eutimio dice que José era un hombre bueno y franco, a pesar de ser armenio. Pronto, los dos ermitaños empezaron a rivalizar en austeridad. Primero, ayunaron durante cuarenta días, sin comer más que yerbas. Después, Eutimio propuso que se encerrasen en sus celdas durante tres años. Así lo hicieron y, durante ese lapso, sólo salían para recoger algunas yerbas, rara vez se dirigían la palabra y jamás a un extraño. José sólo resistió un año, pero San Eutimio vivió así los tres años. Cuando salió de su encierro, los otros monjes le felicitaron. El año 863, fue a Salónica a visitar la tumba de Teodoro, quien antes de morir había intentado en vano reunirse con su discípulo en el monte Athos. San Eutimio habitó ahí en una torre, desde lo alto de la cual solía predicar a las turbas y ejercer sus poderes de exorcista, sin salir de su amado retiro. Antes de partir de Salónica, recibió el diaconado. Como los peregrinos que iban a visitarle al Monte Athos comenzaron a aumentar, el santo se refugió con otros dos monjes, en la islita de San Eustracio. Cuando los piratas los arrojaron de ahí, San Eutimio fue a reunirse con su antiguo amigo José y se quedó a vivir con él.

Algún tiempo después de la muerte de José, San Eutimio tuvo una visión en la que le fue revelado que ya había vivido suficiente tiempo en la soledad y se le ordenó que se trasladase a una montaña llamada Peristera, al este de Salónica, donde encontraría las ruinas del antiguo monasterio de San Andrés, convertidas en refugio para las bestias. Su misión consistía en reconstruir el

monasterio y repoblarlo. Eutimio partió con los monjes Ignacio y Efrén y encontró, efectivamente, el monasterio arruinado y transformado en establo. Inmediatamente emprendió la reconstrucción de la iglesia y de las celdas. Al poco tiempo, empezó a multiplicarse la comunidad y San Eutimio ejerció el cargo de abad durante catorce años. Al cabo de ese período, partió a su ciudad natal de Opso, donde reclutó un gran número de hombres y mujeres, entre los que se contaban varios de sus parientes y fundó dos monasterios. Una vez que ambas fundaciones estuvieron en marcha, el santo las puso en manos del metropolitano de Salónica y se retiró a terminar sus días en la soledad del Monte Athos. Cuando sintió que se aproximaba el momento de su muerte, reunió a los otros ermitaños para celebrar con ellos la fiesta de la traslación de su patrono San Eutimio el Grande; después se despidió de ellos y partió con el monje Jorge a la Isla Santa. Ahí murió apaciblemente cinco meses después, el 15 de octubre del año 898.

Uno de los monjes de Peristera, llamado Basilio, quien fue más tarde metropolitano de Salónica, escribió la biografía de San Eutimio. En su obra relata varios milagros de su maestro, de algunos de los cuales había sido testigo y aun beneficiario. Para mostrar el don de profecía de San Eutimio, cuenta Basilio que, cuando él se hallaba haciendo el retiro acostumbrado, después de la toma de hábito, Eutimio fue a visitarle y le dijo: "Yo soy absolutamente indigno de las luces del Altísimo. Sin embargo, como director vuestro, Dios me ha revelado que el amor a la ciencia va a arrancaros del monasterio y hará de vos un arzobispo." Basilio añade: "Efectivamente, más tarde, la ambición me llevó a preferir el torbellino de la vida activa a la paz y la soledad monacales".

Según parece, el nombre de San Eutimio no figura en los sinaxarios. Si se excluye la referencia del *Annus ecclesiasticus graeco-slavicus* de Martynov (15 de octubre), la existencia de San Eutimio era casi desconocida en occidente hasta que Louis Petit publicó el texto griego de su biografía en *Revue de l'Orient chrétien*, vol. VI (1093), pp. 155-205 y 503-536. En 1904 se publicó otra edición de dicha biografía, junto con el oficio griego de la fiesta del santo. Según Delehaye (*Les Saints Stylites*, pp. CXXIX-CXXX), la alusión a la "torre vacía" en la vida de San Eutimio es una prueba de que se trataba de un estilita. Véase E. von Dobschütz, en *Bizantinische Zeitschrift*, vol. XVIII (1909), pp. 715-716.

16: SANTA EDUVIGES, Viuda (1243 p.c.)

EDUVIGES ERA HIJA del conde Bertoldo de Andechs. Nació en Andechs, de Baviera, hacia 1174. Su hermana Gertrudis fue la madre de Santa Isabel de Hungría. Sus padres la confiaron, de niña, a las religiosas del monasterio de Kintzingen, en Franconia. A los doce años de edad, Eduviges contrajo matrimonio con el duque Enrique de Silesia, quien sólo tenía dieciocho años y Dios los bendijo con siete hijos, pero sólo uno de ellos, Gertrudis, sobrevivió a su madre y llegó a ser abadesa de Trebnitz. El marido de Eduviges heredó el ducado a la muerte de su padre, en 1202. Inmediatamente, a instancias de su esposa, fundó el gran monasterio de religiosas cistercienses de Trebnitz, a cinco kilómetros de Breslau. Se cuenta que todos los malhechores de Silesia fueron condenados a trabajar en la construcción del monasterio, que fue el primer

convento de religiosas en Silesia. El duque y su mujer fundaron además otros muchos monasterios, con lo cual no sólo propagaron en sus territorios la vida religiosa, sino también la cultura germánica. Entre los monasterios fundados por los duques, los había de cistercienses, de canónigos de San Agustín, de dominicos y de franciscanos. Enrique fundó el hospital de la Santa Cruz en Breslau, y Santa Eduviges, un hospital para leprosas en Neumarkt donde solía asistir personalmente a las enfermas. Después del nacimiento de su último hijo, en 1209, Eduviges instó a su marido para que hiciesen voto de continencia perpetua y, en adelante, vivieron separados durante largos períodos. Según se cuenta, en los treinta años que le restaban de vida, Enrique no volvió a cortarse la barba ni a llevar oro, plata o púrpura. Por ello se le llamó Enrique el Barbado.

Los hijos de Enrique y Eduviges hicieron sufrir mucho a sus padres. Por ejemplo, en 1212, el duque repartió sus posesiones entre Enrique y Conrado, sus hijos varones, pero ninguno de los dos quedó contento con su parte. A pesar de que Santa Eduviges hizo cuanto pudo por reconciliarlos, los dos hermanos y sus partidarios trabaron batalla, y Enrique derrotó a su hermano Conrado. Esa pena ayudó a Santa Eduviges a comprender y deplorar la vanidad de las cosas del mundo y a despegarse más y más de él. A partir de 1209, la santa fijó su principal residencia en el monasterio de Trebnitz, a donde solía retirarse con frecuencia. Durante sus retiros, dormía en la sala común con las otras religiosas y observaba exactamente la distribución. No usaba más que una túnica y un manto, lo mismo en invierno que en verano y llevaba, sobre sus carnes una camisa de pelo con mangas de seda blanca para que nadie lo sospechase. Como acostumbraba caminar hasta la iglesia con los pies desnudos sobre la nieve, los tenía destrozados, pero llevaba siempre en la mano un par de zapatos para ponérselos si encontraba a alguien por el camino. Un abad le regaló en cierta ocasión un par de zapatos nuevos y le arrancó la promesa de que los usaría. Algún tiempo después, el abad volvió a ver a la santa descalza y le preguntó dónde estaban los zapatos. Eduviges los sacó de entre los pliegues de su manto, diciendo: "Siempre los llevo aquí."

En 1227, los duques Enrique de Silesia y Ladislao de Sandomir se reunieron para organizar la defensa contra el ataque del "svatopluk" de Pomerania. Pero el svatopluk se enteró y cayó sobre ellos, precisamente durante la reunión, y Enrique, que estaba en el baño, apenas logró escapar con vida. Santa Eduviges acudió lo más pronto posible a cuidar a su marido, pero éste había partido ya con Conrado de Masovia para defender los territorios de Ladislao, quien había perecido a manos del svatopluk. La victoria favoreció a Enrique, el cual se estableció en Cracovia. Pero al poco tiempo fue nuevamente atacado por sorpresa en Mass, y Conrado de Plock le tomó prisionero. La fiel Eduviges intervino y consiguió que ambos duques llegasen a un acuerdo, mediante el matrimonio de las dos nietas de Enrique con los dos hijos de Conrado. Así se evitó el encuentro entre las fuerzas de ambos, con gran regocijo de Santa Eduviges, quien siempre hacía cuanto estaba en su mano para evitar el derramamiento de sangre. En 1238, murió el marido de Santa Eduviges y fue sucedido por su hijo Enrique, apodado "el Bueno". Cuando la noticia de la muerte del duque llegó al monasterio de Trebnitz, las religiosas lloraron mucho; Eduviges fue la única que permaneció serena y reconfortó a las demás: "¿Por qué os quejáis de la voluntad de Dios? Nuestras vidas están en sus manos, y todo lo que El hace está bien hecho, lo mismo si se trata de nuestra propia muerte

que de la muerte de los seres amados." La santa tomó entonces el hábito religioso de Trebnitz, pero no hizo los votos para poder seguir administrando sus bienes en favor de los pobres. En cierta ocasión, Santa Eduviges encontró a una pobre mujer que no sabía el Padrenuestro y comenzó a enseñárselo; como la infeliz aldeana no consiguiese aprenderlo, la santa la llevó a dormir en su propio cuarto para aprovechar todos los momentos libres y repetirle la oración hasta que la mujer consiguió aprenderla de memoria y entender lo que decía.

En 1240, los tártaros invadieron Ucrania y Polonia. El duque Enrique II les presentó la batalla cerca de Wahlstadt. Se dice que los tártaros emplearon entonces los gases venenosos: "un humo espeso y nauseabundo brotaba en forma de serpiente de unos tubos de cobre y embrutecía a los soldados polacos." Enrique pereció en la batalla. Santa Eduviges tuvo una revelación sobre la muerte de su hijo tres días antes de que llegase la noticia y dijo a su amiga Dermudis: "He perdido a mi hijo; se me ha escapado de las manos como un pajarito y jamás volveré a verle." Cuando el mensajero trajo la triste noticia, Santa Eduviges consoló a su hija Gertrudis y a Ana, la esposa de Enrique. Dios premió la fe de su sierva con el don de milagros. Una religiosa ciega recobró la vista cuando la santa trazó sobre ella la señal de la cruz. El biógrafo de Eduviges relata varias otras curaciones milagrosas obradas por ella y menciona diversas profecías de la santa, entre las que se contaba la de su propia muerte. Durante su última enfermedad, Santa Eduviges pidió la extremaunción cuando todos la creían fuera de peligro. Murió en octubre de 1243 y fue sepultada en Trebnitz. Su canonización se llevó a cabo en 1267. En 1706, la fiesta de Santa Eduviges fue incluida en él calendario general de la Iglesia de occidente.

Existe en latín una biografía o leyenda de Santa Eduviges, escrita probablemente a fines del siglo XIII; el autor anónimo afirma que se basó principalmente en las memorias del cisterciense Engelberto de Leubus. Existen dos versiones: la corta y la larga; ambas pueden verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII, y en otras obras. En Schlakenwert se conserva una copia manuscrita, que data de 1353 y es particularmente interesante por las miniaturas con que está iluminada; dichas miniaturas han sido reproducidas con frecuencia, por ejemplo en la obra de Riesch, *Die hl. Hedwig* (1926). Las principales biografías alemanas son las de F. H. Görlich (1854); F. Becker (1872); F. Promnitz (1926); K. y F. Metzger (1927). Entre las biografías francesas mencionaremos únicamente la de G. Bazin (1866). Véase también G. Morin, en *Revue Bénédictine*, vol. VII (1890), pp. 465-469; y H. Quillus, *Königen Hedwig von Polen* (1938). En los Estados Unidos se publicó una biografía popular de Santa Eduviges con el extraño título de *The Glowing Lily*; el autor es E. Markowa (1946).

SANTOS MARTINIANO, MAXIMA Y OTROS MÁRTIRES (458 P.C.)

DESPUÉS DE mencionar a los 270 mártires que sufrieron juntos en Africa, el Martirologio Romano habla del martirio de los santos Martiniano y Saturiano y sus dos hermanos. Todos los cuales, en la persecución del rey arriano Genserico el Vándalo, fueron convertidos a la fe por la virgen Máxima, su compañera de esclavitud. A causa de su constancia en la fe, fueron flagelados por su amo, que era hereje hasta que sus huesos quedaron al descubierto. Como cada día amaneciesen ilesos, después de haber sufrido numerosos tormentos, fueron desterrados. En el exilio convirtieron a muchos bárbaros a la fe de Cristo y lograron que el Pontífice de Roma les enviase a un sacerdote y otros ministros, para bautizar a los conversos. Finalmente se los ató por los pies a un carro y

fueron arrastrados por los caminos fragosos. Pero Máxima, que salió con vida de todas las pruebas, fue libertada por el poder de Dios y "murió apaciblemente en un monasterio, en el que fue madre de muchas vírgenes."

Víctor de Vita, en su historia de las persecuciones de los vándalos, habla de estos confesores. Según él, Martiniano era un fabricante de armaduras y su amo decidió casarle con Máxima. Aunque ésta había hecho voto de virginidad, no se atrevió a rehusar, pero Martiniano la respetó y huyó con ella a un monasterio. Su amo los sacó de él y los golpeó brutalmente porque se negaban a recibir el bautismo arriano. Después de la muerte de su amo, la esposa de éste los vendió a otro vándalo, quien devolvió la libertad a Máxima y envió a Martiniano y a dos de sus compañeros a un jefe berberisco. Los tres convirtieron ahí a numerosas personas y pidieron al Papa que enviase a un sacerdote. Para castigar su atrevimiento, Genserico ordenó que fuesen arrastrados hasta que muriesen.

Véase el artículo sobre estos mártires en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VII, pte. 2. El único documento fidedigno es el relato de Víctor de Vita.

SAN GALO (*c.* 635 P.C.)

EL MÁS FAMOSO de los discípulos e imitadores de San Colomba fue San Galo. Era originario de Irlanda y se educó en el gran monasterio de Bangor, bajo la dirección de los santos abades Comgalo y Colomba. En dicho monasterio florecían los estudios, sobre todo los sagrados, y San Galo llegó a ser muy versado en gramática, poética y Sagrada Escritura. Según ciertos relatos, ahí recibió la ordenación sacerdotal. Cuando San Colomba partió de Irlanda, San Galo fue uno de los doce que le siguieron a Francia, donde fundaron el monasterio de Annegray y, dos años después, el de Luxeuil. San Galo pasó ahí veinte años, pero lo único que sabemos sobre él, durante ese período, es que un día su superior le envió a pescar en un río, y el santo fue a otro, donde no consiguió atrapar un solo pez. Al ver su cesto vacío, su superior le reprendió y entonces San Galo se dirigió al río que su superior le había indicado e hizo una pesca abundantísima. El año 610, San Colomba fue desterrado del monasterio, y San Galo partió con él; como no consiguiesen ir a Irlanda, predicaron el Evangelio en las cercanías de Tuggen y del lago de Zurich. El pueblo no los recibió bien, por lo cual, según dice el biógrafo de San Galo, abandonaron "a aquella multitud ingrata y desagradable para no desperdiciar en almas estériles los esfuerzos que podían fructificar en almas mejor dispuestas." Un sacerdote llamado Wilimar les ofreció refugio en Arbón, cerca del lago de Constanza. Los siervos de Dios se construyeron un par de celdas en las proximidades de Bregenz, donde convirtieron a muchos idólatras; al terminar uno de sus sermones, San Galo arrojó al río las estatuas de los ídolos. Su atrevimiento convirtió a unos y enfureció a otros. Los dos santos permanecieron ahí dos años y plantaron un huerto. Por su parte, San Galo, que era indudablemente un pescador muy hábil, ocupaba sus ratos libres en tejer redes y pescar en el lago. Pero el pueblo siguió obstinado en su idolatría y persiguió a los dos monjes. Hacia el año 612, Teodorico, el gran enemigo de San Colomba, se convirtió en el amo de Austrasia y éste decidió huir a Italia; San Galo no quería separarse de él, pero la enfermedad le impidió seguirle. Según una leyenda,

San Colomba, quien no creía que su amigo estuviese realmente muy enfermo, le impuso en castigo no volver a celebrar la misa mientras él viviese, y San Galo obedeció esa orden injusta. Después de la partida de San Colomba y sus hermanos, San Galo cargó con sus redes y se fue a vivir con Wilimaro en Arbón, donde pronto recuperó la salud. Entonces, el diácono Hiltibodo le ayudó a elegir, a orillas del río Steinach, un sitio en el que la pesca era abundante, y ahí se estableció el santo. Pronto se le reunieron algunos discípulos, a quienes San Galo impuso la regla de San Colomba. La fama de San Galo continuó creciendo hasta su muerte, ocurrida en 627 ó 645 en Arbón, a donde había ido a predicar.

Los biógrafos del santo narran otros detalles de su vida. Algunos son de autenticidad dudosa y otros ciertamente falsos. Una semana después de haberse establecido a orillas del Steinach con el diácono Hiltibodo, San Galo tuvo que ir a exorcizar, muy contra su voluntad, a la hija del duque Gunzo, de la que dos obispos habían intentado en vano arrojar los demonios. San Galo tuvo éxito, y el demonio escapó de la boca de la joven en forma de pájaro negro. El rey Sigeberto, de quien la joven Fridiburga era la prometida, ofreció a San Galo una sede para mostrarle su gratitud; pero el santo se negó a aceptarla y persuadió a Fridiburga de que ingresase en un convento de Metz, en vez de casarse con el monarca. A pesar de ello, Sigeberto no guardó rencor a San Galo; más tarde, los monjes de la abadía de San Galo afirmaron erróneamente que Sigeberto había regalado al santo las tierras de la abadía y la había sustraído a la jurisdicción del obispo de Constanza. La sede de Constanza fue ofrecida de nuevo a San Galo, quien volvió a rechazarla, pero nombró obispo al diácono Juan, discípulo suyo, y predicó el día de su consagración. San Galo tuvo una revelación sobre la muerte de San Colomba en Bobbio; los discípulos de éste, siguiendo las instrucciones de su maestro, enviaron a San Galo su báculo abacial en prueba de que le había perdonado por no haberle acompañado a Italia. Cuando murió San Eustacio, a quien San Colomba había nombrado abad de Luxeuil, los monjes eligieron a San Galo; pero la abadía era ya entonces muy rica, y el humilde siervo de Dios apreciaba demasiado la pobreza y la vida penitente para dejarse arrancar de ella, de suerte que siguió ejerciendo su labor apostólica donde estaba. Sólo salía de su celda para ir a instruir y predicar a los habitantes de las regiones más agrestes y abandonadas. Cuando estaba en su ermita, solía pasar días y noches enteras en contemplación.

Walafrido Strabo, además de la biografía propiamente dicha, escribió un volumen sobre los milagros obrados en el sepulcro de San Galo. Dicho autor hace notar que su biografiado "poseía un gran sentido práctico" y que fue uno de los principales misioneros en Suiza. La fiesta de San Galo se celebra en Irlanda y en Suiza. Su fama ha sido superada por la del monasterio que fundó a orillas del Steinach, en el sitio que ocupa actualmente el pueblecito de Saint-Gall en el cantón suizo del mismo nombre. Otmaro organizó dicho monasterio en el siglo VIII. Sus monjes rindieron en la Edad Media incalculables servicios a la ciencia, la literatura, la música y otras artes y la biblioteca y el "scriptorium" del monasterio, se contaban entre los más famosos de la Europa occidental. El monasterio fue secularizado después de la Revolución; felizmente se conserva todavía una buena parte de la biblioteca junto a la iglesia abacial, que fue reconstruida y es hoy la catedral de la diócesis de Saint-Gall.

Se ha investigado mucho sobre la vida del santo. Aparte de las alusiones incidentales que se hallan en la biografía de San Colomba escrita por Jonás, existen tres documentos que tratan directamente sobre San Galo. El primero, del que desgraciadamente sólo se conservan fragmentos, fue escrito más o menos un siglo después de la muerte del santo; el segundo, cuyo autor es el abad Wetting, data de principios del siglo IX; el tercero, debido a la pluma de Walafrido Strabo, data seguramente de unos diez o veinte años después. Los tres documentos fueron editados por B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov*, vol. IV, pp. 251-337. Existe además una biografía en verso escrita por Notker. Véase J. F. Kenney, *The Sources for the Early History of Ireland* vol. I, pp. 206-208; Gougaud, *Christianity in Celtic Lands* (1932), pp. 140-144; y *Les saints irlandais hors d'Irlande* (1936), pp. 114-119; y M. Joynt, *The Life of St. Gall* (1927).

SAN BERCARIO, Abad (¿696? p.c.)

A mediados del siglo VII, San Nivardo, obispo de Reims, emprendió un viaje por Aquitania, donde conoció a los padres de Bercario y, viendo las grandes cualidades de éste, les rogó que le diesen una buena educación a fin de prepararle para el sacerdocio. Así lo hicieron y, con el tiempo, Bercario recibió la ordenación sacerdotal e ingresó en la abadía de Luxeuil. Al fundar la abadía de Hautvilliers, San Nivardo nombró a San Bercario primer abad. En el ejercicio de ese cargo, San Bercario fundó en el bosque de Der otro monasterio, llamado Montier-en-Der y el convento de Puellemontier; según se dice, las primeras seis religiosas de ese convento eran unas esclavas que el santo había rescatado.

En la abadía de San Bercario había un monje joven llamado Daguino, cuya conducta era poco satisfactoria. En cierta ocasión, San Bercario le impuso una grave penitencia. Entonces Daguino, furioso al ver que su abad le reprendía constantemente, penetró en la celda de San Bercario por la noche y le apuñaló. En cuanto cometió el crimen, el miedo y los remordimientos le hicieron precipitarse a tocar a rebato la campana de la iglesia, por lo que todos los monjes acudieron inmediatamente a la celda del abad y le encontraron agonizante. El culpable confesó su crimen y fue conducido ante San Bercario, quien le perdonó inmediatamente. El santo sobrevivió dos días y falleció el 26 de marzo del año 685 ó 696, el día de Pascua. Algunas veces se le representa junto a un barril de vino, con lo que se alude a la siguiente leyenda: cuando Bercario era monje en Luxeuil, su abad le mandó llamar en el momento en que transvasaba el vino y acudió inmediatamente, sin preocuparse siquiera por tapar el tonel. Cuando volvió a la bodega, se encontró con que se había obrado el milagro de que el vino, en vez de seguir fluyendo, se había detenido en el aire como si el chorro se hubiese congelado.

El abad Adso escribió una biografía latina de este "mártir" un siglo después de su muerte; dicha biografía puede verse en Mabillon y en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VII, pte. 2.

SAN LULO, Obispo de Mainz (786 p.c.)

Lulo era originario del reino de los sajones del oeste de Inglaterra. Se educó en el monasterio de Malmesbury, donde recibió el diaconado. Hacia los veinte años, sintiéndose llamado a las misiones extranjeras, pasó a Alemania. San Bonifacio, quien, según se dice, era pariente suyo, le acogió con gran gozo. Desde

entonces, San Lulo compartió con San Bonifacio los trabajos del apostolado y los sufrimientos de las persecuciones. San Bonifacio le ordenó sacerdote. El año 751, le envió a Roma a consultar al Papa San Zacarías acerca de ciertos asuntos a los que no quería referirse por carta. A su regreso, San Bonifacio le eligió por sucesor suyo y le hizo su coadjutor. Cuando San Bonifacio partió a Frisia en su última misión, San Lulo tomó a su cargo la sede de Mainz.

Los historiadores suponen generalmente que la misión de San Lulo ante la Santa Sede tenía por objeto obtener la exención de la jurisdicción episcopal para la abadía de Fulda, fundada por San Bonifacio. Siguiendo las instrucciones de su maestro, San Lulo le sepultó ahí, cosa que molestó mucho a los habitantes de Mainz y de Utrecht. San Lulo, en calidad de obispo de Mainz, se negó a admitir la exención del monasterio de Fulda, depuso al abad San Esturmio y le sustituyó por un partidario suyo. Pero el rey Pepino intervino y reconoció la independencia de Fulda; San Esturmio recuperó su cargo de abad, y San Lulo fundó entonces el monasterio de Herzfeld. En los treinta años que duró su gobierno de la diócesis, San Lulo dio muestras de ser un pastor muy enérgico y asistió a varios concilios en Francia y otros países.

Según lo prueban las cartas que recibía de Roma, Francia e Inglaterra, el santo tenía fama de ser muy sabio. Desgraciadamente no se conservan sus respuestas; sólo nos quedan nueve cartas suyas, publicadas junto con las de San Bonifacio. El contenido es muy interesante. En la cuarta carta se advierte la afición de San Lulo por adquirir libros extranjeros; otras cartas prueban su fidelidad a sus amigos, su celo pastoral y el empeño que tenía en hacer que se observasen los cánones. En una de las cartas ordena que se celebren las misas, oraciones y ayunos "prescritos contra las tempestades" para que Dios haga cesar las lluvias que dañan la cosecha. En la misma carta anuncia la muerte del Papa y manda que se digan las oraciones acostumbradas. En una carta a San Lulo, Cutberto, abad de Wearmouth, refiere que ha mandado celebrar noventa misas por sus hermanos difuntos en Alemania. En aquella época existía la costumbre de comunicar a las diversas iglesias los nombres de los difuntos, como lo demuestran varias cartas de San Bonifacio a sus hermanos de Inglaterra y una al abad de Monte Cassino. Hacia el fin de su vida, San Lulo se retiró a la abadía de Herzfeld, donde murió.

La principal fuente sobre la vida de San Lulo es la biografía de Lamberto abad de Herzfeld, por más que no sea muy fidedigna, ya que fue escrita dos siglos después de la muerte del santo. Puede verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VII, pte. 2; pero el mejor texto es el de la edición de las obras de Lamberto hecha por Holder-Egger (1894), pp. 307-340. Las cartas de San Lulo se encuentran en la edición de M. Tangl, *Bonifatiusbriefe* (1915). Véase también H. Hahn, *Bonifaz und Lul* (1883); Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, vols. I y II; y M. Stimming, *Mainzer Urkundenbuch* (1923), vol. I.

SAN ANASTASIO DE CLUNY (*c.* 1085 P.C.)

ANASTASIO, que había nacido en Venecia, era un monje muy sabio de la abadía de Mont-Saint-Michel, a mediados del siglo XII. Como el abad no fuese una persona muy recomendable y se le hubiese acusado de simonía, Anastasio abandonó el monasterio y se retiró a vivir como ermitaño en la región normanda de Tombelaine. Hacia el año de 1066, San Hugo de Cluny le invitó a ingresar en su monasterio. Siete años más tarde el Papa San Gregorio VII

le envió a España, probablemente para incitar a los españoles a substituir la liturgia mozárabe por la latina. El cardenal Hugo de Remiremont (irónicamente apodado "Candidus"), que era entonces legado en Francia y España, había trabajado ya por esa causa. San Anastasio retornó pronto a Cluny, donde vivió apaciblemente otros siete años, al cabo de los cuales se retiró a una ermita de las cercanías de Toulouse. Según se dice, Hugo de Remiremont, quien había sido depuesto y excomulgado por sus repetidos actos de simonía, fue a reunirse con San Anastasio. El santo vivió entregado a la contemplación hasta que fue llamado nuevamente a su monasterio en 1085. Murió durante el viaje y fue sepultado en Doydes.

La biografía de San Anastasio, escrita por un tal Galterio, puede verse en Mabillon y en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VII, pte. 2. Probablemente el santo es el autor de una "Epístola a Geraldo" sobre la Presencia Real; cf. DTC., vol. I, c. 1166.

SAN BELTRAN, OBISPO DE COMMINGES (1123 P.C.)

LA DIÓCESIS de Comminges fue independiente durante casi mil años, antes de fundirse con la de Toulouse. Varios de los obispos que la gobernaron han pasado a la historia, pero ninguno es tan famoso como San Beltrán, cuyo episcopado duró cincuenta años, entre los siglos XI y XII. En su juventud, Beltrán no pensaba más que en llegar a ser un señor feudal que infundiese tanto respeto como su padre. Pero después abrazó la carrera eclesiástica, recibió una canonjía en Toulouse y llegó a ser archidiácono de la diócesis. Los cronistas observan que el santo no solicitó esas dignidades, ni mucho menos las compró. Hacia 1075, fue elegido obispo de Comminges. Una vez que reconstruyó las fortalezas espirituales y materiales de su ciudad episcopal, se dedicó a reformar toda su diócesis. Vivía con sus canónigos bajo la regla de San Agustín y era un verdadero modelo para su clero, aunque su celo le llevaba a ciertas exageraciones. En cierta ocasión, cuando fue a predicar en Val d'Azun, el pueblo le acogió muy mal y tuvo que emplear todo su tacto para calmar a los habitantes. Más tarde, el pueblo se arrepintió de haber tratado mal a su obispo y prometió regalar cada año a la sede de Comminges toda la mantequilla que se fabricase en Val d'Azun durante la semana anterior a Pentecostés. El pueblo cumplió su promesa, aunque no siempre de buena gana, hasta que estalló la Revolución Francesa. San Beltrán tuvo que hacer frente, más de una vez a la violencia, aun fuera de su propio territorio. El año de 1100, cuando el santo se hallaba en el sínodo de Poitiers, los padres conciliares excomulgaron al rey Felipe I y fueron apedreados por la chusma. Cuando San Beltrán consagró el cementerio de Santa María de Auch, los monjes de Saint-Orens trataron de incendiar la iglesia.

Se cuentan muchos milagros obrados por el santo. Uno de ellos dio origen al "Gran Perdón" de la catedral de Comminges. En el curso de un pleito entre los condes de Comminges y de Bigorre, las tropas de Sans Parra de Oltia saquearon la diócesis de San Beltrán y se llevaron todo el ganado que pudieron. Para salvar a su pueblo de la ruina, San Beltrán imploró a Sans Parra que devolviese el botín, pero éste sólo aceptó venderlo. "Perfectamente —dijo San Beltrán—, devolved el botín y yo os pagaré antes de vuestra muerte." Poco después murió San Beltrán, y Sans Parra fue capturado por los moros en Es-

paña. Una noche, mientras se hallaba en el calabozo, soñó que San Beltrán le decía que venía a cumplir su promesa y que le conducía a un sitio próximo a su casa. Al despertar se halló efectivamente en ese lugar. En Comminges se celebra este milagro el 2 de mayo de cada año. El Papa Clemente V, quien había sido obispo de Comminges, concedió indulgencia plenaria a quienes visitasen la catedral de San Beltrán los años en que la fiesta de la Invención de la Santa Cruz cae en viernes. San Beltrán fue canonizado poco antes de 1309, probablemente por el Papa Honorio III.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. VII, pte. 2, hay una biografía que se atribuye a Vital, un notario de Auch, contemporáneo del santo. Véase también P. Bedin, *St. Bertrand de Comminges* (1912).

SAN GERARDO MAYELA (1755 P.C.)

Pío IX CALIFICÓ a San Gerardo de "perfecto modelo de los hermanos legos", y León XIII dijo que había sido "uno de los jóvenes más angelicales que Dios haya dado a los hombres por modelo". En sus veintinueve años de vida, el santo llegó a ser el más famoso taumaturgo del siglo XVIII. Nació en Muro, a setenta kilómetros de Nápoles. Su padre era sastre. Su madre, después de la muerte de Gerardo, dio este testimonio: "Mi hijo sólo era feliz cuando se hallaba arrodillado en la iglesia, ante el Santísimo Sacramento. Con frecuencia entraba a orar y olvidaba hasta la hora de comer. En casa oraba todo el tiempo. Verdaderamente, había nacido para el cielo." Cuando Gerardo tenía diez años, su confesor le dio permiso de comulgar cada tercer día; como era una época en la que la influencia del jansenismo todavía se dejaba sentir, ello demuestra que el confesor de Gerardo le consideraba como un niño excepcionalmente dotado para la piedad. A la muerte de su padre, Gerardo debió abandonar la escuela y entró a trabajar como aprendiz de sastre en el taller de Martín Pannuto, hombre muy bueno, que le comprendía y le apreciaba. En cambio, uno de los empleados era un hombre muy brusco que solía maltratar a Gerardo y más se enfurecía por la paciencia con que soportaba sus majaderías. Una vez aprendido su oficio a la perfección, Gerardo pidió ser admitido en el convento de los capuchinos de Muro, donde su tío era fraile; pero fue rechazado a causa de su juventud y de su condición delicada. Entonces entró a trabajar como criado en la casa del obispo de Lacedogna. Humanamente hablando, fue una mala elección, ya que el prelado era un hombre de carácter irascible, que trató al joven con gran rudeza. A pesar de ello, Gerardo le sirvió fielmente y sin una queja, hasta que murió el obispo en 1745. Entonces, Gerardo volvió a Muro y abrió una satrería por su cuenta. Vivía con su madre y sus tres hermanas. Solía dar a su madre una tercera parte de lo que ganaba; el otro tercio lo repartía entre los pobres y el resto lo empleaba en pagar misas por las almas del purgatorio. Pasaba muchas horas de la noche orando en la catedral y se disciplinaba severamente.

Cuando tenía veintitrés años, los padres de la congregación del Santísimo Redentor, recientemente fundada, predicaron una misión en Muro. El joven les rogó que le admitiesen como hermano lego, pero su aspecto enfermizo no le ayudaba, y su madre y sus hermanas no tenían ningún deseo de verle partir. Sin embargo, Gerardo insistió y, finalmente, el P. Cafaro le envió a la casa

de Deliceto, donde él era superior, con un mensaje que decía: "Os envío a este hermanito inútil." Pero, cuando el P. Cafaro volvió a su casa, cayó inmediatamente en la cuenta de su error y le concedió el hábito. Los hermanos de Gerardo, al verle trabajar con gran ardor, puntualidad y humildad en la sacristía y en el huerto, solían decir: "O es un loco o es un santo." El fundador de la congregación, San Alfonso de Ligorio, comprendió que era un santo y le acortó el período de noviciado. El hermano Gerardo hizo la profesión en 1752. A los votos acostumbrados añadió el de hacer siempre lo que fuese, a su juicio, más agradable a Dios. El P. Tannoia, autor de las biografías de San Alfonso y de San Gerardo, que había sido curado por la intercesión de este último cuenta que un día, cuando el santo era novicio, le vio orando ante el tabernáculo; súbitamente Gerardo gritó: "Señor, déjame que me vaya, te ruego, pues tengo mucho que hacer." Sin duda es ésta una de las anécdotas más conmovedoras de toda la hagiología.

Durante los tres años que vivió después de hacer la profesión, el santo trabajó como sastre y enfermero de la comunidad; solía también pedir limosna de puerta en puerta, y los padres gustaban de llevarle consigo a sus misiones y retiros, porque poseía el don de leer en las almas. Se cuentan más de veinte ejemplos de casos en los que el santo convirtió a los pecadores, poniéndoles de manifiesto su oculta maldad. Los fenómenos sobrenaturales abundaban en la vida del hermanito. Se cuenta que en una ocasión fue arrebatado en el aire y recorrió así más de medio kilómetro; se menciona también el fenómeno de "bilocación" y se dice que poseía los dones de profecía, de ciencia infusa y de dominio sobre los animales. La única voz que conseguía arrancarle de sus éxtasis era la de la obediencia. Hallándose en Nápoles, presenció el asesinato del arcipreste de Muro en el preciso momento en que tenía lugar a setenta kilómetros de distancia. Por otra parte, en más de una ocasión leyó el pensamiento de personas ausentes. Tan profundamente supo leer el pensamiento del secretario del arzobispo de Conza, que éste cambió de vida y se reconcilió con su esposa, de suerte que toda Roma habló del milagro. Pero los hechos más extraordinarios en la vida de San Gerardo están relacionados con la bilocación. Se cuenta que asistió a un enfermo en una cabaña de Caposele y que, al mismo tiempo, estuvo charlando con un amigo en el monasterio de la misma población. Una vez, su superior fue a buscarle en su celda y no le encontró ahí. Entonces se dirigió a la capilla, donde le halló en oración: "¿Dónde estabais hace un instante?", le preguntó. "En mi celda", replicó el hermanito. "Imposible, pues yo mismo fui dos veces a buscaros." Entonces Gerardo se vio obligado a confesar que, como estaba en retiro, había pedido a Dios que le hiciese invisible para que le dejasen orar en paz. El superior le dijo: "Bien, por esta vez os perdono, pero no volváis a pedir eso a Dios."

Sin embargo, San Gerardo no fue canonizado por sus milagros, ya que éstos eran simplemente un efecto de su santidad, y Dios podía haber dispuesto que el santo no hiciese milagro alguno sin que ello modificase en un ápice la bondad, caridad y devoción que alabaron en el joven Pío IX y León XIII. Uno de los resultados más sorprendentes de su fama de santidad fue el de que sus superiores le permitieron encargarse de la dirección de varias comunidades de religiosas, lo que no acostumbran hacer los hermanos legos. San Gerardo hablaba en particular con cada religiosa y solía darles conferencias a través de la reja del recibidor. Además, aconsejaba por carta a varios sacerdotes, reli-

giosos y superiores. Se conservan todavía algunas de sus cartas. No hay en ellas nada de extraordinario: en unas expone simplemente el deber de todo cristiano de servir a Dios según su propia vocación; en otras, incita a la bondad a una superiora, exhorta a la vigilancia a una novicia, tranquiliza a un párroco y predica a todos la conformidad con la voluntad divina. En 1753, los estudiantes de teología de Deliceto hicieron una peregrinación al santuario de San Miguel, en Monte Gárgano. Aunque no tenían más que unas cuantas monedas para cubrir los gastos del viaje, se sentían seguros, porque el hermano Gerardo iba con ellos. Y, en efecto, el santo se las arregló para que no les faltase nada en los nueve días que duró la peregrinación, que fue una verdadera sucesión de milagros. Exactamente un año más tarde, San Gerardo sufrió una de las pruebas más terribles de su vida. Una joven de vida licenciosa, llamada Neria Caggiano, a quien el santo había ayudado, le acusó de haberla solicitado. San Alfonso mandó llamar inmediatamente al hermano a Nocera. Pensando que su voto de perfección le obligaba a no defenderse, Gerardo guardó silencio; con ello no hizo sino meter en aprietos a su superior, quien no podía creerle culpable. San Alfonso le prohibió durante algunas semanas recibir la comunión y hablar con los extraños. San Gerardo respondió tranquilamente: "Dios, que está en el cielo, no dejará de defenderme." Al cabo de unas cuantas semanas, Neria y su cómplice confesaron que habían calumniado al hermanito. San Alfonso preguntó a su súbdito por qué no se había defendido y éste replicó: "Padre, ¿acaso no tenemos una regla que nos prohibe disculparnos?" (Naturalmente la regla no estaba hecha para aplicarse en esos casos). Poco después, el santo acompañó al P. Margotta a Nápoles, donde el pueblo asedió, día y noche, la casa de los redentoristas para ver al famoso taumaturgo. Finalmente, al cabo de cuatro meses, los superiores se vieron obligados a enviar al hermano Gerardo a la casa de Caposele, donde fue nombrado portero.

Era ese un oficio que agradaba especialmente al joven. El P. Tannoia escribió: "En esa época, nuestra casa estuvo asediada por los mendigos. El hermano Gerardo veía por ellos como lo hubiese hecho una madre. Tenía el arte de contentar a todos, y la necedad y malicia de algunos de los pedigüeños jamás le hicieron perder la paciencia." Durante el crudo invierno de aquel año, doscientas personas, entre hombres, mujeres y niños, acudieron diariamente a la casa de los redentoristas, y el santo portero les proveyó de comida, ropa y combustible, sin que nadie supiese de dónde los sacaba. En la primavera del año siguiente fue nuevamente a Nápoles. A su paso por Calitri, de donde el P. Margotta era originario, el pueblo le atribuyó varios milagros. Cuando volvió a Caposele, los superiores le encargaron de la supervisión de los edificios que se estaban construyendo. Cierto viernes, cuando no había en la casa un sólo céntimo para pagar a los trabajadores, las oraciones del santo hermanito movieron a un bienhechor inesperado a regalar lo suficiente para salir del apuro. San Gerardo pasó el verano pidiendo limosna para la construcción. Pero el calor del sur de Italia acabó con su salud y, en los meses de julio y agosto, el santo se debilitó rápidamente. Tuvo que pasar una semana en cama en Orvieto, donde curó a otro hermano lego que había ido a asistirle y había caído enfermo. Llegó a Caposele casi a rastras. En septiembre, pudo abandonar el lecho unos cuantos días, pero volvió a caer. Sus últimas semanas fueron una mezcla de sufrimientos físicos y éxtasis, cuando sus dones de pro-

fecía y ciencia infusa alcanzaron un grado extraordinario. Murió en la fecha y hora que había predicho, poco antes de la media noche del 15 de octubre de 1755. Fue canonizado en 1904.

La principal fuente de información sobre San Gerardo es la biografía del P. Tannoia, traducida al inglés en la *Oratorian Series* y publicada en el volumen *Lives of the Companions of St. Alphonsus* (1849), pp. 243-453. Entre las biografías inglesas citaremos las de O. Vassall-Philips, *Life of St Gerard Majella* (1914); Saint-Omer, *Life, Virtues and Miracles of St Gerard Majella* (1907); y J. Carr, *To Heaven through a Window* (1946). La mejor biografía alemana es la del P. Dilgskron (1923).

17: SANTA MARGARITA MARIA ALACOQUE, Virgen (1690 p.c.)

A PESAR de los grandes santos y del inmenso número de personas piadosas que hubo en Francia en el siglo XVII, no se puede negar que la vida religiosa de dicho país se había enfriado, en parte, debido a la corrupción de las costumbres y, en parte, a la mala influencia del jansenismo, que había divulgado la idea de un Dios que no amaba a toda la humanidad. Pero, entre 1625 y 1690, florecieron en Francia tres santos, Juan Eudes, Claudio de la Colombière y Margarita María Alacoque, quienes enseñaron a la Iglesia, tal como la conocemos actualmente, la devoción al Sagrado Corazón como símbolo del amor sin límites que movió al Verbo a encarnarse, a instituir la Eucaristía y a morir en la cruz por nuestros pecados, ofreciéndose al Padre Eterno como víctima y sacrificio".

La más famosa de los "santos del Sagrado Corazón" nació en 1647, en Janots, barrio oriental del pueblecito de L'Hautecour, en Borgoña. Margarita fue la quinta de los siete hijos de un notario acomodado. Desde pequeña, era muy devota y tenía verdadero horror de "ser mala". A los cuatro años "hizo voto de castidad", aunque ella misma confesó más tarde que a esa edad no entendía lo que significaban las palabras "voto" y "castidad". Cuando tenía unos ocho años, murió su padre. Por entonces, ingresó la niña en la escuela de las Clarisas Pobres de Charolles. Desde el primer momento, se sintió atraída por la vida de las religiosas, en quienes la piedad de Margarita produjo tan buena impresión, que le permitieron hacer la primera comunión a los nueve años. Dos años después, Margarita contrajo una dolorosa enfermedad reumática que la obligó a guardar cama hasta los quince años; naturalmente, tuvo que retornar a L' Hautecour. Desde la muerte de su padre, se habían instalado en su casa varios parientes y una de sus hermanas, casada, había relegado a segundo término a su madre y había tomado en sus manos el gobierno de la casa. Margarita y su madre eran tratadas como criadas. Refiriéndose a aquella época de su vida, la santa escribió más tarde en su autobiografía: "Por entonces, mi único deseo era buscar consuelo y felicidad en el Santísimo Sacramento; pero vivíamos a cierta distancia de la iglesia, y yo no podía salir sin el permiso de esas personas. Algunas veces sucedía que una me lo daba y la otra me lo negaba." La hermana de Margarita afirmaba que no era más que un pretexto para salir a hablar con algún joven del lugar. Margarita se retiraba entonces al rincón más escondido del huerto, donde pasaba largas horas oran-

do y llorando sin probar alimento, a no ser que alguno de los vecinos se apiadase de ella. "La mayor de mis cruces era no poder hacer nada por aligerar la de mi madre."

Dado que Margarita se reprocha amargamente su espíritu mundano, su falta de fe y su resistencia a la gracia, se puede suponer que no desperdiciaba las ocasiones de divertirse que se le presentaban. En todo caso, cuando su madre y sus parientes le hablaron de matrimonio, la joven no vio con malos ojos la proposición; pero, como no estuviese segura de lo que Dios quería de ella, empezó a practicar severas penitencias y a reunir en el huerto de su casa a los niños pobres para instruirlos, cosa que molestó mucho a sus parientes. Cuando Margarita cumplió veinte años, su familia insistió más que nunca en que contrajese matrimonio; pero la joven, fortalecida por una aparición del Señor, comprendió lo que Dios quería de ella y se negó rotundamente. A los veintidós años recibió el sacramento de la confirmación y tomó el nombre de María. La confirmación le dio valor para hacer frente a la oposición de su familia. Su hermano Crisóstomo le regaló la dote, y Margarita María ingresó en el convento de la Visitación de Paray-le-Monial, en junio de 1671.

La joven se mostró humilde, obediente, sencilla y franca en el noviciado. Según el testimonio de una de sus connovicias, edificó a toda la comunidad "por su caridad para con sus hermanas, a las que jamás dijo una sola palabra que pudiese molestarlas, y por la paciencia con que soportó las duras reprimendas y humillaciones a las que fue sometida con frecuencia." En efecto, el noviciado de la santa no fue fácil. Una religiosa de la Visitación debe ser "extraordinaria en lo ordinario", y Dios conducía ya a Margarita por caminos muy poco ordinarios. Por ejemplo, era absolutamente incapaz de practicar la meditación discursiva: "Por más esfuerzos que hacía yo por practicar el método que me enseñaban, acababa siempre por volver al método de mi Divino Maestro (es decir, la oración de simplicidad), aunque no quisiese." Cuando Margarita hizo la profesión, Dios la tomó por prometida suya "en una forma que no se puede describir con palabras". Desde entonces, "mi divino maestro me incitaba continuamente a buscar las humillaciones y mortificaciones". Por lo demás, Margarita no tuvo que buscarlas cuando fue nombrada ayudante en la enfermería. La hermana Catalina Marest, la directora, era una mujer activa, enérgica y eficiente, en tanto que la santa era callada, lenta y pasiva. Ella misma se encargó de resumir la situación en las siguientes palabras: "Sólo Dios sabe lo que tuve que sufrir ahí, tanto por causa de mi temperamento impulsivo y sensible como por parte de las creaturas y del demonio." Hay que reconocer, sin embargo, que si bien la hermana Marest empleaba métodos demasiado enérgicos, también ella tuvo que sufrir no poco. Durante esos dos años y medio, Margarita María sintió siempre muy cerca de sí al Señor y le vio varias veces coronado de espinas. El 27 de diciembre de 1673, la devoción de Margarita a la Pasión fructificó en la primera gran revelación.

Hallábase sola en la capilla, arrodillada ante el Santísimo Sacramento expuesto y de pronto, se sintió "poseída" por la presencia divina, y Nuestro Señor la invitó a ocupar el sitio que ocupó San Juan (cuya fiesta se celebraba ese día) en la última Cena, y habló a su sierva "de un modo tan sencillo y eficaz, que no me quedó duda alguna de que era El, aunque en general tiendo a desconfiar mucho de los fenómenos interiores." Jesucristo le dijo que el amor de su Corazón tenía necesidad de ella para manifestarse y que la había escogido

como instrumento para revelar al mundo los tesoros de su gracia. Margarita tuvo entonces la impresión de que el Señor tomaba su corazón y lo ponía junto al Suyo. Cuando el señor se lo devolvió, el corazón de la santa ardía en amor divino. Durante dieciocho meses, el Señor se le apareció con frecuencia y le explicó claramente el significado de la primera revelación. Le dijo que deseaba que se extendiese por el mundo el culto a su corazón de carne, en la forma en que se practica actualmente esa devoción, y que ella estaba llamada a reparar, en la medida de lo posible, la frialdad y los desvíos del mundo. La manera de efectuar la reparación consistía en comulgar a menudo y fervorosamente, sobre todo el primer viernes de cada mes, y en velar durante una hora todos los jueves en la noche, en memoria de su agonía y soledad en Getsemaní. (Actualmente la devoción de los nueve primeros viernes y de la hora santa se practican en todo el mundo católico). Después de un largo intervalo, el Señor se apareció por última vez a Santa Margarita, en la octava del Corpus de 1675 y le dijo: "He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, sin ahorrarse ninguna pena, consumiéndose por ellos en prueba de su amor. En vez de agradecérmelo, los hombres me pagan con la indiferencia, la irreverencia, el sacrilegio y la frialdad y desprecian el sacramento de mi amor." En seguida, pidió a Margarita que trabajase por la institución de la fiesta de su Sagrado Corazón, que debía celebrarse el viernes siguiente a la octava del Corpus. De esa suerte, por medio del instrumento que había elegido, Dios manifestó al mundo su voluntad de que los hombres reparasen la ingratitud con que habían correspondido a su bondad y misericordia, adorando el Corazón de carne de su Hijo, unido a la divinidad, como símbolo del amor que le había llevado a morir para redimirlos.

Nuestro Señor había dicho a Santa Margarita: "No hagas nada sin la aprobación de tus superiores para que el demonio, que no tiene poder alguno sobre las almas obedientes, no pueda engañarte." Cuando Margarita habló del asunto con la madre de Saumaise, su superiora, ésta "hizo cuanto pudo por humillarla y mortificarla y no le permitió poner en práctica nada de lo que el Señor le había ordenado, burlándose de cuanto decía la pobre hermana". Santa Margarita comenta: "Eso me consoló mucho y me retiré con una gran paz en el alma." Pero esos sucesos afectaron su salud y enfermó gravemente. La madre de Saumaise, que deseaba una señal del cielo, dijo a la santa: "Si Dios os devuelve la salud, lo tomaré como un signo de que vuestras visiones proceden de El y os permitiré que hagáis lo que el Señor desea, en honor de su Sagrado Corazón." La santa se puso en oración y recuperó inmediatamente la salud; la madre de Saumaise cumplió su promesa. Sin embargo, como algunas de las religiosas se negaban a prestar crédito a las visiones de Margarita, la superiora le ordenó someterlas al juicio de ciertos teólogos; desgraciadamente esos teólogos, que carecían de experiencia en cuestiones místicas, dictaminaron que se trataba de meras ilusiones y se limitaron a recomendar que la visionaria comiese más. Nuestro Señor había dicho a la santa que le enviaría un director espiritual comprensivo. En cuanto el P. de la Colombière se presentó en el convento como confesor extraordinario, Margarita comprendió que era el enviado del Señor. Aunque el P. de la Colombière no estuvo mucho tiempo en Paray, su breve estancia le bastó para convencerse de la autenticidad de las revelaciones de Margarita María, por quien concibió un gran respeto; además de confirmar su fe en las revelaciones, el P. de la Colombière adoptó la devoción al Sagrado Corazón. Poco después partió para Inglaterra (donde no encontró

"Hijas de María, ni mucho menos a una hermana Alacoque") y Margarita atravesó el período más angustioso de su vida. En una visión, el Señor la invitó a ofrecerse como víctima por las faltas de la comunidad y por la ingratitud de algunas religiosas hacia su Sacratísimo Corazón. Margarita resistió largo tiempo y pidió al Señor que no le diese a beber ese cáliz. Finalmente, Jesucristo le pidió que aceptase públicamente la prueba y la santa lo hizo así, llena de confianza, pero al mismo tiempo apenada porque el Señor había tenido que pedírselo dos veces. Ese mismo día, 20 de noviembre de 1677, la joven religiosa, que sólo llevaba cinco años en el convento, obtuvo de su superiora la autorización de "decir y hacer lo que el Señor le pedía" y, arrodillándose ante sus hermanas, les comunicó que Cristo la había elegido como víctima por sus faltas. No todas las religiosas tomaron aquello con el mismo espíritu de humildad y obediencia. La santa comenta: "En aquella ocasión, el Señor me dio a probar el amargo cáliz de su agonía en el huerto." Se cuenta que, a la mañana siguiente, los confesores que había en Paray no fueron suficientes para escuchar las confesiones de todas las religiosas que acudieron a ellos. Desgraciadamente, existen razones para pensar que no faltaron religiosas que mantuvieron su oposición a Santa Margarita María por muchos años.

Durante el gobierno de la madre Greyfié, que sucedió a la madre de Soumaise, Santa Margarita recibió grandes gracias y sufrió también duras pruebas interiores y exteriores. El demonio la tentó con la desesperación, la vanagloria y la compasión de sí misma. Tampoco las enfermedades escasearon. En 1681, el P. de la Colombière fue enviado a Paray por motivos de salud y murió ahí en febrero del año siguiente. Santa Margarita tuvo una revelación acerca de la salvación del P. de la Colombière y no fue ésa la única que tuvo de ese tipo. Dos años después, la madre Melin, quien conocía a Margarita desde su ingreso en el convento, fue elegida superiora de la Visitación y nombró a la santa como ayudante suya, con la aprobación del capítulo. Desde entonces, la oposición contra Margarita cesó o, por lo menos, dejó de manifestarse. El secreto de las revelaciones de la santa llegó a la comunidad en forma dramática (y muy molesta para Margarita), pues fue leído incidentalmente en el refectorio en un libro escrito por el Beato de la Colombière. Pero el triunfo no modificó en lo más mínimo la actitud de Margarita. Una de las obligaciones de la asistenta consistía en hacer la limpieza del coro; un día en que cumplía ese oficio, una de las religiosas le pidió que fuese a ayudar a la cocinera y ella acudió inmediatamente. Como no había tenido tiempo de recoger el polvo, las religiosas encontraron el coro sucio. Esos detalles eran los que ponían fuera de sí a la hermana de Marest, la enfermera y, probablemente, debió acordarse entonces con una sonrisa de la que fuera su discípula doce años antes. Santa Margarita fue nombrada también maestra de novicias y desempeñó el cargo con tanto éxito, que aun las profesas pedían permiso para asistir a sus conferencias. Como su secreto se había divulgado, la santa propagaba abiertamente la devoción al Sagrado Corazón y la inculcaba a sus novicias. En 1685, se celebró privadamente en el noviciado la fiesta del Sagrado Corazón. Al año siguiente, los parientes de una antigua novicia acusaron a Margarita María de ser una impostora y de introducir novedades poco ortodoxas, lo que suscitó nuevamente la oposición durante algún tiempo; pero el 21 de junio de ese año, toda la comunidad celebró en privado la fiesta del Corazón de Jesús. Dos años más tarde, se construyó ahí una capilla en honor del Sagrado Corazón,

y la devoción empezó a propagarse por todos los conventos de las visitandinas y por diversos sitios de Francia.

En octubre de 1690, después de haber sido elegida asistenta de la superiora por un nuevo período, Margarita cayó enferma. "No viviré mucho, anunció, pues ya he sufrido cuanto podía sufrir." Sin embargo, el médico declaró que la enfermedad no era muy seria. Una semana después, la santa pidió los últimos sacramentos: "Lo único que necesito es estar con Dios y abandonarme en el Corazón de Jesús." Cuando el sacerdote le ungía los labios, Margarita María expiró. Su canonización tuvo lugar en 1920.

En la biografía escrita por el P. A. Hamon, *Vie de Ste Marguerite-Marie* (1907), que es muy completa, hay casi treinta páginas consagradas al estudio de las fuentes y la bibliografía. Nosotros nos contentaremos con mencionar la semblanza autobiográfica, escrita por la santa cinco años antes de su muerte, a petición de su director espiritual, así como las 133 cartas suyas y las notas espirituales escritas de su mano. Existen, además, un interesante memorial escrito por la madre Greyfié y los testimonios de sus hermanas, con miras a la beatificación. El primer resumen biográfico de la santa fue publicado en 1691; el P. Croiset lo incluyó en forma de apéndice en su libro sobre la "Devoción al Sagrado Corazón". A este resumen siguió una cuidadosa biografía escrita por Mons. Languet, obispo de Soissons (1729). De entonces acá se han publicado numerosas biografías, de las que mencionaremos las principales: Mons. Bougaud; Mons. Léon Gauthey (3 vols., 1915); Padre Demimuid (1912), en la colección *Les Saints*; J. Rime (1947); y M. Yeo, *These Three Hearts*. Existen numerosas biografías cortas en todos los idiomas occidentales. Generalmente se citan las obras de la santa, refiriéndose a *Vie et Oeuvres*, publicado por las religiosas de la Visitación de Paray-le-Monial en 1876. Véase DTC., vol. III, cc. 320-351. Acerca de los nueve primeros viernes, cf. Thurston, en *The Month*, junio de 1903, pp. 635-649; y J. B. O'Connel, *The Nine First Fridays* (1934).

SAN JUAN EL ENANO (Siglo V)

San Juan, apodado "Kolobos", es decir, "el Pequeño" o "el Enano", fue uno de los santos más famosos del desierto de Egipto. Se retiró cuando era muy joven al desierto de Esqueta, donde se dedicó con todas sus fuerzas a adquirir el espíritu de Cristo. El viejo ermitaño a quien tomó por director, le mandó como primera lección, que plantase un cayado y lo regase diariamente hasta que floreciera. Así lo hizo Juan con gran sencillez de corazón, no obstante que el río de donde acarreaba el agua estaba a una distancia considerable. Se dice que durante tres años regó diariamente el palo y guardó silencio; finalmente el palo floreció y dio fruto. Entonces, el anciano ermitaño recogió el fruto y lo repartió en la iglesia a sus hermanos, diciendo: "Tomad y comed el fruto de la obediencia." Postumiano, quien fue a Egipto en el año 402, aseguró a Sulpicio Severo que le había mostrado en los terrenos del monasterio un árbol floreciente, que era el bastón de San Juan.

San Juan opinaba que la perfección de un monje consiste en salir lo menos posible de su celda, en vigilar continuamente sus acciones y en no perder nunca de vista a Dios. Jamás hablaba de los acontecimientos del mundo ni comentaba las noticias, como suelen hacerlo los hombres superficiales. Vivía tan concentrado en las cosas divinas, que parecía olvidado de las cosas terrenales. Con frecuencia empleaba en tejer un cesto el material destinado para dos y no era raro que olvidase lo que estaba haciendo. En cierta ocasión, un camellero pasó por la celda del santo para recoger sus herramientas, pero San Juan olvidó por tres veces que debía entregarlas. Lo mismo le sucedió en otra ocasión, cuando

un monje llamó a la puerta para recoger las cestas que había tejido y dejó al infeliz esperando mientras él se sentaba nuevamente a trabajar; finalmente, el monje tuvo que entrar a recoger él mismo las cestas. En nuestro artículo del 19 de julio sobre San Arsenio, narramos cómo probó San Juan la virtud de su discípulo. La humildad de San Juan era tanto más notable cuanto que era de temperamento vivaz y tendía a poseer una buena opinión de sí mismo; pero conocía perfectamente sus tendencias y se propuso esquivar el trato con los hombres y las vanas discusiones. Su sabiduría llegó a ser famosa. Se cuenta que en cierta ocasión, un monje que deseaba hablar un momento con él, se quedó toda la noche oyéndole discurrir sobre las cosas espirituales. Cuando vieron salir el sol, el monje se dispuso a partir, pero no pudo arrancarse de ahí sino hasta el mediodía. San Juan le convidó a comer, y el monje se fue al terminar la comida.

Una joven muy caritativa, llamada Paesia, cayó poco a poco en una vida desordenada. Los monjes pidieron entonces a San Juan que fuese a reprenderla. El santo acudió inmediatamente, se sentó junto a ella y le dijo con su amabilidad acostumbrada: "¿Qué os ha hecho Jesús para que le abandonéis?" La joven no respondió, y el santo se echó a llorar. "¿Por qué lloráis?", le preguntó Paesia. San Juan replicó: "¿Cómo no llorar viendo que el demonio se ha apoderado de vuestro corazón?". La joven se conmovió ante la bondad y el interés del santo por ella y le preguntó: "Padre mío, ¿creéis que el camino de la penitencia sea accesible para mí?" "Sí", contestó San Juan. "Entonces mostrádmelo", replicó Paesia. El santo se levantó sin decir una palabra y la joven le siguió. Esa noche, tuvieron que dormir en el desierto sobre la arena helada. San Juan soñó que veía el alma de Paesia subir al cielo y que una voz le decía que la joven era tan perfecta a los ojos de Dios como él era pequeño a los ojos de los hombres. Cuando se despertó por la mañana, encontró a Paesia muerta.

Cuando los berberiscos atacaron Esqueta, San Juan cruzó el Nilo y se retiró al sitio en que San Antonio había vivido, cerca del Mar Rojo. Ahí murió. Poco antes, sus discípulos le pidieron que les diese la última lección sobre la perfección. El santo respondió humildemente, como si no quisiera citar su propia experiencia: "Nunca he hecho mi voluntad y nunca he enseñado nada que antes no hubiese yo practicado."

Las fuentes más valiosas sobre San Juan son los *Apophthegmata* (cf. Bousset, *Apophthegmata: Studien zur Geschichte des ältesten mönchtums*", 1923). Véase *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII, pp. 39-48. El panegírico del obispo Zacarías, publicado en copto por Amélineau (*Annales du Musée Guimet*, vol. XXV. 1894), y traducido del sirio por Nau en *Revue de l'Orient chrétien*, vols. VII-IX, no es muy fidedigno. Véase también de L. O'Leary, *The Saints of Egypt* (1937), pp. 170-172.

SANTA ANSTRUDIS, VIRGEN (*c.* 700 P.C.)

SANTA ANSTRUDIS era, probablemente, hija de Santa Salaberga, quien fundó en Laon una abadía en la que tomó el velo, con el consentimiento de su esposo. Anstrudis siguió a su madre a la abadía y la sucedió en su gobierno. Las pruebas demostraron la gran virtud de Santa Anstrudis: su hermano Balduino fue traidoramente asesinado, y el mayordomo de palacio, Ebroín, acusó a la santa de conspirar contra él. Al pasar por Laon, Ebroín mandó sacar a rastras a Anstrudis de la abadía y la habría mandado a la prisión de no haberse opuesto

el pueblo. Al día siguiente, Anstrudis estuvo a punto de perecer asesinada, pero consiguió salvar la vida aferrándose al altar. El Beato Pepino de Landen, atraído por su constancia, su virtud y su inocencia, la tomó bajo su protección. Cuando el obispo de Laon, Madelgario, trató de apoderarse de las rentas de la abadía, Santa Anstrudis se quejó ante Pepino, quien envió a su hijo Grimoaldo a castigar al injusto prelado. Santa Anstrudis murió antes del año 709.

En Mabillon y en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VII, pte. 2, hay una biografía de la santa; antiguamente se creía que había sido escrita por un contemporáeo de Anstrudis, pero Levison, que hizo una edición crítica de dicha biografía (MGH., *Scriptores Merov.*, vol. VI, pp. 64 ss.) opina que data del siglo IX.

LAS MARTIRES URSULINAS DE VALENCIENNES (1794 P.C.)

LAS URSULINAS se establecieron en Valenciennes en 1654 y, durante 140 años, se entregaron ahí a la enseñanza de los niños y al cuidado de los pobres. Cuando el convento fue clausurado en la Revolución Francesa, las religiosas se refugiaron en el convento de Mons. En 1793, las tropas austríacas ocuparon Valenciennes, y las ursulinas volvieron a abrir la escuela, que siguió funcionando después de la entrada de las tropas francesas. En septiembre de 1794 las ursulinas fueron arrestadas en virtud de la ley Lacoste, por haber vuelto ilegalmente del extranjero para abrir un convento. El 17 de octubre, fueron juzgadas cinco de las religiosas que confesaron abiertamente que habían vuelto a Valenciennes para enseñar la doctrina católica, por lo que el juez las condenó a muerte. La guillotina se levantaba en la plaza del mercado. Al ver llorar a sus hermanas, la madre Dejardin (BEATA MARÍA AGUSTINA) dijo a su superiora: "¡Madre mía, vos nos habéis exhortado a ser valientes y, ahora que vamos a ser coronadas, os echáis a llorar!" Cinco días más tarde, la superiora BEATA MARÍA CLOTILDE PAILLOT y otras cinco religiosas, que se contaron entre las últimas víctimas de la Revolución fueron guillotinadas ahí mismo. La Beata María Clotilde declaró: "Morimos por la fe de la Iglesia católica, apostólica y romana." Así lo reconoció oficialmente Benedicto XV en 1920, al canonizar a las once ursulinas de Valenciennes. Dos de ellas, las BEATAS LILVINA LACROIX y ANA MARÍA ERRAUX, habían sido brigidinas, y la BEATA JOSEFINA LEROUX había sido clarisa pobre; las tres se habían quedado con las ursulinas cuando sus respectivas comunidades fueron expulsadas.

El P. J. Loridan fue vice-postulador de la causa de las mártires de Valenciennes; en su breve obra, *Les bses Ursulines de Valenciennes* (colección *Les Saints*), habla con plena autoridad y da pruebas de haber investigado a fondo el asunto. Véase también Wallon, *Les représentants du peuple...*, vol. V (1890), pp. 163-167; y H. Leclercq, *Les Martyrs*, vol. XII.

18: SAN LUCAS, EVANGELISTA (Siglo I)

POR SAN PABLO sabemos que San Lucas no era judío, ya que no le menciona entre sus colaboradores judíos (Col. IV, 10-11). El Apóstol refiere igualmente, que San Lucas le ayudaba en el trabajo de evangelización: "Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, que comparten mis fatigas". Dado

que Lucas era médico ("Lucas, el médico amado"), podemos suponer que cuidaba de la quebrantada salud de San Pablo. El Apóstol no hace alusión alguna a los escritos de Lucas y, si se refiere a él en II Cor. VIII, 18-19, como opinaba San Jerónimo, está fuera de duda que no habla ahí del Evangelio. La primera vez que Lucas habla en nombre propio y en primera persona, durante el ministerio del Apóstol, es cuando éste partió de Tróade a Macedonia (Hechos, XVI, 10). Seguramente que había empezado a ser discípulo de San Pablo algún tiempo antes y no volvió a separarse de él sino cuando era necesario para el bien de las Iglesias fundadas por el Apóstol. Es prácticamente cierto que San Lucas estuvo con San Pablo en los dos períodos que éste pasó en la cárcel en Roma. Según Eusebio, Lucas era originario de Antioquía. Probablemente era griego. El mismo nos dejó en los "Hechos" el relato de los viajes y tribulaciones que compartió con San Pablo.

En el prólogo de su Evangelio, Lucas nos dice que lo escribió para que los cristianos conociesen mejor las verdades en las que habían sido instruidos. Era, ante todo, un historiador y escribía principalmente para los griegos. El mismo nos indica sus fuentes. Còmo había muchos que relataban los sucesos tal como los habían oído contar a "aquéllos que fueron los primeros testigos y ministros de la palabra", también a él le pareció bien, "tras de haber estudiado los sucesos desde el principio", referirlos en una narración ordenada. Al Evangelio de San Lucas debemos el relato detallado de la Anunciación, de la visita de María a Isabel y de los viajes de Cristo a Jerusalén (IX, 51; XIX, 28), así como la narración de seis milagros y de dieciocho parábolas que los otros evangelistas no mencionan. San Lucas escribió los "Hechos" como una especie de apéndice de su Evangelio, para dejarnos un relato auténtico de las maravillas de la fundación de la Iglesia y de algunos de los milagros obrados por Dios para confirmarla. En los doce primeros capítulos, San Lucas refiere algunas actividades de los principales apóstoles después de la Ascensión del Señor. Del capítulo XIII en adelante, habla casi exclusivamente de las actividades y milagros de San Pablo, ya que había sido testigo presencial de muchos de ellos.

San Lucas acompañó a San Pablo en sus últimos días. En efecto, después de las famosas palabras que escribió a Timoteo: "Se acerca la hora de mi muerte. He luchado un buen combate. He terminado mi carrera. He guardado la fe . . .", San Pablo concluye: "Sólo Lucas está conmigo." No sabemos a ciencia cierta qué hizo San Lucas después de la muerte del Apóstol. Las afirmaciones de los autores posteriores no concuerdan entre sí. Según una tradición muy antigua y muy extendida, San Lucas era soltero, escribió su Evangelio en Grecia y murió en Beocia, a los ochenta y cuatro años. San Gregorio de Nazianzo, quien murió el año 390, dice que predicó principalmente en Grecia y es el primero en afirmar que fùe mártir, aunque sus palabras no son claras. En realidad, es muy dudoso que San Lucas haya sido mártir. El emperador Constantino II, fallecido en el año 361, mandó trasladar de Tebas de Beocia a Constantinopla las supuestas reliquias del evangelista.

San Lucas es el patrón de los médicos y de los pintores. Un autor del siglo VI afirma que la emperatriz Eudoxia había enviado un siglo antes a Santa Pulqueria, una imagen de Nuestra Señora, pintada en Jerusalén por San Lucas. Más tarde, se le atribuyeron otras pinturas, pero San Agustín afirma claramente que nadie sabía nada sobre el aspecto físico de la Santísima Virgen. En cambio, no cabe duda que las descripciones de San Lucas en sus escritos

han inspirado a innumerables pintores. Los cuatro símbolos mencionados por Ezequiel se han aplicado a los cuatro evangelistas. El símbolo de San Lucas es el toro. San Ireneo dice que se trata de una alusión al sacrificio del que habla San Lucas al principio de su Evangelio.

Los mejores estudios sobre el autor del tercer Evangelio son de autores modernos. Mencionemos, entre otros, el admirable prefacio del P. Lagrange a su obra, *L'Evangile selon St Luc* (1921). Naturalmente no existe ninguna biografía propiamente dicha. Lo poco que sabemos sobre San Lucas procede del Nuevo Testamento. Harnack, aunque no católico y de tendencias racionalistas, demostró sólidamente que el médico Lucas fue el autor del tercer Evangelio y de los *Hechos de los Apóstoles,* no obstante las tentativas de algunos autores que, basándose en los párrafos que empiezan por "Nosotros" ("Wirstücke"), querían probar que los *Hechos* eran un zurcido de tres documentos diferentes. Véase Harnack, *Lukas der Arzt* y sus otros escritos sobre el mismo tema, todos los cuales han sido traducidos al inglés. Sobre la vida de San Lucas hay que tomar en consideración los prefacios griego y latino de los antiguos textos del Evangelio (cf. *Revue Bénédictine*, 1928, pp. 193 ss.), así como la breve noticia biográfica del Canon de Muratori. Véase también el prefacio del gran comentario de E. Jacquier, *Les Actes des Apôtres* (1926), y Teodoro Zahn, *Die Apostelgeschichte des Lukas* (1919-1921). Sobre los supuestos retratos de la Virgen pintados por San Lucas, ver DAC., vol. IX, c. 2614; y A.H.N. Green-Armytage, *Portrait of St Luke* (1955).

SAN JUSTO DE BEAUVAIS, MÁRTIR (Fecha desconocida)

EL MARTIROLOGIO Romano dice así: "En Sinomovicus, del territorio de Beauvais, el triunfo de San Justo, mártir, el cual siendo todavía niño, fue decapitado por mandato del gobernador Ricciovaro, durante la persecución de Diocleciano". San Justo era antiguamente muy famoso en todo el norte de Europa. La diócesis de Beauvais incluía en el canon el nombre del santo, en cuya fiesta se rezaba un prefacio propio. Pero la popularidad de su culto se debía, en parte, a la confusión de San Justo con otros santos del mismo nombre. La leyenda del mártir, por lo menos en la forma en que ha llegado hasta nosotros, no merece crédito alguno. Según ella, Justo vivía en Auxerre. Cuando tenía nueve años, acompañó a su padre, Justino, a Amiens para rescatar a su hermano Justiniano, quien había sido vendido ahí como esclavo. El amo de Justino, llamado Lupo, estaba dispuesto a vender a su esclavo; pero Justino no consiguió reconocer a su hermano. Entonces Justo, que jamás había visto a su tío, señaló a un hombre que llevaba una lámpara y gritó: "Es él." En efecto, era Justiniano, a quien Lupo le devolvió la libertad.

Un soldado que había presenciado la escena, contó a Ricciovaro que había en la ciudad unos magos cristianos. El gobernador mandó a cuatro hombres a traerlos y les dijo que los matasen si oponían resistencia. Al llegar a Sinomovicus (actualmente Saint-Just-en-Chaussée), entre Beauvais y Senlis, los tres cristianos se sentaron a comer a la vera de una fuente. Súbitamente, Justo divisó a los cuatro soldados. Justino y Justiniano se escondieron al punto y dijeron al niño que desorientase a los esbirros. Al ver a Justo, los perseguidores le preguntaron dónde estaban sus dos acompañantes y a qué dioses tenían costumbre de ofrecer sacrificios. Justo respondió simplemente que era cristiano. Inmediatamente, uno de los soldados le cortó la cabeza para presentarla a Ricciovaro. El cadáver decapitado del mártir se irguió y se oyó una voz que decía: "Señor del cielo y de la tierra, recibe mi alma porque soy inocente." A la vista del prodigio, los soldados huyeron. Cuando Justino y Justiniano salieron de

su escondrijo, encontraron el cadáver de San Justo con la cabeza cortada en las manos. Según cuenta la leyenda, el mártir les reveló que debían sepultar el tronco en la cueva en la que se habían escondido y que debían llevar la cabeza a su madre: "Si desea verme, que mire al cielo". Se cuenta una historia semejante de San Justino de París, cuyas "actas" se basan en las de San Justo. Los bolandistas hacen notar que "ello ha creado una gran confusión en los diversos breviarios".

Aunque esta leyenda no merece ningún crédito, el hecho de que existan cuatro recensiones prueba que fue muy popular. Véase *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII; y BHL., nn. 4590-4594. En el *Hieronymianum* no se menciona a este San Justo; por otra parte, hay razones muy serias para dudar de que Ricciovaro, el perseguidor cuyo nombre aparece tan frecuentemente en el Martirologio Romano, haya existido jamás. En *Analecta Bollandiana*, vol. LXXII (1954), p. 269, hay un importante comentario y muchas referencias.

19: SAN PEDRO DE ALCANTARA (1562 P.C.)

PEDRO GARAVITA nació en el pueblecito de Alcántara, en Extremadura, en 1499. Su padre, que era abogado, ejercía el cargo de gobernador de la localidad, su madre era de muy buena familia y ambos se distinguían por su piedad y cualidades personales. Pedro empezó los estudios en la escuela del lugar, pero su padre murió antes de que hubiese terminado la filosofía. Su padrastro le envió más tarde a la Universidad de Salamanca, donde Pedro determinó hacerse franciscano y tomó el hábito en el convento de Manjaretes, situado en las montañas que separan a España de Portugal. Escogió precisamente ese convento por su ardiente espíritu de penitencia, ya que en él se hallaban reunidos los observantes que ansiaban una vida más rigurosa. Durante el noviciado, se le confiaron sucesivamente los oficios de sacristán, refitolero y portero, que desempeñó con gran asiduidad, aunque no siempre con eficacia, pues era un tanto distraído. Por ejemplo, su superior tuvo que reprenderle porque, al cabo de seis meses como refitolero, no había servido ni una sola vez fruta a la comunidad. El joven se excusó diciendo que nunca había encontrado fruta, cuando le hubiese bastado levantar los ojos para ver que del techo del refectorio colgaban enormes racimos de fruta. Con el tiempo, la mortificación le hizo perder absolutamente el sentido del gusto; en cierta ocasión, encontró en su plato vinagre salado y lo tomó como si fuese la sopa ordinaria. Su lecho consistía en una piel sobre el suelo; solía emplearlo para arrodillarse a orar una buena parte de la noche y dormía sentado, con la cabeza contra la pared. Sus vigilias constituían el aspecto más notable de sus mortificaciones, de suerte que el pueblo cristiano ha hecho de él el patrono de los guardias y veladores nocturnos. El santo fue reduciendo gradualmente el tiempo de su vigilia para no dañar su salud.

Algunos años después de su profesión, se le envió a fundar un pequeño convento en Badajoz, aunque no tenía más que veintidós años y no era aún sacerdote. Ejerció el superiorato durante tres años, al cabo de los cuales fue ordenado sacerdote, en 1524. Sus superiores le dedicaron inmediatamente a la predicación y, más tarde, le nombraron sucesivamente guardián de los conventos de Robredillo y de Plasencia. San Pedro precedía a sus súbditos

con el ejemplo, observando a la letra los consejos evangélicos; por ejemplo, sólo tenía un hábito, de suerte que cuando lo daba a lavar o a remendar, se retiraba a esperar, desnudo, en un rincón del huerto. Por aquella época, predicó en toda Extremadura, con gran fruto de las almas. Además de su talento natural y de sus conocimientos, Dios le había favorecido con la ciencia infusa y el sentido de las cosas espirituales; estos últimos son dones sobrenaturales que Dios no suele conceder sino a quienes se han ejercitado largamente en la oración y la práctica de las virtudes. La sola presencia del santo era ya una especie de sermón y se dice que le bastaba con presentarse en un sitio para empezar a convertir a los pecadores. Gustaba particularmente de predicar a los pobres, basándose en los textos de los libros de la sabiduría y de los profetas del Antiguo Testamento. San Pedro se sintió toda su vida atraído por la soledad. Como hubiese rogado a sus superiores que le enviasen a algún monasterio remoto en el que pudiese entregarse a la contemplación, éstos le enviaron al convento de Lapa, que era un sitio muy poco poblado, con el cargo de superior. Ahí compuso San Pedro su libro sobre la oración, tan estimado por Santa Teresa, fray Luis de Granada, San Francisco de Sales y otros. Es una verdadera obra maestra que ha sido traducida a la mayoría de las lenguas occidentales. San Pedro aprovechó para escribirlo su propia experiencia del amor divino, ya que vivía en continua unión con Dios. Con frecuencia, era arrebatado en éxtasis que duraban largo tiempo y estaban acompañados de otros fenómenos extraordinarios. La fama de San Pedro de Alcántara llegó a oídos del rey Juan III de Portugal, quien le llamó a Lisboa y trató en vano de retenerle ahí.

En 1538, el santo fue elegido ministro provincial de los frailes de la estricta observancia de la provincia de San Gabriel, en Extremadura. En el ejercicio de su cargo redactó una regla aún más severa que la ya existente y la propuso, en 1540, en el capítulo general de Plasencia. Como la propuesta encontrase una fuerte oposición, el santo renunció a su cargo y fue a reunirse con fray Martín de Santa María. Dicho fraile, interpretando la regla de San Francisco como un llamamiento a la vida eremítica, construía una ermita en una desolada colina, llamada la Arábida, a orillas del Tajo, en la ribera opuesta a la de Lisboa. San Pedro alentó a fray Martín y sus compañeros y le sugirió varias disposiciones que fueron adoptadas. Los ermitaños iban descalzos, dormían en esteras o al ras del suelo, jamás tomaban carne ni vino y no tenían biblioteca. Poco a poco, varios frailes de España y Portugal se adhirieron a la reforma, y los conventos empezaron a multiplicarse. En la ermita de Palhaes se fundó el noviciado, y San Pedro fue nombrado guardián y maestro de novicios.

El santo estaba muy angustiado a causa de las pruebas por las que la Iglesia atravesaba entonces. Para oponer el dique de la penitencia a la relajación de las costumbres y a las falsas doctrinas, concibió, en 1554, el proyecto de establecer una congregación de frailes de observancia aún más estricta. El provincial de Extremadura no aceptó el proyecto; en cambio, el obispo de Coria acogió la idea con entusiasmo, y San Pedro se retiró con un compañero a dicha diócesis a hacer un ensayo de la nueva vida eremítica. Poco después fue a Roma, viajando descalzo, con el objeto de obtener el apoyo de Julio III. Aunque el ministro general de los observantes veía con malos ojos el proyecto del santo, éste consiguió que el Papa le pusiese bajo la obediencia

del ministro general de los conventuales y obtuvo permiso para fundar un convento tal como él lo concebía. A su vuelta a España, un amigo suyo construyó en Pedrosa un convento a su gusto. Tales fueron los comienzos de la rama franciscana conocida con el nombre de la Observancia de San Pedro de Alcántara. Las celdas eran muy pequeñas; la mitad de cada una de ellas estaba ocupada por el lecho, que consistía en tres tablas desnudas. La iglesia hacía juego con el resto. Los frailes no podían olvidar que estaban llamados a hacer penitencia, dado que sus celdas parecían más bien sepulcros que habitaciones. Un amigo de San Pedro, que le había ayudado a llevar a cabo la "reforma", se quejó un día de la malicia del mundo. El santo replicó: "El remedio es muy sencillo. El primer paso sería que vos y yo fuésemos lo que deberíamos ser; entonces estaremos en paz con nosotros mismos. Si todos hicieran eso, el mundo sería perfecto. Lo malo es que pensamos en reformar a otros antes de reformarnos a nosotros".

Poco a poco, otros conventos adoptaron la reforma. San Pedro escribió en sus reglas que las celdas no debían tener más de dos metros de largo; que el número de frailes de cada convento no debía pasar de ocho; que los frailes debían andar descalzos, consagrar a la oración mental tres horas diarias y no recibir estipendios por las misas. Igualmente les impuso otras prácticas rigurosas que se acostumbraban en la Arábida. En 1561, la nueva custodia fue elevada a la categoría de provincia con el nombre de San José y el Papa Pío IV la retiró de la jurisdicción de los conventuales y la pasó a la de los observantes. (Los "alcantarinos" dejaron de ser un cuerpo diferente en 1897, cuando León XIII reunió las distintas ramas de los observantes). Como suele acontecer en tales casos, la provincia de San Gabriel, a la que San Pedro había pertenecido, no vio con buenos ojos su empresa, y el santo fue tratado de hipócrita, traidor, turbulento y ambicioso por sus antiguos superiores. A esas acusaciones replicó sencillamente: "Padres míos, os ruego que toméis en cuenta la buena intención que me guía en esta empresa; pero, si estáis plenamente convencidos de que no es para la gloria de Dios, haced cuanto podáis por echarla a pique." Efectivamente, los frailes de San Gabriel hicieron cuanto pudieron por echarla a pique, pero la "reforma" siguió ganando terreno a pesar de todo.

En 1560, en el curso de una visita a su provincia, San Pedro de Alcántara pasó por Avila, movido por una orden recibida del cielo. Por entonces, Santa Teresa se hallaba todavía en el convento de la Encarnación y atravesaba por un período de ansiedad y escrúpulos, pues muchas personas le habían dicho que era víctima de los engaños del demonio. Una amiga de la santa consiguió permiso para que ésta fuese a pasar una semana en su casa, y ahí la visitó San Pedro de Alcántara. Guiado por su propia experiencia en materia de visiones, San Pedro entendió perfectamente el caso de Teresa, disipó sus dudas, le aseguró que sus visiones procedían de Dios y habló en favor de la santa con el confesor de ésta. La autobiografía de Santa Teresa nos proporciona muchos datos sobre la vida y milagros de San Pedro de Alcántara, ya que éste le contó muchos detalles de sus cuarenta y siete años de vida religiosa. Santa Teresa escribió: "Me dijo, si mal no recuerdo, que en los últimos cuarenta años no había dormido más de una hora y media por día. Al principio, su mayor mortificación consistía en vencer el sueño, por lo cual tenía que estar siempre de rodillas o de pie... En todo ese tiempo, jamás se caló el

capuchón, por ardiente que fuese el sol o tupida la lluvia. Siempre iba descalzo y su único vestido era un hábito de tejido muy burdo, tan corto y estrecho como era posible, y un manto de la misma tela; debajo del hábito no llevaba camisa. Me dijo que cuando el frío era muy intenso, acostumbraba quitarse el manto y abrir la puerta y la ventana de su celda para sentir un poco de calor al volverlas a cerrar y al ponerse el manto. Estaba acostumbrado a comer una vez cada tres días y se extrañó de que ello me maravillase, pues decía que era una cuestión de costumbre. Uno de sus compañeros me contó que algunas veces no comía en toda la semana; probablemente eso sucedía cuando estaba en oración, porque solía tener grandes arrebatos y transportes de amor divino, de uno de los cuales yo misma fui testigo. Desde su juventud, había practicado la pobreza con el mismo rigor que la mortificación . . . Cuando yo le conocí era ya muy viejo y su cuerpo estaba tan débil y vacilante, que parecía más bien hecho de raíces y corteza de árbol que de carne. Era un hombre muy amable, pero sólo hablaba cuando le preguntaban algo; respondía con pocas palabras, pero valía la pena oírlas, pues poseía un juicio excelente."

Cuando Teresa volvió de Toledo a Avila, en 1562, encontró nuevamente ahí a San Pedro de Alcántara, quien consagró la mejor parte de sus últimos meses de vida y las fuerzas que le quedaban, a ayudar a la santa en la fundación de la primera casa de carmelitas reformadas. El éxito de Teresa se debió, en gran parte, a los consejos y al apoyo de San Pedro, quien empleó toda su influencia con el obispo de Avila y otros personajes. El santo asistió el 24 de agosto a la primera misa que se celebró en el nuevo convento de San José. En la época turbulenta de las fundaciones, Santa Teresa fue fortalecida y consolada más de una vez por las apariciones de San Pedro de Alcántara, quien ya había muerto para entonces. Según el testimonio de Teresa, citado en el decreto de canonización, San Pedro fue quien más hizo por ayudarla en la empresa de la reforma del Carmelo. La carta que el santo escribió a Teresa acerca de la pobreza absoluta de la nueva fundación, muestra que las dos almas se comprendían perfectamente: "Confieso que me sorprendo de que hayáis pedido el parecer de los hombres de ciencia para una cuestión en la que carecen de competencia. Los litigios y los casos de conciencia son el campo de los canonistas y teólogos; los problemas de la vida de perfección tienen que resolverlos quienes la practican. Nadie puede hablar de lo que no conoce y no toca a los hombres de ciencia determinar si vos o yo hemos de practicar los consejos evangélicos . . . Aquél que da el consejo, da también los medios . . . Los abusos que se observan en los monasterios que no tienen rentas, proceden no de la pobreza, sino de la falta de deseo de pobreza."

Dos meses después de la inauguración del convento de San José, San Pedro de Alcántara cayó enfermo y fue trasladado al convento de Arenas para que muriese entre sus hermanos. En sus últimos momentos, repitió las palabras del salmista: "Mi alma se regocija porque me han dicho: Iremos a la casa del Señor." En seguida se arrodilló y murió en esa actitud. Santa Teresa escribió: "Después que murió, el Señor ha tenido a bien que me aproveche más que cuando vivía, ya que me ha ayudado y aconsejado en muchos asuntos y le he visto frecuentemente en la gloria . . . Nuestro Señor me dijo una vez que escucharía cuantas peticiones se le hiciesen en honor de San Pedro de Alcántara. Yo le he encomendado que me obtenga muchas cosas de Nuestra Señor y todas mis peticiones han sido oídas." San Pedro de Alcántara fue canonizado en 1669.

Si se compara la vida de San Pedro de Alcántara con la de otros místicos, como Santa Teresa de Avila y San Juan de la Cruz, puede decirse que no ha suscitado ni con mucho el mismo interés. La primera biografía del santo fue impresa en 1615, es decir, cincuenta y tres años después de su muerte. El autor es fray Juan de Santa María. En *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII, hay una traducción latina, junto con otra biografía más larga publicada en 1669 por fray Lorenzo de San Pablo. En 1667, fray Francisco Marchese publicó en italiano una biografía basada en las deposiciones de los testigos del proceso de canonización; ha sido traducida a muchas lenguas, entre otras al inglés (*Oratorian Series*, 1856). Véase también Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. IV; y J. S. Piat, *Profils franciscains* (1942).

SANTOS TOLOMEO, LUCIO Y UN COMPAÑERO, MÁRTIRES (*c.* 161 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano menciona hoy a estos tres mártires, sobre cuyo triunfo en Roma nos dejó un relato su contemporáneo, San Justino Mártir. Cierta mujer casada, de vida disoluta, se convirtió al cristianismo y trató de conseguir que su marido se hiciese catecúmeno. Como sus esfuerzos fracasasen y las blasfemias e inmoralidades de su esposo fuesen en aumento, la dama se separó de él. El marido, despechado, la denunció entonces como cristiana. La mujer obtuvo permiso de postergar el juicio, y su marido aprovechó el intervalo para hacer arrestar también a Tolomeo, quien la había instruido en la fe. Al cabo de un largo período de prisión, Tolomeo compareció ante el juez Urbicio. Este le preguntó si era cristiano, a lo que respondió afirmativamente. Sin más trámites, el juez le condenó a muerte. Entonces, un cristiano llamado Lucio protestó contra la sentencia, diciendo: "¿Cómo condenas a ese hombre que no ha cometido ningún crimen? Tu sentencia no hace honor a la justicia de nuestro sabio emperador ni al Senado." Urbicio replicó: "Me parece que tú eres también cristiano." Lucio reconoció que lo era y fue también condenado. Junto con ellos, sufrió también el martirio otro cristiano cuyo nombre desconocemos.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII, se halla la cita que Eusebio tomó de la *Apología* de San Justino. Véase también Urbain, *Ein Martyrologium der christlichen Gemeinde zu Rom*, a la luz del comenario de Delehaye sobre dicha obra en *Analecta Bollandiana*, vol. XXI (1902), pp. 89-93.

SAN VARO, MÁRTIR, Y SANTA CLEOPATRA, VIUDA (¿Siglo IV?)

EL MARTIROLOGIO Romano resume así el martirio de San Varo en Egipto: "En tiempos del emperador Maximino, el soldado Varo visitó en la prisión y llevó alimentos a siete monjes. Como uno de ellos muriese, Varo se ofreció a sufrir en vez de él. Y así, sometido a los más crueles tormentos, conquistó con ellos la palma del martirio."

Una cristiana llamada Cleopatra recogió el cadáver de San Varo, lo ocultó en un costal de lana y lo transportó a Adraha (Dere'a, al este del lago de Tiberíades), donde lo sepultó. Muchos cristianos acudían a visitar el sepulcro del mártir. Cuando Juan, el hijo de Cleopatra, se disponía a abrazar la carrera de las armas, la dama decidió construir una basílica en honor de San Varo y trasladar allá sus restos. Al mismo tiempo, encomendó a su hijo a la protección del santo, quien había sido también soldado. El día de la dedicación de la basílica, Cleopatra y Juan se encargaron de transportar los restos del mártir

hasta el altar. Esa misma noche murió Juan. Cleopatra depositó el cuerpo de su hijo junto a las reliquias de San Varo y ahí se quedó hasta la noche siguiente, quejándose de la ingratitud del santo y pidiendo a Dios que resucitase a su hijo único. Finalmente, abrumada por la pena, cayó en un profundo sueño y vio a San Varo en toda su gloria, que conducía a su hijo de la mano. Después, se vió a sí misma cuando se arrojaba a los pies del santo en actitud de súplica. Varo volvió entonces los ojos hacia ella, y le dijo: "¿Crees que he olvidado todo lo que has hecho por mí? ¿Acaso no pedí a Dios que concediese a tu hijo la salud y una brillante carrera? Como ves, Dios escuchó mis oraciones, pues dio a tu hijo la salud eterna y le llamó a las filas de aquéllos que siguen al Cordero a dondequiera que va." "Tenéis razón", replicó Cleopatra, "pero os ruego que me obtengáis la gracia de ir a reunirme con mi hijo y con vos." Al despertar, Cleopatra sepultó a su hijo junto a las reliquias de San Varo, según se le había indicado durante su sueño, y vivió consagrada a la devoción y penitencia los siete años que le restaban de vida. Fue sepultada junto a San Varo y a su hijo en la basílica que ella misma había construido.

El Martirologio Romano no menciona a Santa Cleopatra ni a su hijo; pero sus nombres figuran en el *Menaion* griego el 19 de octubre.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII, pueden verse las actas griegas; pero, dado que no existen huellas del culto primitivo de Santa Cleopatra, su autenticidad histórica resulta muy sospechosa.

SAN EDVINO (Siglo VI)

EL PADRE de Edvino murió cuando éste tenía quince años, y su madre le confió entonces al cuidado de San Sansón. Más tarde, el joven ingresó en el covento bretón dirigido por San Winwaloe. Un día en que Edvino y su maestro se hallaban paseando, vieron a un leproso que yacía a la vera del camino. "¿Qué podemos hacer por este pobrecito?", preguntó Winwaloe. Edvino replicó al punto: "Haced lo que los Apóstoles de Cristo: "ordenadle que se levante y ande." Entonces Winwaloe, que tenía una gran fe en Dios y en su discípulo, devolvió la salud al enfermo. Cuando los francos destruyeron el monasterio, San Edvino se refugió en Irlanda. Ahí vivió veinte años y murió cuando mayor era su fama por sus virtudes y milagros. Su nombre figura en el Martirologio Romano pero no en los calendarios irlandeses. Según parece, el nombre del santo es de origen anglo-sajón.

La biografía publicada en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII, no merece ningún crédito. Véase LBS., vol. II, p. 466; y Duine, *St Samson* (1909).

SAN AQUILINO, OBISPO DE EVREUX (*c.* 695 P.C.)

COMO TANTOS otros santos francos de la época merovingia, Aquilino pasó varios años en las cortes y los campos de batalla antes de abrazar la carrera eclesiástica y ser elegido obispo. San Aquilino nació en Bayeux, hacia el año 620, y combatió en las filas de Clodoveo II. Al volver de una campaña contra los visigodos, su esposa salió a encontrarle en Chartres y ambos decidieron quedarse ahí y consagrarse al servicio de Dios y de los pobres. Aquilino tenía entonces alrededor de cuarenta años. Más tarde, se trasladaron a Evreux, donde vivieron

en paz por espacio de diez años. A la muerte de San Eterno, el pueblo consideró a Aquilino como el hombre llamado a sucederle en el gobierno de la sede. Aquilino, angustiado por las distracciones inevitables en el desempeño de su alto cargo, se construyó una especie de celda de ermitaño, dentro de su catedral y solía retirarse a ella siempre que tenía ocasión, para orar y hacer penitencia por su grey. Durante los últimos años de su vida, el santo quedó ciego, pero siguió gobernando su diócesis con el mismo celo que antes. Dios le concedió el don de obrar milagros.

Existe una biografía bastante posterior que se imprimió en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII. Véase también Mesnel, *Les saints du diocèse d'Evreux*, pte. V (1916); y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 227.

SANTA FRIDESVIDA, VIRGEN (¿735? P.C.)

SANTA FRIDESVIDA es la patrona de Oxford. Guillermo de Malmesbury nos dejó la recensión más sencilla de la leyenda de la santa en un escrito anterior al año de 1125. Fridesvida, una vez que se vio libre de las solicitudes de un reyezuelo, fundó en Oxford un monasterio y pasó ahí el resto de su vida. Según la forma más compleja de la leyenda, Fridesvida era hija del cortesano Didán y de su esposa Safrida. La educación de la niña fue confiada a una dama llamada Algiva. Cuando Fridesvida leyó que "todo lo que no es Dios es nada", se sintió llamada a la vida religiosa. Pero el príncipe Algar, prendado de su belleza, trató de raptarla. Entonces, la joven huyó con dos compañeras por el río Isis y se ocultó durante tres años en la cueva que servía de guarida a un jabalí. Como continuase la persecución de Algar, Fridesvida invocó la ayuda de Santa Catalina y Santa Cecilia, con el resultado de que el pretendiente quedó ciego hasta que prometió dejar en paz a la doncella. Según la leyenda, ésa era la razón por la que los reyes de Inglaterra, hasta Enrique II, no iban jamás a Oxford. Para poder consagrarse más plenamente a Dios en la soledad, Santa Fridesvida construyó con sus manos una celda en el bosque de Thornbury (actualmente Binsey), donde se acercó al Reino de los Cielos mediante el fervor y la penitencia. Se cuenta que la santa hizo brotar la fuente de Binsey con sus oraciones y que los peregrinos solían acudir allá en la Edad Media. La muerte de Fridesvida suele situarse en el año 735. Dios honró su sepulcro con numerosos milagros, de suerte que se convirtió en uno de los principales santuarios de Inglaterra.

A lo que parece, la leyenda de Santa Fridesvida, tal como se conserva, carece de fundamento histórico y no merece crédito alguno. Sin embargo, es probable que la santa haya fundado un monasterio en Oxford, en el siglo VIII. El monasterio fue restablecido en el siglo XII por los canónigos regulares de San Agustín. En 1180, las reliquias de Santa Fridesvida fueron trasladadas solemnemente a la iglesia construida en su honor. El canciller y los miembros de la Universidad solían ir al santuario dos veces al año, a la mitad de la Cuaresma y el día de la Ascensión. En 1525, el cardenal Wolsey, con autorización del Papa Clemente VII, disolvió el convento de Santa Fridesvida y fundó ahí el Cardinal College; la iglesia conventual se convirtió en capilla del colegio. En 1546, Enrique VIII cambió el nombre de colegio por el de "Aedes Christi" (Christ Church) y la capilla se convirtió en catedral de la nueva diócesis de

Oxford. Durante el reinado de María, la Santa Sede reconoció la diócesis y la catedral. Por entonces, las reliquias de Santa Fridesvida fueron recogidas, aunque probablemente no dispersadas, ya que el año de 1561, cierto canónigo de Christ Church, que probablemente estaba loco, profanó las reliquias con un fanatismo increíble. Durante el reinado de Eduardo VI, había sido sepultada en la iglesia la monja apóstata Catalina Cathie, quien había contraído matrimonio con el fraile Pedro Mártir Vermigli. Los restos de Catalina habían sido removidos en la época de la reina María; pero el canónigo Calfhill los reunió con los de Santa Fridesvida y los sepultó en la iglesia. Al año siguiente, vio la luz un escrito latino (y otro alemán) en el que se relataban los sucesos, con ciertos comentarios seudopiadosos sobre el texto "Hic jacet religio cum superstitione" (aquí yace la religión junto con la superstición). No es seguro que dicho texto haya sido grabado sobre el sepulcro, aunque varios autores, entre los que se cuenta Alban Butler, lo afirman así. Este comenta: "el sentido obvio de la inscripción nos lleva a pensar que aquellos hombres querían matar y sepultar toda religión."

El nombre de Santa Fridesvida figura en el Martirologio Romano. Su fiesta se celebra en la arquidiócesis de Birmingham. Se dice que en Borny de Artois se venera también a la santa con el nombre de Frevisa.

Existen varias recensiones diferentes de la leyenda de Santa Fridesvida (véase BHL, nn. 3162-3169). En *Acta Sanctorum*, oct. vol. VIII, se hallará el texto íntegro o resumido de las principales recensiones. Véase también el comentario de J. Parker, *The Early History of Oxford* (1855), pp. 95-101; Hardy, *Descriptive Catalogue* (*Rolls Series*), vol. I, pp. 459-462; DNB., vol. XX, pp. 275-276; un artículo de E. F. Jacob en *The Times*, Oct. 18, 1935, pp. 15-16; y otro de F. M. Stenton en *Oxoniesia*, vol. I, 1936, pp. 103-112. Existe una biografía popular de P. F. Goldie, *The Story of St Frideswide* (1881); véase también E. W. Watson, *The Cathedral Church of Christ in Oxford* (1935).

BEATO TOMAS DE BIVILLE (1257 P.C.)

TOMÁS HELYE nació en Biville de Normandía, hacia 1187. En dicha región se le llama todavía "el taumaturgo" y se le profesa gran devoción, confirmada oficialmente en 1859. Según parece, los padres del beato eran personajes de cierta importancia. La madre de Tomás se empeñó en enviarle a la escuela. Más tarde, Tomás decidió ayudar a otros a gozar del mismo privilegio y se convirtió en una especie de maestro de escuela y catequista en su pueblo natal. El éxito de su enseñanza llegó a oídos de los habitantes del pueblo vecino, Cherburgo, quienes le invitaron a abrir ahí otra escuela. Tomás aceptó, pero la mala salud le obligó a retornar a Biville. Ahí vivía, en casa de su padre más como un monje que como un laico. Con el tiempo, conoció al obispo de Coutances, quien le ordenó diácono. Tomás hizo una peregrinación a Roma y otra a Compostela antes de terminar sus estudios en París. Cuatro años después, recibió la ordenación sacerdotal. Desde entonces. empezó a llevar una vida más austera. Pasaba gran parte de la noche en oración y, durante el día, se dedicaba a los ministerios pastorales y la predicación, para la que tenía un don especial. Pronto fue nombrado párroco de Saint-Maurice, pero, como su vocación fuese propiamente misional, nombró a un vicario para la parroquia y él continuó con sus prédicas, su enseñanza del catecismo, sus visitas a los enfermos y a los pecadores, su ayuda a los pobres y oprimidos y sus exhortaciones a los tibios e indi-

ferentes, no sólo en Coutances, sino también en las diócesis vecinas de Avranches, Bayeux y Lisieux. Agotado por el trabajo, el Beato Tomás cayó enfermo en el castillo de Vauville, en La Manche, donde murió el 19 de octubre de 1257. El primer milagro que realizó después de su muerte, fue la curación de la dama que le había dado albergue, quien tenía la mano seca.

La historia de las reliquias de Tomás Helye es particularmente interesante. Sus restos fueron sepultados en el cementerio de Biville y más tarde trasladados a la iglesia del lugar. La iglesia fue profanada durante la Revolución; los revolucionarios emplearon como escritorio el sepulcro del beato. El P. Lemarié, vicario general de Coutances, determinó salvar las reliquias antes de que fuese demasiado tarde. El 13 de julio de 1794, por la noche, acompañado por el párroco y algunos fieles, abrió secretamente la tumba y encontró los huesos del esqueleto en orden casi perfecto. Inmediatamente los envolvió en un lienzo y los depositó en un féretro de madera, que selló debidamente, después de introducir en él un acta con el relato de los sucesos. El féretro fue ocultado en la iglesia de Virandeville. Las autoridades revolucionarias no lograron descubrir a los "criminales" y aprisionaron al párroco por descuido de su oficio y por negarse a revelar los nombres de los culpables, que en realidad no conocía. Las reliquias fueron devueltas a Biville en 1803, donde reposan hasta hoy, setecientos años después de la muerte del beato.

Existe una valiosa biografía escrita por un tal Clemente, contemporáneo y testigo presencial de muchos de los sucesos que relata. Cuatro años después de la muerte del beato, se llevó a cabo una investigación, a la que asistió Clemente, el cual aprovechó para su biografía las declaraciones de los testigos sobre las virtudes y milagros del celoso misionero. El texto de dicha biografía puede verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII, y en L. Delisle, *Mémoires de la Soc. Acad. de Cherbourg*, 1861, pp. 203-208. Véanse también las biografías escritas por L. Couppey (1903) y P. Pinel (1927). Como lo hace notar el P. Van Ortroy (*Analecta Bollandiana*, vol. XXII, 1903), p. 505, no existe ninguna prueba de que el Beato Tomás haya sido capellán de San Luis de Francia.

BEATO FELIPE HOWARD (1595 P.C.)

TOMÁS HOWARD, cuarto duque de Norfolk, fue decapitado por orden de la reina Isabel en 1572. Por la misma sentencia, su hijo Felipe se vio privado de la sucesión al ducado de Norfolk, aunque heredó de su madre los condados de Arundel y Surrey. El niño fue educado por Juan Fox y por el Dr. Gregorio Martin, pero la influencia protestante fue más fuerte y Felipe pasó dos años en la Universidad de Cambridge, "con no poco detrimento". A los doce años de edad, había contraído matrimonio con Ana, hija de Lord Dacre de Guillesland. En la corte de la reina Isabel. Felipe sufrió todavía mayores daños, ya que olvidó a su admirable esposa, descuidó sus dominios y gozó del favor de la reina durante un corto período. En 1581, muy impresionado por una discusión que había oído en la Torre de Londres entre el Beato Edmundo Campion y algunos teólogos protestantes, decidió volver al buen camino y tomó nuevamente cariño a su esposa. El P. Guillermo Weston reconcilió a ambos con la Iglesia en 1584.

Ya desde antes existían ciertas sospechas sobre Felipe y su esposa. Este estuvo bajo vigilancia en su propia casa, durante algún tiempo. Por otra parte, su evidente cambio de conducta, provocó aún más las intrigas de sus enemigos, y

Felipe determinó huir con su familia y su hermano Guillermo a Flandes. En una larga carta que escribió a la reina para explicar su conducta, antes de embarcarse en Sussex, le decía que había llegado al punto "en que se veía obligado a escoger entre la pérdida de los bienes materiales y la pérdida de su alma." La nave en que viajaban fue capturada en el camino a Flandes, y Felipe fue aprisionado en la Torre de Londres. Al cabo de un año, como sus enemigos no hubiesen logrado probar la acusación de traición, fue juzgado por otros delitos de menor importancia. Los jueces le sentenciaron a pagar 10.000 libras de multa y a permanecer prisioneros hasta que la reina dispusiese otra cosa. En la época de la aventura de la Armada Invencible, fue nuevamente juzgado por los pares del reino, pues se le acusaba de haber cometido el delito de alta traición, favoreciendo a los enemigos de la reina. Aunque las pruebas eran fraudulentas y sin peso alguno (pues los testigos habían confesado por miedo a la tortura), Felipe fue condenado a muerte. Sin embargo, la sentencia no fue ejecutada, sin que sepamos por qué. El beato permaneció prisionero en la Torre de Londres durante seis años más y murió ahí el 19 de octubre de 1595. No faltan autores que afirman que fue envenenado. Como Felipe se negase a asistir a un servicio protestante, no se le permitió en su lecho de muerte ver a su esposa y a su hijo, a quien no conocía.

Felipe Howard tenía treinta y ocho años al morir y había estado prisionero diez años consecutivos. Su paciencia y su conducta en la prisión, fueron no sólo ejemplares, sino heroicas. Su conversión había sido muy sincera, y el conde pasaba la mayor parte del tiempo escribiendo y copiando libros devotos. Como si el confinamiento solitario no fuese una pena suficiente, solía ayunar, mientras se lo permitió la salud, tres veces por semana y todos los días se levantaba a las cinco de la mañana para orar. En particular, hacía penitencia por la forma en que había tratado a su fiel esposa. En una carta al Beato Roberto Southwell, le decía: "Nuestro Señor es testigo de que ninguno de mis pecados me hace sufrir tanto como el haber ofendido a mi esposa." A ésta le escribía: "Aquél que todo lo ve, sabe que lo sucedido es como un clavo en mi corazón y constituye la carga más pesada que llevo en la conciencia; tengo la intención de hacer toda la penitencia que me permitan mis fuerzas." Felipe murió "del modo más apacible, sin sufrir ni quejarse; simplemente volvió un poco la cabeza, como quien se queda dulcemente dormido". En una declaración que había escrito cuando esperaba la ejecución, decía: "En cuanto sé, la única razón por la que he sido arrestado y por la que estoy pronto a morir es mi fe."

En la torre Beauchamp de la Torre de Londres pueden verse todavía dos inscripciones grabadas por el propio beato en junio de 1587 y otra que conmemora su muerte, grabada por un prisionero católico llamado Tucker. Las reliquias de Felipe Howard se hallan en Arundel.

El vol. XXI (1919) de las publicaciones de la Catholic Record Society está dedicado exclusivamente a Felipe Howard; esos documentos y la narración publicada en 1857 con el título del manuscrito original, *Lives of Philip Howard, Earl of Arundel, and of Anne Dacres his Wife*, dan una idea más clara de la vida y carácter de este mártir que de cualquier otro de los mártires del reinado de Isabel. La biografía del conde y la condesa, según lo demostró el P. Newdigate en *The Month* (marzo de 1931, p. 247), fue escrita en 1635, cinco años después de la muerte de Lady Arundel; el autor fue un jesuita capellán de la condesa, pero no sabemos cómo se llamaba.

20: SAN JUAN DE KANTI (1473 P.C.)

JUAN DE KANTI, llamado también Juan Cancio, nació en la ciudad polaca de Kanti. Sus padres eran campesinos de buena posición. Al comprender que su hijo era muy inteligente y bueno, le enviaron a estudiar en la Universidad de Cracovia. Juan hizo una brillante carrera y, después de su ordenación sacerdotal, fue nombrado profesor de la Universidad. Como llevaba una vida muy austera, sus amigos le aconsejaron que mirase por su salud a lo que él respondió, simplemente que la austeridad no había impedido a los padres del desierto vivir largo tiempo. Se cuenta que un día, mientras comía, vio pasar frente a la puerta de su casa a un mendigo famélico. Juan se levantó al punto y regaló su comida al mendigo; cuando volvió a entrar en su casa, encontró su plato lleno. Según se dice, desde entonces se conmemoró ese suceso en la Universidad, dando todos los días de comer a un pobre; al empezar la comida, el subprefecto de la Universidad decía en voz alta: "Un pobre va a entrar", y el prefecto respondía en latín: "Jesucristo va a entrar". El éxito de San Juan como profesor y predicador suscitó la envidia de sus rivales, quienes acabaron por lograr que fuese enviado como párroco a Olkusz. El santo se entregó al trabajo con gran energía; sin embargo, no consiguió ganarse el cariño de sus feligreses, y la responsabilidad de su cargo le abrumaba. A pesar de todo, no cejó en la empresa y, cuando fue llamado a Cracovia, al cabo de varios años, sus fieles le querían ya tanto, que le acompañaron buena parte del camino. El santo se despidió de ellos con estas palabras: "La tristeza no agrada a Dios. Si algún bien os he hecho en estos años, cantad un himno de alegría."

San Juan pasó a ocupar en la Universidad de Cracovia la cátedra de Sagrada Escritura, que conservó hasta el fin de su vida. Su reputación llegó a ser tan grande, que durante muchos años se usaba su túnica para investir a los nuevos doctores. Por otra parte, San Juan no limitó su celo a los círculos académicos, sino que visitaba con frecuencia tanto a los pobres como a los ricos. En una ocasión, los criados de un noble, viendo la túnica desgarrada de San Juan, no quisieron abrirle la puerta, por lo que el santo volvió a su casa a cambiar de túnica. Durante la comida, uno de los invitados le vació encima un plato y San Juan comentó sonriendo: "No importa: mis vestidos merecían también un poco de comida, puesto que a ellos debo el placer de estar aquí. Los bienes y el dinero del santo estaban a la disposición de los pobres de la ciudad, quienes de vez en cuando le dejaban casi en la miseria. San Juan no se cansaba de repetir a sus discípulos: "Combatid el error; pero emplead como armas la paciencia, la bondad y el amor. La violencia os haría mal y dañaría a la mejor de las causas." Cuando corrió por la ciudad la noticia de que San Juan, a quien se atribuían ya varios milagros, estaba agonizante, la pena de todos fue enorme. El santo dijo a quienes le rodeaban: "No os preocupéis por la prisión que se derrumba; pensad en el alma que va a salir de ella dentro de unos momentos." Murió la víspera del día de Navidad de 1473, a los ochenta y tres años de edad. En 1767, tuvo lugar su canonización y su fiesta se extendió a toda la Iglesia de occidente. El santo es el único confesor no obispo en cuyo oficio del Breviario Romano hay tres himnos diferentes, para maitines, laudes y vísperas.

Los bolandistas no lograron encontrar ninguna biografía medieval que valiese la pena, y se limitaron a reimprimir la biografía publicada en 1628 por Adán de Opatow (*Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII). El autor afirma que se basó en ciertos documentos que se conservaban en Cracovia, en particular en las notas de Matías de Miechow, contemporáneo de San Juan. Está fuera de duda que Matías de Miechow escribió realmente un relato sobre los milagros obrados por San Juan después de su muerte, ya que los bolandistas publicaron dicho documento. En *Analecta Bollandiana*, vol. VIII (1889), pp. 382-388, hay una nota sobre el sitio y la fecha del nacimiento de San Juan. E. Benoît publicó en 1862 una biografía en francés; en polaco existen numerosas biografías.

SAN CAPRASIO, Mártir (¿Siglo III?)

SEGÚN LA LEYENDA de Agen, San Caprasio fue el primer obispo de dicha ciudad. Cuando su grey se dispersó durante la persecución, el santo siguió administrando los sacramentos en los sitios en que los fieles se hallaban escondidos. Oculto en la colina de San Vicente, San Caprasio presenció el martirio de Santa Fe (6 de octubre) y, viendo las maravillas que Dios obraba por medio de su sierva, descendió al sitio en que yacía el cadáver de la mártir y se enfrentó al prefecto Daciano. Cuando éste le preguntó quién era, Caprasio sólo dijo que un obispo cristiano. Daciano, impresionado por la juventud y apostura del santo, le prometió el favor imperial si abjuraba de la fe. Caprasio replicó que quería solamente vivir con Aquél a quien adoraba y que únicamente ambicionaba las riquezas imperecederas. El prefecto mandó a los verdugos que le torturasen; pero viendo que la constancia de Caprasio impresionaba mucho a los circunstantes, dio orden de conducirle a la prisión. Al día siguiente le condenó a muerte. En el camino al sitio de la ejecución Caprasio encontró a su madre, quien le exhortó a permanecer firme en la fe. Primo, Feliciano y Alberta, hermanos de Santa Fe, se unieron al mártir, y el gobernador no consiguió que se apartasen de él; entonces los condujo al templo de Diana para darles una última oportunidad de adorar a los dioses; como se rehusasen a ello, fueron decapitados con Caprasio. A la ejecución siguió una matanza general, ya que muchos cristianos se convirtieron al ver la constancia de los mártires y fueron apedreados por sus compatriotas o decapitados por los guardias.

Esta narración es puramente ficticia. Sin embargo, en el siglo VI había en Agen una iglesia consagrada a San Caprasio, quien fue sin duda un personaje histórico. Aunque en Agen se celebraba la fiesta de Alberta, Primo y Feliciano, lo más probable es que no hayan existido. No hay que confundir a Primo y Feliciano con sus homónimos romanos, cuya fiesta se celebra el 9 de junio. El Martirologio Romano consagra un largo párrafo a San Caprasio, pero no dice que haya sido obispo, ni menciona a sus compañeros.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII, hay dos o tres textos diferentes de las *actas*, que funden en una sola las leyendas de San Caprasio y Santa Fe. Véase nuestro artículo del 6 de octubre. Mons. Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 144-146, opina que la fusión de las dos leyendas data del siglo IX. Cf. Saltet, *Etude critique sur la Passion de Ste Foy et de St Caprais* (1899).

SAN ARTEMIO, Mártir (363 p.c.)

EL CARDENAL Baronio insertó el nombre de San Artemio en el Martirologio Romano, siguiendo el ejemplo de la Iglesia de oriente, en la cual se le veneraba

aunque había apoyado a los arrianos. Según se dice, Artemio era un veterano del ejército de Constantino el Grande. Nombrado prefecto imperial en Egipto, su cargo le obligó a perseguir a los cristianos y a caer en la herejía. El emperador Constancio había elevado a Jorge el Capadocio al trono episcopal de Alejandría; San Atanasio salió huyendo de la persecución de dicho emperador arriano, y Artemio, a quien su cargo obligaba a perseguirle, le buscó celosamente en todos los monasterios y ermitas del desierto de Egipto. Aunque Artemio persiguió a los católicos ordotoxos, hostilizó también celosamente a los paganos y destruyó sus templos e imágenes. Cuando Juliano el Apóstata ascendió al trono imperial, Artemio fue acusado de haber destruido numerosos ídolos, por lo que el emperador le privó de sus bienes y le mandó decapitar.

No está bien aclarado si Artemio, el prefecto de Alejandría, se identifica con el santo del mismo nombre, en cuyo famosísimo santuario de Constantinopla tuvieron lugar tantas curaciones; sin embargo, la biografía griega publicada en "Acta Sanctorum", que se basa fundamentalmente en el testimonio del cronista arriano Filostorgio, supone que ambos santos se identifican y afirma que el emperador Constancio II encomendó a Artemio la translación de las reliquias de San Andrés Apóstol y de San Lucas Evangelista, de Acaya a Constantinopla.

La historia de este pretendido mártir es de particular interés a causa de los numerosos milagros obrados en su santuario. A. Papadopoulos-Kerameus publicó en *Varia Graeca Sacra* (1909, pp. 1-79), una descripción detallada de dichos milagros, que presentan ciertas analogías con lo que Arístides nos cuenta sobre las prácticas de los peregrinos del santuario de Esculapio en Epidauro. Véase Delehaye, *Les recueils antiques des miracles des saints*, en *Analecta Bollandiana*, vol. XLIII (1925), pp. 32-38; y M. P. Mass, *Artemioskult in Konstantinopel*, en *Byzantinisch-Neugriechische Jahrbücher*, vol. I (1920) pp. 377 ss. La biografía griega se halla en *Acta Sanctorum*, oct. vol. VIII. Cf. P. Allard, *Julien l'Apostat*, vol. III (1903), pp. 21-32.

SAN ANDRES DE CRETA, MÁRTIR (766 P.C.)

PARA DISTINGUIR a este mártir del otro San Andrés de Creta, se le llama "el Calibita" o *in Krisi*. Este murió unos veinticinco años antes (4 de julio). Cuando el emperador Constantino V desató la campaña contra las sagradas imágenes, San Andrés se transladó a Constantinopla para participar en la lucha. En cierta ocasión en que el propio emperador asistió en persona a la tortura de unos cristianos, San Andrés protestó violentamente en público; en seguida fue llevado a la presencia del emperador, quien le acusó de idólatra. San Andrés, por su parte, calificó a Constantino de hereje. Al punto, los presentes se arrojaron sobre él y le golpearon. Cuando los guardias le conducían, cubierto de sangre, a la prisión, Andrés gritó todavía al emperador "¡Ved cuán poco podéis contra la fe!" al día siguiente, defendió de nuevo el culto a las sagradas imágenes ante el emperador, quien le mandó azotar otra vez y recorrer las calles de la ciudad para escarmiento público. Un fanático iconoclasta aprovechó la ocasión para apuñalar al mártir, quien falleció en la Plaza del Buey. Su cadáver fue arrojado a una cloaca; pero los cristianos lo rescataron y le dieron sepultura en un sitio próximo, llamado Krisis, donde se construyó más tarde el monasterio de San Andrés.

La afirmación de Teófanes el Confesor de que San Andrés había sido anacoreta parece ser errónea. Existen dos versiones de las actas, aparentemente independientes entre sí; ambas se hallan en *Acta Sanctorum*, oct., vol. VIII. Véase también J. Pargoire, en *Echos d'Orient*, vol. XIII (1910), pp. 84-86.

BEATA MARIA TERESA DE SOUBIRAN, VIRGEN, FUNDADORA DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA AUXILIADORA (1889 P.C.)

LA FAMILIA SOUBIRAN pertenecía a la antigua nobleza. Sus orígenes datan por lo menos del siglo XIII, y entre sus antecesores indirectos se cuentan San Luis de Francia, San Eleazar de Sabran y su esposa Santa Delfina, la Beata Rosalina de Villeneuve, Santa Isabel de Hungría y buena parte de las familias reales de Europa. En el segundo cuarto del siglo XIX, el jefe de la familia Soubiran era José de Soubiran la Louvière, quien vivía en Castelnaudary, cerca de Carcasona. José se casó con Noemí de Gélis de l'Isle d'Albi. Sofía Teresa Agustina María, segunda hija de este matrimonio, nació el 16 de mayo de 1835.

Los Soubiran mantenían las tradiciones religiosas de la familia, aunque en una forma que reflejaba más la severidad que la alegría del cristianismo. Sofía, dirigida por su tío, el canónigo Luis de Soubiran, se sintió pronto llamada a la vida religiosa. En la congregación mariana bajo la dirección del canónigo, había otras jóvenes que se sentían también llamadas por Dios. Cuando Sofía tenía diecinueve años, Don Luis determinó fundar una comunidad de "beguinas", es decir, de mujeres que viviesen en comunidad con votos temporales de castidad y obediencia. Pero Sofía no creía que ésa fuese su vocación, ya que las "beguinas" gozaban de mucha libertad y podían volver al mundo en el momento en que lo deseasen. Ella se sentía más bien inclinada a la austeridad y la vida retirada del Carmelo. Sin embargo, al cabo de un período de vacilaciones y de solicitar consejos, decidió finalmente plegarse a los deseos de su tío. Así pues, se trasladó a Gante para estudiar el género de vida de las "beguinas" y, a su vuelta, fue nombrada superiora de la comunidad de Castelnaudary, que entonces inauguró su tío el canónigo. Estos acontecimientos tuvieron lugar entre 1854 y 1855.

En los años siguientes, la nueva fundación prosperó, aunque en una forma bastante diferente a la de los "beguinatos" belgas, ya que Sofía y sus compañeras renunciaron a sus propiedades, establecieron un orfelinato y practicaron, por regla la adoración nocturna al Santísimo Sacramento. A pesar de los progresos, fue aquélla una época tan difícil para la comunidad y su superiora, que la casa en que habitaban recibió el nombre de "el convento del sufrimiento". En 1863, la madre María Teresa, como la llamaremos en adelante, consultó acerca de su vocación a la superiora del convento de Nuestra Señora de la Caridad, en Toulouse y a algunas personas de su confianza, quienes le aconsejaron que hiciese los Ejercicios de San Ignacio. Así lo hizo bajo la dirección del famoso jesuita, P. Pablo Ginhac. Dios le manifestó entonces claramente que debía llevar adelante su propósito de fundar la congregación de María Auxilidaora, tal como lo tenía planeado. El fin de dicha congregación consistía en que sus miembros practicasen la vida religiosa en toda su plenitud y trabajasen por "la empresa más divina y más humana que existe: la salvación de las almas". Ningún trabajo debería parecer demasiado grande ni demasiado pequeño a las religiosas, sobre todo si otras congregaciones no podían o no querían tomarlo entre manos. El canónigo de Soubiran acabó por plegarse a los deseos de su

sobrina. El "beguinato" no se disolvió; simplemente, en septiembre de 1864, la madre María Teresa y unas cuantas hermanas se mudaron al convento de la Rue des Bûchers de Toulouse, que iba a ser la residencia de la nueva congregación. A partir del año siguiente, los escritos de la beata nos permiten seguir de cerca su evolución interior hasta su muerte, ocurrida un cuarto de siglo más tarde.

Las nuevas religiosas siguieron dedicándose al cuidado de los huérfanos y a la instrucción de los niños pobres e inauguraron en Toulouse la primera casa de huéspedes para jóvenes trabajadoras a la que se dio el nombre de *Maison de famille*, porque era un verdadero hogar para las jóvenes que no lo tenían o que vivían lejos del suyo. Las auxiliadoras practicaban diariamente la adoración nocturna, en tanto que las "beguinas" sólo lo hacían una vez al mes. La madre Teresa calcó las constituciones de su congregación sobre las de la Compañía de Jesús. El P. Ginhac, que tomó parte muy activa en la nueva fundación, se encargó de revisar las constituciones. En 1867, el arzobispo de Toulouse aprobó a las auxiliadoras y la Santa Sede publicó, en 1868, un breve laudatorio. En 1869, se inauguraron los conventos de Amiens y de Lyon, en los que las religiosas siguieron consagrándose al cuidado de las jóvenes trabajadoras. Durante la guerra franco-prusiana, las religiosas de los tres conventos se refugiaron primero en Southwark y después, en Brompton, donde los padres oratorianos las ayudaron mucho. Más tarde, establecieron una "casa de familia" en Kennington. Tal fue la primera fundación inglesa de las auxiliadoras.

En 1868, ingresó en la congregación una novicia que tres años después fue elegida por voto casi unánime del capítulo, consejera y asistenta de la madre general. Se trataba de la madre María Francisca, una mujer muy hábil e inteligente, cinco años mayor que la madre María Teresa de Soubiran. A la vuelta de Inglaterra, la madre María Francisca presentó un proyecto sobre el desarrollo de la congregación; con "el brillo de sus discursos, la fuerza y claridad de sus argumentos, la precisión de sus juicios, su tacto, su habilidad en el manejo de los negocios y su fe ardiente y avasalladora", consiguió que el plan fuese aprobado. La cita anterior procede de los escritos de la beata María Teresa y muestra claramente la influencia que ejercía sobre ella su asistenta. Desgraciadamete, la beata no se dio cuenta durante mucho tiempo de que la madre María Francisca era "dominadora, inestable y ambiciosa", como el tiempo lo había de probar. El hecho fue que la congregación se desarrolló demasiado rápidamente y se abrieron nuevas casas sin recursos suficientes. A principios de 1874, la madre María Francisca declaró que la situación económica de la congregación era desesperada. (Actualmente sabemos que tal juicio era exagerado).

Al principio, la madre María Francisca se echó a sí misma la culpa; pero pronto empezó a atacar a la madre María Teresa, acusándola de ser orgullosa, débil, vacilante y de poco espíritu religioso. Al poco tiempo, empezó a correr en todos los conventos de la congregación el rumor de que el mal estado de cosas se debía a la fundadora. La madre María Teresa recordó entonces que muy poco antes le había parecido que el Señor le decía: "Tu misión ha terminado. Dentro de poco, no habrá sitio para ti en tu congregación. Pero mi poder y mi bondad estarán contigo." Ella había respondido: "Amén". Desde entonces, estuvo dispuesta a repetir nuevamente su "amén", pero antes quiso consultar al P. Ginhac. Este quedó un tanto desconcertado e, inmediatamente, mandó

llamar a la madre María Francisca, quien le expuso a su modo la situación. Entonces, el siervo de Dios aconsejó a la madre María Teresa que renunciase. Su consejera fue nombrada superiora general.

La casa madre de la congregación era entonces la de Bourges. La nueva superiora general no quiso que su predecesora retornase ni residiese en ninguno de los conventos de la congregación. Así pues, la madre María Teresa se retiró al convento de las Hermanas de la Caridad de Clermont, so pretexto de descansar algunas semanas. El descanso se prolongó siete meses —"siete meses de angustia"—, en tanto que la madre María Francisca determinaba su destino. No hay para qué narrar en detalle las desagradables medidas que la madre María Francisca tomó para evitar que la madre María Teresa reconquistase su antigua influencia y su autoridad. Baste con decir que esas medidas culminaron con la expulsión de la fundadora de la congregación. La beata tuvo que abandonar el convento de Clermont y el hábito religioso en septiembre de aquel año. A fines de 1874, la madre María Teresa, fundadora de la Compañía de María Auxiliadora, volvió a ser simplemente Sofía de Soubiran la Louvière.

Sofía estuvo veinte años en el convento y tuvo que empezar una nueva vida, una prueba muy dura para las personas que no viven "en el mundo". En vano solicitó ser admitida en la congregación de la Visitación y en la orden del Carmelo, "su primer amor". Entonces, pidió su admisión entre sus antiguas amigas del convento de Nuestra Señora de la Caridad en Toulouse, quienes se dedicaban a rescatar mujeres perdidas. Aquellas religiosas no le cerraron las puertas y comprendieron su deseo de ingresar más bien en el convento de París. Después de ciertas dilaciones debidas a algunas dificultades canónicas y a una enfermedad que casi costó la vida a la beata, ésta hizo finalmente la profesión en 1877, a los cuarenta y dos años de edad. Su diario muestra que entró entonces en un período de gran serenidad espiritual y que el poder y la bondad del Señor estaban con ella. El P. Hamon, su director espiritual, escribió: "La abnegación de la madre de Soubiran era tan extraordinaria, que consiguió olvidar completamente a su antigua familia religiosa, confiándola enteramente en manos de la providencia; en esa forma obligó al Divino Pastor a mirar por sus hijas huérfanas. La generosidad de ese sacrificio rayaba, a mi modo de ver, en el heroísmo."

En todo caso, la madre María Francisca no permitía ningún trato, epistolar o personal, entre sus religiosas y la fundadora de la congregación. Sin embargo, al cabo de ocho años, el contacto se restableció de un modo dramático. La madre María Francisca despidió también de la congregación a la madre María Javier, hermana de la fundadora, pues temía que su presencia conservase vivo el recuerdo de la madre María Teresa. La madre María Javier ingresó también en el convento de Nuestra Señora de la Caridad de París y dio a su hermana noticias muy tristes sobre el estado de la congregación de María Auxiliadora. La madre María Teresa escribió por entonces: "Ahora sí que estoy segura de que esa pequeña compañía que Dios quiere tanto, sobre la cual ha velado tan amorosamente y en la cual había tantas almas fervorosas y verdaderamente virtuosas, estoy segura, digo, de que esa compañía está moralmente muerta, o sea que su fin, su forma y sus métodos han cesado de existir. Acepto amorosamente los planes de Dios, pues soy nada ante su santa e incomprensible voluntad."

La Beata María Teresa había contraído la tuberculosis. La larga enfermedad la obligó a pasar en la enfermería los últimos siete meses de su vida. Murió el 7

de junio de 1889, al murmurar estas palabras: "Ven, Señor Jesús". Trató de hacer la señal de la cruz, pero no llegó a signarse. Fue sepultada en el cementerio de Montparnase, en la cripta del convento de Nuestra Señora de la Caridad. Actualmente, sus reliquias se hallan en la casa madre de las auxiliadoras, en París. La madre María Teresa de Soubiran fue beatificada en 1946. La mejor síntesis de su espíritu queda expresada en las palabras que escribió en una carta, poco después de su expulsión de la congregación de María Auxiliadora: "Como podéis imaginaros, todo ello me ha hecho sufrir enormemente. Sólo Dios es capaz de medir la intensidad y la profundidad de mi dolor y sólo El sabe hasta qué punto esa pena se ha convertido en una fuente de fe, esperanza y caridad. La gran verdad de que Dios es todo y el resto nada se va convirtiendo en la vida de mi alma y, sobre esa verdad me puedo apoyar con seguridad, en medio de los incomprensibles misterios de este mundo. Es éste un bien superior a todos los bienes de la tierra, porque en el amor omnipotente podemos confiar durante la vida y por toda la eternidad. No sé si hubiese podido aprender esa gran lección sin pasar por tantas angustias; no lo creo. El tiempo pasa y pasa de prisa; pronto veremos la razón de tantas cosas que sorprenden y desconciertan a nuestra inteligencia débil y miope." La fiesta de la beata se celebra el 20 de octubre.

Dado que la fundación forma parte de la vida de un fundador, añadiremos unas palabras sobre la historia de la congregación que fundó la madre de Soubiran. La beata había predicho que las cosas iban a cambiar totalmente en la compañía de María Auxiliadora, uno o dos años después de su muerte. Su profecía se verificó. La congregación estaba muy descontenta del gobierno de la madre María Francisca, y varias casas habían sido clausuradas. A partir de 1884, la inestabilidad administrativa se hizo intolerable. Por ejemplo, en menos de cinco años, la sede del noviciado cambió siete veces. La crisis estalló en 1889, cuando el capítulo general se negó a ratificar los nuevos cambios que la superiora proyectaba. El 13 de febrero de 1890, exactamente dieciséis años después de la expulsión de la fundadora, la madre María Francisca dejó de ser superiora y salió de la congregación.

El cardenal Richard, arzobispo de París, nombró a la madre María Isabel de Luppé superiora general. Bajo su gobierno, se hizo luz acerca de la verdarera historia de la fundadora, la madre María Javier ingresó nuevamente en la congregación y la compañía de María Auxiliadora recobró su forma original y empezó a adquirir las características que le han merecido el sitio tan distinguido que ocupa actualmente en la Iglesia.

Este corto artículo basta para probar que la historia de la Beata María Teresa de Soubiran fue realmente extraordinaria.* Lo mismo puede decirse sobre la vida de la madre María Francisca, por más que no tenga cabida en una vida de santos. Nos limitaremos simplemente a observar que murió en 1921, cuando la causa de beatificación de la madre María Teresa ya estaba introducida. Después de la muerte de María Francisca, se descubrió que era casada y que para entrar en la congregación de María Auxiliadora había

* La vida de la beata es única en los anales de las congregaciones religiosas, pero presenta ciertas analogías con la de San Alfonso de Ligorio (2 de agosto), San José Calasanz (27 de agosto), y Teresa Couderc (26 de sept.). Es extraordinario que hombres de la talla de Mons. Tour d'Auvergne, arzobispo de Bourges, y del P. Ginhac hayan procedido como procedieron: para evitar un escándalo público, contribuyeron a otro peor.

abandonado a su esposo. Como su marido vivía aún y ella lo sabía, María Francisca no pudo hacer votos válidos, de suerte que su generalato fue también inválido y, por consiguiente, todos sus actos fueron nulos. Por la misma razón, la madre María Teresa no dejó nunca de pertenecer, canónicamente, a la congregación que había fundado. Nada sabemos acerca de los últimos treinta años de la vida de María Francisca; según parece, poseía una fortuna personal y vivió sola en París.

La primera biografía de la Beata María Teresa fue la del canónigo Théloz (1894). En 1946, T. Delmás publicó una biografía admirable. La obra del P. Monier-Vinard. *La Mère Marie-Thérèse de Soubiran d'après ses notes intimes* (2 vols.) constituye prácticamente una colección de los escritos y notas espirituales de la beata. Fue traducida en forma abreviada al inglés por Dom Theodore Baily, en 1947, con el título de *A. Study in Failure.* Véase también la biografía del P. W. Lawson (1952); y la excelente semblanza biográfica del P. C. Hoare, *Life out of Death* (1946). También es digna de mención la obra del P. Grivet, *Vie de la Mère Marie-Elisabeth de Luppé,* en la que se hallarán muchos datos sobre nuestra beata. *Morte et Vivante* (1933) es una obra que narra los años que la Beata María Teresa pasó en el convento de Nuestra Señora de la Caridad; según parece, no es del todo fidedigna.

BEATA BERTILIA BOSCARDIN, VIRGEN (1922 P.C.)

LA BEATA BERTILIA siguió el "caminito espiritual" de Santa Teresa del Niño Jesús. Era una mujer de gran juicio práctico y voluntad muy firme que se santificó cumpliendo sencillamente su deber de todos los días, a pesar de su mala salud, su reducida capacidad intelectual y su falta de iniciativa. Nació en 1888, en Brendola, entre Vicenza y Verona, en el seno de una pobre familia de campesinos. Su nombre de pila era Ana Francisca, pero todos la llamaban Anita. El P. Emigdio Federici, su biógrafo, escribe que Anita era una niña "tranquila y muy trabajadora, cuya infancia no tuvo nada de pintoresco". Angel Boscardin, el padre de Anita, era un hombre muy celoso y dado a la bebida, de suerte que los pleitos abundaban en su casa, según testificó él mismo en el proceso de beatificación de su hija. Anita no podía asistir regularmente a la escuela, pues desde pequeña tuvo que trabajar en el hogar y ganar un poco de dinero ayudando en casa de los vecinos. Sus compañeros de juegos la apodaban "la tontita". Probablemente no les faltaba razón, ya que, cuando el P. Capovilla, párroco del lugar, habló de la vocación religiosa de la niña con el arcipreste Gresele, éste no pudo contener la risa. Sin embargo, como la consideraba por lo menos suficientemente inteligente para pelar patatas, el P. Gresele habló de Anita a ciertas religiosas, quienes se negaron a admitirla. Como quiera que fuese, a los dieciséis años Anita ingresó en el convento de las Hermanas de Santa Dorotea, en Vicenza y recibió el nombre de Bertilia, en honor de la santa abadesa de Chelles. La joven dijo a su maestra de novicias: "Yo no sé hacer nada. Soy una inútil, una "tontita". Enseñadme a ser santa."

La hermana Bertilia pasó un año ayudando en la cocina, en la panadería y en la lavandería. Después, fue enviada a aprender las tareas de enfermera en Treviso, donde las hermanas de Santa Dorotea tenían a su cargo el hospital municipal. Pero la superiora prefirió emplearla como ayudante de la cocinera. Anita no pudo salir de la cocina hasta después de su profesión. En 1907, pasó a ayudar en el pabellón de los niños diftéricos y, a partir de entonces, vivió consagrada al cuidado de los enfermos. Pero, bien pronto contrajo una

penosa enfermedad que la atormentó durante los últimos doce años de su vida. y la llevó finalmente al sepulcro, a pesar de las intervenciones de los cirujanos.

A principios de 1915, el hopital de Treviso fue ocupado por las tropas. Dos años más tarde, a raíz de la derrota de Caporetto, el ejércio italiano tuvo que replegarse a Piave, y el hospital quedó en pleno frente de batalla. Durante los bombardeos aéreos, en tanto que el terror paralizaba a algunas de sus hermanas, la Beata Bertilia, no menos asustada, se ocupaba en llevar café y vino de Marsala a los enfermos, sin que sus quehaceres le impidieran pasar las cuentas de su rosario. Bertilia y algunas de sus hermanas fueron pronto enviadas a un hospital militar de Viggiu, en las cercanías de Como. El capellán, Pedro Savoldelli y el oficial, Mario Lameri no pudieron menos de admirar la laboriosidad y la caridad de Bertilia. En cambio, la superiora no supo apreciar las cualidades de su súbdita, como había sucedido ya con otras superioras, y la reprendía por trabajar exageradamente y por estar demasiado apegada a los enfermos. Finalmente, acabó por enviarla a la lavandería. Bertilia trabajó ahí sin una queja durante cuatro meses, hasta que la madre general, una mujer extraordinaria que se llamaba Azelia Farinea, comprendió la injusticia y sacó a la beata de Viggiu. Después del armisticio, la hermana Bertilia retornó al hospital de Treviso, donde se le confió el pabellón de infecciosos para niños.

La salud de la hermanita iba de mal en peor; tres años más tarde los médicos decidieron operarla. La operación resultó fatal, y la hermana Bertilia murió tres días después, el 20 de octubre de 1922. En el primer aniversario de su muerte, se puso en el Hospital de Treviso una placa con la siguiente inscripción: "A la hermana Bertilia Boscardin, alma escogida y de bondad heroica, quien durante varios años alivió como un ángel el sufrimiento humano en este hospital..." El pueblo empezó a acudir a la tumba de la hermana Bertilia en Treviso. Sus restos fueron más tarde trasladados a Vicenza, donde Dios obró por su intercesión muchas curaciones. La hermana Bertilia fue beatificada en 1952, en presencia de algunos miembros de su familia y de varios pacientes a los que había asistido.

Véase F. Talvacchia, *Suor Bertilla Boscardin* (1923); P. Savoldelli, *Soavi rimembranze* (1939); y E. Federici, *La b. M. Bertilla Boscardin* (1952). El autor de esta última obra aprovechó los documentos del proceso de beatificación.

21: SAN HILARION, ABAD (*c.* 371 P.C.)

HILARION nació en una aldea llamada Tabatha, al sur de Gaza. Sus padres eran idóaltras. El joven hizo sus estudios en Alejandría, donde conoció la fe católica y recibió el bautismo hacia lo quince años de edad. Habiendo oído hablar de San Antonio, fue a visitarle en el desierto, donde permaneció dos meses observando el modo de vida del santo ermitaño. Al cabo, disgustado por la cantidad de peregrinos que acudían a la celda de San Antonio a pedirle que curase a sus enfermos y liberase a sus posesos, volvió a su patria a servir a Dios en la soledad total. Como sus padres murieron durante su ausencia, San Hilarión dio una parte de sus bienes a sus hermanos y el resto a los pobres, sin reservar nada para sí mismo (pues tenía presente el ejemplo de Ananías y Safira, según dice San Jerónimo). Después, se retiró a diez

kilómetros de Majuma, en dirección a Egipto, y se estableció en las dunas, entre la orilla del mar y un pantano. Era un joven muy delicado a quien afectaban los menores excesos de frío y de calor. A pesar de ello, vestía simplemente una camisa de pelo, una túnica de cuero que San Antonio le había regalado y un corto manto de tela ordinaria. No cambió de túnica sino hasta que la que llevaba empezó a caerse en pedazos, y jamás lavó su camisa, puesto que opinaba: "Es una ociosidad lavar una camisa de pelo". Alban Butler comenta que "el respeto que debemos a nuestros prójimos está reñido con la práctica de esas mortificaciones en el mundo."

Durante muchos años, Hilarión no comió más que quince higos por día y nunca antes de la caída del sol. Cuando se sentía tentado por la lujuria, solía decir a su cuerpo: "¡Voy a impedir que des coces, asno infame!" y reducía su ración a la mitad. Como los monjes de Egipto, trabajaba en el tejido de cestos y en la labranza, con lo cual ganaba lo necesario para vivir. En los primeros años, habitaba en una covacha de ramas que él mismo había entretejido. Más tarde, se construyó una celda, que existía todavía en tiempo de San Jerónimo: tenía un poco más de un metro de ancho, un metro y medio de alto y apenas era un poco más larga que su cuerpo, de suerte que más parecía una tumba que una habitación. Al comprobar que los higos eran un alimento insuficiente, San Hilarión se decidió a comer algunas verduras y un poco de pan y aceite. Sin embargo, no disminuyó sus austeridades ni con la edad. Dios permitió que su siervo sufriese dolorosas pruebas. En ciertos períodos, vivía el santo en una terrible oscuridad de espíritu, con gran sequedad y angustia interior; pero cuanto más sordo parecía el cielo a sus súplicas, tanto más se aferraba Hilarión a la oración. San Jerónimo hace notar que, aunque el santo ermitaño vivió tantos años en Palestina, sólo una vez fue a visitar los Santos Lugares y no permaneció más que un día en Jerusalén. Fue a la Ciudad Santa para no dar la impresión de que despreciaba lo que la Iglesia honraba; pero no lo hizo más que una vez, porque estaba persuadido de que en todas partes se podía adorar a Dios en espíritu y en verdad.

Veinte años después de su llegada al desierto, San Hilarión obró el primer milagro. Cierta mujer casada, de la ciudad de Eleuterópolis (Bait Jibrín, en las cercanías de Hebrón), consiguió que el santo le prometiese orar para que Dios la librase de la esterilidad. Menos de un año después, la mujer tuvo un hijo. Entre otros milagros, se cuenta que San Hilarión ayudó a un domador de caballos de Majuma, llamado Itálico, a ganar una carrera al emir de Gaza. Itálico, creyendo que su adversario se valía de sortilegios para impedir que sus caballos ganasen, acudió a San Hilarión en demanda de auxilio. El santo le bendijo y le aconsejó que rociase de agua bendita las ruedas de sus carros. Los caballos de Itálico dejaron muy atrás a los de su adversario y el pueblo proclamó que Cristo había vencido al dios del emir. Siguiendo el ejemplo de San Hilarión, otros ermitaños empezaron a establecerse en Palestina. El santo solía ir a visitarlos poco antes de la época de la cosecha. En una de esas visitas, vio a los paganos de Elusa (al sur de Barsaba) reunidos para adorar a sus ídolos y oró a Dios con muchas lágrimas por ellos. Como Hilarión había curado a muchos de los paganos que ahí estaban, se acercaron a pedirle su bendición. El santo los acogió con gran bondad y los exhortó a adorar al verdadero Dios en vez de sus ídolos de piedra. Sus palabras produjeron tal efecto, que los paganos no le dejaron partir sino hasta que proyectó la construcción de una

iglesia. El propio sacerdote de los paganos, que estaba revestido para oficiar, se hizo catecúmeno.

El año 356, tuvo una revelación sobre la muerte de San Antonio. Para entonces San Hilarión tenía ya unos sesenta y cinco años y estaba muy afligido por la cantidad de personas, particularmente de mujeres, que acudían a pedirle consejo. Por otra parte, el cuidado de sus discípulos le dejaba apenas reposo, de suerte que solía decir: "Es como si hubiese vuelto al mundo y hubiese recibido mi premio en él. Toda Palestina tiene los ojos fijos en mí. Como si eso no bastase, poseo además una finca y algunos bienes, so pretexto de que mis discípulos tienen necesidad de ellos." Así pues, San Hilarión decidió partir de Palestina. Todo el pueblo se reunió para impedírselo. El santo dijo a la multitud que no comería ni bebería hasta que le dejasen partir y así lo hizo durante siete días. Entonces le dejaron libre y escogió a algunos monjes capaces de caminar sin probar bocado hasta el atardecer y cruzó con ellos Egipto hasta llegar a la montaña de San Antonio, cerca del Mar Rojo. Ahí encontraron a dos discípulos del gran eremita, y San Hilarión recorrió con ellos el sitio palmo a palmo. Los discípulos de San Antonio le decían: "Ahí solía cantar. Ahí solía orar. Ese era el lugar en que trabajaba y aquél el sitio a donde se retiraba a descansar. El plantó esas viñas y estos arbustos. El labró personalmente aquella parcela. El excavó este estanque para regar su huerto. Ese es el azadón que usó durante muchos años." En la cumbre de la montaña, a la que se subía por una vereda abrupta y serpenteante, visitaron las dos celdas a las que solía retirarse para huir del pueblo y de sus propios discípulos; ahí mismo se hallaba el huerto que por el poder del santo habían respetado los caballos salvajes. San Hilarión pidió entonces a los discípulos de San Antonio que le mostrasen el sitio en que estaba sepultado, pero no sabemos con certeza si se lo mostraron o no, pues San Antonio les había ordenado que no indicasen a nadie dónde estaba su sepultura para evitar que un personaje muy rico de los alrededores se llevase sus restos y construyese una iglesia para ellos.

San Hilarión volvió a Afroditópolis (Atfiah), donde se retiró a un desierto de los alrededores y se consagró con más fervor que nunca a la abstinencia y el silencio. Desde hacía tres años, es decir, desde la muerte de San Antonio, no había llovido en la región. El pueblo acudió a implorar las oraciones de San Hilarión, a quien consideraba como el sucesor de San Antonio. El santo levantó los ojos y las manos al cielo, e inmediatamente se desató una lluvia copiosa. Muchos labradores y pastores se curaron de las mordeduras de las serpientes al ungirse con el aceite bendecido por San Hilarión. Este, viendo que su popularidad comenzaba nuevamente a crecer, pasó un año entero en un oasis al occidente del desierto; finalmente, como no lograse vivir oculto en Egipto, decidió partir con un compañero a Sicilia. Desembarcaron en Pessaro y se establecieron en un sitio poco frecuentado, a treinta kilómetros del mar. San Hilarión recogía diariamente una carga de leña y su compañero, Zananas, la vendía en la aldea más próxima y con el dinero, compraba un poco de pan. San Hesiquio, discípulo de San Hilarión, buscó a su maestro por el oriente y por Grecia. En Modón del Peloponeso un comerciante judío le dijo que había llegado a Sicilia un profeta que obraba muchos milagros. San Hesiquio se dirigió entonces a Pessaro. Todo el mundo conocía ahí al profeta, quien era famoso no sólo por sus milagros sino también por su desinterés, ya que jamás aceptaba ningún regalo.

San Hilarión dijo a San Hesiquio que quería retirarse a un sitio en el que las gentes no entendiesen su lengua y éste le condujo entonces a Epidauro, en la Dalmacia (Ragusa). Pero los milagros que obraba San Hilarión no le permitieron vivir ignorado. San Jerónimo refiere que había ahí una serpiente enorme, que devoraba a los hombres y al ganado. San Hilarión ordenó a la serpiente que subiese sobre un montón de leña a la que prendió fuego. San Jerónimo cuenta también que a consecuencia de un terremoto, el mar amenazaba con tragarse la tierra. Entonces los habitantes, muy alarmados, condujeron a San Hilarión a la playa, como si con su sola presencia quisiesen levantar una muralla contra los embates del mar. El santo trazó tres cruces sobre la arena y tendió los brazos hacia las olas enfurecidas que inmediatamente se detuvieron de golpe y se atropellaron hasta formar una montaña de agua para retirarse después mar adentro. San Hilarión sufría mucho al ver que, aunque no entendía la lengua de los habitantes, sus milagros hablaban por él. Sin saber dónde ocultarse de las miradas del mundo, huyó una noche a Chipre, en una pequeña nave, y se estableció a tres kilómetros de Pafos. Como los habitantes le identificasen al poco tiempo, el santo se retiró veinte kilómetros tierra adentro, a un sitio casi inaccesible y muy agradable donde, por fin, pudo vivir en paz. Ahí murió algunos años más tarde, a los ochenta de edad. Uno de los que le visitaron en su última enfermedad fue el obispo de Salamis, San Epifanio, quien más tarde narró por escrito su vida a San Jerónimo. San Hilarión fue sepultado en las cercanías de Pafos, pero San Hesiquio se apoderó secretamente de los restos de su maestro y los trasladó a su ciudad natal de Majuma.

La biografía escrita por San Jerónimo es nuestra principal fuente; probablemente San Jerónimo se basó en los informes de San Epifanio, quien había conocido personalmente a San Hilarión. También el historiador Sozomeno nos da algunos datos nuevos. Las informaciones de las diferentes fuentes han sido cuidadosamente reunidas en *Acta Sanctorum*, oct., vol. IX. Véase sobre todo Zöckler, *Hilarion von Gaza*, en *Neue Jahrbücher für deutsche Theologie*, vol. III (1894), pp. 146-178; Delehaye, *Saints de Chypre*, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXVI (1907) pp. 241-242; Schiwietz, *Das Morgen-Dändische Mönchtum*, vol. II, pp. 95-126; y H. Leclercq, *Cénobitisme*, en DAC., vol. II, cc. 3157-3158.

SANTAS URSULA Y COMPAÑERAS, VÍRGENES Y MÁRTIRES
(Fecha desconocida)

ACTUALMENTE, la liturgia romana trata con gran reserva el caso de Santa Ursula y sus compañeras, martirizadas en Colonia. La comisión nombrada por Benedicto XIV tenía el proyecto de suprimir su fiesta. En el Breviario se alude a las mártires con una simple conmemoración, sin lección propia en maitines. El Martirologio Romano se arriesga a decir que fueron martirizadas por los hunos a causa de la religión y la castidad, pero no dice una sola palabra acerca del número de las mártires ni de las circunstancias del martirio.

En la iglesia de Santa Ursula, en Colonia, hay una inscripción latina, que data probablemente de la segunda mitad del siglo IV o principios del siglo V. Aunque el sentido de la inscripción es bastante oscuro, parece conmemorar el hecho de que un tal Clemacio, senador, tuvo ciertas visiones en las que se le ordenó que emprendiese la reconstrucción de la basílica de las vírgenes que

habían sido martirizadas en ese sitio. La inscripción no dice nada sobre el número y los nombres de las vírgenes, ni sobre la época y las circunstancias de su martirio. Basándonos en el testimonio de la inscripción, podemos suponer que cierto número de doncellas fueron martirizadas en Colonia, en una fecha desconocida. Por otra parte, dichas doncellas eran bastante famosas como para que se construyese en su honor una basílica, probablemente a principios del siglo IV. A esto se reduce cuanto sabemos en realidad sobre Santa Ursula y las Once Mil Vírgenes, cuya leyenda es tan famosa.

La forma más antigua de la leyenda es un "sermón" compuesto en Colonia, probablemente a principios del siglo IX, con motivo del día de la fiesta. El autor confiesa que no existía entonces ningún escrito sobre el martirio y se limita a repetir la leyenda oral, sin dar pruebas sobre la veracidad de su contenido. Las doncellas eran muy numerosas, tal vez varios miles. La principal era Vinosa o Pinosa. El martirio tuvo lugar durante la persecución de Maximiano. Según una leyenda, las vírgenes habían llegado a Colonia con la Legión Tebana, aunque el autor se inclina más bien a pensar que eran originarias de Inglaterra. Ninguno de los martirologios clásicos de la época menciona a estas mártires, pero Usuardo conmemora a las vírgenes Marta y Saula y sus compañeras, martirizadas en Colonia (en realidad el Martirologío Romano nombra aparte a estas vírgenes) y Wandelberto de Prüm habla de los millares de vírgenes de Cristo que padecieron el martirio a orillas del Rin el 21 de octubre. La primera mención del nombre de Santa Ursula, que formaba parte de un grupo de once vírgenes, data de fines del siglo IX. Varias fuentes litúrgicas de esa época, dicen que Santa Ursula formaba parte de un grupo de siete, ocho u once vírgenes, pero sólo en un caso su nombre figura en primer lugar. A principios del siglo X, empezó a hablarse de "once mil" vírgenes, no sabemos cómo ni por qué. Según una teoría, la abreviación "XI M.V." (*undecim martyres virgines*) se tradujo equivocadamente por *undecim milia virginum*. Según otra teoría, se combinó la cifra "once", que dan algunos documentos, con los millares de que hablan otros.

La leyenda, tal como tomó forma más tarde en Colonia, se reduce a lo siguiente: Un rey pagano solicitó la mano de Ursula, hija de un monarca cristiano de Inglaterra. La joven quería permanecer virgen y obtuvo un plazo de tres años, que empleó en continuas travesías marítimas. Tenía diez damas de honor y cada una de ellas, lo mismo que Ursula, llevaba mil compañeras. La expedición constaba de once navíos. Al cumplirse el plazo de tres años, los vientos arrastraron los navíos a la desembocadura del Rin. La caravana de doncellas se dirigió entonces a Colonia y después, a Basilea. Ahí desembarcaron Ursula y sus compañeras, quienes cruzaron los Alpes y fueron a Roma a visitar el sepulcro de los Apóstoles. Después, volvieron por el mismo camino a Colonia. Como Ursula se rehusase a contraer matrimonio con el rey de los hunos, fue asesinada por los bárbaros junto con todas sus compañeras. Los ángeles se encargaron de dispersar a los asesinos, de suerte que los habitantes de la ciudad pudieron recuperar los cadáveres. Clemacio construyó en su honor una basílica.

Godofredo de Monmouth da otra versión de la leyenda, de origen galo, no menos fantástica. El emperador Maximiano, es decir, Magno Clemente Máximo, conquistó las Galias el año 383 y fundó en Bretaña una colonia inglesa, compuesta en gran parte por soldados, bajo las órdenes de Cinán Meiriadog.

Cinán pidió al rey de Cornwall, llamado Dionoto, que enviase algunas mujeres para poblar la colonia. Dionoto respondió generosamente y envió a su propia hija, Ursula y a otras 11,000 doncellas nobles, así como a 60,000 jóvenes del pueblo. Ursula, que era muy hermosa, debía contraer matrimonio con Cinán. Pero una tempestad arrastró los navíos hacia el norte, a unas islas extrañas pobladas por los bárbaros, y las doncellas murieron a manos de los hunos y de los pictos.

La versión de Colonia constituye la leyenda que podríamos llamar "oficial". Esa versión sitúa el martirio en el año 451: "Atila y los hunos, cuando se replegaban después de su derrota en la Galia, tomaron Colonia, que era entonces una ciudad cristiana muy floreciente. Sus primeras víctimas fueron Ursula y sus compañeras inglesas" (así rezaba una antigua lección del Breviario en Inglaterra). En el curso del siglo XII, la leyenda se complicó aún más, gracias a las "revelaciones" de Santa Isabel de Schönau y del Beato Germán José, canónigo premonstratense. Actualmente, todo el mundo está de acuerdo en que tales revelaciones eran puramente ilusorias, pero en la época en que tuvieron lugar se "descubrieron" en Colonia (1155) numerosas reliquias e inscripciones (naturalmente falsas), que pasaban por ser los epitafios de San Ciriaco Papa, de San Marino de Milán, de San Papunio, rey de Irlanda, de San Picmenio, rey de Inglaterra y de otros muchísimos personajes imaginarios que habían sufrido el martirio con Santa Ursula y sus compañeras. Las pretendidas "revelaciones" del Beato Germán (si es que existieron realmente) eran aún más sorprendentes que las de Santa Isabel, ya que tenían por finalidad resolver los múltiples problemas de la leyenda y explicar la presencia de los huesos de hombres y aun de niños recién nacidos, entre los restos de las mártires. Indudablemente lo que se descubrió en 1155 fue una fosa común. Por otra parte, todos los indicios nos llevan a pensar que los dos abades de Deutz, falsificaron impíamente los hechos y complicaron en el fraude a Santa Isabel y al Beato Germán, sin que éstos lo supiesen. Todavía se conserva una gran cantidad de "reliquias" en la iglesia de Santa Ursula en Colonia, sin contar las que se hallan esparcidas en el mundo entero.

Dejando a un lado la leyenda, la inscripción de Clemacio dice que éste restauró una pequeña basílica o *cella memorialis*, que probablemente había sido saqueada por los francos alrededor del año 353. Ahí se hallaba el sepulcro de las mártires, y Clemacio prohibió que se diese sepultura en ese lugar a otras personas. El texto de la inscripción no indica absolutamente que se tratase de un vasto cementerio en el que había millares de esqueletos.

Durante la Edad Media, se inventaron, poco a poco, los nombres de las compañeras de Santa Ursula que figuran en diversos calendarios y martirologios. Una de las invenciones más famosas es la de Santa Córdula, de la que el Martirologio Romano dice el 22 de octubre: "Aterrorizada al ver el martirio de sus compañeras, se escondió, pero al día siguiente, arrepentida, se entregó a los hunos y fue la última que conquistó la palma del martirio." La autora de esta invención fue la monja Helentrudis de Heerse, según el relato "Fuit tempore".

El P. Víctor de Buck consagró al estudio de la leyenda 230 páginas in-folio en *Acta Sanctorum*, oct., vol. IX (1858). El cardenal Wiseman resumió dicho artículo en un discurso que no fue publicado en sus obras completas; puede leerse en un volumen titulado *Essays on Religion and Litterature*, publicado por Manning (1865), donde aparece con el nom-

bre de *The Truth of Supposed Legends and Fables* (pp. 285-286); ahí mismo se encontrará un facsímil de la inscripción de Clemacio. El P. de Buck aportó muchos datos nuevos y útiles para la solución del problema, ya que publicó varios de los textos más importantes, pero las investigaciones posteriores no han confirmado sus conclusiones, particularmente por lo que se refiere a su hipótesis de que la fiesta conmemora el asesinato de un gran número de vírgenes cristianas, llevado a cabo por los hunos el año 451. El estudio más importante que ha aparecido desde entonces, es el del eminente especialista en cuestiones medievales, W. Levison, en *Das Werden des Ursula-Legende* (1928). El historiador defiende la autenticidad de la inscripción de Clemacio, pero está de acuerdo con otros arqueólogos en admitir que la inscripción es claramente anterior a la invasión de los hunos. Además de la inscripción de Clemacio, el *Sermo in natali* y las cortas noticias litúrgicas arriba mencionadas, el documento más importante es el antiguo relato *Fuit tempore*. Desgraciadamente, el P. de Buck no le atribuyó importancia alguna, porque no leyó el prólogo. Fue publicado por primera vez en *Analecta Bollandiana*, vol. III (1884), pp. 5-20. La leyenda comenzó a desarrollarse a partir de esa base, pero su evolución es demasiado complicada y la bibliografía demasiado nutrida para que podamos ocuparnos aquí de ellas. Sobre estos puntos, véase a M. Coens, en *Analecta Bollandiana*, vol. XLVII A1929, pp. 80-110; G. Morin, en *Études, Textes, Découvertes* (1913), pp. 206-219, quien cita hábilmente a Procopius, *De Bello Gothico*, lib. IV, c. 20; T.F. Tout, *Historical Essays*; H. Leclercq, en DAC., vol III, cc. 2172-2180; LBS., vol. IV (1913), pp. 312-347; y Neuss, *Die Anfänge des Christentums in Rheinlande* (1933). Una de las últimas obras sobre el tema, particularmente lo que concierne a las representaciones en el arte, es el libro de Guy de Tervarent, *La légende de Ste Ursule* (2 vols., 1931). El texto de Clemacio puede verse también en LBS., DAC., y *Catholic Encyclopedia*, loc. cit. Nuestra cita de Godofredo de Monmouth está tomada de su *History of the Kings of Britian* lib. V, cc. 12-16. Por lo que toca a la afirmación de que San Dunstano transmitió la leyenda tal como se cuenta en *Fuit tempore*, es curioso notar que el santo recibió la consagración episcopal el 21 de octubre y que varios de los santos citados en esa leyenda eran venerados desde muy antiguo en Glastonbury y en el occidente de Inglaterra. Si, como se cree actualmente, San Dunstano nació en 910 y no en 925, es muy posible que haya conocido a Hoolf, el enviado del emperador Otto.

SAN MALCO (Siglo IV)

Los DATOS que poseemos sobre San Malco, de quien el Martirologio Romano hace mención en esta fecha, proceden de San Jerónimo, quien afirma haberlos oído de labios del propio San Malco. Hallándose en Antioquía, hacia el año 375, San Jerónimo visitó la ciudad de Maronia, que distaba unos cincuenta kilómetros, y conoció ahí a un anciano muy piadoso llamado Malco (Malek). Interesado por lo que había oído contar sobre él, San Jerónimo interrogó personalmente a Malco, quien le refirió su historia. Había nacido en Nísibis y era hijo único. Desde muy joven, determinó consagrarse enteramente a Dios. Como se sintiese inclinado a casarse, huyó inmediatamente al desierto de Kalkis para reunirse con unos ermitaños. A los pocos años, se enteró de la muerte de su padre y pidió permiso a su abad para ir a consolar a su madre. El abad no vio con buenos ojos el proyecto y advirtió a Malco que se trataba de una sutil tentación del demonio. Malco insistió en que había heredado de su padre algún dinero con el que pensaba contribuir al ensanchamiento del monasterio, pero el abad, que era un hombre de Dios y sabía a qué atenerse, no se dejó persuadir y rogó a su joven discípulo que renunciase al proyecto. Sin embargo, Malco pensó que tenía el deber de ir a consolar a su madre y partió contra la voluntad de su abad.

La caravana en la que viajaba Malco fue atacada por los beduinos, entre Alepo y Edesa, y uno de los cabecillas lo tomó prisionero junto con una joven y condujo a ambos al corazón del desierto, más allá del Eufrates. Ahí Malco se

vio obligado a pastorear los rebaños del beduino, cosa que no le desagradaba. Naturalmente no le gustaba vivir entre gentiles, bajo el terrible sol del desierto al que no estaba acostumbrado. Pero, como él decía: "parecíame mi suerte muy semejante a la del santo Jacob y a la de Moisés, ya que ambos habían sido pastores en el desierto. Me alimentaba de dátiles, queso y leche. Oraba incesantemente en mi corazón y solía cantar los salmos que había aprendido entre los monjes". El amo de Malco, que estaba muy satisfecho con él, pues los esclavos no eran ordinariamente tan obedientes y fáciles de manejar como aquel prisionero, decidió buscarle una compañera. Un miembro de una tribu errante del desierto no podía comprender que un hombre determinase libremente permanecer célibe, ya que los jóvenes que aún no se habían casado, estaban obligados a vivir como criados en la tienda de otro hombre, puesto que únicamente las mujeres podían hacer los trabajos domésticos para atender a los hombres. Cuando el beduino ordenó a Malco que contrajese matrimonio con su compañera de cautiverio, éste se alarmó, dado que era monje y sabía que la joven era casada. Sin embargo, según parece, la joven no se oponía al proyecto. Pero cuando Malco declaró que estaba dispuesto a suicidarse antes que contraer matrimonio, la joven, herida en su amor propio (pues la naturaleza humana es siempre la misma a través de los siglos), le dijo que no tenía el menor interés por él y que podían simplemente fingir que estaban casados para complacer a su amo. Así lo hicieron, por más que la situación no satisfizo del todo a ninguno de los dos. Malco confesó a San Jerónimo: "Llegué a querer a esa mujer como a una hermana, pero sin poder tenerle la confianza que se tiene a una hermana."

Un día en que Malco se entretenía en observar un hormiguero, se le vino a la cabeza la idea de que la vida ordenada y laboriosa de los monjes se asemejaba mucho a la de una colonia de hormigas. Ese recuerdo le entristeció mucho, pues recordó cuán feliz había sido entre los monjes. Aquella misma noche, al volver del pastoreo, dijo a su compañera que estaba decidido a huir. Ella, que quería también ir a reunirse con su marido, resolvió partir con Malco. Así pues, ambos huyeron juntos una noche, llevando sus provisiones en dos pellejas de cabra. Inflando las pellejas, consiguieron atravesar el Eufrates. Pero, al tercer día de marcha, divisaron a su amo y a otro hombre, que venían en su busca, jinetes en sendos camellos. Inmediatamente se escondieron cerca de la entrada de una caverna. El amo de Malco, imaginando que se habían refugiado ahí, envió a su compañero a buscarlos. Como éste no volviese, el beduino penetró en la caverna y tampoco volvió a salir. ¡Cuál no sería el asombro de Malco y su compañera cuando vieron salir de la caverna una leona con su cachorro en el hocico y dentro encontraron a los dos beduinos muertos! Inmediatamente se apoderaron de los camellos y partieron con la mayor rapidez posible.

Al cabo de diez días, llegaron a un campamento romano en Mesopotamia. El capitán, a quien refirieron su historia, los envió a Edesa. San Malco retornó más tarde a su ermita de Kalkis y fue a terminar sus días en Maronia, donde le conoció San Jerónimo. Su compañera de cautiverio no consiguió encontrar a su marido. Entonces, acordándose del amigo con el que había compartido tantas penas y que la había ayudado a escapar, fue a establecerse cerca de él, sin impedirle el servicio de Dios y de sus prójimos. Ambos murieron a edad muy avanzada.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. IX, puede verse el texto de San Jerónimo ampliamente comentado. Un monje de Canterbury, Reginaldo (quien falleció hacia 1110), compuso varios poemas sobre San Malco; cf. *The Oxford Book of Medieval Latin Verse* (1928), pp. 73-75, y p. 221, núm. 50. En *Classical Bulletin*, 1946 (Saint Louis, U.S.A.), pp. 31-60, puede verse el texto y una traducción inglesa. Dichos poemas son de poco valor histórico, ya que fueron compuestos probablemente con miras a la edificación; cf. *Comm. Mart. Rom.*; y P. Van den Ven, en *Le Muséon*, vol. XIX (1900), pp. 413 ss., y XX, 208 ss.

SANTA CELINA DE MEAUX, VIRGEN (Siglo V)

CELINA, una doncella de noble cuna, habitaba en la ciudad de Meaux, donde se detuvo una temporada Santa Genoveva durante uno de sus viajes fuera de París. Admirada por las virtudes de la santa, Celina le manifestó su ardiente deseo de consagrarse al Señor. Genoveva la alentó y la joven tomó el hábito de las vírgenes. Pero el prometido de Celina se opuso desde un principio a ese proyecto y, al conocer la resolución de la doncella, amenazó con recurrir a la violencia para raptarla. Dice la leyenda que Genoveva y Celina, perseguidas de cerca por el galán y sus amigos, tuvieron que refugiarse en una iglesia, donde, por un milagro del cielo, las puertas del bautisterio se cerraron herméticamente por sí solas, y fue imposible abrirlas hasta que los perseguidores se retiraron. De esta manera, Celina pudo conservar su virginidad toda su vida y dedicarse a las buenas obras y la oración.

Se ignora la fecha de la muerte de Celina. Su encuentro con la santa de París debe haber ocurrido en el año 465 o en el 480. Se sabe que al morir gozaba de una gran fama de santidad. Fue sepultada en las proximidades de Meaux y, posteriormente, los benedictinos construyeron sobre su tumba una capilla que subsistió hasta los días de la Revolución. En aquella época, las reliquias de la santa, mezcladas con las de otros bienaventurados, fueron enterradas en el cementerio de la catedral de Meaux, donde se veneran hasta hoy.

El culto a Santa Celina, virgen, se ha limitado a la diócesis de Meaux y, con frecuencia, se ha confundido a esta santa con la Santa Celina, viuda, madre de San Remigio, que se venera el mismo día y a la que tratamos a continuación.

Véase la *Vita Genovafae*, en el *Mon. Germ, hist. Script. rer. merov.*, vol III, pp. 226-227, que se encuentra en la Biblioteca hagiográfica latina, nn. 3334-3335. A Tillemont en *Mémoires*, vol. XVI, pp. 628-629; *Acta Sanctorum*, 21 de octubre, vol. IX, pp. 306-309; a V. Leroquais en *Les Sacramentaires et les missels mss.*, vol. III, p. 49 y *Les Bréviaires mss.*, vol. II, pp. 217-219 y vol. III, pp. 94 y 346.

SANTA CELINA, LA MADRE DE SAN REMIGIO (REMI) (*c.* 458 P.C.)

LO MISMO que Santa Silvia, madre del Papa Gregorio el Grande, y muchas otras madres de santos que también alcanzaron la santidad, Celina (a su homónima, la virgen de Meaux, se la honra igualmente en la fecha de hoy) fue famosa a causa de su hijo, puesto que dio al mundo ese gran santo, Remigio o Remi, obispo de Reims, a quien se festeja el 1º de octubre.

De acuerdo con el pseudo Venancio Fortunato, Celina y su esposo pertenecían a la nobleza. En cierta ocasión, un monje llamado Montano, que por tres veces consecutivas había recibido un aviso celestial en sueños, vaticinó a Celina que daría a luz un hijo que llegaría a ser un hombre de grandísimos

méritos. A su debido tiempo, Remigio vino al mundo.

Hinemar de Reims complementó estos datos tan escasos en el siglo nueve: Celina y Emilio, su marido, habían tenido dos hijos: Principio, quien llegó a ser obispo de Soissons, y su hermano Emilio, quien a su vez tuvo un hijo, San Lupo, sucesor de su tío Principio en la sede de Soissons, a la que gobernó hasta la muerte de Remigio (Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, 1915, pp. 89-90).

Cuando el monje Montano anunció el nacimiento del niño, Celina quedó muy desconcertada, puesto que tanto ella como su marido ya eran entrados en años. Pero Montano, que era ciego, reiteró su profecía y aun agregó estas palabras: "Cuando hayas parido al niño cuyo nacimiento te anuncio, me frotarás los ojos con unas gotas de la leche de tus pechos y así recuperaré la vista".

Fue el propio Remigio, a los pocos días de nacido, quien puso su manecita, mojada con la leche del pecho de su madre, en los ojos de Montano, y éste obtuvo la gracia de volver a ver. Hinemar hace la advertencia de que, al nacer, Remigio quedó limpio de toda culpa por obra del Espíritu Santo. Había sido concebido "en la iniquidad, como todo hombre", pero contrariamente a lo que sucede en la condición humana, "su madre no lo parió en los delitos de la prevaricación, sino en la gracia de la remisión". Por esa razón, Remigio se asemejaba a San Juan Bautista (Luc. I, 15) y a Isaac (Gen. XVII, 16). Nació en el país de Laon y se le impuso el nombre de Remigio porque estaba destinado a regir, a dirigir la nave de su Iglesia a merced de las olas tempestuosas y también sería el "Remedio" (otro significado de su nombre) contra la justa cólera de Dios o bien contra la ferocidad de los paganos.

Luego de cursar breves estudios en los que destacó sobremanera, Remigio tuvo deseos de imitar el ejemplo del monje Montano, se retiró al convento y así se separó para siempre de Celina. De acuerdo con uno de los párrafos del testamento de San Remigio, su madre había sido sepultada en Labrinacum (Lavergny), cerca de Laon, en el Aisne. La traslación de sus restos a Laon, según Molanus y Vermeulen, los editores del Martirologio de Usuardo (ed. Du Sollier, Anvers, 1714, p. 194) tuvo lugar un 5 de abril. Actualmente, en la diócesis de Reims se conmemora a Santa Celina el 22 de octubre.

La única biografía de Santa Celina, atribuida a un monje de San Amando llamado Hucbaldo (930), se ha perdido. Véase el *Mont. Germ. hist. Auct. antiq.* (el pseudo Fortunato), vol. IV-2, p. 64; el *Script. merov.*, vol. III, pp. 259-263 y 344, donde se encuentran los escritos de Hinemar y el testamento de San Remigio. En cuanto al nombre de la santa, las notas del pseudo Fortunato dan el de Chilinia, Cilina y Cylinia, pero se ha adoptado el de Celina, que es el que le da el *Thesaurus linguae latinae Onomasticon*, vol. II y el *Acta Sanctorum*. Véase a Ch. d'Héricault en *Les Mères des Saints*, 1895; a H. Bels en *Figures des pères et mères chrétiens* (1908). El *Acta Sanctorum*, vol. IX, pp. 318-322; el *Repertorium hymnologicum* de U. Chevalier, vol. VI, 1920, p. 19, que contiene himnos en honor de la santa, compuestos en Laon hacia 1495. *Les Sacramentaires et missels mss.* de V. Leroquais, vol. III, 1924, p. 351; *Les Breviaries mss.*, vol. II, p. 143 y vol. V, p. 61; *Les Psautiers mss. lat.*, vol. II, 1940, p. 369; *Les livres d'heures mss. de la Bibl. nat.*, vol. II, p. 390. La *Analecta Bollandiana*, vol. LVIII, p. 216; *Caract. des saints dans l'art populaire*, de C. Cahier, p. 811; *L'énergie française* de G. Hanotaux, pp. 115-152; la *Hist. de France* de Lavisse, vol. I-1, pp. 100-107.

SAN FINTANO DE TAGHMON, ABAD (*c.* 635 P.C.)

LOS PRIMEROS monjes irlandeses se distinguieron por su extremada austeridad.

Según se cuenta, San Fintano fue uno de los más austeros, y a sus mortificaciones voluntarias se añadieron las enfermedades. Durante dieciocho años estuvo en el monasterio de Cluain Inis, bajo la dirección de San Senell y después, partió al monasterio de Iona. Los relatos irlandeses afirman que, cuando San Fintano llegó a Iona, San Colomba ya había muerto y que San Baitén, su sucesor, dijo a San Fintano que retornase a su patria, pues San Colomba había predicho que fundaría un monasterio en Irlanda y sería padre de muchos monjes. Según la tradición escocesa, San Fintano pasó algún tiempo en Iona y volvió a su patria el año 597, cuando murió San Colomba. El hecho es que, a principios del siglo VII, San Fintano fundó el monasterio de Taghmon (Tech Munnu), en Wexford. Siendo abad, defendió celosamente los usos célticos acerca de la fecha de la Pascua, así como otras costumbres locales. En el sínodo de Magh Lene (630) y en otros, se opuso violentamente a San Laseriano y a todos los que, inspirados por el deseo del Papa Honorio I, querían que Irlanda se unificase con el resto de la cristiandad en la celebración de la Pascua.

El monasterio de Taghmon se hizo pronto muy famoso. En las biografías de San Canicio, San Mochua y San Molua, se habla de su fundador. Estos dos últimos santos afirman que San Fintano tuvo la lepra en una época. Por otra parte, parece haber existido cierta rivalidad entre él y San Molua. En efecto, San Fintano "se irritó" cuando el ángel que acostumbraba visitarle dos veces por semana le dijo que había faltado un día porque tuvo que recibir en el cielo el alma de San Molua. Deseando emular la santidad del abad de Clonfert, San Fintano pidió a Dios que le enviase muchas enfermedades para soportarlas con paciencia y merecer una acogida semejante en el Reino de los Cielos.

Existen tres biografías latinas de San Fintano (cf. Plummer, *Miscellanea Hagiographica Hibernica*, p. 255). La más larga puede verse en *Acta Sanctorum*, oct. vol. IX. Plummer editó la tercera; véase VSH., vol. II, pp. 226-239 y la introducción, pp. 84 ss.; J. F. Kenney *Sources For the early History of Irland*, vol. I, p. 450.

SAN JUAN DE BRIDLINGTON (1379 P.C.)

AUNQUE se ha dicho que Santo Tomás de Hereford fue el último santo inglés de la Edad Media (Osmundo, canonizado en 1457, era normando), se conserva todavía la bula de 1401 por la que Bonifacio IX canonizó a Juan de Bridlington. Los canónigos regulares de Letrán (10 de octubre) y la diócesis de Middlesbrough, celebran su fiesta en la actualidad. Suele llamársele también Juan de Thwing, porque nació en dicha población de la costa de Yorkshire, cerca de Bridlington. Lo poco que sabemos sobre la vida del santo no es de interés excepcional. Cuando tenía unos diecisiete años, fue a estudiar en Oxford, donde pasó dos años. Después tomó el hábito religioso en el monasterio de los canónigos regulares de San Agustín de Bridlington. Poco a poco progresó en el dominio de sí mismo y en la experiencia de las cosas espirituales. Ocupó sucesivamente los cargos de director del coro, de bodeguero y de prior de su monasterio. La primera vez que fue elegido prior, consiguió a fuerza de protestas que le dispensasen del cargo, pero la segunda vez que el oficio quedó vacante, sus hermanos le obligaron a aceptarlo. La vida de oración de San Juan mostraba hasta qué punto se dejaba guiar por el espíritu de Dios. La prudencia, la paz y la mansedumbre, fueron los principales frutos de su virtud. Cuando llevaba

ya diecisiete años de prior y se había ganado la estima de todos, Dios le llamó a Sí, el 10 de octubre de 1379.

El autor de su biografía menciona muchos de los milagros obrados por San Juan. Tomás de Walsingham afirma que, por orden del Papa Bonifacio IX, Ricardo Scrope, el venerable arzobispo de York, asistido por los obispos de Lincoln y Carlisle, trasladó sus reliquias a un hermoso santuario. La traslación tuvo lugar el 11 de marzo de 1404. El santuario se convirtió en sitio de peregrinación. Uno de los que lo visitaron fue el rey Enrique V, quien atribuyó la victoria de Agincourt a la intercesión de San Juan de Bridlington y de San Juan de Beverley. La iglesia del monasterio gobernado por San Juan de Bridlington es actualmente la parroquia anglicana de la misma población.

Véase *Acta Sanctorum*, oct. vol. v. En *Nova Legenda Angliae*, de Capgrave, se encontrará un resumen biográfico. El artículo más importante es el del P. Paul Grosjean en *Analecta Bollandiana*, vol. III, (1935), pp. 101-129. J. S. Purvis (1924), publicó el texto de la bula de canonización, que tomó de la *Regesta* de Letrán.

BEATO JAIME STREPAR, ARZOBISPO DE GALICH (c. 1409 P.C.)

LOS FRANCISCANOS llegaron a Polonia poco después de la fundación de su orden. Una vez establecidos, comenzaron a trabajar por la reconciliación de los ortodoxos y la conversión de los paganos de Lituania. Tales fueron los comienzos de la Iglesia latina en Ucrania, cuya primera diócesis fue establecida en el siglo XIV. El Beato Jaime Strepar pertenecía a una noble familia polaca, radicada en la Galicia Ucrania. Ingresó en la orden de San Francisco y llegó a ser guardián del convento de Lvov. Ahí tuvo ocasión de trabajar activamente y con mucho éxito para arreglar los complicados asuntos eclesiásticos que surgieron al quedar la ciudad en entredicho. Además, defendió valientemente a los frailes mendicantes de los ataques del clero secular, sin dejar por ello de predicar la reconciliación a los ortodoxos. Entre ellos trabajó más de diez años, ayudado por la Compañía de los Misioneros Ambulantes de Cristo, que estaba formada por frailes franciscanos y dominicos. Finalmente, fue nombrado superior de la "misión" franciscana en Rusia occidental.

Habiendo tenido gran éxito como predicador y organizador, fue elegido obispo de Galich en 1392. Después de evangelizar la mayor parte de su diócesis, se dedicó a consolidar su obra: construyó iglesias en las regiones más remotas y consiguió que de Polonia le enviasen sacerdotes para atenderlas, fundó casas religiosas y estableció hospitales y escuelas. Aunque era arzobispo y senador del reino, solía visitar a pie su diócesis. Muchos prelados de la época se vestían ostentosamente de acuerdo con la moda; en cambio, el Beato Jaime conservó siempre el modesto hábito de su orden. Dios le llamó a Sí en Lvov, el 1º de junio de 1409 o de 1411. Las gentes le habían dado en vida el sobrenombre de "el protector del pueblo"; los milagros que obró después de su muerte, demostraron que no había olvidado a sus compatriotas. El culto del Beato Jaime fue confirmado en 1791.

Existen varias biografías polacas; en cambio, en las lenguas más conocidas sólo hay resúmenes biográficos. Véase a Scrobiszewski, *Vitae episcoporum halicensium* (1628); Stadler, *Heiligen Lexikon*, vol. III, pp. 111 ss; Léon, *Auréole séraphique* (trad. ingl.) vol. II, pp. 312-315.

BEATO PEDRO DE TIFERNO (1445 P.C.)

POSEEMOS muy pocos datos acerca de la vida del Beato Pedro, debido a que los archivos del convento de Cortona, donde vivió la mayor parte de su vida, quedaron destruidos durante un incendio. Nació en Tiferno (Cita di Castello), en 1390 en el seno de la familia Capucci. A los quince años tomó el hábito de Santo Domingo. En el convento de Cortona, donde hizo el noviciado bajo la dirección del Beato Lorenzo de Ripafratta, conoció a San Antonino y a Fra Angélico. El Beato Lorenzo le recomendó que se dedicase más bien a la contemplación que a la acción, pero las lecciones del Breviario hacen notar que Pedro estaba siempre pronto a ejercitar los ministerios sacerdotales con cuantos se lo pidiesen, tanto dentro como fuera del monasterio. Se refieren varios milagros obrados por este beato. Una vez, encontró en la calle a un hombre de mala vida y le detuvo para decirle: "¿Qué maldad estás tramando? ¿Cuánto tiempo vas a seguir añadiendo pecado sobre pecado? No te quedan más que veinticuatro horas de vida, al fin de las cuales, tendrás que dar cuenta a Dios de tus actos". El hombre se intranquilizó, pero no hizo caso. Aquella misma noche sufrió un grave accidente y, en seguida mandó llamar al Beato Pedro, con quien se confesó humildemente antes de morir. El beato solía predicar con una calavera en la mano. Su culto fue confirmado por Pío VII.

Ciertamente el Beato Pedro nunca fue muy famoso. No se le menciona en la larga lista de nombres que figuran en la obra de G. Michele Pio, *Delle vite degli huomini illustri di S. Domenico* (Bolonia, 1607). Tenemos, pues, que referirnos simplemente a las lecciones del breviario dominicano a *Année Dominicaine*, y a resúmenes como el de Procter, *Lives of the Dominican Saints*, pp. 294-297. Véase también Taurisano, *Catalogus hagiographicus O.P.*

BEATO MATEO DE GIRGENTI, OBISPO (1450 P.C.)

EL BEATO MATEO nació en Girgenti, Sicilia. Renunciando a su fortuna y a una brillante carrera en el mundo, tomó el hábito de los conventuales de San Francisco a los dieciocho años. Poco después, al oír hablar de San Bernardino de Siena, cambió el hábito de los conventuales por el de los observantes y llegó a ser uno de los más íntimos amigos de San Bernardino. Con él recorrió toda Italia, ayudándole en la predicación. El desorden de la época había producido una gran relajación de costumbres: la simonía se practicaba abundantemente entre el clero, y los laicos habían caído en la indiferencia religiosa. Mateo, pensando en la miseria espiritual de su país, retornó a Sicilia, donde predicó incansablemente y logró arrancar de la apatía al clero y al pueblo, sobre todo mediante la devoción del Santo Nombre de Jesús.

Los habitantes de Girgenti eligieron obispo a Mateo, quien no quería aceptar, hasta que el Papa Eugenio IV le obligó a ello. El primer cuidado del beato fue restablecer la disciplina y desarraigar la simonía. Naturalmente, ello suscitó una violenta oposición en su contra. Sus enemigos le calumniaron y el santo obispo tuvo que ir a Roma para defenderse. El Papa reconoció su inocencia y le restituyó a su sede. De nuevo volvió el beato a combatir los escándalos y otra vez le acusaron sus enemigos de perturbar la paz. Entonces Mateo, juzgándose incapaz de gobernar una diócesis, pidió al Sumo Pontífice permiso de renunciar

a su cargo, el Papa acabó por acceder a sus súplicas. El beato volvió entonces al convento que había fundado; pero el superior, que abrigaba ciertos prejuicios contra él, se negó a admitirle, diciendo que quien por ambición había aceptado el gobierno de una diócesis, sin ser capaz de cumplir con las obligaciones de su cargo, no haría más que destruir la paz y armonía de la comunidad. Entonces, Mateo se refugió entre sus antiguos amigos, los conventuales; pero al poco tiempo, el provincial de los observantes le rogó que volviese con sus hermanos y así lo hizo. Dios le concedió todavía algunos años de vida. Durante su última enfermedad, como los observantes no pudiesen procurarle atención médica, pues eran muy pobres y vivían muy aislados, le enviaron al convento de los conventuales, donde murió. El culto del Beato Mateo fue confirmado en 1767.

Véase J. E. Stadler, *Heiligen-Lexikon*; y Léon, *Auréole Séraphique* vol. I.

22: SAN ABERCIO, Obispo de Hierópolis (*c.* 200 p.c.)

En el siglo II, vivía en la Frigia Salutaris cierto Abercio Marcelo, que era obispo de Hierópolis. A los setenta y dos años de edad, hizo una peregrinación a Roma y al regreso, pasó por Siria, por Mesopotamia y visitó Nísibis. En todas partes encontró cristianos fervorosos, que habían sido purificados por el bautismo y se nutrían del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Cuando volvió a Frigia, se construyó un sepulcro en el que mandó colocar una inscripción en la que se relataba con términos simbólicos e ininteligibles para los no cristianos, el viaje que había hecho a Roma para "contemplar la majestad" del Pastor universal y omnividente.

Un hagiógrafo griego, interpretando esa inscripción a su modo, escribió una biografía de San Abercio. Según esa ingeniosa narración, el santo obispo convirtió con su predicación y milagros a tantas personas, que se le dio el título de "igual de los Apóstoles". Su fama llegó a oídos del emperador Marco Aurelio, quien le mandó llamar a Roma, pues su hija Lucila estaba endemoniada. (En esa forma, la simbólica reina vestida de oro, mencionada en la inscripción se convierte en la hija del emperador). San Abercio exorcizó con éxito a la joven y ordenó al demonio que trasportase desde el hipódromo romano hasta su ciudad episcopal la piedra de un altar, para emplearla en la construcción de su sepulcro. El autor de la biografía tomó algunos episodios de la vida de otros santos y presentó en el apéndice de su obra el original de la inscripción de Abercio.

Los historiadores solían considerar el contenido de la inscripción con la misma desconfianza que la biografía de la que formaba parte, hasta que en 1822, el arqueólogo inglés W. M. Ramsey descubrió en Kelendres, cerca de Sínada, una inscripción fechada el año 216. Era el epitafio de un tal Alejandro, hijo de Antonio; pero los primeros y los últimos versos eran prácticamente una transcripción de los de la inscripción de Abercio. El año siguiente, Ramsey descubrió en los muros de las termas de Hierópolis otros fragmentos que completaban casi en su totalidad la parte del epitafio de Abercio que faltaba en la primera piedra. Gracias a esas dos inscripciones y al texto de la biografía de

San Abercio, se consiguió completar una inscripción de gran valor. Sin embargo, no todos los historiadores admitían que Abercio fuese cristiano; interpretando los símbolos de la inscripción en forma muy subjetiva, algunos llegaban a decir que había sido un sacerdote de Cibeles o de otro culto sincretista. Finalmente, al cabo de innumerables investigaciones, se llegó a la conclusión de que el Abercio de la iscripción había sido realmente un obispo cristiano. El nombre de Abercio figura en la liturgia griega desde el siglo X; también se halla en el Martirologio Romano actual, donde se dice que fue obispo de Hierápolis (sede de San Papías) en vez de Hierópolis. Este último error procede de la biografía griega arriba mencionada.

Existe una literatura muy abundante acerca de las inscripciones descubiertas por Ramsey en Hierópolis, que dicho arqueólogo regaló al Museo de Letrán. Pero las discusiones han añadido muy poco a la interpretación del obispo anglicano Linghfoot, quien analizó la inscripción con seguro instinto de arqueólogo en *Ignatius and Polycarp*, vol. I (1885). G. Ficker y A. Dieterich sostienen que Abercio no era cristiano, pero no han logrado aportar la menor prueba en favor de su tesis. F. J. Dölger, "*Ichthys*" (sobre todo vol. II, 1922, pp. 454-507), responde muy hábilmente a todas las objeciones. En el artículo de Leclercq, DAC (vol. I, cc. 66-87), hay buenas ilustraciones y una bibliografía muy completa; en el artículo del mismo autor en *Catholic Encyclopedia*, vol. I, pp. 40-41, se hallará el texto griego y una traducción inglesa. Por lo que se refiere a la vida de Abercio, T. Nissen hizo una edición crítica de las dos biografías griegas más antiguas, en *S. Abercii Vita* (1912); aunque los textos carecen de valor histórico, contienen ciertos datos geográficos de importancia, así como algunas citas muy curiosas de Bardesanes. El P. Thurston publicó dos artículos sobre San Abercio en *The Month* (mayo y julio de 1890); pero en 1935, declaró que habría que modificar considerablemente el segundo de esos artículos.

SANTOS FELIPE, OBISPO DE HERACLEA Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (304 P.C.)

FELIPE, obispo de Heraclea, capital de Tracia, fue martirizado durante la persecución de Diocleciano. Como desempeñó con gran fidelidad sus obligaciones de diácono y de sacerdote, fue elegido obispo de Heraclea. Gobernó su diócesis con gran virtud y prudencia durante la persecución. A fin de extender y perpetuar la obra de Dios, formó a muchos discípulos en las ciencias sagradas y en la piedad sólida. Dos de ellos, el sacerdote Severo y el diácono Hermes, tuvieron la dicha de acompañar a San Felipe en el martirio. Hermes, antiguo magistrado de la ciudad, empezó a practicar el trabajo manual desde el momento en que recibió el diaconado y convenció a su hijo para que hiciese lo propio. Cuando Diocleciano publicó sus primeros edictos persecutorios, muchas personas aconsejaron a San Felipe que huyese de la ciudad; pero el santo se negó a hacerlo y continuó con sus exhortaciones a su grey para mantener la constancia y la paciencia. El gobernador envió a un tal Aristómaco a clausurar las puertas de la iglesia. Felipe le dijo: "¿Crees acaso que Dios vive entre cuatro paredes más bien que en el corazón de los hombres?" En seguida, el obispo reunió a los cristianos fuera de la iglesia. Al día siguiente, los esbirros del emperador sellaron los vasos y los libros sagrados. Los fieles entristecidos, se reunieron frente a la iglesia cerrada; Felipe se puso de espaldas contra la puerta y, para alentarlos, comenzó a hablar con palabras de fuego y se negó a retirarse.

El gobernador Bassus, se enteró de que Felipe y sus cristianos celebraban

el día del Señor delante de la iglesia y los mandó traer a su presencia. "¿Quién de vosotros es el maestro?", preguntó. Felipe respondió: "Yo". Bassus le dijo: "Bien sabes que el emperador ha prohibido que os reunáis. Entrégame los vasos de oro y plata y los libros que acostumbráis leer". El obispo replicó: "Estamos dispuestos a entregarte los vasos, porque Dios no se complace en los metales preciosos sino en la caridad. En cuanto a los libros sagrados, ni tú puedes exigírmelos, ni yo puedo entregarlos." El gobernador mandó llamar a los verdugos y ordenó a uno de ellos que atormentase a Felipe. Este soportó el tormento con invencible valor. Hermes dijo al gobernador que, aunque destruyese todos los libros de la verdadera doctrina, no conseguiría destruir la palabra de Dios. Bassus le mandó azotar. En seguida, Publio, ayudante del gobernador, acompañó a Hermes al sitio en que estaban depositados los vasos sagrados. Publio intentó apoderarse de algunos y, cuando Hermes trató de impedirlo, le dio tan tremenda bofetada, que le dejó el rostro bañado en sangre. El gobernador reprobó la conducta de Publio y ordenó que curasen la herida de Hermes. En seguida, envió a los prisioneros a la plaza central y mandó a los guardias que destruyesen el techo de la iglesia. Los soldados aprovecharon la ocasión para quemar los libros sagrados, y las llamas se elevaron tan alto, que los presentes quedaron maravillados. Cuando Felipe, quien se hallaba en la plaza central, se enteró de lo sucedido, habló largamente sobre la venganza de Dios que amenaza a los malvados y recordó al pueblo que los templos de los ídolos se habían incendiado muchas veces.

Entonces, se presentó en la plaza un sacerdote pagano con sus ministros, llevando consigo todo lo necesario para el sacrificio. También llegó Bassus, seguido por la multitud. Algunos de los presentes se compadecían de los cristianos, otros, especialmente los judíos, clamaban contra ellos. Bassus exhortó a San Felipe a ofrecer sacrificios a los dioses, a los emperadores y a la fortuna de la ciudad; después, le señaló una estatua de Hércules y le dijo que se contentaría con que la tocase. El obispo replicó que las imágenes eran muy útiles a los escultores, pero que no podían hacer bien alguno a quienes las adoraban. Entonces Bassus, volviéndose hacia Hermes, le preguntó si él estaba dispuesto a ofrecer sacrificios. Hermes respondió: "No. Yo también soy cristiano." Bassus le preguntó: "Si Felipe ofrece sacrificios, ¿seguirás tú su ejemplo?" Hermes replicó que no y que tampoco conseguirían que Felipe sacrificase a los dioses. Después de emplear toda clase de amenazas y promesas para que ofreciesen el sacrificio, el gobernador mandó que los mártires fuesen conducidos a la prisión. En el camino unos malvados derribaron por tierra a Felipe, quien se levantó sonriente, con gran admiración de la turba. Los mártires entraron en la prisión cantando gozosamente un salmo de agradecimiento a Dios. Pocos días después el gobernador permitió que se trasladasen a la casa de un tal Pancras, a donde muchos cristianos y neófitos acudieron a oír las instrucciones de los mártires. Más tarde, los prisioneros fueron conducidos a una prisión contigua al teatro que tenía un pasadizo secreto hacia éste, por donde los cristianos pudieron ir a visitarlos durante la noche, en gran número.

En el ínterin, el gobernador Bassus fue sustituido por Justino. El cambio alarmó mucho a los cristianos, ya que Bassus era un hombre razonable y su esposa había sido cristiana durante algún tiempo; en cambio, Justino era un hombre muy cruel. Zoilo, el magistrado de la ciudad, condujo a Felipe a presencia de Justino, quien le repitió la orden del emperador y le exhortó a ofre-

cer sacrificios. Felipe respondió: "Soy cristiano y no puedo obedecer tus órdenes. Si quieres, puedes castigarnos, pero no conseguirás que obedezcamos." Justino le amenzó con la tortura, y el obispo respondió: "Dame tormento, pero no lograrás vencerme; no hay poder alguno capaz de obligarme a ofrecer sacrificios." Justino le dijo que los guardias iban a llevarle a rastras hasta la prisión. Felipe replicó: "¡Dios lo quiera!" Entonces Justino ordenó que le atasen los pies y le arrastrasen a la prisión. Los guardias le arrastraron sobre las piedras con tal violencia, que Felipe llegó a la prisión cubierto de sangre. Los cristianos le recibieron y le llevaron en brazos a la mazmorra.

Los perseguidores habían buscado durante largo tiempo al sacerdote Severo, quien se había escondido. Finalmente, movido por el Espíritu Santo, Severo se entregó y fue enviado a la prisión. Los tres mártires pasaron siete meses en un horrible calabozo. Después, fueron trasladados a Adrianópolis, a una casa particular, para esperar la llegada del gobernador. Al día siguiente, Justino mandó conducir a Felipe a las termas y dio orden de que le azotasen hasta que la carne se cayese a pedazos. El valor del mártir impresionó no sólo a la turba, sino al propio Justino, quien le envió nuevamente a la prisión. En seguida mandó llamar a Hermes para azotarle. Los miembros de la corte le querían bien, pues había sido un magistrado muy popular en Heraclea. Pero Hermes permaneció firme en la fe y fue nuevamente enviado a la prisión. Los mártires dieron gracias a Dios por esa primera victoria. Tres días después, Justino los convocó de nuevo. Habiendo exhortado en vano a Felipe, se volvió hacia Hermes y le dijo: "Tu compañero es insensible a los horrores de la muerte. Espero que tú comprendas el valor de la vida y ofrezcas sacrificios a los dioses." Hermes respondió con una invectiva contra la idolatría. Justino gritó enfurecido: "Hablas como si quisieses convertirme al cristianismo." En seguida consultó a sus consejeros y pronunció la sentencia: "Ordenamos que Felipe y Hermes, que por su desobediencia a los edictos imperiales se han hecho indignos del nombre y los derechos de los ciudadanos romanos, sean quemados públicamente para que el pueblo aprenda a obedecer."

Los mártires fueron con gran gozo al sitio de la ejecución. Como Felipe tenía los pies destrozados, fue llevado en brazos. Hermes, que caminaba también con gran dificultad, dijo a Felipe: "Maestro, apresurémonos a ir al encuentro del Señor. ¿Qué importan nuestros pies, puesto que ya no nos serviremos de ellos?" Después, se volvió hacia la multitud y dijo: "El Señor me ha revelado el martirio que me espera. Soñé que una paloma blanca como la nieve venía a posarse sobre mi cabeza, descendía sobre mi pecho y me daba a comer un manjar exquisito. Entonces comprendí que el Señor se había complacido en llamarme al honor del martirio." Una vez llegados al sitio de la ejecución, los verdugos, según la costumbre, enterraron a Felipe en la arena hasta la altura de las rodillas y le ataron las manos a la espalda. Lo mismo hicieron con Hermes, el cual, como no pudiese sostenerse sin la ayuda de un bastón, pues tenía los pies muy débiles, exclamó riendo: "Se ve que el diablo no es capaz de sostenerme ni siquiera en estas circunstancias." Antes de que los verdugos prendiesen fuego a la pira, Hermes se dirigió a un cristiano llamado Velogio y le dijo: "Os ruego por nuestro Salvador Jesucristo que digáis a mi hijo que pague cuanto se haya gastado en mí para que tenga yo la conciencia tranquila, pues aun las leyes de este mundo mandan que se paguen las deudas. Decidle también que, aunque es joven, debe ganarse la vida con el trabajo de sus manos,

como yo. Y que sea bueno con todos." En seguida, los guardias le ataron las manos y encendieron la hoguera. Los mártires alabaron a Dios y le dieron gracias mientras pudieron hablar. Sus cuerpos no se desintegraron. El cuerpo de Felipe, que era ya un hombre anciano, parecía haber rejuvenecido y tenía las manos extendidas como si se hallase en oración. El cadáver de Hermes conservaba su color natural, sólo las orejas estaban un poco amoratadas. Justino ordenó que los cuerpos de los mártires fuesen arrojados al río, de donde algunos cristianos de Adrianópolis consiguieron rescatarlos con redes. El sacerdote Severo, que estaba aún en la prisión, se alegró al enterarse del triunfo y la gloria de sus compañeros y pidió ardientemente a Dios que le concediese compartirlos, como había compartido su defensa de la fe. Dios escuchó sus oraciones, y Severo fue martirizado al día siguiente. El edicto que mandaba quemar los escritos sagrados y destruir las iglesias, indica que el martirio tuvo lugar después de la publicación de los edictos persecutorios de Diocleciano. El Martirologio Romano sitúa erróneamente el martirio en la época de Juliano el Apóstata y añade el nombre de San Eusebio, quien no pertenece a este grupo.

El martirio de Felipe, Severo y Hermes es uno de los episodios mejor probados de la persecución de Diocleciano. El *Breviarium* sirio del siglo IV conmemora el martirio el 22 de octubre. Podemos además citar como una confirmación indirecta la alusión que se hace al triunfo de estos mártires en la *pasión* de San Gurio y sus compañeros. (Cf. Gebhardt y Dobschütz, *Texte und Untersuchungen*, vol. XXXVII, p. 6). El texto de las *actas* latinas de Felipe de Heraclea puede verse en Ruinart y en *Acta Sanctorum*, oct., vol. IX. H. Leclercq tradujo ese documento al francés, en *Les Martyrs*, vol. II, pp. 238-257. Cf. P. Franchi de Cavalieri, en *Studi e Testi*, núm. 27, *Note Agiografiche*, fasc. 5 y 175, 9.

SANTAS NUNILA Y ALODIA, VÍRGENES Y MÁRTIRES (851 P.C.)

LA GRAN era de los mártires en España empezó el año 850, con el reinado de Abderramán II. Estas dos vírgenes se contaron entre las innumerables mártires que sellaron con su sangre su fidelidad a Dios durante la persecución morisca. Nunila y Alodia, que eran hermanas, vivían en Huesca. Su padre era mahometano y su madre cristiana. Las dos jóvenes habían sido educadas en el cristianismo por su madre, la cual después de la muerte de su esposo, tuvo el poco tino de casarse con otro mahometano. Este, que era un personaje de importancia, trató con brutalidad a sus hijastras. Nunila y Alodia tuvieron muchos pretendientes, pero, como habían decidido consagrar su virginidad a Dios, rechazaron a todos y obtuvieron finalmente el permiso para ir a vivir con una tía suya que era cristiana. Cuando Abderramán promulgó sus leyes persecutorias, las dos doncellas fueron arrestadas al punto, ya que tanto su familia como la vida piadosa que llevaban eran muy conocidas. Nunila y Alodia comparecieron gozosamente ante el juez, sin el menor temor. El perseguidor empleó primero los halagos y las promesas, pero después pasó a las amenazas. Como ninguno de los dos métodos tuviese éxito, confió a las dos jóvenes a ciertas mujeres de mala vida, con la esperanza de que el mal ejemplo hiciese su obra. Pero Cristo iluminó y protegió a sus siervas, y las prostitutas se vieron obligadas a declarar al juez que no había manera de doblegar a las dos jóvenes. Este las condenó entonces a perecer decapitadas. El Martirologio Romano conmemora en la fecha de hoy el triunfo de las mártires.

Prácticamente todo lo que sabemos sobre Nunila y Alodia procede del *Memoriale Sanctorum* de San Eulogio. Véanse las citas y el comentario de *Acta Sanctorum*, oct. vol. IX.

SAN DONATO, Obispo de Fiésole (*c.* 876 p.c.)

Según la tradición de Fiésole, San Donato, que era irlandés, hizo una peregrinación a Roma, a principios del siglo IX. A la vuelta, pasó por Fiésole, precisamente cuando el clero y el pueblo se hallaban reunidos para elegir a un nuevo obispo, después de haber rogado fervorosamente al Espíritu Santo que les concediese un pastor capaz de dirigirlos en las difíciles circunstancias por las que atravesaban. Nadie se habría fijado en Donato cuando éste entró en la catedral, pues era un hombre insignificante y de baja estatura, pero en ese preciso instante las campanas se echaron a vuelo y los cirios del altar se encendieron solos. El pueblo interpretó aquello como una señal del cielo en favor de Donato e inmediatamente le eligió por aclamación.

El biógrafo de San Donato cita varios versos, un epitafio compuestos por el santo, afirma que fue un gran maestro de gramática y prosodia y que los reyes Lotario I y Luis II le distinguieron con su confianza. Uno de los poemas de la biografía describe la belleza de Irlanda. La fiesta de San Donato de Fiésole se celebra actualmente en toda Irlanda.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. IX, hay varias biografías. Véase DNB., vol. XV, p. 216; M. Esposito, en *Journal of Theological Studies*, vol. XXXIII (1923), p. 129; L. Gougaud, *Les saints irlandais hors d'Irlande* (1936), p. 76; A. M. Tommasini, *Irish Saints in Italy* (1937), pp. 383-394; y J. Kenney, *Sources for the Early History of Ireland*, vol. I, pp. 601-602.

23: SAN TEODORETO o TEODORO, Mártir (362 p.c.)

JULIANO el Apóstata nombró prefecto de Antioquía, la capital imperial, a su tío Julián, quien había apostatado como él. Tan pronto como Julián se enteró de que en una iglesia de la ciudad había una buena cantidad de oro y plata, mandó recogerla. Los clérigos huyeron, pero Teodoreto, que era un sacerdote muy celoso, se negó a abandonar a sus feligreses y siguió reuniéndoles para la celebración de los divinos misterios. El prefecto de la ciudad le ordenó que entregase los vasos sagrados y como éste se negase, Julián le acusó de haber derribado las estatuas de los dioses y de haber construido iglesias cristianas en la época de su predecesor. Teodoreto confesó que había construido varias iglesias sobre las tumbas de los mártires y echó en cara al prefecto su apostasía. Julián le mandó torturar, pero un ángel impidió a los verdugos que siguiesen haciéndole daño. Entonces, Julián, ciego de cólera, ordenó a los verdugos que le ahogasen. Teodoreto les dijo tranquilamente: "Id por delante; yo os seguiré para humillar al Enemigo." El prefecto le preguntó quién era "el Enemigo". El mártir replicó: "Es el demonio, por cuya causa tú combates. Jesucristo, el Salvador del mundo, es quien nos da la victoria." En seguida, el santo explicó al perseguidor, con cierto detalle, los misterios de la Encarnación y de la Redención. Julián le amenazó con darle muerte ahí mismo y Teodoreto le profetizó que moriría pronto en forma espantosa. Julián le condenó

a perecer decapitado y la sentencia fue ejecutada. En seguida, Julián se apoderó de los vasos sagrados, los arrojó por tierra y los profanó vilmente.

Cuando Julián informó a su sobrino acerca de los sucesos, el emperador le respondió que no tenía derecho a condenar a muerte a los cristianos por razón de su religión y le manifestó que el asesinato de Teodoreto iba a dar a los discípulos del Galileo ocasión de quejarse del emperador y de honrar a un nuevo mártir. Julián, que no esperaba tal respuesta de su sobrino, quedó muy deprimido. Aquella misma noche, cayó gravemente enfermo y murió tristemente al cabo de más de cuarenta días de agonía.

Aunque Ruinart incluye el relato de este martirio entre sus *Acta Sincera*, es difícil aceptar todos los detalles milagrosos que se cuentan en ellas. En *Acta Sanctorum*, oct., vol. x, se encontrará el texto de las *actas* y un comentario. P. Franchi de Cavalieri descubrió una versión más antigua de las *actas* (*Note Agiografiche*, vol. v, pp. 59-101). El *Hieronymianum* y el Martirologio Romano llaman Teodoro a nuestro mártir; a lo que parece, le identifican con un joven llamado Teodoro, torturado en Antioquía en tiempos de Juliano el Apóstata, quien reprendió por ello al prefecto Salustio (Rufinus, *Hist. Eccl.*, lib. x). Existen muchas pruebas de que este Teodoro fue muy venerado en Antioquía, porque se salvó milagrosamente de la muerte.

SAN SEVERINO, Obispo de Burdeos (c. 420 p.c.)

El Martirologio Romano afirma que San Severino murió en Burdeos, aunque era "obispo de Colonia". Se trata de una confusión de Severino de Burdeos con Severino de Colonia. El santo obispo de Colonia se distinguió por su celo contra el arrianismo y murió a principios del siglo V. Según la leyenda, Severino, que era sacerdote, se hallaba un día paseando por el campo, cuando oyó una voz que le decía: "Severino, vas a ser obispo de Colonia." El santo preguntó: "¿Cuándo?" "Cuando florezca tu báculo", fue la respuesta. Severino plantó su báculo y éste echó raíces y floreció. Entonces, el santo fue elegido obispo de Colonia. San Gregorio de Tours afirma que San Severino tuvo en Tongres una revelación acerca de la muerte y el triunfo de San Martín en la gloria. Hallándose en plena lucha contra la herejía, Severino oyó otra voz que le ordenaba que se trasladase a Burdeos, y obedeció al punto. El obispo de Burdeos, San Amando, recibió del cielo la orden de cederle la sede y así lo hizo.

Las investigaciones modernas han puesto en claro que la biografía de San Severino escrita por Venancio Fortunato es la única fidedigna y que en ella se basan todas las otras biografías. Dicha obra fue descubierta y publicada por primera vez por H. Quentin, *La plus ancienne Vie de S. Seurin* (1902). W. Levison la reeditó en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. vii, pp. 205-225. Según parece, San Severino había sido obispo de Tréveris antes de trasladarse a Burdeos; pero no hay razón alguna para relacionarle con Colonia. Por una confusión muy curiosa (cf. *Analecta Bollandiana*, vol. xxxviii, 1920, pp. 427-428), la leyenda de San Fuerte, obispo imaginario de Burdeos, se deriva, según parece, de la biografía de San Severino.

SAN SEVERINO BOECIO, "Mártir" (524 p.c.)

Anicio Manlio Severino Boecio nació hacia el año 480. Pertenecía a una de las más ilustres familias romanas, la "gens Anicia", de la que también descendía probablemente el Papa San Gregorio Magno. Severino, que perdió muy

joven a sus padres, quedó al cuidado de Aurelio Símaco, de quien llegó a ser íntimo amigo y con cuya hija, Rusticiana, contrajo matrimonio. A esto se reduce cuanto sabemos acerca de su juventud. Debía ser sin duda muy estudioso, pues antes de cumplir treinta años era ya famoso por su erudición. Severino Boecio emprendió la traducción al latín de todas las obras de Platón y Aristóteles, cuya armonía fundamental quería demostrar. Desgraciadamente, no consiguió terminar esta tarea; sin embargo, Casiodoro observa que, gracias a sus traducciones, los italianos conocieron no sólo a Platón y Aristóteles, sino también "al músico Pitágoras, al astrónomo Tolomeo, al matemático Nicómaco, el geómetra Euclides... y al físico Arquímedes." Ello nos da una idea de la multiplicidad de los talentos e intereses de Boecio, quien además hizo aportaciones personales en materia de lógica, matemáticas, geometría y música. Por otra parte, no carecía de talento práctico, ya que Casiodoro le pide en una carta que construya un reloj de agua y un reloj de sol para el rey de Borgoña. Boecio era también teólogo (no olvidemos que la familia de los Anicios era cristiana desde la época de Constantino) y se conservan varios tratados suyos, en particular uno sobre la Santísima Trinidad. Las obras de Boecio ejercieron gran influencia en la Edad Media, sobre todo en el desarrollo de la lógica. No en vano se le ha llamado "el último de los filósofos romanos y el primero de los teólogos escolásticos". Sus traducciones fueron durante mucho tiempo la base del estudio de la filosofía griega en occidente.

Boecio nació poco después de que Rómulo "Augústulo", el último de los emperadores romanos de occidente, entregó el poder al bárbaro Odoacro. Cuando éste fue asesinado y el patricio Teodorico asumió el poder en Italia, Boecio tenía unos trece años. El padre de Boecio había aceptado el nuevo estado de cosas, y Odoacro le había confiado un cargo de importancia. Boecio siguió su ejemplo y entró en la vida pública, no obstante su amor por la escolástica. El mismo explica que le movió a ello la doctrina de Platón, según la cual "las naciones serían felices si los filosófos las gobernasen, o si tuviesen la suerte de que sus gobernantes se convirtiesen en filósofos". Teodorico le nombró cónsul el año 510. Doce años más tarde, Boecio llegó a lo que él calificó de "el momento más brillante de su vida", pues sus dos hijos fueron nombrados cónsules y él pronunció ante ellos un discurso de alabanza a Teodorico. Poco después, el rey le nombro "maestro de oficios", que era uno de los cargos más importantes y de mayor responsabilidad. Pero su caída estaba muy próxima.

El anciano Teodorico entró en sospechas de que ciertos miembros del senado romano estaban conspirando en Constantinopla con el emperador Justino para arrojar a los ostrogodos de Italia. El ex-cónsul. Albino fue acusado de participar en la conspiración y Boecio subió a la tribuna a defenderle. No sabemos con certeza si tal conspiración existió o no; en todo caso, parece cierto que Boecio no tomó parte en ella. Sin embargo, fue encarcelado en la prisión de Ticinum (Pavía). Se le acusaba no sólo de traición, sino también de sacrilegio, es decir de haber empleado las matemáticas y la astronomía para fines impíos. Los jueces fallaron en su contra y Boecio pronunció un discurso amargamente despectivo contra el senado, ya que sólo Símaco, su suegro, había salido a defenderle.

Durante los nueve meses que pasó preso, Boecio escribió la "*Consolación de la Filosofía*", que es la más famosa de sus obras. Se trata de un diálogo, interrumpido por varios poemas, entre el autor y la filosofía. Esta consuela a

Boecio al mostrarle la vanidad de los efímeros éxitos terrenos y el valor eterno de las ideas: la desgracia no afecta a quienes saben apreciar la divina sabiduría y el gobierno del universo es justo y equitativo a pesar de las apariencias. El autor no habla de la fe cristiana, pero trata numerosos problemas de metafísica y ética. La "Consolación de la Filosofía" llegó a ser una de las obras más populares en la Edad Media, no sólo entre los filósofos y teólogos. Fue uno de los libros que tradujo al inglés el rey Alfredo el Grande.

La prisión de Boecio terminó con el asesinato. Según se dice, fue brutalmente torturado. Fue sepultado en la antigua catedral de Ticinum. Sus reliquias se encuentran actualmente en la iglesia de San Pedro in Ciel d'Oro, en Pavía.

A lo que parece, todo el mundo consideró a Boecio como mártir. La influencia y popularidad de sus obras en la Edad Media se debió, en parte, a que había muerto por la fe.* Sin embargo, todas las pruebas indican más bien que murió por razones políticas. Cierto que Teodorico era arriano, pero ese elemento no intervino en la condenación de su antiguo ministro de Estado. No es imposible que la idea del martirio de Boecio haya procedido de la convicción popular de que había sido condenado "injustamente", ya que en la antigüedad se confundía fácilmente el martirio con la condenación injusta, aunque no interviniese el odio de la fe.

Desde el siglo XVIII, se ha planteado un problema aún más fundamental: ¿Boecio practicaba realmente el cristianismo en la época de su muerte? Está fuera de duda que durante mucho tiempo fue cristiano y practicó su religión. En efecto, en 1877, se descubrió una nueva prueba para confirmar que Boecio fue realmente el autor de los tratados teológicos que se le atribuyen. Pero la dificultad es la siguiente: ¿Cómo es posible que un cristiano que había escrito varios tratados en defensa de la fe, se haya contentado, bajo el peso de una acusación injusta y hallándose amenazado de muerte, con escribir una obra para su propio consuelo, en la que no hay nada de propiamente cristiano, excepto una o dos citas indirectas de la Biblia? Según Boswell, el historiador Johnson formulaba así el problema en 1770: "Es sorprendente, dado el tema de la obra y la situación en que se hallaba Boecio, que haya sido 'magis philosophus quam christianus' (más filósofo que cristiano)".

Es imposible ignorar tal problema, por más que nadie lo haya planteado en la Edad Media. Baste con decir que, cuando se planteó por primera vez, los principales eruditos optaron más bien por "descristianizar" a Boecio; pero, poco a poco, la teoría opuesta fue tomando fuerza, y actualmente se cree que Boecio permaneció cristiano hasta el fin de su vida. Citemos simplemente a dos eruditos, un protestante y un católico: "El viejo problema de la posición religiosa de Boecio carece de sentido ... Un teólogo cristiano pudo muy bien escribir la 'Consolación', no para exponer su propio punto de vista, sino para resolver en cuanto filósofo los principales problemas del pensamiento" (E. K. Rand, en *Harvard Studies in Classical Philology*, vol. XI, pte. I). La *Consolación de la Filosofía* es "una obra maestra. A pesar de su actitud deliberadamente

* Ver, por ejemplo el "Paraíso" de Dante, canto X, 125 ss. Dante alude con frecuencia al *De Consolatione*; no sabemos por qué, considera dicho tratado como una obra "poco conocida". En realidad era tan conocida que, a fines de la Edad Media, existían traducciones o adaptaciones en alemán, provenzal, anglo-normando, francés, polaco, húngaro, griego, hebreo e inglés.

reticente, constituye una expresión perfecta de la fusión del espíritu cristiano con la tradición clásica" (Christopher Dawson, en *The Making of Europe*, p. 51).

En Pavía y en la iglesia de Santa María in Portico de Roma se celebra todavía la fiesta de San Severino Boecio, mártir. Podría pensarse que la confirmación de su culto, llevada a cabo por León XIII en 1883, zanjó definitivamente los problemas del martirio y de la religión de Boecio. Pero una confirmación de culto, aunque exija el mayor respeto, no es un acto en el que el Papa ejerce su infalibilidad. La confirmación del culto permite simplemente que se siga venerando a un personaje y no siempre va precedida de un examen a fondo de los problemas históricos relacionados con ese personaje.

La monografía de H. F. Stewart (1891) sobre Boecio sigue siendo una de las obras más importantes. Entre los estudios más modernos vale la pena leer los de H. R. Patch, *The Tradition of Boethius* (1935), y H. Barret, *Botethius: Some Aspects of his Times ands Work* (1940). En la obra de Patch hay una bibliografía de veinte páginas. Las obras completas de Boecio, publicadas por primera vez en Venecia, en 1497, pueden verse en Migne, PL., vols., LXIII *y* LXIV. Los tratados teológicos y la *Consolación* se hallan en *Loeb Classical Library* (texto latino y traducción inglesa). La traducción del *De Consolatione* hecha por el rey Alfredo, quien añadió cierto color cristiano, se encuentra en *Oxford University Press Library of Translations.* En la edición del *De Consolatione philosophiae* (1925), hecha por Fortescue y Smith, se sugiere la idea de que Boecio lo escribió en el destierro, antes de caer prisionero y estar amenazado de muerte; pero esa explicación se presta a fuertes objeciones. En la biblioteca Bodleiana, hay un manuscrito del *De Consolatione* que el obispo Leofrico regaló a la catedral de Exeter hacia 1050. La obra de Nicolás Caussin, *The Holy Court,* que contiene una extravagante biografía de Boecio, fue traducida al inglés en 1650 por Sir Tomás Hawkins y otros católicos, quienes consideraban la vida de Boecio como un ejemplo que debían seguir los católicos bajo las leyes persecutorias. La *Cima Company* de Nueva York ha anunciado, en una colección de escritos de la patrística, una traducción del *De Consolatione* por el P. G. G. Walsh y una traducción de escritos selectos de Boecio por el Dr. A. C. Pegis. La iglesia de Santa María in Portico (in Campitelli) se erigió en el sitio que ocupaba antiguamente la casa de Santa Galla (5 de octubre), quien era cuñada de Boecio.

SAN ROMAN, Obispo de Rouen (*c.* 640 p.c.)

Poseemos muy pocos datos seguros acerca de este obispo. Su padre, quien, según se dice, había sido convertido por San Remigio, pertenecía a una familia franca. Román fue enviado muy joven a la corte de Clotario II. A la muerte de Hidulfo (*c.* 530), fue elegido obispo de Rouen. Las reliquias de la idolatría no hicieron más que aguzar el celo del santo, quien convirtió a muchos infieles y destruyó los restos de un templo de Venus. Entre otros muchos milagros se cuenta que, durante una inundación del Sena, el santo se arrodilló a la orilla del agua, con un crucifijo en la mano y que las aguas se retiraron inmediatamente. San Román es particularmente famoso en Francia, debido al privilegio de la arquidiócesis de Rouen (que duró hasta la época de la Revolución) de poner en libertad a un condenado a muerte, en honor del santo, el día de la fiesta de la Ascensión. El capítulo solía enviar al parlamento de Rouen una orden de no proceder a las ejecuciones, dos meses antes de la fiesta; el día señalado, se condenaba a muerte al prisionero y en seguida se le ponía en libertad para que trasportase el relicario de San Román en la procesión solemne. El prisionero escuchaba dos exhortaciones y después se le comunicaba que había sido perdonado en honor de San Román. Según la leyenda, el hecho que originó

tal privilegio, fue que San Román dio muerte a una enorme serpiente con la ayuda de un asesino, pero en ningún escrito ni biografía del santo, anteriores al siglo XIV, se menciona ese hecho. Lo más probable es que se haya introducido el privilegio de la liberación de un asesino como un símbolo de la Redención. Dicha costumbre recibía los nombres de "Privilège de la Fierté" y "Châsse de St. Romain". El santo murió alrededor del año 640.

Existen varias biografías cortas de San Román; pero todas son de época posterior, de suerte que su valor histórico es muy discutible. Los textos, completos o resumidos, pueden verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. x. En Vacandard, *Vie de St Ouen* (1902), pp. 356-358, hay notas muy interesantes sobre esas biografías y sus respectivos autores. Véase también Duchesne, *Fastes Épiscopaux*, vol. II, p. 207; y L. Pillon, en *Gazette des Beaux- Arts*, vol. XXX (1903), pp. 441-454.

SAN IGNACIO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA (877 P.C.)

SAN IGNACIO era de ilustre cuna: su madre era hija del emperador Nicéforo I y su padre, Miguel Rangabe, llegó a ser emperador. El reinado de Miguel fue de corta duración. En efecto, el año 813, fue depuesto en favor de Miguel el Armenio, y sus dos hijos fueron mutilados y encerrados en un monasterio. El más joven de los dos, Nicetas, tomó el nombre de Ignacio y se hizo monje. El abad de su monasterio le hizo sufrir mucho. Después de su ordenación sacerdotal, fue elegido abad, a la muerte de su predecesor. El año 846, fue nombrado patriarca de Constantinopla. Sus virtudes brillaron espléndidamente en ese cargo; pero la libertad con que se opuso al vicio y reprendió a los pecadores públicos le atrajo una violenta persecución. El césar Bardas, tío del emperador Miguel III, fue acusado de incesto. En la Epifanía del año 857, Ignacio le rehusó la comunión públicamente. Bardas persuadió al emperador Miguel el Ebrio (tal apodo, aunque muy significativo, no es del todo justo) de que se deshiciese del patriarca. El emperador y su tío, ayudados por el obispo Gregorio de Siracusa, inventaron diversas acusaciones, depusieron a Ignacio y le enviaron al destierro.

En realidad, no se trataba solamente de una venganza individual, sino de una lucha sorda entre dos partidos: por una parte, los miembros de la casa imperial y el clero de la corte, apoyados por la mayoría de los elementos moderados. Por otra parte, un grupo de rigoristas extremosos, que defendían "la independencia del poder religioso", encabezados por los monjes del monasterio de Studius. San Ignacio apoyaba a estos últimos y, por ello, fue desterrado a la isla de Terebintos. A pesar de lo que se dijo más tarde, el santo parece haber renunciado ahí al gobierno de su diócesis, aunque tal vez en forma condicional. Bardas nombró patriarca a un hombre de ciencia y talento excepcionales, llamado Focio. En la semana anterior a la Navidad del año 858, Focio, que era laico, tomó el hábito de monje y recibió sucesivamente las órdenes de lector, subdiácono, diácono, sacerdote y obispo. Cuando escribió al Papa Nicolás I para anunciarle su elección, éste envió a unos legados a Constantinopla para investigar el asunto.

Las consecuencias de la encuesta, que fueron muy importantes, pertenecen más bien a la historia general de la Iglesia. Hagamos notar solamente que las investigaciones de los últimos cincuenta años han revelado la complejidad del asunto y han modificado, para bien o para mal, las conclusiones que se

habían aceptado durante muchos siglos. Antiguamente se creía que se trataba de un intento de Constantinopla de mantener tenazmente su independencia completa de Roma, encabezada por el archicismático Focio; actualmente, sabemos que fue en realidad un aspecto de una lucha de partidos político-eclesiásticos, en la que los partidarios de San Ignacio se mostraron tan rebeldes a la Santa Sede como Focio en sus peores momentos.

Nueve años más tarde, en 867, el emperador Miguel III, quien había tomado parte el año anterior en el asesinato de Bardas, fue asesinado por Basilio el Macedonio, que se apoderó del trono. Basilio procedió a deponer a Focio de la sede patriarcal (que había de volver a ocupar diez años después) y llamó a San Ignacio del destierro para ganarse el apoyo de sus partidarios. Entonces, San Ignacio incitó a San Adriano II, quien había sucedido a Nicolás I en el trono pontificio, a convocar un concilio ecuménico. La reducida asamblea que se reunió en Constantinopla el año 869 fue el octavo Concilio Ecuménico y el cuarto de Constantinopla. Los Padres conciliares excomulgaron a Focio y condenaron a sus partidarios, pero los trataron con bondad.

En los años que le quedaban de vida, San Ignacio desempeñó los deberes de su oficio con celo y energía, aunque desgraciadamente no con la misma prudencia. En efecto, por irónico que parezca, el santo continuó la política de Focio respecto de la Santa Sede en la cuestión de la jurisdicción patriarcal sobre los búlgaros y llegó incluso a incitar al príncipe búlgaro, Boris, a expulsar a los sacerdotes y obispos latinos y a acoger a los que él le había enviado. Naturalmente, eso indignó al Papa Juan VIII, quien envió a unos legados para que amenazaran a Ignacio con la excomunión; pero San Ignacio murió el 23 de octubre del año 877, antes de que llegase la embajada a Constantinopla.

La santidad personal de Ignacio, la valentía con que atacó los vicios de los más altos personajes y la paciencia con que soportó los sufrimientos que se le impusieron injustamente, le han merecido figurar en el Martirologio Romano. Los católicos latinos de Constantinopla, así como los bizantinos, tanto católicos como disidentes, celebran la fiesta de San Ignacio.

En *Acta Sanctorum*, oct. vol. x, hay una traducción latina de la biografía griega de San Ignacio, escrita por Nicetas de Paflagonia. El historiador Dvornik dice que es "apenas mejor que un panfleto político, de veracidad muy discutible". El texto griego puede verse en Migne, PG., vol. CV. En Mansi y en Hefele-Leclercq, *Conciles* vol., IV, se encontrarán la correspondencia diplomática y otros documentos de la época. La opinión sobre Focio empezó a cambiar desde que A. Lapôtre publicó su obra *Le Pape Jean VIII* (1895) y E. Amann sus artículos sobre Juan VIII, Juan IX, Nicolás I y Focio, en DTC. Véanse los estudios de V. Laurent, V. Grumel, H. Grégoire, y sobre todo *Photian Schism* de F. Dvornik (1948). Cf. Fliche y Martin, *Hist de l'Eglise*, t. VI, pp. 465-475, 483-490 (sobre San Ignacio), y 465-501 (sobre Focio). En DTC., vol. VII, hay un artículo muy completo sobre San Ignacio; pero es de opiniones más conservadoras, lo mismo que la obra monumental de Hergenröther, *Photius.*

SAN ALUCIO (1134 P.C.)

SAN ALUCIO, patrono de Pescia de Toscana, era pastor. Debido al gran interés que se tomó por el hospital de Val di Nievole, fue nombrado director de él y se le considera como su segundo fundador. Más tarde, Alucio se dedicó a fundar albergues en los puertos y pasos peligrosos de las montañas y a otras obras de

beneficencia pública, tales como la construcción de un puente sobre el Arno. Los jóvenes que formó para el servicio en los hospitales, recibieron el nombre de hermanos de San Alucio. Se cuentan muchos milagros del santo y a él se atribuye la reconciliación entre las ciudades enemigas de Ravena y Faenza. En 1182, cuarenta y ocho años después de la muerte de San Alucio, sus reliquias fueron trasladadas al hospital de Val di Nievole, que recibió su nombre. El culto del santo fue confirmado por Pío IX, quien concedió una misa propia para el día de su fiesta.

Hay muchos documentos que prueban la existencia del culto de San Alucio; uno de ellos es un documento legal en el que se resumen los principales acontecimientos de su vida. Véase *Acta Sanctorum*, oct., vol. x; y DHG., vol. II, c. 627, así como una biografía popular escrita por D. Biagioti (1934).

BEATO JUAN BUONI (1249 P.C.)

No obstante su apellido, que es una abreviación de Buonomini, Juan no se distinguió por su piedad en la juventud. Cuando murió su padre, el joven partió de Mántua y empezó a ganarse la vida como actor en las cortes y palacios de Italia. No obstante las oraciones de su devota madre, Juan llevaba una vida licenciosa y alocada. En 1208, cuando tenía cerca de cuarenta años, una peligrosa enfermedad le puso a las puertas de la muerte. Interpretó aquello como una señal del cielo y cambió de vida en cuanto recobró la salud, como lo había prometido. Tales promesas son fáciles de hacer, pero menos fáciles de guardar. Juan abrió su corazón al obispo de Mántua, quien le aconsejó la vida eremítica. En un paraje de las cercanías de Cesena el beato se dedicó a domeñar su cuerpo en la soledad y a adquirir los hábitos de la devoción y la virtud. Pronto adquirió gran fama de santidad y se le reunieron algunos discípulos. Durante algún tiempo, el Beato Juan los dirigió según la inspiración del momento. Más tarde, construyeron una iglesia y la comunidad tomó una forma más definida. Inocencio IV les impuso la regla de San Agustín al aprobar la congregación.

El Beato Juan recibió numerosas ilustraciones sobrenaturales en la oración y obró muchos milagros extraordinarios. Ni siquiera en su ancianidad aflojó en la mortificación: observaba tres cuaresmas cada año, en lo más crudo del invierno se vestía con telas muy ligeras, en su celda había tres lechos, de los cuales uno era malo, otro peor y el tercero pésimo. El demonio siguió tentándole violentamente hasta el fin de su vida. Por otra parte, no faltó quien le calumniase, pero la vida que llevaba el beato desmentía todas las acusaciones. El número de penitentes y personas que acudían a visitarle aumentó de tal modo, que Juan decidió huír secretamente. Después de haber caminado toda la noche, se encontró nuevamente, al amanecer, ante la puerta de su celda, en lo cual vio una manifestación de que la voluntad de Dios era que permaneciese ahí. Murió en Mántua en 1249. Dios honró su sepulcro con numerosos milagros. La congregación que había fundado no conservó mucho tiempo la independencia. Los "Boniti", como los llamaba el pueblo, llegaron a tener once conventos a los pocos años de la muerte de su fundador; pero en 1256 el Papa Alejandro IV los fundió con otras congregaciones en la orden de los ermitaños de San Agustín. Los frailes agustinos y los agustinos de la Asunción celebran la fiesta del Beato Juan Buoni, cuyo nombre fue incluido en el Martirologio Romano en 1672.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. IX, hay casi 200 páginas consagradas al beato; los principales documentos ahí reunidos son una biografía relativamente extensa escrita por el agustino Ambrosio Calepinus, a principios del siglo XVI y las deposiciones de los testigos en el proceso de beatificación (1251, 1252 y 1254). Entre otras cosas, se habla ahí de la inmunidad del beato a los efectos del fuego, ya que en cierta ocasión anduvo varios minutos sobre un montón de cenizas ardientes, sin recibir el menor daño. Véase H. Thurston, en *The Month*, feb. de 1932, pp. 146-147.

BEATO BARTOLOME, Obispo de Vicenza (1271 p.c.)

Bartolomé Breganza estudió en la Universidad de Padua. Alrededor del año de 1220, recibió el hábito de Santo Domingo de manos del propio fundador de la orden, en Vicenza, su ciudad natal. Ejerció con gran prudencia el cargo de prior en varios conventos. En 1233, predicando en Bolonia con el P. Juan de Vicenza, fundó la orden militar de los "Fratres Gaudentes", para la preservación de la paz y el orden públicos. La orden se extendió por varias ciudades de Italia y existió hasta el siglo XVIII. En la época del beato, el Cercano Oriente necesitaba con urgencia obispos santos a causa de los abusos de los cruzados; nada tiene, pues, de extraño que Bartolomé haya sido nombrado obispo de Chipre. El beato fue a visitar en Palestina a San Luis de Francia, quien le acogió muy amistosamente y le invitó a ir a Francia. El beato Bartolomé aceptó la invitación algunos años más tarde, cuando fue enviado como legado pontificio a Inglaterra. Enrique III se hallaba entonces en Aquitania, a donde fue a verle el beato y después, le acompañó a París. En 1256, el Papa Alejandro IV trasladó a Bartolomé a la sede de Vicenza. Pronto se vio envuelto en dificultades con el violento y malvado jefe de los gibelinos, Ezzelino da Romano, quien le obligó a abandonar temporalmente su diócesis. A su vuelta, Bartolomé se entregó con más energía que nunca a su grey, reconstruyó las iglesias que Ezzelino había destruido e hizo cuanto pudo por restablecer la paz entre las ciudades del Véneto.

Cuatro años antes de su muerte, el Beato Bartolomé asistió a la segunda traslación de las reliquias de Santo Domingo y pronunció con esa ocasión un panegírico. Dios le llamó a Sí el 1o. de julio de 1271. El pueblo, que le veneraba mucho, empezó pronto a darle el título de beato. Su culto fue confirmado en 1793.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. I, hay un artículo bastante completo. Véase también G. T. Faccioli. *Vita e virtu del b. Bartolommeo* (1794); B. Altaner, *Dominikanermissionen des 13 Jahrhunderts* (1924), pp. 40 ss.; M. de Waresquiel, *Le b. Barthélemy de Breganza* (1905); y Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 297-301.

24: SAN RAFAEL ARCANGEL

La Biblia sólo menciona por su nombre a tres de los siete arcángeles que, según la tradición judío-cristiana, se hallan más cerca del trono de Dios: Miguel, Gabriel y Rafael. La Iglesia, sobre todo la Iglesia de oriente, veneraba a estos tres arcángeles desde época muy remota. Benedicto XV extendió a toda la Iglesia de occidente las fiestas de San Gabriel y San Rafael.

En el Libro de Tobías se cuenta que Dios envió a San Rafael a ayudar

al anciano Tobías, quien estaba ciego y se hallaba en una gran aflicción, y a Sara, la hija de Raquel, cuyos siete maridos habían muerto en la noche del día de las bodas. Cuando Tobías el joven fue a Media a cobrar un dinero que se debía a su padre, San Rafael, tomó la forma humana y el nombre de Azarías, le acompañó en el viaje, le ayudó en sus dificultades y le explicó cómo podía casarse con Sara sin peligro alguno. El propio Tobías dice: "Me condujo en el viaje y me hizo volver sano y salvo. Cobré el dinero a Gabelo. Me ayudó a casarme, y arrojó de mi esposa el mal espíritu y consoló a sus padres. A mí me salvó de las fauces del pez y a ti te hizo ver la luz del cielo. Hemos sido colmados de bienes por su medio". Estas curaciones y el nombre de Rafael, que significa "Dios ha obrado la salud", han movido a ciertos comentaristas a identificarle con el ángel que movía el agua en la piscina milagrosa de la que habla San Juan (v, 1-4). La liturgia corrobora tal identificación, ya que el Evangelio de la misa de San Rafael es precisamente ese pasaje de San Juan. En el Libro de Tobías (XII, 12 y 15), el propio arcángel se describe como "uno de los siete que están en la presencia del Señor" y cuenta que había ofrecido continuamente a Dios las oraciones del joven Tobías.

Véase *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XII (1922); cf. nuestro artículo sobre San Miguel Arcángel (29 de sept.). Acerca de las menciones de San Rafael en los documentos cristianos y acerca de la fiesta actual, véase Schuster, *The Sacramentary*, vol. V, pp. 189-191. en el *Ethiopic Synaxarium* (1928), vol. IV, pp. 1274-1278, hay un curioso relato de la dedicación de una iglesia a San Rafael en una isla de la costa de Alejandría, a principios del siglo V.

SAN FELIX, Obispo de Tibiuca, Mártir (303 p.c.)

A los comienzos de la persecución de Diocleciano, muchos cristianos entregaron a los perseguidores los libros sagrados para que los quemasen. Algunos trataron de disculpar su proceder o disminuir su culpabilidad, como si las circunstancias pudiesen justificar la cooperación en una acción impía o sacrílega. Félix, obispo de Africa proconsular, lejos de seguir el mal ejemplo de tantos otros cristianos, se sintió más bien espoleado a adoptar una conducta vigorosa y vigilante. El magistrado de Tibiuca, Magniliano, le ordenó que entregase todos los libros y escritos sagrados para quemarlos. El mártir replicó que estaba obligado a obedecer a Dios antes que a los hombres y entonces, Magniliano le envió al procónsul de Cartago. Según cuenta el relato del martirio, el procónsul, enfurecido por la valiente confesión del santo, le cargó de cadenas y le encerró en una horrible mazmorra. Nueve días después, le envió en un navío a Italia para que le juzgase Maximino. La travesía duró cuatro días; el obispo fue encerrado en la cala del barco con los caballos y no probó alimento ni bebida. Los cristianos de Agrigento, de Sicilia y de todas las ciudades por donde pasó el santo, le acogieron jubilosamente. En Venosa de la Apulia, el prefecto mandó quitarle los grillos y le preguntó si realmente poseía libros sagrados y por qué razón se rehusaba a entregarlos. Félix replicó que no podía negar que poseyese libros sagrados, pero que jamás los entregaría. Sin más averiguaciones, el prefecto le mandó decapitar. En el sitio de la ejecución San Félix dio gracias a Dios por su bondad y, en seguida, tendió la cabeza al verdugo para ofrecerse en sacrificio a Aquél que vive por los siglos de los siglos. Tenía entonces cincuenta y seis años. Fue una de las primeras víctimas de la perse-

cución de Diocleciano.

La leyenda de la deportación de San Félix a Italia y su martirio en ese país es una invención del hagiógrafo, quien quería hacer de él un santo italiano. Está fuera de duda que San Félix fue martirizado por el procónsul de Cartago. Sus reliquias fueron más tarde trasladadas a la famosa "basílica Fausti' 'de dicha ciudad.

El P. Delehaye publicó un notable estudio sobre el relato del martirio de San Félix, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIX (1921), pp. 241-276. Los materiales reunidos en *Acta Sanctorum*, oct., vol. X, eran insuficientes. El P. Delehaye publicó los textos más representativos de los dos principales grupos e hizo una reconstrucción admirable del documento primitivo en el que se basan fundamentalmente las dos familias de textos. Como lo dijimos arriba, la deportación del mártir a Italia es una invención de los hagiógrafos posteriores, quienes bordaron libremente sobre el texto original. Según afirma el P. Delehaye (cuya opinión se identifica con la expresada por M. Monceaux en *Revue Archéológique*, 1905, vol. I, pp. 335-340), Félix fue condenado a muerte por el procónsul de Cartago. A lo que parece, el martirio tuvo lugar el 15 de julio, o tal vez el 16. La fiesta fue trasladada primero al 30 de julio y más tarde al 24 de octubre, debido a ciertas confusiones; acerca de este punto, cf. Delehaye, y sobre todo Dom Quentin, *Les martyrologes historiques*, pp. 522-532 y 697-698.

SAN PROCLO, ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA (446 P.C.)

SAN PROCLO era originario de Constantinopla. Recibió la orden del lectorado cuando era muy joven. Aunque era discípulo de San Juan Crisóstomo, llegó a ser secretario del mayor enemigo de éste, Atico, obispo de Constantinopla, quien le confirió el diaconado y el sacerdocio. A la muerte de Atico, muchos quisieron elegir obispo a Proclo. Al fin, Sisinio fue elegido obispo de Constantinopla y nombró a Proclo obispo de Cízico. Pero los habitantes de esa ciudad se negaron a aceptarle y eligieron a otro en su lugar. Así pues, San Proclo se quedó en Constantinopla, donde alcanzó gran fama con su predicación. Cuando murió Sisinio, muchos volvieron a proponer la candidatura de Proclo; pero el elegido fue Nestorio, quien pronto empezó a propagar sus errores. San Proclo defendió valientemente la verdad contra él. El año 429, predicó un sermón en el que proclamó la maternidad divina de la Virgen María. En dicho sermón se hallaba la famosa frase: "No proclamamos a un hombre deificado, sino que confesamos a un Dios encarnado". Nestorio fue depuesto y a Maximiano se le eligió para sucederle. A la muerte de éste, el año 434, San Proclo, que nunca había podido tomar posesión de la sede de Cízico, fue promovido a la de Constantinopla.

El tacto y la bondad con que supo tratar a los más obstinados nestorianos y a otros herejes constituyen los rasgos más característicos del santo. Los obispos armenios le consultaron sobre la doctrina y los escritos de Teodoro de Mopsuestia, que ya había muerto, pero seguía siendo muy famoso en aquella región. San Proclo escribió en respuesta el "Tomo a los Armenios", que es la más famosa de sus obras. En ella condenaba la doctrina mencionada por su parentesco con el nestorianismo y exponía la verdadera doctrina sobre la Encarnación, todo ello sin nombrar a Teodoro, el cual había muerto en comunión con la Iglesia y cuya memoria era muy venerada. San Proclo exhortaba a los armenios a seguir la doctrina de San Basilio y San Gregorio Nazianceno, cuyas obras eran muy estimadas entre ellos. Otros polemistas fueron menos moderados que San

Proclo. Con la ayuda de la emperatriz Santa Pulqueria, éste trasladó los restos de San Juan Crisóstomo de Comana del Ponto a la Iglesia de los Apóstoles en Constantinopla. Todo el pueblo salió en procesión a recibir las reliquias, y los intransigentes discípulos de San Juan Crisóstomo se sometieron finalmente a su bondadoso sucesor.

Durante el episcopado de San Proclo hubo un violento terremoto en Constantinopla. Los hombres vagaban entre las ruinas, aterrados, en vana búsqueda de un sitio donde guarecerse; muchos huyeron al campo. Proclo, acompañado de su clero, salió para prestar ayuda a sus feligreses, confortó al pueblo y le exhortó a implorar misericordia divina. El Menologio griego de Basilio, en base al testimonio de un cronista que escribió tres siglos y medio después de los hechos refiere que, mientras el pueblo imploraba la misericordia divina, rezando el "Kyrie eleison", un niño fue arrebatado por los aires hasta perderse de vista. Cuando volvió a la tierra, el niño declaró que había oído los coros angélicos que cantaban: "Santo Dios, Santo y Fuerte, Santo Inmortal", y falleció inmediatamente después. El pueblo repitió esas palabras y agregó: "Ten misericordia de nosotros". Entonces los temblores cesaron. Desde aquel momento San Proclo introdujo en la liturgia el "trisagio". No consta con certeza que lo haya introducido él realmente, pero lo cierto es que la primera mención del trisagio data del Concilio de Calcedonia, que tuvo lugar pocos años después, y es muy posible que San Proclo y su pueblo hayan empleado dicha oración durante el terremoto.

San Cirilio de Alejandría describe a San Proclo como "un hombre muy religioso, perfectamente al tanto de la disciplina eclesiástica y muy observante de los cánones." Sócrates, el historiador griego, quien le conoció personalmente, escribe: "Pocos podrían igualarle en santidad. Era bondadoso con todos, porque estaba convencido de que la bondad sirve mejor que la severidad a la causa de la verdad. Por ello estaba resuelto a no irritar ni provocar a los herejes, con lo cual restituyó a la iglesia, en su persona, la mansedumbre y bondad que le son propias y que desgraciadamente le habían faltado en tantos casos... Fue verdaderamente un modelo de prelado." San Proclo murió el 24 de julio de 446.

Se han conservado algunas de sus cartas y sermones. Alban Butler comenta: "El estilo de este padre es conciso, sentencioso, lleno de salidas ingeniosas capaces más bien de deleitar que de mover el corazón. Es un estilo que supone mucho trabajo y estudio; si bien este padre lo empleó con gran éxito, no se puede comparar su estilo con la gravedad llena de naturalidad de un San Basilio ni con la suavidad de un San Juan Crisóstomo."

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. x, hay un artículo bastante completo sobre San Proclo, hecho a base de citas de los historiadores de la Iglesia y otras fuentes. Véase también F. X. Bauer, *Proklos von Constantinopel* (1918), y Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. IV, pp. 202-208. Desde que se publicó el texto sirio del *Bazar of Heraclides*, se ha discutido mucho acerca de la verdadera doctrina de Nestorio, de suerte que la literatura sobre el tema es muy extensa; cf. el artículo *Nestorius* en DTC.

SANTOS ARETAS, LOS MÁRTIRES DE NAJRÁN Y SAN ELESBAAN (523 P.C.)

A PRINCIPIOS del siglo VI, los etíopes aksumitas cruzaron el Mar Rojo y extendieron su dominio sobre los árabes y judíos de Himyar (Yemén), a quienes impusieron un virrey. Dunaán, un miembro de la familia himyarita que había sido arrojada del trono, se levantó en armas y tomó Zafar. Como se había convertido al judaísmo, asesinó a los miembros del clero y convirtió la iglesia en sinagoga. En seguida puso sitio a Najrán, que era uno de los grandes centros cristianos. La ciudad se defendió tan valientemente que Dunaán, sintiéndose incapaz de conquistarla, le ofreció la amnistía si se rendía. Los defensores aceptaron la oferta; pero Dunaán, en vez de cumplir su palabra, permitió a los soldados que saqueasen la plaza y condenó a muerte a todos los cristianos que no apostatasen. El organizador de la defensa fue el jefe de la tribu de Banu Horith (que desde entonces se llamó de San Aretas) con muchos de sus hombres y todos fueron decapitados. Los sacerdotes, los diáconos y las vírgenes consagradas fueron arrojados en fosos llenos de fuego. Como la esposa de Aretas se negase a acceder a las proposiciones amorosas de Dunaán, éste mandó ejecutar a sus hijas delante de ella y la obligó a beber su sangre; en seguida ordenó que la degollasen. El Martirologio Romano cuenta que un niño de cinco años se arrojó a la hoguera en la que se consumía su madre. Cuatro mil hombres, mujeres y niños fueron asesinados.

El obispo Simeón de Beth-Arsam, legado del emperador Justino I, se hallaba en la frontera persa con una tribu árabe. Cuando se enteró de lo sucedido, transmitió la noticia al abad de Gabula, que se llamaba también Simeón. Al mismo tiempo, los refugiados de Najrán difundieron la noticia por todo Egipto y Siria. La impresión que el hecho produjo no se borró en varias generaciones; Mahoma menciona esa matanza en el Corán y condena al infierno a los asesinos (*sura* LXXXV). El patriarca de Alejandría escribió a los obispos de oriente con la recomendación de que conmemorasen a los mártires, que orasen por los supervivientes y señalando como culpables del crimen a los antiguos judíos de Tiberíades que, en realidad, eran inocentes. Tanto el emperador como el patriarca escribieron al rey aksumita Elesbaán (a quien los sirios llaman David y los etíopes Caleb), para clamar venganza por la sangre de los mártires. El monarca no necesitaba que le incitasen a la venganza y partió al punto, con su ejército, a reconquistar su poder en Himyar. Elesbaán tuvo éxito en la campaña. Dunaán murió en el campo de batalla y su capital fue ocupada por el enemigo. Alban Butler afirma que Elesbaán, "convencido de que había derrotado al tirano con la ayuda divina, se mostró muy clemente y moderado con los vencidos". Tal afirmación es falsa. Cierto que Elesbaán reconstruyó Najrán e instaló a un obispo alejandrino, pero tanto en el campo de batalla como en el trato a los judíos que habían incitado a Dunaán a la matanza, se condujo con crueldad y codicia propias de la barbarie de una nación semipagana. Sin embargo, se cuenta que al fin de su vida renunció al trono en favor de su hijo, regaló su corona a la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén y se retiró al desierto como anacoreta. Así lo afirma el Martirologio Romano el 27 de este mes.

Baronio introdujo en el Martirologio Romano los nombres de San Elesbaán y de los mártires de Najrán, sin tener en cuenta que todos ellos eran monofisitas, por lo menos en el sentido material de la palabra.

El texto griego del relato del martirio puede verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. x. Se conserva también el texto sirio escrito por Simeón. Véase Guidi, en *Atti della Accad, dei Lincei*, vol. VII (1881), pp. 471 ss; Deramey, en *Revue de l'histoire des religions*, vol. XXVIII, pp. 14-42; la *Revue des ètudes juives*, vols. XVIII, XX y XXI, donde hay un ensayo de Halévy y la respuesta de Duchesne; Nöldeke, en "*Göttingen Gel. Anzeiger*", 1889, pp. 825 ss; y DCB., vol. II, pp. 70-75.

SAN MARTIN o MARCOS (*c.* 580 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano menciona hoy a Marcos, un famoso anacoreta de Campania y hace alusión a la crónica que escribió sobre él Gregorio el Grande, quien le llama Martín. San Gregorio cuenta en sus *Diálogos* que muchos de sus amigos habían conocido personalmente a Martín y habían presenciado sus milagros y que él había oído hablar mucho del santo anacoreta al Papa Pelagio II. Martín vivía solo en una èstrecha cueva del Monte Mársicus (Mondragone). Por un milagro de Dios, no necesitaba beber y durante tres años tuvo que soportar la diaria presencia del demonio bajo la forma de una serpiente ("su disfraz preferido"). Cuando Martín llegó a establecerse en la cueva, lo primero que hizo fue clavar una cadena en la roca y atársela al tobillo para no alejarse de ahí aunque quisiera. Cuando San Benito se enteró de ello (según parece, Martín había sido monje en Monte Cassino), le envió el siguiente mensaje que tiene, realmente, el estilo del santo: "Si en verdad eres siervo de Dios, no hace falta una cadena de hierro; basta con la cadena de Cristo." San Martín se quitó entonces la cadena y, más tarde, la regaló a sus discípulos para que sustituyesen la frágil cuerda del pozo. Sobre la cueva del ermitaño había una roca enorme, y el pueblo vivía en constante temor de que se derrumbase sobre él. Finalmente un tal Mascator se presentó con otros muchos a echar abajo la roca. Martín se negó a retirarse de su cueva, pero dio permiso a Mascator de que procediese a echar a rodar la enorme piedra. Los trabajadores apenas se atrevían a tocarla por temor de que aplastase al ermitaño; pero la roca saltó sin tocar la cueva y rodó monte abajo sin hacer daño a nadie.

Nuestra única fuente de información son los *Diálogos* de San Gregorio.

SAN MAGLORIO, OBISPO DE DOL (Siglo VI)

SAN UMBRAFEL, quien más tarde se hizo monje en el monasterio dirigido por su sobrino, San Sansón, estaba casado con Afrela, hija de Meurig de Morgannwg. Según se dice, tuvieron un hijo en Glamorgan, a quien pusieron por nombre Maelor (en latín, Maglorius). Según los biógrafos de Maglorio, que fueron muy posteriores a los hechos y aceptaron fácilmente las leyendas, el niño se confió al cuidado de San Illtyd. Más tarde, se hizo monje, y San Sansón le ordenó diácono y le llevó consigo a Bretaña. Ahí Maglorio fue nombrado abad del monasterio de Kerfunt y compartió las fatigas misionales con San Sansón. Cuando este murió, Maglorio le sucedió en los cargos de abad y obispo de Dol pero, como ya resentía el peso de los años, renunció en favor de San Budoc.

Maglorio se retiró entonces a un rincón aislado de la costa. Pero ni ahí se vio libre del pueblo que acudía sin cesar en su busca para que curase a sus

enfermos o, simplemente, con la esperanza de verle hacer un milagro. San Maglorio curó, entre otros, a cierto jefe de tribu, llamado Sark, quien sufría de una enfermedad de la piel. Para mostrar su agradecimiento, Sark regaló al santo una parte de su isla, donde Maglorio se estableció con sus discípulos. El santo construyó un monasterio en lo que actualmente se llama el señorío de Sark y organizó al pueblo para oponer resistencia a los invasores del norte. San Maglorio visitó también la isla de Jersey para librarla de un "dragón" y los habitantes le demostraron su agradecimiento con la cesión de algunas tierras. Durante las epidemias y los períodos de hambre, San Maglorio trabajó heroicamente por el pueblo, y Dios bendijo su ministerio obrando por su intercesión muchos milagros. Durante los últimos meses de su vida, el santo se esforzó por interpretar literalmente las palabras del salmista: "Haré lo posible por vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida" y no salía de la iglesia, sino cuando era absolutamente necesario.

La diócesis de Rennes celebra la fiesta de San Maglorio; también se le conmemora en la diócesis de Portsmouth, ya que las islas del Canal eran, antiguamente, el principal centro del culto al santo. Ricardo Rolle menciona a San Maglorio en "El fuego del amor" (c. 13).

Existen varias biografías medievales muy breves; cf. BHL., nn. 5139-5147. En DNB hay un artículo muy completo de la Srita. Batenson (vol. XXXV, pp. 323-324), y otro en LBS., vol. III, pp. 407 ss. Pero las contribuciones más valiosas son las de A. de la Borderie y F. Duine: del primero véase *Histoire de Bretagne* vol. I (1896), y del segundo *Inventaire* y *Memento des sources hagiographiques de Bretagne*. Según parece, Maglorio no fue nunca obispo de Dol, y las fechas de su vida son muy inseguras.

SAN MARTIN DE VERTOU, ABAD (Siglo VI)

PRÁCTICAMENTE NO sabemos nada cierto sobre el santo, ya que las dos biografías que se conservan fueron escritas varios siglos después de su muerte y narran principalmente sus milagros; por otra parte, se ha confundido a San Martín de Braga, quien fue obispo de Dumium en Portugal, con San Martín de Vertou, el cual vivió como ermitaño en el bosque de Dumen de Bretaña. Nuestro santo nació en Nantes, en el seno de una familia franca. San Félix le confirió el diaconado y le envió a predicar en el Poitou. Según la leyenda, a pesar de todos sus esfuerzos, Martín sólo consiguió convertir a los dueños de la casa en que habitaba. A éstos les aconsejó que huyesen de la catástrofe que se avecinaba y él mismo abandonó la ciudad en la que había trabajado en vano. Inmediatamente después de su salida, un terremoto la destruyó y quedó cubierta por las aguas. El sitio se llama actualmente Lago de Grandlieu y la población de Herbauges, a la orilla del lago, sustituye a la que quedó sumergida. Además, hay en las cercanías un menhir o columna de piedra, ya que la esposa del dueño de la casa en que habitaba San Martín volvió los ojos hacia la ciudad y quedó convertida en estatua. Acerca de esta leyenda podemos repetir el moderado comentario que hace Camden a propósito de una fábula semejante que se cuenta sobre Llyn Safaddan, de Breconshire: "Sospecho que se trata de una simple fábula y como tal hay que considerarla."

Después de su fracaso misional, San Martín se retiró a un bosque de la ribera izquierda del Sèvre, donde fundó una ermita que se transformó, con el tiempo, en la abadía de Vertou. El santo evangelizó la región. Se le atribuyen

varias otras fundaciones, como la del convento de las religiosas de Durieu, en el que murió. Según se dice, los monjes de Vertou robaron el cuerpo de su maestro mientras las religiosas de Durieu cantaban el oficio nocturno de los muertos, la víspera del entierro. Entre otras leyendas que se cuentan sobre San Martín de Vertou (a quien se confunde en este caso con su homónimo de Braga), se dice que un príncipe inglés tenía una hija poseída por los malos espíritus. Uno de los demonios declaró, por boca de la joven, que sólo podía ser vencido por las oraciones de un santo varón llamado Martín. Inmediatamente el príncipe envió mensajeros en todas las direcciones en busca del hombre de Dios. Finalmente, los mensajeros llegaron a Vertou y convencieron a San Martín para que les acompañase. Apenas puso el santo los pies en Inglaterra, el demonio sintió que se aproximaba y, como no quería hacerle frente, atormentó por última vez a su víctima y huyó. Naturalmente, la joven tomó el velo de manos de su salvador.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. x, los bolandistas parecen haber reunido todos los textos que existen sobre la vida y milagros de este oscuro santo.

SAN EVERGISTO, Obispo de Colonia (*c.* 600 p.c.)

Cuando San Severino de Colonia fue a visitar la diócesis de Tongres, en Bélgica, le presentaron a un niño que quería consagrarse al servicio divino. El santo adivinó que Evergisto (o Ebregiselo) poseía un alma escogida y tomó por su cuenta su educación. Más tarde hizo de él su archidiácono. Evergisto estaba con San Severino cuando éste tuvo la visión de la llegada del alma de San Martín al cielo. Aunque advirtió que no vio ni oyó nada; sin embargo, envió inmediatamente a un mensajero a Tours para que comprobase la muerte de San Martín. Evergisto sucedió a su maestro en el gobierno de la diócesis de Colonia. Un día, fue a visitar la iglesia de los "Santos Dorados" y saludó a los mártires con el versículo: *Exultabunt sancti in gloria*; inmediatamente, la voz de un coro invisible le respondió *Laetabuntur in cubiculis suis*. Una noche se hallaba en Tongres ocupado en el ejercicio de su ministerio pastoral y se dirigió a una iglesia de Nuestra Señora. En el camino unos bandoleros le asaltaron y le dieron muerte.

Esta es la leyenda de Colonia, tal como la recuerda el Martirologio Romano en la fecha de hoy; sin embargo, parece que San Evergisto vivió más tiempo y no murió de muerte violenta. San Gregorio de Tours cuenta que Evergisto formaba parte del grupo de obispos enviados por Childeberto II a restablecer la observancia en el convento de religiosas de Poitiers; también afirma que San Evergisto se curó de sus dolores de cabeza después de hacer oración en la iglesia de los "Santos Dorados" de Colonia.

Los datos que poseemos son muy confusos. En *Analecta Bollandiana*, vol. vi (1887), pp. 193-198, así como en otras obras, se publicó una pretendida biografía de Evergisto; pero ese escrito data del siglo XI y carece de valor histórico. W. Levison discute el problema en *Festschrift für A. Brackman* (1931), pp. 40-63; cf. Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. iii, p. 176. Acerca de los "Santos Dorados", véase nuestro artículo sobre San Gereón (10 de octubre).

BEATO JUAN ANGEL PORRO (1506 p.c.)

El Beato Juan Angel Porro, ornato de la orden de los Siervos de María, nació

en Milán. Poco después de su profesión y ordenación fue enviado a Monte Senario, cuna de su orden, puesto que Dios le llamaba más bien por el camino de la oración y el silencio que por el de la práctica de los ministerios pastorales. Ahí vivió santamente varios años, al cabo de los cuales fue nombrado maestro de novicios en Florencia; desempeñó ese cargo con tal acierto que actualmente es el patrono de los maestros de novicios de su orden. Más tarde vivió en diversos conventos, en todos los cuales se dedicó especialmente a enseñar la doctrina cristiana a los pobres e incultos. En Milán solía recorrer las calles para reunir a los niños y enseñarles el catecismo. Algunos años después, San Carlos Borromeo había de organizar dicho ministerio en la misma ciudad. Hallándose en Cavacurta, el Beato Juan Angel tuvo una visión de la muerte de su hermana y, al mismo tiempo, recibió el aviso de que debía volver inmediatamente a su convento, pues él mismo iba a morir pronto; así pues, el beato retornó a Milán, su ciudad natal, donde, consumido por las fatigas de su ministerio, falleció en el convento de los servitas en 1506. Su culto fue aprobado en 1737.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. x, se hallará una biografía escrita por Felipe Albericius, con la introducción y el comentario acostumbrados. El P. Soulier, en *Monumenta Ordinis Servorum B.M.V.*, vol. VIII, pp. 121-211, y vol. IX, pp. 5-222, consiguió reunir algunos datos adicionales. Sin embargo, fuerza es decir que la vida y la personalidad de este beato siguen siendo todavía muy oscuras. La biografía italiana de L. Raffaelli (1906), de tipo popular, tiene por principal fin la edificación y carece de sentido crítico.

25: SAN ANTONIO MARIA CLARET, ARZOBISPO DE SANTIAGO DE CUBA, FUNDADOR DE LOS HIJOS DEL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA (1870 P.C.)

A PESAR DE su nombre rimbombante, Antonio María Claret y Clara fue un arzobispo de origen relativamente humilde. Nació en 1807, en Sallent, España. En su juventud trabajó con su padre como tejedor y, en sus ratos libres, aprendía el latín y el oficio de impresor. A los veintidós años ingresó en el seminario de Vich, donde se ordenó sacerdote en 1835. Algunos años más tarde pensó en hacerse cartujo, pero, como no tenía salud suficiente para resistir la dura vida de los monjes, se trasladó a Roma y entró en el noviciado de la Compañía de Jesús, con el propósito de partir a las misiones extranjeras. Su mala salud no resistió el noviciado y el padre general de la Compañía le aconsejó que volviese a España a trabajar en la evangelización de sus compatriotas. Así lo hizo el P. Antonio y durante diez años predicó misiones y retiros en toda Cataluña. Por entonces ayudó a la Beata Joaquina de Mas a fundar la congregación de las Carmelitas de la Caridad. El celo del santo movió a otros sacerdotes a seguir su ejemplo. En 1849, gracias al P. Claret principalmente, se fundó la congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Actualmente los "claretianos", como suele llamárselos, se hallan extendidos no sólo en España, sino también en América y otras partes.

Poco después de la fundación de esa gran obra, el P. Claret fue elegido obispo de Santiago de Cuba. La tarea era excepcionalmente difícil, ya que una organización de fanáticos y turbulentos anticristianos combatieron siste-

máticamente todas las reformas emprendidas por el santo. Como si ello no fuese suficiente, atentaron varias veces contra su vida. En cierta ocasión, un hombre, furioso de que el santo hubiese convertido a su amante, le hirió gravemente. El propio San Antonio intercedió por el agresor y logró que se le conmutase la pena de muerte. En 1857 volvió San Antonio a España como confesor de la reina Isabel II, después de renunciar al gobierno de su diócesis. En la corte sólo residía el tiempo estrictamente necesario para el cumplimiento de sus funciones, el resto lo consagraba a predicar misiones y a difundir los buenos libros, especialmente en catalán. A él debe España la fundación de la Librería Religiosa de Barcelona, que ha ejercido una influencia enorme en el renacimiento religioso del país. Se dice que San Antonio predicó durante su vida 10,000 sermones y escribió cerca de 200 libros y folletos para instrucción y edificación del clero y el pueblo. Como rector del Escorial, estableció un laboratorio científico, un museo de historia natural, una escuela de música, otra de lenguas, etc. El santo vivía en perpetua unión con Dios; entre las gracias sobrenaturales más notables que el Señor le concedió, se contaban, además de los éxtasis, los dones de profecía y de curación.

Las condiciones políticas de España y la actitud de la reina para con la Santa Sede hicieron muy difícil la posición de San Antonio. Durante la revolución de 1868, fue desterrado junto con la reina. Entonces pasó a Roma, donde empleó su influencia en promover la definición de la infalibilidad pontificia. Sus amigos de España quisieron hacerle volver a su patria, pero el intento fracasó. San Antonio cayó gravemente enfermo en Francia y murió en el monasterio cisterciense de Fontfroide, cerca de Narbona, el 24 de octubre de 1870. Fue canonizado en 1950.

Véase J. Echevarría, *Recuerdos de Antonio Claret* (1938), y D. Sargent, *The Assignments of Antonio Claret* (1950). En español y en catalán existen numerosas biografías: las de L. Clotet (1882) y J. Blanch (1924) han sido traducidas al francés. En *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XLIV (1952), pp. 345-358, puede verse el decreto de canonización y un resumen biográfico.

SANTOS CRISANTO y DARIA, Mártires (Fecha desconocida)

El culto de estos mártires en Roma, que data de muy antiguo, prueba que existieron realmente y que dieron su vida por Cristo; pero el relato de su martirio es una invención de fecha muy posterior. Según dicho relato, Crisanto era hijo de un patricio llamado Polemio, quien se trasladó, con su hijo, de Alejandría a Roma, durante el reinado de Numeriano. Un sacerdote llamado Carpóforo, instruyó y bautizó a Crisanto. Al enterarse, Polemio se indignó en extremo y con objeto de que Crisanto renunciase a la castidad y a su nueva religión, introdujo en su habitación a cinco mujeres de mala vida. Como la estratagema no diese resultado, Polemio propuso a su hijo que contrajese matrimonio con una sacerdotisa de Minerva, llamada Daría. No sabemos cómo ni por qué, Crisanto aceptó la proposición de su padre, convirtió a Daría al cristianismo y ambos guardaron la virginidad en el matrimonio. Juntos convirtieron a muchos personajes de la sociedad romana. Finalmente, fueron denunciados y comparecieron ante el tribuno Claudio. Este entregó a Crisanto a un pelotón de soldados, con la orden de obligarle por todos los medios a ofrecer sacrificios a Hércules. Los soldados sometieron a Crisanto a diferentes torturas, pero la

firmeza del mártir fue tal que el propio tribuno, su esposa Hilaria y sus dos hijos confesaron a Cristo. También los soldados siguieron su ejemplo. El emperador mandó asesinarlos a todos. Hilaria consiguió escapar, pero fue capturada más tarde, cuando se hallaba orando ante el sepulcro de los mártires. El Martirologio Romano conmemora a San Claudio y sus compañeros el 3 de diciembre. Entre tanto, Daría había sido enviada a una casa de prostitución, donde la defendió un león que se había escapado del circo. Para acabar con la fiera, los soldados tuvieron que incendiar la casa. Daría y Crisanto comparecieron entonces ante el propio Numeriano, quien los condenó a muerte. Fueron primero apedreados y después, enterrados vivos en una antigua mina de arena de la Vía Salaria Nova. El día del aniversario de la muerte de los mártires, algunos cristianos se reunieron ahí a orar junto a su sepulcro. El emperador se enteró de que los fieles se hallaban dentro y mandó tapiar la entrada de la mina con rocas y tierra, de suerte que los cristianos murieron ahí. Se trata de los santos Diodoro (sacerdote), Mariano (diácono) y sus compañeros, a quienes se conmemora el 1º de diciembre.

Es probable que San Crisanto y Santa Daría hayan sido realmente apedreados y enterrados en vida en una mina. Se cuenta que su tumba y la de los cristianos martirizados el día de su aniversario fue descubierta más tarde. San Gregorio de Tours describió de oídas el santuario que se había erigido sobre la mina, pero sin nombrar a los mártires. En el siglo IX, las pretendidas reliquias de San Crisanto y Santa Daría fueron trasladadas a Prüm en la Prusia renana y, cuatro años después, a Münstereifel, donde se encuentran en la actualidad. El sepulcro de los mártires se hallaba en las cercanías del cementerio de Trasón, en la Vía Salaria Nova, donde hay varias antiguas minas de arena.

Existen dos textos de la leyenda: uno griego y otro latino. Ambos se encuentran en *Acta Sanctorum*, oct., vol. XI. En CMH. (12 de agosto), Delehaye discute muy extensamente los datos históricos. El 12 de agosto es propiamente el día de la conmemoración de estos mártires, pero se les menciona también el 20 de diciembre. Delehaye hace notar que la fecha del 25 de octubre, escogida por el Martirologio Romano para la celebración de la fiesta, proviene probablemente de un relato de la traslación de las reliquias en dicha fecha. El calendario de mármol de Nápoles (*c.* 850) parece confirmar esta opinión. Se sabe que el Papa San Dámaso escribió un epitafio para el sepulcro de los mártires; pero el que se le atribuía antiguamente data ciertamente de una fecha posterior. Véase J. P. Kirsch, *Festkalender* (1924), pp. 90-93; y DAC., vol. III, cc. 1560-1568.

SANTOS CRISPIN y CRISPINIANO, MÁRTIRES
(Fecha desconocida)

ESTOS DOS mártires fueron muy famosos en el norte de Europa durante la Edad Media. Actualmente, se les recuerda particularmente en Inglaterra a causa del discurso que Shakespeare pone en labios de Enrique V, la víspera de la batalla de Agincourt ("Enrique V", act., IV, esc., 3). Desgraciadamente el relato del martirio, que es muy posterior a los hechos, no merece crédito alguno. Según dicho relato, Crispín y Crispiniano fueron de Roma a la Galia a predicar el Evangelio a mediados del siglo III, junto con San Quintín y otros misioneros. Se establecieron en Soissons, donde instruyeron a muchos en la fe de Cristo. Predicaban durante el día, pero en la noche, de acuerdo con el ejemplo de San Pablo, se ganaban la vida remendando zapatos, a pesar de que eran de noble cuna. Los dos hermanos vivieron así varios años y más tarde, cuando el

emperador Maximiano fue a la Galia, fueron acusados ante él. Maximiano, probablemente más por complacer a los acusadores que por satisfacer su propia crueldad y susperstición, mandó que Crispín y Crispiniano compareciesen ante Ricciovaro, que era un enemigo irreconciliable del cristianismo (si es que existió en realidad). Ricciovaro los sometió a diversas torturas y trató en vano de ahogarlos y cocerlos vivos. Ese fracaso le encolerizó tanto, que se arrojó en la hoguera preparada para los mártires, a fin de quitarse la vida. Entonces, Maximiano mandó decapitar a los dos hermanos. Se cuenta que Crispín y Crispiniano sólo aceptaban por su trabajo lo que sus clientes les ofrecían buenamente, cosa que predispuso a los paganos en favor del cristianismo. Más tarde se construyó una iglesia sobre el sepulcro de los mártires, y San Eligio el Herrero se encargó de embellecerla. San Crispín y San Crispiniano son los patronos de los zapateros, curtidores y talabarteros.

El Martirologio Romano afirma que las reliquias de los mártires fueron transladadas de Soissons a la iglesia de San Lorenzo in Panisperna, en Roma. En realidad, no sabemos nada acerca de estos mártires y es muy posible que hayan muerto en Roma y que sus reliquias hayan sido posteriormente transladadas a Soissons, donde empezó a tributárseles culto.

La tradición local que relaciona a estos mártires con el pequeño puerto de Faversham de Kent no figura en el artículo de Alban Butler. Sin embargo, debía ser muy conocida en su tiempo, puesto que todavía existe. Se cuenta que los dos hermanos se refugiaron en dicho puerto para huír de la persecución y que abrieron una zapatería en el sitio que ocupa actualmente la "Posada del Cisne", en el extremo de la calle Preston, "cerca del Pozo de la Cruz". Un tal Mr. Southouse, que escribió alrededor del año 1670, dice que, en su época, "muchas personas extranjeras que practicaban el noble oficio de zapateros solían visitar el lugar", de suerte que la tradición debía ser conocida fuera de Inglaterra. En la parroquia de Santa María de la Caridad había un altar dedicado a San Crispín y San Crispiniano.

El ejemplo de estos santos muestra que se equivocan de medio a medio los cristianos que se consideran dispensados de aspirar a la perfección a causa de la atención que exige el cuidado de la familia y del oficio. Si tales cristianos no alcanzan la perfección, se debe a su negligencia y debilidad. Muchas personas se han santificado trabajando en una finca o regenteando un comercio. San Pablo fabricaba tiendas, San Crispín y San Crispiniano eran zapateros, la Santísima Virgen se ocupaba del cuidado de su casa. Jesús trabajaba con su padre adoptivo y aun los monjes que se apartaban totalmente del mundo para dedicarse a la contemplación de las cosas divinas, tejían esteras y cestos, labraban la tierra o copiaban y empastaban libros. Todos los estados de vida ofrecen numerosas ocasiones de ejercitar las buenas obras y de santificarse.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XI, puede verse el relato del martirio de estos santos, con un comentario muy completo. La historicidad del martirio está garantizada por la mención del *Hieronymianum* en este día: *In Galiis civitate Sessionis Crispini et Crispiniani.* Cf. Delehaye, *Etude sur le légendier romain*, pp. 126-129, 132-135; y CMH., pp. 337-338, 570-571; Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, pp. 141-152.

SANTOS FRONTON y JORGE, Obispos (Fecha desconocida)

No cabe duda de que estos dos santos existieron realmente y evangelizaron

Périgord; pero la leyenda de su vida fue inventada o modificada con el objeto de relacionar con los Apóstoles el origen de la sede de Périgueux. Según dicha leyenda, Frontón pertenecía a la tribu de Judá y nació en Licaonia. Se convirtió a la fe por el testimonio de los milagros de nuestro Señor, fue bautizado por San Pedro, y llegó a ser uno de los setenta y dos discípulos de Cristo. Acompañó a San Pedro a Antioquía y a Roma, de donde el príncipe de los Apóstoles le envió junto con San Jorge a predicar en la Galia. Jorge murió en el camino, pero el báculo de San Pedro le resucitó, como en el caso de San Materno de Tréveris y San Marcial de Limoges. San Frontón predicó con gran éxito. Sobre su ministerio se cuentan muchos detalles extravagantes y milagros fantásticos. El centro de su predicación era Périgueux, donde se le venera como primer obispo. La leyenda posterior ha sido enriquecida con un incidente que procede de la vida de otro San Frontón, que fue ermitaño en el desierto de Nitria. San Jorge, a quien se venera como primer obispo de Le Puy, evangelizó la región de Velay.

La leyenda primitiva afirma que San Frontón nació en Leuquais de Dordogne (no en Licaonia), bastante cerca de la región de Périgueux, que debía evangelizar más tarde. Los anacronismos y rasgos extravagantes abundan tanto en esta leyenda como en la que acabamos de resumir; sin embargo, hay motivos para creer que el autor de la leyenda primitiva se basó en ciertos datos históricos, y en la vida de San Gerardo (que data del siglo VII) se habla claramente del sepulcro de San Frontón en Périgueux.

En "Vidas de santos..." (vol. X, 1952), los benedictinos de París narran una deliciosa anécdota tomada de la introducción de Andrés Lavertujon a su edición de la "Crónica de Sulpicio Severo", quien afirma que la encontró en una vida de San Frontón: "Lo que más nos llamó la atención en la vida extraordinaria de San Frontón fue lo siguiente: El procónsul Esquirio había desterrado al santo a un bosque en las cercanías de Périgueux. Frontón habría muerto de hambre, si el orgulloso romano, acuciado por los remordimientos, no le hubiese enviado setenta camellos cargados de víveres para él y sus compañeros. Añorando aquellos camellos que se paseaban por las orillas de nuestro río Dordogne, preguntamos al sacerdote que nos había narrado la historia: "Padre, ¿por qué ya no hay camellos aquí?" "Porque ya no los merecemos", fue su respuesta.

Las páginas consagradas al santo en *Acta Sanctorum*, oct., vol. XI, están ya anticuadas. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XLVIII (1930), pp. 324-360, donde hay una discusión seria sobre los documentos. M. Coens editó, bajo el título de *La Vie ancienne de St. Front*, el texto de la más antigua biografía del santo, según lo había reconocido Duchesne en *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 130-134.

SAN GAUDENCIO, Obispo de Brescia (*c.* 410 p.c.)

A lo que parece, San Gaudencio fue educado por San Filastro, obispo de Brescia, a quien llama "padre". Como sus paisanos tuviesen a Gaudencio en alta estima, el santo decidió hacer una peregrinación a Jerusalén, con la esperanza de que sus compatriotas le olvidasen, pero no lo consiguió. En Cesarea de Capadocia conoció a las hermanas y a las sobrinas de San Basilio, quienes le entregaron las reliquias de los Cuarenta Mártires, seguras de que Gaudencio las veneraría con el mismo fervor que ellas. San Filastro murió durante la

ausencia de Gaudencio, el pueblo y el clero de Brescia le eligieron obispo y se obligaron, bajo juramente, a no aceptar otro pastor. San Gaudencio se doblegó cuando los obispos de oriente le amenazaron con negarle la comunión si no aceptaba el cargo. Fue consagrado por San Ambrosio alrededor del año 387. El sermón que el nuevo obispo predicó en esa ocasión puso de manifiesto el temor que, por humildad, le inspiraban su juventud y su inexperiencia.

Los habitantes de Brescia cayeron pronto en la cuenta del tesoro que tenían en aquel pastor tan santo. Por aquel entonces, vivía refugiado en Brescia un noble caballero llamado Benévolo, por haber caído en desgracia de la emperatriz Justina, al negarse a redactar un edicto en favor de los cristianos. Benévolo profesaba una veneración auténtica por San Gaudencio, hasta el extremo de que en cierta ocasión, cuando estaba enfermo e impedido de asistir a los sermones que pronunciaba el obispo, le envió un mensaje para suplicarle que se los escribiese. Gracias a que San Gaudencio accedió a la petición de Benévolo, entre los veintiún sermones del santo que se conservan hasta hoy, diez están escritos de su puño y letra. En el segundo de los que Gaudencio envió a su enfermo admirador, pronunciado ante los neófitos que habían recibido el bautismo el Sábado Santo, explicaba los misterios de la Sagrada Eucaristía, sobre los que no podía explayarse en presencia de los catecúmenos. Sobre el particular decía, entre otras cosas: "El Creador y Señor de la naturaleza, que hace brotar el pan de la tierra, convirtió también en pan su propio Cuerpo, porque así lo había prometido y podía hacerlo. Aquél mismo que transformó el agua en vino, hizo vino de su propia Sangre".

En un prefacio que el mismo Gaudencio escribió para la colección de sus discursos, pone en guardia al lector contra las ediciones falsificadas. Edificó en Brescia una iglesia a la que dio el nombre de "Asamblea de los Santos" y a su consagración invitó a muchos obispos. En aquella ocasión, pronunció el décimo séptimo sermón de los veintiuno que se conservan. En él, anunciaba que en su nueva iglesia se hallaban depositadas algunas reliquias de los Apóstoles y de otros santos y afirmaba, asimismo, que la mínima porción de la reliquia de un mártir es tan eficaz en sus virtudes como la reliquia entera. "Así pues, agregaba, para que merezcamos el patrocinio de tantos santos, acerquémonos a suplicarles con entera confianza y ardiente deseo que nos obtengan todos los bienes que pedimos por su intercesión. Cristo, dador de todas las gracias, será así glorificado".

El año 405, el Papa San Inocencio I envió a San Gaudencio y a otros dos legados al oriente, para defender la causa de San Juan Crisóstomo ante Arcadio. Aquél escribió una carta a San Gaudencio para agradecerle su intervención. Los legados fueron aprisionados en Tracia, donde se los despojó de todos sus papeles y se los incitó con halagos a declararse en comunión con el usurpador de la sede de San Juan Crisóstomo. Se cuenta que San Pablo se apareció a uno de los diáconos de la comitiva para alentarlos en su lucha. Finalmente los legados volvieron sanos y salvos a Roma, aunque parece que sus enemigos deseaban que naufragasen, pues les enviaron en un navío destartalado. San Gaudencio murió probablemente el año 410. Rufino le calificó de "gloria de los doctores de la época en que vive". El Martirologio Romano le conmemora en este día. El 14 de octubre conmemora a otro San Gaudencio, obispo de Rímini, quien fue tal vez martirizado por los arrianos el año 359. Los canónigos regulares de Letrán celebran su fiesta.

No existe ninguna biografía propiamente dicha de San Gaudencio; sin embargo, en *Acta Sanctorum*, oct., vol. XI, hay un artículo bastante completo, tomado de las alusiones y cartas de los contemporáneos del santo. En *Brixia sacra*, revista eclesiástica de Brescia, han aparecido varios artículos sobre San Gaudencio; véase, por ejemplo, vol. VI y vol. XII (1915-1916). Cf. Lanzoni, *Diocesi d'Italia* (1927), vol. II, pp. 963-965; y *Journal of Theological Studies*, vol. XII (1914), pp. 593-596. Acerca de los sermones del santo, véase A. Gluek, *Sti. Gaudentii... tractatus* (1936).

SANTOS ENGRACIA, FRUTOS Y VALENTIN, Mártires (*c.* 745 p.c.)

Sepúlveda era un caserío de Castilla la Vieja, encaramado sobre las pendientes rocosas de la Sierra de Guadarrama, a la entrada del paso de Somo Sierra. Más o menos cuatro leguas al noroeste de Sepúlveda, hay una enorme roca que domina un precipicio de casi cien metros de profundidad, estrecho y oscuro cañón, en cuyo fondo corre el río Duratón, que las gentes del lugar conocen desde tiempos inmemoriales con el nombre de Cuchillada. En aquella peña agreste y aislada del resto del mundo, vivían a fines del siglo VII los hermanos Frutos y Valentín y su hermana Engracia. Dice la tradición que aquella Cuchillada se abrió en las rocas milagrosamente para proteger a Frutos, perseguido de cerca por los moros. En aquel nido de águilas se estableció Frutos. Le siguieron sus hermanos: Valentín fue a morar en un vecino nicho de piedra y Engracia se refugió en una gruta abierta en el muro de roca que caía sobre el río. Al imaginarla ahí, joven, hermosa y llena de devoción y amor a Dios, se sueña con las palabras del Cantar de los Cantares (II, 14): "¡Oh casta paloma mía!, tú que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos; pues tu voz es dulce y bello tu rostro".

Frutos murió en paz sobre su observatorio de eternidad, hacia el año 715, poco después de la invasión de los árabes, pero su hermano y su hermana perdieron la vida a manos de los invasores. Frutos fue sepultado en un pequeño santuario al que inmediatamente comenzaron a acudir los fieles cristianos de los alrededores. Alfonso VI de Castilla cedió aquella capilla con sus terrenos a Fortunio, abad de Silos, en la diócesis de Burgos, en el año de 1076 y, en el curso de los veinte años siguientes se edificó en el lugar una nueva iglesia, consagrada el año 1100 y que aún existe.

Buena parte de las reliquias de San Frutos fue trasladada a la ciudad de Segovia, al pie de la Sierra de Guadarrama, de donde se le nombró patrono. En 1681, una de las reliquias del santo tuvo el honor de ser venerada en el Escorial. A fines del siglo XIX, la iglesia de San Frutos era el santuario más frecuentado en la diócesis de Segovia, y los días 25 de octubre, fecha de su fiesta, el templo era pequeño para contener a tantos peregrinos.

En 1476, una bula de Sixto IV dio a los dos hermanos el título de mártires para su culto en Silos. Un misal de Segovia impreso en 1500 nombra a Valentín, confesor, y a Engracia, virgen. Más tarde, a los tres se los veneró como mártires en la diócesis de Segovia.

El investigador benedictino Dom Férotin publicó una inscripción grabada en el año 1019 por tres peregrinos en una piedra de la ermita de San Valentín, que atestigua la popularidad del culto a este santo y sus hermanos.

En 1570, un abad de Silos escribió un relato de los numerosos milagros

obrados en aquel lugar santo. Se cuenta, por ejemplo, que en 1225, cuando llegaron los peregrinos para las fiestas de la Santísima Trinidad, venía entre ellos un caballero de Segovia con su esposa. El hombre tenía profundos agravios contra su mujer y estaba dispuesto a matarla. Cuando ambos ascendían por la pendiente, hacia la ermita de San Valentín, empujó a la mujer hacia el abismo. La infortunada profirió un grito desgarrador y cayó hasta el fondo. Los peregrinos y los religiosos bajaron a toda prisa y encontraron a la dama ilesa, arrodillada junto al río dando gracias a Dios y a San Frutos por su salvación. Después de aquel prodigio, la mujer abandonó a su esposo para ingresar a un monasterio y no pasó mucho tiempo sin que su esposo, arrepentido, hiciera lo propio.

Acta Sanctorum, oct. vol. XI, pp. 692-704. Lo que ahí dice se complementa con la obra de M. Férotin, *Hist. de l'abbaye de Silos*, 1897, pp. 217-223, 293-294, 339 y 343. La *Bio-bibliographie*, vol. I, 1905, cols. 1621-1622, de U. Chèvaliere. En cuanto al milagro de la mujer arrojada al precipicio, véase *Le Sacrement de l'amour*, tercera ed. 1950, de Ch. Massabki.

BEATO CRISTOBAL DE ROMAGNOLA (1272 P.C.)

CRISTÓBAL DE Romagnola, a quien se conoce también con el nombre de Cristóbal de Cahors, fue discípulo personal de San Francisco de Asís. Cuando era párroco de la diócesis de Cesena y ya cumplidos los cuarenta años de edad, Cristóbal renunció a su beneficio para ingresar en la orden recién fundada de los Frailes Menores. Pronto se distinguió entre sus hermanos por sus austeridades corporales y el cariño con que servía a los leprosos. Fue enviado a Francia para predicar contra los albigenses y fundó el convento franciscano de Cahors, entre otros. Murió en Cahors, siendo ya muy anciano. Su culto fue aprobado en 1905.

Los bolandistas (31 de octubre) relegan a este beato entre los *praetermissi* (olvidados), porque no encontraron suficientes pruebas de la continuidad de su culto. El decreto de confirmación del culto, que incluye un resumen biográfico, puede verse en *Analecta Ecclesiastica* (1905), p. 206. En *Analecta Franciscana*, vol. III, pp. 161-173, hay una biografía escrita por Bernardo de Besse. Véase también la biografía de Léopold de Chérancé (1907).

BEATO BALTASAR DE CHIAVARI (1492 P.C.)

BALTASAR Ravaschieri nació en Chiavari, puerto del golfo de Génova, hacia el año de 1420. Ingresó en la orden de los Frailes Menores de la observancia, donde hizo la profesión a su debido tiempo y recibió la ordenación sacerdotal. Baltasar fue amigo y compañero de predicación del Beato Bernardino de Feltre, con quien predicó con gran entusiasmo y éxito muchas misiones. Pero la enfermedad puso término a sus actividades misionales. Cuando ya no podía andar, el Beato Baltasar pedía que le llevasen cargando a la iglesia para asistir a la misa, a los oficios y para oír las confesiones de las grandes multitudes que acudían en su busca. De cuando en cuando, le trasportaban a algún bosque, donde pasaba largas temporadas entregado a la oración y la lectura espiritual. En una de esas ocasiones, tuvo una visión de la Santísima Virgen, la cual le protegió milagrosamente de una nevada. En el siglo XVI, se grabó en piedra una inscripción para conmemorar ese doble milagro, cuya mención se incluyó

en 1678 en los archivos de Chiavari. El Beato Baltasar murió el 17 de octubre de 1492, en Binasco. Su culto fue confirmado en 1930.

Existen numerosos documentos para probar la existencia del culto del Beato Baltasar, pero sabemos muy poco acerca de su vida. Véase *Archivum Franciscanum Historicum*, vol. II (1909), p. 523. Los pocos materiales que poseemos fueron reunidos por fray Bernardino da Carasco en *Il B. Baldassare Ravaschieri* (1930).

BEATO TADEO, Obispo de Cork y Cloyne (1497 p.c.)

Muy poco sabemos sobre la juventud de Tadeo, que fue el único irlandés elevado al honor de los altares durante el período comprendido entre la canonización de Lorcan O'Toole (1228) y la beatificación de Oliverio Plunket (1920). Pertenecía a la familia real de los MacCarthy. Nació en la región de Munster, conocida actualmente con el nombre de Desmond. Su padre era señor de Muskerry y su madre era hija de Fitzmaurice, señor de Kerry. El nombre de Tadeo fue muy común en la familia durante siete siglos. Se dice que el beato hizo sus primeros estudios bajo la dirección de los frailes menores de Kilcrea. Después, partió al extranjero. Según parece, se hallaba en Roma en 1482 (tenía entonces veintisiete años), cuando el Papa Sixto IV le nombró obispo de Ross. Tres años más tarde, cuando Enrique Tudor empezó a gobernar los tres reinos, los geraldinos yorkistas decidieron imponer a su propio candidato en la sede de Ross. Desde que el Papa había nombrado obispo al Beato Tadeo, el auxiliar de su predecesor, Hugo O'Driscoll, estaba descontento. Los enemigos de Tadeo alegaron que éste había obtenido del Pontífice la dignidad episcopal con engaños. También le acusaron de otros crímenes. El conde de Desmond se ap[redacted]e las rentas de la sede, y el obispo tuvo que refugiarse en una abad[redacted]iense, en las cercanías de Parma, que el obispo de Clogher le había dado *in commendam*. Las maquinaciones que los Fitzgerald dieron por resultado que la Santa Sede suspendiese al Beato Tadeo en 1488. Este acudió entonces a Roma para defender personalmente su causa. Al cabo de dos años de investigaciones, el Papa Inocencio VIII confirmó la elevación de Hugo a la sede de Ross, pero nombró a Tadeo obispo de las diócesis unidas de Cork y Cloyne, que estaban entonces vacantes.

Cuando el beato llegó a su diócesis, tuvo la desagradable sorpresa de ver que se le cerraban las puertas de su propia catedral y que las rentas de la sede se hallaban en manos de los Fitzgerald, los Barry y otros. En vano intentó hacer valer sus derechos y de conseguir, por medios pacíficos, que se le reconociese. Como todo resultase inútil, decidió partir nuevamente a Roma y apelar a la Santa Sede. El Papa condenó a los usurpadores y dio al beato cartas para el conde de Kildare, que era entonces jefe del gobierno en Irlanda, para los principales miembros del clan del propio Mateo y para otros personajes de importancia. En ellas, el Pontífice los exhortaba a proteger al beato y hacer triunfar la causa de la justicia. El Beato Tadeo emprendió, a pie, el viaje de vuelta. El 24 de octubre de 1497 llegó a Ivrea, al pie de los Alpes y se hospedó en la posada de los canónigos regulares de San Bernardo de Montjoux. A la mañana siguiente, le encontraron muerto en su lecho.

Los canónigos revisaron el equipaje del muerto y se enteraron de quién se trataba. Inmediatamente comunicaron la noticia al obispo de Ivrea, el cual mandó que fuese sepultado con la mayor solemnidad. Pronto corrió la noticia

de la muerte de aquel obispo que viajaba a pie y de incógnito, como un humilde peregrino y todo el pueblo asistió a los funerales en la catedral. Las personas piadosas siguieron visitando el sepulcro, y así empezó a extenderse el culto popular, favorecido por numerosos milagros. Mons. Richelmy, obispo de Ivrea y Mons. Callaghan, obispo de Cork, promovieron la causa de beatificación de Tadeo, cuyo culto fue finalmente aprobado en 1895. Su fiesta se celebra en las diócesis de Ivrea, Ross, Cork y Cloyne.

No poseemos muchos datos sobre el Beato Tadeo. Las lecciones del oficio del día de su fiesta pueden verse en *Irish Ecclesiastical Record* (1896), pp. 859-861. El decreto de confirmación del culto se halla en *Analecta Ecclesiastical*, vol. III (1895), p. 456; dicho decreto da pocos detalles biográficos y habla más bien de los milagros obrados por el beato en Ivrea. Cf. V. Berardi, *Italy and Ireland in the Middle Ages* (1950).

BEATO RICARDO GWYN MÁRTIR (1584 P.C.)

DURANTE CUARENTA años a partir de la disolución de los monasterios, Gales conservó su intenso catolicismo, ya que la mayoría de las principales familias y de la gente del pueblo, permanecieron fieles a la fe. Pero, cuando los misioneros católicos empezaron a pasar del continente europeo a Inglaterra, la reina Isabel y sus ministros se propusieron desarraigar el catolicismo, cortando los canales de la gracia sacramental y silenciando las voces que predicaban la palabra de Dios. En Gales, la primera víctima de esa campaña fue un laico llamado Ricardo Gwyn (alias White). Nació en Llanidlos, en el Montgomeryshire, en 1537, y fue educado en el protestantismo. Después de hacer sus estudios en el Colegio de San Juan, de Oxford, abrió una escuela en Overton, de Flintshire. Poco después se convirtió al catolicismo. Cuando su ausencia de los servicios protestatantes despertó sospechas, Ricardo se transladó a Erbistock con su familia. En 1579, mientras se hallaba en Wrexham, fue reconocido por un apóstata, quien le denunció a las autoridades. Ricardo fue arrestado, pero consiguió escapar. En junio de 1580, el consejo de la reina ordenó a los obispos protestantes que tratasen más enérgicamente a los católicos que se negaban a prestar el juramento de fidelidad, especialmente a "todos los maestros de escuela, así públicos como privados". De acuerdo con las instrucciones, los obispos mandaron arrestar, un mes después, a Ricardo Gwyn, a quien el juez envió a la prisión de Ruthin. Compareció nuevamente ante el juez alrededor del día de San Miguel, pero, como se negó a prestar el juramento de fidelidad, fue devuelto a la prisión. En mayo del año siguiente, el juez ordenó que se le condujese por fuerza a una iglesia protestante. Ricardo aprovechó la ocasión para interrumpir al predicador con el ruido ensordecedor de sus cadenas. En castigo, se le puso en el cepo desde las 10 de la mañana hasta las 8 de la noche, "en tanto que una turba de ministros protestantes le molestaba". Uno de ellos afirmaba que él poseía el poder de atar y desatar, exactamente lo mismo que San Pedro. Como aquel ministro tenía la nariz tan colorada como la de un bebedor, Ricardo le respondió exasperado: "La diferencia es que, en tanto que San Pedro recibió las llaves del Reino de los Cielos, vos habéis recibido, según parece, las llaves de la bodega". El juez le condenó a pagar una multa de 800 libras por hora haber causado desorden en la iglesia. En septiembre, se le impuso una multa de 1680 libras (con el valor actual) por no haber asistido a los servicios protestantes en todo el tiempo

que llevaba en la prisión. El juez le preguntó cómo iba a pagar esas multas tan elevadas. Ricardo respondió: "Tengo algún dinero". "¿Cuánto?", preguntó el juez: "Seis peniques", replicó el beato sonriendo. Después de ser juzgado otras tres veces, fue enviado con otros tres laicos y el sacerdote jesuita Juan Bennet ante el consejo de las Marcas. Los mártires fueron torturados en Bewdley, Ludlow y Bridgnorth, para que revelasen los nombres de otros católicos.

En octubre de 1584, el Beato Ricardo fue juzgado por octava vez, en Wrexham, junto con otros dos católicos, Hughes y Morris. Se le acusaba de haber tratado de reconciliar con la Iglesia de Roma a un tal Luis Gronow y de haber sostenido la soberanía pontificia. Ricardo respondió que jamás había cruzado una palabra con Gronow. Este último declaró más tarde, públicamente, que el vicario de Wrexham y otro fanático le habían pagado a él y a otras dos personas cierta suma para que levantasen falso testimonio. Como los miembros del jurado se negaron a asistir al juicio, el juez formó de improviso otro jurado, cuyos miembros tuvieron la ingenuidad de preguntarle, ¡a quiénes debían absolver y a quiénes debían condenar!, Ricardo Gwyn y Hughes fueron sentenciados a muerte, y Morris recobró la libertad. (Hughes fue después indultado). El juez mandó llamar a la esposa de Ricardo, quien se presentó con su hijito en los brazos y la exhortó a no imitar a su marido. Ella replicó: "Si lo que queréis es sangre, podéis quitarme la vida junto con la de mi esposo. Basta con que deis un poco de dinero a los testigos e inmediatamente declararán contra mí". El Beato Ricardo fue ejecutado en Wrexham (que es actualmente la cabecera de la diócesis de Mynwyn), el 15 de octubre de 1584. Era un día lluvioso.

La multitud gritó que le dejasen morir antes de desentrañarlo, pero el alcalde, que era un apóstata, se negó a conceder esa gracia. El mártir gritó en la tortura: "¡Dios mío! ¿Qué es esto?" "Una ejecución que se lleva a cabo por orden de Su Majestad", replicó uno de los esbirros. "¡Jesús, ten misericordia de mí!", exclamó el Beato Ricardo. Unos instantes después, su cabeza rodaba por el suelo.

Durante sus cuatro años de prisión, el Beato Ricardo escribió en galés una serie de poemas religiosos, en los que exhortaba a sus compatriotas a permanecer fieles a la Santa Madre Iglesia y descríbía, con una violencia comprensible en sus circunstancias, a la nueva religión y sus ministros. Fue beatificado en 1929. La diócesis de Mynwyn celebra su fiesta.

Véase Challoner, MMP., pp. 102-105, quien llama al beato "white", que es la traducción de la palabra galesa "Gwyn"; Burton y Pollen, LEM., vol. I, pp. 127-144) y T. P. Ellis, *The Catholic Martyrs of Wales* (1933), pp. 18-33. Acerca de los poemas galeses del Beato Ricardo, véanse las publicaciones de la *Catholic Record Society*, vol. V, pp. 90-99.

26: SAN EVARISTO, PAPA Y MÁRTIR (*c.* 107 P.C.)

SAN Evaristo sucedió a San Clemente en la sede romana durante el reinado de Trajano. Gobernó la Iglesia alrededor de ocho años y fue el cuarto sucesor de San Pedro. El *Liber Pontificalis* dice que era hijo de un judío griego de Belén. También afirma, erróneamente, que dividió la ciudad de

Roma en varios títulos o parroquias gobernadas por un sacerdote y que nombró a siete diáconos para toda la ciudad. Generalmente se le da el título de mártir, por más que su martirio no esté probado. Fue enterrado cerca del sepulcro de San Pedro, en el Vaticano.

En *Acta Sanctorum* hay un artículo sobre San Evaristo; pero en el texto y las notas del *Liber Pontificalis* (edic. Duchesne) está resumido todo lo esencial. Véase el interesante artículo del P. Nostiz-Rieneck, *Brevierlektionen der Päpste Evaristos und Alexander I*, en *Zeitschrift für Katholische Theologie*, vol. XXIX (1905), pp. 159-165.

SANTOS LUCIANO y MARCIANO, Mártires (¿250? p.c.)

Según el relato de su martirio, Luciano y Marciano, que habían estudiado la magia negra, se convirtieron al cristianismo al ver que sus supersticiones no tenían poder alguno sobre una doncella cristiana. Iluminados por la luz de la fe, quemaron públicamente sus libros en Nicomedia. Una vez que lavaron sus crímenes con el sacramento del bautismo, distribuyeron sus posesiones entre los pobres, y se retiraron a la soledad para fortalecerse con la oración y la mortificación, en la gracia que acababan de recibir. Más tarde, hicieron varios viajes al extranjero para predicar a Cristo entre los gentiles. Cuando Decio publicó sus edictos persecutorios en Bitinia, Luciano y Marciano fueron arrestados. El procónsul Sabino, ante el cual comparecieron, preguntó a Luciano quién le había autorizado a predicar en el nombre de Jesucristo. El mártir replicó: "Todo ser humano está autorizado a tratar de apartar del error a sus hermanos". También Marciano se glorió en el poder de Jesucrito. Cuando el juez los condenó a la tortura, los mártires le hicieron notar que, en la época en que adoraban a los ídolos y practicaban la magia abiertamente, no habían incurrido en ningún castigo, en cambio ahora que eran buenos ciudadanos se los condenaba a la tortura. Sabino los amenazó entonces con nuevos tormentos. Marciano replicó: "Estamos prontos a sufrirlos, pero de ningún modo abjuraremos del verdadero Dios, pues con ello mereceríamos ser enviados al fuego que no se extingue". Entonces, Sabino los condenó a perecer quemados en vida. Los mártires se dirigieron con gran gozo al sitio de la ejecución, cantando himnos de agradecimiento a Dios. Esta leyenda es simplemente una novela fundada en un hecho histórico, ya que hubo realmente un grupo de mártires en Nicomedia.

Se conservan los textos latino y sirio de la *pasión* de estos mártires; probablemente, el texto original era griego, pero se ha perdido. El texto latino puede verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. XI. El texto sirio fue editado por S. E. Assemani (*Acta ss. mart. orientalium*, vol. II, pp. 49 ss.), quien lo tomó de un manuscrito del siglo V o VI. El Breviario sirio, de principios del siglo V, conmemora también a estos mártires el 26 de octubre; pero a Luciano le llama Silvano, y sitúa el martirio en Antioquía. El *Hieronymianum* celebra a nuestros mártires junto con Floro. Delehaye discute la cuestión en CMH., p. 572.

SAN RUSTICO, Obispo de Narbona (c. 461 p.c.)

Rústico, que nació en el sur de la Galia, era hijo del obispo llamado Bonoso. Se cree que en una carta de San Jerónimo, escrita hacia el año 411 y dirigida a él, le aconsejaba adoptar la vida eremítica. El año 427, Rústico fue elegido

obispo de Narbona. La diócesis estaba entonces en crisis, pues los invasores godos difundían el arrianismo y los católicos se hallaban muy divididos. Finalmente, San Rústico escribió al Papa San León I para exponerle sus dificultades (que, según parece, procedían del sínodo que él mismo había reunido en 458) y para pedirle permiso de renunciar. El Papa le disuadió de ello y escribió una extensa carta al obispo acerca del gobierno de su diócesis. San Rústico construyó en Narbona una catedral donde todavía se conserva la inscripción que mandó grabar para conmemorar la dedicación. Aunque consta que los otros obispos estimaban mucho a San Rústico, prácticamente todo lo que sabemos sobre él es que asistió al sínodo de Arles, en el que se aprobó el "tomo" de San León contra los monofisitas.

La figura de este obispo galo es particularmente interesante, porque su nombre aparece en cuatro inscripciones descubiertas en Narbona o en sus cercanías. La primera de esas inscripciones, que es la más completa, narra incidentalmente no sólo que Rústico era hijo de Bonoso, sino que también un hermano de su madre, llamado Arador, era obispo. Otra de las inscripciones, descubierta muy recientemente, contiene las siguientes palabras: *Orate pro me Rustico vestro* (Pedid por mí, vuestro Rústico).

No existe ninguna biografía propiamente dicha del santo; sin embargo, los bolandistas, reuniendo los datos dispersos en diversas fuentes, consiguieron hacer un artículo bastante completo (*Acta Sanctorum*, oct., vol. XI). Acerca de las inscripciones véase Leclercq, DAC., vol. XII (1935), cc. 828 y 847-854. Cf. También Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, p. 303.

BEATO DAMIAN DE FINARIO (1484 P.C.)

DAMIÁN Furcheri nació a principios del siglo XV en el pueblecito de Perti, cerca de Finario, que es actualmente Finale Borgo, no lejos de Génova. Algunos historiadores muy posteriores cuentan que, cuando Damián era aún muy niño, fue raptado por un loco. Una luz milagrosa señaló a quienes le buscaban el sitio en que el secuestrador había escondido al niño. Damián ingresó, bastante joven, en la orden de Santo Domingo y llegó a ser un predicador muy famoso en Lombardía y Liguria. Murió en 1484, en Reggio, cerca de Módena y ahí fue sepultado. Después de su muerte, se le atribuyeron numerosos milagros. Su culto fue confirmado en 1848.

Ver *Acta Sanctorum*, oct., vol. XIII; *Année Dominicaine*, vol. X, p. 733; *Short Lives of Dominican Saints*, ed. Procter, pp. 301-302; Taurisano, *Catalogus hagiographicus O.P.*, p. 45.

BEATO BUENAVENTURA DE POTENZA (1711 P.C.)

BUENAVENTURA nació en Potenza, del reino de Nápoles. En 1651, ingresó en el monasterio de los frailes menores conventuales de Nocera. Como ejemplo de su puntual obediencia, se cuenta que, en una ocasión en que la llave de la bodega se había caído en una cisterna, el superior mandó a Buenaventura a pescarla con un anzuelo y el beato, después de mucho trabajar, tuvo éxito en la empresa. Los ocho años que pasó en Amalfi, constituyeron el período más fructífero de su vida, ya que trabajó ahí con gran provecho de los fieles y de su propia alma. Sus superiores quisieron nombrarle guardián en varias

ocasiones, pero accedieron a las súplicas del beato, que no quería cargo alguno, y el único que le confiaron en su vida, fue el de maestro de novicios. Buenaventura profesaba especial devoción a la Concepción Inmaculada de María (aunque vivió casi dos siglos antes de la proclamación de ese dogma) y, con frecuencia, decía que hubiese querido ser otro Duns Scoto para defender con la misma elocuencia ese privilegio de la Madre de Dios.

Buenaventura murió en Ravello; el 26 de octubre de 1711. Es uno de los santos napolitanos de quienes se cuenta que su sangre quedó fresca mucho tiempo después de su muerte. "Dios quiso que su siervo diese ejemplo de obediencia aun cuando era un cadáver", dice la crónica. "Mucho tiempo después de muerto, el vicario general de la diócesis pidió a un cirujano que extrajese un poco de sangre del brazo del beato. Junto al féretro dijo: "¡Padre Buenaventura, sacad el brazo! Como el cadáver permaneciera inmóvil, el vicario general dijo al padre guardián: 'Padre, mandadle por santa obediencia que saque el brazo'. En cuanto el guardián le dio la orden, el varón de Dios levantó el brazo y lo presentó al cirujano. Puede fácilmente imaginarse el temor y la admiración que experimentaron los presentes" (*Auréole Séraphique*). Después de investigar a fondo el asunto, los bolandistas llegaron a la inquietante conclusión de que tal vez el beato no había muerto aún. Buenaventura fue beatificado en 1775.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XII, el P. V. de Buck escribió un artículo basado en las antiguas biografías del beato, particularmente en las publicadas por G. M. Ruglio (1754) y G. L. Rossi (1775). Véase también Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. III, pp. 423-429. En relación con el milagro del brazo, que referimos arriba, es importante notar que Buenaventura murió en Ravello, es decir la ciudad napolitana donde la licuefacción anual de la sangre de San Pantaleón provoca gran entusiasmo en el pueblo. (Véase nuestro artículo del 27 de julio). En 1930 se publicó en Ravello una biografía del beato, de tipo popular.

27: SAN FRUMENCIO, OBISPO DE AKSUM (c. 380 P.C.)

HACIA el año 330, cierto filósofo de Tiro, llamado Meropio, deseoso de ver el mundo y aumentar sus conocimientos, emprendió un viaje a las costas de Arabia. Le acompañaron en ese viaje dos discípulos: Frumencio y Edesio. Al regresar, el navío en que iban tocó un puerto de Etiopía. Los nativos del país atacaron a los marineros y ejecutaron a todos los pasajeros, excepto a los dos jóvenes, quienes estudiaban bajo un árbol, a cierta distancia. Cuando los nativos los descubrieron, los llevaron a la presencia del rey, el cual residía en Aksum, en la región de Tigre. El monarca se sintió atraído por los modales y la ciencia de los jóvenes cristianos y al poco tiempo, nombró a Frumencio, que era el mayor, secretario suyo, e hizo a Edesio copero de palacio. Poco antes de morir, el rey agradeció a los dos jóvenes sus servicios y les devolvió la libertad. La reina, que ocupó la regencia durante la minoría de su hijo mayor, pidió a Frumencio y Edesio que se quedasen a su servicio.

Frumencio, que tenía a su cargo la administración, persuadió a ciertos mercaderes cristianos para que se estableciesen en el país; no sólo obtuvo permiso de la reina para que practicasen libremente su religión, sino que, con el ejemplo de su propio fervor, era un modelo viviente para los infieles.

Cuando los dos hijos del rey tomaron en sus manos las riendas del gobierno, Frumencio y Edesio renunciaron a sus cargos, a pesar de los ruegos de los monarcas. Edesio volvió a Tiro; ahí recibió la ordenación sacerdotal y refirió sus aventuras a Rufino, quien las consignó en su "Historia de la Iglesia". Por su parte, Frumencio, cuyo principal deseo consistía en convertir a los etíopes, fue a Alejandría a pedir al obispo San Atanasio que enviase un pastor a los etíopes. San Atanasio, juzgando que Frumencio era el más capacitado para llevar a cabo la obra que había comenzado, le consagró obispo. Tal fue el principio de las relaciones de los cristianos de Etiopía con la Iglesia de Alejandría, que persisten aún en nuestros días.

Probablemente, la consagración de San Frumencio tuvo lugar en 340 o inmediatamente después de 346 (o tal vez entre los años 355 y 356). El santo volvió a Aksum, donde con su predicación y milagros obró numerosas conversiones. Se cuenta que consiguió ganar al cristianismo a los dos reyes, Abreha y Asbeha, cuyos nombres figuran en el santoral etíope. Pero el emperador Constancio, que era arriano, concibió un odio implacable por San Frumencio, porque estaba unido con San Atanasio por los lazos de la fe y el cariño. Viendo que no podía atraerle a la herejía, Constancio escribió a los dos reyes etíopes que enviasen a San Frumencio a Jorge, el obispo instruso de Alejandría, quien se encargaría de velar por "su bienestar". En la misma carta, el emperador los prevenía contra Atanasio "por sus muchos crímenes". Lo único que consiguió Constancio con su carta fue que ésta cayese en manos de San Atanasio, quien la incluyó en su "Apología". San Frumencio murió antes de convertir a todos los aksumitas. Después de su muerte, se le dieron los títulos de "Abuna" (nuestro padre) y "Aba salama" (padre de la paz). El primado de la Iglesia disidente de Etiopía lleva todavía hoy el título de "Abuna".

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XII, se encontrarán el relato de Rufino y otros documentos; uno de estos últimos es una copia de una larga inscripción griega descubierta en Aksum, que conmemora las hazañas de Aizanas, rey de los homeritas, y de su hermano Saizanas. Ahora bien, Constancio escribió precisamente a Aizanas y Saizanas la carta de la que hablamos arriba, que se conserva en la *Apología* de San Atanasio; por consiguiente, no puede ponerse en duda que San Frumencio haya predicado realmente el Evangelio en Aksum. Aunque tal vez el relato de Rufino está desfigurado por ciertas adiciones legendarias, es perfectamente histórico que San Atanasio consagró a San Frumencio obispo de Aksum. Cf. Guidi, en *Enciclopedia italiana*, vol. XIV, pp. 480-481, y en DHG., vol. I, cc. 210-212; Leclercq, en DAC., vol. V, cc. 586-594; Duchesne, *Histoire ancienne de l'Eglise*, vol. III, pp. 576-578; y el relato que hay sobre San Frumencio en el *Sinaxario Etíope* (ed. Budge, 1928), vol. IV, pp. 1164-1165. Según F. G. Holweck, la antigua diócesis de Lousiana (erigida en los Estados Unidos en 1787) celebraba la fiesta de San Frumencio; tal vez se trataba de un gesto de benevolencia para con los esclavos de origen africano.

SAN ODRANO, ABAD (563 P.C.)

ODRANO, "noble y sin mancha", abad de Meath, fue uno de los doce que partieron de Loch Foyle a Iona con San Colomba. Adamnan afirma que era de origen bretón. Poco después de desembarcar, sintió Odrano que se acercaba el momento de su muerte y dijo: "Voy a ser el primer cristiano que muera en esta región". San Colomba replicó: "Yo te aseguro que irás al Reino de los Cielos y te prometo que nadie conseguirá una gracia en mi sepulcro sin habértela pedido a tí también". Como San Colomba no quería

ver morir a su amigo, le dio inmediatamente la bendición y salió de la casa. Se hallaba paseando en el patio, cuando de repente miró hacia el cielo. Sus acompañantes le preguntaron qué miraba, y Colomba repuso que veía la batalla que se libraba en el aire entre los buenos y los malos espíritus. Agregó que también veía a los ángeles que llevaban en triunfo el alma de San Odrano al cielo. Así pues, San Odrano fue el primero de los monjes irlandeses que murió y fue sepultado en Iona. El sitio de su sepultura, que se halla en el único cementerio de la isla, se llama "Reilig Orain". Se dice que el santo fundó el monasterio de Leitrioch Odrain (Latteragh de Tipperary). Aunque a esto se reduce todo lo que sabemos sobre él se le celebra como obispo en toda Irlanda.

El *Félire* de Oengus, que no llega a identificar plenamente a San Odrano, es la mejor prueba de que se sabe muy poco acerca del santo. En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XII, hay una noticia biográfica muy vaga. Véase también Forbes, KSS., p. 426. En los Anales de Ulster se dice que San Odrano nació el año 548.

BEATO CONTARDO FERRINI (1902 P.C.)

CONTARDO Ferrini nació en 1859, en un modesto apartamiento de la Vía Passerella, en Milán. Su padre, Rinaldo Ferrini, que se había casado el año anterior con Luisa Buccellati, era profesor de matemáticas y de física y poseía los títulos de ingeniero civil y arquitecto. Su hijo heredó sus cualidades intelectuales y su espíritu científico. En efecto, Contardo era un niño excepcionalmente despierto. Entró a la escuela a los seis años, pero ya antes había aprendido muchas cosas de su padre. Uno de sus compañeros de escuela afirmó que a Contardo no le interesaban más que sus estudios y su religión. En la adolecencia, Contardo no se vio exento de las borrascas sentimentales tan comunes en esa edad, como lo prueban unos versos que escribió con motivo del cumpleaños de su madre cuando él tenía dieciséis. Pero Don Alberto Catena, un sacerdote tan prudente como sabio, amigo de Manzoni y de Verdi, le ayudó a salir adelante de las dificultades. Por otra parte, Mons. Antonio Ceriani, director de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, velaba por el desarrollo intelectual de Contardo. El joven, que deseaba leer la Biblia en las lenguas originales, pidió a Mons. Ceriani que le enseñase el hebreo. El erudito bibliotecario supo secundar los ideales científicos del padre de Contardo, diciendo al joven: "No os fiéis de los datos de segunda mano, aunque procedan de hombres autorizados. Id directamente a las fuentes de la verdad". Otro sacerdote que ayudó mucho a Contardo, fue Don Antonio Stoppani, colega de su padre, cuyos conocimientos geológicos y científicos iban unidos con un amor a la naturaleza que había de caracterizar a Contardo durante toda su vida.

En 1876, el joven ingresó en la escuela de leyes del Colegio Borromeo de Pavía. Era un muchacho muy serio y su piedad rayaba en lo que comunmente solemos llamar "beatería". Ello explica, en parte, el hecho de que sus compañeros le hayan tratado con cierta rudeza. La paciencia con que Contardo soportaba las burlas de los demás, le mereció el apodo de "el San Luis del Borromeo", que algunos empleaban con respeto y otros con sorna. La llama del celo apostólico del joven empezó a crecer por entonces, ya que escribió: "Es bueno predicar con el ejemplo, es bueno predicar

con la palabra; pero no hay predicación más efectiva que la de la oración". Contardo se entusiasmó por la fundación de una congregación mariana de estudiantes y fue uno de los iniciadores de ese movimiento en Italia. Sin embargo, no pudo realizar sus planes sino hasta el año en que salió de Pavía para estudiar en Berlín. La congregación tomó el nombre de San Severino Boecio y todavía existe. Como quiera que fuese, los ideales apostólicos del joven no produjeron frutos visibles. Sólo obtuvo algunos resultados entre sus compañeros por su trato personal. Por ejemplo, Héctor Cappa no olvidó nunca que había conocido las obras del cardenal Newman gracias a Contardo, y éste fue toda la vida amigo de los condes Pablo y Víctor Mappelli. Las cartas que escribió a este último son una de las principales fuentes para el estudio de la vida y del pensamiento del beato.

Contardo obtuvo el doctorado en 1880 y consiguió una beca para estudiar un año en la Universidad de Berlín. La beca fue renovada por un año más. Antes de trasladarse a ese centro protestante, Contardo redactó un "plan de vida", que comunicó en una carta a Víctor Mappelli. El documento es una prueba de la humildad de su fe y de su tendencia a la vida mística. Contardo sufrió un poco al abandonar su patria, pero sus primeras impresiones de Berlín le consolaron, ya que encontró ahí a muchos católicos serios y cumplidores y, por otra parte, los estudiantes católicos de la Universidad estaban organizados y eran muy activos. En su obra "Un poco de infinito" relata Contardo la impresión sensible que tuvo de la catolicidad de la Iglesia cuando fue a confesarse por primera vez en el extranjero. En la conferencia local de San Vicente de Paul, de la que era miembro desde tiempo atrás, se hizo muy amigo del botánico Maximiliano Westermaier y conoció íntimamente a Alfredo Pernice, a Mauricio Voigt y a Zacarías von Liegenthal. Precisamente pensaba en este último cuando escribió que "el protestantismo hace un hombre muy digno de aquél a quien el catolicismo hubiese hecho un santo". Naturalmente, Ferrini no fue uno de los íntimos de Teodoro Mommsen; sin embargo, veinte años más tarde, hablando con Bartolomé Nogara, que era entonces director del Museo Etrusco del Vaticano, Mommsen se expresó con el mayor respeto acerca de Ferrini, diciendo que a él se debía el que la primacía de los estudios jurídicos se hubiese desplazado de Alemania a Italia. Mommsen añadió que admiraba ese avance de Italia. Pero la vida en Berlín tenía también otro aspecto, además del científico, y Contardo se sintió "asqueado ante esa ciudad tan corrompida". La proximidad de los vicios le movió a entregarse más ardientemente a la ascética. Contardo tenía entonces veintidós años y estaba preocupado por el problema de su vocación. ¿Le quería Dios en el matrimonio, en el sacerdocio, en la vida monástica? Como no se sintiese llamado a ninguno de esos tres estados, hizo, a fines de 1881, un voto de celibato perpetuo. *

En el verano de 1883, regresó a Italia e inmediatamente empezó a preparar una edición crítica de la paráfrasis griega de las "Instituciones" de

* No habló a nadie de ese voto, ni siquiera a sus íntimos. Ello le puso algunas veces en situaciones embarazosas, de las que su ingenio, que era muy agudo, le ayudó a salir. En cierta ocasión, una dama le aconsejó que se casara con una joven ricamente dotada, diciéndole: "Cuando su padre muera, va a heredar tanto... Cuando su madre muera, va a heredar tanto más... Cuando su tío muera..." Ferrini la interrumpió, diciendo: ¡Dios mío, cuántos muertos!

Justiniano. Para llevar a cabo su obra, hubo de visitar las bibliotecas de Copenhague, París, Roma y Florencia, lo cual le ayudó a adquirir un notable conocimiento de diversos idiomas, tan útil en sus estudios. Hablaba y escribía corrientemente el alemán, el latín y el griego; conocía además el francés, el español, el inglés, el hebreo, el holandés y el sirio, así como algo de copto y sánscrito. Era imposible que sus cualidades permaneciesen ocultas, de suerte que un año después de regresar a su patria, fue nombrado profesor de derecho romano criminal en la Universidad de Pavía. Dieciocho meses más tarde, fue promovido a la cátedra de exégesis de las fuentes del derecho romano. Uno de sus discípulos recuerda que el nuevo profesor era exigente pero amable y bondadoso. En la conversación privada era muy ágil, pero nunca sarcástico. Sus modales tenían una distinción muy ajena a la altivez, que convenía perfectamente a la dignidad de su posición. La vida de Contardo estaba totalmente consagrada a Dios, pero en el orden natural, según decía él mismo a sus amigos, su trabajo era como su esposa. El derecho romano le apasionaba y supo hacer de sus investigaciones, de su enseñanza y de sus conocimientos "un himno de alabanza al Señor de toda ciencia". Por entonces, ingresó Ferrini en la tercera orden de San Francisco.

En 1887, fue nombrado profesor de derecho romano en la Universidad de Messina. Durante los siguiente siete años enseñó ahí y en Módena, no cesó de trabajar ni de acrecentar su fama con cada nueva obra que publicaba. Pero, aunque estaba muy contento en Sicilia, quería volver al norte de Italia para estar en su ciudad natal y cerca de la Biblioteca Ambrosiana. Así pues, en 1894, cuando le propusieron que fuese a suceder en Pavía al profesor Mariani, aceptó con gran gozo. Así empezó el período más fecundo de su carrera.

Contardo Ferrini se interesaba por todos los estudios jurídicos, pero se distinguió particularmente en el derecho romano-bizantino. Cuando el profesor von Ligenthal murió, en 1894, Ferrini, que era su discípulo predilecto, no sólo heredó sus manuscritos, sino también el título reconocido de primera autoridad del mundo en su especialidad. Entre los personajes que contribuyeron de un modo u otro al éxito de su obra, se contaron Aquiles Ratti (más tarde Pío XI) y el Dr. Juan Mercati (más tarde cardenal, bibliotecario y archivista del Vaticano). Las publicaciones del beato fueron numerosísimas: durante su corta vida escribió más de 200 monografías, que ocupan cinco gruesos volúmenes, sin contar varios libros de texto.

Como si eso no fuera suficiente, aún le quedaba tiempo para intervenir en los asuntos públicos. Después de que los piamonteses ocuparon Roma, en 1870, la Santa Sede declaró que no convenía que los católicos se asociasen con el nuevo régimen, ni siquiera votando en las elecciones de diputados. Ferrini obedeció lealmente esa orden, aunque deploró que "nuestra abstención de la asamblea legislativa abre la puerta a las influencias más indeseables en materia de legislación". Tal vez eso fue lo que le incitó a interesarse por las cuestiones sociales. Cuando León XIII publicó la encíclica "Rerum novarum" sobre la condición de los trabajadores, el beato se alegró profundamente. En 1895, fue elegido miembro del concejo municipal de Milán *

* Uno de los miembros del concejo dibujó las caricaturas de todos sus colegas; sobre la cabeza de Ferrini puso una aureola. Sería interesante averiguar si se conserva ese dibujo, pues las caricaturas de los santos deben ser muy raras. (No hablamos de las caricaturas literarias, que son muy comunes).

y tomó muy en serio su funciones. En los años siguientes, continuó haciendo el bien en público y en privado e hizo cuanto pudo por combatir los errores del socialismo materialista, por defender la tradición legal italiana de la indisolubilidad del matrimonio y por sostener la religión cristiana, contra todos los ataques.

Acostumbraba pasar las vacaciones en Suna, sobre el Lago Maggiore, donde su padre tenía una casita. El calor del verano de 1902 le hizo mucho daño. Para reponerse, decidió a principios del otoño hacer un poco de alpinismo que era su deporte favorito. Así pues, con un amigo escaló el monte de San Martino en Valle Anzasca, pero aquella ascensión empeoró su estado y tuvo que regresar rápidamente. El domingo 5 de octubre, que fue muy húmedo, tuvo un síncope al volver de la misa. Su enfermedad era seria, pero no alarmante; sin embargo, el estado del enfermo se agravó más. Contardo Ferrini murió de tifo el 17 de octubre, cuando no tenía más que cuarenta y tres años. Su padre, que era el primero y el más íntimo de sus amigos, le asistió en su agonía.*

El Dr. Oggioni cuenta que, cierto día, mientras paseaba por Pavía con Luis Necchi, se cruzaron con el profesor Ferrini, un hombre de anchas cejas y barba poblada, que vestía el traje profesoral. Ferrini les devolvió el saludo con su cortesía habitual y con la amable sonrisa que le caracterizaba. Entonces, Necchi se detuvo y exclamó: "¿Qué es lo que tiene ese hombre? ¡Es verdaderamente un santo!" El P. Agustín Gemelli relata que muchos estudiantes asistían a las clases de Ferrini, no sólo por la fama que tenía como jurista, sino porque era uno de los raros profesores de principios del siglo XX que todavía creían en Dios. "El aprendizaje no es el camino que lleva a Dios", escribió el beato en su libro "Un poco de infinito". Alguien dijo de él: "Todas sus cartas y apuntes personales, muestran que su único objetivo era la perfección. Después de su muerte, todo el mundo se hizo lenguas de la serenidad y sencillez con que supo buscarla". Aquiles Ratti fue uno de los primeros en alabar públicamente a Contardo Ferrini, que tan íntimamente ligado había estado con su viejo amigo, el profesor Olivi. La beatificación tuvo lugar en 1947. Su fiesta se celebra el 27 de octubre.

En una alocución dirigida a un grupo de profesores y conferenciantes, Pío XII dijo que Contardo Ferrini habría sido un hombre "que supo decir 'Sí' con todas sus fuerzas, a la santidad en nuestros días". Y prosiguió: "La historia y el desarrollo del derecho y la legislación fueron para Ferrini simplemente una aplicación de la ley moral y divina, sin la cual la legislación humana es inútil; porque si la legislación humana se aparta de Dios, la organización social y sus efectos jurídicos degenerarán en la tiranía y el despotismo . . . Debería consolarnos el hecho de que en Contardo Ferrini el Señor ha dado a su Iglesia un beato que fue una eminencia en el campo jurídico y, a la vez, un hombre de Dios, cuyo fervor y rectitud de vida constituyen un modelo para todos." Al dar testimonio en el proceso de beatificación, Pío XI había declarado: "Mis relaciones con él eran puramente científicas, cuando no se limitaban a hablar de las bellezas de las montañas, que eran para él una especie de llamamiento a la santidad y casi una revelación natural de

* Ambos acostumbraban trabajar juntos en el mismo cuarto; el escritorio del uno se hallaba frente al del otro.

Dios". En efecto, el amor a la creación fue uno de los rasgos característicos del beato, quien no apreciaba únicamente los aspectos tranquilos de la naturaleza: "Dios habla también al hombre en los nubarrones de las cumbres, el rugido de los torrentes, en la pendiente abrupta de los desfiladeros, en el esplendor deslumbrante de las nieves eternas, en los charcos que tiñe de sangre el sol en el ocaso, en el viento que desnuda a los árboles. La naturaleza respira la omnipotencia de Dios, sonríe en el gozo de Dios, se esconde de su cólera y, al mismo tiempo, sonríe a aquél que es eternamente joven, con la sonrisa de su propia juventud. Porque el espíritu de Dios, del que vive la naturaleza, es un espíritu eternamente joven, que se renueva incansablemente, un espíritu igualmente fecundo en la nieve y en la lluvia y en la niebla, porque de éstas procede la vida, brota la esperanza y se renuevan millares de veces todas las prerrogativas de la juventud". Como se ve, el beato Contardo Ferrini era hijo espiritual de San Francisco de Asís.

J. Fanciulli publicó, en 1931, una biografía de Contardo Ferrini; véase también C. Caminada, *Contardo Ferrini: Santo d'Oggi* (1947). Pero la mejor biografía es la de Mons. C. Pellegrini (1928), de la que el P. Bede Jarrett dice: "Su único defecto es ser demasiado extensa. Se trata de una obra que constituye una cantera de la que se puede sacar todo el mármol necesario para construir un santuario en memoria de Ferrini". El mismo P. Jarrett construyó ese santuario en su breve biografía del beato (1933). El P. Gemelli, que fue "uno de los más extraordinarios ejemplos de la influencia de Ferrini en Milán y en toda Italia", editó los *Pensieri e Preghiere* del beato. Véase también *Miscellanea Contardo Ferrini* (Roma, 1947 y 1948).

28: SANTOS SIMON y JUDAS TADEO, APÓSTOLES (SIGLO I P.C.)

LA SAGRADA Escritura llama a San Simón, "el cananeo" y el "zelotes", palabras que significan "el hombre lleno de celo", por más que algunos autores cometan la equivocación de creer que el primero de esos sobrenombres indica que Simón nació en Caná de Galilea. El sobrenombre de "cananeo" alude al celo del apóstol por la ley judía antes de su conversión, lo mismo que el de "zelotes", el cual no significa necesariamente que haya pertenecido al partido judío de los "zelotes". Lo único que el Evangelio nos dice sobre él es que fue elegido por Cristo entre los doce, con los cuales recibió al Espíritu Santo en Pentecostés. No sabemos nada más sobre su vida posterior, y las diversas leyendas se contradicen entre sí. El Menologio de Basilio afirma que San Simón murió apaciblemente en Edessa. En cambio la tradición occidental, tal como aparece en la liturgia romana, sostiene que después de predicar en Egipto fue a reunirse con San Judas en Mesopotamia, que ambos predicaron varios años en Persia y que fueron martirizados ahí. Por ello, la Iglesia de occidente los celebra juntos, en tanto que la Iglesia de oriente separa sus respectivas fiestas.

El Apóstol Judas Tadeo (o Lebeo), "el hermano de Santiago", era probablemente hermano de Santiago el Menor. No sabemos cómo ni cuándo entró a formar parte de los discípulos de Cristo, pues la primera vez que el Evangelio le menciona es en la lista de los doce. Después de la Ultima Cena, cuando Cristo prometió que se manifestaría a quienes le escuchasen, Judas le preguntó por qué no se manifestaba a todos. Cristo le contestó que El y su

Padre visitarían a todos los que le amasen: "Vendremos a él y haremos en él nuestra morada" (Juan, XIV, 22-23). Como en el caso de San Simón, no sabemos nada de la vida de San Judas Tadeo después de la Ascensión del Señor y la venida del Espíritu Santo. Se atribuye a San Judas una de las epístolas canónicas, que tiene muchos rasgos comunes con la segunda epístola de San Pedro. No está dirigida a ninguna persona ni iglesia particular y exhorta a los cristianos a "luchar valientemente por la fe que ha sido dada a los santos. Porque algunos en el secreto de su corazón son . . . hombres impíos, que convierten la gracia de nuestro Señor Dios en ocasión de riña y niegan al único soberano regulador, nuestro Señor Jesucristo".

Con frecuencia se ha confundido a San Judas Tadeo con el San Tadeo de la leyenda de Abgar (véase Addai y Mari, 5 de agosto) y se ha dicho que murió apaciblemente en Beirut de Edessa. Como lo indicamos arriba, según la tradición occidental, fue martirizado en Persia con San Simón. Eusebio repite la leyenda de que dos nietos de San Judas, Zoquerio y Santiago, comparecieron ante el emperador Domiciano, quien estaba alarmado porque le habían dicho que seguían siendo leales a la casa real de David; pero cuando vio que eran unos campesinos pobres y humildes y supo que el Reino por el que luchaban no era de este mundo, se burló de ellos y los dejó libres.

Existe un presunto relato del martirio de los dos Apóstoles; pero el texto latino no es ciertamente anterior a la segunda mitad del siglo VI. Dicho documento se ha atribuido a un tal Abdías, de quien se dice que fue discípulo de Simón y Judas y consagrado por ellos primer obispo de Babilonia. Este es, sin duda, el origen del curioso párrafo que se encuentra en la fecha de hoy en el *Félire* de Oengus: "Amplia es su asamblea: Babilonia es su sepulcro: Tadeo y Simón, su hueste es enorme." Acerca del pseudo-Abdías véase R. A. Lipsius, *Die apocryphen Apostelgeschichten. . .*, vol. I pp. 117 ss.; y Batiffol, en DTC., vol. I, c. 23. El *Hieronymianum* menciona juntos en este día a Simón y Tadeo y afirma que fueron martirizados en *Suanis, civitate Persarum*; acerca de este punto, cf. CMH, y Gutschmid, *Kleine Schriften*, vol. II, pp. 368-369. Sobre la invocación de San Judas Tadeo como patrono de "los casos desesperados", cf. *Acta Sanctorum*, oct., vol. XII, p. 449; y L. du Broc, *Les saints patrons des corporations et protecteurs*, vol. II, pp. 390 ss.

SANTOS ANASTASIA y CIRILO, MÁRTIRES (Fecha desconocida)

EL CARDENAL Baronio introdujo en el Martirologio Romano el párrafo siguiente, que se lee en la fecha de hoy: "En Roma, el martirio de los santos Anastasia la mayor, virgen, y Cirilo. Durante la persecución de Valeriano, el prefecto Probo mandó cargar de cadenas a esa virgen y ordenó que fuese golpeada y torturada con garfios y con fuego. Como siguiese firme en la confesión de Cristo, le cortaron los pechos, le arrancaron las uñas, le rompieron los dientes, le cortaron las manos y los pies. Finalmente, fue decapitada y pasó así al Celestial Esposo, adornada con las joyas de tantos sufrimientos. Cirilo dio de beber a Anastasia cuando ésta pidió agua y en premio de ello fue martirizado". La tradición romana no habla de estos mártires, a quienes se empezó a venerar en el oriente. El texto griego que relata el martirio dice que Anastasia era una doncella patricia de veinte años y que vivía en una comunidad de vírgenes consagradas. Los soldados del prefecto irrumpieron en el monasterio y llevaron a Anastasia a la presencia del prefecto Probo, quien mandó que la desnudasen. Como la santa replicase que ello constituiría una vergüenza mayor para Probo que para ella, fue torturada en la forma

en que lo indica el Martirologio. Sus restos fueron más tarde trasladados a Constantinopla.

Las *actas* del martirio se conservan en griego y en latín, como puede verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. XII. J. P. Kirsch se inclina a creer que la única mártir histórica fue la que murió en Sirmium (25 de diciembre); pero, como su fiesta se celebraba en diferente fecha en el oriente, algún hagiógrafo griego tuvo a bien inventar una nueva leyenda de una virgen del mismo nombre y la embelleció con los detalles fantásticos que citamos en nuestro artículo. Véase *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. I (1930), c. 389.

SAN FIDEL DE COMO, MÁRTIR (¿303? P.C.)

DURANTE LA persecución de Maximiano, un oficial llamado Fidel fue a visitar y servir a los cristianos que estaban prisioneros en Milán, según lo refiere una leyenda que no merece crédito alguno. Fidel ayudó a escapar a cinco de los cristianos y partió con ellos y dos soldados, llamados Carpóforo y Exanto, con la intención de cruzar los Alpes. Los fugitivos fueron capturados en Como, y sólo Fidel consiguió escapar con vida. Pero los perseguidores le siguieron en una barca y le tomaron prisionero en Samolito, del otro lado del lago. Inmediatamente, le azotaron y le decapitaron. Otra versión refiere que Fidel, Carpóforo y Exanto, eran soldados cristianos. Cuando estalló la perseución, abandonaron las armas y huyeron a Como, donde fueron arrestados y ejecutados. En Como se venera a San Fidel desde tiempos muy antiguos.

El texto de las *actas*, relativamente sobrio, puede verse en *Acta Sanctorum*, vol. XII; está tomado de un manuscrito del siglo XIV. Enodio, que vivió en el siglo VI, conoció la tumba de San Fidel en Como; además, se han encontrado, cerca del lago los restos de una basílica.

SAN SALVIO (¿Siglo VI?)

SE HA confundido a nuestro santo con San Salvio de Albi y con San Salvio de Amiens (y a éstos con otro San Salvio). Sin embargo, el Salvio al que nos referimos aquí, fue, según parece, un ermitaño del bosque de Bray de Normandía. En realidad no sabemos nada sobre él, pero Alban Butler presenta el resumen de un manuscrito que se conservaba en su tiempo en el castillo de Saint-Saire (Eure-et-Loire), que pertenecía a los condes de Boulainvilliers. He aquí su resumen:

"Los documentos del metropolitano de Rouen demuestran que, hacia el año 800 y casi durante un siglo después, había en el bosque de Bray un sitio destinado a honrar y conservar la memoria de San Salvio ... Quedan ciertas pruebas de que San Salvio fue un ermitaño, en un manuscrito de hace unos cinco o seis siglos, en el que se conserva el oficio de su fiesta. También existe una imagen del santo en un vitral de una antigua capilla subterránea: está vestido de ermitaño, de rodillas y orando con las manos extendidas. Los milagros y curaciones extraordinarios que Dios obró en el sitio en que se hallaba la ermita del santo, ayudaron a propagar su fama y movieron al pueblo a construir ahí una iglesia o capilla ... Los canónigos de Rouen pagaron los gastos que se hicieron para barbechar las tierras más accesibles de los alrededores, de suerte que pudiesen sostener-

se los sacerdotes encargados del oficio divino en la capilla. Tal fue el origen de la parroquia de San Salvio, así como de la fundación del señorío que posee ahí el capítulo de Rouen."

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XII, hay un breve artículo sobre el santo. No existe ninguna biografía propiamente dicha, fuera de la de las lecciones del breviario. El P. Grosjaen supone que el breviario que consultó Alban Butler fue tal vez uno de los dos que se conservan actualmente en la Biblioteca Municipal de Amiens (MS. 111 ó 112); ambos fueron copiados hacia 1250 y en ambos se hallan las lecciones.

SAN FARON, OBISPO DE MEAUX (c. 672 P.C.)

LA SANTIDAD eminente de San Farón, que fue uno de los primeros obispos de Meaux de quienes se conserva memoria, ha hecho de su nombre el más famoso entre los de los prelados que figuran en los calendarios de dicha diócesis. San Farón era hermano de San Chainoaldo de Laon y de Santa Burgundófora, la primera abadesa de Faremoutier. Tras de pasar su juventud en la corte del rey Teodoberto de Austrasia, Farón se trasladó a la corte de Clotario II. Cuando dicho príncipe, enfurecido por las insolentes palabras de ciertos embajadores sajones, los mandó aprisionar y juró que los condenarían a muerte, San Farón se valió de una estratagema para conseguir que les perdonase. Llevaba una vida muy santa y edificante, por lo cual, a los treinta y cinco años, determinó abrazar la vida religiosa, si su esposa se lo permitía. Blidechilda no sólo consintió, sino que se retiró a un sitio en una de sus posesiones; ahí murió algunos años más tarde, no sin haber exhortado a su marido a perseverar en su vocación, pues éste había querido, en un momento dado, volver a reunirse con su mujer. San Farón recibió la tonsura en la diócesis de Meaux. El año 628, la sede quedó vacante, y el santo fue consagrado obispo. Dagoberto I le nombró canciller suyo y San Farón usó toda su influencia para proteger a los inocentes, a los huérfanos y a las viudas y para socorrer a todos los necesitados.

El santo prelado trabajó con celo y vigilancia infatigables y luchó por convertir a los que practicaban aún la idolatría. Su biógrafo refiere que devolvió la vista a un ciego al conferirle el sacramento de la confirmación y cuenta además otros milagros. Poco después de la consagración episcopal de San Farón, San Fiacro llegó a Meaux, y el santo obispo le ragaló algunas de sus tierras para que fundase una ermita en Breuil. San Farón fundó en los suburbios de Meaux el monasterio de la Santa Cruz, que más tarde tomó su nombre, y lo confió a los monjes de San Columbano de Luxeuil. El año 668, hospedó a San Adrián, que más tarde llegó a ser obispo de Canterbury, cuando iba de camino para Inglaterra.

La biografía de San Farón, escrita por Hildegardo, obispo de Meaux, unos 200 años después de la muerte del santo, no es de gran valor histórico. Fue publicada por Mabillon; B. Krusch hizo una edición crítica de ella en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. v, pp. 171-206. Se trata indudablemente del original del que está tomada la narración más corta que se halla en *Acta Sanctorum.* En la biografía escrita por Hildegardo se habla de una balada que el pueblo solía cantar en recuerdo de la victoria de Clotario sobre los sajones; dicha balada se llamaba "La Cantilena de San Farón". Como se trata de un espécimen de la primitiva lengua romance, existe una bibliografía bastante abundante sobre esa balada; cf. DAC., vol. v, cc. 1114-1124. Acerca de San Farón, véase Beaumier-Besse, *Abbayes et prieurés de France*, vol. I, pp. 304 ss.; Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 477; y H. M. Delsart,

29: SAN NARCISO, Obispo de Jerusalén (*c.* 215 p.c.)

SAN NARCISO era ya muy anciano cuando fue elegido obispo de Jerusalén. Eusebio cuenta que, en su tiempo, los cristianos de Jerusalén recordaban todavía algunos milagros del santo obispo. Por ejemplo, como los diáconos no tuviesen aceite para las lámparas la víspera de la Pascua, Narciso pidió que trajesen agua, se puso en oración y después mandó que la vertiesen en las lámparas. Así lo hicieron, y el agua se transformó en aceite. La veneración que los buenos profesaban a San Narciso, no le libró de los ataques de los malos. En efecto, algunos de ellos, molestos por la severidad con que el santo exigía el cumplimiento de la disciplina, le acusaron de cierto crimen, que Eusebio no especifica. Sin embargo, por más que confirmaron su testimonio pidiendo al cielo que los castigase si no decían la verdad, nadie les creyó; pero San Narciso se sirvió de la calumnia como excusa para retirarse algún tiempo a la soledad, como tanto lo había deseado. Así pues, vivió varios años alejado de su diócesis e ignorado del mundo. A fin de que ésta no sufriese detrimento, los obispos de los alrededores pusieron al frente de ella a Dío, a quien sucedieron Germánico y Gordio. Durante el gobierno de Gordio, se presentó nuevamente San Narciso, como si hubiese resucitado de entre los muertos. Los fieles, muy contentos de que su pastor hubiese regresado, le persuadieron de que tomase de nuevo las riendas de la diócesis, y así lo hizo el santo; pero, sintiéndose ya muy anciano, nombró a San Alejandro por coadjutor suyo (cf. nuestro artículo sobre San Alejandro, 18 de marzo). En una carta que éste escribió poco después del año 212, dice que San Narciso tenía 116 años.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XII, los bolandistas han reunido todos los datos posibles e imaginables acerca de San Narciso, tomándolos de Eusebio y otras fuentes.

SAN TEUDERIO, Abad (*c.* 575 p.c.)

SAN TEUDERIO nació en Arcisia (Saint-Chef d'Arcisse) del Delfinado. Después de haber practicado la vida monástica en Lérins y de haber recibido la ordenación sacerdotal de manos de San Cesario de Arles, regresó a su ciudad natal; ahí se le unieron varios discípulos, para quienes construyó primero una serie de celdas y más tarde un monasterio cerca de Vienne. Desde antiguo existía ahí la costumbre de elegir a uno de los monjes más santos para que llevase voluntariamente vida de recluso. El elegido se retiraba a una celda, en la que pasaba el tiempo orando y ayunando para obtener la divina misericordia sobre el pueblo y sobre él. Tal práctica habría constituido una superstición y un abuso, si las gentes hubiesen abandonado la oración y penitencia so pretexto de que otro las practicaba en su favor. El pueblo eligió a San Teuderio para ese estado de penitencia. El santo aceptó gozosamente y pasó los últimos doce años de su vida en la iglesia de San Lorenzo, cumpliendo fervorosamente su obligación. Dios le concedió un extraordinario don de milagros que le hizo muy famoso. El santo murió alrededor del año 575.

B. Krusch, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. III, pp. 526-530, hizo una nueva edición de la biografía publicada anteriormente por Mabillon y los bolandistas. El autor de dicha biografía fue Ado (siglo IX) y su obra no merece gran crédito; sin embargo, es falso

que Ado haya introducido en su martirologio el nombre de Teuderio. Cf. Quentin, *Martyrologes historiques*, p. 477.

SANTA ERMELINDA o HERMELINDA, VIRGEN (¿Siglo VI?)

DE ACUERDO con el hagiógrafo Van der Essen, la "vida" de Santa Ermelinda forma parte de un conjunto de biografías novelescas y fabulosas que él llama "el ciclo de falsos carolingios". La obrilla fue escrita en el siglo nueve, una época en que las historias locales y las bellas genealogías estaban a la orden del día. En el mencionado ciclo se encuentran los nombres de personajes tan legendarios como Gudula, Reinalda y su madre Amalberga, Farailda y Berlinda.

Ermelinda o Hermelinda, nombre germánico que significa "la serpiente de Armin", estaba emparentada con la dinastía real de los Pepino. Desde niña, mostró una especial inclinación hacia la piedad y se aprendió de memoria el salterio. Cuando escuchaba la palabra de Dios, repetía las frases sin cesar, una y otra vez, "exactamente igual, dicen sus biógrafos, a la forma en que una vaca rumia su pastura". Al llegar a la adolescencia, sus padres le anunciaron su intención de casarla y, en el mismo instante, Ermelinda se cortó los cabellos, se vistió con andrajos y declaró que se había consagrado a Cristo y a la vida de pobreza. De nada valieron los ruegos, las promesas y ofrecimientos de sus padres, porque a fin de cuentas la decidida joven se salió con la suya y partió de su casa sola, como una mendiga, en una peregrinación sin rumbo. Se detuvo en un lugar donde actualmente se encuentra la ciudad de Beauvechain, en la arquidiócesis de Malinas, donde construyó una celda para vivir. A diario, en invierno o en verano, descalza y cubierta con sus harapos, iba a la iglesia de la vecina población de Jodoigne para orar durante largas horas. No pasó mucho tiempo sin que dos señores del lugar, jóvenes y desordenados, advirtiesen la belleza de Ermelinda y concibiesen por ella una ardiente pasión. Uno de aquellos hombres sobornó al sacristán de la iglesia a fin de que le ayudara a raptar a Ermelinda una noche en que fuera a orar. Pero aquella noche en que los raptores estaban al acecho y la doncella se disponía a salir de su celda, un ángel se interpuso en su camino y le dijo simplemente: "Retírate". Ermelinda obedeció sin chistar y, aquella misma noche, abandonó su celda y comenzó a vagar sin rumbo otra vez. El ángel se le apareció de nuevo y le indicó un agradable sitio, no lejos de Meldert, y le reveló que aquél era el lugar que Dios le tenía destinado para que le sirviese. En efecto, ahí construyó Ermelinda otra celda donde vivió hasta el fin de sus días en la más rigurosa austeridad, entregada siempre a la oración y la meditación. Murió a la edad de ochenta años antes de que terminara el siglo sexto y fue sepultada en Meldert, donde se le construyó una capilla que tuvo mucho culto.

Los hagiógrafos afirman que, posteriormente, el rey Pepino construyó en Chaumont, cerca de Meldert, una iglesia y un monasterio en honor de su santa pariente Ermelinda; pero al parecer, durante la incursión de los normandos, todo aquello fue arrasado, puesto que no quedan vestigios. Las reliquias de la santa, que habían sido depositadas en el monasterio mencionado, desaparecieron durante aquellas incursiones, pero en 1236, los monjes de la abadía de Everbode las recuperaron y las conservaron en una urna para ofrecerlas a la veneración de los fieles.

Los datos vagos sobre la vida de Santa Ermelinda, se encuentran en *Biblioth. hag. lat.*, nn. 2605-2607; en *Acta Sanctorum*, octubre, vol. XII, pp. 842-872; *Analecta Bollandiana*, vol. LXIX, p. 356; el *Etude crit. et lit. sur les "Vitae" des saints mérov, de l'anc. Belgique*, 1907, pp. 296-306 y 307-309, de L. Van der Essen. Asimismo conviene consultar a M. Zimmermann, en *Kalend, Bénéd.*, vol. III, p. 234, a E. de Moreau, en *Hist .de l'Eglise en Belgique*, vol. I, p. 196, a U. Chevalier, en *Bio-bibliogr.*, vol. I, col. 1351.

SAN ABRAHAM DE ROSTOV, ABAD (Siglo XII)

SEGÚN PARECE, este santo monje misionero vivió en los primeros años del siglo XII. Nació de padres paganos cerca de Galich. Siendo joven, padeció de una enfermedad muy difícil de curar, de la que se vio libre por fin, tras de invocar el nombre del Dios de los cristianos. Ello le movió a recibir el bautismo. Poco después, abandonó la casa paterna y se hizo monje. Sintiéndose llamado por Dios para ir a Rostov, donde quedaban aún muchos paganos, obedeció fielmente y se entregó a predicar celosamente el Evangelio en esa región. Muchos de sus oyentes se convirtieron, y Abraham les construyó dos iglesias. Dedicó la primera a San Juan Evangelista, precisamente en el sitio en que el Apóstol se le había aparecido. A la otra la erigió en el lugar en que solía venerarse a un ídolo muy famoso. En esta última iglesia, consagrada a la Epifanía, estableció una comunidad de monjes. Sin embargo, supo evitar que la dirección del monasterio le obligase a reducir el enérgico entusiasmo con que había tratado hasta entonces de llevar a las almas de los infieles la luz de Jesucristo. Ignoramos cuándo murió San Abraham, pero consta que ya a fines del siglo XII se le tributaba culto público.

Véase Martynov, *Annus ecclesiasticus graeco-slavicus*, en *Acta Sanctorum*, oct., vol. XI. San Abraham de Rostov es una figura bastante oscura; según parece, ciertos autores le sitúan entre los siglos X y XII y le llaman "el apóstol de Rostov".

LOS MARTIRES DE DOUAI (Siglos XVI y XVII)

GUILLERMO ALLEN, quien fue más tarde cardenal, fundó el Colegio Inglés de Douai, en 1568. Murió en 1594 y su muerte se conmemora el 16 de octubre. Originalmente, la finalidad del Colegio Inglés consistía en preparar sacerdotes para Inglaterra con el objeto de restablecer ahí la fe católica. Los primeros misioneros de Douai (a los que la legislación perseguía bajo el nombre de "sacerdotes del seminario") llegaron a la Gran Bretaña en 1574. El 29 de noviembre de 1577 murió en Launceston el BEATO CUTBERTO MAYNE, primer mártir del Colegio Inglés. Durante los siguiente cien años, padecieron el martirio en Inglaterra y Gales más de ciento sesenta ex-alumnos del Colegio (el cual de 1578 a 1594 fue trasladado a Reims). Más de ochenta de esos mártires han sido beatificados, y hemos hablado ya de ellos en diversas páginas de esta obra. La diócesis de Westminster celebra en la fecha de hoy la fiesta colectiva de dichos mártires. Las diócesis de Hexham y Newcastle la celebran el 31 de octubre. Cuando la Revolución Francesa de 1794 impidió la existencia del Colegio Inglés en Francia, el establecimiento se trasladó a St Edmund's, en Old Hall Green (para el sur de Inglaterra) y a Crook Hall, en Durham (para el norte). En 1808, este último colegio se cambió a St Cuthbert's de Ushaw. Todas estas fundaciones se encuentran en las diócesis arriba citadas. La colecta de la fiesta de hoy dice: "Aumenta,

Señor, en nosotros el espíritu que predicaron los bienaventurados mártires de Douai, para que, inflamados por él, también nosotros amemos lo que ellos amaron y practiquemos lo que ellos enseñaron".

Se han publicado todos los volúmenes del diario de Douai, excepto el sexto, que se perdió. Los dos primeros aparecieron con el título de *Records of the English Catholics under the Penal Laws*, vol. I (1878); el editor fue el P. T. F. Knox. Cubren los años de 1568 a 1593. Los tomos tercero, cuarto, quinto y séptimo del diario se hallan en los vols. X, XI y XXVIII de las publicaciones de la *Catholic Record Society.*

30: SAN SERAPION, OBISPO DE ANTIOQUÍA (c. 212 P.C.)

EL DOCUMENTO conocido con el nombre de "Doctrina de Addai", que data de fines del siglo IV, refiere que San Serapión fue consagrado por Ceferino, obispo de Roma; sin embargo, parece que San Serapión ocupó la sede de Antioquía varios años antes de que comenzase el pontificado de San Ceferino. El Martirologio Romano dice que era famoso por su ciencia. En todo caso, la historia le recuerda por sus escritos teológicos. Eusebio cita el resumen de una carta íntima que San Serapión escribió a Cárico y Poncio, en la que condena el montanismo, que había alcanzado cierta popularidad gracias a las pseudo-profecías de dos mujeres histéricas. El santo escribió también una exhortación a un tal Domnino, quien había apostatado durante la persecución y practicaba el "voluntarismo" judío.

Durante el episcopado de Serapión hubo una controversia en Rhossos de Cilicia acerca de la lectura pública del llamado "Evangelio de Pedro", que era un escrito apócrifo de origen gnóstico. Al principio, Serapión, que no había leído el libro y tenía confianza en la ortodoxia de su grey, permitió que se leyese en público. Más tarde, pidió una copia de la obra a la secta que lo propagaba, "a los que solemos llamar Docetas" (es decir, ilusionistas, porque sostenían que la humanidad de Cristo era aparente y no real). Tras de leer el libro, el santo escribió a la Iglesia de Rhossos para prohibir que se siguiese leyendo, porque había descubierto en él "ciertas adiciones a la verdadera doctrina del Salvador". En esa carta San Serapión anunciaba a los cristianos de Rhossos que pronto iría a exponerles la verdadera fe.

En el oriente no se venera a San Serapión. En cambio, su nombre figura en el Martirologio Romano. Los carmelitas le tributan culto especial, pues, por extraño que parezca, pretenden que el santo perteneció a su orden.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XIII, se hallan reunidos prácticamente todos los datos que poseemos sobre San Serapión. Cierto que los bolandistas no citan la *Doctrina de Addai*; pero, como lo dijimos en nuestro artículo sobre San Addai (5 de agosto), dicha obra no merece crédito alguno. Es interesante notar que el *Breviarium* sirio más antiguo menciona el 14 de mayo a Serapión, obispo de Antioquía.

SAN MARCELO EL CENTURION, MÁRTIR (298 P.C.)

LOS DETALLES del martirio de San Marcelo, que fue uno de los mártires aislados que padecieron antes de la gran persecución de Diocleciano, se conservan en un documento fidedigno. El P. Delehaye observa que el caso del centurión Mar-

celo es análogo al del soldado Maximiliano (12 de marzo). "Aunque no se obligó a ninguno de los dos a ofrecer sacrificios ni a ejecutar ningún acto de idolatría, ambos juzgaron, contra el parecer de muchos, que la carrera militar era incompatible con la práctica de la religión cristiana. Sus contemporáneos, que no paraban mientes en la causa determinante de la sentencia, se fijaron únicamente en el motivo religioso de la conducta de estos héroes y los juzgaron dignos del glorioso nombre de mártires." Presentamos a continuación el texto de las actas, que es muy corto.

En la ciudad de Tingis (Tánger), en la época del gobernador Fortunato, cuando todo el mundo celebraba el cumpleaños del emperador, uno de los centuriones, llamado Marcelo, que consideraba los banquetes como una práctica pagana, se despojó del cinturón militar ante los estandartes de su legión y dio testimonio en voz alta, diciendo: "Yo sirvo al Rey Eterno, Jesucristo, y no seguiré al servicio de vuestros emperadores. Desprecio a vuestros dioses de madera y de piedra, que no son más que ídolos sordos y mudos".

Al oír eso, los soldados quedaron desconcertados. En seguida tomaron preso a Marcelo y refirieron lo sucedido al gobernador Fortunato, quien ordenó conducir al mártir a la prisión. Cuando terminaron las fiestas, el gobernador reunió a su consejo y convocó al centurión. Cuando éste llegó, el gobernador Astasio Fortunato le dijo: "¿Por qué te quitaste el cinturón militar en público, en desacato a la ley militar, y porqué arrojaste tus insignias?"

Marcelo: "El 21 de julio, día de la fiesta del emperador, ante los estandartes de nuestra legión, proclamé en público y abiertamente que yo era cristiano y que no podía servir al ejército, sino sólo a Jesucristo, el Hijo de Dios Padre Todopoderoso.

Fortunato: "No puedo pasar por alto ese modo de proceder tan precipitado, de suerte que daré cuenta a los emperadores y al césar. Voy a enviarte a mi señor Aurelio Agricolano, diputado de los prefectos pretorianos.

El 30 de octubre, el centurión Marcelo compareció ante el juez, a quien se comunicó lo siguiente: "El gobernador Fortunato ha remitido a tu autoridad al centurión Marcelo. He aquí una carta suya, que te leeré si lo deseas." Agricolano dijo: "Lee." Entonces se leyó el informe oficial: "De parte de Fortunato a ti, mi señor", etc. Entonces Agricolano preguntó a Marcelo: "¿Hiciste lo que dice el informe oficial?"

Marcelo: "Sí."

Agricolano: "¿Servías regularmente en el ejército?"

Marcelo: "Sí."

Agricolano: "¿Qué te impulsó a cometer la locura de arrojar las insignias y a hablar en esa forma?"

Marcelo: "No es una locura temer a Dios."

Agricolano: "¿Dijiste realmente todo lo que cuenta el informe oficial?"

Marcelo: "Sí."

Agricolano: "¿Arrojaste las armas?""

Marcelo: "Sí, porque a un cristiano que sirve a Cristo, no le es lícito militar en los ejércitos de este mundo."

Agricolano: "La acción de Marcelo merece un castigo." En seguida pronunció la sentencia: "Marcelo, que tenía el rango de centurión, ha admitido que él mismo se degradó al arrojar públicamente las insignias de su dignidad. Por otra parte, el informe oficial hace constar que pronunció palabras insen-

satas. En vista de lo cual, disponemos que perezca por la espada."

Cuando le conducían al sitio de la ejecución, Marcelo dijo: "Que mi Dios sea bueno contigo, Agricolano." En esa forma tan digna, partió de este mundo el glorioso mártir Marcelo.

Todos los historiadores admiten que las *Actas de Marcelo* se cuentan entre los documentos más fidedignos de ese tipo; cf., por ejemplo, Harnack, *Chronologie*, vol. II, pp. 473-474. *Analecta Bollandiana*, vol. XLI (1923), pp. 257-287, editó y comentó los dos textos de las actas; Kruger tomó eso en cuenta en la tercera edición de "*Ausgewählte Martyrerakten*" de Knopf (1929). Véase también P. Franchi de Cavalieri, en *Nuovo Bullettino di Arch. Crist.* (1906), pp. 237-267; y B. de Gaiffier, *Analecta Bollandiana*, vol. LXI (1943), pp. 116-139. Cf. San Casiano (3 de diciembre).

SAN ASTERIO, OBISPO DE AMASEA (*c.* 410 P.C.)

TODO lo que sabemos sobre este santo, aparte de que fue obispo, es que recibió su educación, como él mismo lo cuenta, de un escita o un godo muy inteligente que había estudiado en Antioquía. San Asterio, que ya antes de recibir las órdenes sagradas se dedicaba a la oratoria, fue un predicador notable; se conservan veintiuna homilías suyas. En su panegírico de San Focas defendió el culto de los santos, la veneración de sus reliquias, las peregrinaciones a sus santuarios y los milagros obrados por ellos. En el siguiente sermón, que trata de los santos mártires, dice San Asterio: "Conservamos sus cuerpos en preciosos sepulcros porque son vasos de bendición, órganos de sus benditas almas y tabernáculos de sus santos espíritus. Nos ponemos bajo su protección, porque los mártires defienden a la Iglesia como los soldados guardan un fuerte. Los cristianos acuden de todas partes y celebran grandes fiestas para honrar sus sepulcros. Los mártires presentan a Dios nuestras oraciones . . ." San Asterio describe magníficamente las solemnes ceremonias con que las multitudes celebraban la fiesta de los mártires. Como algunos criticasen la veneración de los mártires y de sus reliquias, el santo respondió: "No veneramos a los mártires en cuanto hombres, sino en cuanto fieles servidores de Dios. Depositamos sus reliquias en hermosos sepulcros y les construimos ricos santuarios para sentirnos movidos a emular los honores que les tributamos."

El Martirologio Romano no hace mención de este San Asterio, en cambio nombra, el 21 de octubre, a otro santo del mismo nombre y afirma que fue él quien sacó el cuerpo de San Calixto del pozo en el que había sido arrojado. Este segundo Asterio fue ahogado en el Tíber.

No existe ninguna biografía propiamente dicha del santo. En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XIII, se hallarán reunidas las referencias que se encuentran en diversas obras. Algunos de sus sermones han sido objeto de estudios especiales; véase por ejemplo, A. Bretz *Sutdien und Texte zu Asterius von Amasea*, y M. Richard, en *Revue Biblique*, 1935, pp. 538-548.

SAN GERMAN, OBISPO DE CAPUA (540 P.C.)

EL PAPA San Hormisdas envió a este santo prelado, con otros legados, ante el emperador Justino el año 519, con la misión de convencer a los bizantinos de que pusiesen fin al 'cisma acaciano" que había durado ya treinta y cinco años. La embajada tuvo éxito, y se firmó la famosa "Fórmula" de Hormisdas. San Gregorio el Grande afirma, en base a la autoridad de "sus mayores", que mucho

después de la muerte del diácono romano Pascacio, San Germán le vio todavía en el purgatorio, porque se había unido al cisma que organizó Lorenzo contra el Papa San Símaco; Pascasio expiaba su culpa al prestar servicio a los que acudían a las fuentes de aguas termales, a donde San Germán tuvo que ir por motivos de salud. Pocos días después, Pascasio salió del purgatorio gracias a las oraciones de Germán. Este fue amigo personal de San Benito; San Gregorio cuenta que hallándose San Benito en Monte Cassino, vio a los ángeles llevar a la felicidad eterna el alma de San Germán, cuya muerte ocurrió el año 540.

Un manuscrito de Monte Cassino (siglo XI) contiene una breve biografía de San Germán; puede verse en *Acta Sanctorum*, oct., vol. XIII. Aunque no es del todo cierto, es muy probable que San Germán se identifique con el legado que San Hormisdas envió a Constantinopla. Véase Lanzoni, *Diocesi d'Italia*, vol. I, p. 203.

SAN ALONSO RODRIGUEZ (1617 P.C.)

En este mes celebra la Iglesia la fiesta de dos hermanos legos canonizados. Sin embargo, la vida de Gerardo Mayela y la de San Alonso Rodríguez, fue muy diferente. Por ejemplo, Gerardo murió en una edad en la que San Alonso todavía estaba casado y vivía con su familia. En tanto que el primero murió a los treinta años, el segundo vivió casi noventa; mientras que Gerardo trabajó en diversos oficios y en diferentes casas de su congregación, durante los tres años que siguieron a su profesión, San Alonso fue portero del mismo colegio durante cuarenta y cinco años.

Diego Rodríguez era un comerciante acomodado de Segovia. Alonso, que nació hacia 1533, fue el tercer hijo de una familia muy numerosa. El Beato Pedro Fabro y otro jesuita, llegaron a predicar una misión en Segovia y se hospedaron en la casa de Diego. Al terminar la misión, el huésped les propuso que fuesen a descansar unos días en su casa de campo y los misioneros aceptaron. Alonso, que tenía entonces unos diez años, partió con ellos y el Beato Pedro Fabro se encargó de prepararle para la primera comunión. A los catorce años, Alonso partió con su hermano mayor a estudiar en el colegio de los jesuitas de Alcalá, pero su padre murió menos de un año después y Alonso tuvo que volver, para ayudar a su madre en la administración de los negocios. Cuando Alonso tenía veintitrés años, su madre se retiró de la administración y le dejó encargado de ella. Tres años más tarde, Alonso contrajo matrimonio con María Suárez.

Los negocios iban mal, y la dote de la mujer de Alonso no era suficiente para mejorarlos. El joven no era mal comerciante, pero la situación no le ayudaba. La hijita de Alonso murió a poco de nacer; su esposa la siguió al sepulcro, después de dar a luz a un niño. Dos años después, murió también la madre del futuro santo. Esa serie de pérdidas e infortunios hizo pensar a Alonso, seriamente, en lo que Dios quería de él en este mundo. Hasta entonces, había sido un cristiano bueno y devoto, pero empezó a caer en la cuenta de que era necesario distinguirse de los otros comerciantes de Segovia, que llevaban una vida ejemplar pero no heroica. Vendió, pues, su negocio a fin de obtener lo suficiente para sostenerse y se fue a vivir, con su hijito, a la casa de sus dos hermanas solteras, Antonia y Juliana, que eran muy piadosas. Enseñaron a su hermano los rudimentos de la oración mental, de suerte que, al poco tiempo, Alonso meditaba dos horas cada mañana y, por la tarde, reflexionaba sobre los misterios

del rosario. Pronto empezó a descubrir la imperfección de su vida pasada, viéndola a la luz de Cristo. A raíz de una visión de la felicidad del cielo, hizo una confesión general. Desde entonces, empezó a practicar duras mortificaciones y a confesarse y comulgar una vez por semana. Algunos años más tarde, murió su hijo; Alonso, que se hallaba en el paroxismo del dolor, experimento un gran consuelo al comprender que su hijo se había librado del peligro de ofender a Dios.

Aunque no por primera vez, le vino entonces la idea de abrazar la vida religiosa, y pidió su admisión a los jesuitas de Segovia. Estos le disuadieron sin vacilar, pues tenía ya casi cuarenta años, su salud era bastante mala y su educación no era suficiente para el sacerdocio. Sin perder ánimo, Alonso fue a ver a Valencia, a su antiguo amigo, el P. Luis Santander, S.J., quien le recomendó que empezase a aprender el latín para ordenarse cuanto antes. Así pues, como lo había hecho San Ignacio de Loyola, Alonso empezó a asistir a la escuela con los niños, lo cual constituía no poca mortificación. Como había dado a sus hermanas y a los pobres casi todo el dinero que tenía, hubo de entrar a servir como criado y aun se vio obligado a pedir limosna, de cuando en cuando. En la escuela conoció a un hombre de su edad y de aspiraciones semejantes a las suyas, el cual trató de persuadirle a que renunciase a ser jesuita y se fuese con él a vivir como ermitaño. Alonso le hizo una visita en su ermita de la montaña, pero súbitamente cayó en la cuenta de que se trataba de una tentación contra su verdadera vocación y volvió en seguida a Valencia, donde dijo al P. Santander: "Os prometo que jamás en mi vida volveré a hacer mi propia voluntad. Haced de mí lo que queráis." En 1571, el provincial de los jesuitas, desoyendo el parecer de sus subordinados, aceptó a Alonso Rodríguez como hermano coadjutor. Seis meses más tarde, le envió al colegio de Montesión, en Mallorca, donde pronto fue nombrado portero.

San Alonso desempeñó ese oficio hasta que la edad y los achaques se lo impidieron. El P. Miguel Julián resumió, en una frase, la fama de santidad que alcanzó el hermanito en ese puesto: "Este hermano no es un hombre, sino un ángel." San Alonso consagraba a la oración todos los instantes que le dejaba libres su oficio. Aunque llegó a vivir en constante unión con Dios, su camino espiritual estuvo muy lejos de ser fácil. Sobre todo en sus últimos años, el santo atravesó por largos períodos de desolación y aridez y se veía afligido de graves dolores en cuanto hacía el menor esfuerzo por meditar. Como si eso no bastase, le asaltaron las más violentas tentaciones, como si tantos años de mortificación no hubiesen servido de nada. Alonso intensificó, todavía más la penitencia, sin desesperar jamás y siguió en el escrupuloso cumplimiento de sus obligaciones, convencido de que, llegado el momento escogido por Dios, volvería a gozar de las dulzuras y éxtasis de la oración. Algunos sacerdotes que le conocieron durante varios años, declararon que jamás le habían visto hacer ni decir nada que no estuviese bien. En 1585, cuando tenía cincuenta y cuatro años, hizo los últimos votos, los que renovó en la misa todos los días de su vida. La existencia de un portero no tiene nada de envidiable y, menos tratándose de la portería de un colegio, donde se necesita una dosis muy especial de paciencia. Sin embargo, el oficio tiene sus compensaciones, ya que el portero conoce a muchas personas y es una especie de eslabón entre el exterior y el interior. En el colegio de Montesión, además de los estudiantes, había un ir y venir continuo de sacerdotes, nobles, profesionistas y empleados que debían tratar asuntos con

los padres, sin contar a los mendigos que acudían en busca de limosna y a los comerciantes de Palma que iban a vender sus productos. Todos conocieron, respetaron y veneraron al hermano Alonso, en busca de cuyo consejo acudían los sabios y los sencillos y cuya reputación se extendió mucho más allá de los muros del colegio. El más famoso de sus "discípulos" fue San Pedro Claver que, en 1605, estudiaba en el colegio. Durante tres años, se puso bajo la dirección de San Alonso, el cual, iluminado por Dios, le entusiasmó y alentó para trabajar en América. Ahí fue donde San Pedro Claver ganó el título de "el apóstol de los negros."

San Alonso profesó siempre una profunda devoción a la Inmaculada Concepción. El Beato Raimundo Lulio había defendido ese privilegio mariano en Mallorca, 300 años antes. En una época, se creyó que San Alonso había compuesto el Oficio Parvo de la Inmaculada. El santo practicaba y propagaba ardientemente esa devoción y ello dio origen a ese error. Tampoco fue el autor del "Ejercicio de Perfección y Virtudes Cristianas", que se debe a la pluma de otro jesuita del mismo nombre y apellido, pero no canonizado. Sin embargo, San Alonso dejó varias obras, que escribió por orden de sus superiores. Su doctrina es sólida y sencilla, sus exhortaciones tienen el fervor que se podía esperar de un santo de su talla, y el contenido de esos libros prueba que San Alonso era un alma mística. Cuando tenía ya más de setenta años y estaba muy enfermo, el rector del colegio, para probar su virtud, le ordenó que partiese a las Indias. San Alonso se dirigió inmediatamente a la puerta y pidió al portero que le abriese, diciendo: "Tengo orden de partir a las Indias." Así lo habría hecho si el rector no le hubiese mandado llamar de nuevo. Arriba indicamos que en sus últimos años sufrió grandes arideces espirituales y violentos ataques del demonio. A esto se añadieron las enfermedades y los sufrimientos físicos. Finalmente tuvo que guardar cama; pero su invencible paciencia y su perseverancia le merecieron entonces consolaciones "tan intensas, que no podía levantar los ojos del alma a Jesús y María sin verles como si estuviesen presente."

En mayo de 1617, el P. Julián, rector de Montesión, que sufría de una fiebre reumática, rogó a San Alonso que orase por él. El santo pasó la noche en oración y, a la mañana siguiente, el rector pudo celebrar la misa. En octubre de ese año, sintiendo aproximarse su fin, el santo recibió la comunión y, al punto, cesaron todos sus sufrimientos espirituales y corporales. Del 29 al 31 de octubre estuvo en éxtasis y después comenzó su terrible agonía. Media hora antes del fin, recobró el conocimiento, miró amablemente a sus hermanos, besó el crucifijo, pronunció en voz alta el nombre de Jesús y expiró. El virrey y toda la nobleza de Mallorca asistieron a sus funerales, así como el obispo y una multitud de pobres y enfermos, cuyo amor y cuya fe premió el cielo con milagros. San Alonso fue canonizado junto con San Pedro Claver en 1888.

Los documentos publicados para la Sagrada Congregación de Ritos con miras a la beatificación, son muy numerosos, debido a que el *promotor fidei* presentó numerosas objeciones, basadas en la primera parte de la vida y en los escritos del santo. Dichos documentos, así como las notas autobiográficas que San Alonso escribió, por obediencia, entre 1601 y 1616, constituyen los materiales más valiosos. Las notas autobiográficas forman la primera parte de sus *Obras Espirituales*, editadas por el P. J. Nonnell en Barcelona (1885-1887). El mismo autor escribió en español la mejor de las biografías del santo, titulada *Vida de San Alonso Rodríguez* (1888); el P. Goldie aprovechó mucho esa obra para la biografía que publicó en 1889. En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XIII, puede verse la biografía más

antigua de San Alonso, publicada por el padre Janin en 1644, en latín. Sobre la relación del santo con el Oficio Parvo de la Inmaculada, véase Uriarte, *Obras anónimas y seudónimas S.J.*, vol. I, pp. 512-515. Acerca de la doctrina ascética de San Alonso, cf. Villier, *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. I (1933), cc. 395-402. Las biografías más recientes son probablemente la de M. Dietz, *Der hl. Alfons Rodríguez* (1925), y la semblanza de tipo popular de M. Farnum, titulada *The Wool Merchant of Segovia* (1945).

BEATA BIENVENIDA DE CIVIDALE, VIRGEN (1292 P.C.)

SE HA dicho que la vida de Bienvenida Bojani fue "un poema de alabanza a la Santísima Virgen, un himno de luz, de pureza y de alegría, cantado más bien que vivido en honor de Nuestra Señora." Ese himno comenzó con el nacimiento de la beata, en Cividale, población del Friuli, en 1254. Tenía seis hermanas, mayores que ella. Naturalmente, el padre de Bienvenida quería que el séptimo de sus vástagos fuese hombre y se cuenta que, al saber que también había sido mujer, exclamó resignado: "¡Perfectamente; que sea bienvenida!" Por ello se dio ese nombre a la niña. Desde muy pequeña se distinguió por la devoción a María; acostumbraba repetir muchas veces diarias la primera parte del Avemaría, como se usaba entonces, y acompañaba cada invocación con una genuflexión profunda, según lo había visto hacer a los dominicos en la iglesia. Como la Beata Magdalena Panattieri, a quien se conmemora el 13 de este mes, Bienvenida tuvo la dicha de pertenecer a una familia en la que todos eran tan piadosos como ella y aprobaban sus prácticas de devoción. Cuando la joven comunicó a sus padres que quería consagrar a Dios su virginidad y hacerse terciaria de Santo Domingo, éstos no le pusieron ninguna objeción.

Pero, a diferencia de la Beata Magdalena, Bienvenida no tomó parte en la vida pública de su ciudad natal, sino que se dedicó a cultivar más bien el aspecto contemplativo que el activo del espíritu dominicano. Movida de un gran deseo de hacer penitencia, se imponía las más grandes austeridades. En ocasiones se disciplinaba tres veces cada noche. Cuando tenía apenas doce años, se ató alrededor de la cintura "la cuerda de Santo Tomás" tan estrechamente, que se le encajó en la carne. El sufrimiento que ello le producía se hizo intolerable. Parecía que no había manera de evitar una operación quirúrgica para arrancarle la cuerda, pero un día ésta se desprendió, milagrosamente por sí sola, mientras la niña hacía oración. Bienvenida comunicó ese milagro a su confesor, Fray Conrado, quien le mandó que mitigase sus penitencias y le prohibió que las hiciese sin consultarle. Durante cinco años, la beata sufrió de varias enfermedades, de suerte que apenas podía salir de su recámara. El demonio aprovechó ese período para tentarla violentamente con la desesperación y otras cosas; pero el peor sufrimiento de Bienvenida era no poder asistir a misa y a las completas, durante las cuales se cantaba la "Salve Regina", excepto cuando la llevaban en vilo a la iglesia. Dios le devolvió la salud mediante un milagro público el día de la fiesta de la Anunciación, precisamente cuando Bienvenida acababa de prometer que haría una peregrinación al santuario de Santo Domingo si recobraba la salud. Su hermana María y su hermano menor la acompañaron en esa peregrinación.

Dios premió con numerosas gracias, visiones y éxtasis la paciencia con que la joven había soportado la enfermedad y las tentaciones. Se cuenta que, siendo todavía joven, Bienvenida fue un día a la iglesia, poco después de la muerte de su madre. Ahí encontró a un niño, a quien dijo: "¿Tú tienes mamá?" El niño

respondió que sí. "Yo ya no tengo —replicó Bienvenida—; pero, como tú sí tienes, tal vez te ha enseñado a decir el Avemaría." El niño respondió: "Yo la sé de memoria. ¿Y tú?" "Yo también la sé", contestó la joven. "Dímela", le rogó el niño. Bienvenida empezó a recitar el Avemaría en latín. Cuando llegó a la palabra "Jesús", el niño le dijo: "Yo soy Jesús" y desapareció. Aunque la alegría y la confianza fueron las virtudes características de Bienvenida, el demonio no dejó de tratar de inducirla a la desesperación y la infidelidad en su lecho de muerte. La beata triunfó de esas tentaciones y murió apaciblemennte el 30 de octubre de 1292. Su culto fue aprobado en 1765. Se ha perdido memoria del sitio en que fue sepultada en Cividale.

Según se dice en el completísimo artículo de *Acta Sanctorum*, oct., vol. XIII, la biografía latina, que data de poco después de la muerte de la beata, fue traducida al italiano en 1589. Dicha biografía se aprovechó mucho en el proceso de la confirmación oficial del culto; los bolandistas reproducen íntegramente el texto latino. Véase M. C. de Ganay, *Les Bienheureuses Dominicaines* (1913), pp. 91-108; y Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 302-306.

BEATA DOROTEA DE MONTAU, VIUDA (1394 P.C.)

EL NOMBRE de la beata se deriva de Marienburgo (Montau) en Prusia, donde nació en 1347. A los diecisiete años, contrajo matrimonio con un fabricante de espadas, de Danzig, llamado Alberto. Tuvieron nueve hijos, de los que sólo sobrevivió el último. Alberto era un hombre de temperamento violento, de suerte que su esposa sufrió mucho durante los veinticinco años de su matrimonio. Pero poco a poco, con su bondad y valor, Dorotea consiguió ablandar a su marido y, en 1384, le convenció de que hiciesen una peregrinación a Aquisgrán. A partir de entonces emprendieron otras a Einsiedeln, a Colonia y a otros santuarios. Precisamente proyectaban una peregrinación a Roma, cuando Alberto cayó enfermo. Así pues, Dorotea partió sola, y su esposo murió poco antes de su regreso. Tras de haber quedado viuda a los cuarenta y tres años, Dorotea se trasladó a Marienwerder y, en 1393, se recluyó en una celda de la iglesia de los Caballeros Teutónicos. Dios no le concedió ahí más que un año de vida, ya que murió el 25 de mayo de 1394, pero ese breve período le bastó para alcanzar gran fama de santidad y prudencia extraordinaria, de suerte que numerosos peregrinos acudían a consultarle o a pedirle algún milagro.

El confesor de Dorotea escribió su biografía, en la que cuenta por menudo sus visiones y revelaciones. Según dicha biografía, la beata era muy devota del Santísimo Sacramento y en varias ocasiones Dios le concedió la gracia de poder verlo en la hostia para satisfacer su gran deseo. En la Edad Media, se atribuía gran importancia al hecho de ver la Sagrada Hostia, sobre todo durante la elevación, y el biógrafo de Dorotea refiere que en su época solía exponerse el Santísimo todo el día en las iglesias de Prusia y Pomerania. El pueblo profesaba gran veneración a Dorotea. Poco después de su muerte, se introdujo su causa de canonización, pero fue abandonada; sin embargo, el culto de la beata siguió propagándose, y actualmente se la considera como la patrona de Prusia.

Existen muchos datos sobre esta mística tan interesante. En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XIII, se le consagran más de cien páginas in-folio. Además, en *Analecta Bollandiana* se publicó el *Septililium*, en el que el confesor de la beata consignó las visiones y dichos de su dirigida. (Cf. *Analecta Bollandiana*, vols. II, III y IV, 1883-1885). Existen varias biografías

escritas poco después de la muerte de Dorotea con miras a la canonización. Véase F. Hipler, *Johannes Marienwerder und die Klauserin Dorothea* (1865) Ringholtz. *Geschichte von Einsiedeln* (1906), pp. 268 ss., y 689 ss.; y el esbozo biográfico de H. Westphal, *Dorothea von Montau* (1949). Acerca de la biografía más reciente, cf. Westphal, en *Geist und Leben*, vol. XXVI (1953), pp. 231-236.

BEATO JUAN SLADE, MÁRTIR (1583 P.C.)

JUAN SLADE nació en Dorsetshire. Estudió en el New College de Oxford y practicó el oficio de maestro de escuela. El celo con que defendió la fe, movió a los perseguidores a arrestarle so pretexto de que negaba la supremacía regia en lo espiritual. El Beato Juan fue juzgado en Winchester, junto con el Beato Juan Bodey, en abril de 1583. Aunque ambos fueron condenados, el juicio se repitió cuatro meses más tarde en Andover. El cardenal Allen veía en ello una prueba de que los perseguidores reconocían que el primer juicio había sido injusto e ilegal. Sin embargo, los jueces volvieron a condenar el Beato Juan Slade, quien fue ahorcado, arrastrado y descuartizado en Winchester, el 30 de octubre de 1583.

Véase MMP., pp. 83-85, y Burton y Pollen, LEM., vol. I, pp. 1-7.

BEATO ANGEL DE ACRI (1739 P.C.)

LA FAMA de San Leonardo de Puerto Mauricio como misionero popular en Toscana y el norte de Italia, a principios del siglo XVIII, cruzó las fronteras de su orden y de su patria. En cambio, es menos conocido otro franciscano que predicó en Calabria por aquel entonces: el Beato Angel Acri, aunque en su época, fue tan famoso en el sur como San Leonardo en el norte. Angel nació en Acri, en la diócesis de Bisignano en 1669. A los dieciséis años, ingresó como postulante en el convento de los capuchinos, pero la austeridad de aquella vida era demasiado para sus fuerzas, de suerte que tuvo que volver al mundo. Como ello no le satisficiese, consiguió al cabo de algún tiempo que se le diera otra oportunidad de probar su vocación en la misma orden y volvió a fracasar. Entonces, un tío suyo que era sacerdote, le dijo que Dios quería seguramente que se casase y viviese en el mundo, pero Angel no se dejó convencer, pues se sentía profundamente atraído por la vida religiosa y experimentaba una aversión invencible por la vida del mundo. Así pues, en 1690, volvió a ingresar en el convento de los capuchinos. Con la ayuda de la oración, logró superar todas las dificultades y así, al cabo de un noviciado que podríamos calificar de tormentoso, hizo la profesión y empezó los estudios sacerdotales.

Sus superiores pensaron que necesitaba todavía una severa disciplina y le trataron con gran rigor. Por otra parte, el beato sufría de violentas tentaciones contra la castidad. Venció ambas pruebas, y esto le hizo tanto bien, que se dice que fue arrebatado en éxtasis durante su primera misa. En 1702, sus superiores le dedicaron finalmente a la predicación. Su primera aparición en público fue durante la cuaresma en San Giorgio. El beato había preparado con gran cuidado su sermón pero una vez en el púlpito, le falló la memoria, y ello le produjo tal impresión de desaliento, que se volvió al convento antes de que la cuaresma terminase. Al reflexionar sobre su fracaso y pedir a Dios que le ayudase, le pareció un día que una voz le decía: "No tengas miedo. Yo te daré el

don de predicación." "¿Quién eres?", preguntó el beato. "Soy el que es", respondió la voz. "En adelante, predica simplemente, como si estuvieses conversando, para que todos puedan entenderte." Siguió el consejo el P. Angel: hizo a un lado todos los libros de oratoria, todas las elegancias del lenguaje y las argucias del pensamiento y, en adelante, preparó sus sermones con la Biblia y el crucifijo.

Inmediatamente, empezó a tener gran éxito entre el pueblo. Pero en aquella época, San Alfonso María de Ligorio y los redentoristas no habían popularizado aún en Italia la predicación sencilla, de suerte que las personas de alcurnia menospreciaban la sencillez y familiaridad de la predicación del P. Angel. El beato llegó a ganarse la benevolencia de estos últimos en una forma casi dramática. En efecto, en 1711, el cardenal Pignatelli le invitó a predicar la cuaresma en Nápoles. Su primer sermón provocó la hilaridad maliciosa entre los nobles y en los dos días siguientes la iglesia estuvo casi vacía. El párroco trató de disuadir al beato de proseguir sus sermones; pero el cardenal Pignatelli no cedió. Este incidente despertó cierta curiosidad, de suerte que, al día siguiente, la iglesia estaba repleta. Al terminar su sermón, el P. Angel pidió a los presentes que orasen por el alma de una persona que se hallaba en la iglesia e iba a morir. Cuando la multitud salía de la iglesia, comentando esas palabras, un abogado muy conocido, que se había burlado mucho de la predicación del beato, cayó muerto de un síncope. Este y otros hechos no menos notables dieron gran fama en Nápoles al P. Angel. En adelante, las iglesias en que predicaba estaban siempre repletas, y muchos de los que acudían a oírle, por curiosidad, recibían la gracia de Dios y caían de rodillas.

El beato predicó misiones populares en Nápoles y, sobre todo, en Calabria, durante los siguientes vientiocho años y convirtió a miles de personas a penitencia y mejor vida. Dios confirmaba su predicación con muchos milagros, particularmente con curaciones. Además, se cuentan del P. Angel ejemplos de agilidad y bilocación sobrenaturales. Poseía el poder de leer los corazones y recordaba a las gentes los pecados que habían olvidado o callado en sus confesiones. En Nápoles predijo varias veces el futuro con gran exactitud. Predicó hasta que quedó ciego, seis meses antes de morir, pero pudo seguir celebrando misa hasta su muerte, que ocurrió en el convento de Acri, el 30 de octubre de 1739. Se cuenta que tres días después de su muerte, por orden del padre guardián, movió el brazo y fluyó sangre de él, lo mismo que se refiere del Beato Buenaventura de Potenza. Angel de Acri fue beatificado en 1825.

En *Acta Sanctorum*, oct., vol. XIII, hay un artículo muy completo, que se basa casi exclusivamente en los documentos presentados en el proceso de beatificación. Véanse las biografías de Ernest de Beaulieu (1899) y Giacinto da Belmonte (1894). En Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. IV, pp. 1-7, hay un resumen biográfico.

31: SAN QUINTIN, MÁRTIR (Fecha desconocida)

SAN QUINTIN era romano. Según la leyenda, partió a la Galia en compañía de San Luciano de Beauvais. Ambos predicaron juntos en ese país, y no se separaron sino hasta llegar a Amiens. San Quintín se quedó ahí, para hacer el intento de ganar a Cristo esa región con el trabajo y la oración. Su

premio fue la corona del martirio. El prefecto Ricciovaro, habiendo tenido noticias de los progresos del cristianismo en Amiens, mandó aprehender a San Quintín. Al día siguiente, el santo misionero compareció ante el prefecto, que trató en vano de doblegarle con promesas y amenazas. Como no lo lograse, le mandó azotar y le encerró en una mazmorra, a donde los cristianos no podían ir a visitarle. El relato del martirio de San Quintín está formado por una serie de torturas y milagros inventados. Se cuenta que se le atormentó en el potro hasta descoyuntarle todos los huesos; después se le desgarró con garfios, se le virtió aceite hirviente en la espalda y se le aplicaron a los costados antorchas encendidas. Con la ayuda de un ángel, Quintín escapó de la prisión, pero los guardias le arrestaron nuevamente cuando predicaba en la plaza pública. Al partir de Amiens, Ricciovaro mandó que Quintín fuese conducido a Augusta Veromanduorum (actualmente Saint Quentin) y ahí trató de doblegarle otra vez. Finalmente, avergonzado al verse vencido por el santo, Ricciovaro mandó torturarle de nuevo y degollarle. En el momento de la ejecución, una paloma salió del cuello cercenado y se perdió en el cielo. El cadáver fue arrojado al río Somme, pero los cristianos lo recuperaron y lo sepultaron cerca de la ciudad.

Dado que San Gregorio de Tours habla ya de una iglesia dedicada a San Quintín, no hay razón para dudar que haya sido un mártir auténtico. Pero su biografía ha sido embellecida con toda clase de agregados legendarios y existen versiones muy diferentes: véase una lista de ellas en BHL., nn. 6999-7021. En el largo artículo consagrado a San Quintín, en *Acta Sanctorum*, oct., vol. XIII, se citan varios textos de la leyenda y algunos relatos de la translación de las reliquias. De entonces acá, se han descubierto otras versiones, entre las que se cuenta cierto número de poemas carolingios (*Analecta Bollandiana*, vol. XX, 1901, pp. 1-44). Es interesante notar que Beda conoció la leyenda de San Quintín; véase *Martyrologes historiques* de Dom Quentin, quien opina que el pasaje de Beda es auténtico.

SAN FOILAN, ABAD (*c.* 655 P.C.)

SAN FOILÁN era hermano de San Fursey. Ambos hermanos y un tercero, San Ultán, llegaron juntos a Inglaterra después del año 630 y fundaron un monasterio en Burgh Castle, de Yarmouth. Después de evangelizar a los anglos del este durante algún tiempo, San Fursey pasó a la Galia, donde murió hacia el año 648. El este de Anglia fue invadido por Penda y los mercios, quienes saquearon el monasterio de Brugh Castle. Entonces, Foilán y Ultán decidieron seguir el ejemplo de su hermano. Así pues, partieron a Neustria, como lo había hecho Fursey y fueron muy bien acogidos por Clodoveo II. De Péronne, San Foilán pasó a Nivelles, donde la Beata Itta, viuda del Beato Pepino de Landen, había fundado un monasterio del que su hija Gertrudis era abadesa. Itta regaló a Foilán unas tierras para que fundase un monasterio. San Foilán permaneció en estrecho contacto con la abadía de Nivelles, donde ejerció gran influencia. Además, se dedicó a predicar en Brabante y dejó ahí profunda huella. San Foilán es uno de los más famosos entre los misioneros irlandeses de segunda importancia que vivieron en los monasterios del continente.

Hacia el año 655, la víspera del día de la fiesta de San Quintín, San Foilán cantó la misa en Nivelles y, en seguida, partió de viaje con tres compañeros. Al pasar por el bosque de Seneffe, unos bandoleros cayeron sobre ellos, les robaron y los asesinaron. Los cadáveres no fueron descubiertos sino hasta el 16 de enero del año siguiente. Santa Gertrudis mandó que fuesen sepultados en la aba-

día que San Foilán había fundado. En algunas regiones de Bélgica se venera a San Foilán como mártir, porque murió en el desempeño de una misión eclesiástica. Algunos autores afirman que fue obispo, pero tal afirmación carece de pruebas.

En *Acta Sanctorum* se hallarán algunos textos relacionados con el santo. El documento más importante es el apéndice de ciertos manuscritos de la primera biografía de San Foilán. B. Krusch, que lo publicó en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. IV, pp. 449-451, opina que su autor fue testigo presencial de los hechos y que era probablemente un monje irlandés que estaba al servicio de las religiosas de Nivelles. Dicho documento describe la muerte y el entierro del santo. Véase también Kenney, *Sources for the Early History of Ireland*, vol. I, pp. 503-504; Crépin, *Le Monastère des Scots des Fossés*, en *La terre wallonne*, vols. VIII (1923), pp. 357-385, y IX (1923), pp. 16-26; y L. Gougaud, *Christianity in Celtic Lands*, pp. 147-148.

SAN WOLFGANGO, OBISPO DE REGENSBURGO (994 P.C.)

SAN WOLFGANGO, que pertenecía a una familia suaba, nació hacia el año 930. Sus padres le enviaron muy joven a la abadía de Reichenau, en una isla del Lago de Constanza, que era entonces un floreciente centro del saber. Ahí se hizo amigo de un joven de la nobleza, llamado Enrique, hermano de Poppón, el obispo de Wurzburgo. Este útlimo había fundado una escuela en su ciudad episcopal, y Enrique convenció a Wolfgango de que se trasladase con él a dicha escuela. La inteligencia de que dio muestras el joven suabo, despertó entre sus compañeros la admiración y la envidia. El año 956, Enrique fue elegido arzobispo de Tréveris. Se llevó a Wolfgango a su arquidiócesis y le nombró profesor en la escuela de su catedral. En Tréveris Wolfgango cayó bajo la influencia de un monje muy dinámico, llamado Ramuoldo, y secundó con gran entusiasmo los esfuerzos de Enrique por promover la religión en la arquidiócesis. Enrique murió el año 964. Wolfgango se hizo entonces benedictino en un monasterio de Einsiedeln, cuyo abad era un inglés llamado Gregorio. El abad cayó pronto en la cuenta de que las cualidades de Wolfgango eran todavía mayores que su fama y le nombró director de la escuela del monasterio. San Ulrico, obispo de Augsburgo, le confirió la ordenación sacerdotal. Ello despertó el celo misionero de Wolfgango, quien partió a evangelizar a los magiares de Panonia. La empresa no tuvo el éxito que merecía. Por entonces, el emperador Otón II se enteró de que el santo era una persona idónea para ocupar la sede de Regensburgo (Ratisbona), que estaba vacante. Inmediatamente le mandó llamar a Frankfurt y le confirió el beneficio temporal, por más que Wolfgango le rogó que le dejase volver a su monasterio. La consagración episcopal tuvo lugar en Regensburgo, en la Navidad del año 972.

San Wolfgango no abandonó jamás el hábito monacal y en la práctica de su ministerio episcopal mantuvo las austeridades de la vida conventual. Lo primero que hizo, una vez que se estableció en su diócesis, fue emprender la reforma del clero y de los monasterios, especialmente de dos conventos de monjas poco edificantes. Una de las principales rentas de la sede procedía de la abadía de San Emmermam de Regensburgo. Hasta entonces había dependido del obispo, y los resultados habían sido tan malos como en otros casos análogos. Wolfgango le devolvió la autonomía y confió su gobierno a Ramuoldo, a quien mandó llamar de Tréveris. El santo era incansable en la predicación, y su intenso espíritu de oración confería una eficacia especial a su palabra. Cumplió con gran fide-

lidad y vigilancia todas sus obligaciones episcopales durante los veintidós años que ocupó la sede. Se refieren varios milagros obrados por él y su generosidad con los pobres llegó a ser proverbial. En una ocasión en que escaseaba el vino, ciertos sacerdotes ignorantes empezaron a emplear agua en vez de vino en la misa; naturalmente, eso horrorizó al santo obispo, quien distribuyó el vino de su propia bodega por toda la diócesis.

Durante algún tiempo, San Wolfgango abandonó el gobierno de su diócesis y se retiró a la soledad; pero unos cazadores descubrieron su retiro y le obligaron a volver a Regensburgo. Como quiera que fuese, la vocación monacal del santo no le impidió cumplir con sus obligaciones seculares, ya que asistió a varias dietas imperiales y acompañó al emperador en una campaña a Francia. San Wolfgango cedió una parte de Bohemia, que pertenecía a su diócesis, para que se fundase una nueva, cuya sede se estableció en Praga. El duque Enrique de Baviera tenía gran veneración por el santo y le confió la educación de su hijo Enrique, quien fue más tarde emperador y santo canonizado. En el curso de un viaje por el Danubio, rumbo a Austria, San Wolfgango cayó enfermo y falleció en la pequeña población de Puppingen, no lejos de Linz. Fue canonizado en 1052. Su fiesta se celebra en muchas diócesis de Europa Central y en las casas de los canónigos regulares de Letrán, ya que San Wolfgango restableció entre su clero la vida canonical.

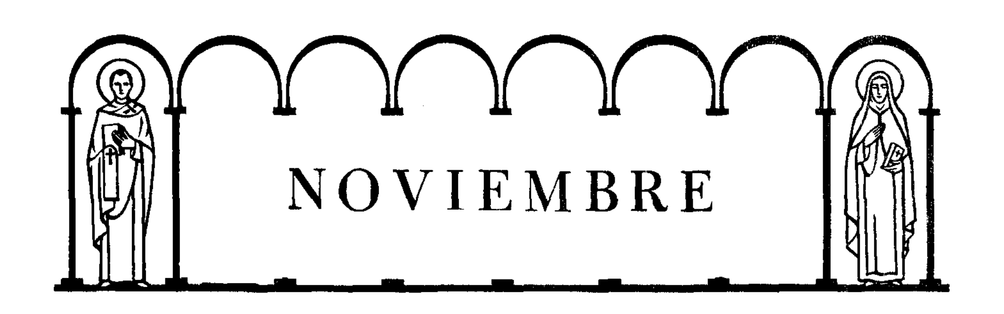
Poseemos muchos datos acerca de este santo. El libro del monje Arnoldo sobre la abadía de San Emmerman, así como la biografía de Wolfgango, escrita por Othlo, son fuentes muy valiosas; fueron editadas cuidadosamente, junto con otros documentos, en *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, pte. I. Véase también la biografía popular, que no carece de sentido crítico, publicada por Otto Häfner con el título de *Der hl. Wolfgang, ein Stern des X. Jahrhunderts* (1930); también el estudio arqueológico de J. A. Endres, *Beiträge zur Kunst — und Kulturgeschichte des mittelalterlichen Regensburgs*; y I. Zibermayr, *Die St Wolfgangslegende in ihrem Entstehen und Einflusse auf die österreichische Kunst* (1924).

BEATO TOMAS DE FLORENCIA (1447 P.C.)

TOMÁS BELLACCI, originario de Florencia, era un hermano lego franciscano. En su juventud llevó una vida muy desordenada; pero los buenos consejos de un amigo le ayudaron a caer en la cuenta de la futilidad de su vida, por lo que pidió ser admitido en el convento de los frailes de la observancia de Fiésole. Estos le aceptaron, no sin cierto temor, porque todo el mundo estaba al tanto de los excesos del joven. Tomás se entregó a la penitencia con el mismo entusiasmo que había puesto en el vicio. Con el tiempo, fue nombrado maestro de novicios, a pesar de no ser más que hermano lego y supo formar a sus discípulos en la más estricta observancia. En 1414, fray Juan de Stroncone estableció la reforma de los observantes en el reino de Nápoles y tomó a Tomás por compañero. El beato trabajó ahí unos seis años, y Dios bendijo su ministerio con numerosos milagros. Después, con la autorización del Papa Martín V, fue a combatir en Toscana a los herejes conocidos con el nombre de "Fraticelli", en compañía del beato Antonio de Stroncone. Al mismo tiempo que combatía a los herejes, fundó varios conventos, sobre los que San Bernardino le dio autoridad, y fijó su residencia en Scarlino. En esta última ciudad introdujo la costumbre de que los frailes fuesen en procesión a un bosque vecino, después del canto del oficio nocturno. Cada uno de los frailes tenía en el bosque un refugio de ramas entretejidas, donde pasaba parte de la noche en oración.

El "concilio de reunión", que tuvo lugar en Florencia en 1439, envió a fray Alberto de Sarzana como legado pontificio ante los jacobitas de Siria y otros disidentes orientales. A pesar de que el Beato Tomás tenía ya setenta años, fray Alberto decidió llevarle por compañero. En Persia fray Alberto envió a Tomás, con otros tres frailes, a Etiopía. Durante el viaje, fueron asaltados tres veces por los turcos, quienes los trataron con gran crueldad, no obstante lo cual, el Beato Tomás insistió en continuar sus prédicas a los mahometanos. Finalmente, el Papa Eugenio IV tuvo que rescatar a los frailes, pues los musulmanes los aprisionaron y los condenaron a muerte. El Beato Tomás, que no podía consolarse de que Dios no hubiese aceptado el sacrificio de su vida, partió en 1447 a Roma para pedir permiso de ir nuevamente al oriente a predicar, sin tomar en cuenta su avanzada edad. Durante el viaje cayó enfermo y murió en Rieti, el 31 de octubre de aquel año. Muchas personas pidieron que fuese canonizado junto con San Bernardino de Siena, cuya causa estaba ya introducida. Para evitar retrasos en la canonización de éste, San Juan de Capistrano fue, según se dice, al sepulcro de Tomás en Rieti y le mandó que, por santa obediencia, dejase de hacer milagros hasta que San Bernardino estuviera canonizado. El beato no hizo un solo milagro en los tres años siguientes, pero nunca llegó a ser canonizado. Su culto fue aprobado en 1171.

Véase Wadding, *Annales Minorum*; Mazzara, *Leggendario francescano*; y el resumen de Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. IV.



1: LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

EN LAS iglesias en las que se canta en público el oficio divino, el martirologio se lee todos los días después del rezo de prima. La lectura termina siempre con las siguientes palabras: "Y en otras partes, otros muchos santos mártires, confesores y santas vírgenes." En la fecha de hoy, la Iglesia celebra a todos aquellos que han sido beatificados o canonizados oficialmente y a aquellos cuyos nombres figuran en los diversos martirologios y listas de santos locales. Así pues, las palabras "otros muchos" no se refieren exclusivamente a los mártires, confesores y vírgenes en el sentido estricto, sino también a todos aquellos, conocidos por los hombres o sólo por Dios que, en sus circunstancias y estado de vida propios, lucharon por conquistar la perfección y gozan actualmente en el cielo de la vista de Dios. Así pues, la Iglesia venera en este día a todos los santos que reinan juntos en la gloria. El objeto de esta fiesta es agradecer a Dios por la gracia y la gloria que ha concedido a sus elegidos; movernos a imitar las virtudes de los santos y a seguir su ejemplo; implorar la divina misericordia por la intercesión de tan poderosos abogados; reparar las deficiencias en que se pueda haber incurrido al no celebrar dignamente a cada uno de los siervos de Dios en su fiesta propia, y glorificar a Dios en aquellos santos que sólo El conoce y a los que no se puede celebrar en particular. Por consiguiente, el fervor con que celebramos esta fiesta debería ser un acto de reparación por la tibieza con que dejamos pasar tantas otras fiestas durante el año, ya que en la conmemoración de hoy, imagen del banquete celestial que Dios celebra eternamente con todos los santos, a cuyos actos de alabanza y agradecimiento nos unimos, están comprendidas todas las otras fiestas del año. En ésta, como en las demás conmemoraciones de los santos, Dios constituye el objeto supremo de adoración y a El va dirigida finalmente la veneración que tributamos a sus siervos, pues El es el dador de todas las gracias. Nuestras oraciones a los santos no tienen otro objeto que el de alcanzar que intercedan por nosotros ante Dios. Por tanto, cuando honramos a los santos, en ellos y por ellos honramos a Dios y a Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, redentor y salvador de la humanidad, rey de todos los santos y fuente de su santidad y de su gloria.

Estos gloriosos ciudadanos de la celestial Jerusalén han sido elegidos por Dios entre los miembros de todos los pueblos y naciones, sin distinción alguna. Hay santos de todas las edades, de todas las razas, y condiciones sociales, para mostrarnos que todos los hombres son capaces de ir al cielo. Unos santos nacieron en el lujo de los palacios y otros en humildes cabañas; unos fueron militares, otros comerciantes, otros magistrados; hay clérigos, monjes, religiosas, personas casadas, viudas, esclavos y hombres libres. No existe estado alguno de

vida en el que nadie se haya santificado. Y todos los santos se santificaron, precisamente, en las ocupaciones de su estado y en las circunstancias ordinarias de su vida: lo mismo en la prosperidad que en la adversidad, en la salud que en la enfermedad, en los honores que en los vilipendios, en la riqueza que en la pobreza. De cada una de las circunstancias de su vida supieron hacer un medio de santificación. Así pues, Dios no exige que el hombre abandone necesariamente el mundo, sino que santifique su estado propio por el despego del corazón y la rectitud de la intención. Como se ve, todos los estados de vida han sido engrandecidos por algún santo.

Con frecuencia se arguye que el ideal de santidad que la Iglesia presenta es incompatible con la existencia en el mundo, precisamente aquélla en la que se hallan la mayoría de los hombres. Para reforzar esta objeción, se suele repetir que el número de clérigos y religiosos que han alcanzado la santidad es mayor, no sólo relativamente, sino aun absolutamente, que el de los laicos. Pero tal afirmación no está probada ni se puede probar. Si se habla únicamente de aquellos que han sido beatificados o canonizados, es cierto que hay entre ellos muchos más religiosos que laicos, más obispos que sacerdotes y más hombres que mujeres. Pero la canonización y la beatificación no constituyen más que una "ratificación", por decirlo así, con que la Iglesia honra a ciertos individuos, al escogerlos entre los muchos que contribuyen a su santidad total. Y en tal elección intervienen, necesariamente, muchos factores puramente humanos. Las órdenes religiosas poseen medios y motivos suficientes para llevar adelante la "causa" de ciertas personas que, en otras circunstancias, sólo habría sido conocida de sus íntimos. La dignidad episcopal trae consigo una notoriedad y una carga particulares y proporciona, al mismo tiempo, los medios y la influencia necesarios para la introducción de la causa. Entre las causas de beatificación o canonización que en los últimos tiempos han despertado más interés en el mundo entero y no sólo en un país, orden o diócesis particular, la gama es mucho más variada que en el pasado: Pío X era Papa, pero el Cura de Ars era simplemente párroco; Teresita del Niño Jesús era una humilde religiosa; Federico Ozanam, Contardo Ferrini, Luis Necchi, Matías Talbot, eran laicos; la Beata Ana María Taigi estaba casada con un pobre criado, y su beatificación se debió, después de Dios, al interés que pusieron en ella los trinitarios, de cuya orden fue terciaria. Al leer las biografías completas de muchas de las fundadoras de congregaciones religiosas que han sido beatificadas o canonizadas recientemente, se advierte la importancia que se atribuye en la actualidad a la práctica de las obras de misericordia espirituales y corporales, con frecuencia, se deja casi en la oscuridad o se trata en forma general y superficial, la cuestión de la "vida interior" (en esto, la Beata María Teresa Soubiran constituye una excepción muy notable). Esos santos y beatos alcanzaron la perfección en medio de una vida muy agitada, consagrada directamente al bien del prójimo, de suerte que puede decirse que vivieron tan "en el mundo" como cualquier laico. Esto, que por lo demás no es cosa nueva, puede alentar a quienes se inclinan a creer que, fuera de la vida religiosa, o por lo menos fuera de una vida consagrada especialmente al servicio de Dios, es muy difícil "ser realmente santo". No hay más que un Evangelio, un sólo Sacrificio, un sólo Redentor, un cielo y un camino para el cielo. Jesucristo vino a mostrárnoslo, sus enseñanzas no cambian y se aplican a todos los hombres. Es absolutamente falso que los cristianos que viven en el mundo no estén obligados a buscar la

perfección, o que el camino por el que han de alcanzar la salvación sea distinto del de los santos.

Los santos no sólo tienen importancia desde el punto de vista ético, en cuanto modelos de virtud. Poseen también una significación religiosa muy profunda, no sólo en cuanto miembros vivos y operantes del Cuerpo Místico de Cristo, que a través de El están en contacto vital con la Iglesia militante y purgante, sino también en cuanto frutos de la Redención que han alcanzado el fin de la visión beatífica: "Han atravesado la honda tribulación y han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero. Por eso se hallan ante el trono de Dios..." J. J. Olier, fundador de Saint-Sulpice, escribía: "La fiesta de todos los santos, a lo que creo, es más importante, en cierto sentido, que la de la Pascua o la de Ascensión. En este misterio se perfecciona Cristo, ya que, en cuanto Cabeza nuestra, sólo alcanza su plenitud unido a todos sus miembros, que son los santos. Es una fiesta gloriosa, porque pone de manifiesto la vida oculta de Jesucristo. La grandeza y perfección de los santos es enteramente la obra del Espíritu divino que habita en ellos."

Existen numerosos vestigios indicadores de que, desde tiempo atrás se celebraba una fiesta colectiva de todos los mártires. ("Mártir", en aquella época era sinónimo de "santo"). Aunque ciertos pasajes de Tertuliano y de San Gregorio de Nissa que suelen citarse a este propósito, son demasiado vagos, en la obra de San Efrén (*c.* 373), titulada *Carmina Nisibena,* nos hallamos ya en terreno más firme, puesto que el santo menciona una fiesta que se celebraba en honor de "los mártires de todo el mundo". Según parece, la solemnidad tenía lugar el 13 de mayo; esto nos inclina a pensar que en la elección de la fecha de la dedicación del Panteón Romano, que es también el 13 de mayo, según lo explicaremos después, intervino cierta influencia oriental. Por otra parte, sabemos que desde el año 411 y aun antes, se celebraba en toda Siria una fiesta de "todos los mártires", el viernes de la semana de Pascua, como lo dice expresamente el *Breviarium* sirio. Los católicos del rito caldeo y los nestorianos celebran dicha fiesta en la misma fecha. Las diócesis bizantinas celebraban y aun celebran la fiesta de todos los santos, el domingo siguiente al de Pentecostés, o sea el día en que nosotros celebramos a la Santísima Trinidad. En un sermón que pronunció en Constantinopla San Juan Crisóstomo, para hacer el "panegírico de todos los mártires que han padecido en el mundo", indicaba que apenas una semana antes se había celebrado la fiesta de Pentecostés.

Hasta la fecha, permanece muy oscura la cuestión de los orígenes de la fiesta de Todos los Santos en el occidente. Tanto en el *Félire* de Oengus como en el Martirologio de Tallaght, se conmemora el 17 de abril a todos los mártires y, el 20 del mismo mes, a "todos los santos de Europa". Según la frase del Martirologio de Tallaght, se celebra en este día la *communis sollemnitas omnium sanctorum et virginum Hiberniae et Britanniae et totius Europae.* Por lo que toca a Inglaterra, hacemos notar que el texto primitivo del Martirologio de Beda no mencionaba a todos los santos, pero en ciertas copias que datan del fin del siglo VIII o del comienzo del IX, se lee el 1º de noviembre: *Natale sancti Caesarii et festivitas omnium sanctorum.* Dom Quentin emitió las hipótesis de que, al dedicar el Panteón Romano a la Santísima Virgen y a todos los mártires (13 de mayo, *c.* 609; el Martirologio Romano lo conmemora todavía), San Bonifacio IV tenía la intención de establecer una especie de fiesta de todos los santos, por lo menos así lo creyeron, tal vez, Ado y algunos otros,

según se deduce de una frase de Beda, quien habla de la dedicación del Panteón en su "Historia de la Iglesia" y en el *De temporum ratione*. Beda dice que el Papa decidió que "convenía que en el futuro se honrase la memoria de todos los santos en el sitio que hasta entonces había estado consagrado a la adoración, no de Dios sino de los demonios". Ahora bien, tal afirmación no se encuentra en el *Liber Pontificalis*, que Beda tenía ante los ojos. Como quiera que sea, está fuera de duda que, en el año 800, Alcuino tenía ya la costumbre de celebrar el 1º de noviembre "la solemnidad santísima" de todos los santos, a la que precedía un triduo de ayuno. Alcuino estaba al tanto de que su amigo Arno, obispo de Salzburgo, celebraba también dicha fiesta, puesto que Arno había presidido poco tiempo antes un sínodo en Baviera, donde se había incluido esta fiesta en la lista de las celebraciones. También tenemos noticia de cierto Casiulfo, el cual, alrededor del año 775, pidió a Carlomagno que instituyese una fiesta precedida por un día de vigilia y ayuno, "en honor de la Trinidad, de la Unidad, de los ángeles y de todos los santos." El calendario de Bodley (MS. Digby 63, siglo IX, Inglaterra del norte) designa como una de las fiestas principales a la de Todos los Santos, fijada para el 1º de noviembre. Según parece, la influencia de las Galias fue la que movió a Roma a adoptar finalmente esta fecha.

Acerca de los orígenes de la fiesta, véase Tertuliano, *De corona*, c. 3; Gregorio de Nissa, en Migne, PG., vol. XLVI, c. 953; Ephrem Syrus, *Carmina Nisibena*, ed. Bicknell, pp. 23, 84; Crisóstomo, en Migne, PG., vol. I, c. 705, D. Quentin, *Martyrologes historiques*, pp. 637-641; y *Revue Bénédictine*, 1910, p. 58, y 1913, p. 44. Acerca del problema general, véase Cabrol, en DAC., vol. V, cc. 1418-1419; y sobre todo *Acta Sanctorum, Propyleum decembris*, pp. 488-489, donde se demuestra que constituye un error el haber atribuido a Oengus una alusión al 1o. de noviembre como fiesta de todos los santos. Cf. también Duchesne *Liber pontificalis*, vol. I, pp. 417, 422-432; acerca de la tradición oriental, véase Nilles, *Calendarium utriusque ecclesiae*, particularmente vol. I, p. 314, y vol. II, pp. 334 y 424. Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. I, pp. 263 ss., discute los asepctos folklóricos de la fiesta. Cierto número de órdenes religiosas tienen privilegio para celebrar la fiesta de todos sus santos. Muchas diócesis, sobre todo en Francia, solían celebrar antiguamente la fiesta de todos los santos locales; actualmente, esas celebraciones particulares han desaparecido, aunque en Irlanda la fiesta de todos los santos de la isla se celebra todavía el 6 de noviembre.

SANTOS CESARIO y JULIAN, MÁRTIRES (Fecha desconocida)

LAS "ACTAS" de estos mártires no son auténticas. Suprimiendo algunos milagros estereotipados, Alban Butler las resume así:

Existía en Terracina, Italia, la bárbara costumbre de que, en ciertas ocasiones solemnes, un joven se ofreciese voluntariamente en sacrificio a Apolo, que era el dios tutelar de la ciudad. Tras un período en el que el pueblo satisfacía todos los caprichos del joven elegido, éste se ofrecía como víctima y se arrojaba al mar desde un acantilado. Cesario, que era un diácono africano, presenció en cierta ocasión la escena, y no pudiendo contener su indignación, habló abiertamente contra tan abominable superstición. El sacerdote del templo le mandó arrestar y le acusó ante el gobernador. Al cabo de dos años de prisión, Cesario fue condenado por el gobernador a ser arrojado al mar en un saco, junto con un sacerdote cristiano llamado Julián. Aunque no sabemos qué fue lo que realmente sucedió, lo cierto es que los nombres de San Cesario y San Julián figuran en los martirologios primitivos. En Roma hubo desde el siglo VI una

iglesia consagrada a San Cesario, que es actualmente un título cardenalicio.

Véase *Acta Sanctorum*, nov., vol., I, donde hay cuatro diferentes versiones de las *actas* y la paráfrasis griega de una de ellas. La iglesia de San Cesario está en el Palatino. Se ha dicho que fue erigida en ese barrio imperial porque el nombre del santo recordaba el de los césares. Véase Delehaye, *Origines du culte des martyrs*, pp. 308-409; Lanzoni, *Rivista di archeologia cristiana*, vol. I, pp. 146-148; Duchesne, *Nuovo bullettino di arch. crist.*, 1900, pp. 17 ss.; y J. P. Kirsch, *Des Stadtrömische Fest-Kalender*, p. 208.

SAN BENIGNO DE DIJON, Mártir (¿Siglo III?)

Aunque el Martirologio Romano afirma que San Benigno fue discípulo de San Policarpo en Esmirna y que fue martirizado en Dijon, durante el reinado de Marco Aurelio, Alban Butler sólo se atreve a decir que fue un misionero romano que sufrió el martirio en Dijon, "probablemente en el reinado de Aureliano". Pero aun esto es demasiado, ya que no sabemos dónde nació San Benigno, y la fecha que Butler fija es, probablemente, bastante posterior. No es imposible que San Benigno haya sido discípulo de San Ireneo de Lyon y que le hayan martirizado en Epagny. Aunque más tarde empezó a venerársele en Dijon, lo cierto es que, a principios del siglo VI, no se le conocía ahí.

San Gregorio de Tours dice que, en aquella época, los habitantes de Dijon veneraban una tumba, y que su bisabuelo San Gregorio, obispo de Langres, opinaba que en ella estaba enterrado un pagano; pero un ángel le reveló milagrosamente en sueños que era el sepulcro del mártir San Benigno. Así pues, Gregorio de Langres restauró el sepulcro y construyó una basílica sobre él. El obispo no sabía nada sobre la vida del mártir, pero ciertos peregrinos que venían de Italia le regalaron una copia de "La pasión de San Benigno". Es muy poco probable que tal documento haya sido redactado en Roma, ya que, en realidad, el estilo de esa obra indica más bien que fue escrita por un contemporáneo de Gregorio de Langres en Dijon y es enteramente espuria.

"La pasión de San Benigno" refiere que San Policarpo de Esmirna tras la muerte de San Ireneo (quien en realidad murió cincuenta años después de San Policarpo), vio una aparición del santo. A raíz de ella, envió a dos sacerdotes, Benigno y Adoquio, así como al diácono Tirso, a predicar el Evangelio en las Galias. Tras una naufragio en Córcega, donde se unió al grupo San Andéolo, los misioneros desembarcaron en Marsella y se dirigieron a la Costa de Oro. En Autun los hospedó un tal Fausto, y San Benigno bautizó a San Sinforiano, el hijo de su huésped. Los misioneros se separaron ahí. San Benigno convirtió en Langres a Santa Leonila y a sus tres nietos gemelos (cf. San Espeusipo, 17 de enero). Después se trasladó a Dijon, donde predicó con gran éxito y obró muchos milagros. Al estallar la persecución, el juez Terencio denunció a Benigno ante el emperador Aureliano, quien estaba entonces en la Galia. (Por consiguiente, el martirio de San Benigno tuvo lugar unos cien años después de la muerte de San Policarpo). El santo misionero fue aprehendido en Epagny, cerca de Dijon. Tras sufrir numerosos tormentos y pruebas, a las que opuso otros tantos milagros no menos extraordinarios, el verdugo le deshizo la cabeza con una barra de hierro y le perforó el corazón. El cadáver fue sepultado en una tumba que semejaba un monumento pagano para engañar a los perseguidores. Mons. Duchesne ha demostrado que esta leyenda constituye el primer eslabón de una cadena de novelas religiosas, escritas a principios del

siglo VI, con el objeto de describir los orígenes de las diócesis de Autun, Besançon, Langres y Valence (los santos Andoquio y Tirso, Ferréolo y Ferrucio, Benigno, Félix, Aquileo y Fortunato). Tales obras no merecen el menor crédito, y aun la existencia histórica de los mártires es dudosa.

En *Acta Sanctorum*, nov., vol. I, hay seis versiones diferentes de *La pasión de San Benigno*. Además del comentario de los bolandistas, véase Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 51-62, y Leclercq, en DAC., vol. IV, cc. 835-849.

SAN AUSTREMONIO, Obispo de Clermont (¿Siglo IV?)

No sabemos con certeza sobre este santo sino que fue misionero en Auvernia, lo mismo que San Estremonio, y que se le venera como apóstol y primer obispo de Clermont. Los historiadores discuten hasta la época en que vivió. Según San Gregorio de Tours, fue uno de los siete obispos enviados de Roma a la Galia a mediados del siglo III. Su culto se popularizó gracias a una visión que tuvo un diácono junto al sepulcro del santo, en Issoire. La leyenda de San Austremonio se fue desarrollando a partir del siglo VI. Según esa leyenda, el santo fue uno de los setenta y dos discípulos del Señor. Fue asesinado por un rabino judío, a cuyo hijo había convertido. El rabino le cortó la cabeza y la arrojó en un pozo. Los cristianos la descubrieron gracias al rastro de sangre que había dejado desde el sitio del asesinato hasta el pozo. Por ello, se veneraba como mártir a San Austremonio. (En Clermont se le venera todavía). Su cuerpo fue sepultado en Issoire. En realidad, no hay ningún motivo para considerar a San Austremonio como mártir, y su nombre no figura en el Martirologio Romano.

En *Acta Sanctorum*, nov., vol. I, hay tres biografías legendarias; la tercera de ellas se ha atribuido sin razón a San Praejectus. Los bolandistas publicaron además otros textos relacionados con las traslaciones de las presuntas reliquias y los milagros obrados por ellas. Véase Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 119-122; Poncelet, en *Analecta Bollandiana*, vol. XIII (1894), pp. 33-46; Leclercq, en DAC., vol. III, cc. 1906-1914; y L. Levillain, en *Le Moyen-Age*, 1904, pp. 281-337. Parece cierto que San Praejectus escribió o terminó una obra sobre su predecesor, Austremonio, pero la obra se perdió.

SANTA MARIA, Virgen y Mártir (¿Siglo IV?)

María era esclava de un oficial romano llamado Tértulo. Había sido bautizada desde pequeña y era la única cristiana de la casa en que servía. Hacía mucha oración y ayunaba con frecuencia, particularmente en las fiestas de los ídolos. Su devoción no agradaba a su ama; en cambio, su fidelidad y diligencia la complacían en extremo. Cuando estalló la persecución, Tértulo trató de persuadir a María a que abjurase de la fe, pero no logró vencer su constancia. Temiendo perderla si llegaba a caer en manos del prefecto, Tértulo la azotó despiadadamente y la encerró en un cuarto oscuro. Pronto se divulgó la noticia, y el prefecto acusó a Tértulo de haber ocultado a una cristiana en su casa. María fue entregada al punto a la autoridad. Viendo que la joven confesaba valientemente a Cristo ante los jueces, el pueblo pidió que fuese quemada viva. María, después de pedir a Dios que le diese valor para seguir confesándole, dijo al juez: "El Dios a quien sirvo está conmigo. No temo tus tormentos, pues sólo pueden quitarme la vida y estoy pronta a dar la mía por Jesucristo." El juez ordenó a los verdugos que la torturasen, y éstos lo hicieron con tanta cruel-

dad, que los presentes incapaces de soportar el espectáculo, profirieron voces para que se suspendiera la tortura y pidieron que se pusiese en libertad a la víctima. El juez la entregó a un soldado para que la ejecutase, pero éste, compadecido al verla indefensa, la ayudó a escapar. Aunque María murió naturalmente, el Martirologio Romano la considera como mártir, teniendo en cuenta lo que sufrió por Cristo.

El P. Van Hooff, bolandista, lo mismo que E. le Blant, se inclinaba a pensar que las *actas* de esta mártir tenían fundamento histórico. Pueden verse en *Acta Sanctorum,* nov., vol. I. Como quiera que sea, el texto, tal como ha llegado hasta nosotros, fue retocado en una época posterior para adaptarlo al gusto de entonces. Hay en él detalles extravagantes tomados de otras novelas biográficas; además, el autor sitúa el martirio en la época de Marco Aurelio, con muy poca probabilidad. En el *Hieronymianum* se habla de "María, la esclava", aunque no es seguro que tal alusión se refiera a esta mártir. Dom Quentin (*Les Martyrologes historiques,* p. 180) explica que el nombre de María la esclava pasó de los martirologios de Ado y Usuardo al Martirologio Romano.

SAN MATURINO (¿Siglo IV?)

La biografía de San Maturino, que es totalmente legendaria, cuenta que nació en Larchant, en el territorio de Sens, y que sus padres eran paganos. A diferencia de su padre, quien perseguía a la Iglesia, Maturino abrió su corazón al Evangelio y, a los doce años, fue juzgado digno de recibir el bautismo. Sus primeros convertidos fueron sus propios padres. A los veinte años, recibió Maturino la ordenación sacerdotal, y Dios le concedió una gracia especial para arrojar a los malos espíritus. Su obispo tenía tal confianza en él, que le confió el gobierno de la diócesis mientras él iba a Roma. El santo predicó en el Gâtinais, donde convirtió a muchas gentes. Cuando su fama de exorcista llegó a Roma, se le convocó a dicha ciudad para que librase a una doncella noble, a quien el demonio atormentaba mucho. Según la leyenda, San Maturino murió en la Ciudad Eterna. Su cuerpo fue trasladado a Sens y, más tarde, a su pueblo natal. Los hugonotes destruyeron las reliquias. A lo que parece, el culto de San Maturino nunca estuvo muy extendido. En Francia se suele llamar "maturinos" a los frailes trinitarios, porque tenían en París una iglesia dedicada a este santo.

Véase *Acta Sanctorum,* nov., vol. I, donde se hallará el texto latino de la leyenda, con un comentario. El culto local de San Maturino ha sido estudiado a fondo por E. Thoison en una serie de artículos publicados en los *Annales de la Société hist.-archéol. Gâtinais* (1886-1888). Cf. H. Gaidoz, en *Mélusine,* vol. V (1890), pp. 151-152.

SAN MARCELO, Obispo de París (*c.* 410 p.c.)

Se cuenta que San Marcelo nació en París. Sus padres no se distinguían por su alto nivel social, pero la santidad de Marcelo fue su mejor presea. El joven se entregó enteramente a la práctica de la virtud y a la oración, de suerte que, según su biógrafo, parecía completamente desprendido del mundo y aun del cuerpo. Prudencio, el arzobispo de París, viendo el carácter serio de Marcelo y los rápidos progresos que había hecho en las ciencias sagradas, le ordenó de lector y más tarde le hizo archidiácono suyo. A partir de entonces, el santo realizó, según se dice, muchos milagros. Cuando murió Prudencio, Marcelo fue elegido unánimemente para sucederle. Se dice que, con su autoridad y sus oraciones,

defendió a su grey contra las invasiones de los bárbaros. Su biógrafo refiere milagros extravagantes, entre otros una señalada victoria sobre un dragón. Pero, como comenta Alban Butler, "la veracidad de estos hechos depende de la del autor, quien escribió cien años después y, siendo extranjero, debió fiarse de hablillas y leyendas populares". San Marcelo murió a principios del siglo V. Su cuerpo fue sepultado en la catacumba de su nombre en la ribera izquierda del Sena; actualmente ese distrito es un suburbio de París y se llama Saint-Marceau.

Los críticos modernos atribuyen sin vacilar la biografía de San Marcelo a San Venancio Fortunato, quien con perdón de Butler no era un extranjero en las Galias, excepto en el sentido técnico. B. Krush editó dicha biografía en MGH., *Auctores antiquissimi*, vol. IV, pte. 2, pp. 49-54; puede verse también en *Acta Sanctorum*, nov., vol. I. Véase Duchesne, *Fastes Épiscopaux*, vol. II, p. 470.

SAN VIGOR, Obispo de Bayeux (*c.* 537 p.c.)

Vigor nació en Artois y vivió en la época de Childeberto I. Su padre le confió a San Vedasto de Arras para que le educase. Pero Vigor, temiendo que su padre no le permitiese ser sacerdote, huyó con otro compañero y se ocultó en el pueblecito de Ravière, cerca de Bayeux. Ambos amigos predicaron ahí e instruyeron al pueblo. Después de su ordenación, San Vigor extendió el campo de su ministerio. El año 513, murió el obispo de Bayeux, y San Vigor fue elegido para sucederle. Viendo que algunos adoraban todavía a un ídolo de piedra en una colina de las afueras de la ciudad, el santo derribó el ídolo y construyó una iglesia en ese sitio, al que dio el nombre de Colina de la Unción. Cuando el conde Bertulfo se cayó del caballo y se rompió la nuca, el santo vio en ello un juicio de Dios, pues el conde había pretendido apoderarse de la colina. El pueblecito de Saint-Vigueur-le-Grand, en las proximidades de Bayeux, toma su nombre de San Vigor, quien construyó ahí una abadía. Los normandos dedicaron dos o tres iglesias a San Vigor en Inglaterra.

Véase *Acta Sanctorum*, nov., vol. I, donde hay una edición crítica de una biografía latina que data probablemente del siglo VIII. Para dicha edición se emplearon diversos manuscritos. Véase también Corblet, *Hagiographie d'Amiens*, vol. IV, pp. 657-664; y Duchesne, *Fastes Épiscopaux*, vol. II, p. 220.

2: LA CONMEMORACION DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

La IGLESIA de Cristo se compone de la Iglesia Triunfante, en el cielo, la Iglesia Militante, en la Tierra, y la Iglesia Purgante, en el purgatorio. Nuestro amor debe extenderse a todos los miembros de Cristo, ya que ese amor por El nos une con todo su Cuerpo Místico y nos lleva a compartir las penas y la felicidad de todos sus miembros. El dogma de la comunión de los santos suponen la comunicación de ciertas buenas obras y la existencia de una relación entre todos los miembros de Cristo. Con los santos del cielo estamos unidos en la gratitud y alabanza por la corona que Dios les ha concedido, así como en el fruto de su intercesión por nosotros. La fiesta de todos los santos está precisamente consagrada a celebrar nuestra comunión con los elegidos del

cielo. En la celebración de esta fecha, la Iglesia Militante subraya la comunión con la Iglesia Purgante, cuando implora la divina misericordia en favor de las almas del purgatorio. Por su parte, las almas del purgatorio ruegan ciertamente por nosotros, aunque la Iglesia no acude jamás a su intercesión en las oraciones de la liturgia, porque la práctica de los primitivos cristianos y la tradición no hablan expresamente de tal intercesión. "Es cosa buena y santa orar por los difuntos" (II Mac., XII, 46). Es cosa santa porque es agradable a Dios, a cuyos ojos no puede haber sacrificio más honroso y dulce que el sacrificio de la caridad y compasión espirituales. Las almas del purgatorio son herederas del cielo, están seguras de alcanzarlo y sus nombres están escritos en él. Pero antes, tienen que purificarse totalmente, sufriendo con paciencia las penas que han merecido por sus pecados. La aversión que Dios tiene por el menor pecado es tan grande, que su infinita justicia y santidad no pueden soportar ninguna mancha. Pero la misericordia de Dios le mueve a recomendarnos que prestemos a las almas del purgatorio, que son hermanas nuestras en Jesucristo, la ayuda de caridad que está en nuestra mano ofrecerles. Si la caridad compasiva para con todos los que sufren, aun para con los que menos la merecen, es uno de los principales elementos del espíritu cristiano, ¿cuánto más lo será la caridad para con quienes se hallan en necesidad espiritual y carecen de medios para salir de ella, sobre todo si se tiene en cuenta que tal vez estamos unidos a ellos con los lazos del parentesco o de la amistad?

La costumbre de ofrecer el santo sacrificio por un difunto en particular existía desde mucho antes de que se instituyese la conmemoración de todos los fieles difuntos. El primer documento que habla claramente de esta conmemoración data de mediados del siglo IX, época en que los monasterios empezaron a conmemorar colectivamente, en diversas fechas, a sus miembros y bienhechores difuntos. A principios del siglo IX, San Amalario establecía ya una relación entre la fiesta de todos los santos y la conmemoración de todos los fieles difuntos, pues escribía en su obra *De ordine antiphonarii*: "Después del oficio de los santos, puse el de los difuntos, ya que muchos de ellos no van directamente a reunirse con los bienaventurados del cielo." Es muy posible que San Odilón de Cluny haya recordado este pasaje, dos siglos más tarde, al ordenar que todos los monasterios que él dirigía, conmemorasen el 2 de noviembre a todos los fieles difuntos, recitando el oficio de muertos y celebrando misas de requiem. En todo caso, como lo dijimos antes, para entonces ya estaba muy extendida la idea de una conmemoración colectiva de los difuntos. Por ejemplo, el año 800, los conventos de San Galo y Reichenau establecieron en acuerdo mutuo para orar conjuntamente por los difuntos de ambos monasterios. Además de orar por cada uno de los difuntos en el momento en que se recibía la noticia de su muerte, ambas comunidades acordaron orar cada año, el 14 de noviembre, por todos los religiosos fallecidos en ellas. Cada sacerdote debía celebrar tres misas y los que no lo eran, estaban obligados a recitar el salterio íntegro. Es digno de notarse que el 14 de noviembre comenzaba en Irlanda la llamada "Cuaresma de Moisés" y que, el monasterio de San Galo había sido fundado por monjes irlandeses.

Rodolfo Glaber y otros cronistas posteriores refieren la extraña historia de un monje que oyó los gritos de rabia de los demonios, que se quejaban de que las oraciones de los monjes de Cluny les arrancaban de las manos a las almas que estaban atormentando. Se dice que, al enterarse de la noticia, San

Odilón decidió publicar el famoso decreto que acabamos de mencionar; pero lo cierto es que el texto del decreto, no hace alusión alguna a esa leyenda y dice simplemente que, "como la fiesta de todos los santos se celebraba ya en toda la Iglesia, debían los monjes conmemorar con cariño y afecto a todos aquellos que habían muerto desde el principio hasta el fin del mundo." Poseemos un relato muy detallado acerca de la forma en que se aplicó, en vida de San Odilón, este decreto en el monasterio de Farfa, cerca de Espoleto. Según parece, la costumbre se difundió ampliamente y con rapidez, aunque no se conserva ningún documento pontificio que la haya extendido a toda la cristiandad. Por otra parte, la *Commemoratio animarum* del 2 de noviembre no se encuentra comúnmente en los calendarios y martirologios, sino hasta dos siglos después. Se puede ilustrar muy bien este punto con el caso de Canterbury. Hacia el año de 1075, el arzobispo Lanfranco promulgó ciertos decretos que obligaban a los monjes benedictinos; en ellos hacía hincapié en la misa solemne de requiem del 2 de noviembre y mandaba que, la víspera, se echasen a vuelo las campanas y prescribía otros ritos. Sin embargo, aunque se conservan cuatro o cinco calendarios de Canterbury que datan de los siglos XII o XIII, ninguno de ellos menciona dicha celebración. En cambio, en el martirologio "Protadio", compuesto en Besançon a mediados del siglo XI, se habla claramente de la solemnidad del día de los difuntos.

Parece cierto que el privilegio que tenían desde antiguo los sacerdotes en España y sus dominios para celebrar tres misas el día de los difuntos, se originó en el monasterio de los dominicos de Valencia, donde existía ya en los primeros años del siglo XV. En dicho monasterio estaban sepultados muchos personajes notables, de suerte que sólo era posible satisfacer a la demanda de misas que se encargaban con motivo del día de los difuntos, permitiendo a los frailes celebrar tres en esa fecha. Según parece, las autoridades locales empezaron por tolerar ese abuso, que más tarde se convirtió en costumbre admitida. Finalmente, Benedicto XIV ratificó esa práctica y la extendió a todo el reino, en 1748. En 1915, durante la guerra mundial, Benedicto XV hizo extensivo el privilegio a toda la Iglesia de occidente. Los armenios conmemoran especialmente a los difuntos el domingo de Pascua, lo cual constituye un símbolo muy hermoso.

Acerca de la cuestión general de la conmemoración de todos los fieles difuntos, cf. Cabrol, en DAC., vol v, cc. 1419-1420; y Leclercq, en la misma obra, vol. IV, cc. 427-456, y vol XII, cc. 34-38. Véase también a Kellner, *Heortology*, pp. 326-328; Schuster, *The Sacramentary*, vol. v, pp. 213-231; y H. Thurston, *The Memory of our Dead*, pp. 101-134 y 224-241. Se encontrarán ciertos detalles del folklore en Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. I, pp. 267-273. Acerca de los calendarios de Canterbury, cf. E. Bishop, *The Bosworth Psalter*, pp. 68-69, 113. Sobre la cuestión en España, véase Villanueva, *Viaje literario*, vol. II, pp. 5 ss. En cuanto a la *Cuaresma de Moisés*, cf. *Analecta Bollandiana*, vol. IX (1941), p. 234, n. 3; y J. Ryan, *Irish Monasticism* (1931), pp. 392-393.

SAN VICTORINO, Obispo de Pettau, Mártir (*c.* 303 p.c.)

San Jerónimo habla en términos elogiosos acerca de este exegeta. Alban Butler resume sus palabras y dice que "las obras de Victorino eran sublimes, por más que su latín no era muy bueno, ya que el autor había nacido en Grecia". San Victorino era ya retórico cuando fue elegido obispo de Pettau, en el norte

de Panonia. Escribió comentarios sobre varios libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. San Jerónimo solía citarlos, pero no sin matizar la buena opinión que tenía del obispo. San Victorino hizo la guerra a diversas herejías de su época, pero él mismo fue acusado de "milenarismo", es decir, de esperar que en el año 1000 Cristo iba a establecer su Reino en la tierra. Se dice que el santo obispo fue martirizado durante la persecución de Diocleciano. En una época, se creyó que había sido el primer obispo de Poitiers, debido a una latinización errónea del nombre de su diócesis.

No se conservan las actas del martirio de San Victorino; lo poco que sabemos sobre él, procede de ciertas referencias casuales que se encuentran en las obras de San Jerónimo, Optato de Milevis y Casiodoro. Véase *Acta Sanctorum*, nov., vol. I. A lo que parece, el *Hieronymianum* no mencionaba a este santo; pero Floro de Lyon suponía que la conmemoración de San Víctor, el 2 de noviembre, se refería a él. Véase Quentin, *Martyrologes historiques*, pp. 310 y 380; y Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, segunda edición, vol. II, pp. 657-663.

SAN MARCIANO (*c*. 387 P.C.)

SAN MARCIANO nació en Cyrrhus, en Siria. Su padre pertenecía a una familia patricia. Marciano abandonó la casa paterna y partió de su patria. Como no le gustase hacer las cosas a medias, se retiró a un desierto entre Antioquía y el Eufrates. Ahí escogió el rincón más escondido y se encerró en una estrecha celda, tan baja y tan reducida de tamaño, que no podía estar de pie ni acostado sin encogerse. Tal soledad era como un paraíso para él, pues podía consagrarse enteramente al canto de los salmos, la lectura espiritual, la oración y el trabajo. Sólo se alimentaba de pan y aun eso en pequeña cantidad; sin embargo, jamás pasaba el día entero sin comer, pues quería tener fuerzas para hacer lo que Dios le pedía que hiciera. La luz sobrenatural que recibía en la contemplación, le dio un amplio conocimiento de las grandes verdades y misterios de la fe. No obstante su gran deseo de vivir ignorado de los hombres, su fama llegó a otros países y, al fin, tuvo que admitir por discípulos a Eusebio y Agapito. Con el tiempo, fue aumentando el número de sus discípulos y nombró abad a Eusebio. En cierta ocasión le visitaron a un tiempo San Flaviano, patriarca de Antioquía y otros obispos para rogarle que les hiciese una exhortación, como tenía por costumbre. La dignidad de su auditorio impresionó a Marciano, quien no supo qué decir durante unos momentos. Como los obispos le incitasen a hablar, les dijo: "Dios nos habla a cada momento a través de las creaturas y del universo que nos rodea. Nos habla también por su Evangelio, en el que nos enseña a cumplir nuestro deber para con los demás y con nosotros mismos. ¿Qué otra cosa podría yo deciros?"

San Marciano obró varios milagros y su fama de taumaturgo le molestaba mucho, de suerte que jamás prestaba oídos a quienes acudían a su intercesión para obtener un milagro. Así, en cierta ocasión en que un habitante de Beroea le pidió que bendijese un poco de aceite para curar a su hija enferma, el santo se negó absolutamente, sin embargo, la enferma recobró la salud en ese mismo instante. Marciano vivió hasta edad muy avanzada. En sus últimos años, sufrió mucho a causa de la importunidad de los que querían conservar su cuerpo cuando muriese. Algunos de éstos, entre los que se contaba su sobrino Alipio, llegaron incluso a construir capillas en diferentes sitios para darle sepultura.

San Marciano resolvió el problema al pedir a Eusebio que le enterrase en un sitio secreto. El sitio de su sepultura no fue descubierto sino hasta cincuenta años después de su muerte. Entonces se trasladaron sus reliquias a un sitio que se convirtió en lugar de peregrinación.

Todo lo que sabemos acerca de San Marciano procede de la *Historia Religiosa* de Teodoreto. Puede verse el texto griego, con una traducción latina comentada, en *Acta Sanctorum,* nov., vol. I.

BEATO TOMAS DE WALDEN (1430 P.C.)

Los carmelitas veneran a este santo y sabio varón, aunque su culto no ha sido nunca oficialmente confirmado por la Santa Sede. Tomás nació en Saffron Walden, del Essex, hacia 1375. Su apellido era Netter. Tomó el hábito del Carmelo en Londres e hizo sus estudios en Oxford, donde obtuvo el grado de doctor en teología. Alrededor del año de 1400, fue ordenado sacerdote. En vista de la fama de que gozaba como profesor, fue enviado en 1409 al Concilio de Pisa, donde, según se dice, apoyó la elección de Alejandro V. A su vuelta a Inglaterra, fray Tomás hizo guerra abierta a los lolardos y otros partidarios de Juan Wyclif, de suerte que se le considera como el más brillante defensor de la fe contra esos herejes. El santo tomó parte en el juicio que se hizo a los cabecillas de los lolardos, particularmente a Sir John Oldcastle. Contra ellos dirigió sus principales escritos, entre los que se destaca el *Doctrinale fidei.* En aquella época, los nobles solían confesarse con los carmelitas. Santo Tomás fue nombrado confesor de Enrique V, al mismo tiempo que desempeñaba el cargo de provincial de su orden en Inglaterra, aunque probablemente aún no había cumplido cuarenta años. Fue también uno de los legados de Inglaterra al Concilio de Constanza, que condenó la doctrina de Wyclif y Hus e inmediatamente después fue a Polonia como embajador del Papa y del emperador. Según se dice, fundó conventos de su orden en Lituania y Prusia.

En 1422, acompañó a Francia a Enrique V, quien murió en sus brazos, en Vincennes. Los guardianes del infante Enrique VI le nombraron más tarde tutor del futuro monarca, de modo que la santidad de éste puede atribuirse, en cierto sentido, a Santo Tomás. Aunque el santo se opuso a los herejes con tenacidad y aun con violencia, era un hombre bondadoso y afectuoso. En 1430, acompañó a Francia al joven Enrique VI y murió en Rouen, el 2 de noviembre. Los milagros obrados en su sepulcro confirmaron su fama de santidad. Los numerosos escritos del santo, alabados por el Papa Martín V, le merecieron el título de *Doctor praestantissimus* y *Doctor authenticus.* En su tratado *De sacramentalibus* hay una discusión sobre la canonización, que es muy importante para la historia de ese tema.

Los bolandistas no mencionan a Tomás Netter ni siquiera entre los *praetermissi* (olvidados). Su nombre no figura tampoco en el *Menology* de Stanton, ni en los martirologios de Whitford y Wilson. B. Zimmerman, *Monumenta historica Carmelitana* (1907), pp. 442-482, indica las principales fuentes disponibles; véase también el artículo de este distinguido autor en *Catholic Encyclopedia,* vol. X, pp. 764-765. Cf. R. L. Hine, *History of Hitchin* (1927); vol. I, pp. 133-138. De joven, Santo Tomás estuvo en el convento de Hitchin.

BEATO JUAN BODEY, Mártir (1583 p.c.)

Juan Bodey nació en Wells, en 1549. Su padre era comerciante. El joven hizo sus estudios primarios en la escuela de Winchester y después se trasladó al New College de Oxford, del que llegó a ser miembro a los diecinueve años. En 1576, el obispo de Winchester expulsó de la Universidad a Juan y a otros siete. Al año siguiente, el beato fue a enseñar leyes en Douai. Según parece, se casó al volver a Inglaterra, ya que el Beato Guillermo Hart, en una carta que escribió a su madre poco antes de su ejecución, en marzo de 1583, le contaba que Juan Bodey estaba en la prisión y también le rogaba que saludase de su parte a "la Sra. Bodey y a todos los demás". Juan Bodey fue hecho prisionero en Winchester en 1580, por el celo con que propagaba la fe católica. En la primavera de 1583, compareció ante los jueces junto con el Beato Juan Slade, acusado de haber negado la supremacía regia en lo espiritual. En agosto, fue nuevamente juzgado en Andover y se le volvió a condenar. El 16 de septiembre, escribió al Dr. Ely una carta, en la que le manifestaba que él y su compañero permanecían firmes en la fe y le pedía "las buenas oraciones de todos vosotros para que Dios nos conceda firmeza, gozo y perseverancia hasta el fin." Fue ejecutado en Andover, el 2 de noviembre, después de haber declarado que era inocente de toda traición. Se cuenta que la madre del beato celebró el martirio de su hijo con un banquete a sus amigos.

Véase Challoner, MMP., J. H. Pollen publicó por primera vez otros detalles sobre la vida de Juan Bodey, en *Acts of English Martyrs* (1891), pp. 49-65, y en las *Publications* de la *Catholic Record Society*, vol. v, pp. 39-50. Cf. Burton y Pollen, LEM., vol. i, pp. 8-21.

3: SANTA WINIFREDA, Virgen y Mártir (*c.* 650 p.c.)

WINIFREDA es la más famosa de las santas de Gales, tanto en su patria como fuera de ella. Sin embargo, las tradiciones escritas que se conservan, datan de cinco siglos después de su muerte. Alban Butler las resume así:

El padre de Winifreda era un hombre muy rico de Tegeingl, en el Flintshire. Su madre era hermana de San Beuno, con quien la santa vivió algún tiempo. Solía escuchar con gran atención las enseñanzas de su tío, y le impresionaban profundamente las verdades que Dios le revelaba por boca de éste. Según se dice, el joven Caradogo, señor de Hawarden, se enamoró locamente de Winifreda. Como no consiguiese convencerla de que se casase con él, se dejó llevar por la cólera y, cierto día la persiguió hasta la iglesia que había construido San Beuno y ahí le cortó la cabeza. Roberto de Shrewsbury refiere, en su "Vida de los Santos" que la tierra se tragó a Caradogo. También cuenta que, en el sitio en que fue asesinada Winifreda, brotó la fuente que mana todavía, en cuyo fondo hay piedrecillas veteadas de rojo y en cuyas orillas crece un musgo de suave perfume. Según dicho autor, San Beuno resucitó a la joven con sus oraciones, después de colocarle la cabeza sobre el cuello cortado; en el sitio de la herida sólo quedó una leve cicatriz. El degüello de Santa Winifreda tuvo lugar el 22 de junio y, por ello, se conmemora todavía su martirio

en esa fecha. Poco después, San Beuno partió a fundar la Iglesia de Clynnog Fawr, en Arfon. A la muerte de su tío, Winifreda abandonó también la casa paterna e ingresó en el convento de Gwytherin, en Denbigshire. Un santo abad, llamado Eleri, gobernaba el convento, que era para hombres y mujeres. Cuando murió la abadesa, Tenoi, Santa Winifreda la sucedió en el cargo. Ahí murió, quince años después de su milagrosa resurrección y fue sepultada ahí mismo por San Eleri. Sus reliquias estuvieron en Gwytherin hasta 1138, año en que fueron trasladadas con gran pompa a la abadía benedictina de Shrewsbury. Roberto, el prior de dicha abadía, escribió la vida de la santa poco después de la traslación. En 1398, se instituyó la fiesta de Santa Winifreda en toda la provincia de Canterbury.

Aunque los que afirman que Santa Winifreda no existió nunca van demasiado lejos, hay que confesar que los datos que poseemos son demasiado posteriores para que podamos basarnos en ellos con seguridad, según lo hace notar el P. De Smedt en su estudio. Pero los hechos posteriores relacionados con la santa son más fáciles de controlar. La fuente milagrosa que mencionamos antes (la fuente constituye un lugar común en las leyendas célticas y en otras), dio su nombre a Holywell (que en galés se llama Tre Fynnon). Los autores de las dos biografías medievales hablan de ciertos milagros relacionados con las reliquias y santuarios dedicados a la santa, y Alban Butler da ciertos detalles acerca de cinco curaciones obradas en Holywell en el siglo XVII. Los detalles están tomados de la obra que el P. Felipe Metcalf, S. J., publicó en 1712, basándose en la biografía escrita por Roberto. Por ella sabemos que dos de las cinco personas curadas eran protestantes. A lo que parece, ha habido peregrinaciones a la fuente de Santa Winifreda y se han obrado ahí curaciones durante mil años, casi sin interrupción, como lo prueban los abundantes documentos públicos y privados que hablan de los hechos. Por ejemplo, el día de la fiesta de la santa, en 1629, a pesar de que se perseguía entonces a los católicos, acudieron unos 14,000 peregrinos, entre los que se contaban 150 sacerdotes. El Dr. Johnson afirma haber visto a unos peregrinos que se bañaban en la fuente, el 3 de agosto de 1774. La fe nunca se extinguió en Holywell, que en la época de la persecución se convirtió en un refugio de jesuitas. Estos entregaron la parroquia al clero diocesano en 1930. Las autoridades eclesiásticas tienen una concesión civil sobre la fuente. Los edificios que la rodean, fueron construidos por Margarita, condesa de Richmond y Derby, madre de Enrique VII y por otros miembros de la nobleza. Una vez que los jesuitas se convirtieron en custodios de ese viejo santuario, los peregrinos empezaron a acudir en número todavía mayor (especialmente los de Lancaster). Se obran ahí curaciones aparentemente milagrosas hasta en la época actual. Alban Butler hace notar, con razón, que "aunque tal vez los autores de las biografías de Santa Winifreda se hayan dejado engañar acerca de ciertos detalles, ello no disminuye para nada, ni la santidad de la mártir, ni la devoción de su santuario." Después de citar las palabras de un tal Dr. Linden que recomendaba las aguas de la fuente de Santa Winifreda por sus propiedades curativas naturales, diciendo que eran "causa de innumerables curaciones auténticas", Butler añade: "Sin embargo, al emplear las medicinas naturales, deberíamos siempre orar al Médico Celestial. Por otra parte, está fuera de duda que Dios se complace con frecuencia en desplegar su poder milagroso en ciertos sitios de peregrinación."

Las diócesis de Menevia y de Shrewsbury celebran la fiesta de Santa Winifreda. El Martirologio Romano la menciona, privilegio que sólo comparten con ella los santos galeses Asaf, Sansón, Maglorio y algunos otros, pero no San David. Debido a la excavación de minas en los alrededores de Holywell, la fuente, a la que el poeta Miguel Dryton y otros habían celebrado durante siglos como una de las más grandes maravillas naturales de la Gran Bretaña, se secó en 1917. Posteriormente, se llevaron a cabo unos trabajos para hacer brotar ahí una parte de las reservas subterráneas originales. En vista de la posibilidad de que las minas acabaran por secar totalmente la fuente, Lady Moystin de Talacre y otras personalidades, obtuvieron en 1904 que el Parlamento impusiese ciertas restricciones a los proyectos de los ingenieros; pero tal medida resultó insuficiente.

En *Acta Sanctorum*, nov., vol. I, el P. De Smedt consagra sesenta y siete páginas in-folio a Santa Winifreda, su fuente y sus milagros. En el mismo artículo publica una edición crítica de las biografías del pseudo-Eleri y de Roberto de Shrewsbury, tomadas de los manuscritos que se conservan. El texto de la *vita prima* (tomado del MS. Cotton Claudius A. v) puede verse también, junto con una traducción, en A. W. Wade-Evans, *Vitae sanctorum Britanniae* (1944). El P. Thurston reimprimió en 1917, con introducción y notas, la *Vida de Santa Winifreda*, escrita en 1712 por el P. Felipe Metcalf. Caxton había publicado ya, hacia 1485, otra biografía y el P. Falconer la tradujo del latín al inglés, en 1635. La obrita del P. Metcalf se hizo famosa porque, un año después de su publicación, la atacó violentamente W. Fleetwood, obispo de St. Asaph. Acerca de otros puntos interesantes relacionados con Santa Winifreda y la fuente, véase *The Month* (nov. 1893, pp. 421-437). En *Analecta Bollandiana*, vol. VI (1887), pp. 305-352, se publicó una interesante colección de milagros obrados en Holywell en el siglo XVII.

SAN HUBERTO, OBISPO DE LIEJA (727 P.C.)

"DIOS LLAMÓ a su servicio a San Huberto y lo apartó de la vida mundana en forma extraordinaria. Desgraciadamente, los relatos populares, plagados de contradicciones, han oscurecido las circunstancias de esa vocación, de suerte que no poseemos datos ciertos sobre la vida del santo sino hasta que empezó a servir a la Iglesia, bajo el gobierno de San Lamberto, obispo de Maestricht." La "forma extraordinaria" sobre la que Alban Butler habla con tan encomiable reserva, fue la siguiente: Huberto, que era muy aficionado a la caza, salió a perseguir a un ciervo un Viernes Santo, cuando todos estaban en la iglesia. En un claro del bosque el animal se volvió, y Huberto pudo ver que llevaba un crucifijo entre los cuernos. Al punto se detuvo, lleno de estupor y oyó una voz que le decía: "Huberto, si no vuelves hacia Dios, caerás en el infierno." El santo cayó de rodillas, preguntando qué era lo que debía hacer y la voz le dijo que fuese en busca del obispo de Maestricht, Lamberto, quien se encargaría de guiarle. Como se ve, esta leyenda coincide exactamente con la de la conversión de San Eustaquio (20 de septiembre).

Como quiera que haya ocurrido su conversión, el hecho es que Huberto entró a servir a San Lamberto y fue ordenado sacerdote. Cuando el obispo fue asesinado en Lieja, hacia el año 705, Huberto le sucedió en el gobierno de la diócesis. Algunos años más tarde, trasladó los restos de San Lamberto de Maestricht a Lieja, que no era entonces más que un pueblecito sin importancia, a orillas del Mosa. San Huberto depositó las reliquias del mártir en una iglesia que él mismo había construido en el sitio del martirio, y estableció ahí su ca-

tedral. Hasta entonces, la cabecera de la diócesis había sido Maestricht. Por ello se venera a San Lamberto como principal patrono de la misma y a San Huberto como fundador de la ciudad y de la catedral y como primer obispo de la nueva sede.

En aquella época, los bosques de las Ardenas se extendían desde el Mosa hasta el Rin y, en algunos sitios, el Evangelio no había echado todavía raíces. San Huberto penetró hasta los rincones más remotos e inhospitalarios de la región y abolió el culto de los ídolos. En su ministerio apostólico Dios le concedió el don de milagros. Su biógrafo cuenta que el día de rogativas el santo obispo partió de Maestricht, en procesión, por los campos y poblados, acompañado por el clero y la multitud. Encabezaban la procesión, según la costumbre, el estandarte de la cruz y las reliquias de los santos y todos sus integrantes cantaban las letanías. Una posesa interrumpió súbitamente aquella procesión, pero San Huberto le ordenó que guardase silencio y la curó al hacer sobre ella la señal de la cruz. Se cuenta que San Huberto tuvo una premonición de su muerte y que vio la gloria que le esperaba. Un año más tarde, fue a Brabante a consagrar una iglesia. Inmediatamente después, cayó enfermo en Tervueren, cerca de Bruselas. Murió apaciblemente seis días más tarde, el 30 de mayo de 727. Su cuerpo fue trasladado a Lieja y sepultado en la iglesia de San Pedro. El año 825, fue trasladado a la abadía de Andain, que tomó entonces el nombre del santo, cerca de la frontera de Luxemburgo, en las Ardenas. Probablemente la fiesta de San Huberto se celebra el 3 de noviembre, porque en esa fecha fueron depositadas en Lieja sus reliquias, dieciséis años después de su muerte. San Huberto y San Eustaquio son los patronos de los cazadores. Se invoca también a San Huberto contra la hidrofobia.

Antiguamente, los belgas profesaban gran devoción a San Huberto y tal vez se la siguen profesando. Por ello, nada tiene de extraño que el P. Carlos De Smedt, escribiendo en 1887, haya dedicado a nuestro santo un artículo de 171 páginas en *Acta Sanctorum* (nov., vol. I). La biografía primitiva del santo, que es muy corta y se debe a la pluma de uno de los contemporáneos, no habla de los orígenes de Humberto, ni dice que haya estado en la corte de Austrasia, ni que haya sido casado. Floriberto, el "hijo" de San Huberto que llegó a ser obispo, era probablemente sólo su hijo espiritual. La introducción y la serie de biografías publicadas por De Smedt demuestran que los detalles que se cuentan sobre la juventud y conversión del santo, no son anteriores al siglo XIV. Sin embargo, la leyenda del ciervo y otros milagros atribuidos al santo contribuyeron a popularizar su culto mucho más allá de los confines de los Países Bajos. En Lorena y en Baviera se fundaron dos órdenes de caballería bajo el patrocinio de San Huberto. Existe una literatura muy abundante sobre las reliquias del santo y los aspectos folklóricos de su vida. Acerca de este último punto, véase Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutchen Aberglaubens*, vol. IV, pp. 425-454; E. Van Heurck, *Saint Hubert et son culte en Belgique* (1925); y L. Huyghebaert, *Sint Hubertus, patroom von de jagers...* (1949). Cf. también Poncelet, en *Revue Charlemangne*, vol. I (1911), pp. 129-145; *Analecta Bollandiana*, vol. XLV, (1927), pp. 84-92 y 345-362; H. Leclercq, en DAC., vol. IX (1930), cc. 630-631 y 655-656. Es muy útil la obrita de Dom Réjalot, *Le culte et les reliques de S. Hubert* (1928). Desde el punto de vista histórico, la mejor obra es la de F. Baix, *La Terre Wallonne*, vol. XVI (1927). Véase también *Une relation inédite de la conversion de S. Hubert*, ed. M. Coens, en *Analecta Bollandiana*, vol. XLV (1927), pp. 84-92.

SAN PIRMINO, OBISPO (753 P.C.)

LA PRIMERA evangelización del antiguo gran ducado de Baden fue principalmente obra de varios monasterios, entre cuyos fundadores se distinguió San

Pirmino. Probablemente era originario del sur de la Galia o de España y salió de ahí huyendo de los moros. Pirmino restauró la abadía de Dissentis, en Grisons, que había sido destruida por los ávaros. Pero, sobre todo, es famoso porque fue el primer abad de Reichenau. En efecto, el santo fundó dicho monasterio el año 724, en una isla del lago de Constanza. Según se dice, fue la primera abadía benedictina en tierra alemana. En una época, la influencia de Reichenau rivalizó con la de Saint Gall. Por razones políticas, el fundador fue desterrado de ahí y pasó a Alsacia, donde fundó el monasterio de Murbach, entre Tréveris y Metz. También fundó la abadía benedictina de Amorbac, en el sur de la Franconia. Se atribuye a San Pirmino un manual de instrucción popular, muy conocido en la época carolingia, llamado *Dicta Pirmini o Scarapsus.* Aunque estuvo en varias regiones, San Pirmino no fue nunca obispo de Meaux, contra lo que dice el Martirologio Romano. Murió el año 753.

Existe una biografía latina de Pirmino, escrita en el siglo IX. Ha sido editada, tomando por base diversos manuscritos antiguos, en MGH. *Scriptores*, vol. XV, y en *Acta Sanctorum*, nov., vol. II. Dicha biografía, muy corta y escueta, compuesta por un monje anónimo de Hornbach, fue la fuente principal de una biografía posterior más vaga y escrita en verso. En *Acta Sanctorum* hay una introducción muy completa para ambas biografías. Véase también E. Egli, *Kirchengeschichte Schweiz* (1893), pp. 72-82; J. Clauss, *Die Heiligen des Elsass* (1935), pp. 246-247; G. Jecker, en *Die Kultur der Abtei Reichenau*, vol. I (1925), pp. 19-36, y *Die Heimant des hl. Pirmin* (1927) del mismo autor.

SAN AMICO, (*c.* 1045 P.C.)

SAN AMICO pertenecía a una distinguida familia de Camerino, donde fue sacerdote secular. Después, se retiró a una ermita y, más tarde, tomó el hábito monacal. Según se dice, su ejemplo movió a su padre y su madre, a sus hermanos y sobrinos a abrazar la vida religiosa. Pero, como la disciplina de su monasterio no fuese suficientemente austera para él, retornó a la soledad. En efecto, pasó tres años en los Abruzos, completamente solo, hasta que empezaron a reunírsele algunos discípulos. En cierta ocasión, el santo hizo cesar milagrosamente el hambre. Pasó sus últimos años en el monasterio de Fonteavellana, recientemente fundado por Santo Domingo de Sora, y ahí murió a los 120 años de edad. No se identifica con el monje Amico del que San Pedro Damián habla en una de sus cartas.

En *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, hay dos biografías medievales; una de ellas fue probablemente escrita por un contemporáneo del santo, pero trata sobre sus milagros principalmente.

SAN MALAQUIAS, ARZOBISPO DE ARMAGH (1148 P.C.)

EN EL SIGLO IX empezó Irlanda a experimentar los efectos de las invasiones que habían asolado a otros países. En efecto, los bárbaros conocidos con el nombre genérico de orientales, hicieron incursiones en las regiones costeras, y los daneses establecieron colonias permanentes en Dublín y otras ciudades. Por dondequiera que iban cometían asesinatos, demolían monasterios y quemaban bibliotecas. Todo ello debilitó mucho al poder civil; los reyezuelos locales, que luchaban contra el enemigo de fuera y se destruían entre sí, perdieron mucha autoridad. El trato prolongado e inevitable entre los nativos y los opresores de la religión

y de la ley, trajo consigo una relajación gradual de la fe y las costumbres. Así pues, aunque Irlanda no llegó nunca a caer en el grado de iniquidad que suponían ciertos ingleses y algunos hombres de iglesia extranjeros (incluso San Bernardo), se hallaba sin embargo en un estado lamentable cuando estalló la guerra civil, tras la derrota definitiva de los daneses, en Clonfart (1014).

Precisamente en esa época de confusión, del año 1095, nació Malaquías O'More. El niño se educó en Armagh, donde su padre era maestro de escuela. Malaquías era un niño juicioso y piadoso. Después de la muerte de sus padres, se fue a vivir con un ermitaño llamado Eimar. San Celso, arzobispo de Armagh, juzgándole digno del sacerdocio, le ordenó a los veinticinco años. El arzobispo le encargó que predicase la palabra de Dios al pueblo y extirpase las malas costumbres, que abundaban en su diócesis. San Bernardo, en su biografía de San Malaquías, dice que éste "quemó las ramas y la hojarasca inútil y aplicó el hacha a los árboles de raíz podrida". En una palabra, el santo se entregó a su tarea con gran celo. Sin embargo, temía no conocer suficientemente los cánones eclesiásticos para reformar a fondo la disciplina y el culto, por lo que acudió a San Malco, obispo de Lismore, quien se había educado en Winchester, en Inglaterra, y era famoso por su ciencia y su virtud. San Malco le acogió muy bien, le instruyó en todo lo referente al servicio divino y al bien de las almas y, al mismo tiempo, le empleó en los ministerios de su iglesia.

Un tío de San Malaquías, que a pesar de ser lego era abad de San Comgall, se había apoderado de las rentas de la gran abadía de Bangor, la cual se hallaba en un estado lamentable. En 1123, el abad renunció a su dominio sobre Bangor, en favor de su sobrino, para que éste restableciese la observancia regular en la abadía. San Malaquías cedió a otra persona las tierras de la abadía, a pesar de las protestas. San Bernardo le alaba por eso, pero hace notar que "llevó demasiado lejos su desinterés y su espíritu de pobreza, como lo demostraron después los hechos." Con diez miembros de la comunidad de Eimar, San Malaquías reconstruyó la abadía, empleando madera, como se acostumbraba en Irlanda. La gobernó durante un año. "Era una regla viviente, un espejo brillante, un libro abierto en el que todos podían aprender los preceptos de la verdadera vida religiosa." La fama del santo aumentó con los milagros que obró. San Bernardo refiere algunos. A los treinta años de edad, San Malaquías fue elegido obispo de Connor. Los cristianos de su diócesis apenas lo eran más que de nombre, pues los daneses habían dominado ahí largo tiempo. El santo hizo cuanto pudo por convertir en corderos a aquellos lobos. El y sus monjes predicaron con energía apostólica, uniendo la severidad a la dulzura. Cuando las gentes no acudían a la iglesia a oírle predicar, San Malaquías iba a buscarles en sus casas. Así consiguió sembrar la bondad y piedad en algunos de los más duros, restableció el uso frecuente de los sacramentos, pobló la diócesis de pastores celosos y volvió a instituir la celebración regular de las horas canónicas, pues desde las invasiones de los daneses habían caído en desuso aun en las ciudades. En esa tarea le sirvieron mucho los conocimientos de música sacra que había adquirido en su juventud. Pero en 1127, un reyezuelo del norte devastó Andrim y Down y expulsó a la comunidad de Bangor, donde vivía San Malaquías. El santo se retiró entonces con algunos de sus monjes a Lismore y después a Iveragh, en Kerry, donde organizó nuevamente la vida monástica.

En 1129, murió San Celso de Armagh. La sede metropolitana había estado en manos de su familia durante varias generaciones. Para romper esa nociva

costumbre, San Celso ordenó en su lecho de muerte que su sucesor fuese Malaquías, a quien envió su báculo pastoral. Sin embargo, los parientes de San Celso instalaron en la sede a su primo Murtagh y, durante tres años, San Malaquías no intentó apoderarse de la diócesis. Finalmente, se dejó convencer por el legado pontificio Gilberto de Limerick, por San Malco y algunos otros y, protestando que renunciaría al gobierno de la sede en cuanto hubiese restituido el orden, se trasladó de Iveragh a Armagh. Hizo cuanto pudo por tomar en sus manos el gobierno de su diócesis; sin embargo, para evitar los desórdenes y el derramamiento de sangre, no intentó entrar en la cabecera de la diócesis ni apoderarse de la catedral. Murtagh murió en 1134, no sin haber nombrado por sucesor a Niall, hermano de San Celso. Ambos bandos estaban armados, y San Malaquías determinó hacerse entronizar en su catedral. Los partidarios de Niall se presentaron de improviso en una reunión de los partidarios de San Malaquías, pero fueron dispersados por una tempestad tan violenta, que doce hombres murieron calcinados por el rayo. San Malaquías consiguió tomar posesión de su diócesis. Sin embargo, la paz no reinaba en ella, pues Niall se había llevado de Armagh dos reliquias muy veneradas, y el pueblo consideraba como legítimo arzobispo a quien las tenía en su poder. Consistían en un libro (probablemente el "Libro de Armagh") y una cruz pastoral llamada "el báculo de Jesús": el pueblo creía que ambas habían pertenecido a San Patricio. Esto explica por qué muchos eran partidarios de Niall y perseguían violentamente a Malaquías. Uno de ellos invitó al santo a una conferencia para asesinarle. San Malaquías, contra el parecer de sus amigos, acudió a la reunión, dispuesto a sufrir el martirio por la paz; pero su valor y tranquila dignidad desarmaron a sus enemigos, y se firmó la paz. Sin embargo, San Malaquías tuvo que conservar su guardia de corps hasta que recuperó el báculo y el libro y fue reconocido como arzobispo por todo el pueblo. Habiendo roto así la tradición de la sucesión hereditaria y restablecido la disciplina y la paz en la sede, insistió en renunciar a la dignidad archiepiscopal y consagró por sucesor suyo a Gelasio, abad de Derry. En 1137 regresó a su antigua sede.

San Malaquías dividió su diócesis, consagró a un nuevo obispo para Connor y se reservó para sí la región de Down. Ya sea en Downpatrick, o más probablemente en las ruinas del monasterio de Bangor, estableció una comunidad de canónigos regulares, con quienes vivía siempre que se lo permitían sus actividades pastorales. Dos años después, emprendió un viaje a Roma para informar a la Santa Sede de todo lo que había hecho. Entre otras cosas quería conseguir el palio para los arzobispos de Armagh y de otra sede metropolitana que San Celso había establecido en Cashel. San Malaquías desembarcó en Inglaterra y se trasladó a York, donde conoció a Waltheof de Kirkham, quien le regaló un caballo. Después pasó a Francia, atravesó la Borgoña y llegó a la abadía de Claraval. Ahí conoció a San Bernardo, quien se convirtió en fiel amigo, fue admirador suyo y, más tarde, escribió su biografía. Malaquías quedó tan edificado por el espíritu de los cistercienses, que concibió el deseo de compartir su vida de penitencia y contemplación y acabar ahí sus días. En Ivrea del Piamonte restituyó la salud al hijo de su huésped, que estaba al borde de la muerte. El Papa Inocencio II se negó a aceptar la renuncia del santo, aprobó cuanto había hecho en Irlanda, le nombró legado suyo en ese país y prometió que concedería los palios, si se le pedían oficialmente. En el viaje de regreso, San Malaquías volvió a pasar por Claraval, donde, como dice San Bernardo, "nos bendijo por segunda

vez". Como no podía quedarse con aquellos siervos de Dios, San Malaquías dejó ahí a cuatro de sus compañeros, quienes, en 1142, volvieron a Irlanda con el hábito del Cister e instituyeron la abadía de Mellifont, de la que se originaron muchas otras. San Malaquías volvió a su patria por Escocia, donde el rey David le rogó que curase a su hijo, quien estaba muy enfermo. El santo dijo al príncipe: "Ten buen ánimo. No morirás de esta enfermedad." En seguida le roció con agua bendita. Al día siguiente, Enrique estaba completamente curado.

En 1148, los obispos y el clero reunidos en un sínodo en Inishpatrick, cerca de Skerries, resolvieron pedir oficialmente a Roma el palio para los dos metropolitanos. San Malaquías fue comisionado para entrevistarse con el Papa Eugenio III, quien se hallaba entonces en Francia. Pero la suspicacia política del rey Esteban retrasó al santo en Inglaterra y, cuando él llegó a Francia, el Papa ya había partido para Roma. Así pues, San Malaquías pudo ir a Claraval, donde San Bernardo y sus monjes le acogieron gozosamente. Después de la celebración de la misa de la fiesta de San Lucas, San Malaquías se sintió enfermo y hubo de guardar cama. Los monjes le atendieron solícitamente, pero el santo les dijo que todo era inútil, pues iba a morir de aquella enfermedad. Además, insistó en bajar a la iglesia a recibir los últimos sacramentos, y rogó a los monjes que siguiesen orando por él después de su muerte. También les encomendó que pidiesen por las almas de todos sus feligreses y él prometió, por su parte, no olvidarlos ante Dios. San Malaquías murió el día de difuntos de 1148, en brazos de San Bernardo, y fue sepultado en Claraval. En su segundo sermón sobre San Malaquías, San Bernardo decía a sus monjes: "Quiera él proteger con sus méritos a aquellos a quienes instruyó con su ejemplo y confirmó con sus milagros." Además, San Bernardo tuvo la audacia de cantar, en la misa de cuerpo presente, la postcomunión de la misa de un obispo confesor. El Papa Clemente III confirmó, en 1190, aquella "canonización de un santo por otro santo". San Malaquías fue el primer irlandés canonizado por un Papa. Los cistercienses, los canónigos regulares y todas las diócesis de Irlanda, celebran su fiesta. San Malaquías hizo por la unificación de la Iglesia en Irlanda lo que San Teodoro había hecho, 500 años antes, por la de Inglaterra.

Nuestro artículo sobre San Malaquías quedaría incompleto, si no hiciésemos mención de las "profecías" sobre los Papas, que se le atribuyen. Consisten en la atribución de ciertos rasgos y características a los Papas, desde Celestino II (1143-1144) hasta el fin del mundo, cuando reine "Pedro el Romano". Las profecías están formuladas como lemas o títulos simbólicos. El que las reveló al mundo fue Dom Arnoldo de Wyon, O.S.B., en 1595. El benedictino las atribuyó a San Malaquías, pero sin explicar por cuáles razones y sin decir siquiera dónde las había encontrado. Un jesuita del siglo XVII sostuvo que habían sido inventadas por un partidario del cardenal Simoncelli, durante el cónclave de 1590, pero, en 1871, el P. Cucherat escribió un libro en el que afirmaba que las profecías habían sido reveladas en Roma a San Malaquías, el cual las comunicó por escrito a Inocencio II. Las profecías habían quedado olvidadas en los archivos pontificios durante 450 años, hasta que las descubrió Dom de Wyon. Está fuera de duda que las profecías son espurias y no tienen nada que ver con San Malaquías. Un examen superficial revela que los lemas que caracterizan a los Papas hasta Gregorio XIV (1590), son muy precisos (con frecuentes alusiones a los apellidos italianos) y se cumplieron a la letra. Por

el contrario, los lemas de los siguientes Pontífices son vagos, generales y no siempre se aplican a los hechos, por más esfuerzos que se hagan por ensanchar su sentido. El lema de Pío XII era "Pastor Angelicus" (Pastor angélico), algo bastante común; en cambio el de San Pío V era "Angel del bosque" y el de Benedicto XIV "Animal rústico".

La principal fuente sobre San Malaquías es la biografía encomiástica y, en ciertos casos, exagerada, escrita por San Bernardo. En *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, hay una edición crítica de ella. Además, existen algunas cartas de San Bernardo a San Malaquías, otras cartas del abad de Claraval sobre su muerte y dos sermones del mismo santo. El deán anglicano de San Patricio de Dublín, H. J. Laelor, publicó una excelente traducción de la biografía, con notas muy útiles (1920); J. F. Kenney, en *Sources for the Early History of Ireland*, dice que esta obra es probablemente el mejor estudio sobre la organización primitiva de la Iglesia en Irlanda. Véanse también las biografías de San Malaquías escritas por O'Hanlon (1854), O'Laverty (1899). A. J. Luddy (1930) y J. O'Boyle (1931), y *Christianity in Celtic Lands* de L. Gougaud, pp. 401-408. Acerca de las "profecías" (totalmente desacreditadas en la actualidad), véase Vacandard, en *Revue apologétique*" (1922), pp. 657-671, y Thurston, *The War and the Prophets* (1915), pp. 120-161. También se han atribuido a San Malaquías otras "profecías"; véase sobre todo P. Grosjean, en *Analecta Bollandiana*, vol. I (1933), pp. 318-324, y vol. LIV (1936), pp. 254-257. La mejor obra sobre San Malaquías es el estudio publicado por el P. A. Gwynn, en *Irish Ecclesistical Record*, serie V, vol. LXX (1948), pp. 961-978, y en los números siguientes.

BEATO SIMON DE RIMINI (1319 P.C.)

SIMÓN BALLACHI entró a servir a Dios como hermano lego en el convento de los dominicos de Rímini, su ciudad natal, a los veintiséis años de edad. Como si la humildad de su estado no bastase, Simón se mortificaba aún más al ofrecerse para ejecutar los trabajos más bajos y al disciplinarse con una cadena de hierro. Ofrecía todos sus sufrimientos por la conversión de los pecadores. Se dice que el demonio se le aparecía y le hacía sufrir mucho. Simón estaba encargado del huerto. Tenía predilección por las almas infantiles y solía recorrer las calles con una cruz en la mano, para llamar a los niños al catecismo. A los cincuenta y siete años quedó ciego y así vivió doce más. En los últimos años tuvo que guardar cama. Soportó esas pruebas con valor y alegría. Dios le premió con el don de milagros, y el pueblo le veneró como santo en cuanto murió. Su culto fue confirmado en 1821.

Véase *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, donde hay un corto artículo basado en las escasas fuentes; y cf. Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 306-309.

4: SAN CARLOS BORROMEO, ARZOBISPO DE MILÁN Y CARDENAL (1584 P.C.)

ENTRE LOS grandes hombres de la Iglesia que, en los días turbulentos del siglo XVI, lucharon por llevar a cabo la verdadera reforma que tanto necesitaba la Iglesia y trataron de suprimir, mediante la corrección de los abusos y malas costumbres, los pretextos que aprovechaban en toda Europa los promotores de la falsa reforma, ninguno fue, ciertamente, más grande ni más santo que el cardenal Carlos Borromeo. Junto con San Pío V, San Felipe

Neri y San Ignacio de Loyola, es una de las cuatro figuras más grandes de la contrarreforma. Era un noble de alta alcurnia. Su padre, el conde Gilberto Borromeo, se distinguió por su talento y sus virtudes. Su madre, Margarita, pertenecía a la noble rama milanesa de los Médicis. Un hermano menor de su madre llegó a ceñir la tiara pontificia con el nombre de Pío IV. Carlos era el segundo de los dos varones entre los seis hijos de una familia. Nació en el castillo de Arona, junto al lago Maggiore, el 2 de octubre de 1538. Desde los primeros años, dio muestras de gran seriedad y devoción. A los doce años, recibió la tonsura, y su tío, Julio César Borromeo, le cedió la rica abadía benedictina de San Gracián y San Felino, en Arona, que desde tiempo atrás estaba en manos de la familia. Se dice que Carlos, aunque era tan joven, recordó a su padre que las rentas de ese beneficio pertenecían a los pobres y no podían ser aplicadas a gastos seculares, excepto lo que se emplease en educarle para llegar a ser, un día, digno ministro de la Iglesia. Después de estudiar el latín en Milán, el joven se trasladó a la Universidad de Pavía, donde estudió bajo la dirección de Francisco Alciati, quien más tarde sería promovido al cardenalato a petición del santo. Carlos tenía cierta dificultad de palabra y su inteligencia no era deslumbrante, de suerte que sus maestros le consideraban como un poco lento; sin embargo, el joven hizo grandes progresos en sus estudios. La dignidad y seriedad de su conducta hicieron de él un modelo de los jóvenes universitarios, que tenían la reputación de ser muy dados a los vicios. El conde Gilberto sólo daba a su hijo una parte mínima de las rentas de su abadía y, por las cartas de Carlos, vemos que atravesaba frecuentemente por períodos de verdadera penuria, pues su posición le obligaba a llevar un tren de vida de cierto lujo. A los veintidós años, cuando sus padres ya habían muerto, obtuvo el grado de doctor. En seguida retornó a Milán, donde recibió la noticia de que su tío el cardenal de Médicis, había sido elegido Papa en el cónclave de 1559, a raíz de la muerte de Pablo IV.

A principios de 1560, el nuevo Papa hizo a su sobrino cardenal diácono y, el 8 de febrero siguiente, le nombró administrador de la sede vacante de Milán, pero, en vez de dejarle partir, le retuvo en Roma y le confió numerosos cargos. En efecto, Carlos fue nombrado, en rápida sucesión, legado de Bolonia, de la Romaña y de la Marca de Ancona, así como protector de Portugal, de los Países Bajos, de los cantones católicos de Suiza y además, de las órdenes de San Francisco, del Carmelo, de los Caballeros de Malta y otras más. Lo extraordinario es que todos esos honores y responsabilidades recaían sobre un joven que no había cumplido aún veintitrés años y era simplemente clérigo de órdenes menores. Es increíble la cantidad de trabajo que San Carlos podía despachar sin apresurarse nunca, a base de una actividad regular y metódica. Además, encontraba todavía tiempo para dedicarse a los asuntos de su familia, para oír música y para hacer ejercicio. Era muy amante del saber y lo promovió mucho entre el clero, para lo que fundó en el Vaticano, con el objeto de instruir y deleitar a la corte pontificia, una academia literaria compuesta de clérigos y laicos, algunas de cuyas conferencias y trabajos fueron publicados entre las obras de San Carlos con el título de *Noctes Vaticanae*. Por entonces, juzgó necesario atenerse a la costumbre renacentista que obligaba a los cardenales a tener un palacio magnífico, una servidumbre muy numerosa, a recibir constantemente a los personajes de importancia y a tener una mesa a la altura de las circunstancias. Pero en su corazón, estaba profundamente desprendido de

todas esas cosas. Había logrado mortificar perfectamente sus sentidos y su actitud era humilde y paciente. Muchas almas se convierten a Dios en la adversidad; San Carlos tuvo el mérito de saber comprobar la vanidad de la abundancia al vivir en ella y, gracias a eso, su corazón se despegó cada vez más de las cosas terrenas. Había hecho todo lo posible por proveer al gobierno de la diócesis de Milán y remediar los desórdenes que había en ella; en este sentido, el mandato del papa de que se quedase en Roma le dificultó la tarea. El Venerable Bartolomé de Martyribus, arzobispo de Braga, fue por entonces a la Ciudad Eterna y San Carlos aprovechó la oportunidad para abrir su corazón a ese fiel siervo de Dios, a quien indicó: "Ya veis la posición que ocupo. Ya sabéis lo que significa ser sobrino y sobrino predilecto de un Papa y no ignoráis lo que es vivir en la corte romana. Los peligros son inmensos. ¿Qué puedo hacer yo, joven inexperto? Mi mayor penitencia es el fervor que Dios me ha dado y, con frecuencia, pienso en retirarme a un monasterio a vivir como si sólo Dios y yo existiésemos." El arzobispo disipó las dudas del cardenal, asegurándole que no debía soltar el arado que Dios le había puesto en las manos para el servicio de la Iglesia, sino que debía, más bien, tratar de gobernar personalmente su diócesis en cuanto se le ofreciese oportunidad. Cuando San Carlos se enteró de que Bartolomé de Martyribus había ido a Roma precisamente con el objeto de renunciar a su arquidiócesis, le pidió explicaciones sobre el consejo que le había dado, y el arzobispo hubo de usar de todo su tacto en tal circunstancia.

Pío IV había anunciado poco después de su elección que tenía la intención de volver a reunir el Concilio de Trento, suspendido en 1552. San Carlos empleó toda su influencia y su energía para que el Pontífice llevase a cabo su proyecto, a pesar de que las circunstancias políticas y eclesiásticas eran muy adversas. Los esfuerzos del cardenal tuvieron éxito, y el Concilio volvió a reunirse en enero de 1562. Durante los dos años que duró la sesión, el santo tuvo que trabajar con la misma diplomacia y vigilancia que había empleado para conseguir que se reuniese. Varias veces estuvo a punto de disolverse la asamblea, dejando la obra incompleta, pero, con su gran habilidad y con el constante apoyo que prestó a los legados del Papa, logró que la empresa siguiese adelante. Así pues, en las nueve reuniones generales y en las numerosísimas reuniones particulares se aprobaron muchos de los decretos dogmáticos y disciplinarios de mayor importancia. El éxito se debió a San Carlos más que a cualquier otro de los personajes que participaron en la asamblea, de suerte que puede decirse que él fue el director intelectual y el espíritu rector de la tercera y última sesión del Concilio de Trento.

En el curso de las reuniones murió el conde Federico Borromeo, con lo cual, San Carlos quedó como jefe de su noble familia y su posición se hizo más difícil que nunca. Muchos supusieron que iba a abandonar el estado clerical para casarse, pero el santo ni siquiera pensó en ello. Renunció a sus derechos en favor de su tío Julio y se ordenó sacerdote en 1563. Dos meses más tarde, recibió la consagración episcopal, aunque no se le permitió trasladarse a su diócesis. Además de todos sus cargos, se le confió la supervisión de la publicación del Catecismo del Concilio de Trento y la reforma de los libros litúrgicos y de la música sagrada; él fue quien encomendó a Palestrina la composición de la *Missa Papae Marcelli*. Milán, que había estado durante ochenta años sin obispo residente, se hallaba en un estado deplorable. El vicario de San Carlos había hecho todo lo posible por reformar la diócesis con la ayuda de algunos

jesuitas, pero sin gran éxito. Finalmente, San Carlos consiguió permiso para reunir un concilio provincial y visitar su diócesis. Antes de que partiese, el Papa le nombró legado *a latere* para toda Italia. El pueblo de Milán le recibió con el mayor gozo y el santo predicó en la catedral sobre el texto "Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros." Diez obispos sufragáneos asistieron al sínodo, cuyas decisiones sobre la observancia de los decretos del Concilio de Trento, sobre la disciplina y la formación del clero, sobre la celebración de los divinos oficios, sobre la administración de los sacramentos, sobre la enseñanza dominical del catecismo y sobre muchos otros puntos, fueron tan atinados que el Papa escribió a San Carlos para felicitarle. Cuando el santo se hallaba en el cumplimiento de su oficio como legado en Toscana, fue convocado a Roma para asistir a Pío IV en su lecho de muerte, donde también le asistió San Felipe Neri. El nuevo Papa, San Pío V, pidió a San Carlos que se quedase algún tiempo en Roma para desempeñar los oficios que su predecesor le había confiado, pero el santo aprovechó la primera oportunidad para rogar al Papa que le dejase partir y, supo hacerlo con tal tino, que Pío V le despidió con su bendición.

San Carlos llegó a Milán en abril de 1566 y, en seguida empezó a trabajar enérgicamente en la reforma de su diócesis. Su primer paso fue la organización de su propia casa. Puesto que consideraba el episcopado como un estado de perfección, se mostró sumamente severo consigo mismo. Sin embargo, supo siempre aplicar la discreción a la penitencia para no desperdiciar las fuerzas que necesitaba en el cumplimiento de su deber, de suerte que aun en las mayores fatigas conservaba toda su energía. Las rentas de que disfrutaba eran pingües, pero dedicaba la mayor parte a las obras de caridad y se oponía decididamente a la ostentación y al lujo. En cierta ocasión en que alguien ordenó que le calentasen el lecho, el santo dijo, sonriendo: "La mejor manera de no encontrar el lecho demasiado frío es ir a él más frío de lo que pueda estar". Francisco Panigarola, arzobispo de Asti, dijo en la oración fúnebre por San Carlos: "De sus rentas no empleaba para su propio uso más que lo absolutamente indispensable. En cierta ocasión en que le acompañé a una visita del valle de Mesolcina, que es un sitio muy frío, le encontré por la noche estudiando, vestido únicamente con una sotana vieja. Naturalmente le dije que, si no quería morir de frío, tenía que cubrirse mejor y él sonrió al responderme: 'No tengo otra sotana. Durante el día estoy obligado a vestir la púrpura cardenalicia, pero ésta es la única sotana realmente mía y me sirve lo mismo en el verano que en el invierno'." Cuando San Carlos se estableció en Milán, vendió la vajilla de plata y otros objetos preciosos en 30,000 coronas, suma que consagró íntegramente a socorrer a las familias necesitadas. Su limosnero tenía orden de repartir entre los pobres 200 coronas mensuales, sin contar las limosnas extraordinarias, que eran muy numerosas. La generosidad de San Carlos dejó un recuerdo imperecedero. Por ejemplo, supo ayudar tan liberalmente al Colegio Inglés de Douai, que el cardenal Allen solía llamar a San Carlos, fundador de la institución. Por otra parte, el santo organizó retiros para su clero. El mismo hacía los Ejercicios Espirituales dos veces al año y tenía por regla confesarse todos los días antes de celebrar la misa. Su confesor ordinario era el Dr. Griffith Roberts, de la diócesis de Bangor, autor de la famosa gramática galesa. San Carlos nombró a otro galés (el Dr. Owen, quien más tarde llegó a ser obispo de Calabria) vicario general de su diócesis, y llevaba siempre

consigo una pequeña imagen de San Juan Fisher. Tenía el mayor respeto por la liturgia, de suerte que jamás decía una oración ni administraba ningún sacramento apresuradamente, por grande que fuese su prisa o por larga que resultase la función.

Su espíritu de oración y su amor de Dios dejaban en los otros un gran gozo espiritual, le ganaban los corazones, e infundían en todos el deseo de perseverar en la virtud y de sufrir por ella. Tal fue el espíritu que San Carlos aplicó a la reforma de su diócesis, empezando por la organización de su propia casa. Su casa estaba compuesta de unas cien personas; la mayor parte eran clérigos, a los que el santo pagaba generosamente para evitar que recibiesen regalos de otros. En la diócesis se conocía mal la religión y se la comprendía aún menos; las prácticas religiosas estaban desfiguradas por la superstición y profanadas por los abusos. Los sacramentos habían caído en el abandono, porque muchos sacerdotes apenas sabían cómo administrarlos y eran indolentes, ignorantes y de mala vida. Los monasterios se hallaban en el mayor desorden. Por medio de concilios provinciales, sínodos diocesanos y múltiples instrucciones pastorales, San Carlos aplicó progresivamente las medidas necesarias para la reforma del clero y del pueblo. Aquellas medidas fueron tan sabias, que una gran cantidad de prelados las consideran todavía como un modelo y las estudian para aplicarlas. San Carlos fue uno de los hombres más eminentes en teología pastoral que Dios enviara a su Iglesia para remediar los desórdenes producidos por la decadencia espiritual de la Edad Media y por los excesos de los reformadores protestantes. Empleando por una parte la ternura paternal y las ardientes exhortaciones y, poniendo rigurosamente en práctica, por la otra, los decretos de los sínodos, sin distinción de personas, ni clases, ni privilegios, doblegó poco a poco a los obstinados y llegó a vencer dificultades que habrían desalentado aun a los más valientes. San Carlos tuvo que superar su propia dificultad de palabra, a base de paciencia y atención, pues tenía un defecto en la lengua. A este propósito, decía su amigo Aquiles Gagliardi: "Muchas veces me he maravillado de que, aun sin poseer elocuencia natural alguna, sin tener ningún atractivo especial en su persona, haya conseguido obrar tales cambios en el corazón de sus oyentes. Hablaba brevemente, con suma seriedad y apenas se podía oír su voz; sin embargo, sus palabras producían siempre efecto." San Carlos ordenó que se atendiense especialmente a la instrucción cristiana de los niños. No contento con imponer a los sacerdotes la obligación de enseñar públicamente el catecismo todos los domingos y días de fiesta, estableció la Cofradía de la Doctrina Cristiana, que llegó a contar, según se dice, con 740 escuelas, 3,000 catequistas y 40,000 alumnos. Así pues, San Carlos fundó las "escuelas dominicales" dos siglos antes de que Roberto Raikes las introdujese en Inglaterra para los niños protestantes. San Carlos se valió particularmente de los clérigos regulares de San Pablo ("barnabitas"), cuyas constituciones él mismo había ayudado a revisar y, en 1578, fundó una congregación de sacerdotes seculares, llamados Oblatos de San Ambrosio que, por un voto simple de obediencia a su obispo, se ponían a disposición de éste para que los emplease a su gusto en la obra de la salvación de las almas. Pío XI formó parte más tarde de esa congregación, cuyos miembros se llaman actualmente Oblatos de San Ambrosio y de San Carlos.

Pero no en todas partes se acogió bien la obra reformadora del santo, quien en ciertos casos tuvo que hacer frente a una oposición violenta y sin

escrúpulos. En 1567, tuvo una dificultad con el senado. Ciertos laicos que llevaban abiertamente una vida poco edificante y se negaban a prestar oídos a las exhortaciones del santo, fueron aprisionados por orden suya. El senado amenazó, con ese motivo, a los funcionarios de la curia del arzobispo, y el asunto llegó hasta el Papa y Felipe II de España. Entre tanto, el alguacil episcopal fue golpeado y expulsado de la ciudad. San Carlos, después de considerar la cosa maduramente, excomulgó a los que habían participado en el ataque. Finalmente, el fallo sobre este conflicto de jurisdicción favoreció a San Carlos, ya que en la antigua ley un arzobispo gozaba de cierto poder ejecutivo; pero el gobernador de Milán se negó a aceptar esa decisión. San Carlos partió por entonces a visitar tres valles alpinos: el de Levantina, el de Bregno y La Riviera, que los anteriores arzobispos habían dejado completamente abandonados y donde la corrupción del clero era todavía mayor que la de los laicos, con los resultados que pueden imaginarse. El santo predicó y catequizó por todas partes, destituyó a los clérigos indignos y los reemplazó por hombres capaces de restaurar la fe y las costumbres del pueblo y de resistir a los ataques de los protestantes zwinglianos. Pero sus enemigos de Milán no le dejaron mucho tiempo en paz. Como la conducta de algunos de los canónigos de la colegiata de Santa María della Scala (que pretendían estar exentos de la jurisdicción del ordinario) no correspondiese a su dignidad, San Carlos consultó a San Pío V, quien le contestó que tenía derecho a visitar dicha iglesia y a tomar contra los canónigos las medidas que juzgase necesarias. San Carlos se presentó entonces en la iglesia a hacer la visita canónica; pero los canónigos le dieron con la puerta en las narices y alguien hizo un disparo contra la cruz que el santo había alzado con la mano durante el tumulto. El senado se puso en favor de los canónigos y presentó a Felipe II de España las más virulentas acusaciones contra el arzobispo, diciendo que se había arrogado los derechos del rey, porque la colegiata estaba bajo el patronato regio. Por otra parte, el gobernador de Milán escribió al Papa, amenazando con desterrar al cardenal Borromeo por traidor. Finalmente, el rey escribió al gobernador para que apoyase al arzobispo y los canónigos ofrecieron resistencia algún tiempo, pero acabaron por doblegarse.

Antes de que ese asunto se solucionase, la vida de San Carlos corrió un peligro todavía mayor. La orden religiosa de los humiliati, que contaba ya con muy pocos miembros pero poseía aún muchos monasterios y tierras, se había sometido a las medidas reformadoras del arzobispo, pero los humiliati estaban totalmente corrompidos y su sumisión había sido aparente. En efecto, intentaron por todos los medios conseguir que el Papa anulase las disposiciones de San Carlos y, al fracasar sus intentos, tres priores de la orden tramaron un complot para asesinar a San Carlos. Un sacerdote de la orden, llamado Jerónimo Donati Farina, aceptó hacer el intento de matar al santo por veinte monedas de oro. Se obtuvo esa suma con la venta de los ornamentos de una iglesia. El 26 de octubre de 1569, Farina se apostó a la puerta de la capilla de la casa de San Carlos, en tanto que éste rezaba las oraciones de la noche con los suyos. Los presentes cantaban un himno de Orlando di Lasso y, precisamente en el momento en que entonaban las palabras, "Ya es tiempo de que vuelva a Aquél que me envió", el asesino descargó su pistola contra el santo. Farina consiguió escapar en el tumulto que se produjo, en tanto que San Carlos, pensando que estaba herido de muerte, encomendaba su alma a Dios. En realidad la bala sólo había tocado sus ropas y su manto cardenalicio había caído al suelo, pero

el santo estaba ileso. Después de una solemne procesión de acción de gracias, San Carlos se retiró unos días a un monasterio de la Cartuja para consagrar nuevamente su vida a Dios.

Al salir de su retiro, visitó otra vez los tres valles de los Alpes y aprovechó la oportunidad para recorrer también los cantones suizos católicos, donde convirtió a cierto número de zwinglianos y restauró la disciplina en los monasterios. La cosecha de aquel año se perdió y, al siguiente, Milán atravesó por un período de carestía. San Carlos pidió ayuda para procurar alimentos a los necesitados y, durante tres meses, dio de comer diariamente a tres mil pobres con sus propias rentas. Como había estado bastante mal de salud, los médicos le ordenaron que modificase su régimen de vida, pero el cambio no produjo ninguna mejoría. Después de asistir en Roma al cónclave que eligió a Gregorio XIII, el santo volvió a su antiguo régimen y así, pronto se recuperó. Al poco tiempo, tuvo un nuevo conflicto con el poder civil de Milán, pues el nuevo gobernador, Don Luis de Requesens, trató de reducir la jurisdicción local de la Iglesia y de poner en mal al arzobispo con el rey. San Carlos no vaciló en excomulgar a Requesens quien, para vengarse, envió un pelotón de soldados a patrullar las cercanías del palacio episcopal y prohibió que las cofradías se reuniesen cuando no estuviera presente un magistrado. Felipe II acabó por destituir al gobernador. Pero esos triunfos públicos no fueron, por cierto, la parte más importante del "cuidado pastoral" que ensalza el oficio de la fiesta de San Carlos. Su tarea principal consistió en formar un clero virtuoso y bien preparado. En cierta ocasión en que un sacerdote ejemplar se hallaba gravemente enfermo, las gentes comentaron que el arzobispo se preocupaba demasiado por él. El santo respondió: "¡Bien se ve que no sabéis lo que vale la vida de un buen sacerdote!" Ya mencionamos arriba la fundación de los oblatos de San Ambrosio, que tanto éxito tuvieron. Por otra parte, San Carlos reunió cinco sínodos provinciales y once diocesanos. Era infatigable en la visita a las parroquias. Cuando uno de sus sufragáneos le dijo que no tenía nada que hacer, el santo le mandó una larga lista de las obligaciones episcopales, añadiendo después de cada punto: "¿Cómo puede decir un obispo que no tiene nada que hacer?" El santo fundó tres seminarios en la arquidiócesis de Milán, para otros tantos tipos de jóvenes que se preparaban al sacerdocio y exigió en todas partes que se aplicasen las disposiciones del Concilio Tridentino acerca de la formación sacerdotal. En 1575, fue a Roma a ganar la indulgencia del jubileo y, al año siguiente, la instituyó en Milán. Acudieron entonces a la ciudad grandes multitudes de peregrinos, algunos de los cuales estaban contaminados con la peste, de suerte que la epidemia se propagó en Milán con gran virulencia.

El gobernador y muchos de los nobles abandonaron la ciudad. San Carlos se consagró enteramente al cuidado de los enfermos. Como su clero no fuese suficientemente numeroso para asistir a las víctimas, reunió a los superiores de las comunidades religiosas y les pidió ayuda. Inmediatamente se ofrecieron como voluntarios muchos religiosos, a quienes San Carlos hospedó en su propia casa. Después escribió al gobernador, Don Antonio de Guzmán, echándole en cara su cobardía, y consiguió que volviese a su puesto, con otros magistrados, para esforzarse en poner coto al desastre. El hospital de San Gregorio resultaba demasiado pequeño y siempre estaba repleto de muertos, moribundos y enfermos a quienes nadie se encargaba de asistir. El espectáculo arrancó lágrimas

a San Carlos, quien tuvo que pedir auxilio a los sacerdotes de los valles alpinos, pues los de Milán se negaron, al principio, a ir al hospital. La epidemia acabó con el comercio, lo cual produjo la carestía. San Carlos agotó literalmente sus recursos para ayudar a los necesitados y contrajo grandes deudas. Llegó al extremo de transformar en vestidos para los pobres, los toldos y doseles de colores que solían colgarse desde el palacio episcopal hasta la catedral, durante las procesiones. Se colocó a los enfermos en las casas vacías de las afueras de la ciudad y en refugios improvisados; los sacerdotes organizaron cuerpos de ayudantes laicos, y se erigieron altares en las calles para que los enfermos pudiesen asistir a la misa desde las ventanas. Pero el arzobispo no se contentó con orar, hacer penitencia, organizar y distribuir, sino que asistió personalmente a los enfermos, a los moribundos y acudió en socorro de los necesitados. Los altibajos de la peste duraron desde el verano de 1576 hasta principios de 1578. Ni siquiera en ese período dejaron los magistrados de Milán de hacer intentos para poner en mal a San Carlos con el Papa. Tal vez algunas de sus quejas no eran del todo infundadas, pero todas ellas revelaban, en el fondo, la ineficacia y estupidez de quienes las presentaban. Cuando terminó la epidemia, San Carlos decidió reorganizar el capítulo de la catedral sobre la base de la vida común. Los canónigos se opusieron y el santo determinó entonces fundar sus oblatos.

En la primavera de 1580, hospedó durante una semana a una docena de jóvenes ingleses que iban de paso hacia la misión de Inglaterra y uno de ellos predicó ante él: era el Beato Rodolfo Sherwin, quien un año y medio más tarde había de morir por la fe en Londres. Poco después, San Carlos le dio la primera comunión a San Luis Gonzaga, que tenía entonces doce años. Por esa época viajó mucho y las penurias y fatigas empezaron a afectar su salud. Además, había reducido las horas de sueño y el Papa hubo de recomendarle que no llevase demasiado lejos el ayuno cuaresmal. A fines de 1583, San Carlos fue enviado a Suiza como visitador apostólico y en Grisons tuvo que enfrentarse no sólo contra los protestantes, sino también contra un movimiento de brujas y hechiceros. En Roveredo, el pueblo acusó al párroco de practicar la magia y el santo se vio obligado a degradarle y entregarle al brazo secular. No se avergonzaba de discutir pacientemente sobre puntos teológicos con las campesinas protestantes de la región y, en cierta ocasión, hizo esperar a su comitiva hasta que consiguió hacer aprender el Padrenuestro y el Avemaría a un ignorante pastorcito. Habiéndose enterado de que el duque Carlos de Saboya había caído enfermo en Vercelli, fue a verle inmediatamente y le encontró agonizante. Pero, en cuanto entró en la habitación del duque, éste exclamó: "¡Estoy curado!" El santo le dio la comunión al día siguiente. Carlos de Saboya pensó siempre que había recobrado la salud gracias a las oraciones de San Carlos y, después de la muerte de éste, mandó colgar en su sepulcro una lámpara de plata.

En el año de 1584 decayó más la salud del santo. Después de fundar en Milán una casa de convalecencia, San Carlos partió en octubre, a Monte Varallo para hacer su retiro anual, acompañado por el P. Adorno, S. J. Antes de partir, había predicho a varias personas que le quedaba ya poco tiempo de vida. En efecto, el 24 de octubre se sintió enfermo y, el 29 del mismo mes, partió de regreso a Milán, a donde llegó el día de los fieles difuntos. La víspera había celebrado su última misa en Arona, su ciudad natal. Una vez en el lecho, pidió los últimos sacramentos "inmediatamente" y los recibió de manos

del arcipreste de su catedral. Al principio de la noche del 3 al 4 de noviembre, murió apaciblemente, mientras pronunciaba las palabras "Ecce venio". No tenía más que cuarenta y seis años de edad. La devoción al santo cardenal se propagó rápidamente. En 1601, el cardenal Baronio, quien le llamó "un segundo Ambrosio", mandó al clero de Milán una orden de Clemente VIII para que, en el aniversario de la muerte del arzobispo, no celebrasen misa de requiem, sino una misa solemne. San Carlos fue oficialmente canonizado por Paulo V en 1610.

Los bolandistas no han publicado hasta ahora la biografía de San Carlos Borromeo. En 1894, publicaron el segundo volumen de noviembre de *Acta Sanctorum*, en el que normalmente debía hallarse la biografía de todos los santos del día 4. Pero las fuentes sobre San Carlos, particularmente las fuentes inéditas, no se podían utilizar entonces plenamente y, esperar a que ello fuera posible, hubiese retardado indefinidamente la publicación de toda la obra. Así pues, los bolandistas decidieron dar a la prensa el segundo volumen, reservando la segunda parte para el estudio profundo de la vida de San Carlos, que había emprendido el P. Van Ortroy. Desgraciadamente, ese distinguido historiador, que había reunido ya una cantidad enorme de materiales, fue dejando la obra para más tarde, y murió sin haber llegado a poner en orden sus notas. Véase sobre este punto *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIX (1921), p. 15. En la misma revista publicó el P. Van Ortroy muchos juicios de libros sobre la obra de San Carlos. Por ejemplo, puso de manifiesto (vol. XIV, p. 346) cuán equivocada era la idea de que San Carlos se había ordenado sacerdote furtivamente; también hizo notar que el santo, dejándose llevar por el ardiente deseo de conseguir sacerdotes celosos para su arquidiócesis, escribió algunas cartas de tono intemperante a los superiores de algunas órdenes religiosas (ibid., vol. XXIX, p. 373). Más importante todavía es la crítica de la bibliografía sobre San Carlos, que el P. Van Ortroy publicó ahí mismo, vol. XXXIX (1921), pp. 338-345. Se puede decir, con verdad, que hasta la fecha no se ha publicado ninguna biografía de San Carlos basada en un estudio serio de los materiales que se encuentran en los archivos privados, diplomáticos y eclesiásticos. Los lectores modernos conocen al santo, sobre todo, a través de la biografía de Giussano (1610), cuya edición latina anotó Oltrocchi en 1751 y la del P. Sylvain, *Histoire de Saint Charles Borromée* (3 vols., 1884). En ese mismo año, vio la luz una traducción inglesa de la obra de Giussano. Tal vez la más valiosa de las fuentes, dado que se trata de la obra de un amigo que conoció íntimamente a San Carlos, es el libro del barnabita Bascape, *De vita et rebus gestis Caroli cardinalis* (1592). En lo que va de este siglo, se han publicado muchos estudios históricos sobre los resultados del Concilio de Trento en materia de contrarreforma y, muchos de ellos arrojan luz sobre la vida y las actividades de San Carlos. En este sentido, podríamos dar aquí una bibliografía inmensa; pero nos contentaremos con citar las obras principales. Entre las obras de tipo general, conviene ver la *Historia de los Papas* de Pastor, y la vasta colección de documentos iniciada por Merkle y Ehses acerca de las sesiones del Concilio de Trento. Véase, además, Aristide Sala, *Documenti circa la vita e le gesta di San Carlo* (3 vols., 1857-1861); *Acta Ecclesiae Mediolanensis*, (4 vols., in-folio, editados a partir de 1890 por Achille Ratti, quien fue más tarde Pío XI); S. Steinherz, *Nuntiaturberichte aus Deutschland*, vol. I (1906); D. Tamilia, *Monte di Pieta di Roma* (1900); la serie de ensayos y documentos publicados casi periódicamente de 1908 a 1910 con el título de *San Carlo Borromeo nel terzo centenario della canonizazione;* G. Boffito, *Scrittori Barnabiti*...", 3 vols. (1933-1935); Levati e Clerici, *Menologia del Barnabiti* (1931); A. Sara, *Federico Borromeo e i mistici del suo tempo* (1933). L. Celier publicó en la colección *Les Saints* un esbozo biográfico aceptable y esencialmente fidedigno, titulado *St Charles Borromée*. La biografía italiana de R. Orsenigo tal vez la mejor que existe; fue traducida al inglés en 1943. Citemos también las biografías de E. Thompson y M. Yeo (*A Prince of Pastors*, 1938), y el relato excepcionalmente completo que se halla en DHG. J. A. Sassi editó en 1747 los escritos de San Carlos en cinco volúmenes; pero en aquella época, no se conocía o no se podía publicar, una gran parte de la correspondencia del santo. Acerca de la acusación que se hizo a San Carlos de perseguir despiadadamente a los herejes, cf. *The Tablet*, 29 de julio de 1905. Sobre la falta de precauciones sanitarias durante la gran epidemia, véase el importantísimo estudio del P. A. Gemelli, en *Scuola Cattolica* (1910).

SANTOS VITAL Y AGRICOLA, Mártires (Fecha desconocida)

Se cuenta que el año 393, Eusebio, obispo de Bolonia, tuvo una visión en la que se le dijo que en el cementerio judío de dicha ciudad estaban sepultados dos mártires cristianos: Vital y Agrícola. El obispo descubrió y mandó trasladar las reliquias, y San Ambrosio de Milán asistió a la ceremonia. San Ambrosio habló de estos mártires en un sermón sobre la virginidad y exhortó a su auditorio a recibir con respeto las reliquias que se iban a depositar bajo el altar, como prenda de salvación. Este pasaje de San Ambrosio es el único testimonio que tenemos sobre el martirio de los santos Vital y Agrícola, a quienes antiguamente se veneraba en el occidente mucho más que en la actualidad.

Pero, aunque nadie había oído hablar de estos mártires antes de la revelación de Eusebio, poco a poco empezaron a aparecer algunos relatos de su martirio. En ellos se dice que Agrícola vivía en Bolonia, y que el pueblo le amaba mucho por su bondad y su virtud. Vital, que era esclavo suyo, se convirtió al cristianismo gracias a su amo y padeció el martirio antes que él, en el circo. Cuando murió, no le quedaba en el cuerpo parte sana. La ejecución del amo se dilató para que presenciase la muerte del esclavo y se decidiese a abjurar de la fe. Pero el ejemplo de Vital no hizo sino dar nuevos ánimos a Agrícola, y ello provocó la ira de los jueces y del pueblo. Agrícola pereció crucificado. Los verdugos se ensañaron con él y le fijaron al madero con muchos clavos.

San Gregorio de Tours se quejaba de que en su época no existía ningún relato propiamente dicho del martirio de estos santos. Pero la leyenda se encargó de llenar más tarde esa laguna con dos relatos ficticios, que se han atribuido sin razón a San Ambrosio. En *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, puede verse el documento auténtico de San Ambrosio y el texto de las *actas pseudo-ambrosianas*, así como otros muchos documentos sobre la materia. Acerca del culto tan popular de estos mártires, cf. Delehaye, *Origines du culte des martyrs*, y CMH., pp. 623-624. La nota de esta última obra se encuentra el 27 de noviembre, día en que el *Hieronymianum* cita los nombres de *Agrícola y Vital* (en este orden); sin embargo, parece que la fiesta se celebraba en Bolonia, el 4 de noviembre, desde el siglo VIII, como lo demuestra el antiguo calendario que Dom G. Morin describe en *Revue Bénédictine*, vol. XIX (1902), p. 355. Cf. Dom Quentin, *Martyrologes historiques*, pp. 251 y 627.

SAN PIERIO (*c.* 310 p.c.)

Cuando San Teonás era obispo de Alejandría, el sacerdote Pierio dirigía la escuela de la catedral. Ahí fue profesor de San Pánfilo quien defendió a Orígenes y fue más tarde martirizado. Pierio se distinguió por su amor al trabajo y a la ciencia. Sus sermones eran tan populares e instructivos, que se le llamó "el segundo Orígenes". Tanto Eusebio como San Jerónimo le alaban mucho. Por este último, sabemos que Pierio salió con vida de la persecución de Diocleciano y pasó sus últimos años en Roma. Focio habla de su templanza y pobreza, así como de su estilo claro, brillante y espontáneo. El Martirologio Romano hace un largo elogio de San Pierio.

En *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, se citan y se discuten a fondo todos los textos relacionados con San Pierio. Véase también L. B. Radford, *Three Teachers of Alexandria* (1908); y DTC., vol. XII, cc. 1744-1746.

SAN CLARO, Mártir (¿Siglo VIII?)

El Martirologio Romano tomó el nombre de San Claro, sacerdote y mártir, del martirologio francés del benedictino Usuardo. En el siglo IX, se veneraba a este santo en Francia, donde su fiesta se celebra todavía en algunas diócesis. Se dice que era inglés de nacimiento, ya que vino al mundo en Rochester. De ahí se trasladó a Normandía, donde vivió como ermitaño y predicó la religión con el ejemplo y la palabra. Después se estableció en Naqueville, cerca de Rouen, donde tuvo la desgracia de atraer las miradas de una mujer de alta categoría que le persiguió hasta el extremo de obligarle a refugiarse en un bosque de los alrededores. Para vengarse de él, la mujer pagó a dos bandoleros para que le cortasen la cabeza. San Claro era uno de los santos cuya imagen se hallaba en los frescos de la capilla del Venerabile de Roma. La población francesa de Saint-Clair-sur-Epte, cerca del sitio del martirio, debe su nombre a este santo.

El 8 de este mes, el Martirologio Romano menciona a otro San Claro, "cuyo epitafio escribió San Paulino". Se trata de un sacerdote de Tours, que murió unos cuantos días antes que su maestro San Martín.

En *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, se hallará un estudio detallado de las fuentes, que son bastante poco satisfactorias. Además de la conmemoración del martirologio de Usuardo, existe una biografía latina casi tan corta como las tres lecciones del breviario que ciertamente no es anterior al siglo XII. Varios datos sospechosos nos hacen pensar que no se trata de un relato fidedigno, pero está fuera de duda que San Claro fue muy venerado en una época.

SAN JUANICIO (846 p.c.)

San Juanicio, que había tenido una juventud muy disoluta, alcanzó después, por la penitencia, tal grado de santidad, que los griegos le llaman "el grande" y le veneran como a uno de sus monjes más ilustres. El Martirologio Romano le menciona en este día. Juanicio era originario de Bitinia, donde ejerció de niño el oficio de pastor. A los diecinueve años, pasó a formar parte de la guardia militar de Constantino Coprónimo. Se dejó llevar por la tendencia de la época y, el futuro santo apoyó a los perseguidores de las sagradas imágenes, pero un monje de gran santidad le apartó de los errores de su vida disoluta, y Juanicio llevó una existencia ejemplar durante seis años. A los cuarenta de edad, abandonó el ejército y se retiró al Monte Olimpo, en Bitinia. Ahí se instruyó en los rudimentos de la vida monástica, aprendió a leer, a rezar de memoria el salterio y se ejercitó en los deberes de su nuevo estado. El santo llamaba a ese proceso "la maduración del corazón". Más tarde, se retiró a la vida eremítica y llegó a ser famoso por sus dones de profecía y milagros, así como por su prudencia en la dirección de las almas. Por uno de sus milagros, devolvió la libertad a cierto número de hombres que habían caído prisioneros de los búlgaros y, con otro prodigio, expulsó a un mal espíritu que atormentaba a San Daniel de Tasión.

San Juanicio ingresó después en el monasterio de Eraste, cerca de Brusa, donde defendió celosamente la ortodoxia contra el emperador León V y otros iconoclastas. Ahí estuvo en estrecha relación con los famosos santos Teodoro el Estudita y Metodio de Constantinopla. Este último, por consejos de San

Juanicio, calmó a aquellos de sus discípulos que se habían dejado llevar por un celo indiscreto y exigían que se invalidasen las órdenes conferidas por los obispos iconoclastas. Juanicio le dijo a Metodio: "Son hermanos nuestros que han caído en el error. Trátalos como tales en tanto que persisten en sus faltas, pero devuélveles sus antiguas dignidades cuando se arrepientan, a no ser que se trate claramante de herejes o perseguidores". San Juanicio se encaró con gran valentía, con el emperador Teófilo, el cual, además de prohibir las sagradas imágenes, había decretado que no se honrase a los santos con ese nombre. San Juanicio profetizó que Teófilo acabaría por restaurar las imágenes en las iglesias, pero tal vaticinio no se cumplió sino hasta el reinado de Teodora, la viuda del emperador, la cual nunca había traicionado la ortodoxia. Uno de los discípulos que tuvo San Juanicio en su ancianidad, fue San Eutimio de Tesalónica. Después de muchos años de conservar la reputación del más distinguido de los ascetas y profetas de su tiempo, San Juanicio se retiró a una ermita, donde murió el 3 de noviembre de 846. Tenía entonces noventa y dos años y había visto triunfar por dos veces a la ortodoxia sobre la herejía iconoclasta que él había practicado en su juventud y a la cual se había opuesto después tan vigorosamente.

En *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, los bolandistas publicaron íntegramente dos biografías griegas muy detalladas y las tradujeron al latín. Sus autores, Pedro y Sabas, eran dos monjes griegos que habían sido discípulos de San Juanicio. Según parece, la biografía de Pedro es la más antigua, pero la de Sabas está mejor escrita y es más completa, en conjunto. Acerca de la fecha de la muerte del santo, cf, Pargoire, en *Echos d'Orient*, vol. IV (1900), pp. 75-80. En *Vergorgene Heilige des griech. ostens*, de Dom Hermann (1931), hay una breve semblanza biográfica.

BEATO EMERICO (1031 P.C.)

EN 1931, se celebró con gran solemnidad en Hungría el noveno centenario de la muerte del Beato Emerico. Desgraciadamente, no tenemos muchos datos fidedignos sobre su vida. Fue el único hijo de San Esteban, rey de Hungría. Nació en 1007, y San Gerardo Sagredo se encargó de su educación. Cuando el emperador Conrado II proyectaba apoderarse de las rentas de la diócesis de Bamberga, le propuso al joven Emerico que participase en la expoliación, pero el rey San Esteban lo impidió. Las "instrucciones" de San Esteban a su hijo no son auténticas. Es cierto que el monarca tenía la intención de compartir sus responsabilidades con Emerico (aunque es falso que haya renunciado a la corona en favor de él), pero antes de que tuviese tiempo de hacerlo, Emerico murió en una cacería. Cuando le llegó la noticia, San Esteban exclamó: "Dios le amaba, por eso me lo quitó tan pronto." El príncipe fue sepultado en la iglesia de Szekesfehervar y, en su sepulcro se obraron numerosos milagros. El padre y el hijo fueron elevados al honor de los altares al mismo tiempo, en 1083. Comúnmente se atribuye a Emerico el título de santo pero el Martirologio Romano le llama "beatus".

Existe una biografía latina escrita por un clérigo anónimo, casi un siglo después de la muerte del beato; el P. Poncelet hizo una edición crítica de dicho texto en *Acta Sanctorum*, nov., vol. II. La biografía no es muy de fiar desde el punto de vista histórico, pero puede completarse con los datos que se encuentran en *Annales Hildesheimenses*, en la Vida de San Esteban, etc. Cf. C. A. Macartney, *The Medieval Hungarian Historians* (1953).

BEATA FRANCISCA DE AMBOISE, VIUDA (1485 P.C.)

EN 1431, Juan V, duque de Bretaña, negoció una alianza matrimonial entre su casa y la de Thouars. Con ese motivo, Luis de Amboise envió a su hija Francisca, que entonces tenía cuatro años, a educarse en la corte ducal. A los quince años, Francisca contrajo matrimonio con Pedro, el segundo de los hijos del duque. No resultó éste un marido muy agradable, pues era celoso, taciturno y violento. Francisca soportó las dificultades sin una queja, hizo cuanto pudo por mediar en las constantes disputas de familia y, a fuerza de paciencia y oración, consiguió mejorar notablemente el carácter de su esposo. Dios no les concedió hijos. En 1450, Pedro heredó el ducado, y Francisca aprovechó su alta posición para trabajar por la causa de Dios. En efecto, fundó un convento de clarisas pobres en Nantes, se interesó por la canonización de San Vicente Ferrer y empleó cuantiosas sumas en socorrer a los pobres y en otras obras de misericordia. En 1457 murió su esposo. Como los sucesores de éste no viesen con buenos ojos la popularidad e influencia de la duquesa viuda, que no tenía más de treinta años, ésta se retiró paulatinamente de los negocios y supo resistir a los intentos que hizo Luis XI de Francia por casarla de nuevo. La beata pasaba la mayor parte del tiempo en el convento que había fundado en Nantes y, más tarde, en el de las carmelitas de Vannes. Este último convento lo fundó y dotó en 1463, con la ayuda y el apoyo del Beato Juan Soreth, prior general de la orden.

La beata no se vio libre de la tendencia de las fundadoras a intervenir demasiado en los asuntos de sus fundaciones. Por ejemplo, en cierta ocasión llevó a una religiosa un confesor extraordinario, sin solicitar antes el permiso de la superiora. Cuando ésta se lo echó en cara, Francisca tuvo el mérito de pedirle humildemente perdón y le rogó que le impusiese la penitencia que su falta merecía. En 1468, la beata tomó el hábito en el convento de Vannes, de manos de Juan Soreth. Al principio se le confió el cuidado de las enfermas, pero cuatro años después de su profesión, fue elegida abadesa vitalicia. Bajo su gobierno, el convento de Vannes resultó demasiado pequeño para la cantidad de aspirantes a ingresar en él y la beata fundó otro en Couëts, cerca de Nantes. Ahí murió en 1485. Gracias a la Beata Francisca, pudo el Beato Juan Soreth introducir a las carmelitas en Francia, de suerte que puede considerársela como cofundadora de la rama femenina de la orden en dicho país. El pueblo empezó pronto a venerarla como santa, a causa de sus virtudes y de los milagros obrados en su sepulcro, pero el culto de la Beata Francisca no fue confirmado sino hasta 1863.

No se conserva ninguna biografía antigua de la beata. Los bolandistas previenen al lector contra los relatos publicados más tarde, por Alberto Le Gran de Morlaix y otros entusiastas panegiristas. En *Acta Sanctorum*, nov., vol. II. sólo se encontrará un estudio general de los puntos dudosos y un extracto de los acontecimientos más importantes de la vida de la beata. La aprobación del culto, en 1863, se debió a los esfuerzos del P. F. Richard, quien fue más tarde cardenal arzobispo de París. Mons. Richard publicó en 1865 la *Vie de la bse. Françoise d'Amboise* (2 vols.). Existen en francés otras biografías, generalmente muy poco críticas, como la del vizconde Sioc'han de Kersabiec (1865). Véase también Zimmerman, *Monumenta historica Carmelitana* (1907), pp. 520-521.

5: SANTOS ZACARIAS e ISABEL (Siglo I)

SAN ZACARIAS y Santa Isael fueron los padres de San Juan Bautista. Zacarías era sacerdote de la Antigua Ley. Su esposa pertenecía a la familia de Aarón. Ambos eran "agradables a los ojos del Señor y observaban todos los mandatos y disposiciones de la Ley, con gran fidelidad". No tenían hijos y habían llegado ya a una edad en que no podían esperar tenerlos, cuando un ángel se apareció a Zacarías, en el momento en que éste oficiaba en el templo y le dijo: "No temas, Zacarías, porque tu plegaria ha sido escuchada, e Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, al que pondrás por nombre Juan (. . .) Desde el seno de su madre será lleno del Espíritu Santo y, a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor su Dios".

San Lucas relata en el primer capítulo de su Evangelio las circunstancias de la realización de la profecía: la visita de María a su prima Isabel, la cual, llena también del Espíritu Santo, la saludó como bendita entre las mujeres; el himno de alabanza de María: "Mi alma glorifica al Señor"; la curación de Zacarías después del nacimiento de su hijo para que pudiese exclamar proféticamente: "Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo." Esto es todo lo que sabemos acerca de Zacarías e Isabel. Sin embargo, era opinión común de los Santos Padres, como Epifanio, Basilio y Cirilo de Alejandría, que San Zacarías había muerto mártir. Según un escrito apócrifo, fue asesinado en el templo, "entre la puerta y el altar", por mandato de Herodes, porque se había negado a decir dónde estaba su hijo. Como quiera que haya sido, el Martirologio Romano no menciona el martirio al conmemorar a Zacarías e Isabel el 5 de noviembre, día en que se celebra su fiesta en Palestina. El nombre de San Zacarías figura en la conmemoración de los santos en la misa del rito mozárabe.

Como hemos dicho, todo lo que sabemos sobre Zacarías e Isabel se reduce a lo que nos cuenta San Lucas en el primer capítulo de su Evangelio. San Pedro Damián opinaba que era vana curiosidad tratar de informarse de aquellas cosas que los evangelistas no quisieron decirnos (Tercer sermón sobre el nacimiento de Nuestra Señora). Quienes no estén de acuerdo con él, pueden ver a Bardenhewer, *Biblische Studien*, VI, 87 (1901) y los diversos diccionarios y enciclopedias bíblicas.

SANTOS GALACION y EPISTEMA (Sin fecha)

Es DESCONCERTANTE observar que los padres de Galación se llamaban Clitofón y Leucipa, pues ello demuestra que la leyenda de Galación y Epistema no es más que una continuación cristiana de la novela de Tacio. Desgraciadamente, el cardenal Baronio siguió el ejemplo de la Iglesia de oriente e introdujo sus nombres en el Martirologio Romano. Por ello no está de más que tratemos brevemente el asunto. Clitofón y Leucipa, que vivían en Emesa de Siria, sufrían mucho por no haber tenido hijos. Leucipa prestó amablemente auxilio a un ermitaño cristiano llamado Onofrio y le ocultó de los perseguidores. En premio, recibió la gracia de la fe. Dios respondió a sus oraciones y le permitió que concibiese, con lo cual Clitofón se convirtió también. Como el hijo que nació tenía la tez blanca como la leche, le dieron por nombre Galación (Galakteon). Con el tiempo, Galación se convirtió en un joven muy apuesto

y bien dotado. Su padre le casó con una bella pagana llamada Epistema ("Conocimiento"). Como Clitofón era muy conocido por sus aventuras amorosas, el continuador de la novela de Tacio hace de su hijo un héroe de la virginidad escogida por amor a Dios. Después de contraer matrimonio, Galación dijo a Epistema que quería vivir en estado de virginidad. La joven, a quien tal cosa pareció sumamente extraña y desagradable, hizo cuanto pudo por disuadirle. Naturalmente, fracasó en la empresa. Galación le explicó entonces los misterios de la religión, y Epistema consintió en recibir el bautismo de sus manos. En seguida, vendieron todos sus bienes, repartieron el producto entre los pobres y Galación se retiró a la ermita de Publión, en el desierto del Sinaí, en tanto que Epistema ingresó en una comunidad de vírgenes consagradas. Tres años después, Galación fue arrestado y compareció ante el magistrado de Emesa. Cuando Epistema lo supo, se entregó a las autoridades para sufrir con su esposo. Los guardias le arrancaron los vestidos para avergonzarla, pero los cincuenta y tres oficiales que se hallaban presentes quedaron ciegos. Los dos esposos fueron golpeados y torturados, se les arrancó la lengua, se les cortaron los pies y, finalmente, murieron decapitados.

Los bolandistas publicaron en *Acta Sanctorum*, nov., vol. III, las dos versiones griegas de esta fábula piadosa. La primera se atribuye a un tal Eutolmio, la segunda, menos antigua, fue publicada entre las obras que se atribuyen a Simeón Metafrasto. Es de notar que ninguna de las dos versiones precisa en qué persecución murieron los héroes, pues no se nombra a Decio ni a Diocleciano. Sin embargo, el Martirologio Romano nombra a Decio.

SAN MARTIN DE PORRES (1639 P.C.)

San Martín de Porres fue un mulato, nacido en Lima, capital del Perú, en 1579. Era hijo natural del caballero español Juan de Porres (o Porras según algunos) y de una india panameña libre, llamada Ana Velázquez. Martín heredó los rasgos y el color de la piel de su madre, lo cual vio don Juan de Porres como una humillación. Pero más tarde, tuvo el mérito de reconocer a Martín y a una hermana suya como hijos propios. A Martín lo dejó al cuidado de su madre, y el niño, que era despierto e inteligente, aprendió la profesión de barbero y adquirió conocimientos de medicina, mediante el trato con un cirujano. Durante algún tiempo, ejerció esta doble carrera, pero, sintiendo grandes deseos de perfección, pidió ser admitido como donado en el convento de los dominicos que había en Lima. Su misma madre apoyó la petición del santo y éste consiguió lo que deseaba cuando tenía unos quince años de edad.

En el convento su vida de heroica virtud fue pronto conocida de muchos, y su humildad era tan ejemplar, que se alegraba de las injurias que recibía, incluso alguna vez de parte de otros religiosos dominicos, como uno que, enfermo e irritado, lo trató de perro mulato. Otra vez, cuando el convento estaba en situación económica muy apurada, Fray Martín, espontáneamente se ofreció al P. Prior para ser vendido como esclavo, ya que era mulato, a fin de remediar la situación.

Advirtiendo los superiores de Fray Martín su índole mansa y su mucha caridad, le confiaron, junto con otros oficios, el de enfermero, en una comunidad que solía contar con doscientos religiosos, sin tomar en consideración a los criados del convento ni a los religiosos de otras casas que, informados

de la habilidad del hermano, acudían a curarse a Lima.

Bastante trabajo tenía el joven hermano, pero no por eso limitaba su compasión a los de su orden, sino que atendía a muchos enfermos pobres de la ciudad. El día 2 de junio de 1603, después de nueve años de servir a la orden como donado, le fue concedida la profesión religiosa y pronunció los votos de pobreza, obediencia y castidad.

Juntaba a su abnegada vida una penitencia austerísima: se llagaba con disciplinas crueles o se maltrataba con dormir debajo de una escalera unas cuantas horas y con apenas comer lo indispensable.

Añadía a esto un espíritu de oración y unión con Dios que lo asemejaba a otros grandes contemplativos. Se le vio repetidas veces en éxtasis y, algunas levantado en el aire muy cerca de un gran crucifijo que había en el convento.

Se sabe que Fray Martín y Santa Rosa de Lima, terciaria dominica, se conocieron y trataron algunas veces, aunque no se tienen detalles históricamente comprobados de sus entrevistas.

Si es famoso el santo por sus virtudes, tal vez lo sea más por sus milagros y por la forma en que los hacía. Unas veces eran curaciones instantáneas, como la del novicio Fray Luis Gutiérrez que se había cortado un dedo casi hasta desprendérselo; a los tres días tenía hinchados la mano y el brazo, por lo que acudió al hermano Martín, quien le puso unas hierbas machacadas en la herida. Al día siguiente, el dedo estaba unido de nuevo y el brazo enteramente sano. En cierta ocasión, el arzobispo Feliciano Vega, que iba a tomar posesión de la sede de México, enfermó de algo que parece haber sido pulmonía y mandó llamar a Fray Martín. Al llegar éste a la presencia del prelado enfermo, se arrodilló, mas él le dijo: "levántese y ponga su mano aquí, donde me duele". ¿Para qué quiere un príncipe la mano de un pobre mulato?, preguntó el santo. Sin embargo, durante un buen rato puso la mano donde lo indicó el enfermo y, poco después, el arzobispo estaba curado.

Otras veces, a la curación añadía la prontitud con que acudía al enfermo, pues bastaba que éste tuviera deseo de que el santo llegara, para que éste se presentase a cualquier hora. Muchas veces, entraba por las puertas cerradas con llave, como pudo comprobarlo el maestro de novicios, quien personalmente guardaba la llave del noviciado, pues, habiendo estado Fray Martín atendiendo a un enfermo, salió del noviciado y volvió a entrar sin abrir las puertas. El asombrado maestro comprobó que estaban perfectamente cerradas. Alguien le preguntó: "¿Cómo ha podido entrar?" El santo respondió: "Yo tengo modo de entrar y salir".

Enfermero al mismo tiempo que hortelano herbolario, cultivaba las plantas medicinales de que se valía para sus obras de caridad y también desempeñaba el oficio de distribuidor de las limosnas que algunas veces recogía, en cantidades asombrosas, parte para socorrer a sus propios hermanos en religión y parte para los menesterosos de toda clase que había en la ciudad.

Su amabilidad se extendía hasta los animales; hay en su biografía escenas semejantes a las que se narran de San Francisco y de San Antonio de Padua. Por ejemplo, cuando después de disciplinarse, los mosquitos lo atormentaban con sus picaduras e iba a que Juan Vázquez lo curase, éste le decía: "Vámonos a nuestro convento, que allí no hay mosquitos". Y Fray Martín respondía: "¿Cómo hemos de merecer, si no damos de comer al hambriento?"

—"¡Pero hermano, estos son mosquitos y no gentes!— "Sin embargo, se les debe dar de comer, que son criaturas de Dios", respondió el humilde fraile.

Es típico el caso de los ratones que infestaban la ropería y dañaban el vestuario. El remedio no fue ponerles trampas, sino decirles: "Hermanos, idos a la huerta, que allí hallaréis comida". Los ratones obedecieron puntualmente, y Fray Martín cuidaba de echarles los desperdicios de la comida. Y si alguno volvía a la ropería, el santo lo tomaba por la cola y lo echaba a la huerta, diciendo: "Vete adonde no hagas mal".

Sus conocimientos no eran pocos para su época y, cuando asistía a los enfermos, solía decirles: "Yo te curo y Dios te sana".

A los sesenta años, después de haber pasado 45 en religión, Fray Martín se sintió enfermo y claramente dijo que de esa enfermedad moriría. La conmoción en Lima fue general y el mismo virrey, conde de Chinchón, se acercó al pobre lecho para besar la mano de aquél que se llamaba a sí mismo perro mulato. Mientras se le rezaba el Credo, Fray Martín, al oír las palabras "Et homo factus est", besando el crucifijo expiró plácidamente.

Fue canonizado el 6 de mayo de 1962 por el Papa Juan XXIII.

El P. Van Ortroy empleó en el caso de Martín de Porres un método sin precedentes en *Acta Sanctourum*, ya que publicó su artículo, que es bastante completo, en idioma vernáculo. El P. B. de Medina testificó sobre Martín de Porres ante la comisión apostólica en 1683; su testimonio fue traducido al italiano para que pudiese usarse en la C.R.S. de Roma y, el P. Van Ortroy reprodujo esa traducción. Véase también *With Bd. Martin* (1945), pp. 132-168; *Fifteenth Anniversary Book* (1950), pp. 130-158 (publicaciones del "Blessed Martin Guild" de Nueva York, editadas por el P. Norbert Georges), donde se encontrará la traducción de las deposiciones de diez testigos en el proceso apostólico. El Beato Martín es, en los Estados Unidos y en otros países, el patrono de las obras que promueven la armonía entre las razas y la justicia interracial; por ello existen varias biografías de tipo popular, como la de J. C. Kearns (1950). Existe una biografía francesa poco crítica, escrita por S. Fumet (1933). (Véase C. C. Martindale, en *The Month*, abril de 1920, pp. 300-313; y M. C. de Ganay, en *Vie Spirituelle*, vol. IX (1923-1924), sobre todo pp. 54-61.

BEATO GOMIDAS KEUMURGIAN, MÁRTIR (1707 P.C.)

A fines del siglo XVII y principios del XVIII, Constantinopla era un hervidero de política secular y eclesiástica, que produjo la reunión de diversos grupos de disidentes con la Iglesia católica. En unos casos el motivo fue el oportunismo, pero en otros lo fue el espíritu religioso. Desgraciadamente, el embajador de Francia, Carlos de Ferréol, carecía de discreción y, en su celo político y religioso, se mezcló demasiado en los asuntos eclesiásticos, azuzado por no pocos clérigos occidentales. Como era de esperar, la intervención de Ferréol ofreció un pretexto espléndido a los disidentes anticatólicos para denunciar ante las autoridades turcas la actividad de los franceses, y el resultado fue la persecución. Una de las víctimas fue Gomidas Keumurgian. Aunque la Iglesia no le hubiese beatificado, es evidente que fue un verdadero mártir, puesto que prefirió morir antes que unirse a los cismáticos o al Islam. También es cosa cierta que la imprudencia de ciertos católicos (por no decir algo peor), proporcionó a los enemigos de la fe el pretexto para darle muerte, aunque seguramente, de todos modos, hubiesen encontrado otro.

Gomidas nació en Constantinopla hacia 1656. Era hijo de un sacerdote armenio disidente y fue educado por un sabio prelado de esa confesión. Hacia

los veinte años contrajo matrimonio. Después, continuó sus brillantes estudios, recibió la ordenación sacerdotal y fue nombrado ayudante en la gran parroquia armenia de San Jorge, al sur de Constantinopla. Su elocuencia, su desinterés y su profundo espíritu religioso, hicieron pronto de él una de las principales figuras del movimiento que favorecía la unión con Roma. A los cuarenta años, Gomidas abjuró de los errores del cisma, junto con su esposa y sus hijos. Según la costumbre del sitio y de la época, el P. Gomidas prosiguió su ministerio en San Jorge y empleó toda su influencia en predicar la unión con Roma. En la tarea le ayudaron al Venerable abad Mekhitar y el *vartapet* Katchatur. A los pocos años, otros cinco de los doce sacerdotes de San Jorge siguieron el ejemplo de Gomidas. A partir de 1695, los disidentes armenios empezaron a alarmarse cada vez más y provocaron a las autoridades contra sus hermanos católicos. La situación se hizo muy difícil, y los jefes del movimiento en favor de la unión con Roma, juzgaron prudente dispersarse por algún tiempo. Mekhitar emigró con su naciente congregación religiosa a Morea y después a Venecia. El P. Gomidas se trasladó a Jerusalén. Ahí apoyó al partido católico desde el gran monasterio armenio de Santiago y tuvo la desgracia de provocar la hostilidad de un tal Juan de Esmirna. En 1702, cuando murió el patriarca armenio de Constantinopla que había desatado la persecución, Gomidas regresó a la ciudad. Pero el nuevo patriarca, Avedik, no fue mejor que su predecesor. En efecto, nombró vicario suyo a Juan de Esmirna, y Gomidas tuvo que esconderse en casa de un amigo. Ahí permaneció nueve meses, dedicado a escribir una paráfrasis en verso de los Hechos de los Apóstoles. Al fin de ese período, un movimiento político desterró a Avedik.

La paz reinó por algún tiempo. El patriarca Avedik consiguió volver; pero nuevamente cayó en desgracia por ser "franco" * y fue desterrado a Chipre, de donde el embajador Ferréol le "trasladó" a Francia. En realidad, se trataba de un rapto. Este desmán de Ferréol provocó la cólera de los disidentes de Constantinopla, quienes obligaron a las autoridades a perseguir a los católicos. El P. Gomidas —hombre de aspecto impresionante, enérgico y valiente— no pudo permanecer oculto mucho tiempo. Fue arrestado en la Cuaresma de 1707, acusado ante Alí Bajá y condenado a las galeras. Pocos días después sus amigos consiguieron ponerle en libertad, mediante el pago de una multa de 500 piastras. El Viernes Santo, el P. Gomidas volvió a su parroquia, donde siguió predicando la unión con Roma frente a los sacerdotes que le habían denunciado. A pesar de que Juan de Esmirna, su viejo enemigo, había sido nombrado patriarca de Constantinopla, el beato se negó a huír o a refugiarse en la embajada francesa. El 3 de noviembre de 1707, fue nuevamente arrestado. Se le acusaba de ser "franco" y de haber provocado desórdenes entre los armenios en territorio turco. Alí Bajá confió el juicio a Mustafá Kamal, de Gálata. Era éste un canonista mahometano, quien sabía perfectamente que Gomidas era un sacerdote armenio y desconfiaba mucho de los acusadores. Así pues, exhortó solemnemente a los testigos, por Jesús y por María, a decir la verdad. Trece de los catorce testigos juraron que el prisionero era "franco", enemigo del sultán y perturbador del orden público. Una

* Por ese término se designaba a los católicos latinos, a los extranjeros y, menos frecuentemente, a los católicos de cualquier rito. Pero en aquella época, los turcos sólo reconocían a los católicos latinos, de suerte que el Beato Gomidas tenía derecho a negar que era "franco", como lo hizo.

multitud de armenios, azuzados por el patriarca, pidió la muerte del prisionero. Mustafá Kamal informó al visir que Gomidas practicaba la religión de los "francos" y había exhortado a otros a abrazarla; pero dijo a los presentes: "De la pluma con que firme la sentencia va a brotar sangre".

En la prisión se privó a Gomidas de alimentos y bebida. Gregorio de Tokat dice: "Recordando la Pasión del Señor, había olvidado el hambre y la sed. Su amor por el Crucificado le hacía olvidar la suerte que le esperaba." Después de recibir los sacramentos, se despidió de su esposa, a la que dio su reloj y su anillo. Además, dio a un amigo diez piastras para que las entregase al verdugo. A la mañana siguiente fue conducido a la presencia de Alí Bajá, quien se hallaba sobre un diván en el antiguo pabellón de las mujeres, que todavía se conserva en Constantinopla. Después de oír la lectura de la sentencia, Gomidas protestó que era inocente y manifestó al visir que no tenía derecho a condenarle por motivos religiosos. Alí dijo entonces a Juan de Esmirna y a su clero: "Su sangre caerá sobre vosotros si habéis mentido." El patriarca replicó: "Caiga sobre nosotros y sobre los sacerdotes "francos" que han pervertido a tantos de los nuestros." Alí dijo a Gomidas: "Como ves, te acusan de haber abandonado su religión." El mártir respondió: "Según tú, ¿cuál es la mejor de las religiones cristianas?" El mahometano replicó: "Las odio a todas por igual." Gomidas le dijo: "Entonces, ¿qué te importa que yo escoja una u otra?" Impresionado por la actitud del mártir y tal vez complacido por su franqueza, Alí le recordó que un infeliz obispo armenio había apostatado y le exhortó a abrazar la religión de Mahoma. Como el mártir se negase, fue condenado a muerte con otros dos confesores de la fe. En el camino al sitio de la ejecución le detuvieron dos veces los mensajeros de Alí para ofrecerle la libertad a cambio de la apostasía. La segunda vez, Irene, la hermana de Gomidas, irrumpió entre la multitud y le rogó que fingiese que aceptaba. En la encrucijada de Parmak-Kapu, en el barrio de Psamatia, se dio al beato la orden de arrodillarse. Así lo hizo él, vuelto el rostro hacia el oriente. Los guardias le ordenaron que volviese el rostro al sur, pero él no obedeció. El verdugo le ofreció la libertad por última vez. El P. Gomidas empezó a recitar la profesión de fe de Nicea, y el verdugo le cortó la cabeza de un solo golpe.

La conducta heroica del beato produjo gran impresión sobre todo entre los disidentes griegos y armenios. Cien años después, los católicos armenios eran ya tan numerosos en Constantinopla, que el nombre de católico se empleaba para designar a los cristianos del rito armenio. El mártir fue sepultado por el clero del rito ortodoxo griego, porque ningún sacerdote católico se atrevió a oficiar. Gomidas Keumurgian fue beatificado en 1929. Es sin duda el mártir más ilustre de Constantinopla desde la época de la persecución iconoclasta y, probablemente, el primer sacerdote mártir a cuya ejecución asistieron su esposa y sus hijos. Uno de éstos, llamado también Gomidas, entró más tarde a servir al rey de Nápoles y adoptó el nombre de Cosme di Carbognano; sus descendientes conservaron el nombre, y alguna vez se aplica también al mártir.

Según parece, la mejor biografía es la de H. Riondel, *Une page tragique de l'histoire religieuse du Levant* (1929). Cf. acerca de esta obra *Analecta Bollandiana*, vol. XLVIII (1930), pp. 450-451. Se encuentran ciertos datos de segunda importancia en Vahan Inglisian, *Der Diener Gottes Mechitar von Sebaste* (1929), y en la obra de D. Attwater, *Book of Eastern Saints* (1938), pp. 109-121.

6: SAN LEONARDO DE NOBLAC (¿Siglo VI?)

AUNQUE SAN Leonardo fue uno de los santos más populares en el occidente de Europa al fin de la Edad Media, su nombre no empezó a ser conocido sino hasta el siglo XI, cuando apareció una biografía suya que carece de valor histórico. Según esa biografía, Leonardo era hijo de un noble franco, a quien San Remigio había convertido al cristianismo. Clodoveo I, que era su padrino de bautismo, ofreció a San Leonardo una sede episcopal, pero éste no quiso aceptarla. En cambio, tomó el hábito en el monasterio de Micy, cerca de Orléans. Al cabo de algún tiempo, deseoso de mayor soledad, se retiró a un bosque, en las cercanías de Langres, donde se construyó una celda. Ahí moraba enteramente solo en la presencia de Dios, sin otro alimento que las frutas y verduras que cultivaba. Cierto día, Clodoveo llegó a cazar en aquellos parajes y su esposa empezó a sentir ahí los primeros dolores de un parto difícil. Pero al fin, la reina dio a luz felizmente, gracias a las oraciones de San Leonardo, por lo que Clodoveo prometió regalar a éste todas las tierras que pudiese recorrer en una noche al paso de su asno. San Leonardo estableció en sus vastos terrenos una comunidad que, con el tiempo, floreció extraordinariamente. En la antigüedad se llamó a aquel monasterio la abadía de Noblac, pero hoy recibe el nombre de San Leonardo. El santo evangelizó las regiones circundantes. Según se dice, murió ahí a mediados del siglo VI y fue muy venerado por sus virtudes y milagros.

A partir del siglo XI, la devoción a San Leonardo se popularizó mucho, sobre todo en el noroeste y el centro de Europa. Su nombre figura en muchos calendarios de Inglaterra, donde existen varias iglesias dedicadas a él. En el siglo XIII, la fiesta del santo en Worcester era, en cierto sentido, día de obligación de asistir a la misa y sólo estaba permitida cierta clase de trabajo, como el de arar la tierra. La iglesia de Noblac se convirtió en un importante centro de peregrinación. San Leonardo era el patrono de las parturientas y también de los prisioneros de guerra, porque, según la leyenda, Clodoveo había prometido poner en libertad a todos los prisioneros que el santo visitase. Del siglo XIV al XVIII, en una sola población de Baviera, se atribuyeron a la intercesión de San Leonardo más de 4,000 curaciones. Lo único que queda ahora de ese culto tan intenso, es cierta devoción popular local y la celebración de la fiesta en Limoges, Munich y algunos otros sitios.

El artículo sobre San Leonardo en *Acta Sanctorum*, nov., vol. III, es excepcionalmente completo y serio, pues fue escrito en 1910 por el P. Alberto Poncelet, experto en Hagiografía merovingia y carolingia. B. Krusch había hecho ya una edición crítica del texto de la biografía latina, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. III; los bolandistas publican también dicho texto y añaden una larga serie de relatos de los milagros posteriores. Poncelet está de acuerdo con Krusch en que la biografía fue compuesta hacia el año 1025 (ciertamente no antes de 1017) y que, por sí sola, no basta siquiera para probar que San Leonardo existió realmente. Según parece, no hay inscripciones, martirologios, calendarios ni iglesias anteriores al siglo XI en los que figure el nombre del santo. Probablemente la devoción a San Leonardo como patrono de los prisioneros de guerra tomó incremento debido a que Bohemundo de Antioquía, que había caído prisionero de los musulmanes, fue puesto en libertad en 1103. Consta históricamente que Bohemundo hizo una peregrinación a Noblac y regaló un ex-voto en señal de gratitud (cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI, 1912, pp. 24-44). En 1863, el canónigo Arbellot publicó una

biografía en francés; existen también otras más, que carecen absolutamente de sentido crítico. G. Kurth discute en *Clovis*, vol. II pp. 167 y 259-260, los anacronismos de la vida de San Leonardo. Se ha escrito mucho sobre las prácticas de devoción popular y el folklore relacionado con San Leonardo; véase, por ejemplo, W. Hay, *Volkstumliche* (1932), pp. 264-269. Es curioso notar que el sitio en que se tenía más devoción a este santo francés era Baviera, según lo demuestra G. Shierghofer en *Alt-Bayerns Umritte und Leonhardifahrten* (1913), y *Umrittbrauch* (1922); véase también Rudolf Kriss en *Volkskundliches aus alt-bayerischen Gnadenstatten* (1930) y a Max Rumpf en *Religiöse Volkskunde* (1933), p. 166.

SAN MELANIO, OBISPO DE REIMS (*c.* 530 P.C.)

MELANIO NACIÓ en Placet, de la región bretona de Brain. En razón de que había servido a Dios con gran fervor en un monasterio, fue obligado por el clero y el pueblo de Rennes a aceptar la consagración episcopal, en cuanto murió el obispo San Amando. Al ocupar su cargo desempeñó un papel muy importante en la redacción de los cánones del sínodo de Orléans el año 511 (véase *Neues Archiv*, XIV, 50). Junto con algunos otros, San Melanio escribió una carta en la que reprendía a dos sacerdotes bretones que vagabundeaban de un sitio a otro y se portaban mal. Las virtudes más características del santo eran la humildad y el espíritu de oración. Su biógrafo afirma que realizó numerosos milagros. El rey Clodoveo, después de su conversión, llegó a tenerle en alta estima. San Melanio murió antes del año 549, en un monasterio que había fundado en Placet. Fue sepultado en Rennes, donde su fiesta se celebra todavía. Antiguamente, se celebraba también en Mullion de Cornwall, en donde había suplantado a San Moliano como patrón de la ciudad. No hay que confundir a este último santo con San Melon de Normandía, quien dio su nombre a la población de Saint Mellons, situada entre Newport y Cardiff.

Puede verse la biografía del santo en *Acta Sanctorum*, 6 de enero. Hay otras versiones, probablemente más antiguas, en *Catalogus hagiogr. Lat.*, París, I 71 y II, 531. Cf. MGH., *Scriptores Merov*, vol. III; Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 340-341; y G. H. Doble, *St. Melaine* (1935).

SAN WINNOC, ABAD (¿717? P.C.)

WINNOC FUE probablemente inglés. Era todavía joven, cuando visitó con otros tres compañeros, el monasterio de San Pedro de Sithiu (Saint-Omer), que había sido fundado poco antes. El fervor de los monjes y la prudencia del abad impresionaron tanto a los cuatro jóvenes, que tomaron ahí mismo el hábito. El cronista del monasterio afirma que, al poco tiempo, Winnoc brillaba como la estrella matutina entre los ciento cincuenta monjes del monasterio.

Heremaro, un hombre que había abrazado poco antes la fe, pensó que convenía fundar un nuevo monasterio en la remota región donde habitaban los morinos para instruirlos y darles buen ejemplo y, con esa intención, regaló a San Bertino algunas tierras en Wormhout, cerca de Dunquerque. San Bertino envió a sus cuatro monjes ingleses a fundar el nuevo monasterio. San Winnoc y sus hermanos trabajaron incansablemente en la construcción de la iglesia, de las celdas y de un hospital para los enfermos. El sitio se convirtió pronto en un importante centro misional. Se atribuían muchos milagros a San Winnoc, quien vivía entregado al servicio de sus hermanos y de sus vecinos paganos. Aun en su

ancianidad, solía moler el grano para los pobres y él mismo accionaba el molino de mano, sin ayuda de nadie. Algunos, admirados de que el santo tuviese fuerzas para ejecutar ese trabajo sin descanso, se asomaron por una rendija, y vieron que el molino daba vueltas sin que Winnoc lo tocase. Naturalmente, consideraron aquello como un milagro.

San Winnoc murió el 6 de noviembre del año 717, según una tradición que data del siglo XIV. El conde Balduino IV fundó y dotó en Bergues una abadía, la entregó a los monjes de Sithiu y la enriqueció con las reliquias de San Winnoc. Las tierras del monasterio de Wormhout pasaron a poder de esa abadía. La población se llama actualmente Bergues-Saint-Winnoc.

Aunque San Winnoc está apenas relacionado con la Gran Bretaña, su nombre figura en casi todos los calendarios de los siglos X y XI. (Véanse los calendarios editados por F. Wormald, de la Henry Bradshaw Society, en 1934). Cosa todavía más sorprendente: el *Old English Martyrology* (*c.* 850) no sólo menciona al santo, sino que describe el milagro del molino. En *Acta Sanctorum,* nov., vol. III, hay tres biografías latinas de San Winnoc. La única importante es la primera, escrita tal vez en el siglo VIII, ya que las otras dos se basan en ella. Dicha biografía ha sido editada también por Levison, en MGH., *Scriptores Merov,* vol. V. Véase a Vander Essen en *Etude critique sur les saints méroving,* pp. 402 ss.; Flahault, *Le culte de St Winnoc à Wormhout* (1903); y Duine, *Memento,* p. 64. Según parece, San Winnoc es el titular de Saint Winnow de Cornwall. En una excelente monografía (1940), el canónigo Doble expone las razones que le mueven a pensar que San Winnoc era galés, que fundó la iglesia de Cornwall y que pasó más tarde a Sithiu por la Bretaña.

SAN DEMETRIANO, OBISPO DE KHYTRI (*c.* 912 P.C.)

SAN DEMETRIANO nació en el pueblecito de Sika, en Chipre. Su padre era un sacerdote muy venerado en ese sitio. Se casó muy joven, pero su esposa murió a los tres meses y Demetriano tomó el hábito en el monasterio de San Antonio. Pronto se hizo famoso por su piedad y su poder de curación. Después de su ordenación sacerdotal, fue elegido abad y gobernó el monasterio con gran prudencia y santidad. Cuando la sede de Khytri (la antigua Citerea; actualmente Kyrka) quedó vacante, Demetriano fue elegido obispo. El santo tenía entonces casi cuarenta años y no se sentía atraído por las responsabilidades y ocupaciones del episcopado. Así pues, huyó a refugiarse con un amigo llamado Pablo, quien le escondió en una cueva. Pero al poco tiempo, Pablo, lleno de remordimientos, reveló a las autoridades dónde se hallaba San Demetriano, quien no tuvo más remedio que aceptar la consagración. Gobernó la sede unos veinticinco años. Poco antes de su muerte, los sarracenos asolaron la región y se llevaron como esclavos a muchos cristianos. Se cuenta que San Demetriano siguió a los invasores e intercedió por los prisioneros. Los sarracenos, impresionados por la ancianidad y el desinterés del santo, devolvieron la libertad a los esclavos. San Demetriano es uno de los obispos y santos más famosos de Chipre.

Existe una biografía griega de San Demetriano de la que sólo hay un manuscrito, un tanto mutilado hacia el fin. H. Grégoire hizo una edición en *Byzantinische Zeitschrift,* vol. XVI (1907), pp. 217-237. Todavía más cuidadosa es la edición hecha por el P. Delehaye en *Acta Sanctorum,* nov., vol. III. Delehaye opina que la biografía fue escrita a mediados del siglo X.

SAN BARLAAM DE KHUTYN, Abad (1193 p.c.)

Barlaam nació en el seno de una rica familia de Novgorod. Su nombre de bautismo era Alejo. Cuando murieron sus padres, el joven vendió sus propiedades, repartió entre los pobres la mayor parte del producto y se retiró a un sitio solitario de las riberas del Volga, llamado Khutyn. La fama de sus virtudes le atrajo, con el tiempo, a algunos compañeros. El santo los organizó en forma de comunidad monástica, asumió el gobierno de la abadía y adoptó el nombre de Barlaam. El abad reconstruyó en piedra la capilla de madera y la dedicó a la Transfiguración. Los peregrinos y visitantes empezaron a acudir en gran número al nuevo monasterio. Uno de los más distinguidos fue el duque Yaroslav, quien se convirtió en bienhechor del monasterio. San Barlaam no vivió mucho tiempo después de haber fundado la abadía. Murió el 6 de noviembre de 1193, tras haber tomado las medidas necesarias para que su obra le sobreviviese y haber elegido al monje Antonio por sucesor suyo. Dios obró numerosos milagros en el sepulcro de Barlaam, cuyas reliquias fueron entronizadas solemnemente en 1452.

Un monje servio llamado Pacomio escribió la biografía del santo. En la misa bizantina de Rusia se menciona a San Barlaam durante la preparación de los objetos sagrados.

Véase Martynov, *Annus ecclesiasticus Graeco-Slavicus*; *Acta Sanctorum*, oct., vol. xi; y cf. nuestra nota bibliográfica de San Sergio (25 de septiembre).

BEATO NUÑO (1431 p.c.)

Nuño Alvarez de Pereira, hijo del gran maestre de los caballeros de Rodas, nació en Lisboa, en 1360. A los diecisiete años contrajo matrimonio. A los veintitrés, fue nombrado jefe de las fuerzas armadas de Portugal por el gran maestre de los caballeros de Aviz, quien llegó a ocupar el trono con el nombre de Juan I. Juntos vencieron al ejército castellano y realizaron la independencia de su país, por lo que el beato Nuño es uno de los héroes nacionales de Portugal. La *Crónica del Condestable*, que data del siglo XVI, narra su vida. En 1422, a raíz de la muerte de su esposa, el beato ingresó como hermano lego en el convento del Carmelo que él mismo había fundado en Lisboa. Ahí pasó el resto de su vida. Murió el día de Todos los Santos de 1431, mientras leía el Evangelio de San Juan, precisamente en el momento en que pronunciaba las palabras: "He ahí a tu Madre". En 1918, la Santa Sede aprobó el culto del beato en Portugal y en la Orden del Carmelo. Beatriz, hija de Nuño, contrajo matrimonio con el hijo mayor del rey Juan, primer duque de Braganza, de suerte que se considera al beato como el fundador de la casa de Braganza. El rey Manuel II de Portugal, último monarca de ese país, que abdicó en 1910, era descendiente del Beato Nuño.

Además de la *Chronica do Condestavel* (1526), obra clásica de la literatura portuguesa, existe una excelente biografía moderna escrita por J. P. de Oliveira Martins. *A Vida de Nun' Alvares* (1893) y las biografías de Ruy Chianca (1914), E. Battaglia (1918), y V. A. Cordeiro (1919). En inglés hay un relato de tipo popular, escrito por J. M. Haffert, *The Peacemaker* (1945).

BEATA MARGARITA DE LORENA, Viuda (1521 p.c.)

Margarita de Anjou, hija del "buen rey Renato", se casó con el rey En-

rique IV de Inglaterra. Su hija Yolanda contrajo matrimonio con Ferri de Lorena, y de aquella unión nació Margarita, cuya beatificación fue confirmada en 1921. A los veinticinco años, Margarita se casó con el duque Renato de Alençon, quien murió cuatro años más tarde. Margarita cedió a sus tres hijitos el ducado de Alençon. Lo primero que hizo fue tratar de conservarlos bajo su tutela, pues Carlos VIII de Francia trataba de arrebatárselos. Ella misma se encargó de educarlos en su castillo de Mauves, Margarita se mostró tan solícita del bienestar espiritual y material de sus vasallos como del de sus hijos y administró hábilmente sus posesiones. Por ello, cuando su hijo Carlos contrajo matrimonio, heredó una fortuna mayor a la que su padre le había dejado a su muerte.

Bajo la influencia de San Francisco de Paula, Margarita llevó una vida austera desde que quedó viuda. Hacia 1513, cuando sus hijos estaban ya establecidos, la beata se retiró a Mortagne, donde había un convento en el que podía dedicarse a cuidar a los pobres y enfermos lejos de las miradas del mundo. Más tarde, con algunas religiosas de dicho convento, fundó una casa de Clarisas Pobres en Argentan, donde ella misma tomó el hábito en 1519. No quiso aceptar el cargo de abadesa y murió como simple religiosa, el 2 de noviembre de 1521. Los jacobinos profanaron la tumba en 1793 y arrojaron los restos de la beata a la fosa común. Tal profanación fue una infamia, pero no por ello es menos hermoso el hecho de que los huesos de la virtuosa duquesa de Alençon se hayan mezclado con los restos anónimos de los pobres a los que ella había amado tanto.

En *Acta Sanctorum*, nov. vol. I, pp. 418-419, se menciona a la Beata Margarita entre los *praetermissi*; el autor del artículo, que estuvo en Argentan en 1878, describe el ferviente culto que se rendía ahí a la beata y menciona un catálogo de milagros, recopilado por el P. Marin de Proverre, todavía inédito. En el siglo XVII, se publicaron varias biografías de esta sierva de Dios; por ejemplo, una del P. de Hameau (1628). Entre las biografías modernas se cuentan las de E. Laurent (1854) y R. Guérin (1926). El decreto de confirmación del culto puede verse en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XIII (1921), pp. 231-233.

LOS MARTIRES DE INDOCHINA, II (1851-1862)

LOS RELATOS sobre los primitivos mártires contienen tantos datos extravagantes y aun puramente inventados que, con frecuencia, se habrá de preguntar el lector si realmente los mártires sufrieron los tormentos refinados que ahí se describen. Desgraciadamente, la crueldad latente de la humanidad es la misma en todas las épocas y en todas partes. Las torturas infligidas a los misioneros modernos en el Lejano Oriente, de las que existen pruebas indiscutibles, pueden darnos una idea de las crueldades de que eran capaces los tiránicos magistrados de la Roma pagana, de Alejandría y de Antioquía.

El BEATO TEÓFANES VÉNARD era un joven francés que, desde pequeño, había soñado con el martirio y que dio su vida por Cristo en Tonkín, a los treinta y un años de edad. Su historia es el mejor ejemplo de la diabólica crueldad que prevalecía en aquellas regiones y de las penalidades a las que él y sus compañeros hicieron frente gozosamente por Jesucristo. El tierno afecto que profesaba a su familia le llevó a escribir numerosas cartas. Además del tono de sinceridad de cada una de sus palabras, la correspondencia de sus compañeros de misión confirma plenamente sus declaraciones.

Teófanes recibió el subdiaconado en diciembre de 1850 y pidió ser admitido en el colegio de Misiones Extranjeras de París, pues lo consideraba como el mejor camino para alcanzar el martirio. El beato comenzaba así una carta a su hermana, escrita cuando acababa de tomar esa decisión:

"Mi querida hermanita: ¡Cómo lloré al leer tu carta! Sí, ya sabía perfectamente la pena que mi decisión iba a causaros a todos, especialmente a ti, hermanita mía. Sábete que este paso me costó lágrimas de sangre, por el dolor que os produciría. Nadie quiere más que yo a la familia y la vida en familia. Toda mi felicidad aquí en la tierra era precisamente eso. Pero Dios, que nos ha unido con los lazos del más tierno afecto, quería de mí ese sacrificio."

Teófanes había sido siempre de salud delicada, y una grave enfermedad estuvo a punto de retrasar su ordenación. En septiembre de 1852, ya sacerdote, partió para Hongkong. Ahí pasó quince meses estudiando el idioma. En 1854, fue enviado al Tonkín occidental. El nuevo misionero y su compañero, que llevaba ya algún tiempo en la misión, llegaron sanos y salvos, pero no sin haber tenido que luchar con la enfermedad y con una violenta persecución. El P. Teófanes trabajó incansablemente durante cinco años en un distrito en el que había 10,000 fervorosos cristianos. A propósito de aquella fanática persecución, escribía:

> "Se ha dado la orden de capturar a todos los cristianos y darles muerte por el método que aquí se llama "lang-tri". Es una tortura lenta, que consiste en ir cortando sucesivamente los pies, las piernas, los dedos de la mano, los brazos, etc., hasta que sólo queda el tronco mutilado. Mons. Melchior, O.P., vicario apostólico del distrito oriental de Tonkín, fue capturado y sufrió esa horrible muerte en agosto".

El beato da muchos detalles de la situación desesperada en que se encontraban él y los otros misioneros. "¿Qué pensáis de nuestra situación? Somos tres misioneros, uno de los cuales es obispo. Vivimos, día y noche, el uno pegado al otro, en un recinto de menos de un metro y medio por lado. La luz y el aire penetran por tres agujeros no más anchos que un dedo, abiertos en el muro de adobe. La buena mujer que nos da asilo se encarga de cubrirlos por fuera con haces de paja". El 30 de noviembre de 1860, el P. Teófanes cayó prisionero. Pasó dos meses encerrado en una jaula; pero su bondad impresionó a los perseguidores, que no le torturaron. En una de las cartas que escribió desde la jaula, decía: "Paso apaciblemente mis últimos días de prisión. Todos los que me rodean son corteses y respetuosos, y muchos de ellos me quieren bien. Desde el gran mandarín hasta el último de los soldados lamentan que las leyes del país me condenen a muerte. No me han torturado como a mis hermanos". Sin embargo, la escena de su ejecución fue brutal, debido a la crueldad del verdugo, y es interesante y significativo leer lo que sigue en el relato de un testigo: "En cuanto los soldados partieron, la multitud se precipitó con trapos, pañuelos y trozos de papel, a empaparlos en la sangre del mártir. Lo hicieron con tal fervor, que no quedó en ese sitio ni una brizna del pasto manchado con la sangre". El martirio del P. Teófanes tuvo lugar el 2 de febrero de 1861.

Diez años antes, habían sido decapitados otros dos alumnos del Colegio de Misiones Extranjeras de París: los Beatos Augusto Schöffler y Juan Luis Bonnard. Augusto Schöffler había nacido en Lorena. Llegó en 1848 a Tonkín,

donde pronto aprendió suficientemente el idioma para oír confesiones y dar instrucciones sencillas. En 1851, los disturbios políticos provocaron una persecución a los cristianos. El P. Schöffler fue arrestado el 1o. de marzo. Aunque no fue torturado, debió sufrir terriblemente a causa de la horqueta de palo que se le ató al cuello y de las cadenas con que se le ataron los miembros, por no mencionar los insectos y los desagradables compañeros que encontró en la galera común. La ejecución se llevó a cabo con gran solemnidad. La valerosa actitud del mártir impresionó aun a sus enemigos.

El P. Bonnard llegó a Tonkín en 1850, precisamente cuando había en la región una epidemia de cólera. El misionero trabajó incansablemente entre los enfermos, al mismo tiempo que estudiaba el idioma. El vicario apostólico, a cuyas órdenes estaba, se expresó sobre él en sus cartas con el más tierno afecto y admiración. Se conserva una hermosa carta del P. Bonnard, condenado ya a muerte, que escribió para despedirse de su familia. Fue decapitado el 1o. de mayo de 1852. Según la costumbre, sus restos fueron arrojados al río en una bolsa cargada de piedras. En el caso del P. Schöffler, los cristianos consiguieron recuperar las reliquias.

Otro de los mártires que merece especial mención es el BEATO ESTEBAN TEODORO CUÉNOT, tanto porque era obispo como porque trabajó durante muchos años en condiciones que habrían hecho retroceder a los más osados. Esteban Teodoro nació en 1802. Hizo sus estudios en el seminario de las Misiones Extranjeras de París y llegó a Annam en 1829. En 1833 estalló una violenta persecución. Los superiores del P. Cuénot le enviaron a refugiarse en Siam con los seminaristas aborígenes que se preparaban para el sacerdocio. El futuro mártir sufrió en todas partes reveses y decepciones, pero no por eso menguaron su valor y su tesón, de suerte que, en 1835, fue consagrado en Singapur obispo coadjutor de Mons. Taberd. Aunque la persecución seguía haciendo estragos en Annam, Mons. Cuénot consiguió penetrar en el territorio. Como tenía que vivir oculto, su trabajo era especialmente difícil. Sin embargo, obró maravillas: reorganizó a los cristianos dispersos y alentó a los sacerdotes y catequistas asiáticos. No obstante las circunstancias adversas, su celo contagioso produjo numerosas conversiones.

En quince años, Mons. Cuénot estableció tres vicariatos apostólicos en la Cochinchina. En cada uno de ellos había unos veinte sacerdotes. Debe notarse que, cuando Mons. Cuénot fue nombrado vicario apostólico, no había en toda la región más que una docena de sacerdotes y casi todos ellos eran ancianos y decrépitos. Al cabo de más de veinticinco años de episcopado, durante los cuales la persecución no había cesado, la provincia de Binh-Dinh, en la que los cristianos habían gozado hasta entonces de una paz relativa, se convirtió en el centro de una persecución fanática. El obispo se refugió en casa de un pagano, "quien le ocultó en una celda hábilmente construida en el espesor de un muro doble". Los perseguidores no lograron descubrir el escondite, pero, como hallasen ciertos objetos que le pertenecían, permanecieron al acecho. A los dos días, Mons. Cuénot, exhausto, enfermo e incapaz de soportar por más tiempo la sed que le consumía, salió de su escondite. Inmediatamente fue hecho prisionero. Los perseguidores le arrojaron en una estrecha jaula en la que tenía que estar doblado, y le transportaron en ella a la presencia del jefe de la principal población del distrito. Aunque se le dio cierta libertad de movimiento en el interior de una fortaleza, el mártir falleció a los pocos días, víctima de un violento ataque de

disentería. Precisamente cuando acababa de morir, llegó de la capital la orden de decapitarle. Uno de los mandarines propuso que se ejecutase la sentencia en el cadáver, pero los otros dos se opusieron a ese inútil exceso de barbarie.

> "La mitad de los seminaristas, todos los alumnos del colegio menor y todas las religiosas, es decir, unas 250 personas, han caído en manos de los perseguidores. En señal de infamia, se les marca en la cara la inscripción 'ta dao' (falsa religión). Llevan al cuello un marco de madera o una cadena; algunos llevan ambas cosas. Suele dividírseles en grupos reducidos y enviárselos a las diversas poblaciones, donde se los apiña en estrechas prisiones . . . Ha corrido el rumor de que los habitantes de dos pueblos quemaron a todos los cristianos para evitar a los guardias el trabajo de vigilarlos; cuando los mandarines los llamaron a cuentas, dijeron que se trataba de un incendio accidental."

Así escribía el provicario desde Saigón, en enero de 1862. El Beato Esteban Cuénot había fallecido el 14 de noviembre del año anterior. En el mismo mes fueron martirizados otros dos obispos. El BEATO JERÓNIMO HERMOSILLA, dominico español, sucedió al Beato Ignacio Delgado como vicario apostólico del Tonkín oriental. Cuando estalló la persecución, fue hecho prisionero por el mandarín Nguyen. Mons. Hermosilla consiguió escapar y continuó secretamente su ministerio, hasta que lo delató un soldado. Fue hecho prisionero con otros dos dominicos: los Beatos Valentín Berrio Ochoa, vicario apostólico del Tonkín central y Pedro Almato. Mons. Berrio Ochoa se crió en su provincia natal de Vizcaya, donde había sido aprendiz de carpintero, pues su noble familia estaba reducida a la pobreza. Abandonó su oficio para ingresar en el seminario. Más tarde, tomó el hábito de Santo Domingo, con la expresa condición de que iría a las misiones. En 1856 llegó a Tonkín. Dieciocho meses más tarde, a raíz del martirio de Mons. Sampedro, fue nombrado vicario apostólico del distrito central. Durante la persecución, un apóstata reveló el sitio en que se hallaba escondido. El P. Pedro Almato, que era catalán, había trabajado seis años en la misión, a pesar de su mala salud. Mons. Hermosilla trató de hacerle cruzar la frontera de China, pero ya era demasiado tarde. Los tres fueron decapitados juntos, el 1º de noviembre de 1861. Era el día del trigésimo primer cumpleaños del Beato Pedro. Cinco semanas más tarde, fue ejecutado en el mismo sitio un terciario laico, el Beato José Khang.

Los perseguidores empleaban métodos que posteriormente se nos han hecho familiares: "Se dispersará a los cristianos en las poblaciones no cristianas. Las mujeres serán separadas de sus maridos y los hijos de sus padres. Los pueblos cristianos serán destruidos y las posesiones de los cristianos serán distribuidas a otros. Todos los cristianos llevarán sobre la frente la inscripción, 'Falsa religión'." Entre los mártires indochinos se cuenta a los sacerdotes LORENZO HUNG (1856), PABLO LOC y JUAN HOAN (1861), el catequista ANDRÉS NAM THUNG (1855), un alto empleado de la corte, llamado MIGUEL HO-DINH-HY (1857), MARTA WANG (1861), a quien los perseguidores sorprendieron llevando unas cartas de los seminaristas José Shang y Pablo Cheng, que estaban prisioneros. Estos mártires y sus numerosos compañeros fueron beatificados en 1900, 1906 y 1909. En la fecha de hoy, se celebra la fiesta de los Beatos Jerónimo Hermosilla y sus compañeros.

En 1951, Pío XII beatificó a otros veinticinco mártires que habían muerto

en Tonkín (actualmente Vietnam, durante la persecución de Yu-Duk, entre 1857 y 1862. Los principales de ellos eran los obispos españoles José Sanjurjo y Melchor Sampedro. Muy poco antes de su ejecución, Mons. Sanjurjo escribió: "No tengo casa, ni libros, ni vestidos, ni nada. Pero estoy en paz y contento. Es una felicidad ser tan pobre como Nuestro Señor, cuando dijo que el Hijo del Hombre no tenía dónde reclinar la cabeza." Todos los mártires de este grupo eran laicos indochinos, excepto cuatro. el BEATO VICENTE TUONG era juez; los BEATOS PEDRO THUAN y DOMINGO TOAI, que fueron quemados vivos con el BEATO PEDRO DA en su choza de bambú, eran pescadores. El 11 de julio hablamos de otros mártires de Indochina.

La fuente principal es *Vie et Correspondance de J. T. Vénard* (1864). Existe una biografía muy completa escrita por Mons. F. Trochu. Lady Herbert tradujo al inglés una obra menos valiosa. En *Anales de la Propagación de la Fe* (1852-1853) hay un relato detallado del martirio de los PP. Schöffler y Bonnard; ibid., (1862), pp. 250-260, se refiere al martirio del P. Cuénot. Mons. Vindry escribió una biografía de J. L. Bonnard en 1876. G. Clementi, *Gli otto martiri Tonchinesi O.P.* (1906) y A. Bianconi, *Vita e martirio dei beati Domenicani* (1906), relatan el martirio de los dominicos. Véase una carta del P. Estevez en *Anales de la Propagación de la Fe*, 1863, pp. 178-204. Véase nuestra nota bibliográfica de los Mártires de Indochina (11 de julio).

7: SAN HERCULANO, OBISPO DE PERUGIA, MÁRTIR (c. 547 p.c.)

CUANDO los godos tomaron la ciudad de Perugia, después de siete años de sitio, el rey Totila condenó al obispo Herculano a una muerte terrible, ya que los verdugos debían arrancarle tiras de piel desde la cabeza hasta los pies, antes de decapitarle. El encargado de ejecutar la tortura fue suficientemente humano para cortarle la cabeza antes de haberle arrancado toda la piel. El cuerpo del mártir fue arrojado a un foso en las afueras de la ciudad. Los cristianos se apresuraron a sepultar el cadáver junto con la cabeza. San Gregorio el Grande afirma que, cuando lo desenterraron para trasladarlo a la iglesia de San Pedro, cuarenta días después, la cabeza estaba unida al tronco como si nunca hubiese sido cortada.

Sobre el santo que nos ocupa, se tiene el dato cierto de que un joven que buscó refugio en Perugia, cuando los godos tomaron Tifernum (Citta di Castello), recibió ahí la ordenación sacerdotal de manos de San Herculano. Posteriormente, aquel sacerdote fue el obispo de Tifernum y fue canonizado como San Florindo, a quien se conmemora el 13 de este mes. Los habitantes de Perugia veneran también a otro San Herculano obispo de dicha ciudad. Según se dice, era un sirio que había ido a Roma, de donde fue enviado a evangelizar Perugia. Ahí murió martirizado. Probablemente los dos Herculanos se identifican.

Los bolandistas sostienen que sólo hubo un San Herculano de Perugia; discuten el caso el 1o. de marzo y citan el pasaje de San Gregorio el Grande. También en nov. vol. III, p. 322, hacen una breve alusión a nuestro mártir. El relato del milagro y los frescos de Bonfigli en el "Palazzo" del Municipio han contribuido a perpetuar la memoria de San Herculano.

SAN FLORENCIO, OBISPO DE ESTRASBURGO (SIGLO VII).

SE DICE que San Florencio era un irlandés que se estableció en Alsacia

(donde se le venera como mártir), en una ermita situada en un valle de las colinas del Ringelberg. Solía salir de ahí a evangelizar a las gentes de los alrededores. Como hubiese sanado a la hija del rey Dagoberto, que era sordomuda, el monarca le ayudó a fundar un monasterio en Haslach. El santo fue nombrado obispo de Estasburgo hacia el año 678, y muchos monjes irlandeses fueron entonces a establecerse en su diócesis. Para ellos construyó un monasterio dedicado a Santo Tomás Apóstol, en las afueras de la ciudad. Dicho monasterio, que estuvo gobernado mucho tiempo por irlandeses, se convirtió más tarde en capítulo colegial de canónigos.

La biografía de San Florencio, que data del siglo XII, puede verse en *Acta Sanctorum*, nov. vol. III; ahí se discuten en detalle las dificultades que plantea dicha obra, que carece de valor histórico. Es imposible determinar exactamente la fecha de la muerte del santo, que debió ocurrir a fines del siglo VII o a principios del VIII. Dado que Dom Gougaud no menciona a San Florencio en *Gaelic Pioneers of Christianity* (1923) ni en *Saints irlandais hors d'Irlande* (1936), hay que suponer que no cree que el santo haya sido irlandés. Véase también Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 171 y a M. Barth, *Der. hl. Florentius von Strassburg* (1952).

SAN WILIBRORDO, OBISPO DE UTRECHT (739 P.C.)

SAN WILIBRORDO nació en Nortumbría en 658. Antes de cumplir los siete años, sus padres le enviaron al monasterio de Ripon, gobernado entonces por San Wilfrido. A los veinte años, Wilibrordo emigró a Irlanda, donde se reunió con San Egberto y San Wigberto, quienes habían ido a estudiar en las escuelas conventuales de dicho país, en busca de una vida monacal más perfecta. Con ellos estudió San Wilibrordo durante siete años las ciencias sagradas. San Egberto tenía la intención de trasladarse al norte de Alemania para predicar el Evangelio, pero no pudo realizar su proyecto. Su compañero, San Wigberto, volvió a Irlanda al cabo de dos años de evangelizar sin éxito alguno. Entonces, San Wilibrordo, quien tenía treinta y un años y acababa de recibir la ordenación sacerdotal, pidió a sus superiores que le enviasen a esa misión tan ardua y peligrosa. Sus superiores accedieron, y Wilibrordo partió con otros once monjes ingleses, entre los que se contaba San Wigberto.

El año 690, desembarcaron en la desembocadura del Rín; de ahí se dirigieron a Utrecht y después a la corte de Pepino de Heristal, quien los alentó a evangelizar la región de la baja Frieslandia, situada entre el Mosa y el mar. Pepino había arrebatado esa región al pagano Radbodo. San Wilibrordo fue antes a Roma, donde se postró a los pies del Papa San Sergio I y le pidió permiso de evangelizar las naciones idólatras. El Pontífice le concedió amplia jurisdicción y le dio reliquias para la consagración de iglesias. San Wilibrordo y sus compañeros predicaron con éxito en la región de Frieslandia que los francos habían conquistado. San Wilfrido consagró obispo a San Wigberto en Inglaterra. Tal vez ello molestó a Pepino, porque Wigberto partió pronto a evangelizar a los boructvaros. Pepino envió entonces a San Wilibrordo a Roma, con una carta en la que recomendaba al Papa que le consagrase obispo.

San Sergio le recibió con grandes honores, sentado en la cátedra de San Pedro, cambió su nombre por el de Clemente y le ordenó obispo de los frisios en la basílica de Santa Cecilia, el día de la fiesta de esta santa, en el año 696. San Wilibrordo sólo permaneció en Roma dos semanas antes de volver a Utrecht, donde fijó su sede y construyó la iglesia del Salvador. El celo infati-

gable con que trabajó por la conversión de los paganos, demostró que con la consagración episcopal había recibido del cielo una gracia especial para ensanchar el Reino de Dios. Algunos años después de su consagración, ayudado por Pepino y por la abadesa Santa Irmina, fundó en Luxemburgo la abadía de Echternach, que pronto se convirtió en el centro de su influencia.

San Wilibrordo misionó también en la Frieslandia superior, donde todavía reinaba Radbodo y llegó hasta Dinamarca; pero lo único que consiguió ahí fue comprar a treinta jóvenes daneses, a quienes instruyó, bautizó y llevó consigo en su viaje de vuelta. Alcuino cuenta que, en ese viaje, una tempestad desvió al navío hacia la isla de Heligoland, que los daneses y los frisios consideraban como tierra sagrada. En aquella isla constituía un sacrilegio matar a los animales, comer los productos de la tierra y sacar agua de las fuentes, sin observar profundo silencio. Para desengañar a los habitantes, San Wilibrordo mató algunos animales para dar de comer a sus acompañantes y bautizó a tres personas en una fuente, pronunciando en voz alta las palabras rituales. Los idólatras, que creían que San Wilibrordo se iba a volver loco o iba a caer muerto en el acto, no sabían si atribuir a la clemencia o a la impotencia de su dios, el hecho de que nada sucediese al santo. Finalmente, decidieron informar del suceso a Radbodo, quien mandó echar suertes para elegir a una víctima cuyo sacrificio aplacase al dios. La suerte recayó sobre un miembro de la comitiva de San Wilibrordo, que fue sacrificado por la superstición del pueblo y murió mártir de Jesucristo. Después de Heligoland, San Wilibrordo visitó Walcheren, donde, con su caridad y paciencia, convirtió a muchos paganos. Cuando derribó y destruyó a un ídolo, uno de los sacerdotes paganos le persiguió para darle muerte, pero el santo consiguió escapar y volvió sano y salvo a Utrecht. El año 714 nació Carlos Martel, hijo de Pepino el Breve, quien fue más tarde rey de los francos. San Wilibrordo le bautizó y, según cuenta Alcuino, predijo que su gloria superaría a la de todos sus predecesores.

El año 715, Radbodo reconquistó la parte de Frieslandia que había perdido y perjudicó mucho a la obra de San Wilibrordo, pues destruyó iglesias, mató misioneros y obligó a muchos a apostatar. San Wilibrordo tuvo que huir, pero Radbodo murió el año 719, y el santo pudo predicar de nuevo con entera libertad en toda la región. San Bonifacio le ayudó en ese trabajo, ya que pasó tres años en Frieslandia antes de ir a Alemania. Beda dice en su historia, escrita hacía el año 731: "Wilibrordo, llamado también Clemente, vive todavía. Es un anciano venerable, que lleva treinta y seis años de ser obispo y suspira por el premio celestial, tras haber superado muchas pruebas espirituales." El Beato Alcuino le describe como hombre de estatura regular, de aspecto venerable y elegante, de palabra y carácter llenos de gracia y alegría, prudente en el consejo, incansable en la predicación y el ministerio apostólico, atento siempre a no descuidar la oración pública, la meditación y la lectura espiritual. San Wilibrordo y sus compañeros implantaron la fe en muchas regiones de Holanda y de los Países Bajos, en las que San Amando y San Lebvino no habían llegado a penetrar. Gracias a sus labores, los frisios, que constituían un pueblo bárbaro y rudo, se civilizaron y progresaron en la virtud, poco a poco. Con frecuencia se califica al santo de "Apóstol de Frisia", título al que tiene perfecto derecho, pero no hay que olvidar que San Wigberto desempeñó también un papel muy importante en los primeros años de la misión y aun parece haber sido la cabeza principal. Por lo demás, los frisios, como los otros pueblos, no se convirtieron con la

rapidez que los hagiógrafos medievales suponen. "Wilibrordo fue para Inglaterra lo que Colomba había sido para Irlanda, ya que inauguró un siglo de influencia espiritual de Inglaterra en el continente." (W. Levison).

San Wilibrordo acostumbraba ir de vez en cuando a hacer un retiro en Echternach. Al fin de su vida, se retiró definitivamente a dicho monasterio, donde murió a los ochenta y un años de edad, el 7 de noviembre de 739. Fue sepultado en la iglesia abacial, que desde entonces se convirtió en sitio de peregrinación. En dicho santuario se celebra, el miércoles de Pentecostés, una curiosa ceremonia llamada "la danza de los santos". No sabemos qué origen tiene, pero lo cierto es que se ha llevado a cabo desde 1553 hasta el presente (excepto de 1786 a 1802). Se trata de una procesión que va desde el puente del Sure hasta el santuario. Los participantes, en filas de cinco y cogidos de la mano, avanzan bailando al son de la música; por cada tres pasos que dan hacia adelante dan dos hacia atrás. En la procesión toman parte sacerdotes, religiosos y aun obispos, y la ceremonia termina con la bendición del Santísimo. Cualesquiera que sean sus orígenes, el hecho es que la procesión reviste actualmente un carácter penitencial y tiene por fin rogar por los epilépticos y por todos los que sufren enfermedades mentales. La fiesta de San Wilibrordo se celebra en la diócesis inglesa de Hexham y en Holanda.

El artículo del P. Poncelet en *Acta Sanctorum*, nov., vol. III, merece toda alabanza no sólo por su claridad, sino también por el conocimiento magistral que posee el autor sobre todo el período. El P. Poncelet habla de las alabanzas que tributaron a San Wilibrordo sus contemporáneos (Beda, San Bonifacio, etc.) y publica íntegramente el texto de Alcuino, revisado críticamente, así como la biografía de Teofrido, abad de Echternach, aunque esta última añade apenas nada a las otras fuentes históricas. Es de notar que en el *Manuscrito Epternach* del *Hieronymianum* (MS Paris Latin 10837) hay otro calendario que contiene una nota escrita por el propio San Wilibrordo el año 728, en la que afirma que él, Clemente, cruzó el mar el año 690 y fue consagrado obispo por el Papa Sergio, en Roma, el año 696. Véase sobre éste y otros detalles el *Calendar of St. Willibrord*, editado por H. A. Wilson en la Henry Bradshaw Society (1918). Se encontraran también excelentes artículos sobre el santo en DNB y DCB. Acerca de "la danza de los santos". de Echternach, cf. John Morris, en *The Month*, dic. de 1892, pp. 495-513; y Krier, *Die Springprozession in Echternach* (1870). Una biografía inglesa de San Wilibrordo, que había sido escrita con miras a publicarla en la colección anglicana de J. H. Newman (¿por T. Meyrick?), fue publicada sin nombre de autor en 1877. W. Levison ha publicado también los principales textos relacionados con el santo. Sus conclusiones coinciden casi siempre con las del P. Poncelet, particularmente por lo que se refiere a la genuinidad del llamado "testamento" de San Wilibrordo. En 1934 Levison incluyó en la continuación de MGH., *Scriptores*, vol. XXX (pp. 1368-1371) una colección de milagros atribuidos al santo. En la iglesia de Santa Gertrudis de Utrecht se descubrieron ciertas presuntas reliquias de San Wilibrordo; W. J. A. Visser las describió; acerca de esto véase *Analecta Bollandiana*, vol. III (1934), pp. 436-437. Cf. también G. H. Verbist, *St. Willibrord, apôtre des Pays-Bas* (1939); y W. Levison, *England and the Continent*... (1946), sobre todo pp. 53-69. C. H. Talbot tradujo, en *Anglo-Saxon Missionaries in Germany* (1954), la biografía escrita por Alcuino.

SAN ENGELBERTO, ARZOBISPO DE COLONIA, MÁRTIR (1225 P.C.)

UNO DE LOS abusos que más se extendieron en la Edad Media, era la concesión de uno o varios beneficios eclesiásticos a los jóvenes y aun a los niños. San Engelberto, cuyo padre era el poderoso conde de Berg, es un ejemplo característico de esto. Cuando estudiaba todavía en la escuela de la catedral de Colonia, era ya prebendado de Santa María de Aquisgrán, de San Jorge, de San Seve-

rino y de la catedral de Colonia. En su juventud, llevó una vida que cuadraba mal con sus obligaciones y aun fue excomulgado por haberse levantado en armas contra el emperador Otón IV. Durante algún tiempo, participó en la cruzada contra los albigenses. Más tarde, mediante un hábil juego a las cartas con otros dos candidatos, consiguió hacerse elegir arzobispo de Colonia, en 1217, cuando tenía apenas unos treinta años. Su gran diócesis estaba arruinada por las luchas políticas y religiosas, pero Engelberto poseía cualidades humanas que le hacían apto para la tarea que le esperaba: un juicio claro, un gran deseo de justicia, una voluntad fuerte y una presencia que imponía respeto. Desde el momento en que se le levantó la excomunión, llevó una vida muy correcta. Sin embargo, de no haber sido porque murió trágicamente en la defensa de una casa religiosa, es probable que no se le hubiese rendido culto nunca.

Engelberto recibió con los brazos abiertos a los frailes menores y a los dominicos, a quienes alentó para que se establecieran en sus dominios. Convocó varios sínodos en su diócesis para mantener la disciplina en el clero secular y regular. Gozaba de grandes simpatías entre los de su grey, por su afabilidad; era generoso con los pobres y amante de la paz, sin dejar por ello de mostrarse firme. Dedicaba casi todo su tiempo a los asuntos de Estado. En efecto, prestó su apoyo al emperador Federico II y, cuando éste partió a Sicilia, en 1220, nombró a Engelberto regente durante la minoría de edad de su hijo Enrique. En 1122, Engelberto coronó a Enrique, que apenas contaba doce años de edad, en la catedral de Aquisgrán. El santo desempeñó sus obligaciones con vigor y energía y supo ganarse el respeto de Enrique; pero, al mismo tiempo, la mano firme y justa con que gobernó, le creó muchos enemigos, sobre todo entre sus parientes. Su primo, el conde Federico de Isenberg, administrador de las religiosas de Essen, aprovechó su cargo para apoderarse de ciertas propiedades y oprimir a sus vasallos. Engelberto le mandó llamar y le ordenó que restituyese lo robado. Entonces Federico tramó una conspiración para asesinar a su primo. La noticia de la conspiración llegó a oídos de San Engelberto, quien tomó algunas precauciones. Pero el 7 de noviembre de 1225, partió de Soest a Schwelm con una escolta insuficiente. Federico y otros nobles, cayeron sobre él con cien soldados y le asesinaron. El cadáver del santo tenía cuarenta y siete heridas. El jovèn rey Enrique llamó a juicio a Federico, y el cardenal von Urach, legado pontificio, declaró que Engelberto había sido mártir. Aunque nunca ha sido formalmente canonizado, su fiesta se celebra en Colonia y su nombre figura en el Martirologio Romano.

Existe una biografía de Engelberto escrita por su contemporáneo, Cesáreo de Heisterbach; puede verse en *Acta Sanctorum*, nov., vol. III. También se encuentran datos útiles en *Regesta* de la diócesis de Colonia; los textos más importantes fueron publicados en 1900 por R. Knipping en el vol. III de la colección. Dos o tres despachos del embajador inglés, Walter, obispo de Carlisle (publicados en *Letters of Henry III*, de la *Rolls Series*) demuestran que, poco antes de su muerte, Engelberto estaba en muy buenos términos con Inglaterra. Véanse también las biografías alemanas de J. Ficker (1853) y H. Foerster (1925).

BEATA ELENA DE ARCELA, VIRGEN (1242 P.C.)

HACIA EL AÑO de 1220, San Francisco de Asís fue a Arcela, en las cercanías de Padua, a fundar un convento de Clarisas Pobres. Elena, que pertenecía a la noble familia de los Enselmini, recibió el hábito de manos del santo. Seis años

después, la joven contrajo una dolorosa enfermedad que duró toda su vida, pero soportó sus sufrimientos con gran paciencia, y Dios le concedió consuelos espirituales extraordinarios. Según se dice, Elena presenció la gloria de los elegidos, particularmente de San Francisco y sus discípulos. También visitó el purgatorio, donde vio cómo las oraciones de los fieles libraban a las benditas almas de sus sufrimientos. Se cuenta que vivió varios meses sin probar otro alimento que la sagrada comunión. San Antonio de Padua, ya muy anciano, fue director espiritual de la Beata Elena. Aunque ésta tenía apenas veinticuatro años al morir, había perdido ya la vista y el habla, y además la aquejaban otras muchas enfermedades. Su muerte ocurrió el 4 de noviembre de 1242, y su culto fue aprobado en 1695.

No existe ninguna biografía de la beata que date de menos de un siglo después de su muerte. Bartolomé de Pisa (*c.* 1385) habla de ella con cierto detalle en *De conformitatibus*, parte VIII, pero no da ninguna fecha. Otros autores afirman que murió en 1230 o 1231; pero, a lo que parece, Mariano de Florencia y Wadding están claramente en lo justo al afirmar que vivió hasta 1242. En *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, se publicó una corta biografía escrita en 1347 por Sicco Polentono, abogado de Padua. Se habla también de la paciencia y sufrimientos de la beata en ciertas obras populares, como, por ejemplo, en Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. IV, pp. 36-38.

BEATA MARGARITA COLONNA, VIRGEN (1280 P.C.)

MARGARITA era hija del príncipe Odo Colonna. Perdió a sus padres siendo muy niña, y quedó al cuidado de sus dos hermanos. En su juventud, se negó a contraer matrimonio con el pretendiente elegido por sus hermanos y llevó una vida muy retirada, con dos sirvientas, en una casa de campo de Palestrina, entregada a las buenas obras. Tenía la intención de ingresar en el convento de las Clarisas Pobres de Asís; pero, como no pudo realizar su propósito a causa de la mala salud, concibió la idea de fundar un convento en Palestrina. Su hermano más joven, que había sido elevado a cardenal (era, pues, el *dignior frater*, en tanto que Juan, quien escribió la vida de su hermana, era el *senior frater*), le obtuvo la autorización del Papa Urbano IV, quien impuso a la comunidad las reglas de las Clarisas Pobres, con algunas modificaciones. La mala salud impidió a Margarita gobernar el convento y hacer la profesión religiosa. En efecto, durante los últimos siete años de su vida, la atormentó un tumor maligno, que la beata soportó con gran valor y paciencia. Dios le concedió el don de milagros y otras gracias extraordinarias. Murió siendo todavía joven. La comunidad se trasladó poco después a la ciudad de San Silvestro in Capite, con las reliquias de su fundadora. Siete siglos más tarde, el convento fue transformado en oficina central de correos. Las reliquias fueron trasladadas entonces al nuevo convento de Santa Cecilia en el Trastévere. Pío IX confirmó el culto de la Beata Margarita en 1847.

Los cronistas franciscanos, como Wadding y Marcos de Lisboa, presentan relatos muy detallados sobre la beata. Véase a Mazzara, *Leggendario Francescano* (1680), vol. II, ptc. 2, pp. 775-780. En su obra, *B. Margherita Colonna* (1935), el P. L. Olgier editó y puso una introducción a un manuscrito inédito del siglo XIV, en el que se combinan las biografías escritas por Juan de Colonna (quien murió hacia 1292) y de una clarisa pobre de San Silvestro (1290). Cf. Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. IV, pp. 170-173.

BEATO ANTONIO BALDINUCCI, (1717 P.C.)

EN ESTA FECHA, se celebra la fiesta del Beato Antonio Baldinucci en la Compañía de Jesús y en varias diócesis de Italia, donde el beato trabajó. Antonio nació en Florencia. Era el quinto hijo de Catalina Scolari y Felipe Baldinucci. Su padre, que era pintor y escritor, se restableció de una enfermedad, gracias a la intercesión de San Antonio de Padua, y prometió que consagraría a Dios a su próximo hijo. El niño nació en 1665, precisamente en la octava de la fiesta de San Antonio, y recibió aquel nombre en el bautismo. Su padre le educó desde un principio para el sacerdocio. Los Baldinucci habitaban en la misma casa de la Via degli Angeli, en Florencia, donde San Luis Gonzaga había vivido un tiempo cuando niño y, el recuerdo de este santo ejerció una influencia profunda en Antonio. A los dieciséis años, pidió la admisión en la Compañía de Jesús, cosa que le fue concedida, a pesar de que su salud no era muy robusta.

Antonio hubiese querido ir a misionar a las Indias, pero sus superiores le dedicaron a la enseñanza de los jóvenes y a la predicación en las cofradías, primero en Terni y después en Roma. Como sufriese de fuertes jaquecas, sus superiores le enviaron de nuevo a Florencia y, después, a diversos colegios situados en el campo. La salud de Antonio empezó a mejorar y comenzó a predicar con gran éxito. A los treinta años recibió la ordenación sacerdotal. Cuando terminó el año de su tercera probación, se ofreció nuevamente para las misiones de las Indias, pero sus superiores no accedieron, sino que le enviaron a trabajar en Viterbo y Frascati. Ahí pasó el beato los veinte años que le quedaban de vida, trabajando sobre todo entre los pobres e instruyendo al pueblo. Para atraer a las gentes, empleaba métodos muy llamativos, semejantes a los que usó San Pedro Claver con los negros y el Beato Julián Maunoir con los bretones. En efecto, solía organizar imponentes procesiones, desde diversos sitios hacia el centro de la ciudad, que era donde predicaba, con los penitentes que llevaban coronas de espinas y se disciplinaban. El beato predicaba a menudo con una cruz sobre los hombros o cargado de cadenas y movía a compasión al pueblo al aplicarse feroces disciplinas en las calles. Una vez que había conseguido impresionar a las gentes y hacerse oír, empleaba métodos más ordinarios. A fin de guardar el orden entre las multitudes que acudían a oírle, solía organizar un cuerpo de guardias, escogidos, generalmente entre aquellos que llevaban una vida notoriamente licenciosa, con lo cual se los ganaba y conseguía que oyesen sus consejos. Por regla general, la misión terminaba con la quema pública de barajas, dados, imágenes obscenas y otros objetos que fuesen ocasión de pecado. El juego, las venganzas violentas y el libertinaje, estaban a la orden del día, pero el celo del P. Antonio lograba conversiones duraderas y le movía a dejar organizadas las buenas obras.

Aunque predicaba constantemente misiones, con el trabajo que ello supone, tuvo tiempo para escribir numerosos sermones e instrucciones, por no hablar de su amplia correspondencia. Rara vez dormía más de tres horas y lo hacía siempre sobre un lecho de tablas. Ayunaba tres días por semana. En vista de su prodigiosa actividad, el Papa Clemente XI le dispensó de la recitación del breviario, pero el beato jamás hizo uso de esa dispensa. En veinte años, predicó 448 misiones en trece diócesis de los Abruzos y de la Romaña. En 1708, fue a predicar la cuaresma en Liorna, por orden del duque Cosme III. Llegó descalzo, vestido con una vieja sotana y con su equipaje sobre los hombros. Los nobles

no asistieron al principio a sus sermones, pero el beato acabó por ganárselos y, desde entonces, predicó siempre durante la cuaresma en alguna de las ciudades más importantes de la región. El año de 1716, Italia se vio asolada por un hambre terrible, y el Beato Antonio trabajó incansablemente por socorrer a los necesitados. Aunque apenas tenía algo más de cincuenta años, estaba consumido por la fatiga y con dificultad pudo soportar aquel esfuerzo. Dios le llamó a Sí el 7 de novimebre del año siguiente. Durante una misión que había predicado en Carpineto en 1710, se hospedó en la casa de la familia Pecci, que más tarde había de dar a la Iglesia al Papa León XIII. Antonio Baldinucci fue precisamente beatificado por dicho pontífice en 1893.

Se conservan muchos detalles de la vida del beato, gracias a las deposiciones de los testigos del proceso de beatificación, así como a las cartas y otros documentos contemporáneos. En *Acta Sanctorum*, nov. vol. III, hay un buen artículo, aunque un tanto sumario, basado en dichas fuentes. El P. F. M. Galluzzi publicó una biografía voluminosa del beato, apenas dos años después de su muerte. Probablemente la mejor biografía moderna es la del P. Vanucci (1893); pero existen varias más, entre las que se cuenta la del P. Goldie, en inglés (1894). Véase también DHG., vol. III, cc. 756-760. El P. L. Rosa publicó en 1899 una amplia colección de cartas del beato.

8: LOS CUATRO SANTOS CORONADOS, MÁRTIRES
(¿306? P.C.)

EN EL MARTIROLOGIO Romano se lee en la fecha de hoy: "En Roma, a cinco kilómetros de la ciudad sobre la Vía Lavicana, el martirio de los santos Claudio, Nicóstrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio. Primero estuvieron en la prisión, después fueron horriblemente flagelados con látigos armados con trozos de plomo; finalmente, como nada consiguiese hacerlos apostatar, fueron ahogados en el río por orden de Diocleciano. Igualmente, en la Vía Lavicana el nacimiento para el cielo de los cuatro santos coronados. Estos hermanos, que se llamaban Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, fueron golpeados con látigos emplomados hasta que murieron, en el reinado del mismo emperador. Como sus nombres eran entonces desconocidos (aunque después se supieron por divina revelación), se decidió celebrarlos juntos con el título de los Cuatro Santos Coronados, y así se ha seguido haciendo en la Iglesia, aun después de la revelación de sus nombres."

Estos dos pasajes, así como las actas en que se basan, crean un problema que no ha llegado todavía a resolverse con certeza. Los nombres de Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, que el Martirologio Romano y el Breviario afirman fueron revelados, están en realidad tomados del martirologio de la diócesis de Albano, donde se celebra la fiesta de los Santos Coronados el 8 de agosto. Por otra parte, en otros documentos se llama a estos santos Claudio, Nicóstrato, Sinforiano y Castorio. Ahora bien, estos cuatro santos, junto con San Simplicio, fueron martirizados en Panonia, durante el reinado de Diocleciano, y no en Roma como afirma el Martirologio Romano.

Existen dos versiones diferentes de la leyenda: las "actas" romanas, que son vagas y de carácter convencional, y las "actas de Panonia", vívidas, interesantes y anteriores a las otras. En estas últimas, como lo hace notar el P. Delehaye, hay una magnífica descripción de las bodegas y talleres imperiales

en Sirmium (Mitrovic, en Yugoslavia) y Diocleciano aparece no como el monstruo de crueldad del que estamos acostumbrados a oir hablar, sino como un emperador de carácter bastante inestable, pero poseído de una verdadera pasión de construir. Las esculturas y bajo relieves en madera labrados por los cristianos Claudio, Nicóstrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio, llamaron tanto la atención del emperador (Simplicio se había convertido al cristianismo, pues creía que la habilidad de sus compañeros de oficio procedía de su religión), que les encomendó cierto número de obras. Los escultores hicieron lo que les había pedido, excepto una estatua de Esculapio, pues eran cristianos (Hay que notar que su cristianismo no les impidió esculpir una estatua del dios sol). El emperador se limitó a confiar la estatua de Esculapio a otro escultor, diciendo: "Ya es bastante que su religión les permita esculpir obras tan bellas."

Pero la opinión pública empezó a clamar contra Claudio y sus compañeros, quienes fueron finalmente encarcelados por haberse negado a ofrecer sacrificios a los dioses. Sin embargo, Diocleciano y el carcelero Lampadio los trataron bien al principio. Pero Lampadio murió súbitamente y, como sus parientes echasen la culpa a los cinco cristianos, el emperador tuvo al fin que condenarlos a muerte. Así pues, se los encerró en cajas de plomo que fueron arrojadas al río. Tres semanas más tarde, un tal Nicodemo recuperó los cuerpos.

Un año después Diocleciano construyó en Roma, en las termas de Trajano un templo dedicado a Esculapio y ordenó que todos los soldados ofreciesen sacrificios al dios. Cuatro *corniculari* se rehusaron a ello, por lo cual fueron flagelados con látigos armados con puntas de plomo, hasta que murieron. Sus cadáveres fueron arrojados a la fosa común. San Sebastián* y el Papa Milcíades los recuperaron; más tarde, como los nombres de los mártires hubiesen caído en el olvido, ordenaron que se los conmemorase con los nombres de Claudio, Nicóstrato, Sinforiano y Castorio.

En el Monte Celio, de Roma, se construyó una basílica en honor de los Cuatro Santos Coronados, probablemente durante la primera mitad del siglo V. Dicha basílica llegó a ser y es aún, la iglesia titular de uno de los cardenales. Ciertos indicios parecen indicar que los santos a los que la basílica estaba dedicada eran, en realidad, los mártires de Panonia, aunque ignoramos por qué se suprimió el nombre de Simplicio, y que sus reliquias fueron posteriormente trasladadas a Roma. Ciertos autores opinan que, al cabo de algún tiempo, se supo la verdadera historia de los mártires; entonces algún hagiógrafo, para explicar por qué eran cuatro y no cinco, inventó la leyenda arriba citada, según la cual, los Cuatro Coronados eran romanos y no originarios de Panonia y eran soldados y no escultores. A este propósito, el P. Delehaye comenta que tal invención es "el oprobio de la hagiografía".

Es muy natural que los gremios de la Edad Media hayan profesado gran devoción a los Cuatro Coronados, que habían sido escultores. En el Museo Británico (MS. Royal XVII.A.i) se conserva un poema en el que se fijan las reglas de un gremio medieval. Tiene una sección titulada *Ars quatuor coronatorum*, que comienza así:

"Oremos ahora al Dios Todopoderoso
y a María, su santa Madre".

* Los nombres de Claudio, Nicóstrato, Sinforiano y Castorio, a los que se añade el de Victorino, ocurren también en la leyenda de San Sebastián. Fueron convertidos por el sacerdote San Policarpo. El Martirologio Romano los menciona el 7 de julio.

En seguida narra brevemente la leyenda "de estos cuatro mártires, a los que se honra mucho en este oficio". Quienes deseen saber más detalles encontrarán

"En la leyenda de los santos (*i.e* el libro *Legenda Sanctorum*)
los nombres de los cuatro coronados.
Su fiesta se ha de celebrar sin falta
ocho días después de Todos Santos".

Los albañiles ingleses conservan en cierto modo esta tradición. En Inglaterra la revista más seria sobre la construcción tiene el nombre de *Ars Quatuor Coronatorum*. Beda cuenta que cerca del año 620 se construyó en Canterbury una iglesia dedicada a los Cuatro Santos Coronados.

Estaría fuera de lugar discutir aquí detalladamente los problemas arriba mencionados. En *Acta Sanctorum*, nov., vol. III, el P. Delehaye escribió en 1910 un artículo de treinta y seis páginas in-folio; en él editó el texto de las *actas de Panonia*, escritas probablemente por un tal Porfirio, así como una recensión del siglo X, escrita por un tal Pedro de Nápoles. La *Depositio Martyrum* del siglo IV, confirmada por el Sacramentario Leonino y otros, no deja duda alguna de que en Roma se tributaba culto a estos máritres desde antiguo. Delehaye se inclina absolutamente por la opinión de que el único grupo de mártires que existió realmente fue el de los de Panonia, cuyas reliquias fueron transladadas a Roma y enterradas en la catacumba de la Vía Lavicana (cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XXXII, 1913, pp. 63-71; *Les passions des martyrs...*, 1921, pp. 328-344; *Etude sur le légendier romain*, 1936, pp. 65-73; y CMH., pp. 590-591). Pero otros autores proponen teorías diferentes: Mons. Duchesne, en *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, vol. XXXI, 1911, pp. 231-246; P. Franchi de Cavalieri, en *Studi e Testi*, vol. XXIV, 1912, pp. 57-66; y J. P. Kirsch, en *Historisches Jahrbuch*, vol. XXXVIII, 1917, pp. 72-97.

SAN ADEODATO, PAPA (618 P.C.)

SABEMOS MUY poco sobre la vida y los tres años de pontificado de San Adeodato I. Era romano de nacimiento e hijo de un subdiácono llamado Esteban. En su época, Roma se vio asolada por los desórdenes y guerras, por un terremoto y por la epidemia de una enfermedad de la piel. San Adeodato se entregó totalmente al cuidado de los enfermos (el Martirologio Romano menciona la tradición de que con un beso curó a un leproso) y exhortó a su clero, empobrecido, a hacer otro tanto. Según se dice, fue el primer Papa que empleó los sellos de plomo llamados "bullae", nombre que se da actualmente a ciertos documentos pontificios. Todavía se conserva un sello de la época de San Adeodato. Los antiguos calendarios benedictinos afirman que el santo perteneció a su orden, pero no existen pruebas ciertas de ello.

Véase Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, pp. 319-320; H. K. Mann, *Lives of the Popes*, vol. I, pp. 280-293.

SAN WILLEHALDO, OBISPO DE BREMEN (789 P.C.)

WILLEHALDO era originario de Nortumbría, en Inglaterra. Probablemente se educó en York, pues fue amigo de Alcuino. Después de su ordenación, las conquistas espirituales que muchos de sus paisanos habían hecho para Cristo (como San Wilibrordo en Frieslandia y San Bonifacio en Alemania), le encendieron en deseos de ir a predicar al verdadero Dios en alguna de esas naciones bárbaras. Hacia el año 766, desembarcó en Frieslandia y empezó a predicar en Dokkum,

cerca del sitio en que San Bonifacio y sus compañeros habían recibido la corona del martirio el año 754. (El Martirologio Romano afirma, erróneamente, que Willehaldo fue discípulo de San Bonifacio). Después de bautizar a algunos conversos, el santo se internó hacia la región de Overyssep, sin dejar de predicar por el camino. En Humsterland, Willehaldo y sus compañeros estuvieron a punto de perecer, ya que los habitantes echaron suertes para decidir si debían exterminarlos. Pero Dios dispuso que la suerte los favoreciese. En vista de ese incidente, San Willehaldo juzgó más prudente volver a Drenthe y trabajar en los alrededores de Utrecht, cuyos habitantes eran menos hostiles. A pesar de la obra llevada a cabo por San Wilibrordo y sus sucesores, quedaban todavía muchos paganos por convertir. Desgraciadamente, el celo indiscreto de algunos misioneros hizo más mal que bien. En efecto, ciertos compañeros de Willehaldo demolieron los templos de los paganos, quienes se enfurecieron tanto, que decidieron darles muerte. Uno de ellos descargó con tal fuerza su espada sobre el cuello del santo, que su cabeza habría ido a dar muy lejos, a no ser porque el acero pegó contra un grueso cordón del que llevaba siempre colgado un relicario, lo que le salvó la vida, según dice su biógrafo. Este incidente se parece sospechosamente al que se cuenta de San Wilibrordo en la isla de Walcheren.

Habiendo tenido tan poco éxito entre los frisios, San Willehaldo se trasladó a la corte de Carlomagno, quien el año 780, le envió a evangelizar a los sajones, a los que acababa de someter. El santo se dirigió a los alrededores de la actual Bremen y fue el primer misionero que cruzó el Weser. Algunos de sus compañeros llegaron hasta más allá del Elba. Durante algún tiempo, todo iba perfectamente, pero el año 782, los sajones se rebelaron contra los francos y mataron a todos los misioneros que cayeron en sus manos. San Wilehaldo huyó por mar a Frieslandia. Poco después, aprovechó una oportunidad para trasladarse a Roma a informar al Papa Adriano I acerca del estado de su misión. Después pasó dos años en el monasterio de Echternach, que San Wilibrordo había fundado. Ahí reunió a sus compañeros de misión, a los que la guerra había dispersado, e hizo una copia de las Epístolas de San Pablo.

Carlomagno ahogó en sangre la rebelión de los sajones. Willehaldo regresó entonces a la región que se extiende entre el Weser y el Elba, donde fundó numerosas iglesias. El año 787, Carlomagno le nombró obispo de los sajones. El santo fijó su residencia en Bremen. Según parece, dicha ciudad se fundó por aquella época. El celo de San Willehaldo en la predicación era ilimitado. El 1º de noviembre de 789 consagró su catedral, construida de madera, en honor de San Pedro. Algunos días más tarde, cayó gravemente enfermo. Uno de sus discípulos le dijo llorando: "No abandonéis vuestro rebaño a la furia de los lobos". El respondió: "¿Cómo podéis impedirme que vaya a Dios? Dejo a mis ovejas en las manos de Aquél que me las confió, cuya misericordia es capaz de protegerlas". Su sucesor le sepultó en la nueva iglesia de piedra construida en Bremen. San Willehaldo fue el último de los grandes misioneros ingleses del siglo VIII.

Casi todos los datos que poseemos sobre San Willehaldo provienen de una biografía latina escrita hacia el año 856 por un clérigo de Bremen. Antiguamente, se atribuía esa biografía a San Anscario; actualmente se ha abandonado esa teoría, aunque parece que San Anscario escribió la relación de los milagros que acompaña a la biografía. El mejor texto de ambos documentos es el que publicó A. de Poncelet en *Acta Sanctorum*, nov., vol. III, editado anteriormente por Mabillon y por Pertz, MGH., *Scriptores*, vol. II. Véase también a H. Timerding, *Die christliche Frühzeit Deutschlands*, vol. II (1929); Louis Halphen,

Etudes critiques sur l'histoire de Charlemagne (1921); y Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands,* vol. II. Cf. W. Levison, *England and the Continent* (1949).

SAN GODOFREDO, OBISPO DE AMIENS (1115 P.C.)

A LOS CINCO años de edad, Godofredo fue confiado al cuidado del abad de Mont-Saint-Quentin. Más tarde, el santo tomó el hábito y recibió la ordenación sacerdotal. Fue elegido abad del monasterio de Nogent, en Champagne. La comunidad constaba de una docena de monjes, y la disciplina monástica estaba en tan mal estado como los edificios. Bajo la dirección de San Godofredo, el monasterio empezó a prosperar. En vista de ese éxito, el arzobispo de Reims y su capítulo trataron de imponer al santo el gobierno de la gran abadía de San Remigio. Godofredo interrumpió las deliberaciones, citó con vehemencia varios cánones en contra y añadió: "¡No permita Dios que yo abandone a una esposa pobre para casarme con una rica!" Sin embargo, en 1104, fue elegido obispo de Amiens. Su residencia era verdaderamente digna de un discípulo de Cristo, pues Godofredo no olvidó nunca que era monje. En efecto, vivía muy modestamente: en cierta ocasión en que le pareció que su cocinero le trataba demasiado bien, fue a la cocina, tomó los mejores platillos y los repartió entre los pobres y los enfermos.

En el gobierno de la diócesis el santo era firme, severo e infllexiblemente justo. Un día de Navidad en que había ido a cantar la misa en presencia del conde de Artois, en Saint-Omer, se negó a aceptar las dádivas de los nobles hasta que éstos aceptaron vestirse y vivir con mayor sencillez. San Godofredo obligó a la abadesa de San Miguel de Doullens a ir a pie a Amiens a recibir una reprimenda por haber tratado injustamente a una religiosa. Según se cuenta, el santo le mandó que buscase por toda la ciudad a la religiosa, a la que él había escondido en su propia casa. San Godofredo reclamó enérgicamente la jurisdicción sobre la abadía de Saint-Valéry. Lo que originó esa larga disputa fue que los monjes no quisieron que el obispo bendijese los manteles de los altares de su iglesia. San Godofredo tuvo que luchar mucho contra la simonía y en favor del celibato eclesiástico en su diócesis. Se cuenta que, por esa razón, una mujer intentó darle muerte. La energía del santo le hizo muy impopular entre las gentes de vida poco edificante; ello desalentó mucho a Godofredo, quien llegó a pensar en renunciar a su cargo y hacerse cartujo. Hay que reconocer que, en ciertos casos, era excesivamente severo. Por ejemplo, prohibió que se comiese carne los domingos de cuaresma. En noviembre de 1115, partió a tratar ciertos asuntos con su metropolitano; murió durante el viaje, en Soissons, donde fue sepultado.

Nuestra principal fuente de información es lo que Guiberto de Nogent cuenta sobre San Godofredo en su autobiografía. La biografía latina escrita por un monje de Soissons llamado Nicolás es mucho más detallada y no carece de valor en ciertos aspectos; pero el autor trata de exaltar a su biografiado y algunas de sus afirmaciones son ciertamente incorrectas. Nicolás escribió alrededor de 1138. A. Poncelet publicó en *Acta Sanctorum*, nov., vol. III, los principales pasajes de Guiberto y la biografía de Nicolás, con una luminosa introducción. Véase también A. de Colonne, *Histoire de la ville d'Amiens* (1899), vol. I, pp. 123-142; C. Brunel, en *Le moyen âge*, vol. XXII (1909), pp. 176-196; y J. Corblet, *Hagiographie d'Amiens* (1870), vol. II, pp. 373-445.

9: LA DEDICACION DE LA ARCHIBASILICA DEL SANTISIMO SALVADOR, COMÚNMENTE LLAMADA SAN JUAN DE LETRAN

TODA la Iglesia de occidente celebra en esta fecha el aniversario de la consagración de la basílica de San Juan de Letrán, en cuya fachada se halla grabada la siguiente inscripción: "*Omnium Urbis et Orbis Ecclesiarum Mater et Caput* (Madre y Cabeza de todas las iglesias de la Ciudad y del Mundo). En efecto, dicha iglesia es la catedral de Roma y en ella se halla la cátedra permanente del Sumo Pontífice. Es superior en dignidad a la basílica de San Pedro y, en cierto modo, puede considerársela como la catedral del mundo.

En los primeros días del cristianismo, el culto se celebraba en casas particulares y se ofrecía el santo sacrificio en una mesa ordinaria (aunque sin duda alguna esa mesa no se empleaba para otros usos). Pero, a principios del siglo III, se habla ya de un edificio de Roma destinado al culto cristiano y, a principios del siglo IV, existían muchos más. Naturalmente, a raíz del decreto de Constantino que concedía la libertad al cristianismo, se construyeron muchas otras iglesias. De acuerdo con los usos del Templo de los judíos y de los templos paganos, se solían consagrar las iglesias al servicio del Todopoderoso mediante una ceremonia de dedicación. Eusebio describe en su *Historia Ecclesiástica* la solemne dedicación de la iglesia de Tiro el año 314, y varios historiadores hablan de las magníficas ceremonias que se llevaron a cabo el año 335, con motivo de la dedicación de la basílica constantiniana de Jerusalén, en el aniversario de la invención de la Cruz. Durante mucho tiempo, el rito de dedicación consistía simplemente en la consagración del altar mediante la solemne celebración de la misa y se hacía también el depósito de las reliquias, si las había. Más tarde, cuando se empezaron a consagrar al culto cristiano los templos paganos, se introdujeron ciertos ritos purificatorios, consistentes en oraciones, abluciones y unciones. Pero el desarrollo de la ceremonia actual de dedicación, tan imponente y complicada, tal como la describe el *Pontificale Romanum*, no comenzó sino hasta el siglo VIII.

Probablemente, la celebración anual del aniversario de la dedicación de una iglesia es tan antigua como la dedicación misma; en todo caso, es mucho más antigua que el rito actual de la consagración. Se trata, indudablemente, de una práctica de origen judío, puesto que fue instituida por Judas Macabeo el año 164 A.C. para conmemorar la purificación del Templo, después de la profanación de Antíoco Epifanes. San Juan cuenta en su Evangelio (x, 22) que el Señor estuvo en el pórtico de Salomón durante la celebración de esa fiesta. Los judíos la observaban y todavía la celebran con una octava. La ceremonia no sólo tenía lugar en el Templo de Jerusalén, sino en todas las sinagogas, lo mismo que la celebración de la dedicación de San Juan de Letrán se lleva a cabo en todas las iglesias católicas. La sexta lección de maitines del oficio del común de la dedicación de una iglesia, que, según se afirma, está tomada de una carta del Papa San Félix IV (III), quien murió el año 530, habla de todo esto. Pero, en realidad, dicha lección data apenas del siglo IX, aunque ciertamente describe usos mucho más antiguos. En la época de Sozomeno, o sea en los primeros años del siglo V, el aniversario de la dedicación de la basílica constantiniana de Jerusalén

de la que hablamos antes, se celebraba con una octava y otras solemnidades. A la costumbre de conmemorar la fecha de la dedicación de las iglesias se debe la existencia de varias de las fiestas del calendario eclesiástico, y sirve también para determinar con exactitud la fecha de otras, como la de San Juan ante Portam Latinam (6 de mayo), San Pedro ad Víncula (1 de agosto), y San Miguel Arcángel (29 de septiembre).

La casa de la familia Laterani (Letrán) pasó a poder del emperador Constantino a través de su segunda esposa, Fausta y él la regaló a la Iglesia. Desde entonces hasta la época del destierro en Aviñón, a principios del siglo XIV, los Papas establecieron ahí su residencia principal. La iglesia era probablemente una adaptación del salón principal de la casa, de suerte que sólo hubo que construir el famoso bautisterio, cuyas grandes líneas correspondían al que se conserva actualmente. La basílica fue dedicada al Santísimo Salvador y el bautisterio a San Juan Bautista.* La costumbre de dar a la iglesia el nombre de San Juan de Letrán, data de la época en que la atendían los monjes del monasterio de San Juan Bautista y de San Juan Evangelista, que estaba situado junto a ella. En sus 1500 años de historia cristiana, la basílica ha atravesado por numerosas vicisitudes, ya que fue saqueada por los bárbaros y destruida por los terremotos y los incendios; sin embargo, conservó su antigua forma basilical hasta el siglo XVII, época en que Francisco Borromini construyó la iglesia actual. En 1878, se llevó a cabo el ensanchamiento del ábside en forma de coro, cosa que la embelleció. El altar mayor, recubierto de mármol, es el único en la Iglesia de occidente que no está hecho de piedra sino de madera. Constituye una reliquia de la época de las persecuciones, y algunos autores opinan que fue empleado por San Pedro. En el cimborio que se halla sobre el altar están los supuestos cráneos de San Pedro y San Pablo.

San Agustín escribe: "Cada vez que celebramos la fiesta de la dedicación de un altar o de una iglesia, con tal de que lo hagamos con fe y atención y vivamos santa y rectamente, se opera en nosotros una edificación espiritual semejante a la de los templos hechos por mano de hombres. Porque Aquél que dijo: 'Sois templos santos de Dios', no miente, como tampoco mintió al decir: '¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros?' Por consiguiente, ya que hemos sido considerados dignos de ser templos de Dios, no por lo que nosotros valemos, sino por la gracia de Dios, trabajemos intensamente, con Su ayuda, para que el Señor no encuentre en su templo, es decir, en nosotros, nada que pueda ofender a su Majestad... Si nadie se atreve a presentarse mal vestido para comer con un rey de la tierra, ¿cuánto más debería apartase, humilde y reverente de la mesa del Rey eterno, es decir, del altar de Dios, quien está envenenado por el odio, la envidia o devorado por una cólera injusta? Porque está escrito: 'Ve primero a reconciliarte con tu hermano y después vendrás a ofrecer tu don'. Y en otro pasaje: 'Amigo, ¿cómo te has atrevido a presentarte sin la vestidura nupcial?'"

* Hagamos notar, de paso, que todas las iglesias están dedicadas exclusivamente a Dios. Los nombres de los santos o de los misterios cristianos indican simplemente el deseo de honrar a esos santos o a esos misterios en particular. Sin embargo, se admite ordinariamente hablar de iglesias "dedicadas" a tal o cual santo.

Se ha escrito mucho acerca de la basílica de Letrán y su historia, así como sobre el rito de la consagración de iglesias. Acerca de este último punto, véase a Duchesne,

Christian Worship (1919), pp. 399-418; y cf. *The Month*, junio de 1910, pp. 621-631. Entre las muchas obras que existen sobre la basílica de Letrán, tal vez la mejor es la de P. Lauer, *Le palais du Latran, Etude historique et archéologique* (1911). Sobre los puntos que hemos tratado en nuestro artículo, véase a Lauer, *Date de la dédicace de la basilique du-Latran*, en *Bulletin de la Soc. nat. des antiquaires de France*, 1924, pp. 261-265. H. Leclercq publicó un largo artículo y una vasta bibliografía sobre San Juan de Letrán, en DAC., vol III, cc. 1529-1887; cf. especialmente cc. 1551-1553.

SAN TEODORO TIRO, Mártir (¿306? p.c)

Un antiguo panegírico, que se atribuye a San Gregorio de Nissa, pronunciado el día de la fiesta de San Teodoro, comienza agradeciendo a su intercesión el haber preservado al Ponto de las incursiones de los escitas, quienes habían asolado a todas las provincias circundantes. El panegirista implora la protección del santo, diciendo: "Como soldado, defiéndenos; como mártir, habla por nosotros y alcánzanos la paz. Si necesitamos de otros intercesores, reune a tus hermanos en el martirio y ruega con ellos por nosotros. Mueve a Pedro y a Pablo y a Juan, a mostrar su solicitud por las iglesias que ellos fundaron. Que no brote herejía alguna y que la cristiandad se convierta en un campo fecundo, gracias a tu intercesión y a la de tus compañeros." El panegirista afirma que la intercesión del mártir arrojaba a los demonios y curaba a los enfermos. Los peregrinos solían acudir al santuario para admirar los frescos de la vida del santo que había en él; después se acercaban al sepulcro, cuyo contacto consideraban como una fuente de bendiciones y recogían un poco del polvo de aquel sitio para conservarlo como un tesoro. Cuando se les permitía tocar las reliquias, se las aplicaban con gran reverencia a los ojos, a la boca y a las orejas. "Hablan al santo como si estuviese presente y elevan sus oraciones a aquél que está junto a Dios y, puede obtener todas las gracias que quiera." El panegirista pasa después a referir la vida y el martirio de San Teodoro.

Este mártir, cuyo santuario era un gran centro de devoción en Eucaíta, se alistó cuando era joven en el ejército romano. Entonces se le dió el sobrenombre de "Tiro" (el recluta), probablemente porque pertenecía a la *Cohors tironum*. Según la leyenda más antigua, la legión de Teodoro fue enviada a los cuarteles de invierno del Ponto. Hallándose en Amasea, el santo se negó a participar en los ritos idólatras de sus compañeros. Fue entonces conducido ante el gobernador de la provincia y el tribuno de su legión, quienes le preguntaron cómo se atrevía a profesar una religión que los emperadores habían condenado bajo pena de muerte. El replicó valientemente: "No conozco a vuestros dioses. Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, es mi único Dios. Si mis palabras os ofenden, cortadme la lengua. Todo mi cuerpo está pronto a ofrecerse en sacrificio, si Dios lo quiere así." Por el momento le pusieron en libertad, pero Teodoro, que quería a toda costa probar a los jueces que su resolución era inflexible, incendió un templo pagano. Cuando compareció por segunda vez ante el gobernador y su ayudante, profesó la fe antes de que tuviesen tiempo de preguntarle algo. Los jueces trataron de doblegarle con amenazas y promesas, pero no se dejó convencer. Así pues, fue brutalmente flagelado y sometido a toda clase de torturas, en medio de las cuales conservó su serenidad. Finalmente, los jueces le remitieron a la prisión, donde los ángeles entraron a consolarle por la noche. Después de otro interrogatorio, los jueces le condenaron a perecer quemado vivo. Una dama, llamada Eusebia, recogió sus cenizas

y las sepultó en Eucaíta.

Esta leyenda no merece crédito alguno, pero se refiere ciertamente a un mártir real, aunque no sabemos si era o no soldado. Con el tiempo, las "actas" de su martirio se enriquecieron con detalles fantásticos, y Teodoro llegó a ser uno de los más famosos "santos soldados", incluido entre los "Grandes Mártires" de oriente. La leyenda acabó por ser tan complicada y contradictoria que, para explicar los hechos, hubo que inventar la existencia de otro soldado del mismo nombre: San Teodoro de Heraclea (7 de febrero). La popularidad de San Teodoro Tiro era tan grande, que treinta y ocho de los famosos ventanales del coro de la catedral de Chartres, que datan del siglo XIII, representan escenas de su vida. A él está también dedicada la iglesia de San Teodoro ("Toto"), situada al pie del Palatino. El 17 de febrero del año 971 (día de al fiesta del santo en el oriente), el emperador Juan Zimiskes ganó una importante batalla contra los rusos, en Doristolon y atribuyó su victoria al hecho de que el santo había capitaneado sus huestes; a raíz de ese triunfo, el emperador reconstruyó la iglesia de San Teodoro en Eucaíta y dio a la ciudad el nombre de Teodorópolis. En el oriente se venera todavía mucho a San Teodoro, y su nombre figura en la "preparación" de la liturgia bizantina, junto con el de otros dos santos guerreros: San Jorge y San Demetrio.

El P. Delehaye estudió a fondo el caso de San Teodoro. En su obra, *Les légendes grecques des saints militaires*, editó cinco versiones diferentes del martirio y los milagros del santo y las discutió ampliamente. La alusión más antigua al culto del santo se halla en el sermón que se atribuye a San Gregorio de Nissa. Aunque no se puede afirmar con absoluta certeza que San Gregorio haya sido el autor, el panegírico es ciertamente muy antiguo. Puede verse en Migne, PG., vol. XLVI, pp. 736-738; también se encuentra en *Acta Sanctorum*, nov. vol. IV, donde Delehaye estudia otra vez muy a fondo las leyendas de Teodoro el recluta y Teodoro el general; también edita ahí muchas versiones de las *actas*, unas en griego y otras en latín, para ilustrar la forma en que las leyendas se fueron diversificando y multiplicando. Véase nuestro artículo sobre Teodoro el general, el 7 de febrero. Mons. Wilpert sostiene que en el mosaico de la iglesia de San Teodoro en Roma, están representados, por separado, el general y el recluta, pero no todos los autores están de acuerdo con tal identificación. Véase sobre este punto *Analecta Bollandiana*, vol. XLII (1925), p. 389; sobre los milagros de San Teodoro, cf. ibid., pp. 41-45. En *Anatolian Studies presented to Sir. W. M. Ramsay* (1923), hay otro estudio del P. Delehaye sobre *Euchaïta et St Théodore* (pp. 129-134). Künstle (*Ikonographie*, vol. II, pp. 551-552), estudia la figura de San Teodoro en el arte, pero los estudios de los mosaicos orientales, llevados a cabo por Diehl, Bréhier, de Jerphanion y otros expertos, son todavía más importantes.

SAN AGRIPINO, Obispo (Fines del Siglo III)

Dice el Martirologio Romano: "En Nápoles de Campania, San Agripino, obispo, célebre por sus milagros".

En el siglo IX, el autor de la *Gesta episcoporum neapolitanorum* nos da la sucesión de los obispos de Nápoles, haciendo breves elogios de cada uno en términos vagos. El de Agripino, sexto de la lista, más cálido que el de los otros, nos revela la popularidad del santo: "Agripino, obispo, patriota, defensor de la ciudad, no cesa de rogar a Dios por nosotros, sus servidores. Acrecentó el rebaño de los que creen en el Señor y los reunió en el seno de la Santa Madre Iglesia. Por esto mereció oír las palabras: Bien está siervo bueno, puesto que has sido fiel en las cosas pequeñas, te constituiré sobre las grandes; entra en el

gozo de tu Señor. Sus restos fueron transportados finalmente a la *Estefanía*, en donde reposan con honor".

Agripino vivió a fines del siglo III. No se puede precisar nada, ni dar el más mínimo detalle sobre su actividad. La traslación a la que hace mención el autor de la *Gesta*, la efectuó el obispo Juan, que gobernó la sede durante siete años. Sus reliquias, que estaban en un oratorio de las catacumbas de San Genaro, fueron llevadas a la Estefanía, iglesia construida al fin del siglo V. En 1744, el cardenal José Spinelli, deseando identificar las reliquias de su catedral, encontró una urna de mármol con esta inscripción: "Reliquias dudosas que se piensa sean del cuerpo de San (*divus*) Agripino".

Durante los siglos IX y X, muchos autores consignaron el relato de los milagros obtenidos por la intercesión de San Agripino, quien en la actualidad es casi tan famoso como San Genaro.

Ver *Hagiographia latina*, nn. 174-177; *Acta Sanctorum*, 9 de noviembre, vol. IV, pp. 118-128; B. Capasso, *Monumenta ad Neapolitani ducatus historiam pertinentia*, vol. I, pp. 239, 322-329; Mazochius, *De sanctorum Neapolitanae Ecclesiae episcoporum cultu*, vol. I, Nápoles, 1753, pp. 38-40; H. Achelis, *Die Katakomben von Neapel*, Leipzig, 1936, pp 5-6, 28-29; H. Delehaye, *Hagiographie napolitaine*, en *Analecta Bollandiana*, vol. LVII, 1939, pp. 30-140; F. Lanzoni, *Le diocesi d'Italia*, p. 225.

SAN BENIGNO, OBISPO (467 P.C.)

SE CUENTA que San Patricio, en el curso de su viaje de la localidad irlandesa de Saul a la de Tara, se detuvo algunos días en la casa de un reyezuelo llamado Secnan, en Meath, y le convirtió con toda su familia. Las enseñanzas del santo impresionaron particularmente a Benigno, el hijo de Secnan. Se cuenta que el niño iba a dejar flores sobre el lecho de San Patricio cuando éste dormía. En el momento en que San Patricio se disponía a partir de Meath, Benigno se echó a sus pies y le rogó que le llevase consigo; así lo hizo el santo, y Benigno llegó a ser su discípulo más querido y su sucesor. San Benigno se distinguió por su bondad y buen carácter y por su habilidad en el canto; por eso, el pueblo le llamaba "el salmista de Patricio". A él se atribuye la evangelización de Clare y Kerry, de donde pasó más tarde a Connaught. Se cuenta también que San Patricio fundó una iglesia en Drumlease. en la diócesis de Kilmore, cuyo cuidado confió a San Benigno, quien la gobernó durante veinte años. Parece cierto que San Benigno era la mano derecha de San Patricio; juntos compusieron el código de leyes conocido con el nombre de *Senchus Mor*, y, después de la muerte de éste su discípulo se convirtió en el principal obispo de Irlanda.

Guillermo de Malmesbury cuenta que San Benigno renunció a su cargo el año 460 y se transladó a Glastonbury, donde se reunió con San Patricio. Su maestro le envió a vivir en una ermita y le ordenó que construyese su celda en el sitio en que su báculo floreciese. El milagro tuvo lugar en un sitio pantanoso, llamado Feringmere, donde murió y fue sepultado San Benigno. En 1901, sus reliquias fueron transladadas a la abadía de Glastonbury. Evidentemente que se transladaron los restos de un ser humano en esa ocasión, pero carece de valor histórico la leyenda que relaciona a San Patricio y San Benigno con Glastonbury.

En *Acta Sanctorum,* nov., vol. IV, pp. 145-188, el P. Paul Grosjean hizo el primer intento serio por escribir una biografía real de San Benigno. Dicho autor publicó la biografía irlandesa hasta entonces inédita, cuyo único manuscrito, copiado por Miguel O'Clery, se halla en Bruselas. Se trata más bien de un panegírico que de una biografía; ciertos párrafos están escritos en verso y el contenido se reduce prácticamente a una serie de extravagantes milagros. Como se ve, la obra no es muy informativa. Los detalles de la vida de San Benigno se encuentran dispersos en los documentos sobre San Patricio, publicados en colecciones como *The Tripartite Life* (Rolls Series). Lo que Guillermo de Malmesbury y Juan de Tynemouth cuentan sobre San Benigno es de poco valor, ya que se basan principalmente en las leyendas de Glastonbury; el deán Armitage Robinson ha demostrado cuán poco valor tienen estas últimas, en *Two Glastonbury Legends.* Acerca de *The Book of Rights,* que se atribuye a San Benigno, véase Eoin MacNeill, *Celtic Ireland,* pp. 73-95. Acerca del *Senchus Mor,* cf. Haddan y Stubbs, *Councils,* vol. II, pp. 339 ss.; y Bury, *Life of St Patrick,* pp. 355-357. Es curioso que el *Félire* de Oengus no mencione a San Benigno. Véase al P. Grosjean, *An Early Fragment on St Patrick... in the Life of St Benen,* en *Seanchas Ardmhacha,* vol. I, n. I (Armagh, 1954), pp. 31-44.

SAN VITON, Obispo de Verdún (*c.* 525 p.c.)

El obispo San Fermín murió cuando Clodoveo tenía sitiada su ciudad episcopal y se cuenta que, después de tomar Verdún, el monarca nombró obispo al anciano San Euspicio. Pero éste, que quería ser monje, se negó a aceptar el cargo y propuso a su sobrino Vitón, quien fue elegido en su lugar. El episcopado de San Vitón duró más de veinticinco años. Se cuenta que convirtió a los paganos que quedaban en su diócesis. Sin embargo, los datos que poseemos sobre la vida del santo son legendarios. Por ejemplo, se dice que acabó con un dragón ahogándolo en el Mosa. Actualmente, se recuerda sobre todo a San Vitón, por la importante comunidad de benedictinos que lleva su nombre. En efecto, se dice que el santo fundó fuera de las murallas de Verdún un seminario. El año 952, los edificios pasaron a manos de los benedictinos, quienes consagraron la iglesia abacial a San Vitón (Saint-Vanne). En 1600, el prior de la abadía, Dom Didier de la Cour, llevó a cabo una profunda reforma, a raíz de la cual las abadías de Saint-Vanne y de Moyenmoutier, se convirtieron en el centro de un grupo de abadías reformadas en Lorena, Champagne y Borgoña, que constituyeron la nueva congregación de San Vitón y San Hidulfo, en 1604. Catorce años más tarde, los monasterios franceses se separaron para formar la congregación de San Mauro. Ambas congregaciones fueron suprimidas durante la Revolución, pero en 1837, resucitaron para formar con Cluny la congregación de Solesmes. La fiesta de San Vitón se celebra en las abadías de dicha congregación y en Verdún.

Existe el manuscrito de una biografía latina todavía inédita, de la que Mabillon habla en *Acta Sanctorum O.S.B.,* vol. VI, pte. I, pp. 496-500. Como dicha biografía data de cinco siglos después de la muerte de San Vitón, Mabillon juzgó que no valía la pena publicarla, aunque editó una corta colección de milagros obrados en el santuario del santo. Surio publicó un compendio de la biografía. Véase también Duchesne, *Fastes Episcopaux,* vol. III, p. 70. Acerca de Moyenmoutier y la reforma, cb. *Gallia Christiana,* vol. XIII, pp. 1165 ss.; y L. Jérôme, *L'Abbaye de Moyenmoutier* (1902).

BEATO JORGE NAPPER, Mártir (1610 p.c.)

En la cárcel de Oxford, un compañero de prisión escribió el relato del martirio de Jorge Napper. Jorge Napper (Napier) nació en 1550, en la casa se-

ñorial de Holywell, en Oxford. Su madre era sobrina del cardenal Guillermo Peto. El joven ingresó a los quince años en el Colegio de Corpus Christi. Tres años más tarde, fue expulsado por haberse negado a prestar el juramento de fidelidad. A fines de 1580, fue arrestado y estuvo prisionero nueve años, hasta que reconoció la supremacía regia. Arrepentido de su debilidad, Jorge ingresó en el Colegio Inglés de Douai, donde, en 1596, recibió la ordenación sacerdotal. En 1603, fue enviado a la misión de Inglaterra y durante siete años trabajó en el distrito de Oxford. El 19 de julio de 1610, fue arrestado al amanecer, en los campos de Kirtlington. El beato llevaba consigo una píxide con dos hostias consagradas y un relicario. Por increíble que parezca, los perseguidores no descubrieron esos objetos, pero encontraron en cambio el breviario y el depósito de los santos óleos, con lo que bastó para que el beato fuese condenado por el tribunal.

Sus amigos obtuvieron que se suspendiese la ejecución. Sin duda que el P. Jorge habría sido puesto en libertad, si no hubiese asistido a un criminal condenado que murió en el patíbulo confesando que era católico. "El pueblo se enfureció. Los pastores protestantes acusaron al sacerdote, organizaron una manifestación, exigieron justicia y se dirigieron a Abingdon para quejarse ante los jueces." El alcalde y el canciller de la Universidad interrogaron al P. Napper, quien confesó que había reconciliado con la Iglesia al criminal y se mostró dispuesto "a hacer otro tanto por sus señorías". El beato fue indultado por segunda vez, pero, a pesar de que se le dio a leer el tratado del archipreste Blackwell, en el que éste calificaba de "impío, herético y condenable" el poder que se atribuía al Papa de deponer a los soberanos, se negó a prestar juramento de fidelidad en esa forma. Fue ejecutado en Oxford el 9 de noviembre. Antes de morir, oró públicamente por el rey Jacobo I.

En Challoner, MMP., pp. 307-317, hay una noticia biográfica bastante completa; está basada en la carta de un compañero de prisión del beato, que es muy detallada. Véase también Stapleton, *Oxfordshire Missions*; J. Morris, *Troubles . . .*, p. 302; y sobre todo Bede Camm. *Forgotten Shrines*, pp. 149-182.

10: SAN ANDRES AVELINO (1608 P.C.)

SAN Andrés Avelino nació en Castronuovo, pequeña población del reino de Nápoles, en 1521. Sus padres le pusieron por nombre Lancelote. El joven determinó abrazar el estado clerical, se estableció en Nápoles y estudió derecho canónico y civil. Después de obtener el doctorado y el sacerdocio, empezó a practicar en las cortes eclesiásticas, pero su oficio le envaneció hasta el punto de llevarlo a la disipación. Un día, después de decir una mentira al defender una causa, leyó en la Sagrada Escritura las siguientes palabras: "La boca que miente, mata el alma". En seguida, resolvió consagrarse exclusivamente a la cura de almas. En ese ministerio demostró tanta prudencia y habilidad que, en 1556, el cardenal Escipión Ribiba le confió la tarea de reformar a las religiosas de San Arcangelo de Baiano. El convento tenía muy mala fama, y tanto las religiosas como ciertos hombres que acostumbraban visitarlas recibieron muy mal al santo y aun llegaron a golpearle. A pesar de que estaba pronto a dar su vida por Cristo y por las almas, sus esfuerzos resultaron

infructuosos y, finalmente, hubo que suprimir el convento.

Entre tanto, el P. Avelino había determinado abrazar la vida religiosa. Así pues, ingresó en la congregación de los clérigos regulares conocidos con el nombre de Teatinos, que San Cayetano había fundado treinta años antes en Nápoles. Su maestro de novicios fue el Beato Juan Marinoni. El P. Avelino, que tenía entonces treinta y cinco años, cambió su nombre de pila por el de Andrés, para manifestar el cambio que se había operado en su vida. Pasó catorce años en la casa de los teatinos de Nápoles. A causa de su bondad, su fervor y su exacta observancia, fue elegido sucesivamente maestro de novicios y superior. Uno de sus discípulos fue el P. Lorenzo Scupoli, autor del "Combate Espiritual", quien ingresó en la Congregación de los Teatinos a los cuarenta años. Muchos prelados que deseaban reformar la Iglesia en Italia, como el cardenal Pablo Aresio y San Carlos Borromeo, supieron reconocer las grandes cualidades de San Andrés Avelino así como su celo para formar mejor al clero. En efecto, San Carlos Borromeo pidió, en 1570, al superior general de los teatinos que enviase al santo a Lombardía. Así se hizo, y bien pronto quedó fundada en Milán una casa de su congregación. Instalado en la ciudad, San Andrés, llegó a ser amigo íntimo y consejero de San Carlos. Más tarde, fundó otra casa en Piacenza y, con su predicación convirtió a algunas damas nobles, indujo a otras a entrar en la vida religiosa, y "agitó la ciudad" de tal modo, que algunos se quejaron ante el duque de Parma, quien le mandó llamar. San Andrés se justificó ampliamente ante el duque, y la duquesa quedó tan impresionada, que le tomó por director espiritual. En 1582, el santo regresó a Nápoles. Con su predicación, convirtió a muchos pecadores e ilustró la inteligencia del pueblo sobre los errores del protestantismo, que empezaba ya a cundir hasta en el sur de Italia. Se cuentan varios milagros de San Andrés. Por ejemplo, un hombre, que no creía en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, fue a comulgar por respeto humano y por miedo; pero después se sacó la hostia de la boca y la envolvió en su pañuelo. ¡Cuál no sería su sorpresa al encontrar, más tarde, su pañuelo manchado de sangre! Aterrorizado y lleno de remordimientos, el hombre fue a ver a San Andrés Avelino, quien contó lo sucedido, pero se negó a revelar el nombre del culpable para que no se le persiguiese por sacrilegio.

El 10 de noviembre de 1608, a los ochenta y ocho años de edad, San Andrés sufrió un ataque de apoplejía en el momento en que empezaba a celebrar la misa y falleció en la tarde de ese mismo día. Su cuerpo fue expuesto en la cripta de la iglesia de San Pablo, a donde acudieron grandes multitudes; muchos de los presentes guardaron mechones del cabello del santo como reliquias y, al arrancárselos le hicieron algunas cortaduras en la cara. A la mañana siguiente, treinta y seis horas después de la muerte de San Andrés, manó sangre de aquellas heridas. Por lo demás, como el cadáver conservaba el calor natural, hay razones para sospechar que no estaba realmente muerto. Los cirujanos hicieron varias incisiones, y la sangre brotó de nuevo durante otras treinta y seis horas. Naturalmente que se recogió con cuidado aquella sangre, que cuatro días después conmenzó a hervir. En los años siguientes, el día de la fiesta del santo, la sangre seca volvía al estado líquido, como sucede con la de San Genaro en la misma ciudad de Nápoles. San Andrés fue canonizado en 1712. En el proceso se presentó la licuefacción de la sangre como un milagro, pero fue descartado a causa de la insuficiencia de las pruebas. Mons. Pamphili

(más tarde Inocencio X) declaró que la sangre seca que había en un frasco que se le confió no se había tornado líquida.

Los bolandistas se excusan de consagrar tan poco espacio a San Andrés en *Acta Sanctorum*, nov., vol. IV; pero, como lo hacen notar, las numerosas biografías publicadas en los siglos XVII y XVIII han dado a conocer perfectamente al santo y no han dejado problemas que elucidar. Así pues, se limitan a presentar un resumen claro y conciso de los principales incidentes de la vida de San Andrés y una bibliografía muy completa, además de un valioso manuscrito italiano del P. Valerio Pagani, el amigo más íntimo del santo, que trata sobre todo de las relaciones de éste con los teatinos. En *Analecta Bollandiana*, vol. XLI (1923), pp. 139-148, habían publicado ya antes algunos detalles muy interesantes sobre la "conversión" de San Andrés. Casi todos los datos que poseemos, proceden de los contemporáneos del santo. En 1609, el obispo del Tufo publicó una *Historia della Religione dei Patri Cherici Regolari*, en la que había un relato de la vida de San Andrés. En 1613, el P. Castaldo dio a la imprenta una biografía propiamente dicha. Existen también otras biografías en italiano, como las de Baggatta, Bolvito, de María, etc. Acerca del fenómeno de la licuefacción de la sangre, cf. *The Month*, mayo de 1926, pp. 437-443. En el *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. I (1937), cc. 551-554, hay un artículo de G. de Lucca sobre los escritos ascéticos de San Andrés. Se publicaron cinco volúmenes de ellos en Nápoles, entre 1733 y 1734, pero quedan todavía algunos inéditos.

SANTA TEOCTISTE, VIRGEN (Sin fecha)

EL MARTIROLOGIO Romano menciona hoy la muerte de Santa Teoctiste en la isla de Paros. Sin embargo, los bolandistas opinan que se trata de una pura fábula, de una imitación de la historia de los últimos años de Santa María Egipcíaca, de una "novela piadosa escrita por algún ocioso para alimentar el apetito religioso de la gente sencilla". Según esa leyenda, el año 902, un tal Nicetas partió en la expedición capitaneada por el almirante Himerio contra los árabes de Creta. Ahí fue a visitar las ruinas de la iglesia de Nuestra Señora de Paros y conoció a un anciano sacerdote que había vivido como ermitaño en la isla durante treinta años. El ermitaño habló a Nicetas de la crueldad de los árabes y le refirió lo que un hombre llamado Simón le había contado algunos años antes, acerca de Teoctiste. Simón había ido con algunos amigos a cazar a Paros. Cuando se habían adentrado en la isla, oyeron una voz que les decía: "No os acerquéis más. Soy una mujer y sentiría vergüenza de que me vieseis, pues, estoy desnuda." Los asombrados cazadores arrojaron una capa en dirección al arbusto de donde procedía la voz y a poco vieron salir a una mujer. Esta les contó que se llamaba Teoctiste y que había vivido en Lesbos, con su familia. Los árabes la habían raptado y llevado a Paros, donde había conseguido escapar y ocultarse en el bosque hasta la partida de sus captores. Esto había acontecido treinta años antes. Desde entonces, Teoctiste había vivido como anacoreta, alimentándose de plantas y frutos. Los vestidos se le habían ido cayendo en pedazos. Hasta entonces, no había podido asistir a la misa ni recibir la Eucaristía, de suerte que rogó a Simón que regresara a traerle la comunión. Al año siguiente, Simón y sus compañeros le llevaron la comunión en una píxide. Teoctiste la recibió rezando el *Nunc dimittis*. Poco después, los cazadores volvieron a despedirse de ella y la encontraron agonizante. Antes de darle sepultura, Simón le cortó una mano para llevársela como reliquia. Pero, cuando se embarcó, la nave no pudo alejarse de la costa hasta que Simón restituyó la mano, que se soldó milagrosamente al brazo. Cuando los compañeros de Simón acudieron a presenciar esa maravilla, el

cadáver había desaparecido.

Antiguamente, se creía que el hombre que había oído esta leyenda de labios del ermitaño, era Simeón Metafrasto, el gran compilador bizantino de leyendas hagiográficas, porque la fábula de Teoctiste forma parte de su colección. Pero en realidad, Simeón se limitó a copiarla tal como la había escrito Nicetas; lo único que añadió fue un prefacio de tono edificante, en el que no aclara suficientemente si los hechos, narrados en primera persona, se referían a él. Simeón Metafrasto, cuyo nombre figura en los "menaia" griegos el 28 de este mes, vivió unos cincuenta años después de la expedición de Himerio.

En *Acta Sanctorum*, nov., vol. IV (9 de nov.), Delehaye estudia muy a fondo la cuestión, edita el original griego de Nicetas tomándolo de diversos manuscritos, y hace notar las variantes del texto de Metafrasto. Véase también *Legends of the Saints*, p. 88.

SANTOS TRIFON, RESPICIO y NINFA, Mártires
(Fecha desconocida)

Los nombres de estos tres santos figuran juntos en el Martirologio Romano, porque las presuntas reliquias de los tres se conservan en la iglesia del hospital del Espíritu Santo de Roma. Se dice que Trifón era frigio y que de niño, pastoreaba una parvada de gansos. Sobre Respicio no sabemos nada. La primera vez que su nombre aparece unido al de Trifón, es en una "pasión" del siglo XI, que un monje de Fleury copió de otras más antiguas. Se trata de una novela histórica sobre la ejecución de unos mártires que murieron en Nicea durante la persecución de Decio, según se dice. Una versión afirma que Santa Ninfa era una doncella palermitana que huyó a Italia y fue martirizada en Porto, en el siglo IV. Otra versión refiere que, cuando los godos volvieron a Sicilia en el siglo VI, Ninfa huyó de Palermo a Toscana, donde sirvió santamente a Dios y murió apaciblemente en Savona.

Aunque Ruinart incluyó las *actas* de Trifón y Respicio en su *Acta Sincera*, Delehaye afirma en *Acta Sanctorum*, nov., vol. IV, que todas las versiones del relato de la vida, el martirio y los milagros de estos santos son muy poco satisfactorias. Harnack, *Chronologie der altchristlichen Litteratur*, vol. II, p. 470, opina como Delehaye, quien publicó en su artículo los principales textos griegos y latinos. Trifón era un santo muy popular en la Iglesia griega, que celebra su fiesta el 1º de febrero. Véase P. Franchi de Cavalieri, en *Studi e Testi*, vol. XIX, pp. 45-74; y Arnauld en *Echos d'Orient*, 1900, pp. 201-205.

SAN AEDO MAC BRICC, Obispo (589 p.c.)

Cuando nació San Aedo, hijo de Brecc de Hy Neill, acontecieron muchos sucesos maravillosos y un extranjero predijo que sería grande a los ojos de Dios. Como el padre de Aedo le destinaba al estado laico, no le envió a la escuela, sino que le puso a trabajar en sus tierras. Un día, San Brendano de Birr y San Canicio ayudaron al joven a buscar una piara de cerdos que se había extraviado. Cuando murió Brecc, los hermanos de Aedo le privaron de su patrimonio. El joven, para obligarlos a que le entregasen sus bienes, se robó a una doncella de la casa y huyó con ella a Rathlihen de Offaly. Pero el obispo local, San Ilatan, le instó para que renunciase a su herencia y dejase partir a la doncella. Así lo hizo Aedo, quien se quedó con el obispo. Algún tiempo después, San Ilatan tuvo una visión mientras su discípulo araba el campo y, a raíz

de ella, le envió a fundar un monasterio en su región de origen. Se dice que la principal de las fundaciones de San Aedo fue Cill-áir, en Westmeath, pero su influencia se dejó sentir en sitios bastante alejados de ahí.

Se cuentan muchos milagros de San Aedo. Algunos son muy extravagantes. Por ejemplo, se dice que poseía el don de curar a los enfermos, que en varias ocasiones fue arrebatado por el aire (aun con su carro), que transformó el agua en vino y que resucitó a tres personas que habían sido degolladas por unos bandoleros. También se cuenta que Santa Brígida (o un hombre) fue a él a pedirle que la curase de un dolor crónico de cabeza y que el santo consiguió que Dios le pasase el dolor a él. De San Aedo, como de San Odón de Cluny, se refiere que, en una ocasión, vio a una joven lavarse la cabeza después de las vísperas del sábado (es decir cuando ya había comenzado el descanso dominical); el santo ordenó que se le cayese el cabello hasta que se arrepintiese de haber quebrantado el precepto del descanso dominical. Poco antes de su muerte, al santo dijo a uno de sus monjes: "Preparaos a emprender conmigo el viaje al cielo." El monje no tenía el menor deseo de morir. En cambio, un campesino que se hallaba presente exclamó: "Pluguiese a Dios mandarme ir con vos." El santo le dijo: "Id a lavaros y preparaos." Así lo hizo el campesino y volvió a acostarse en el lecho de San Aedo. Ambos murieron juntos. En ese mismo momento, San Colomba, que se hallaba en la lejana Iona, vio volar al cielo el alma de San Aedo y comunicó la noticia a sus hermanos.

Existen tres biografías latinas de San Aedo, pero ninguna en irlandés. El P. Grosjean publicó íntegros los textos latinos en *Acta Sanctorum*, nov., vol. IV. Fue la primera edición completa del segundo texto, del que C. Plummer había citado algunos fragmentos cuando publicó la tercera biografía, en VSH., vol. I, pp. 34-35. La segunda biografía difiere poco de la primera, que se conserva en el *Codex Salmaticensis* y fue publicada en 1888. Las copiosas notas del P. Grosjean confieren gran valor a su artículo. Véase también el prefacio de Plummer a VSH., vol. I, pp. XXVI-XXVII, y G. Stokes, en "*Journal*" de la R. Soc. of Antiq., artículo Irlanda, vol. XXVI (1896), pp. 325-335. Según parece, el pueblo solía invocar a San Aedo contra los dolores de cabeza; cf. J. F. Kenney, *Sources*, vol. I, p. 393.

SAN JUSTO, ARZOBISPO DE CANTERBURY (*c.* 627 P.C.)

SAN JUSTO formaba parte del grupo de misioneros que el Papa San Gregorio Magno envió el año 601 a ayudar a San Agustín en Inglaterra. Tres años después, San Agustín le consagró primer obispo de Rochester. El rey Etelberto construyó ahí una iglesia dedicada a San Andrés, porque los misioneros romanos venían de la iglesia de San Andrés de la Colina Coeli. Cuando San Lorenzo sucedió a San Agustín en la sede de Canterbury, San Justo escribió junto con él y con San Melitón de Londres una carta a los obispos y abades irlandeses, invitándolos a adoptar ciertas costumbres romanas. Dichos santos escribieron otra semejante a los británicos cristianos. A propósito de esta última, dice irónicamente Beda: "Todavía puede verse lo que en realidad consiguieron con eso."

El año 616, después de la muerte del rey Etelberto, se desató una reacción de los paganos en Kent y entre los sajones del este. Viendo eso, San Lorenzo, San Justo y San Melitón, decidieron retirarse algún tiempo, pues no podían hacer ningún bien en tanto que durase la oposición de los príncipes paganos. San Justo y San Melitón partieron a la Galia. Un año más tarde,

San Justo volvió a Inglaterra, ya que San Lorenzo, movido por una aparición de San Pedro, había conseguido convertir al rey Edbaldo de Kent. San Justo fue elegido arzobispo de Canterbury el año 624. El Papa Bonifacio V le envió el palio, junto con una carta en la que le delegaba el derecho patriarcal de consagrar obispos para Inglaterra. En dicha carta, el Pontífice deja ver la estima que profesaba a San Justo, pues habla de "la perfección a que ha llegado vuestra obra", de la promesa de Dios de estar con quienes le sirven fielmente ("Su misericordia se ha complacido en manifestar particularmente en vuestro ministerio el cumplimiento de esa promesa") y de la "gran paciencia" de San Justo. La carta concluye de esta manera: "Así pues, hermano mío, debéis esforzaros por conservar con perfecta lealtad lo que la Santa Sede os ha confiado, en prenda de lo cual os enviamos este símbolo de autoridad (es decir, el palio) para que lo llevéis sobre los hombros . . . Que Dios os guarde, queridísimo hermano." San Justo murió poco después. Antes de morir, consagró a San Paulino y le mandó acompañar a Etelburga de Kent cuando ésta partió al norte a contraer matrimonio con el rey Edwino de Nortumbría, que era pagano. Como lo hace notar Beda, esa alianza "fue la ocasión para que el país abrazara la fe". La diócesis de Southwark celebra la fiesta de San Justo.

La principal fuente sobre la vida de San Justo es la *Historia Ecclesiastica* de Beda (edic. y notas de Plummer). Delehaye publicó en *Acta Sanctorum*, nov., vol. IV, la biografía escrita por Goscelin en el siglo XI. Acerca de las reliquias de los primeros arzobispos de Canterbury, véase W. St John Hope, *Recent Discoveries in the Abbey Church of St Austin at Canterbury* (1916). En el sacramentario irlandés conocido con el nombre de *Stowe Missal* figuran los nombres de Justo, Melitón y Lorenzo, pero no el de San Agustín.

11: SAN MARTIN, Obispo de Tours (397 p.c.)

EL GRAN San Martín, gloria de las Galias y lumbrera de la Iglesia de occidente en el siglo IV, nació en Sabaria de Panonia. Sus padres, que eran paganos, fueron más tarde a establecerse a Pavía. Su padre era un oficial del ejército, que había empezado como soldado raso. Es curioso notar que San Martín ha pasado a la historia como "santo militar". Como era hijo de un veterano, a los quince años, tuvo que alistarse en el ejército contra su voluntad. Aunque no era todavía cristiano bautizado, vivió algunos años más como monje que como soldado. Cuando se hallaba acuartelado en Amiens, tuvo lugar el incidente que ha hecho tan famoso al santo en la historia y en el arte. Un día de un invierno muy crudo, se encontró en la puerta de la ciudad con un pobre hombre casi desnudo, que temblaba de frío y pedía limosna a los transeúntes. Viendo Martín que las gentes ignoraban al infeliz mendigo, pensó que Dios le ofrecía la oportunidad de socorrerle; pero, como lo único que llevaba eran sus armas y su uniforme, sacó su espada, partió su manto en dos y regaló una de las mitades al mendigo, guardando la otra para sí. Algunos de los presentes se burlaron al verle vestido en forma tan ridícula, pero otros quedaron avergonzados de no haber socorrido al mendigo. Esa noche, Martín vio en sueños a Jesucristo vestido con el trozo del manto que había regalado al mendigo y oyó que le decía: "Martín, aunque sólo eres catecúmeno, me cubriste con tu manto." Sulpicio Severo, discípulo y biógrafo del santo, afirma que Martín se había hecho catecúmeno a los diez años, por iniciativa propia, y que, en

cuanto tuvo la visión que acabamos de describir, "voló a recibir el bautismo".

Sin embargo, no abandonó inmediatamente el ejército. Pero después de la invasión de los bárbaros, cuando se presentó ante su general Julián César con sus compañeros para recibir su parte del botín, se negó a aceptarla y le dijo: "Hasta ahora te he servido como soldado. Déjame en adelante servir a Jesucristo. Reparte el botín entre los que van a seguir luchando; yo soy soldado de Jesucristo y no me es lícito combatir." El general se enfurió y le acusó de cobardía. Martín replicó que estaba dispuesto a marchar al día siguiente a la batalla en primera fila y sin armas en el nombre de Jesucristo. Julián César le mandó encarcelar, pero pronto se llegó a un armisticio con el enemigo, y Martín fue dado de baja en el ejército. Inmediatamente, se dirigió a Poitiers, donde San Hilario era obispo y el santo doctor le acogió gozosamente entre sus discípulos.*

Una noche, mientras dormía, recibió Martín la orden de partir a su patria. Cruzó los Alpes, donde logró escapar de unos bandoleros en forma extraordinaria, llegó a Panonia y ahí convirtió a su madre y a algunos otros parientes y amigos, pero su padre persistió en la infidelidad. En la Iliria se opuso con tal celo a los arrianos, que fue flagelado públicamente y expulsado de la región. En Italia se enteró de que los arrianos triunfaban también en la Galias y habían desterrado a San Hilario, de suerte que se quedó en Milán. Pero el obispo arriano, Auxencio, le expulsó de la ciudad. Entonces, el santo se retiró, con un sacerdote, a la isla de Gallinaria, en el Golfo de Génova, y ahí permaneció hasta que San Hilario pudo volver a Poitiers, el año 360. Como Martín se sintiese llamado a la soledad, San Hilario le cedió unas tierras en el actual Ligugé. Pronto fueron a reunirse con él otros ermitaños. La comunidad (según la tradición, fue la primera comunidad monástica de las Galias) se convirtió, con el tiempo, en un gran monasterio que existió hasta 1607; en 1852, lo ocuparon los benedictinos de Solesmes. San Martín pasó ahí diez años, dirigiendo a sus discípulos y predicando en la región, donde se le atribuyeron muchos milagros. Hacía el año 371, los habitantes de Tours decidieron elegirle obispo, como él se negase a aceptar el cargo, los habitantes de Tours le llamaron con el pretexto de que fuese a asistir a un enfermo y aprovecharon la ocasión para llevarle por la fuerza a la iglesia. Algunos de los obispos a quienes se había convocado para la elección, arguyeron que la apariencia humilde e insignificante de Martín le hacía inepto para el cargo, pero el pueblo y el clero no hicieron caso de tal objeción.

San Martín siguió viviendo como hasta entonces. Al principio, fijó su residencia en una celda de las cercanías de la iglesia, pero como los visitantes le interrumpiesen constantemente, acabó por retirarse a lo que fue más tarde la famosa abadía de Marmoutier. El sitio, que estaba entonces desierto, tenía por un lado un abrupto acantilado y por el otro, un afluente del Loira. Al poco tiempo, habían ya ido a reunirse con San Martín ochenta monjes y no pocas personas de alta dignidad. La piedad, los milagros y la celosa predicación del santo, hicieron decaer el paganismo en Tours y en toda la región. San Martín destruyó muchos templos, árboles sagrados y otros objetos venerados por los paganos. En cierta ocasión, después de demoler un templo, mandó derribar también un pino que se erguía junto a él. El sumo sacerdote y otros paganos

* Sobre este punto, la narración de Sulpicio Severo ofrece considerables dificultades cronológicas.

aceptaron derribarlo por sí mismos, con la condición de que el santo, que tanta confianza tenía en el Dios que predicaba, aceptase colocarse junto al árbol en el sitio que ellos determinasen. Martín accedió y los paganos le ataron al tronco. Cuando estaba a punto de caer sobre él, el santo hizo la señal de la cruz y el tronco se desvió. En otra ocasión, cuando demolía un templo en Antun, un hombre le atacó, espada en mano. El santo le presentó el pecho, pero el hombre perdió el equilibrio, cayó de espaldas y quedó tan aterrorizado, que pidió perdón al obispo. Sulpicio Severo narra éstos y otros hechos milagrosos, algunos de los cuales son tan extraordinarios, que el propio Sulpicio Severo dice que, ya en su época, no faltaban "hombres malvados, degenerados y perversos" que se negaban a creerlos. El mismo autor refiere algunas de las revelaciones, visiones y profecías con que Dios favoreció a San Martín. Todos los años, solía el santo visitar las parroquias más lejanas de su diócesis, viajando a pie, a lomo de asno o en barca. Según su biógrafo, extendió su apostolado desde la Turena hasta Chartres, París, Antun, Sens y Vienne, donde curó de una enfermedad de los ojos a San Paulino de Nola. En cierta ocasión en que un tiránico oficial imperial llamado Aviciano llegó a Tours con un grupo de prisioneros y se disponía a torturarlos al día siguiente, San Martín partió apresuradamente de Marmoutier para interceder por ellos. Llegó cerca de la medianoche e inmediatamente fue a ver a Aviciano, a quien no dejó en paz sino hasta que perdonó a los prisioneros.

En tanto que San Martín conquistaba almas para Cristo y extendía, pacíficamente su Reino, los priscilianistas, que constituían una secta gnóstico-maniquea fundada por Prisciliano, empezaron a turbar la paz en las Galias y en España. Prisciliano apeló al emperador Máximo de la sentencia del sínodo de Burdeos (348), pero Itacio, obispo de Ossanova, atacó furiosamente al hereje y aconsejó al emperador que le condenase a muerte. Ni San Ambrosio de Milán ni San Martín, estuvieron de acuerdo con la actitud de Itacio, quien no sólo pedía la muerte de un hombre, sino que además mezclaba al emperador en los asuntos de la jurisdicción de la Iglesia. San Martín exhortó a Máximo a no condenar a muerte a los culpables, diciéndoles que bastaba con declarar que eran herejes y estaban excomulgados por los obispos. Pero Itacio, en vez de aceptar el parecer de San Martín, le acusó de estar complicado en la herejía. Sulpicio Severo comenta a este propósito que esa era la táctica que Itacio solía emplear contra todos aquéllos que llevaban una vida demasiado ascética para su gusto. Máximo prometió, por respeto a San Martín, que no derramaría la sangre de los acusados; pero, una vez que el santo obispo partió de Tréveris, el emperador acabó por ceder y dejó en manos del prefecto Evodio la decisión final. Evodio, por su parte, viendo que Prisciliano y algunos otros eran realmente culpables de algunos de los cargos que se les hacían, los mandó decapitar. San Martín volvió más tarde a Tréveris a interceder tanto por los priscilianistas españoles, que estaban bajo la amenaza de una sangrienta persecución, como por dos partidarios del difunto emperador Graciano. Eso le puso en una situación muy difícil, en la que le pareció justificado mantener la comunión con el partido de Itacio, pero más tarde tuvo ciertas dudas sobre si se había mostrado demasiado suave al proceder así.*

* San Siricio, Papa, censuró tanto al emperador como a Itacio por su actitud en el asunto de los priscilianistas. Fue ésa la primera sentencia capital que se impuso por herejía, y el resultado fue que el priscilianismo se difundió por España.

San Martín tuvo una revelación acerca de su muerte y la predijo a sus discípulos, los cuales le rogaron con lágrimas en los ojos que no los abandonase. Entonces el santo oró así: "Señor, si tu pueblo me necesita todavía, estoy dispuesto a seguir trabajando. Que se haga tu voluntad." Cuando le sobrecogió la última enfermedad, San Martín se hallaba en un rincón remoto de su diócesis. Murió el 8 de noviembre del año 397. El 11 de noviembre es el día en que fue sepultado en Tours. Su sucesor, San Bricio, construyó una capilla sobre su sepulcro; más tarde, fue sustituida por una magnífica basílica. La Revolución Francesa destruyó la siguiente basílica que se construyó ahí. La actual iglesia se levanta en el sitio en que se hallaba el santuario saqueado por los hugonotes en 1562. Hasta esa fecha, la peregrinación a la tumba de San Martín era una de las más populares de Europa. En Francia hay muchas iglesias dedicadas a San Martín y lo mismo sucede en otros países. La más antigua iglesia de Inglaterra lleva el nombre de este santo: se trata de una iglesia en las afueras de Canterbury, y Beda dice que fue la primera que se construyó durante la ocupación romana. De ser cierto esto, debió tener otro nombre al principio, y recibió el de San Martín cuando San Agustín y sus monjes tomaron posesión de ella. A fines del siglo VIII, había por lo menos otras cinco iglesias dedicadas a San Martín en la Gran Bretaña, entre las que se contaba, naturalmente, la iglesia de San Niniano de Whithorn. El nombre de San Martín figura en el canon de la misa en el "Misal de Bobbio".

En BHL, hay una lista de sesenta y cinco textos latinos medievales relacionados con San Martín, naturalmente la literatura que existe sobre ellos es inmensa. La fuente principal es Simplicio Severo, quien visitó a San Martín en Tours y cuyos relatos son mucho más importantes que cualquiera de los documentos posteriores. Cuando murió San Martín, Sulpicio ya había terminado su biografía. Algún tiempo después, revisó su obra e introdujo en ella el texto de tres largas cartas que había escrito en el intervalo; en la última de ellas describía la muerte y los funerales del santo. Entre tanto, había escrito también una crónica general, en cuyo capítulo 50 del libro II trata de la actuación de San Martín en la controversia priscilianista. Finalmente, el año 404 compuso un diálogo con algunos otros materiales, donde compara a San Martín con los ascetas primitivos y cuenta algunas anécdotas. El texto editado por C. Halm en el *Corpus* de Viena (vol. I, pp. 107-216) no ha sido superado hasta la fecha; véase sin embargo la sección consagrada a Sulpicio Severo en el *Libro de Armagh*, editado por el profesor John Gwyn (1913). Casi un siglo y medio después de la muerte de San Martín, su sucesor en la sede de Tours, San Gregorio, hizo otra importante contribución a la historia de su venerado predecesor. Desgraciadamente, las cronologías de Sulpicio y de Gregorio son diferentes con frecuencia. E. Babut aprovechó esas diferencias para hacer una crítica destructiva en su obra titulada *St Martin de Tours* (1912), que en su época causó sensación. La respuesta detallada del P. Delehaye en *Analecta Bollandiana* (vol. XXXVIII, 1920, pp. 1-136) es tal vez la última palabra en la materia. Otra gran autoridad, C. Julian, llegó a conclusiones que concuerdan sustancialmente con las de Delehaye (cf. *Revue des Etudes anciennes*, vols. XXIV y XXV, *e Histoire de la Gaule*, vol. VIII). Las biografías y estudios sobre diferentes aspectos de la vida de San Martín son muy numerosos. Ver sobre todo las obras de A. Lecoy de la Marche, C. H. van Rhijn, P. Ladoué, y la utilísima obrita de Paul Monceaux. Acerca de San Martín en el arte, cf. Künstle, *Ikonopraphie*, vol. II, pp. 438-444; y el volumen de H. Martin en la colección *L'art et les saints*. San Martín ha jugado también un papel muy importante en la formación de tradiciones populares; por ejemplo, en muchos dichos populares franceses figura su nombre. Por lo que respecta a Francia, véase Lecoy de la Marche; por lo que toca al folklore alemán, cf. Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. V, cc. 1708-1725. Acerca de la influencia de San Martín en Irlanda, véase J. Ryan, *Irish Monasticism* (1931); y Grosjean, en *Analecta Bollandiana*, vol. LV (1942), pp. 300-

348. En cuanto a las iglesias dedicadas a San Martín en Inglaterra, cf. W. Levison, *England and the Continent* (1946), p. 259. Como prueba de la devoción a San Martín que existía en Inglaterra en la Edad Media, haremos notar que el calendario del *Book of Common Prayer* conmemora no sólo su muerte, sino también el día de la traslación de sus reliquias (4 de julio).

SAN MENNOS, MÁRTIR (Fecha desconocida)

SAN MENNOS era un soldado del ejército romano, originario de Egipto. Se hallaba en Cotyaeum de Frigia cuando estalló la persecución de Diocleciano. Inmediatamente, desertó del ejército y se refugió en las montañas, donde llevó una vida de oración y penitencia. En cierta ocasión en que se celebraban unos juegos en Cotyaeum, el santo, salió de su retiro y se presentó en el circo, donde anunció a gritos que era cristiano. Al punto fue arrestado y conducido ante el presidente, el cual, después de mandarle golpear y atormentar, le condenó a morir decapitado. Los cristianos recobraron las reliquias del santo y las trasladaron a Egipto. Los milagros obrados en la tumba de San Mennos convirtieron pronto el sitio en centro de peregrinaciones. Su culto se difundió mucho en el oriente. Con el tiempo, la leyenda fue deformando la historia, de suerte que San Mennos llegó a formar parte de los "santos militares". Naturalmente, se le atribuyeron los milagros más absurdos, uno de los cuales, según dice Tillemont, era "escandaloso en el más alto grado". (Por cierto que el mismo milagro se atribuye también a Santos Cosme y Damián). El P. Delehaye opina que lo único cierto sobre San Mennos es que era egipcio y que sufrió el martirio en su país natal. En honor del santo se construyeron iglesias en Cotyaeum y otros sitios lo que dio origen a la creación de toda una serie de santos del mismo nombre relacionados con diferentes ciudades.

El santuario más importante de San Mennos, donde descansaban sus reliquias, era el de Bumma (Karm Abu-Mina), al sureste de Alejandría. Hasta la época de la invasión de los árabes (siglo VII), era el principal sitio de peregrinación. Mons. K. M. Kaufmann emprendió en 1905 unas excavaciones que pusieron al descubierto la basílica, el monasterio, las termas y otros edificios. Se encontraron entonces muchísimas huellas del antiguo culto popular del santo. Por ejemplo, había una gran cantidad de frascos marcados con la inscripción "Recuerdo de San Mennos", en los que se vendía el agua de una fuente cercana; ya antes se habían encontrado frascos del mismo tipo en Africa y Europa, pero hasta entonces se había supuesto que contenían "aceite de San Mennos" tomado de las lámparas del santuario. En 1943, el patriarca ortodoxo de Alejandría, Cristóbal II, escribió una encíclica en la que atribuía el que Egipto se hubiese salvado de la invasión, tras de la batalla de El Alamein a las "oraciones que elevó a Dios el santo y glorioso mártir Mennos, taumaturgo de Egipto". El patriarca proponía que se reconstruyese el santuario de San Mennos, en las proximidades de El Alamein, como un monumento a los caídos.

El Martirologio Romano menciona también hoy a otro San Mennos, que vivió como ermitaño en los Abruzos. Era originario de Asia Menor, de raza griega. El Papa San Gregorio habla de su santidad y celo en sus *Diálogos*.

Como en el caso de San Gregorio el Grande, se trata aquí de un mártir cuya existencia histórica no puede ponerse en duda, dado que desde antiguo se le tributaba culto

local y aun mundial, pero cuya verdadera historia se perdió y fue suplantada por la leyenda. Algún hagiógrafo inventó la leyenda primititva, que se fue transmitiendo a las siguientes generaciones con infinitas variaciones y fue traducida a numerosos idiomas orientales y occidentales. Existen tres familias diferentes de la versión griega de la *pasión* de San Mennos; pero los hechos sustanciales están tomados simplemente de la historia de otro mártir, cuyo nombre se sustituyó por el de Mennos. Dicho mártir es San Gordio, acerca de cuyo martirio San Basilio predicó un panegírico. Historiadores como Krumbacher, Delehaye, P. Franchi de Cavalieri, K. M. Kaufmann, etc., etc., han investigado mucho sobre San Mennos. El hecho más importante es el de las excavaciones llevadas a cabo en este siglo por Mons. Kaufmann en el sitio del antiguo santuario; el distinguido arqueólogo describió los resultados de sus investigaciones en su volumen in-folio, *Die Menas-stadt un das Natinolheiligtum der altchristhlicen Aegypter* (1910). El P. Delehaye ha escrito mucho sobre el tema. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XXIX (1910), pp. 117-150; y vol. XLIII, pp. 46-49; *Origines du culte des martyrs* (1933), pp. 222-223 y passim; *Les passions des martyrs et les genres littéraires*, pp. 388-389; y CMH., pp. 595-596. Véase también Budge *Texts relating to St. Mena of Egypt* (1909); P. Franchi de Cavalieri, en *Studi e Testi*, vol. XIX (1908), pp. 42-108; y H. Leclercq, en DAC., vol. XI, cc. 324-397, donde se encontrará una nutrida bibliografía.

SAN TEODORO EL ESTUDITA, ABAD (826 P.C.)

SAN PLATÓN, abad del monasterio de Simbóleon en el Monte Olimpo, en Bitinia, tenía un cuñado cuyos tres hijos fueron a establecerse en sus posesiones de Sakkoudion, cerca del Monte Olimpo, para llevar ahí vida eremítica. El más fervoroso de los tres hermanos era el mayor de ellos, Teodoro, quien iba a cumplir veintidós años. Los jóvenes persuadieron a San Platón para que renunciase al gobierno de su abadía y se encargase de gobernar a los ermitaños de Sakkoudion. Más tarde, San Teodoro fue enviado a Constantinopla para recibir la ordenación sacerdotal. El joven hizo tales progresos en la virtud y el saber, que su tío Platón le confió la dirección de la comunidad con el consentimiento unánime.

El joven emperador Constantino IV se divorció de su esposa y se casó con Teódota, que era pariente de San Platón y San Teodoro. Ambos protestaron contra ese abuso. Constantino, que deseaba ganarse a Teodoro, le hizo grandes promesas y trató especialmente bien a sus parientes. Como no obtuviese ningún resultado, Constantino fue entonces a los baños de Brusa, cerca de Sakkoudion, con la esperanza de que San Teodoro fuese a hacerle una visita de cumplimiento; pero ni el abad, ni ninguno de sus monjes se presentaron a recibirle. El emperador regresó furioso a su palacio e inmediatamente envió a un pelotón de soldados con órdenes de desterrar a Teodoro y a sus más fieles seguidores. Todos fueron desterrados a Tesalónica, donde se publicó un edicto que prohibía a los habitantes darles asilo y ayudarlos, de suerte que ni siquiera los monjes de la región se atrevieron a tenderles la mano. San Platón, que era ya muy anciano, fue encerrado en una celda en Constantinopla. San Teodoro le escribió desde Tesalónica un relato del viaje, en el que le contaba las vicisitudes por las que habían atravesado él y sus compañeros y expresaba su admiración por su antiguo maestro. El exilio sólo duró algunos meses. La forma en que terminó, es un ejemplo característico de la ambición brutal que reinaba ahí en aquella época. En efecto, el año 797, Irene, la madre del emperador, destronó a su hijo y mandó sacarle los ojos. Irene, que reinó seis años, llamó del destierro a Teodoro y sus compañeros. El santo regresó a Sakkoudion y reorganizó el monasterio, pero el año 799, como el monasterio

era una presa fácil para los árabes, los monjes se refugiaron dentro de las murallas de la ciudad. Entonces, se confió a San Teodoro la dirección del célebre monasterio de Studios, que el cónsul Studius había construido el año 463, en un viaje que hizo de Roma a Constantinopla. Constantino Coprónimo había expulsado a los monjes, de suerte que cuando llegó San Teodoro, apenas había una docena. Bajo su gobierno, el monasterio llegó a tener un millar de habitantes, entre monjes y criados. En materia de legislación monástica, San Teodoro fue quien más contribuyó a desarrollar la tradición procedente de San Basilio. San Atanasio el Lauriota aplicó la legislación de San Teodoro en el Monte Athos y de ahí se extendió a Rusia, Bulgaria y Servia, donde todavía es la base de la vida monástica. San Teodoro fomentó los estudios y las bellas artes; la escuela de caligrafía que fundó fue famosa durante largo tiempo. Los escritos del santo constituyen una serie de sermones, instrucciones, himnos litúrgicos y tratados de ascética monástica, en los que se muestra muy moderado, si se le compara con otros orientales. El santo dijo en cierta ocasión a un ermitaño: "No practiquéis la austeridad para satisfacer vuestro amor propio. Comed pan, bebed alguna vez, usad zapatos en invierno y comed carne cuando os haga falta." Teodoro gobernó apaciblemente el monasterio durante ocho años, en medio del remolino de la política imperial, hasta que la cuestión del adulterio de Constantino volvió a surgir.

El emperador Nicéforo I eligió al futuro San Nicéforo, que era entonces laico, para ocupar la sede patriarcal de Constantinopla. Como San Nicéforo no había recibido las órdenes, San Teodoro, San Platón y otros monjes se opusieron al nombramiento. El emperador los tuvo presos durante veinticuatro días, al cabo de los cuales, a instancias de Nicéforo y de un reducido grupo de obispos, restituyó la jurisdicción al sacerdote José, que había sido degradado por haber bendecido el matrimonio de Constantino IV con Teódota. San Teodoro y otros se negaron a mantener la comunión con José y a aceptar la decisión de que el matrimonio había sido válido. Así pues, San Teodoro, San Platón y José (que era hermano de San Teodoro y arzobispo de Tesalónica), fueron aprisionados en la Isla de la Princesa. Teodoro explicó el asunto por carta al Papa, y San León III le contestó alabando su prudencia y su constancia. Los enemigos de Teodoro habían hecho correr en Roma el rumor de que éste había caído en la herejía y estaba despechado por no haber sido nombrado patriarca, de suerte que San León III prefirió abstenerse de un juicio definitivo. Los monjes estuditas fueron dispersados en diferentes monasterios y muy mal tratados. El destierro de San Teodoro y sus compañeros duró dos años, hasta la muerte del emperador Nicéforo, ocurrida el año 811.

Teodoro y el patriarca Nicéforo se reconciliaron, ya que su actitud en el doloroso problema de la veneración de las imágenes era idéntica. En nuestro artículo sobre San Nicéforo (13 de marzo) hemos dado ya ciertos detalles sobre la segunda persecución iconoclasta, que tuvo lugar durante el reinado de Leo V, el Armenio. San Teodoro negó abiertamente que el emperador tuviese derecho a inmiscuirse en los asuntos eclesiásticos y, el Domingo de Ramos, cuando San Nicéforo había sido ya expulsado, ordenó a sus monjes que saliesen a la calle en solemne procesión con las sagradas imágenes, cantando un himno que comienza así: "Reverenciamos tu sagrada imagen, bendito santo". Desde ese momento, San Teodoro se convirtió en el jefe del movimiento ortodoxo. Como continuase en la defensa del culto a las imágenes, el emperador le

desterró a Misia, desde donde continuó exhortando a los fieles por cartas de las que se conservan algunas. Cuando se descubrió su correspondencia, el emperador le desterró a Bonita, en la Anatolia, y mandó decir al carcelero, Nicetas, que flagelase a su víctima. Aquél vio conmovido la alegría con que San Teodoro se despojaba de su túnica y ofrecía al látigo su cuerpo consumido por los ayunos y, lleno de compasión, hizo salir de la mazmorra a todos los presentes, colocó una zalea de borrego sobre el lecho del santo y descargó sobre ella los golpes para que los oyesen los que se hallaban afuera. Finalmente, Nicetas se rasguñó los brazos para manchar con su sangre el látigo y salió a mostrarlo a los otros. San Teodoro pudo escribir más cartas a los fieles, a los patriarcas y una al Papa Pascual, a quien decía: "Escucha, obispo apostólico, pastor que Dios ha puesto para guiar el rebaño de Jesucristo: tú has recibido las llaves del Reino de los Cielos, tú eres la piedra sobre la que ha sido edificada la Iglesia, tú eres Pedro, puesto que ocupas su sede. Ven en ayuda nuestra". El Pontífice escribió a Constantinopla algunas cartas, que resultaron infructuosas. Entonces, San Teodoro le escribió para agradecerle con estas palabras: "Tú has sido desde el principio la fuente pura de la ortodoxia, tú eres el puerto seguro de la Iglesia universal, su amparo contra las acometidas de los herejes y la ciudad de refugio que Dios nos ha dado".

San Teodoro y su fiel discípulo Nicolás, estuvieron presos en Bonita durante tres años. Sus sufrimientos eran indecibles: en el invierno, el frío era muy intenso; en el verano, se ahogaban de calor y padecían hambre y sed, pues los guardias sólo les echaban por una claraboya un trozo de pan cada tercer día. San Teodoro afirma que muchas veces creyó morir de hambre y añade: "Pero Dios es todavía demasiado misericordioso con nosotros." Probablemente hubiesen muerto de hambre, si un oficial de la corte que visitó la cárcel por casualidad, no hubiese ordenado que se les diese bien de comer. El emperador Leo interceptó una carta en la que el santo exhortaba a los fieles a desafiar a "la infame secta de los iconoclastas", ordenó al prefecto del oriente que castigase al autor. El prefecto no se dejó ganar por la compasión, como el carcelero Nicetas y mandó azotar al monje Nicolás, a quien Teodoro había dictado la carta, y a éste le condenó a sufrir cien azotes. Después de la tortura, los verdugos dejaron al santo tirado en el suelo durante largo tiempo, expuesto a los rigores del frío de febrero. San Teodoro no pudo comer ni dormir durante muchos días y, si escapó con vida, fue gracias a Nicolás que olvidó sus propios sufrimientos, le alimentó gota a gota con una cucharita y le vendó sus heridas, no sin antes cortarle los trozos de carne infectada en las llagas. San Teodoro sufrió lo indecible durante tres meses. Antes de que estuviese totalmente restablecido, se presentó un oficial imperial con el encargado de conducirle a Esmirna, junto con Nicolás. Durante el día caminaban a marchas forzadas y, por la noche, se los encadenaba.

El arzobispo de Esmirna, que era un iconoclasta furibundo, mandó vigilar estrechamente al santo y llegó a decirle que iba a pedir que el emperador le mandase decapitar o, por lo menos, cortarle la lengua. Pero la persecución terminó el año 820 con el asesinato de quien la había provocado. El sucesor de Leo, Miguel el Tartamudo, fingió al principio suma moderación y levantó las sentencias de destierro. San Teodoro el Estudita regresó al cabo de siete años de prisión y escribió una carta de agradecimiento al emperador, exhortándole a permanecer unido a Roma —la primera de las Iglesias— y a permitir el

culto de las imágenes. Pero Miguel se negó a permitir el culto de las imágenes y a devolver sus cargos al patriarca, al abad de Studios y a todos los prelados ortodoxos que no estuviesen de acuerdo con esa medida. San Teodoro, después de hacer vanos intentos por convencer al emperador, partió de Constantinopla (en realidad era una forma de destierro) e hizo un recorrido por los monasterios de Bitinia para alentar y reconfortar a sus partidiarios. "El invierno ha pasado ya —les decía—, pero aún no ha llegado la primavera. El cielo se despeja y hay buenas esperanzas. El fuego está ya apagado, pero las cenizas humean todavía." La influencia de San Teodoro llegó a ser tan grande, que los monjes en general y los estuditas en particular se convirtieron en el baluarte de la ortodoxia. Algunos de los discípulos del santo fueron a reunirse con él en un monasterio de la península de Akrita. A principios de noviembre de 826, San Teodoro enfermó ahí. Al cuarto día de su enfermedad, pudo ir hasta la iglesia a celebrar el santo sacrificio, pero el mal fue en aumento, y el santo dictó a su secretario sus últimas instrucciones. Dios le llamó a Sí el siguiente domingo, 11 de noviembre. Sus restos fueron transportados al monasterio de Studios dieciocho años más tarde.

En el oriente hay gran veneración por San Teodoro el Estudita. El Martirologio Romano dice que es "famoso en toda la Iglesia". El santo merece ese elogio como legislador monástico, como defensor de la suprema autoridad de Roma y como valiente propugnador del culto de las imágenes, por el que tanto sufrió. San Teodoro hizo la guerra a los iconoclastas por motivos teológicos y no porque considerara las imágenes como un adorno esencial de las iglesias, ya que desaprobaba absolutamente la representación pictórica de los vicios, las virtudes y otros "excesos injustificados de la fantasía religiosa". Por otra parte, no creía que la devoción a las imágenes fuese absolutamente necesaria (él mismo parece haberla practicado muy poco), sino sólo una ayuda para los "hermanos más débiles". En sus instrucciones sobre la oración habla de la unión de la mente y el corazón con Dios sin la ayuda exterior de las imágenes. Pero comprendía claramente que negar la validez del culto a las imágenes, equivalía a negar la validez de ciertos principios teológicos esenciales. Se conservan muchos escritos de San Teodoro, entre los que hay cartas, tratados sobre la vida monástica y el culto de las imágenes, sermones y cierto número de himnos. Dichos escritos reflejan su integridad y despego del mundo, que rayan en ese puritanismo que caracterizó a muchos de sus discípulos y que en algunos de sus sucesores llegó a extremos que turbaron la paz de la Iglesia.

En PG., vol. XCIX, hay dos biografías de San Teodoro y otros documentos referentes a él, así como sus escritos. Su vida estuvo tan íntimamente relacionada con las controversias de la época que, para comprenderla, hay que referirse a las obras de historia general de la Iglesia. Véase Pargoire, *L'Eglise Byzantine de 527 a 874* (1923); Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, particularmente lib. 18, vol. III, pte. 2; Mons. Mann, *Lives of the Popes*, vol. II, pp. 795-858; y Bréhier, *La Querelle des Images* (1904). Entre las obras más directamente relacionadas con San Teodoro, mencionaremos a J. Hausherr, *St Théodore . . . d'après ses catéchèses* (1926), en la colección *Orientalia Christiana*, n. 22; Alice Gardner *Theodore of Studium* (1905); H. Martin, *St Théodore* (1906); Dobschütz, *Methodius und die Studiten, en Byzantinische Zeitschrift*, vol. XVIII (1909), pp. 41-105; y G. A. Schneider, *Der hl. Theodor von Studion* (1900). En *Analecta Bollandiana* hay varios artículos sobre San Teodoro. El P. C. Van de Vorst publicó por primera vez el elogio del santo sobre Teófanes (vol. XXXI, 1912) y otro texto griego sobre la traslación de sus reliquias (vol. XXXII), así como un estudio de sus relaciones con Roma y otro sobre el "catecismo breve" de San Teodoro (vol. XXXIII). Véase también en DAR., el artículo sobre la actitud del santo

en la controversia iconoclasta (vol. VII, cc. 272-284). El príncipe Max de Sajonia publicó una excelente semblanza de tipo popular, titulada *Der hl. Theodor* (1929); y cf. N. H. Baynes y C. L. B. Moss, *Byzantium* (1948).

SAN BARTOLOME DE GROTTAFERRATA, ABAD (*c.* 1050 P.C.)

SAN NILO, el fundador de la abadía griega de Grottaferrata de Toscana, murió el año 1004. Después de él, se sucedieron rápidamente en el cargo, Pablo, Cirilo y Bartolomé. Los tres habían sido discípulos de San Nilo. Se considera a San Bartolomé como segundo fundador del monasterio, porque San Nilo y sus primeros dos sucesores sólo alcanzaron a limpiar el terreno y a empezar a construir, en tanto que Bartolomé terminó el monasterio y lo dejó firmemente organizado. Los sarracenos habían invadido Sicilia y el sur de Italia y habían arrojado de ahí a los monjes. San Bartolomé hizo de su monasterio un centro de cultura y de copia de manuscritos. El mismo era muy hábil en el arte de la caligrafía, y compuso cierto número de himnos litúrgicos.

Un canon del oficio litúrgico de San Bartolomé, dice así: "Cuando viste al Romano Pontífice destronado, supiste, padre, persuadirle a que renunciase a la tiara y acabase felizmente sus días en un monasterio." Estas palabras constituyen una alusión a la tradición de Grottaferrata, tal vez verdadera, acerca de los últimos años de Benedicto IX, cuyo abuelo, el conde Gregorio de Tusculum, había regalado las tierras en que se construyó el monasterio. Benedicto IX, en su turbulento y escandaloso pontificado de doce años, renunció a la tiara a cambio de cierta suma de dinero y trató después de apoderarse nuevamente de ella; pero en 1048, fue expulsado de Roma y se dirigió a Grottaferrata lleno de remordimientos. San Bartolomé se mostró muy categórico: puesto que con su conducta se había hecho indigno del potificado y aun del sacerdocio, debía renunciar definitivamente a la tiara y pasar el resto de su vida haciendo penitencia. (Hay que notar que Benedicto no tenía entonces más que treinta y seis años). Bajo la influencia del abad, los remordimientos de Benedicto se transformaron, poco a poco, en arrepentimiento sincero, de suerte que se quedó en Grottaferrata y murió ahí. Este relato del papel que desempeñó San Bartolomé en la vida de Benedicto IX, se encuentra en la biografía del santo, escrita probablemente por su tercer sucesor, el abad Lucas I. En la abadía hay otros documentos que apoyan el relato, pero, al parecer, Benedicto retenía el título de Papa en 1055, año de su muerte. El gobierno vigoroso de San Bartolomé elevó su monasterio a una altura que le permitió desempeñar un papel de importancia en la historia de los Estados Pontificios en la Edad Media; pero ello fue la causa de la decadencia religiosa del monasterio, que continuó hasta su restauración en el siglo XIX.

En Migne, PG., vol. CXXVII cc. 476-516, hay dos textos griegos sobre San Bartolomé. En la bliblioteca de Grottaferrata se conservan todavía algunos de los manuscritos copiados por el santo; en la iglesia abacial hay un antiguo mosaico en el que están representados San Nilo y San Bartolomé. Mons. Mann, *Lives of the Popes*, vol. V, p. 292, estudia el punto de la renuncia de Benedicto IX. Véase también S. G. Mercati, en *Enciclopedia Italiana*, vol. VI, p. 254; L. Bréhier, en DHG., vol. VI, cc. 1006-1007; y F. Halkin, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXI (1943), pp. 202-210; dicho autor hace notar que uno de los dos textos griegos arriba citados, el *Encomium*, se refiere a otro San Bartolomé.

12: SAN MARTIN I, Papa y Mártir (¿656? p.c.)

SAN MARTIN nació en Todi, ciudad de Umbría, y se distinguió entre el clero de Roma por su santidad y saber. Era diácono cuando el Papa Teodoro I le envió como "apocrisarius" o nuncio, a Constantinopla. En julio del año 649, a la muerte de Teodoro, fue elegido para sucederle en el pontificado. En octubre del año siguiente, reunió un Concilio en Letrán contra los que negaban que Cristo hubiese tenido voluntad humana (monoteletismo). Dicho Concilio formuló la doctrina ortodoxa de las dos voluntades y anatematizó la herejía monoteleta. También censuró dos edictos imperiales: la "Ektesis" de Heraclio y el "Typos" de Constante; el primero, porque contenía una exposición de la fe que favorecía a los monoteletas y el segundo, porque imponía silencio sobre la cuestión de las dos voluntades a ambas partes. Los Padres del Concilio de Letrán hicieron la siguiente declaración, que parece una cita del Papa Honorio I, aunque no se menciona su nombre: "El Señor nos ha mandado hacer el bien y condenar el mal, pero no desarraigar el bien y el mal por igual. No podemos condenar por igual el error y la verdad." Los decretos del Concilio fueron promulgados en todo el oriente y el occidente. San Martín I exhortó a los obispos de Africa, España e Inglaterra, a acabar con el monoteletismo, y nombró en el oriente un vicario para que pusiese en vigor las decisiones conciliares en los patriarcados de Antioquía y Jerusalén.

Ello molestó al emperador Constante II, quien ya antes había enviado a Roma a un exarca para que sembrase la disensión entre los obispos que asistían al Concilio. Como la misión del exarca hubiese fracasado, Constante envió a Teodoro Kalíopes a Roma con orden de llevar al Papa a Constantinopla. El Papa, que estaba entonces enfermo, se refugió en la basílica de Letrán. Cuando Kalíopes y sus soldados irrumpieron en la basílica, le hallaron recostado frente al altar. El Pontífice no opuso resistencia alguna. Kalíopes le sacó secretamente de Roma y le obligó a embarcarse en Porto. Durante el viaje, que fue muy largo, San Martín estuvo muy enfermo de disentería. En el otoño del año 653, llegó a Constantinopla, donde estuvo prisionero tres meses. Por entonces escribió en una carta: "No se me ha permitido lavarme, ni siquiera con agua fría, desde hace cuarenta y siete días. Estoy deshecho, aterido de frío y la disentería no me deja reposo . . . La comida que me dan me hace daño. Espero que Dios, que lo sabe todo, moverá a mis perseguidores al arrepentimiento después de mi muerte." El senado, ante el cual compareció el Pontífice, acusado de traición, le condenó sin haberse dignado oírle. Como San Martín lo hizo notar a sus acusadores, la verdadera causa de su condenación era el haberse negado a firmar el "Typos". Tras haber sido maltratado y envilecido en público, cosa que provocó la indignación del pueblo, San Martín pasó otros tres meses en la prisión. Finalmente, consiguió escapar con vida, gracias a la intercesión del patriarca Pablo en su lecho de muerte y, en abril del año 654, fue desterrado a Kherson, en la Crimea.

El Pontífice escribió un relato sobre el hambre que reinaba en la región, la dificultad para conseguir alimentos, la barbarie de los habitantes y la negligencia con que le trataban:

"Estoy sorprendido de la indiferencia de quienes, habiéndome conocido antes, me han olvidado tan totalmente, que ni siquiera parecen saber que todavía existo. Más me sorprende todavía la indiferencia con que los miembros de la iglesia de San Pedro consideran la suerte de uno de sus hermanos. Si dicha iglesia no tiene dinero, no carece ciertamente de grano, aceite y otras provisiones, de las que podría enviarnos una pequeña cantidad. ¿Cómo es posible que el miedo impida a tantas gentes cumplir el mandato del Señor de socorrer a los necesitados? ¿Acaso he dado muestras de ser un enemigo de la Iglesia universal o de ellos en particular? Como quiera que sea, ruego a Dios, por la intercesión de San Pedro, que los conserve firmes e inconmovibles en la verdadera fe. En cuanto a mi pobre cuerpo, Dios se encargará de cuidarlo. Dios está conmigo, ¿por qué voy a preocuparme? Espero en su misericordia que no prolongará mucho tiempo mi vida."

El deseo de San Martín se cumplió, ya que murió unos dos años después. Fue el último Pontífice mártir. Su fiesta se celebra en el occidente el 12 de noviembre. En el oriente se celebra en diferentes fechas. La liturgia bizantina le llama "glorioso defensor de la verdadera fe" y "ornato de la divina cátedra de Pedro". Un contemporáneo de San Martín I le describió como hombre de gran inteligencia, saber y caridad.

La principal fuente son las cartas del propio santo, aunque no todas han llegado hasta nosotros en forma satisfactoria. Hay también un relato de un contemporáneo (véase la edición de Duchesne del *Liber Pontificalis*, vol. I, pp. 336 ss., con sus admirables notas), y la *Commemoratio*, que es una narración escrita por uno de los clérigos que acompañaron al Papa al destierro. Este último documento y las cartas del Pontífice pueden verse en Migne, PL., vols. LXXXVII y CXXIX. La vida de San Eligio escrita por San Ouen, y la biografía griega de San Máximo el Confesor aportan algunos detalles. Basándose en estos documentos, Mons. Duchesne reconstruyó en forma bastante completa la historia del pontificado de Martín I: *Lives of the Popes*, vol. I, pte. I, pp. 385-405 (1902); pero de entonces acá, se han hecho valiosos estudios sobre el tema, entre los cuales hay que mencionar la publicación hecha por el P. P. Peeters de una biografía inédita del santo en griego (*Analecta Bollandiana*, vol. LI, 1933, pp. 225-262). Véase también R. Devreesse, *La vie de St Maxime le Confesseur*, en *Analecta Bollandiana*, vol. XLVI, 1928, pp. 5-49, y vol. LIII, 1935, pp. 49 ss.; W. Peitz, en *Historisches Jahrbuch*, vol. XXXVIII (1917), pp. 213-236 y 428-458; Duchesne, *L'Eglie au Vème. siècle*, (1925), pp. 445-453; E. Amann, en DTC., vol. X cc. 182-194, etc.

SAN NILO EL VIEJO (*c.* 430 P.C.)

ENTRE LOS discípulos de San Juan Crisóstomo había uno llamado Nilo, quien ocupaba un alto cargo en Constantinopla. Algunos investigadores llegan a decir que era prefecto de la ciudad. Nilo estaba casado y tenía dos hijos. Cuando éstos habían crecido, Nilo, se sintió llamado a la vida eremítica y acordó con su esposa que ambos abandonarían el mundo. Su hijo Teódulo partió con él a establecerse entre los monjes del Monte Sinaí. Desde ahí Nilo escribió dos cartas de protesta al emperador Arcadio cuando éste desterró a San Juan Crisóstomo de Constantinopla. Algunos años más tarde, los árabes saquearan el monasterio, asesinaron a muchos monjes y se llevaron preso a Teódulo. Nilo los siguió con la esperanza de rescatar a su hijo. Por fin, lo encontró en Eleusa, al sur de Beersheba, ya que el obispo de esa ciudad, compadecido de la suerte

de Teódulo, le había comprado a los árabes y le había dado trabajo en la iglesia. El obispo de Eleusa confirió la ordenación sacerdotal a Nilo y a su hijo antes de que partiesen al Sinaí.

San Nilo llegó a ser muy conocido por los escritos teológicos, bíblicos y sobre todo ascéticos que se le atribuyen. En su tratado sobre la oración recomienda que pidamos ante todo a Dios el don de oración y que supliquemos al Espíritu Santo que haga brotar en nuestros corazones los deseos que le son irresistibles; también recomienda que pidamos a Dios que se haga su voluntad en la forma más perfecta posible. A las personas que viven en el mundo predica la templanza, la meditación sobre la muerte y la obligación de la limosna. San Nilo estaba siempre pronto a comunicar a otros sus conocimientos ascéticos. Las cartas suyas que se conservan, muestran cuán lejos había llegado en la vida interior y en el estudio de la Sagrada Escritura y cuán frecuentemente acudían a consultarle personas de todas las clases sociales. Una de dichas cartas constituye la respuesta de San Nilo al prefecto Olimpiodoro, quien había construido una iglesia y quería saber si podía adornarla con mosaicos de tema profano, como escenas de cacería, imágenes de pájaros, animales y cosas por el estilo. San Nilo reprobó la idea y aconsejó a Olimpiodoro que pusiera escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento "para instruir a los que no saben leer". Agregó que sólo debe haber una cruz, situada en el punto principal de la iglesia. San Nilo escribió todo un tratado para demostrar que la vida eremítica es mejor que la de los monjes que viven en comunidad en las ciudades, pero hace notar que también los ermitaños tienen sus dificultades y pruebas particulares. El santo tenía experiencia en eso, pues sufrió violentas tentaciones, turbaciones y asaltos de los malos espíritus. San Nilo escribió a cierto "estilita" que su retiro en lo alto le había sido dictado por la soberbia: "El que se exalta será humillado."

Aunque Tillemont y Alban Butler aceptan sin vacilar la autoridad de las *Narrationes* (Migne, P.G., vol. LXXIX, pp. 583-694), la vida de San Nilo se presta a graves dudas. En primer lugar, no hay razón alguna para creer que San Nilo ocupara un alto cargo oficial, ni que fuera casado, ni que se estableciera en el Sinaí, ni que viviera aventuras extraordinarias buscando a su hijo. Aunque los sinaxarios perpetúan esa leyenda, tales datos no concuerdan con los auténticos de las cartas de San Nilo. Por otra parte, probablemente, el escritor Nilo era un monje de Ancira de Galacia (actualmente Ankara), distinto de nuestro santo.

Véanse los pasajes de Migne, PG., citados en el artículo; K. Heussi, *Untersuchungen zu Nilus dem Asketen*, en *Texte und Untersuchungen* (1917); F. Degenhart, *Der hl. Nilus Sinaita* (1915), y *Neue Beiträge zur Nilusforschung* (1918); FTC., vol. XI (1931), cc. 661-674, donde se encontrará un bibliografía muy amplia.

SAN MILLAN DE LA COGOLLA, ABAD (574 P.C.)

EN ESPAÑA se tiene a San Millán de la Cogolla (capucha) como patrono de una de sus regiones. El Martirologio Romano hace notar que su biografía fue escrita por San Braulio, obispo de Zaragoza, unos cincuenta años después de la muerte del santo. Durante muchos siglos, Castilla y Aragón se han disputado el honor de haber sido la patria de San Millán, quien fue pastor en su ju-

ventud. A los veinte años, sintió el llamado de Dios y se retiró algún tiempo a vivir como ermitaño. Después volvió a su pueblo natal, pero, como los visitantes le importunasen constantemente, partió a refugiarse en las montañas de Burgos. Ahí vivió cuarenta años (según la tradición, se estableció en la montaña en que se fundó más tarde la abadía de San Millán), hasta que el obispo de Tarazona le mandó que recibiese las órdenes sagradas y atendiese una parroquia. Desgraciadamente, los otros miembros del clero no comprendieron las heroicas virtudes que el santo había atesorado en la vida eremítica y le acusaron ante el obispo de despilfarrar los bienes de la Iglesia en sus limosnas. El obispo desposeyó a San Millán de su beneficio, y éste pasó el resto de su vida en la soledad con algunos discípulos. Algunos llaman a San Millán el primer benedictino español, pero naturalmente el monasterio de La Cogolla no abrazó la regla de San Benito sino hasta mucho después.

La biografía latina escrita por Braulio puede verse en Mabillon, vol. I, pp. 198-207. En Florez, *España Sagrada*, vol. I, hay un relato de la traslación de las reliquias del santo y de los milagros obrados en su santuario. Véase también T. Minguella, *San Millán de la Cogolla, estudios históricos* (1883), y V. de la Fuente, *San Millán, presbítero secular* (1883). L. Vázquez de Parga publicó en 1943, en Madrid, una nueva edición crítica de la *Vita*.

SAN MACHAR o MAURICIO, Obispo (Siglo VI p.c.)

La diócesis de Aberdeen celebra hoy la fiesta de San Machar (Mocumma). Lo único que sabemos de cierto sobre él, es que fue un misionero irlandés que llegó a Escocia con San Colomba. Se dice que evangelizó la isla de Mull y que fue consagrado obispo antes de partir a predicar a los pictos, en el distrito actual de Aberdeen. Es muy probable que haya misionado en esa región; en todo caso, se le atribuye la fundación de la sede de Aberdeen. Antiguamente, en la catedral de Aberdeen, solía emplearse siempre agua del pozo de San Machar para los bautizos.

Fuera de lo que se refiere en el Breviario de Aberdeen, sabemos muy poco acerca de San Machar. Forbes, en KSS., pp. 393-394, le llama "Mauricio, Machar, o Mocumma". El Martirologio de Aberdeen afirma que fue "arzobispo de Tours". También se dice que "Mr. Bradshaw descubrió en la biblioteca de la Universidad de Cambridge una vida del santo en verso, y supone que fue escrita por Barbour en los últimos años de su vida". Dicha biografía, compuesta hacia 1390, fue más tarde publicada por Horstmann, en *Altenglische Legenden* (1881). Cf. el artículo del Profesor A. Sd Ferguson en *Scottish Gaelic Studies*, vol. VI, pp. 58 ss.

SAN CUNIBERTO, Obispo de Colonia (663 p.c.)

La hermosa iglesia de San Cuniberto, en Colonia, fue construida por este santo obispo, quien la dedicó a San Clemente. Cuando las reliquias de San Cuniberto fueron depositadas en ella, se le dio el nombre de nuestro santo. Cuniberto fue sin duda un prelado santo y distinguido, pero los documentos biográficos son poco fidedignos y no muy detallados. Se cuenta que fue educado en la corte de Clotario II. Después de recibir las sagradas órdenes, fue nombrado archidiácono de la iglesia de Tréveris. Hacia el año 625 fue elegido obispo de Colonia. Gozaba de una autoridad tan grande, que comunmente se le da el título de arzobispo, aunque en realidad, Colonia no llegó a ser sede metropolitana sino

hasta el siglo VIII. San Cuniberto fue consejero del rey y asistió a varios sínodos de importancia. Cuando Dagoberto I coronó rey de Austrasia a su hijo Sigeberto, que tenía entonces cuatro años, nombró a Cuniberto entre los tutores del monarca. Por una carta de San Bonifacio sabemos que San Cuniberto intervino en la evangelización de los frisios. Algunos años más tarde, el santo abandonó la corte para consagrarse enteramente a sus deberes pastorales. No sabemos a qué edad murió, pero lo cierto es que dejó tras de sí gran fama de santidad.

Las biografías medievales de San Cuniberto, que son muy numerosas, se dividen en dos clases. El P. M. Coens, en *Analecta Bollandiana*, vol. XLVII (1929), pp. 338-367, discute muy a fondo la cuestión, da una amplia bibliografía sobre las obras más recientes y publica un texto en particular. Acerca de la iglesia de San Cuniberto, véase *Festschrift Anton Ditges gewidme* (1911), y P. Clemen, en *Kunstdenkmäler der Rheinprovinz*, vol. VI, pte. 4 (1916), pp. 231-313. Las reliquias de Los Dos Ewaldos (3 de octubre) se conservan en la iglesia de San Cuniberto.

SAN LIVINO, Obispo y Mártir (Fecha desconocida)

La Iglesia de Irlanda celebra hoy la fiesta de San Livino. El Martirologio Romano afirma que fue martirizado en Bélgica. De San Livino, como de varios otros misioneros irlandeses, se dice que fue obispo de Dublín. En su biografía medieval se cuenta que su padre era un noble escocés y su madre una princesa irlandesa, y que recibió el bautismo y las órdenes sagradas de manos de San Agustín de Canterbury. Después de su consagración episcopal, San Livino partió de Irlanda a Flandes con otros tres compañeros. San Floriberto de Gante los acogió a su llegada. San Livino evangelizó a los paganos de Brabante, donde una dama le dio hospedaje. El santo murió a manos de los paganos, que le decapitaron en Eschen, cerca de Alost. Sus reliquias fueron finalmente depositadas en San Pedro de Gante.

El biógrafo de San Livino afirma que se basó en el testimonio de los discípulos personales del santo, pero la obra era desconocida antes del siglo XI y se parece demasiado a la biografía de San Lebuino. Los historiadores actuales afirman casi unánimemente que el San Livino de Irlanda y de Gante, del que habla el Martirologio Romano, se identifica con San Lebuino, quien fue ciertamente misionero en Holanda y a quien se venera en ese país.

En Mabillon, vol. II, pp. 449-461, puede verse la biografía medieval escrita por un tal "Bonifacio pecador", que se atribuía antiguamente a San Bonifacio. Se trata de una obra que carece de valor histórico, según lo demostró O. Holder-Egger en *Historische Aufsätze an G. Waitz gewidmet* (1886), pp. 622-665. J. Kenney dice en *Source for the Early History of Ireland*, p. 509: "probablemente, Livino se identifica con San Lebuino de Deventer, que estuvo en Holanda". Acerca de este punto véase *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1952), pp. 285-308.

SANTOS BENITO y Compañeros, Mártires (1003 p.c.)

San Benito de Benevento era amigo de San Bruno de Querfurt ya que ambos vivieron en la misma celda en un monasterio de las proximidades de Ravena, bajo la dirección de San Romualdo. El emperador Otón III quería evangelizar a los eslavos de Pomerania y envió a San Benito y otros monjes para que se encargasen de esa tarea. Los misioneros fueron, primero, al oeste de Polonia.

El duque Boleslao I los recibió muy bien y les proporcionó profesores para que aprendiesen la lengua eslava. Los monjes se establecieron en Kazimierz, cerca de Gniezno. El 11 de noviembre de 1003, San Benito y otros cuatro monjes fueron asesinados por unos bandoleros paganos. Las reliquias de los mártires se trasladaron solemnemente a Olomuc. Sus nombres figuran en el Martirologio Romano, que así habla de ellos: "Los santos mártires ermitaños Benito, Juan, Mateo, Isaac y Cristián, los cuales, entregados al servicio de Dios, fueron villanamente atacados por unos bandoleros y perecieron por la espada." En Polonia se los venera como "los cinco hermanos polacos", aunque no eran ni polacos, ni hermanos carnales, excepto Mateo e Isaac. La orden camaldulense los cuenta entre sus glorias; pero en realidad, estos santos murieron varios años antes de que San Romualdo fundase a los camaldulenses. Cuando San Bruno de Querfurt se enteró de la suerte que había corrido su amigo Benito y sus compañeros, mandó pedir informes a Polonia y escribió un relato de los hechos.

Existen dos fuentes principales. La primera es el relato de San Bruno de Querfurt, que puede verse en MGH., *Scriptores*, vol. XV, pp. 716-738; también se encontrará una traducción alemana anotada en la obra de H. G. Voigt, *Bruno von Querfurt* (1907). La segunda fuente es el relato de Cosme de Praga, que es posterior; puede verse en Migne, PL., vol. CLXVI, cc. 109-113. Véase también *Neues Archiv*, vol. VIII, pp. 365 ss.

SAN ASTRIK o ANASTASIO, ARZOBISPO DE HUNGRÍA (*c.* 1040 P.C.)

SE SABE que el primer arzobispo de Hungría se llamaba Anastasio, pero es muy difícil identificarle. Los tres "candidatos", todos ellos relacionados con San Adalberto de Praga, son: Anastasio, primer abad de Brevnov, en Bohemia, Asterico, miembro del clero de Adalberto y Radla, íntimo amigo y compañero de estudios de Adalberto en Magdeburgo. Tal vez, los dos primeros son la misma persona. La hipótesis más probable es que Anastasio se identifica con Radla, un checo o croata de Bohemia, que fue monje en Hungría. Probablemente tomó el hábito en Brevnov, junto con el nombre de Anastasio, del que Astrik es sinónimo. Cuando San Adalberto, no habiendo logrado consolidar su posición en Bohemia, abandonó Praga, Anastasio Radla fue a trabajar en la evangelización de los magiares. Se sabe que, el año 997, estuvo al servicio de la esposa del duque Geza. Casi seguramente fue el primer abad de San Martín (Pannonhalma). Dicha abadía, fundada por Geza, fue la primera institución eclesiástica de Hungría. El duque fue sucedido por su hijo, Esteban I, quien se preocupó seriamente por la evangelización de los magiares. San Anastasio predicó incansablemente y empezó a crear la organización eclesiástica. Esteban envió al santo a Roma para informar del estado de la misión al Papa Silvestre II. Poco después del regreso de Anastasio, el año 1001, Esteban fue coronado rey, probablemente a instancias del emperador Otón III. Esto explica que Radla se identifique con el Anastasio que fue elegido primer obispo de Hungría.

En el sínodo de Francfort en 1006, al que asistió San Anastasio, se le dio simplemente el título de "Ungarorum episcopus". Según parece, la sede de San Anastasio no estaba en Esztergom, que poco después llegó a ser la sede primacial. Aunque la primera diócesis húngara sobre la que existen documentos, es la de Vesprem, probablemente la sede de San Anastasio estaba en Kalocsa. Durante el resto de su larga vida, San Anastasio trabajó de consuno con el rey San Esteban para organizar la Iglesia en sus dominios y convertir a la fe

a los fieros magiares. San Anastasio murió alrededor del año 1040, poco antes que San Esteban.

No sabemos nada sobre la vida personal y el carácter de San Anastasio, pero no deja de ser muy significativo el hecho de que San Adalberto de Praga le tuviese tanto cariño y tanta confianza. En efecto, San Adalberto escribió a la esposa de Geza que enviase de nuevo a Polonia a "su maestro" y escribió al propio San Anastasio para instarle a que, si la duquesa no le dejaba partir, debía escapar e ir a reunirse con "su Adalberto". Pero San Anastasio comprendió que su deber consistía en quedarse entre los magiares.

El mejor estudio sobre el problema es, sin duda, el de F. Dvornik, *Making of Central and Eastern Europe* (1949). El autor deja ver claramente que la historia de la conversión de Hungría resulta oscura y confusa aun para los historiadores originarios de Europa oriental. Cf. C. Kadlec, en *Cambridge Medieval History*, vol. IV, p. 214. Véase también la *Vida de San Bruno* escrita por San Adalberto, en *Fontes rerum bohemicarum* (1871), vol. I; la *Vida de San Esteban*, en MGH., *Scriptores*, vol. XI; y cf. vol. IV, pp. 547, 563; y *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. I (1930), c. 394.

BEATO RAINERIO DE AREZO (1304 P.C.)

CARECEMOS de detalles sobre la vida de este beato, que fue uno de los primeros franciscanos. Sabemos que nació en Arezo y que pertenecía a la familia Mariani. Renunció a su carrera en el mundo para ingresar en la Orden de los Frailes Menores. Fue compañero del Beato Benito de Arezo, quien había sido recibido en la orden por el propio San Francisco. En vida, se le atribuyeron varios milagros. Inmediatamente después de su muerte, ocurrida en Borgo San Sepolcro el 1º de noviembre de 1304, la municipalidad de Arezo le erigió un altar y anotó todos sus milagros. El culto del Beato Rainerio fue confirmado en 1802.

Los bolandistas hablan del beato el 1º de noviembre. No lograron encontrar ninguna biografía, fuera de las cortas noticias biográficas de Wadding y otros cronistas; en cambio, publicaron un catálogo de los milgaros obrados en la tumba del beato, tomado de un manuscrito. Véase también a Mazzara, *Leggendario Francescano*, (1860), vol. II, pp. 295-296; y Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. IV, pp. 34-35.

BEATO JUAN DE LA PAZ (*c.* 1332 P.C.)

ANTIGUAMENTE, solía confirmarse el culto de los siervos de Dios, sin conocer gran cosa acerca de su vida. Cuando Pío IX aprobó, para la orden de San Francisco, la celebración de la fiesta del Beato Juan, se creía que éste había muerto en la primera mitad del siglo XV. De entonces acá, el archivista S. Barsotti, al cabo de infatigables investigaciones, ha puesto en claro que existieron en Pisa dos Juanes, a los que se ha confundido. El que murió en 1433 era un peletero casado; en cambio, el fundador de los "Fraticelli della Penitenza", de Pisa fue ermitaño algún tiempo y murió alrededor de 1332.

Véanse las dos obras de S. Barsotti, *Pro memoria sul B. Giovanni della Pace* (1901), *Un nuovo fiore serafico* (1906), así como el decreto de confirmación del culto en *Analecta Juris Pontificii*, vol. III (1858), cc. 378-380. La confusión se ha perpetuado en diversas obras, como por ejemplo, Léon, *Auréole Séraphique*, vol. IV, p. 60.

BEATO GABRIEL DE ANCONA (1456 P.C.)

San Jacobo de la Marca, cuya fiesta se celebra el 28 de este mes, recibió del Papa Calixto III la orden de escribir una biografía de este santo franciscano. Desgraciadamente, no pudo encontrarse dicho documento cuando se confirmó el culto del beato, en 1753, de suerte que tenemos pocos detalles sobre su vida. Gabriel pertenecía a la familia Ferreti de Ancona. A los dieciocho años ingresó en la Orden de los Frailes Menores de la Observancia. Durante quince años misionó en la Marca de Ancona, donde se distinguió por su santidad y milagros. Después, fue nombrado guardián del convento de la observancia de su ciudad natal. Se cuenta que difundió mucho entre los frailes jóvenes la práctica de la devoción de la Corona Seráfica, (que consiste en un rosario en honor de los gozos de Nuestra Señora), y que la Santísima Virgen mostró milagrosamente cuánto le agradaba esa devoción. En cierta ocasión, el Beato Gabriel fue acusado ante San Jacobo por haber cometido una pequeña falta. Este se fijó más en quién había infringido la regla que en la pequeñez de la falta, le ordenó que se acusase y tomase una disciplina delante de la comunidad. El beato Gabriel obedeció con gran alegría y, en señal de amistad, envió a San Jacobo un costal de azúcar y una alfombra para su iglesia. El beato Gabriel murió en Ancona el 12 de noviembre de 1456. Pío IX, cuyo apellido era Mastai-Ferretti, pertenecía a otra rama de la familia del Beato Gabriel.

Casi todas las colecciones de vidas de franciscanos hablan del Beato Gabriel: por ejemplo, hay una noticia biográfica bastante completa en Mazzara, *Leggendario Francescano* (1680), vol. II, pte. 2, pp. 425-427. Es particularmente autorizada la información que proporciona Wadding, *Annales Ordinis Minorum*, vol. XII, nn. 206-214. V. M. Ferretti (1754) y S. Melchiori (1846) publicaron sendas semblanzas biográficas. Véase también Léon, *Auréole Séraphique*, vol. IV, pp. 61-66.

13: SAN DIEGO (1463 P.C.)

Diego nació en el pueblecito de San Nicolás del Puerto, en la diócesis de Sevilla. Sus padres eran pobres. Cerca de San Nicolás había un santo sacerdote ermitaño. Diego consiguió que le admitiese por discípulo, a pesar de que era aún muy joven y, desde entonces empezó a imitar las austeridades y prácticas de devoción de su maestro. Juntos cultivaban un pequeño huerto y trabajaban en la manufactura de cucharas, tenedores y otros utensilios de madera. Al cabo de algunos años, Diego tuvo que volver a su casa; pero poco después, tomó el hábito de hermano lego en un convento de los frailes menores observantes, en Arrizafa. Después de su profesión, los superiores le enviaron a la misión de su orden en las Islas Canarias, donde trabajó con éxito en la instrucción y conversión del pueblo. En 1445, fue nombrado guardián del convento de Fuenteventura, que era el principal de las Islas Canarias, aunque sólo era hermano lego. Cuatro años más tarde, volvió a España y vivió con gran fervor y recogimiento en diversos conventos de los alrededores de Sevilla. En 1450, se celebró un jubileo en Roma. Como la canonización de San Bernardino de Siena tuvo lugar ese año, muchos franciscanos acudieron a la Ciudad Eterna. Diego, que acompañó allá al P. Alonso de Castro, le atendió durante una peligrosa enfermedad. La diligencia con que asistió al enfermo, llamó la aten-

ción de sus superiores, quienes le confiaron el cuidado de la enfermería del convento de Ara Coeli, donde había muchos frailes enfermos. San Diego desempeñó ese oficio durante tres meses, y se dice que restituyó milagrosamente la salud a varios enfermos. Los trece años que le quedaban de vida los pasó en España, sobre todo en los conventos castellanos de Salcedo y Alcalá.

En 1463, hallándose en Alcalá, le sobrevino su última enfermedad. Cuando estaba ya moribundo, pidió una cuerda como las que usan los franciscanos para ceñirse, se la echó al cuello, tomó en sus manos el crucifijo, y pidió perdón a todos sus hermanos. En seguida, fijando los ojos en el crucifijo, repitió con gran ternura las palabras del himno de la cruz: "Dulce lignum, dulces clavos, dulce pondus sustinet" y entregó apaciblemente el alma a Dios. Era el 12 de noviembre. En vida, se le atribuyeron ya varios milagros que se multiplicaron después de su muerte. Felipe II, que obtuvo un milagro por intercesión del hermano Diego en favor de su hijo, solicitó su canonización. Esta tuvo lugar en 1588.

No existe, al parecer, ninguna biografía medieval de San Diego, pero las diversas crónicas franciscanas de fechas posteriores proporcionan abundante información. Por ejemplo, el padre Marco de Lisboa († 1591), dedica una amplia sección en su obra a San Diego (véase la traducción italiana (1591), vol. III, fol. 155 y ss.). Entre las biografías propiamente dichas, debemos mencionar la de Moreno de la Rea, *Vida del Santo Fray Diego* (1602), así como dos breves esbozos de fechas más recientes, por Berguin y Chappuis, escritos en francés en 1901 y otra biografía breve en italiano, por A. Gioia (1907). La canonización de San Diego (1588), fue motivo de grandes fiestas en España. En el Museo Británico se conservan uno o dos folletos con los panegíricos que se pronunciaron en aquella ocasión.

SANTOS ARCADIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (437 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano dice: "En Africa, el martirio de los santos españoles Arcadio, Pascasio, Probo y Eutiquiano, los cuales, en la persecución de los vándalos, habiéndose negado a profesar la pérfida herejía arriana, fueron proscritos por el rey arriano Genserico, después desterrados, tratados con atroz crueldad y, finalmente, asesinados de diferentes maneras. Al mismo tiempo, dio pruebas de su constancia, el niño Pablo, el hermano menor de Pascasio y Eutiquiano, ya que, tras haber rehusado abjurar de la fe católica, fue apaleado y condenado a la peor esclavitud." Pablito murió más tarde abandonado a las inclemencias del tiempo. Antonio Honorato, obispo de Constantina, en una carta que escribió a San Arcadio cuando éste se hallaba preso, le llama "modelo de defensores de la fe". Por esa carta, sabemos que el mártir estaba casado y tenía hijos, si es que la carta se refería realmente a él.

Según parece, no se conservan actas propiamente dichas de estos mártires, pero en la *Crónica de Próspero de Aquitania* hay un relato sumario. La carta de Antoniono Honorato puede verse en Migne, PL., vol. I, cc. 567-570.

SAN BRICIO, OBISPO DE TOURS (444 P.C.)

SAN MARTÍN de Tours se encargó de educar a Bricio en Marmoutier. Hay que reconocer, sin embargo, que durante mucho tiempo Bricio no fue una honra para su maestro, a quien trataba con dureza y desprecio. San Martín no lo despidió por temor de librarse con ello de una prueba enviada por Dios. Ade-

más, si la leyenda es verdadera, el santo había previsto ya que Bricio sería su sucesor. En efecto, cuando Bricio era diácono, había dicho que San Martín estaba loco. Cuando éste le preguntó por qué creía semejante cosa, Bricio negó haber dicho que estaba loco. Pero San Martín le aseguró que había oído el insulto y añadió: "A pesar de ello, no he dejado de pedir por ti y, algún día serás obispo de Tours, pero sufrirás mucho en ese cargo." Bricio pensó entonces que su maestro estaba realmente loco. Sulpicio Severo, en uno de sus diálogos, hace decir a Bricio que él es un modelo de conducta porque se educó en Marmoutier, en tanto que San Martín se había educado en campos militares y estaba ya chocheando. Pero súbitamente, Bricio se arrojó a los pies de San Martín y le pidió perdón. El santo, que siempre estaba dispuesto a perdonar, le dijo: "Si Cristo pudo soportar a Judas, yo podré ciertamente soportar a Bricio."

San Martín murió el año 397, y Bricio fue elegido para sucederle. Al principio, no estuvo a la altura de su cargo y algunos intentaron en vano, en varias ocasiones, hacer que le condenasen hasta que se le acusó de haber pecado con una mujer, cuando llevaba ya treinta y tres años de episcopado. San Gregorio de Tours afirma que Bricio probó su inocencia mediante un milagro asombroso; sin embargo, fue expulsado de su sede y viajó a Roma a protestar de su inocencia. Los siete años que pasó en el destierro le transformaron totalmente. Cuando murió Armencio, quien había administrado su diócesis en su ausencia, San Bricio regresó a su sede. En los años que le quedaban, llevó una vida tan ejemplar y se dedicó tan intensamente al ministerio pastoral, que el pueblo le veneró como santo cuando murió.

Veinticinco años después de la muerte de San Bricio, se celebraba ya su fiesta en Tours con una vigilia. Su culto se extendió rápidamente. En Inglaterra llegó a ser muy popular (el nombre de San Bricio figura todavía en el calendario anglicano), pero actualmente sólo se le recuerda por la matanza del día de su fiesta, en el año 1002, fecha en que Etelredo mandó asesinar en masa a los daneses y provocó así la invasión de Inglaterra por Sweyn.

Casi todo lo que sabemos sobre San Bricio procede de los escritos de Sulpicio Severo sobre San Martín y de las tradiciones populares que relata San Gregorio de Tours. Sin duda que hay muchos detalles dudosos en la biografía de San Bricio, pero sobre esos puntos remitimos al lector a los especialistas en la materia: Poncelet, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXX (1911), pp. 88-89, y Delehaye, ibid., vol. XXXVIII (1920), pp. 5-136, sobre todo 105 y 135. Las cartas del Papa Zósimo están resumidas por Jaffé-Kaltenbrunner en *Regesta Pontificum*, nn. 330-331; el texto completo puede verse en *Migne* PL; vol. XX, cc. 650-663. En el segundo de estos textos se declara expresamente que Lázaro, el acusador de Bricio, fue "pro calumniatore damnatus, cum Bricci inoocentis episcopi vitam falsis objetionibus appetisset." Probablemente lo que popularizó la devoción de San Bricio en Inglaterra y en Italia, fue su estrecha relación con San Martín. En casi todos los calendarios publicados por F. Wormald en la Henry Bradshaw Society, se menciona el nombre de San Bricio el 13 de noviembre.

SAN EUGENIO, ARZOBISPO DE TOLEDO (657 P.C.)

UN OBISPO llamado Eugenio, que era astrónomo y matemático, ocupó la sede de Toledo. Su sucesor, San Eugenio, era músico y poeta, de origen godo. Siendo monje de Zaragoza, se escondió en un cementerio para evitar que le eligiesen obispo; pero fue descubierto y obligado a aceptar la consagración. Se conservan algunos escritos del santo, tanto en prosa como en verso. Se dice que era

también buen músico y que trató de elevar el nivel del canto sacro que había degenerado mucho. San Eugenio gobernó su sede con gran edificación. Su sucesor fue San Ildefonso, un sobrino suyo. Alban Butler habla también de otro San Eugenio de Toledo, a quien el Martirologio Romano conmemora el 15 de noviembre. En realidad, se trata de un mártir relacionado con San Dionisio de París, pero que nada tuvo que ver con España. El 17 de noviembre, el Martirologio Romano menciona a un tercer San Eugenio, diácono de San Cenobio de Florencia y discípulo de San Ambrosio.

Hay cierta confusión en las primeras listas episcopales de Toledo, de suerte que la existencia de Eugenio I es discutible. Probablemente la leyenda publicada en *Analecta Bollandiana*, vol. II, es un mito. En cambio, no se puede dudar ni de la existencia histórica, ni de las actividades literarias del Eugenio que murió el año 657. San Ildefonso habla brevemente de él en *De viris illustribus*, cap. XIV (Migne, PL., vol. XCVI, c. 204). Sus obras poéticas fueron publicadas y anotadas en MGH., *Auctores Antiquissimi*, vol. XIV. Véase sobre este punto *Analecta Bollandiana*, vol. XXIV (1905), pp. 297-298. Cf. J. Madoz, en *Revue d'histoire ecclésiastique*, vol. XXXV (1939), pp. 530-533.

SAN NICOLAS I, PAPA　(867 P.C.)

CUANDO Nicolás I murió, el 13 de noviembre del año 867, después de nueve años de pontificado, todos los hombres de buena voluntad le lloraron. Los romanos consideraron los aguaceros que cayeron entonces sobre Roma como una señal de la pena del cielo, porque el difunto Papa había merecido realmente los títulos de "Santo" y "Grande" que las futuras generaciones habían de darle. Uno de sus contemporáneos escribía: "Desde la época del bienaventurado Gregorio (el Grande), no había ocupado la cátedra pontificia ninguno que pudiera compararsele. Nicolás daba órdenes a los reyes y señores como si fuese el amo del mundo. Era amable, bondadoso y modesto con los obispos y sacerdotes buenos y con los buenos cristianos; en cambio, era duro y terrible con los malvados. Puede decirse con verdad que Dios nos dio en él a un segundo Elías". En efecto, Nicolás I fue el Papa más grande entre Gregorio I e Hildebrando.

Pertenecía a una distinguida familia romana, y Sergio II le tomó a su servicio. San León IV y Benedicto III le emplearon también. Cuando murió este último, el año 858, Nicolás, que no era más que diácono, fue elegido Papa. Su primer problema fue hacer frente a la delicada situación de Constantinopla, que era la segunda sede de la cristiandad. En nuestro artículo sobre San Ignacio de Constantinopla (23 de octubre) relatamos la forma en que Bardas César y el emperador Miguel III desposeyeron de su sede al patriarca y pusieron a Focio en su lugar. Sobrevinieron otras complicaciones y todo el pontificado de San Nicolás se resintió por la dificultad en las relaciones entre Roma y Constantinopla. A ese propósito, San Nicolás I recibió una carta del monarca búlgaro, Boris, recientemente bautizado, quien le hacía diversas preguntas. La respuesta de San Nicolás fue "una obra maestra de prudencia pastoral que constituye uno de los más bellos documentos de la historia del pasado." El santo reprochó a Boris la crueldad con que trataba a los paganos y le prohibió tratar de convertirlos por la fuerza. Igualmente, incitó a los búlgaros a ser menos supersticiosos, menos crueles en la guerra y a no emplear la tortura. Naturalmente, San Nicolás hubiese querido que esa nueva porción de la cristiandad se sometiese a su autoridad; pero Boris eligió finalmente la autoridad de Constantinopla.

San Nicolás I fue un valiente defensor de la integridad del matrimonio, de los débiles y oprimidos y de la igualdad de todos los hombres ante la ley de Dios. No sólo tuvo que defender el sacramento del matrimonio contra el rey Lotario de Lorena, sino también contra los obispos complacientes que habían aprobado el divorcio de éste y su nuevo matrimonio. Cuando Carlos el Calvo, de Borgoña, consiguió que los obispos francos excomulgasen a su hija Judit por haber contraído matrimonio con Balduino de Flandes sin permiso de su padre, Nicolás intervino en favor de la libertad del matrimonio, recomendó a los obispos que en adelante se mostrasen menos severos y pidió a Hincmaro de Reims que tratase de reconciliar a Carlos con su hija.

Hincmaro fue sin duda una figura preclara entre los obispos de la Edad Media, pero era un hombre soberbio y ambicioso. Con motivo de la apelación a la Santa Sede, hecha por uno de los sufragáneos de Hincmaro contra la sentencia de su metropolitano, San Nicolás I, lo mismo que otros Papas, tuvo que obligar a éste a reconocer el derecho de la Santa Sede a intervenir en los asuntos de importancia. San Nicolás excomulgó también por dos veces al arzobispo Juan de Ravena, a causa de la intolerancia con que trataba a sus sufragáneos y a otros miembros del clero y también, porque se oponía abiertamente a las decisiones de Roma. Por su actitud, adquirió el Papa la fama de ser un juez justo y firme y mucha gente de todas las clases sociales y de todos los puntos de Europa, acudió a él en demanda de justicia.

Con la caída del imperio de Carlomagno, la situación de la Iglesia de occidente era muy delicada. Cuando Nicolás I ascendió al trono pontificio, los nobles concedían y arrebataban a su gusto las sedes episcopales y, con frecuencia, las ponían en manos de obispos jóvenes, inexpertos y aun viciosos. El arma de la excomunión se empleaba constantemente sin la menor discreción (y así se hizo durante mucho tiempo). El desprecio con que se miraba a algunos miembros del clero, se había transformado en desprecio por los cargos que ocupaban. Finalmente, las prácticas penitenciales habían degenerado o caído en el olvido, con lo que se había producido una gran corrupción de costumbres. San Nicolás hizo cuanto pudo por oponerse a esos abusos durante su breve pontificado y combatió infatigablemente la maldad y la injusticia, lo mismo entre el alto y el bajo clero que entre los laicos. Ciertamente que San Nicolás no carecía de ambición, pero su objetivo consistía en colocar a la Santa Sede en una situación privilegiada para que pudiese hacer mayor bien a las almas.* El anglicano Milman escribió a este propósito: "Si Nicolás I trató despectivamente a los reyes de Francia, debemos reconocer que el poder real se había ganado el desprecio del mundo entero. Cierto que Nicolás anuló un decreto de un sínodo nacional, constituido por los más distinguidos prelados de la Galia, pero el sínodo había sido ya condenado por todos aquéllos que estaban en favor de la justicia y la inocencia." Cuando surgía un escándalo o un desorden, el Pontífice "no dejaba descanso a su cuerpo ni reposo a sus miembros" hasta que hubiese hecho todo lo posible por poner el remedio.

San Nicolás se mostró especialmente solícito en los asuntos de su diócesis, sin descuidar por ello los asuntos de toda la cristiandad. Por ejemplo, tenía una

* Se ha acusado a Nicolás I de haber empleado las "Falsas Decretales" sabiendo que eran falsas. En realidad, las usó muy poco y sin saber que eran falsas, pues nadie lo sabía antes del siglo XV. Las *Falsas Decretales* fueron compuestas en Francia, de donde pasaron a Italia.

lista de todos los inválidos de Roma, a los que enviaba diariamente la comida a sus casas. Además, en el palacio del Pontífice se repartían víveres a los pobres que no estaban baldados; cada uno recibía una especie de talón en el que estaba marcado el día de la semana en que debía presentarse a recoger las provisiones. La salud de San Nicolás no era muy fuerte, y la energía con que trabajaba acabó por arruinarla. "Nuestro Padre celestial, escribió el Pontífice, se ha complacido en visitarme con tan fuertes dolores, que no sólo no me dejan responder personalmente a vuestras preguntas, pero ni siquiera dictar mis respuestas." La muerte le sobrevino en Roma, el 13 de noviembre de 867. Sin Nicolás el Grande, cuya fiesta se celebra todos los años en Roma, fue un hombre "paciente y moderado, humilde y casto, de rostro hermoso y agradable presencia. Se expresaba con gran sabiduría y modestia, como si ignorase la grandeza de sus actos. Fue muy penitente y amante de los Sagrados Misterios, amigo de las viudas y los huérfanos y paladín de toda la cristiandad." (*Liber Pontificalis*). Cuando San Nicolás yacía inconsciente en su lecho de muerte, uno de sus servidores le robó el dinero que había reunido para los pobres.

La figura de San Nicolás pertenece a la historia general de la Iglesia. No existe ninguna biografía primitiva que trate de sus virtudes personales. El relato del *Liber Pontificalis* (edic. Duchesne, vol. II, pp. 151-172), debido probablemente a la pluma de Anastasio el Bibliotecario, tiene menos carácter de inventario que otras noticias biográficas anteriores. Son excelentes las biografías que se encuentran en Mann, *Lives of the Popes*, vol. III (1906), pp. 1-148 y en la obrita de Jules Roy, *St Nicholas I* (trad. ingl., 1901); en ambas hay una lista de las principales fuentes y obras que merecen consultarse. Pero de entonces acá, han visto la luz otros documentos importantes. La correspondencia de Nicolás I puede verse en Migne, PL., vol. CXIX, y en MGH., *Epistolae*, vol. VI; acerca de esta última obra, cf. E. Ferels, en *Neues Archiv*, vol. XXXVII (1912) y vol. XXXXIX (1914), así como la obra del mismo autor, titulada *Papst Nicolaus und Anastasius Bibliothecarius* (1920). Véase también a Duchesne, en *Les Premiers Temps de l'Etat pontifical* (1911); F. Dvornik, *Les Slaves, Byzance et Rome au IXème. siècle* (1926), y *The Photian Schism* (1948); F. X. Seppelt, *Das Papstum im Früh-Mittebalter* (1934), pp. 241-284. Acerca de la cuestión de las falsas Decretales, véase a P. Fournier y G. Le Bras, en *Histoire des Collections canoniques en Occident*, vol. I (1931), pp. 127-233; y J. Haller, *Nikolaus I und Pseudo-Isidor* (1936).

SAN ABO DE FLEURY, ABAD (1004 P.C.)

SAN ABO de Fleury fue uno de los monjes más sabios de su época. Alrededor del año 971, San Oswaldo de York, que era entonces obispo de Worcester, fundó un monasterio en Ramsey, en Huntingdonshire. San Oswaldo había tomado el hábito de San Benito en Fleury-sur-Loire y, hacia el año 986, empleó los servicios de San Abo como director de la escuela de Ramsey. San Abo, que había estudiado en París, Reims y Orléans, desempeñó ese cargo durante dos años, al cabo de los cuales volvió a Fleury para continuar sus estudios de filosofía, matemáticas y astronomía. Pero ese período de tranquilidad no duró mucho tiempo, ya que fue elegido abad cuando murió el que ejercía ese cargo. Pero la elección fue muy reñida y la oposición entre los dos partidos no se confinó al monasterio. Finalmente, la cuestión quedó decidida en favor de San Abo, gracias a Gerberto, quien algunos años más tarde ocupó la cátedra pontificia con el nombre de Silvestre II.

La carrera prelacial de San Abo fue muy azarosa, porque el santo intervino enérgicamente en los asuntos de su época. En efecto, hizo cuando pudo

por conseguir la exención de los monasterios del dominio de los obispos, participó en varios sínodos, y fracasó en su intento de hacer que Roma reconociese el segundo matrimonio de Roberto II, que había sido muy irregular. Pero San Abo es famoso sobre todo por sus escritos, entre los que se cuentan una colección de cánones y una biografía de San Edmundo de Inglaterra, rey y mártir.

Por una carta de San Abo, sabemos que se le empleó con frecuencia para restablecer la paz en los monasterios. La causa de su muerte fue su celo por la disciplina y, por eso, se la venera como mártir. En efecto, el año 1004, fue a restablecer el orden en el monasterio de La Réole, en Gascuña. Precisamente entonces, estalló una reyerta entre los monjes y la servidumbre del monasterio y, en el calor de la lucha, el santo fue apuñalado. Herido gravemente, se arrastró como pudo hasta su celda y ahí murio en brazos de un monje. Una o dos diócesis de Francia celebran la fiesta de San Abo; sin embargo, el culto del santo es bastante discutible por falta de documentos suficientes.

Existe una biografía fidedigna de San Abo, escrita por su contemporáneo Aimoin; puede verse en Mabillon, vol. VI, pte. I, pp. 32-52, junto con la carta circular que se escribió para anunciar la muerte trágica del santo. En Migne, PL., vol. CXXXIX, hay varios escritos de San Abo y una colección de sus cartas, pero no existe ninguna edición completa de sus obras. Los estudios matemáticos y científicos del santo han llamado la atención de los eruditos; véase, por ejemplo, M. Cantor, *Vorlesungen über d. Geschichte der Mathematik* (1907), vol. I, pp. 845-847. A pesar de lo que se ha dicho, San Abo no tuvo nada que ver con las falsas decretales; véase a Sackur en *Die Cluniacenser*, vol. I, pp. 270-299 y la obra de Fournier y Le Bras, mencionada en la bibliografía precedente. En 1954, Dom Cousin publicó una obra titulada *S. Abbo de Fleury, un savant, un paster, un martyr*.

SAN HOMOBONO (1197 P.C.)

COMO LO hace notar Alban Butler, el comercio es con frecuencia ocasión de apego exagerado a los bienes de este mundo, de codicia inmoderada y de mentiras, fraudes e injusticias. Pero todo ello procede del abuso de los hombres y no constituye un defecto inherente a la profesión de comerciante, como lo prueba el ejemplo de éste y otros santos. Homobono era hijo de un mercader de Cremona, en la Lombardía. En el bautismo recibió ese nombre que significa "hombre bueno". Su padre, en vez de enviarle a la escuela, se ocupó de enseñarle personalmente la profesión mercantil y, con el ejemplo de la palabra, le imbuyó en el amor a la probidad, la integridad y la virtud. El santo aborrecía desde niño la menor sombra de fraude o injusticia y, a su honradez unía el sentido del ahorro, la diligencia y la laboriosidad. Consideraba la dedicación al comercio como una vocación de Dios y lo practicaba hábilmente, sin olvidar nunca las necesidades de su familia, de su pueblo y de sí mismo. Un comerciante que no tiene al día sus libros, que no administra sus negocios con orden y regularidad y que no se aplica seriamente a ello, falta a uno de sus deberes, esenciales de cristiano. Homobono se santificó precisamente, al cumplir esos deberes con diligencia, honradez y por motivos sobrenaturales.

San Homobono se casó a su debido tiempo y su esposa le ayudó con prudencia y fidelidad en el gobierno de la casa. La ambición, la vanidad y la ostentación, no son menos nocivas que otros defectos aparentemente más graves de la clase media, que debería distinguirse por la modestia, la moderación y la sencillez. Todos los gastos exagerados en el vestido, el tren de vida y otras

cosas vanas ofenden a otros y dañan a quienes los hacen. Un hombre de baja estatura que usa zancos, sólo consigue ponerse en ridículo. El comerciante está obligado a honrar y ayudar a la sociedad a la que pertenece; la ostentación no hace más que ponerle en ridículo y arruinar su felicidad San Homobono supo esquivar esos escollos contra los que se estrellan tantos comerciantes. Además, no contento con dar el diezmo de sus ganancias a los pobres de Cristo, era extraordinariamente generoso en sus limosnas, visitaba a los pobres en sus casas, los ayudaba en sus necesidades materiales y los exhortaba a mejor vida. Su biógrafo afirma que Dios le concedió la gracia de socorrer milagrosamente a aquéllos que lo necesitaban. San Homobono tenía por costumbre ir todas las noches a la iglesia de San Gil, porque la oración era la fuente de todas sus buenas acciones y en ella consagraba el santo su vida a Dios. El 13 de noviembre de 1197, cuando el sacerdote entonaba el "Gloria in excelsis" de la misa, Homobono extendió los brazos en cruz y cayó de bruces. Los presentes pensaron que se trataba de un acto de devoción; pero, como el santo no se levantase al momento del Evangelio, acudieron a ver lo que pasaba y le encontraron muerto. Sicardo, obispo de Cremona, fue personalmente a Roma a solicitar que se le canonizase. Así lo hizo Inocencio III en 1199.

A. Maini publicó, en 1857, una corta biografía medieval con el título de *S. Homoboni Cremonensis Vita Antiquior.* Fuera de eso, los únicos datos que poseemos proceden de las lecciones del breviario. Sin embargo, Sicardo de Cremona menciona al santo, quien fue canonizado dos años después de su muerte (Potthast, *Regesta,* vol. I, p. 55). Es el patrono de los sastres y modistas. Su fama se extendió por Italia, Alemania (donde se le llama Gutman) y Francia. G. Belladori publicó, en 1674, una voluminosa obra titulada *Il trafficante celeste, oceano di santita e tesoriero del celo, Huomobono il santo, Cittadino Cremonese.* Más modernas son las obras de F. Camozzi (1898), D. Bergamaschi (1899), y R. Saccani (1938). Marco Vida, el poeta neoclásico del siglo XVI que criticó el "estilo corriente" de Homero, era originario de Cremona y escribió un himno en honor de San Homobono. Alban Butler cita cuatro estrofas de dicho himno y llama a Marco Vida "el Virgilio cristiano".

SAN ESTANISLAO DE KOSTKA (1568 P.C.)

El Martirologio Romano, al conmemorar la muerte de San Estanislao de Kostka el 15 de agosto, afirma con razón que, "con la inocencia de su vida, alcanzó en poco tiempo la perfección de una larga existencia". Estanislao era el segundo hijo de Juan Kostka, senador de Polonia, y de Margarita Kryska. Nació en el castillo de Rostkovo, en 1550. Hizo sus primeros estudios en su casa bajo la dirección de Juan Bilinsky, junto con su hermano mayor, Pablo. A los catorce años, Estanislao ingresó en el colegio de los jesuitas de Viena. Acostumbraba consagrar a la oración y al estudio todo el tiempo que podía y la rudeza del lenguaje le molestaba en extremo. Cuando había en su casa huéspedes indiscretos, el padre de Estanislao les decía: "No relatéis vuestros cuentos delante de Estanislao". En el internado del colegio de Viena el recogimiento y devoción de la vida y la oración del joven sorprendieron a todos. Ocho meses después de la llegada de Estanislao a Viena, el emperador Maximiliano II quitó a los jesuitas la casa que Fernando I les había prestado para el internado. Pablo Kostka, dos años mayor que Estanislao, era un joven alegre y amante de las diversiones, que consiguió el permiso de Bilinsky para

hospedarse en casa de unos luteranos. Como esa perspectiva desagradaba a Estanislao, Pablo se burló de su recogimiento y devoción. En cierta ocasión, cansado de los malos tratos de su hermano, Estanislao profirió la gran amenaza que hacen todos los niños: "Acabaré por escaparme para no volver y tú tendrás que dar cuentas a papá y mamá." Estanislao comulgaba todos los domingos y días de fiesta y ayunaba siempre la víspera del día en que iba a comulgar. Cuando no estaba en la iglesia o en el colegio, se hallaba en su cuarto, entregado al estudio o la oración. Se vestía modestamente, practicaba la mortificación corporal y detestaba las clases de baile. La antipatía de Pablo por su hermano aumentó paulatinamente. Por otra parte, Bilinsky, aunque era un hombre razonable, no profesaba a Estanislao un afecto particualr.

Cierto día, Estanislao cayó enfermo y pidió el viático, pero el luterano, en cuya casa habitaba, no permitió que el Santísimo Sacramento entrase en ella. Entonces, San Estanislao, muy afligido, se encomendó fervorosamente a Santa Bárbara, a cuya cofradía pertenecía, y tuvo una visión en la que dos ángeles le trajeron la comunión.

Se cuenta también que se le apareció la Santísima Virgen en otra ocasión y le dijo que aún no había llegado la hora de su muerte y que debía ingresar en la Compañía de Jesús. Estanislao, que ya antes había pensado en hacerlo, pidió la admisión en cuanto recuperó la salud. El P. Maggi, provincial de Viena, no quiso admitirle por temor de indisponer a su padre contra la Compañía. Entonces, Estanislao decidió ir a pie a Roma, si fuera necesario, para solicitar la admisión al P. General en persona. Así pues, caminó a Augsburgo y luego a Dilinga, con el objeto de entrevistarse, primero, con San Pedro Canisio, provincial en Alemania superior. Para ese viaje de casi 500 kilómetros, se vistió pobremente. En cuanto su hermano y Bilinsky descubrieron su fuga, salieron a perseguirle, pero no consiguieron reconocerle, por razones que varían según los autores. San Pedro Canisio le acogió amablemente y le puso a servir a los estudiantes en el comedor y a hacer la limpieza de sus aposentos; el joven cumplió su cometido con tal reverencia y humildad, que los estudiantes quedaron asombrados, aunque no le conocían. Al cabo de tres semanas, San Pedro Canisio le envió a Roma con dos compañeros. En la Ciudad Eterna Estanislao se entrevistó con San Francisco de Borja y le expuso el objeto de su viaje. San Francisco de Borja accedió a su petición y le admitió en el noviciado, en 1567, a los diecisiete años de edad. Entre tanto, Estanislao había recibido una dura carta de su padre, en la que éste le amenazaba con hacer expulsar de Polonia a los jesuitas y le reprendía por haber tomado una "sotana despreciable y haber abrazado una profesión indigna de su alcurnia." Estanislao respondió en términos filiales, pero manifestó su firme decisión de servir a Dios en la vocación a la que El le había llamado. Después, dejando el asunto en manos de Dios, se dedicó tranquilamente al cumplimiento de sus deberes.

Según el P. Fazio, maestro de novicios de Estanislao, el objetivo principal del santo fue santificarse perfectamente en la vida ordinaria. El único límite de su mortificación era la obediencia a su director espiritual. Aunque exageraba sus faltas con no fingida sencillez, lo cierto es que llevó en el noviciado una vida de oración constante. Su amor a Jesucristo en el Santísimo Sacramento era tan ardiente que, cuando entraba en la iglesia, su rostro se encendía; además, con frecuencia era arrebatado en éxtasis durante la misa y después de la comunión. Pero aquel novicio modelo sólo estaba destinado a vivir nueve meses.

En efecto, el calor del verano romano le hizo mucho daño y le produjo frecuentes desvanecimientos, de suerte que el joven comprendió que moriría pronto. El día de la fiesta de la dedicación de Santa María la Mayor, hablando con el P. Manuel de Sa sobre la Asunción de la Santísima Virgen, Estanislao le dijo: "¡Qué día tan feliz debió ser para todos los santos aquél en que María entró en el cielo! Quizá ellos lo celebran con especial gozo, como lo hacemos nosotros en la tierra. Espero que estaré entre ellos en su próxima celebración". Por el momento, nadie dio importancia a esas palabras, cuyo verdadero sentido se reveló diez días más tarde. El día de la fiesta de San Lorenzo, Estanislao se sintió mal. Dos días después, cuando le sacaron de la cama para trasladarle a un lecho más confortable, hizo la señal de la cruz sobre él y dijo que nunca volvería a levantarse. El P. Fazio se rió paternalmente y le dijo: "Hombre de poca fe, ¿abandonáis toda esperanza por una enfermedad tan leve?" Estanislao replicó: "Cierto que soy un hombre de poca fe, pero la enfermedad no es leve y ella me matará". Al amanecer del día de la Asunción, el joven susurró al oído del P. Ruiz la noticia de que contemplaba a la Santísima Virgen rodeada por los ángeles. Después murió apaciblemente. Al cabo de un mes, Pablo de Kostka llegó a Roma con instrucciones de su padre para que Estanislao volviese a toda costa a Polonia. Bajo la impresión de la noticia de la muerte de su hermano, Pablo comprendió lo mal que se había portado con él y fue uno de los principales testigos en el proceso de beatificación. Otro de los testigos fue Bilinsky, quien afirmó entre otras cosas: "Pablo jamás dijo una palabra amable a su bendito hermano. Tanto él como yo teníamos completa conciencia de la santidad de todos los actos de Estanislao". Pablo vivió devorado por los remordimientos hasta el fin y, a los sesenta años, pidió ser admitido en la Compañía de Jesús. San Estanislao fue canonizado en 1726 y se le venera como patrono menor de Polonia.

Los biógrafos del santo han utilizado las deposiciones de los testigos y otros documentos del proceso de beatificación. Pero algunos de esos documentos no fueron publicados sino hasta muy recientemente. Por ejemplo, la biografía escrita por S. Varsevicki, quien conoció al santo en el noviciado, vio la luz en 1895. La biografía antigua más completa, es probablemente la del P. Ubaldini que fue publicada por partes en *Analecta Bollandiana*, vol. IX (1890) y ss. Sin embargo, no habían faltado antes biógrafos a San Estanislao. La obrita latina del P. Sacchini vio la luz en 1609. Las biografías de los PP. Bartoli y d'Orléans, escritas también en el siglo XVII, fueron reeditadas muchas veces. Los PP. Michel, Grüber y Goldie presentan los mismos hechos, pero en forma más moderna. Entre las obras más atractivas desde el punto de vista literario, se cuentan las del P. C. Martindale, *Christ's Cadets* (1913) y de la madre Maud Monahan, *On the King's Highway* (1927). Véase también *Life of St Peter Canisius* del P. James Brodrick (1935), pp. 674-676.

14: SAN JOSAFAT, ARZOBISPO DE POLOTSK, MÁRTIR (1623 P.C.)

EN OCTUBRE de 1595, el metropolitano de los ortodoxos disidentes de Kiev y otros cinco obispos, que representaban a millones de rutenos (hoy llamados ucranios), hallándose reunidos en Brest-Litovsk, ciudad de Lituania (de la que se hablaría tanto en Europa 222 años más tarde, aunque por razones muy diferentes), decidieron someterse a la Sede Romana. Las controversias a que ello dio lugar, provocaron excesos y violencias deplorables.

El gran defensor de la unidad cristiana, cuya fiesta celebramos hoy, derramó su sangre por la causa que defendía y fue el protomártir de la reunión de la cristiandad. Pero en la fecha que acabamos de citar, era todavía niño, ya que había nacido en 1580 o 1584 en Vladimir de Volhinia. Su nombre de bautismo era Juan. Su padre, que era un católico de buena familia puso a estudiar a su hijo en la escuela de su pueblo natal. Después Juan entró a trabajar como aprendiz en una tienda de Vilna, pero en vista de que el comercio no le interesaba mayormente, empleaba sus tiempos libres aprendiendo el eslavo eclesiástico para comprender mejor los divinos oficios y poder recitar diariamente una parte del largo oficio bizantino. Juan conoció por entonces a Pedro Arcudius, rector del colegio oriental de Vilna, así como a los jesuitas Valentín Fabricio y Gregorio Gruzevsky, quienes se interesaron por él y le alentaron a seguir adelante. Al principio, el amo de Juan no veía con muy buenos ojos sus inquietudes religiosas; pero el joven supo cumplir tan bien con sus obligaciones, que el comerciante acabó por ofrecerle que se asociase con él y tomase por esposa a una de sus hijas. Juan rehusó ambas proposiciones, pues estaba decidido a hacerse monje. Efectivamente, en 1604, ingresó en el monasterio de la Santísima Trinidad de Vilna. El santo indujo también a seguir su ejemplo a José Benjamín Rutsky, un hombre muy culto, convertido del calvinismo, a quien el Papa Clemente VIII había mandado abrazar, contra su voluntad, el rito bizantino. Los dos jóvenes monjes empezaron juntos a trazar planes para promover la unión y reformar la observancia en los monasterios rutenos.

Juan Kunsevich, quien desde entonces se llamó Josafat, recibió el diaconado, después el sacerdocio y pronto adquirió gran fama por sus sermones sobre la unión con Roma. Su vida personal era muy austera, ya que añadía a las penitencias acostumbradas en las reglas monásticas del oriente, otras mortificaciones tan severas, que en más de una ocasión le merecieron las críticas aun de los monjes más ascéticos. En el proceso de beatificación el burgomaestre de Vilna declaró que "no había en el pueblo ningún religioso más bueno que el P. Josafat." Como el abad del monasterio de la Santísima Trinidad manifestara su tendencia al separatismo, Juan fue elegido para sustituirle y, bajo su gobierno, el monasterio se repobló. Ello movió a sus superiores a retirarle del estudio de los Padres orientales para que fundase otros monasterios en Polonia. En 1614, Rutsky fue elegido metropolitano de Kiev, y Josafat le sucedió en el cargo de abad de Vilna. Cuando el nuevo metropolitano fue a tomar posesión de su catedral, Juan le acompañó en el viaje y aprovechó la ocasión para visitar el famoso monasterio de las Cuevas de Kiev. Pero la comunidad de dicho monasterio, que se componía de más de 200 monjes, estaba relajada, y el reformador católico estuvo a punto de ser arrojado al Dnieper. Aunque sus esfuerzos por hacer volver a la unidad a la comunidad fracasaron, su ejemplo y sus exhortaciones consiguieron hacer cambiar un tanto la actitud de los monjes y situarlos en un plano de buena voluntad.

El arzobispo de Polotsk era entonces un hombre ya muy anciano que favorecía a los disidentes. En 1617, el P. Josafat fue consagrado obispo de Vitebsk, con derecho de sucesión a la sede de Polotsk. Pocos meses después murió el anciano arzobispo. Así pues, Josafat se halló al frente de una eparquía tan extensa como poco fervorosa. Los que practicaban más a fondo la religión se inclinaban al cisma, pues temían que Roma interfiriese en forma arbitraria con sus ritos y costumbres. Las iglesias estaban en ruinas y se hallaban en

manos de los laicos. Muchos miembros del clero secular habían contraído matrimonio dos y hasta tres veces*, y la vida monástica estaba en decadencia. Josafat pidió ayuda a algunos de sus hermanos de Vilna y emprendió la tarea: reunió sínodos en las ciudades principales, publicó e impuso un texto de catecismo, redactó una serie de ordenaciones sobre la conducta del clero y combatió la interferencia de los "señores" en los asuntos de las iglesias locales. A todo ello añadió el ejemplo de su vida, su celo en la instrucción, la predicación, la administración de sacramentos y la visita a los pobres, a los enfermos, a los prisioneros y a las aldeas más remotas. Hacia 1620, prácticamente toda la eparquía era ya sólidamente católica, el orden estaba restaurado y el ejemplo de aquel puñado de hombres buenos había producido un renacimiento de la vida cristiana. Pero en ese mismo año se instituyó en el territorio afectado por el tratado de la Unión de Brest la jerarquía de obispos disidentes. Un tal Melecio Smotritsky fue nombrado arzobispo de Polotsk y se dedicó enérgicamente a destruir la obra del arzobispo católico, diciendo que Josafat se había "convertido al latinismo", que iba a obligar a sus fieles a seguir su ejemplo y que el catolicismo no era la forma tradicional del cristianismo ruteno. Cuando Melecio empezó a esparcir esos rumores, San Josafat se hallaba en Varsovia. Al volver a su diócesis, se encontró con que, aunque su ciudad episcopal seguía siéndole fiel, ciertos territorios de la eparquía comenzaban a vacilar, pues un monje llamado Silvestre había conseguido ganar las poblaciones de Vitebsk, Mogilev y Orcha para la causa de Smotritsky. La nobleza y casi todo el pueblo estaban por la unión; pero San Josafat no pudo hacer nada en las tres poblaciones que acabamos de mencionar. Cuando el rey de Polonia proclamó un decreto afirmando que Josafat era el único arzobispo legítimo de Polotsk, se prdujeron desórdenes no sólo en Vitebsk, sino en la misma Vilna. El decreto fue leído públicamente en presencia del santo, y éste estuvo a punto de perder la vida.

El canciller de Lituania, León Sapieha, que era católico, temeroso de los resultados políticos de la inquietud general, prestó oídos a los rumores esparcidos por los disidentes que, fuera de Polonia, acusaban a San Josafat de haber sido el causante de los desórdenes con su política. Así pues, en 1622, Sapieha escribió al santo acusándole de emplear la violencia para mantener la unión, de exponer al reino al peligro de una invasión de los cosacos saporoshzky por sembrar la discordia entre el pueblo, de haber clausurado por la fuerza ciertas iglesias no católicas y de otras cosas por el estilo. Las acusaciones eran demasiado generales y los testimonios ad hoc proporcionados por ambas partes sólo sirvieron para demostrar la injusticia del proceso. Lo único que se podía reprochar realmente al santo, era haber pedido el auxilio del brazo secular para recobrar la iglesia de Mogilev, de la que se habían apoderado los disidentes. El arzobispo tuvo que hacer frente también a la oposición, las críticas y la falta de comprensión de algunos católicos. Está fuera de duda que una de las causas de la facilidad con que una parte del pueblo había vuelto al cisma, era la firme disciplina y el rigor moral que el renacimiento católico había impuesto. Desgraciadamente, San Josafat no encontró entre los obispos latinos de Polonia el apoyo que merecía en tal empresa, porque mantuvo valientemente el derecho

* Según el derecho canónico oriental, un hombre casado puede ordenarse sacerdote, pero, si su esposa muere, no tiene derecho a contraer matrimonio otra vez; tampoco puede casarse, si era soltero en el momento de recibir el sacerdocio.

del clero y los ritos bizantinos a que se los considerase en Roma, en pie de igualdad con los latinos. El santo mantuvo su lucha con la misma tenacidad y valentía. En octubre de 1623, sabedor de que Vitebsk era todavía el centro de la oposición, decidió ir allá personalmente. Sus amigos no lograron disuadirle ni convencerle de que llevase una escolta militar. "Si Dios me juzga digno de merecer el martirio, no temo morir", respondió San Josafat. Así pues, durante dos semanas predicó en las iglesias de Vitebsk y visitó a los fieles sin distinción alguna. Sus enemigos le amenazaban continuamente y provocaban a sus acompañantes para poder asesinarle aprovechando el desorden. El día de la fiesta de San Demetrio, una chusma enfurecida rodeó al mártir, el cual les dijo: "Sé que queréis matarme y que me acecháis en todas partes: en las calles, en los puentes, en los caminos, en la plaza central. Pero yo estoy entre vosotros como vuestro pastor y quiero que sepáis que me consideraría muy feliz de dar la vida por vosotros. Estoy pronto a morir por la sagrada unión, por la supremacía de San Pedro y del Romano Pontífice."

Smotritsky, que era quien fomentaba la agitación, sólo pretendía probablemente obligar al santo a salir de la ciudad. Pero sus partidarios, que eran más exaltados, empezaron a tramar una conspiración para asesinar a Josafat el 12 de noviembre, a no ser que se excusase ante ellos por haber empleado antes la violencia. Un sacerdote llamado Elias fue el encargado de penetrar en el patio de la casa del arzobispo e insultar a sus criados por su religión y al amo a quien servían. Como la escena se repitiese varias veces, San Josafat dio permiso a sus criados de arrestar al sacerdote, si volvía a presentarse. En la mañana del 12 de noviembre, cuando el arzobispo se dirigía a la iglesia para el rezo del oficio de la aurora, Elías le salió al encuentro y comenzó a insultarle. El santo dio entonces permiso a su diácono para que mandase encerrar al agresor en un aposento de la casa. Eso era precisamente lo que deseaban sus enemigos. Al punto, echaron a vuelo las campanas, y la multitud empezó a clamar que se pusiese en libertad a Elías y se castigase al arzobispo. Después del oficio, San Josafat volvió a su casa y devolvió la libertad a Elías, no sin antes haberle amonestado. A pesar de ello, el pueblo penetró en la casa, exigiendo la muerte de Josafat y golpeando a sus criados. El santo salió al encuentro de la turba y preguntó: "¿Por qué golpeáis a mis criados, hijos míos? Si tenéis algo contra mí, aquí estoy; dejadlos a ellos en paz." (Inútil recalcar cuánto se parecen estas palabras a las que pronunció Santo Tomás Becket en una ocasión semejante). La chusma comenzó entonces a gritar: "¡Muera el Papista!", y San Josafat cayó atravesado por una alabarda y herido por una bala. Su cuerpo fue arrastrado por las calles y arrojado al río Divna.

San Josafat Kunsevich fue canonizado en 1867. Fue el primer santo de la Iglesia de oriente canonizado con proceso formal de la Sagrada Congregación de Ritos. Quince años más tarde, León XIII fijó el 14 de noviembre como fecha de la celebración de su fiesta en toda la Iglesia de occidente. Los ucranios y otros la celebran el 12 de noviembre, o el siguiente domingo, según el calendario juliano. El martirio del santo produjo como resultado inmediato un movimiento en favor de la unidad católica. Desgraciadamente, la controversia se prolongó con una violencia muy poco edificante, y los disidentes tuvieron también un mártir, el abad Anastasio de Brest, quien fue ejecutado en 1648. Por otra parte, el arzobispo Melecio Smotritsky se reconcilió más tarde con la Santa Sede. La gran reunión rutena existió, con altos y bajos, hasta que, después de

la repartición de Polonia, los soberanos rusos obligaron por la fuerza a los rutenos católicos a unirse con la Iglesia Ortodoxa de Rusia. Los pocos que no lo hicieron, han visto repetirse la historia en nuestros días, como lo recuerda la encíclica *Orientales omnes*, que Pío XII publicó en 1946, con motivo del 350 aniversario de la Unión de Brest.

En 1874, Dom Alphonse Guépin publicó dos gruesos volúmenes en octavo, de más de mil páginas, titulados *Saint Josaphat, archevêque martyr, et l'Eglise grecque unie en Pologne.* El autor habla en el prefacio de las fuentes de su obra. En particular, da las gracias al P. J. Martynov por haber puesto a su disposición una copia del proceso de beatificación y cierto número de documentos copiados de los archivos romanos. También cita una vasta colección de documentos reunidos por el monje basiliano Pablo Szymansky y habla de otra gran biblioteca de manuscritos del mismo tipo, reunida por el obispo Naruszewicz para sus investigaciones hitsóricas. Dom Guépin pudo disponer de todo ese material y supo emplearlo con tal tino, que la mayoría de los escritores occidentales que han escrito después de él sobre el tema, se basan en sus investigaciones. Sin embargo, hay que mencionar también los utilísimos panfletos del P. G. Hofmann (*Orientalai Christiana*, nn. 6 y 12). La noticia de la muerte de San Josafat se difundió rápidamente por toda Europa. En el Museo Británico se conserva una copia de un panfleto publicado en 1625, en Sevilla, con el título de *Relación verdadera de la muerte y martirio de ... Josafat.* Véase también O. Kozanewyc, *Leben des hl. Josaphat* (1931); y la revista *Roma e l'Oriente*, vol. x (1920), pp. 27-34. Los hechos históricos relacionados con la vida de San Josafat pueden verse en *Cambridge History of Poland*, vol. I (1950), pp. 507 ss. San Josafat y el metropolitano Rutsky fueron los iniciadores del movimiento monástico ruteno que se convirtió, más tarde, en la orden de San Basilio; por ello, desde 1932, dichos monjes recibieron el nombre oficial de Basilianos de San Josafat. En 1952, publicaron en Roma el primer volumen del texto latino de los documentos de la beatificación de San Josafat.

SAN LORENZO O'TOOLE, ARZOBISPO DE DUBLÍN (1180 P.C.)

LORENZO O'TOOLE nació en 1128, probablemente cerca de Castledermont, en Kildare. Era hijo de Murtagh, reyezuelo de los Murrays. Cuando Lorenzo tenía diez años, el rey de Leinster, Dermot McMurrogh, hizo una incursión en el territorio de Murtagh y se llevó al pequeño Lorenzo como rehén. Durante dos años, el niño sufrió muchos malos tratos, en una región pedregosa y árida de las cercanías de Ferns, hasta que su padre tuvo noticias de la triste suerte de su hijo y obligó a Dermot, con amenazas y actos de represalia, a que confiase a su hijo al cuidado del obispo de Glendalough. Murtagh fue personalmente a ver al obispo y le pidió que echase suertes para saber cuál de sus cuatro hijos debía consagrarse a Dios. Pero Lorenzo soltó la risa y dijo: "No hay necesidad de echar suertes, porque yo deseo que mi herencia consista en servir a Dios en su Iglesia." Entonces su padre le tomó de la mano y le entregó al obispo, como señal de que le consagraba a Dios.

Cuando apenas tenía veinticinco años, Lorenzo fue elegido abad de Glendalough. Poco después, consiguió a duras penas evitar la dignidad episcopal, alegando que hacía falta haber cumplido los treinta años para ocupar tal cargo. El santo gobernó a su comunidad con prudencia y virtud. Durante el hambre que reinó en la región durante los cuatro primeros meses de su superiorato, salvó de la muerte al pueblo con sus generosísimas limosnas. Fuera del monasterio tuvo que luchar contra los malhechores y bandoleros que infestaban las colinas de Wicklow, y dentro del monasterio debió enfrentarse con los malos monjes

que no podían soportar la regularidad de su conducta y el celo con que condenaba sus excesos. A las calumnias de esos falsos hermanos San Lorenzo opuso el silencio y la paciencia. En 1161, murió Gregorio, el primer arzobispo de Dublín. Lorenzo fue elegido para sucederle. Recibió la consagración en la catedral de la Santísima Trinidad (que se llamó más tarde Iglesia de Cristo), de manos de Gelasio, arzobispo de Armagh. Aquello fue un símbolo de la unidad que reinaba en la Iglesia de Irlanda desde que había tenido lugar el sínodo de Kells en 1152, pues antes, los obispos de Dublín dependían de Canterbury. Desgraciadamente, el nuevo estado de cosas no habría de sobrevivir largo tiempo a San Lorenzo.

El primer cuidado del santo fue reformar al clero y dar buenos ministros a la Iglesia. Para ello obligó a los canónigos de su catedral a adoptar la regla de los canónigos regulares de Arrouaise. Dicha abadía, fundada en Arras en 1090, gozaba de tal fama de santidad y disciplina, que se convirtió en el modelo de muchas otras. El propio San Lorenzo tomó el hábito, comía con los religiosos, observaba el silencio como ellos y con ellos asistía al oficio de media noche. Cada día daba de comer a treinta pobres, y a veces a muchos más, sin contar a aquéllos a quienes socorría en sus casas. Todos encontraban en él a un padre en sus necesidades materiales y espirituales. Por otra parte, el santo era infatigable en la predicación y en su celo por el culto litúrgico. El rey Dermot había impuesto en la sede de Glendalough a un obispo tan indigno, que el pueblo le expulsó al poco tiempo. Para sustituirle, fue elegido Tomás, un sobrino de San Lorenzo. Ese joven abad-obispo consiguió restablecer la disciplina y hubo un reflorecimiento de la piedad. Desde entonces, San Lorenzo para huir del bullicio de Dublín acostumbraba retirarse a Glendalough donde tenía una celda abierta en la roca de un acantilado del Lago Mayor.

Dermot McMurrogh fue finalmente expulsado de Irlanda a causa de los excesos que había cometido. Para volver a ocupar sus dominios, pidió ayuda a Enrique II de Inglaterra, quien se apresuró a autorizar a sus nobles a unirse a una expedición que colmaba sus deseos. El jefe de los voluntarios fue Ricardo de Clare, conde de Pembroke, quien en 1170, desembarcó en Waterford, invadió una parte de Leinster y marchó sobre Dublín. San Lorenzo fue elegido para negociar con los invasores, pero, en tanto que se discutían las condiciones, los aliados anglo-normandos de Dermot tomaron Dublín y lo pasaron a sangre y fuego. Lorenzo volvió a la ciudad para socorrer a los heridos, defender a los sobrevivientes y dar valor a todos. Dermot pereció en el momento de su triunfo. Ricardo de Clare, que estaba casado con Eva, la hija de Dermot y sobrina de San Lorenzo, exigió que se le entregase Leinster. Por entonces, el rey Enrique mandó llamar a sus vasallos, los irlandeses se unieron bajo el mando del rey Rory O'Connor y Ricardo de Clare se encastilló en Dublín. San Lorenzo emprendió otra vez las negociaciones, pero volvieron a fracasar. Ricardo de Clare, en un momento de desesperación, atacó a las fuerzas irlandesas y las derrotó, con lo que puso fin a las esperanzas patrióticas de San Lorenzo y dio comienzo al "problema irlandés".

Unos quince años antes, el rey Enrique II había obtenido una bula de Adriano IV, llamada "Laudabiliter", por la que éste le autorizaba a invadir

Irlanda, a fin de "someter al pueblo a la ley y desarraigar el vicio".* Enrique aprovechó la oportunidad que se le presentó entonces de realizar ese benéfico proyecto. En 1171, se le sometieron en Dublín todos los jefes irlandeses, excepto los de Connaught, Tyrconne y Tyrone. Al año siguiente, el monarca reunió un sínodo en Cashel. Ahí los obispos se enteraron de la existencia de la bula de Adriano IV, tomaron medidas en favor de la disciplina clerical, adoptaron la forma inglesa de la liturgia romana y pidieron al Papa que confirmase sus decisiones. Así lo hizo el Pontífice. San Lorenzo fue uno de los que aceptaron la bula y dirigieron el sínodo. A partir de entonces, ejerció repetidas veces el oficio de intermediario entre el rey Enrique y los príncipes irlandeses. En 1175, negoció con éxito un tratado en Windsor entre el soberano inglés y el rey Rory O'Connor. En ese viaje visitó Canterbury y fue recibido por los monjes de Christ Church con el honor que correspondía a su reputación y a su categoría. Aquella noche la pasó en oración ante las reliquias de Santo Tomás Becket. Al día siguiente, cuando se dirigía al altar a oficiar, un loco que había oído hablar mucho de él y quería que fuese mártir como Santo Tomás Becket, le descargó un bastonazo en la cabeza. El santo perdió el conocimiento, pero no tardó en recuperarlo, pidió que le lavasen la herida y, en seguida, cantó la misa. El rey condenó a la horca al loco, pero Lorenzo intercedió por él y obtuvo su perdón.

El tercer Concilio Ecuménico de Letrán tuvo lugar en Roma en 1179. San Lorenzo asistió a él con otros cinco obispos irlandeses. Antes de que partiesen de Inglaterra, Enrique II los obligó a jurar que no harían ante la Santa Sede ninguna representación que pudiese perjudicar su posición en Irlanda. San Lorenzo expuso al Papa el estado de la Iglesia en Irlanda y le pidió que tomase medidas eficaces contra muchos desórdenes y defendiese los derechos de la Iglesia. El Sumo Pontífice, a quien agradaron las proposiciones del santo, confirmó todos los derechos de su sede, le dio jurisdicción sobre cinco diócesis sufragáneas y le nombró legado suyo en Irlanda. En cuanto Lorenzo volvió a su país, empezó a ejercer vigorosamente sus poderes de legado. Pero Enrique II, recordando el caso de Becket, miraba con recelo la autoridad que Roma había concedido a Lorenzo. Así pues, cuando el santo fue a verle a Inglaterra, en 1180, para negociar la paz con Rory O'Connor, el monarca le impidió volver a su país. Lorenzo esperó tres semanas en Abingdon y entonces decidió ir a ver a Enrique II a Normandía. En efecto, cruzó el Canal de la Mancha y desembarcó en un sitio próximo a Le Tréport, que actualmente se llama Saint-Laurent. El rey le dio permiso de volver a Irlanda. Pero el santo cayó gravemente enfermo durante el viaje. Poco antes de llegar a la abadía de los canónigos regulares de San Víctor de Eu, murmuró: "Haec requies mea in saeculum saeculi." La muerte no le sorprendía desprevenido. Como el abad le sugiriese que escribiera su testamento, San Lorenzo replicó con una sonrisa: "Dios es testigo de que no tengo ni un céntimo." Más tarde, pensando en su grey, exclamó en irlandés: "¡Ay, pueblo mío alocado y revoltoso! ¿Qué harás ahora? ¿Quién va a mirar por ti en tus infortunios? ¿Quién va a tenderte la mano?"

* Y también para reunir "el denario de San Pedro". Se ha discutido la autenticidad de la bula, pero los argumentos no son convincentes. Uno de los que defienden la autenticidad es Dom Gougaud, quien escribe ("Christianity in Celtic Lands", p. 408): "Aunque la bula no está redactada en conformidad perfecta con los métodos que empleaba entonces la cancillería pontificia, sin embargo se puede demostrar que concuerda sustancialmente con algunos testimonios contemporáneos indiscutibles."

San Lornezo O'Toole murió el 14 de noviembre de 1180 y fue canonizado en 1225. La mayor parte de sus reliquias se hallan en la cripta de la iglesia de Nuestra Señora de Eu. Toda Irlanda, los canónigos regulares de Letrán y la diócesis de Rouen (en la que está situada Eu), celebran su fiesta.

Ciertamente, la más importante de las biografías antiguas de San Lorenzo es la que editó C. Plummer, quien la tomó del *Codex Kilkenniensis* de la Biblioteca Mash de Dublín. El texto, con una introducción muy valiosa, se halla en *Analecta Bollandiana,* vol. XXXIII (1914), pp. 121-186. Hay otras biografías latinas, una de las cuales fue publicada por los bolandistas en *Catalogus Cod. Hagiogr. Latin.* París, vol. III, pp. 236-248; pero, aunque dicha biografía se basa en los mismos documentos que la primera, los hechos aparecen en orden diferente y van acompañados de reflexiones morales y tediosas. En una palabra, no parece que sea un texto de mucho valor histórico. En el prefacio de Plummer a VSH., pp. XV-XXIII, se encontrarán algunos comentarios útiles acerca de las fuentes manuscritas sobre la vida de San Lorenzo. La biografía publicada por Surio, por lo menos en lo que se refiere a la primera parte, concuerda con la que editó Plummer; pero Surio modificó a su gusto la fraseología latina. En las crónicas de la época se encuentran también muchos datos sobre San Lorenzo. La biografía francesa de A. Legris (1914) es breve y acertada; la de O'Hanlon (1857) está ya anticuada. Véase J. F. O'Doherty, *Laurentius von Dublin und das irische Normannentum* (1933); y Dom Gougaud, *Les Saints Irlandais hors d'Irlande* (1936), pp. el papel de San Lorenzo como legado pontificio, en *Analecta Bollandiana,* vol. LXVIII (1950), pp. 223-24). La obra de P. Carpentier, *S. Laurent O'Toole* (1953), es un resumen de la de Legris, que desgraciadamente no ha sido puesto al día.

BEATO SERAPION, MÁRTIR (1240 P.C.)

EN 1728, Benedicto XIII aprobó el culto de este mártir tan poco conocido. Se dice que nació en Irlanda. Según la leyenda, Serapión fue un tiempo soldado de Alfonso IX de Castilla y, más tarde, ingresó en la orden mercedaria, fundada recientemente para rescatar a los cautivos. Se cree que fue a Inglaterra a buscar sujetos para su orden, pero tuvo poco éxito. En Murcia consiguió que los moros pusiesen en libertad a algunos esclavos cristianos. Después, pasó a Argel a rescatar a otros. Ahí se quedó como rehén hasta que se pagase la suma exigida y empleó el tiempo en predicar a los mahometanos, entre los que logró algunas conversiones. Los moros, enfurecidos por ello, le maltrataron cruelmente, le crucificaron y le descuartizaron. El Papa Benedicto XIV, incluyó el nombre del Beato Serapión en el Martirologio Romano.

Como lo hemos hecho notar ya varias veces, los documentos históricos de los primeros tiempos de los mercedarios y los trinitarios son escasos y muy poco fehacientes. Cf. San Pedro Nolasco (28 de enero). La leyenda del viaje del Beato Serapión a Inglaterra y otros detalles no merecen crédito alguno. Sin embargo, el culto del beato parece ser muy antiguo. Véanse la noticia biográfica y los documentos citados por Próspero Lambertini (Benedicto XIV) en *De beatificatione et canonizatione,* lib. 2, c. 24, pág. 42.

BEATO JUAN LICCIO (1511 P.C.)

LA MADRE DE Juan murió al darle a luz. Su padre, ya fuese por pobreza o por considerarlo el culpable de la muerte de su esposa, le abandonó. Juan hubiese muerto, a no ser por una tía suya que le recogió y se encargó de su educación, y el niño dio pronto muestras de ser excepcionalmente piadoso. A eso de los quince años, Juan conoció en Palermo al Beato Pedro Jeremías, quien le infundió su entusiasmo para tomar el hábito de Santo Domingo. Con el tiempo, Juan llegó

a ser un buen predicador. Sus superiores le enviaron a fundar una casa de su orden en Caccamo, donde había nacido. La construcción progresó con muchas dificultades sobre los cimientos de un antiguo edificio. Como nadie recordaba que existían aquellos cimientos, todos consideraron la erección del edificio como un hecho extraordinario. Juan fue nombrado prior de aquel convento en 1494; lo gobernó con gran virtud y obró muchas maravillas. Las lecciones de su oficio afirman que murió a los 111 años de edad; pero, por más que haya sido discípulo de Pedro Jeremías, no debía tener más de setenta y cinco años. Su culto fue aprobado en 1753.

Véase *Monumenta Historica*, O. P. vol. XIV, pp. 229-230; Procter, *Dominican Saints*, pp. 318-321; y las biografías de M. Ponte (1853) y G. Barreca (1926). Cf. la bibliografía de Taurisano, *Catalaogus Hagiographicus O.P.*

15: SAN ALBERTO MAGNO, OBISPO DE REGENSBURGO, DOCTOR DE LA IGLESIA (1280 P.C.)

LOS propios contemporáneos de San Alberto, fueron quienes le dieron el título de "Magno". Por la profundidad y amplitud de sus conocimientos, solían llamarle también "el Doctor Universal" y decían que "sus conocimientos en todos los campos son casi divinos, de suerte que merece que le llamemos la maravilla y el milagro de nuestra época." Aun el monje Rogelio Bacon le consideraba como "una autoridad" y calificaba sus obras de "fuentes originales". El hecho de haber sido el maestro de Santo Tomás de Aquino contribuyó también a la fama de San Alberto; pero sus contemporáneos, lo mismo que la posteridad, le han juzgado como un hombre grande por sí mismo. Alberto era de origen suabo. Pertenecía a la familia Bollstädt; nació en el castillo de Lauingen, a orillas del Danubio, en 1206. Lo único que sabemos sobre su juventud, es que estudió en la Universidad de Padua. En 1222, el Beato Jordán de Sajonia, segundo maestro general de la orden de Santo Domingo, escribía desde Padua a la Beata Diana de Andelo, que estaba en Bolonia, anunciándole que había admitido en la orden a diez postulantes, "y dos de ellos son hijos de condes alemanes". Uno era Alberto. Un tío suyo, que vivía en Padua, había tratado de impedir que ingresase en la orden de Santo Domingo, pero la influencia del Beato Jordán había sido más fuerte que la suya. Cuando el conde de Bollstädt se enteró de que su hijo vestía el hábito de los frailes mendicantes, se enfureció sobremanera y habló de sacarlo por la fuerza de la orden. Pero los superiores de Alberto le enviaron discretamente a otro convento, y la cosa paró ahí. Probablemente se trataba del convento de Colonia, ya que ahí enseñaba Alberto en 1228. Más tarde, fue prefecto de estudios y profesor en Hildesheim, Friburgo de Brisgovia y Estrasburgo. Cuando volvió a Colonia, era ya famoso en toda la provincia alemana. Como París era entonces el centro intelectual de Europa occidental, Alberto pasó ahí algunos años como maestro subordinado, hasta que obtuvo el grado de profesor. En 1248, los dominicos determinaron abrir una nueva Universidad ("studia generalia") en Colonia y nombraron rector a San Alberto. Desde entonces hasta 1252, tuvo entre sus discípulos a un joven fraile llamado Tomás de Aquino.

En aquella época, la filosofía comprendía las principales ramas del saber

humano accesibles a la razón natural: la lógica, la metafísica, las matemáticas, la ética y las ciencias naturales. Entre los escritos de San Alberto, que forman una colección de treinta y ocho volúmenes in-quarto, hay obras sobre todas esas materias, por no decir nada de los sermones y de los tratados bíblicos y teológicos. La figura de San Alberto y la de Rogelio Bacon se destacan en el campo de las ciencias naturales, cuya finalidad, según dice el santo, consiste en "investigar las causas que operan en la naturaleza". Algunos autores llegan incluso a decir que San Alberto contribuyó aún más que Bacon al desarrollo de la ciencia. En efecto, fue una autoridad en física, geografía, astronomía, mineralogía, alquimia (es decir, química) y biología, por lo cual nada tiene de sorprendente que la leyenda le haya atribuido poderes mágicos. En sus tratados de botánica y fisiología animal, su capacidad de observación le permitió disipar leyendas como la del águila, la cual, según Plinio, envolvía sus huevos en una piel de zorra y los ponía a incubar al sol. También han sido muy alabadas las observaciones geográficas del santo, ya que hizo mapas de las principales cadenas montañosas de Europa, explicó la influencia de la latitud sobre el clima y, en su excelente descripción física de la tierra, demostró por un argumento muy complicado que era redonda. Pero el principal mérito científico de San Alberto no reside en esto, sino en que, al caer en la cuenta de la autonomía de la filosofía y del uso que se podía hacer de la filosofía aristotélica para ordenar la teología, reescribió, por decirlo así, las obras del filósofo para hacerlas aceptables a los ojos de los críticos cristianos. Por otra parte, aplicó el método y los principios aristotélicos al estudio de la teología, por lo que fue el iniciador del sistema escolástico, que su discípulo Tomás de Aquino había de perfeccionar. Así pues, fue San Alberto el principal creador del "sistema predilecto de la Iglesia". El reunió y seleccionó los materiales, echó los fundamentos y Santo Tomás construyó el edificio.

San Alberto escribió durante sus largos años de enseñanza y no dejó de hacerlo cuando se dedicó a otras actividades. Como rector del "studium" de Colonia, se distinguió por su talento práctico, de suerte que de todas partes le llamaban a arreglar las dificultades administrativas y de otro orden. En 1254, fue nombrado provincial en Alemania. Dos años más tarde, con su alto cargo asistió al capítulo general de la orden en París, donde se prohibió a los dominicos que aceptasen que en las universidades se les diese el título de "maestro" o "doctor" o cualquier otro tratamiento que no fuera el de su propio nombre. Para entonces, ya se llamaba a San Alberto "el doctor universal", y el prestigio de que gozaba había provocado la envidia de los profesores laicos contra los dominicos. En vista de esa dificultad, que había costado a Santo Tomás y a San Buenaventura un retraso en la obtención del doctorado, San Alberto fue a Italia a defender a las órdenes mendicantes contra los ataques de que eran objeto en París y otras ciudades. Guillermo de Saint-Amour se había hecho eco de dichos ataques en su panfleto "Sobre los peligros de la época actual". Durante su estancia en Roma, San Alberto desempeñó el cargo de maestro del sacro palacio, es decir, de teólogo y canonista personal del Papa. Por entonces, predicó en las diversas iglesias de la ciudad. En 1260, la Santa Sede le ordenó aceptar el gobierno de la sede de Regensburgo, la cual, según se le informó, era "un caos, tanto en lo espiritual como en lo material". San Alberto fue obispo de Regensburgo menos de dos años, pues el Papa Urbano IV aceptó su renuncia, pero en ese breve período hizo mucho por remediar los problemas de su dió-

cesis. Desgraciadamente, los intereses creados y la persistencia de ciertos abusos no permitieron al santo terminar la obra comenzada. Para gran gozo del maestro general de los dominicos, Beato Humberto de Romanos, que había tratado en vano de impedir que Alejandro le consagrase obispo, San Alberto volvió al "studium" de Colonia. Pero al año siguiente, el santo recibió la orden de colaborar en la predicación de la Cruzada en Alemania con el franciscano Bertoldo de Ratisbona. Una vez terminada esa tarea, San Alberto volvió a Colonia, donde pudo dedicarse a escribir y enseñar hasta 1274, cuando se le mandó asistir al Concilio Ecuménico de Lyon. En vísperas de partir, se enteró de la muerte de su querido discípulo, Santo Tomás de Aquino (según se dice, lo supo por revelación divina). A pesar de esta impresión y de su avanzada edad, San Alberto tomó parte muy activa en el Concilio, ya que, junto con el Beato Pedro de Tarantaise (Inocencio X) y Guillermo de Moerbeke, trabajó ardientemente por la reunión de los griegos, apoyando con toda su influencia la causa de la paz y de la reconciliación.

Probablemente, la última aparición que hizo en público tuvo lugar tres años más tarde, cuando el obispo de París, Esteban Tempier, y otros personajes, atacaron violentamente ciertos escritos de Santo Tomás. San Alberto partió apresuradamente a París para defender la doctrina de su difunto discípulo, que coincidía en muchos puntos con la suya, y propuso a la Universidad que le diese la oportunidad de responder personalmente a los ataques; pero ni aun así consiguió evitar que se condenasen en París ciertos puntos. En 1278, cuando dictaba una clase, le falló súbitamente la memoria. Según la leyenda, que no se basa en testimonios suficientemente sólidos, el santo contó a sus oyentes que, cuando era joven en la vida religiosa, el desaliento le había hecho pensar en volver al mundo, pero la Santísima Virgen se le apareció en sueños y le prometió que, si perseveraba, ella le alcanzaría la gracia necesaria para llevar a cabo sus estudios. También le vaticinó que, en su ancianidad, volvería nuevamente a desfallecer su intelingencia y que ésa sería la señal de que su muerte estaba próxima. Como quiera que fuese, San Alberto perdió casi enteramente la memoria y la agudeza de entendimiento. Dos años después, murió apaciblemente, sin que hubiese padecido antes enfermedad alguna, cuando se hallaba sentado conversando con sus hermanos en Colonia. Era el 15 de noviembre de 1280.

Alguien ha dicho: "Aunque en las obras de Alberto hay frecuentes indicios de que llevaba una vida de gran santidad, los hay también de que, en cuanto empuñaba la pluma, perdía ese olvido de sí mismo que caracteriza a Santo Tomás. Para sentirnos frente a un candidato a la canonización, es preciso esperar a que Alberto deje la pluma y exprese con lágrimas lo más íntimo de su pensamiento." Este acceso gradual a las alturas de la santidad, refleja la lentitud con que San Alberto llegó a la gloria de los altares. En efecto, no fue beatificado sino hasta 1622, y aunque se le veneraba ya mucho, especialmente en Alemania, la canonización se hizo esperar todavía. En 1872 y en 1927, los obispos alemanes pidieron a la Santa Sede su canonización, pero al parecer, fracasaron. Finalmente, el 16 de diciembre de 1931, Pío XI, en una carta decretal, proclamó a Alberto Magno Doctor de la Iglesia lo que equivalía a la canonización e imponía a toda la Iglesia de occidente la obligación de celebrar su fiesta. San Alberto, según dijo el Sumo Pontífice, poseyó en el más alto grado el don raro y divino del espíritu científico . . . Es exactamente el tipo de

santo que puede inspirar a nuestra época, que busca con tantas ansias la paz y tiene tanta esperanza en sus descubrimientos científicos." San Alberto es el patrono de los estudiantes de ciencias naturales.

Sobre todo a partir de la canonización, se han publicado varias biografías excelentes. En casi todas ellas se citan cuidadosamente las fuentes de información. La más importante de las biografías medievales es la de Pedro de Prusia, aunque no fue escrita sino hasta fines del siglo XV. A. mediados del siglo XIV, Enrique de Herford (Herford de Westfalia), escribió una semblanza biográfica. Entre las obras anteriores hay que citar las noticias biográficas que se encuentran en las *Vitae Fratrum* de Gerardo de Francheto, el *Bonum universale* de Tomás de Cantimpré, y el *De viris illustribus* de Juan de Colonia. Los investigadores modernos, que han emprendido la tarea con un espíritu más científico, hacen notar que en las obras de San Alberto se encuentran muchos datos biográficos. Sus comentarios sobre los Evangelios y sus sermones contienen frecuentes alusiones a los incidentes de su infancia y a sus experiencias de obispo. Además, hay también algunos datos en documentos de carácter más o menos oficial, como las *Acta capitulorum generalium O.P.* (ed. Reichert, vol. I, 1898) y la colección de H. Finke, *Ungedruckte Dominikaner Briefe des XIII Jahrhunderts* (1981). Valiéndose de este tipo de materiales, Quétif y Echard, en *Scriptores Ordinis Praedicatorum*, vol. I (1719), habían logrado ya trazar un retrato fidedigno de San Alberto; a esto se añaden las valiosas aportaciones de P. von Loe, en *Analecta Bollandiana*, vols. XIX y XX (1900-1902), y en *Kritische Streifzüge auf dem Gebiete der Albertus-Magnus-Forschung* (1904). Otra contribución notable a la comprensión de la influencia de San Alberto sobre la cultura medieval, fue la obra de Emil Michael, *Geschichte des deutschen Volkes*, vol. III (1903), pp. 69-128, así como los artículos de M. Grabmann en *Zeitschrift für Kath. Theologie*, vol. LII (1928). Entre las biografías recientes, mencionaremos las de H. Wilms, *Albert the Great* (1933); T. M. Schwertner, *Saint Albert the Great* (1933); y la semblanza de la madre M. Albert (1948). Acerca de puntos más particulares, véase A. R. Bachiller, *Alberto Magno y las Ciencias Empíricas* (1933); Bonné, *Die Erkenntnislehre Alberts der Grossen* (1935); H. Fleckenstein, *Die theologische Lehre von der materiellen Welt* (1933); M.M. Gorce, *L'Essor de la pensée au moyen-age, Albert le Grand* (1933); R. Liertz, *Die Naturkunde von der menschlichen Seele nach Albert dem Grossen* (1933), etc. Hay una buena bibliografía en la biografía de Wilms; para complementarla, cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LI (1933), pp. 183-190.

SANTOS GURIO, SAMONAS y ABIBO, MÁRTIRES (Siglo IV)

LAS RELIQUIAS de estos mártires se hallan en uno de los dos principales santuarios de Edesa, en Siria. Según la leyenda, Gurio y Samonas fueron encarcelados durante la persecución de Diocleciano. Como se negasen a sacrificar a los dioses, se los colgó de una mano y se les ataron pesas en los pies. Después, estuvieron tres días en una horrible mazmorra, sin comer ni beber. Cuando los sacaron de ahí, Gurio estaba agonizante. Samonas fue torturado cruelmente otra vez, pero permaneció firme en la fe. Ambos murieron decapitados. Más tarde, un diácono de Edesa llamado Abibo se escondió durante la persecución de Licinio, pero al fin se entregó para ganar la corona del martirio. El magistrado ante el que se presentó, hizo el intento de persuadirle a que abjurase de la fe y escapase con vida, pero Abibo se negó a ello. Así pues, fue sentenciado a la hoguera. Su madre y otros parientes le acompañaron al sitio de la ejecución. Los verdugos le permitieron que les diese el beso de paz antes de arrojarle a las llamas. Los cristianos recogieron el cuerpo del mártir, que no se había consumido, y lo sepultaron junto a sus amigos, Gurio y Samonas.

El Martirologio Romano menciona hoy a los tres mártires, pero en dos párrafos separados. Es curioso notar que se venera a estos santos como "vengadores de los contratos que no se cumplen".

Existen varias versiones griegas del martirio de San Gurio y sus compañeros; véase el catálogo de BHG., nn. 731-736. Además, hay también algunos textos orientales en sirio (uno de cuyos fragmentos más antiguos fue descubierto por Efrén Rahmani) y una versión armenia. Parece indudable que el original estaba escrito en sirio. E. von Dobschütz estudió muy a fondo la cuestión en *Texte und Untersuchungen*, vol. XXXVII, pte. 2; véase el comentario de esa obra en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 332-334. El Profesor Burkitt publicó en *Euphemia and the Goth* (1913) una traducción inglesa de la versión más elaborada de un texto sirio, cuyo autor pretende haber sido testigo presencial de los hechos. F. C. Conybeare, tradujo la versión armenia en *The Guardian* (1897). El hecho del martirio está fuera de duda, pues el Breviario Sirio dice: "En la ciudad de Edesa, los confesores Shamona y Gurio". Jacobo de Sarug predicó una homilía en honor de estos mártires.

SAN DESIDERIO, Obispo de Cahors (655 p.c.)

San Desiderio es uno de los diferentes santos a quienes se venera en Francia con el nombre de Didier (o Géry). Su padre era un noble que tenía vastas posesiones en las cercanías de Albi. El biógrafo del santo deduce la profunda piedad de su madre por las cartas que le escribía. Desiderio llegó a ocupar un puesto de importancia en la corte de Clotario II de Neustria. Ahí conoció a San Arnulfo de Metz, a San Eligio y a otros santos varones, así como a algunos personajes menos edificantes. Rústico, el hermano de Desiderio, fue consagrado obispo de Cahors y murió asesinado poco después. (En Cahors se le venera como mártir). Desiderio fue elegido para sucederle en 630, aunque no era clérigo. Fue un obispo muy celoso y eficaz. Su correspondencia nos da una idea de la amplitud de su campo de actividad, ya que se preocupó por el bienestar material y espiritual de sus súbditos. San Desiderio exhortaba a los nobles a dotar las casas religiosas y promovió celosamente la vida monástica de hombres y mujeres. El mismo dirigía un convento que había fundado y además, construyó y dotó el monasterio de San Amancio y erigió tres iglesias. No contento con ello, construyó un acueducto y reparó las fortificaciones de Cahors. Pero la principal preocupación del santo fue siempre la vida cristiana de su pueblo; con esas miras, hizo cuanto pudo por formar a su clero en la virtud y las letras, así como por mantener la disciplina clerical en todo su rigor. Murió el año 655, cerca de Albi. Fue sepultado en Cahors. Dios obró varios milagros en su sepulcro.

Existe una biografía latina de gran valor histórico, compuesta a fines de siglo VIII o principios del IX, que contiene ciertas cartas y documentos de importancia histórica. La mejor edición es la que hizo Krusch en MGH., *Scriptores Merov*, vol. IV, pp. 547-602; pero puede verse también en Migne, PL., vol. LXXXVII, cc. 219-239.

SAN MACLOVIO, Obispo (Siglo VII)

Los hagiógrafos medievales cuentan que Maclovio nació en el sur de Gales, cerca de Llancarfan y que se educó en el monasterio del lugar. Cuando terminó sus estudios, sus padres querían que abandonase el monasterio, pero él se negó. Después de pasar algún tiempo escondido en una de las islas del mar de Severn, regresó para recibir la ordenación sacerdotal. Maclovio determinó partir de Inglaterra, tal vez a causa de las grandes epidemias que asolaron al país a mediados del siglo VI. Se embarcó con rumbo a Bretaña, se estableció

en la isla donde se encuentra actualmente la población de Saint-Malo y empezó a evangelizar la región de Aleth (Saint-Servan). Construyó iglesias y fundó monasterios, protegió a los pobres contra los abusos de los ricos y convirtió a muchas gentes. Cuando se dirigía de un sitio a otro en sus viajes misionales, solía rezar los salmos en voz alta. San Maclovio se atrajo la hostilidad de algunos personajes. Después de la muerte del jefe que primero le había perseguido y después le había protegido, los enemigos del santo empezaron a levantar cabeza. Maclovio decidió entonces partir. Así pues, se embarcó con treinta y tres monjes, anatematizó solemnemente a sus enemigos desde el navío y empezó a costear hacia el sur. Se estableció en Saintes y pasó ahí varios años, hasta que los habitantes de Aleth enviaron una embajada, pidiéndole que regresase, pues había una gran sequía en toda la región y el pueblo la consideraba como un castigo por la forma en que se había tratado al obispo. San Maclovio hizo un viaje a Aleth y, en cuanto llegó, se desató un copioso aguacero. Sin embargo, el santo no se quedó ahí, sino que emprendió el viaje de vuelta a Saintes y falleció en el curso del mismo.

Los biógrafos de San Maclovio refieren un buen número de leyendas y milagros inverosímiles. En particular, afirman que, siguiendo el ejemplo de San Brendano, partió en busca de la fabulosa isla de los Santos y que celebró la Pascua sobre el lomo de una ballena.

En BHL., nn. 5116-5124, se citan cuatro o cinco biografías medievales. La más conocida es la que se atribuye al diácono Bili, quien la escribió en la segunda mitad del siglo IX. Probablemente Bili y los otros biógrafos anónimos (BHL, 5117), se basaron en una biografía primitiva, que se ha perdido. Los textos pueden verse en la obra de Plaine y La Borderie, *Deux vies inédites de S. Malo* (1884). La cuestión es demasiado complicada para discutirla aquí; véase sobre todo F. Lot, *Mélanges d'histoire bretonne* (1907), pp. 97-216; Duchesne, en *Revue Celtique*, vol. XI (1890), pp. 1-22; Poncelet, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXIV (1905), pp. 483-486.

SAN FINTANO DE RHEINAU (879 P.C.)

SEGÚN SE DICE, Fintano era originario de Leinster y nació a principios del siglo IX. Los invasores del norte le llevaron como esclavo a las islas de Orkney, pero el joven consiguió escapar y pasó dos años bajo la protección de un obispo en Escocia. Después, hizo una peregrinación a Roma. En el camino de vuelta, se quedó con unos ermitaños en Rheinau, en la Selva Negra, y ahí pasó el resto de su vida. Su santidad edificó a toda la comunidad. San Fintano pasó los veintidós últimos años de su vida enteramente solo y jamás encendió fuego en su celda. Sus reliquias fueron depositadas en Rheinau en 1446. Su fiesta se celebra todavía en esa población.

El texto de la única biografía latina puede verse en Mabillon, vol. IV, pte. I, pp. 356-360; pero es mejor la edición de MGH., *Scriptores*, vol. XV, pp. 503-506. Cf. Gougaud, *Les Saints Irlandais hors d'Irlande* (1936), pp. 95-96.

SAN LEOPOLDO DE AUSTRIA (1136 P.C.)

ESTE PRÍNCIPE, a quien se da el título de "el Bueno", fue canonizado 350 años después de su muerte, por Inocencio VIII. Desgraciadamente, sabemos muy poco sobre su vida. Nació en Melk, en 1073. Se educó bajo la influencia del

dinámico obispo San Altmano de Passau y sucedió a su padre a los veintitrés años de edad. En 1106, contrajo matrimonio con Inés, hija del emperador Enrique IV, que era viuda. Inés tenía dos hijos de su primer matrimonio y dio a Leopoldo otros dieciocho. Uno de los once que no murieron en la infancia, fue el historiador Otón de Freising, el cual, como abad del monasterio cisterciense de Morimond, en Borgoña, indujo a San Leopoldo a fundar la abadía de Heiligenkreuz de Wienerwald, que todavía existe. Otra de las grandes fundaciones de San Leopoldo fue el monasterio de los canónigos agustinos de Klosterneuburg, cerca de Viena. Dicha abadía, que existe aún, es uno de los focos más poderosos del "movimiento litúrgico" en los países de habla alemana. San Leopoldo fue también el fundador de la abadía benedictina de Mariazell de Estiria, cuya iglesia es actualmente un centro de peregrinación muy popular. Con esas fundaciones contribuyó el santo a difundir la verdadera religión en su país, dando ejemplo de caridad, desinterés y celo por el culto divino.

Leopoldo IV no desempeñó un papel de gran brillo en la tortuosa política secular y eclesiástica de su tiempo. A pesar de todo, ejerció una gran influencia en ella, como lo prueba el hecho de que, en 1125, a la muerte de Enrique V, los bávaros le ofrecieron la corona. En todo caso, San Leopoldo no aceptó el nombramiento. Murió en 1136, al cabo de cuarenta años de reinado. Se le sepultó en Klosterneuburg. Fue muy llorado por el pueblo.

Surio y Pez (*Scriptores rerum Austriacarum*, vol. I, pp. 577-592), publicaron la única biografía medieval de San Leopoldo. En 1891, se tradujo al francés la corta biografía alemana escrita por B. A. Egger (1885). Véase también el V. O. Ludwig, *Die Legende von milden Markgraf Leopold* (1925); el volumen de ensayos sobre el santo (ed. S. Wintermayr) publicado en Klosterneuburg en 1936.

16: SANTAS GERTRUDIS LA GRANDE y MATILDE, VÍRGENES (1302 y 1298 P.C.)

LA FIESTA de Santa Matilde se celebra el 19 de noviembre, aniversario de su muerte, pero nos ha parecido conveniente hablar de ella aquí, junto con su discípula Santa Gertrudis. Cuando Matilde tenía siete años, sus padres la confiaron a las religiosas de Rossdorf, quienes poco después eligieron abadesa a su hermana, Gertrudis von Hackeborn. Con frecuencia se dice que Santa Gertrudis la Grande fue abadesa, pero en realidad se trata de una confusión con la hermana de Santa Matilde. Esta tomó el hábito en Rossdorf, fue cantora del convento y ejerció el cargo de maestra de las niñas que se educaban ahí. En 1258, las religiosas se trasladaron a un monasterio de Helfta, en Sajonia, de donde era originaria la noble familia de los Hackeborn. Tres años más tarde, Santa Gertrudis, que entonces tenía cinco, fue enviada a educarse con las religiosas. Nada sabemos acerca de sus padres ni del sitio en que nació. La superiora la confió al cuidado de Santa Matilde y, pronto, las dos santas empezaron a unirse con los lazos del afecto. Gertrudis, que era muy atractiva e inteligente, llegó a ser una buena latinista. Con el tiempo, tomó el hábito en ese convento, del que probablemente no había salido desde la niñez.

A eso de los veintiséis años, Santa Gertrudis tuvo la primera de las revelaciones que la hicieron famosa. Cuando iba a acostarse, le pareció ver al Señor

en forma de joven. "Aunque sabía yo que me hallaba en el dormitorio, me parecía que me encontraba en el rincón del coro donde solía hacer mis tibias oraciones y oí estas palabras: 'Yo te salvaré y te libraré. No Temas.' Cuando el Señor dijo esto, extendió su mano fina y delicada hasta tocar la mía, como para confirmar su promesa y prosiguió: 'Has mordido el polvo con mis enemigos y has tratado de extraer miel de las espinas. Vuélvete ahora a Mí, y mis delicias divinas serán para ti como vino.'" Entonces se interpuso un seto de espinos entre los dos. Pero Gertrudis se sintió como arrebatada por los aires y se encontró al lado del Señor: "Entonces vi en la mano que poco antes se me había dado como prenda, las joyas radiantes que anularon la pena de muerte que se cernía sobre nosotros." Tal fue la experiencia de Gertrudis; tal fue lo que podría llamarse su "conversión", a pesar de que se trataba del alma más pura e inocente. A partir de entonces, se entregó con plena conciencia y toda deliberación a la conquista de la perfección y de la unión con Dios. Hasta entonces, los estudios profanos habían sido sus delicias; en adelante, se dedicó a estudiar la Biblia y los escritos de los Padres, sobre todo de San Agustín y de San Bernardo, quien había muerto no hacía mucho tiempo. En otras palabras, "del estudio de la gramática pasó al de la teología"; y sus escritos muestran claramente la influencia de la liturgia y de sus lecturas privadas.

Exteriormente, la vida de Santa Gertrudis fue como la de tantas otras contemplativas, es decir, poco pintoresca. Sabemos que solía copiar pasajes de la Sagrada Escritura y componer pequeños comentarios para sus hermanas en religión, y que se distinguía por su caridad para con los difuntos y por su libertad de espíritu. El mejor ejemplo de esto último es su reacción ante las muertes súbitas e inesperadas. "Deseo con toda el alma tener el consuelo de recibir los últimos sacramentos, que dan la salud; sin embargo, la mejor preparación para la muerte es tener presente que Dios escoge la hora. Estoy absolutamente cierta de que, ya sea que tenga una muerte súbita o prevista, no me faltará la misericordia del Señor, sin la cual no podría salvarme en ninguno de los dos casos." Después de la primera revelación, Gertrudis siguió viendo al Señor "veladamente", a la hora de la comunión, hasta la víspera de la Anunciación. Ese día, el Señor la visitó en la capilla durante los oficios de la mañana y, "desde entonces, me concedió un conocimiento más claro de El, de suerte que empecé a corregirme de mis faltas mucho más por la dulzura de Su amor que por temor de su justa cólera". Los cinco libros del "Heraldo de la amorosa bondad de Dios" (Comúnmente llamados "Revelaciones de Santa Gertrudis"), de los que la santa sólo escribió el segundo, contienen una serie de visiones, comunicaciones y experiencias místicas, que han sido ratificadas por muchos místicos y teólogos distinguidos. La santa habla de un rayo de luz, como una flecha, que procedía de la herida del costado de un crucifijo. Cuenta también que su alma, derretida como la cera, se aplicó al pecho del Señor como para recibir la impresión de un sello y alude a un matrimonio espiritual en el que su alma fue como absorbida por el corazón de Jesús. Pero "la adversidad es el anillo espiritual que sella los esponsales con Dios". Santa Gertrudis se adelantó a su tiempo en ciertos puntos, como la comunión frecuente, la devoción a San José y la devoción al Sagrado Corazón. Con frecuencia hablaba del Sagrado Corazón con Santa Matilde y se cuenta que en dos visiones diferentes reclinó la cabeza sobre el pecho del Señor y oyó los latidos de su corazón.

Santa Matilde, que era quince años mayor que Santa Gertrudis y cantaba

como "un jilguero de Cristo", era también un alma mística. A los cincuenta años, se enteró de que su discípula había ido anotando cuidadosamente todas sus enseñanzas y cuanto oía contar sobre sus experiencias. Matilde se alarmó al saberlo; pero el Señor le comunicó que El mismo había inspirado a Gertrudis el deseo de poner por escrito esos datos. Con ello, se serenó Santa Matilde y aun corrigió personalmente el manuscrito. Se trata de la obra titulada "Libro de la Gracia Especial", o "Revelaciones de Santa Matilde". Siete años más tarde, el 19 de noviembre de 1298, Cristo llamó a Sí a Santa Matilde; "ella le ofreció su corazón y lo introdujo en el Suyo. Nuestro Señor tocó el corazón de Matilde con el suyo y le dio la gloria eterna, donde esperamos que con su intercesión nos alcanzará muchas gracias". Santa Matilde no ha sido nunca canonizada formalmente, pero se ha concedido su fiesta a muchos conventos de religiosas benedictinas. Algunos autores la identifican con la "Donna Matelda" del Purgatorio de Dante (cantos 27 y 28).

En la actualidad, el pueblo cristiano conoce sobre todo a estas dos santas por una serie de oraciones que se les atribuyen. Fueron publicadas por primera vez en Colonia, a fines del siglo XVII. Sin meternos a juzgar el mérito de esas oraciones, lo cierto es que no fueron compuestas por Gertrudis y Matilde. Dom Castel fue el primero que publicó en francés una serie de plegarias entresacadas de las obras genuinas de ambas santas; el canónigo Juan Gray las tradujo al inglés en 1927. Alban Butler, refiriéndose al libro de Santa Gertrudis, dice que es "probablemente, después de las obras de Santa Teresa, el escrito más útil que una mujer ha dado a la Iglesia para alimentar la piedad en el estado contemplativo". Santa Gertrudis murió el 17 de noviembre de 1301 o 1302, alrededor de los cuarenta y cinco años, al cabo de diez años de penosas enfermedades. Aunque no fue canonizada formalmente, Inocencio XI introdujo su nombre en el Martirologio Romano en 1677. Clemente XII ordenó que se celebrase su fiesta en toda la Iglesia de occidente. Tanto los benedictinos como los cistercienses aseguran que el monasterio de Helfta pertenecía a sus respectivas órdenes y veneran especialmente a Santa Gertrudis.

Las únicas fuentes sobre la vida de ambas santas son sus propios escritos. La primera edición completa y aceptable fue hecha por los benedictinos de Solesmes, con el título de *Revelationes Gertrudianae et Mechtildianae* (1875), pero sin distinguir claramente las diversas obras. El *Legatus divinae pietatis*, se divide en cinco libros: el libro segundo fue ciertamente escrito por Santa Gertrudis; los libros tercero, cuarto y quinto fueron compuestos bajo su dirección; el libro primero fue escrito por los amigos íntimos de la santa, después de su muerte. Esa obra es la principal fuente sobre la vida de Gertrudis, de la que sabemos muy poco; pero hay también algunos datos en el *Liber specialis gratiae*, que se refiere sobre todo a Santa Matilde y se halla en el libro segundo de las *Revelationes*. La biografía inglesa de Dom G. Dolan, *St Gertrude the Great* (1912) es excelente, así como la obra francesa de G. Ledos (1901). E. Michel estudió con acierto la influencia de Santa Gertrudis en el sentimiento religioso de su época, en *Geschichte des deutschen Volkes vom dreizehnten Jahrhundert*, vol. III, pp. 174-211. Se han escrito muchos libros y artículos sobre la devoción que Santa Gertrudis profesaba al Sagrado Corazón, adelantándose a su tiempo. Véase, por ejemplo, A. Hamon, *Histoire de la devotion au Sacre Coeur*, vol. II; U. Berlière, *La dévotion au Sacre Coeur dans l'Ordre de St Benoît* (1920); K. Richstäter, *Herz-Jesu Verehrung des deutsch. Mittelalters* (1924). Se ha discutido mucho si Santa Gertrudis fue benedictina o cisterciense. Véase Dom U. Berlière, en *Revue Bénédictine*, vol. XVI (1899), pp. 457-461; E. Michael, en *Zeitschrift f. Kath. Theol.*, vol. XXIII (1899), pp. 548-552; y *Cistercienser Chronik* (1913), pp. 257-268. En *Archivum Franciscanum Historicum*, vol. XIX (1926), pp. 733-752, se demuestra que Santa Gertrudis sufrió la influencia de los franciscanos. Acerca de "Donna Matelda", cf. E. Gardner, *Dante and the Mystics*, pp. 269.

SAN EUQUERIO, Obispo de Lyon (449 p.c.)

Después de San Ireneo, la figura más brillante de la diócesis de Lyon es la de Euquerio. Era un galo-romano de buena posición. Contrajo matrimonio con un mujer llamada Gala, quien le dio dos hijos: Salonio y Verano. Ambos estudiaron en el monasterio de Lérins, ambos fueron obispos y alcanzaron el honor de los altares. Al cabo de algunos años, San Euquerio se retiró también a Lérins. San Juan Casiano, refiriéndose a Euquerio y a Honorato, abad de Lérins, los llamó los dos modelos de ese almácigo de santos. Movido del deseo de mayor soledad, San Euquerio fue a establecerse en la isla de Santa Margarita. Ahí escribió su obra sobre la excelencia de la vida solitaria, que dedicó a San Hilario de Arles. A su primo Valeriano dedicó una exhortación incomparable. Es imposible leerla sin experimentar un profundo desprecio por el mundo y un gran deseo de hacer que el servicio de Dios se convierta en lo único importante. El santo pinta de tal modo la ilusión del mundo y la transitoriedad de todos sus placeres, que el lector se siente como deslumbrado por una estrella fugaz que sólo brilla unos instantes. San Euquerio escribe: "He conocido a algunos hombres que alcanzaron el ápice del honor y las riquezas. La fortuna les sonreía y ponía a sus pies todos los bienes, sin que tuviesen que molestarse en pedirlos o buscarlos. El éxito superaba sus propios deseos. Pero desaparecieron en un instante. Sus vastas posesiones pasaron a otras manos y ellos no existían ya."

Casiano dice que Euquerio era como una brillante estrella de virtudes sobre el cielo del mundo. En efecto, con su ejemplo edificó a todos los monjes con quienes vivió. Probablemente el año 434, tuvo que abandonar su retiro para asumir el gobierno de la diócesis de Lyon. Fue un pastor fiel, humilde, rico en buenas obras, de poderosa elocuencia y gran saber. A él se atribuye la fundación de varias iglesias y monasterios de Lyon. El año 449, terminó su santa vida con una santa muerte. San Paulino de Nola, San Honorato, San Hilario de Arles, San Sidonio y otros grandes hombres de su época, fueron amigos suyos y alabaron su virtud. San Euquerio fue un escritor muy fecundo. Salviano le escribía: "He leído las cartas que me escribisteis. Son concisas, pero llenas de doctrina; se leen con facilidad y se aprende mucho en ellas. En una palabra, son dignas de vuestra inteligencia y piedad." No todas las obras que se han atribuido a San Euquerio fueron escritas por él y hay también algunas atribuciones dudosas. Una de sus cartas constituye un documento muy importante para la historia de la leyenda de San Mauricio y la Legión Tebana (22 de septiembre).

No existe ninguna biografía propiamente dicha. Genadio habla brevemente de San Euquerio en *De viris illustribus*. Tillemont estudia con cierto detalle la vida del santo, en *Mémoires*, vol. xv, pp. 126-136 y 848-857, y descarta con argumentos convincentes la hipótesis de que hubo en Lyon otro obispo llamado Euquerio. Las obras del santo pueden verse en Migne, PL., vol. L; algunas fueron reeditadas en el *Corpus script. eccles. lat.* de Viena. Acerca de las actividades literarias de San Euquerio, cf. DTC., vol. v, cc. 1452-1454; y Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. IV, pp. 561-570. El *Laterculus* de Polemio Silvio o Salvio está dedicado a Euquerio; el mejor texto es el de Mommsen, en *Corpus inscr.*, vol. I (2a. ed.), pp. 254 ss.

SAN AFAN, Obispo (¿Siglo VI?)

En el atrio de la iglesia de Llanafan Fawr, que se levanta en las colinas próximas a Builth Wells, en el condado de Brecknock, hay una tumba antigua con la siguiente inscripción: "Hic Iacet Sanctus Avanus Episcopus" ("Aquí descansa San Afán, Obispo"). La existencia de esa inscripción, que despierta naturalmente la curiosidad de los visitantes, es la única razón que tenemos para mencionar aquí a San Afán, ya que no sabemos nada sobre su vida. Probablemente la inscripción no es anterior al siglo XIII; pero San Afán vivió mucho antes. Algunos autores lo identifican con el santo Afán, de la casa de Cunedda, pariente de San David. Dicho personaje del siglo VI, conocido con el nombre de Afán de Builth, fue el principal santo de la región en que habitó. Según una leyenda local, fue asesinado por unos piratas irlandeses.

Gerardo el Galés, en el capítulo primero de su "Viaje a través de Gales", refiere lo siguiente: "En el reinado de Enrique I, el señor de Radnor, que es el territorio contiguo a Builth, entró en la iglesia de San Afán con sus jaurías y pasó ahí la noche irreverentemente. Al despertarse en la madrugada (como suelen hacerlo los cazadores), sus perros estaban rabiosos y él estaba ciego. Al cabo de algunos años de ceguera y sufrimiento, dicho caballero hizo una peregrinación a Jerusalén, pues el santo se había cuidado bien de no quitarle la vista del alma. Ahí tomó sus armas, hizo que le montasen en un caballo, y se lanzó contra el enemigo. En esa forma terminó la vida honrosamente." Esta anécdota revela las ideas religiosas del siglo XII, pero desgraciadamente no revela nada sobre San Afán.

Véase LBS., vol. I, s.v., y T. Jone, *History of Brecknock*, vol. II, pp. 225-226 (1908).

SAN EDMUNDO DE ABINGDON, Arzobispo de Canterbury (1240 p.c.)

Edmundo era el hijo menor de Reinaldo (o Eduardo) Rich y de su esposa, Mabel. El matrimonio habitaba en Abingdon de Berkshire, poseía pocos bienes de este mundo, pero estaba colmado de virtudes y gracias. Con el consentimiento de su esposa y dejando a la familia provista de todo lo necesario, Reinaldo hizo en su madurez la profesión religiosa en el monasterio de Eynsham, donde murió poco después. Mabel llevaba una vida muy austera y educó a sus hijos estricta y piadosamente. A eso de los doce años, Edmundo partió a estudiar a Oxford. Unos tres años más tarde, se trasladó a París a proseguir sus estudios, junto con su hermano Roberto. Naturalmente, los dos chicos tenían cierto miedo de abandonar su patria para ir a valerse por sí mismos en un país extranjero. Su madre los exhortó a confiar en Dios y dio a cada uno una camisa de cerdas, que ambos prometieron usar. Edmundo volvió a Inglaterra para acompañar a su madre en la última enfermedad. Mabel le dio la bendición antes de morir. Edmundo le pidió que bendijese también a su hermano y a sus hermanas, pero ella replicó: "Ya los bendije en ti, porque a través de ti van a recibir abundantes bendiciones del cielo." En seguida, Mabel confió a todos sus hermanos a Edmundo. Como sus dos hermanas querían ser religiosas, Edmundo las condujo al convento de las benedictinas de Catesby, en Northamptonshire, donde ambas se distinguieron por su santidad y murieron ejerciendo el cargo de abadesas. Edmundo volvió a París a proseguir sus estudios.

En Oxford había hecho un voto de castidad que supo guardar fielmente, aun en las circunstancias difíciles, según cuenta su biógrafo. Llevaba una vida ejemplar en la Universidad, y solía asistir asiduamente a los divinos oficios. Con el tiempo, llegó a ser maestro en Oxford, donde se dedicó afanosamente al estudio y la enseñanza de las matemáticas. Una noche soñó que su madre le señalaba ciertas figuras geométricas y le preguntaba qué significaban. Edmundo repuso que sus clases versaban sobre estas figuras y ella le respondió, que le sería más útil dedicarse al estudio de la Santísima Trinidad.

A partir de entonces, Edmundo se entregó al estudio de la teología, se doctoró y recibió las órdenes sagradas, no sabemos si en Oxford o en París. Durante ocho años, fue profesor de teología en Oxford y, según se dice, fue el primero que enseñó la lógica de Aristóteles en esa Universidad. Tuvo mucho éxito como profesor, como predicador y muchos de sus discípulos llegaron a distinguirse. El santo se interesaba grandemente por ellos, sobre todo por los pobres y enfermos. Consigo mismo era tan austero como lo había sido su madre. Como lo hizo notar un abad de Reading, no descansaba ni siquiera durante las vacaciones. Hacia 1222, fue nombrado canónigo y tesorero de la catedral de Salisbury. Al cargo iba unida una prebenda en Calne de Wiltshire, donde estaba obligado a residir tres meses al año. Edmundo consagró la cuarta parte de sus rentas a crear un fondo catedralicio. El resto lo daba casi íntegro a los pobres, de suerte que lo poco que le quedaba no le alcanzaba para vivir todo el año y tuvo que pedir hospitalidad en la abadía de Stanley, cerca de Calne. El abad le reprendió más de una vez por su liberalidad y falta de previsión. En 1227, Gregorio IX le mandó que predicase la Cruzada contra los sarracenos, y le concedió el derecho de recibir un estipendio de cada una de las iglesias en que predícase. Edmundo cumplió la orden con gran celo, pero no aceptó estipendio alguno. Sus palabras eran de fuego e inflamaban a sus oyentes. Se cuenta, además, que confirmó con milagros su predicación en Worcester, Leominster y otros sitios. Guillermo Longsword, conde de Salisbury, que durante largo tiempo había descuidado sus deberes religiosos, se convirtió gracias a su predicación y a su conversación. San Edmundo fue uno de los maestros más experimentados de la época en materia de vida interior y solía exhortar, con frecuencia, a los fieles a la oración afectiva. En cierta ocasión escribió: "Miles de personas se engañan multiplicando las oraciones. Yo preferiría decir devotamente cinco palabras con toda el alma, en vez de 5000 sin acompañarlas con el afecto y el entendimiento. Cantad al Señor sabiendo lo que decís; el sentimiento del alma debe acompañar las palabras que los labios repiten." San Edmundo supo unir con tal acierto la experiencia interior con los conocimientos de teología mística y especulativa, que llegó a un alto grado de contemplación.

Después de tres votaciones que fueron anuladas, San Edmundo fue elegido arzobispo de Canterbury, una sede que había estado largo tiempo vacante. Los electores enviaron algunos hombres a Calne para dar la noticia a San Edmundo y acompañarle a Canterbury. El santo, que al parecer no sabía nada, protestó contra la elección. Entonces, los enviados acudieron a Roberto, obispo de Salisbury, quien mandó al santo que aceptase. Edmundo se sometió, no sin resistencia, y fue consagrado el 2 de abril de 1234. Pocos días después tomó parte en un parlamento reunido en Westminster, cuyos miembros informaron a Enrique III del estado lamentable del reino y le pidieron que despidiese a

los ministros indignos de ese cargo. Así lo hizo el monarca, quien envió a San Edmundo y a otros obispos al occidente del país a negociar una tregua con Llewelyn de Gales y otros nobles desafectos a la corona. Por entonces, San Edmundo nombró canciller de su diócesis a San Ricardo de Wyche, quien fue más tarde obispo de Chichester. Según parece, Ricardo de Wyche y Roberto Rich, hermano de San Edmundo, permanecieron con él hasta su muerte. En 1237, San Edmundo presidió la ceremonia de la solemne ratificación que hizo Enrique III de la "Carta Magna", en la abadía de Westminster. Desgraciadamente, el matrimonio del monarca con Eleonor de Provenza había abierto la puerta a los ministros y favoritos extranjeros. Enrique III había obtenido que el cardenal Otto fuese nombrado legado pontificio para que apoyase su política contra los barones ingleses. San Edmundo reprendió por ello al rey y le predijo que el nombramiento del legado produciría todavía más desórdenes en el reino. El cardenal Otto produjo muy buena impresión a su llegada, pues se negó a aceptar los presentes que le habían enviado todos los bandos. En calidad de legado, presidió un sínodo reunido en San Pablo, que promulgó cierto número de cánones sobre la disciplina del clero y sobre los beneficios eclesiásticos; pero algunos cánones favorecían a los extranjeros contra los ingleses en materia de beneficios, y fueron muy mal recibidos. Enrique III se las arregló para valerse del legado contra San Edmundo y los obispos y barones ingleses.

El amor y la solicitud por la paz fueron característicos de San Edmundo. Sin embargo, prefirió romper con todos sus amigos y enemistarse con ellos, antes que aprobar o tolerar la menor desviación de la justicia y el derecho. La hostilidad de sus enemigos jamás le hizo perder la paz, ni disminuyó la tierna caridad con que los amaba. San Edmundo parecía indiferente a todas las injusticias que se cometían contra él. Acostumbraba decir que las tribulaciones eran el alimento con el que Dios fortalecía a las almas, y las consideraba como una miel agridulce de la que su alma debía alimentarse en el desierto de esta vida, como San Juan Bautista. Nicolás Trivet, el cronista de la orden de Santo Domingo, cuenta que San Edmundo solía llevar siempre en su comitiva a algún sabio dominico. Uno de éstos que murió a edad muy avanzada, refirió al cronista la siguiente anécdota: En una ocasión, el santo había invitado a comer a varias personas, a las que hizo esperar largo tiempo. Como la comida ya estaba servida, Ricardo, el canciller de la diócesis, fue a llamar a San Edmundo y le encontró en la capilla, absorto en oración, elevado varios palmos sobre el suelo.

Las injusticias y abusos cometidos por Enrique III en materia de relaciones entre la Iglesia y el Estado no fueron las únicas dificultades de San Edmundo. Los monjes de la Christ Church de Canterbury, a quienes estaba confiada la catedral, se levantaron contra el arzobispo en defensa de ciertos presuntos derechos. Aunque San Edmundo se mostró dispuesto a negociar y el legado pontificio aconsejó a los monjes que se sometiesen, éstos se obstinaron hasta que el escándalo se divulgó por todo el país. San Edmundo decidió presentar personalmente el asunto en Roma en 1237. Una noche, el Papa le llamó después de completas. San Edmundo contó al Pontífice que su recado le había llegado cuando estaba en oración. El Papa replicó sonriendo: "Vos seríais un monje excelente." El santo contestó: "¡Pluguiese a Dios que fuese yo un buen monje y me viese libre del peso de los negocios! ¡Cuán feliz y apacible es la

vida de los monjes!" En todo caso, los monjes de Canterbury no eran apacibles, de suerte que el arzobispo se vio obligado a excomulgar a diecisiete de ellos a su regreso. El rey se opuso a San Edmundo y sus sufragáneos. Lo mismo hizo el cardenal Otto, quien absolvió a los monjes que San Edmundo había excomulgado, desautorizó varias decisiones suyas de gran importancia y llegó hasta usurpar los derechos personales del primado de Inglaterra. En un concilio reunido en Reading el legado exigió que los obispos y el clero contribuyesen con la quinta parte de sus rentas a los gastos de guerra del Papa contra el emperador Federico II. Para entonces, existía ya un gran descontento por la cantidad de beneficios jugosos que poseían en Inglaterra ciertos personajes, en su mayoría italianos, que habían sido nombrados por el Papa y no habían puesto jamás el pie en el país. Ello traía consigo grandes daños materiales y espirituales. El mayor enemigo de ese abuso era el piadoso Roberto Grossatesta, a quien San Edmundo consagró obispo de Lincoln. Los obispos pidieron consejo al primado. San Edmundo les dijo: "Hermanos míos, bien sabéis que vivimos en una época tan difícil, que más nos valdría estar muertos. Tenemos que hacer de la necesidad una virtud, porque el Papa nos tira de un lado y el rey de otro, y no veo cómo podemos oponerles resistencia."

Enrique III solía dejar vacantes las sedes y sus beneficios para disfrutar de sus rentas y aun llegaba a impedir las elecciones con el daño consiguiente para los fieles. San Edmundo había obtenido de Gregorio IX un breve, según el cual, cuando un oficio o beneficio permanecía vacante durante seis meses, el metropolitano podía aplicar las rentas a cualquier catedral o iglesia abacial. Cuando Enrique III consiguió que el Papa anulase dicho breve, San Edmundo empezó a aparecer como una figura semejante a la de Tomás Becket. En efecto, el gobierno de su diócesis se le había hecho casi imposible, pues el cardenal Otto anulaba todas las medidas que él tomaba. Así pues, San Edmundo decidió salir del país. Se despidió del monarca, bendijo a la nación, "se detuvo sobre una colina en las proximidades de Londres" y se embarcó en Thanet. "Mirando hacia las costas de Inglaterra, se echó a llorar amargamente, pues presentía que nunca volvería a verla."

El santo se asiló en la abadía cisterciense de Pontigny, "donde se refugiaban todos los obispos que habían sido expulsados de Inglaterra por defender la justicia . . . El bienaventurado mártir Tomás había esperado ahí durante dos años el premio que merecía su vida." Durante los pocos meses que pasó en la abadía, San Edmundo vivió como uno de tantos monjes; escribía en el "scriptorium" y predicaba en las poblaciones de los alrededores. En 1240, su mala salud le obligó a trasladarse al priorato de los canónigos regulares de Soissy. Ahí murió al amanecer del viernes 16 de noviembre, Después de haber levantado la excomunión a los monjes de Canterbury y de haber enviado su camisa de pelo a su hermano Roberto y su capa y una imagen a sus dos hermanas. Fue sepultado en la iglesia mayor de Pontigny, donde se conservan todavía sus reliquias con gran veneración. Su canonización tuvo lugar seis años más tarde. La fiesta del santo se celebra en casi todas las diócesis de Inglaterra, en Meaux, en Sens y en los conventos cistercienses.

En conjunto, estamos muy bien informados acerca de la vida de San Edmundo. Además de los abundantes datos que se encuentran en las crónicas contemporáneas, como la de Mateo Paris, hay por lo menos cuatro biografías serias. Desgraciadamente, no sabemos quiénes fueron sus autores. Es de suponer que fueron compuestas por Roberto Rich, Beltrán

(prior de la abadía cisterciense de Pontigny), Mateo Paris, Eustacio (monje de Canterbury) y Roberto Bacon (fraile dominico, tío o hermano del célebre franciscano Rogelio Bacon); pero es imposible identificar al autor de cada una. El texto más largo y tal vez el más satisfactorio puede verse en Martène y Durand, *Thesaurus novus anecdotorum*, vol. III, *pp*. 1775-1826. El segundo fue publicado por W. Wallace en su *Life of St Edmund of Canterbury* (1893), pp. 543-583, junto con otros dos, pp. 589-624. Además de esta excelente obra, existen las biografías de la baronesa de Palavicini (1898), Mons. Bernard Ward (1903), y M. R. Newbolt (1928). Véase también el artículo de H. W. C. Davis, en *English Historical Review*, vol. XXII (1907), pp. 84-92; la *Dublin Review*, oct. de 1904, pp. 229-237; y A. B. Emden, *An Oxford Hall in Medieval Times* (1927). Parece que algunos tratados teológicos de San Edmundo pasaron inadvertidos en un manuscrito, según lo demuestra Mons. Lacombe en un artículo titulado *Quaestiones Aberdonenses*, en *Mélanges Mandonnet* (1930), vol. II, pp. 163-191. Los bolandistas mencionan entre los "praetermissi" a las dos hermanas de San Edmundo: Alicia y Margarita; cf. B. Camm, en *Revue Bénédictine*, vol. x, 1893, p. 314.

SANTA INES DE ASIS, VIRGEN (1253 P.C.)

EN NUESTRO artículo sobre Santa Clara (12 de agosto), dijimos que abandonó la casa paterna para hacerse monja bajo la dirección de San Francisco. También referimos que su hermana Inés, que tenía entonces quince años, fue a reunirse con ella en el convento de las benedictinas de Sant'Angelo di Panzo, donde Clara estuvo algún tiempo. En la "Crónica de los Veinticuatro Generales" hay un relato muy detallado sobre la forma brutal con que los parientes de Santa Inés trataron de hacerla volver atrás, así como de los milagros que sostuvieron a la santa y obligaron a sus parientes a dejarla en paz. Sin embargo, la bula de canonización de Santa Clara, escrita por Alejandro IV, no dice una palabra sobre ello. San Francisco concedió el hábito a Inés y la envió con su hermana a San Damián. Ocho años más tarde, cuando San Francisco fundó el convento de Monticello, en Florencia. Inés fue elegida abadesa. Según se dice, supervisó desde ahí las fundaciones de Mántua, Venecia, Padua y otras más. Bajo la sabia dirección de Santa Inés, el convento de Monticello llegó a ser casi tan famoso como el de San Damián. La santa apoyó ardientemente a su hermana en su larga lucha para obtener el privilegio de la pobreza absoluta. En agosto de 1253, Santa Inés fue a acompañar a Santa Clara en sus últimos momentos y se dice que ésta predijo entonces que su hermana la seguiría en breve. Lo cierto es que Santa Inés murió el 16 de noviembre del mismo año y fue sepultada en San Damián. En 1260, sus reliquias fueron trasladadas junto con las de su hermana a la nueva iglesia de Santa Clara de Asís. Dios glorificó el sepulcro de Inés con repetidos milagros. Benedicto XIV concedió a los franciscanos el privilegio de celebrar su fiesta. Se conserva todavía una conmovedora carta que Santa Inés escribió a Santa Clara en 1219, poco después de haberse trasladado de San Damián a Monticello.

Acerca del artículo de la *Chronica XXIV Generalium*, cf. *Analecta Franciscana*, vol. III (1897), pp. 173-182. También se habla varias veces de Santa Inés en los primeros volúmenes de los *Annales Ordinis Minorum de* Wadding. Naturalmente se habla de la santa en todas las vidas de su hermana, como, por ejemplo, en la de Locatelli. Véase nuestra bibliografía sobre Santa Clara (12 de agosto): y León, *Auréole Séraphique* (trad. ingl), vol. IV, pp. 66-70.

BEATO GRACIAN DE CATTARO (1508 P.C.)

SEGÚN LA tradición, Gracián era originario de Cattaro (Kotor), en Dalmacia. Hasta los treinta años se dedicó al comercio marítimo. Un día, entró en una iglesia de Venecia y quedó muy impresionado por el sermón del franciscano Simón de Camerino. Gracián determinó ingresar en dicha orden y fue aceptado como hermano lego en el convento de Monte Ortono, en las cercanías de Padua. Sus superiores le dedicaron a trabajar en el huerto. Pronto se ganó el beato el respeto y la veneración de toda la comunidad. Cuando fue trasladado al convento de San Cristóbal de Venecia, apareció una luz misteriosa sobre su celda. Dios obró varios milagros por su intercesión. El hermano Gracián tomó parte en los trabajos de restauración de la iglesia. Aunque ese verano fue particularmente seco, no faltó jamás agua en la cisterna; el mar penetró en una ocasión hasta el estanque y, sin embargo, el agua no se hizo salobre. A los setenta y un años, Gracián cayó gravemente enfermo y apenas pudo levantarse del lecho para recibir de rodillas los últimos sacramentos. Murió el 9 de noviembre de 1508. Su culto fue confirmado en 1889. Los agustinos celebran todavía su fiesta.

Véase *Acta Sanctorum*, nov., vol. IV, pp. 297-304. Las biografías más antiguas (S. Lazzarini, en italiano, 1643; Eliseus Polonus, en latín, 1677) datan de más de un siglo después de la muerte del beato. Según parece, todas las biografías se basan en el mismo documento. Las biografías más recientes son la italiana de N. Mattioli (1890) y la servo-croata de I. Matovic (1910).

BEATA LUCIA DE NARNI, VIRGEN (1544 P.C.)

NICOLÁS BROCADELLI, tesorero en Narni de Umbría en la segunda mitad del siglo XV, se casó con Gentilina Cassio. Dios les concedió once hijos, de los cuales, la mayor fue Lucía, que nació en Narni, en 1476. Desde muy niña, Lucía decidió consagrarse a Dios. Pero su padre murió pronto, y los tutores de la joven, que veían las cosas de otro modo, trataron de casarla por la fuerza a los catorce años. Lucía arrojó el anillo de los esponsales al suelo, abofeteó al pretendiente y salió corriendo de la habitación. Al año siguiente, se presentó otro pretendiente, un tal conde Pedro. Lucía resistió al principio, pero una aparición de la Santísima Virgen y los consejos de su confesor la convencieron de que debía ceder. La Sagrada Congregación de Ritos determinó en 1729, que el día de la fiesta de la beata se rezasen la misa y el oficio de las vírgenes, lo cual prueba que aceptó la tradición de que Pedro y Lucía vivieron como hermano y hermana. A los tres años de matrimonio, Pedro dejó a su mujer en libertad de hacer lo que quisiese. La beata volvió a la casa de su madre, tomó el hábito de la tercera orden de Santo Domingo, e ingresó en una comunidad de terciarias regulares en Roma. Poco después, pasó a otro convento semejante en Viterbo. Dios le concedió ahí la gracia de los estigmas y una participación sensible en la Pasión de Cristo. Durante los tres años que estuvo en Viterbo, sus heridas sangraban todos los miércoles y viernes, de suerte que no podía ocultarlas. El inquisidor del lugar, el maestre del sacro palacio, un obispo franciscano y el médico del Papa Alejandro IV, examinaron los estigmas y quedaron convencidos de que se trataba de un fenómeno sobrenatural. El conde Pedro acudió también a verlos y quedó tan convencido que, según se dice,

ingresó en la orden de San Francisco.

La fama de la Beata Lucía llegó a oídos del duque de Ferrara, Hércules I, quien recordaba con veneración a Santa Catalina de Siena y era muy amigo de las beatas Estefanía Quinzani, Columba de Rieti y Osanna de Mántua. Con el permiso del Papa y el consentimiento de Lucía, construyó el duque un convento para ésta en Ferrara. Como el pueblo se oponía a que la beata saliese de Viterbo, tuvo que ser sacada oculta en un cesto de ropa a lomos de una mula. Lucía, que tenía apenas veintitrés años, no tenía aptitudes para dirigir una comunidad. Por otra parte, Hércules d'Este, que era un hombre que lo proyectaba todo en grande y había gastado sumas enormes en la construcción y decoración del convento, quería que hubiese en él nada menos que cien religiosas. Pidió a Lucrecia Borgia (que acababa de convertirse en nuera suya), que le ayudase a reunir religiosas. Como las monjas venían de diferentes conventos y no todas eran muy virtuosas, el superiorato de Lucía se tornó cada vez más difícil, hasta que finalmente, fue depuesta del cargo. La sucedió María de Parma, que no era terciaria, sino dominica de una segunda orden a la que quería afiliar a toda su comunidad. En 1505, murió el protector de Lucía, con lo que la beata dejó de ser una "mística de moda", protegida por el duque de Ferrara, y cayó en una oscuridad total que duró treinta años. Por otra parte, la nueva superiora la trató con una severidad que se asemejaba a la persecución: no la dejaba ir al recibidor, le prohibió hablar con alguien, aparte del confesor que le había designado y mandó que una de las religiosas la vigilase constantemente. En esos años fue cuando Lucía, despreciada por las religiosas del convento que con tanto trabajo había venido a fundar desde Viterbo, se santificó verdaderamente. Jamás se le oyó una palabra de impaciencia, ni siquiera cuando estaba enferma y abandonada. La beata había caído en tal olvido que, cuando murió, el 15 de noviembre de 1544, el pueblo de Ferrara quedó atónito al enterarse de que había vivido hasta entonces, pues la creía muerta desde tiempo atrás. El culto de Lucía se popularizó muy pronto. Sus reliquias fueron trasladadas a un sitio más público y se le atribuyeron muchos milagros. El culto fue confirmado en 1710.

Existen muchos documentos sobre los primeros años de la vida mística de Lucía. Edmundo Gardner, en su obra *Dukes and Poets in Ferrara* (1904), refiere gráficamente los principales incidentes relacionados con la beata (pp. 366-381; 401-404 y 465-467). Dicho relato se basa en la obra de L. A. Gandini, *Sulla venuta in Ferrara della beata Lucia da Narni* (1901), y la *Vita della beata Lucia di Narni* de Domenico Ponsi (1711). En 1740, se publicó un curioso suplemento a esta última obra, titulado *Aggiunta al libro della Vita della B. Lucia;* hay en él una biografía de los primeros escritos sobre Lucía, pero el libro se refiere sobre todo al intento que hicieron los franciscanos de Mayorca por suprimir una imagen en la que se representaba a la beata con los estigmas. Los franciscanos alegaban que Sixto IV (que era también franciscano) había prohibido bajo pena de excomunión que se representase a los santos con los estigmas, excepto a San Francisco. La causa se llevó a Roma, donde se falló en 1740 en favor de los dominicos. El duque Hércules de Ferrara había investigado personalmente muy a fondo la cuestión de la estigmatización de Lucía; la carta que escribió sobre ello puede verse en el folleto *Spiritualium personarum facta admiratione digna* (1501). Se trata de un documento muy interesante, del que hay una copia en el Museo Británico. Hay otra carta del duque en *Narratione della nascita, etc., della b. Lucia di Narni* (1616) de G. Marcianese.

17: SAN GREGORIO EL TAUMATURGO, Obispo de Neocesarea (268 p.c.)

TEODORO, quien más tarde cambió su nombre por el de Gregorio y recibió el sobrenombre de "el Taumaturgo" por sus milagros, nació en Neocesarea del Ponto. Sus padres pertenecían a la nobleza y eran paganos. Cuando Gregorio tenía catorce años, murió su padre. El joven continuó su carrera de leyes. La hermana de Gregorio hizo un viaje a Cesarea de Palestina para ir a reunirse con su esposo, quien ocupaba ahí un cargo oficial. En dicho viaje la acompañaron Gregorio y su hermano Atenodoro, el cual fue más tarde obispo y sufrió mucho por la fe. Poco antes, Orígenes, establecido en Cesarea, había abierto ahí una escuela. Desde la primera entrevista que tuvo con Gregorio y con su hermano, Orígenes cayó en la cuenta de que ambos poseían buenas aptitudes para los estudios y disposiciones para la virtud, por lo que se sintió impulsado a infundirles el amor de la verdad y el deseo de alcanzar el soberano bien del hombre. Fascinados por las palabras de Orígenes, los jóvenes renunciaron a su proyecto de proseguir su carrera de leyes en la escuela de Beirut, e ingresaron en la de Orígenes. Gregorio hace justicia a su maestro, pues asegura que los guiaba por el camino de la virtud, no sólo con sus palabras sino también con su ejemplo. También afirma que les inculcó la idea de que en todas las cosas lo importante es conocer la primera causa, con lo cual los orientó hacia la teología. Orígenes los hizo leer todo lo que los filósofos y los poetas habían escrito sobre Dios, haciéndoles caer en la cuenta de lo que había de falso y de verdadero en cada uno y recalcándoles la impotencia de la mente humana para alcanzar la plenitud de la verdad en el terreno más importante, que es el de la religión. Los dos hermanos acabaron por convertirse plenamente al cristianismo y prosiguieron sus estudios bajo la dirección de tan excelente maestro durante varios años. El año 238 regresaron a su patria. Antes de separarse de Orígenes, Gregorio le dio las gracias en un discurso que pronunció ante un nutrido auditorio, donde alabó los métodos de su maestro y la prudencia con que los había guiado en sus estudios, aparte de dar detalles muy interesantes sobre la pedagogía de Orígenes. También se conserva una carta de Orígenes a su discípulo, en la que llama a Gregorio su "respetado hijo" y le exhorta a emplear en servicio de la religión los talentos que había recibido de Dios; también le aconseja que aproveche todos los elementos de la filosofía pagana que puedan servir para ese fin, como los judíos aprovecharon los despojos de los egipcios para construir el tabernáculo del verdadero Dios.

Gregorio tenía la intención de practicar la abogacía en su patria; pero poco después de su llegada fue elegido obispo de Neocesarea, aunque en la ciudad sólo había diecisiete cristianos. Sabemos muy poco acerca del largo episcopado del santo. Es cierto que San Gregorio de Nissa, en el panegírico de su homónimo, da muchos datos sobre los milagros que valieron a éste el sobrenombre de "el Taumaturgo", pero está probado que la mayoría son legendarios. Como quiera que fuese, Neocesarea era por entonces una ciudad rica y populosa, en la que reinaban la idolatría y el vicio. San Gregorio, consumido por el celo y la caridad, se entregó enérgicamente al cumplimiento de sus deberes pastorales, y Dios le concedió un don extraordinario de milagros. San

Basilio dice que, "con la ayuda del Espíritu Santo, tenía un poder formidable sobre los malos espíritus. En cierta ocasión, secó un lago que era causa de pleitos entre dos hermanos. Su capacidad de predecir el futuro le elevaba a la altura de los profetas. Los milagros que obraba eran tan notables, que amigos y enemigos le consideraban como un nuevo Moisés."

Poco después de tomar posesión de la sede, San Gregorio fue a alojarse en casa de Musonio, un personaje importante de la ciudad, quien le había invitado a vivir con él. Ese mismo día, empezó el santo a predicar y, antes de caer la noche, había convertido ya a un número suficiente para formar una pequeña iglesia. Al día siguiente, se apretujaban ante la puerta de la casa de Musonio muchos enfermos, a los que Gregorio devolvió la salud y convirtió al cristianismo. Pronto, los cristianos llegaron a ser tan numerosos, que Gregorio pudo construir una iglesia, ya que todos colaboraron en la empresa con sus limosnas y su trabajo. En nuestro artículo del 11 de agosto referimos cómo consiguió San Gregorio que Alejandro el Carbonero fuese elegido obispo de Comana. La prudencia y el tacto de San Gregorio movían a las gentes a consultarle acerca de cuestiones civiles y religiosas y, en ese sentido, fueron muy útiles al santo sus estudios de leyes. San Gregorio de Nissa y su hermano San Basilio, se enteraron por su abuela, Santa Macrina de lo que se decía del Taumaturgo, ya que la santa había vivido cuando era pequeña en Cesarea, más o menos en la época en que murió San Gregorio. San Basilio afirma que la vida del Taumaturgo reflejaba la sublimidad del fervor evangélico. En sus prácticas de devoción mostraba gran reverencia, recogimiento y jamás oraba con la cabeza cubierta. Amaba la sencillez y modestia en las palabras: el "sí" y el "no", constituían la médula de sus conversaciones. Aborrecía la mentira y la falsedad; en sus palabras, lo mismo que en su conducta, no había jamás la menor sombra de cólera o de amargura.

Cuando estalló la persecución de Decio, el año 250, San Gregorio aconsejó a los cristianos que se escondiesen para no exponerse al peligro de perder la fe. El se retiró al desierto, en compañía de un antiguo sacerdote pagano, a quien había convertido y hecho diácono suyo. Los perseguidores se enteraron de que se había refugiado en cierta montaña, enviaron a un pelotón de soldados a buscarle, pero éstos volvieron sin la presa y dijeron que sólo habían encontrado árboles. Entonces, el hombre que había señalado el sitio en que se hallaba escondido San Gregorio, se dirigió al bosque y encontró al santo con su acompañante, entregados a la oración. A la vista de aquellos hombres santos, comprendió que Dios debía protegerlos y que El había hecho que los soldados los confundiesen con los árboles. Así, el que había denunciado a los cristianos se convirtió al cristianismo.

A la persecución siguió una epidemia, y a la epidemia una invasión de los godos, por lo que no es de extrañar que San Gregorio haya tenido poco tiempo para escribir si, en semejantes circunstancias, debía dedicarse a sus tareas pastorales. El mismo describe las dificultades de su ministerio en la "Carta Canónica" que escribió con motivo de los problemas suscitados por la invasión de los bárbaros. Se cuenta que el santo organizaba entretenimientos en los días de las fiestas de los mártires y que ello contribuyó a atraer a los paganos y a popularizar las reuniones religiosas entre los cristianos. Por lo demás, seguramente el santo estaba convencido de que también las diversiones sanas, además de las prácticas religiosas, constituían una manera de venerar a los mártires.

En todo caso, San Gregorio es, a lo que sabemos, el único misionero que empleó los mencionados métodos en los tres primeros siglos y se debe advertir que era un griego muy culto.

Poco antes de su muerte, San Gregorio hizo investigaciones para averiguar cuántos infieles quedaban todavía en la ciudad y al enterarse de que sólo había diecisiete, exclamó lleno de gozo: "¡Gracias sean dadas a Dios! Cuando llegué a esta ciudad no había más que diecisiete cristianos." Después de orar por la conversión de los infieles y la santificación de los que ya creían en el verdadero Dios, rogó a sus amigos que no le sepultasen en un sitio distinguido, puesto que había vivido en el mundo como peregrino sin buscarse a sí mismo y quería también compartir la suerte de las gentes ordinarias después de la muerte. Según se dice, las reliquias del santo fueron trasladadas a un monasterio bizantino de Calabria. En todo caso, en el sur de Italia y en Sicilia se le venera especialmente y se le invoca contra los terremotos y las inundaciones, en recuerdo de la forma milagrosa en que detuvo las aguas desbordadas del río Lycus.

Los datos que poseemos sobre el santo, son muy poco satisfactorios, si excluimos lo que el propio Gregorio cuenta de sus relaciones con Orígenes y las alusiones casuales que se encuentran en los escritos de San Basilio, San Jerónimo y Eusebio. San Gregorio de Nissa, en su panegírico, cuenta muchos milagros, pero habla muy poco de la vida del santo. Por otra parte, la biografía griega (cuyo mejor texto es el de *Acta Martyrum* de Bedjan, vol. VI, 1896, pp. 83-106), es todavía menos fidedigna. Existen además una biografía armenia y una latina, ambas de poco valor. Véase Ryssel, *Gregorius Thaumaturgus, sein Leben und seine Schriften* (1880); Funk, en *Theologische Quartalschrif* (1898), pp. 81 ss.; *Journal of Theological Studies* (1930), pp. 142-155. Hay un valioso artículo de M. Jugie sobre los sermones que se atribuyen a San Gregorio, en *Analecta Bollandiana*, vol. XLIII (1925), pp. 86-95; el autor prueba claramente que muchas de las atribuciones carecen de fundamento, pero se inclina a aceptar la autenticidad de los sermones que se conservan en armenio, aunque rechaza el que F. C. Conybare tradujo al inglés en *Expositor* (1896), pte. I, pp. 161-173. Sin embargo, los críticos admiten generalmente la autenticidad del panegírico de Orígenes, del tratado sobre el Credo, de la epístola canónica y del estudio dedicado a Teopompo; este último sólo se conserva en sirio. La mayor parte de los escritos publicados en Migne, PG., vol. x, son ciertamente espurios, o por lo menos sospechosos. Véase Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. II, pp. 315-332.

SAN DIONISIO, Obispo de Alejandría (265 p.c.)

San Basilio y otros escritores griegos honran a este prelado con el epíteto de "el Grande", y San Atanasio le llama el "Maestro de la Iglesia Católica". Alejandría, donde Dionisio hizo sus estudios, era entonces el centro del saber. El joven, que era aún pagano, se entregó ardientemente a los estudios. El mismo cuenta que se convirtió a la fe tanto por una visión que tuvo y una voz que escuchó, cuanto por el examen imparcial de los documentos. Con el tiempo, llegó a ser profesor en la escuela catequética de Orígenes y supo desempeñar su cargo con tal tino que, cuando Heraclas fue elegido obispo, le confió durante quince años la dirección de la escuela. El año 247, Dionisio fue elevado al episcopado. Poco después, el populacho, azuzado por un profeta pagano de Alejandría, se dedicó a perseguir violentamente a los cristianos. Dionisio describió esa persecución en una carta a Fabio, obispo de Antioquía. Poco después, el edicto de Decio dio alas a los perseguidores, de suerte que el gobernador de Alejandría mandó a un pelotón de soldados a arrestar al obispo en cuanto se promulgó el edicto. Los

soldados buscaron a Dionisio en todas partes, excepto en su casa, de la que no había salido para nada. Cuatro días después, el santo trató de escapar con sus criados y familiares, pero el grupo fue descubierto y todos fueron arrestados, excepto uno de los criados, quien contó lo sucedido a un campesino que se dirigía a una boda. Aunque el campesino no era cristiano, consideró que aquello constituía una ocasión excelente para reñir con la policía y corrió a dar aviso a los otros invitados a la boda. Inmediatamente, todos acudieron a rescatar a los prisioneros, como "movidos por un solo impulso" y dispersaron a los guardias. San Dionisio, creyendo que se trataba de un grupo de bandoleros, se ofreció a entregarles sus prendas de vestir, pero una vez aclaradas las cosas, cuando los invitados a la boda le dijeron que estaba en libertad, el santo se afligió mucho por haber perdido la corona del martirio y se negó a partir. Pero aquellos egipcios, que no entendían de místicas le montaron por la fuerza en un borrico y le condujeron a refugiarse en el desierto de Libia. Ahí permaneció Dionisio con dos compañeros, gobernando la sede de Alejandría desde su retiro, hasta que cesó la persecución.

Más tarde, el cisma de Novaciano contra el Papa San Cornelio desgarró la unidad de la Iglesia. El antipapa envió a Dionisio una embajada para ganarle a su causa, pero el santo respondió: "Deberías haber sufrido cualquier cosa antes de desgarrar la unidad de la Iglesia con un cisma. Morir en defensa de la unidad hubiera sido tan glorioso como morir en defensa de la fe y aun más glorioso, según mi opinión, porque de la unidad depende la seguridad de toda la Iglesia. Si vuelves con tus hermanos a la unidad, tu pecado será perdonado y si no puedes lograr que tus hermanos vuelvan, salva por lo menos tu propia alma." Para oponerse a la herejía de Novaciano que negaba que la Iglesia tuviese el poder de perdonar ciertos pecados, San Dionisio ordenó que no se rehusase la comunión a la hora de la muerte a ninguno que la pidiere en las debidas disposiciones. Como Fabio de Antioquía se inclinaba a favorecer el rigorismo de Novaciano para con los pecadores, Dionisio le escribió varias cartas en las que combatía ese principio. En una de ellas refiere que un hombre llamado Serapión, quien llevaba hasta entonces una vida irreprochable, había tomado parte en un sacrificio pagano, por lo cual se le negó la comunión. Durante su última enfermedad, nadie quería darle la absolución y el enfermo desesperado, comenzó a gritar: "¿Por qué me retenéis aquí? ¡Dadme la libertad que necesito!" En seguida, envió a su nietecito en busca de un sacerdote y como éste no podía acudir, le envió la Sagrada Eucaristía por medio del niño, como se acostumbraba hacer en los períodos de persecución. En esa forma, Serapión murió en paz. San Dionisio afirma que Dios le prolongó milagrosamente la vida para que pudiese recibir la comunión. Por aquella época, empezó a hacer estragos una epidemia de peste que duró varios años. San Dionisio escribió un relato de la catástrofe, donde compara la caridad de los cristianos, muchos de los cuales murieron mártires, con el egoísmo de los paganos, quienes a pesar de ello, murieron en mayor número. Combatiendo el error que sostenía que Cristo había de reinar en la tierra con sus elegidos mil años antes del día del juicio, Dionisio dio muestras de ser un exegeta agudo; en efecto, el entusiasmo con que combatió ese error dogmático, le permitió descubrir en el Apocalipsis ciertos argumentos que algunos "críticos avanzados" habían de emplear siete siglos más tarde. El santo tomó también parte en la controversia sobre el bautismo conferido por los herejes; según parece, él personalmente se inclinaba a

considerarlo como inválido, pero se atuvo a las normas del Papa San Esteban I. También tuvo que combatir el sabelianismo, que se había difundido entre los cristianos de Pentápolis. Escribiendo contra ellos, San Dionisio expresó ciertas opiniones por las que fue denunciado ante el Papa que llevaba su mismo nombre, y el Pontífice San Dionisio escribió contra los errores del obispo, de suerte que éste publicó después una explicación de su doctrina.

El año 257, Valeriano renovó la persecución. El prefecto de Egipto, Emiliano, convocó a juicio a San Dionisio con algunos miembros de su clero y los exhortó a ofrecer sacrificios a los dioses protectores del imperio. San Dionisio replicó: "No todos los hombres adoran las mismas divinidades. Nosotros honramos a un solo Dios, creador de todas las cosas, quien ha conferido el poder imperial a Valeriano y a Galieno. A El elevamos nuestras oraciones por la paz y prosperidad de su reinado." El prefecto trató de convencerlos para que adorasen a las divinidades romanas junto con su Dios y, como no consiguió ningún resultado, los desterró a Kefro, en Libia.

El destierro duró dos años. Cuando San Dionisio regresó a su diócesis en 260, la ciudad de Alejandría estaba en pleno desorden. En efecto, una cuestión política había provocado la guerra civil, y la violencia reinaba en toda la ciudad. Los incidentes más insignificantes eran ocasión de cruentas reyertas. Todos los hombres portaban armas, por las calles se encontraban tirados los cadáveres y la sangre corría por todas partes. La actitud pacífica de los cristianos no los salvaba de la violencia, y San Dionisio se quejaba de que no se podía permanecer en casa ni salir a la calle sin peligro de la vida. El santo se vio obligado a comunicarse por carta con sus fieles, pues decía que era menos aventurado hacer un viaje del oriente al occidente que ir de un sitio a otro en Alejandría. A estas desgracias vino a añadirse la peste. En tanto que los cristianos se dedicaban a asistir caritativamente a los enfermos, los paganos arrojaban a las calles los cadáveres putrefactos y aun echaban fuera de sus casas a los agonizantes. San Dionisio murió en Alejandría a fines del año 265, después de haber gobernado su diócesis con gran prudencia y santidad durante diecisiete años. San Epifanio cuenta que su recuerdo se conservó en la ciudad gracias a una iglesia que se le dedicó, pero sobre todo, gracias a sus virtudes y sus escritos, de los que sólo se conservan algunos fragmentos.

El Martirologio Romano menciona a San Dionisio el día de hoy y el 3 de octubre. En esta última fecha, afirma erróneamente que el santo fue martirizado con sus compañeros en su primer destierro. El nombre de San Dionisio figura en el canon de las misas maronita y siria.

Casi todo lo que sabemos sobre San Dionisio procede de Eusebio y de las cartas del santo conservadas por Eusebio. En los escritos de San Atanasio y otros Padres antiguos hay algunas alusiones de poca importancia. La mejor edición de lo que queda de los escritos de San Dionisio, es la de C. L. Feltoe (1904), quien publicó además, en 1918, ciertas traducciones y comentarios. Chapman dedicó al santo un artículo muy completo en la *Catholic Encyclopedia*. Véase también Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. II, pp. 206-237; DTC., vol. IV (1911), cc. 425-527; *Journal of Theological Studies*, vol. XXV (1924), pp. 364-377; *Zeitschrift f. N.—T. Wissenschaft* (1924), pp. 235-247; las monografías de F. Dittrich (1867) y J. Burel (1910); y Delehaye, *Les passions des martyrs...* (1921), pp. 429-435.

SANTOS ALFEO y ZAQUEO, MÁRTIRES (303 P.C.)

EN EL PRIMER año de la persecución de Diocleciano, al acercarse la fecha de la

celebración de los juegos conmemorativos del vigésimo aniversario de su acceso al trono, el gobernador de Palestina consiguió que el emperador perdonase a todos los criminales, excepto a los cristianos. Precisamente entonces, fue arrestado en Gadara el diácono Zaqueo. Los guardias le azotaron brutalmente, le desgarraron con garfios de hierro y le encerraron en la prisión con las piernas casi descoyuntadas en el potro. A pesar de esa postura tan dolorosa, Zaqueo alababa a Dios gozosamente noche y día. Pronto fue a reunirse Alfeo con él en la prisión. Era éste un lector de la iglesia de Cesarea, originario de Eleuterópolis y de familia distinguida. Durante la persecución, había arriesgado la vida por exhortar a los cristianos a permanecer firmes. Finalmente fue arrestado. El prefecto, que no fue capaz de rebatir sus réplicas durante el interrogatorio, le envió a la prisión. La segunda vez que Alfeo compareció ante su juez, éste le mandó azotar y desgarrar con garfios de acero. Después, le envió a la mazmorra en que se hallaba Zaqueo, con la orden de que también a él se le descoyuntase en el potro. Los mártires fueron condenados a muerte la tercera vez que comparecieron ante el juez. Fueron decapitados el 17 de noviembre de 303.

Lo único que sabemos acerca de estos santos es lo que Eusebio cuenta en *Mártires de Palestina,* lib. I, c. 5. Véase CMH., pp. 604-605.

SANTOS ACISCLO y VICTORIA, Mártires (¿Siglo IV?)

En la liturgia mozárabe estos santos gozan de suficiente importancia como para tener oficio propio. Suele decirse que murieron en la persecución de Diocleciano, pero la fecha en que los diversos autores sitúan su vida y su muerte, varía en más de un siglo. En el "Memorial de los Santos", San Eulogio dice que eran hermanos y que habían nacido en Córdoba. Cuando se les acusó de ser cristianos, fueron encarcelados, golpeados y torturados para obligarlos a apostatar. Finalmente, se les ejecutó en el circo. Acisclo fue decapitado y Victoria murió atravesada por las flechas. Una dama llamada Minciana, sepultó los cuerpos en su casa de campo. Más tarde, se construyó ahí una iglesia, en la que fueron sepultados muchos mártires de la persecución de los árabes.

La *pasión* medieval (Florez, *España Sagrada,* vol. x, pp. 485-491) es una novela piadosa. La existencia de Victoria es discutible, en cambio, está fuera de duda que Acisclo fue realmente martirizado. Prudencio hace mención de él, y su nombre figura en el *Hieronymianum* (véase CMH., pp. 606-607) el 18 de nov., donde se dice curiosamente que "en este día se juntan rosas". También existe una inscripción española del siglo VI acerca de las reliquias de San Acisclo, como lo hace notar J. Vives, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda* (1942), n. 316.

SAN ANIANO, Obispo de Orléans (*c.* 453 p.c.)

Aniano nació en Vienne. Durante algún tiempo, vivió ahí como ermitaño. Más tarde, atraído por la fama de santidad del obispo Evurcio, se trasladó a Orléans. Hacia el fin de su vida, San Evurcio determinó renunciar a su cargo y reunió una asamblea para elegir a su sucesor. Según la leyenda, se pusieron los nombres de cuatro candidatos dentro de la urna, y un niño sacó el de Aniano. Para estar seguros de que no se trataba de un puro azar, se confirmó la elección con las "sortes biblicae". Al tomar posesión de su catedral, San Aniano, de acuerdo con la costumbre, pidió al gobernador de la ciudad que pusiese en

libertad a los presos. El gobernador se negó, pero poco después estuvo a punto de perder la vida e interpretó aquel suceso como una señal del cielo. Entonces hizo lo que el obispo le había pedido.

El año 451, Atila y los hunos amenazaban sitiar Orléans. Como en tantos otros casos, se atribuye al obispo la preservación de la ciudad, puesto que San Aniano ayudó a organizar la defensa, alentó al pueblo y pidió urgentemente auxilio al general romano Aecio. Pero Aecio procedió con lentitud y los bárbaros tomaron la ciudad. Cuando se disponían ya a partir con el botín y los prisioneros, tuvieron que hacer frente a las tropas de Aecio, que los expulsaron de Orléans y los obligaron a huir al otro lado del Sena. San Aniano, que era ya muy anciano, murió dos años después.

Las dos biografías latinas que existen son tardías y poco fidedignas. B. Krusch editó la mejor de las dos en MGH., *Scriptores Merov,* vol. III, pp. 104-117. San Gregorio de Tours describe con cierto detalle la liberación de Orléans y la atribuye a San Aniano. Véase también C. Duhan, *Vie de St Aignan* (1877); y L. Duchesne, *Fastes Episcopaux,* vol. II, p. 460.

SAN GREGORIO, OBISPO DE TOURS (594 P.C.)

EL MÁS conocido de los obispos de la antigua diócesis de Tours, después de San Martín, fue Jorge Florencio, quien más tarde tomó el nombre de Gregorio. Nació el año 538, en Clermont Ferrand. Pertenecía a una distinguida familia de Auvernia, pues era biznieto de San Gregorio de Langres y sobrino de San Galo de Clermont, a cuyo cuidado se le confió cuando quedó huérfano de padre. Galo murió cuando Gregorio tenía diecisiete años. El joven salió con bien de una peligrosa enfermedad y decidió consagrarse al servicio de Dios. Desde entonces, empezó a estudiar la Sagrada Escritura bajo la dirección de San Avito I, en Clermont, donde recibió la ordenación sacerdotal. El año 573, por deseo del rey Sigeberto I y de todo el pueblo de Tours, fue elegido para suceder en el gobierno de la sede a San Eufronio.

Era aquella una época muy turbulenta en toda la Galia y particularmente en Tours. Al cabo de tres años de guerra, a partir de la elección de San Gregorio, la ciudad cayó en manos del rey Chilperico, quien no tenía ninguna simpatía por el obispo, de manera que éste debió enfrentarse a un enemigo poderoso. En abierta oposición al mandato de la madrastra de Meroveo, el hijo de Chilperico, San Gregorio le dio asilo en el santuario y, además, tuvo el valor de apoyar a San Pretextato de Rouen, a quien Chilperico convocó a juicio por haber bendecido el matrimonio de Meroveo con Brunilda, su tía política. Poco después, Gregorio intervino en la confiscación de las tierras del condado de Tours, que estaban en posesión de un hombre indigno llamado Leudastio. Este le acusó de deslealtad política ante el rey y de haber calumniado a la reina Fredegunda. San Gregorio compareció ante un concilio, pero la sinceridad con que juró que era inocente y la dignidad de su conducta, movieron a los obispos a ponerle en libertad y a castigar a Leudastio por su falso testimonio. Chilperico, como tantos otros monarcas de su tiempo, se creía teólogo. En este punto, San Gregorio tuvo también conflictos con él, porque no podía disimular que Chilperico era un mal teólogo y que la forma como expresaba sus ideas era aún peor. Chilperico murió el año 584. Tours cayó primero en manos de Guntramo de Borgoña y después en las de Childeberto II; ambos

soberanos trataron amistosamente a Gregorio, quien pudo dedicarse tranquilamente a escribir y a administrar su diócesis.

Bajo el gobierno de San Gregorio, la fe y las buenas obras aumentaron en Tours. El santo reconstruyó su catedral, así como otras iglesias y supo atraer a la fe y a la unidad a muchos herejes, a pesar de que no era un gran teólogo. San Odón de Cluny alaba su humildad, su celo por la religión y su caridad para con todos, especialmente para con sus enemigos. Se le atribuyeron en vida varios milagros, que él atribuía a su vez a la intercesión de San Martín y otros santos, cuyas reliquias llevaba siempre consigo.

Aunque San Gregorio fue uno de los obispos merovingios más activos, actualmente se le recuerda sobre todo como historiador y hagiógrafo. Su "Historia de los francos" es una de las fuentes principales de la historia primitiva de la monarquía francesa, que nos proporciona muchos datos sobre su autor. Menos valiosas desde el punto de vista histórico, son otras obras suyas, como los tratados "Sobre la gloria de los mártires" y sobre otros santos, "Sobre la gloria de los confesores" y "Sobre las vidas de los Padres." Según la costumbre de su tiempo, el santo narra en extenso los milagros y otros hechos maravillosos y, sólo de vez en cuando, deja ver su espíritu crítico. En este sentido, el juicio de Alban Butler es muy moderado: "En sus nutridas colecciones de milagros, dice Butler, parece dar crédito a las leyendas populares con demasiada frecuencia."

Lo que sabemos sobre la vida de San Gregorio de Tours se deriva principalmente de sus obras. Venancio Fortunato y ciertas crónicas de la época proporcionan algunos datos suplementarios. Existe una biografía de San Gregorio (Migne, PL., vol. LXXI, cc. 115-128), pero data del siglo X y tiene poco valor por sí misma. Se ha escrito mucho sobre Gregorio de Tours, pero menos desde el punto de vista hagiográfico que del literario. Una de las obras más notables en este aspecto, es la de G. Kurth, *Histoire poétique des Mérovingiens* (1893). Véase también *Etudes Franques* (1919) del mismo autor; L. Halphen, en *Mélanges Lot* (1925), pp. 235-244; B. Krusch, en *Mitheilungen Inst. Oester. Geschichte* (1931), pp. 486-490; DAC., vol. VI, cc. 1711-1753; y Delehaye, *Les Recueils des Miracles des Saints*, en *Analecta Bollandiana*, vol. XLIII (1925), pp. 305-325. La mejor edición de las obras de Gregorio es la de Krusch y Levison, en MGH., *Scriptores Merov*, vol. I, pte. I (1937-51). Hay un interesante artículo de Harman Grisewood en *Saints and Ourselves* (1953), pp. 25-40.

SANTA HILDA, Abadesa de Whitby (680 p.c.)

Seguramente que el culto de esta santa abadesa comenzó muy poco después de su muerte, pues su nombre figura ya en el calendario de San Wilibrordo, escrito a principios del siglo VIII. Hilda era hija de Hererico, sobrino de San Edwino, rey de Nortumbría. Fue bautizada por San Paulino junto con san Edwino, a los trece años de edad. Según dice Beda, los primeros treinta y tres años de su vida "los pasó noblemente en el estado secular y, todavía más noblemente, dedicó la otra mitad de su vida al servicio de Dios en la religión". Santa Hilda se trasladó al reino de Anglia del este. Tenía la intención de retirarse al monasterio de Celles, en Francia, donde se hallaba su hermana Hereswita, pero San Aidán la convenció para que volviese a Nortumbría, donde fundó una pequeña abadía junto al río Wear. Más tarde, fue nombrada abadesa del monasterio mixto de Hartlepool, donde lo primero que hizo fue establecer el orden, guiada "por su prudencia innata y su amor al servicio divino".

Unos diez años después, fue trasladada a Streaneshalch (que se llamó más tarde Whitby), ya fuese para reformar una abadía o para fundarla. Se

trataba también de una abadía mixta. Los religiosos y las religiosas vivían completamente separados, pero se reunían en la iglesia para el canto del oficio divino. Según la costumbre, la abadesa era superiora en todo, excepto en lo estrictamente espiritual. Beda escribe que Santa Hilda desempeñó su oficio con tanto tino, "que no sólo las gentes del pueblo, sino aun los reyes y príncipes solían consultarla y seguir sus consejos. A aquéllos que estaban bajo su dirección, los obligaba a leer con asiduidad la Sagrada Escritura y a ejercitarse constantemente en las buenas obras, de suerte que llegasen a ser aptos para las funciones eclesiásticas y el servicio del altar." Algunos de los monjes de Santa Hilda llegaron a ser obispos, como San Juan de Beverly. El poeta Caedmon, que servía en el monasterio, tomó finalmente el hábito por consejo de la santa y fue venerado localmente como santo, después de su muerte. Santa Elfleda, discípula de Hilda, fue su sucesora en el gobierno de la abadía. El éxito con que la santa supo gobernar la abadía y ganarse el afecto de sus súbditos puede verse en las páginas que le dedica Beda en su *Historia Ecclesiástica.* Probablemente por razón de su magnífica situación, se escogió la abadía de Whitby para el sínodo convocado en el año 664 para discutir la fecha en que debía celebrarse la Pascua y otros problemas espinosos. Santa Hilda y sus súbditos se aliaron con los escoceses en favor de las costumbres célticas, pero triunfó el partido opuesto, encabezado por San Wilfrido, y el rey Oswy impuso en Nortumbría la costumbre romana. Sin duda que Santa Hilda obedeció a la decisión del sínodo, pero es posible que haya quedado un poco resentida por la actitud de San Wilfrido, ya que más tarde apoyó decididamente a San Teodoro de Canterbury contra él en la cuestión de las diócesis del norte.

Siete años antes de su muerte, Santa Hilda contrajo una enfermedad de la que no volvió a sanar. Sin embargo, en ese lapso "no dejó nunca de dar gracias al Creador y de instruir en privado y en público a sus súbditos. Con su ejemplo exhortaba a todos a servir fielmente a Dios en la salud y a darle gracias en la enfermedad y en la adversidad." Santa Hilda murió probablemente al amanecer del 17 de noviembre de 680. Como dice Beda, una religiosa "que la amaba apasionadamente" y que no pudo asistir a su muerte porque estaba encargada de las postulantes, tuvo una visión de lo sucedido y lo refirió a las religiosas que estaban con ella. Otra religiosa, llamada Begu, que se hallaba en la casa de Hackness, a veinte kilómetros de distancia, oyó en sueños el tañido de unas campanas y vio el alma de su abadesa partir al cielo. Inmediatamente, convocó a sus hermanas y pasaron toda la noche orando en la iglesia. Al amanecer "llegaron los hermanos desde el sitio en que la santa había pasado a mejor vida, con la noticia de su muerte." Cuando los daneses destruyeron el monasterio de Whitby, las reliquias de Santa Hilda se perdieron o fueron trasladadas a un sitio desconocido. Su fiesta se celebra todavía en la diócesis de Middlesbrough.

Casi todo lo que sabemos sobre Santa Hilda se reduce a lo que cuenta Beda en su *Historia Ecclesiastica.* Véanse, sin embargo, las notas de la edición de C. Plummer y también Howorth, *The Golden Days of Early English Church*, vol. III, pp. 186-195 y passim, Cf. Stanton, *Menology*, pp. 551-552.

SAN HUGO, Obispo de Lincoln (1200 p.c.)

Ciertamente, en la soledad es más fácil echar los fundamentos de la vida

interior. En la soledad se prepara el alma para la vida activa y se fortalece para resistir las distracciones del mundo. San Hugo aprendió en la soledad de la Cartuja a dominar sus pasiones y acumuló ahí los hábitos de las virtudes, que son el arma esencial de los ministros de Cristo. Hugo nació en Borgoña en 1140. Su padre, que era señor de Avalon, se distinguía como soldado y más aún como cristiano. La madre de Hugo, Ana, murió cuando éste tenía ocho años. A partir de entonces, el niño se educó en el convento de los canónigos regulares de Villard-Benoit. Guillermo de Avalon se retiró al mismo tiempo al mencionado convento y ahí terminó sus días, entregado a la devoción y a la penitencia. Hugo hizo la profesión religiosa a los quince años de edad y recibió el diaconado a los diecinueve. Inmediatamente, empezó a distinguirse como predicador. Sus superiores le pusieron al frente del pequeño monasterio de Saint-Maximin, que dependía de aquél en el que hasta entonces había estado. En cierta ocasión, Hugo acompañó a su superior a visitar la Gran Cartuja. El recogimiento y silencio que reinaban en ese sitio, así como la devoción y contemplación de los monjes, despertaron en Hugo un gran deseo de abrazar ese género de vida. El superior de los cartujos hizo al joven una alarmante descripción de las dificultades de esa vida y, poco después, su propio superior le instó a hacer un voto de no abandonar el monasterio de Villard-Benoit. Pero después, al considerar las cosas con calma, Hugo comprendió que había hecho el voto con demasiado apresuramiento y, movido por la emoción. Así pues, seguro de que Dios le llamaba a la Cartuja, retornó al monasterio y tomó el hábito. Aunque la vida de un cartujo en su celda solitaria ofrece poca materia al biógrafo, sabemos que cuando Hugo trabajaba en su huerto, acudían a verle las ardillas y los pájaros, a los que amaba mucho y sobre los que tenía un poder notable.

Al cabo de diez años de vivir en una celda aislada, se le confió el cargo de procurador del monasterio. Desempeñó el oficio durante siete años y al fin, cuando tenía cuarenta de edad, su vida cambió de rumbo súbitamente.

Enrique II de Inglaterra fundó en Witham de Somersetshire el primer convento de cartujos de dicho país para hacer penitencia por el asesinato de Santo Tomás Becket; pero las dificultades se acumularon y el monasterio no prosperó bajo el gobierno de los dos primeros superiores. Entonces, el monarca envió a la Gran Cartuja a Reginaldo, obispo de Bath, a pedir que se enviase como superior al santo monje Hugo, que un noble francés había recomendado al rey. Después de mucho discutir. los monjes de la Gran Cartuja llegaron a la conclusión de que la caridad cristiana no permitía reservar a un solo convento un bien que otros conventos necesitaban más urgentemente; así pues, por más que Hugo protestó que era inepto para el cargo, el capítulo le ordenó que partiese a Inglaterra con los legados. Al llegar a Witham, se encontró el santo con que ni siquiera se había empezado a construir el monasterio y que no se había tomado ninguna medida para compensar a aquéllos que iban a ser desalojados de sus tierras a fin de dejar el sitio a los monjes. El santo se negó a iniciar el ejercicio de su cargo, antes de que el rey pagase "hasta el último centavo". Cuando la construcción estaba ya casi terminada, San Hugo volvió a dar la orden de interrumpirla, porque Enrique II no había pagado todas las deudas. Finalmente el santo consiguió superar esa dificultad con gran tacto y se terminó el primer convento de cartujos de Inglaterra. A fuerza de humildad, mansedumbre y santidad de vida, San Hugo fue ganándose a los que se opo-

nían a la fundación, y poco a poco el monasterio fue poblándose de hombres que deseaban servir a Dios en la soledad, bajo la dirección del santo. Como en el caso de tantos otros monjes extraordinarios, la fama de la santidad y del talento de San Hugo se extendió mucho más allá de los muros del claustro. En particular, Enrique II jamás dejaba de visitarle cuando iba a cazar por aquellos parajes. Citemos sólo un ejemplo que muestra la confianza que tenía en San Hugo. A la vuelta de la campaña de Normandía, se abatió sobre los navíos del rey una furiosa tempestad. La situación parecía desesperada, cuando Enrique exclamó en voz alta: "¡Oh, Dios, a quien el prior de Witham sirve tan sinceramente, te rogamos que, por su intercesión y sus méritos, te apiades de nosotros en esta angustia, aunque nuestros pecados merecen tu castigo!" El viento amainó casi al punto y el viaje terminó con bien. Naturalmente ello confirmó y aumentó la confianza que el rey tenía en San Hugo.

El santo no vacilaba en reprender al monarca cuando era necesario, como, por ejemplo, en el caso de la costumbre que tenía el monarca de conservar las sedes vacantes para disfrutar de sus rentas. Un ejemplo escandaloso era el de la sede de Lincoln, donde en un lapso de dieciocho años sólo durante dieciocho meses hubo un obispo. Un sínodo reunido en la abadía de Eynsham en 1186, ordenó al deán y al capítulo que eligiesen obispo. La elección recayó sobre San Hugo, gracias a la influencia del rey y del primado. El santo se opuso a la elección, pero el superior de la Gran Cartuja le mandó aceptar la consagración episcopal. Naturalmente, después de tan largo abandono, la diócesis de Lincoln necesitaba urgentemente una reforma. San Hugo empezó por rodearse de un grupo de sacerdotes sabios y piadosos y empleó toda su autoridad episcopal en restablecer la disciplina entre el clero. En sus sermones y conversaciones privadas trataba de despertar el espíritu de fe y de mover al amor de Dios; pero ello no le impedía ser un hombre muy abierto y dicharachero, amante de los chistes, alegre, entusiasta y de carácter muy vivo, según le describe Giraldo Cambrense. A veces pasaba días enteros, de la mañana a la noche y sin probar alimento, administrando los sacramentos y consagrando iglesias. Reprimía con especial severidad todo intento del clero de sacar dinero a los fieles y, el día de su entronización, se negó a dar estipendio al archidiácono de Canterbury, que había oficiado en la ceremonia. Amaba con predilección a los niños pobres, a los enfermos y solía visitar los lazaretos y asistir personalmente a los leprosos. Cuando su canciller le hizo notar que San Martín curaba a los leprosos al tocarlos, San Hugo replicó: "San Martín los curaba besándolos. En cambio los besos a los leprosos curan mi alma." El santo se divertía mucho con los niños. Su biógrafo, que era también su capellán, cuenta varias anécdotas encantadoras a este propósito y narra algunos milagros realizados por el santo en favor de los pequeños.

Durante la persecución de los judíos, que estalló en Inglaterra en la época de la tercera Cruzada, San Hugo los defendió encarnizadamente. En Stanford, en Northampton y en su propia catedral de Lincoln, se enfrentó solo a una chusma armada y logró que no hiciese daño a los perseguidos. En cuanto a su sentido de justicia en lo que tocaba a su grey, el mejor ejemplo es su actitud en lo concerniente a los bosques reales. Pedro de Blois, contemporáneo de los hechos, escribía: "Los guardabosques y sus subordinados cazan a los pobres como si fuesen fieras salvajes y los devoran como si fuesen presas." San Hugo tuvo ciertas dificultades con los guardabosques de Witham. En cierta ocasión,

cuando éstos se apoderaron de un habitante de Lincoln, con el pretexto de un delito sin importancia, el santo excomulgó al jefe de la pandilla. El rey tomó muy a mal esta medida. Sin embargo, disimuló su resentimiento y, poco después, pidió al obispo que concediese un beneficio vacante a uno de sus cortesanos. San Hugo leyó la petición del rey y dictó inmediatamente su respuesta al mensajero: "Esos beneficios son para los clérigos, no para los cortesanos. El rey no carece de medios para premiar a sus súbditos." Naturalmente el rey se enfureció más que nunca y mandó llamar a San Hugo. El santo encontró al rey sentado entre sus cortesanos, en un prado del castillo de Woodstock. Por orden del rey, todos los cortesanos fingieron que no se daban cuenta de la llegada del obispo, mientras que continuaba en la ocupación de vendar una herida que tenía en un dedo. San Hugo le miró un momento en silencio y luego dijo con voz suave: "En esa postura, Vuestra Majestad se parece muchísimo a su pariente cuando estaba en Falaise.* Esa broma atrevida disipó el mal humor del rey, quien escuchó atentamente al santo mientras éste le explicaba que, al proceder así en el asunto del beneficio, sólo le había guiado el deseo de servir a Dios y de cumplir con su deber. El monarca quedó, o fingió quedar, perfectamente satisfecho. Por otra parte, el guardabosques pidió perdón a San Hugo y, desde entonces, fue muy amigo suyo. San Hugo, que había encontrado en ruinas su catedral, empezó pronto a reconstruirla, y algunas veces trabajaba en ello con sus propias manos. Una parte de la magnífica catedral actual se debe al santo, quien en su lecho de muerte dictó sus últimas instrucciones al maestro de obras, Godofredo de Noiers. El éxito de la gran actividad de San Hugo se basaba en la contemplación. En efecto, solía retirarse una vez al año a su amada abadía de Witham, donde pasaba algún tiempo en la vida común, sin distinguirse de los otros monjes más que por el anillo pastoral.

La reputación de San Hugo como juez era tan grande, que dos pobres huérfanos apelaron a Roma mediante un proceso y suplicaron que el obispo de Lincoln fuese nombrado juez del caso. El santo ejerció sus funciones judiciales en lo grande y en lo pequeño. En 1197, Ricardo I quería que los obispos y los barones pagasen los gastos de la guerra contra Felipe Augusto durante un año; pero San Hugo respondió que su diócesis sólo estaba obligada a colaborar en las guerras defensivas. El único que apoyó al santo fue el obispo Herberto de Salisbury, y el rey confiscó todas las rentas y bienes de San Hugo. A pesar de ello, el santo se mantuvo firme, reprendió cara a cara al rey por esa opresión injusta y otros abusos y acabó por triunfar. Pero, en tanto que había calmado la cólera de Enrique con un chiste, venció a Ricardo con un beso. Stubbs, el historiador de la Constitución, dice que "fue el primer caso claro en el que alguien se negó a suministrar a la corona el dinero exigido por ésta, lo cual constituyó un precedente muy importante para las generaciones futuras." Muy poco antes de esa lucha con el rey, el Señor había fortalecido la fe y el sentido del deber de San Hugo, pues un joven clérigo había visto al Niño Jesús en las manos del santo durante la misa. Dicho clérigo había recibido anteriormente la orden del cielo de decir a San Hugo que llamase la atención del arzobispo de Canterbury sobre las malas costumbres del clero y le había prometido que una visión confirmaría sus palabras. Ciertamente no fue ésa la única visión sobrenatural que alentó y consoló a San Hugo en su difícil

* Guillermo el Conquistador, bisabuelo de Enrique II, era hijo natural de Roberto de Normandía y de la hija de un peletero de Falaise.

tarea. Dios concedió además al santo el poder de curar a los enfermos, de arrojar los malos espíritus y de convertir a los pecadores empedernidos.

Después de la muerte de Ricardo I, quien había dicho a propósito de San Hugo que, "si todos los prelados fuesen como él, ningún monarca cristiano se atrevería a levantar los ojos en presencia de un obispo", fue coronado el rey Juan. Este envió al santo a Francia al frente de una embajada, lo que aprovechó San Hugo para visitar la Gran Cartuja, donde había vivido en su juventud, así como las abadías de Cluny y Cîteaux. En todas partes fue recibido con gozo y veneración, porque su fama estaba tan extendida en Francia como en Inglaterra. Por entonces, le sobrevino su última enfermedad y, a su vuelta a Inglaterra, se detuvo a orar en el santuario de Santo Tomás de Canterbury. Su enfermedad progresó de suerte que San Hugo ya no pudo asistir a las sesiones del Concilio de Londres, al que había sido convocado. La víspera del décimonono aniversario de su consagración episcopal, recibió los últimos sacramentos en su casa de Old Temple, en Holborn. Al cabo de dos meses de sufrimientos, que soportó con gran paciencia, falleció el 16 de noviembre de 1200, al caer la noche. Su cuerpo fue trasladado en triunfo a Lincoln, en cuya catedral fue sepultado el 24 de noviembre, con gran pena de todos. A los funerales asistieron el primado de Inglaterra, catorce obispos, un centenar de abades, un arzobispo de Irlanda y otro de Dalmacia, el príncipe Gruffydd ap Rhys, del sur de Gales, Guillermo el León, de Escocia y Juan de Inglaterra. También asistieron los judíos de Lincoln, quienes lloraron la pérdida de ese "verdadero siervo del gran Dios", que tanto los había protegido. Veinte años después, Honorio III canonizó a San Hugo. Su fiesta se celebra actualmente en los conventos de los cartujos y en varias diócesis de Inglaterra. La Cartuja de Parkminster, en Sussex, está dedicada al santo.

La *Magna Vita*, escrita por el monje Adán de Eynsham, quien fue capellán de San Hugo, es una biografía muy detallada, y pocas biografías de la Edad Media pueden compararse con ella en cuestión de valor histórico. Dimock la editó en la *Rolls Series* en 1864. Además existe otro escrito biográfico bastante voluminoso, debido a la pluma de Giraldo Cambrense (*Rolls Series*, vol. VII de sus obras), y una biografía anónima en verso, publicada por Dimock en Lincoln en 1860. Se encuentran también muchas alusiones a San Hugo en las crónicas de Hoveden, Benedict, etc., y el nombre del santo figura en varios documentos pontificios de la época. La biografía moderna más completa es la que publicaron los cartujos de Montreuil-sur-Mer en 1890. Fue traducida al inglés y anotada por el P. H. Thurston en 1898. Dos biografías populares excelentes, son las de F. A. Forbes (1917) y Joseph Clayton. Miss Margaret Thompson ha publicado dos libros admirables, que son el fruto de largos años de investigación, en los que San Hugo desempeña un papel muy importante: *The Sommerset Carthusians* (1895) y *The Carthusian Order in England* (1930). Merece también mención la biografía escrita por el anglicano R. M. Woolley (1927). Se ha escrito mucho sobre la tumba y la traslación de San Hugo; véase en particular *Archaeological Journal*, vol. L y LI, y Bramley, *St Hugh's Day at Lincoln* (1900); pero en todas las obras sobre la catedral de Lincoln se tratan estos puntos.

BEATOS ROQUE GONZALEZ Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES DEL PARAGUAY (1628 P.C.)

LOS PRIMEROS mártires de América que alcanzaron el honor de los altares, murieron por Cristo en 1628. Ello no significa que hayan sido los primeros mártires de América, puesto que tres franciscanos habían perecido a manos de los caribes en las Antillas, en 1516; a esto siguieron las matanzas en la

América del Sur y, ya antes, Fray Juan de Padilla, el primer mártir de América del Norte, había muerto en 1544. No sabemos exactamente dónde tuvo lugar este martirio. A este propósito, se ha hablado del este de Colorado, del este de Kansas y de Texas. Pero ni Fray Juan, ni ninguno de los mencionados mártires ha alcanzado el honor de los altares, por falta de documentos suficientes sobre su martirio. No es imposible que tales documentos aparezcan algún día pero, hasta el momento, los mártires más antiguos de los que han sido beatificados fueron tres jesuitas misioneros en el Paraguay. Uno de ellos había nacido en América.

Roque González de Santa Cruz era hijo de nobles españoles. Nació en Asunción, capital del Paraguay, en 1576. Era tan bueno y devoto, que todos estaban convencidos de que un día sería sacerdote. En efecto, recibió la ordenación a los veintitrés años, por más que se consideraba indigno del sacerdocio. Al punto, empezó a preocuparse por los indios, a quienes iba a predicar e instruir en las aldeas más remotas. Diez años más tarde, ingresó en la Compañía de Jesús con el objeto de evitar las dignidades eclesiásticas y de poder trabajar más eficazmente como misionero.

Por aquella época, los jesuitas instituían las famosas "reducciones" del Paraguay, y el P. Roque González desempeñó en ello un papel muy importante. Dichas reducciones eran colonias de indios gobernadas por los jesuitas, los cuales, a diferencia de tantos españoles que tenían indios en encomienda, no se consideraban como conquistadores y amos de los indios, sino como guardianes y administradores de sus bienes. Los jesuitas no veían en los indios una casta de esclavos, sino que los miraban como a hijos de Dios y respetaban su civilización y su forma de vida en todo lo que no se oponía a la ley de Dios. En una palabra, querían hacer de ellos "indios cristianos" y no una mala copia de los españoles. La resistencia que ofrecieron los jesuitas al imperialismo español, a la esclavitud y a los métodos de la Inquisición, acabaron por acarrearles la ruina en la América Española, así como la desaparición de las reducciones. Ello tuvo lugar un siglo después de la muerte del Beato Roque González. Aun el irónico Voltaire admiraba la obra de los jesuitas y a este propósito escribió: "Cuando se arrebataron a los jesuitas las misiones del Paraguay, en 1768, los indios habían llegado al grado más alto de civilización que un pueblo joven puede alcanzar... En las misiones se respetaba la ley, se llevaba una vida limpia, los hombres se consideraban como hermanos, florecían las ciencias útiles y aun algunas de las artes más bellas, y en todo reinaba la abundancia".

Para conseguir eso, el P. Roque trabajó casi veinte años, enfrentándose, con paciencia y confianza a toda clase de dificultades, peligros y reveses, con tribus salvajes y agresivas y con la oposición de los colonos europeos. El beato se entregó en cuerpo y alma a la tarea. Durante tres años dirigió la reducción de San Ignacio, que fue una de las primeras,* y pasó el resto de su vida en establecer otra media docena de reducciones al este de los ríos Paraná y Uruguay. Fue el primer europeo conocido que penetró en algunas regiones vírgenes de América del Sur. Uno de sus contemporáneos, el gobernador español de la provincia de Corrientes, que conocía lo que era la vida en aquellas regiones, atestiguó que "podía adivinar lo que había costado al P. Roque la vida que

* N. del E.—De acuerdo con el P. Hubert du Manoir, S. J., en su libro *Maria. Etudes sur la Sainte Vierge*, vol. v, p. 435, "la primera reducción misionera de los jesuitas en el Paraguay fue fundada en 1610 y se llamaba, Reducción de Nuestra Señora de Loreto".

llevó: hambre, frío, fatiga, ríos atravesados a nado, por no hablar de la molestia de los insectos y de otras incomodidades, que sólo un apóstol, un sacerdote santo como él, podía haber soportado con tal fortaleza". El P. Roque llegó a tener una influencia enorme sobre los indios; pero las autoridades civiles entorpecieron su trabajo en los últimos años, tratando de emplear su influencia para sus fines propios. En efecto, las autoridades insistieron en que en cada reducción hubiese representantes de la corona, y la brutalidad de esos europeos suscitó entre los indios el odio y la desconfianza de los europeos en general. Desgraciadamente eso se ha repetido en una forma o en otra, en la historia de las misiones de todo el mundo. ¡Cuántas veces la conducta de cristianos indignos ha echado a perder la obra de los misioneros!

En 1628, fueron a reunirse con el P. Roque dos jóvenes misioneros españoles, Alonso Rodríguez y Juan de Castillo. Entre los tres fundaron una nueva reducción en las proximidades del río Ijuhi, y la consagraron a la Asunción de María. El P. Castillo se encargó de la dirección, en tanto que los otros dos misioneros partieron a Caaró, donde fundaron la reducción de Todos Santos.

Ahí tuvieron que hacer frente a la hostilidad de un poderoso "curandero", quien al poco tiempo logró que los naturales atacasen la misión. En el momento en que llegaron los atacantes, el P. Roque colgaba la campana de la iglesia. Un hombre se deslizó por detrás de él y le asesinó a golpes de mazo. Al oír el tumulto, el P. Rodríguez salió a la puerta de su choza, donde encontró a los indios con las manos ensangrentadas. Al punto le derribaron. El P. Rodríguez exclamó: "¿Qué hacéis?" Fue todo lo que pudo decir, pues los indios le acabaron a golpes. En seguida, incendiaron la capilla, que era de madera y arrojaron los dos cadáveres a las llamas. Era el 15 de noviembre de 1628. Dos días después, los indios atacaron la misión de Ijuhi, se apoderaron del P. Castillo, le maniataron, le golpearon salvajemente y le arrancaron la vida a pedradas.

Seis meses después, se redactó un relato de todo lo sucedido para introducir la causa de beatificación. Pero los documentos se perdieron en el viaje a Roma. La causa se interrumpió durante dos siglos y parecía destinada al fracaso. Felizmente, en Argentina se descubrió una copia de los documentos, y Roque González, Alonso Rodríguez y Juan de Castillo, fueron solemnemente beatificados en 1934. Entre los documentos figuraba la siguiente declaración de un jefe indio, llamado Guarecupí: "Todos los indios cristianos amaban al padre (Roque) y sintieron su muerte; era un padre para nosotros y así le llamaban los indios del Paraná".

El P. J. M. Blanco aprovechó casi todos los materiales disponibles en su *Historia documentada de la vida y gloriosa muerte de los PP. Roque González...* (1929). Véase también el artículo del P. Thurston en *The Catholic Historical Review*, vol. xx (Baltimore, 1935), pp. 371-838. R. B. Cunningham Graham escribió un ensayo de lectura fácil sobre las reducciones del Paraguay, titulado *A Vanquished Arcadia* (1924).

BEATA FILIPINA DUCHESNE, VIRGEN (1852 P.C.)

EL 25 DE MAYO hablamos de Santa Magdalena Sofía Barat y de la fundación de la Sociedad del Sagrado Corazón. En el curso de nuestro artículo hicimos varias alusiones a la madre Duchesne, quien introdujo la congregación en los Estados Unidos y fue beatificada en 1940. Había nacido en 1769, en Grenoble

del Delfinado. Su padre era un comerciante próspero. La niña recibió en el bautismo los nombres de Rosa Filipina. El primer nombre era casi una profecía, pues Santa Rosa de Lima, en la víspera de cuya fiesta había nacido la beata, fue la primera santa canonizada del Nuevo Mundo. La infancia de Rosa Filipina no tuvo nada de especial. Era una niña de carácter fuerte e imperativo (heredado de la familia de su padre), muy seria y muy amante de la historia. Cuando Rosa tenía ocho años, un jesuita que había sido misionero en la Luisiana, relató a la familia muchas historias de indios, lo que despertó en la niña el interés por las misiones. Rosa Filipina asistió a la escuela de las religiosas de la Visitación de Sainte-Marie-d'En-haut. Además, junto con sus primos, los Périer, tenía un tutor particular, de suerte que llegó a ser una mujer extraordinariamente culta. A los diecisiete años, cuando sus padres empezaban a pensar en casarla, la joven anunció su resolución de ingresar en el convento. Al principio, su proyecto encontró cierta oposición; pero finalmente se le permitió entrar en el convento de las visitandinas. Sin embargo, un año y medio más tarde, su padre impidió que hiciese la profesión, no sin razón, pues el futuro religioso de Francia le parecía muy oscuro. Efectivamente, en 1791, les visitandinas de Grenoble fueron expulsadas. Filipina regresó entonces a la casa de su familia, que vivía por esa época en el campo.

Durante los años de la Revolución, Filipina hizo todo lo posible por vivir como religiosa: miraba por su familia, asistía a los enfermos, prestaba ayuda a los confesores de la fe y a los prisioneros y, sobre todo, velaba por la educación de los niños. Cuando la Santa Sede firmó el Concordato con Napoleón en 1801, Filipina pudo comprar los edificios del antiguo convento de Sainte-Marie-d'Enhaut. La beata había pensado en restablecer la comunidad de visitandinas de la que había formado parte; pero la tarea resultó no sólo más difícil de lo que había imaginado, sino simplemente imposible. Así pues, el 21 de agosto de 1802, día de la fiesta de Santa Juana Francisca de Chantal, fundadora de las visitandinas, quedó decidido que se renunciaría a la empresa. Unos cuantos días más tarde, Rosa Filipina y otra religiosa quedaron solas en el convento. Naturalmente, no faltaron quienes dijesen que eso era una prueba más de la violencia del carácter de los Duchesne y que Filipina había hecho imposible la vida a las otras religiosas. La beata decidió entonces ofrecer la casa a la Madre Barat, quien poco antes había fundado en Amiens la primera casa de la Sociedad del Sagrado Corazón. La fundadora aceptó la proposición y, el 31 de diciembre de 1804, Filipina y otras cuatro postulantes fueron admitidas en Saint-Marie. Santa Magdalena Sofía Barat fue la maestra de novicias de Filipina. Tal fue el primer contacto de aquellas dos almas, "la una de mármol y la otra de bronce". Filipina hizo la profesión menos de un año después. Los meses de noviciado sirvieron para unir estrechamente a la fundadora y a la aspirante y ayudaron a Filipina a comprender mejor la disciplina religiosa, pues hasta entonces "había campeado demasiado por sus respetos". Tal vez la mayor prueba de Filipina fue renunciar a sus penitencias y mortificaciones personales por orden de su superiora.

A principios de 1806, fue a visitar el convento de Saint-Marie el abad de la Trapa, Dom Agustin de Lestrange, quien tres años antes había enviado a los Estados Unidos los primeros monjes cistercienses. Esa visita inflamó a Filipina en desos de partir a la misión de América del Norte. En la actualidad, ya no se considera a Estados Unidos como un territorio de misión, pero hace

140 años no existían aún colonos europeos en muchas regiones, la frontera de la civilización avanzaba muy lentamente hacia el oeste, y los indios constituían una parte importante de la población. Aunque la madre Barat no se opuso al plan, debían transcurrir doce años antes de que la madre Duchesne pudiese realizarlo. Durante esos doce años, el instrumento escogido por Dios iba a perfeccionarse, tanto en lo espiritual como en la administración exterior. Finalmente llegó el tiempo fijado por Dios. Mons. Dubourg, obispo de Luisiana, pidió a la madre Barat que le enviase algunas religiosas en cuanto le fuese posible. La santa prometió hacerlo así, pero tal vez habría pospuesto indefinidamente el proyecto, si la madre Duchesne no hubiese intervenido directamente y con mucha energía. Así pues, en marzo de 1818, cinco religiosas del Sagrado Corazón partieron de Burdeos al Nuevo Mundo. La madre Duchesne, contra toda su voluntad, había sido nombrada superiora de la expedición.

Después de un viaje muy pesado, Filipina escribía: "El mareo es una cosa horrible que afecta la cabeza y el estómago e imposibilita cualquier ocupación", la expedición desembarcó en Nueva Orleans el 29 de mayo, día de la fiesta del Sagrado Corazón. Las religiosas navegaron por el Misisipí hasta San Luis, que era entonces una población de 6,000 habitantes, en lo que es actualmente el estado de Misuri. Ahí las esperaba Mons. Dubourg, quien les dio por casa una cabaña de troncos en Saint Charles. Ahí inauguraron las religiosas la primera escuela gratuita para niños pobres al oeste del Misisipí. La población blanca, compuesta por franceses, criollos, ingleses, etc., era católica en su mayoría. Muchos de los habitantes eran bilingües. Las religiosas habían empezado a estudiar el inglés desde que supieron que se las había destinado a los Estados Unidos, pero la Beata Filipina nunca llegó a dominar bien el idioma. Dos casuales reflexiones suyas, arrojan luz sobre las gentes con las que las religiosas trabajaban: "Algunos de nuestros discípulos tienen más chaquetas que camisetas y pañuelos." "En Portage-des-Sioux, las paredes (de la iglesia) estaban adornadas con imágenes de Baco y de Venus..., por pura ignorancia." A propósito de los indios, la beata escribía lo siguiente: "Nos habíamos hecho la agradable ilusión de que íbamos a enseñar a salvajes dóciles e inocentes, pero las mujeres son tan perezosas y beben tanto como los hombres." Después de un crudo invierno, el obispo decidió que la comunidad se trasladase a Florissant, más cerca de San Luis. Ahí se establecieron las religiosas dos días antes de la Navidad de 1819. La madre Duchesne escribió un vívido relato sobre los agudos rigores del clima durante el viaje, a los que se añadió la complicación de la fuga de una vaca. La nueva residencia, que era más confortable, se prestaba para abrir un noviciado; pero Mons. Dubourg no se inclinaba mucho a ello, pues consideraba el carácter de los yanquis como demasiado independiente. Sin embargo, el camino se abrió por sí mismo, ya que una postulante, que quería ser hermana lega, se presentó espontáneamente a pedir la admisión. El 22 de noviembre de 1820, María Layton tomó el hábito de las religiosas del Sagrado Corazón y fue la primera religiosa americana de la congregación.

Con la inauguración del noviciado y los progresos de la escuela, empezó a abrirse el horizonte. Por otra parte, la Beata Filipina comprendía cada vez mejor a los extraños habitantes de aquel país extranjero. No debemos olvidar que la beata iba a cumplir cincuenta años cuando cruzó el Atlántico ni que era francesa hasta los huesos. Esas gentes la desconcertaban tanto por sus

vicios como por sus virtudes y no sin razón se ha dicho que la madre Duchesne "probablemente nunca llegó a poseer un tacto extraordinario en su trato con los no europeos". Como quiera que fuese, la beata se hizo más dulce con la edad, como suele suceder, pero sin perder nada de su antiguo entusiasmo. En efecto, en 1821 escribía a la madre Barat: "Creía yo que estaban ya satisfechas todas mis ambiciones; pero estoy inflamada en deseos de ir al Perú. Pero sin embargo, me he vuelto más razonable que cuando estaba en Francia y acostumbraba molestaros continuamente con mis vanos deseos". Ese mismo año se inauguró en Grand Côteau, a unos 225 kilómetros de Nueva Orleáns, la segunda casa de la congregación. La madre Duchesne decidió visitar dicha fundación y el viaje fue, probablemente, el más duro de todos los que hizo. En efecto, el trayecto de ida duró cuatro semanas y nueve el de vuelta. En el viaje de regreso estalló en el barco una epidemia de fiebre amarilla y la madre fue testigo de la inhumana actitud de los sanos que abandonaban a los enfermos por miedo al contagio. La Beata Filipina se encargó de cuidar a un enfermo, al que bautizó antes de morir y eso estuvo a punto de costarle la vida, pues contrajo la enfermedad y fue desembarcada en Natchez, donde no pudo encontrar otro refugio que el lecho de una enferma que acababa de morir de fiebre amarilla.

Cuando volvió a Florissant, las pruebas empezaron a sucederse. Las dificultades materiales, la envidia y las calumnias de los extraños estaban a punto de arruinar la escuela. La beata escribía a la madre Barat: "Lo único que no han dicho de nosotras es que envenenamos a los niños". Finalmente, cuando no quedaban ya más que cinco discípulos, el horizonte empezó a aclararse. Una de las principales causas de las dificultades había sido la partida de Mons. Dubourg hacia el sur de Luisiana. Pero en 1823, el obispo consiguió que los jesuitas trasladasen a Florissant el noviciado de Maryland. Es difícil determinar si, en los años que siguieron, las religiosas debieron más a los jesuitas o estos a las religiosas. En 1826 y 1827 se inauguraron dos nuevas casas: la de Saint Michael, cerca de Nueva Orleáns y la de San Luis Misuri. Y en 1828, se abrió nuevamente la fundación de Saint Charles. Contando la casa de Bayou-la-Fourche, las religiosas del Sagrado Corazón tenían ya seis comunidades en el valle del Misisipi. En los diez años siguientes no escasearon las pruebas para la beata: menudearon las dificultades, los desengaños y las enfermedades. Pero, a pesar de la creciente fatiga, supo soportarlo todo con confianza en Dios. Finalmente, en 1840 la madre Duchesne consiguió que la relevasen de su cargo, aunque no fue la madre Barat quien le acordó esa gracia. En efecto, la asistenta general de la Sociedad del Sagrado Corazón fue a visitar las fundaciones de los Estados Unidos. Se trataba de la madre Isabel Galitsin, quien, con su carácter fuerte e imperioso (semejante al de la madre Duchesne en su juventud), provocó una reacción bastante violenta entre las religiosas de los Estados Unidos. La Beata Filipina no opuso resistencia alguna a los métodos autocráticos de la visitadora, que era veintiocho años más joven que ella, pero, pensó que no había estado a la altura de la misión que se le había confiado, le pidió que la relevase del superiorato. La madre Galitsin accedió al punto, y la madre Duchesne volvió a la casa de San Luis como una religiosa de tantas.

Así pues, a los setenta y un años de edad, pudo por fin consagrar su atención a los indios, por quienes había ido a trabajar al Nuevo Mundo. El fa-

moso jesuita De Smet había pedido a la madre Galitsin que enviase algunas religiosas a fundar una escuela en Sugar Creek, en Kansas, para instruir a los potawatomi. Una de las cuatro religiosas designadas para la misión fue la madre Duchesne, "si acaso puede hacer el viaje". La beata pudo hacerlo, pero sólo pasó un año entre sus amados indios, porque no consiguió aprender su lengua y, aquella vida tan dura era demasiado para sus débiles fuerzas. La madre Duchesne hubiera querido quedarse a convertir a Cristo a los indios de las Montañas Rocallosas, pero sus superioras le mandaron volver. La beata dijo simplemente: "Dios sabe por qué me retiran de aquí, y eso basta."

La madre Duchesne pasó sus últimos años en Saint Charles. No fueron años fáciles. El progreso de la Sociedad del Sagrado Corazón en los Estados Unidos no careció de vicisitudes. Muchas de las casas que la madre Duchesne había fundado, parecían destinadas a desaparecer. Por otra parte, durante dos años se perdió misteriosamente toda la correspondencia entre la Beata Filipina y la madre Barat. Así pues, la madre Duchesne, que murió el 18 de noviembre de 1852, terminó su vida de apostolado y abnegación en el sufrimiento y la oración. Una de sus contemporáneas escribió: "Fue el San Francisco de Asís de nuestra congregación. Sobre ella y todo lo suyo estaba la señal de la cruz. La madre Duchesne hubiese querido desaparecer totalmente a los ojos de los hombres, y puede decirse que nadie ocupó en el mundo menos sitio que ella. Su aposento era una cueva miserable. En la única ventana varios vidrios rotos habían sido sustituidos por papel; su lecho consistía en un colchón de cinco centímetros de espesor, que tendía sobre el suelo por la noche y guardaba en un armario durante el día; su único cobertor era un viejo trapo negro con una cruz, "como una sábana mortuoria." Después de su muerte, se le tomó un daguerrotipo, "por si acaso se la canoniza algún día". Menos de un siglo después de su muerte, el día de su canonización no parece lejano, ya que fue beatificada en 1940. La fiesta de esta santa misionera francesa de los Estados Unidos se celebra el 17 de noviembre.

El día de la muerte de la madre Duchesne, el P. De Smet escribió: "Tenéis que publicar una hermosa biografía... Es la mayor santa que ha muerto en Misuri y tal vez en toda la extensión de los Estados Unidos." Mons. Baunard cumplió el deseo del P. De Smet y escribió la *Vida de la Madre Duchesne*, que fue traducida al inglés en 1879. Marjory Erskine publicó, en 1926, una biografía titulada *Mother Philippine Duchesne*. Se trata de una obra muy extensa, basada en gran parte, en la de Baunard pero corregida en ciertos puntos y con materiales nuevos. Véase también *The Society of the Sacred Heart in North America*, de Luisa Callan (1937) y *Redskin Trail* de M. K. Richardson (1952).

18: LA DEDICACION DE LA BASILICA DE SAN PEDRO Y DE SAN PABLO

ASI COMO el 9 de noviembre la Iglesia de occidente conmemora la dedicación de la archibasílica de San Juan de Letrán y, el 5 de agosto la de Santa María la Mayor, en la fecha de hoy celebra la dedicación de las otras dos grandes basílicas patriarcales de Roma, en conjunto, a San Pedro y San Pablo. La sangre de los mártires ha corrido en múltiples sitios, pero ninguno más venerable que la parte de la colina Vaticana consagrada por la sangre del Príncipe de los Apóstoles y enriquecida con sus reliquias. San Juan

Crisóstomo dice: "Los sepulcros de los siervos de Cristo crucificado son más importantes que los palacios de los reyes, no por la grandeza y belleza de los edificios (aunque también en esto los superan algunas veces), sino por otras causas de mayor peso, como por ejemplo, la multitud de los que acuden a ellos con gozo y devoción. Porque el propio emperador visita las tumbas de los mártires, vestido de púrpura, las besa postrado humildemente por tierra y pide a los santos que intercedan por él. El hombre que ciñe la corona, considera como una gracia muy grande que un fabricante de tiendas y un pescador, ya difuntos, sean sus protectores y defensores y pide esas gracias con gran empeño." Según la tradición, el martirio de San Pedro tuvo lugar en los jardines de Nerón, en el Vaticano donde se construyó el circo de Calígula y, se afirma que fue sepultado cerca de ahí. Algunos autores sostienen que, el año 258, se trasladaron temporalmente las reliquias de San Pedro y San Pablo a una catacumba poco conocida, llamada catacumba de San Sebastián, con objeto de evitar una profanación. Como quiera que haya sido, las reliquias volvieron más tarde al sitio en que se hallaban antes y, el año 323, el emperador Constantino empezó a construir la basílica de San Pedro sobre el supuesto sepulcro del Apóstol. Esa magnífica iglesia permaneció sustancialmente idéntica durante dos siglos. Poco a poco fueron erigiéndose junto a ella, al pie de la colina Vaticana, varios edificios que pertenecían a los Papas. Ahí establecieron su residencia los Romanos Pontífices después del destierro de Aviñón. A mediados del siglo XV, la antigua basílica empezó a resultar insuficiente. En 1506, el Papa Julio II inauguró la nueva basílica proyectada por Bramante. La construcción duró ciento veinte años. El proyecto original sufrió considerables modificaciones, debidas a varios Papas y arquitectos, especialmente a Paulo V y a Miguel Angel. La nueva basílica de San Pedro, tal como se ve hoy, fue consagrada por Urbano VIII el 18 de noviembre de 1626, aniversario del día de la primera dedicación. El altar mayor está construido sobre el sepulcro de San Pedro, redescubierto en 1942. Aunque la basílica de San Pedro es inferior en dignidad a la de San Juan de Letrán, ha sido siempre la iglesia más importante de la cristiandad, tanto de hecho como en el corazón de los católicos.

El martirio de San Pablo tuvo lugar a unos once kilómetros del de San Pedro, en Aquae Salviae (actualmente Tre Fontane), en la Vía Ostiense. El cadáver fue sepultado a tres kilómetros de ahí, en la propiedad de una dama llamada Lucina, dentro de una reducida bóveda sepulcral. Según cuenta Eusebio (*Hist. Eccl.*, II, 25, 7), un sacerdote romano llamado Cayo decía refiriéndose a las tumbas de San Pedro y San Pablo: "Yo puedo mostraros los trofeos (sepulcros) de los Apóstoles. Si vais al Vaticano o por el camino de Ostia, veréis los trofeos de los fundadores de esta iglesia." Se dice que Constantino empezó también a construir una basílica sobre el sepulcro de San Pablo. Sin embargo, la gran iglesia de San Pablo Extramuros fue construida principalmente por el emperador Teodosio I y el Papa San León Magno. Dicha iglesia conservó su belleza y simplicidad originales hasta 1823, año en que fue consumida por un incendio. Los cristianos y no cristianos del mundo entero contribuyeron a cubrir los gastos de la reconstrucción. En el curso de los trabajos, se descubrió una tumba del siglo IV con la siguiente inscripción: "Paulo Apost. Mart." ("A Pablo, Apóstol y mártir"); pero no se abrió el sepulcro. La nueva basílica, que es una imitación de la antigua, fue consagrada por el Papa Pío IX el 10 de diciembre de 1854, pero, como lo hace notar el Marti-

rologio Romano, se fijó la fecha de hoy para la conmemoración.

San Agustín dice: "No construimos iglesias ni consagramos sacerdotes, no hacemos ritos ni sacrificios a los mártires, porque nuestro Dios es el Dios de los mártires y no los mártires mismos. Ninguno de los fieles ha oído jamás a un sacerdote decir ante el altar erigido sobre el cuerpo de un mártir para honrar y adorar a Dios: 'Te ofrecemos sacrificios a ti, Pedro, o Pablo, o Cipriano...' Nosotros no construimos iglesias a los mártires como si fuesen dioses. Las iglesias son simplemente recuerdos de aquellos que ya murieron y cuyas almas viven con Dios. Y no erigimos los altares para ofrecer sacrificios a los mártires, sino a su Dios y nuestro Dios."

Véase, *The Sacramentary* (trad. ingl.) del Card. Schuster, vol. v, pp. 280-287; O. Marucchi, *Basiliques et églises de Rome* (1902); y Ch. Hülsen, *Le chiese di Roma* (1927). Ya hemos hablado del martirio y los sepulcros de San Pedro y San Pablo el 29 de junio y el 9 de noviembre.

SAN ROMAN DE ANTIOQUIA, Mártir (304 p.c.)

Eusebio cuenta el martirio de Román, diácono de la iglesia de Cesarea, en su relato sobre los mártires de Palestina, ya que, si bien sufrió el martirio en Antioquía, era originario de Palestina. Poseemos además un panegírico escrito por San Juan Crisóstomo y un poema de Prudencio sobre el mártir. Cuando estalló la persecución de Diocleciano, Román exhortó a los fieles de la región a permanecer firmes en la fe. Hallándose en Antioquía en el juicio de unos prisioneros cristianos, los exhortó al ver que éstos se disponían a ofrecer sacrificios por miedo a los tormentos. Inmediatamente fue hecho prisionero, azotado y condenado a perecer en la hoguera. Una violenta tempestad apagó las llamas. Entonces el emperador, que se hallaba en la ciudad, ordenó que se arrancase de raíz la lengua al mártir. La orden fue ejecutada, pero Román prosiguió, milagrosamente, exhortando a los presentes a amar y adorar al único y verdadero Dios. El emperador le envió de nuevo a la prisión, donde los verdugos le descoyuntaron las piernas en el potro y le colgaron de una viga del techo. San Román soportó la tortura largo tiempo y murió estrangulado en la prisión. Prudencio (quien pide al mártir que con sus oraciones le alcance la gracia de pasar del rebaño de los cabritos al de las ovejas) menciona a un niño anónimo de siete años, que alentado por San Román, confesó al verdadero Dios y fue azotado y decapitado. El Martirologio Romano le da el nombre de Bárula, pero Eusebio no habla de él.

Delehaye hace notar en CMH (pp. 605-606) que, además del relato de Eusebio, del panegírico de San Juan Crisóstomo y del poema de Prudencio, constituye un testimonio muy importante sobre el culto a San Román la mención que de él hace el *Breviarium* sirio de principios del siglo V. Por otra parte, el patriarca de Antioquía, Severo, fue consagrado a principios del siglo VI en una iglesia dedicada a nuestro santo y ahí predicó varios sermones en su honor. Según parece, Prudencio fue el primero que mencionó la existencia del niño que acompañó a San Román en el martirio. Se trata de un problema demasiado complicado para discutirlo aquí. Delehaye ha demostrado que Bárula es casi seguramente el mártir sirio Baralaha o Barlaam, cuyo nombre se asoció en las antiguas listas al de San Román. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. xxii (1903), pp. 129-145; vol. xxxviii (1920), pp. 241-284; y sobre todo, el vol. i (1932), pp. 241-283. En este último artículo Delehaye insiste en el importante papel que desempeñó en este asunto la *Homilia de Resurrectione*; A. Wilmart demostró que esta homilía era obra de Eusebio de Edesa, quien murió el año 359.

SAN ODON DE CLUNY, ABAD (942 P.C.)

DESDE mediados del siglo X hasta principios del siglo XII, la abadía de Cluny fue sin duda la institución que mayor influencia ejerció sobre la vida monástica en el occidente de Europa. Su papel sólo cedía en importancia al del papado, ya que constituía el centro y la principal autoridad de una vasta "reforma" monástica, por lo que marcó la vida y el espíritu de los monjes de San Benito durante un período mucho más extenso y su influencia se deja sentir todavía. La influencia y la autoridad de Cluny se debieron a siete de sus ocho primeros abades, de los que San Odón fue el segundo. El santo se educó, primero con la familia de Fulko II, conde de Anjou, y después, con la del duque Guillermo de Aquitania, fundador de la abadía de Cluny. Odón recibió la tonsura a los diecinueve años, fue nombrado canónigo de la iglesia de San Martín de Tours y pasó algunos años estudiando en París. Ahí se dedicó con gran entusiasmo a la música con Remigio de Auxerre, su maestro. Un día, al leer las reglas de San Benito, Odón quedó impresionado al comprobar cuánto distaba su existencia de la perfección y entonces, determinó ingresar en la vida religiosa. Poco después, se trasladó al monasterio de Baume-les-Messieurs, en la diócesis de Bensançon, donde el abad Berno le concedió el hábito el año 909.

El duque Guillermo fundó al año siguiente la abadía de Cluny y la confió a San Berno, quien nombró a San Odón director de la escuela que el monasterio tenía en Baume. Se cuenta que, en cierta ocasión cuando San Odón se hallaba de viaje, la hija de su huésped acudió a él por la noche a pedirle auxilio, pues su padre quería casarla contra su voluntad. El santo no pudo resistir a las lágrimas y súplicas de la joven, la ayudó a escapar de su casa y la llevó consigo a Baume. No sin razón, el abad de Odón se enojó por la precipitada decisión de su súbdito y le ordenó que velara cuidadosamente por la joven y la pusiese en sitio seguro. Odón, que llevaba diariamente de comer a la joven, la instruyó sobre la vida religiosa y la colocó en un convento de religiosas. Con la edad, el santo se hizo más prudente y fue nombrado para suceder a San Berno en el gobierno de la abadía de Cluny.

San Berno había emprendido ya la reforma de varios monasterios desde Cluny. San Odón continuó la reforma en mayor escala. Uno de los monasterios que reformó fue el de Fleury sobre el Loira, que estaba destinado a ejercer una gran influencia en Inglaterra. Alguien escribió acerca de la escuela de San Odón en Cluny: "En ella se educa tan bien a los niños como en los castillos de sus padres." La vida en Cluny no era fácil. Cierto monje se quejó una vez ante San Odón de que San Berno gobernaba la abadía con mano de hierro. Lo cierto es que hacía falta una rígida disciplina para mantener el orden entre los vigorosos espíritus del siglo X, y Cluny no era una excepción. San Odón gobernó también con férrea energía y solía intimidar a los monjes rebeldes hablándoles de métodos de gobierno aún más severos que el suyo. Pero no siempre procedía así. Por ejemplo, refiriéndose a los actos de caridad, contó un día que un joven estudiante, al dirigirse a la iglesia a cantar maitines, en una cruda madrugada de invierno, había encontrado en la puerta del templo a un mendigo medio desnudo. El estudiante se quitó la capa y se la echó al mendigo sobre los hombros, de suerte que tiritó de frío durante el largo oficio. Después de laudes, se acostó en su lecho para calentarse un poco

y encontró entre las sábanas una moneda de oro, con lo que tenía más que suficiente para comprarse una capa. El biógrafo comenta: "Entonces yo no sabía quién había sido el héroe de este incidente, pero lo descubrí más tarde." Naturalmente, el héroe fue el propio Odón, quien en Tours había aprendido a imitar a San Martín.

El año 936, San Odón fue a Roma por primera vez, convocado por el Papa León VII. La ciudad estaba entonces sitiada por Hugo de Provenza, quien se daba a sí mismo el nombre de rey de Italia y profesaba gran respeto a San Odón. El Papa había llamado al santo para que tratase de concluir la paz entre Hugo de Provenza y Alberico, "el patricio de los romanos". San Odón logró un triunfo provisional, negociando el matrimonio de Alberico con la hija de Hugo. En la abadía de San Pablo Extramuros "reglamentó en forma apostólica la vida espiritual del monasterio y, con sus exhortaciones, fomentó en todos los corazones la fe, la piedad y el amor de la verdad". El espíritu de Cluny se había extendido ya más allá de las fronteras de Francia, y la influencia de San Odón se dejó sentir particularmente en los monasterios de Monte Cassino, Pavía, Nápoles y Salerno. En cierta ocasión, el santo estuvo a punto de perecer apedreado por un campesino quien pretendía que los monjes de San Pablo le debían dinero. San Odón pagó al campesino lo que se le debía y olvidó el incidente. Pero pronto se enteró de que Alberico había sentenciado a aquel hombre a perder el brazo derecho. Inmediatamente, el santo fue a pedir la anulación de la sentencia y consiguió que el campesino fuese puesto en libertad. Durante los seis años siguientes, Odón tuvo que volver dos veces a Roma a tratar de mantener la paz entre Hugo y Alberico y aprovechó ambas ocasiones para ensanchar el campo de su celo de reforma. Entre tanto, la empresa iba ganando terreno en Francia, donde los nobles devolvían al santo los monasterios que hasta entonces habían gobernado ilegalmente, y los superiores le invitaban a visitar sus abadías y a reformarlas. Naturalmente, no faltaron monjes que no se resignaban a perder su cómoda situación y obstaculizaban cuanto podían el trabajo del santo. Por ejemplo, algunos acusaron a los de Cluny de lavar su ropa interior los sábados después de las vísperas. Como los religiosos de Cluny no respondiesen nada y continuasen con su tarea semanal, uno de los acusadores exclamó: "Yo no soy una serpiente que silba ni un buey que muge, sino un hombre que habla. ¿Acaso queréis enseñarnos la regla de San Benito guardando silencio?". Dicho esto, fue a quejarse a su abad. Los monjes de Fleury recibieron al santo con piedras y espadas y aun le amenazaron con darle muerte si entraba en la iglesia. San Odón les habló con cariño, les dio tres días para tranquilizarse y, al cabo de ese plazo, penetró montado en su asnillo como si nada hubiese sucedido. "Le recibieron como a un padre y su escolta partió sin necesidad de intervenir."

El año 942, Odón fue a Roma por última vez. Al regreso, se detuvo en el monasterio de San Julián de Tours. Después de asistir a las ceremonias de la fiesta de su patrono, San Martín, tuvo que guardar cama y falleció el 18 de noviembre. Uno de sus últimos actos fue componer un himno en honor de San Martín, que se conserva todavía. A pesar de la enorme actividad de su vida, San Odón encontró todavía tiempo para escribir otro himno, doce antífonas en verso, en honor de San Martín, tres libros de estudios de moral, una biografía de San Geraldo de Aurillac y un largo poema sobre la Redención. Sus biógrafos afirman también unánimemente que escribió varias obras sobre

la música sagrada, pero no se conserva ninguna, por más que se le han atribuido falsamente ciertas partituras.

Un monje de Cluny, llamado Juan, y otro monje, llamado Malgodo, escribieron sendas biografías de San Odón; pueden verse en Mabillon, vol. v, y en Migne, PL., vol. CXXXIII. E. Sackur, en *Neues Archiv*, vol. XV, pp. 105-112, habla de otra recensión de la biografía escrita por Juan, pero es de fecha posterior. La biografía moderna de O. Ringholz (1885) es excelente. Existe también en la colección *Les Saints* el ensayo biográfico de Dom du Bourg, titulado *Saint Odon*, que es agradable pero no muy exacto. Véase también Sackur, *Die Cluniacenser*, vol. I, pp. 36-120; A. Hessel, en *Historische Zeitschrift*, vol. 128 (1923), pp. 1-25. Acerca de las relaciones de Cluny con Inglaterra, cf. L. M. Smith, *The Early History of the Movement of Cluny* (1925), y D. Knowles, *The Monastci Order in England* (1949), c. VIII; Watkin Williams, *Monastic Studies* (1938), pp. 24-36.

19: SANTA ISABEL DE HUNGRIA, VIUDA (1231 P.C.)

DIETRICH de Apolda refiere en la biografía de esta santa * que, una noche del verano de 1207, Klingsohr de Transilvania anunció al landgrave Herman de Turingia, que el rey de Hungría acababa de tener una hija que había de distinguirse por su santidad y contraería matrimonio con el hijo de Herman. En efecto, esa misma noche, Andrés II de Hungría y su esposa, Gertrudis de Andech-Meran, tuvieron una hijita que nació en Presburgo (Bratislava) o en Saros-Patak. El matrimonio profetizado por Klingsohr ofrecía grandes ventajas políticas, por lo cual, la recién nacida Isabel fue prometida en matrimonio al hijo mayor de Herman. Cuando la niña tenía unos cuatro años, sus padres la enviaron al castillo de Wartburg, cerca de Eisenach, para que se educase en la corte de Turingia con su futuro esposo. Durante su juventud, Isabel hubo de soportar la hostilidad de algunos miembros de la corte que no apreciaban su bondad; pero en cambio, el joven Luis se enamoró cada vez más de ella. Se cuenta que siempre que Luis pasaba por una ciudad compraba un regalo para su prometida, ya fuese una navaja, o una bolsa, o unos guantes, o un rosario de coral. "Cuando se acercaba el momento de la llegada de Luis, Isabel salía a su encuentro; el joven le daba el brazo amorosamente y le entregaba el regalo que le había traído." En 1221, cuando Luis tenía veintiún años y había heredado ya de su padre la dignidad de landgrave e Isabel tenía catorce, se celebró el matrimonio, a pesar de que algunos habían aconsejado a Luis que hiciese volver a Isabel a Hungría, pues la unión no le convenía. El joven declaró que estaba dispuesto a perder una montaña de oro antes que la mano de Isabel. Según los cronistas, Isabel era muy hermosa, elegante, morena, seria, modesta, bondadosa en sus palabras, fervorosa en la oración, muy generosa con los pobres y llena siempre de bondad y de amor divino". Se dice también que era bella y "modesta como una doncella", prudente, paciente y leal; los hombres tenían confianza en ella y su pueblo la amaba. La vida de matrimonio de la santa sólo duró seis años.

* El 16 de este mes, hablando del *De contemptu mundi* de San Euquerio de Lyon, Alban Butler comenta que "si se suprimiesen en esa obra los detalles superfluos, se podría expresar lo mismo con igual fuerza y claridad, en menos palabras." Tal comentario se aplica a su propio artículo sobre Santa Isabel de Hungría en mayor grado que a otros de sus artículos hagiográficos. Por ello apenas hemos empleado su largo estudio sobre Santa Isabel.

Un escritor inglés califica ese lapso de "idilio de arrebatado amor, de ardor místico, de felicidad casi infantil, como rara vez se encuentra en las novelas que se leen ni en la experiencia humana." Dios concedió tres hijos a la pareja: Herman, que nació en 1222 y murió a los diecinueve años, Sofía, que fue más tarde duquesa de Brabante y la Beata Gertrudis de Aldenburg. A diferencia de otros esposos de santas, Luis no opuso obstáculo alguno a las obras de caridad de Isabel, a su vida sencilla y mortificada, ni a sus largas oraciones. Una de las damas de compañía de Isabel escribió: "Mi señora se levanta a orar por la noche y mi señor la tiene por la mano, como si temiera que eso le haga daño y le suplica que no abuse de sus fuerzas y que vuelva a descansar. Ella solía decir a sus doncellas que fuesen a despertarla sin ruido cuando el estuviese durmiendo y las doncellas tenían algunas veces la impresión de que él fingía estar dormido.*

La liberalidad de Isabel era tan grande, que en algunas ocasiones provocó graves críticas. En 1225, el hambre se dejó sentir en aquella región de Alemania, y la santa acabó con todo su dinero y con el grano que había almacenado en su casa para socorrer a los más necesitados. El landgrave estaba entonces ausente. Cuando volvió, algunos de sus empleados se quejaron de la liberalidad de Santa Isabel. Luis preguntó si su esposa había vendido alguno de sus dominios y ellos le respondieron que no. Entonces el landgrave declaró: "Sus liberalidades atraerán sobre nosotros la misericordia divina. Nada nos faltará mientras le permitamos socorrer así a los pobres." El castillo de Wartburg se levantaba sobre una colina muy empinada, a la que no podían subir los inválidos. (La colina se llamaba "Rompe-rodillas"). Así pues, Santa Isabel construyó un hospital al pie del monte, y solía ir allá a dar de comer a los inválidos con sus propias manos, a hacerles la cama y a asistirlos en medio de los calores más abrumadores del verano. Además, acostumbraba pagar la educación de los niños pobres, especialmente de los huérfanos. Fundó también otro hospital en el que se atendía a veintiocho personas y, diariamente alimentaba a novecientos pobres en su castillo, sin contar a los que ayudaba en otras partes de sus dominios. Por lo tanto, puede decirse con verdad que sus bienes eran el patrimonio de los pobres. Sin embargo, la caridad de la santa no era indiscreta. Por ejemplo, en vez de favorecer la ociosidad entre los que podían trabajar, les procuraba tareas adaptadas a sus fuerzas y habilidades. Existe un incidente tan conocido que apenas habría por qué repetirlo aquí; sin embargo, vamos a citarlo, porque el P. Delehaye lo trae como un ejemplo de la forma en que los hagiógrafos suelen embellecer la verdad histórica para impresionar a sus lectores.

> "Todo el mundo conoce la leyenda donde se relata que Santa Isabel de Hungría acostó a un leproso en el lecho que compartía con su marido . . . El landgrave, furioso, penetró en la habitación y arrancó las sábanas de la cama. "Pero —para decirlo con las nobles palabras del historiador—, en ese instante Dios le abrió los ojos del alma y, en vez del leproso vio a Jesucristo crucificado sobre su lecho.' Los biógrafos posteriores encontraron demasiado sencillo este admirable relato de Dietrich de Apolda y

* La santa había ordenado a su doncella de mayor confianza que, si veía que el sueño la vencía, le cogiese del pie para despertarla. En cierta ocasión, la doncella se equivocó de pie y cogió el del landgrave. Como éste exigiese una explicación, la santa le contó todo. Cuando el landgrave lo supo, se tranquilizó y dejó pasar el incidente." ("Leyenda Dorada").

transformaron esta sublime visión de fe en una aparición material. *Tunc aperuit Deus interiores principis oculos*, había escrito el historiador. En cambio los hagiógrafos posteriores afirman que en el sitio en que había descansado el leproso sangraba un crucifijo con los brazos abiertos". (Leyenda de los Santos, p. 90).

Por entonces se predicó en Europa una nueva Cruzada, y Luis de Turingia tomó el manto marcado con la cruz. El día de San Juan Bautista, se separó de Santa Isabel y fue a reunirse con el emperador Federico II en Apulia. El 11 de septiembre de ese mismo año murió en Otranto, víctima de la peste. La noticia no llegó a Alemania sino hasta el mes de octubre, cuando acababa de nacer su segunda hija. La suegra de Santa Isabel, para darle la funesta nueva en forma menos violenta, le habló vagamente de "lo que había acontecido" a su esposo y de "la voluntad de Dios." La santa entendió mal y dijo: "Si está preso, con la ayuda de Dios y de nuestros amigos conseguiremos ponerlo en libertad." Cuando le explicaron que no estaba preso sino que había muerto, la santa exclamó: "El mundo y cuanto había de alegre en el mundo está muerto para mí". En seguida echó a correr por todo el castillo, gritando como una loca.

Lo que sucedió después es bastante oscuro. Según el testimonio de Isentrudis, una de sus damas de compañía, Enrique, el cuñado de Santa Isabel, que era el tutor de su único hijo, echó fuera del castillo a la santa, a sus hijos y a dos criados, para apoderarse del gobierno. Se cuentan muchos detalles de la forma degradante en que la santa fue tratada, hasta que su tía Matilde, abadesa de Kitzingen, la sacó de Eisenach. Unos afirman que fue despojada de su casa de Marburgo de Hesse, y otros que abandonó voluntariamente el castillo de Wartburg. Desde Kitzingen fue a visitar a su tío Eckemberto, obispo de Bamberga, quien puso a su disposición su castillo de Pottenstein. La santa se trasladó allá con su hijo Herman y su hijita de brazos, dejando a Sofía al cuidado de las religiosas de Kitzingen. Eckemberto, movido por la ambición, proyectaba un nuevo matrimonio, pero Santa Isabel se negó absolutamente, pues antes de la partida de su esposo a la Cruzada se habían prometido mutuamente no volver a casarse. A principios de 1228, se trasladó el cadáver de Luis a Alemania para sepultarlo en la iglesia abacial de Reinhardsbrunn.* Los parientes de Santa Isabel le proporcionaron lo necesario para vivir. El Viernes Santo de ese año, la viuda renunció formalmente al mundo en la iglesia de los franciscanos de Eisenach. Más tarde, tomó la túnica parda y la cuerda que constituían el hábito de la tercera orden de San Francisco.

En todo ello desempeñó un papel muy importante Maese Conrado de Marburgo, quien ocupó un puesto de primera importancia en lo que quedaba de vida a Santa Isabel. Dicho sacerdote había sustituido, desde 1225, al franciscano Rodinger en el cargo de confesor de la santa. El esposo de ésta, el Papa Gregorio IX y otros personajes, tenían una opinión muy alta de Maese Conrado, y el landgrave había permitido a su esposa hacer un voto de obediencia al sacerdote en todo aquello que no se opusiese a su propia autoridad marital. Sin embargo, hay que reconocer que la experiencia de Conrado como

* En Alemania el pueblo le venera como santo. Véase nuestro artículo del 11 de septiembre.

inquisidor contra los herejes, así como su carácter dominador y severo, por no decir brutal, hacían de él una persona muy poco apta para dirigir a la santa. Algunos críticos de Maese Conrado le han acusado más por instinto que por motivos sólidos y sus defensores y apologistas han hecho lo propio. Subjetivamente, se puede decir que Conrado ayudó realmente a Isabel a santificarse, oponiéndole obstáculos que la santa consiguió superar (aunque tal vez un director más humano la hubiese conducido a mayores alturas; pero, objetivamente, sus métodos eran injuriosos. Los frailes menores habían inculcado a Santa Isabel un espíritu de pobreza que en sus años de landgravina no podía practicar plenamente. Ahora, sus hijos tenían todo lo necesario y la santa se vio obligada a abandonar Marburgo y a vivir en Wehrda, en una cabaña, a orillas del río Lahn. Más tarde, construyó una casita en las afueras de Marburgo y ahí fundó una especie de hospital para los enfermos, los ancianos y los pobres y se consagró enteramente a su servicio.

En cierto sentido, Conrado refrenó razonablemente el entusiasmo de la santa en aquella época, ya que no le permitió pedir de puerta en puerta, desposeerse definitivamente de todos sus bienes, dar más que determinadas limosnas ni exponerse al contagio de la lepra y otras enfermedades. En eso, Maese Conrado procedió con prudencia y discernimiento. Pero, por otra parte, "probó su constancia de mil maneras, al obligarla a proceder en todo contra su voluntad," escribió más tarde Isentrudis. Para humillarla más, la privó de aquellos de sus criados a los que mayor cariño tenía. Una de ellas fui yo, Isentrudis, a quien ella amaba; me despidió con gran pena y con muchas lágrimas. Por último, despidió también a mi compañera, Jutta, que la había servido desde la niñez y a quien ella amaba particularmente. La bendita Isabel la despidió con lágrimas y suspiros. Maese Conrado, de piadosa memoria, hizo todo esto con buena intención, para que no le hablásemos de su antigua grandeza ni la hiciésemos echar de menos el pasado. Además, la privó del consuelo que nosotros podíamos darle para que sólo Dios pudiese consolarla." En vez de sus queridas damas de compañía, Conrado le dio dos "mujeres muy rudas", encargadas de informarle de las menores desobediencias de la santa a sus mandatos. Conrado castigaba esas desobediencias con bofetadas y golpes "con una vara larga y gruesa", cuyas marcas duraban tres semanas en el cuerpo de Isabel. La santa comentó amargamente con Isentrudis: "Si yo puedo temer tanto a un hombre mortal, ¡cuánto más temible será el Señor y Juez de este mundo!" Imposible aplicar a este lamento el dicho de que "las costumbres cambian con las épocas".*

El método de Conrado de quebrantar más bien que dirigir la voluntad, no tuvo un éxito completo. Refiriéndose a sus métodos, Santa Isabel se comparaba a una planta arrastrada por las olas durante una inundación: las aguas la derribaban; pero, una vez pasado el período de lluvias, la planta vuelve a echar raíces y se yergue tan sana y fuerte como antes. En cierta ocasión en que Isabel hizo una visita contra la voluntad de Conrado, éste la mandó llamar. La santa comentó: "Soy como el caracol que se mete en

* El comentario de Alban Butler sobre Conrado de Marburgo demuestra los defectos de su método hagiográfico: "Conrado, un santo y sabio sacerdote y elocuente predicador, cuyo desinterés, amor de la pobreza, mortificación, devoción y espíritu de oración, hacían de él un modelo de clérigos de su tiempo, fue el escogido para ser su director espiritual..."

su concha cuando va a llover. Por eso obedezco y no hago lo que iba a hacer." Como se ve, poseía la confianza en sí misma que se observa con frecuencia en aquéllos que unen a la entrega a Dios el sentido del humor.

Cierto día, un noble húngaro fue a Marburgo y pidió que le dijesen dónde vivía la hija de su soberano, de cuyas penas había oído hablar. Al llegar al hospital, encontró a Isabel sentada, hilando, vestida con su túnica burda. El pobre hombre casi se fue de espaldas y se santiguó asombrado: "¿Quién había visto hilar a la hija de un rey?" El noble intentó llevar a Isabel a Hungría, pero la santa se negó: sus hijos, sus pobres y la tumba de su esposo estaban en Turingia y ahí quería pasar el resto de su vida. Por lo demás, le quedaban ya pocos años en la tierra. Vivía muy austeramente y trabajaba sin descanso, ya fuese en el hospital, ya en las casas de los pobres o pescando en el río a fin de ganar un poco de dinero para sus protegidos. Cuando la enfermedad le impedía hacer otra cosa, hilaba o cardaba la lana. En cierta ocasión en que estaba en la cama, la persona que la atendía la oyó cantar dulcemente. "Cantáis muy bien, señora", le dijo. La santa replicó: "Os voy a explicar por qué. Entre el muro y yo había un pajarito que cantaba tan alegremente que me dieron ganas de imitarlo." La víspera del día de su muerte, a media noche, entre dormida y despierta murmuró: "Es ya casi la hora en que el Señor nació en el pesebre y creó con su omnipotencia una nueva estrella. Vino a redimir el mundo, y me va a redimir a mí." Y cuando el gallo comenzó a cantar, dijo: "Es la hora en que resucitó del sepulcro y rompió las puertas del infierno, y me va a librar a mí." Santa Isabel murió al anochecer del 17 de noviembre de 1231, antes de cumplir veinticuatro años.

Su cuerpo estuvo expuesto tres días en la capilla del hospicio. Ahí mismo fue sepultada y Dios obró muchos milagros por su intercesión. Maese Conrado empezó a reunir testimonios acerca de su santidad, pero murió antes de que Isabel fuese canonizada, en 1235. Al año siguiente, las reliquias de la santa fueron trasladadas a la iglesia de Santa Isabel de Marburgo, que había sido construida por Conrado, su cuñado. A la ceremonia asistieron el emperador Federico II y "una multitud tan grande, formada por gentes de diversas naciones, pueblos y lenguas, que probablemente no se había visto ni se volverá a ver en estas tierras alemanas algo semejante". La iglesia en que reposaban las reliquias de la santa fue un sitio de peregrinación hasta 1539, año en que el landgrave protestante, Felipe de Hesse, las trasladó a un sitio desconocido.

Basta consultar someramente la bibliografía de BHL., nn. 2488-2514, para darse cuenta de lo mucho que se escribió sobre Santa Isabel poco después de su muerte. Quien desee una bibliografía más detallada puede hallarla en A. Huyskens, *Quellenstudien zur Geschichte der hl. Elizabeth* (1908) y en la introducción y notas del texto publicado por D. Henniges, en *Archivum Franciscanum Historicum*, vol. II (1909), pp. 240-268. Basta con indicar que los materiales más importantes se encuentran en el *Libellus de dictis IV ancillarum* (que es un resumen de las deposiciones de las cuatro doncellas de Isabel); en las cartas de Conrado al Papa; en los relatos de milagros y otros documentos que se enviaron a Roma con miras a la canonización; en la biografía escrita por Cesáreo de Heisterbach, en la que hay también un sermón sobre la traslación (ambos documentos datan de antes de 1240); y en la biografía escrita por Dietrich de Apolda que data de 1297, pero es muy importante por la amplia difusión que alcanzó. Con motivo del séptimo centenario del nacimiento de Santa Isabel, Karl Wrenck y Huyskens publicaron varios de estos textos. Se encontrará una crítica muy detallada en *Analecta Bollandiana*, vols. XXVII, pp. 493-497,

y vol. XXVIII, pp. 333-335. Entre las biografías modernas, la del conde de Montalembert (1836, cuya mejor traducción inglesa es la de F. D. Hoyt, 1904) fue la más famosa durante más de medio siglo; desgraciadamente los conocimientos de crítica histórica del autor, no igualan el encanto de su estilo y a su profundo sentimiento religioso. La actitud de Conrado de Marburgo para con su penitente ha sido reivindicada en cierta medida por P. Braun, en una serie de artículos publicados en *Beiträge zur Hessische Kirchengeschichte*, vol. IV (1910), pp. 248-300 y 331-364. Existen en francés varias biografías de menor importancia. E. Horn (1902), Leopoldo de Chérancé (1927), y J. Ancelet-Hustache (1947). Del mismo tipo son las biografías alemanas de A. Stolz (1898) y E. Busse-Wilson (1931). En inglés hay una inteligente semblanza biográfica de William Canton; en cambio la obra de F. J. von Weinrich (trad. ingl., 1933) es una simple novela basada en la vida de Santa Isabel. Algunos autores han atribuido a la santa las *Revelationes B. Elizabeth;* pero F. Oliger demostró que la obra no tiene nada que ver con Santa Isabel de Hungría, ni se debe tampoco a la fértil imaginación de Santa Isabel de Schönau. Cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LXXI (1953), pp. 494-496.

SAN PONCIANO, PAPA Y MÁRTIR (*c.* 236 P.C.)

PONCIANO, que probablemente era romano, sucedió a San Urbano I en la sede de Roma hacia el año 230. Lo único que sabemos de su pontificado es que convocó en Roma el sínodo que confirmó la condenación pronunciada en Alejandría de ciertas doctrinas que se atribuían a Orígenes. Cuando estalló la persecución de Maximino, el Papa fue desterrado a la isla de Cerdeña, calificada de "insalubre", probablemente por razón de las minas que había en ella. San Ponciano renunció ahí al pontificado. No sabemos si vivió aún mucho tiempo, ni cómo murió. Según la tradición, pereció apaleado. Algunos años más tarde, el Papa San Fabián trasladó sus restos al cementerio de San Calixto, en Roma, donde se descubrió su epitafio original, en 1909.

En la *Depositio Martyrum* del siglo IV se asocia el nombre de San Ponciano con el de San Hipólito y se designa el 13 de agosto como día de la conmemoración: *Idus Aug. Ypoliti in Tiburtina et Pontiani in Callisti.* El P. Delehaye estudió muy a fondo el asunto en CMH., pp. 439-440. Véase también Marucchi, en *Nuovo Bullettino* (1909), pp. 35-50; Wilpert, *Die Papstgräber und die Cäciliengruft* (1909), pp. 17-18; y E. Caspar, *Geschichte des Papsttums*, vol. I (1930), pp. 44 ss.

SAN BARLAAM, MÁRTIR (¿SIGLO IV?)

SE CONSERVA un panegírico de San Juan Crisóstomo sobre este mártir. En cambio, las "actas" de su martirio, por lo menos tal como han llegado hasta nosotros, son espurias. Dichas actas cuentan que Barlaam era labrador de un pueblecito de las cercanías de Antioquía. Su profesión de fe en Cristo provocó a los perseguidores, quienes le tuvieron largo tiempo en la cárcel antes de juzgarle. El juez se burló de la apariencia y el lenguaje rústicos de Barlaam, pero no pudo menos de admirar su virtud y su constancia. Aunque fue cruelmente azotado, no se le oyó una sola queja. Después se le descoyuntaron los miembros en el potro. Como tampoco eso diese resultado, el prefecto le amenazó con la muerte y mandó que se le mostraran las espadas y mazos manchados con la sangre de otros mártires. Barlaam las contempló sin pronunciar palabra. El juez, avergonzado al verse vencido, le envió nuevamente a la prisión, en tanto que imaginaba un tormento peor. Finalmente, creyó haber descubierto un método para hacer que Barlaam ofreciese sacrificios, a pesar

de su resolución de no hacerlo. El prisionero fue conducido ante un altar sobre el que había un brasero con carbones encendidos. Los guardias le pusieron incienso en la mano y se la sujetaron sobre las brasas, extendida y con la palma hacia arriba; si Barlam hacía el menor movimiento, el incienso caería sobre las brasas, como si ofreciese sacrificio. Aunque, en realidad, tal movimiento instintivo no hubiese sido un acto de idolatría, Barlaam, temiendo el escándalo de sus hermanos, mantuvo firme la mano sobre el fuego hasta que se quemó enteramente y cayó con el incienso sobre las brasas. Cualesquiera que hayan sido las circunstancias y la época del martirio de San Barlaam, lo cierto es que tuvo lugar en Antioquía y no en Cesarea de Capadocia como afirma el Martirologio Romano.

Es casi seguro que este Barlaam se identifica con el San Bárula del 18 de noviembre, relacionado con San Román. Véase Delehaye, *Analecta Bollandiana*, vol. XXII, pp. 129-145; y las obras citadas en nuestro artículo sobre San Román.

20: SAN FELIX DE VALOIS, COFUNDADOR DE LA ORDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (1212 P. C.)

ALGUNOS escritores de la Orden de la Santísima Trinidad, afirman que San Félix llevaba el apellido de Valois, porque pertenecía a la familia real de Francia, pero en realidad el nombre proviene de la provincia de Valois, donde habitó originalmente. Según se dice, vivía como ermitaño en el bosque de Gandelu, en la diócesis de Soissons, en un sitio llamado Cerfroid. Tenía el propósito de pasar su vida en la oscuridad; pero Dios lo dispuso de otro modo. En efecto, San Juan de Mata, discípulo de San Félix, le propuso que fundase una orden para el rescate de los cautivos. Aunque Félix tenía ya setenta años, se ofreció a hacer y sufrir cuanto Dios quisiera por un fin tan noble. Así pues, los dos santos partieron juntos a Roma en el invierno de 1197, para solicitar la aprobación de la Santa Sede.

La vida de San Félix de Valois está tan oscurecida por la leyenda como la de San Juan de Mata y la historia primitiva de la orden de la Santísima Trinidad. En nuestro artículo sobre San Juan de Mata (8 de febrero) hablamos ya de esto. Según la tradición, en tanto que San Juan trabajaba en favor de los esclavos cristianos en España y el norte de Africa, San Félix propagaba la nueva orden en Italia y Francia. En París fundó el convento de San Maturino. Cuando San Juan volvió a Roma, San Félix, a pesar de su avanzada edad, administró la provincia francesa y la casa madre de la orden en Cerfroid. Ahí murió, a los ochenta y seis años de edad, el 4 de noviembre de 1212. Alban Butler hace notar que, según la tradición de los trinitarios, los dos santos fueron canonizados por Urbano IV en 1262, pero "no se ha logrado encontrar la bula". Alejandro VII confirmó el culto de los dos fundadores en 1666. Veintiocho años más tarde, la fiesta de San Félix de Valois fue extendida a toda la Iglesia de occidente.

Prácticamente no hay documentos sobre la vida de San Félix. A pesar de ello, el P. Calixte-de-la-Providence escribió una *Vie de St Félix de Valois*, cuya tercera edición data de 1878. Véase nuestro artículo sobre San Juan de Mata (8 de febrero); Mann, *History of the Popes*, vol. XII, pp. 84 y 272; y cf. Baudot y Chaussin, *Vies des saints*, vol. XI (1954), pp. 669-670.

SAN DACIO, MÁRTIR (¿303? P.C.)

TREINTA DÍAS antes de la fiesta de las "Saturnalia", que tenía lugar en invierno, el ejército romano solía elegir a un "rey de las fiestas". Estas degeneraban siempre en los peores excesos y terminaban con el sacrificio del "rey" a Cronos. La guarnición de Durostorum (Silistria, en Bulgaria), eligió en el año 303 a un soldado llamado Dacio. Este, que era cristiano y sabía lo que la elección significaba, se negó a aceptarla, alegando que, si de todos modos le esperaba la muerte, prefería morir por ser cristiano. Inmediatamente fue llevado ante el lagado Basso, quien le exhortó a renunciar a la fe o, por lo menos, a ofrecer sacrificios a las estatuas de los emperadores, recordándole que como soldado tenía obligación de obedecer. Pero Dacio permaneció firme en la fe y fue decapitado. Sus presuntas reliquias se hallan en Ancona. Según se dice, fueron trasladadas a ese sitio en la segunda mitad del siglo VI para salvarlas de las invasiones de los ávaros.

Las actas griegas de Dacio, publicadas por primera vez por Franz Cumont en *Analecta Bollandiana*, vol. XVI (1897), pp. 5-11, provocaron gran interés y dieron lugar a juicios muy diversos. Unos autores las consideran como absolutamente auténticas, en tanto que otros ven en ellas una leyenda moralizante sobre el tema de la muerte de un mártir. Delehaye (CMH., pp. 609-610, y *Les passions des martyrs...*, 1921, pp. 321-328) ha estudiado muy a fondo la cuestión, sin olvidar las opiniones que difieren de la suya. Según dicho autor, es imposible determinar si Dacio era realmente soldado y si murió en Durostorum y no en Heraclea. Acerca de la inscripción de Ancona, véase G. Mercati, en *Rendiconti dell'Accademia Pontificia di Archeologia*, vol. IV, pp. 59-71.

SANTOS NERSEO, OBISPO DE SAHGERD Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (343 P.C.)

EN EL AÑO cuarto de la terrible persecución que desató en Persia Sapor II, fueron arrestados el obispo de Sahgerd, llamado Nerseo, y su discípulo José. Sapor II se hallaba entonces en dicha ciudad. Cuando los reos comparecieron ante él, el soberano dijo a Nerseo: "Tus cabellos grises y la juventud de tu discípulo me inclinan a la benevolencia. Piensa en tu propia vida. Ofrece sacrificios al sol, y yo te cubriré de honores." Nerseo respondió: "Tus halagos no nos engañan. Yo tengo ya más de ochenta años y he servido a Dios desde niño. Ruego a Dios que me preserve de todo mal que no permita que yo le traicione, adorando la obra de sus manos." Como el rey le amenazase con la muerte, el anciano replicó: "Aunque nos mataras siete veces, no cederíamos." Entonces se sacó a los mártires fuera del campamento. En el sitio de la ejecución, donde se hallaba reunida una gran multitud, José dijo al obispo: "Mirad a esa multitud que está esperando que la bendigáis antes de subir a la Patria." Nerseo le abrazó y le dijo: "Feliz de ti, bendito José, que has roto las cadenas de este mundo y has entrado por el sendero estrecho que conduce al Reino de los Cielos." Los dos fueron decapitados.

En las mismas actas se narra también el triunfo de otros mártires. Uno de ellos fue un eunuco de palacio que se negó a ofrecer sacrificios. Vardano, un sacerdote que había apostatado por miedo al martirio, fue el encargado de darle muerte. Cuando Vardano vio a su víctima, se echó a temblar y no se atrevió a proceder a la ejecución. El mártir le dijo: "¿Cómo podéis matarme vos, que sois sacerdote? Seguramente que me equivoco al daros el

nombre de sacerdote. Haced lo que tenéis que hacer, pero no olvidéis la muerte del apóstata Judas." El impío Vardano dio un paso vacilante y apuñaló al mártir.

El P. P. Peeters (*Acta Sanctorum*, nov. 10, vol. IV), en un artículo muy completo sobre San Nerseo, publicó el texto sirio de las actas, una traducción latina y una inmensa bibliografía. E. Assemani había publicado anteriormente las actas en *Acta Martyrum Orientalium*, vol. I, pp. 99 ss. También Bedjan y Hoffman las habían publicado ya.

SANTA MAJENCIA, VIRGEN Y MÁRTIR (Fecha desconocida)

SEGÚN LA leyenda de la diócesis de Beauvais, esta doncella era hija de un príncipe irlandés. Desde muy joven se consagró a Dios, de manera que, cuando su padre quiso casarla con un pagano, Majencia huyó de su casa. Acompañada por dos criados, un hombre y una mujer, se embarcó para la Galia y se estableció cerca de Senlis, en la región del Oise, que se llama actualmente Pont-Sainte Maxence. Un día quedó sorprendida al ver llegar a su choza una comitiva de caballeros. Se trataba nada menos que del pagano que aspiraba a casarse con ella y la había seguido hasta ahí. El pretendiente le pidió que partiese con él, pero Majencia se rehusó indignada. Como las amenazas no produjesen resultado alguno, el pretendiente, ciego de cólera, tomó a la joven por los cabellos y le corto la cabeza. Sus fieles criados murieron también con ella.

Renet publicó en *S. Lucien et les autres Saints du Beauvais*, vol. III, pte. 2 (1895), pp. 543-548, dos versiones de estas actas sin valor. Capgrave resume la leyenda; en cambio, Dom Gougaud la ignora, con mucha razón, en *Saints Irlandais hors d'Irlande*.

SAN EDMUNDO EL MARTIR (870 P.C.)

EN EL SIGLO IX, los daneses empezaron a hacer incursiones cada vez más frecuentes en las costas de Inglaterra. A mediados del siglo, "los paganos pasaron el primer invierno en nuestra tierra." El día de Navidad del año 855, los nobles y el clero de Norfolk, reunidos en Attleborough, coronaron por rey a Edmundo, quien tenía entonces catorce años. Al año siguiente, el pueblo de Suffolk reconoció también su soberanía. Se dice que fue un gobernante tan talentoso y hábil como virtuoso. Para emular al rey David y poder participar en los divinos oficios, aprendió todo el salterio de memoria. El benedictino Lidgate escribió en el siglo XV: "Era piadoso y bueno, celestialmente alegre, prudente en sus actos, y la gracia se manifestaba poderosamente en él..." Por entonces, tuvo lugar la más numerosa de las invasiones que los daneses habían llevado a cabo hasta entonces. La "Crónica Anglo-Sajona" dice: "Un poderoso ejército de daneses desembarcó en el país de los anglos. Ahí pasaron el invierno y se les proporcionaron caballos. Los anglos hicieron la paz con ellos." Los invasores cruzaron el Humber y tomaron York. En seguida avanzaron con dirección a Mercia, hasta Nottingham, saqueando, quemando y esclavizando. El año 870, cruzaron Mercia, de vuelta a Anglia del este, y establecieron sus cuarteles de invierno en Thetford. "En aquel invierno, Edmundo les presentó batalla, los daneses triunfaron, mataron al rey sometieron a toda la tierra y destruyeron todos los monasterios que encontraron."

Este resumen corto y escueto nos dice cuanto sabemos con certeza sobre la muerte de San Edmundo. Alban Butler resume de la manera siguiente las tradiciones que se encuentran en Abbo de Fleury y otros cronistas. Los bárbaros invadieron los dominios de San Edmundo, incendiaron la ciudad de Thetford, (que había tomado por sorpresa) y sembraron la desolación por donde pasaron. El rey reunió apresuradamente un ejército. En las cercanías de Thetford se enfrentó con un destacamento de daneses y estuvo a punto de ganar la batalla. Pero, poco después, llegaron refuerzos al enemigo. Viendo que no podía presentar batalla con un ejército tan reducido como el suyo, San Edmundo se retiró a su castillo de Framlingham de Suffolk. El jefe de los bárbaros, Ingvar, le propuso la paz bajo condiciones que el monarca no podía aceptar, tanto por motivos religiosos como por la lealtad que debía a sus súbditos. No le quedó, pues, otro remedio que huír, pero fue rodeado por el enemigo en Hoxne, a orillas de Waveney. Según otros autores, permitió voluntariamente que le tomasen preso en la iglesia. Nuevamente se le hicieron proposiciones inadmisibles que el santo desechó, declarando que amaba más su religión que su propia vida y que jamás salvaría ésta al precio de aquélla. Entonces, Ingvar mandó que le atasen a un árbol y le azotasen. San Edmundo soportó el tormento con mansedumbre, invocando el nombre de Jesús. En seguida le cosieron a flechazos, pero sin darle muerte, de suerte que su cuerpo "parecía un erizo, cuya piel está cubierta de púas, o un puercoespín." Finalmente, Ingvar desató al santo, le arrancó del árbol al que le habían clavado las flechas y mandó que le decapitasen.

El cuerpo de San Edmundo fue sepultado en Hoxne. Hacia el año 903, sus reliquias fueron trasladadas a Beodricsworth, que se llama actualmente Bury St Edmund's. El año de 1010, durante las invasiones de los daneses, las reliquias fueron depositadas en la iglesia de San Gregorio de Londres, cerca de la catedral de San Pablo y, tres años más tarde, volvieron nuevamente a Bury. Durante el reinado de Canuto, se fundó la gran abadía benedictina de St Edmundsbury, que tuvo por reliquia principal los restos de San Edmundo. Los comentarios de Tomás Carlyle (en "Past and Present") sobre la crónica de Joselino de Brakelond, en la que se describe cómo el abad Sansón trasladó las reliquias de San Edmundo a una nueva iglesia, en 1198, contribuyeron a popularizar mucho los nombres de San Edmundo y su abadía. Antiguamente, se profesaba gran devoción al mártir en Inglaterra, donde se construyeron numerosas iglesias en honor suyo. En el siglo XIII y en los siguientes, la fiesta de San Edmundo era de obligación. Su fiesta se celebra todavía en la diócesis de Westminster y Northampton, así como en las abadías benedictinas de Inglaterra.

Thomas Arnold editó en *Memorials of St Edmund's Abbey* (*Rolls Series*, vol. I) una *pasión* escrita por Abbo de Fleury, otra debida a la pluma de Gaufrido de Fontibus, una colección de milagros compuesta por el archidiácono Herman y otra compuesta por el abad Sansón. Arnold hace notar, en la introducción, que Guillermo de Malmesbury y otros cronistas pretenden añadir algunos datos, pero que son de poco valor. Lo mismo hay que decir de *La vie de Saint Edmund le Roy* (poema francés del siglo XIII, publicado por Arnold en el vol. II) y del poema inglés compuesto por el monje de Bury, Dan Lydgate. La biografía moderna de J. B. Mackinlay (1893) carece desgraciadamente de sentido crítico (véase *The Month*, oct. 1893, pp. 275-280). En cambio, Lord Francis Hervey, *Corolla Sti. Eadmundi* (1907) y *History of King Edmund* (1929), estudió muy cuidadosamente el tema. Se ha discutido mucho acerca de la supuesta traslación de las reliquias de San Edmundo a la iglesia de Saint Sernin, en Toulouse, así como de la vuelta de una

parte de ellas a Inglaterra en 1901. Véase Stanton, *Menology*, pp. 559-561. H. Kjellman publicó nuevamente en Göteborg, en 1935, *La Vie de Saint Edmund*; y E. Butler volvió a publicar la crónica de Joselino en 1949. Cf. R. M. Wilson, *The Lost Literature of Medieval England* (1952).

SAN BERENBARDO, Obispo de Hildesheim (1022 p.c.)

La familia de Berenbardo era sajona. Este quedó huérfano cuando era todavía pequeño y su tío, el obispo Volkmaro de Utrecht, le tomó a su cargo y le envió a la escuela catedralicia de Heidelberg. Más tarde, Berenbardo fue a terminar sus estudios en Mainz, donde recibió la ordenación sacerdotal de manos de San Wiligis. Berenbardo se dedicó a cuidar a su tío y no aceptó ningún beneficio sino hasta después de la muerte de éste. El anciano murió el año 987. San Berenbardo fue nombrado entonces capellán imperial y tutor del emperador Otón III, que era todavía niño. La influencia de San Berenbardo en la vida de Otón III fue muy poderosa, aunque insuficiente. Seis años más tarde, el santo fue elegido obispo de Hildesheim. Construyó ahí la gran iglesia y el monasterio de San Miguel y gobernó con prudencia y habilidad. San Berenbardo fue siempre muy aficionado al arte religioso, particularmente a toda clase de trabajos en metal. Como su diócesis era muy rica, pudo promover las artes y proteger a los mejores artistas. Tangmaro, el biógrafo de San Berenbardo, que fue también su preceptor, afirma que el santo era muy hábil en la pintura, así como en los trabajos en metal y que empleaba buena parte de su tiempo en esas artes. A él se atribuyen algunos objetos muy hermosos de metal labrado, que se conservan en Hildesheim.

Desgraciadamente, el gobierno de San Berenbardo, que duró treinta años, se vio turbado por una disputa con el arzobispo de Mainz, San Wiligis, quien reclamaba ciertos derechos sobre el gran convento de Gandersheim. La disputa había comenzado en tiempos del predecesor de San Berenbardo. Una religiosa llamada Sofía la reavivó, ya que acudió al arzobispo de Mainz cuando el obispo de Hildesheim la llamó al orden por su mala conducta. El conflicto duró más de siete años, por más que ya antes la Santa Sede había fallado en favor de San Berenbardo, cuya conducta fue irreprochable durante toda la disputa. Finalmente, San Wiligis se sometió públicamente y pidió perdón por su falta de prudencia y la obstinación que había mostrado. San Berenbardo murió el 20 de noviembre de 1022, después de tomar el hábito de San Benito. Fue canonizado en 1193.

El mejor texto de la biografía escrita por Tangmaro es el de MGH., *Scriptores*, vol. IV, pp. 754-782; puede verse también en Migne, PL., vol. CXL, cc. 393-436. Véase *Neues Archiv*, vol. XXV, pp. 427 ss.; V.C. Habitcht, *Der hl. Berwards von Hildesheim Kunstwerke* (1922); *Archiv für Kulturgeschichte*, vol. XVII (1921), pp. 273-285; y F. J. Tschan, *St Bernward of Hildesheim: his Life and Times* (2 vols., 1942-1952, University of Notre Dame Press, U.S.A.).

BEATO AMBROSIO DE CAMALDOLI, Abad (1439 p.c.)

Ambrosio Traversari, hombre de personalidad atractiva, se distinguió en el campo de la religión y la literatura en la Italia de principios del siglo XV. Humanista, monje y hombre de negocios, fue una de esas figuras completas,

tan características del Renacimiento. A los catorce años, ingresó en el convento camaldulense de Nuestra Señora de los Angeles, en Florencia, donde vivió treinta años. En ese período, adquirió un profundo conocimiento del griego y el latín, aprendió el hebreo, leyó mucho (sobre todo en griego) y reunió una magnífica biblioteca. Tradujo muchos escritos de los Padres griegos, entre otros el "Prado Espiritual" de Juan Mosco y la "Escala de Perfección" de San Juan Clímaco. Algunas de sus traducciones se hallan en la "Patrología Latina" de Migne. Los florentinos le admiraban mucho por su vasta ciencia. Cosme de Médicis fue su protector y los nobles solían llevarle a sus hijos para que les enseñase teología e historia. En su celda se reunían personajes tan diferentes como San Lorenzo Justiniano, Niccolo Niccoli, Poggio Bracciolini, Manuel Crisolaras (de quien se puede decir, lo mismo que del Beato Ambrosio, que "no todos sus seguidores supieron conservar como humanistas la rectitud de conciencia que él había mostrado") y Leonardo Bruni. Ambrosio hizo cuanto pudo por proteger y ayudar a este último, que le pagó sus desvelos con calumnias.

En 1431, terminó aquel período tranquilo de oración, estudio y actividad intelectual de la vida del Beato Ambrosio. En efecto, el Papa Eugenio IV le nombró abad general de la orden de la Camáldula para que llevase a cabo ciertas reformas urgentes. El beato lo hizo así con gran energía. Su propio diario es la mejor prueba de la necesidad de esas reformas y de las enormes dificultades con que tuvo que enfrentarse en su tarea, no siempre con éxito. Más tarde, la Santa Sede le confió una tarea semejante en la orden de Valleumbrosa. Las investigaciones científicas que el beato llevó a cabo en las bibliotecas de los monasterios que visitó le ganaron todavía más la admiración del Papa. Así pues, cuando Eugenio IV huyó de Roma, en 1434, y se refugió en Florencia, Ambrosio entró a su servicio personal. Al año siguiente, fue como legado pontificio al tumultuoso concilio de Basilea, donde defendió ardientemente los derechos de la Santa Sede y previno a los extremistas contra los peligros del cisma. El Beato Ambrosio fue un excelente administrador y mantuvo al Papa perfectamente informado acerca de las personas y los sucesos.

En 1438, fue enviado por el Papa a Venecia para recibir al emperador de oriente, Juan VII, y a su hermano José, patriarca de Constantinopla, que iban al Concilio de Ferrara. Como conocía muy a fondo el idioma griego y la teología oriental, tomó parte muy activa en las negociaciones que condujeron a la efímera reunión de las Iglesias de oriente y occidente. El emperador afirmó que Ambrosio era, entre los latinos, el que mejor conocía el griego. El beato Ambrosio y Besarión se encargaron de redactar el decreto de unión, que comenzaba así: "Alégrense los cielos y regocíjese la tierra". Dicho decreto fue solemnemente proclamado en Florencia, en julio de 1439. Menos de cinco meses más tarde, murió Ambrosio Traversari, el 20 de octubre, a los cincuenta y tres años de edad. Nunca se le beatificó oficialmente, sin embargo, se le tributa culto en Florencia y en los conventos camaldulenses, donde se celebra su fiesta en esta fecha.

En las cartas del beato hay muchos datos sobre su vida; pueden verse en Martène, *Veterum scriptorum amplissima collectio*, vol. III, con el complemento que publicó L. Bertalot en *Römische Quartalschrift*, vol. XXIX (1915), pp. 91 ss. Se conserva también un informe de Ambrosio acerca de su visita a los conventos camaldulenses en 1431. Fue publicado por Bertholini, *Beati Ambrosii Hodoeporicon* (1680); pero es mejor el texto de A. Dini-Traversari, *Ambrogio Traversari e i suoi tempi* (1912). Véase también a Pastor,

Historia de los Papas, vol. I, pp. 140-142, 306, 318; y G. G. Coulton, *Five Centuries of Religion*, vol. IV (1950), cc. XXVI-XXXI.

21: LA PRESENTACION DE LA VIRGEN MARIA

SEGUN la tradición popular, los padres de Nuestra Señora la llevaron al templo a los tres años de edad para que se educase. Así lo afirman varios evangelios apócrifos, como, por ejemplo, el "Protoevangelio de Santiago".

> "Y la niña tenía dos años, y Joaquín dijo: 'Llevémosla al Templo del Señor para cumplir nuestra promesa, no sea que el Señor nos rechace a nosotros y a nuestro don.' Y Ana dijo: 'Esperemos a que cumpla tres años para que no eche de menos a su padre y a su madre.' Y Joaquín dijo: 'Esperemos.' Y la niña cumplió tres años... Y ellos subieron al Templo del Señor, y el sacerdote la recibió, la besó y la bendijo, diciendo: 'El Señor ha engrandecido tu nombre en todas las generaciones. En ti manifestará el Señor el último día la redención de los hijos de Israel.' Y el sacerdote la hizo bajar desde el tercer escalón del altar, y el Señor derramó su gracia sobre ella. Y ella danzó con los pies, y toda la casa de Israel la amó. Y sus padres volvieron maravillados, alabando a Dios porque la niña no había vuelto con ellos. Y María se quedó en el Templo como si fuese una paloma que habitaba ahí..."

La liturgia romana no dice en ninguna parte que la fiesta de hoy se refiera a ese incidente. En realidad, no es una fiesta muy antigua, ni siquiera en el oriente, donde tuvo su origen y se la conoce con el nombre de la Entrada de la Santísima Madre de Dios en el Templo. Probablemente, la fiesta conmemoraba originalmente la dedicación de la iglesia de Nueva Santa María de Jerusalén, que tuvo lugar el año 543. En el occidente empezó a celebrarse esporádicamente en el siglo XI en Inglaterra, donde, según dice Edmundo Bishop, "constituía una fiesta litúrgica importante, que se observaba seriamente. El manual de bendiciones de la catedral de Canterbury da testimonio de ello. Ahí encontramos las siguientes palabras en el sitio que les corresponde (es decir, entre el 11 de noviembre, fiesta de San Martín, y el 22 de noviembre, fiesta de Santa Cecilia): "Benedictio de praesentatione sanctae Mariae". Se trata de una alusión a la fiesta de la Presentación. Dicha fiesta se conmemoró algún tiempo en los libros de Winchester y Canterbury, pero desapareció después. En las últimas décadas del siglo XIV se introdujo en la Iglesia Latina. El mundo ha olvidado "usque ad hodiernam diem" la práctica inglesa, que data de 350 años antes." (*Liturgica Historica*, p. 257).

La fiesta fue imponiéndose poco a poco y fue finalmente extendida a toda la Iglesia de occidente durante el pontificado de Sixto V (1585).

Véase Kellner, *Heortology*, pp. 265-266; Schuster, *The Sacramentary*, vol. V, pp. 290-291; Holweck, *Calendarium Liturgicum* (1925), p. 386; S. Beissel, *Verehrung Marias in Deutschland*, vol. I, p. 306; vol. II, p. 281. Es curioso que ninguna de estas fuentes mencione el hecho de que la fiesta de la Presentación de la Virgen María se celebraba en

Inglaterra desde el siglo XI, en la propia Canterbury: véase la edición del *Manual de Bendiciones* de Canterbury hecha por la Henry Bradshaw Society (p. 116). A lo que parece, la fiesta llegó a ser bastante popular en Inglaterra. En el calendario de unas *Horae* de Anglia del este (*Christ's Coll. Camb.*, MS. 6, de principios del siglo XIII), se habla de la "Oblatio B.M.V."; el mismo título se da a la fiesta en dos libros de Worcester de la misma época: véase *The Leofric Collectar*, vol. II, p. 599. Que la fiesta se originó en el oriente, se deduce del hecho de que los sinaxarios griegos (cuyo texto puede verse en la edición de Delehaye, cc. 243-244) la mencionan también el 21 de noviembre, y dichos sinaxarios datan del siglo X. En el *Missale Romanum* de 1474 (publicado por la Henry Bradshaw Society, vol. II, pp. 251-253) hay una nota muy interesante, en la que se observa que, aunque la fiesta de la presentación no figura en el calendario ni el texto de la edición de 1474, hay sin embargo una misa de la fiesta, tomada de un misal romano de 1505. Dicha misa incluye una secuencia de lenguaje tan bárbaro, que se puede suponer que San Pío V prefirió suprimir la fiesta antes que permitir que siguiese rezándose ese poema burlesco. Quien desee otras referencias posteriores sobre los orígenes de la fiesta las hallará en la obra de M. J. Kishpaugh, *The Feast of the Presentation* (1941); E. Campana, *Maria nel culto cattolico*, vol. I (1943), pp. 207-214; y N. Chirat, *Mélanges* (1945), pp. 127-143.

SAN GELASIO I, PAPA (496 P.C.)

EL SUCESOR de San Félix II en la cátedra de San Pedro fue un Pontífice enérgico y hábil, "famoso en todo el mundo por su saber y santidad", según dice un contemporáneo suyo. Gelasio mantuvo la firme actitud de su predecesor para con el "cisma acaciano" provocado por los monofisitas. Después de la muerte de Acacio, Eufemio, el patriarca de Constantinopla, trató de poner fin al cisma, pero el emperador Anastasio I se declaró en favor del "Henotikon" y era imposible entrar en comunión con Roma sin repudiar dicho documento y sin reconocer la condenación de Acacio. El Papa escribió al patriarca: "Hermano Eufemio, un día nos presentaremos al juicio de Cristo, rodeados por todos aquellos que han defendido la fe. Ahí se verá si la gloriosa confesión de San Pedro no hizo todo lo posible por salvar a los que le habían sido confiados y si los que le negaron la obediencia procedieron con obstinación y espíritu de rebeldía."

En varias ocasiones, sobre todo en sus cartas, San Gelasio recalcó la supremacía de la sede de Pedro, particularmente en un párrafo de una carta al emperador Anastasio, en el que exponía las normas que deben regir las relaciones entre las autoridades civiles y religiosas. Sin embargo, llamando al obispo de Constantinopla "sufragáneo de segunda importancia de Heraclea", San Gelasio pensaba seguramente más en el pasado que en el presente. El santo insistió mucho en que los obispos debían emplear la cuarta parte de sus rentas en obras de caridad y se opuso absolutamente al intento de resucitar la fiesta pagana de las "Lupercalia". Es interesante notar que San Gelasio defendía la comunión bajo las dos especies, pues los maniqueos consideraban el vino como malo y se abstenían del cáliz eucarístico. Se cree que San Gelasio escribió mucho, pero se conservan muy pocos de sus escritos. Genadio, un sacerdote contemporáneo del Pontífice, refiere que compuso un sacramentario, pero el *Sacramentario Gelasiano* es de época posterior. Antiguamente se atribuía a San Gelasio un decreto sobre los libros canónicos de la Sagrada Escritura, pero está probado que no fue él el autor de dicho decreto.

Nuestras principales fuentes de información son el *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol I, pp. 254-257, y las cartas del Pontífice; estas últimas pueden verse en Thiel, *Epistolae*

Romanorum Pontificum, con el suplemento de Löwenfeld, *Epistolae Pontificum Romanorum Ineditae* (1885). Véase también A. Roux, *Le Pape St Gélase* (1880); Grisar, *Geschichte Roms und der Päpste*, vol. I, pp. 452-457; y Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. II, pp. 940 ss. Por lo que se refiere al famoso *Decretum de libris recipiendis et non recipiendis*, en la actualidad se admite generalmente que no puede atribuirse a San Gelasio; la forma en que ha llegado a nosotros data del siglo VI y es una compilación de documentos de origen diverso, algunos de los cuales se deben al Papa Dámaso, otros a Hormisdas, etc. Véase la monografía de E. von Dobschütz, en *Texte und Untersuchungen*, vol. XXXVIII, pte. 3; Chapman, en *Revue Bénédictine*, vol. XXX (1913), pp. 187-207 y 315-333; y DAC., vol. VI, cc. 727-747. La edición más conocida del *Sacramentario Gelasiano* es la de H. A. Wilson (1894); pero véase también Mohlberg y Baumstark, *Die älteste erreichbare Gestalt des Liber Sacramentorum* (1927), y E. Bishop en *Liturgica Historica*, pp. 39-61.

SAN COLUMBANO, ABAD DE LUXEUIL Y DE BOBBIO (615 P.C.)

EL MÁS GRANDE de los monjes misioneros irlandeses que actuaron en el continente europeo, debió nacer más o menos cuando murió San Benito, el patriarca de los monjes de occidente, cuya regla adoptarían un día todos los monasterios de San Columbano. Columbano nació en Leinster y recibió una buena educación. Estuvo a punto de echarla a perder cuando era joven a causa de las tentaciones de la carne. En efecto, ciertas "Lascivae puellae" (mujercillas de mala vida), según cuenta Jonás, el biógrafo del santo, trataron de corromperle, y Columbano se sintió muy tentado a ceder. En su aflicción, pidió consejo a una mujer muy piadosa, que durante años había vivido alejada del mundo, y ésta le dijo que, si era necesario, partiese de su patria para huír de la tentación." ¿Crees que podrás resistir? Acuérdate de los halagos de Eva y de la caída de Adán; acuérdate de Sansón vencido por Dalila; recuerda a David, a quien la belleza de Betsabé apartó del buen camino, acuérdate del sabio Salomón engañado por las mujeres. Huye, escapa lejos de ese río en el que tantos han caído." Columbano creyó encontrar en esas palabras algo más que el prudente consejo a un joven que atraviesa por una prueba tan común en la adolescencia y las interpretó como un llamamiento a renunciar al mundo y abrazar la vida religiosa. Así pues, abandonó a su madre, a pesar de que ésta trató de impedírselo, y se fue a vivir en una isla de Lough Erne, llamada Cluain Inis, con el monje Sinell. Más tarde, se trasladó a la famosa escuela monástica de Bangor, en Belfast Lough. No sabemos cuánto tiempo pasó ahí; Jonás dice que "muchos años". Probablemente, tenía alrededor de cuarenta y cinco años cuando obtuvo permiso de San Congall para partir del monasterio. Con doce compañeros, se trasladó a la Galia, donde las invasiones de los bárbaros, las guerras civiles y la relajación del clero, habían reducido la religión a un estado lamentable.

Los monjes irlandeses empezaron inmediatamente a predicar al pueblo con el ejemplo de su caridad, penitencia y devoción. Su fama llegó a oídos del rey Guntramo de Borgoña, el cual, hacia el año 500, regaló a San Columbano unas tierras para que construyese en Annegray, en las montañas de los Vosgos, su primer monasterio. El biógrafo del santo relata ciertos incidentes que recuerdan algunas escenas de la vida de San Francisco de Asís. Pronto, el convento de Annegray resultó insuficiente, pues muchísimos monjes querían vivir bajo la dirección de Columbano. El santo construyó entonces el monasterio de Luxeuil, no lejos del primero, y también el de Fontes (actualmente Fontaine), que se llamó así por las fuentes que ahí había. Estas tres funda-

ciones y la de Bobbio fueron las que Columbano llevó a cabo personalmente. Sus discípulos establecieron numerosos monasterios en Francia, Alemania, Suiza e Italia, que se convirtieron en centros de religión e industria, en el período oscuro de la Edad Media. San Columbano estableció como fundamento de su regla el amor de Dios y del prójimo, y sobre ese precepto general erigió todo el edificio. Mandó que los monjes comiesen en forma muy sencilla y en proporción al trabajo que ejecutasen. Dispuso que comiesen diariamente para poder cumplir con sus obligaciones. Prescribió el tiempo que debían emplear en la oración, en la lectura y en el trabajo manual. El santo afirmaba que recibió esas reglas de sus mayores, es decir, de los monjes irlandeses. Impuso a todos los monjes la obligación de orar en privado en sus celdas, y señaló que lo esencial es la oración del corazón y la concentración de la mente en Dios. La regla se complementa con un penitencial en el que se determinan las penitencias que deben imponerse a los monjes por cada falta, por leve que ésta sea. La regla de San Columbano difiere principalmente de la de San Benito por su severidad, tan característica del cristianismo céltico. En efecto, las menores transgresiones se castigan con ayunos a pan y agua y disciplinas. El rezo del oficio divino es particularmente largo. (El máximo es de setenta y cinco salmos diarios en invierno). Puede decirse que en materia de austeridad, los monjes célticos rivalizaban con los de oriente.

Al cabo de doce años de gran paz, los obispos francos empezaron a mostrar cierta hostilidad contra los monjes de San Columbano y convocaron a éste ante un sínodo para que justificase sus costumbres célticas (fecha de la Pascua, etc.). El santo se negó a comparecer, "para no caer en disputas de palabras"; pero dirigió a la asamblea una carta en la que él, "pobre extranjero en estas regiones por la causa de Cristo", suplica humildemente que le dejen en paz, e indica claramente que el sínodo tiene asuntos más graves en qué ocuparse que la fecha de la Pascua. Como los obispos insistiesen, San Columbano apeló a la Santa Sede. En sus cartas a dos diferentes Papas protestó de su ortodoxia y de la de sus monjes, explicó las costumbres irlandesas y pidió que se las confirmara. El tono de las cartas es muy sincero y, para excusarse por ello, dice el santo: "Perdonadme, os ruego, bendito Pontífice, el atrevimiento que me lleva a escribir en forma tan presuntuosa. Os ruego que, por lo menos una vez, os acordéis de mí en vuestras santas oraciones, pues soy un indigno pecador."

Pronto se vio San Columbano envuelto en una tempestad más seria. El rey de Borgoña, Teodorico II, profesaba gran respeto al santo, pero éste le reprendió por tener concubinas en vez de casarse, lo cual molestó mucho a la reina Brunequilda, abuela de Teodorico, que había sido regente del reino, pues temía que, si su nieto se casaba, ella perdería su influencia. La cólera de Brunequilda llegó al colmo cuando Columbano se negó a bendecir a los cuatro hijos naturales de Teodorico, diciendo: "No heredarán el reino, pues son mal nacidos." Por otra parte, el santo negó a Brunequilda la entrada en su monasterio, como lo hacía con todas las mujeres y aun con los laicos. Como eso era contrario a la costumbre franca, Brunequilda lo aprovechó como pretexto para excitar a Teodorico contra San Columbano. El resultado fue que el año 610, el santo y todos sus monjes irlandeses fueron deportados a Irlanda. Es imposible que los obispos hayan intervenido en la expulsión por debajo del agua. Desde Nantes escribió San Columbano su famosa carta a los

monjes que habían quedado en Luxeuil. Montalembert dice que esa carta contiene "algunos de los pensamientos más bellos que el genio cristiano haya producido jamás."

El santo se embarcó en Nantes; pero una tempestad le obligó a volver a tierra. Entonces, San Columbano se dirigió, pasando por París y Meaux, a la corte de Teodeberto II de Austrasia, que estaba en Metz. El monarca le acogió amablemente. Bajo su protección, Columbano y algunos de sus discípulos fueron a predicar a los infieles de las cercanías del lago de Zurich. Como no fuesen ahí bien recibidos, se trasladaron a un hermoso valle de las cercanías del lago de Constanza, actualmente Bregenz. Ahí encontraron un oratorio abandonado dedicado a Santa Aurelia y junto a él construyeron sus celdas. Pero también ahí los métodos enérgicos de algunos de los misioneros, especialmente de San Galo, provocaron al pueblo contra ellos. Por otra parte, Austrasia y Borgoña estaban en guerra. Teodoberto resultó vencido y sus propios súbditos le entregaron a su hermano Teodorico, quien le envió a su abuela Brunequilda.

San Columbano, viendo que su enemigo era el amo de la región en que se hallaba y que su vida corría peligro, cruzó los Alpes (por más que tenía ya unos setenta años). En Milán fue muy bien acogido por el rey arriano Agilulfo de Lombardía y su esposa Teodelinda. El santo empezó inmediatamente a combatir el arrianismo, contra el que escribió un tratado, e intervino en el asunto de los Tres Capítulos. Aquellos escritos fueron condenados por el quinto Concilio Ecuménico de Constantinopla, porque favorecían el nestorianismo. Los obispos de Istria y algunos de los de Lombardía defendieron los Tres Capítulos con tal ardor, que rompieron la comunión con el Papa. El rey y la reina indujeron a San Columbano a que escribiese francamente al Papa San Bonifacio IV en defensa de esos escritos, urgiéndole a velar por la ortodoxia. San Columbano conocía mal el tema de la controversia. Por lo demás, no dejó de formular claramente su ardiente deseo de permanecer en la unidad de la fe, su intensa devoción a la Santa Sede y su convicción de que "el pilar de la Iglesia ha estado siempre en Roma". En seguida añadía: "Nosotros los irlandeses, que vivimos en el extremo de la tierra, somos seguidores de San Pedro y San Pablo y de los discípulos que escribieron los libros canónicos inspirados por el Espíritu Santo. No aceptamos nada que no esté conforme con las enseñanzas evangélicas y apostólicas ... Confieso que me hace sufrir la mala fama que tiene la cátedra de San Pedro en esta región ... Como lo he dicho antes, estamos ligados a la cátedra de San Pedro. Cierto que Roma es grande y famosa por sí misma, pero ante nosotros, sólo es grande y famosa por la cátedra de San Pedro." Admitiendo que se expresa con demasiada franqueza (pues llega a llamar al Papa Vigilio "causa de escándalo"), escribió en la misma carta: "Si en ésta o en alguna otra de mis cartas ... encontráis expresiones dictadas por un celo excesivo, atribuidlas a indiscreción y no a orgullo. Velad por la paz de la Iglesia ..., emplead la voz y los gestos del verdadero pastor y defended a vuestro rebaño de los lobos." San Columbano llama al Papa "pastor de pastores", "jefe de los jefes", "Pontífice único, cuyo poder se engrandece honrando al Apóstol Pedro".

Agilulfo regaló a Columbano una iglesia en ruinas y ciertas tierras en Ebovium (Bobbio). En ese valle de los Apeninos, situado entre Génova y Piacenza, emprendió el santo la fundación de la abadía de San Pedro. A pesar

de su avanzada edad, trabajó personalmente en la construcción. Pero lo que deseaba ardientemente, era el retiro para prepararse a bien morir. Cuando visitó a Clotario II de Neustria, a su regreso de Nantes, había profetizado que Teodorico caería tres años más tarde. La profecía se cumplió. Teodorico había muerto, Brunequilda fue brutalmente asesinada y Clotario era el amo de Austrasia y de Borgoña. Recordando la profecía de San Columbano, el monarca le invitó a volver a Francia. El santo no pudo aceptar la invitación pero rogó a Clotario que se mostrase bondadoso con los monjes de Luxeuil. Poco después murió, el 23 de noviembre de 615.

Alban Butler, que escribió a mediados del siglo XVIII, decía: "Luxeuil es todavía un monasterio muy floreciente", ocupado por la congregación benedictina de San Vitono. Pero cincuenta años después, la Revolución Francesa puso fin a la larga, azarosa y gloriosa historia de Luxeuil. En cuanto al monasterio de Bobbio, cuya biblioteca llegó a ser una de las mayores durante la Edad Media, empezó a declinar desde el siglo XV y fue suprimido por los franceses en 1803; la biblioteca había empezado a dispersarse casi tres siglos antes. Sin embargo, todavía se celebra la fiesta de San Columbano en la pequeña diócesis de Bobbio. El Martirologio Romano le menciona el 21 de noviembre y los benedictinos celebran su fiesta en el mismo día. En el norte de Italia quedan numerosas huellas del culto que se tributaba antiguamente al santo.

Un monje de Bobbio, llamado Jonás, escribió una biografía poco después de la muerte de San Columbano. Dicha obra es nuestra principal fuente. B. Krusch hizo una edición crítica en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. IV, pp. 1-156. En estos últimos años se ha escrito mucho sobre San Columbano, como puede verse en la excelente noticia biográfica que le dedica Dom Gougaud en *Les Saints Irlandais hors d'Irlande* (1936), pp. 51-62, y en *Christianity in Celtic Lands* (1932). Véase también E. Martin, *St. Columban* (1905); G. Metlake, *The Life and Writings of St Columban* (1914); H. Concannon, *Life of St Columban* (1915); J. J. Laux, *Der hl. Kolumban* (1919); J. F. Kenney, *The Sources for the Early History of Ireland*, vol. I (1929), pp. 186-191; M. Stokes, *Six Months in the Appenines...* (1892); J. M. Clauss, *Die Heiligen des Elsasses* (1935); A. M. Tommasini, *Irish Saints in Italy* (1937); L. Gougaud, *Le culte de St Columban*, en *Revue Mabillon*, vol. XXV; (1935), pp. 169-178; y M. M. Dubois, *St Columban* (1950). La sección de la obra de Montalembert, *Monks of the West*, sobre San Columbano, se imprimió por separado en los Estados Unidos en 1928. Hay que leer las cartas del santo en el texto de MGH., *Epistolae*, vol. III, pp. 154-190. La autenticidad del penitencial que se le atribuye es dudosa; en cambio, su regla parece auténtica y se ha escrito mucho sobre ella. El texto puede verse en Migne, PL., vol. LXXX, cc. 209 ss.; mejor aún es el texto de *Zeitschrift f. Kirchengeschichte* (1895 y 1897). Mc. Neill y Gaymer publicaron una traducción inglesa del penitencial en *Medieval Handbooks of Penance* (1938). También se ha atribuido a San Columbano un comentario sobre los salmos, pero ciertamente no fue él el autor; véase Dom Morin, en *Revue Bénédictine*, vol. XXXVIII (1926), pp. 164-177. Es curioso que Oengus no mencione a San Columbano en el *Félire*, a pesar de que su nombre figura en el *Hieronymianum*. El P. P. Grosjean volvió a estudiar recientemente el difícil problema de la cronología de la vida del santo, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXIV (1946), pp. 200-215.

SAN ALBERTO DE LOVAINA, OBISPO DE LIEJA, MÁRTIR (1192 P.C.)

EN EL SIGLO XII, las nobles casas de Brabante y Hainaut se disputaron constantemente la extensa y poderosa diócesis de Lieja. El obispo de dicha sede ejercía forzosamente gran influencia en la política de su tiempo. Precisamente, la costumbre abusiva, pero tan común en aquella época, de emplear una sede

como instrumento político fue la causa de la muerte violenta de Alberto de Lovaina. Había nacido éste en 1116. Era hijo de Godofredo, duque de Brabante, y de Margarita de Linburgo. Pasó la niñez en el castillo que tenía su padre en la colina de Lovaina que se llama actualmente Mont-Cesar, en la que hay una abadía benedictina muy conocida. Desde muy joven, se escogió a Alberto para el estado clerical. A los doce años se le nombró canónigo de Lieja; pero a los veintiún años, el joven renunció a ese beneficio y pidió a Balduino V, conde de Hainaut que le diese el espaldarazo de caballero. Balduino accedió y le envió a combatir a sus enemigos. Dado lo que aconteció después, podemos suponer que Alberto tenía la intención de partir a la Cruzada. En efecto, cuando el cardenal Enrique de Albano, legado pontificio, predicó algunos meses más tarde la Cruzada en Lieja, uno de los que "tomaron la cruz" fue Alberto. Pero, por la misma época, abrazó la vida clerical y recibió nuevamente su canonjía. Ignoramos qué fue lo que provocó este curioso incidente. Lo cierto es que Alberto no fue nunca al oriente, ni como soldado ni como clérigo. Al año siguiente, fue nombrado archidiácono de Brabante y, a ésa siguieron otras dignidades. Sin embargo, aunque Alberto era archidiácono y preboste por oficio, sólo había recibido el subdiaconado.

En 1191 murió el obispo de Lieja. Los dos candidatos a la sucesión se llamaban Alberto, ambos eran archidiáconos y ninguno de los dos era sacerdote. El otro era Alberto de Rathel, diácono, primo de Balduino de Hainaut y tío de la emperatriz Constancia, esposa de Enrique IV. Un cronista de la época dice que acudieron a la elección, que tuvo lugar en Lieja, muchos duques, condes y hombres de armas. Pero Alberto de Lovaina era claramente el candidato de mayores cualidades, y el capítulo le eligió por una mayoría aplastante. Entonces, Alberto de Rethel apeló a su pariente, el emperador, quien era enemigo del hermano de Alberto de Lovaina, Enrique de Brabante. El emperador convocó a ambas partes a Worms. Prácticamente, todo el clero de Lieja estaba en favor de San Alberto, en tanto que sólo una minoría de canónigos apoyaban a Alberto de Rethel. Pero el emperador, en vez de fallar en favor de uno de los dos, anunció que había concedido la sede al preboste de Bonn, Lotario, a quien acababa de nombrar canciller imperial a cambio de tres mil marcos. San Alberto manifestó serenamente al emperador que su elección era canónicamente válida, le reprochó el coartar la libertad de la Iglesia y apeló a la Santa Sede. En seguida, partió para Roma por caminos poco transitados y disfrazado de criado, pues el emperador quería detenerle. El mismo cuidaba a su caballo por la noche, ayudaba en la cocina y, en cierta ocasión, llegó incluso a limpiar las botas de un criado que se lo pidió. El Papa Celestino III después de madura deliberación declaró que la elección de San Alberto había sido válida y la confirmó.

Sin embargo, San Alberto no pudo tomar posesión de su sede a su regreso, pues Lotario se había apoderado de ella y además, el arzobispo Bruno de Colonia, que era ya anciano y estaba enfermo, no se atrevió a consagrarle por miedo al emperador. El Papa Celestino, previendo eso, autorizó al arzobispo Guillermo de Reims a consagrar y ordenar a San Alberto en su diócesis. Mientras el santo se hallaba en Reims, llegó a la ciudad la noticia de que el emperador había ido a Lieja a exterminar a San Alberto y sus partidarios. El tío de San Alberto quería partir con un grupo de nobles para enfrentarse con el emperador y defender los derechos de su sobrino, pero éste, que tenía

una idea más alta de los deberes de un cristiano, prefirió permanecer en el destierro para evitar la guerra. Entre tanto, el emperador tomó severas medidas contra el clero de Lieja, obligó a someterse a los partidarios de San Alberto y partió a Maestricht, donde urdió un nuevo plan. El 24 de noviembre de 1192, al cabo de casi diez semanas en Reims, San Alberto fue a visitar la abadía de San Remigio, fuera de las murallas. Ciertos caballeros alemanes, que le esperaban en un paso muy estrecho, le dieron muerte. Toda la ciudad se estremeció de horror. San Alberto fue sepultado con grandes honores en la catedral. El emperador Enrique tuvo que hacer penitencia, Lotario fue excomulgado y se vio obligado a huír.

La historia de las reliquias del santo es interesante. En efecto, en 1612 sus presuntas reliquias fueron trasladadas de Reims a la iglesia del convento del Carmelo, en Bruselas. Con tal ocasión, el Papa Paulo V concedió una misa y un oficio de San Alberto a todas las iglesias de Bruselas y a la catedral de Reims. En 1919, cuando se limpió de escombros la catedral de Reims, tras los bombardeos alemanes, se abrió la supuesta tumba de Odalrico, un arzobispo del siglo X. El contenido intrigó a las autoridades, las cuales nombraron una comisión de clérigos, arqueólogos y médicos para que estudiasen los restos. En 1921, la comisión declaró unánimemente que el esqueleto de la tumba de Odalrico era el de San Alberto de Lovaina y que las reliquias trasladadas a Bruselas en 1612, habían sido las de Odalrico.* En respuesta a la petición de un miembro belga de la comisión, quien quería que el capítulo metropolitano de Reims cumpliese la promesa que había hecho tres siglos antes de enviar a Bélgica las reliquias de San Alberto, Mons. Neveux, obispo auxiliar de Reims dijo que no podía dar una respuesta definitiva por el momento, pero que, en su opinión, "las promesas solemnes no eran simplemente papeles inútiles". Por su parte, el cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, después de reunir todas las porciones dispersas de los restos de Odalrico, los envió nuevamente a Reims. El 18 de noviembre de 1921 el cardenal Luçon, arzobispo de Reims, entregó las verdaderas reliquias de San Alberto a Mons. Van Cauwenvergh y a Dom Sebastián Braun, O.S.B., a quienes el primado de Bélgica había comisionado para recibirlas. Una importante reliquia del santo fue separada del resto y enviada a Reims.

* No se puede acusar de fraude a los canónigos del siglo XVII. La comisión puso en claro que la confusión de las inscripciones de las dos tumbas podía muy fácilmente haber sido la causa del error.

Heller publicó en MGH., *Scriptores*, vol. XXV, pp. 137-168, una biografía verídica de San Alberto, escrita por un contemporáneo suyo. Acerca de la identificación de las verdaderas reliquias en Reims, cf. *Analecta Bollandiana,* vol. XL (1922), pp. 155-170; y L. Demaison, *Reims à la fin du XIIème. siècle* (1925). Véase igualmente a David en *Histoire de St Albert de Louvain* (1848); B. del Marmol, *St Albert de Louvain* (1922), en la colección *Les Saints*; y E. de Moreau, *St Albert de Louvain* (1946).

22: SANTA CECILIA, Virgen y Mártir (Fecha desconocida)

DURANTE más de mil años, Santa Cecilia ha sido una de las mártires de la primitiva Iglesia más veneradas por los cristianos. Su nombre figura en el canon de la misa. Las "actas" de la santa afirman que pertenecía a una familia patricia de Roma y que fue educada en el cristianis-

mo. Solía llevar un vestido de tela muy áspera bajo la túnica propia de su dignidad, ayunaba varios días por semana y había consagrado a Dios su virginidad. Pero su padre, que veía las cosas de un modo diferente, la casó con un joven patricio llamado Valeriano. El día de la celebración del matrimonio, en tanto que los músicos tocaban y los invitados se divertían, Cecilia se sentó en un rincón a cantar a Dios en su corazón y a pedirle que la ayudase. Cuando los jóvenes esposos se retiraron a sus habitaciones, Cecilia, armada de todo su valor, dijo dulcemente a su esposo: "Tengo que comunicarte un secreto. Has de saber que un ángel del Señor vela por mí. Si me tocas como si fuera yo tu esposa, el ángel se enfurecerá y tú sufrirás las consecuencias; en cambio, si me respetas, el ángel te amará como me ama a mí." Valeriano replicó: "Muéstramelo. Si es realmente un ángel de Dios, haré lo que me pides." Cecilia le dijo: "Si crees en el Dios vivo y verdadero y recibes el agua del bautismo, verás al ángel." Valeriano accedió y fue a buscar al obispo Urbano, quien se hallaba entre los pobres, cerca de la tercera mojonera de la Vía Apia. Urbano le acogió con gran gozo. Entonces se acercó un anciano que llevaba un documento en el que estaban escritas las siguientes palabras: "Un solo Señor, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está por encima de todo y en nuestros corazones." Urbano preguntó a Valeriano: "¿Crees esto?" Valeriano respondió que sí y Urbano le confirió el bautismo. Cuando Valeriano regresó a donde estaba Cecilia, vio a un ángel de pie junto a ella. El ángel colocó sobre la cabeza de ambos una guirnalda de rosas y lirios. Poco después, llegó Tiburcio, el hermano de Valeriano y los jóvenes esposos le ofrecieron una corona inmortal si renunciaba a los falsos dioses. Tiburcio se mostró incrédulo al principio y preguntó: "¿Quién ha vuelto de más allá de la tumba a hablarnos de esa otra vida?" Cecilia le habló largamente de Jesús. Tiburcio recibió el bautismo, y al punto vio muchas maravillas.

Desde entonces, los dos hermanos se consagraron a la práctica de las buenas obras. Ambos fueron arrestados por haber sepultado los cuerpos de los mártires. Almaquio, el prefecto ante el cual comparecieron, empezó a interrogarlos. Las respuestas de Tiburcio le parecieron desvaríos de loco. Entonces, volviéndose hacia Valeriano, le dijo que esperaba que le respondería en forma más sensata. Valeriano replicó que tanto él como su hermano estaban bajo el cuidado del mismo médico, Jesucristo, el Hijo de Dios, quien les dictaba sus respuesta. En seguida comparó, con cierto detenimiento, los gozos del cielo con los de la tierra; pero Almaquio le ordenó que cesase de disparatar y dijese a la corte si estaba dispuesto a sacrificar a los dioses para obtener la libertad. Tiburcio y Valeriano replicaron juntos: "No, no sacrificaremos a los dioses, sino al único Dios, al que diariamente ofrecemos sacrificio." El prefecto les preguntó si su Dios se llamaba Júpiter. Valeriano respondió: "Ciertamente no. Júpiter era un libertino infame, un criminal y un asesino, según lo confiesan vuestros propios escritores."

Valeriano se regocijó al ver que el prefecto los mandaba azotar y habló en voz alta a los cristianos presentes: "¡Cristianos romanos, no permitáis que mis sufrimientos os aparten de la verdad! ¡Permaneced fieles al Dios único y pisotead los ídolos de madera y de piedra que Almaquio adora!" A pesar de aquella perorata, el prefecto tenía aún la intención de concederles un respiro para que reflexionasen; pero uno de sus consejeros le dijo que emplearían el

tiempo en distribuir sus posesiones entre los pobres, con lo cual impedirían que el Estado las confiscase. Así pues, fueron condenados a muerte. La ejecución se llevó a cabo en un sitio llamado Pagus Triopius, a seis kilómetros de Roma. Con ellos murió un cortesano llamado Máximo, el cual, viendo la fortaleza de los mártires, se declaró cristiano.

Cecilia sepultó los tres cadáveres. Después fue llamada para que abjurase de la fe. En vez de abjurar, convirtió a los que la inducían a ofrecer sacrificios. El Papa Urbano fue a visitarla en su casa y bautizó ahí a 400 personas, entre las cuales se contaba a Gordiano, un patricio, quien estableció en casa de Cecilia una iglesia que Urbano consagró más tarde a la santa. Durante el juicio, el prefecto Almaquio discutió detenidamente con Cecilia. La actitud de la santa le enfureció, pues ésta se reía de él en su cara y le atrapó con sus propios argumentos. Finalmente, Almaquio la condenó a morir sofocada en el baño de su casa. Pero, por más que los guardias pusieron en el horno una cantidad siete veces mayor de leña, Cecilia pasó en el baño un día y una noche sin recibir daño alguno. Entonces, el prefecto envió a un soldado a decapitarla. El verdugo descargó tres veces la espada sobre su cuello y la dejó tirada en el suelo. Cecilia pasó tres días entre la vida y la muerte. En ese tiempo los cristianos acudieron a visitarla en gran número. La santa legó su casa a Urbano y le confió el cuidado de sus servidores. Fue sepultada junto a la cripta pontificia, en la catacumba de San Calixto.

Esta historia tan conocida que los cristianos han repetido con cariño durante muchos siglos, data aproximadamente de fines del siglo V, pero desgraciadamente no podemos considerarla como verídica ni fundada en documentos auténticos. Tenemos que reconocer que lo único que sabemos con certeza sobre San Valeriano y San Tiburcio es que fueron realmente martirizados, que fueron sepultados en el cementerio de Pretextato y que su fiesta se celebraba el 14 de abril. La razon original del culto de Santa Cecilia fue que estaba sepultada en un sitio de honor por haber fundado una iglesia, el "titulus Caeciliae". Por lo demás, no sabemos exactamente cuándo vivió, ya que los especialistas sitúan su martirio entre el año 177 (de Rossi) y la mitad del siglo IV (Kellner).

El Papa San Pascual I (817-824) trasladó las presuntas reliquias de Santa Cecilia, junto con las de los santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, a la iglesia de Santa Cecilia in Transtévere. (Las reliquias de la santa habían sido descubiertas, gracias a un sueño, no en el cementerio de Calixto, sino en el de Pretextato). En 1599, el cardenal Sfondrati restauró la iglesia de Santa Cecilia in Transtévere y volvió a enterrar las reliquias de los cuatro mártires. Según se dice, el cuerpo de Santa Cecilia estaba incorrupto y entero, por más que el Papa Pascual había separado la cabeza del cuerpo, ya que, entre los años 847 y 855, la cabeza de Santa Cecilia formaba parte de las reliquias de los Cuatro Santos Coronados. Se cuenta que, en 1599, se permitió ver el cuerpo de Santa Cecilia al escultor Maderna, quien esculpió una estatua de tamaño natural, muy real y conmovedora. "No estaba de espaldas como un cadáver en la tumba," dijo más tarde el artista, sino recostada del lado derecho, como si estuviese en la cama, con las piernas un poco encogidas, en la actitud de una persona que duerme." La estatua se halla actualmente en la iglesia de Santa Cecilia, bajo el altar próximo al sitio en el que se había sepultado nuevamente el cuerpo en un féretro de plata. Sobre el pedestal de la estatua

puso el escultor la siguiente inscripción: "He aquí a Cecilia, virgen, a quien yo vi incorrupta en el sepulcro. Esculpí para vosotros, en mármol, esta imagen de la santa en la postura en que la vi." De Rossi determinó el sitio en que la santa había estado originalmente sepultada en el cementerio de Calixto, y se colocó en el nicho una réplica de la estatua de Maderna.

Sin embargo, el P. Delehaye y otros autores opinan que no existen pruebas suficientes de que, en 1599, se haya encontrado entero el cuerpo de la santa, en la forma en que lo esculpió Maderna. En efecto, Delehaye y Dom Quentin subrayan las contradicciones que hay en los relatos del descubrimiento que nos dejaron Baronio y Bosio, contemporáneos de los hechos. Por otra parte, en el período inmediatamente posterior a las persecuciones no se hace mención de ninguna mártir romana llamada Cecilia. Su nombre no figura en los poemas de Dámaso y Prudencio, ni en los escritos de Jerónimo y Ambrosio, ni en la "Depositio Martyrum" (siglo IV). Finalmente, la iglesia que se llamó más tarde "titulus Sanctae Caeciliae" se llamaba originalmente "títulus Caeciliae", es decir, fundada por una dama llamada Cecilia.

Santa Cecilia es muy conocida en la actualidad por ser la patrona de los músicos. Sus "actas" cuentan que, al día de su matrimonio, en tanto que los músicos tocaban, Cecilia cantaba a Dios en su corazón. Al fin de la Edad Media, empezó a representarse a la santa tocando el órgano y cantando. En la primera antífona de los laudes del oficio de su fiesta, se suprimieron las palabras "en su corazón".

Mombritius publicó íntegras las *actas* legendarias. Delehaye las resumió en la obra que citaremos más abajo. Los textos más interesantes pueden verse en el artículo de Dom Quentin en DAC., vol. II, cc. 2712-2738. Existe una bibliografía muy abundante. H. Delehaye ha estudiado muy a fondo el asunto en *Etude sur le légendier romain* (1936), pp. 73-96. En dicha obra cita, además del artículo de Dom Quentin, las obras siguientes: De Rossi, *Roma sotterranea*, vol. II, pp. XXXII-XLIII; Erbes, *Die heilige Caecilia in Zusammenhang mit der Papstcrypta*, en *Zeitschrift für Kirchengeschichte* (1888), pp. 1-66; J. P. Kirsch, *Die heilige Caecilia in der römischen Kirche* (1910), y *Die römischen Titelkirchen im Altertum* (1918), pp. 113-116 y 155-156; P. Franchi de Cavalieri, *Recenti studi intorno a S. Cecilia*, en *Note agiografiche*, vol. IV (1912), pp. 3-38; F. Lanzoni, en *Rivista di archeologia cristiana*, vol. II, pp. 220-224; Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, p. 297, y vol. II, pp. 52-68; P. Styger, *Römische Märtyrergrüfte* (1935), pp. 83-84 y 88; y L. de Lacger, en *Bulletin de littérature ecclésiastique* (1923), pp. 21-29. Mons. J. P. Kirsch resume sus opiniones en *Catholic Encyclopedia*, vol. III, pp. 471-473. Acerca de las representaciones de Santa Cecilia en el arte, cf. Künstle, *Ikonographie*, vol. II, pp. 146-150. Baudot y Chaussin estudian con cierto detenimiento la leyenda y el culto de Santa Cecilia, en *Vies des Saints*, vol. XI (1954), pp. 731-759.

SANTOS FILEMON Y APIA, MÁRTIRES (SIGLO I)

FILEMÓN, que era un ciudadano de Colosa, en Frigia, rico y noble, se convirtió probablemente en Efeso, gracias a la predicación de San Pablo, de quien llegó a ser amigo personal. Los miembros de su casa se distinguían por su devoción y su piedad y parece que los cristianos se reunían ahí a celebrar los divinos misterios. Sin embargo, Onésimo, uno de los esclavos de Filemón, lejos de imitar los buenos ejemplos que recibía, robó a su amo y huyó a Roma. Ahí conoció a San Pablo en la prisión. El espíritu de caridad y religión con que le trató el Apóstol, cambió el corazón de Onésimo, quien se convirtió

en su hijo espiritual. San Pablo hubiese querido que Onésimo se quedase a ayudarle, pero, como Filemón tenía derecho a sus servicios, el Apóstol envió al esclavo a Colosa, con la carta que en la Biblia se llama la "Epístola a Filemón". Esa carta muestra la ternura y el poder de persuasión de San Pablo, quien llama a Filemón su amado compañero de trabajo y alaba su caridad y su fe. A Apia, que era probablemente la esposa de Filemón, la llama "nuestra queridísima hermana" y a Arquipo, "el soldado, compañero nuestro." En seguida, el Apóstol recuerda modestamente a Filemón que, aunque podría darle órdenes en nombre de Cristo, prefiere rogarle que por amor a El perdone a Onésimo y le acoja, "no como siervo, sino como hermano muy querido, pues lo es para mí y cuánto más para ti, así en la carne como en el Señor." No sabemos cómo tomó Filemón la petición de San Pablo, pero la tradición afirma que concedió la libertad a Onésimo, le perdonó su falta e hizo de él su compañero de trabajo en la obra de evangelización.

Esto es todo lo que San Pablo dice en su carta a Filemón, y a eso se reduce cuanto sabemos con certeza, acerca de él. Sin embargo, no faltan leyendas donde se afirma que llegó a ser obispo de Colosa o de Gaza y que fue martirizado en Efeso o en Colosa. El Martirologio Romano resume así la leyenda oriental más corriente: "En tiempos de Nerón, cuando los gentiles irrumpieron en la iglesia de Colosa de Frigia el día de la fiesta de Diana, Filemón y Apia fueron arrestados, en tanto que los otros huyeron. El gobernador Artocles los mandó azotar y después, enterrados en un agujero hasta la altura del pecho, fueron aplastados con piedras."

Los nombres de estos santos figuran en los sinaxarios y "menaia" griegos, generalmente el 23 de noviembre, junto con otro mártir llamado Arquipo. Véase la edición de Delehaye del *Synaxarium Constantinopolitanum*, cc. 247-248.

23: SAN CLEMENTE I, Papa y Mártir * (*c* 99 p.c.)

EL tercer sucesor de San Pedro, probablemente San Clemente, fue contemporáneo de los santos Pedro y Pablo, según se cree. En efecto, San Ireneo escribía en la segunda mitad del siglo II: "Vio a los bienaventurados apóstoles y habló con ellos. La predicación de éstos vibraba aún en sus oídos y conservaba sus enseñanzas ante los ojos." Orígenes y otros autores le identifican con el Clemente a quien San Pablo llama su compañero de trabajos (Fil., IV, 3) y así lo repiten la misa y el oficio del santo; pero se trata de una identificación muy dudosa. Ciertamente, no fue nuestro santo el Clemente Flavio condenado a muerte el año 95. Pero no es imposible que haya sido un liberto de la servidumbre del emperador, cuyos ascendientes fueron judíos. No poseemos ningún detalle sobre su vida. Las "actas" del siglo IV, que son apócrifas, afirman que convirtió a una pareja de patricios, llamados Sisinio y Teodora, y a otros 423. Aquello le atrajo el odio del pueblo y el emperador Trajano le desterró a Crimea, donde tuvo que trabajar en las canteras. La fuente más próxima distaba diez kilómetros, pero Clemente descubrió, por

* En la misa y en el oficio de San Clemente se conmemora a Santa Felícitas. Nosotros hablamos de ella el 10 de julio, junto con sus "siete hijos".

inspiración del cielo otro manantial más próximo, donde pudieron beber los numerosos cristianos cautivos. El santo predicó en las canteras con tanto éxito que, al poco tiempo, había ya setenta y cinco iglesias. Entonces, fue arrojado al mar con un ancla colgada al cuello. Los ángeles le construyeron un sepulcro bajo las olas. Cada año, las aguas se abrían milagrosamente para dejar ver el sepulcro.

San Ireneo dice: "En la época de Clemente, estalló una importante sedición entre los hermanos de Corinto. La iglesia de Roma les envió una larga carta para restablecer la paz, renovar la fe y para anunciarles la tradición que había recibido recientemente de los apóstoles." Esa carta hizo famoso el nombre del Papa Clemente I. En los primeros tiempos de la Iglesia, la carta de Clemente tenía casi tanta autoridad como los libros de la Sagrada Escritura y solía leerse junto con ellos en las iglesias. En el manuscrito de la Biblia (Codex Alexandrinus, siglo V) que Cirilo Lukaris, patriarca de Constantinopla, envió al rey Jacobo I de Inglaterra, había una copia de la carta de Clemente. Patricio Young, encargado de la biblioteca real de Inglaterra, la publicó en Oxford, en 1633.

San Clemente comienza por dar una explicación de que las dificultades por las que atraviesa la Iglesia en Roma (la persecución de Diocleciano) le habían impedido escribir antes. En seguida, recuerda a los corintios cuán edificante había sido su conducta cuando todos eran humildes, cuando deseaban más obedecer que mandar y estaban más prontos a dar que a recibir, cuando estaban satisfechos con los bienes que Dios les había concedido y escuchaban diligentemente su Palabra. En aquella época eran sinceros, inocentes, sabían perdonar las injurias, detestaban la sedición y el cisma. San Clemente se lamenta de que hubiesen olvidado el temor de Dios y cayesen en el orgullo, en la envidia y en las disensiones y los exhorta a deponer la soberbia y la ira, porque Cristo está con los que se humillan y no con los que se exaltan. El cetro de la majestad de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, no se manifestó en el poder sino en la humillación. Clemente invita a los corintios a contemplar el orden del mundo, en el que todo obedece a la voluntad de Dios: los cielos, la tierra, el océano y los astros. Dado que estamos tan cerca de Dios y que El conoce nuestros pensamientos más ocultos, no deberíamos hacer nada contrario a su voluntad y deberíamos honrar a nuestros superiores; las necesidades disciplinares han obligado a crear obispos y diáconos, a quienes se debe toda obediencia. Las disputas son inevitables y los justos serán siempre perseguidos. Pero señala que unos cuantos corintios están arruinando su iglesia. "Obedezca cada uno a sus superiores, según la jerarquía establecida por Dios. Que el fuerte no olvide al débil y que el débil respete al fuerte. Que el rico socorra al pobre y que el pobre bendiga a Dios, a quien debe el socorro del rico. Que el sabio manifieste su sabiduría, no en sus palabras, sino en sus obras. Los grandes no podrían subsistir sin los pequeños, ni los pequeños sin los grandes. En un cuerpo, la cabeza no puede nada sin los pies, ni los pies sin la cabeza. Los miembros menos importantes son útiles y necesarios al conjunto." En seguida, Clemente afirma que en la Iglesia los más pequeños serán los más grandes ante Dios, con tal de que cumplan con su deber. Termina con la petición de que le "envíen pronto de vuelta a sus dos mensajeros, en paz y alegría, para que nos anuncien cuanto antes que reinan ya entre nosotros la paz y concordia por la que tanto hemos orado y que tanto deseamos. Así podremos regocijarnos de vuestra paz".

En la carta hay un pasaje muy conocido, que el historiador anglicano Lightfoot califica de "noble reprensión" y de "primer paso hacia la dominación pontificia". Helo aquí: "Si algunos desobedecen las palabras que El nos ha comunicado, sepan que cometen un pecado grave e incurren en un peligro muy serio. Pero nosotros seremos inocentes de ese pecado." La carta de Clemente es muy importante por sus hermosos pasajes, porque constituye una prueba del prestigio y autoridad de que gozaba la sede romana a fines del siglo I y porque está llena de alusiones históricas incidentales. Además, "constituye un modelo de carta pastoral..., una homilía sobre la vida cristiana." Existen otros escritos, llamados "Pseudo-clementinos", que se atribuían antiguamente al Papa. Entre ellos se cuenta otra carta a los corintios, que estaba también incluida en el "codex" alejandrino de la Biblia.

Se venera a San Clemente como mártir, pero los autores más antiguos no mencionan su martirio. No sabemos dónde murió. Tal vez durante su destierro en Crimea. Sin embargo, es muy poco probable que las reliquias que San Cirilo trasladó de Crimea a Roma, a fines del siglo IX, hayan sido realmente las de San Clemente. Dichas reliquias fueron depositadas bajo el altar de San Clemente, en la Vía Celia. Debajo de la iglesia y de la basílica que se construyó encima en el siglo IV, se conservan unas habitaciones de la época imperial. De Rossi pensaba que ahí había vivido San Clemente I. En todo caso, no sabemos quién fue el Clemente que dio su nombre a esa iglesia que se llamaba originalmente "*titulus Clementis*". El nombre de San Clemente I figura en el canon de la misa. Nuestro santo es uno de los llamados "Padres Apostólicos", que son los que conocieron personalmente a los apóstoles o recibieron su influencia casi directa.

Tal vez, la mejor colección de las alusiones a San Clemente que se hallan en la literatura cristiana primitiva, es la del obispo anglicano de Durham, J. B. Lightfoot, *Apostolic Fathers*, pte. I, vol. I, pp. 148-200. Las citas más importantes, como son las del *De viris illustribus* de San Jerónimo, del *Liber Pontificalis* y de los sacramentarios y calendarios, pueden verse en CMH., pp. 615-616. Existe un relato del martirio, en latín y en griego. Franchi de Cavalieri y Delehaye opinan que el original es el texto latino. De dicho relato se deriva la leyenda, perpetuada por el Breviario Romano, acerca del sepulcro marítimo y del ancla que se usó para ahogar a San Clemente. Los textos pueden verse en F. Diekamp, *Patres apostolici*, vol. II (1913), pp. 50-81. *Los Pseudo-clementinos*, que se dividen en las *Homilías* y los *Reconocimientos*, popularizaron mucho el nombre de San Clemente; pero naturalmente no añaden nada desde el punto de vista histórico o hagiográfico. Se ha escrito mucho sobre San Clemente en los últimos años. Uno de los estudios más recientes y completos es el de H. Delehaye, *Etude sur le légendier romain* (1936), pp. 96-116. El autor hace notar que, como en el caso de Santa Cecilia, el "títulus Clementis" se transformó con el tiempo en "sancti Clementis". Véase también P. Franchi de Cavalieri, en *Note agiografiche*, vol. V, pp. 3-40; I. Franko, *St Klemens in Chersonesus* (1906); J. P. Kirsch, *Die römischen Titelkirchen* (1918). En Loeb Classical Library, *The Apostolic Fathers* (1930), puede verse el texto griego de la carta de San Clemente, junto con una traducción inglesa de Kirsopp Lake. Hay otra traducción más reciente, hecha por J. A. Kleist, en el vol. I de la serie American Ancient Christian Writers, *The Epistles of St Clement... and St Ignatius...* (1946).

SAN ANFILOCO, OBISPO DE ICONIUM (*c.* 400 P.C.)

SAN ANFÍLOCO fue amigo íntimo de San Gregorio Nazianceno, su primo, y de San Basilio, aunque era más joven que ellos. Las cartas de esos dos santos a Anfíloco son nuestra principal fuente de información. Anfíloco nació en Ca-

padocia. En su juventud, fue retórico en Constantinopla, donde, según parece, tuvo dificultades económicas. Siendo todavía joven, se retiró a un sitio solitario de las proximidades de Nazianzo, junto con su padre que era ya muy anciano. San Gregorio daba a su amigo un poco de grano a cambio de las legumbres de su huerto. En una carta se queja, en broma, de que siempre sale perdiendo en el negocio. El año 374, cuando tenía unos treinta y cinco años, Anfíloco fue elegido obispo de Iconium y aceptó el cargo muy contra su voluntad. El padre de Anfíloco se quejó a San Gregorio de que le habían privado de su hijo. En su respuesta, el santo afirmó que no tuvo parte alguna en el nombramiento y que él también sufría al verse privado de su amigo. San Basilio, a quien probablemente se debía el nombramiento, escribió a Anfíloco una carta de felicitación. En ella le exhorta a no dejarse arrastrar nunca al mal, aunque esté de moda y existan otros precedentes, puesto que está llamado a guiar a los otros y no a dejarse guiar por ellos. Inmediatamente después de su consagración, San Anfíloco fue a visitar a San Basilio en Cesarea. Ahí predicó al pueblo y sus sermones fueron más apreciados que los de todos los extranjeros que habían predicado en la ciudad. San Anfíloco consultó frecuentemente a San Basilio acerca de diversos puntos de doctrina y disciplina y, gracias a sus ruegos, escribió San Basilio su tratado sobre el Espíritu Santo. San Anfíloco fue quien predicó el panegírico de San Basilio en sus funerales.

Nuestro santo reunió en Iconium un concilio contra los herejes macedonianos, que negaban la divinidad del Espíritu Santo y, en el año 381, asistió al Concilio Ecuménico de Constantinopla contra los mismos herejes. Ahí conoció a San Jerónimo, a quien leyó su propio tratado sobre el Espíritu Santo. Anfíloco pidió al emperador Teodosio I que prohibiese las reuniones de arrianos, pero el emperador se negó porque juzgaba demasiado rigurosa esa medida. Poco después fue el santo a palacio. Arcadio, que había sido ya proclamado emperador, estaba junto a su padre. San Anfíloco saludó a Teodosio e ignoró a su hijo. Cuando Teodosio se lo hizo notar, el santo acarició la mejilla de Arcadio. Teodosio montó en cólera. Entonces Anfíloco le dijo: "Veo que no soportas que se trate con ligereza a tu hijo. ¿Cómo puedes, pues, sufrir que se deshonre al Hijo de Dios?" Impresionado por esas palabras, el emperador prohibió poco después las reuniones públicas y privadas de los arrianos. San Anfíloco combatió también celosamente la naciente herejía de los mesalianos. Eran éstos maniqueos e iluminados, que ponían la esencia de la religión en la oración exclusivamente. El santo presidió en Sida de Panfilia un sínodo contra dichos herejes. San Gregorio Nazianceno llama a San Anfíloco obispo irreprochable, ángel y heraldo de la verdad. El padre de nuestro santo afirmaba que curaba a los enfermos con sus oraciones.

Conocemos bastante bien a San Anfíloco, gracias a las referencias que se hallan en la literatura cristiana de la época. Además, existen dos biografías griegas, que pueden verse en Migne, PG., vol. XXXIX, pp. 13-25, y vol. CXVI, pp. 956-970. La colección de fragmentos de las obras del santo que hay en Migne, no es completa. Se hallarán otros fragmentos en K. Holl, *Amphilochius von Ikonium* (1904), y G. Ficker, *Amphilochiana* (1906). Véase también Bardenhewer, *Altkirchliche Literatur*, vol. III, pp. 220-228; DHG., vol. II, pp. 1346-1348; y DCB., vol. I, pp. 103-7.

SAN GREGORIO, Obispo de Girgenti (*c.* 603 p. c.)

Según una biografía muy poco fidedigna, cuyo autor, Leoncio, pretende pasar

por contemporáneo del santo y monje de San Sabas de Roma, Gregorio nació en las cercanías de Girgenti (Agrigentum), en Sicilia, y fue educado por San Potamión, obispo del lugar. En Palestina, a donde hizo una peregrinación, pasó cuatro años estudiando en diversos monasterios y recibió el diaconado en Jerusalén. Después pasó a Antioquía y a Constantinopla, donde, según dice Nicéforo Calixto, se le consideró como uno de los hombres más santos y sabios de la época. Finalmente, el santo fue a Roma, donde se le nombró obispo de Girgenti. Muy pronto, su celo por la disciplina molestó a sus súbditos y el santo fue víctima de una infame conspiración. En efecto, sus enemigos introdujeron en casa de San Gregorio a una mujer de mala vida, la "sorprendieron" ahí intencionalmente y acusaron al obispo. San Gregorio fue convocado a Roma, donde probó su inocencia y regresó a su sede. Se suele identificar a nuestro santo con el Gregorio de Agrigento a quien alude San Gregorio Magno en sus cartas, pero la cronología de la vida de San Gregorio de Agrigento es muy incierta. Es famoso sobre todo por su comentario griego sobre el Eclesiastés. Su nombre figura en el Martirologio Romano y su fiesta se celebra en las iglesias griegas de rito bizantino, al que perteneció en vida.

En Migne, PG., vol. XCVIII, cc. 549-716, se halla la larga biografía escrita por Leoncio. Hay también otra biografía en PG., vol. CXVI, cc. 190-269. Véase DCB., vol. II, pp. 776-777; Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. v, pp. 105-107; y L. T. White, en *American Historical Review*, vol. XII (1936), pp. 1-21.

SAN TRUDO (*c.* 690 P.C.)

EN EL SIGLO VII, había todavía muchos paganos en la providencia de Brabante. En la región de Hasbaye se venera a San Trudo especialmente, por el celo con que predicó ahí el Evangelio. Sus padres eran francos. Trudo se consagró al servicio de la Iglesia. San Remaclo le envió a la escuela catedralicia de Metz, donde fue ordenado por San Clodulfo. Después, volvió el santo a la región que le había visto nacer. Ahí predicó el Evangelio a los paganos y en sus posesiones construyó una iglesia y un monasterio. La actual Saint-Trond, entre Lovaina y Tongres, deriva su nombre de dicho monasterio. San Trudo fundó también un convento de religiosas en las cercanías de Brujas.

La biografía que escribió el diácono Donato, menos de un siglo después de la muerte del santo, es fidedigna en conjunto. Además de la edición de Mabillon, hay una más crítica hecha por Levison en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. VI. La biografía que escribió Teoderico es de poco valor. Véase Van der Essen, *Etude critique sur les saints mérovingiens* (1907), pp. 91-96. El antiquísimo texto de Wissenburg del *Hieronymianum* menciona a San Trudo. Véase M. Coens, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXXII (1954), pp. 90-94, 98-100.

BEATA MARGARITA DE SABOYA, VIUDA (1464 P.C.)

POR LAS VENAS de Margarita corría la noble sangre de las principales casas reales de Europa, puesto que su padre fue Amadeo de Saboya y su madre era hermana de Clemente VII, el que pretendió ser Papa en Aviñón durante el "gran cisma". En 1403 se realizó su matrimonio, correspondiente a su encumbrada alcurnia, con Teodoro Paléologo, marqués de Monteferrante, viudo y con tres hijos, valiente guerrero y buen cristiano de corazón. Margarita no tuvo hijos con su esposo, pero atendió a sus hijastros con verdadera solicitud, la

misma que usó para atender no sólo a su hogar y su servidumbre, sino a todos los pobladores del marquesado, a quienes consagró generosamente sus trabajos y su abnegación, sobre todo durante la epidemia de peste y el hambre que la siguió en toda la región de Génova. El marqués de Monteferrante murió en 1418. Margarita consagró su tiempo a arreglar satisfactoriamente las infortunadas desavenencias conyugales de su hijastra y, una vez restablecida la concordia, se retiró a vivir en sus posesiones de Alba, en el Piamonte, luego de hacer voto de conservar su estado de viudez y de consagrarse a las buenas obras. Pero la viudita, que era todavía joven, treinta y seis años a lo sumo, se hallaba en una codiciable posición política y, por tanto, no era raro que el acaudalado milanés Felipe Visconti la asediase con propuestas matrimoniales. El pretendiente era un antiguo enemigo de los Monteferrante y, además, un hombre de carácter insoportable, por lo que Margarita le rechazó constantemente, para lo que adujo los votos que había hecho. Pero el tenaz Felipe no se arredró por ello: hizo un viaje especial a Roma para entrevistarse con el Papa Martín V y regresó con una dispensa que de nada le sirvió a fin de cuentas, puesto que Margarita se mantuvo firme en su propósito de no volver a casarse con nadie.

Como en su juventud había conocido a San Vicente Ferrer, y en vista de que deseaba afirmar su decisión, tomó el hábito de la tercera orden de Santo Domingo y, con otras damas del lugar, formó una pequeña comunidad en Alba. La retirada vida de oración, estudio y obras de caridad, se prolongó durante unos veinticinco años. En la Biblioteca Real de Turín se conserva un volumen con las cartas de Santa Catalina de Siena y otros escritos que fueron "copiados y encuadernados por órdenes de la ilustre dama, Margarita de Saboya, marquesa de Monteferrante", durante aquella época. Eugenio IV, el Pontífice reinante por entonces, autorizó a las hermanas terciarias de Alba a profesar como monjas en la misma casa que habitaban y bajo la regla de la Beata Margarita. En el curso de los últimos dieciséis años de vida de ésta, según se afirma, tuvo numerosos éxtasis y obró muchos milagros. Fue por entonces cuando tuvo una visión de Nuestro Señor que le ofrecía tres flechas, cada una de las cuales ostentaba una inscripción que decía: Enfermedades, Difamación, Persecución. Por cierto, que Margarita padeció las tres calamidades. Fue acusada de hipocresía y de gobernar con una tiranía insoportable a sus monjas; su mala salud se atribuyó a la buena vida que supuestamente llevaba y, Felipe Visconti, su antiguo enamorado, se encargó de propalar los rumores de que el convento de Margarita era el centro de propagación de las herejías de Walden. También se formuló un cargo particularmente infame y repugnante en contra de los frailes de Santo Domingo y, a raíz del mismo, el confesor y director espiritual de la comunidad de Margarita, fue a dar a la cárcel. La propia Margarita acudió a solicitar la liberación del prisionero, y se desarrolló una patética escena a las puertas de la celda, que los carceleros cerraron sobre las manos de la beata para aplastárselas brutalmente. Pasó bastante tiempo antes de que el fraile dominico fuese reivindicado de la perversa acusación de haber corrompido la fe y la moral de las monjas que estaban a su cargo.

La Beata Margarita de Saboya murió el 23 de noviembre de 1464, consolada con una visión que presenciaron otras religiosas además de la moribunda, de Santa Catalina de Siena. En 1669 se confirmó su culto.

Durante el siglo diecisiete se publicaron cuatro o cinco biografías de la Beata Margarita, la última de las cuales, la de G. Baresiano, apareció en 1638. En épocas posteriores, se publicó la de F.G. Allaria (1877) y otra anónima (Turín, 1883), así como una breve nota incluída en el libro de M. C. Ganay, *Les Bienhereuses Dominicaines* (1914), pp. 251-277. Véase también el *Lives of Dominican Saints*, de Procter, pp. 334-337.

24: SAN JUAN DE LA CRUZ, DOCTOR DE LA IGLESIA (1591 P.C.)

GONZALO de Yepes pertenecía a una buena familia de Toledo, pero como se casó con una joven de clase inferior, fue desheredado por sus padres y tuvo que ganarse la vida como tejedor de seda. A la muerte de Gonzalo, su esposa, Catalina Alvarez, quedó en la miseria y con tres hijos. Juan, que era el menor, nació en Fontiveros, en Castilla la vieja, en 1542. Asistió a una escuela de niños pobres en Medina del Campo y empezó a aprender el oficio de tejedor, pero como no tenía aptitudes, entró más tarde a trabajar como criado del director del hospital de Medina del Campo. Así pasó siete años. Al mismo tiempo que continuaba sus estudios en el colegio de los jesuitas, practicaba rudas mortificaciones corporales. A los veintiún años, tomó el hábito en el convento de los carmelitas de Medina del Campo. Su nombre de religión era Juan de San Matías. Después de hacer la profesión, pidió y obtuvo permiso para observar la regla original del Carmelo, sin hacer uso de las mitigaciones que varios Pontífices habían aprobado y eran entonces cosa común en todos los conventos. San Juan hubiese querido ser hermano lego, pero sus superiores no se lo permitieron. Tras haber hecho con éxito sus estudios de teología, fue ordenado sacerdote en 1567. Las gracias que recibió con el sacerdocio le encendieron en deseos de mayor retiro, de suerte que llegó a pensar en ingresar en la Cartuja.

Santa Teresa fundaba por entonces los conventos de la rama reformada de las carmelitas. Cuando oyó hablar del hermano Juan, en Medina del Campo, la santa se entrevistó con él, quedó admirada de su espíritu religioso y le dijo que Dios le llamaba a santificarse en la orden de Nuestra Señora del Carmen. También le refirió que el prior general le había dado permiso de fundar dos conventos reformados para hombres y que él debía ser su primer instrumento en esa gran empresa. Poco después, se llevó a cabo la fundación del primer convento de carmelitas descalzos, en una ruinosa casa de Duruelo. San Juan entró en aquel nuevo Belén con perfecto espíritu de sacrificio. Unos dos meses después, se le unieron otros dos frailes. Los tres renovaron la profesión el domingo de Adviento de 1568, y nuestro santo tomó el nombre de Juan de la Cruz. Fue una elección profética. Poco a poco se extendió la fama de ese oscuro convento, de suerte que Santa Teresa pudo fundar al poco tiempo otro en Pastrana y un tercero en Mancera, a donde trasladó a los frailes de Duruelo. En 1570, se inauguró el convento de Alcalá, que era a la vez colegio de la Universidad; San Juan fue nombrado rector. Con su ejemplo, supo inspirar a sus religiosos el espíritu de soledad, humildad y mortificación. Pero Dios, que quería purificar su corazón de toda debilidad y apego humanos, le sometió a las más severas pruebas interiores y exteriores. Después de haber gozado de las delicias de la contemplación, San Juan se vio privado de toda devoción sensible. A ese período de sequedad espiritual se añadieron la turbación, los

escrúpulos y la repugnancia por los ejercicios espirituales. En tanto que el demonio le atacaba con violentas tentaciones, los hombres le perseguían con calumnias. La prueba más terrible fue sin duda la de los escrúpulos y desolación interior, que el santo describe en "La Noche Oscura del Alma". A esto siguió un período todavía más penoso de oscuridad, sufrimiento espiritual y tentaciones, de suerte que San Juan se sentía como abandonado por Dios. Pero la inundación de luz y amor divinos que sucedió a esta prueba, fue el mejor premio de la paciencia con que la había soportado el siervo de Dios. En cierta ocasión, una mujer muy atractiva tentó descaradamente a San Juan. En vez de emplear el tizón ardiente, como lo había hecho Santo Tomás de Aquino en una ocasión semejante, Juan se valió de palabras suaves para hacer comprender a la pecadora su triste estado. El mismo método empleó en otra ocasión, aunque en circunstancias diferentes, para hacer entrar en razón a una dama de temperamento tan violento, que el pueblo le había dado el apodo de "Roberto el diablo".

En 1571, Santa Teresa asumió por obediencia el oficio de superiora en el convento no reformado de la Encarnación de Avila y llamó a su lado a San Juan de la Cruz para que fuese su director espiritual y su confesor. La santa escribió a su hermana: "Está obrando maravillas aquí. El pueblo le tiene por santo. En mi opinión, lo es y lo ha sido siempre." Tanto los religiosos como los laicos buscaban a San Juan, y Dios confirmó su ministerio con milagros evidentes. Entre tanto, surgían graves dificultades entre los carmelitas descalzos y los mitigados. Aunque el superior general había autorizado a Santa Teresa a emprender la reforma, los frailes antiguos la consideraban como una rebelión contra la orden; por otra parte, debe reconocerse que algunos de los descalzos carecían de tacto y exageraban sus poderes y derechos. Como si eso fuera poco, el prior general, el capítulo general y los nuncios papales, daban órdenes contradictorias. Finalmente, en 1577, el provincial de Castilla mandó a San Juan que retornase al convento de Medina del Campo. El santo se negó a ello, alegando que había sido destinado a Avila por el nuncio del Papa. Entonces el provincial envió un grupo de hombres armados, que irrumpieron en el convento de Avila y se llevaron a San Juan por la fuerza. Sabiendo que el pueblo de Avila profesaba gran veneración al santo, le trasladaron a Toledo. Como Juan se rehusase a abandonar la reforma, le encerraron en una estrecha y oscura celda y le maltrataron increíblemente. Ello demuestra cuán poco había penetrado el espíritu de Jesucristo en aquellos que profesaban seguirlo.

La celda de San Juan tenía unos tres metros de largo por dos de ancho. La única ventana era tan pequeña y estaba tan alta, que el santo, para leer el oficio, tenía que ponerse de pie sobre un banquillo. Por orden de Jerónimo Tostado, vicario general de los carmelitas de España y consultor de la Inquisición, se le golpeó tan brutalmente, que conservó las cicatrices hasta la muerte. Lo que sufrió entonces San Juan coincide exactamente con las penas que describe Santa Teresa en la "Sexta Morada": insultos, calumnias, dolores físicos, angustia espiritual y tentaciones de ceder. Más tarde dijo: "No os extrañe que ame yo mucho el sufrimiento. Dios me dio una idea de su gran valor cuando estuve preso en Toledo". Los primeros poemas de San Juan que son como una voz que clama en el desierto, reflejan su estado de ánimo:

"¿En dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

El prior Maldonado penetró la víspera de la Asunción en aquella celda que despedía un olor pestilente bajo el tórrido calor del verano y dio un puntapié al santo, que se hallaba recostado, para anunciarle su visita. San Juan le pidió perdón, pues la debilidad le había impedido levantarse en cuanto lo vio entrar.

—"Parecíais absorto. ¿En qué pensábais?", le dijo Maldonado.

—"Pensaba yo en que mañana es fiesta de Nuestra Señora y sería una gran felicidad poder celebrar la misa", replicó Juan.

—"No lo haréis mientras yo sea superior", repuso Maldonado.

En la noche del día de la Asunción, la Santísima Virgen se apareció a su afligido siervo, y le dijo: "Sé paciente, hijo mío; pronto terminará esta prueba." Algunos días más tarde se le apareció de nuevo y le mostró, en visión, una ventana que daba sobre el Tajo: "Por ahí saldrás y yo te ayudaré." En efecto, a los nueve meses de prisión, se concedió al santo la gracia de hacer unos minutos de ejercicio. Juan recorrió el edificio en busca de la ventana que había visto. En cuanto la hubo reconocido, volvió a su celda. Para entonces ya había comenzado a aflojar las bisagras de la puerta. Esa misma noche consiguió abrir la puerta y se descolgó por una cuerda que había fabricado con sábanas y vestidos. Los dos frailes que dormían cerca de la ventana no le vieron. Como la cuerda era demasiado corta, San Juan tuvo que dejarse caer a lo largo de la muralla hasta la orilla del río, aunque felizmente no se hizo daño. Inmediatamente, siguió a un perro que se metió en un patio. En esa forma consiguió escapar. Dadas las circunstancias, su fuga fue casi un milagro.

El santo se dirigió primero al convento reformado de Beas de Segura y después pasó a la ermita cercana de Monte Calvario. En 1579, fue nombrado superior del colegio de Baeza y, en 1581, fue elegido superior de Los Mártires, en las cercanías de Granada. Aunque era el fundador y jefe espiritual de los carmelitas descalzos, en esa época participó poco en las negociaciones y sucesos que culminaron con el establecimiento de la provincia separada de Los Descalzos, en 1580. En cambio, se consagró a escribir las obras que han hecho de él un doctor de teología mística en la Iglesia. La doctrina de San Juan es plenamente fiel a la tradición antigua: el fin del hombre en la tierra es alcanzar la perfección de la caridad y elevarse a la dignidad de hijo de Dios por el amor; la contemplación no es por sí misma un fin, sino que debe conducir al amor y a la unión con Dios por el amor y, en último término, debe llevar a la experiencia de esa unión a la que todo está ordenado. "No hay trabajo mejor ni más necesario que el amor", dice el santo. "Hemos sido hechos para el amor." "El único instrumento del que Dios se sirve es el amor." "Así como el Padre y el Hijo están unidos por el amor, así el amor es el lazo de unión del alma con Dios." El amor lleva a las alturas de la contemplación, pero como el amor es producto de la fe, que es el único puente que puede salvar el abismo que separa a nuestra inteligencia de la infinitud de Dios, la fe ardiente y vívida es el principio de la experiencia mística. San Juan no se cansó nunca de

inculcar esa doctrina tradicional con su estilo maravilloso y sus ardientes palabras. Sin embargo, el santo era hijo de su tiempo, como lo muestra un dibujo que hizo como proyecto para una "crucifixión", y que se conserva en el convento de Avila. En algunos casos las mortificaciones que practicaba rayaban en la exageración. Por ejemplo, sólo dormía unas dos o tres horas y pasaba el resto de la noche orando ante el Santísimo Sacramento. Solía pedir a Dios tres cosas: que no dejase pasar un solo día de su vida sin enviarle sufrimientos, que no le dejase morir en el cargo de superior y que le permitiese morir en la humillación y el desprecio. Con su confianza en Dios (llamaba a la divina Providencia el patrimonio de los pobres), obtuvo milagrosamente en algunos casos provisiones para sus monasterios. Con frecuencia estaba tan absorto en Dios, que debía hacerse violencia para atender los asuntos temporales. Su amor de Dios hacía que su rostro brillase en muchas ocasiones, sobre todo al volver de celebrar la misa. Su corazón era como una ascua ardiente en su pecho, hasta el punto de que llegaba a quemarle la piel. Su experiencia en las cosas espirituales, a la que se añadía la luz del Espíritu Santo, hacían de él un consumado maestro en materia de discreción de espíritus, de modo que no era fácil engañarle diciéndole que algo procedía de Dios.

Después de la muerte de Santa Teresa, ocurrida en 1582, se hizo cada vez más pronunciada una división entre los descalzos. San Juan apoyaba la política de moderación del provincial, Jerónimo de Castro, en tanto que el P. Nicolás Doria, que era muy extremoso, pretendía independizar absolutamente a los descalzos de la otra rama de la orden. el P. Nicolás fue elegido provincial, y el capítulo general nombró a San Juan vicario de Andalucía. El santo se consagró a corregir ciertos abusos, especialmente los que procedían del hecho de que los frailes tuviesen que salir del monasterio a predicar. El santo opinaba que la vocación de los descalzos era esencialmente contemplativa. Ello provocó la oposición contra él. San Juan fundó varios conventos y, al expirar su período de vicario, fue nombrado superior de Granada. Entre tanto, la idea del P. Nicolás había ganado mucho terreno y el capítulo general que se reunió en Madrid en 1588, obtuvo de la Santa Sede un breve que autorizaba una separación aún más pronunciada entre los descalzos y los mitigados. A pesar de las protestas de algunos, se privó al venerable P. Jerónimo Gracián de toda autoridad y se nombró vicario general al P. Doria. La provincia se dividió en seis regiones, cada una de las cuales nombró a un consultor para ayudar al P. Gracián en el gobierno de la congregación. San Juan fue uno de los consultores. La innovación produjo grave descontento, sobre todo entre las religiosas. La venerable Ana de Jesús, que era entonces superiora del convento de Madrid, obtuvo de la Santa Sede un breve de confirmación de las constituciones, sin consultar el asunto con el vicario general. Finalmente, se llegó a un compromiso en ese asunto. Sin embargo, en el capítulo general de Pentecostés de 1591, San Juan habló en defensa del P. Gracián y de las religiosas. El P. Doria, que siempre había creído que el santo estaba aliado con sus enemigos, aprovechó la ocasión para privarle de todos sus cargos y le envió como simple fraile al remoto convento de La Peñuela. Ahí pasó San Juan algunos meses, entregado a la meditación y la oración en las montañas, "porque tengo menos materia de confesión cuando estoy entre las peñas que cuando estoy entre los hombres."

Pero no todos estaban dispuestos a dejar en paz al santo, ni siquiera en

aquel rincón perdido. Siendo vicario provincial, San Juan, durante la visita del convento de Sevilla, había llamado al orden a dos frailes y había restringido sus licencias de salir a predicar. Por entonces, los dos frailes se sometieron pero su consultor de la congregación, recorrió toda la provincia tomando informes sobre la vida y conducta de San Juan, lanzando acusaciones contra él y afirmando que tenía pruebas suficientes para hacerle expulsar de la orden. Muchos de los frailes traicionaron la amistad del santo, temerosos de verse comprometidos, y quemaron sus cartas para no caer en desgracia. En medio de esa tempestad San Juan cayó enfermo. El provincial le mandó salir del convento de Peñuela y le dio a escoger entre el de Baeza y el de Ubeda. El primero de esos conventos estaba mejor provisto y tenía por superior a un amigo del santo. En el otro era superior el P. Francisco, a quien San Juan había corregido junto con el P. Diego. Ese fue el convento que escogió. La fatiga del viaje empeoró su estado y le hizo sufrir mucho. Con gran paciencia, se sometió a varias operaciones. El indigno superior le trató inhumanamente, prohibió a los frailes que le visitasen, cambió al enfermero porque le atendía con cariño, sólo le permitía comer los alimentos ordinarios y ni siquiera le daba los que le enviaban algunas personas de fuera. Cuando el provincial fue a Ubeda y se enteró de la situación, hizo cuanto pudo por San Juan y reprendió tan severamente al P. Francisco, que éste abrió los ojos y se arrepintió. Después de tres meses de sufrimientos muy agudos, el santo falleció el 14 de diciembre de 1591. Para entonces, no se había disipado todavía la tempestad que la ambición del P. Nicolás y el espíritu de venganza del P. Diego habían provocado contra él en la congregación de la que había sido cofundador y cuya vida había sido el primero en llevar.

La muerte del santo trajo consigo la revalorización de su vida y, tanto el clero como los fieles acudieron en masa a sus funerales. Sus restos fueron trasladados a Segovia, pues en dicho convento había sido superior por última vez. Fue canonizado en 1726. San Juan de la Cruz no fue un sabio, si se le compara con ciertos doctores. Pero Santa Teresa veía en él un alma muy pura, a la que Dios había comunicado grandes tesoros de luz y cuya inteligencia había sido enriquecida por el cielo. Los escritos del santo justifican plenamente este juicio de Santa Teresa, particularmente los poemas de la "Subida al Monte Carmelo", la "Noche Oscura del Alma", la "Llama Viva de Amor" y el "Cántico Espiritual", con sus respectivos comentarios. Así lo reconoció la Iglesia en 1926, al proclamar doctor a San Juan de la Cruz por sus obras místicas. La doctrina de San Juan se resume en el amor del sufrimiento y el completo abandono del alma en Dios. Ello le hizo muy duro consigo mismo; en cambio, con los otros era bueno, amable y condescendiente. Por otra parte, el santo no ignoraba ni temía las cosas materiales, puesto que dijo: "Las cosas naturales son siempre hermosas; son como las migajas de la mesa del Señor." San Juan de la Cruz vivió la renuncia completa que predicó tan persuasivamente. Pero, a diferencia de otros menores que él, fue "libre, como libre es el espíritu de Dios". Su objetivo no era la negación y el vacío, sino la plenitud del amor divino y la unión sustancial del alma con Dios. "Reunió en sí mismo la luz extática de la Sabiduría Divina con la locura estremecida de Cristo despreciado".

A quien desee comprender los hechos que durante largo tiempo impidieron conocer la verdadera historia de San Juan de la Cruz, recomendamos la lectura del Postscriptum

con que el P. Benito Zimmerman enriqueció la traducción inglesa de la obra del P. Bruno, *St Jean de la Croix* (1932). Todavía se conserva en Roma el manuscrito de las deposiciones de los testigos en el proceso de beatificación. Las biografías escritas en la primera mitad del siglo XVII ofrecen muchos datos, pero dejan en la oscuridad numerosos puntos, como por ejemplo, las de José Quiroga y Jerónimo de Santa María, así como la obra de Francisco de Santa María, *Reforma de los Descalzos*, vols. I y II. Otras fuentes son la correspondencia y los escritos espirituales de Santa Teresa, las crónicas del Carmelo y aun ciertos documentos de Estado y despachos diplomáticos, porque la administración de Felipe II se distinguió por su interés en todo lo que afectaba la reforma de las órdenes religiosas. La edición más autorizada de las obras de San Juan en español es la del P. Silverio (5 vols., 1929-1931). Además de la excelente biografía del P. Bruno, que se funda en un estudio muy serio de las fuentes, existen algunas otras: D. Lewis (1897); M. M. Garnica, *San Juan de la Cruz* (1875); más breve es la biografía de Mons. Demimuid. *St. Jean de la Croix* (1916), en la colección *Les Saints*. Véase también J. Baruzi, *St. Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique* (1931); Wenceslaus, *Fisonomia de un Doctor* (1913); y la serie de artículos publicados en *Etudes Carmélitaines* a partir de 1932. Cf. igualmente Crisógono y Lucinio, *Vida y Obras de San Juan de la Cruz* (1946); P. Gabriel, *St John of the Cross* (1946), que es una introducción a la doctrina y las obras del santo; E. A. Peers, *St John of the Cross* (ensayos, 1946); y las traducciones inglesas de los poemas, hechas por Roy Campbell (1951) y Peers (1948). Tal vez la mejor introducción de tipo popular es la obra del Profesor Peers, *Spirit of Flame*, del que recomendamos también las siguientes obras: *Studies of the Spanish Mystics* (2 vols., 1927-1930), *St. Teresa of Jesus and Other Essays and Adresses* (1953), en el que examina la segunda edición (1950) de la biografía del P. Crisógono Garrachón, y *A Handbook to the Life and Times of St. Teresa and St. John of the Cross* (1954).

SAN CRISOGONO, MÁRTIR　(*c.* 304 P.C.)

AUNQUE éste es uno de los santos que tienen el honor de ser nombrados en el canon de la misa romana, lo único que sabemos sobre él es que, según parece, fue martirizado en Aquileya y venerado en el norte de Italia. De ahí se extendió a Roma su culto. El año 499, se menciona la iglesia de Crisógono en el Transtévere; una inscripción del año 521 la llama "titulus Sancti Chriysogoni". Según la "pasión" de Santa Anastasia (25 de diciembre), San Crisógono era un oficial romano que llegó a ser el padre espiritual de dicha santa. Cuando fue encarcelado durante la persecución de Diocleciano, siguió dirigiéndola por carta, hasta que el emperador le mandó llamar a Aquileya y le condenó a morir decapitado. El cuerpo del mártir fue arrojado al mar. El socerdote San Zoilo, que vivía cerca de la casa de las santas Agape, Quionia e Irene, recuperó el cuerpo de San Crisógono y le dio sepultura.

La historia de San Crisógono forma la primera parte de la *Passio S. Anastasiae*. E. P. Delehaye reeditó el texto latino en *Etude sur le légendier romain* (1936), pp. 221-249; según parece, se trata de una novela hagiográfica (op. cit., pp. 151 ss.). Es posible que el dueño de la casa romana que se transformó en iglesia en el siglo IV ("titulus Chrysogoni") se llamara Crisógono; con el tiempo, llegó a creerse que la iglesia estaba dedicada a San Crisógono, y se inventó una leyenda que le identificó con el mártir real de Aquileya. Sin embargo, todos los sacramentarios y calendarios dan como fecha el 24 de noviembre, y parece que la fiesta del mártir de Aquileya no se celebraba en ese día. Véase CMH., pp. 618-619; y J. P. Kirsch, *Die römischen Titelkirchen im Altertum*, pp. 108-113; M. Mesnard, *La basilique de Saint-Chrysogone à Rome* (1935).

SANTAS FLORA y MARIA, VÍRGENES Y MÁRTIRES　(851 P.C.)

FLORA era mahometana por nacimiento, ya que su padre profesaba esa religión, pero había sido educada secretamente en la fe cristiana por su ma-

dre. Cuando Abderramán II reinaba en Córdoba, el propio hermano de la santa la acusó ante el juez de ser cristiana. El magistrado la mandó azotar brutalmente. En seguida, la entregó a su hermano para que éste se encargase de hacerla abjurar. Al cabo de algún tiempo, Flora consiguió escapar y se refugió en casa de su hermana, donde permaneció oculta. Un día, se aventuró a volver a Córdoba y fue a orar públicamente en la iglesia del mártir San Acisclo. Ahí encontró a María, que era hermana de un diácono martirizado hacía poco. Ambas decidieron entregarse juntas al magistrado. Este mandó que las encarcelasen y que sólo dejasen entrar a la prisión a las mujeres de mala vida. San Eulogio, que estaba entonces en otra prisión, les escribió exhortándolas al martirio. En su carta les explicaba que la infamia involuntaria no manchaba el alma y que la esperanza de cosas mejores debía mantenerlas firmes en su resolución. Las dos jóvenes fueron decapitadas juntas. Antes de morir, suplicaron a Dios que concediese la libertad a Eulogio y a otros cristianos. Así sucedió una semana más tarde.

Estas mártires españolas pertenecen al grupo de aquellos de los que no sabemos más que lo que cuenta San Eulogio. El relato del santo puede verse en Migne, PL., vol. cxv, cc. 835-845.

25: SANTA CATALINA DE ALEJANDRIA, Virgen y Mártir
(Fecha desconocida)

DESDE el siglo X o aun antes, se venera mucho en el oriente a Santa Catalina de Alejandría. Sin embargo, desde la época de las Cruzadas hasta el siglo XVIII, la santa fue todavía más popular en occidente. En efecto, se le dedicaron numerosas iglesias y se celebraba su fiesta con gran solemnidad; se la incluyó en el número de los Catorce Santos Protectores y se la veneró como patrona de las estudiantes, de los filósofos, de los predicadores, de los apologistas, de los molineros, etc. Adán de San Víctor escribió un poema en su honor. Su voz fue una de las que oyó Santa Juana de Arco. Bossuet le dedicó uno de sus más célebres panegíricos. A pesar de todo, no sabemos con certeza absolutamente nada sobre la vida de la santa.

Según sus "actas", que carecen de valor, pertenecía a una noble familia de Alejandría. En el curso de sus profundos estudios, Catalina conoció el cristianismo y se convirtió a él gracias a una aparición de la Virgen y el Niño Jesús. Cuando estalló la persecución de Majencio, Catalina, que sólo tenía dieciocho años y era extraordinariamente bella, se presentó ante él y le echó en cara su tiranía. Majencio, no pudo contestar a sus argumentos contra los dioses y reunió a cincuenta filósofos para que los rebatiesen. Los filósofos se convirtieron a la fe, vencidos por la sabiduría de Catalina y fueron condenados por el emperador a perecer en la hoguera. En seguida, Majencio trató de convencer a la santa con halagos y le ofreció casarla con un príncipe. Catalina se rehusó indignada, por lo cual fue golpeada y encarcelada. Majencio partió a inspeccionar un campo militar. A su regreso, se enteró de que su esposa y un cortesano habían ido, por curiosidad, a visitar a Catalina y se habían convertido, junto con 200 soldados de la guardia. El emperador los mandó matar, y condenó a Catalina a morir en una rueda erizada de puntas afiladas. (de ahí

procede el nombre de la "rueda de Santa Catalina"). Pero, no bien pusieron los guardias a Catalina sobre la rueda, se desataron milagrosamente sus ataduras, la rueda se rompió, y las puntas de hierro volaron por el aire y mataron a muchos de los presentes. Entonces la santa fue decapitada: de su cuello brotó un líquido blanco como la leche. Existen ciertas variantes de la leyenda, tales como la conversión de Catalina en Armenia y los detalles que inventaron los chipriotas en la Edad Media para probar que la santa había vivido en Chipre.

Todos los textos de las "actas" afirman que los ángeles trasladaron su cuerpo al Sinaí, donde más tarde se construyó una iglesia y un monasterio; pero el caso es que los primeros peregrinos que fueron al Sinaí no sabían nada sobre esa leyenda. El año 527, el emperador Justiniano construyó un monasterio fortificado para los ermitaños del Sinaí. Según se dice, allá fueron trasladadas las presuntas reliquias de Santa Catalina en el siglo VIII o en el IX. Actualmente, el gran monasterio del Sinaí, tan famoso en una época, no es más que una sombra de lo que fue, pero todavía conserva las supuestas reliquias de Santa Catalina, bajo el cuidado de los monjes de la Iglesia ortodoxa de oriente. Alban Butler cita las siguientes palabras del arzobispo Falconio de Santa Severina: "El significado de la expresión de que los ángeles trasladaron el cuerpo de la Santa al Sinaí, es que los monjes lo llevaron a su monasterio para enriquecerlo devotamente con tan preciosa reliquia. Como es bien sabido, en cierta época, el hábito religioso se designaba con el nombre de 'hábito angélico' y se llamaba a los monjes 'ángeles' por su pureza celestial y sus funciones," Las expresiones "Vida angelical" y "Hábito angélico" se usan todavía con frecuencia en la vida religiosa del oriente.

Alban Butler comenta en otra parte: "El sexo femenino no es menos apto que el masculino para las ciencias sublimes, ni se distingue menos por la vivacidad de su genio." Todavía en la actualidad se considera a Santa Catalina como patrona de los filósofos cristianos, por razón de su erudición.

Hay muchas versiones griegas y latinas de la leyenda de Santa Catalina. Los caracteres esenciales del relato no varían mucho de una versión a otra. El texto griego de Simeón Metafrasto, que data de fines del siglo X, puede verse en Migne, P. G., vol. CXVI, pp. 276-301. Hay otro texto ligeramente anterior; véase BHG., n 31. El tono de la noticia biográfica del cardenal Schuster, *The Sacramentary* (1930), vol. V, p. 302, prueba que la opinión general de los historiadores es que la leyenda de Santa Catalina no merece crédito alguno. El cardenal afirma que dicha leyenda "*no tiene desgraciadamente ningún documento en su apoyo*". Los antiguos calendarios orientales y egipcios no mencionan su nombre. En el occidente, el culto de la santa empezó apenas hacia el siglo X." Cf. Delehaye, *Les martyrs d'Egypte* (1923), pp. 35-36, 123-124; y *Legends of the Saints*, p. 57; W. L. Schreiber, *Die Legende des hl. Catherine von Alexandria* (1931). Acerca de Santa Catalina en el arte, cf. Künstle, *Ikonographie*, vol. II, pp. 369-374, y Drake, *Saints and their Emblems* (1916), p. 24. Acerca de los aspectos folklóricos, véase Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. IV, pp. 1074-1084. Se encontrará una buena presentación de todo el asunto en Baudot y Chaussin, *Vies des Saints*, vol. XI (1954), pp. 854-872.

SAN MERCURIO, MÁRTIR (Fecha Desconocida)

SAN MERCURIO es uno de los "santos guerreros", tan populares en el oriente. Está fuera de duda que murió realmente por la fe. Pero las diversas versiones

de sus actas son simplemente novelas piadosas. Según ellas, Mercurio era hijo de un oficial escita que se hallaba en Roma. Mercurio abrazó también la carrera militar, y llegó a tener el grado de "primicerius". Cuando los bárbaros amenazaron a Roma, el emperador Decio quedó aterrado. Mercurio le alentó y se puso al mando de las tropas imperiales, armado de una espada que un ángel le había dado. Después de una gran victoria, Decio notó que Mercurio no asistía a la ceremonia de acción de gracias a los dioses y le mandó llamar. Al presentarse, Mercurio se despojó de la capa y el cinturón militar en presencia del emperador, diciendo: "No negaré a mi Señor Jesús." Decio, temeroso de herir la simpatía de los romanos por Mercurio, envió a éste a Cesarea de Capadocia para que fuese ahí torturado. Según la leyenda oriental, 113 años más tarde, San Basilio invocó la ayuda de San Mercurio contra Juliano el Apóstata. Dios hizo entonces de San Mercurio el instrumento de su venganza, ya que el santo bajó del cielo blandiendo una espada y con ella dio muerte al infiel emperador. En Egipto se llama a San Mercurio "Abu Saifain ("Padre de las Espadas"), en razón de sus proezas militares y del arma con que siempre se le representa. En dicho país hay muchas iglesias dedicadas a nuestro santo. Según se dice, San Mercurio se apareció en Antioquía a los soldados de la primera Cruzada, junto con San Jorge y San Demetrio.

El P. Delehaye estudió muy a fondo la leyenda de San Mercurio. En su obra, *Les légendes grecques des saints militaires* (1909), no sólo discute los incidentes narrados en ese relato tan poco fidedigno (pp. 91-101), sino que edita en un apéndice (pp. 234-258) los dos textos griegos de mayor interés. A lo que parece, la afirmación del peregrino Teodosio (*c.* 525) de que San Mercurio está sepultado en Cesarea, constituye el primer testimonio cierto acerca de la existencia del mártir. Dada la popularidad de que goza el santo en Egipto, nada tiene de extraño que su nombre figure en muchos sinaxarios etíopes. En la traducción de Sir E. Wallis Budge de dichos sinaxarios (4 vols., 1928), hay un índice muy completo, en el que se encuentran numerosas referencias a San Mercurio. Budge publicó también en *Miscellaneous Coptic Textes* (1915), una traducción de una *pasión* copta. Véase S. Binon, *Essai sur le cycle de St Mercure* (1937), y *Documents grecs inédits relatifs...* (1937).

SAN MOISES, MÁRTIR (251 P.C.)

MOISÉS, que era tal vez de origen judío, ejercía el sacerdocio en Roma. Según cuenta San Cipriano, encabezaba a un grupo del clero, del que salieron los primeros mártires de la persecución de Decio. Los miembros de ese grupo mantuvieron correspondencia epistolar con San Cipriano y el clero de Cartago. consiguió que su grupo rompiese con él. Hacia el 1º de enero del año 251, tras once meses y once días de prisión, Moisés fue martirizado. El Martirologio Romano lo anuncia diciendo que el santo, tras haberse enfrentado con espíritu San Moisés cayó en la cuenta de los peligros del rigorismo de Novaciano y indomable a los cismáticos, los novacianos y los paganos, conquistó la palma de un maravilloso martirio.

Nuestra principal fuente de información es la colección de las cartas de San Cipriano. También Eusebio habla de Moisés, en el lib. IV, c. 43, n. 20, lo mismo que el *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I, pp. 148 y 150. Tillemont estudia el asunto en *Mémoires*, vol. III y IV; y hay un buen artículo en DCB., vol. III, pp. 948-949.

26: SAN SILVESTRE GOZZOLINI, Abad, Fundador de los Benedictinos Silvestrinos (1267 p.c.)

SAN SILVESTRE, que nació en Osimo en 1177, pertenecía a la noble familia de los Gozzolini. Estudió leyes en Bolonia y Padua, pero pronto abandonó los estudios jurídicos para dedicarse a la teología y la Sagrada Escritura. Su padre se disgustó a tal extremo que, según se dice, no le dirigió la palabra en diez años. Silvestre fue nombrado canónigo en Osimo. Ahí trabajó, hasta que su celo le indispuso con su obispo. En efecto, el prelado llevaba una vida muy poco edificante y San Silvestre se lo echó en cara, con el debido respeto pero firmemente. El obispo, encolerizado, le amenazó con privarle de su beneficio. Seguramente que ello no afecto mucho al santo, pues desde hacía tiempo se sentía muy inclinado a la vida contemplativa. Tal inclinación se convirtió en un imperativo cuando Silvestre vio el cadáver putrefacto de un hombre que había sido famoso por su apostura física. Lo mismo se cuenta de San Francisco de Borja (falsamente) y de algunos otros santos. En 1227, a los cincuenta años de edad, San Silvestre renunció a su pingüe beneficio y se retiró a un sitio solitario, a unos cincuenta kilómetros de Osimo. Ahí vivió en gran pobreza e incomodidad, hasta que el señor del lugar le ofreció una ermita mejor. Pero el sitio era demasiado húmedo, de suerte que San Silvestre se trasladó a Grotta Fucile, donde se dedicó a la penitencia. En 1231, determinó establecer un monasterio con los discípulos que ya tenía. Así pues, sobre las ruinas de un antiguo templo pagano, construyó un monasterio en Monte Fano, cerca de Fabriano.



San Silvestre dio a sus monjes la regla de San Benito en toda su austeridad. Debido a su rigorismo en ciertos puntos, particularmente en materia de pobreza y también debido a la forma de su organización, la rama fundada por San Silvestre estuvo siempre separada de las otras ramas benedictinas. San Silvestre murió a los noventa años, luego de gobernar durante treinta y seis a su congregación con gran prudencia. A su muerte, once monasterios, nuevos o reformados, formaban parte de la congregación. En el sepulcro del santo se obraron muchos milagros. En 1275, sus reliquias fueron depositadas en la iglesia abacial de Monte Fano, donde se conservan todavía. En 1598, Clemente VIII incluyó el nombre de Silvestre Gozzolini en el Martirologio Romano. León XIII extendió su fiesta a toda la Iglesia de occidente. La congregación de los silvestrinos es actualmente muy poco numerosa. Sus miembros visten un hábito azul oscuro.

Andrés de Giacomo de Fabriano escribió la biografía del santo entre 1275 y 1280, es decir, unos diez años después de su muerte. Se trata de una obra completa y fidedigna. El texto latino fue publicado, por primera vez, por C. S. Franceschini, en *Vita di S. Silvestro Abate* (1772). Amadeo Bolzonetti lo aprovechó mucho para su obra, *Il Monte Fano e un grande anacoreta: Ricordi storici* (1906), en la que estudia detalladamente la historia del culto del santo.

SAN PEDRO, Obispo de Alejandría, Mártir (311 p.c.)

Eusebio califica a este prelado de excelente maestro de la religión cristiana y gran obispo, y dice que fue admirable por su virtud y su conocimiento de la Sagrada Escritura. San Pedro sucedió a San Teonás en la sede de Alejandría el año 300. Gobernó esa iglesia durante doce años. En los últimos nueve de su gobierno, tuvo que hacer frente a la persecución de Diocleciano y de sus sucesores. Pedía constantemente a Dios que otorgase a él y a sus fieles, la gracia y el valor necesarios, y exhortaba a los cristianos a mortificar su voluntad para estar preparados a morir por Cristo. Con su ejemplo y su palabra reconfortaba a los confesores del cristianismo, de suerte que fue el padre de muchos mártires que sellaron con su sangre el testimonio de su fe. La vigilancia y solicitud del santo se extendían a todas las diócesis de Egipto, Tebaida y Libia. Como en esa vasta región hubo numerosos cristianos que apostataron, San Pedro publicó catorce cánones sobre la manera de tratar a los apóstatas que querían reconciliarse con la Iglesia. Más tarde, toda la Iglesia de oriente adoptó esos cánones.

Con el tiempo, San Pedro tuvo que esconderse fuera de Alejandría. Durante su ausencia se produjo el cisma meleciano (diferente del cisma meleciano que estalló en Antioquía, cincuenta años más tarde y que tuvo mayor importancia). No sabemos exactamente qué fue lo que sucedió. Según parece, el obispo de Licópolis, llamado Melecio, empezó a apropiarse las funciones de metropolitano, que correspondían a San Pedro, y ordenó sacerdotes en algunas diócesis cuyos obispos vivían aún, pero estaban escondidos. Para justificar su proceder y aparecer como un defensor de la disciplina, Melecio empezó a difundir ciertas calumnias sobre San Pedro y aun llegó a decir que éste se había mostrado demasiado indulgente con los apóstatas. Con ello, provocó el cisma que turbó a toda la Iglesia de Egipto, precisamente en los momentos en que los cristianos necesitaban de toda su energía para hacer frente a la persecución. Como Melecio se obstinase en su error, San Pedro no tuvo más remedio que excomulgarlo.

Desde el sitio en que se hallaba escondido, el santo continuó administrando su diócesis y alentando a los fieles perseguidos, hasta que por fin, pudo regresar a su sede. Pero muy poco después, estalló la persecución de Maximino Daia, césar del oriente. San Pedro fue capturado inopinadamente y ejecutado sin juicio previo. El Martirologio Romano hace mención de otros cuatro obispos y de 600 fieles egipcios a los que "la espada de los perseguidores abrió las puertas del cielo".

En Egipto se llama a San Pedro "sello y término de la persecución", porque fue el último de los mártires de Alejandría. También se le llama algunas veces "el que pasó a través del muro". La "pasión" griega, que carece de toda autoridad, explica así este curioso título: cuando San Pedro fue arrestado, los cristianos se apelotonaron a la puerta de la prisión para rogar por él y se negaron a retirarse. Al llegar la orden de ejecución, la muchedumbre era tan numerosa, que los oficiales encargados del ajusticiamiento no podían pasar. Entonces, decidieron abrirse paso a sangre y fuego entre la multitud. San Pedro se entero de las intenciones de sus verdugos y, para no ser la ocasión de tal carnicería, mandó decir secretamente al comandante que perforase el

muro de la prisión y le sacase por ahí, durante la noche. Así se hizo, en efecto. La lluvia y el viento impidieron que la multitud oyese el ruido que hacían los trabajadores. San Pedro instó a los guardias a darse prisa para evitar que la multitud se diese cuenta y fue ejecutado sin que ninguno de los fieles lo supiese.

Existen varias versiones griegas y latinas de una supuesta *pasión* de San Pedro; pero no merecen crédito alguno. Véase CMH., pp. 620-621. Por otra parte, Eusebio, en *Historia Ecclesiastica*, libs. VII, VIII y IX menciona varias veces a este mártir; y el antiguo *Breviarium* sirio dice el 24 de noviembre: "En Alejandría la Grande, el obispo Pedro, antiguo confesor." Aunque el santo escribió mucho, sólo se conservan algunos fragmentos de sus obras. Hay pruebas de que San Pedro fue muy venerado desde antiguo; por ejemplo, su nombre figuró muy pronto en el *Typikon* de Jerusalén. Cf. Tillemont, *Mémoires*, vol. V, pp. 755-757; Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlicen Literatur*, vol. II, pp. 203-211; DTC., vol. XII, cc. 1802-1804; *Analecta Bollandiana*, vol. LXVII (1949), pp. 117-130. Hay un resumen de los cánones sobre los apóstatas en DCB., vol. IV, pp. 331-332.

SAN SIRICIO, PAPA (399 P.C.)

BENEDICTO XIV incluyó el nombre de San Siricio en el Martirologio Romano, donde se dice que el santo "se distinguió por su ciencia, piedad y celo por la religión, ya que condenó a varios herejes y reforzó con decretos muy saludables la disciplina eclesiástica". Los principales de esos herejes fueron el monje Joviniano, que negó la virginidad perpetua de María, así como su mérito, y Bonoso, obispo de Sárdica, que aprobó esos errores. En cuanto a la disciplina, San Siricio la reforzó en la carta que escribió para responder a ciertas preguntas del obispo Himerio de Tarragona. Esa instrucción, que San Siricio mandó comunicar a los demás obispos por medio de Himerio, es el primer decreto pontificio que se conserva íntegro. Entre otras cosas, el Papa mandó que los sacerdotes y diáconos casados cesen de cohabitar con sus esposas. Este es el documento más antiguo que se conoce acerca de la actitud de la Santa Sede en la cuestión del celibato eclesiástico. San Siricio envió también esa carta a los obispos de Africa. El santo Pontífice apoyó a San Martín de Tours y excomulgó a Félix de Tréveris por haber participado, junto con Itacio, en la ejecución del hereje Prisciliano, llevada a cabo por orden del emperador.

El año 390, San Siricio consagró la basílica de San Pablo Extramuros, que había sido ensanchada por el emperador Teodosio I. El nombre del Pontífice se conserva todavía en una columna que no fue destruida por el incendio de 1823. San Siricio gobernó la Iglesia durante quince años y a su muerte fue sepultado en el cementerio de Priscila.

Tenemos muy pocos datos sobre la vida personal de San Siricio; el *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I, pp. 217-218, nos dice algunas cosas sobre su administración. Véase también Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. II, pp. 68-80; Tillemont, *Mémoires*, vol. X; y E. Caspar, *Geschichte des Papsttums*, vol. I (1930), pp. 257 ss. También hay una larga noticia biográfica en DCB., vol. IV, pp. 696-702.

SAN BASILIO (*c.* 620 P.C.)

BASILIO nació en Limoges, a mediados del siglo VI. Después de servir algún tiempo en el ejército, se sintió llamado por Dios a la vida monástica. Hizo entonces una peregrinación al santuario de San Remigio, en Reims, y el arzo-

bispo le envió al monasterio de Verzy. San Basilio era un monje ejemplar, pero, como Dios le llamase a una vida de mayor soledad, su abad le dio permiso de retirarse a una celda aislada, situada en la cumbre de una colina de las cercanías. Ahí vivió el santo hasta su muerte. Se atribuyen muchos milagros a San Basilio. Por ejemplo, se cuenta que en cierta ocasión en que el conde de Champagne andaba de cacería en aquellos parajes, un ciervo huyó en dirección a la celda del santo y se refugió junto a él; los sabuesos del conde se detuvieron en seco a cierta distancia y no quisieron acercarse por nada. Esa manifestación de la santidad de la celda de un ermitaño impresionó tanto al conde, que regaló al santo muchas tierras. Entre los discípulos del santo en la vida solitaria se cuenta a San Sindulfo. El Martirologio Romano menciona a los dos santos ermitaños.

Existen tres cortas biografías latinas. La primera fue publicada por Mabillon, vol II, pp. 60-62; el mejor texto de la segunda es el de MGH., *Scriptores*, vol. XIII, pp. 449-451; la tercera puede verse en Migne, PL., CXXXVII, cc. 643-658. Véase también E. Quentelot. *St Basle et le monastère de Verzy* (1892).

SAN CONRADO, OBISPO DE CONSTANZA (975 P.C.)

SAN CONRADO pertenecía a la gran familia de los güelfos. Era el segundo hijo del conde Enrique de Altdorf, quien fundó la abadía de Weingarten, en Würtemberg, que todavía existe. Conrado hizo sus estudios eclesiásticos en la escuela catedralicia de Constanza. Poco después de su ordenación sacerdotal, fue nombrado preboste de la catedral. El año 934, a la muerte del obispo, fue elegido para sucederle. San Ulrico, obispo de Augsburgo, quien había favorecido su elección, solía visitarle frecuentemente, y llegó a unirlos una amistad muy íntima. San Conrado, que había renunciado a todo lo que no fuese Dios, cambió a su hermano sus posesiones por unas tierras más próximas a Constanza. Con sus rentas construyó y dotó tres hermosas iglesias en honor de San Mauricio, San Juan Evangelista y San Pablo, restauró muchas otras y repartió el resto de sus bienes entre su diócesis y los pobres.

En aquella época, eran muy frecuentes las peregrinaciones a Jerusalén. San Conrado visitó tres veces los Santos Lugares y supo hacer de sus viajes verdaderas peregrinaciones de penitencia y devoción. A esto se reduce prácticamente todo lo que dicen de cierto las biografías del santo, que fueron escritas mucho después de su muerte. Suele representarse al santo con un cáliz y una araña. La razón es la siguiente: Un día de Pascua, mientras celebraba la misa, una araña cayó en su cáliz. Entonces se creía que todas las arañas, o por lo menos la mayoría, eran venenosas. Sin embargo, San Conrado se tragó la araña por devoción y respeto a los santos misterios, y ello no le hizo ningún daño. Murió al cabo de más de cuarenta años de episcopado, en 975; fue canonizado en 1123. Para la época en que vivió, se mantuvo bastante alejado de la política, sin embargo, consta que acompañó al emperador Otón I a Italia el año 962.

La biografía que escribió Udascalco de Maissach más de un siglo después de la muerte del santo es muy poco satisfactoria y está llena de leyendas. Puede verse en Pertz, MGH., *Scriptores*, vol. IV, pp. 430-460; hay ahí otro relato que dice prácticamente lo mismo. Se encuentran algunos datos más en la *Historia Welforum Weingartensis* (editada también por Pertz, en *Scriptores*, vol. XXI, pp. 454-477. También hay algunos documentos

sobre el episcopado de Conrado en Ladewig, *Regesta episcoporum Constantiensium*, vol. I, (1886), pp. 44-48. Posteriormente, el culto de San Conrado se popularizó mucho, debido tal vez a que los reformadores arrojaron sus reliquias al lago en 1526; la cabeza se salvó, gracias a que estaba escondida. Véase el *Diöcesan-Archiv* de Friburgo, vol. XI, pp. 255-272, y vol. XXIII (1893), pp. 49-60; J. Mayer, *Der hl. Konrad* (1898); Gröber y Merk, *Das St Konrads Jubilaeum* (1923); y Künstle, *Ikonographie*, vol. II, pp. 385-388.

SAN NICON "METANOEITE" (998 P.C.)

NICÓN, originario del Ponto, abandonó a sus amigos de juventud y huyó a un monasterio llamado Crisopetro. Ahí vivió doce años, entregado a la oración y practicando las penitencias más austeras. El fruto espiritual que producían entre los monjes sus exhortaciones y conferencias, movió a sus superiores a emplearle en la predicación de la palabra de Dios al pueblo. Así pues, San Nicón partió a misionar en Creta, que acababa de arrebatarse a los sarracenos. El santo reconvirtió a muchos cristianos que habían abrazado la religión del Islam. Como empezaba siempre sus sermones con la palabra "Metanoeite" ("¡Arrepentíos!"), el pueblo le dio ese sobrenombre. San Nicón enseñaba a sus oyentes a aplicar el hacha a la raíz de los vicios y, de ese modo, consiguió conversiones maravillosas. Después de casi veinte años de predicar en Creta, se trasladó al continente; en Esparta y otras regiones de Grecia anunció la palabra divina y confirmó su doctrina con milagros. Murió el año 998 en un monasterio del Peloponeso. Su nombre figura en el Martirologio Romano y en los martirologios griegos.

Martene y Durand dieron a conocer la biografía griega de San Nicón, al publicar una traducción latina en *Amplissima Collectio*, vol. VI, pp. 837-887. En 1906, S. Lambros editó el texto griego, tomándolo de otro manuscrito del Monte Atos. El documento es muy interesante desde el punto de vista histórico. Se conserva también lo que pasa por ser el testamento del santo, con sus últimas recomendaciones espirituales. Véase también la obra del príncipe Max de Sajonia, *Das christliche Hellas* (1919), pp. 129-133; y DTC., vol. XI, cc. 655-657.

SAN LEONARDO DE PUERTO MAURICIO (1751 P.C.)

SEGURAMENTE que cuando Alban Butler escribía sus *Vidas de los Santos* había oído hablar del famoso franciscano Leonardo Casanova. En efecto, la obra misional de San Leonardo, muerto cinco años después de la publicación del libro de Butler, alcanzó su máximo esplendor en Italia poco antes de mediados del siglo XVIII. Leonardo nació en Porto Maurizio, en la Riviera italiana, en 1676. En el bautismo recibió el nombre de Pablo Jerónimo. Su padre, Domingo Casanova, era un excelente cristiano que trabajaba en la marina. Cuando su hijo mayor cumplió trece años, Domingo le confió al cuidado de su acaudalado tío Agustín, que vivía en Roma. Este envió al joven al Colegio Romano de los jesuitas. Pablo se sintió pronto llamado a la vida religiosa y decidió ingresar en la orden de San Francisco. Pero su tío que quería que fuese médico, se opuso a ello y acabó por echarle de su casa. Pablo se refugió con otro pariente suyo, Leonardo Ponzetti, y ahí permaneció hasta que su padre le otorgó el permiso de hacerse fraile. A los veintiún años, tomó el hábito de San Francisco en el noviciado de Ponticelli y adoptó el nombre

de Leonardo como muestra de agradecimiento a Ponzetti. Después de terminar sus estudios en el Colegio de San Buenaventura del Palatino, recibió ahí mismo la ordenación sacerdotal en 1703. Dicho convento era la principal casa de la "Riformella" (retoño de la rama de los "Riformati" franciscanos). San Leonardo supo combinar durante toda su vida el trabajo misional con la más estricta observancia monástica y largos períodos de soledad. Según decía el mismo, la penitencia hacía que viviese para Dios y la soledad hacía que viviese en Dios.

En 1709, San Leonardo y otros frailes, encabezados por el P. Pío, fueron enviados a tomar posesión del monasterio de San Francisco del Monte, en Florencia, que el gran duque Cosme III de Médicis había regalado a la "Riformella". La comunidad se sujetó a las normas de San Francisco en toda su austeridad; por ejemplo, no aceptaba renta ninguna del gran duque, ni recibía estipendio alguno por la misa y la predicación, contentándose con las limosnas que los frailes pedían de puerta en puerta. El convento se pobló rápidamente y se convirtió en un gran centro religioso del que Leonardo y sus hermanos salían a predicar por toda Toscana, con gran fruto. Un párroco de Pistoia escribió al guardián del convento: "Bendita sea la hora en que se me ocurrió pedir al P. Leonardo. Sólo Dios sabe el bien que ha hecho aquí. Su predicación llega al fondo de todos los corazones... Todos los confesores de la región han tenido mucho trabajo." San Leonardo fue nombrado guardián de San Francisco del Monte, y estableció en las montañas cercanas la ermita de Santa María del Encuentro para que cada uno de los religiosos pudiese retirarse a ella dos veces al año. A propósito de eso decía: "Vamos a hacer el noviciado para el paraíso. He predicado muchas misiones a otros y ahora voy a predicar una al hermano Leonardo." En la ermita impuso el santo la estricta clausura. Los monjes que se retiraban a ella debían guardar silencio casi constantemente; sólo podían comer pan, verduras y frutos; estaban obligados a tomar diariamente una disciplina; debían consagrar nueve horas al oficio divino y otros ejercicios espirituales y el resto del tiempo al trabajo manual.

San Leonardo trabajó muchos años en Toscana, aunque con frecuencia se le invitaba a predicar en otras partes. La primera vez que fue a predicar en Roma, se entretuvo tanto tiempo en la Ciudad Eterna, que el duque de Médicis le envió un navío por el Tíber para que volviese a Toscana. Al cabo de seis años de misionar en los alrededores de Roma, el santo fue nombrado guardián de San Buenaventura en 1736, a los sesenta años de edad. En una ocasión, dio una misión de tres semanas en Civita Vecchia. En ella predicó especialmente a los soldados, a los marineros, a los presos y a los esclavos de las galeras. Hizo también "una visita a un capitán que se empeñó en que fuese a su navío. Ahí encontramos a tres o cuatro de los que habían asistido a los sermones, y parecían dispuestos a abandonar sus errores. Los pobrecillos habían quedado más conmovidos por lo que habían visto que por lo que habían oído, pues apenas entendían el idioma. Lo que demuestra que la gracia es realmente la que mueve los corazones." Un año más tarde, San Leonardo dejó de ser superior. Fue entonces a predicar en Umbría, Génova y las Marcas. Las gentes acudían en tal cantidad que, con frecuencia, tenía que predicar fuera de las iglesias. A fin de llamar la atención de los pecadores empedernidos y de los que no se interesaban por la misión, el santo se disciplinaba en público algunas veces. pero sobre todo recurría al Viacrucis, y a él se debe en gran parte la popu-

laridad de esa devoción. Con frecuencia la imponía como penitencia, y la predicaba continuamente. En todas sus misiones ponía las estaciones del Viacrucis. Según se dice, las erigió en 571 poblaciones de Italia. Solía también difundir la exposición del Santísimo Sacramento y la devoción al Sagrado Corazón y a la Inmaculada Concepción de María. Como se sabe, esas devociones estaban entonces mucho menos popularizadas que en la actualidad. San Leonardo se esforzó particularmente por conseguir la definición del dogma de la Inmaculada Concepción. El fue el primero que sugirió la idea de sondear la opinión de los cristianos sobre ese punto, sin reunir un concilio ecuménico, como se hizo un siglo más tarde.

El santo fue durante algún tiempo el director espiritual de Clementina Sobieska, esposa de aquél a quien se reconoció en Italia como Jacobo III de Inglaterra. Se han perdido todas las cartas de San Leonardo a Clementina; en cambio, se conserva una que Jacobo escribió a San Leonardo en 1735, tres meses después de la muerte de la reina, en la que le da las gracias por sus oraciones y le dice que le gustaría verle. También se conservan algunas cartas de dirección espiritual que San Leonardo escribió a una de las damas de honor de la reina. Benedicto XIV profesaba gran respeto al santo. En 1744, de concierto con la República de Génova, a la que pertenecía la isla de Córcega, el Pontífice envió allá a San Leonardo a restablecer la paz y el orden. El pueblo no le recibió bien, pues le tomó por un agente del "dogo", disfrazado de misionero. Evidentemente, la misión de San Leonardo tenía algo de político, ya que los desórdenes de Córcega habían sido provocados en gran parte por el descontento contra el dominio genovés. La situación política, el temperamento turbulento de los corsos (que acudían a los sermones de San Leonardo con las armas en la mano), y la configuración montañosa del país, hicieron de esa misión la más difícil de cuantas tuvo que predicar San Leonardo. Este escribió muchas cartas desde Córcega. En una de ellas decía: "En cada parroquia encontramos pleitos de lo más terrible; pero generalmente acabamos por restablecer la paz y la calma. Sin embargo, en tanto que la justicia no sea suficientemente fuerte para desarraigar las 'vendettas', el bien que hagamos será sólo transitorio ... Durante estos tres años de guerra, el pueblo no ha recibido instrucción alguna. Los jóvenes son disolutos, alocados y no se acercan a los sacramentos. Muchos de ellos ni siquiera cumplen con la Pascua y, lo que es aún peor, nadie les llama la atención por ello. En la primera oportunidad que tenga de ver a los obispos, les diré lo que pienso ... Pero, aunque el trabajo es muy duro, la cosecha es abundante ..."

La fatiga, las intrigas y la constante vigilancia sobre sí mismo, acabaron con la salud del santo, que tenía ya sesenta y seis años. Al cabo de seis meses estaba ya tan enfermo, que hubo que enviar un barco de Génova para que volviese al continente. Su diagnóstico sobre el estado de Córcega había sido correcto, pues el Papa le escribió poco después: "La situación en Córcega está peor que nunca, de suerte que no conviene que volváis." Al mismo tiempo que predicaba en las iglesias, San Leonardo solía dar retiros a religiosas y laicos. Así lo hizo sobre todo en Roma durante los meses de preparación para el año jubilar de 1750. En ese año, San Leonardo vio realizarse una de sus más caras ambiciones, ya que Benedicto XIV le permitió erigir las estaciones del Viacrucis en el Coliseo. Con tal ocasión, predicó a una numerosa y ferviente multitud un sermón que se conserva todavía. Por entonces escribió: "Me estoy

haciendo viejo. Mi voz tenía la misma potencia que hace dos años, pero me cansé mucho. De todas maneras consuela ver que el Coliseo ha dejado de ser un sitio de atracción para convertirse en un verdadero santuario..."

En la primavera del año siguiente, San Leonardo partió de Roma para predicar en Lucca y otros sitios. El Papa le ordenó que no hiciese el viaje a pie, sino en coche. El santo había sido un enérgico misionero durante cuarenta y tres años, y sus fuerzas empezaban a decaer. Por eso y debido a la hostilidad e indiferencia que encontraba en ciertas ciudades, sus últimas misiones fueron relativamente poco fructuosas. A principios de noviembre, San Leonardo se dirigió al sur y entonces comprendió que su carrera había terminado. El coche en que iba se descompuso, de suerte que tuvo que hacer a pie una parte del viaje. Los franciscanos de Espoleto trataron de detenerle cuando pasó por ahí, pero no lo consiguieron. El 26 de noviembre llegó a Roma y tuvo que encamarse en el convento de San Buenaventura. Poco antes de recibir los últimos sacramentos, escribió al Papa que había cumplido su promesa de ir a morir a Roma. A las 9, llegó Mons. Belmonte del Vaticano con un mensaje muy afectuoso del Pontífice. El santo murió antes de media noche.

A pesar de su increíble actividad, San Leonardo encontró tiempo, en los intervalos de soledad y contemplación que él apreciaba tanto, para escribir numerosas cartas, sermones y tratados devotos. La obra titulada "Resoluciones", que trata de los medios de alcanzar la perfección, no sólo vale por sí misma, sino también por lo que nos revela sobre el santo. El cardenal Enrique de York, hijo de la reina Clementina, de la que San Leonardo había sido director espiritual, promovió su causa de beatificación. La beatificación tuvo lugar en 1796 y la canonización en 1867.

Los materiales biográficos sobre San Leonardo son muy abundantes. Nada tiene eso de extraño, ya que el santo vivió en una época reciente, alcanzó gran fama y llevó una vida muy activa. En 1796 el P. Giuseppe da Masserano, postulador de la causa de batificación, publicó una biografía, que ha sido traducida a muchos idiomas. Otra biografía muy conocida, la de Salvatore di Ormea, vio la luz en 1851. Pero probablemente la más popular de todas es la biografía francesa del P. Léopold de Chérancé (1903). Los escritos y cartas de San Leonardo son básicos para comprender su espíritu y actividades. La colección publicada en Roma, en 1853-1854, estaba muy lejos de ser completa. En 1872 fueron publicadas ochenta y seis de las cartas del santo a su penitente Elena Colonna, con el título de *Soavitá di spirito di S. Leonardo.* Los PP. Inocenti (1925 y 1929) y Ciro Ortolani da Pesaro (1927) publicaron otras cartas. Muchos artículos del *Archivum Franciscanum Historicum* han enriquecido nuestros conocimientos sobre San Leonardo. Hay un buen artículo del P. M. Bihl en *Catholic Encyclopedia;* y una corta biografía del P. Dominique Devas, lo mismo que una noticia biográfica, en Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. IV, pp. 98-112.

27: LA MEDALLA MILAGROSA (1831 P.C.)

DESDE el momento en que el mundo católico tuvo noticias de las apariciones de la Inmaculada Concepción a la hermana de la caridad, Catalina Labouré, en 1831, pero sobre todo, desde que las investigaciones canónicas dieron autenticidad a esas visiones, la devoción por la Medalla Milagrosa, acuñada de acuerdo con las expresas indicaciones de la Santísima

Virgen, se extendió por todas partes con la rapidez del rayo, fue reconocida por la Santa Sede y se transformó en la segunda de las dos medallas (la otra es la medalla-cruz de San Benito) oficialmente autorizadas y reconocidas por la Iglesia, y es la única insignia que tiene su festividad litúrgica propia, en la fecha de hoy.

Catalina Labouré, ingresó al convento de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul en 1830 y, al año siguiente, tuvo una serie de visiones de la Santísima Virgen. En una de ellas, la Inmaculada Concepción se le apareció en la forma de una imagen, de pie sobre una esfera, despidiendo rayos de sus manos extendidas y rodeada por este lema: "¡Oh, María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!". En un momento dado, la imagen se dio vuelta y por el anverso se pudo ver una gran "M" con el signo de la cruz encima y dos corazones debajo, uno, ceñido por una corona de espinas y el otro, atravesado por una espada. Al mismo tiempo, la bienaventurada Catalina escuchó una voz que le ordenaba acuñar una medalla con aquella imagen y aquellos signos.

El confesor de la hermana Catalina, el P. M. Aladel, creyó conveniente informar sobre las visiones a las altas autoridades eclesiásticas y, en 1836, el arzobispo de París inició la investigación canónica de las mismas, que resultó en la declaración oficial sobre su autenticidad. Pero ya para entonces, la Medalla, grabada según las indicaciones de la hermana Catalina y con la aprobación de sus superiores, circulaba profusamente entre los fieles. A su gran difusión contribuyó poderosamente el relato de las apariciones que publicó en 1834 el propio P. Aladel, con el título de "Historia del origen y los efectos de la Medalla Milagrosa", pero, muy particularmente, se propagó la devoción, por las conversiones, curaciones y milagros de todo orden, muchos de ellos verificados como auténticos, obrados por la Medalla que, desde entonces, comenzó a conocerse con su nombre oficial de Medalla Milagrosa. Aquella misma devoción apresuró la definición del dogma de la Inmaculada Concepción por la Santa Sede, el reconocimiento de la Medalla por la Iglesia, el establecimiento de su fiesta litúrgica particular y la adopción de la misma como insignia distintiva de la asociación de las Hijas de María en todo el mundo y como patrona de las Hijas de la Caridad de San Vicente y los Sacerdotes de la Misión.

Para mayores datos sobre la Medalla Milagrosa, véase en este mismo volumen, con fecha del 28 de noviembre, el artículo biográfico sobre la Beata Catalina Labouré.

SANTOS BARLAAM y JOSAFAT (Fecha desconocida)

"EN LA FRONTERA de la India con Persia el nacimiento para el cielo de los Santos Barlaam y Josafat, sobre cuyos maravillosos hechos escribió San Juan Damasceno". El cardenal Baronio introdujo estas palabras en el Martirologio Romano, pero el documento en el que se basó no fue escrito por San Juan Damasceno. Según ese relato, un rey de la India que perseguía a los cristianos, se enteró de que alguien había predicho que su hijo Josafat se convertiría al cristianismo y, para evitarlo, encerró a éste en el mayor aislamiento. Sin embargo, un asceta llamado Barlaam se hizo pasar por el vendedor de una "perla de gran precio", para llegar hasta Josafat, a quien convirtió al cristianismo. El rey, que se llamaba Abenner, trató de reconquistar a su hijo, pero él mismo

acabó por abrazar la fe cristiana y se hizo ermitaño. Josafat renunció al trono para ir a reunirse con Barlaam en el desierto y ahí pasó el resto de su vida.

Se trata de una novela imaginaria sobre dos santos que no existieron nunca. El documento se basa en la leyenda de Siddharta Buda, a quien su padre, que era rajá, mantuvo aislado del mundo para impedir que se hiciera derviche. La versión cristiana de esta leyenda se popularizó mucho tanto en el oriente como en el occidente, y fue traducida a muchas lenguas. Gracias a eso, se conservó un documento importante de la apologética cristiana, escrito en el siglo II por un filósofo ateniense llamado Arístides, ya que el autor de la leyenda de Barlaam lo incorporó a su obra. La superchería se descubrió a fines del siglo XIX, pues entonces se encontró en la biblioteca del monasterio del Sinaí una versión siria de la "Apología" de Arístides. (Algunos años antes, los monjes mekitaristas habían descubierto en Venecia una traducción armenia). En esa forma, la leyenda de Buda se popularizó en la cristiandad bajo apariencias cristianas, junto con una defensa de las enseñanzas de la Iglesia sobre el Dios único.

En los tiempos modernos se ha escrito mucho sobre esta leyenda. Bastará mencionar aquí el artículo *Josaph* de H. Leclercq en DAC., vol. VII, cc 2359-2554, en el que se encontrarán abundantes referencias. El texto griego y la traducción inglesa pueden verse en la Loeb Classical Library (1914); fueron editados por G. R. Woodward y H. Mattingly. Actualmente se dice que "Juan el Monje" de Mar Saba, adaptador o traductor de la obra, no era otro que San Eutimio (13 de mayo). El texto fue traducido al latín en Constantinopla hacia el año 1048; véase P. Peeters, en *Analecta Bollandiana,* vol. XLIX (1931), pp. 276-312; y *Byzantion,* vol. VII, p. 692. Véase también J. Sonet, *Le roman de Barlaam et Josaphat* (1949). En Antioquía hubo un mártir genuino llamado Barlaam (19 de nov.)

SANTIAGO EL INTERCISO, MÁRTIR (*c.* 421 P.C.)

LA SEGUNDA gran persecución persa comenzó hacia el año 420, a causa del celo indiscreto del obispo Abdías. La principal víctima de aquella persecución fue Santiago. Gozaba éste de gran favor ante el rey Yezdigerdo I. Cuando dicho príncipe emprendió la persecución de los cristianos, Santiago no tuvo valor para renunciar a su amistad, de suerte que abandonó o disimuló la fe en el verdadero Dios, que había profesado hasta entonces, lo que afligió mucho a su madre y a su esposa. Cuando murió el rey Yezdigerdo, ambas escribieron a Santiago, echándole en cara la cobardía de su conducta. Impresionado por esa carta, Santiago empezó a comprender su falta. Desde entonces, dejó de ir a la corte, renunció a todos los honores que su cobardía le había procurado y se arrepintió públicamente. El nuevo rey, Bahram le mandó llamar. Santiago confesó que era cristiano. Bahram le reprochó su ingratitud, recordándole todos los honores que su padre le había conferido. Santiago replicó serenamente: "¿Dónde está ahora? ¿Qué ha sido de él?" Tal respuesta molestó mucho a Bahram, quien amenazó a Santiago con someterlo a una muerte lenta. El santo respondió: "Cualquier género de muerte no pasa de ser un sueño. Quiera Dios que muera yo como los justos." Bahram replicó: "La muerte no es un sueño, es el terror de los reyes." Santiago le dijo: "La muerte aterra a los reyes y a cuantos no conocen a Dios, porque la esperanza de los malvados es efímera." El rey replicó: "¿De modo que tú, que no adoras al sol, ni a la

luna, ni al fuego, ni al agua, que son emanaciones de Dios, nos llamas a nosotros malvados?" Santiago repuso: "Yo no te acuso, pero afirmo que das el nombre de Dios a las criaturas."

El consejo del rey resolvió que, si Santiago no renunciaba a Cristo, debía ser colgado y destrozado su cuerpo, miembro a miembro. Toda la ciudad acudió a presenciar esa nueva forma de tortura. Los cristianos se dedicaron a orar para que Díos concediese al mártir la perseverancia. Los verdugos tiraron violentamente al mártir por los brazos como para descoyuntárselos. En esa postura le explicaron el género de muerte que le esperaba y le exhortaron a abjurar para obedecer al rey y evitar el castigo. Más aún, le dijeron que bastaba con que fingiese abjurar momentáneamente y que después se le dejaría en libertad de practicar su religión. Santiago respondió: "Esta muerte que parece tan terrible es un precio muy bajo para comprar la vida eterna." En seguida, volviéndose hacia los verdugos, les dijo: "¿Qué esperáis? Empezad vuestra tarea." Cuando los verdugos le cortaron el primer dedo del pie derecho, el mártir dijo en voz alta: "Salvador de los cristianos, recibe la primera rama del árbol. El árbol se pudrirá; pero volverá a echar retoños y a cubrirse de gloria. La vid muere durante el invierno, pero resucita en la primavera. También el cuerpo reflorecerá después de ser podado." Cuando le cortaron el primer dedo de la mano, el mártir exclamó: "Mi corazón se regocija en el Señor, y mi alma se llena de gozo en Dios, mi Salvador." Y así siguió alabando a Dios según le iban cortando los dedos. Cuando ya no le quedaba ningún dedo en las manos ni en los pies, dijo alegremente al verdugo: "Ya acabaste con los retoños. Corta ahora las ramas." En seguida le cortaron los miembros, trozo a trozo. Cuando ya no le quedaba a Santiago más que el tronco, aún alababa a Dios, hasta que un soldado le cortó la cabeza. El autor de las "actas", que afirma haber presenciado el martirio, añade: "Todos imploramos entonces la intercesión del glorioso Santiago." Los cristianos dieron al mártir el sobrenombre de "Intercisus", que significa "descuartizado".

Bedjan editó el texto sirio de las *actas* en *Acta martyrum et sanctorum* (1890-1897), vol. II, pp. 539-558. Existe una traducción alemana en *Bibliothek der Kirchenväter*, vol. XXII, pp. 150-162. La historia llegó a ser muy popular, aunque es en gran parte legendaria. Existen adaptaciones en griego, latín, copto, etc. Véase también S. E. Assemani, *Acta sanctorum martyrum orientalium et occidentalium*, vol. I, pp. 242-258. En Chipre se profesaba especial devoción a Santiago. Se supone que algunas de sus reliquias fueron trasladadas a Braga, en Portugal. E. P. D. Devos enumera los documentos sobre el mártir, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXXI (1953), pp. 157-200, y LXXII, pp. 213-256.

SAN SECUNDINO, OBISPO (447 P.C.)

SECUNDINO, cuyo nombre irlandés era Cechnall, fue uno de los tres "seniores" (monjes de cierta edad y autoridad) enviados de la Galia para que ayudasen a San Patricio. Las crónicas cuentan que llegó a Irlanda el año 439, junto con Auxilio e Isermino. El nombre de Secundino figura en primer lugar. Según dicha fuente, el santo murió ahí el año 447. Los "Anales de Ulster" añaden que tenía entonces setenta y dos años, pero ese dato no se encuentra en los anales irlandeses originales del siglo V.

San Secundino es famoso por los himnos que escribió, entre los que figura el "Audite, omnes amantes Deum", el himno latino más antiguo que se conserva

en Irlanda. Es un acróstico de veintitrés estrofas que comienzan con una de las letras del alfabeto, y está dedicado a San Patricio. El pueblo cristiano solía recitarlo en los casos apurados. Las tres últimas estrofas, que eran particularmente apreciadas, figuran en el libro litúrgico de Mulling. También se atribuye a San Secundino el hermoso himno que se canta en Irlanda durante la comunión: "Sancti, venite, Christi corpus sumite". Pero en el Antifonario de Bangor se le designa únicamente como "el himno (que se canta) cuando los sacerdotes comulgan". En la "Vida Tripartita de San Patricio" se cuenta que éste y Secundino oyeron cantar a los ángeles ese himno.

El texto de la vida latina medieval, que se encuentra en la Biblioteca Real de Bélgica, fue publicado en *Analecta Bollandiana*, vol. LX (1942), pp. 26-34. Hay muchas alusiones a San Secundino en la *Vida Tripartita de San Patricio*, en *Lebar Brecc*, en los suplementos de las colecciones de Tirechan, etc. Véase sobre todo Bernard y Atkinson, *The Irish Liber Hymnorum*, vol. II, p. 96, etc.; F. E. Warren, *The Antiphonary of Bangor*, pte. II, pp. 44 etc.; Plummer, *Miscellanea Hagiographica Hibernica*, p. 223; Kenney, *Sources for the Early History of Ireland*, vol. I, pp. 250-260; y E. MacNeill, *St Patrick* (1934). El nombre de San Secundino figura después del de San Patricio en los dípticos de Armagh; también aparece en el *Félire* de Oengus, donde se hace mención del himno que compuso en honor de San Patricio. Véase también G. F. Hamilton, en *St Patrick's Praise* (1920).

SAN MAXIMO, Obispo de Riez (*c.* 460 p.c.)

San Máximo nació en la Provenza, cerca de Digne. Sus padres, que eran cristianos, lo educaron en el amor de la virtud, de suerte que a nadie sorprendió que el joven abrazase la vida religiosa en el monasterio de Lérins. Tomó el hábito de manos de San Honorato, el fundador. Cuando éste fue elegido obispo de Arles el año 426, Máximo le sucedió como segundo abad de Lérins. San Sidonio dice que el santo dio nuevo lustre al monasterio con su ejemplo. El don de milagros de San Máximo, así como su fama de santidad, atraían nutridas muchedumbres al monasterio. En una época, el santo tuvo que huir y se ocultó en el bosque, a pesar de que era el período de lluvias, para evitar que el clero y el pueblo de Fréjus le eligiesen obispo. Sin embargo, poco después, quedó vacante la sede de Riez, en la Provenza, y San Máximo tuvo que aceptar el nombramiento, no sin antes hacer el vano intento de escapar en una barca. Los padres del santo eran originarios de Fréjus, de suerte que los habitantes le consideraban como un paisano y le acogieron con gran júbilo. San Máximo siguió observando la regla monástica, en cuanto se lo permitían sus deberes episcopales. Su amor a la pobreza, su espíritu de penitencia y de oración, su despego del mundo y su humildad, en todo lo cual se había distinguido en el claustro, se mantuvieron al nivel de siempre.

Entre las obras de Eusebio de Emesa hay un panegírico de San Máximo, que fue probablemente escrito por Fausto, su sucesor en la sede de Fréjus. Además, se conserva la biografía escrita por un patricio de la época, llamado Dinamio; puede verse en Migne, PL., vol. LXXX, cc. 31-40. Véase también a Duchesne en *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 283-284.

SAN VIRGILIO, Obispo de Salzburgo (784 p.c.)

San Virgilio era irlandés (llamado Feargal o Ferghil). En los "Anales de los Cuatro Maestros" y en los "Anales de Ulster" se dice que fue abad de Aghaboe.

Hacia el año 743, emprendió una peregrinación a Tierra Santa, pero se detuvo dos años en Francia y no llegó más allá de Baviera. Ahí, el duque Odilón de Baviera le nombró abad de San Pedro de Salzburgo y administrador de la diócesis. El obispo del lugar, que era también irlandés, se encargaba de los ministerios propiamente episcopales, en tanto que San Virgilio se reservaba la predicación y la administración. Así lo hizo hasta que sus colegas le obligaron a aceptar la consagración episcopal. En cierta ocasión, encontró a un sacerdote que sabía tan poco latín, que ni siquiera pronunciaba correctamente la fórmula del bautismo. San Virgilio, basándose en que el error era accidental y no de fe, decidió que no era necesario repetir los bautismos administrados por dicho sacerdote. San Bonifacio, quien era entonces arzobispo de Mainz, desaprobó el veredicto de San Virgilio. Entonces, ambos santos apelaron al Papa San Zacarías, el cual confirmó la opinión de Virgilio y se mostró sorprendido de que Bonifacio la hubiese combatido.

Algún tiempo después de este incidente, San Bonifacio acusó nuevamente a San Virgilio ante la Santa Sede, por haber enseñado que debajo de la tierra había otro mundo y otros hombres y otro sol y otra luna. San Zacarías respondió que era ésa una "doctrina perversa y malvada, que ofende a Dios y a nuestras almas" y añadió que, si llegaba a probarse que Virgilio la había enseñado, debía ser excomulgado por un sínodo. Algunos han aprovechado este incidente como materia de controversia, pero sin razón, porque no se sabe exactamente cuál era la doctrina de San Virgilio sobre la tierra y otros tipos de hombres. Por otra parte, lo que era evidentemente peligroso en su enseñanza, radicaba en la implicación de una negación de la unidad de la raza humana, de la universalidad del pecado original y de la Redención. Debemos reconocer que es muy explicable que la doctrina de San Virgilio haya provocado sospechas en el siglo VIII, si acaso enseñó realmente que la tierra era redonda y que había hombres en las antípodas. No existe el menor indicio de que San Virgilio haya sido juzgado, condenado y obligado a retractarse, pero sin duda que demostró a quienes le criticaban que no creía nada que ofendiese "a Dios y a su alma", ya que fue consagrado obispo hacia el año 767 o antes.

San Virgilio reconstruyó en grande la catedral de Salzburgo, a la que trasladó el cuerpo de San Ruperto, fundador de la sede. El santo bautizó en Salzburgo a dos duques eslavos de Carintia y, a petición de ellos, envió allá al obispo San Modesto y a otros cuatro predicadores, a los que siguieron más tarde otros misioneros. El propio San Virgilio predicó en Carintia hasta las fronteras de Hungría, en la región en que el Drave se une al Danubio. Poco después de regresar a su diócesis, cayó enfermo y murió apaciblemente en el Señor el 27 de noviembre de 784. Fue canonizado en 1233. Su fiesta se celebra en Irlanda y en ciertas regiones de Europa Central, donde se le venera como el apóstol de los eslovacos.

La biografía publicada en MGH., *Scriptores*, vol. XI, pp. 86-95, es una obra tardía que no merece entero crédito. Más convincente es el epitafio encomiástico escrito por Alcuino (MGH., *Poetae Latini*, vol. I, p. 340). Véase la valiosa noticia biográfica de L. Gougaud, *Les saints irlandais hors d'Irlande* (1936), pp. 170-172; y cf. J. Ryan, *Early Irish Missionaries... and St Vergil* (1924); H. Frank, *Die Klosterbischöfe des Frankreiches* (1932); y B. Krusch, en MGH., *Scriptores Merov*, vol. VI, pp. 517 ss. Acerca de la disputa cosmológica, véase H. Krabbo, en *Mitteilungen des Instituts für Osterreichische Geschichtsforschung*, vol. XXIV (1903), pp. 1-28; y H. Van der Linden, en *Bulletins de l'Acad. royale de*

Belg., Classe des lettres, 1914, pp. 163-187. Cf. también *Analecta Bollandiana,* vol. XLVI (1928), p. 203.

SAN JOSE PIGNATELLI (1811 P.C.)

SAN JOSÉ pertenecía a la rama española de la noble familia napolitana de los Pignatelli. Nació en Zaragoza, en 1737. A los dieciséis años, ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús, en Tarragona. Después de su ordenación, volvió a trabajar en su ciudad natal. Cuatro años más tarde, en 1767, la persecución que había arrojado ya a los jesuitas de Portugal y de Francia, se extendió a España, y Carlos III suprimió en sus dominios a la Compañía de Jesús, "por razones que guardó en su real pecho". El P. José y su hermano, eran grandes de España, de suerte que se les ofreció el privilegio de quedarse en el país con tal de que abandonaran la orden a lo que ambos se negaron. Durante algún tiempo, los jesuitas aragoneses encontraron refugio en Córcega. Pero cuando los franceses ocuparon la isla los arrojaron también de ahí. Finalmente, el P. Pignatelli consiguió obtenerles asilo en Ferrara, junto con sus hermanos del Perú y de México. En 1769, murió el Papa Clemente XIII, gran defensor de los jesuitas. Cuatro años más tarde, su sucesor, Clemente XIV, cedió a la creciente presión de la casa de Borbón y suprimió a la Compañía de Jesús. Fue ésa una medida puramente administrativa, y el Pontífice se guardó de afirmar en el breve de supresión que las acusaciones contra los jesuitas estaban probadas. El breve fue leído a los jesuitas reunidos en Ferrara. Cuando el vicario general les preguntó si estaban prontos a someterse, los padres, fieles a su voto de especial obediencia a la Santa Sede, replicaron unánimemente: "Sí, de todo corazón". Como efecto de dicho decreto, 23 000 religiosos fueron secularizados. En el breve de beatificación del P. Pignatelli, Pío XI dijo: "Es una página triste de la historia y apena leerla aún después de tantos años. ¡Cuánto más triste debió ser para el P. Pignatelli y sus numerosos hermanos!"

Durante los veinte años siguientes, el P. José vivió casi siempre en Bolonia, consagrado al estudio, a coleccionar libros y manuscritos relacionados con la historia de la Compañía de Jesús y a suministrar ayuda material y espiritual a sus hermanos. Muchos de ellos estaban en la miseria, y los españoles no tenían ni siquiera derecho a ejercer el ministerio sacerdotal. Se cuenta que, hallándose el P. Pignatelli en Turín, un forastero le señaló una iglesia y un cementerio y le dijo que habían sido construidos con los fondos que se arrebataron a los jesuitas. El P. Pignatelli comentó tristemente: "Entonces habría que darles el nombre de Haceldama" (campo de sangre).

Como la emperatriz Catalina había impedido a los obispos promulgar el breve de supresión, la Compañía de Jesús siguió existiendo en la Rusia Blanca, y la Santa Sede lo toleró. En 1792, el duque de Parma invitó a tres de los padres que estaban en Rusia a establecerse en sus dominios. El P. Pignatelli quería formar parte de ese grupo, pero no se atrevió a hacerlo sin autorización. Sin embargo, cuando el duque Fernando obtuvo la aprobación de Pío VI, San José Pignatelli renovó sus votos en privado y fue nombrado superior. Dos años más tarde, en 1799, después de obtener la autorización oral del Sumo Pontífice, organizó una especie de noviciado en Colorno. Los novicios iban a hacer los votos a Rusia, cosa a la que tenían perfecto derecho, ya que en 1801 Pío VII aprobó formalmente esa provincia jesuítica. El P. Pignatelli oró y trabajó

infatigablemente por resucitar la Compañía de Jesús. Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito en 1804, cuando la orden fue restablecida en el reino de Nápoles. El santo fue elegido provincial. Al año siguiente, la invasión francesa dispersó nuevamente a los jesuitas. La mayoría de ellos se reunieron en Palermo, en tanto que el P. José se dirigió a Roma, donde fue elegido provincial de Italia. Gracias a las generosas limosnas de su hermana, pudo restablecer la Compañía de Jesús en Cerdeña, en Roma, en Tívoli y en Orvieto. Durante el período crítico de la ocupación francesa y del destierro y prisión de Pío VII, la prudencia del santo consiguió conservar el terreno ganado. Su objetivo consistía en obtener la restauración completa de la Compañía de Jesús, lo que se consiguió por fin en 1814, tres años después de su muerte, cuando cayó el imperio napoleónico y Pío VII regresó a Roma. Sin embargo, San José Pignatelli merece plenamente los títulos que le dio Pío XI al llamarle "el principal eslabón entre la Compañía que había existido y la que iba a existir . . . : el restaurador de los jesuitas."

San José Pignatelli, "modelo de santidad viril y vigorosa", según le describió Pío XI, murió en Roma el 11 de noviembre de 1811. Fue canonizado en 1954.

Según parece, el primer esbozo biográfico del santo fue el que publicó en italiano el P. A. Monçon (1833); pero es más completa y mejor documentada la biografía del P. G. Boero, *Istoria della Vita del V. Padre Giuseppe M. Pignatelli* (1856). En esta última obra se basó el P. G. Bouffier (1868). La obra más completa es la biografía española del P. Nonell, *El V. P. José M. Pignatelli . . .* (3 vols., 1893-1894), donde se encontrarán muchas cartas del santo. De entonces acá, se han publicado varias biografías más: P. Zurbitu (español, 1933), C. Beccari (italiano, 1933), J. March (español, 1935), y D. A. Hanly (inglés, 1938).

BEATO BERNARDINO DE FOSSA (1503 P.C.)

EL GRAN APÓSTOL franciscano, San Bernardino de Siena, fue sepultado en Aquila de los Abruzos. Ahí se había educado Bernardino Amici, quien tomó a su homónimo por modelo y patrono celestial, y cuya vida escribió más tarde. El Beato Bernardino nació en Fossa, cerca de Aquila, en 1420. De Aquila se trasladó a Perugia para estudiar leyes. Como le sucedió al Beato Bernardino de Feltre algunos años más tarde, Bernardino de Fossa se sintió llamado a ingresar en la Orden de los Frailes Menores de la Observancia, durante una misión que predicó Santiago de la Marca. Bernardino tomó el hábito en Perugia, de manos de dicho santo, en 1445. Después de su ordenación, empezó a predicar con gran éxito en Italia, donde llegó a ser muy conocido. En 1464, fue enviado como intermediario a Dalmacia y Bosnia, donde habían surgido ciertas dificultades entre los frailes, debido a la diversidad de nacionalidades. El beato consiguió unir todos los elementos en una sola provincia. A su regreso, estuvo a punto de ser nombrado obispo de Aquila, pero consiguió finalmente que la Santa Sede le permitiese continuar su vida de simple fraile. Entre los escritos del beato se cuenta una "Crónica de los frailes menores de la observancia". Bernardino de Fossa murió en el convento de San Julián, en las cercanías de Aquila, en 1503. Su culto fue aprobado en 1828.

El P. Van Ortroy escribió un artículo muy completo sobre el Beato Bernardino, en *Acta Sanctorum*, nov., vol. III. El autor se basa en la narración de Marcos de Lisboa.

Dicha obra fue completada con una memoria de Antonio Amici, sobrino nieto del beato que fue publicada en un volumen de sermones de Bernardino. Véase también la corta biografía de Ugo de Pescocostanza (872), y Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. IV, pp. 42-44.

28: SAN SOSTENES, Discípulo de San Pablo (Siglo I)

EN LA FECHA de hoy, el Martirologio Romano dice: "Cerca de Corinto, el nacimiento al cielo de San Sóstenes, uno de los discípulos del bienaventurado Apóstol Pablo, quien de él hace mención en su Epístola a los Corintios. Habiéndose convertido este Sóstenes, jefe de la sinagoga de Corinto, fue golpeado con violencia delante del procónsul Gallion, consagrando así, en glorioso principio, las primicias de su fe".

El nombre de Sóstenes se encuentra dos veces en el Nuevo Testamento: en los "Hechos de los Apóstoles" (XVIII, 18) y en la primera Epístola a los Corintios (I, 1) la que inicia San Pablo como un saludo en el que asocia "al hermano Sóstenes". Cuando escribió esta epístola, el Apóstol residía en Efeso. ¿Vivía Sóstenes en esta ciudad o era compañero de viaje de San Pablo? En este último caso, ¿tuvo San Pablo la deferencia de nombrarlo tan sólo porque era originario de Corinto? Todas estas preguntas quedan sin respuesta, a menos que se haga coincidir a este Sóstenes con su homónimo, jefe de la sinagoga en Corinto (Allo, *Prémiere épitre aux Corinthiens*, pp. 1-2).

Este Sóstenes fue víctima de una curiosa aventura en Corinto. Furiosos los judíos ante los éxitos del apostolado de San Pablo, condujeron a Sóstenes ante el tribunal del procónsul Gallion, diciendo: "Este hombre enseña a las gentes a adorar a Dios de una manera contraria a la Ley". Antes de que San Pablo pudiera abrir la boca, Gallion dijo a los judíos: "Si se tratara de una injusticia o de una maldad, yo os escucharía con toda razón, pero puesto que se trata de discusiones de palabras, de nombres y de vuestra Ley, esto a vosotros os toca. Yo no quiero entrometerme en vuestros asuntos". Y los despidió del tribunal. En seguida, los judíos cogieron al jefe de la sinagoga, Sóstenes, y lo golpearon ante el tribunal. Y a todo ello, Gallion no prestó la menor atención.

San Lucas, relatando la escena sin dar detalles, ha dejado el campo abierto a las interpretaciones. Según San Juan Crisóstomo (*In Act. hom.*, XXX, 2), seguido por el Martirologio Romano, Sóstenes fue golpeado porque se acababa de convertir al cristianismo, y con aquella prueba mostró su fidelidad a la religión. Esta explicación, muy honrosa para Sóstenes, no ha sido aceptada por la mayor parte de los autores, quienes piensan que Sóstenes había llevado a los judíos para que declararan contra San Pablo, y que fue golpeado por sus mismos compañeros, descontentos de haber sido molestados para nada.

Los que identifican a los dos Sóstenes, pretenden que el jefe de la sinagoga, convertido por San Pablo, lo acompañó en seguida a sus viajes. Puesto que era conocido en Corinto, el Apóstol lo empleó en sus relaciones con los corintios. Esta teoría tiene un sabor de novela histórica tan marcado, que nadie osa darle crédito.

Los testimonios antiguos son muy dudosos y no dan ninguna luz. Según Eusebio (*Hist. eccl.*, 1, I, c. XII, 1) dice que el Sóstenes citado en la Epístola a

los Corintios era uno de los setenta discípulos de Nuestro Señor. Por lo tanto, Eusebio rechaza la identificación.

Los "sinaxarios", que mencionan a Sóstenes el 8 y el 9 de diciembre, el 29 o el 30 de marzo, se inclinan a la identificación (*Synax. Eccl. Const.*, cols. 289, 292, 558, 573, 586) y pretenden que murió siendo obispo de Colofón (al oeste del Asia Menor, entre Efeso y Esmirna).

En los martirologios occidentales, Adón cita a Sóstenes, el jefe de la sinagoga, el 11 de junio: "En Corinto, San Sóstenes, discípulo del Apóstol San Pablo" y el 28 de noviembre: "Aniversario de San Sóstenes, discípulo de los apóstoles". Sería falso querer sacar de esta doble mención una conclusión cualquiera. Adó llenó su martirologio con personajes del Nuevo Testamento, pero no tuvo cuidado de no confundir a los homónimos.

Ver Quentin, *Les martyrol, hist. du Moyen Age*, pp. 430, 461, 589, 601.

SAN ESTEBAN EL JOVEN, MÁRTIR (764 P.C.)

SAN ESTEBAN el joven, uno de los más famosos mártires de la persecución iconoclasta, nació en Constantinopla. Cuando tenía quince años, sus padres le confiaron a los monjes del antiguo monasterio de San Auxencio, no lejos de Calcedonia. El oficio del joven consistía en comprar las provisiones. Con motivo de la muerte de su padre, Esteban tuvo que ir a Constantinopla. Aprovechó la ocasión para vender sus posesiones y repartir el producto entre los pobres. Una de sus dos hermanas era ya religiosa; la otra partió a Bitinia con su madre, y ambas se retiraron también a un monasterio. Cuando murió el abad Juan, Esteban fue elegido para sucederle, a pesar de que sólo tenía treinta años. El monasterio consistía en una serie de celdas aisladas, desperdigadas en la montaña. El nuevo abad se estableció en una cueva de la cumbre. Ahí unió el trabajo a la oración: se ocupaba en copiar libros y en fabricar redes. Algunos años más tarde, Esteban renunció al cargo y en un sitio más retirado aún se construyó una celda tan estrecha, que el santo no podía estar de pie ni recostarse, sin chocar con los muros. En esa especie de sepulcro se encerró a los cuarenta y dos años de edad.

El emperador Constantino Coprónimo continuó la guerra que su padre, Leo, había declarado a las imágenes. Como era de esperar, encontró entre los monjes la oposición más fuerte y contra ellos tomó las medidas más rigurosas, Como estaba al tanto de la gran influencia de Esteban, el emperador se esforzaba para que suscribiese el decreto promulgado por los obispos iconoclastas en el sínodo del año 754. El patricio Calixto hizo el intento de convencer al santo para que lo firmase, pero fracasó en la empresa. Constantino, furioso al ver la firma de San Esteban, envió a Calixto con un grupo de soldados para que sacasen a rastras al santo de su celda. Esteban se hallaba ya tan extenuado, que los soldados tuvieron que llevarle cargado hasta la cumbre de la montaña. Algunos testigos venales acusaron a San Esteban de haber convivido con su hija espiritual, la santa viuda Ana. Esta protestó de su inocencia y, al negarse a dar testimonio contra el santo, como lo pedía el emperador, fue encarcelada en un monasterio donde murió poco después, a consecuencia de los malos tratos.

El emperador, que buscaba un nuevo pretexto para condenar a muerte a Esteban, le sorprendió cuando confería el hábito a un novicio, cosa que estaba

prohibida. Inmediatamente, los soldados dispersaron a los monjes e incendiaron el monasterio y la iglesia. Esteban fue llevado preso en un navío a un monasterio de Crisópolis, donde se reunieron para juzgarle Calixto y algunos obispos. Al principio, le trataron cortesmente, pero después empezaron a maltratarle con brutalidad. El santo les preguntó cómo se atrevían a calificar de ecuménico un concilio que no había sido aprobado por los otros patriarcas, y defendió tenazmente la veneración de las sagradas imágenes. Por ello, fue desterrado a la isla de Proconeso de Propóntide. Dos años más tarde, Constantino Coprónimo mandó que fuese trasladado a una prisión de Constantinopla. Unos cuantos días después, el santo compareció ante el emperador. Este le preguntó si creía que pisotear una imagen era lo mismo que pisotear a Cristo. Esteban replicó: "Ciertamente que no." Pero en seguida, tomando una moneda, preguntó qué castigo merecía el que pisoteara la imagen del emperador que había en ella. La sola idea de ese crimen provocó gran indignación. Entonces Esteban preguntó: "¿De modo que es un crimen enorme insultar la imagen del rey de la tierra y no lo es arrojar al fuego las imágenes del Rey del cielo?" El emperador le mandó azotar, cosa que los verdugos hicieron con extremada violencia. Cuando Constantino se enteró de que el santo *no había muerto en el suplicio, exclamó: "¿No hay nadie capaz de librarme* de ese monje?" Inmediatamente, uno de los presentes corrió a la cárcel y arrastró al mártir por las calles de la ciudad, donde la multitud le golpeó con piedras y palos, hasta que un hombre le destrozó la cabeza con un mazo. El Martirologio Romano menciona junto con San Esteban a otros monjes que sufrieron por la misma causa en la misma época.

En Migne, PG., vol. c, pp. 1069-1086, puede verse la biografía escrita por Esteban, "diácono de Constantinopla". Alguien ha hecho notar que en esa obra hay ciertos pasajes tomados de la "Vida de San Eutimio" escrita por Cirilo de Escitópolis. Se encontrará un breve relato del matirio en B. Hermann, *Verborgene Heilige des griechischen Ostens* (1931).

SAN SIMEON METAFRASTO (*c.* 1000 P.C.)

SIMEÓN METAFRASTO (es decir, "el Repetidor") merece un sitio en una vida de santos, por la misma razón que los beatos Adó de Vienne y Jacobo de Vorágine, ya que fue el principal compilador de las leyendas de los santos que se conservaban en los menologios de la Iglesia bizantina. Aunque Miguel Pselos (1078) escribió la vida de Simeón, en realidad tenemos muy pocos datos ciertos sobre ella. A diferencia de los otros dos hagiógrafos que acabamos de mencionar, Simeón Metafrasto no fue obispo. Pselos dice que era "logozete", es decir, una especie de secretario de estado. Emprendió su trabajo sobre los santos, por mandato de un emperador (probablemente Constantino VII Porfiriogénito). Los historiadores actuales suelen identificarle con el Simeón Logozete que escribió una crónica en el siglo X.

La colección de leyendas de San Simeón hacen de él uno de los escritores griegos medievales más conocidos. Sin embargo, no se ha llegado todavía a averiguar con certeza qué fuentes utilizó y dónde encontró ciertos materiales. Se le ha acusado de falsificación y de credulidad infantil, pero Ehrhard, Delehaye y otros autores, han reivindicado su memoria. En realidad, las numerosas historias ridículas que relata corrían de boca en boca en su tiempo por tradición

oral o escrita y Simeón no hizo más que anotarlas. Fue el principal compilador de leyendas griegas y, no sin razón, se le ha comparado con Jacobo de Vorágine. Su colección fue traducida al latín y publicada en Venecia a mediados del siglo X.

En la Iglesia bizantina se celebra su fiesta el 28 de noviembre. En el occidente no se le tributa culto, como lo hicieron notar los padres latinos en la séptima sesión del Concilio de Florencia.

Véase A. Ehrhard, *Die Legendensammlung des Symeon Metaphrastes...* (1897); H. Delehaye, en *Analecta Bollandiana*, vol. XVI (1897), pp. 312-329, y vol. XVII (1898), pp. 448-452; *American Ecclesiastical Review*, vol. XXIII (1900), pp. 113-120; *Encyclopaedia Britannica*, 11a. edic., vol. XXVI, p. 285; A. Fortescue, en *Catholic Encyclopaedia*, vol. x, pp. 225-226 y H. Leclercq, en DAC., t. XI, cc. 420-426. La colección de leyendas puede verse en Migne, PG., vols. CXIV-CXVI; el vol. CXIV contiene la biografía escrita por Pselos y el oficio de la fiesta de San Simeón; en *Analecta Bollandiana*, vol. LXVIII (1950), pp. 126-134, se hallarán los poemas que escribió Nicéforos Ouranos sobre la muerte de San Simeón. Contra la hipótesis de que Simeón vivió a mediados del siglo XI, véase A. Ehrhard, *Uberlieferung und Bestand der hagiographischen und homiletischen Literatur der griechischen Kirche*, en *Texte und Untersuchungen zur Gesch. der altchristlichen Literatur*, vol. LI, pp. 307 ss.

SANTO SANTIAGO DE LA MARCA (1476 P.C.)

SANTIAGO nació en Montebrandone de la Marca de Ancona. Su apellido era Gangala. Sus padres eran gente humilde. El santo vino al mundo en 1394 y, en 1416, pidió la admisión en el convento de los frailes menores de Asís. Sus superiores le enviaron a hacer el noviciado en el pequeño convento de Carceri, en las cercanías de Asís. Más tarde, Santiago estudió en Fiésole, bajo la dirección de San Bernardino de Siena. A los veintinueve años recibió la ordenación sacerdotal. Inmediatamente, comenzó a predicar en Toscana, Umbría y la Marca. Practicaba penitencias extremadas y se dice que sólo dormía tres horas diarias. Copió de mano propia casi todos los libros que necesitaba para su ministerio. Su hábito estaba muy raído. Su celo por las almas era inmenso y se puede decir que pasó toda su vida predicando continuamente, tanto a los católicos como a los herejes, con gran fruto. Sus misiones le llevaron a Alemania, Bohemia, Polonia y Hungría

Santiago trabajaba de concierto con San Juan Capistrano, quien había sido su compañero de estudios en Fiésole. En 1426, el Papa Martín V los nombró inquisidores contra los "fraticelli", nombre que se daba a un conjunto de sectas heréticas y rigoristas que hacían entonces furor en Italia. Los dos frailes procedieron con tal severidad, que varios obispos protestaron. En efecto, no sólo mandaron destruir treinta y seis casas de los "fraticelli", sino que condenaron a la hoguera a varios de ellos. Santiago tomó también parte en otras campañas, menos violentas, contra los "fraticelli" y otros cismáticos. Por ejemplo, en el Concilio de Basilea, contribuyó a la concordia de los husitas moderados, mediante la concesión de la comunión bajo las dos especies. Cuando el Concilio se trasladó a Florencia, el santo participó en la reunión de los orientales disidentes. En 1445, predicó la cuaresma en Perugia, donde concedió el hábito de San Francisco al Beato Bernardino de Fossa. Cuatro años más tarde, fue nuevamente comisionado para tratar con los "fraticelli" y publicó un "Diálogo" contra ellos. Santiago pertenecía a la rama de los observantes,

cuyo éxito había provocado muchas envidias. En una carta a San Juan Capistrano, Santiago le cuenta las dificultades y sufrimientos en que se ha visto envuelto por esa causa. El santo tomó parte en las negociaciones que se llevaron a cabo entre los observantes y los conventuales, pero el proyecto de acuerdo que presentó a la Santa Sede no satisfizo a ninguna de las dos partes. En 1456, durante una serie de sermones cuaresmales que predicó en Padua, despertó en otro Bernardino (Bernardino de Feltre) el deseo de ingresar en la orden de los frailes menores. Santiago fomentó los montes de piedad, que el Beato Bernardino de Feltre había de reorganizar y poularizar más tarde. Aquel año, cuando murió San Juan Capistrano, Santiago fue a suplirle en Austria y Hungría, donde llevó adelante su obra contra los husitas extremistas.

A su rergeso a Italia, se le ofreció la sede de Milán, pero prefirió seguir al servicio de las almas predicando en toda Italia. Dos años más tarde, en 1462, se vio envuelto en una seria dificultad. En efecto, cuando predicaba en Brescia un lunes de Pascua, expresó una opinión teológica que le valió ser convocado ante la inquisición del lugar. El santo se negó a comparecer. Como los inquisidores no desistiesen, Santiago apeló a Roma. El inquisidor mayor era un dominico, y tanto los dominicos como los franciscanos habían tomado ya posiciones opuestas acerca de la cuestión. Ese incidente provocó un largo debate ante Pío II, quien no zanjó la cuestión y se contentó con imponer silencio a ambas partes.

Santiago de la Marca pasó los tres últimos años de su vida en Nápoles, donde murió el 28 de noviembre de 1476. Fue canonizado en 1726.

El más auténtico testimonio sobre Santiago no fue publicado sino muy recientemente. Nos referimos a los recuerdos del P. Vicente da Fabriano, compañero y amigo íntimo del santo; fueron editados por el P. Teodosio Somigli en *Archivum Franciscanum Historicum,* vol. XVII (1924), pp. 378-414. En el mismo artículo hay una bibliografía muy completa, por lo cual no mencionaremos aquí las otras biografías del santo. En las crónicas de Waddding, Marcos de Lisboa, Tossignano y Mazzara, hay noticias biográficas muy abundantes. Las principales biografías son las de G. B. Barberio (1702), Giuseppe-Arcangelo di Fratta Maggiore (1830), y G. Rocco (1909). Véase también Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. IV, pp. 125-154; y G. Caselli, *Studi su S. Giacomo della Marca* (2 vols., 1926).

SANTA CATALINA LABOURE, VIRGEN (1876 P.C.)

ZOE LABOURÉ, hija de un campesino de Fain-les-Moutiers, nació en 1806. Fue la única de una numerosa familia que no asistió a la escuela y no aprendió a leer ni a escribir. Cuando su madre murió, Zoe tenía ocho años. Algún tiempo después, su hermana mayor, Luisa, ingresó en el instituto de las Hermanas de la Caridad, de suerte que Zoe quedó encargada de hacer casa a su padre. A eso de los catorce años, la joven se sintió también llamada a la vida religiosa. Su padre se opuso un tanto; pero finalmente, en 1830, Zoe consiguió ingresar en la casa que tenían las hermanas de la caridad de San Vicente de Paul en Chatillon-sur-Seine. En religión tomó el nombre de Catalina. Al terminar el postulantado, fue enviada al convento de París (rue du Bac), a donde llegó cuatro días antes de que las reliquias de San Vicente fuesen trasladadas de Notre-Dame a la iglesia de los lazaristas en la calle de Sevres. Al atardecer del día de esa fiesta, tuvo lugar la primera de las extraordinarias visiones que tuvo Catalina Labouré, pero no fue aquélla de las más importantes, y transcurrieron

tres meses desde entonces para que se iniciara la serie de tres apariciones trascendentales que habrían de dar fama mundial al nombre de la hermana. A eso de las 11.30 de la noche del 18 de julio de 1830, la hermana Catalina despertó sobresaltada y se encontró ante "un niño resplandeciente" que la invitaba a seguirle con un gesto de su mano. El niño la condujo a la capilla de las monjas donde la aguardaba la Santísima Virgen. La entrevista se prolongó durante dos horas y, según se supo más tarde, en el curso de la misma, la Madre de Dios le advirtió que la tenía destinada a una tarea muy difícil y le reveló ciertos sucesos futuros, como la muerte violenta de un arzobispo de París que habría de ocurrir, como ocurrió en efecto, cuarenta años más tarde (Mons. Darboy, en 1871).

La segunda aparición tuvo lugar el 27 de noviembre, cuando Nuestra Señora se manifestó a Catalina en la misma capilla. En aquella ocasión, la Madre de Dios no habló, pero en cambio se apareció inmóvil y resplandeciente, como la figura de una estampa. Parecía estar dentro de un gran círculo luminoso, de pie sobre una esfera; tenía las manos extendidas hacia abajo, y de sus palmas irradiaban rayos de luz. En torno a la figura de la Virgen aparecía la siguiente inscripción: "¡Oh, María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a vos¡", En un momento dado, la imagen pareció darse la vuelta y, en el reverso apareció una "M" coronada por una cruz y con dos corazones debajo, uno ceñido por una corona de espinas y el otro traspasado por una espada. En el mismo momento, Catalina creyó oír una voz que le mandaba acuñar una medalla con aquella imagen y aquellos símbolos. La misma voz prometía que, cuantos portasen la medalla con devoción, recibirían grandes gracias por la intercesión de la Madre de Dios. La visión se repitió al mes siguiente y en varias ocasiones más, hasta el mes de septiembre de 1831.

La hermana Catalina refirió todo a su confesor, el P. Aladel, quien investigó cuidadosamente el asunto y, convencido de su autenticidad, obtuvo del arzobispo de París, Mons. de Quélen, el permiso de acuñar la medalla. En junio de 1832, quedaron listos los primeros 1500 ejemplares de la que se conoció desde entonces como la medalla "milagrosa". Según parece, ese nombre se le dio a causa de las circunstancias maravillosas de su origen, más que a milagros relacionados con ella. En seis años, se vendieron 130,000 ejemplares de la "Noticia histórica de los orígenes y efectos de la Medalla Milagrosa", obra del P. Aladel, publicada en 1834 y que fue traducida a varios idiomas, incluso al chino. En 1836, el arzobispo de París instituyó una investigación canónica sobre las visiones. Pero la hermana Catalina no compareció ante los miembros de la comisión. Las precauciones que la santa había tomado para permanecer ignorada, la promesa que había arrancado al P. Aladel de no revelar su nombre a nadie, el secreto absoluto que había guardado sobre las visiones, excepto ante su confesor y sus repugnancia a comparecer ante las autorirdades eclesiásticas, explican por qué los miembros de la comisión no hablaron con ella. El tribunal tomó en consideración las circunstancias, el carácter de la visionaria, la prudencia y buen juicio del P. Aladel y falló en favor de la autenticidad de las visiones. La popularidad de la medalla creció rápidamente, sobre todo a partir de la conversión de Alfonso Ratisbonne en 1842. Era éste un judio alsaciano que había aceptado, sin entusiasmo alguno, llevar la medalla y más tarde, tuvo una aparición de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa en la iglesia de Sant'Andrea delle Frate, de Roma. En seguida, recibió el bautismo y posterior-

mente se ordenó sacerdote y fundó la congregación religiosa de los Padres y las Hermanas de Sión. También se hizo una investigación canónica sobre la visión de Alfonso Ratisbonne.

El informe de la comisión y el del arzobispo de París, se usaron a fondo en el proceso de beatificación de Catalina Labouré, sobre cuya vida personal se sabe muy poco. Sus superiores la calificaron de "más o menos insignificante, realista y poco imaginativa, fría y casi apática". Desde 1831 hasta su muerte, ocurrida el 31 de diciembre de 1876, la santa vivió sin hacerse notar en el convento de Enghien-Reuilly, donde ejerció los cargos de portera, encargada del gallinero y encargada del cuidado de los ancianos del hospicio. Ocho meses antes de su muerte, Catalina reveló a su superiora, la Madre Dufes, las gracias extraordinarias que había recibido. Todo el pueblo se volcó en sus funerales. Poco después, un niño de once años, inválido de nacimiento, fue curado instantáneamente en el sepulcro de la santa. Catalina Labouré fue canonizada en 1947. Su fiesta quedó fijada en la fecha de hoy.

Se ha escrito mucho sobre Catalina y la Medalla Milagrosa. Probablemente la biografía más conocida es la del P. E. Crapez, de la que, en 1920, se hizo una edición inglesa abreviada. Mencionemos también la biografía del P. E. Cassinari, igualmente traducida al inglés en 1934. Anterior a éstas es la obra de Lady Georgiana Fullerton, *Life and Visions of a Sister of Charity* (1880). En inglés existe una biografía popular escrita por la Sra. P. Boyne (1948), y en francés la obra de C. Yves, *La vie secrète de Catherine Labouré* (1948).

29: SAN SATURNINO, MÁRTIR (309 P.C.)

LA IGLESIA de occidente conmemora el día de hoy a este mártir, pero todo lo que sabemos sobre él se reduce a lo que cuentan las falsas "actas" del Papa San Mercelo I. El Martirologio Romano dice: "En Roma, en la Vía Salaria, el nacimiento para el cielo del anciano Saturnino y del diácono Sisinio, que fueron martirizados en tiempos del emperador Maximiano. Después de debilitarlos con una larga prisión, el prefecto de la ciudad mandó que se los torturase en el potro, se los golpease con varas y látigos y se los quemase con brasas. Finalmente fueron decapitados." El Papa San Dámaso escribió, en un epitafio, que San Saturnino era un sacerdote cartaginés que había ido a Roma. Ciertamente fue sepultado en el cementerio de Traso, en la nueva Vía Salaria.

La *pasion* del Papa Marcelo, de la que se deriva la leyenda de Saturnino y Sisinio, puede verse en *Acta Sanctorum*, enero, vol. II y también en Surio, etc. El problema se discute en CMH., pp. 626-627. Una basílica de la Vía Salaria, que probablemente estaba dedicada a San Saturnino, se incendió en tiempos de Félix III (IV), *c.* 528; pero fue reconstruida y restaurada por los Papas Adriano y Gregorio IV, en los siglos VIII y IX respectivamente, como lo hace constar el *Liber Pontificalis.*

SAN SATURNINO, OBISPO DE TOULOUSE, MÁRTIR (¿Siglo III?)

SE VENERA A San Saturnino como evangelizador y primer obispo de Toulouse. Fortunato dice que convirtió a muchos idólatras con su predicación y milagros.

Se supone que predicó aquende y allende los Pirineos. El autor de su "pasión", que data de antes del siglo VII, relata que el santo reunía a los fieles de Toulouse en una pequeña iglesia y hace notar que el principal templo de la ciudad estaba situado entre dicha iglesia y la casa del santo. Los oráculos solían hablar en el templo, pero durante largo tiempo habían permanecido mudos, y los paganos atribuyeron aquel silencio a la presencia del obispo cristiano. Así pues, los sacerdotes se apoderaron de él un día, cuando el santo pasaba frente al templo, y le arrastraron al interior. Ahí le advirtieron que si no aplacaba a los dioses ofreciéndoles sacrificios, sería sacrificado él mismo. Saturnino replicó: "Yo adoro a un solo Dios y sólo a El ofreceré sacrificio de alabanza. Vuestros dioses son malos y se complacen más en el sacrificio de vuestras almas que en el de vuestros toros. ¿Cómo voy a temerlos, puesto que vosotros mismos reconocéis que tiemblan ante un cristiano?" Los infieles, encolerizados por esa respuesta, ataron al santo por los pies a un toro que iba a ser sacrificado y azuzaron al animal para que echase a correr colina abajo. Los sesos del mártir quedaron diseminados en la pendiente. El toro siguió arrastrando el cuerpo hasta que se reventó la cuerda. Los restos de Saturnino quedaron abandonados ante las puertas de la ciudad hasta que dos mujeres los escondieron en un foso. Más tarde, las reliquias fueron trasladadas a la gran iglesia de San Saturnino. La iglesia que se levanta en el sitio en que se detuvo el toro se llama todavía "Taur". Más tarde, la leyenda embelleció la vida del santo, diciendo que había sido enviado a la Galia por el Papa Clemente o por los mismos Apóstoles.

Por extraño que parezca, Ruinart incluyó la *pasión* de San Saturnino en su *Acta Sincera.* Delehaye estudia en CMH todos los puntos importantes. San Gregorio de Tours menciona más de una vez a San Saturnino y su basílica de Toulouse y es evidente que tenía ante los ojos el texto de la *pasión* del mártir. Tanto Venancio Fortunato como Sidonio Apolinar honran al santo obispo y hacen eco al relato legendario de su martirio. Los calendarios mozárabes conmemoran también al santo el día de hoy. Véase Duchesne, *Fastes Episcopaux,* vol. I, p. 26 y pp. 306-307.

BEATO FEDERICO DE RATISBONA (1329 P.C.)

NO SABEMOS prácticamente nada acerca de la vida de este siervo de Dios. El culto que se le tributaba desde su muerte fue confirmado en 1909. Federico nació en Ratisbona, de padres pobres, e ingresó como hermano lego en el convento de los ermitaños de San Agustín de la misma ciudad. Ejercitó principalmente los oficios de carpintero y leñador y solía dar gracias a Dios de que existiesen oficios que él fuese capaz de desempeñar. Entre otras maravillas, se cuenta que un ángel le llevó cierta vez la comunión. La mención de su nombre en los calendarios, el título de beato que se le da en ellos y el sitio privilegiado que ocupa su sepulcro, prueban la veneración que le profesaban sus contemporáneos. El Beato Federico murió el 30 de noviembre de 1329, pero los ermitaños de San Agustín y los fieles de la ciudad de Ratisbona celebran su fiesta el día anterior.

En *Bavaria Sancta* (1702), vol. I, p. 298, de M. Rader, hay una breve biografía, compuesta en gran parte de una serie de milagros de tipo muy convencional y un imponente grabado in-folio que representa al beato. Dado que dicha obra fue publicada por primera vez en 1615, constituye por lo menos una prueba de que se veneraba al hermano Federico desde tiempo inmemorial. El decreto de confirmación del culto puede verse en *Acta Apostolicae Sedis,* vol. I (1909), pp. 496-498.

BEATO CUTBERTO MAYNE, MÁRTIR (1577 P.C.)

EL COLEGIO Inglés de Douai fue fundado en 1568. En los primeros años de la persecución, las autoridades de Inglaterra solían hacer una distinción entre los sacerdotes ordenados en ése o en otros seminarios del extranjero y los "sacerdotes marianos" que habían recibido la ordenación sacerdotal en Inglaterra. El primer sacerdote del seminario que pagó su misión con la vida, fue el Beato Cutberto Mayne. Había nacido en Youlston, cerca de Barnstaple, en 1544. Un tío suyo, sacerdote cismático, le educó en el protestantismo. Cutberto estudio en la escuela de Barnstaple. A los dieciocho o diecinueve años, fue ordenado ministro, sin tener ninguna inclinación ni preparación. Su tío le envió entonces al Colegio de San Juan de Oxford, donde el joven conoció al Dr. Gregorio Martin y al Beato Edmundo Campion, que era todavía protestante. Cutberto comprendió muy pronto que la verdad estaba en el catolicismo, pero no se atrevió a abandonar el protestantismo por miedo de perder cuanto tenía y quedarse en la miseria. Martin y Campion partieron al Colegio Inglés de Douai y desde ahí escribieron varias veces a Cutberto para invitarle a reunirse con ellos. En 1570, poco después de que Cutberto había obtenido la licenciatura, una de dichas cartas cayó en manos del obispo de Londres, quien mandó arrestar a todos los estudiantes de Oxford cuyos nombres figuraban en ella. Cutberto estaba entonces ausente, de suerte que escapó de la prisión casi milagrosamente. Pero aquel incidente venció sus últimas resistencias: inmediatamente abjuró del protestantismo y, en 1573, ingresó en el Colegio de Douai. Tres años después, recibió la ordenación sacerdotal y obtuvo el título de bachiller en teología. En abril de 1576, fue enviado a Inglaterra con el Beato Juan Payne. Cutberto Mayne fue el décimo quinto sacerdote de Douai enviado a Inglaterra.

El beato estableció su residencia en casa de Francisco Tregian, en Golden de Cornwall, donde se hizo pasar por un criado. Sabemos muy poco acerca de los ministerios de Cutberto. Lo cierto es que su presencia despertó sospechas porque un año después, el alcalde mayor, Ricardo Grenville, recorrió palmo a palmo la casa de Tregian. El P. Mayne fue arrestado por llevar al cuello un "Agnus Dei". También el Sr. Tregian fue detenido. El alcalde arrastró al Beato Cutberto de la casa de un noble a la de otro. Finalmente, en Launceston le encerró en una horrible mazmorra y le encadenó a un poste del camastro. Hacia el día de la fiesta de San Miguel, el P. Mayne fue juzgado por varios crímenes: por haber obtenido de Roma y publicado en Golden "una facultad de absolver" a los súbditos de la reina (en realidad se trataba de un ejemplar de la indulgencia del jubileo de 1575); por haber enseñado en la cárcel de Launceston que el obispo de Roma conservaba el poder espiritual sobre Inglaterra (de lo cual dieron testimonio tres iletrados); por haber llevado a Inglaterra y haber dado al Sr. Tregian "un objeto vano y supersticioso, vulgarmente llamado Agnus Dei" (de lo cual no se adujo prueba alguna); y por haber celebrado la misa (pues se habían descubierto en Golden un misal, un cáliz y unos ornamentos sacerdotales). Todo ello era contrario a los estatutos de la reina.

El jurado, dirigido por el fiscal Manwood, después de hablar muy largamente con el alcalde Grenville, declaró culpable al acusado, que fue condenado a muerte. Tres de los cuatro señores y los tres administradores de sus fincas

fueron condenados a prisión perpetua y a la confiscación de sus bienes, por haber prestado ayuda al culpable. Pero el segundo juez, que se llamaba Jeffrey, descontento de la forma en que se había llevado el proceso, consiguió que el caso fuese estudiado nuevamente por todo el cuerpo judicial en Serjeants' Inn. Los jueces no lograron ponerse de acuerdo; pero, aunque la mayoría opinaba como Jeffrey, el Consejo Privado determinó que se ejecutase la sentencia para que sirviese de escarmiento a los sacerdotes que pasaban del continente a Inglaterra. La víspera de la ejecución, se ofreció la libertad al P. Mayne, a condición de que jurase la supremacía espiritual de la reina. El beato pidió una Biblia, la besó y dijo: "La reina no ha sido ni será nunca la cabeza de la Iglesia en Inglaterra." Fue conducido en un trineo al sitio de la ejecución y no se le permitió dirigir la palabra a la multitud desde el patíbulo. Como las autoridades tratasen de arrancarle una confesión contra el Sr. Tregian y su cuñado, Sir John Arundell, el P. Mayne declaró: "Lo único que sé sobre ellos es que son hombres buenos y piadosos. El único que estaba al tanto de mi ministerio sacerdotal era yo mismo." El beato fue descuartizado vivo, pero probablemente ya había perdido el conocimiento cuando los verdugos empezaron a desentrañarle.

Cutberto Mayne fue uno de los mártires beatificados por León XIII. Su fiesta se celebra en Plymouth y algunas otras diócesis de Inglaterra. Las carmelitas de Lanherne poseen una importante reliquia del cráneo del beato; procede de Launceston, donde fue expuesta la cabeza después de la ejecución. Francisco Tregian fue desposeído de sus bienes y estuvo en diversas prisiones durante casi treinta años. Murió en Lisboa en 1608 y a sus reliquias se atribuyeron varios milagros. "Es de notar que ninguno de aquéllos a los que el P. Mayne reconcilió con la Iglesia, apostató de la fe católica, sin duda porque la habían conocido gracias a tan excelente maestro."

El relato más fidedigno del martirio del P. Mayne es el que escribió E. S. Knox para la obra de Camm, LEM., vol. II, pp. 204-221 y 656. Véase también MMP., pp. 1-6 y 601; R. A. McElroy, *Bd Cuthbert Mayne* (1929); A. L. Rowse, *Tudor Cornwall* (1941), c. XIV; y P. A. Boyan y G. R. Lamb, *Francis Tregian* (1955).

BEATOS DIONISIO y REDENTO, MÁRTIRES (1638 P.C.)

PEDRO, el mayor de los diez hijos de la familia Berthelot, nació en Honfleur de Normandía, en 1600. A los diecinueve años, partió a las Indias orientales en el navío francés "Espérance", que fue capturado e incendiado por unos piratas holandeses. Pedro consiguió escapar en Java donde se dedicó a comerciar durante algunos años. Después ingresó en la marina portuguesa, en Malaca y llegó a ser piloto y cartógrafo, y tomó parte en varias expediciones. En 1635, conoció en Goa al prior de los carmelitas descalzos e ingresó en dicha orden, en la que tomó el nombre de Dionisio. Poco después de su profesión, el virrey portugués pidió que pilotease la nave en que iba a enviar una embajada a Sumatra. Los superiores de Dionisio accedieron y le ordenaron sacerdote para que fuese también el capellán de la expedición. Por compañero, le dieron a un hermano lego llamado Redento. Dicho hermano se llamaba antes de entrar en religión Tomás Rodríguez de Cunha y había sido soldado en la India. En cuanto la expedición llegó a Achin (Koetaraja), los naturales tomaron presos al embajador y a toda su comitiva y dieron muerte a muchos de ellos, entre

los que se contaban los dos frailes. Dionisio fue condenado a ser pisoteado por los elefantes, por haberse negado a apostatar. Pero en vista de que los paquidermos no se decidían a pasarle por encima, los impacientes paganos le dieron muerte por la espada. Redento fue ejecutado algunos días después. En cuanto el P. Felipe, superior de Goa, se enteró de lo sucedido, empezó a reunir testimonios para introducir la causa de beatificación de sus dos súbditos, sin embargo, la beatificación no tuvo lugar sino hasta 1900.

Fray João do Sacramento relata muy detalladamente el martirio en su *Chronica de Carmelitas Descalços*, vol. II (1721), pp. 798-813. El autor cuenta que el P. Felipe consiguió que el arzobispo de Goa instituyese un proceso formal con miras a la canonización y publicó un relato del martirio. Probablemente se trata del relato que se encuentra en sus obras: *Itinerarium Orientale* (1649) y *Decor Carmeli* (1665). Entre las obras modernas citaremos las de Tomás de Jesús, *Les bx. Denis de la Nativité et Rédempt de la Croix* (1900); P. Gonthier, *Vie admirable de Pierre Berthelot* (1917); y una serie de artículos de *Etudes Carmélitaines*, 1912, pp. 426-442, y 1913, pp. 215-227. Se dice que en el Museo Británico se conservan algunos mapas del P. Dionisio.

BEATO FRANCISCO ANTONIO DE LUCERA (1742 P.C.)

EN LA SEGUNDA mitad del siglo XVII, vivía en Lucera, de Apulia una familia muy pobre: la familia Fasani. En su seno nació, en 1681, un niño que recibió en el bautismo los nombres de Donato Antonio Juan Nicolás. Todos le llamaban Juanito. Antes de que el niño cumpliese diez años, murió su padre, que era campesino. Su madre volvió a casarse. El segundo marido, Francisco Farinacci, resultó tan bueno como el primero y envió a Juanito a estudiar en el convento de los frailes menores conventuales de Lucera. El joven, sintiéndose llamado a la vida religiosa, tomó el hábito y el nombre de Francisco a los quince años en el noviciado de Monte Gárgano. El hermano Francisco Antonio hizo sus estudios en diversos colegios. En 1705, recibió la ordenación sacerdotal en Asís. Poco después, obtuvo el grado de doctor en teología y, en 1707, sus superiores le enviaron a enseñar filosofía en el colegio de los conventuales de Lucera.

El P. Francisco pasó el resto de su vida en la población que le había visto nacer. En Lucera se le había dado el nombre de "Padre Maestro" desde que se había licenciado en teología y así se le llamó siempre, por más que ocupó diversos cargos, incluso el de provincial de la provincia de Sant' Angelo. Como profesor y predicador, dejó huella en Apulia y Molise. En cuanto a su superiorato, sus súbditos solían decir: "Toma por medida de nuestro espíritu el suyo y quiere que seamos tan santos como él." Como había de hacerlo un siglo más tarde San José Cafasso en el otro extremo de Italia el P. Francisco se preocupaba especialmente por los presos, sobre todo por los condenados a muerte. El biógrafo italiano del beato, para indicar el lamentable estado de las prisiones de Italia, cita el comentario que hizo Glandstone, un siglo más tarde, sobre las prisiones de Nápoles. El P. Francisco tenía un corazón verdaderamente franciscano: él fue quien introdujo en Italia la costumbre de reunir regalos de Navidad para los pobres. Inútil decir que los pobres acudían constantemente al beato con peticiones posibles e imposibles. Y el P. Francisco satisfacía algunas veces aun las peticiones imposibles, sobre todo cuando se trataba de sequías.

Los habitantes de Lucera decían: "Quien quiera ver a San Francisco no tiene más que mirar al padre maestro." Uno de los superiores del beato

dijo que había alcanzado tal grado de unión mística con Dios, que estaba repleto de El. Una de las características del Beato Francisco era su devoción a la Inmaculada Concepción. Todos los años celebraba aquella fiesta con una novena y esa costumbre se conserva todavía en Lucera. El beato murió precisamente el primer día de la novena de la Inmaculada, 29 de noviembre de 1742. Poco antes, hallándose en buena salud, había predicho su muerte a uno de sus penitentes y había anunciado al P. Luis Gioca que pronto lo seguiría. El P. Gioca, a quien no sonreía esa perspectiva, respondió: "Padre Maestro, si vos queréis morir, estáis en todo vuestro derecho, pero yo no tengo ninguna prisa." El beato replicó: "Los dos vamos a hacer el viaje: yo antes y vos después." El P. Gioca murió dos meses después que el beato. Francisco Antonio Fasani fue beatificado en 1951.

En italiano existen las biografías del canónigo T. M. Vigilanti (1848), del P. L. Berardini (1951) y del P. G. Stano (1951). La obra de este último, que es muy corta, fue traducida al inglés.

30: SAN ANDRES, Apóstol, Patrono de Rusia y de Escocia (Siglo I)

SAN ANDRES nació en Betsaida, población de Galilea situada a orillas del lago de Genezaret. Era hijo del pescador Jonás y hermano de Simón Pedro. La Sagrada Escritura no especifica si era mayor o menor que éste. La familia tenía una casa en Cafarnaún y en ella se alojaba Jesús cuando predicaba en esa ciudad. Cuando San Juan Bautista empezó a predicar la penitencia, Andrés se hizo discípulo suyo. Precisamente estaba con su maestro, cuando Juan Bautista, después de haber bautizado a Jesús, le vio pasar y exclamó: "¡He ahí al cordero de Dios!" Andrés recibió luz del cielo para comprender esas palabras misteriosas. Inmediatamente, él y otro discípulo del Bautista siguieron a Jesús, el cual los percibió con los ojos del espíritu antes de verlos con los del cuerpo. Volviéndose, pues, hacia ellos, les dijo: "¿Qué buscáis?" Ellos respondieron que querían saber dónde vivía y Jesús les pidió que le acompañasen a su morada. Andrés y sus compañeros pasaron con Jesús las dos horas que quedaban del día. Andrés comprendió claramente que Jesús era el Mesías y, desde aquel instante, resolvió seguirle. Así pues, fue el primer discípulo de Jesús. Por ello los griegos le llaman "Proclete" (el primer llamado). Andrés llevó más tarde a su hermano a conocer a Jesús, quien le tomó al punto por discípulo y le dio el nombre de Pedro. Desde entonces, Andrés y Pedro fueron discípulos de Jesús. Al principio no le seguían constantemente, como habían de hacerlo más tarde, pero iban a escucharle siempre que podían y luego regresaban al lado de su familia a ocuparse de sus negocios. Cuando el Salvador volvió a Galilea, encontró a Pedro y Andrés pescando en el lago y los llamó definitivamente al ministerio apostólico, anunciándoles que haría de ellos pescadores de hombres. Abandonaron inmediatamente sus redes para seguirle y ya no volvieron a separarse de El. Al año siguiente, nuestro Señor eligió a los doce Apóstoles; el nombre de Andrés figura entre los cuatro primeros en las listas del Evangelio. También se le menciona a propósito de la multiplicación de los panes (Juan, VI, 8-9) y de los gentiles que querían ver a Jesús (Juan, XII, 20-22)

Aparte de unas cuantas palabras de Eusebio, quien dice que San Andrés predicó en Scitia, y de que ciertas "actas" apócrifas que llevan el nombre del apóstol fueron empleadas por los herejes, todo lo que sabemos sobre el santo procede de escritos apócrifos. Sin embargo, hay una curiosa mención de San Andrés en el documento conocido con el nombre de "Fragmento de Muratori", que data de principios del siglo III: "El cuarto Evangelio (fue escrito) por Juan, uno de los discípulos. Cuando los otros discípulos y obispos le urgieron (a que escribiese), les dijo: "Ayunad conmigo a partir de hoy durante tres días, y después hablaremos unos con otros sobre la revelación que hayamos tenido, ya sea en pro o en contra. Esa misma noche, fue revelado a Andrés, uno de los Apóstoles, que Juan debía escribir y que todos debían revisar lo que escribiese". Teodoreto cuenta que Andrés estuvo en Grecia; San Gregorio Nazianceno especifica que estuvo en Epiro, y San Jerónimo añade que estuvo también en Acaya. San Filastrio dice que del Ponto pasó a Grecia, y que en su época (siglo IV) los habitantes de Sínope afirmaban que poseían un retrato auténtico del santo y que conservaban el ambón desde el cual había predicado en dicha ciudad. Aunque todos estos autores concuerdan en la afirmación de que San Andrés predicó en Grecia, la cosa no es absolutamente cierta. En la Edad Media era creencia general que San Andrés había estado en Bizancio, donde dejó como obispo a su discípulo Staquis (Rom. XVI, 9). El origen de esa tradición es un documento falso, escrito en una época en que convenía a Constantinopla atribuirse un origen apostólico para no ser menos que Roma, Alejandría y Antioquía. (El primer obispo de Bizancio del que consta por la historia, fue San Metrófanes, en el siglo IV). El género de muerte de San Andrés y el sitio en que murió son también inciertos. La "pasión" apócrifa dice que fue crucificado en Patras de Acaya. Como no fue clavado a la cruz, sino simplemente atado, pudo predicar al pueblo durante dos días antes de morir. Según parece, la tradición de que murió en una cruz en forma de "X" no circuló antes del siglo IV. En tiempos del emperador Constancio II († 361), las presuntas reliquias de San Andrés fueron trasladadas de Patras a la iglesia de los Apóstoles, en Constantinopla. Los cruzados tomaron Constantinopla en 1204, y, poco después las reliquias fueron robadas y trasladadas a la catedral de Amalfi, en Italia.

San Andrés es el patrono de Rusia y de Escocia. Según una tradición que carece de valor, el santo fue a misionar hasta Kiev. Nadie afirma que haya ido también a Escocia, y la leyenda que se conserva en el Breviario de Aberdeen y en los escritos de Juan de Fordun, no merece crédito alguno. Según dicha leyenda, un tal San Régulo, que era originario de Patras y se encargó de trasladar las reliquias del apóstol en el siglo IV, recibió en sueños aviso de un ángel de que debía trasportar una parte de las mismas al sitio que se le indicaría más tarde. De acuerdo con las instrucciones, Régulo se dirigió hacia el noroeste, "hacia el extremo de la tierra". El ángel le mandó detenerse donde se encuentra actualmente Saint Andrews, Régulo construyó ahí una iglesia para las reliquias, fue elegido primer obispo del lugar y evangelizó al pueblo durante treinta años. Probablemente, esta leyenda data del siglo VIII. El 9 de mayo se celebra en la diócesis de Saint Andrews la fiesta de la traslación de las reliquias.

El nombre de San Andrés figura en el canon de la misa, junto con los de otros Apóstoles. También figura, con los nombres de la Virgen Santísima y de

San Pedro y San Pablo, en la intercalación que sigue al Padrenuestro. Esta mención suele atribuirse a la devoción que el Papa San Gregorio Magno profesaba al santo, aunque tal vez data de fecha anterior.

Duchesne, Delehaye y otros autores descartan la relación de San Andrés con la ciudad de Patras, pero no faltan autores que la afirman como cierta. Por ejemplo, Kellner dice (*Heortology*, p. 289): "Más cierto es el hecho de que fue martirizado en Patras, como consta por un documento fidedigno." (El autor se refiere a la *pasión* que publicó Max Bonnet en *Analecta Bollandiana*, vol. XIII, pp. 373-378). "Además de este documento, existe una conocida encíclica escrita por los sacerdotes y diáconos de Acaya; aunque puede criticarse esa encíclica en ciertos aspectos, en todo lo esencial concuerda con el relato del martirio." Esto nos parece exagerado. Sin embargo, hay que reconocer que los calendarios griegos y latinos de todas las épocas fijan casi unánimemente la fiesta de San Andrés el 30 de noviembre. El *Hieronymianum* dice el 5 de febrero: "Patras in Achaia ordinatio episcopatus sancti Andraeae apostoli." La encíclica del clero de Acaya puede verse en Migne, PG., vol. II, pp. 1217-1248. Los escritos apócrifos relativos a San Andrés fueron publicados por M. Bonnet en *Analecta Bollandiana*, vol. XIII (1894); más tarde fueron reeditados aparte. Existen también textos etíopes, coptos y de otros países de oriente. Véase *Dictionnaire de la Bible*: *Supplément*, vol. I, cc. 504-509; Flamion, *Les actes apocryphes de l'apôtre André* (1911); Henecke, *Neutestamentliche Apocryphen* (1904), pp. 459-473, y *Handbuch* (1904), pp. 544-562. La leyenda de San Andrés interesó a los ingleses desde muy antiguo; el poema anglo-sajón titulado *Andreas*, que se basa en dicha leyenda, fue probablemente escrito por Cinewulfo hacia el año 800. Acerca de la relación de San Andrés con Escocia, cf. W. Skene, *Celtic Scotland*, vol. I, pp. 296-299. La referencia de Eusebio se halla en *Hist. Eccl.*, lib. III. El texto del Fragmento de Muratori puede verse en DAC., vol. XII, c. 552, donde hay un facsímile del manuscrito original.

SANTOS SAPOR e ISAAC, OBISPOS Y MÁRTIRES (339 P.C.)

LA LARGA y violenta persecución de los cristianos de Persia, en la época de Sapor II, fue provocada por la sospecha de que éstos estaban unidos con los emperadores romanos contra su propio país. Por ello, la adhesión al mazdeísmo, la religión nacional, se consideró como una prueba de lealtad. Mahanes, Abraham y Simeón fueron los primeros cristianos que cayeron en manos de los funcionarios reales. Poco después, fueron aprisionados también los obispos Sapor e Isaac, por haber construido iglesias y convertido a algunos mazdeístas. El rey dijo a los cinco cristianos: "¿No habéis oído que yo desciendo de Dios? Y, sin embargo, ofrezco sacrificios al sol y tributo honores divinos a la luna. ¿Quiénes sois vosotros para oponeros a mis leyes?" Los mártires respondieron: "Nosotros sólo reconocemos a un Dios y solamente le adoramos a El." El obispo Sapor añadió: "Confesamos a un Dios, creador de todas las cosas y a Jesucristo, su Hijo." El rey ordenó a los guardias que le golpeasen en la boca. Estos cumplieron la orden con tal violencia, que le rompieron los dientes. En seguida, le golpearon el cuerpo con mazos hasta quebrarle los huesos. Isaac compareció después de Sapor: el rey le echó en cara el atrevimiento que le había llevado a construir iglesias. El mártir confesó a Cristo con inflexible constancia. Entonces, el monarca mandó llamar a algunos apóstatas y los obligó con amenazas a lapidar a Isaac hasta que muriese. Al enterarse del martirio de su compañero, Santo Sapor se llenó de gozo. Dos días más tarde, falleció en la prisión a consecuencia de las heridas que había recibido. Para asegurarse de que estaba bien muerto, el bárbaro monarca mandó que le cortasen la cabeza y se la llevasen a enseñar. Después comparecieron los otros tres que se mostraron tan inflexibles como Isaac y Sapor. El rey ordenó a los guardias

que arrancasen la piel a Mahanes desde la cabeza hasta el ombligo. El santo murió en la tortura. A Abraham se le quemaron los ojos con un hierro candente. Simeón fue enterrado hasta el pecho y traspasado con flechas.

En el siglo XVIII, S. E. Assemani publicó las actas sirias del martirio de los dos obispos, en *Acta Sanctorum Martyrum Orientalium et Occidentalium*, vol. I, pp. 225-230. Pero es mejor el texto que publicó Bedjan, basándose en la comparación de diversos manuscritos, en *Acta martyrum et sanctorum*, vol. II (1891). Posiblemente Sapor es el mismo mártir que menciona el antiguo *Breviarium* sirio entre "los obispos de Persia"; sin especificar la fecha de la fiesta, el *Breviarium* dice simplemente: "Juan y Shabur (Sapor), obispos de la ciudad de Beth-Seleucia."

BEATO ANDRES DE ANTIOQUIA (*c.* 1348 P.C.)

ANDRÉS, que era de origen normando, nació en Antioquía hacia 1268. En ese año, el sultán Bibars acabó con el poderio de los cruzados en Siria. Andrés era descendiente de Bohemundo III, príncipe de Antioquía en el reino Latino, así como de Roberto Guiscardo. Después de educarse con los canónigos regulares de San Agustín, ingresó en dicha orden para ocuparse del cuidado de la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén. El patriarca latino le confió el cuidado de las llaves, un cargo puramente honorífico, ya que los serracenos habían vuelto a apoderarse de Jerusalén veintiocho años antes de que el Beato Andrés naciera. Sabemos muy poco sobre su vida. En sus últimos años, fue enviado a visitar las casas de su orden en Europa y a reunir fondos para el sostenimiento de los canónigos, que habían quedado arruinados con la caída del reino de los cruzados. El beato visitó Sicilia, Italia, Polonia y Francia. En 1347, el priorato del Santo Sepulcro de Annecy le entregó una limosna. Andrés murió en esa ciudad, con gran fama de santidad. En 1360, su culto comenzó a difundirse, gracias a la traslación de sus reliquias a un santuario. San Francisco de Sales, que era muy devoto del Beato Andrés, dio testimonio de los milagros obrados en su sepulcro. En Annecy se celebró en este día la fiesta del beato hasta la época de la Revolución Francesa.

Existen muy pocos documentos sobre el beato. Véase DHG., vol. II, c. 1632.



1: SAN ANSANO, Mártir (¿304? p.c.)

SE VENERA a San Ansano, romano por nacimiento, como el primer apóstol de Siena. En efecto, las conversiones que logró en aquella ciudad fueron tan numerosas, que se le dio el apodo de "el bautizador". Durante la persecución de Diocleciano, fue encarcelado, torturado y decapitado. En el sitio de su ejecución, fuera de las murallas de la ciudad, hay todavía una iglesia. En 1170, las reliquias de San Ansano fueron trasladadas a la catedral. Los restos del santo obraron entonces varios milagros. Alguien se encargó de registrarlos en una biografía fabulosa. Según dicha obra, Ansano fue denunciado por su propio padre. El joven confesó la fe, pero consiguió huir de Roma y se dirigió a Toscana. En el camino predicó en Bagnorea y fue hecho prisionero en el sitio en que se levanta actualmente la iglesia de Nuestra Señora de las Cárceles. En Siena se profesa todavía gran devoción a este joven mártir: "En los subterráneos que hay debajo del hospital, suelen reunirse varias cofradías que, según se dice, datan de la época de los primeros cristianos de Siena, convertidos por San Ansano, los cuales acostumbran reunirse secretamente en ese sitio en los días de las persecuciones romanas."

No existen huellas del culto antiguo de San Ansano. Baluze-Mansi, *Miscellanea* (vol. IV, pp. 60-63), publicaron dos textos de la *pasión* del santo; por su extensión, equivalen a dos lecciones del breviario y su estilo delata la época en que fueron escritos. Cf. *Catalogus cod. hagiog. Bruxel.*, vol. I, pp. 129-132, de los bolandistas. Véase E. G. Gardner, *Story of Siena*, p. 187 y passim; y V. Lusini, *Il San Giovanni di Sienna*, quien afirma que los documentos prueban que, el año 881, se dedicó a San Ansano una iglesita, cuyas ruinas existen todavía. Se presume que dicha iglesia fue el primer bautisterio de Siena.

SAN AGERICO, Obispo de Verdún (588 p.c.)

AGERICO nació en Verdún o en las cercanías (tal vez en Arville), hacia el año 521. Llegó a formar parte del clero de la iglesia de San Pedro y San Pablo de Verdún. A los treinta y tres años, sucedió a San Desiderio en el gobierno de la diócesis. San Gregorio de Tours y San Venancio Fortunato, quienes fueron a visitarle a Verdún, escribieron sobre él en forma muy laudatoria: "Los pobres reciben socorro; los tristes, esperanzas; los desnudos, vestido. Lo que es de uno es de todos", dice Venancio Fortunato. San Agerico gozó del favor del rey Sigeberto I y fue él quien bautizó a su hijo Childeberto y actuó como consejero suyo cuando ascendió al trono. Sin embargo, el santo no consiguió obtener del joven rey gracia para Bertefredo y otros nobles rebeldes que se refugiaron en el santuario. En efecto, Bertefredo fue asesinado por los hombres del rey en la propia capilla del obispo. Más agradable es otra anécdota que se

cuenta acerca de la amistad de Childeberto y Agerico. En cierta ocasión, el santo invitó a palacio a todos los personajes de la corte y éstos bebieron tanto, que el vino comenzó a escasear. Entonces, San Agerico mandó traer la última barrica y la bendijo; gracias a ello, la barrica alcanzó para satisfacer a todos los comensales. También se le atribuye el milagro de haber salvado a un criminal de Laon que estaba condenado a muerte, y para quien el santo obtuvo el perdón. Agerico murió el año 588. Se dice que sufrió un ataque al corazón por no haber podido salvar a Bertefredo. Fue sepultado en la iglesia de San Andrés y San Martín, que él mismo había construido en Verdún. A principios del siglo XI, se estableció ahí una abadía dedicada a San Agerico.

Además de los datos que nos dan San Gregorio de Tours y San Venancio Fortunato, Hugo de Flavigny escribió una especie de biografía, reuniendo los datos de esas fuentes (Migne, PL., vol. clix, cc. 126-131). En el *Catalogus cod. hag. lat. Bib. Nat.*, París, vol. I, pp. 479-482, hay dos biografías latinas de época posterior, pero ninguna de las dos contiene datos de valor. Véase también DHG., vol. I, cc. 1223-1224.

SAN TUGDUALDO, Obispo (Siglo VI)

Según la tradición bretona, San Tugdualdo nació en Gales. De ahí se trasladó con su madre, su hermana, varios monjes y algunas personas más, a la Bretaña, cuyo rey, Deroc, era primo suyo. Se estableció en Lan Pabu de Léon (en Bretaña se daba al santo el nombre de "Pabu", es decir, "padre") y fundó varios monasterios. Tugdualdo hizo un viaje a París, donde fue consagrado obispo, y el rey Childeberto I ratificó las concesiones de tierras que se le habían hecho. Fue el primer obispo de Tréguier y murió en el monasterio de esa ciudad. El nombre de "Pabu" dio origen a la leyenda de que San Tugdualdo había sido Papa con el nombre de León. Los hagiógrafos bretones enriquecieron mucho esa leyenda. San Tugdualdo no figura en ningún calendario galés, pero tres sitios de la península de Lleyn (que forma el brazo septentrional de la bahía de Cardigan) llevan su nombre. El principal de dichos sitios es una isla desierta (Ynis Tudwal, frente a Abersoch), en la que se conservan ruinas de una antigua capilla. Ahí fue donde, de mayo a diciembre de 1887, el venerable Enrique Hughes, sacerdote galés de la diócesis de Shrewsbury y terciario de la Orden de Predicadores, llevó una heroica vida misionera, a la que una muerte temprana puso fin. La fiesta de San Tugdualdo se celebra en Bretaña. La iglesia católica de Barmouth está dedicada al santo.

Las tres biografías que se conservan son de fecha posterior (una de ellas data tal vez del siglo IX), son poco fidedignas y contradictorias entre sí. Puede verse el texto latino en A. de la Borderie, *Les trois anciennes Vies de S. Tudwal* (1887), pp. 12-45; y cf. *Analecta Bollandiana*, vol. VIII (1889), pp. 158-163. El nombre de San Tugdualdo aparece en unas letanías bretonas del siglo X, publicadas por Mabillon y reproducidas por Haddan y Stubbs, *Councils*, vol. II, p. 82. Véase también LBS., vol. IV, pp. 271-274; Duine, *Memento*, p. 61; A. Oheix, *Etudes hagiographiques* (1919), n. 8; Duchesne, *Bulletin Critique*, vol. X (1889), pp. 228-229. Acerca de las presuntas reliquias del santo, cf. A. de Barthélemy, en *Revue de Bretagne*, vol. XXV (1901), pp. 401-413. Dom Gougaud opinaba que Tugdualdo era orginario de la Dummonia insular, es decir, de Devon o Cornwall.

SAN ELIGIO o ELOY, Obispo de Noyon (660 p.c.)

El nombre de Eligio, así como el de su padre, Equerio, y el de su madre, Terrigia, prueban que era de origen galo-romano. Nació en Chaptelat, cerca

de Limoges, alrededor del año 588. Su padre, un artesano, comprobó que Eligio tenía grandes aptitudes para el grabado en metal y le colocó como aprendiz en el taller de Abón, el encargado de acuñar la moneda en Limoges. Una vez que hubo aprendido el oficio, Eligio atravesó el Loira y se dirigió a París, donde conoció a Bobbo, el tesorero de Clotario II. El monarca encomendó a Eligio la fabricación de un trono adornado de oro y piedras preciosas. Con el material que le dieron, Eligio construyó dos tronos como el que se le había pedido. Clotario quedó admirado de la habilidad, la honradez, la inteligencia y otras cualidades del joven, por lo que inmediatamente le tomó a su servicio y le nombró jefe de la casa de moneda. El nombre de Eligio se ve todavía en algunas monedas acuñadas en París y Marsella durante los reinados de Dagoberto I y Clodoveo II. El biógrafo de Eligio dice que él labró los relicarios de San Martín (Tours), San Dionisio (Saint-Denis), San Quintín, Santos Crispino y Crispiniano (Soissons), San Luciano, San Germán de París, Santa Genoveva y otros. La habilidad y la posición del santo, así como su amistad con el rey, hicieron de él un personaje importante. Eligio no dejó que la corrupción de la corte manchase su alma y acabase con su virtud, pero supo adaptarse perfectamente a su estado. Por ejemplo, se vestía magníficamente, de suerte que en ciertas ocasiones sus trajes eran de pura seda (material muy raro entonces en Francia) y estaban bordados con hilo de oro y adornados con piedras preciosas. Cuando un forastero preguntaba dónde vivía Eligio, las gentes respondían: "Id a tal calle; su casa es la que está rodeada por una muchedumbre de pobres."

Es curioso el incidente que se produjo cuando Clotario pidió a Eligio que prestase el juramento de fidelidad. El santo, ya fuese por escrúpulo de jurar sin necesidad suficiente, ya fuese por temor de lo que el monarca podría mandarle que hiciese o aprobase, se excusó de prestar el juramento con una obstinación que molestó al rey durante algún tiempo, hasta que al fin, Clotario comprendió que la razón de la repugnancia de Eligio procedía realmente de su rectitud de conciencia y quedó convencido de que esa misma rectitud suplía con creces los juramentos de los otros ministros. San Eligio rescató a muchos esclavos. Algunos de ellos permanecieron a su servicio y le fueron fieles durante toda su vida. Entre ellos se contaba un sajón llamado Tilo, a quien se venera como santo el 7 de enero y que fue el primero de los discípulos que siguieron al santo del taller cortesano a su diócesis. En la corte Eligio se hizo amigo de Sulpicio, Bertario, Desiderio, Rústico (hermano del anterior) y, sobre todo, de Audoeno. Todos ellos llegaron, con el tiempo, a ser obispos y santos canonizados. Audoeno (llamado también Ouen) debe haber sido todavía muy joven cuando le conoció San Eligio; a él se atribuyó durante largo tiempo la *Vita Eligii,* que los historiadores consideran en la actualidad como obra de un monje que vivió más tarde en Noyon. En esa biografía se describe a San Dionisio en la corte, diciendo que era "alto, de facciones juveniles, de barba y cabello ensortijados sin artificio alguno; sus manos eran finas y de dedos largos, en su rostro se reflejaba una bondad angelical y su expresión era grave y natural".

Dagoberto I heredó la estima y la confianza que su padre profesaba al santo, sin embargo, como tantos otros monarcas, Dagoberto prefería que su consejero le guiase en los asuntos públicos y políticos más que en las cuestiones íntimas de su conducta moral. El rey regaló a San Eligio las tierras de So-

lignac del Limousin para que fundase un monasterio. Los monjes, que se establecieron ahí el año 632, observaban una regla que combinaba las de San Columbano y San Benito. Bajo la dirección experta del fundador, tres de los monjes se distinguieron en diferentes artes. Dagoberto regaló también a Eligio una casa en París para que fundase un convento de religiosas, que el santo puso bajo la dirección de Santa Aurea. Eligio pidió al rey unos terrenos para completar los edificios, y el monarca se los cedió. El santo sobrepasó ligeramente la superficie que el rey le había otorgado y, en cuanto cayó en la cuenta, fue a pedirle perdón. Dagoberto, sorprendido de tal honradez, dijo a los cortesanos: "Algunos de mis súbditos no tienen el menor escrúpulo en robarme posesiones enteras, en tanto que Eligio se angustia por haber tomado unas pulgadas de tierra que no le pertenecen." Naturalmente, un hombre tan honrado podía ser un embajador maravilloso, por lo que, al parecer. Dagoberto le envió a negociar con el príncipe de los turbulentos bretones, Judecael.

San Eligio fue elegido obispo de Noyon y Tournai. Por la misma época, su amigo San Audoeno fue elegido obispo de Rouen. Ambos recibieron la consagración episcopal el año 641. San Eligio se distinguió en el servicio de la Iglesia tanto como se había distinguido en el del rey. En efecto, su solicitud paternal, su celo y su vigilancia fueron admirables. Desde luego, se preocupó por la conversión de los infieles, pues la mayoría de los habitantes de la región de Tournai no se habían convertido aún al cristianismo. Una gran porción de Flandes debe la conversión a San Eligio. El santo predicó en los territorios de Amberes, Gante y Courtrai. Por más que los habitantes, salvajes como fieras, se burlaban de él por ser "romano", el santo no se dio por vencido, sino que asistió a los enfermos, protegió a todos contra la opresión y empleó cuantos medios le dictó su caridad para vencer su obstinación. Poco a poco, los bárbaros se ablandaron y algunos se convirtieron. San Eligio bautizaba cada día de Pascua a cuantos había llevado a la luz del Evangelio durante el año. Su biógrafo nos dice que predicaba al pueblo todos los domingos y días de fiesta, y que le instruía con celo infatigable. En la biografía del santo hay un extracto de varios de sus sermones en uno solo, con lo que basta para comprobar que Eligio tomaba pasajes enteros de los sermones de San Cesario de Arles. Tal vez sería más correcto decir que fue su biógrafo el que tomó esos pasajes de San Cesario, pero lo cierto es que en las dieciséis homilías que se atribuyen a San Eligio, se observa la misma influencia de San Cesario. Una de esas homilías es probablemente auténtica. Se trata de un sermón muy interesante, en el que el santo predica contra las supersticiones y las prácticas paganas entre las que menciona las fiestas del 1o. de enero y del 24 de junio, y la costumbre de no trabajar los jueves ("dies Jovis") por respeto a Júpiter. También prohibe los maleficios (así los bíblicos como los de otras especies), la adivinación de la suerte, el análisis de los presagios y otras supersticiones que existen todavía en muchos países. En seguida, incita a la oración, a la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo, a la unción de los enfermos, a la señal de la cruz y a la recitación del Credo y de la oración del Señor.

En Noyon San Eligio fundó un convento de religiosas. Para gobernarlo, hizo venir de París a su protegida, Santa Godeberta, y a uno de los monjes del monasterio que se hallaba situado fuera de la ciudad, en el camino a Soissons. El santo promovió mucho la devoción a los santos del lugar; durante su episcopado, fueron esculpidos por él mismo o bajo su dirección, algunos de los

relicarios mencionados arriba. San Eligio desempeñó un papel muy importante en la vida eclesiástica de su tiempo. Poco antes de su muerte, durante un corto período, fue consejero de la reina regente, Batilde, quien apreciaba mucho su criterio. El biógrafo del santo da algunos ejemplos que muestran la alta estima que le profesaba la reina, ya que ambos tenían en común no sólo la manera de ver los problemas políticos, sino también una gran solicitud por los esclavos (Batilde, cuando niña, fue vendida como esclava). El efecto de aquellos sentimientos se reflejó en los resultados del Concilio de Chalon (*c.* 647), que prohibió la venta de esclavos fuera del reino, e impuso la obligación de dejarlos descansar los domingos y días de fiesta. El único escrito ciertamente auténtico de San Eligio es una encantadora carta que envió a su amigo San Desiderio de Cahors: "Cuando tu alma se vuelca en oración ante el Señor, acuérdate de mí, Desiderio, que me eres tan querido como otro yo ... Te saludo de todo corazón y con el más sincero afecto. También te saluda nuestro fiel compañero Dado." Este era San Audoeno. Cuando llevaba diecinueve años de gobernar su diócesis, San Eligio tuvo una revelación sobre la proximidad de su muerte y la predijo a su clero. Poco después, contrajo una fiebre. A los seis días convocó a todos los miembros de su casa para despedirse de ellos. Como todos se echasen a llorar, el santo no pudo contener las lágrimas. En seguida, los encomendó a Dios y murió unas cuantas horas más tarde. Era el 1o. de diciembre del año 660. Al enterarse de que el santo estaba enfermo, la reina Batilde partió apresuradamente de París, pero llegó a la mañana siguiente de la muerte de Eligio. La reina organizó los preparativos para trasladar los restos al monasterio que había fundado en Chelles, aunque otros querían que fuesen trasladadados a París. El pueblo de Noyon se opuso a todos los proyectos y Eligio fue sepultado en la ciudad. Sus reliquias fueron más tarde trasladadas a la catedral, donde se conservan todavía, en gran parte. Durante mucho tiempo, San Eligio fue uno de los santos más populares de Francia. En la Edad Media, se celebraba su fiesta en toda la Europa del norte. San Eligio es el patrono de los orfebres y los herreros. También se le invoca en lo relacionado con los caballos, por razón de ciertas leyendas. El santo practicó su oficio toda su vida y todavía se conservan algunas obras que se le atribuyen.

Tal vez la vida de San Eligio es, entre las de los santos merovingios, la que más revela sobre la vida cristiana en esa época, por lo que no es extraño que se haya escrito mucho sobre el santo. La obra básica es la *Vita S. Eligii*, un documento excepcionalmente largo, que, según dijimos arriba, se atribuye a San Audoeno. El mejor texto es el que editó B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov*, vol. IV, pp. 635-742; puede verse también en Migne, PL., vol. LXXXVII, cc. 477-658. Es cosa cierta que San Audoeno escribió sobre su amigo, pero la biografía que se conserva fue escrita en Noyon más de medio siglo después. Aunque probablemente dicha obra contiene la mayor parte de la de San Audoeno, la refunde y la completa en muchos aspectos. Hay un excelente artículo de E. Vacandard sobre San Eligio, en DTC., vol. IV, cc. 2340-2350; existen varios artículos más del mismo autor sobre el tema, entre los que mencionaremos particularmente los de la *Revue des questions historiques* (1898-1899), donde discute muy a fondo la cuestión de la autenticidad de las homilías que se atribuyen al santo. Véase también Van der Essen, *Etude critique sur les saints mérovingiens* (1904), pp. 324-336; H. Timerding, *Diechrist. Frühzeit Deutschlands*, vol. I (1929), pp. 125-149; S. R. Maitland, *The Dark Ages* (1889), pp. 101-140; y P. Parsy, *Saint Eloi* (1904), en la colección *Les Saints*. H. Leclercq, en su largo artículo del DAC., vol. IV, cc. 2674-2687, especifica en detalle las obras de arte que se atribuyen a San Eligio. Acerca de los "sermones misionales" y de la influencia de San Cesario en las homilías de San Eligio, véase W. Levison, *England and the Continent...* (1946), apéndice x, pp. 302-314, *Venus, a Man*.

BEATO BENTIVOGLIO, (1232 P.C.)

Bentivoglio nació en San Severino de las Marcas. Ingresó en la orden seráfica en vida de San Francisco. Muchos de sus parientes siguieron su ejemplo a pesar de que eran ricos. Desgraciadamente, las crónicas no ofrecen ningún dato interesante sobre la vida personal del beato. Sin duda que Bentivoglio se distinguió por el amor a la pobreza y a la sencillez, tan característicos de la primera generación de franciscanos. En las "Fioretti" se cuenta que el párroco de San Severino vio un día en el bosque a Fray Bentivoglio elevarse varios palmos sobre el suelo, en oración extática, durante largo rato; ello convirtió al párroco a penitencia. En la misma obra leemos que Bentivoglio "estaba solo en Trave Bonanti, asistiendo a un leproso. Su superior le mandó decir que partiese a otro sitio distante unos veinte kilómetros, pero como el fraile no quería dejar abandonado al leproso, se lo echó a los hombros, con gran fervor de caridad. Desde la madrugada hasta que se levantó el sol, le llevó cargado a lo largo de los veinte kilómetros de camino, hasta el sitio al que había sido enviado, que se llamaba Monte San Vicino. Un águila, no habría podido recorrer esa distancia en tan breve tiempo. Toda la comarca quedó sorprendida y admirada de ese milagro." Bentivoglio murió en su pueblo natal de San Severino, el día de Navidad de 1232.

Véase Mazzara, *Leggendario Francescano* (1680), vol. I, pp. 239-240; Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 31-33; y *Actus B. Francisci et sociorum ejus*, edic. de Paul Sabatier, p. 160.

BEATO JUAN DE VERCELLI, (1283 P.C.)

Juan nació en Vercelli alrededor del año 1205. Cuando la historia habla de él por primera vez, tenía ya cuarenta años y era prior de los dominicos de Vercelli. Tras haber dado pruebas de su fuerza de carácter y habilidades en varios cargos y misiones, fue elegido como sexto maestro general de la Orden de Predicadores, en 1624. Durante diecinueve años, desempeñó ese oficio en forma muy distinguida. Juan era de estatura más bien baja (en su primera carta a sus hermanos se llama a sí mismo "pobre hombrecito") y de rostro tan alegre que, según se dice, exigía que su ayudante fuese siempre un fraile de aspecto severo e imponente. Pero su energía suplía con creces su baja estatura. En efecto, visitó y reformó incansablemente los conventos de su orden en toda Europa, sin dispensarse jamás durante sus viajes de los ayunos eclesiásticos y de los de su orden. Gregorio X, poco después de su elección al pontificado, confió a Juan de Vercelli y a los dominicos la tarea de hacer la paz entre los estados italianos. Tres años más tarde, el Papa pidió al beato que redactase un "esquema" para el segundo Concilio Ecuménico de Lyon. En el Concilio conoció el Beato Juan a Jerónimo de Ascoli (más tarde Nicolás IV), quien había sucedido a San Buenaventura en el cargo de general de los franciscanos. Ambos escribieron juntos una carta a sus súbditos. Más tarde, la Santa Sede los envió como mediadores entre Felipe III de Francia y Alfonso X de Castilla. Ello no fue más que una continuación del oficio de pacificación en el que tanto se distinguió Juan de Vercelli.

El beato fue uno de los primeros propagadores de la devoción al nombre

de Jesús, que el Concilio de Lyon recomendó como acto de reparación por las blasfemias de los albigenses. El Beato Gregorio X eligió particularmente a Juan de Vercelli como capitán de la Orden de Predicadores, para difundir esa devoción. El beato escribió inmediatamente a todos los provinciales. Finalmente se decidió que en todas las iglesias de los dominicos hubiese un altar dedicado al Santo Nombre de Jesús y que se formasen cofradías contra la blasfemia. En 1278, el maestro general envió a un visitador a Inglaterra, donde algunos frailes habían atacado la doctrina de Santo Tomás de Aquino, muerto recientemente. El beato había nombrado al Doctor Angélico para ocupar la cátedra de teología en París, ya que San Alberto Magno no quiso aceptarla. Dos años más tarde, Juan de Vercelli asistió a un capítulo general en Oxford. Como su predecesor, Humberto de Romanos, el beato se negó a aceptar la dignidad episcopal y un cargo en la curia romana. También renunció al cargo de general de la orden, pero su renuncia no fue aceptada, de suerte que ejerció ese oficio hasta su muerte, ocurrida el 30 de noviembre de 1283. Su culto fue aprobado en 1903.

P. Mothon escribió en francés una biografía muy completa, que fue traducida al italiano con el título de *Vita del B. Giovanni da Vercelli* (1903). Naturalmente el P. Mortier consagra a este importante generalato un largo artículo en su *Histoire des Maîtres généraux O. P.*, vol. II, pp. 1-170. Más breve, aunque no menos cuidadoso, es el estudio de M. de Waresquiel, *Le bx. Jean de Verceil* (1903). Véase también Taurisano, *Catalogus Hagiographicus.*

BEATO GERARDO CAGNOLI, (1345 P.C.)

EL CULTO que desde tiempo inmemorial se tributaba en Palermo y otras partes, a este franciscano, fue confirmado en 1908. Gerardo nació hacia 1270. Era el único vástago de una noble familia del norte de Italia. A los diez años de edad perdió a su padre. Su madre murió algunos años después. Resistió a los consejos de sus parientes que querían casarlo y, distribuyó sus bienes entre los pobres. Hasta los cuarenta años, vivió como ermitaño en los sitios más inhospitalarios de Sicilia. A principios del siglo XIV, se habló mucho de la santidad y milagros de San Luis de Anjou, quien había renunciado al trono que le esperaba para hacerse franciscano. Gerardo, tomándole por patrono, ingresó en la misma orden alrededor de 1310. La sencillez y devoción con que cumplió sus deberes de hermano lego, fueron la admiración de todos. Un día de fiesta, cuando él era cocinero del convento, se quedó absorto en oración y se olvidó de preparar la comida. Cuando a media mañana el guardián se enteró de que ni siquiera había encendido el fuego, reprendió al hermanito por su descuido. Sin inmutarse por ello, Gerardo se dirigió a la cocina. Asistido por un joven desconocido, de radiante belleza, consiguió preparar, para la hora fijada, el banquete más delicioso que la comunidad había jamás probado. A la intercesión del Beato Gerardo se atribuyeron muchos milagros. Por ejemplo, en una ocasión, encontró llorando a un niño que había roto una jarra de cristal que llevaba a su madre; el hermano Gerardo recogió los fragmentos, los bendijo y entregó al niño la jarra en perfecto estado. Para los milagros de curación empleaba el aceite de la lámpara del altar de su patrono, San Luis. Vivía a pan y agua, dormía sobre una tabla, se disciplinaba hasta sacarse sangre y, con frecuencia, era arrebatado en éxtasis a varios palmos sobre el suelo, rodeado

de un halo luminoso. Dios le llamó a Sí el 30 de diciembre de 1345.

Véase el decreto de la Congregación de Ritos en *Analecta Ecclesiastica* (1908), vol. XVI, pp. 293-295; B. Mazzara, *Leggendario Francescano* (1680), vol. III, pp. 767-773; y *Analecta Franciscana* (1897), vol. III, pp. 489-497.

BEATO ANTONIO BONFADINI, (1482 P.C.)

LA FAMILIA Bonfadini era muy distinguida en Ferrara, donde nació Antonio en 1400. A los treinta y nueve años, ingresó ahí en el convento del Espíritu Santo de los frailes menores de la observancia. Pronto se distinguió como maestro y predicador. Sus superiores le enviaron en misión a Tierra Santa. El beato falleció durante el viaje, cuando era ya muy anciano y fue sepultado en Cotignola en la Romaña. Un año después, su cuerpo permanecía incorrupto. En su sepulcro se obraron muchos milagros. Algunos años más tarde, los franciscanos fundaron un convento en Cotignola y trasladaron los restos del beato a su iglesia. Su culto fue aprobado en 1901.

Hay muchos testimonios sobre la continuidad del culto. En cambio, sabemos muy poco sobre la vida de este santo fraile. Los cronistas dan algunos datos; véase, por ejemplo, Mazzara, *Leggendario Francescano*, vol. II |(1680), pp. 601-602; y *Acta Ord. Fratrum Minorum*, vol. XX (1901), pp. 105 ss; DHG., vol. III, c. 763.

BEATOS RICARDO WHITING, ABAD DE GLASTONBURY Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (1539 P.C.)

GLASTONBURY, por el prestigio que tiene en la leyenda y en la historia, ocupa un sitio único entre los muchos grandes monasterios antiguos de Inglaterra. Aunque no se puede admitir que haya sido fundado por José de Arimatea (ni otros datos fabulosos por el estilo), el simple hecho de que exista tal leyenda prueba cuánto veneraban los ingleses ese monasterio en la antigüedad. Por eso, es un hermoso símbolo el que el último abad de Glastonbury haya muerto por la fe a manos de las autoridades civiles, precisamente en el momento en que tantos monjes, sacerdotes y laicos no estuvieron a la altura de su catolicismo. Ricardo Whiting nació en Wrington de Somerset, probablemente poco después de 1460. Se educó en la Universidad de Cambridge, donde obtuvo el grado de maestro en artes en 1483. En 1505, volvió a la Universidad a doctorarse en teología. Probablemente para entonces ya era monje. Recibió la ordenación sacerdotal en Wells. en 1501 y, durante algunos años, ejerció en el monasterio el cargo de camarlengo. En 1525, a la muerte del abad Bere, la comunidad pidió al cardenal Wolsey que nombrase un substituto. El cardenal eligió a Ricardo Whiting: "monje devoto e intachable, hombre discreto y prudente y sacerdote de gran saber y virtud." Uno de los que firmaron el nombramiento fue Santo Tomás Moro.

El beato gobernó en paz durante diez años. En 1534, se exigió a los monjes que firmasen el acta de supremacía, en la que se afirmaba que el rey era el jefe de la Iglesia en Inglatrra. A excepción de Moro, Fisher, los cartujos y los franciscanos observantes, muy pocos se habían opuesto hasta entonces al juramento. Así pues, el P. Ricardo y sus monjes lo firmaron tranquilamente. Al año siguiente, los agentes reales visitaron el monasterio de Glastonbury. En su informe declararon (no sin lamentarlo) que en el monasterio reinaba tal orden, que no se podía acusar de nada a los monjes. A éstos dijeron que no se

estaba tramando nada contra ellos. Al año siguiente, fueron suprimidos los monasterios menores. En 1539, fueron suprimidos también los monasterios mayores, excepto el de Glastonbury, en Somerset. En septiembre de ese año, se presentaron nuevamente los agentes del rey. Confiscaron en el monasterio varios documentos comprometedores (un libro contra el divorcio del rey, varias bulas pontificias y una vida de Santo Tomás Becket), e interrogaron al abad. Ricardo se negó a renunciar a su cargo y manifestó "su traidora e infame opinión sobre Su Majestad y sus herederos". Por ello fue encarcelado en la Torre de Londres. El agente Layton envió a Cromwell un "libro de pruebas" de "diversas y numerosas traiciones" cometidas por el abad, pero el documento no se conserva, e ignoramos su contenido. Lo cierto es que, después de leerlo, Cromwell apuntó en sus "Recuerdos": "Además, hacer que el abad de Glaston sea juzgado y ejecutado en Glaston" (como se ve, el poder ejecutivo se adelantaba al judicial). El desarrollo de los acontecimientos es bastante incierto. No sabemos si Ricardo Whiting fue juzgado en Londres, en Wells o en ambos sitios. Lo cierto es que fue condenado a muerte. El documento de la sentencia no se publicó ni se guardó en los archivos. Generalmente, se supone que el abad fue condenado por delito de alta traición (en ese caso tenía derecho a ser juzgado por sus iguales, es decir por los pares del reino). Los documentos que se conservan indican que el crimen de que se le acusó fue haber negado la supremacía del rey.

El Beato Ricardo llegó escoltado a Wells, el viernes 14 de noviembre de 1539. Al día siguiente, se le trasladó apresuradamente a Glastonbury. Ahí se le negó el permiso de ir a despedirse de su comunidad. (Según parece, el mártir ignoraba que la comunidad había sido dispersada y que el monasterio estaba vacío). Los guardias le trasportaron en una carreta a la cima de Tor, colina de unos 180 metros de altura, desde la que se domina la ciudad. Ahí, junto a la torre de la capilla de San Miguel, el anciano, que estaba "muy débil y enfermo", sufrió los horrores de la horca y el desentrañamiento. Antes del anochecer, se colocó su cabeza sobre la puerta del monasterio. El cuerpo, dividido en cuatro partes, fue enviado a Wells, Bridgewater, Ilchester y Bath. Después del abad, dos de los monjes sufrieron idéntico martirio. Fueron éstos el BEATO JUAN THORNE, tesorero de la iglesia de la abadía, y el BEATO ROGELIO JAMES, sacristán. Su "delito", al que se calificó de "sacrilegio", consistió en esconder algunos tesoros de la iglesia para salvarlos de las manos del rey. Es probable que el Beato Ricardo haya sido acusado de lo mismo. El pueblo de Somerset veneró durante mucho tiempo la memoria del santo abad; todavía hoy se le recuerda en Glastonbury y sus alrededores. El P. Guillermo Good, S. J., contemporáneo de los hechos, recapituló las pruebas del martirio. Probablemente gracias a esa obra, Gregorio XVI permitió que el retrato del mártir se incluyese en los frescos de la capilla del "Venerabile" de Roma. Ricardo Whiting fue beatificado junto con los demás en 1895.

En la diócesis de Clifton se celebra la fiesta de estos tres mártires el día en que murieron. En cambio, los benedictinos ingleses y la arquidiócesis de Westminster la celebran el 1º de diciembre, junto con la de otros dos abades mártires: Hugo Faringdon y Juan Beche.

Los principales materiales en que nos basamos para este artículo y el siguiente, se encuentran en el calendario de *Letters and Papers, Foreign and Domestic, of the reign of Henry VIII*, editado por J. S. Brewer, James Gairdner y R. H. Broodie (Record Office).

F. A. Gasquet narra con cierto detalle la vida de Ricardo Whiting en *The Last Abbot of Glastonbury* (1895); véase también el juicio que escribió sobre esta obra el canónigo Dixon en *English Historical Review*, vol. XII (1897), pp. 781-785. El relato más exacto del martirio es el de Beda en Camm LEM., vol. I (1904), pp. 372-412.

BEATOS HUGO FARINGDON, ABAD DE READING Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (1539 P.C.)

SUELE atribuirse al Beato Hugo el apellido de Faringdon porque nació ahí. Su verdadero apellido era Cook. Las armas de su familia (reales o ficticias) eran las de Cook de Kent. El beato ingresó en el monasterio de Reading, donde ejercía el cargo de subcamarlengo cuando fue elegido abad en 1520. La abadía era importante puesto que incluía una curul en la Cámara de los Lores, y quien la ocupaba era magistrado condal. El abad Hugo tomó parte activa en la ejecución de esos deberes civiles, por más que algunos cronistas hostiles afirman que lo hizo "sin ningún discernimiento". En todo caso, Leonardo Cox, maestro de escuela de Reading, no lo consideraba como un iletrado, ya que le dedicó una obra de retórica. El beato mantuvo la disciplina en su monasterio y "no podía soportar" a los predicadores de las nuevas doctrinas, a quienes calificaba de "herejes y hombres sin escrúpulos". Sin embargo, cuando empezó a ejercer el cargo de abad, estaba en muy buenos términos con Enrique VIII, tal vez en demasiado buenos términos. En efecto, el rey fue a visitarle y le llamó "mi propio abad", y éste envió como presente al monarca algunos cuchillos de caza y unas truchas pescadas en el Kennet. La cosa no paró ahí, sino que el abad llegó incluso a firmar una petición a Clemente VII para que anulase el matrimonio de Enrique y dio a éste una lista de libros que podían ayudarle a defender su causa. En 1536, firmó los artículos de fe de la Convocatoria, que reconocían virtualmente la supremacía regia sobre la Iglesia de Inglaterra. Todavía en 1537, gozaba el abad del favor del rey, puesto que tomó parte muy prominente en los funerales de la reina Juana Seymour en Windsor. Algunas semanas más tarde, ofendió al monarca, al informar a Cromwell y al abad del vecino monasterio de Abingdon, que corría el rumor de que el rey había muerto. Una comisión le juzgó y le puso en libertad.

En 1539, fueron suprimidos los grandes monasterios. Todo el mundo sabía que el abad de Reading no estaba dispuesto a entregar el suyo. En efecto, al fin del verano, el P. Hugo fue confinado en la torre de Londres, con el cargo de traición. Con él fueron juzgados el BEATO JUAN EYNON y el BEATO JUAN RUGG. Eynon era un sacerdote de la iglesia de Saint Giles, en Reading que ya desde antes había tenido dificultades con las autoridades por haber copiado y distribuido la proclama escrita por Roberto Aske sobre la "Peregrinación de Gracia" (1536). Rugg era un prebendado de Chichester que vivía retirado en la abadía de Reading. Entre otras cosas, se le acusó de haber conservado una reliquia de la mano de San Anastasio, "sabiendo que Su Majestad ha enviado visitadores a la dicha abadía para que acabasen con tal idolatría."* Suele afirmarse que estos dos sacerdotes eran monjes, pero no está probado. Como sucede en el caso del Beato Ricardo Whiting, no sabemos en qué términos fue formulada la sentencia; sin embargo, debió aludir indudablemente a la

* Camm lanzó la hipótesis de que la mano que se conserva en la iglesia de San Pedro, en Marlow, es esta misma. Cf. LEM, vol. I, p. 376, nota.

negación de la supremacía regia, ya que el Beato Hugo habló claramente sobre la cuestión en el cadalso, diciendo que la supremacía de la Santa Sede en lo espiritual era "creencia común de aquéllos que mayor derecho tienen a declarar la verdadera doctrina de la Iglesia en Inglaterra". La ejecución de los tres mártires se llevó a cabo frente a la puerta de la abadía de Reading, el mismo día en que fueron martirizados los monjes de Glastonbury.

Los tres fueron beatificados en forma equivalente en 1895. La diócesis de Portsmouth celebra su fiesta el 14 de noviembre, en cambio, los benedictinos ingleses y la arquidiócesis de Westminster la celebran el 1º de diciembre.

Los datos que poseemos sobre el Beato Hugo se hallan en los libros mencionados en nuestro artículo anterior. Véase en particular la obra del cardenal Gasquet, pp. 121-158 y la de Beda Camm, pp. 358-387.

BEATO RODOLFO SHERWIN, MÁRTIR (1581 P.C.)

SIR WILLIAM PETRE, secretario de Estado de Enrique VIII y de los tres monarcas siguientes e iniciador de los títulos de nobleza de su familia, fundó seis becas en Exeter College de Oxford. El mismo concedió una de ellas, en 1568, a Rodolfo Sherwin, joven gentilhombre de Rodsley, en el Derbyshire. Rodolfo obtuvo el grado de maestro en artes en 1574. Antonio à Wood dice que "se le consideraba como un agudo filósofo y un excelente helenista y latinista". Al año siguiente, Rodolfo se reconcilió con la Iglesia e ingresó en el Colegio de Douai, donde recibió la ordenación sacerdotal en 1577. Algunos meses después, se trasladó al Colegio Inglés de Roma, donde tomó parte muy prominente en las deplorables disensiones entre los estudiantes ingleses y galeses. El fue uno de los cuatro que pidieron a Gregorio XIII que confiase a los jesuitas la dirección del colegio, como sucedió poco después. El nombre de Rodolfo figura en primer lugar en la lista de los que declararon, después de que los jesuitas tomaron la dirección, que estaban dispuestos a ir en cualquier momento a la misión de Inglaterra. En 1580, partió a su patria en el grupo encabezado por Mons. Goldwell. En Milán pasaron una semana en casa de San Carlos Borromeo, y el P. Sherwin predicó ante él. Desde París escribió a Roma a su amigo Rodolfo Bickley, contándole las aventuras que habían tenido en Ginebra. Terminaba la carta diciendo que se veía obligado a interrumpirla porque el P. Paschal "quiere ya ponerse a trabajar en la tarea de afrancesarme". (Es decir que tenía que vestir un traje de laico para disfrazarse, cosa que le disgustaba sobremanera). Las últimas palabras de esa carta son las siguientes: "Mi querido Rodolfo, te suplico que, con todo tu fervor, reces una vez el rosario por mí y procura que muchos de mis amigos hagan otro tanto, a fin de que, con humildad y constancia, persevere yo hasta el fin y honre al Señor en la vocación a la que me ha llamado a pesar de mi indignidad."

Los misioneros se separaron en Reims. El 1º de agosto, Rodolfo Sherwin se embarcó rumbo a Inglaterra. En noviembre, fue arrestado, cuando predicaba en Londres, en la casa de Nicolás Roscarrock y fue enviado a la prisión de Marshalsea. Hablando de su breve apostolado, el P. Persons escribió que había predicado en diversas ciudades y que en ese ministerio "tenía autoridad y una gracia especial." Desde la prisión el beato se las arregló para hacer llegar al P. Persons un recado humorístico, en el que hablaba de las "campanas" (cadenas) que llevaba en los tobillos. Un mes más tarde, fue trasladado a la Torre

de Londres. El 15 de diciembre, se le torturó brutalmente en el potro para que delatase a otros misioneros y dijese lo que sabía sobre una hipotética invasión a Irlanda. Los verdugos le dejaron tirado sobre la nieve y, al día siguiente volvieron a torturarle. El beato contó a su hermano que, después de la tortura, había pasado cinco días en el calabozo sin comer ni hablar con nadie. "Fue como un sueño ante el Salvador crucificado. Al cabo de ese espacio de tiempo recuperé el sentido, pero no experimenté dolor alguno en las coyunturas, por más que el tormento había sido extremadamente violento." Los perseguidores ofrecieron al P. Rodolfo el gobierno de una sede, si apostataba. Después de más de un año de prisión, fue juzgado con Edmundo Campion y otros más, acusado de haber ido a Inglaterra a provocar una rebelión. El beato hizo notar a sus jueces: "La razón por la que se nos juzga es la religión, no la traición."

En tanto que llegaba el día de la ejecución, Rodolfo escribió a varios amigos y a un tío suyo, que se hallaba en Rouen y había ejercido anteriormente el ministerio sacerdotal en Ingatestone. En esta última carta decía: "La inocencia es mi único consuelo en medio de todas las acusaciones que se nos hacen a mis hermanos en el sacerdocio y a mí... Quiera Dios perdonar tanta injusticia, convertir a nuestros perseguidores y hacer de ellos maestros de la fe... Así pues, mi buen Juan, ¡Adiós!" El 1º de dieciembre de 1581, fue llevado a Tyburn en la misma carreta en que iba Alejandro Briant. Fue ejecutado después de Edmundo Campion. En el cadalso protestó que era inocente de toda traición, profesó la fe católica y oró por la reina. La multitud oraba en voz alta cuando fue ejecutado. Tenía entonces treinta y un años de edad.

Rodolfo Sherwin fue uno de los mártitres beatificados en 1886. Su fiesta se celebra en la diócesis de Nottingham. Fue el protomártir del Colegio Inglés de Roma.

En el segundo volumen de la obra de Camm, LEM., pp. 358-396, hay un artículo muy completo escrito por E. S. Keogh. Véase también MMP., pp. 30-35. El P. Keogh indica en su artículo las principales fuentes (p. 396). Añádase a esa bibliografía el relato del cardenal Allen sobre el P. Campion y sus compañeros, editado por Pollen en 1908, pp. 34-46.

BEATO EDMUNDO CAMPION, MÁRTIR (1851 P.C.)

EL PADRE del beato, que se llamaba también Edmundo Campion, tenía una tienda de libros en Londres. Tanto él como su esposa fueron católicos hasta la época de la reina Isabel. Edmundo nació hacia 1540. Era un muchacho extraordinariamente inteligente. A los quince años, se le otorgó una beca en el Colegio de San Juan de Oxford, que Sir Thomas White acababa de fundar. Dos años más tarde, Edmundo ingresó en la sociedad de alumnos jóvenes. Pronto se ganó la fama de brillante orador y fue escogido para hablar en el entierro de Lady Amy Dudley (Robsart), en los funerales de Sir Thomas White y ante la reina Isabel, cuando ésta visitó la Universidad en 1566. Trece años antes, cuando estaba en la escuela gratuita de Londres, había sido elegido para pronunciar el discurso de bienvenida al predecesor de Isabel. El talento y la personalidad del joven le ganaron la buena voluntad y el patrocinio de la reina, de Cecil y de Leicester. A este último dedicó Edmundo su "Historia de Irlanda". Cecil le llamó más tarde "uno de los diamantes de Inglaterra". Edmundo prestó el juramento de fidelidad. Aunque la lectura de los Santos Padres quebrantó

su fe en el protestantismo, se dejó convencer por el Dr. Cheney, obispo de Gloucester, y recibió el diaconado de la Iglesia anglicana. El Dr. Gregorio Martin, de quien era muy buen amigo, le escribió desde Roma previniéndole contra la ambición. En efecto, Edmundo era extraordinariamente popular en Oxford y tenía un grupo de discípulos personales, más o menos como el grupo que Newman habría de tener 250 años más tarde. Pero el hecho de haber recibido las órdenes en una Iglesia sobre la que tenía muchas dudas, empezó a inquietar su mente y su conciencia. En 1569, terminó su período de prefecto de jóvenes en la Universidad. Por otra parte, como la sociedad que le había sostenido durante sus estudios se mostraba reticente a causa de sus tendencias papistas, Edmundo partió a Berlín, donde se estaba tratando de resucitar la Universidad. Hallándose ahí, escribió una breve historia del país.

Al salir de Oxford, Campion "estaba lleno de remordimientos de conciencia y angustia de espíritu" por haber aceptado las órdenes anglicanas y no hizo ningún esfuerzo por ocultarlo. Por ello, después de la publicación de la bula de San Pío V contra Isabel, su actitud provocó peligrosas sospechas. En 1571, Campion volvió a Inglaterra disfrazado, asistió al juicio del Beato Juan Storey en Westminster Hall y en seguida se trasladó a Douai. En el camino fue arrestado por no llevar pasaporte, pero consiguió cohechar a los guardias dándoles dinero y dejándoles su equipaje. Una de las primeras cosas que hizo en Douai fue escribir una "carta muy valiente" al Dr. Cheney, quien se sentía inclinado al catolicismo. Campion se licenció en teología y recibió el subdiaconado en Douai. En 1573, se trasladó a Roma e ingresó en la Compañía de Jesús. Como no existía aún la provincia inglesa, fue enviado a la de Bohemia. Hizo su noviciado en Brno y fue a enseñar en el colegio de Bohemia.

En vista del éxito con que los jesuitas trabajaban entre los protestantes en Alemania, Bohemia y Polonia, el Dr. Allen persuadió a Gregorio XIII que enviase a algunos a Inglaterra. A fines de 1579, los PP. Edmundo Campion y Roberto Persons fueron elegidos para inaugurar la nueva misión. La víspera de la salida del P. Campion de Praga, uno de los padres, movido por un impulso irresistible, escribió sobre la puerta del cuarto del beato lo siguiente: "P. Edmundo Campion, Mártir". El P. Campion partió de Roma en la primavera de 1580. El Beato Rodolfo Sherwin describió muy vivamente en una carta a Rodolfo Bickley las peripecias del viaje. Cuando llegaron a Ginebra, que era uno de los bastiones del protestantismo, Campion se hizo pasar por un criado irlandés llamado Patrick. Según parece, todos los miembros del grupo se portaron con esa alegría un tanto desbocada que mueve a las gentes serias a imaginar que todos los ingleses están locos. Poco antes de salir de Ginebra, después de haber discutido con Beza, Campion se enfrentó con un ministro protestante y puso al "pobre diablo" en ridículo delante de todos sus correligionarios. Persons partió de Saint-Omer a Inglaterra disfrazado de soldado, como si volviese de los Países Bajos. Campion se hizo pasar por mercader de joyas. Su criado era el hermano coadjutor Rodolfo Emerson.

No todos los católicos recibieron bien a los jesuitas, pues muchos temían que la llegada de los primeros miembros de la "terrible" Compañía de Jesús atrajese sobre ellos nuevos peligros. Los dos jesuitas tuvieron que jurar que "su misión era puramente apostólica, que habían ido simplemente a ocuparse de la religión y a luchar por las almas y que no tenían ni conocimientos, ni pretensiones en materias de política." El gobierno se enteró pronto de su lle-

gada, de suerte que los dos jesuitas tuvieron que salir de Londres. Campion trabajó en Berkshire, Oxfordshire y Northamptonshire, donde convirtió a algunos personajes de importancia. En una carta al P. General, decía: "Todos los días recorro una parte de la región. La cosecha es maravillosamente abundante... No podré escapar por mucho tiempo de las manos de los perseguidores... Encuentro mis disfraces perfectamente ridículos; con frecuencia cambio de disfraz y de nombre. Algunas veces he leído cartas en las que se anuncia que Campion ha sido arrestado. Esa noticia provoca tal alboroto en los sitios a los que voy, que no oigo hablar de otra cosa. Este clima de temor en el que vivo ha acabado por curarme del miedo." El P. Campion se entrevistó con el P. Persons en Londres, donde la persecución era especialmente tenaz. En seguida se dirigió a Lancashire, donde predicó casi diariamente con gran éxito. Los espías le seguían muy de cerca y, en varias ocasiones, estuvo a punto de caer en sus manos. Cincuenta años más tarde, aquellos que habían oído sus sermones los recordaban todavía. Por entonces escribió Campion una obra en latín, a la que dio por título "Las Diez Razones", porque en ella exponía los diez argumentos por los que estaba dispuesto a demostrar a los protestantes más eruditos la falsedad de su doctrina. Naturalmente, era muy difícil dar esa obra a la imprenta; sin embargo, a fin de cuentas se imprimió en secreto en la casa de Doña Cecilia Stonor, en Stonor Park, Berkshire. El 27 de junio de 1581, aparecieron sobre las bancas de la iglesia de la Universidad de Oxford 400 ejemplares de dicha obra. Eso, como era de esperarse, provocó un escándalo mayúsculo y los perseguidores redoblaron sus esfuerzos por capturar al autor. Lo consiguieron tres semanas más tarde.

Después de la publicación de "Las Diez Razones", el P. Campion juzgó prudente retirarse a Norfolk. En el camino se detuvo en Lyford, en casa de la Sra. Yate. El domingo 16 de julio acudieron unas cuarenta personas a oírle predicar durante la misa; una de ellas era espía. En el curso de las doce horas siguientes, la casa fue registrada tres veces. Los perseguidores descubrieron finalmente al P. Campion y a otros dos sacerdotes, ocultos dentro de un nicho que había sobre la gran puerta de entrada. Inmediatamente, fueron conducidos a la Torre de Londres. Los guardias los maniataron a partir de Colnbrook, y colocaron a la espalda del beato un letrero que decía: "Campion, el jesuita sedicioso." Después de tres días de tortura, el mártir fue interrogado por los condes de Bedford y Leicester (según algunos, también por la reina), quienes trataron de sobornarlo para que apostatase. Como fallasen ése y otros intentos del mismo género, se le torturó en el potro. Poco después, fueron arrestadas varias personas en cuya casa había estado el P. Campion; aunque el gobierno había averiguado los nombres de aquellos cómplices por otro conducto, difundió la falsa noticia de que el mártir los había denunciado. Antes de que pudiese reponerse de la tortura, se obligó al P. Campion a comparecer cuatro veces ante diversos prelados protestantes; el mártir respondió con agilidad y mucho tino a sus preguntas, objeciones e insultos. Después, fue nuevamente torturado en el potro con tal violencia que, al día siguiente, cuando le preguntaron cómo se sentía, respondió: "No puedo sentirme mal, puesto que ni siquiera siento". Como los perseguidores no encontrasen ningún motivo válido para condenarle, le acusaron falsamente, junto con Rodolfo Sherwin, Tomás Cottam, Lucas Kirby y otros, de haber proyectado en Roma y en Reims una revolución en Inglaterra y de haber vuelto al país para pro-

vocarla. El juicio tuvo lugar en Westminster Hall, el 14 de noviembre. Cuando los jueces le ordenaron que jurase decir la verdad, el beato estaba tan débil, que ni siquiera podía mover los brazos; entonces, uno de sus compañeros le besó la mano y le ayudó a levantarla. Campion dirigió su defensa y la de sus compañeros con suma habilidad: protestó de su lealtad a la reina, demolió las acusaciones, demostró la mala fe de los testigos y probó claramente que el verdadero motivo por el que se los juzgaba era la religión. El jurado los declaró culpables, pero no sin haber deliberado antes durante una hora. Después de oír la sentencia de muerte, el beato dirigió la palabra a los jueces: "... Al condenarnos, habéis condenado a todos vuestros antepasados y, para nosotros, el haber sido condenados junto con todos los hombres ilustres —no sólo de Inglaterra, sino del mundo entero— que lo fueron por vosotros, descastados descendientes de aquellos antepasados, es motivo de gozo y de gloria. Dios vive. La posteridad hablará. El juicio de ambos no estará sujeto a la venta como el de los que acaban de condenarnos a muerte".

La hermana de Campion fue a verle con un mensaje de Hopton, en el que se le ofrecía un pingüe beneficio a cambio de la apostasía. También fue a visitarle Eliot, el traidor que le había delatado y dado testimonio contra él, quien temía ahora por su vida. El beato le perdonó generosamente y le dio una carta de recomendación para un noble de Alemania, donde podría vivir en paz. El 1o. de diciembre fue un día lluvioso y triste. Campion, Sherwin y Briant fueron conducidos juntos a Tyburn, donde se los ejecutó con el lujo de barbarie acostumbrado. En el cadalso, el P. Campion se negó por última vez a dar su opinión sobre la bula del Papa contra Isabel y oró públicamente por "vuestra reina y mi reina, a la que deseo un largo y próspero reinado". Unas gotas de la sangre de ese hombre "admirable, sutil, preciso y amable" cayeron sobre un joven de la nobleza, llamado Enrique Walpole, que se hallaba presente. Walpole ingresó en la Compañía de Jesús, murió mártir y está beatificado.

No sólo la compañía de Jesús, sino también la diócesis de Northampton, Portsmouth, Brno y Praga, celebran la fiesta del Beato Edmundo Campion.

Estamos perfectamente informados sobre la misión de los PP. Campion y Persons, pero las fuentes son demasiado numerosas para que podamos enumerarlas aquí. Se encontrará una documentación muy suficiente en los artículos que Richard Simpson publicó en *The Rambler* (1856-1858), así como en la biografía que escribió el mismo autor en 1867. Para completarla, véanse las páginas que Camm consagra a Campion en LEM., vol. II, pp. 266-357. Merecen, además, especial mención, la *Vita et martyrium Edmundi Campiani* de P. Piombino (Amberes, 1618); el relato del viaje a Inglaterra escrito por el P. Persons, en *Publications* de la Catholic Record Society (1906), pp. 186-201; Cardenal Allen, *Martyrdom of Father Campion...* (ed. Pollen, 1908); J. H. Pollen, quien publicó numerosos artículos en *The Month* (sobre todo sept. 1897, enero y dic. 1905, y enero 1910). Evelyn Waugh publicó en 1935 una bella biografía del Beato Edmundo, libre de los "prejuicios trasalpinos" que ensombrecen la biografía de Ricardo Simpson. En las pp. 224-225 de la obra de Waugh, hay una buena bibliografía sobre el tema; añádase a ella la obra de A. C. Southern, *Elizabethan Recusant Prose* (1950), c. III. Acerca de las reliquias de Campion cf. Beda Camm, *Forgotten Shrines* (1911), pp. 377-378.

BEATO ALEJANDRO BRIANT, MÁRTIR (1581 P.C.)

DESPUÉS de la publicación de las obras de los PP. Campion y Persons, las autoridades inglesas hicieron esfuerzos frenéticos por echarles mano. En el

curso de la persecución, arrestaron a varios católicos muy activos, entre los cuales se contaba Alejandro Briant. Era éste un joven sacerdote secular. Había nacido en Somerset, y se distinguió tanto por su apostura como por su celo. Se había reconciliado con la Iglesia en Hart Hall de Oxford y había ingresado después en el seminario de Douai. Al recibir la ordenación sacerdotal, regresó a Inglaterra en 1579. Al principio, ejerció su ministerio en el oeste del país, donde reconcilió con la Iglesia al padre del P. Persons. El 28 de abril de 1581, fue arrestado en Londres, pues se hallaba precisamente en la casa contigua a aquélla en que las autoridades buscaron en vano al P. Persons por orden del Consejo Privado de Su Majestad. Los perseguidores, decididos a arrancar al P. Briant algún informe sobre el P. Persons, le tuvieron casi en ayunas durante seis días en la prisión de Counter y, después, le trasladaron a la Torre de Londres. Para que delatase al P. Persons o se comprometiese a sí mismo, los verdugos le encajaron agujas entre las uñas y la carne. Fue el único mártir de esa época a quien consta que se torturó en esa forma. Como ello no diese resultado, le encerraron durante una semana en una celda helada del sótano de la Torre y después le torturaron durante dos días en el potro, hasta el límite de lo posible. El encargado de manejar el potro, un tal Norton, declaró que el P. Briant había sido "torturado más que cualquier otro". El hecho produjo tal escándalo, que las autoridades se vieron obligadas a encarcelar algunos días a Norton para calmar la opinión pública. El P. Briant consiguió escribir desde la Torre una larga carta a los jesuitas de Inglaterra. En ella describe su primer martirio en el potro: al fin de la tortura, "no sentía dolor alguno. Aun puedo decir que, en cierto modo, me sentía consolado y contento por lo que acababa de sufrir. Dios sabe si eso fue un milagro o no, pero es cierto y mi conciencia da testimonio de ello delante de Dios." Según Norton, cuyo testimonio citamos por lo que pueda valer, el Beato Alejandro sufrió más de lo ordinario después de la tortura. En la misma carta el beato solicitaba la admisión en la Compañía de Jesús y decía que había hecho voto de ingresar en ella si algún día salía de la prisión. Por ello, se le considera como uno de los mártires jesuitas.

El P. Briant fue juzgado en Westminster Hall, junto con el Beato Tomás Ford y otros, al día siguiente del juicio de Campion, Sherwin y Cottam y por los mismos motivos. El beato se presentó en la sala del tribunal con la tonsura para manifestar que era sacerdote y llevando en la mano una cruz hecha con los trozos de un cuchillo de madera, en la cual se había dibujado con carbón la figura de Cristo. A pesar de lo que había sufrido, conservaba una actitud de "serenidad, inocencia y bondad casi angelicales." Fue ejecutado en Tyburn el 1º de diciembre de 1581, después de los Beatos Edmundo Campion y Rodolfo Sherwin. En la fecha de hoy, se celebra también el triunfo del BEATO RICARDO LANGLEY, gentilhombre de Ousethorpe y Grimthorpe, que fue ahorcado en York, el 1º de diciembre de 1586, por haber ofrecido hospitalidad a varios sacerdotes.

La arquidiócesis de Birmingham celebra en este día la fiesta de todos aquellos miembros de la Universidad de Oxford —más de cuarenta—, que fueron martirizados por la fe durante las persecuciones de los siglos XVI y XVII y que han sido beatificados.

Muchas de las obras sobre Edmundo Campion aluden también a este compañero suyo de martirio. Véase sobre todo a Camm, LEM., vol. II, pp. 397-423; y REPSJ., vol. IV,

pp. 343-367. Según parece, el P. Briant pertenecía a una familia campesina bastante acomodada; todavía se conserva el testamento de su padre, en el que se menciona al beato. Acerca de Ricardo Langley, cf. Gillow, *Biog. Dict. Eng. Caths.*; Pollen, *Acts of Eng. Marts.*, y REPSJ., vols. III y IV.

2: SANTA BIBIANA, VIRGEN Y MÁRTIR (Fecha desconocida)

LA IGLESIA romana de Santa Bibiana existía ya en el siglo V. El *"Liber Pontificalis"* afirma que fue dedicada por el Papa San Simplicio y que en ella se hallaban los restos de la santa. Sin embargo, no sabemos nada cierto acerca de la época y las circunstancias de su martirio. Los datos que dan sobre ella y su familia el Martirologio Romano y las lecciones del Breviario, están tomados de una leyenda posterior que no merece ningún crédito. Según dicha leyenda, Santa Bibiana fue martirizada en tiempos de Juliano el Apóstata. Había nacido en Roma. Era hija de Dafrosa y Flaviano, el prefecto de la ciudad. Sus padres eran muy buenos cristianos. Los perseguidores arrestaron a Flaviano, le quemaron el rostro con un hierro candente y le desterraron a Acquapendente, según se lee en el Martirologio Romano, el 22 de este mes. Después de la muerte de Flaviano, Dafrosa, que se mostró tan fiel a Cristo como su marido, estuvo encarcelada algún tiempo en su propia casa y finalmente fue decapitada. Bibiana y su hermana Demetria fueron castigadas con la confiscación de todos sus bienes, de suerte que durante cinco meses sufrieron grandes pobrezas. Las dos vírgenes pasaron ese tiempo en su casa, orando y ayunando. Durante el juicio, Demetria cayó muerta delante del juez. Este confió a Bibiana al cuidado de Rufina, mujer muy artera, para que poco a poco, la hiciese cambiar de parecer. Pero los halagos de Rufina se estrellaron contra la constancia de Bibiana. Viendo que no conseguía apartarla de la fe y de la práctica de la castidad, Rufina empezó a emplear métodos brutales que resultaron igualmente infructuosos. Finalmente, la santa falleció atada a una columna, mientras la azotaban con látigos cargados de plomo. Los verdugos abandonaron el cuerpo para que se lo comieran los perros. Pero al cabo de dos días, como los perros no se acercasen al cadáver, un sacerdote llamado Juan se lo robó durante la noche y lo sepultó cerca del palacio de Licinio, en la misma casa en que estaban enterradas su madre y su hermana.

La tradición ha asociado el nombre de Juan con el de San Pimenio, quien fue tutor de Juliano el Apóstata antes de que éste abandonase la Iglesia. Cuando Juliano empezó a perseguir a los cristianos, Pimenio huyó a Persia. Más tarde, volvió a Roma y encontró en la calle al emperador. Este exclamó al verle: "¡Gloria sea dada a mis dioses y diosas por veros de nuevo!" El santo replicó: "¡Gloria sea dada a mi Señor Jesucristo, el nazareno que fue crucificado, porque no os he visto en mucho tiempo!" Juliano mandó que le arrojasen al punto al Tíber. Como lo ha demostrado Delehaye, esta leyenda procede de fábulas hagiográficas ligeramente más antiguas, en particular, que las relacionadas con la vida de los santos Juan y Pablo. Por otra parte, no es imposible que el nombre de Pimenio se derive de la palabra griega "poimén", que significa pastor; en ese caso, se trataría de la leyenda de "San Pastor".

El P. Delehaye ha estudiado muy a fondo la leyenda de Santa Bibiana, en *Etude sur le légendier romain* (1936), pp. 124-143; en un apéndice publica el autor dos textos

de particular importancia (pp. 259-268) titulados *Passio Sancti Pygmenii* y *Vita Sancti Pastoris.* En realidad, el personaje principal de esta leyenda es Pimenio o Pigmenio, no Bibiana. El *Hieronymianum* menciona a esta última. Véase también el artículo de M. E. Donckel, *Studien über den Kultus der hl. Bibiana,* en *Römische Quartalschrift,* vol. XLIII (1935), pp. 22-33; y Quentin, *Les martyrologes historiques,* pp. 494-495. Como la leyenda cuenta que Santa Bibiana estuvo encarcelada con unos locos, antiguamente se la veneraba mucho como patrona de los epilépticos y enfermos mentales.

SAN CROMACIO, OBISPO DE AQUILEYA (c. 407 P.C.)

CROMACIO se educó en la ciudad de Aquileya, en la que probablemente había nacido. Ahí vivió con su madre (la buena opinión que tenía San Jerónimo de esta viuda, puede verse en la carta que le escribió el año 374), su hermano, que también llegó a ser obispo y sus hermanas solteras. Después de su ordenación sacerdotal, San Cromacio tomó parte en el sínodo de Aquileya contra el arrianismo (381), bautizó a Rufino siendo todavía joven y adquirió gran reputación. El año 388, a la muerte de San Valeriano, fue elegido obispo de Aquileya y llegó a ser uno de los prelados más distinguidos de su tiempo. Fue muy amigo de San Jerónimo, con quien sostuvo correspondencia epistolar y quien le dedicó varias de sus obras. No por ello dejó de ser amigo de Rufino y trató de hacer las veces de pacificador y moderador en la disputa origenista. Precisamente San Cromacio fue quien incitó a Rufino a traducir la "Historia Eclesiástica" de Eusebio y otras obras y, por consejo suyo, San Ambrosio escribió su comentario sobre la profecía de Balaam. El santo ayudó también a San Heliodoro de Altino a financiar la traducción de la Biblia hecha por San Jerónimo. Cromacio fue un partidario enérgico y valioso de San Juan Crisóstomo, quien le profesaba gran estima. El obispo de Aquileya escribió al emperador Honorio para protestar contra la persecución de que era objeto San Juan Crisóstomo, y Honorio transmitió la protesta a su hermano Arcadio. Desgraciadamente, los esfuerzos de San Cromacio no produjeron efecto alguno. El santo fue un autorizado comentarista de la Sagrada Escritura; se conservan diecisiete de sus estudios sobre algunos pasajes del Evangelio de San Mateo y una homilía sobre las Bienaventuranzas. San Cromacio murió hacia el año 407. Su nombre figura en el Martirologio Romano. Su fiesta se celebra en las diócesis de Gorizia y de Istria, que antiguamente formaban parte de la provincia de Aquileya.

A lo que parece, no existe ninguna biografía propiamente dicha. En los últimos años, se ha estudiado con cierto interés la figura del santo, por razón de las obras que se le atribuyen. Véase Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur,* vol. III, pp. 548-551; P. de Puniet, en *Revue d'histoire ecclésiastique,* vol. VI (1905), pp. 15-32, 304-318; P. Paschini, en *Revue Bénédictine,* vol. XXVI (1909), pp. 469-475. Las obras que se atribuyen a San Cromacio pueden verse en Migne, PL., vol. XX, cc. 247-436; pero el texto es muy poco satisfactorio. Al santo hay que atribuir probablemente la *Expositio de oratione dominica,* publicada por M. Andrieu en *Les Ordines romani du haut moyen-age,* vol. II (1948), pp. 417-447.

BEATO JUAN RUYSBROECK o RUSBROQUIO (1381 P.C.)

JAN VAN RUYSBROECK (o Juan Rusbroquio, como se le llama generalmente en español) nació en Ruysbroeck, cerca de Bruselas, en 1293. En aquella época la actual ciudad era un pueblecito. Seguramente que los padres del futuro

beato eran gente humilde, aunque, a decir verdad, no sabemos nada sobre su padre y, sobre su madre, sólo tenemos noticias de que era muy buena y amaba tiernamente a su hijo. A los once años, Juan se fue a vivir con su tío Juan Hickaert, que era canónigo menor de la colegiata de Santa Gúdula, en Bruselas. El niño fue a la escuela en esa ciudad. Algunos años después, su madre se fue también a vivir a un beguinato de Bruselas. Poco después de la muerte de ésta, Juan recibió la ordenación sacerdotal, a los veinticuatro años de edad. Al cabo de algún tiempo, como efecto de un sermón que había oído en Santa Gúdula, el canónigo Hinckaert cambió notablemente de vida. En efecto, repartió entre los pobres todos los bienes superfluos y, en compañía de otro canónigo llamado Franco van Coudenberg, que era más joven que él, empezó a dedicar más y más tiempo a la contemplación en medio de su vida de canónigo. El Beato Juan se les unió pronto. Entre 1330 y 1335, escribió algunos panfletos polémicos que no se conservan, pero poco después escribió el "Libro del Reino de los Amadores de Dios", una obra que, como todas las otras del beato, fue escrita en flamenco, con la intención de que el pueblo pudiese leerla. Se trata de una refutación del falso misticismo y de una exposición del verdadero camino de Dios. A ella siguieron "Los Esponsales Espirituales" y varias otras obras de mística práctica. Algunos comentadores afirman que Juan era iletrado e ignorante, con lo cual añaden interés al mérito de sus escritos. Pero en realidad, está probado que era un filósofo y teólogo muy capaz y que estaba muy al tanto de las obras de los escolásticos de su época y de los grandes maestros del pasado. Por lo demás, la hipótesis de que Juan era un iletrado, fue lanzada desde su tiempo. Gerson, que le acusaba de haber caído en el panteísmo en "Los Esponsales Espirituales", respondió a los autores de la hipótesis: "Se ha dicho que el autor de este libro es iletrado e ignorante para poder considerar su obra como inspirada por el Espíritu Santo. Pero en realidad, da más pruebas de sabiduría humana que de inspiración divina ... Su estilo es un tanto estudiado. Además, para hablar de un tema como ése, no basta la piedad, sino que hace falta también haber estudiado".

Entre 1340 y 1343, Rusbroquio escribió la primera parte del "Libro del Tabernáculo Espiritual", que es una alegoría de la vida mística. En la primavera del año siguiente, los tres sacerdotes partieron de Bruselas. En efecto, se sentían llamados a dedicarse completamente a Dios en la vida contemplativa y manifestaron su deseo de retirarse a la soledad del campo, ya que en la ciudad se sentían esclavizados y oprimidos por los otros clérigos, muchos de los cuales eran mundanos y poco piadosos y entre quienes Juan había provocado la hostilidad por el vigor de su lucha contra la herejía. Por aquel entonces, el canónigo van Coudenberg se hallaba en dificultades con el duque de Brabante, Juan III, y éste, para contrariar al canónigo, autorizó a los monjes de la ermita de San Lamberto, en Groenendael, de ceder un terreno en los bosques de Soignes a los que aspiraban a la vida solitaria. Ahí se establecieron los tres amigos y construyeron una capilla más grande. Durante los seis primeros años, fueron muy criticados por el capítulo de Santa Gúdula y los monjes de los alrededores, y además el duque solía organizar partidas de cacería en aquellos parajes. Como no estaban asociados a ninguna orden religiosa, no tenían manera de protegerse. Así pues, en 1349, cuando ya contaban con cinco discípulos, formaron una comunidad de canónigos regulares de San Agustín e hicieron los votos ante el obispo de Cambrai. El anciano Hinckaert murió al año siguiente.

Franco van Coudenberg fue elegido superior del monasterio y Juan Rusbroquio prior. Franco fue, como quien dice, el fundador de Groenendael en el sentido material y administrativo, en tanto que la presencia de Juan en el monasterio atraía a los numerosos aspirantes que ingresaron en la comunidad. Rusbroquio era un religioso ejemplar: dócil, paciente, obediente y amante del trabajo manual (en el que era más bien torpe). En una palabra, era mejor súbdito que superior.

Gerardo Naghel, cartujo de Hérinnes, cuenta que Rusbroquio fue a visitar su monasterio: "¡Cuánto más podría yo decir sobre ese rostro poderoso y viril, endulzado por la alegría; sobre su conversación humilde y afectuosa; sobre la espiritualidad que irradiaba de su persona; sobre su actitud tan religiosa, que se manifestaba hasta en su manera de vestir! ... Aunque queríamos que nos hablase de sí mismo, nunca lo conseguimos, pues siempre nos hablaba sobre las epístolas sagradas ... Estaba tan libre de orgullo como si nunca hubiese escrito obras tan buenas como las suyas". El Beato Juan solía pasar horas enteras en el bosque que circundaba al monasterio para escuchar la voz de Dios en aquel sitio donde las distracciones humanas no se interponían entre él y su Creador. Acostumbraba tomar notas sobre unas tabletas de cera y, después, las ordenaba y desarrollaba en su celda. En cierta ocasión, no se presentó a la hora de comer y uno de los canónigos salió a buscarle; lo encontró arrebatado en éxtasis, sentado y rodeado por una luz celestial. El beato completó ahí el "Tabernáculo Espiritual" y escribió las otras obras que hicieron de él uno de los más grandes contemplativos de la Edad Media.* Se ha dicho que Rusbroquio no dijo nada que no hubiesen dicho ya otros místicos, y que su originalidad consiste en su manera de presentar las cosas. Pero, decir algo en forma nueva equivale siempre a decir algo nuevo. Por otra parte, como Rusbroquio vivió entre la Edad Media y el Renacimiento, combinó los elementos filosóficos de la escolástica con los elementos neoplatónicos. Se ha dicho con razón que si Rusbroquio no hubiese aportado un punto de vista personal y si su doctrina no hubiese tenido nada de original, su extraordinaria influencia sería inexplicable. Cierto que su santidad personal es suficiente para explicar el que las turbas más heterogéneas hayan ido en peregrinación a Groenendael para verle. Pero Rusbroquio ejerció también gran influencia sobre otros, que eran "doctores ac clerici non mediocres", el principal de los cuales fue Gerardo Groote, fundador de los Hermanos de la Vida Común. Por su intermedio, la doctrina del beato dejó sentir su influencia sobre la escuela de Windesheim y Tomás de Kempis. También puede decirse que la forma de vida monástica de Groenendael explica por qué Windesheim no se hizo cartujo o cisterciense, sino agustino.

En los últimos años de su vida, el Beato Juan no podía ya salir de la celda que compartía con Franco van Coudenberg, quien era todavía más anciano que él. Una noche, el beato soñó con su madre quien le decía que Dios iba a llamarle durante el Adviento. Al día siguiente, pidió que le trasladasen a la enfermería, donde, consumido por la fiebre, se preparó con toda lucidez y devoción para la muerte. Dios le llamó a Sí el 2 de diciembre de 1391, a los

* En Rusbroquio, como en otros místicos de la época, particularmente en Ricardo Rolle de Hampole, hay una tendencia marcada a pasar de la prosa a una forma de ritmo (ya sea ritmo propiamente dicho, o el empleo de la aliteración). Este fenómeno se observa aun en la "Imitación de Cristo"; por eso se la llama algunas veces "Musica ecclesiastica".

ochenta y ocho años de edad. A partir de entonces, el segundo domingo después de Pentecostés, el capítulo de Santa Gúdula realizó procesiones a Groenendael en honor de Juan Rusbroquio. Cuando el monasterio fue suprimido en 1783, las reliquias del beato se trasladaron a Bruselas, pero desaparecieron durante la Revolución. Los esfuerzos que se habían hecho para obtener su beatificación, tantas veces interrumpidos, fueron finalmente coronados por el éxito en 1908, ya que San Pío X confirmó el culto del beato y concedió la celebración de su fiesta a los canónigos regulares de Letrán y a la diócesis de Malinas. El abad Cutberto Butler opina que probablemente no haya ningún contemplativo más grande que Rusbroquio, "y ciertamente no ha habido ningún escritor místico de mayor envergadura".

Casi todo lo que sabemos sobre la vida de Rusbroquio procede de una biografía latina escrita por un tal Enrique Pomerius. (Pomerius es una latinización de Van den Bogaerde). Parece que la obra fue compuesta entre 1429 y 1431, es decir, unos cincuenta años después de la muerte del beato. El autor aprovechó una biografía anterior, escrita por Juan van Schoonhoven, que se ha perdido. El texto de Pomerius, con una valiosa introducción, puede verse en *Analecta Bollandiana*, vol. IV, (1885), pp. 257-334. Véase también A. Auger, *Etude sur les mystiques des Pays-Bas au Moyen-Age* (1892); W. De Vreese, en *Biographie nationale* de Bélgica, vol. XX, cc. 507-591; J. Van Mierlo, en *Dietsche Warande en Belfort* (1910), vols. I y II; C. S. Durrant, *Flemish Mystics and English Martyrs* (1925), pp. 3-14; F. Van Ortroy, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 384-387; J. Kucknoff, *Johannes von Ruysbroeck* (1938); y S. Axters, *Spiritualité des Pays-Bas* (1948). Aunque Rusbroquio sabía ciertamente latín, escribió todas sus obras en flamenco. Según se dice, ello provoca fácilmente malas interpretaciones de los que no son expertos en la materia, y las traducciones son con frecuencia poco de fiar. La traducción latina que hizo Surio de las obras de Rusbroquio es, en muchos casos, una simple paráfrasis. Los benedictinos de San Pablo de Wisques tradujeron al francés, con gran criterio científico y sumo cuidado, todos los escritos auténticos, bajo el título general de *Oeuvres de Ruysbroeck l'Admirable* (6 vols., 1912-1938). D. Vincent Scully escribió una biografía inglesa del beato (1910); Evelyn Underhil escribió un estudio titulado *Ruysbroeck* (1915); R. F. Sherwood Taylor tradujo *The Seven Steps of the Ladder of Spiritual Love* (1944), y E. Colledge *The Spiritual Espousals* (1952), que hasta entonces se conocía en inglés con el nombre de *The Adornment of the Spiritual Marriage*. La obra del P. Axters citada más arriba fue publicada en inglés en 1954.

3: SAN FRANCISCO JAVIER (1552 P.C.)

CRISTO confió a sus Apóstoles la misión de ir a predicar a todas las naciones. En todas las épocas, Dios ha suscitado y llenado de su Espíritu divino a hombres dispuestos a continuar esa ardua misión. Enviados con la autoridad y en el nombre de Cristo por los sucesores de los apóstoles en el gobierno de la Iglesia, esos hombres han conducido al redil de Cristo a todas las naciones, con el propósito de completar el número de los santos. Entre los misioneros que más éxito han tenido en la tarea, se cuenta al ilustre San Francisco Javier, a quien Pío X nombró patrono oficial de las misiones extranjeras y de todas las obras relacionadas con la propagación de la fe. Francisco Javier fue sin duda uno de los misioneros más grandes que han existido. A este propósito, vale la pena citar, entre otros, el testimonio sorprendente de Sir Walter Scott: "El protestante más rígido y el filósofo más indiferente no pueden negar que supo reunir el valor y la paciencia de un mártir con el buen sentido, la decisión, la agilidad mental y la habilidad del mejor negociador que haya ido

nunca en embajada alguna." Francisco nació en Navarra, cerca de Pamplona, en el castillo de Javier, en 1506. Su lengua materna era, por consiguiente, el vascuense. El futuro santo era el benjamín de la familia. A los dieciocho años, fue a estudiar a la Universidad de París, en el colegio de Santa Bárbara, donde en 1528, obtuvo el grado de licenciado. Ahí conoció a Ignacio de Loyola, a cuya influencia opuso resistencia al principio. Sin embargo, fue uno de los siete primeros jesuitas que se consagraron al servicio de Dios en Montmartre, en 1534. Junto con ellos recibió la ordenación sacerdotal en Venecia, tres años más tarde, y con ellos compartió las vicisitudes de la naciente Compañía. En 1540, San Ignacio envió a Francisco Javier y a Simón Rodríguez a la India. Fue esa la primera expedición misional de la Compañía de Jesús.

Francisco Javier llegó a Lisboa hacia fines de junio. Inmediatamente, fue a reunirse con el P. Rodríguez, quien moraba en un hospital donde se ocupaba de asistir e instruir a los enfermos. Javier se hospedó también ahí y ambos solían salir a instruir y catequizar en la ciudad. Pasaban los domingos oyendo confesiones en la corte, pues el rey Juan III los tenía en gran estima. Esa fue la razón por la que el P. Rodríguez tuvo que quedarse en Lisboa. También San Francisco Javier se vio obligado a permanecer ahí ocho meses y, fue por entonces cuando escribió a San Ignacio: "El rey no está todavía decidido a enviarnos a la India, porque piensa que aquí podremos servir al Señor tan eficazmente como allá." Antes de la partida de Javier, que tuvo lugar el 7 de abril de 1541, día de su trigésimo quinto cumpleaños, el rey le entregó un breve por el que el Papa le nombraba nuncio apostólico en el oriente. El monarca no pudo conseguir que aceptase como presente más que un poco de ropa y algunos libros. Tampoco quiso Javier llevar consigo a ningún criado, alegando que "la mejor manera de alcanzar la verdadera dignidad es lavar los propios vestidos sin que nadie lo sepa." Con él partieron a la India el P. Pablo de Camerino, que era italiano, y Francisco Mansilhas, un portugués que aún no había recibido las órdenes sagradas. En una afectuosa carta de despedida que el santo escribió a San Ignacio, le decía a propósito de este último, que poseía "un bagaje de celo, virtud y sencillez, más que de ciencia extraordinaria".

Francisco Javier partió en el barco que transportaba al gobernador de la India, Don Martín Alfonso de Sousa. Otros cuatro navíos completaban la flota. En la nave del almirante, además de la tripulación, había pasajeros, soldados, esclavos y convictos. Francisco se encargó de catequizar a todos. Los domingos predicaba al pie del palo mayor de la nave. Por otra parte, convirtió su camarote en enfermería y se dedicó a cuidar a todos los enfermos, a pesar de que, al principio del viaje, los mareos le hicieron sufrir mucho a él también. Entre la tripulación y entre los pasajeros había gentes de toda especie, de suerte que Javier tuvo que mediar en reyertas, combatir la blasfemia, el juego y otros desórdenes. Pronto se desató a bordo una epidemia de escorbuto y sólo los tres misioneros se encargaban del cuidado de los enfermos. La expedición navegó cinco meses para doblar el Cabo de Buena Esperanza y llegar a Mozambique, donde se detuvo durante el invierno; después siguió por la costa este del Africa y se detuvo en Malindi y en Socotra. Por fin, dos meses después de haber zarpado de este último puerto, la expedición llegó a Goa, el 6 de mayo de 1542, al cabo de tres meses de viaje (es decir, el doble del tiempo normal). San Francisco Javier se estableció en el hospital hasta que llegaron sus compañeros, cuyo navío se había retrasado.

Goa era colonia portuguesa desde 1510. Había ahí un número considerable de cristianos, y la organización eclesiástica estaba compuesta por un obispo, el clero secular y regular, y varias iglesias. Desgraciadamente, muchos de los portugueses se habían dejado arrastrar por la ambición, la avaricia, la usura y los vicios, hasta el extremo de olvidar completamente que eran cristianos. Los sacramentos habían caído en desuso; fuera de Goa había a lo más, cuatro predicadores y ninguno de ellos era sacerdote; los portugueses usaban el rosario para contar el número de azotes que mandaban dar a sus esclavos. La escandalosa conducta de los cristianos, que vivían en abierta oposición con la fe que profesaban y así alejaban de la fe a los infieles, fue una especie de reto para San Francisco Javier. El misionero comenzó por instruir a los portugueses en los principios de la religión y formar a los jóvenes en la práctica de la virtud. Después de pasar la mañana en asistir y consolar a los enfermos y a los presos, en hospitales y prisiones miserables, recorría las calles tocando una campanita para llamar a los niños y a los esclavos al catecismo. Estos acudían en gran cantidad y el santo les enseñaba el Credo, las oraciones y la manera de practicar la vida cristiana. Todos los domingos celebraba la misa a los leprosos, predicaba a los cristianos y a los hindúes y visitaba las casas. Su amabilidad y su caridad con el prójimo le ganaron muchas almas. Uno de los excesos más comunes era el concubinato de los portugueses de todas las clases sociales con las mujeres del país, dado que había en Goa muy pocas cristianas portuguesas. Tursellini, el autor de la primera biografía de San Francisco Javier, que fue publicada en 1594, describe con viveza los métodos que empleó el santo contra ese exceso. Por ellos, puede verse el tacto con que supo Javier predicar la moralidad cristiana, demostrando que no contradecía ni al sentido común, ni a los instintos verdaderamente humanos. Para instruir a los pequeños y a los ignorantes, el santo solía adaptar las verdades del cristianismo a la música popular, un método que tuvo tal éxito que, poco después, se cantaban las canciones que él había compuesto, lo mismo en las calles que en las casas, en los campos que en los talleres.

Cinco meses más tarde, se enteró Javier de que en las costas de la Pesquería, que se extienden frente a Ceilán desde el Cabo de Comorín hasta la isla de Manar, habitaba la tribu de los paravas. Estos habían aceptado el bautismo para obtener la protección de los portugueses contra los árabes y otros enemigos; pero, por falta de instrucción, conservaban aún las supersticiones del paganismo y praticaban sus errores.* Javier partió en auxilio de esa tribu que "sólo sabía que era cristiana y nada más". El santo hizo trece veces aquel viaje tan peligroso, bajo el tórrido calor del sur de Asia. A pesar de la dificultad, se puso a aprender el idioma nativo y a instruir y confirmar a los ya bautizados. Particular atención consagró a la enseñanza del catecismo a los niños. Los paravas, que hasta entonces no conocían siquiera el nombre de Cristo, recibieron el bautismo en grandes multitudes. A este propósito, Javier informaba a sus hermanos de Europa que, algunas veces, tenía los brazos tan fatigados por administrar el bautismo, que apenas podía moverlos. Los generosos paravas que eran de casta baja, dispensaron a San Francisco Javier una acogida ca-

* El P. Coleridge, S. J. escribe con razón: "Probablemente todos los misioneros que han ido a regiones en las que sus compatriotas se hallaban ya establecidos... han encontrado en ellos a los peores enemigos de su obra de evangelización. En este sentido, las naciones católicas son tan culpables como las protestantes. España, Francia y Portugal son tan culpables como Inglaterra y Holanda".

lurosa, en tanto que los brahamanes, de clase elevada, recibieron al santo con gran frialdad, y su éxito con ellos fue tan reducido que, al cabo de doce meses, sólo había logrado convertir a un brahamán. Según parece, en aquella época Dios obró varias curaciones milagrosas por medio de Javier.

Por su parte, Javier se adaptaba plenamente al pueblo con el que vivía. Lo mismo que los pobres, comía arroz, bebía agua y dormía en el suelo de una pobre choza. Dios le concedió maravillosas consolaciones interiores. Con frecuencia, decía Javier de sí mimo: "Oigo exclamar a este pobre hombre que trabaja en la viña de Dios: 'Señor no me des tantos consuelos en esta vida; pero, si tu misericordia ha decidido dármelos, llévame entonces todo entero a gozar plenamente de Ti' ". Javier regresó a Goa en busca de otros misioneros y volvió a la tierra de los paravas con dos sacerdotes y un catequista indígenas y con Francisco Mansilhas a quienes dejó en diferentes puntos del país. El santo escribió a Mansilhas una serie de cartas que constituyen uno de los documentos más importantes para comprender el espíritu de Javier y conocer las dificultades con que se enfrentó. El sufrimiento de los nativos a manos de los paganos y de los portugueses se convirtió en lo que él describía como "una espina que llevo constantemente en el corazón". En cierta ocasión, fue raptado un esclavo indio y el santo escribió: "¿Les gustaría a los portugueses que uno de los indios se llevase por la fuerza a un portugués al interior del país? Los indios tienen idénticos sentimientos que los portugueses". Poco tiempo después, San Francisco Javier extendió sus actividades a Travancore. Algunos autores han exagerado el éxito que tuvo ahí, pero es cierto que fue acogido con gran regocijo en todas las poblaciones y que bautizó a muchos de los habitantes. En seguida, escribió al P. Mansilhas que fuese a organizar la Iglesia entre los nuevos convertidos. En su tarea solía valerse el santo de los niños, a quienes seguramente divertía mucho repetir a otros lo que acababan de aprender de labios del misionero. Los badagas del norte cayeron sobre los cristianos de Comoín y Tuticorín, destrozaron las poblaciones, asesinaron a varios y se llevaron a otros muchos como esclavos. Ello entorpeció la obra misional del santo. Según se cuenta, en cierta ocasión, salió solo Javier al encuentro del enemigo, con el crucifijo en la mano, y le obligó a detenerse. Por otra parte, también los portugueses entorpecían la evangelización; así, por ejemplo, el comandante de la región estaba en tratos secretos con los badagas. A pesar de ello, cuando el propio comandante tuvo que salir huyendo, perseguido por los badagas, San Francisco Javier escribió inmediatamente al P. Mansilhas: "Os suplico, por el amor de Dios, que vayáis a prestarle auxilio sin demora". De no haber sido por los esfuerzos infatigables del santo, el enemigo hubiese exterminado a los paravas. Y hay que decir, en honor de esa tribu, que su firmeza en la fe católica resistió a todos los embates.

El reyezuelo de Jaffna (Ceilán del norte), al enterarse de los progresos que había hecho el cristianismo en Manar, mandó asesinar ahí a 600 cristianos. El gobernador, Martín de Sousa, organizó una expedición punitiva que debía partir de Negatapam. San Francisco Javier se dirigió a ese sitio; pero la expedición no llegó a partir, de suerte que el santo decidió emprender una peregrinación, a pie, al santuario de Santo Tomás en Milapur, donde había una reducida colonia portuguesa a la que podía prestar sus servicios. Se cuentan muchas maravillas de los viajes de San Francisco Javier. Además de la conversión de numerosos pecadores públicos europeos, a los que se ganaba con

su exquisita cortesía, se le atribuyen también otros milagros. En 1545, el santo escribió desde Cochín una extensa carta muy franca al rey, en la que le daba cuenta del estado de la misión. En ella habla del peligro en que estaban los neófitos de volver al paganismo, "escandalizados y desalentados por las injusticias y vejaciones que les imponen los propios oficiales de Vuestra Majestad... Cuando nuestro Señor llame a Vuestra Majestad a juicio, oirá tal vez Vuestra Majestad las palabras airadas del Señor: '¿Por qué no castigaste a aquellos de tus súbditos sobre los que tenías autoridad y que me hicieron la guerra en la India?' ". El santo habla muy elogiosamente del vicario general en las Indias, Don Miguel Vaz, y ruega al rey que le envíe nuevamente con plenos poderes, una vez que éste haya rendido su infome en Lisboa. "Como espero morir en estas partes de la tierra y no volveré a ver a Vuestra Majestad en este mundo, ruégole que me ayude con sus oraciones para que nos encontremos en el otro, donde ciertamente estaremos más descansados que en éste". San Francisco Javier repite sus alabanzas sobre el vicario general en una carta al P. Simón Rodríguez, en donde habla todavía con mayor franqueza acerca de los europeos: "No titubean en hacer el mal, porque piensan que no puede ser malo lo que se hace sin dificultad y para su beneficio. Estoy aterrado ante el número de inflexiones nuevas que se dan aquí a la conjugación del verbo 'robar' ".

En la primavera de 1545, San Francisco Javier partió para Malaca, donde pasó cuatro meses. Malaca era entonces una ciudad grande y próspera. Albuquerque la había conquistado para la corona portuguesa en 1511 y, desde entonces, se había convertido en un centro de costumbres licenciosas. Anticipándose a la moda que se introduciría varios siglos más tarde, las jóvenes se paseaban en pantalones, sin tener siquiera la excusa de que trabajaban como los hombres. El santo fue acogido en la ciudad con gran reverencia y cordialidad, y tuvo cierto éxito en sus esfuerzos de reforma. En los dieciocho meses siguientes, es difícil seguirle los pasos. Fue una época muy activa y particularmente interesante, pues la pasó en un mundo en gran parte desconocido, visitando ciertas islas a las que él da el nombre genérico de Molucas y que es difícil identificar con exactitud. Sabemos que predicó y ejerció el ministerio sacerdotal en Amboina, Ternate, Gilolo y otros sitios, en algunos de los cuales había colonias de mercaderes portugueses. Aunque sufrió mucho en aquella misión, escribió a San Ignacio: "Los peligros a los que me encuentro expuesto y los trabajos que emprendo por Dios, son primaveras de gozo espiritual. Estas islas son el sitio del mundo en que el hombre puede más fácilmente perder la vista de tanto llorar; pero se trata de lágrimas de alegría. No recuerdo haber gustado jamás tantas delicias interiores y los consuelos no me dejan sentir el efecto de las duras condiciones materiales y de los obstáculos que me oponen los enemigos declarados y los amigos aparentes." De vuelta a Malaca, el santo pasó ahí otros cuatro meses, predicando a aquellos cristianos tan poco generosos. Antes de partir a la India, oyó hablar del Japón a unos mercaderes portugueses y conoció personalmente a un fugitivo del Japón, llamado Anjiro. Javier desembarcó nuevamente en la India, en enero de 1548.

Pasó los siguientes quince meses viajando sin descanso entre Goa, Ceilán y Cabo de Comorín, para consolidar su obra (sobre todo el "Colegio Internacional de San Pablo" de Goa) y preparar su partida al misterioso Japón, en el que hasta entonces no había penetrado ningún europeo. Entonces, escribió

la última carta al rey Juan III, a propósito de un obispo armenio y de un fraile franciscano. En ella decía: "La experiencia me ha enseñado que Vuestra Majestad tiene poder para arrebatar a las Indias sus riquezas y disfrutar de ellas, pero no lo tiene para difundir la fe cristiana." En abril de 1549, partió de la India, acompañado por otro sacerdote de la Compañía de Jesús y un hermano coadjutor, por Anjiro (que había tomado el nombre de Pablo) y por otros dos japoneses que se habían convertido al cristianismo. El día de la fiesta de la Asunción del mismo año, desembarcaron en Kagoshima, en tierra japonesa.

En Kagoshima, los habitantes los dejaron en paz. San Francisco Javier se dedicó a aprender el japonés. Lejos de poseer el don de lenguas que algunos le atribuyen, el santo tenía más bien dificultad en aprender los idiomas. Tradujo al japonés una exposición muy sencilla de la doctrina cristiana que repetía a cuantos se mostraban dispuestos a escucharle. Al cabo de un año de trabajo, había logrado unas cien conversiones. Ello provocó las sospechas de las autoridades, las cuales le prohibieron que siguiese predicando. Entonces, el santo decidió trasladarse a otro sitio con sus compañeros, dejando a Pablo al cuidado de los neófitos. Antes de partir de Kagoshima, fue a visitar la fortaleza de Ichiku; ahí convirtió a la esposa del jefe de la fortaleza, al criado de ésta, a algunas personas más y dejó la nueva cristiandad al cargo del criado. Diez años más tarde, Luis de Almeida, médico y hermano coadjutor de la Compañía de Jesús, encontró en pleno fervor a esa cristiandad aislada. San Francisco Javier se trasladó a Hirado, al norte de Nagasaki. El gobernador de la ciudad acogió bien a los misioneros, de suerte que en unas cuantas semanas pudieron hacer más de lo que había hecho en Kagoshima en un año. El santo dejó esa cristiandad a cargo del P. de Torres y partió con el hermano Fernández y un japonés a Yamaguchi, en Honshu. Ahí predicó en las calles y delante del gobernador; pero no tuvo ningún éxito y las gentes de la región se burlaron de él.

Javier quería ir a Miyako (Kioto), que era entonces la principal ciudad del Japón. Después de trabajar un mes en Yamaguchi, donde apenas cosechó algo más que afrentas, prosiguió el viaje con sus dos compañeros. Como el mes de diciembre estaba ya muy avanzado, los aguaceros, la nieve y los abruptos caminos hicieron el viaje muy penoso. En febrero, llegaron los misioneros a Miyako. Ahí se enteró el santo de que para tener una entrevista con el mikado (cuyo poder era puramente aparente) necesitaba pagar una suma mucho mayor a la que poseía. Por otra parte, como la guerra civil hacía estragos en la ciudad, San Francisco Javier comprendió que, por el momento, no podía hacer ningún bien ahí, por lo cual volvió a Yamaguchi, quince días después. Viendo que la pobreza evangélica no producía en el Japón el mismo efecto que en la India, el santo cambió de método. Vestido decentemente y escoltado por sus compañeros, se presentó ante el gobernador como embajador de Portugal, le entregó las cartas que le habían dado para el caso las autoridades de la India y le regaló una caja de música, un reloj y unos anteojos, entre otras cosas. El gobernador quedó encantado con esos regalos, dio al santo permiso de predicar y le cedió un antiguo templo budista para que se alojase mientras estuviese ahí. Habiendo obtenido así la protección oficial, San Francisco Javier predicó con gran éxito y bautizó a muchas personas.

Habiéndose enterado de que un navío portugués había atracado en Funai

(Oita) de Kiushu, el santo partió para allá. Uno de los miembros de la expedición era el viajero Fernando Méndez Pinto, quien dejó una descripción muy completa y divertida de la procesión que organizaron los portugueses para acompañar ceremoniosamente a su admirado Javier en su visita al gobernador de la ciudad. Desgraciadamente, Méndez Pinto era un escritor muy imaginativo, de suerte que no se puede dar crédito a lo que nos cuenta sobre las actividades y peripecias del santo en Funai. Francisco Javier resolvió partir en ese barco portugués a visitar sus cristiandades de la India antes de hacer el deseado viaje a China. Los cristianos del Japón, que eran ya unos 2000 y constuían la semilla de tantos mártires del futuro, quedaron al cuidado del P. Cosme de Torres y del hermano Fernández. A pesar de los descalabros que había sufrido en el Japón, San Francisco Javier opinaba que "no hay entre los infieles ningún pueblo más bien dotado que el japonés."

La cristiandad había prosperado en la India durante la ausencia de Javier; pero también se habían multiplicado las dificultades y los abusos, tanto entre los misioneros como entre las autoridades portuguesas, y todo ello necesitaba urgentemente la atención del santo. Francisco Javier emprendió la tarea con tanta caridad como firmeza. Cuatro meses después, el 25 de abril de 1552, se embarcó nuevamente, llevando por compañeros a un sacerdote y un estudiante jesuitas, un criado indio y un joven chino que hubiera sido su intérprete si no hubiese olvidado su lengua natal. En Malaca, el santo fue recibido por Diego Pereira, a quien el virrey de la India había nombrado embajador ante la corte de China.

San Francisco tuvo que hablar en Malaca sobre dicha embajada con Don Alvaro de Ataide, hijo de Vasco de Gama, que era el jefe en la marina de la región. Como Alvaro de Ataide era enemigo personal de Diego Pereira, se negó a dejarle partir, tanto en calidad de embajador como de comerciante. Ataide no se dejó convencer por los argumentos de Francisco Javier, ni siquiera cuando éste le mostró el breve de Paulo III por el que había sido nombrado nuncio apostólico. Por el hecho de oponer obstáculos a un nuncio pontificio, Ataide incurría en la excomunión. Desgraciadamente, el santo había dejado en Goa el original del breve pontificio. Finalmente, Ataide permitió que Francisco Javier partiese a la China en la nave de Pereira, pero no dejó que este último se embarcase. Pereira tuvo la nobleza de aceptar el trato. Como el fin de la embajada hubiese fracasado, el santo envió al Japón al otro sacerdote jesuita y sólo conservó a su lado al joven chino, que se llamaba Antonio. Con su ayuda, esperaba poder introducirse furtivamente en China, que hasta entonces había sido inaccesible a los extranjeros. A fines de agosto de 1552, la expedición llegó a la isla desierta de Sancián (Shang-Chawan), que dista unos veinte kilómetros de la costa y está situada a cien kilómetros al sur de Hong Kong.

Por medio de una de las naves, Francisco Javier escribió desde ahí varias cartas. Una de ellas iba dirigida a Pereira, a quien el santo decía: "Si hay alguien que merezca que Dios le premie en esta empresa, sois vos. Y a vos se deberá su éxito." En seguida, describía las medidas que había tomado: con mucha dificultad y pagando generosamente, había conseguido que un mercader chino se comprometiese a desembarcarle de noche en Cantón, no sin exigirle que jurase que no revelaría su nombre a nadie. En tanto que llegaba la ocasión de realizar el proyecto, Javier cayó enfermo. Como sólo quedaba uno

de los navíos portugueses, el santo se encontró en la miseria. En su última carta escribió: "Hace mucho tiempo que no tenia tan pocas ganas de vivir como ahora." El mercader chino no volvió a presentarse. El 21 de noviembre, el santo se vio atacado por una fiebre y se refugió en el navío. Pero el movimiento del mar le hizo daño, de suerte que al día siguiente pidió que le transportasen de nuevo a tierra. En el navío predominaban los hombres de Don Alvaro de Ataide, los cuales, temiendo ofender a éste, dejaron a Javier en la playa, expuesto al terrible viento del norte. Un compasivo comerciante portugués le condujo a su cabaña, tan maltrecha, que el viento se colaba por las rendijas. Ahí estuvo Francisco Javier recostado, consumido por la fiebre. Sus amigos le hicieron algunas sangrías, sin éxito alguno. Entre los espasmos del delirio, el santo oraba constantemente. Poco a poco, se fue debilitando. El sábado 3 de diciembre, según escribió Antonio, "viendo que estaba moribundo, le puse en la mano un cirio encendido. Poco después, entregó el alma a su Creador y Señor con gran paz y reposo, pronunciando el nombre de Jesús." San Francisco Javier tenía entonces cuarenta y seis años y había pasado once en el oriente. Fue sepultado el domingo por la tarde. Al entierro asistieron Antonio, un portugués y dos esclavos.*

Uno de los tripulantes del navío había aconsejado que se llenase de barro el féretro para poder trasladar más tarde los restos. Diez semanas después, se procedió a abrir la tumba. Al quitar el barro del rostro, los presentes descubrieron que se conservaba perfectamente fresco y que no había perdido el color; también el resto del cuerpo estaba incorrupto y sólo olía a barro. El cuerpo fue trasladado a Malaca, donde todos salieron a recibirlo con gran gozo, excepto Don Alvaro de Ataide. Al fin del año, fue trasladado a Goa, donde los médicos comprobaron que se hallaba incorrupto. Ahí reposa todavía, en la iglesia del Buen Jesús. Francisco Javier fue canonizado en 1622, al mismo tiempo que Ignacio de Loyola, Teresa de Avila, Felipe Neri e Isidro el Labrador.

* El fiel Antonio describió los últimos días del santo, en una carta a Manuel Teixeira, el cual la publicó en su biografía de San Francisco Javier.

Durante mucho tiempo, se creyó que las cartas y documentos biográficos reunidos en dos voluminosos tomos titulados *Monumenta Xaveriana* (1899-1912) habían agotado la materia. Indudablemente dichos documentos, de los que se hizo una edición crítica en *Monumenta Historica Societatis Jesu* (Madrid), son importantísimos; constituyen el texto más autorizado de las cartas del santo y transmiten fielmente las deposiciones de los testigos en el proceso de beatificación, además de otros materiales de gran valor. Pero el P. Jorge Schurhammer, trabajando en los archivos de Lisboa y empleando ciertas fuentes japonesas de Tokio, que hasta entonces no se habían estudiado, consiguió reunir muchos otros datos, que completan y aun corrigen los que se tenían hasta entonces. El P. Schurhammer publicó, en colaboración con el P. J. Wicki, la edición definitiva de las preciosas cartas del santo (2 vols., 1943-1944). También publicó una biografía corta, titulada *Der heilige Franz Xaver* (1925), que fue traducida al inglés en los Estados Unidos, y completó esa obra con una serie de artículos y estudios monográficos sobre diferentes aspectos de la extraordinaria vida misionera de Francisco Javier. La mayor parte de esos estudios puede verse en *Analecta Bollandiana*, particularmente vol. XL (1922), pp. 171-178, vol. XLIV (1926), pp. 445-446, vol. XLVI (1928), pp. 455-546, vol. XLVIII (1930), pp. 441-445, vol. L (1932), pp. 453-454, vol. LV (1936), pp. 247-249, y vol. LXIX (1951), pp. 438-441. En el primero de dichos artículos se encontrará un estudio sobre las reliquias del santo; en el cuarto, un resumen del folleto del P. Schurhammer, titulado *Das Kirchliche Sprachproblem*

sostiene que el santo era capaz de conversar y discutir en japonés carece de fundamento. Dicha leyenda se debe a la imaginación e ignorancia de dos testigos en el proceso de beatificación. El P. Astrain, en *Historia de la Compañía de Jesús,* fue uno de los primeros *in der japanischen Jesuitemission* (1928). En él demuestra el autor que la leyenda que en hacer notar que hay que considerar como legendarios muchos de los milagros que se atribuían al santo en sus primeras biografías. Por ello, no se puede prestar mucho crédito a las biografías de O. Tursellini y Bouhours; el poeta Juan Dryden tradujo esta última al inglés. El P. L. J. M. Cros reunió muchos materiales críticos sobre la familia de Javier, etc., antes de la publicación de *Monumenta Xaveriana,* en *Documents nouveaux* (1894) y *S. François Xavier, sa vie et ses lettres* (2 vols., 1900). La biografía farncesa más de fiar es la del P. A. Brou (2 vols., 1912). El P. H. J. Coleridge publicó en inglés una biografía muy sentida (2 vols., 1886); pero desgraciadamente dicho autor no conoció la edición crítica de las cartas del santo. Por ello, es preferible, desde el punto de vista de la exactitud, la obra corta de la Sra. Yeo (1933).Según el P. James Brodrick, la obra de Edith A. Stewart, *Life of St Francis Xavier* (1917) "si se exceptúan ciertas explosiones de sentimiento protestante, es más crítica y satisfactoria que todas las otras biografías católicas del santo". Esto pudo ser verdad en 1940, pero la biografía inglesa definitiva fue la que escribió el mismo P. Brodrick, *St Francis Xavier* (1952). El P. Thurston estudió la obra misionera de San Francisco Javier en el Japón y en la India (*The Month,* feb y marzo de 1905, dic. de 1912). Acerca del espíritu de San Francisco Javier, véase la semblanza del P. C. C. Martindale, en *God's Army,* vol. I (1915); sobre los milagros del santo, cf. *Analecta Bollandiana,* vol. XVI (1897), pp. 52-63.

SAN LUCIO (Fecha desconocida)

EN LA PRIMERA parte del *Liber Pontificalis,* que fue escrita hacia el año 530, se dice a propósito del Papa San Eleuterio (*c.* 174-189): "El monarca inglés, Lucio, le escribió diciéndole que podría hacerse cristiano por orden suya", es decir, pidiéndole que enviase misioneros. El Venerable Beda transcribe ese texto casi con las mismas palabras y escribe en su "Historia Eclesiástica": "En el año 156, después de la Encarnación del Señor, Marco Antonio Vero (es decir, Marco Aurelio), el décimo cuarto después de Augusto, fue coronado emperador, junto con su hermano Aurelio Cómodo (es decir, Lucio Vero). En esa época, cuando el santo Eleuterio ocupaba la cátedra romana, Lucio, rey de los britanos, escribió a éste una carta para manifestarle que, por mediación suya, deseaba hacerse cristiano. Pronto vio satisfecho su religioso deseo. Los britanos conservaron la fe en toda su pureza y plenitud, como la habían recibido, y entre ellos reinaron la paz y la tranquilidad hasta el tiempo del emperador Diocleciano". Beda hace una tercera alusión a la conversión de Lucio, hacia el fin de su "Historia Eclesiástica", en la recapitulación. Lo único incorrecto es la cronología, no obstante los esfuerzos de Beda por enmendarla.

Con el transcurso del tiempo, la leyenda amplió y embelleció el hecho original. Nenio lo relata con muchas adiciones, en el siglo IX. A Lucio le llama con el nombre céltico de Lleufer Mawr, es decir, "Gran Esplendor" y al Papa le da el nombre de "Eucaristo". Su *Liber Landavensis* afirma que los enviados de Lucio a Roma se llamaban Elvino y Meduino (editor este último de la obra de Guillermo de Malmesbury), y añade que el Pontífice envió a los misioneros Fagano y Deruviano. Godofredo de Monmouth agrega por su parte que, en cuanto toda la región se convirtió a la fe, Lucio la dividió en provincias y diócesis. Dice que murió y fue sepultado en Gloucester. Juan Stow, en su historia de Londres en el siglo XVI, escribe a propósito de San Pedro de Cornhill: "En esta iglesia hay una mesa sobre la que alguien escribió en

tiempos lejanos, aunque no sé por orden de quién, que el rey Lucio hizo de esa ciudad la sede metropolitana de un arzobispo y la constituyó en principal diócesis del reino, lo que fue durante cuatro siglos, hasta la llegada del monje Agustín". En otro sitio, el mismo autor cita, tomándolos de Jocelin de Furness, los nombres de los catorce arzobispos apócrifos que gobernaron esa iglesia hasta el año 587. El autor apunta: "Esto es lo que dice Jocelin sobre los arzobispos. Dejo a los eruditos la tarea de determinar el crédito que merece tal testimonio".

Lo importante es determinar si la afirmación del *Liber Pontificalis*, que Beda reproduce, tiene o no fundamento histórico. Durante mucho tiempo nadie dudó de ello, pero en tiempos de Alban Butler ya comenzaba a discutirse la cuestión, aunque el autor no juzgó que valiese la pena tomar en cuenta las discusiones.

La cuestión del origen de la leyenda es diferente. Se ha dicho que fue inventada deliberadamente, durante las controversias entre la antigua y la nueva Iglesia de Inglaterra, para demostrar el origen romano de la cristiandad británica y la sumisión de los ingleses a la Santa Sede. Pero la leyenda existía ya en Roma antes de que estallasen esas disensiones y, cuando Beda la repitió en Inglaterra la tormenta ya había pasado. En una palabra, no existe prueba alguna de que la historia de Lucio se haya empleado como argumento en favor de Roma sino hasta después de la Reforma, y es de lamentar que los apologistas se hayan valido de ella. Harnack emitió una hipótesis plausible e interesante, por más que no esté probada. En efecto, dicho autor hace notar que el rey Agbar IX de Edesa se llamaba Lucio Elio Septimio Megas Agbar, y que se convirtió probablemente al cristianismo en tiempos del Papa Eleuterio. Por otra parte, en los documentos antiguos se latinizaba el nombre de Birtha (es decir, la fortaleza de Edesa) llamándola "Britium Edessenorum". Algún copista, al transcribir el relato de la conversión de Lucio Abgar ("Hic accepit epistulam a Lucio, in Britio rege..."), pudo equivocarse y escribir: "a Lucio, Brittanio rege".

Varios autores han estudiado con cierto detalle la leyenda de Lucio y el Papa Eleuterio: Duchesne, *Liber Pontificalis*, pp. CCXXII ss.; Haddan y Stubbs, *Councils*, vol. I, pp. 25-26; C. Plummer, en su edición de la *Ecclesiastical History* de Beda, vol. II, p. 14; J. P. Kirsch, en *Catholic Encyclopedia*, vol. V, p. 379; A. Harnack, en *Sitzungsberichte* de la Academia de Berlín (1904), pp. 906-916 (cf. *Engl. Hist. Rev.*, vol. XXII, pp. 767-770); y H. Leclercq, en DAC., vol. IX, cc. 2661-2663. Ninguno de estos autores se inclina a considerar que la leyenda tiene un fundamento histórico. Acerca de Deruviano y Fagano, véase J. Armitage Robinson, *Two Glastonbury Legends* (1926). Cf. V. Berther, en *Zeitschrift für Schweizerische Kirchegeschichte*, vol. XXXII (1938), pp. 20-38, 103-124.

SANTOS CLAUDIO, HILARIA y Compañeros, Mártires
(Fecha desconocida)

El Martirologio Romano dice: "En Roma, la pasión de los santos mártires Claudio, tribuno, Hilaria, su esposa, Jasón y Mauro, sus hijos y setenta soldados. El emperador Numeriano mandó que se atase a Claudio una gran piedra y se le arrojase al río, y condenó a sus hijos y a los soldados a morir por la espada. La bienaventurada Hilaria sepultó los cuerpos de sus hijos. Poco después, los paganos la descubrieron orando ante la tumba y la encarcelaron; así pasó al Señor". Según la leyenda, San Claudio fue el tribuno que se con-

virtió al ver la constancia con que San Crisanto y Santa Daría soportaban los tormentos (25 de octubre). El Martirologio menciona el 1o. de diciembre al sacerdote San Diodoro, al diácono Mariano y a sus compañeros, que fueron asesinados cuando celebraban la conmemoración de San Crisanto y Santa Daría.

Lo poco que sabemos sobre estos mártires procede de una alusión casual y poco digna de crédito, que se halla en la *pasión* de Crisanto y Daría. Es cierto que los peregrinos del siglo VII hablan de la tumba de Hilaria en la Vía Salaria; pero probablemente se trata de la santa cuya fiesta se celebra el 31 de diciembre, que no está relacionada con ningún Claudio. Véase Delehaye, *Etude sur le légendier romain*, pp. 53-54, y CMH., p. 17.

SAN CASIANO, MÁRTIR (¿298? P.C.)

SE CUENTA que, cuando San Marcelo el Centurión fue juzgado en Tánger por Aurelio Agricolano (30 de octubre), un escribiente llamado Casiano se encargó de tomar las actas del proceso. Cuando éste oyó que Agricolano pronunciaba la sentencia de muerte contra Marcelo, que había servido tan fielmente al emperador, gritó que no estaba dispuesto a seguir tomando nota y arrojó al suelo el estilo y las tabletas. En medio del asombro de los presentes y las risas de Marcelo, Aurelio Agricolano se levantó de un salto, bajó atropelladamente de la tribuna judicial y preguntó a Casiano por qué había arrojado las tabletas y vociferado en esa forma indigna. Casiano respondió que lo había hecho porque la sentencia era injusta. Entonces Agricolano le mandó apresar.

"Ahora bien, dicen las "actas", el bienaventurado mártir Marcelo se había reído porque el Espíritu Santo le había revelado el futuro y se regocijaba de que Casiano estuviese destinado para compartir su martirio. Aquel mismo día, se cumplió el deseo de Marcelo, quien fue martirizado ante una gran muchedumbre. Poco después, es decir, el 3 de diciembre, el fiel Casiano fue conducido al mismo sitio en el que había sido juzgado Marcelo y sus respuestas fueron casi idénticas a las del Centurión, por lo que mereció obtener la corona del martirio, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, cuyo es el honor y la gloria, la excelencia y el poder, por los siglos de los siglos. Amén".

Acerca de la explicación que da el autor sobre la risa de San Marcelo, séanos permitido comentar que no hacía falta un carisma del Espíritu Santo para comprender que Casiano iba a ser condenado. Lo más probable es que San Marcelo se haya reído al ver el divertido espectáculo de un juez que saltaba de la tribuna lleno de cólera, porque un escribiente le desafiaba delante de toda la corte de justicia.

Ruinart incluyó las *actas* de San Marcelo y San Casiano en *Acta Sincera*; pero el P. Delehaye (*Analecta Bollandiana*, vol. XLI, 1923, pp. 257-287) no concede probabilidad alguna a la idea de que el relato que poseemos sea una copia taquigráfica de lo que sucedió. Sin embargo, los hechos básicos son verdaderos. Por lo que toca a Casiano, es cierto que en Tánger de la Mauritania se veneraba a un mártir de ese nombre, ya que Prudencio escribe en *Peristephanon*, IV, 45: *Ingeret Tingis sua Cassianum;* sin embargo, Delehaye (loc. cit., pp. 276-278) aduce fuertes razones para probar que fue relacionado con Marcelo, cuyas *actas* eran muy conocidas, porque no se sabía nada sobre él. Véase también Monceaux, *Hist. lit. de l'Afrique chrétienne*, vol. III, pp. 119-121; Leclercq, en DAC., vol XI, c. 1140; *Analecta Bollandiana*, vol. LXIV (1946), pp. 281-282; y nuestra nota bibliográfica sobre San Marcelo (30 de octubre).

SAN SOLA o SOL (794 P.C.)

SAN SOLA era inglés. Pasó con San Bonifacio a Alemania, donde fue discípulo del santo y recibió la ordenación sacerdotal de sus manos. Al sentirse llamado por el Espíritu Santo a la vida solitaria, su maestro le aconsejó que se retirase a un sitio próximo a Fulda. Después, se trasladó a las riberas del Altmuhl, cerca de Eichstätt, donde vivió en una reducida celda, entregado a la penitencia y la oración. Después del martirio de San Bonifacio, los santos hermanos Wilibaldo, obispo, y Winebaldo, sacerdote, le exhortaron a convertir su celda, en el centro religioso de la región. Para ello le regalaron unas tierras, en las que se erigió más tarde la abadía de Solnhofen, que dependía de la de Fulda. San Sola pasó al Señor el 3 de diciembre de 794, y se construyó una capilla en el sitio en que el santo había tenido su oratorio. El pueblecito de Solnhofen, al oeste de Eichstätt, perpetúa la memoria del nombre de San Sola.

Existe una biografía latina de San Sola, escrita en 835, cuarenta años después de su muerte. El autor es Ermanrico, monje de Ellwagen, quien recogió el testimonio de un criado del santo y de otros contemporáneos. Al año siguiente, un tal Maestro Rolando corrigió el latín de Ermanrico. El mejor texto es el de MGH., *Scriptores*, vol. XV, pte. I, pp. 151-163; pero puede verse también en Mabillon, vol. III, pte. 2, pp. 429-438. El curioso nombre de este santo ha dado origen a la opinión que le relaciona con ciertos dibujos e inscripciones pertenecientes a un antiguo culto del sol. Véase E. Jung *German. Götter* (1922), pp. 218-231; y *Kunstdenkmäler d. Bez. Weissenburg* (1932), pp. 426-437.

4: SAN PEDRO CRISOLOGO, ARZOBISPO DE RAVENA, DOCTOR DE LA IGLESIA (c. 450 P.C.)

SAN PEDRO nació en Imola, en la Emilia oriental. Estudió las ciencias sagradas, y recibió el diaconado de manos de Cornelio, obispo de Imola, de quien habla con la mayor veneración y gratitud. Cornelio formó a Pedro en la virtud desde sus primeros años y le hizo comprender que en el dominio de las pasiones y de sí mismo residía la verdadera grandeza y que era éste el único medio de alcanzar el espíritu de Cristo. Según la leyenda, San Pedro fue elevado a la dignidad episcopal de la manera siguiente: Juan, el arzobispo de Ravena, murió hacia el año 433. El clero y el pueblo de la ciudad eligieron a su sucesor y pidieron a Cornelio de Imola que encabezase la embajada que iba a Roma a pedir al Papa San Sixto III que confirmase la elección. Cornelio llevó consigo a su diácono Pedro. Según se cuenta, el Papa había tenido la noche anterior una visión de San Pedro y San Apolinar (primer obispo de Ravena, que había muerto por la fe), quienes le ordenaron que no confirmase la elección. Así pues, Sixto III propuso para el cargo a San Pedro Crisólogo, siguiendo las instrucciones del cielo. Los embajadores acabaron por doblegarse. El nuevo obispo recibió la consagración y se trasladó a Ravena, donde el pueblo le recibió con cierta frialdad. Es muy poco probable que San Pedro haya sido elegido en esta forma. El emperador Valentiniano III y su madre, Gala Placidia, residían entonces en Ravena. San Pedro gozó de su estima y confianza, así como de las del sucesor de Sixto III, San León Magno. Cuando San Pedro llegó a Ravena, aún había muchos paganos en su

diócesis y abundaban los abusos entre los fieles. El celo infatigable del santo consiguió extirpar el paganismo y corregir los abusos. En la ciudad de Classis, que era entonces el puerto de Ravena, San Pedro construyó un bautisterio y una iglesia dedicadas a San Andrés. Se distinguió por la inmensa caridad e incansable vigilancia con que atendió a su grey, a la que alimentó constantemente con el pan de vida, que es la palabra de Dios. Se conservan todavía muchos sermones del santo que son siempre muy cortos, pues temía fatigar a sus oyentes.

En el siglo IX, se escribió una biografía de Pedro que da muy pocos datos sobre él. Alban Butler llenó esa laguna con citas de los sermones del santo, que él califica de "más bien instructivos que patéticos. En ellos se encuentran largas exposiciones doctrinales y pocas exhortaciones y afectos. No se puede considerar a esos sermones como modelo de elocuencia, por más que la fama del santo como predicador le haya valido el título de Crisólogo, es decir, orador áureo o excelente." Sin embargo, aunque el estilo oratorio de San Pedro no es perfecto (bien que Butler afirma en otra parte que su vocabulario es "exacto, sencillo y natural"), el contenido de sus sermones movió a Benedicto XIII a declarar al santo doctor de la Iglesia, en 1729. Butler omitió este dato. Se cuenta que San Pedro predicaba con tal vehemencia que a veces la emoción le impedía seguir hablando. Predicó en favor de la comunión frecuente y exhortó a los cristianos a convertir la Eucaristía en su alimento cotidiano. El heresiarca Eutiques, que fue condenado por San Flavio el año 448, escribió una circular a los prelados más distinguidos para justificarse. En su respuesta, San Pedro le decía que había leído su carta con la pena más profunda, porque así como la pacífica unión de la Iglesia alegra a los cielos, así las divisiones los entristecen. Y añade que, por inexplicable que sea el ministerio de la Encarnación, nos ha sido revelado por Dios y debemos creerlo con sencillez. En seguida, exhorta a Eutiques a someterse sin discusión. Ese mismo año, San Pedro Crisólogo recibió con grandes honores en Ravena a San Germán de Auxerre; el 31 de julio, ofició en los funerales del santo francés, y conservó como reliquias su capucha y su camisa de pelo. San Pedro Crisólogo no sobrevivió largo tiempo a San Germán. Habiendo tenido una revelación sobre su muerte próxima, volvió a su ciudad natal de Imola, donde regaló a la iglesia de San Casiano varios cálices preciosos. Después de aconsejar que se procediese con diligencia a elegir a su sucesor, murió en Imola el 2 de diciembre, probablemente el año 450, y fue sepultado en la iglesia de San Casiano.

La biografía latina tan poco satisfactoria, que es nuestra única fuente de información sobre la vida personal de este Doctor de la Iglesia, fue escrita por el abad Agnellus el año 836. En Migne, PL., hay dos textos: vol. LII, cc. 13-20, y vol. CVI, cc. 533-559. Pero la mejor edición es, sin duda, la de Testi Rasponi, *Codex pontificalis ecclesiae Ravennatis*, vol. I (1924). Vale la pena leer la semblanza biográfica de D. L. Baldisserri, *San Pier Crisologo* (1920), así como las monografías alemanas de H. Dapper (1867) y G. Böhmer (1919). Se ha discutido mucho sobre los sermones que se atribuyen a San Pedro. Véase Mons. Lanzoni, *I sermoni di S. Pier Crisologo* (1909); F. J. Peters, *Petrus Chrysologus als Homilet* (1918); Baxter, en *Journal of Theol. Studies*, vol. XXIX (1928), pp. 362-368; también C. Jenkins en *Churck Quarterly Review*, vol. CIII (1927), pp. 233-259. En *Revue Bénédictine*, vol. XXIII (1906), pp. 486-500, el abad Cabrol enumera las razones que hay para atribuir al santo el "Rotulus" de Ravena; pero la cosa no es clara. Los sermones atribuidos a San Pedro Crisólogo pueden verse en Migne, PL., vol. LII; en la obra de F. Liverani, *Spicilegium Liberianum* (1863), pp. 125-203, hay otros sermones y se aprovechan

otros manuscritos. Véase también Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. IV, pp. 604-610.

SANTA BARBARA, VIRGEN Y MÁRTIR (Fecha Desconocida)

"EN LA ÉPOCA del reinado de Maximiano, había un hombre muy rico llamado Dióscoro, que adoraba y veneraba a los ídolos. Dióscoro tenía una hija llamada Bárbara. Para que ningún hombre pudiese ver la gran belleza de su hija, Dióscoro construyó una torre alta y bien defendida y encerró en ella a la joven. Muchos príncipes fueron a ver a Dióscoro para solicitar la mano de su hija. Dióscoro fue a ver a Bárbara y le dijo: 'Hija mía, ciertos príncipes han venido a verme para pedirme tu mano. Por ello, te ruego que me comuniques tus intenciones y me digas qué quieres hacer.' Entonces Santa Bárbara se volvió, muy irritada, hacia su padre y le dijo: 'Padre mío, te ruego que no me obligues a casarme, pues ni lo deseo, ni he pensado siquiera en ello.' ... Poco después, Dióscoro salió de la torre y se fue a un país lejano, donde permaneció largo tiempo.

"Entonces Santa Bárbara, la doncella de nuestro Señor Jesucristo, bajó de la torre a ver unas termas que su padre estaba construyendo. Al punto, se dio cuenta de que sólo había dos ventanas, una hacia el norte y la otra hacia el sur, lo que la sorprendió y maravilló sobremanera. Preguntó a los obreros por qué no habían puesto más ventanas. Ellos le respondieron que su padre lo había dispuesto y ordenado así. Entonces Santa Bárbara les dijo: 'Hacedme ahí otra ventana' ... En esas termas la santa doncella fue bautizada por un hombre de Dios, y ahí vivió algún tiempo. Siguiendo el ejemplo del santo precursor del Señor, San Juan Bautista, sólo comía miel y langostas. En las termas, como en la piscina de Siloé, los ciegos de nacimiento recobraron la vista ... Un día, la bendita doncella subió a la torre y vio los ídolos que su padre solía adorar y venerar. Súbitamente, la joven recibió la luz del Espíritu Santo y adquirió una sutileza y claridad maravillosas en el amor de Jesucristo, ya que el Dios Todopoderoso la revistió de gloria soberana y acrisolada castidad. La santa virgen Bárbara, fortalecida con la fe, venció al demonio. En efecto, en cuanto vio los ídolos, escupió despectivamente sobre ellos, diciendo: 'Todos aquellos a los que vosotros habéis inducido en error y creen en vosotros serán como vosotros.' En seguida, se retiró y alabó al Señor en la torre".

"Y cuando la obra estaba ya terminada, su padre regresó de su viaje. Cuando vio que había tres ventanas, preguntó a los obreros: '¿Por qué habéis hecho tres ventanas?' Y ellos respondieron: 'Porque tu hija nos lo ordenó.' Entonces Dióscoro mandó llamar a su hija y le preguntó por qué había mandado hacer tres ventanas, a lo que ella respondió: 'Mandé que hiciesen tres ventanas, porque tres ventanas dan luz a todo el mundo y todas las criaturas, en tanto que dos ensombrecen el universo.' Entonces su padre se dirigió con ella a las termas, y le preguntó en el camino cómo era que tres ventanas daban más luz que dos. Y Santa Bárbara respondió: 'Esas tres ventanas representan claramente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, los cuales son tres Personas y un solo Dios, en el que debemos creer y al que debemos adorar.' Entonces Dióscoro, lleno de cólera, sacó ahí mismo su espada para matarla. Pero la santa virgen se puso en oración y, al punto, fue milagrosamente trasladada a una lejana roca de la montaña. Dos pastores que guardaban ahí sus ovejas la vieron volar ... Pero su padre subió a buscarla y, tomándola de los cabellos, la arrastró monte

abajo y la encerró a toda prisa en la prisión... Entonces, el juez se sentó a juzgarla. Viendo la gran belleza de Bárbara, le dijo: 'Así pues, elige entre sacrificar a los dioses y salvar tu vida, o morir cruelmente torturada.' Santa Bárbara respondió: 'Me ofrezco en sacrificio a mi Dios, Jesucristo, Creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas...' "

Después de ser apaleada, la santa tuvo una visión del Señor en su mazmorra. Más tarde, fue nuevamente azotada y torturada. Y "el juez mandó que fuese decapitada por la espada. Y entonces, su padre, muy enojado, la arrebató de manos del juez y la condujo a la cumbre de una montaña. Y Santa Bárbara se alegró al ver que se aproximaba el momento en que iría a recibir el premio de su victoria. Y mientras su padre la arrastraba a la montaña, ella hizo su oración, diciendo: 'Señor Jesucristo, Creador del cielo y de la tierra, te ruego que me concedas tu gracia y escuches mi oración por todos aquellos que recuerden tu nombre y mi martirio. Te suplico que olvides sus pecados, pues Tú conoces nuestra fragilidad.' Entonces oyó una voz del cielo que le decía: 'Ven, Bárbara, esposa mía, ven a descansar en la morada de Dios mi Padre, que está en los cielos. Yo te concedo lo que acabas de pedirme.' Y después de oír estas palabras, se acercó a su padre y recibió la corona del martirio junto con Santa Juliana. Y, cuando su padre bajaba de la montaña, un fuego del cielo descendió sobre él y le consumió, de suerte que sólo quedaron las cenizas de su cuerpo. Esta bienaventurada virgen, Santa Bárbara, recibió la corona del martirio con Santa Juliana, el segundo día de las nonas de diciembre. Un noble llamado Valentino sepultó los cadáveres de las dos mártires en un pueblecito, donde obraron muchos milagros para gloria y alabanza de Dios Todopoderoso."

Así cuenta la "Leyenda Dorada" la historia de una de las santas más populares de la Edad Media. Sin embargo, es muy dudoso que la virgen y mártir Bárbara haya existido jamás y es cosa cierta que la leyenda es espuria. Los martirologios antiguos no mencionan a Santa Bárbara; su leyenda no es anterior al siglo VII, y su culto no se popularizó sino hasta el siglo IX. La época y el sitio del martirio varían según las diferentes versiones, que hablan de Toscana, Roma, Antioquía, Heliópolis y Nicomedia. Santa Bárbara es una de los Catorce Santos Protectores. Se le invoca contra el rayo y el fuego. Por asociación, es también patrona de los artilleros, ingenieros militares y mineros, posiblemente debido al género de muerte del padre de la santa. El incidente de las tres ventanas que mandó construir a los obreros en las termas, así como la torre que suele representarse en las pinturas de Santa Bárbara, han hecho de ella la patrona de los arquitectos, constructores y albañiles. La oración que la santa hizo en el momento de su muerte dio origen a la idea de que protege especialmente a quienes se hallan en peligro de morir sin sacramentos.

Casi todos los autores están de acuerdo en afirmar que el original de la leyenda fue escrito en griego. No existen vestigios de culto antiguo de la santa, de suerte que hay que considerar la leyenda como una simple novela. Existen numerosas versiones en latín, sirio y otros idiomas. Puede verse el texto sirio en la obra de la Sra. Agnes Smith-Lewis, *Studia Sinaitica,* vols. IX y X (1900)) junto con una traducción inglesa. Cf. también W. Weyh, *Die syrische Barbara Legende* (1912). Los textos latinos se hallarán en N. Müller, *Acta S. Barbarae* (1703), y en P. Paschini, *Santa Barbara, note agiografiche* (1927). Tal vez la recensión más antigua es la que publicó A. Wirth, *Danae in christlichen Legenden* (1892), pp. 105-111; pero el editor tiende a exagerar el origen pagano de la leyenda de Santa Bárbara y otras por el estilo. Se ha escrito mucho acerca de la inclusión de Santa Bárbara entre los Catorce Santos Protectores, así como sobre los diferentes aspectos de su patrocinio. Véase, por ejemplo, H. Marchesi, *Santa Barbara protetrice dei cannonieri*

(1895); Peine, *St. Barbara, die Schutzheilige der Bergleute und der Artillerie* (1896); J. Moret, *Ste Barbe, patronne des mineurs* (1876); pero hasta ahora no se ha explicado satisfactoriamente cómo llegó la santa a ser la patrona de gremios tan diversos. El nombre de Santa Bárbara figura ya en un calendario inglés (Bodleian MS., Digby 63) de fines del siglo IX, el 4 de diciembre. El emblema más característico de la santa en el arte es la torre. Véase Künstle, *Ikonographie*, vol. II, pp. 112-115. Acerca de la Santa en el folklore, véase Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. I, cc. 905-910.

CLEMENTE DE ALEJANDRIA (*c*. 215 P.C.)

DESPUÉS DE consagrar varias páginas a la vida y los escritos de este eminente Padre de la Iglesia, Alban Butler escribe: "Benedicto XIV, en la erudita disertación que dirigió al rey de Portugal en forma de breve, que sirve de prefacio a la edición del Martirologio Romano de 1748, prueba perfectamente que no hay razón suficiente para incluir su nombre en el Martirologio Romano. Lo que nos ha movido a hablar de él en nuestra obra es la autoridad de ciertos calendarios privados y la costumbre de los hagiógrafos." A veces suele darse todavía el título de santo a Clemente de Alejandría. Pero, como su nombre ha sido suprimido formalmente en el Martirologio Romano, no hay razón para hablar de él en una colección de vidas de santos.

SAN MARUTAS, OBISPO DE MAIFERKAT (*c*. 415 P.C.)

ESTE SANTO prelado fue un ilustre Padre de la Iglesia siria de fines del siglo IV. Era obispo de Maiferkat, que se encuentra entre el Tigris y el Lago Van, cerca de la frontera de Persia. El santo reunió las "actas" de los mártires que sufrieron ahí durante la persecución de Sapor, y trasladó a su diócesis tal cantidad de reliquias, que la ciudad episcopal acabó por llamarse Martirópolis. Todavía conserva ese nombre y es una sede titular. San Marutas escribió varios himnos en honor de los mártires. Suelen cantarse en los oficios en los que se emplea la lengua siria. El año 339, Yezdigerdo ascendió al trono de Persia. San Marutas fue entonces a Constantinopla a suplicar al emperador Arcadio que defendiese a los cristianos ante el nuevo monarca. La corte estaba entonces muy ocupada con el asunto de San Juan Crisóstomo. San Marutas estaba tan gordo que cuando pisó accidentalmente a Cirino de Calcedonia, en una reunión de obispos, le arrancó la piel del pie. La herida se gangrenó, y Cirino murió a consecuencias de ello. En una carta que San Juan Crisóstomo escribió a Santa Olimpia, desde el destierro, le cuenta que había escrito dos veces a San Marutas y le ruega que vaya a visitarlo en su nombre: "Necesito de su ayuda en los asuntos persas. Tratad de averiguar si ha tenido éxito en su misión. Si tiene miedo de escribirme personalmente, decidle que os cuente a vos lo sucedido. No retardéis un solo día vuestra visita."

Cuando fue a la corte de Persia como embajador de Teodosio el joven, San Marutas hizo cuando pudo por conseguir que el rey se mostrase benévolo con los cristianos. El historiador Sócrates dice que, gracias a sus conocimientos de medicina, el santo curó a Yezdigerdo de unas violentas jaquecas; desde entonces, el rey le llamó "el amigo de Dios." Los mazdeístas, temerosos de que el rey se convirtiese al cristianismo, recurrieron a un truco. En efecto, escondieron a un hombre debajo del piso del templo. Cuando el monarca fue ahí a

orar, el hombre gritó: "Arrojad de este lugar santo a quien ha cometido el sacrilegio de prestar fe a un sacerdote cristiano." Yezdigerdo decidió expulsar a Marutas de su reino. Pero el santo le persuadió de que fuese otra vez al templo y mandase levantar el piso para descubrir al impostor. Así lo hizo Yezdigerdo, y el resultado de ello fue que descubierto el impostor, dio a Marutas permiso de construir iglesias en donde quisiera. Como quiera que fuese, Yezdigerdo favoreció ciertamente a San Marutas y, gracias a esa ayuda, éste se dedicó a restablecer el orden entre los cristianos persas.

La obra de organización de San Marutas duró hasta la invasión árabe del siglo VII. Pero la esperanza de los cristianos (y el temor de los mazdeístas) de que Yezdigerdo II se convirtiese en "el Constantino de Persia" no llegó a realizarse. La obra de pacificación llevada a cabo por San Marutas fue destruida por la violencia de Abdas, obispo de Susa, quien provocó una nueva persecución al final del reinado de Yezdigerdo. Probablemente para entonces, San Marutas ya había muerto puesto que falleció antes que Yezdigerdo, quien murió el año 520. El Martirologio Romano dice que San Marutas fue "famoso por sus milagros y se ganó el respeto aun de sus adversarios." Se le considera como el principal de los doctores sirios, después de San Efrén, a causa de los escritos que se le atribuyen.

El historiador Sócrates, Bar Habraeus y el *Liber Turris* de Mari ibn Sulaiman nos dan bastantes datos sobre San Marutas. Existe una biografía armenia de época tardía; los mekhitaristas la publicaron en Venecia en 1874, con una traducción latina. Dicha obra fue publicada en inglés, con notas muy interesantes, en *Harvard Theological Review* (1932), pp. 47-71. Véase también Bardenhewer, *Geschichte d. altkirchl. Literatur*, vol. IV, pp. 381-382; Labourt, *Le Christianisme dans l'Empire perse* (1904), pp. 87-90; W. Wright, *Syriac Literature* (1894), pp. 44-46; *Oriens Christianus* (1903), pp. 384 ss.; Harnack, *Texte und Untersuchungen*, vol. XIX (1899); y la larga nota de Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. II, pp. 159-166. Se duda si San Marutas fue realmente el autor de todas las obras que se le atribuyen.

SAN ANNON, Obispo de Colonia (1075 p.c.)

El padre de Annón era un noble suabo cuya familia había vivido tiempos mejores, por lo cual esperaba que si su hijo, que era muy inteligente, hacía una brillante carrera secular, podría devolver a la familia su antiguo lustre. Sin embargo, un pariente del conde Walterio, que era canónigo en Bamberga, le persuadió de que le confiase la educación de Annón. Así pues, el joven fue a hacer sus estudios en la escuela episcopal de Bamberga, de la que llegó a ser director. Annón, que era bien parecido, hábil, erudito y elocuente, llamó la atención del emperador Enrique III, quien le hizo capellán suyo en 1506. El santo tenía entonces cuarenta y seis años. Más tarde, el emperador le nombró arzobispo de Colonia y canciller del imperio. El nombramiento no satisfizo a todos, particularmente a los habitantes de Colonia, pues pensaban que la familia de Annón no era bastante distinguida. Pero la magnificencia de las ceremonias de la consagración acalló a los críticos. Ese mismo año murió Enrique III; el gobierno del imperio pasó nominalmente a manos de su esposa, Inés de Poitou, quien debía ocupar la regencia durante la minoría de Enrique IV. Era ésta una mujer bondadosa, que carecía de talento político y era incapaz de hacer frente enérgicamente a las circunstancias. Su política le enajenó a los nobles. En Pentocostés del año 1062 Enrique fue raptado y trasladado a

Colonia. Annón fue nombrado tutor del niño y regente del imperio, junto con Adalberto, obispo de Bremen. Cuando el joven monarca creció, se sacudió la tutela de San Annón y dio mano libre a Adalberto. En el cisma que provocó contra el Papa Alejandro II el antipapa Cadalo de Parma, Annón encabezó a los obispos alemanes que apoyaban a Alejandro. A pesar de ello, se le convocó a Roma, acusado de haber estado en contacto con Cadalo. Como si fuese poco, dos años después, fue acusado de simonía; pero consiguió probar su inocencia. Desgraciadamente, el santo no se vio libre del nepotismo, que era tan común entre los obispos de su época; en efecto, concedió muchos beneficios a sus sobrinos y partidarios y, en una ocasión eso acarreó la ruina al beneficiario.

Esto ocurrió cuando Annón nombró obispo de Tréveris a su sobrino Conrado. Tal nombramiento desagradó profundamente a los nobles y al clero de la ciudad, ya que canónicamente tenían derecho a elegir a su obispo y estimaban mucho ese privilegio. Annón hizo caso omiso de sus reclamaciones, por más que no ignoraba que su poder estaba en decadencia. Así pues, envió a Conrado con el obispo de Espira y una escolta de hombres armados a tomar posesión de la sede. Los descontentos se aliaron con el conde Teodorico, tan poderoso como poco escrupuloso. Aunque éste era laico, reclamaba el derecho de conceder la investidura al arzobispo de Tréveris, alegando que poseía tal derecho por prescripción. Cuando Conrado y su escolta atravesaban Briedeburgo, los hombres del conde cayeron sobre ellos. El obispo de Espira consiguió escapar con vida, aunque no sin que le robasen cuanto llevaba. Conrado fue conducido ignominiosamente a un castillo, donde estuvo prisionero. Finalmente, fue arrojado desde las murallas. Como no muriese inmediatamente, los soldados le dieron muerte a puñaladas. Un campesino encontró su cadáver cubierto de hojas en un bosque. El cuerpo fue trasladado a la abadía de Tholey, donde empezó a venerarse a Conrado como mártir.

Casi toda la vida de San Annón consiste en una serie de hechos relacionados con la turbulenta historia política de su época y más bien resulta poco edificante en la actualidad, dado que los prelados ya no tienen que participar "ex officio" en el gobierno y los negocios públicos. Sin embargo, el santo no dejó que sus obligaciones y actividades seculares le hiciesen olvidar que el bien de su diócesis constituía su primer deber. Sobre todo cuando su prestigio ante el emperador comenzó a decaer y su vio excluido de la vida pública, San Annón se dedicó a reformar su diócesis por los mismos medios de que se habían valido San Pedro Damián, el cardenal Hildebrando y con una energía parecida a la de ellos. En efecto, transformó varios monasterios y fundó otros; construyó y ensanchó muchas iglesias; reformó la moralidad pública, y distribuyó limosnas con gran generosidad. Pero, si bien San Annón fortificó la posición de su sede y ayudó liberalmente a sus súbditos, no consiguió nunca vencer la oposición que existía contra él en Colonia, y ello le amargó sus últimos años. Finalmente, optó por retirarse a la abadía de Sieburgo, fundada por él y pasó ahí los últimos doce meses de su vida en rigurosa penitencia. Murió el 4 de diciembre de 1075. En una época de costumbres muy corrompidas, el santo se distinguió por su pureza y austeridad. Las virtudes que practicó en su vida privada le merecieron el honor de los altares.

Un monje de Sieburgo escribió en el siglo XII una biografía del santo, tan larga como poco satisfactoria. R. Köpke la editó con notas muy útiles en MGH., *Scriptores*.

vol. XI, pp. 463-514. El texto de Migne, PL., vol. CXLIII, es defectuoso en muchos capítulos. La biografía alemana antigua, titulada *Annolied*, es interesante desde el punto de vista lingüístico, pero carece de valor histórico. Véase también Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. III, pp. 712 ss.; A. Stonner, *Heilige der deutschen Frühzeit* (1935), vol. II; y DHG., vol. III, cc. 395-396. Acerca de la canonización de San Annón, véase Brackman, en *Neues Archiv*, vol. XXXII (1906), pp. 151-165. Teodorico de Verdún escribió antes de 1089 una biografía de San Conrado, el sobrino de San Annón; puede verse en MGH., *Scriptores*, vol. VIII, pp. 212-219, donde fue editada por G. Waitz. En la biografía publicada en *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, hay muchos incidentes fabulosos interpolados .

SAN OSMUNDO, OBISPO DE SALISBURY (1099 P.C.)

UN DOCUMENTO de fines del siglo XV afirma que Osmundo era hijo del conde Enrique de Séez y de Isabel, medio-hermana de Guillermo el Conquistador. Es cosa cierta que el santo fue a Inglaterra con los normandos y sucedió a Herfast en el cargo de canciller del reino. En 1078, el rey Guillermo nombró a Osmundo obispo de Salisbury. Lanfranco de Canterbury le confirió la consagración. Salisbury en aquella época no pasaba de ser una fortaleza construida sobre la colina conocida actualmente con el nombre de Old Sarum. Herman, el predecesor de Osmundo, había empezado a construir la catedral. Osmundo la terminó y la consagró en 1092, pero cinco días más tarde, un rayo cayó sobre la obra y la destruyó en gran parte. Los cimientos de la catedral construida por San Osmundo se ven todavía en la colina; el sitio es actualmente un campo de juego en los suburbios de New Sarum. El santo organizó el capítulo de su catedral al modo normando: el canciller era a la vez director de la escuela de clérigos, y los canónigos estaban obligados a residir ahí y a cantar en el coro el oficio divino. El ejemplo tuvo gran trascendencia, ya que en esa época varias de las catedrales más importantes de Inglaterra estaban atendidas por monjes y no por el clero secular. San Osmundo formó parte de la comisión regia encargada de "la revisión del Libro de Domesday" (registro del catastro). Igualmente, fue uno de los principales prelados que estuvieron en Old Sarum en 1086, cuando se aprobó el Libro de Domesday y los nobles juraron que permanecerían leales al rey contra cualquier enemigo. En el pleito entre Guillermo el Rojo y San Anselmo acerca de las investiduras, San Osmundo opinó que San Anselmo había tomado sin necesidad una actitud demasiado intransigente. En el concilio de Rockingham, en el que San Anselmo apeló en forma emocionante a sus hermanos en el episcopado, San Osmundo se puso del lado del rey; sin embargo, poco antes de su muerte, se arrepintió y pidió perdón a San Anselmo por habérsele opuesto.

El nombre de San Osmundo es particularmente conocido entre los liturgistas. En la época del santo y largo tiempo después, muchas diócesis de la cristiandad tenían sus "usos" litúrgicos propios, diferentes a los de Roma. Los libros litúrgicos de Salisbury eran particularmente confusos. San Osmundo se encargó de ordenarlos, y redactó una serie de reglas sobre la celebración de la misa, el rezo del oficio divino y la administración de los sacramentos, para uniformar las costumbres de su diócesis. Un siglo después, la mayoría de las diócesis inglesas y galesas habían adoptado ya "los usos de la Distinguida y Noble Iglesia de Sarum". En 1172, fueron adoptados en Irlanda y, hacia 1250, en Escocia. En Inglaterra siguieron observándose ordinariamente hasta después de la época de María Tudor, es decir, hasta que fueron gradualmente susti-

tuidos por el rito romano reformado por San Pío V. El nuevo rito se introdujo en el Colegio de Douai en 1557. Esa obra de revisión litúrgica exigía comparar muchos manuscritos, y San Osmundo reunió una nutrida biblioteca en su catedral. Según se cuenta, el santo escribió una biografía de San Adelmo, su predecesor en el gobierno eclesiástico del occidente de Wessex, a quien profesaba gran veneración; por ello asistió a la entronización de sus reliquias en Malmesbury.

A pesar de sus múltiples actividades públicas, San Osmundo pasó largas temporadas en su ciudad episcopal, donde copió y encuadernó muchos libros de la biblioteca de su catedral. Guillermo de Malmesbury le alaba por su pureza de vida y hace notar que estaba libre de las dos grandes tentaciones de los prelados de su época: la ambición y la avaricia. San Osmundo se disgustó por el rigor y severidad con que trataba a sus penitentes; pero no era más riguroso con ellos que consigo mismo. Murió en la noche del 3 al 4 de diciembre de 1099 y fue sepultado en su catedral. Aunque el obispo de Salisbury, Ricardo Poore, pidió en 1228 que fuese canonizado, ello no tuvo lugar sino hasta 1457. El año de la canonización de San Osmundo sus reliquias fueron trasladadas de Old Sarum a la capilla de Nuestra Señora, en la nueva catedral de Salisbury. Enrique VIII destruyó el relicario. Alban Butler afirma que las reliquias fueron sepultadas en la misma capilla. Un fragmento de la dala sepulcral, en el que se lee la fecha MXCIX, se ve todavía en la nave de la catedral. El nombre de San Osmundo figura en el Martirologio Romano. Su fiesta se celebra en las diócesis de Westminster, Clifton y Plymouth.

No existe ninguna biografía muy antigua de San Osmundo, pero según parece, se conserva un texto biográfico incompleto en el MS. Cotton, Titus F. III del Museo Británico. Casi todo lo que sabemos sobre el santo procede de Guillermo de Malmesbury y Simeón de Durham. Todavía se conservan varios documentos relacionados con la canonización; casi todos son catálogos de milagros. Fueron editados en 1901 por H. R. Malden (Wiltshire Record Society); los originales se hallan en la catedral de Salisbury. Véase también W. H. Frere, *The Sarum Use*, 2 vols (1898 y 1901); W. H. R. Jones, *The Resgister of St Osmund*, 2 vols (1883-84), en la *Rolls Series*; Bradshaw y Wordsworth, *Lincoln Cathedral Statutes*, vol. III, pp. pp. 869 ss.; DNB., vol. XLII, pp. 313-315; y *Dict. of Eng. Church History*, pp. 427-428. W. J. Torrance escribió en 1920 una biografía de criterio anglicano.

SAN BERNARDO, Obispo de Parma y Cardenal (1133 p.c.)

Bernardo pertenecía a la gran familia florentina de los Uberti. Renunció a un brillante porvenir para ingresar en la austera Orden de Vallçumbrosa, fundada poco antes por San Juan Gualberto. Con el tiempo, Bernardo llegó a ser abad del monasterio de San Salvio y, más tarde, general de la orden. Urbano II le elevó al cardenalato y le confió varias embajadas. En aquella época, Parma se vio violentamente desgarrada por el cisma del obispo Cadalo, quien se erigió en antipapa, así como por el de los obispos que apoyaron a otro antipapa parmesano, Guiberto de Ravena. Precisamente en esa época turbulenta, San Bernardo fue elegido obispo de Parma y recibió la consagración de manos del Papa Pascual II. El santo apoyó celosamente al Papa legítimo y aplicó las reformas de San Gregorio VIII, sobre todo en materia de simonía, pues ese abuso era muy común en su diócesis. Por esa razón, los partidarios del antipapa Maginulfo hicieron prisionero a San Bernardo el año de 1104, en el mo-

mento en que celebraba la misa y le desterraron de su diócesis durante dos años.

En aquella época, en la que tantos obispos no sólo aceptaban el poder temporal, sino que lo buscaban, San Bernardo tuvo el mérito de renunciar al que había heredado de sus predecesores en la sede de Parma. Por otra parte, jamás olvidó —ni permitió que otros olvidasen— que había abrazado el estado de perfección en la vida monástica, de suerte que siguió observando la regla en cuanto se lo permitían sus deberes episcopales. En 1127, los jefes del partido de los Hohenstaufen proclamaron rey de Alemania a Conrado, olvidando los derechos de Lotario II; San Bernardo protestó contra la elección y tuvo que huír nuevamente de Parma. Lotario fue coronado emperador en Roma, en 1133. San Bernardo murió en Parma el 4 de diciembre de ese mismo año.

Las dos biografías latinas más importantes fueron publicadas en *Chronica Parmensia*; P. E. Schramm las reeditó, basándose en textos mejores, en el suplemento de MGH., vol. XXX, pte. II, fasc. II (1929). Véase sobre este punto *Analecta Bollandiana*, vol. XLVIII (1930), p. 414. M. Ercolani escribió una biografía de tipo popular, titulada *S. Bernardo degli Uberti* (1933). La mejor de las biografías relativamente antiguas es la de I. Affò (1788); véase también Munerati, en *Rivista di scienze storische*, vol. III (1906), pp. 79-86 y 257-264; *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. I, c. 1512; y DHG., vol. IX, c. 718. R. Davidson da una idea clara de la situación política de la época, en *Geschichte von Florenz*, vol. I, pp. 289 ss., y en *Forschungen zur alt. Gesch. Florenz*, pp. 66 ss.

5: SAN SABAS, Abad (532 p.c.)

SAN SABAS, uno de los patriarcas más renombrados entre los monjes de Palestina, nació en Mutalaska de Capadocia, no lejos de Cesarea, el año 439. Su padre era un oficial del ejército. Este, obligado a partir a Alejandría con su esposa, confió a su hijo Sabas y la administración de sus posesiones a su cuñado. La tía de Sabas le maltrató de tal manera que el niño huyó de la casa a los ocho años y se refugió en la casa de su tío Gregorio, hermano de su padre, con la esperanza de ser ahí menos infeliz. Gregorio exigió entonces que se le confiase también la administración de los bienes de su hermano, lo cual dio origen a dificultades y pleitos legales entre los dos tíos de Sabas. El niño, que era de temperamento pacífico y sufría mucho por ser causa de discordias, huyó al monasterio de Mutalaska. Al cabo de algunos años, sus dos tíos, avergonzados de su conducta, decidieron sacarle del monasterio, devolverle sus propiedades y convencerle de que contrajese matrimonio. Pero el joven Sabas había gustado ya la amargura del mundo y la suavidad de Cristo, y su corazón estaba tan apegado a Dios, que no hubo argumento capaz de arrancarle del monasterio. A pesar de que era el más joven de los monjes, en fervor y virtud los aventajaba a todos. En cierta ocasión en que Sabas ayudaba al panadero, éste puso a secar sus vestidos junto al horno, pero los dejó olvidados y se le quemaron. Viendo al pobre monje muy afligido por ello, Sabas se se trasladó a Jerusalén para tomar ejemplo de los anacoretas de esa región. Pasó el invierno en un monasterio gobernado por el santo abad Elpidio. Los monjes querían que Sabas se quedase con ellos, pero el joven, que deseaba mayor silencio y retiro, prefirió el modo de vida de San Eutimio, quien se había negado a abandonar su celda aislada a pesar de que se había construido un monasterio expresamente para él. Sabas pidió a San Eutimio que le acep-

tase por discípulo; pero el santo, juzgándole demasiado joven para el retiro absoluto, le recomendó a San Teoctisto, el cual era superior de un monasterio que quedaba a unos cinco kilómetros de la colina en la que él vivía.

Sabas se consagró con renovado fervor al servicio de Dios. Trabajaba el día entero y velaba en oración buena parte de la noche. Como era muy vigoroso, ayudaba a los otros monjes en los trabajos más pesados, cortaba leña y acarreaba agua al monasterio. Sus padres fueron a visitarle ahí. Su padre quería que ingresara en el ejército y disfrutase de las riquezas que él había amasado. Como el joven se negase, le rogó que por lo menos aceptara algún dinero para poder vivir; pero Sabas sólo aceptó tres monedas de oro y las entregó al abad a su regreso. A los treinta años de edad, Sabas consiguió que San Eutimio le diese permiso de pasar cinco días por semana en una cueva lejana. Empleaba ese tiempo en la oración y el trabajo manual. Partía del monasterio el domingo por la tarde, con una carga de hojas de palma, y regresaba el sábado por la mañana con cincuenta canastas, porque tejía diez canastas al día. San Eutimio eligió a Sabas y a Domiciano para que le acompañasen a su retiro anual en el desierto de Jebel Quarantal, donde, según la tradición, ayunó el Señor durante cuarenta días. Los tres monjes iniciaron su penitencia el día de la octava de la Epifanía y volvieron al monasterio el Domingo de Ramos. Durante aquel primer retiro San Sabas perdió el conocimiento a causa de la sed. San Eutimio, compadecido de él, rogó a Jesucristo que se apiadase de su fervoroso soldado; acto seguido golpeó la tierra con su bastón e hizo brotar una fuente. Sabas bebió un poco y recobró las fuerzas. Después de la muerte de Eutimio, San Sabas se adentró todavía más en el desierto, rumbo a Jericó. Ahí pasó cuatro años sin hablar con nadie. Después, se trasladó a una cueva situada frente a un acantilado, al pie del cual, corría el torrente Cedrón. Para subir a la cueva y bajar de ella, el santo empleaba una cuerda. Su único alimento eran las yerbas silvestres que crecían entre las rocas, excepto cuando los habitantes de la región le llevaban un poco de pan, queso, dátiles y otros alimentos. Para tomar un poco de agua, tenía que recorrer una distancia considerable.

Al cabo de algún tiempo, empezaron a acudir muchos monjes que querían servir a Dios bajo la dirección del santo. Este se resistió al principio; pero finalmente fundó una nueva "laura". Una de las primeras dificultades que surgieron, fue la escasez de agua. Pero el santo, viendo un día a un asno hocear la tierra, mandó excavar en ese sitio. Ahí se descubrió una fuente que dio de beber a muchas generaciones. San Sabas llegó a tener ciento cincuenta discípulos; sin embargo, no había entre ellos ningún sacerdote, pues el santo opinaba que ningún religioso podía aspirar a tan alta dignidad sin incurrir en presunción. Ello movió a algunos de sus discípulos a quejarse ante Salustio, patriarca de Jerusalén. El obispo juzgó infundadas las acusaciones que hicieron al santo; pero, comprendiendo que hacía falta en la comunidad un sacerdote para restablecer la paz, ordenó a San Sabas el año 491. El santo tenía entonces cincuenta y tres años. Su fama de santidad atrajo a los monjes de las regiones más distantes. En la "laura" del santo había egipcios y armenios, de suerte que éste tomó disposiciones para que pudiesen celebrar los oficios en sus respectivos idiomas. Después de la muerte del padre de Sabas, su madre se trasladó a Palestina y sirvió a Dios bajo su dirección. Con el dinero que su madre había llevado, San Sabas construyó dos hospitales, uno para los forasteros y otro para los enfermos; también construyó un hospital en Jericó

y otro en una colina de las alrededores. El año 493, el patriarca de Jerusalén nombró a San Sabas archimandrita de todos los monjes de Palestina que vivían en celdas aisladas (ermitaños) y a San Teodosio de Belén archimandrita de todos los que vivían en comunidad (cenobitas).

Siguiendo el ejemplo de San Eutimio, San Sabas partía de la "laura" una o más veces al año y, por lo menos, pasaba la cuaresma sin ver a nadie. Algunos de sus monjes se quejaron de ello. Como el patriarca no atendiese a sus quejas, unos sesenta de ellos abandonaron la "laura" y se establecieron en las ruinas de un monasterio de Tecua, en donde había nacido el profeta Amós. Cuando San Sabas se enteró de que los disidentes se hallaban en grandes dificultades, les envió víveres y los ayudó a reconstruir la iglesia. El santo fue arrojado de su "laura" por algunos rebeldes; pero San Elías, el sucesor de Salustio de Jerusalén, le mandó volver. Entre otras cosas, se cuenta que el santo se echó una vez a dormir en una cueva que era la madriguera de un león. Cuando la fiera volvió, cogió entre las fauces al santo por los vestidos y le echó fuera. Sin inmutarse por ello, Sabas volvió a la cueva y llegó a domar al león. Pero la fiera puso en aprietos al santo en varias ocasiones, de suerte que Sabas le dijo que, si no podía vivir en paz con él, más valía que retornase a su madriguera. Así lo hizo el león.

Por entonces, el emperador Anastasio apoyaba la herejía de Enrique y desterró a muchos obispos ortodoxos. El año 511, envió a San Sabas a ver al emperador para que dejase de perseguir a los cristianos. San Sabas tenía setenta años cuando emprendió ese viaje a Constantinopla. Como el santo parecía un mendigo, los guardias del palacio del emperador dejaron pasar a los otros miembros de la embajada, pero no a él. Sabas no dijo nada y se retiró. Una vez que el emperador hubo leído la carta del patriarca, en la que éste se hacía lenguas de Sabas, preguntó dónde estaba éste. Los guardias le buscaron por todas partes hasta encontrarlo en un rincón, orando. Anastasio dijo a los abades que pidieran lo que quisiesen; cada uno de ellos presentó sus peticiones, excepto San Sabas. Como el emperador le urgiese a hacerlo, dijo que no tenía nada que pedir para él y que sólo deseaba que el emperador restableciese la paz en la Iglesia y no molestase al clero. Sabas pasó todo el invierno en Constantinopla. Con frecuencia, visitaba al emperador para discutir con él contra la herejía. A pesar de todo, Anastasio desterró a Elías de Jerusalén y le sustituyó por un tal Juan. Entonces, San Sabas y otro monje partieron apresuradamente a Jerusalén y persuadieron al intruso de que por lo menos no repudiase los edictos del Concilio de Calcedonia. Se cuenta que San Sabas asistió en su lecho de muerte a Elías en una ciudad llamada Aila, junto al Mar Rojo. En los años siguientes, estuvo en Cesarea, Escitópolis y otros sitios, predicando la verdadera fe, y convirtió a muchos a la ortodoxia y a mejor vida.

A los noventa y un años, a petición del patriarca Pedro de Jerusalén, el santo emprendió otro viaje a Constantinopla, con motivo de los desórdenes producidos por la rebelión de los samaritanos y su represión por parte de las tropas imperiales. Justiniano le acogió con grandes honores y le ofreció dotar sus monasterios. Sabas replicó, agradecido, que no necesitaban renta alguna mientras los monjes sirviesen fielmente a Dios. En cambio, rogó al emperador que rebajase los impuestos a los habitantes de Palestina, si tomaba en cuenta lo que habían tenido que sufrir a consecuencias de la rebelión de los samaritanos. Igualmente, le pidió que construyese en Jerusalén un hospital para

los peregrinos y una fortaleza para proteger a los ermitaños y a los monjes contra los merodeadores. El emperador accedió a todas sus peticiones. Un día en que éste se ocupaba de los asuntos de San Sabas, el abad se retiró de su presencia a la hora de tercia para decir sus oraciones. Su compañero, Jeremías, le hizo notar que no estaba bien retirarse así de la presencia del emperador. El santo replicó: "Hijo mío, el emperador cumple con su deber y nosotros debemos cumplir con el nuestro." Poco después de regresar a su "laura", el santo cayó enfermo. El patriarca logró convencerle de que se trasladase a una iglesia vecina, donde le asistió personalmente. Los sufrimientos del santo eran muy agudos; pero Dios le concedió la gracia de una paciencia y resignación perfectas. Cuando Sabas comprendió que se aproximaba su última hora, rogó al patriarca que mandara trasladarle a su "laura". Inmediatamente, procedió a nombrar a su sucesor y a darle sus últimas instrucciones. Después, pasó cuatro días sin ver a nadie, ocupado únicamente de Dios. Murió al atardecer del 5 de diciembre de 532, a los noventa y cuatro años de edad. Sus reliquias fueron veneradas en su principal monasterio, hasta que los venecianos se las llevaron.

San Sabas es una de las figuras señeras del monaquismo primitivo. Su fiesta se celebra en la Iglesia de oriente y en la de occidente. Su nombre figura en la preparación de la misa bizantina. El "Typikon" de Jerusalén, que consiste en una serie de reglas sobre la recitación del oficio divino, la celebración de las ceremonias y es la norma oficial en casi todas las iglesias del rito bizantino, se atribuye al santo, lo mismo que una regla monástica; pero, a decir verdad, es dudoso que San Sabas haya sido realmente su autor. El principal de sus monasterios, la Gran "Laura" de Mar Saba (así llamado en honor del santo), existe todavía en la barranca del Cedrón, a unos deciséis kilómetros de Jerusalén, en el desierto que se extiende hacia el Mar Muerto. Entre los monjes famosos de aquel monasterio, se cuentan San Juan Damasceno, San Juan el Silencioso, San Afrodisio, San Teófanes de Nicea, San Cosme de Majuma y San Teodoro de Edesa. En una época, el monasterio estuvo en ruinas, pero el gobierno ruso lo restauró en 1840. Actualmente está ocupado por monjes de la Iglesia ortodoxa de oriente, cuya vida no es indigna del ejemplo del santo fundador. Después del monasterio de Santa Catalina en el Monte Sinaí (y tal vez de los monasterios de Dair Antonios y Dair Boulos en Egipto), el de Mar Saba es el más antiguo de los monasterios habitados del mundo y, ciertamente el más notable. El paisaje dersértico en el que está situado y la majestad de los edificios, que parecen fortalezas, no ceden a los del monasterio de Santa Catalina. La fuente de San Sabas aún mana agua, su palmera todavía produce dátiles, los monjes llaman "pájaros de San Sabas" a las urracas que abundan en el sitio y les dan de comer.

La biografía de San Sabas, escrita en griego por Cirilo de Escitópolis, es uno de los más famosos y fidedignos documentos hagiográficos de los primeros tiempos. El texto íntegro se encuentra en Cotelerius, *Ecclesiae Graecae Monumenta*, vol. III, pp. 220-376, y en la edición que hizo E. Schwartz de *Kyrillos von Skytopolis* (1939). Existe otra biografía, cuya adaptación se atribuye a Metafrasto; fue publicada por Kleopas Koikylides como apéndice a los dos primeros volúmenes de la revista griega, *Nea Sion* (1906). La biografía de San Sabas fue traducida al árabe relativamente pronto. Acerca de la cronología, cf. Loofs, en *Texte und Untersuchungen* ,vol. III (que trata de Leoncio de Bizancio), pp. 274-297. Sobre las obras literarias y litúrgicas que se atribuyen a San Sabas, cf. A. Erhard, en *Kirchenlexikon*, vol. X (1897), cc. 1434-1437, y otro artículo más completo del mismo

autor, en *Römische Quartalschrift*, vol. VII (1893), pp. 31-79. J. Phokylides publicó en griego un estudio exhaustivo y satisfactorio sobre San Sabas y su monasterio (Alejandría, 1927). Cirilo de Escitópolis era todavía un niño cuando conoció a San Sabas y quedó muy impresionado; según parece, ingresó en el monasterio de San Eutimio el año 544, y pasó al de Mar Saba, poco antes de su muerte, ocurrida en 558.

SANTA CRISPINA, MÁRTIR (304 P.C.)

SAN AGUSTÍN menciona frecuentemente a Crispina, que era en su tiempo una de las mujeres más conocidas del Africa. Por el santo, sabemos que se trataba de una dama de alta alcurnia, originaria de Tagara de Numidia, casada y con varios hijos, que no cedía en virtud, firmeza y constancia a las famosas mártires Santa Inés y Santa Tecla. Durante la persecución de Diocleciano, Crispina compareció ante el procónsul Anulino en Teveste, acusada de haber ignorado las órdenes del emperador. Su juez le preguntó:

—¿Entiendes lo que significa el decreto?

—Ni siquiera lo conozco, repuso Crispina.

Anulino—El decreto manda que sacrifiquéis a todos nuestros dioses por el bien de los emperadores, de acuerdo con las leyes promulgadas por nuestros señores Diocleciano y Maximiano, los piadosos augustos, y por Constancio, el más ilustre de los césares.

Crispina—Jamás ofreceré sacrificios a otro que no sea el Dios único y a nuestro Señor Jesucristo, su Hijo, que nació y sufrió por nosotros.

Anulino—Abjura de esa superstición y dobla la cabeza ante nuestros sagrados dioses.

Crispina—Yo adoro a mi Dios, todos los días y no conozco otros dioses.

Anulino—Eres contumaz e irrespetuosa y vas a hacer que se descargue sobre ti la severidad de la ley.

Crispina—Si es necesario, estoy dispuesta a sufrir por mi fe.

Anulino—¿Eres tan vanidosa como para no renunciar a tu locura y adorar a nuestras sagradas divinidades?

Crispina—Yo adoro a mi Dios todos los días y no conozco otros dioses.

Anulino—Te he dado a conocer el edicto para que lo obedezcas.

Crispina—El edicto que yo observo es el de mi Señor Jesucristo.

Anulino—Si no obedeces la orden de nuestros emperadores, perderás la cabeza. Toda Africa se ha sometido, y tú tendrás que hacerlo también.

Crispina—Yo sacrificaré al Señor que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos. Pero jamás conseguirás que ofrezca sacrificios a los espíritus malignos.

Anulino—¿De suerte que no estás dispuesta a aceptar a los dioses a los que tienes que ofrecer sacrificios, ni siquiera para salvar tu vida?

Crispina—Una religión que se impone por la fuerza no es verdadera.

Anulino—¿Doblarás finalmente la cerviz y quemarás un poco de incienso en los templos sagrados?

Crispina—No lo he hecho nunca desde que nací y no lo haré mientras viva.

Anulino—Deberías hacerlo, cuando menos para escapar al castigo.

Crispina—No temo tus amenazas, pero en cambio temo al Dios del cielo. Si le desobedezco, cometeré un sacrilegio y El me arrojará lejos de Sí, y no resucitaré en el día de Su venida.

Anulino—No puede ser un sacrilegio obedecer a la ley.

Crispina—Sí lo es. ¿Acaso te parece mejor un sacrilegio contra Dios que una desobediencia a los emperadores? ¡Te equivocas! Dios es grande y todopoderoso. El hizo el mar y las plantas y la tierra firme. ¿Cómo puedo tener en cuenta a los hombres, que son obra de Sus manos, si los comparo con El?

Anulino—Profesa la religión romana de nuestros señores, los invencibles emperadores, como lo hacemos nosotros.

Crispina—Yo sólo reconozco a un Dios. Vuestros dioses son ídolos de piedra, estatuas esculpidas por manos de hombres.

Anulino—¡Blasfemas! Así no escaparás con vida.

Anulino mandó que cortasen el cabello a Crispina y le rasurasen la cabeza. Así la expuso a las mofas del pueblo. Como la mártir permaneciese inconmovible, Anulino le preguntó:

—¿Deseas vivir, o prefieres morir en el tormento, como tus compañeras Máxima, Donatila y Segunda?"

Crispina—Si lo que yo quisiera fuese perder mi alma y condenarme al fuego eterno, adoraría a tus demonios como tú me lo pides.

Anulino—Si sigues burlándote de nuestros venerables dioses, te mandaré decapitar.

Crispina—¡Loado sea Dios! Si adorara a tus dioses, me perdería.

Anulino—Así pues, ¿persistes en tu locura?

Crispina—Mi Dios —el que era y el que es— quiso que yo naciera. El me condujo a la salvación a través de las aguas del bautismo y ahora me sostiene para que no cometa yo el sacrilegio al que tú me incitas.

Anulino—¿Podemos seguir soportando a esta impía Crispina?

El procónsul mandó que se leyesen en voz alta las actas de la sesión y, en seguida, condenó a Crispina a morir por la espada. Ella exclamó al oír la sentencia:

—¡Bendito sea Dios, que me ha mirado con misericordia y me ha salvado de tus manos!

La ejecución tuvo lugar en Teveste el 5 de diciembre de 304.

La *pasión* de esta mártir puede verse en las *Acta Sincera* de Ruinart; pero es mejor el texto de P. Franchi de Cavalieri, en *Studi e Testi*, vol. IX (1902), pp. 23-31. Este documento se distingue entre los demás del mismo tipo, que generalmente están escritos en estilo declamatorio y llenos de milagros extravagantes. Sin embargo, como lo hizo notar Delehaye, no es posible considerarlo íntegramente como el texto de las actas oficiales del juicio: *Les passions des martyrs . . .* (1921), pp. 110-114. Cf. P. Monceaux, en *Mélanges Boissier* (1903), pp. 383-389. El "Calendario de Cartago" y el *Hieronymianum* hacen pensar que Crispina formaba probablemente parte de otro grupo de mártires. En Teveste (Tebesa) hubo una gran basílica, en la que probablemente estaban las reliquias de la santa; cf. Gsell *Les monuments antiques de l'Algérie*, vol. II, pp. 265-291.

SAN NICECIO, OBISPO DE TRÉVERIS (*c.* 566 P.C.)

VARIOS HOMBRES muy destacados de la época de Nicecio de Tréveris, como San Gregorio de Tours y San Venancio Fortunato, dan testimonio de los méritos de este santo, que fue el último obispo galo-romano de Tréveris, en los primeros tiempos del triunfo de los francos en la Galia. Nicecio nació en Auvernia. Como el cabello del niño formaba una especie de tonsura, las gentes lo interpretaron como un signo de que abrazaría el estado eclesiástico. En efecto, Nicecio se hizo monje y llegó a ser abad de su monasterio, que proba-

blemente estaba en Limoges. En ese cargo atrajo sobre sí las miradas de Teodorico I. Cuando murió San Aprúnculo, obispo de Tréveris, el clero y el pueblo enviaron una embajada al rey para pedirle que nombrase obispo a San Galo de Clermont. Teodorico se negó a ello y nombró a Nicecio. Los oficiales del monarca acompañaron al obispo electo a Tréveris, y éste mostró desde aquel momento qué clase de prelado iba a ser. En efecto, cuando la comitiva acampó para pasar la noche, los soldados de la escolta soltaron a sus caballos en los campos de los vecinos. Nicecio les ordenó que los trajesen de nuevo al campamento, pero los oficiales se rieron de él. Entonces, Nicecio amenazó con excomulgar a los opresores de los pobres y partió él mismo en busca de los caballos. El santo había predicado con frecuencia a sus monjes sobre el texto que dice que "el hombre puede caer de tres modos: por el pensamiento, por la palabra y por la obra", y reprendió sin temor a Teodorico y a su hijo Teodeberto por los excesos que cometían. Tal vez esos dos monarcas aprovecharon los consejos de San Nicecio. En todo caso, Clotario I se mostró menos condescendiente, ya que, cuando el santo le excomulgó por sus crímenes, él le desterró. El destierro fue de corta duración, pues Clotario murió al poco tiempo, y su hijo Sigeberto, que le sucedió en el gobierno de esa porción de sus dominios, restituyó a Nicecio su diócesis.

El santo obispo asistió a varios importantes sínodos en Clermont y otras ciudades y restableció infatigablemente la disciplina en una diócesis en la que los desórdenes civiles habían causado grandes estragos. El santo llevó a su diócesis obreros italianos para reconstruir su catedral y fortificar la ciudad por el lado del Mosela. También fundó una escuela para el clero; pero su ejemplo era la mejor escuela, tanto para los clérigos como para los laicos. Aunque San Nicecio gozaba del favor del rey Sigeberto, su celo no dejó de acarrearle persecuciones, pues no había miedo ni respeto humano que le impidiese defender la causa de Dios. En particular se creó enemigos tratando de desarraigar la costumbre de los matrimonios incestuosos, porque excomulgaba a los culpables. Se conservan algunas cartas del santo. Una de ellas, escrita alrededor del año 561, está dirigida a Clodesinda, hija de Clotario I, casada con el arriano Alboíno, rey de Lombardía. San Nicecio le aconseja que trate de convertir a su marido a la fe ortodoxa, haciéndole notar los milagros obrados en la Iglesia católica por las reliquias de algunos santos a quienes los arrianos veneraban también. Y prosigue: "Haced que el rey envíe mensajeros a la iglesia de San Martín. Si se atreven a entrar en ella, se darán cuenta de que los ciegos recobran la vista, los sordos el oído y los mudos la palabra; los leprosos y enfermos salen curados, como nosotros mismos lo hemos visto... ¿Y qué diré de las reliquias de los santos obispos Germán, Hilario y Lupo, cuyos milagros son innumerables? Aun los endemoniados confiesan el poder de esas reliquias. ¿Sucede acaso lo mismo en las iglesias de los arrianos? Ciertamente no. Un demonio nunca exorciza a otro." Una segunda carta está dirigida al emperador Justiniano, a quien su esposa había arrastrado a una especie de semimonofisismo. Nicecio le dice que en Italia, Africa, España y Galia se ha lamentado su caída, y que se condenará si no abjura de sus errores. San Nicecio murió hacia el año 566, tal vez el 1º de octubre, fecha en que se celebra su fiesta en Tréveris. El Martirologio Romano lo conmemora en este día.

Casi todo lo que sabemos sobre San Nicecio proviene de las *Vitae Patrum* de Gre-

gorio de Tours. Lo que se conserva de la correspondencia del santo puede verse en MGH., *Epistolae,* vol. III, pp. 116, etc. Véase también a Duchesne en *Fastes Episcopaux,* vol. III, pp. 37-38.

BEATO NICOLAS DE SIBENIK, MÁRTIR (1391 P.C.)

NICOLÁS DE TAVILIC nació en Sibenik, en Dalmacia, en la primera mitad del siglo XIV. Ingresó en la Orden de los Frailes Menores, cerca de Asís, en Rivotorto. Desde hacía mucho tiempo, la maligna secta de los "bogomili" o "paterinos" hacía estragos en Bosnia y en la costa de Dalmacia, de suerte que hasta los obispos se habían contaminado. A los dominicos y franciscanos se confió la tarea de restaurar la fe y la vida cristiana. Los franciscanos tuvieron particular éxito. Uno de los misioneros más famosos fue el Beato Nicolás, quien trabajó veinte años en Bosnia. Al cabo de ese período, fue enviado a la misión que los franciscanos tenían en Palestina. Poco después, fue apresado y descuartizado, junto con otros tres franciscanos, por haber predicado públicamente la fe a los mahometanos. Desde entonces, empezó a venerársele como mártir. Su culto fue confirmado en 1888.

Se atribuyen a este mártir diferentes apellidos; unos le llaman Tavigli (Mazzara, *Leggendario Francescano,* 1680, vol. III, p. 413), otros Taluici. Los cronistas franciscanos, entre los que se cuenta Wadding, sitúan el martirio de este grupo en 1391. Vease también un artículo de P. Durrien, en *Archiv. Soc. Orient-Latin,* (1881), vol. I, pp. 539-546; y sobre todo G. Golubovich, *Biblioteca bio-bibliographica della Terra Santa,* vol. V (1927, pp. 282-295. A lo que parece, hay una alusión a estos mártires en la Crónica Kirkstall, que es casi contemporánea; cf. *Bulletin of the John Rylands Library,* vol. XV (1931), pp. 118-119.

BEATO BARTOLOME DE MANTUA (1495 P.C.)

NO SABEMOS gran cosa sobre la vida de Bartolomé Fanti. Fue uno de los carmelitas extraordinariamente santos que vivieron en Mántua, en el siglo XV. Nació en 1443. A los diecisiete años, ingresó en la orden del Carmelo. Después de su ordenación se distinguió como predicador. Era extraordinariamente devoto del Santísimo Sacramento. Con el aceite de la lámpara de Santísimo, curó milagrosamente a varias personas. Instituyó en Mántua una cofradía de laicos de Nuestra Señora del Monte Carmelo, para la que él mismo escribió los estatutos y prescribió los ejercicios de devoción. Se cuenta que el Beato Bartolomé fue maestro de novicios del poeta carmelita, Beato Bautista Spagnolo, quien, calíficó a nuestro beato como "santísimo guía y maestro espiritual". El Beato Bartolomé murió el 5 de diciembre de 1495. Su culto fue confirmado en 1909.

Véase C. de Villiers, *Bibliotheca Carmelitana,* vol. I, p. 243; *Il Monte Carmelo,* vol. I (1915), pp. 362-365; y *Il Mosé Novello ossia il B. Bartolomeo Fanti* (1909).

BEATO JUAN ALMOND, MÁRTIR (1612 P.C.)

JUAN ALMOND nació en Allerton, cerca de Liverpool, y estudió en la escuela de Much Woolton. Era muy joven cuando se transladó a Irlanda. Ahí permaneció hasta que ingresó en el Colegio Inglés de Reims. Terminó en Roma sus estudios con un brillante debate público, presidido por el cardenal Ba-

ronio, quien alabó al P. Almond. Este recibió las órdenes sagradas en 1598. Cuatro años más tarde, partió a la misión de Inglaterra. Durante sus diez años de apostolado, "llevó sinceramente una vida muy santa, con gran gozo de cuantos le conocieron, y se ganó bien merecida fama por su saber y santidad. Combatía el pecado y era un modelo para todos. Era de inteligencia aguda e ingeniosa, hábil y certero en sus respuestas, modesto en los debates, muy valiente y siempre estaba dispuesto a sufrir por Cristo, que había sufrido por él."

El P. Almond fue arrestado en 1612. El Dr. Juan King, obispo de Londres, se encargó de interrogarle. En ese interrogatorio el beato demostró varias veces que "era de inteligencia aguda, ingenioso, hábil y certero en sus respuestas", como lo dice el panegirista que acabamos de citar. Los perseguidores quisieron que firmase una fórmula inaceptable del juramento de fidelidad. El P. Almond se negó a ello y propuso en cambio esta otra fórmula: "Yo profeso en mi alma y en mi corazón tal lealtad al rey Jaime, a quien Dios bendiga ahora y siempre, que ningún monarca cristiano podría esperarla mayor, por la ley natural ni por la ley de Dios, ni por la ley positiva de la Iglesia verdadera, ya sea ésta la nuestra o la vuestra." Los perseguidores no aceptaron esa fórmula y le encarcelaron en Newgate. Nueve meses más tarde, el beato fue juzgado por el delito de alta traición de ser sacerdote ordenado y ejercer su ministerio en Inglaterra. Los jueces le condenaron a muerte. El 5 de diciembre de 1612 fue conducido a Tyburn en una carreta. Después de arengar a la multitud, respondió públicamente a las objeciones de un ministro protestante. En seguida, arrojó a la multitud cuanto tenía en la bolsa, es decir, tres o cuatro libras de plata, quejándose de que el carcelero de Newgate le hubiese dejado tan poco. Después dijo: "Una hora sigue a la otra, y la muerte acaba por llegar. Pero la muerte no es morir; es la puerta por la que entramos en la felicidad de la vida eterna. La vida es muerte para los que no se preparan a pasar por la muerte, pues las penas, las desgracias y los infortunios los turban constantemente. Para nosotros esta vida es el camino que conduce a la vida eterna a través de la muerte." El beato pidió que alguno de los presentes le prestase su pañuelo para cubrirse los ojos y murió con el nombre de Jesús en los labios.

Hay un buen relato en MMP., pp. 329-338. Véase también Pollen, *Acts of English Martyrs* (1891), pp. 170-194; y Bede Camm, *Forgotten Shrines* (1910), pp. 164 357, 378.

6: SAN NICOLAS DE BARI, Obispo de Mira (Siglo IV)

LA GRAN veneración que se ha profesado al santo durante tantas generaciones y el número de iglesias y altares que se le han dedicado en todas partes, son el mejor testimonio de su santidad y de la gloria de que goza con Dios. Según se dice, nació en Patara de Licia, una antigua provincia del Asia Menor. La capital, Mira, próxima al mar, era una sede episcopal. Cuando quedó vacante, Nicolás fue elegido obispo y ahí se hizo famoso por su extraordinaria piedad, su celo y sus sorprendentes y numerosos milagros. Los relatos griegos sobre su vida afirman que estuvo encarcelado por la fe y la confesó gloriosamente, al fin de la persecución de Diocleciano. San Nicolás asistió al Concilio de Nicea, donde se condenó al arrianismo. El silencio que guardan

algunos autores sobre estos datos los hacen sospechosos. El santo murió en Mira y fue sepultado en su catedral.

Este conciso resumen de Alban Butler nos dice cuanto se sabe sobre la vida de San Nicolás y un poco más. En realidad, lo único que aparece seguro es que fue obispo de Mira en el siglo IV. Sin embargo, no escasean los materiales biográficos, como la biografía que se atribuye a San Metodio, patriarca de Constantinopla, quien murió el año 847. Pero el biógrafo afirma que, "hasta el presente, la vida de este distinguido pastor ha sido desconocida para la mayoría de los fieles" y, en consecuencia, trata de llenar esa laguna, casi cinco siglos después de la muerte del santo. Dicha biografía es la más fidedigna de las fuentes "biográficas", sobre las que se ha escrito mucho, desde el punto de vista crítico y desde el expositivo. La fama de que ha disfrutado San Nicolás durante tantos siglos, exige que hablemos sobre estas leyendas.

Se dice que desde la más tierna infancia Nicolás sólo comía los miércoles y los viernes por la tarde, según los cánones. "Sus padres le educaron extraordinariamente bien, y el niño siguió el ejemplo que ellos le daban. La Iglesia le cuidó con la solicitud con que la tórtola cuida a sus polluelos, de suerte que conservó intacta la inocencia de su corazón." A los cinco años de edad, empezó a estudiar las ciencias sagradas: "día tras día, la doctrina de la Iglesia iluminó su inteligencia y despertó su ansia de conocer la verdadera religión." Sus padres murieron cuando él era todavía joven y le dejaron una herencia considerable. Nicolás decidió consagrarla a obras de caridad. Pronto se le presentó la oportunidad. Un habitante de Patara había perdido toda su fortuna y tenía que mantener a sus tres hijas, pues éstas no podían casarse sin dote. El pobre hombre pensaba ya en dedicar a sus hijas a la prostitución para poder comer. Cuando Nicolás se enteró de ello, tomó una bolsa con monedas de oro y, al amparo de la oscuridad de la noche, la arrojó por la ventana en la casa de aquel hombre. Con ese dinero, se casó la hija mayor. San Nicolás hizo lo mismo por las otras dos. El padre de las jóvenes se puso al acecho en la ventana, descubrió a su bienhechor y le agradeció expresivamente su caridad. Según parece, con el tiempo, los artistas confundieron las tres bolsas de oro con tres cabezas de niño; de ahí nació la absurda leyenda de que el santo había resucitado a tres niños a los que un posadero había asesinado y sepultado en un montón de sal.

San Nicolás llegó a la ciudad de Mira precisamente cuando el clero y el pueblo celebraban una reunión para elegir obispo. Dios hizo comprender a los electores que San Nicolás era el hombre indicado para el cargo. Era por entonces el principio del siglo IV, cuando se desencadenaron las persecuciones. "Como. Nicolás era el principal sacerdote de los cristianos en esa ciudad y predicaba con toda libertad las verdades de la fe, fue arrestado por los magistrados, quienes le mandaron torturar y le arrojaron cargado de cadenas en la prisión, con otros muchos cristianos. Pero cuando el grande y religioso Constantino, elegido por Dios, fue coronado con la diadema imperial de los romanos, los prisioneros fueron puestos en libertad. También el ilustre Nicolás recobró la libertad y pudo regresar a Mira. San Metodio afirma que, "gracias a las enseñanzas de Nicolás, la metrópolis de Mira fue la única que no se contaminó con la herejía arriana y la rechazó firmemente, como si fuese un veneno mortal." Pero dicho autor no dice que el santo haya asistido al Concilio de Nicea el año 325. Según otras tradiciones, San Nicolás no sólo asistió al Concilio, sino que dio a Arrio una bofetada en pleno rostro. En vista de ello, los

Padres conciliares le privaron de sus insignias episcopales y le encarcelaron. Pero el Señor y su Santísima Madre se le aparecieron ahí, le pusieron en libertad y le restituyeron a su sede. San Nicolás tomó también medidas muy severas contra el paganismo y lo combatió incansablemente. Destruyó, entre otros, el templo de Artemisa, que era el principal de la provincia, y los malos espíritus salieron huyendo ante él. El santo protegió también a su pueblo en lo temporal. El gobernador Eustacio había sido sobornado para que condenase a muerte a tres inocentes. En el momento de la ejecución, Nicolás se presentó, detuvo al verdugo y puso en libertad a los prisioneros. En seguida, se volvió a Eustacio y le reprendió, hasta que éste reconoció su crimen y se arrepintió. En esa ocasión estuvieron presentes tres oficiales del imperio que iban de camino a Frigia. Cuando dichos oficiales volvieron a Constantinopla, el prefecto Ablavio, que les tenía envidia, los mandó encarcelar por falsos cargos y consiguió que el emperador Constantino los condenase a muerte. Al saberlo, los tres oficiales, recordando el amor de la justicia de que había dado muestras el poderoso obispo de Mira, pidieron a Dios que los salvase de la muerte por sus méritos e intercesión. Esa misma noche, San Nicolás se apareció en sueños a Constantino y le ordenó que pusiese en libertad a los tres inocentes. También se apareció a Ablavio. A la mañana siguiente el emperador y el prefecto tuvieron una conferencia, mandaron llamar a los tres oficiales, y los interrogaron. Cuando Constantino supo que habían invocado a San Nicolás, los puso en libertad y les envió al santo obispo con una carta en la que le rogaba que no volviese a amenazarle y que orase por la paz del mundo. Durante mucho tiempo, ése fue el milagro más famoso de San Nicolás, y prácticamente lo único que se sabía sobre él en la época de San Metodio.

Todos los relatos afirman unánimemente que San Nicolás murió y fue sepultado en Mira. En la época de Justiniano, se construyó en Constantinopla una basílica en honor del santo. Un autor griego anónimo del siglo X dice "que el oriente y el occidente le aclaman unánimemente. Su nombre se venera y se construyen iglesias en su honor en dondequiera que hay seres humanos: en la ciudad y en el campo, en los pueblos, en las islas y en los extremos de la tierra. En todas partes hay imágenes suyas, se predican panegíricos en su honor y se celebran fiestas. Todos los cristianos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, niños y niñas, respetan su memoria e imploran su protección. Y el santo derrama beneficios sin límite a través de las generaciones, entre los escitas, los indios, los bárbaros, los africanos y los italianos." Cuando Mira y su santuario cayeron en manos de los sarracenos, varias ciudades italianas se disputaron el honor de rescatar las reliquias del santo. La rivalidad se manifestó particularmente entre Venecia y Bari y, finalmente, ganó esta última. Las reliquias, robadas bajo las narices de los guardias griegos y mahometanos, llegaron a Bari el 9 de mayo de 1807. En su honor se construyó una iglesia, y el Papa Urbano II asistió a la consagración. La devoción de San Nicolás existía en el occidente desde mucho antes de la translación de sus reliquias, pero este acontecimiento contribuyó naturalmente a popularizar la devoción, y en Europa comenzó a hablarse de los milagros del santo tanto en Asia. En Mira, se decía que "el venerable cuerpo del obispo, embalsamado en el aceite de la virtud, sudaba una suave mirra que le preservaba de la corrupción y curaba a los enfermos, para gloria de aquél que había glorificado a Jesucristo, nuestro verdadero Dios." El fenómeno no se interrumpió con la translación de los restos; según

se dice, el "maná de San Nicolás" sigue brotando en nuestros días, y ello constituye uno de los atractivos principales para los peregrinos que acuden de toda Europa.

La imagen de San Nicolás aparece más frecuentemente que ninguna otra en los sellos bizantinos. Al fin de la Edad Media, había en Inglaterra más de 400 iglesias dedicadas al santo. Se dice que, después de la Santísima Virgen, San Nicolás es el santo al que los artistas cristianos han representado con más frecuencia. En el oriente se le venera entre otras cosas, como patrono de los marineros; en el occidente, como patrono de los niños. Probablemente, el primero de esos patrocinios se originó en la leyenda que afirma que San Nicolás se apareció durante su vida a unos marineros que le habían invocado en una tempestad, frente a las costas de Licia y los llevó sanos y salvos al puerto. Los navegantes del mar Egeo y los del Jónico, siguiendo la costumbre de oriente, tienen una "estrella de San Nicolás" y se desean buen viaje con estas palabras: "Que San Nicolás lleve el timón." De la leyenda de los tres niños se deriva el patrocinio de San Nicolás sobre los niños y muchas otras prácticas, así eclesiásticas como seculares, relacionadas con ese incidente; tales, por ejemplo, el "niño-obispo" y la costumbre de hacer regalos en la época de Navidad, que es tan común en Alemania, Suiza y los Países Bajos. Dicha costumbre fue popularizada en los Estados Unidos por los protestantes holandeses de Nueva Amsterdam, que convirtieron al santo "papista" en un mago nórdico (Santa Claus, Sint Klaes, San Nicolás). En Inglaterra la costumbre no es muy antigua, por lo menos en la forma en que se practica actualmente. La liberación de los tres oficiales imperiales hace que los prisioneros invoquen a San Nicolás. A este propósito se contaban muchos milagros del santo en la Edad Media.

Por curioso que parezca, en Rusia, San Nicolás es todavía más popular que en los países del Mediterráneo oriental y el noroeste de Europa. En efecto, San Andrés Apóstol y San Nicolás son los dos patronos de Rusia, y la Iglesia ortodoxa rusa celebra la fiesta de la traslación de las reliquias. Antes de la Revolución rusa, había tantos peregrinos rusos en Bari, que su gobierno mantenía en dicha ciudad una iglesia, un hospital y un albergue. El santo es también patrono de Grecia, Apulia, Sicilia y Lorena, así como de innumerables diócesis, ciudades e iglesias. La basílica romana de San Nicolás in Carcere fue construida entre el fin del siglo VI y el comienzo del VII. El nombre del santo figura en la preparación de la misa bizantina.

De 1900 a nuestros días, se han publicado dos estudios muy buenos sobre el santo y su culto. El primero es el de G. Anrich, *Hagios Nikolaos... in der griechischen Kirche* (2 vols, 1917). En él se encontrarán todos los textos griegos de algún interés, mucho mejor editados que en Falconius o Migne, con introducción y notas muy copiosas. El segundo estudio es el de K. Meisen. *Nikolauskult und Nikolausbrauch im Abendlande* (1931), en el que hay muchas ilustraciones. Véase sobre este último *Analecta Bollandiana*, vol. I (1932), pp. 178-181, donde se hace notar que uno de los textos publicados por Meisen está tomado de un manuscrito del siglo IX, lo cual prueba que la leyenda de San Nicolás era conocida en occidente dos siglos antes de la translación de las reliquias a Bari. Jules Laroche publicó una imponente *Vie de S. Nicolas;* conviene leerla a la luz de las críticas de *Analecta Bollandiana*, vol. XII, p. 459. Acerca del folklore griego relacionado con San Nicolás, véase N. G. Politis *Laographika symmikta* (1931); dicha obra está escrita en griego moderno. Sobre otros aspectos de la leyenda, cf. J. Dorn, en *Archiv f. Kulturgeschichte*, vol. XIII (1911), sobre todo p. 243, R. B. Yewdale, *Bohemond I, Prince of Antioch*, p. 31; Karl Young, *The Drama of the*

Medieval Church (1933), passim. Acerca del emblema de San Nicolás, y su figura en el arte, cf. Künstle, *Ikonographie*, vol. II; y Drake, *Saints and their Emblems*, así como la monografía de D. van Adrichem, publicada en italiano y holandés en 1928. No faltan en la actualidad quienes defienden ardientemente el "maná de San Nicolás"; así, por ejemplo, P. Scognamilio, *La Manna di San Nicola* (1925).

SANTOS DIONISIA, MAYORICO Y OTROS, MÁRTIRES (484 P.C.)

EL AÑO 484, el rey arriano Hunerico desterró de sus diócesis a los obispos católicos de Africa. Durante la violenta persecución que siguió a esa medida, perecieron numerosos cristianos. Dionisia, que era una mujer notable por su belleza, celo y piedad, fue azotada en el foro hasta quedar bañada de sangre. Viendo Dionisia que su joven hijo, Mayórico, temblaba ante ese espectáculo, le dijo: "Hijo mío, no olvides que hemos sido bautizados en el nombre de la Santísima Trinidad. No debemos perder la túnica bautismal, no sea que el Señor nos encuentre sin el vestido de bodas y nos arroje a las tinieblas." El niño, confortado por esas palabras, sufrió con extraordinaria constancia un martirio brutal. La hermana de Santa Dionisia, Dativa, así como su primo Emiliano, que era médico, y Leoncia, Tercio y Bonifacio, sufrieron también horribles tormentos por la fe. Por ello, el Martirologio Romano dice que merecieron figurar entre los santos confesores de Cristo. Dionisia, Mayórico y Dativa murieron en la hoguera; Emiliano y Tercio fueron desollados vivos.

San Siervo, a quien se conmemora al día siguiente, era originario de Tuburbo. Los perseguidores le torturaron con la mayor violencia, levantándole una y otra vez con cuerdas y dejándole caer desde lo alto. Después, le arrastraron por las calles hasta que la piel y los pedazos de carne le colgaban por todo el cuerpo. Entre los mártires de Cucusa hubo una mujer llamada Victoria, a la que los perseguidores colgaron por las muñecas sobre una hoguera. Su esposo, que no estaba bautizado, le pidió en los términos más conmovedores que por lo menos tuviese piedad de sus hijitos y obedeciese al rey para salvarse. La santa no accedió a sus súplicas y apartó la vista de sus hijitos. Los perseguidores, creyéndola muerta, la dejaron tirada por tierra. Victoria recobró el conocimiento y, más tarde, relató que se le había aparecido una doncella y la había curado pasándole la mano por las heridas.

Lo único que sabemos sobre estos mártires es lo que cuenta el obispo de Vita, Víctor, en su *Historia persecutionis provinciae africanae*; el autor vivió en la época de los sucesos. No existen pruebas de que el culto de estos mártires haya sido muy popular. Los nombres de estos santos no figuran en el Calendario de Cartago ni en el *Hieronymianum*.

SAN ABRAHAM, OBISPO DE KRATIA (*c.* 558 P.C.)

LAS VIDAS de los santos están llenas de ejemplos de hombres que se vieron obligados a aceptar cargos que no deseaban. En ciertos casos más frecuentes en el oriente, se cuenta que dichos hombres huyeron más tarde, tratando (generalmente en vano) de consagrarse a la contemplación en el retiro. Tal fue el caso de San Abraham. Nació en Emesa de Siria, el año 474, y ahí mismo tomó el hábito monacal. Cuando el joven tenía dieciocho años, unos bandoleros nómadas asaltaron el monasterio, y él huyo con su padre espiritual a Constantinopla. Ahí se refugiaron en un monasterio. Abraham fue nombrado procu-

rador y su padre espiritual, abad. A los veintiséis años de edad, el santo, que se distinguía por su virtud y cualidades administrativas, fue nombrado abad del monasterio de Kratia, en Bitinia (Flaviópolis, actualmente Geredeh). Al cabo de diez años, San Abraham huyó a Palestina; pero pronto se supo dónde estaba, y su obispo le obligó a volver a su cargo. Algún tiempo después, el santo fue elegido obispo de Kratia y desempeñó ese cargo trece años, al cabo de los cuales, huyó nuevamente a Palestina y se refugió en un monasterio de Torre de Eudokia. Ahí llevó una vida de gran mortificación y oración por más de veinte años y murió hacia el 558, sin haber vuelto a su diócesis. San Abraham fue el más famoso de los obispos de Kratia, desde los comienzos de esa sede en el siglo III hasta su desaparición en el XII.

El original griego de la Vida de San Abraham escrita por su contemporáneo Cirilo de Escitópolis fue publicado por H. Grégoire en *Revue de l'instruction publique en Belgique*, vol. XLIX (1906), pp. 281-296; por K. Koikylides en *Nea Sion*, vol. IV (1906), julio, suplemento, pp. 1-7; y por E. Schwartz en *Kyrillos von Skytopolis* (1939). Las tres ediciones se basan en un manuscrito del monasterio del Monte Sinaí, en el que desgraciadamente falta un fragmento del fin; pero una versión árabe conserva el texto íntegro. Acerca de las dos primeras ediciones, véase P. Peeters, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXVI (1907), pp. 122-125; dicho autor publicó en la misma revista (vol. XXIV, 1905, pp. 349-356, una traducción latina del texto árabe. La revista árabe *Al Mashriq*, en la que fue publicado el texto original, ofrece un curioso ejemplo de la estricta censura que aplicaban entonces las autoridades musulmanas en Siria; en efecto, varias frases del texto fueron suprimidas porque empleaban títulos reservados al sultán. Sobre la topografía, etc., de la Vida de San Abraham, cf. S. Vailhé, en *Echos d'Orient*, vol. VIII (1905), pp. 290-294.

BEATO PEDRO PASCUAL, OBISPO DE JAÉN, MÁRTIR (1300 P.C.)

LA FAMILIA valenciana de los Pascual dio a la Iglesia seis mártires durante la dominación de los moros, según se dice. El Beato Pedro fue el último de ellos. Pedro se educó en su casa, bajo la dirección de un maestro privado; era éste un sacerdote originario de Narbona y doctor en teología por la Universidad de París, a quien los padres de Pedro habían rescatado de manos de los moros. Pedro se transladó con él a París, donde hizo sus estudios y obtuvo el título de doctor. A su regreso a Valencia, recibió las órdenes sagradas a los veinticuatro años de edad. Fue profesor de teología en Barcelona hasta que Jaime I de Aragón le nombró tutor de su hijo Sancho, quien poco después fue nombrado arzobispo de Toledo. Como dicho príncipe era todavía muy joven para recibir las órdenes, el Beato Pedro fue nombrado administrador de la diócesis. Más tarde, fue nombrado obispo titular de Granada, que estaba entonces en manos de los moros, pero no recibió la consagración episcopal sino hasta 1296, cuando fue elegido obispo de Jaén. Dicha ciudad estaba todavía bajo el poder de los moros. A pesar del peligro, el beato rescató a muchos cautivos, instruyó y bautizó a los cristianos, predicó a los infieles, y reconcilió con la Iglesia a varios apóstatas y renegados. Por esa razón, los moros se apoderaron de él durante una visita que hizo a Granada, y le encerraron en un calabozo a donde nadie podía ir a verle. A pesar de ello, el Beato Pedro se las ingenió para escribir un tratado contra el Islam y su profeta. Cuando las autoridades se enteraron de que dicho tratado corría de mano en mano, condenaron a muerte al beato. Este atravesó por un período de pavor la víspera del día de la ejecución; pero el Señor se le apareció y le reconfortó. A la mañana siguiente, fue asesinado

a puñaladas mientras hacía oración; los perseguidores le cortaron después la cabeza. El beato tenía entonces setenta y tres años. La tradición describe así la muerte de Pedro; pero, según parece, murió a consecuencia de lo que sufrió en la prisión.

Clemente X confirmó en 1673 el culto del Beato Pedro Pascual e incluyó su nombre en el Martirologio Romano. Aunque suele darse a Pedro Pascual el título de santo, el Martirologio Romano le llama "beatus".

Las biografías antiguas, como la de B. Amento y Peligero, (1676), no son fidedignas. Los mejores documentos son los que publicó el P. Fidel Fita en el *Boletín* de la Academia Histórica de Madrid, vol. xx (1892), pp. 32-61; cf. vol. XLI (1902), pp. 345-347. La discusión más seria que existe en español sobre los problemas relacionados con la vida del beato es la de R. Rodríguez de Gálvez, *San Pedro Pascual, obispo de Jaén y mártir* (1900); véanse también los *Estudios Críticos* del mismo autor, quien prueba perfectamente que el beato no fue mercedario y que probablemente no murió apuñalado y decapitado, sino agotado por la prisión. En defensa de la tradición mercedaria, el P. Armengol Valenzuela publicó una voluminosa *Vida de San Pedro Pascual* (1901); pero los bolandistas consideran esa obra como poco convincente.

7: SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, DOCTOR DE LA IGLESIA (397 P.C.)

EL VALOR y la constancia para resistir el mal forman parte de las virtudes esenciales de un obispo. En ese sentido, San Ambrosio fue uno de los más grandes pastores de la Iglesia de Dios desde la época de los Apóstoles. Por otra parte, su ciencia hace de él uno de los cuatro grandes doctores de la Iglesia de occidente. El santo nació en Tréveris, probablemente el año 340. Su padre, que se llamaba también Ambrosio, era entonces prefecto de la Galia. El prefecto murió cuando su hijo era todavía joven, y su esposa volvió con la familia a Roma. La madre de San Ambrosio dio a sus hijos una educación esmerada, y puede decirse que el futuro santo debió mucho a su madre y a su hermana Santa Marcelina. El joven aprendió el griego, llegó a ser buen poeta y orador y se dedicó a la abogacía. En el ejercicio de su carrera llamó la atención de Anicio Probo y de Símaco. Este último, que era prefecto de Roma, se mantenía en el paganismo. El otro era prefecto pretorial de Italia. Ambrosio defendió ante este último varias causas con tanto éxito, que Probo le nombró asesor suyo. Más tarde, el emperador Valentiniano nombró al joven abogado gobernador de la Liguria y de la Emilia, con residencia en Milán. Cuando Ambrosio se separó de su protector Probo, éste le recomendó: "Gobierna más bien como obispo que como juez." El oficio que se había confiado a Ambrosio era del rango consular y constituía uno de los puestos de mayor importancia y responsabilidad en el Imperio de occidente. Ambrosio, que no había cumplido aún los cuarenta años, supo ejercer su oficio con extraordinario acierto, como se verá por lo que sigue.

Auxencio, un arriano que había gobernado la diócesis de Milán durante casi veinte años, murió el año 374. La ciudad se dividió en dos partidos, ya que unos querían a un obispo católico y otros a un arriano. Para evitar en cuanto fuese posible que la división degenerase en pleito, San Ambrosio acudió a la iglesia en la que iba a llevarse a cabo la elección, y exhortó al pueblo a

proceder a ella pacíficamente y sin tumulto. Mientras el santo hablaba, alguien gritó: "¡Ambrosio obispo!" Todos los presentes repitieron unánimemente ese grito, y católicos y arrianos eligieron al santo para el cargo. Ambrosio quedó desconcertado tanto más cuanto que, aunque era cristiano, no estaba todavía bautizado. Pero los obispos presentes ratificaron su nombramiento por aclamación. Ambrosio alegó irónicamente que "la emoción había pesado más que el derecho canónico y trató de huir de Milán. El emperador recibió un informe sobre lo sucedido. Por su parte, Ambrosio también le escribió, rogándole que le permitiese renunciar. Valentiniano respondió que se sentía muy complacido por haber sabido elegir a un gobernador que era digno de ser obispo, y mandó al vicario de la provincia que tomase las medidas necesarias para consagrar a Ambrosio. Este trató de escapar una vez más y se escondió en casa del senador Leoncio. Pero, cuando Leoncio se enteró de la decisión del emperador, entregó al santo, y éste no tuvo más remedio que aceptar. Así pues, recibió el baustimo y , una semana más tarde, el 7 de diciembre de 374, se le confirió la consagración episcopal. Tenía entonces unos treinta y cinco años.

Consciente de que ya no pertenecía al mundo, el santo decidió romper todos los lazos que le unían a él. En efecto, repartió entre los pobres sus bienes muebles y cedió a la Iglesia todas sus tierras y posesiones; lo único que conservó fue una renta para su hermana Santa Marcelina. Por otra parte, confió a su hermano San Sátiro la administración temporal de su diócesis para poder consagrarse exclusivamente al ministerio espiritual. Poco después de su ordenación, escribió a Valentiniano quejándose con amargura de los abusos de ciertos magistrados imperiales. El emperador le respondió: "Desde hace tiempo estoy acostumbrado a tu libertad de palabra y no por ello dejé de aceptar tu elección. No dejes de seguir aplicando a nuestras faltas los remedios que la ley divina prescribe." San Basilio escribió a Ambrosio para felicitarle, o más bien dicho para felicitar a la Iglesia por su elección y para exhortarle a combatir vigorosamente a los arrianos. San Ambrosio, que se creía muy ignorante en las cuestiones teológicas, se entregó al estudio de la Sagrada Escritura y de las obras de los autores eclesiásticos, particularmente de Orígenes y San Basilio. En sus estudios le dirigió San Simpliciano, un sabio sacerdote romano, a quien amaba como amigo, honraba como padre y reverenciaba como maestro. San Ambrosio combatió con tanto éxito el arrianismo que, diez años más tarde, no había en Milán un solo ciudadano contaminado por la herejía, fuera de algunos godos que pertenecían a la corte imperial. El santo vivía con gran sencillez y trabajaba infatigablemente. Sólo cenaba los domingos, los días de la fiesta de algunos mártires famosos y los sábados. En efecto, en Milán no se ayunaba nunca en sábado; pero cuando Ambrosio estaba en Roma, ayunaba también los sábados. El santo no asistía jamás a los banquetes y recibía en su casa con suma frugalidad. Todos los días celebraba la misa por su pueblo y vivía consagrado enteramente al servicio de su grey; todos los fieles podían hablar con él siempre que lo deseaban, y le amaban y admiraban enormemente. El santo tenía por norma no meterse nunca a arreglar matrimonios, no aconsejar a nadie que ingresase en el ejército, y no recomendar a nadie para los puestos de la corte. Los visitantes invadían la casa del obispo, que estaba siempre ocupadísimo, hasta el grado de que San Agustín fue a verle varias veces y entró y salió de la habitación de San Ambrosio, sin que éste advirtiese su presencia. En sus sermones, San Ambrosio alababa con frecuencia el estado y

la virtud de la virginidad por amor de Dios, y dirigía personalmente a muchas vírgenes consagradas. A petición de Santa Marcelina, el santo reunió sus sermones sobre el tema; tal fue el origen de uno de sus tratados más famosos. Las madres impedían que sus hijas fuesen a oír predicar a San Ambrosio, y aun llegó a acusársele de que quería despoblar el Imperio. El santo respondía: "Quisiera que se me citase el caso de un hombre que haya querido casarse y no haya encontrado esposa", y sostenía que en los sitios en que se tiene en alta estima la virginidad la población es mayor. Según él, la guerra y no la virginidad era el gran enemigo de la raza humana.

Como los godos hubiesen invadido ciertos territorios romanos del oriente, el emperador Graciano decidió acudir con su ejército en socorro de su tío Valente. Sin embargo, para preservarse del arrianismo, del que Valente era gran protector, Graciano pidió a San Ambrosio que le instruyese sobre dicha herejía. Con ese objeto, el santo escribió el año 377 una obra titulada "A Graciano acerca de la Fe" y, más tarde, la amplió. Los godos habían causado estragos desde Tracia a la Iliria. San Ambrosio, no contento con reunir todo el dinero posible para rescatar a los prisioneros, mandó fundir los vasos sagrados. Los arrianos consideraron esa medida como un sacrilegio y se la echaron en cara. El santo respondió que le parecía más útil salvar vidas humanas que conservar el oro: "Si la Iglesia tiene oro, no es para guardarlo, sino para emplearlo en favor de los necesitados." Después del asesinato de Graciano en 383, la emperatriz Justina rogó a San Ambrosio que negociase con el usurpador Máximo para evitar que éste atacase a su hijo, Valentiniano II. San Ambrosio fue a entrevistarse con Máximo en Tréveris y consiguió convencerle de que se contentase con la Galia, España y las Islas Británicas. Según se dice, fue ésa la primera vez que un ministro del Evangelio intervinó en los asuntos de la alta política. El objeto de tal intervención fue precisamente defender el derecho y el orden contra un usurpador armado.

Por entonces, ciertos senadores trataron de restablecer en Roma el culto a la diosa Victoria. El grupo estaba encabezado por Quinto Aurelio Símaco, hijo y sucesor del prefecto romano que había protegido a San Ambrosio en su juventud y había sido un admirable erudito, hombre de Estado y orador. Quinto Aurelio Símaco pidió a Valentiniano que reconstruyese el altar de la Victoria en el senado, pues a dicha diosa atribuía los triunfos y la prosperidad de la antigua Roma. Quinto Aurelio Símaco redactó muy hábilmente su petición, apelando a la emoción y empleando argumentos que se oyen todavía en labios de los no católicos: "¿Qué importa el camino por el que cada uno busca la verdad? Existen muchos caminos para llegar al gran misterio." La petición era un ataque velado contra San Ambrosio. Cuando el santo se enteró por conducto privado de la existencia del documento, escribió al emperador pidiéndole que le enviase una copia y reprendiéndolo por no haberle consultado inmediatamente en ese asunto que atañía a la religión. Poco después, escribió una respuesta que sobrepasaba en elocuencia a la petición de Símaco y la demolía punto por punto. Tras ridiculizar la idea de que los éxitos conseguidos por el valor de los soldados se vaticinaban en las entrañas de las bestias sacrificadas, el santo, elevándose a las cumbres de la más alta retórica, hablaba por boca de Roma, diciendo que la ciudad se lamentaba de sus errores pasados y que no se avergonzaba de cambiar, puesto que el mundo había cambiado también. En seguida, Ambrosio exhortaba a Símaco y sus compañeros a in-

terpretar los misterios de la naturaleza a través del Dios que los había creado y a pedir a Dios que concediese la paz a los emperadores, en vez de pedir a los emperadores que les concediesen adorar en paz a sus dioses. La respuesta del santo terminaba con una parábola sobre el progreso y el desarrollo del mundo. "Por medio de la justicia, la verdad se cierne sobre las ruinas de las opiniones que antiguamente gobernaban el mundo." Tanto el escrito de Símaco como el de San Ambrosio fueron leídos ante el emperador y su consejo. No hubo discusión de ninguna especie. Valentiniano dijo a los presentes. "Mi padre no destruyó los altares, y nadie le pidió tampoco que los reconstruyese. Yo seguiré su ejemplo y no modificaré el estado de cosas."

La emperatriz Justina no se atrevió a apoyar abiertamente a los arrianos mientras vivieron su esposo y Graciano; pero, en cuanto la paz que San Ambrosio negoció entre Máximo y el hijo de Justina le dieron oportunidad de oponerse al obispo, se olvidó de todo lo que le debía. Al acercarse la Pascua del año 385, Justina indujo a Valentiniano a reclamar la basílica Porcia (actualmente llamada de San Víctor), situada en las afueras de Milán, para cederla a los arrianos, entre los que se contaban ella y muchos personajes de la corte. San Ambrosio respondió que jamás entregaría un templo de Dios. Entonces, Valentiniano envió a unos mensajeros a pedir la nueva basílica de los Apóstoles. Pero el santo obispo no cedió. El emperador mandó a sus cortesanos a apoderarse de la basílica. Los milaneses, enfurecidos al ver eso, tomaron prisionero a un sacerdote arriano. Al enterarse de lo sucedido, San Ambrosio pidió a Dios que no permitiese que la sangre corriese y envió a varios sacerdotes y diáconos a rescatar al prisionero. Aunque el santo tenía de su parte a la multitud y aun al ejército, se guardó de hacer o decir nada que pudiese desatar la violencia y poner en peligro al emperador y a su madre. Cierto que se negó a entregar las iglesias, pero se abstuvo de oficiar en ellas para no encender los ánimos. Sus adversarios, que le llamaban "el Tirano", hicieron lo posible por provocarle. San Ambrosio preguntó a sus enemigos: "¿por qué me llamáis tirano? Cuando me enteré de que la iglesia estaba rodeada de soldados, dije que no la entregaría, pero que tampoco me lanzaría a la lucha. Máximo no afirma que tiranizó a Valentiniano, a pesar de que a él le impedí marchar sobre Italia." En el momento en que el santo explicaba un pasaje del libro de Job al pueblo, irrumpió en la capilla un pelotón de soldados, a los que se había dado la orden de atacar; pero ellos se negaron a obedecer y entraron a orar con los católicos. A los pocos momentos, todo el pueblo se dirigió a la basílica contigua, arrancó las decoraciones que se habían puesto para recibir al emperador, y las dio a los niños para que jugasen con ellas. Sin embargo, San Ambrosio no aprovechó ese triunfo y no entró en la basílica sino hasta el día de Pascua, cuando Valentiniano retiró de ahí a los soldados. El pueblo celebró con gran júbilo esa victoria. San Ambrosio escribió un relato de los hechos a Santa Marcelina, que estaba entonces en Roma, y añadió que preveía desórdenes todavía mayores: "El eunuco Calígono, que es camarlengo imperial, me dijo: 'Tú desprecias al emperador, de suerte que te voy a mandar decapitar.' Yo repuse: ¡Dios lo quiera! Así sufriría yo como corresponde a un obispo, y tú obrarías como las gentes de tu calaña.' "

En enero del año siguiente, Justina convenció a su hijo de que promulgase una ley para autorizar a los arrianos a celebrar reuniones y las prohibiera a los católicos. Dicha ley amenazaba con la pena de muerte a quien tratase de im-

pedir las reuniones de los arrianos. Nadie tenía derecho a oponerse legalmente a que las iglesias fuesen cedidas a los arrianos, sin exponerse al destierro por el hecho mismo. San Ambrosio no hizo caso de la ley y se negó a entregar una sola iglesia. Sin embargo, nadie se atrevió a tocarle. "Yo he dicho ya lo que un obispo tenía que decir. Que el emperador proceda ahora como corresponde a un emperador. Nabot se negó a entregar la herencia de sus antepasados. ¿Cómo voy yo a entregar las iglesias de Jesucristo?" El Domingo de Ramos, el santo predicó sobre su decisión de no entregarlas. Entonces, el pueblo, temeroso de la venganza del emperador, se encerró con su pastor en la basílica. Las tropas imperiales la sitiaron con miras a vencer al pueblo por el hambre; pero ocho días después, el pueblo seguía ahí. Para ocupar a las gentes, San Ambrosio se dedicó a enseñarles himnos y salmos que él mismo había compuesto. Todos cantaban en coros alternados. El emperador envió al tribuno Dalmacio a conferenciar con el santo. Proponía que Ambrosio y el obispo arriano, Auxencio, eligiesen conjuntamente un grupo de jueces para decidir la cuestión. Si San Ambrosio no aceptaba esa proposición, debía retirarse y dejar la diócesis en manos de Auxencio. Ambrosio respondió por escrito al emperador, haciéndole notar que los laicos (pues Valentiniano había propuesto que se eligiesen jueces laicos) no tenían derecho a juzgar a los obispos ni a dictar leyes eclesiásticas. En seguida, el santo subió al púlpito y expuso al pueblo el desarrollo de los acontecimientos en el último año. En una sola frase resumió espléndidamente el fondo de la disputa: "El emperador está en la Iglesia, no sobre la Iglesia."

Entre tanto, llegó la noticia de que Máximo, con el pretexto de la persecución de que eran objeto los católicos, así como ciertas cuestiones de fronteras, estaba preparándose para invadir Italia. Valentiniano y Justina, sobrecogidos por el pánico, rogaron entonces a San Ambrosio que partiese nuevamente a impedir la invasión del usurpador. Olvidando todas las injurias públicas y privadas de que había sido objeto, el santo emprendió el viaje. Máximo, que estaba en Tréveris, se negó a concederle una audiencia privada, a pesar de que Ambrosio era obispo y embajador imperial, y le propuso recibirle en un consistorio público. Cuando Ambrosio fue introducido a la presencia de Máximo y éste se levantó del trono para darle el beso de paz, el santo permaneció inmóvil y se negó a acercarse a recibir el ósculo. En seguida, demostró públicamente a Máximo que la invasión que proyectaba era injustificable y constituía una deslealtad y terminó pidiéndole que enviase a Valentiniano los restos de su hermano Graciano como prenda de paz. Desde su llegada a Tréveris, el santo se había negado a mantener la comunión con los prelados de la corte que habían participado en la ejecución del hereje Prisciliano, y aun con el mismo Máximo. Por ello, se le ordenó al día siguiente que abandonase Tréveris. El santo regresó a Milán, no sin escribir antes a Valentiniano para referirle lo sucedido y aconsejarle que no se dejase engañar por Máximo, pues consideraba a éste como un enemigo velado que prometía la paz pero buscaba la guerra. En efecto, Máximo invadió súbitamente Italia, donde no encontró oposición alguna. Justina y Valentiniano dejaron en Milán a San Ambrosio para que hiciese frente a la tormenta y huyeron a Grecia en busca del amparo del emperador de oriente, Teodosio, en cuyas manos se pusieron. Teodosio declaró la guerra a Máximo, le derrotó y ejecutó en Panonia, y devolvió a Valentiniano sus territorios y los que le había arrebatado el usurpador. Pero en realidad, Teodosio fue quien gobernó desde entonces el imperio.

El emperador de oriente permaneció algún tiempo en Milán, e indujo a Valentiniano a abandonar el arrianismo y a tratar a San Ambrosio con el respeto que merecía un obispo verdaderamente católico. Sin embargo, no dejaron de surgir conflictos entre Teodosio y San Ambrosio, como era de esperarse, y hay que reconocer que en el primero de esos conflictos no faltaba razón a Teodosio. En efecto, ciertos cristianos de Kallinikum de Mesopotamia habían demolido la sinagoga de los judíos. Cuando Teodosio se enteró, ordenó que el obispo del lugar, a quien se acusaba de estar complicado en el asunto, se encargase de reconstruir la sinagoga. El obispo apeló a San Ambrosio, quien escribió una carta de protesta a Teodosio; pero, en vez de alegrar que no se conocían con certeza las circunstancias del caso, el santo basó su protesta en la tesis exagerada de que ningún obispo cristiano tenía derecho a pagar la construcción de un templo de una religión falsa. Como Teodosio hiciese caso omiso de esa protesta, San Ambrosio predicó contra él en su presencia, lo que dio lugar a una discusión en la iglesia. El santo no cantó la misa hasta haber arrancado a Teodosio la promesa de que revocaría la orden que había dado.

El año 390, llegó a Milán la noticia de una horrible matanza que había tenido lugar en Tesalónica. Buterico, el gobernador, había encarcelado a un auriga que había seducido a una sirvienta de palacio, y se negó a ponerle en libertad por más que el pueblo quería verlo correr en el circo. La multitud se enfureció tanto ante la negativa, que mató a pedradas a varios oficiales y asesinó a Buterico. Teodosio ordenó que se tomasen represalias increiblemente crueles. Los soldados rodearon el circo cuando todo el pueblo se hallaba congregado en él, y cargaron contra la multitud. La carnicería duró cuatro horas. Los soldados dieron muerte a 7,000 personas, sin distinción de edad, de sexo, ni de grado de culpabilidad. El mundo entero quedó aterrorizado y volvió los ojos a San Ambrosio, quien reunió a los obispos para consultarles sobre el caso. En seguida, escribió a Teodosio una carta muy digna, en la que le exhortaba a aceptar la penitencia eclesiástica y declaraba que no podía ni estaba dispuesto a recibir su ofrenda y celebrar ante él los divinos misterios hasta que hubiese cumplido esa obligación. "Los sucesos de Tesalónica no tienen precedentes... Sois humano y os habéis dejado vencer por la tentación. Os aconsejo, os ruego y os suplico que hagáis penitencia. Vos, que en tantas ocasiones os habéis mostrado misericordioso y habéis perdonado a los culpables, mandasteis matar a muchos inocentes. El demonio quería sin duda arrancaros la corona de piedad que era vuestro mayor timbre de gloria. Arrojadle lejos de vos ahora que podéis hacerlo... Os escribo esto de mano propia para que lo leáis en particular".

Desgraciadamente, el efecto que produjo esta carta en un hombre que sin duda estaba devorado por los remordimientos ha sido desvirtuado por una leyenda pintoresca y melodramática, según la cual, como Teodosio se negase a aceptar la penitencia eclesiástica, San Ambrosio salió a la puerta de la iglesia para impedirle el paso, cuando se acercaba con toda su corte a oír la misa. El obispo le reprendió públicamente y se negó a admitirle. El emperador estuvo excomulgado ocho meses, al cabo de los cuales se sometió sin condiciones. El P. Van Ortroy, S. J., echó por tierra esa leyenda. Por otra parte, la "religiosa humildad" que San Agustín, bautizado apenas tres años antes por San Ambrosio, atribuye a Teodosio, resume perfectamente cuanto necesitamos saber. "Habiendo incurrido en las penas eclesiásticas, hizo penitencia con extraor-

dinario fervor y, los que habían acudido a interceder por él, se estremecían de compasión al ver tanto rebajamiento de la dignidad imperial más de lo que hubiesen temblado ante su cólera si se hubieran sentido culpables de alguna falta en su presencia". En la oración fúnebre de Teodosio, dijo San Ambrosio simplemente: "Se despojó de todas las insignias de la dignidad regia y lloró públicamente su pecado en la iglesia. El, que era emperador, no se avergonzó de hacer penitencia pública, en tanto que otros muchos menores que él se rehusan a hacerla. El no cesó de llorar su pecado hasta el fin de su vida." Ese triunfo de la gracia en Teodosio y del deber pastoral en Ambrosio demostró al mundo que la Iglesia no hace distinción de personas y que las leyes morales obligan a todos por igual. El propio Teodosio dio testimonio de la influencia decisiva de San Ambrosio en aquellas circunstancias, al señalarle como el único obispo digno de ese nombre que él había conocido.

Teodoreto menciona otro ejemplo de la humildad y religiosidad de que Teodosio dio muestra. Un día de fiesta, durante la misa en la catedral de Milán, Teodosio se acercó al altar a depositar su ofrenda y permaneció en el presbiterio. San Ambrosio le preguntó si deseaba algo. El emperador dijo que quería asistir a la misa y comulgar. Entonces San Ambrosio mandó al diácono a decirle: "Señor, durante la celebración de la misa nadie puede estar en el presbiterio. Os ruego que os retiréis a donde están los demás. La púrpura os hace príncipe pero no sacerdote." Teodosio se disculpó y dijo que estaba en la creencia de que en Milán existía la misma costumbre que en Constantinopla, donde el sitial del emperador se hallaba en el presbiterio. En seguida, dio las gracias al obispo por haberle instruido y se retiró al sitio en el que se hallaban los laicos.

El año 393, tuvo lugar la patética muerte del joven Valentiniano, quien fue asesinado en las Galias por Arbogastes cuando se hallaba solo entre sus enemigos. San Ambrosio, que había partido en auxilio suyo, encontró la procesión funeraria antes de cruzar los Alpes. Arbogastes, a quien se había dicho que San Ambrosio era "un hombre que dice al sol: '¡Detente!', y el sol se detiene", maniobró para conseguir que el santo obispo le apoyase en sus ambiciones. Pero Ambrosio, sin nombrar personalmente a Arbogastes, manifestó claramente en la oración fúnebre de Valentiniano que sabía a qué atenerse sobre su muerte. Por otra parte, salió de Milán antes de la llegada de Eugenio, el enviado de Arbogastes, de suerte que este último empezó a amenazar con perseguir a los cristianos. Entre tanto, San Ambrosio fue de ciudad en ciudad, exhortando al pueblo a oponerse a los invasores. Después regresó a Milán, donde recibió la carta en que Teodosio le anunciaba que había vencido a Arbogastes en Aquileya. Dicha victoria fue el golpe de muerte al paganismo en el imperio. Pocos meses después, murió Teodosio en brazos de San Ambrosio. En la oración fúnebre del emperador, el santo habló con gran elocuencia del amor que profesaba al difunto y de la gran responsabilidad que pesaba sobre sus dos hijos, a quienes tocaba gobernar un imperio cuyo lazo de unión era el cristianismo. Los dos hijos de Teodosio eran los débiles Arcadio y Honorio. Es posible que un joven godo, oficial de caballería del ejército imperial, haya estado presente en la iglesia. Su nombre era Alarico.

San Ambrosio sólo sobrevivió dos años a Teodosio el Grande. Una de las últimas obras que escribió fue el tratado sobre "La bondad de la muerte". Las obras homiléticas, exegéticas, teológicas, ascéticas y poéticas del santo son nu-

merosísimas. En tanto que el Imperio Romano comenzaba a decaer en el occidente, San Ambrosio daba nueva vida a su idioma y enriquecía a la Iglesia con sus escritos. Cuando el santo cayó enfermo, predijo que moriría después de la Pascua, pero prosiguió sus estudios acostumbrados y escribió una explicación al salmo 43. Mientras San Ambrosio dictaba, Paulino, que era su secretario y fue más tarde su biógrafo, vio una llama en forma de escudo posarse sobre su cabeza y descender gradualmente hasta su boca, en tanto que su rostro se ponía blanco como la nieve. A este propósito escribió Paulino: "Estaba yo tan asustado, que permanecí inmóvil, sin poder escribir. Y a partir de ese día, dejó de escribir y de dictarme, de suerte que no terminó la explicación del salmo." En efecto, el escrito sobre el salmo se interrumpe en el versículo veinticuatro. Después de ordenar al nuevo obispo de Pavía, San Ambrosio tuvo que guardar cama. Cuando el conde Estilicón, tutor de Honorio, se enteró de la noticia, dijo públicamente: "El día en que ese hombre muera, la ruina se cernirá sobre Italia." Inmediatamente, el conde envió al santo unos mensajeros para pedirle que rogara a Dios que le alargase la vida. El santo repuso: "He vivido de suerte que no me avergonzaría de vivir más tiempo. Pero tampoco tengo miedo de morir, pues mi Amo es bueno." El día de su muerte, Ambrosio estuvo varias horas acostado con los brazos en cruz, orando constantemente. San Honorato de Vercelli, que se hallaba descansando en otra habitación, oyó una voz que le decía tres veces: "¡Levántate pronto, que se muere!" Inmediatamente bajó y dio el viático a San Ambrosio, quien murió a los pocos momentos. Era el Viernes Santo, 4 de abril de 397. El santo tenía aproximadamente cincuenta y siete años. Fue sepultado el día de Pascua. Sus reliquias reposan bajo el altar mayor de su basílica, a donde fueron transladadas el año 835. Su fiesta se celebra el día del aniversario de su consagración episcopal, tanto en oriente como en occidente. Su nombre figura en el canon de la misa del rito de Milán.

Dos obras muy importantes sobre la vida y escritos de San Ambrosio son la de J. R. Palanque, *Saint Ambroise et l'Empire Romain* (1934), acerca de la cual véase el juicio del P. Halkin en *Analecta Bollandiana*, vol. LII (1934), pp. 395-401, y la biografía del canónigo anglicano F. Homes Dudden, *The Life and Times of St Ambrose* (1935), 2 vols. Ambos autores estudian la vida del santo desde muchos puntos de vista, con amplio conocimiento de las fuentes y de la bibliografía moderna sobre el tema. Las principales fuentes son los escritos del santo y la biografía de Paulino; pero naturalmente, se encuentran muchos datos dispersos en las obras de San Agustín y otros contemporáneos, lo mismo que en los documentos que el P. Van Ortroy llama "las biografías griegas de San Ambrosio". El importante estudio de este último autor forma parte de una valiosa colección de ensayos publicados en 1897 con motivo del décimo quinto centenario de la muerte del santo. En dicho volumen, titulado *Ambrosiana*, escribieron el Dr. Achille Ratti (Pío XI), Marucchi, Savio, Schenkl, Mocquereau, etc. Véase también R. Wirtz, *Ambrosius und seine Zeit* (1924); M. R. McGuire, en *Catholic Historical Review*, vol. XXII (1936), pp. 304-318; W. Wilbrand, en *Historisches Jahrbuch*, vol. XLI (1921), pp. 1-19; L. T. Lefort, en *Le Muséon*, vol. XLVIII (1935), pp. 55-73; Fliche et Martin, *Histoire de l'Eglise*, vol. III (1936), etc. *La Vie de S. Ambroise* publicada por el duque de Broglie en la colección *Les Saints* da una buena idea sobre el santo y su época, aunque no está al día en todos los puntos. Más completas son las biografías de Palanque y de Dudden, así como la que se encuentra en la última edición de Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. III. F. R. Hoare tradujo la biografía escrita por el diácono Paulino, en *The Western Fathers*, (1954).

SAN EUTIQUIANO, PAPA (283 P.C.)

NO SABEMOS prácticamente nada sobre este Papa. El Martirologio Romano le llama mártir y afirma que dio sepultura a 342 mártires. Pero ambas afirmaciones son probablemente falsas, ya que en la época de San Eutiquiano no hubo persecuciones. Por otra parte, el Catálogo Liberiano, que data del siglo IV, nombra a San Eutiquiano entre los obispos, no entre los mártires. Se atribuye al santo la costumbre de bendecir los frutos en la iglesia, pero dicha costumbre se introdujo más tarde. Las decretales que llevan el nombre del santo son espurias.

San Eutiquiano murió el 7 de diciembre de 283 y fue sepultado en la catacumba de Calixto. De Rossi descubrió algunos fragmentos del epitafio de San Eutiquiano; en ellos se lee, en caracteres griegos, la siguiente inscripción: EUTUKHIANOS EPIS (KOPOS).

Véase a Duchesne en *Liber Pontificalis*, vol. I, p. 159.

SANTA JOSEFA ROSSELLO, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS HIJAS DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED (1880 P.C.)

CON FRECUENCIA se ha dicho de los santos taumaturgos que el mayor de sus milagros fue su propia vida. El Dr. P. D. Sessa, al escribir sobre María Josefa Rossello, hace notar que no se distinguió por las visiones y voces celestiales y otras maravillas, pero que tres de las primeras religiosas de su congregación vivieron más de cien años, y que en vida de la santa, la pequeña semilla de la primera fundación produjo sesenta y ocho conventos.

Josefa nació en 1811, en Albisola Marina, delicioso pueblecito costeño de Liguria. Fue la cuarta de los nueve hijos de Bartolomé Rossello y María Dedone. Bartolomé era alfarero. La niña recibió en el bautismo el nombre de Benita (Benedetta), que auguraba su futura santidad. Benita era vivaz e inteligente. El Dr. Sessa la llama "piccola condottiera" ("la jefecita"). Pero la palabra "condottiere" ha significado también en la historia "soldado aventurero", y el espíritu aventurero formaba también parte del carácter de Benita. Un incidente de su niñez constituye un excelente ejemplo de lo que acabamos de decir. Los habitantes de Albisola organizaron una peregrinación al santuario de Nuestra Señora de la Merced de Savona. A causa de la distancia, todos los niños se quedaron en el pueblo. En tanto que los adultos estaban ausentes, Benita organizó otra peregrinación entre sus compañeros y compañeras de juego. Enarbolando una bandera hecha con un delantal, la niña guió la procesión al santuario de Nuestra Señora de la Merced que había en el pueblo. Oyendo a los niños cantar himnos, el sacristán creyó que se trataba de los peregrinos que volvían de Savona y mandó echar las campanas a vuelo. En esa forma, la cruzada de los niños terminó triunfalmente. Según parece, Benita tenía entonces unos nueve años.

Siempre fue muy sensible a la belleza de las cosas creadas, particularmente a la hermosura del mar. En ciertos momentos del día, la belleza del mundo la hacía prorrumpir en exclamaciones de gozo. Naturalmente, tenía particular devoción a San Francisco de Asís. A los dieciséis años, fue recibida en la tercera orden de San Francisco y tomó por director espiritual al capuchino Angel de Savona. Durante algún tiempo, Benita pensó en hacerse anacoreta; pero su

director la disuadió de ello. A los diecinueve años, la joven entró a servir en casa de la familia Monleone, en Savona. A ese propósito solía repetir: "Las manos están hechas para el trabajo y el corazón para Dios." Durante siete años Benita asistió al señor Monleone, que estaba baldado. Todo el dinero que ganaba lo enviaba a su casa, pues su familia se hallaba en condiciones económicas difíciles. Benita habría podido permanecer toda la vida en casa de los Monleone; pero, después de la muerte del inválido, la joven se sintió llamada a abandonar el mundo.

Mons. Agustín de Mari era entonces obispo de Savona. Angustiado por los peligros que acechaban a las jóvenes en la ciudad, deseaba fundar una obra para ocuparse de ellas. Benita había sido ya rechazada de un convento por falta de dote. Así pues, cuando se enteró del proyecto del obispo, se presentó a ofrecerle sus servicios. Mons. de Mari quedó muy bien impresionado por la actitud y modales de la joven y aceptó su ofrecimiento. El 10 de agosto de 1837, Benita, sus primas Angela y Dominga Pescio, y Paulina Barla, establecieron su residencia en una ruinosa casa de Savona, llamada "La Commenda". Las nuevas religiosas se llamaron a sí mismas "Hijas de Nuestra Señora de la Merced" y Benita tomó el nombre de María Josefa. Todo lo que poseían se reducía a unos cuantos muebles, cuatro colchones de paja sobre el suelo, una bolsa de papas y unas cuantas monedas; también tenían un crucifijo y una estatua de la Santísima Virgen. La finalidad de la congregación consistía en instruir a las niñas pobres, particularmente desde el punto de vista espiritual, y en fundar hospederías, escuelas, hospitales y toda clase de obras de misericordia, de acuerdo con el dictado de la inspiración divina.

La congregación quedó canónicamente constituida en octubre de ese mismo año. La primera superiora fue la madre Angela. La hermana Josefa quedó como maestra de novicias y limosnera. En 1840, fue a su vez elegida superiora y ocupó ese cargo hasta su muerte. La primera casa resultó pronto demasiado pequeña. La comunidad alquiló entonces una casa, alrededor de la cual creció el macizo grupo de edificios que rodean actualmente la casa matriz de Savona. Una de las primeras pruebas que debió soportar la madre Josefa fue la muerte del bondadoso y espléndido Mons. de Mari, sobre todo teniendo en cuenta que el vicario capitular no veía con buenos ojos a la nueva congregación. Pero el obispo que sucedió a Mons. de Mari después de un largo período de sede vacante, tenía ideas semejantes a las de su predecesor. El fue quien aprobó las constituciones en 1846, cuando la congregación tenía ya treinta y cinco religiosas. Para entonces, habían partido de la casa madre los primeros miembros de la comunidad para encargarse del hospital de Varazze y de enseñar en las escuelas del municipio. Las fundaciones se multiplicaron en el norte de Italia, no sin dificultades. En algunas ciudades las religiosas encontraron oposición; por otra parte, la madre Josefa atravesó por un período de mala salud y el obispo insistió en que se tomase un descanso. A todo esto se añadían las dificultades económicas. Estas se resolvieron en parte, gracias a dos legados, uno de los cuales, totalmente inesperado, provenía de la Sra. Monleone, amiga y antigua ama de la santa.

Mons. de Mari había soñado siempre con que las religiosas fundasen casas de refugio para las jóvenes arrepentidas. La madre Josefa no lo había olvidado. Aunque el primer ensayo hecho en Génova resultó un fracaso, la santa consiguió fundar tres casas de refugio, a las que ella llamaba Casas de la Divina

Providencia. Una de estas instituciones, la de Albisola, ocupaba la casa del franciscano Fernando Isola, a quien los turcos habían matado por odio a la fe en 1648, en Escútari. Se ha dicho de la madre Josefa que, en cuanto tenía un poco de dinero, pensaba en una nueva fundación. Entre sus obras se cuenta la Casa del Clero, que tenía por finalidad fomentar las vocaciones sacerdotales y ayudar a los seminaristas. El dinamismo y la visión de la santa provocaron la oposición de muchos miembros del clero contra esta innovación. Pero ella consiguió ganarse la voluntad del obispo, Mons. Cerruti, que defendió la Casa del Clero. Su sucesor, Mons. Boraggini, apoyó positivamente la fundación. En 1875, se fundó en América la primera casa de las Hijas de Nuestra Señora de la Merced, ya que las religiosas se establecieron en Buenos Aires; San Juan Bosco las había recomendado y había bendecido la empresa. Pronto empezaron a multiplicarse en el Nuevo Mundo las escuelas, hospitales, casas de refugio y otras obras de beneficencia.

En un retrato tomado en sus últimos años la santa aparece con un rostro firmemente perfilado y lleno de energía, sereno y con un dejo de obstinación. Es una anciana típica de principios del siglo pasado. La madre Josefa fue una de esas personas que esconden la santidad bajo las apariencias más sencillas. Aquella mujer que había fundado tantos conventos y obras de beneficencia, nunca se parecía más a si misma que cuando fregaba los pisos, limpiaba mesas o lavaba la ropa. A los sesenta y cuatro años, Santa Josefa empezó a sentir los efectos de las incesantes actividades de su vida. El corazón empezó a fallarle y la santa no tardó en perder el uso de sus piernas, de suerte que se vio obligada a contentarse con supervisar el trabajo de sus hermanas, sin poder tomar parte en él. Eso la hizo sufrir mucho y solía repetir: "Soy una carga inútil; no hago más que estorbar." A esta prueba se añadió la de "la noche oscura del alma", cuando la madre Josefa fue presa de terribles escrúpulos y se sentía condenada al infierno. Pero su fe estuvo a la altura de aquel aparente abandono de Dios y la santa decía con frecuencia a sus hijas: "Aferraos a Jesús. Sólo cuentan Dios, el alma y la eternidad. El resto no vale nada." El 7 de diciembre de 1880, María Josefa Rossello, llena de paz y humilde confianza, fue a recibir el premio de sus trabajos. Tenía entonces sesenta y nueve años. Su canonización tuvo lugar en 1949.

Existe una edición particular de la vida de Santa Josefa, escrita por Katherine Burton. Francisco Martinengo, colaborador de la santa, publicó una biografía en italiano. El Dr. Piero Delfino Sessa escribió una útil semblanza biográfica, que fue publicada en Turín en 1938. Santa Josefa figura entre los santos franciscanos, ya que perteneció a la tercera orden.

8: LA INMACULADA CONCEPCION DE LA VIRGEN MARIA

EL 8 DE DICIEMBRE de 1854, en el ejercicio de su poder pontificio de enseñar infaliblemente la verdad, Pío IX promulgó la bula "Ineffabilis Deus", en la que expuso y definió como "doctrina revelada por Dios y que todos los fieles deben creer firme y constantemente, que la santísima Virgen María fue preservada de toda mancha del pecado original desde el primer instante de su concepción, por gracia y privilegio únicos que le concedió Dios

todopoderoso en previsión de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano". Esto significa que el alma de María, en el momento en que fue creada e infundida, estaba adornada de la gracia santificante. La gracia no toma posesión de los hijos de Adán sino hasta después del nacimiento. Se cree piadosamente que Jeremías y San Juan Bautista fueron santificados antes de nacer, pero después de haber sido concebidos. En el alma de María no existió jamás la mancha del pecado original. Doscientos cincuenta años antes de la definición de esta verdad, la universal Iglesia creía ya firmemente en la Inmaculada Concepción de María (naturalmente dicha verdad está implícita en el depósito de la fe). Estaba prohibido hablar en público contra la doctrina de la Inmaculada Concepción. Sin embargo, antes de la definición, no era todavía una doctrina "de fe", como no lo era la de la Asunción de María antes de que fuese definida en 1950. Por ello, nada tiene de extraño que Alban Butler, al hablar de la "Concepción de la Bienaventurada Virgen María", haya escrito que "es una creencia muy general, aunque no un artículo de fe, que (María) fue concebida sin mancha. Numerosos prelados y gran número de universidades católicas se han declarado vigorosamente en favor de esta doctrina, y varios Papas han prohibido severamente que se la impugne, se la discuta y se escriba contra ella. Sin embargo, está igualmente prohibido considerarla como doctrina de fe definida y censurar a quienes 'creen lo contrario en privado' ". Alban Butler añade que basta con que la Iglesia haya favorecido abiertamente la doctrina de la Inmaculada Concepción para que, aquéllos que desean distinguirse por su fidelidad a la Iglesia se atengan a esa orientación... "El respeto que debemos a la madre de Dios y el honor que debemos a su divino Hijo, nos mueven a pensar que ese privilegio conviene altamente a su santidad sin mácula." Después de que Pío IX habló en 1854, las reservas mencionadas por Butler dejaron de existir. Actualmente, todo católico está obligado a creer como artículo de fe la doctrina de la Inmaculada Concepción.

Según parece, desde muy antiguo se celebraba en Palestina una fiesta para conmemorar la concepción de María; pero no se afirmaba que hubiese sido concebida sin pecado original. No faltan razones para suponer que dicha fiesta tuvo su origen en la de la concepción de San Juan Bautista, que se celebraba ya a principios del siglo VII. Durante mucho tiempo, la expresión "Concepción de María" se empleaba para significar el momento en que María, por obra del Espíritu Santo, concibió al Verbo encarnado (fiesta de la Anunciación). Por ello, la nueva fiesta se llamó al principio la Concepción de Santa Ana. Con ese nombre y sin referencia alguna a la *inmaculada* Concepción, la fiesta pasó de Constantinopla a Sicilia y el sur de Italia en el siglo IX.* el primer vestigio claro de la fiesta de "la Concepción de Nuestra Señora", en el occidente, se encuentra en Irlanda en el siglo IX, dos siglos después en Inglaterra de donde se propagó a Germania, Francia y España. Dicha fiesta se celebraba el 8 de

* La fiesta ha conservado ese nombre en el oriente, aun entre los católicos bizantinos, que siguen llamándola oficialmente "la concepción de Santa Ana, madre de la Madre de Dios", y la celebran el 9 de noviembre (fecha original en el oriente). Naturalmente, se trata de la fiesta que nosotros llamamos de la Inmaculada Concepción. Las iglesias orientales disidentes no tienen una doctrina oficial sobre este punto; algunos teólogos defienden la Inmaculada Concepción, en tanto que otros la atacan. Probablemente el pueblo cree implícitamente en la Inmaculada Concepción. Se dice que la secta rusa de "Los viejos creyentes" profesaba formalmente esa doctrina. En el calendario litúrgico anglicano se lee el 8 de diciembre: "La Concepción de la Virgen María."

diciembre, lo cual pone de manifiesto la influencia oriental, ya que en Jerusalén y Constantinopla, así como en Nápoles, la fecha de la celebración era el 9 de diciembre.

En occidente, lo mismo que en el oriente, la fiesta comenzó a celebrarse en los monasterios. Las dos primeras menciones de la festividad se encuentran en sendos calendarios de la abadía de New Minster de Winchester. La innovación encontró al principio cierta oposición; pero un discípulo de San Anselmo, el monje Eadmero, escribió un importante tratado sobre la concepción de Nuestra Señora, y un sobrino del santo arzobispo, llamado Anselmo como él, introdujo la fiesta de la Concepción en su abadía de Bury St. Edmund's. Pronto adoptaron la fiesta las abadías de Saint Alban's, Reading, Gloucester y otras. El prior de Westminster, Osberto de Clare, estaba en favor de la fiesta; pero algunos de los monjes estaban en contra. Finalmente, la fiesta fue aprobada por el sínodo de Londres de 1129. Por el mismo tiempo, la fiesta empezó a popularizarse en Normandía, aunque no sabemos si la costumbre provenía de Inglaterra, que estaba entonces ocupada por los normandos, o del sur de Italia.

Hacia el año de 1140, la catedral de Lyon adoptó la fiesta. Con esa ocasión, San Bernardo desató una controversia teológica, que había de durar tres siglos, acerca del momento en que la Virgen María había recibido la gracia santificante. Sin embargo, en tanto que la opinión de los teólogos fluctuaba de una extremo al otro, la fiesta de la Concepción de María iba ganando terreno. En 1263, fue adoptada por todos los franciscanos, quienes se convirtieron en sus más ardientes defensores, en tanto que los teólogos dominicos se oponían generalmente a ella. En 1476, Sixto IV, que era franciscano, impuso la fiesta en la diócesis de Roma. La fiesta se llamaba entonces de la Concepción de la Inmaculada y no de la Inmaculada Concepción; pero, como lo hace notar acertadamente Butler, el objeto de la devoción de la Iglesia es la santificación de María y no simplemente el hecho de que haya sido concebida. En 1661, el Papa Alejandro VII declaró que la fiesta celebraba la inmunidad de María de toda mancha de pecado desde el momento en que su alma fue creada e infundida en su cuerpo, es decir desde el momento en que la Madre de Dios fue concebida. En 1708, Clemente XI impuso a toda la Ilgesia de occidente la obligación de celebrar la Inmaculada Concepción como fiesta de precepto.

Después de la solemne definición del dogma en 1854, la fiesta tomó el nombre de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. Nueve años más tarde, fueron promulgados el oficio nuevo y la nueva misa. Desde entonces, aunque sería mejor decir desde antes, la devoción a la Inmaculada Concepción fue uno de los aspectos más difundidos de la devoción mariana. Francia se puso bajo su patrocinio y diez de las dieciocho diócesis de Inglaerra y Gales tuvieron a la Inmaculada Concepción como patrona principal. Ocho años antes de la definición del dogma, seis naciones de la América Latina habían adoptado a la Inmaculada Concepción como patrona, y el Concilio de Baltimore la declaró patrona de los Estados Unidos. En todo el mundo hay centenares de iglesias dedicadas a este privilegio de Nuestra Señora.

Naturalmente, la bibliografía sobre la Inmaculada Concepción y la fiesta litúrgica es inmensa. Tal vez el artículo más completo sea el de los PP. Le Bachelet y Jugie, en DTC., vol. VII, que ocupa más de 350 columnas. Vaése también Thurston, en *The Month*, 1904, mayo, junio, julio y diciembre, así como el juicio de E. Bishop en *Bosworth Psalter*, pp. 43-51, y *Liturgica historica*, pp. 238-259. El P. Grosjean publicó en *Analecta Bollandiana*, vol. LXI (1943), pp. 91-95, una "nota" muy importante sobre la mención de la

fiesta en los calendarios irlandeses, haciendo notar que la mención se introdujo en ciertos manuscritos "por un error del copista". Hay dos artículos de valor sobre la celebración de la fiesta en la Iglesia bizantina, en *Bessarione*, sept. y dic. de 1904. El primer tratado teológico serio en defensa de la Inmaculada Concepción fue el de Eadmero, biógrafo y fiel discípulo de San Anselmo, aunque en esto tenía una opinión diferente de la de su maestro. Slater y Thurston hicieron una edición crítica de éste y otros documentos, titulada *Eadmeri Tractatus de Conceptione Sanctae Mariae* (1904). H. del Marmol tradujo esa obra al francés, en 1923. La discusión se prolongó muchos siglos después de la muerte de Eadmero; sobre esto véase la bibliografía de Le Bachelet y el artículo de A. W. Burridge en *Revue d'histoire ecclésiastique*, vol. XXXII (1936), pp. 570-597, titulado *L'Immaculée Conception dans la théologie de l'Angleterre médiévale.* Entre las obras recientes, mencionaremos la de M. Jugie, *L'Immaculée Conception dans l'Ecriture Sainte* (1952). Acerca del origen de la fiesta en el occidente, cf. S. J. P. van Dijk, en *Dublin review* (3 y 4, 1945). Acerca de la devoción a la Inmaculada, véase Mons. H. F. Davis, en el siguiente fascículo de la misma revista.

SAN ROMARICO, ABAD (653 P.C.)

EN NUESTRO artículo sobre San Amado de Remiremont (13 de septiembre), relatamos cómo convirtió a un noble merovingio llamado Romarico, que ingresó en el monasterio de Luxeuil. Ahí mismo dijimos que Romarico se había trasladado más tarde a sus posesiones de Habendum en los Vosgos, junto con San Amado y había fundado ahí el monasterio que se llamó después Remiremont (es decir, Monte de Romarico). El padre de nuestro santo perdió la vida y todas sus posesiones a manos de la reina Brunequilda. Romarico, que era entonces muy joven, se convirtió en un vagabundo. Sin embargo, cuando conoció a San Amado, era ya un personaje distinguido de la corte de Clotario II, con una fortuna considerable y numerosos esclavos a los que posteriormente devolvió la libertad. Según se cuenta, varios de los libertos recibieron la tonsura junto con San Romarico, en Luxueil. El monasterio de Remiremont fue fundado el año 620. El primer abad fue San Amado; pero, pronto, San Romarico le sucedió en el cargo y lo desempeñó durante treinta años, hasta su muerte. Como las comunidades eran muy numerosas, el santo pudo establecer en el monasterio la "laus perennis". San Amado había aprendido en Agaunum esa costumbre, que consistía en dividir a los monjes en siete coros, de suerte que pudiesen cantar el oficio divino por turno día y noche sin cesar. Uno de los primeros monjes de Remiremont fue un amigo de Romarico, San Arnulfo de Metz, quien murió el año 629 en una ermita de los alrededores. Poco antes de morir, San Romarico se enteró de que Grimoaldo, que era hijo de otro amigo suyo, el Beato Pepino de Landen, tramaba una conspiración para impedir que el joven príncipe Dagoberto ocupase el trono de Austrasia. Aunque era ya muy anciano, el santo abad fue a Metz a reprender a Grimoaldo y a los nobles que apoyaban su causa. Los conspiradores le escucharon sin pronunciar palabra, le trataron con suma cortesía y le enviaron nuevamente a su monasterio. San Romarico murió tres días después. En 1051, el Papa San León IX, que era un gran bienhechor de Remiremont, permitió que fuesen entronizadas las reliquias del santo. La actual población de Remiremont se halla en el sitio al que se trasladó el monasterio de religiosas a principios del siglo X. Los monjes permanecieron en el monasterio de la colina próxima, hasta la Revolución Francesa.

Existen dos biografías del santo. La primera puede verse en Mabillon; pero B. Krusch

hizo una edición crítica moderna, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. IV, pp. 221-225; véase también G. Kurth, *Dissertations académiques*, vol. I (1888).

9: SAN HIPARCO Y COMPAÑEROS, LLAMADOS "LOS SIETE MÁRTIRES DE SAMOSATA" (¿297 ó 308? P.C.)

AL VOLVER de la campaña contra los persas, el césar Galerio (a no ser que haya sido Maximino, cuando gobernaba en Siria) celebró una fiesta en Samosata, junto al Eufrates, y ordenó que todos participasen en los sacrificios que se iban a ofrecer a los dioses. Los magistrados Hiparco y Filoteo se habían convertido al cristianismo poco antes. En la casa de Hiparco había una cruz, ante la cual solían ambos hacer oración. Cinco jóvenes amigos suyos, llamados Santiago, Paragro, Abibo, Romano y Loliano, fueron a visitarlos y los encontraron postrados ante la cruz. Lógicamente les preguntaron por qué hacían oración en casa, cuando el emperador había mandado que todo el pueblo se reuniese en el templo de la diosa Fortuna. Hiparco y Filoteo respondieron que adoraban al Creador del Mundo. Los jóvenes preguntaron: "¿Acaso creéis que esa cruz creó al mundo?" Hiparco replicó: "Adoramos a Aquél que murió en la cruz, pues era Dios e Hijo de Dios. Hace ya tres años que fuimos bautizados por Santiago, sacerdote de la verdadera religión, el cual nos da el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Consideraríamos como un pecado salir de casa durante estos tres días, pues aborrecemos el olor de los sacrificios que invade toda la ciudad." Después de mucho discutir, los cinco jóvenes declararon que deseaban recibir el bautismo. Hiparco escribió entonces una carta al sacerdote Santiago y la entregó a un mensajero. El sacerdote se presentó inmediatamente en la casa de Hiparco, llevando escondidos bajo su manto los vasos sagrados. Al ver a los siete amigos, los saludó diciendo: "La paz sea con vosotros, servidores de Jesucristo, que fue crucificado por sus criaturas." Romano y sus compañeros convertidos cayeron de rodillas y dijeron: Apiádate de nosotros e imprímenos el sello de Jesucristo, a quien adoramos." Una vez que hubieron orado juntos, el sacerdote Santiago les dijo: "La gracia de Jesucristo sea con todos vosotros." Los jóvenes hicieron una profesión de fe y abjuraron de la idolatría. El sacerdote los bautizó y les dio el Cuerpo y la Sangre de Cristo. En seguida, cubrió con su capa los vasos sagrados y partió apresuradamente a su casa, pues temía que los paganos le viesen en tal compañía, ya que él era un anciano pobremente vestido, en tanto que Hiparco, Filoteo y los cinco jóvenes eran personajes de alcurnia.

Al tercer día de las fiestas, el emperador preguntó si todos los magistrados habían sacrificado en público. Con ese motivo, se enteró de que Hiparco y Filoteo no habían participado en el culto desde hacía tres años. Inmediatamente, el emperador ordenó que se los condujese al templo y se los obligase a ofrecer sacrificios. Los mensajeros imperiales encontraron en la casa de Hiparco a los siete cristianos, pero sólo tomaron presos por entonces a Hiparco y Filoteo. El emperador les preguntó por qué le despreciaban a él y a los dioses. Hiparco replicó que se avergonzaba de oír llamar dioses a unos ídolos de madera y de piedra. El emperador ordenó que se le propinasen cincuenta azotes y prometió a Filoteo que le nombraría pretor si se sometía. Filoteo repuso que

consideraría como una ignominia un cargo comprado a ese precio. En seguida, empezó a hablar con gran elocuencia sobre la creación del mundo, pero el emperador le interrumpió, diciéndole que veía que era un hombre muy culto y que esperaba que abandonase sus errores para no verse obligado a torturarle. En seguida, dio orden a los guardias de que le encerrasen en una mazmorra aparte de la de Hiparco, cargado de cadenas. Entretanto, un oficial había ido a arrestar a los otros cinco cristianos que estaban en la casa de Hiparco. Como también ellos se negasen a ofrecer sacrificios, el emperador les hizo notar que eran aún muy jóvenes y les dijo que, si perseveraban en su obstinación, los mandaría azotar y crucificar como a su Maestro. Los jóvenes respondieron que no temían a la tortura. Al punto fueron encadenados y encerrados en diferentes calabozos, y no se les dio de comer ni de beber sino hasta después de las fiestas.

Cuando terminaron las solemnidades en honor de los dioses, se erigió una tribuna en las riberas del Eufrates. El emperador se dirigió allá y mandó traer a los cautivos. Los dos magistrados, cargados de cadenas, abrían la marcha, seguidos por los cinco jóvenes, que tenían las manos atadas. Como se negasen nuevamente a ofrecer sacrificios, se los atormentó en el potro y se les propinaron veinte azotes a cada uno. Después, fueron conducidos otra vez a la prisión. El emperador ordenó que no se permitiese a nadie visitarlos ni prestarles auxilio y que sólo se les diese un poco de pan para que no muriesen de hambre. Al cabo de más de dos meses, los prisioneros comparecieron nuevamente ante el emperador. Por su aspecto parecían más bien cadáveres. Cuando se los incitó a ofrecer sacrificios a los dioses, los mártires rogaron que no tratase de apartárlos del camino de Jesucristo. El emperador replicó, furioso: "Puesto que deseáis la muerte, voy a satisfacer vuestro deseo para que no sigáis insultando a los dioses." En seguida, ordenó a los guardias que los amordazaran y los crucificaran. Los guardias los trasportaron rápidamente al sitio de la ejecución. Algunos magistrados hicieron notar que Hiparco y Filoteo eran sus colegas en la magistratura y debían dar cuentas sobre el desempeño de su oficio, y que los otros cinco eran patricios y tenían cuando menos derecho a redactar su testamento, por lo tanto, pidieron que se dilatase la ejecución. El emperador accedió y puso a los condenados en manos de los magistrados para que se llevasen a cabo esos trámites. Los magistrados los condujeron a la entrada del circo, les quitaron las mordazas y les dijeron en privado: "Obtuvimos la dilación de la sentencia con el pretexto de arreglar con vosotros ciertos asuntos de interés público, pero en realidad lo que queríamos era hablar con vosotros en privado para pediros que roguéis a Dios por nosotros y nos bendigáis, a nosotros y a la ciudad." Los mártires los bendijeron y dirigieron la palabra a la multitud que se había reunido. Cuando el emperador lo supo, envió una reprimenda a los magistrados por haber permitido que los condenados hablasen al pueblo. Los magistrados se excusaron diciendo que no lo habían impedido por miedo a la multitud.

El emperador mandó armar siete cruces cerca de las puertas de la ciudad, y ordenó otra vez a Hiparco que se sometiese. El anciano replicó, poniendo la mano sobre su cabeza calva: "Así como mi cabeza no puede, naturalmente, volver a cubrirse de cabellos, así tampoco puedo yo cambiar de parecer y someterme a tu voluntad." El emperador mandó que colocasen una piel de cabra sobre la cabeza del anciano, y le dijo burlonamente: "Ahora que tienes la

cabeza cubierta de pelos, ofrece sacrificios a los dioses, como conviene a tu condición." En seguida, dio orden de crucificar a los prisioneros. Por la noche, algunas mujeres sobornaron a los guardias para que les permitiesen limpiar la sangre del rostro de los mártires. HIPARCO murió muy pronto. SANTIAGO, ROMANO y LOLIANO murieron al día siguiente, apuñalados por los soldados. En cuanto a FILOTEO, ABIBO y PARAGRO, se los bajó de la cruz antes de que muriesen y se les perforó la cabeza a lanzazos. El emperador mandó que los cadáveres fuesen arrojados al río. Pero un cristiano llamado Baso los compró a los guardias y los sepultó durante la noche en su casa de campo.

S. E. Assemani publicó por primera vez la *pasión* siria, con una traducción latina, en *Acta sanctorum martyrum orientalium*, vol. II, pp. 124-147. También Bedjan publicó el original sirio, en *Acta Martyrum et Sanctorum*, vol. IV. Hay una traducción francesa de ese documento en H. Leclercq, *Les Martyrs*, vol. II, 1903, pp. 391-403. En la Iglesia bizantina se conmemoraba a estos mártires el 29 de enero; en la Iglesia armenia, en octubre. El Dr. G. T. Stokes hace notar que la descripción del bautismo de los cinco jóvenes contiene varios puntos de gran interés litúrgico, y plantea al problema de la fecha del martirio y del nombre del emperador (DCB., vol. III, p. 85).

SANTA LEOCADIA, VIRGEN Y MÁRTIR (¿304? P.C.)

EL POETA español Prudencio no menciona a Santa Leocadia en sus himnos, que fueron escritos a fines del siglo IV. Pero consta que, a principios del siglo VII, había en Toledo una iglesia dedicada a la santa, de suerte que su culto es muy antiguo. Las actas del martirio son posteriores y poco fidedignas. Según esas actas, Leocadia era una joven toledana de alta alcurnia. Durante la persecución de Diocleciano, el cruel gobernador Daciano mandó torturar a Leocadia y la encarceló. En la prisión se enteró la joven del martirio de Santa Eulalia en Mérida y pidió a Dios que la juzgase digna de morir por Cristo. Dios escuchó su petición y Leocadia murió en la prisión a consecuencia de las torturas que se le habían infligido. Si este relato es auténtico y el martirio tuvo lugar el 10 de diciembre, la fiesta de Santa Leocadia no corresponde al día de su muerte, a no ser que supongamos que haya pasado un año en la cárcel. En nuestro artículo sobre San Ildefonso (23 de enero), referimos una leyenda muy conocida relacionada con Santa Leocadia. Esta mártir es la patrona principal de Toledo, donde hay tres iglesias que llevan su nombre y que según se dice, se hallan en los sitios donde la santa fue sepultada, donde estuvo presa y donde se levantaba su casa.

Las *actas* de Santa Leocadia, que no merecen crédito alguno, pueden verse en Florez, *España Sagrada*, vol. VI, pp. 315-317, y en la Fuente, *Hist. ecl. de España*, vol. I (1873), pp. 335-337. Cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XVII (1898), p. 119. No hay razón para dudar de la autenticidad del martirio. El nombre de la santa figura en el *Hieronymianum* el 13 de diciembre. Véase el comentario de Delehaye, p. 646, y *Origines du culte des martyrs*, p. 369, con las referencias bibliográficas que se encuentran ahí.

SANTA GORGONIA, MATRONA (c. 372 P.C.)

SAN GREGORIO Nazianceno el Viejo y su esposa, Santa Nona, tuvieron tres hijos: Santa Gorgonia, San Gregorio Nazianceno y San Cesario. Gorgonia era la mayor. Se casó y tuvo tres hijos, a los que dio una educación tan esmerada como

la que había recibido. Gorgonia se repuso de dos graves enfermedades a base de confianza en Dios. Durante la primera, que sufrió como consecuencia de una seria caída, Gorgonia no permitió que la asistiese ningún médico. De la segunda enfermedad quedó curada al recibir la comunión. El hermano de la santa cuenta que, en cierta ocasión en que se hallaba enferma, Gorgonia fue a la iglesia durante la noche a buscar sobre el altar algunas migajas del Pan de los Angeles, con la esperanza de obtener así la curación. Como se sabe, en aquella época se usaba para los sagrados misterios el pan ordinario y así se hace todavía en muchas iglesias de oriente. Santa Gorgonia fue siempre muy amante de la liturgia y solía contribuir a la construcción de iglesias. Vivía piadosa y sobriamente y era muy generosa con los pobres. Sin embargo, de acuerdo con la costumbre de la época, no recibió el bautismo hasta la edad madura. Al mismo tiempo que ella, se bautizaron su esposo, sus hijos y sus nietos. Su hermano Gregorio pronunció su oración fúnebre, que fue en realidad un panegírico de la bondad de Santa Gorgonia. Dicho panegírico nos dice todo lo que sabemos de la santa.

Los escasos datos sobre Santa Gorgonia se encuentran en el panegírico que hizo de ella su hermano. Puede verse en Migne, PG., vol. XXXV, pp. 789-817. Acerca del incidente de la visita nocturna de Santa Gorgonia a la iglesia, véase H. Thurston, *Journal of Theol. Studies*, vol. XI (1910), pp. 275-279.

SAN PEDRO FOURIER, COFUNDADOR DE LAS CANONESAS REGULARES AGUSTINAS DE NUESTRA SEÑORA (1640 P.C.)

PEDRO FOURIER nació en Mirecourt, ciudad de Lorena, en 1565. Cuando tenía quince años, su padre le envió a la Universidad que tenían los jesuitas en Pont-à-Mousson, donde conoció al futuro mártir, Beato Guillermo Lacey, que estudiaba ahí. Pedro terminó brillantemente sus estudios e inauguró una escuela en su ciudad natal; pero ya para entonces estaba decidido a abandonar el mundo, de suerte que a los veinte años de edad, ingresó en el convento de los canónigos regulares de San Agustín en Chamousey. En 1589, recibió la ordenación sacerdotal; pero, como su humildad le hiciese sentirse indigno, no celebró la misa sino hasta varios meses después. Su abad le envió a la Universidad a continuar sus estudios de teología. Cuando volvió a su monasterio, fue nombrado procurador y vicario de la parroquia de la abadía. Las condiciones en que ejerció su cargo fueron muy desalentadoras, pues la observancia en el monasterio era bastante floja y los canónigos ponían en ridículo cuantos esfuerzos hacía Pedro por mejorarla.

En 1597, se le dio a escoger entre tres parroquias atendidas por los canónigos. San Pedro eligió la de Mattaincourt, que era la más difícil. Mattaincourt es un pueblecito de los Vosgos que en aquella época estaba contaminado por el calvinismo y la moralidad de sus habitantes estaba por los suelos. San Pedro Fourier trabajó ahí durante treinta años y hasta hoy, las gentes siguen llamándole "el buen padre de Mattaincourt." El primer cuidado del santo fue orar y dar buen ejemplo. Vivía con una austeridad, pobreza y sencillez, dignas de un monje. Jamás encendía fuego en su casa, como no fuese para que se calentasen los que iban a visitarle y los necesitados le encontraban siempre dispuesto a darles limosna y consejo, tanto en lo material como en lo espiritual. El P. Juan Bedel, discípulo y biógrafo del santo, dice que era particularmente

compasivo con aquéllos cuya fortuna había decaído a causa de los malos negocios, los robos, o alguna otra razón independiente de su voluntad. "Para ayudar a esas personas, fundó la 'Bolsa de San Evre' (así llamada en honor del santo patrono de la parroquia), en la que depositaba limosnas, legados, etc. Cuando alguno de sus feligreses se hallaba en dificultades, le daba unos cientos de francos de ese fondo para que pudiese sacar adelante su negocio; la única condición que fijaba era que, si el negocio prosperaba, el beneficiario devolviese la cantidad que se le había prestado. El sistema funcionaba tan bien, que la 'Bolsa de San Evre' podía sostenerse con los intereses del capital." San Pedro estableció igualmente tres cofradías en su iglesia: la de San Sebastián, para los hombres; la del Rosario, para las mujeres casadas, y la de la Inmaculada Concepción, para las jóvenes. Esta última fue una de las primeras congregaciones de "Hijas de María". Uno de los principales problemas con que tuvo que enfrentarse San Pedro fue el de la educación de los niños; después de mucho orar y reflexionar, comprendió que era necesario hacerla gratuita.

Primero trató de organizar escuelas para niños. Pero los tiempos no estaban todavía maduros para ello. El instrumento que Dios había escogido para esa empresa era San Juan Bautista de la Salle, que debía nacer medio siglo más tarde. San Pedro Fourier reconoció su fracaso sin rodeos. En seguida se dedicó a atender especialmente a cuatro voluntarias: Alix Le Clercq, Ganthe André y las hermanas Juana e Isabel de Louvroir. Después de probarlas bien, les mandó hacer una especie de noviciado en el convento de las canonesas de Poussey, en 1598. Con el tiempo, dichas jóvenes abrieron una escuela gratuita en Mattaincourt. San Pedro, que tenía sus propias ideas en materia de educación, daba todos los días una clase de pedagogía a las profesoras. Fue uno de los primeros en emplear lo que los pedagogos llaman actualmente el "método simultáneo". Quería que las niñas mayores aprendiesen a redactar recibos y facturas, que se ejercitasen en la composición y la redacción de cartas y que hablasen correctamente "la lengua de su provincia". Tanto por el bien de los niños como por el del Estado, deseaba que los pobres fuesen educados en el amor de Dios, con principios que los ayudasen a vivir decente y dignamente, y estaba convencido de que la escuela debía ser gratuita. Consciente del valor del "método dramático", escribió varios diálogos sobre las virtudes y los vicios (insistiendo sobre todo en lo que más podía convenir a sus feligreses) y hacía que los niños los recitasen ante sus padres los domingos por la tarde, en la iglesia. El santo instruyó a sus religiosas en la manera de tratar a los niños protestantes: "...con amor y bondad. No permitáis que los otros niños los molesten o se burlen de ellos. No habléis mal de su religión. Dirigíos en términos generales a todos vuestros discípulos, pero no perdáis la ocasión de hacer ver a los protestantes cuán buenos y razonables son los preceptos y prácticas de nuestra Iglesia. San Pedro Fourier empleó los mismos métodos en 1625, cuando se le envió a combatir el protestantismo en el principado de Salm. En efecto, no se contentaba con exhortar a los protestantes a convertirse, sino que incitaba con igual fervor a los católicos a cambiar de vida; por otra parte, no provocaba a los protestantes llamándoles herejes, sino que los llamaba "extranjeros". Ayudado por el P. Bedel y otro jesuita, San Pedro consiguió en seis meses más de lo que sus predecesores habían logrado en treinta años. En 1616, la nueva congregación religiosa recibió la aprobación pontificia

y el nombre oficial de Canonesas Regulares de San Agustín de la Congregación de Nuestra Señora. Dicha congregación se difundió pronto en toda Francia; actualmente, tiene casas en Inglaterra y otros países. En 1628, el Papa Urbano VIII concedió a las religiosas el privilegio de haber un cuarto voto por el que se obligaban a educar gratuitamente a los niños. Alix Le Clercq, la principal colaboradora del P. Fourier, fue beatificada como cofundadora de la congregación en 1947.

En vista del éxito que había tenido San Pedro Fourier en la reforma de aquella parroquia rural, sus superiores le dedicaron a una tarea menos local, pero no menos difícil. En aquella época, la vida religiosa en Lorena estaba en decadencia. La Santa Sede nombró a San Pedro visitador de los canónigos regulares. En 1622, Mons. Juan de Porcelets de Maillanes, obispo de Toul, le llamó a restablecer la disciplina en los conventos de su orden y a unirlos en una congregación reformada. Dicha misión no dejó de provocar hostilidad; pero al año siguiente, el abad de Lunéville entregó su monasterio a un puñado de canónigos regulares, presididos por San Pedro Fourier. En 1629, lo principal estaba ya hecho: la observancia había sido restablecida, y los canónigos regulares de Lorena formaban la congregación del Salvador. En 1632, San Pedro fue elegido superior, muy contra su voluntad. Cuando tomó posesión de su cargo, dijo: "Como Jesucristo se entrega a los hombres en el Santísimo Sacramento, sin esperar pago alguno y pensando solamente en el bien de los que van a recibirle en la comunión, así me entrego yo a vosotros en este día, no para obtener algún honor o ventaja alguna, sino pensando solamente en la salvación de vuestras almas." San Pedro había soñado siempre en el día en que los canónigos emprendiesen la obra de la educación de los niños, en la que él había fracasado en Mattaincourt, y los súbditos del santo estaban dispuestos a ello. Así pues, cuando San Pedro envió representantes a Roma, en 1627, para conseguir la aprobación de la congregación del Salvador, les encargó que se ocupasen del asunto: "Por lo que toca a las escuelas que queremos fundar, sería bueno hacer notar que los niños que no desean aprender el latín y los otros, antes de ingresar en la escuela superior no han tenido quien se ocupe de ellos 'ex officio', por lo menos en esta región, de suerte que son una especie de beneficio vacante en la Iglesia de Dios. Solicitemos humildemente que se nos designe esa tarea." Los representantes de San Pedro Fourier presentaron la petición, pero no tuvieron éxito. Según parece, la Santa Sede había olvidado en el siglo XVII que el enseñar en la escuela primaria no estaba reñido con la dignidad sacerdotal. Sin embargo, la congregación del Salvador inauguró varios colegios y obras educacionales. Y cuando la Compañía de Jesús fue suprimida en el siglo XVIII, varios de sus colegios de Lorena pasaron a manos de los canónigos regulares.

San Pedro Fourier estaba muy vinculado con la casa de Lorena y con el duque Carlos IV. Así, cuando se le exigió en 1636, que firmase el juramento de fidelidad al rey Luis XIII, el santo se negó a ello y huyó a refugiarse en Gray del Franco Condado. Pasó los cuatro últimos años de su vida en ese destierro, actuando como capellán de un convento y enseñando en una escuela gratuita cuya fundación se le debía. Dios le llamó a Sí el 9 de diciembre de 1640. Su canonización tuvo lugar en 1897. El santuario de San Pedro Fourier en Mattaincourt es un importante centro de peregrinación.

El primer biógrafo del santo fue el P. Bedel, que había sido discípulo y compañero

suyo. Entre las numerosas biografías que se han escrito de entonces acá, mencionaremos las del P. Rogie, la de Dom Vuillemin y la del P. Pingaud. Esta última está traducida al inglés. El P. Chérot empleó hábilmente en su obra la correspondencia de San Pedro. B. Boutoux publicó, en 1949, una biografía titulada *St Pierre Fourier.* Véase la bibliografía de nuestro artículo sobre la Beata Alix Le Clercq (9 de enero).

10: TRASLACION DE LA SANTA CASA DE LORETO

A PARTIR del siglo XVI, la "Santa Casa de Loreto", que se encuentra en la región italiana de la Marca de Ancona, ha sido un centro de peregrinación. ¡La casa es el propio domicilio de la Santísima Virgen trasportado desde Nazaret por los ángeles, a través de los aires! No es de extrañar, por lo tanto, que los grandes santos hayan orado en aquel lugar: San Francisco Javier, Francisco de Borja, Carlos Borromeo, Luis Gonzaga, San José de Cupertino, Santa Teresita de Lisieux y muchos otros, que dieron testimonio de la devoción a un santuario mariano muy amado en el occidente.

Si como cronistas debemos hacer constar que la milagrosa traslación de la casa de Nazaret a Loreto no tiene ninguna prueba histórica que la sostenga, no por eso es nuestra intención atentar contra las bases de esta devoción, puesto que amamos a Nuestra Señora no por los ladrillos, las vigas y las piedras de sus iglesias, sino porque es la Madre de Dios.

En 1470, una bula emitida por el Papa Pablo II, autorizaba la conmemoración de una imagen de la Santísima Virgen trasportada por los ángeles a Loreto, dentro de un edificio sin cimientos, *miraculose fundatam* "milagrosamente fundado", como dice la bula.

Hacia 1472, uno de los rectores de la iglesia de Loreto, llamado Teramano, escribió un relato sobre la forma en que la "Santa Casa de Nazaret" llegó a las cercanías de Fiume y después, a Loreto. Otra nota sobre el tema apareció en 1489, escrita por un carmelita que desempeñaba un cargo en Loreto, el Venerable Bautista Spagnolo, llamado el "Mantovano". En 1507, una bula de Julio II, hizo alusión a estos relatos, a los que calificaba de "creencias piadosas" y agregaba que la casa había sido trasladada desde Belén, lo que es inexacto. Cerca de veinte años después (1525), Erasmo compuso una misa para la Virgen de Loreto, con un hermoso introito en verso, pero sin alusión alguna al vuelo de la casa. En 1531, Jerónimo Angelita dedicó a Clemente VII una narración circunstancial sobre el traslado de la casa.

De acuerdo con todos estos autores, la bendita construcción debe haber llegado a las cercanías de Fiume en 1291 y a Loreto en 1294. Causa extrañeza a los investigadores el absoluto silencio sobre el suceso a lo largo de los siglos XIV y XV, pero sobre todo, que en una bula con fecha de 1320, relacionada con Loreto, no se hable para nada de la traslación. Tampoco en oriente aparece mención alguna sobre la "Santa Casa de Nazaret", antes del siglo VI.

Lo que se decía hasta el año de 1291 sobre la morada de la Santísima Virgen en Nazaret, no corresponde absolutamente a lo que existe en Loreto. Se hablaba de una cripta con una gruta y no de una casa.

Hay testimonios auténticos, que datan de los años 1193, 1194 y 1285, de que existía en Loreto una iglesia dedicada a Nuestra Señora. Es posible que los católicos servios que huían de la persecución a fines del siglo XIII, transportasen

hasta Loreto, donde se refugiaron, una estatua de la Virgen María, y no se puede descartar la probabilidad de que ellos mismos construyesen, para proteger a su imagen, una casa a la que pusieron el nombre de Nazaret, de la misma manera que, en nuestros días, se han construido en todas partes grutas de Lourdes.

De esta manera, se tendrá para Loreto una leyenda que se habría desarrollado de una manera análoga a la leyenda de Guillermo Tell. La gesta del héroe suizo surgió entre los años 1298 y 1308; hacia 1470, fue considerablemente aumentada y difundida por el *Libro Blanco* y, en 1531, Tschudi la completó.

Por otra parte, no es ésta la única devoción o culto reconocido por la Iglesia a pesar de sus muy discutibles orígenes históricos, como por ejemplo, los casos de Santa Filomena, San Teodosio y el santuario de Compostela. Además, hasta el año de 1669, se inscribió la festividad de la Traslación de la Santa Casa de Loreto en el Martirologio Romano.

En la *Revue du Clergé Français*, vol. LXIV, pp. 113-140, A. Boudinhon tradujo y resumió un interesante artículo del italiano L. De Feis. El libro *N. D. de Lorette* (1906) de U. Chevalier, que tiene mucha importancia sobre el particular, fue analizado en *Analecta Bollandiana*, vol. XXL, pp. 478-494. Véanse además, el *Dict. d'archéol, chrét. et de lit*, vol. IX-2, cols. 2973-2511; a G. Hüfler, en *Loreto* (1913-1921), 2 vols. y el *Dict. apolog. de la foi cathol.*, vol. III (1926), cols. 21-26. Entre los libros que hablan favorablemente sobre la traslación, véase a L. Veuillot en *Rome et Lorette*, 1845, pp. 316-322; a Grillot, 1865, a J. B. Villaume, 1884, a Faloci Pulignani, 1907, a A. Eschbach, 1909-1915. Consúltense también a Benedicto XIV en *De servorum Dei beatificatione*, I. IV, c.x, nn. 11-16; el *De festis*... B. M. V., c. XVI; el *Acta apost. Sedis* (1916), p. 179 y la *Enciclopedia Espasa*, vol. XXIV, artículo *Fresco*, hoja 2 (Tiepolo), así como el vol. XXXI, pp. 245-252.

SAN MILCIADES, PAPA Y MÁRTIR (314 P.C.)

SABEMOS MUY poco sobre San Milcíades o Melquíades. La historia le recuerda sobre todo porque en su época terminó la era de las persecuciones y el emperador Constantino dio la paz a la Iglesia. Milcíades era originario de Africa, según se dice. Fue elegido para ocupar la cátedra pontificia el 2 de julio, probablemente el año 311. Después de la batalla de Puente Milvio, en la que Constantino derrotó a Majencio el 28 de octubre de 312, el victorioso emperador se dirigió a Roma. A principios del año 313, proclamó el edicto de tolerancia del cristianismo (y de todas las otras religiones) en el Imperio. Más tarde, concedió otros privilegios a la Iglesia y suprimió las condiciones de incapacidad legal que pesaban sobre los cristianos. Los cristianos que se hallaban en las prisiones y en las minas, fueron puestos en libertad. Celebraron la victoria de Cristo con himnos de alabanza a Dios y oraban noche y día para que aquella paz, que venía a poner término a diez años de violenta persecución, fuese durable.

La alegría de la Iglesia se vio ensombrecida por los primeros brotes del cisma donatista en Africa. La ocasión fue la elección de Ceciliano como obispo de Cartago, ya que los donatistas pretendían que su consagración era inválida, porque durante la persecución, Ceciliano había entregado los libros sagrados.* A petición de Constantino, el Papa reunió un sínodo de obispos italianos y galos en Roma. Los obispos dictaminaron que la elección y consagración de Ceciliano

* Los donatistas sostenían erróneamente que los sacramentos administrados por un ministro indigno son inválidos y que los pecadores no pueden ser miembros de la Iglesia.

habían sido válidas. San Agustín refiriéndose a la moderación con que procedió San Milcíades en ese asunto, le califica de hombre excelente, verdadero hijo de la paz y padre de los cristianos. La liturgia venera a este Pontífice como mártir, ya que, según dice el Martirologio Romano, sufrió mucho durante la persecución de Maximiano (antes de su elección al pontificado).

San Milcíades comprendió que la paz ofrecía a la Iglesia una gran oportunidad para convertir a los paganos y se regocijó de ese triunfo de la cruz de Cristo. Desgraciadamente, la prosperidad material introdujo en muchos casos en la Iglesia el espíritu mundano. La queja de Isaías hubiera podido repetirse con razón: "Has multiplicado la nación, pero no has aumentado su gozo." La persecución había mantenido vivo el verdadero espíritu religioso en los primeros tiempos de la Iglesia. En cambio, la prosperidad corrompió muchos corazones, por más que abundaban los ejemplos de la más alta santidad y era fácil encontrar ayuda en todas partes. Los honores temporales y la seguridad hicieron que el espíritu mundano fuese ganando terreno en muchos otros cristianos, que llegaron a convencerse de que podían servir al mismo tiempo a Dios y a Mamón. Los bienes materiales y la prosperidad son una bendición, pero también constituyen un peligro.

En el *Liber Pontificalis* hay un corto artículo sobre San Milcíades; pero hay en él muy pocos datos fidedignos. En la *Hist. Eccles.* de Eusebio hay una carta de Constantino a San Milcíades y dos cartas relacionadas con el asunto de Ceciliano; pero la cuestión del cisma donatista pertenece más bien a la historia general. A este propósito recomendamos las páginas de Palanque, en el vol. III de la *Histoire de l'Eglise* de Fliche y Martin. San Milcíades murió el 10 de enero: cf. CMH., pp. 34 y 428. Se dice que el santo fue sepultado en el cementerio de Calixto; véase sobre este punto a Leclercq, en DAC., vol. XI, cc. 1199-1203. Sobre el sínodo de Roma, cf. E. Caspar, en *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, vol. XLVI (1927), pp. 333-346. Acerca de los problemas de la era constantiniana, véase N. H. Baynes, *Constantine the Great and the Christian Church* (1929).

SANTOS MENNAS, HERMOGENES, y EUGRAFO, MÁRTIRES
(Fecha desconocida)

MENNAS, "el de la hermosa voz", había nacido en Atenas. El emperador Galerio, que admiraba su elocuencia, le envió a Alejandría a pacificar a los ciudadanos. Después de desempeñar con éxito su oficio, Mennas declaró públicamente que era cristiano. Ayudado por Eugrafo, su subordinado, empezó a convertir a muchas personas. El juez Hermógenes, que durante su viaje a Alejandría había tenido una visión en la que se le había dicho que el viaje le sería provechoso, convocó a los dos cristianos ante su tribunal. Las "actas" de estos mártires, que no merecen crédito alguno y han sido erróneamente atribuidas a San Atanasio, cuentan que Mennas empleó su gran elocuencia para hacer ante la corte un discurso que duró cuatro horas. El discurso produjo mucho efecto; sin embargo, el santo fue condenado a perder los ojos y la piel de los pies. ¡Cuál no sería la sorpresa de la multitud al ver al día siguiente a Mennas con los ojos y los pies ilesos! Ese milagro convirtió a Hermógenes y a muchos otros. Entonces Galerio mandó atormentar a Mennas, Hermógenes y Eugrafo. Como los mártires no sufriesen daño alguno, el emperador los mandó decapitar.

Esta novela hagiográfica se encuentra en Migne, PG., vol. CXV, pp. 368-416. Existe por lo menos otra versión todavía inédita. Delehaye se inclina a pensar que se trata de una pura invención, basada en la popularidad del San Mennos auténtico (11 de noviembre).

Es curioso notar que los nombres de Hermógenes y Eugrafo aparecen también en Salona de Dalmacia, que está particularmente relacionada con el culto de San Mennas egipcio. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XVIII (1899), pp. 406-407; vol. XXIII (1904), pp. 14-15; vol XXIX (1910), pp. 144-145. Hay un resumen de la leyenda en el "Sinaxario" de Constantinopla (10 de diciembre, cc. 293-294).

SANTA EULALIA DE MERIDA, VIRGEN Y MÁRTIR (¿304? P.C.)

SANTA EULALIA es una de las más célebres vírgenes y mártires españolas. Los datos que poseemos sobre ella proceden de un himno que Prudencio escribió a fines del siglo IV, y de las "actas" del martirio, que son muy posteriores. Cuando Eulalia tenía doce años, Diocleciano promulgó los edictos que mandaban a todos ofrecer sacrificios a los dioses del Imperio. Al ver la madre de Eulalia que ésta manifestaba su anhelo de sufrir el martirio, se la llevó consigo al campo. Pero la niña se escapó durante la noche, y llegó a Mérida al amanecer. En cuanto el tribunal abrió la sesión, Eulalia se presentó ante el juez Daciano y le acusó de atentar contra las almas y de obligarlas a abjurar del único Dios verdadero. Daciano intentó al principio ganarse a la niña con promesas, a fin de que retirase sus palabras y se sometiese a los edictos imperiales. Después pasó a las amenazas y le mostró los instrumentos de tortura, diciéndole: "Escaparás de esto si tocas con la punta del dedo un poco de sal y de incienso." Pero Eulalia pisoteó el pan que estaba preparado para el sacrificio y escupió con enojo a la cara del juez. Inmediatamente, los verdugos empezaron a desgarrarle el cuerpo con garfios de hierro y le aplicaron antorchas encendidas en las heridas. La cabellera de Eulalia se incendió, y la niña pereció quemada y ahogada por el humo. Prudencio cuenta que de la boca de la niña se escapó una especie de paloma que voló hacia el cielo y que los verdugos huyeron, presa del pánico. La nieve cubrió el cadáver y el suelo del foro hasta que los cristianos rescataron las reliquias y les dieron sepultura en las cercanías. En ese sitio se erigió una iglesia y un altar, antes de que Prudencio escribiese su himno. El poeta dice que "los peregrinos acuden a venerar sus restos y ella, que está cerca del trono de Dios, contempla y protege a quienes entonan himnos en su honor."

El culto de Santa Eulalia se extendió al Africa. San Agustín predicó una homilía el día de su fiesta. El poema francés más antiguo que existe, la *Cantilène de Sainte Eulalie* (siglo IX), relata la vida de la santa. Beda la menciona entre los mártires en el himno que compuso en honor de Santa Etelreda y San Adelmo. El Martirologio Romano conmemora el 12 de febrero a Santa Eulalia de Barcelona, a quien se venera mucho en Cataluña con los nombres de Aularia, Aulacia, Olalla, etc.; pero casi todos los autores admiten que esta santa se identifica con la mártir de Mérida. Dado que Prudencio y Venancio rinden tributo a una mártir española llamada Eulalia y que menciona la ciudad de Mérida, no se puede dudar de la autenticidad de su martirio; pero, como sucede con frecuencia, poco a poco aparecen relatos legendarios, que dan origen a la duplicación del personaje.

Las *actas* (Florez, *España Sagrada*, vol. XIII, pp. 392-398), datan probablemente del siglo VI, pues San Gregorio de Tours las conoció; sin embargo, no merecen crédito alguno. Probablemente los datos del poema de Prudencio no son tampoco de fiar. Tanto Prudencio como Fortunato mencionan la ciudad de Mérida; pero San Agustín sólo dice en su homilía que la santa sufrió el martirio en España. Los historiadores de importancia están de acuerdo

en afirmar que la única Santa Eulalia es la de Mérida. La leyenda barcelonesa es muy posterior y aprovecha muchos datos de la primitiva. Véase sobre este punto el convincente ensayo de H. Moretus, en *Revue des questions historiques*, vol. LXXXIX (1911), pp. 85-119; y cf. Poncelet, Delehaye (CMH., p. 642), y Leclercq (DAC., vol. v, cc. 705-732). Z. García Villada (*Historia eclesiástica de España*, vol. I, 1929, pp. 283-300) trata de probar, en vano, que Santa Eulalia de Barcelona existió realmente. Dom Quentin estudió muy a fondo las menciones de Santa Eulalia en los martirologios antiguos (*Les martyrologes historiques*, pp. 71, 162-164, etc.) Véase también *Acta Sanctorum*, feb., vol. II; y BHL., nn. 2693-2698.

SAN GREGORIO III, PAPA (741 P.C.)

ENTRE los miembros del clero que asistieron a los funerales del Papa San Gregorio I, el año 731, se contaba un sacerdote sirio. Era éste tan conocido por su santidad, saber y capacidad administrativa, que el pueblo, al verle en la procesión, le eligió espontáneamente Papa por aclamación. El nuevo Pontífice tomó el nombre de Gregorio III. De la administración de su predecesor heredó el problema de las relaciones con el emperador León III el Isáurico, quien había emprendido una campaña contra la veneración de las sagradas imágenes. Uno de los primeros actos de Gregorio III fue escribir una carta de protesta. Pero el sacerdote Jorge, a quien encargó de llevarla, se dejó vencer por el miedo y regresó a Roma sin cumplir el encargo. El Papa se indignó tanto, que lo amenazó con degradarle. Jorge partió nuevamente; pero en Sicilia fue sorprendido por los oficiales imperiales quienes le desterraron. Entonces Gregorio III reunió un sínodo en Roma. Los obispos, el bajo clero y los laicos, aprobaron el decreto de excomunión contra todos los que condenasen las sagradas imágenes o las destruyesen. León el Isáurico empleó para vengarse el mismo método de algunos de sus predecesores, es decir que envió una flota a Roma para conducir al Papa a Constantinopla. Sin embargo, una tempestad destruyó los navíos y el emperador tuvo que contentarse con imponer su dominio sobre los Estados Pontificios de Sicilia y Calabria y reconocer la jurisdicción del patriarca de Constantinopla sobre todo el oriente de la Iliria.

A esta triste iniciación del pontificado de Gregorio III sucedió un período de paz, durante el cual, el Papa reconstruyó y decoró cierto número de iglesias y mandó erigir una columnata ante la "confesión de San Pedro"; en cada columna había una imagen del Señor o de algún santo, y ante ella brillaba una lámpara, como una muda protesta contra la herejía iconoclasta. El Pontífice envió el palio a San Bonifacio, que estaba en Alemania. Cuando el santo misionero inglés hizo su tercera visita a Roma, el año 738, Gregorio escribió a los "antiguos sajones" una carta compuesta a base de citas de la Biblia, que tal vez no decían gran cosa a los destinatarios, pues eran paganos. San Gregorio envió al monje inglés San Wilibaldo a ayudar a San Bonifacio.

Hacia el fin de la vida de San Gregorio, los lombardos amenazaron nuevamente Roma. El Papa pidió ayuda a Carlos Martel y a los francos, no al emperador de oriente. Pero pasó bastante tiempo antes de que Carlos Martel se decidiese e intervenir. Gregorio escribió también a los obispos de Toscana, para exhortarlos a hacer todo lo posible por recobrar las ciudades que habían caído en manos de los lombardos; si no lo hacían, "yo mismo, aunque estoy enfermo, emprenderé el viaje para ir a libraros de la responsabilidad de no ser fieles a vuestro deber". El 22 de octubre de 741 murió Carlos Martel. Unas

cuantas semanas más tarde, el 10 de diciembre, le siguió San Gregorio III. El *Liber Pontificalis* afirma que fue "un hombre profundamente humilde y verdaderamente sabio. Conocía muy bien la Sagrada Escritura y su sentido y sabía de memoria los salmos. Fue un predicador elegante, que tuvo mucho éxito. Dominaba el griego y el latín, y defendió con constancia la fe católica. Amó la pobreza y a los pobres, protegió a las viudas y a los huérfanos y fue amigo de los monjes y de las religiosas."

No existe ninguna biografía primitiva de San Gregorio III. El artículo del *Liber Pontificalis* ofrece pocos datos. Lo que sabemos sobre el santo procede de las crónicas y de lo que queda de su correspondencia. Véase a Mann en *History of the Popes*, vol. I, pte. 2, pp. 204-224; y Hartmann, *Geschichte Italiens im Mittelalter*, vol. II, pte. 2, pp. 169 ss.

LOS MARTIRES DE LONDRES DE 1591

El 18 de octubre de 1591, se promulgó un edicto real sobre la aplicación de las leyes contra los católicos en Inglaterra. El 10 de diciembre, murieron en Londres los primeros siete mártires del nuevo régimen. Entre ellos el principal era el Beato Edmundo Genings. Este sacerdote había nacido en Lichfield en 1567, y había sido educado en el protestantismo. Su hermano cuenta que de niño era muy serio y muy dado a mirar las estrellas, tanto en el sentido literal como en el figurado. A los dieciséis años, Edmundo entró a servir de paje en casa de un noble católico. Pronto se reconcilió con la Iglesia e ingresó en el Colegio Inglés de Reims. Parecía que la mala salud le iba a impedir realizar sus deseos pero sanó milagrosamente y pudo ordenarse a los veintitrés años, después de obtener la dispensa de edad. El P. Genings dio testimonio de la fe aun antes de salir de Francia; en efecto, en abril de 1590, cuando se dirigía a la corte con otros compañeros, los hugonotes los asaltaron, los robaron y los tuvieron prisioneros durante tres días. La expedición desembarcó en Whitby con grave peligro. El P. Genings consiguió llegar a su ciudad natal, donde se enteró de que todos sus parientes habían muerto, excepto su hermano Juan, que estaba en Londres. Ahí le buscó en vano durante un mes y ya había determinado partir de la ciudad, cuando se topó inesperadamente con Juan, en Ludgate Hill. Juan no manifestó especial alegría al ver a Edmundo, pues sospechaba que era sacerdote. En seguida le vaticinó que, si estaba ordenado, lo pagaría con la vida y acarrearía la ruina y el descrédito a sus amigos. Al oír aquello, Edmundo comprendió que no era el momento oportuno para hacer el intento de convertir a su hermano, y se retiró al campo.* En el otoño de 1591, regresó a Londres y celebró la misa en la casa del Beato Swithin Wells, quien vivía en Gray's Inn Lane.

El señor Wells era el sexto hijo de Tomás Wells, gentilhombre de Brambridge, en Winchester. Según parece, vivió apaciblemente en el campo hasta la madurez, hizo algunos viajes al extranjero y sirvió en casa de algunos nobles. "Era un hombre de ágil inteligencia, dominaba diversos idiomas . . . amaba ciertas diversiones honestas e inocentes, y era siempre muy devoto en la

* El propio Juan Genings confiesa que "más bien se alegró de la temprana y cruel muerte de su pariente más próximo, pues esperaba así verse libre de las exhortaciones que le haría para que se convirtiese al catolicismo." Pero, diez días después del martirio de su hermano, Juan cambió súbitamente, se convirtió al catolicismo, ingresó en la orden franciscana y llegó a ser provincial de Inglaterra.

oración...” Durante seis años, se ocupó en la “tarea más elevada de instruir a algunos jóvenes de la nobleza en virtud y letras”, es decir que dirigió una escuela en Monkton Farleigh de Wiltshire. En 1585, se trasladó a Londres con Margarita, su esposa. Durante los seis años siguientes, estuvo preso por lo menos dos veces a causa de la fe y fue sometido a severos interrogatorios. El 8 de noviembre, cuando el P. Genings celebraba la misa en casa del Sr. Wells en presencia de unos cuantos católicos, llegó Topcliffe, el famoso “atrapa-curas”, con una escolta. Los fieles hicieron lo posible para detener a Topcliffe y a sus hombres hasta que terminó la misa, pero inmediatamente después, éste tomó prisioneros al Beato Edmundo, al BEATO POLIDORO PLASDEN, que era también sacerdote, a los BEATOS JUAN MASON y SIDNEY HODGSON, a la Sra. Wells y a algunos otros. El Sr. Wells que estaba ausente, fue arrestado poco después.

Los jueces condenaron a muerte a Edmundo Genings y Polidoro Plasden por haber vuelto a Inglaterra a ejercer el ministerio sacerdotal, al Sr. Wells por haberlos hospedado, a la Sra. Wells, a Mason y a Hodgson por haberles prestado ayuda.* El Beato Edmundo fue ahorcado, arrastrado y descuartizado. Al Beato Swithin se le ahorcó en Gray's Inn Fields, muy cerca de la casa del Sr. Wells. En el camino de Newgate al sitio de la ejecución, Swithin gritó a alguien que se hallaba entre la multitud: “¡Adiós, amigo mío! ¡Adiós a la caza y a los buenos tiempos! Me voy a un mundo mejor”. El Beato Edmundo no había perdido aún el conocimiento, cuando comenzaron los verdugos a descuartizarle, puesto que lanzó gemidos de dolor. Su compañero de martirio le dijo: “¡Pobre amigo mío! Tus sufrimientos son muy grandes, pero están a punto de terminar. Pide por mí, santo de Dios, para que mis sufrimientos lleguen pronto”. El verdugo y algunos de los presentes afirmaron que había invocado a San Gregorio mientras le arrancaban el corazón y las entrañas. Swithin se quejó de que, a pesar de su avanzada edad, le tuviesen en camisa a la intemperie, mientras preparaban la ejecución y, cuando llegó el momento, dijo el verdugo: “Pido a Dios que haga de vos, otro San Pablo, como lo hizo con Saulo”. Topcliffe se acercó para decir al Beato Swithin: “Ya veis, Sr. Wells, a dónde os han conducido vuestros sacerdotes”. El replicó serenamente, ya con la soga al cuello: “Estoy muy feliz y doy gracias a Dios por haberme permitido albergar a tantos sacerdotes santos”. Los Beatos Polidoro, Juan y Sidney, fueron ejecutados el mismo día, 10 de diciembre, en Tyburn. Con ellos sufrieron el martirio los Beatos EUSTACIO WHITE y BRIAN LACEY.

Lacey era un gentilhombre de Yorkshire, primo y compañero del Ven. Montford Scott. Después de ser torturado, se le condenó a la horca por haber ayudado y albergado al P. Scott. El delator había sido el propio hermano de Brian Lacey. Eustacio White, originario de Louth e hijo de padres protestantes, se había ordenado sacerdote en Roma. Cuando Eustacio se convirtió, su padre le maldijo. Ejerció su ministerio durante tres años en el oeste de Inglaterra, hasta que fue delatado, en Blanford, por su abogado con el que había hablado con demasiada libertad sobre la religión. Durante el tiempo en que estuvo prisionero en Blanford causó tan buena impresión entre los protestantes del lugar, que éstos comentaban abiertamente su propósito de pedir a la reina que le pusiese en libertad. No obstante aquellas intenciones, el beato fue trasladado a Londres y tratado con gran crueldad. Estuvo más de seis

* La Sra. Wells fue indultada y murió en la prisión once años más tarde. Su causa de beatificación no se ha llevado adelante por falta de pruebas.

semanas en Bridwell cargado de cadenas y mal alimentado; Topcliffe le torturó siete veces con la esperanza de que indicase los nombres de las personas que le habían dado albergue y de los sitios en que había celebrado la misa. Los jueces le condenaron por ser sacerdote. Fue martirizado en Tyburn el mismo día y en la misma forma que el Beato Edmundo Genings. El Beato Polidoro Plasden fue descuartizado después de su muerte.

Juan Genings escribió la biografía de su hermano, que fue publicada en St. Omer en 1614. Se encontrarán otras fuentes que arrojan luz sobre estos mártires en las publicaciones de la Catholic Record Society, vol. v (1908), sobre todo pp. 204 ss., 131 ss., y passim. Véase también el artículo de MMP., pp. 169-185; B. Camm, *Tyburn and the English Martyrs* (1904), pp. 60-72; y J. H. Pollen, *Acts of the English Martyrs*, pp. 98-127.

BEATOS JUAN ROBERTS y TOMAS SOMERS, MÁRTIRES (1610 P.C.)

A UNOS cuantos kilómetros al noroeste de la ciudad de Dolgelley, en Merionethshire, en la parte superior del valle que se extiende entre Rhinogs y Arenigs, se encuentra el pueblecito de Trawsfynyndd. El Beato Juan Roberts nació en aquella región en 1557. No sabemos exactamente en qué sitio nació ni tenemos noticias sobre su familia, pero, según parece, descendía por ambas ramas de gentes honorables radicadas desde mucho tiempo atrás en el lugar. En todo caso, Juan Roberts es uno de los mártires más distinguidos entre los 136 que Pío XI beatificó el 15 de diciembre de 1929. Roberts estudió las primeras letras bajo la dirección de un anciano sacerdote. Aunque había sido educado en el protestantismo, siempre fue católico de corazón, según lo declaró él mismo. A los diecinueve años, ingresó en el Colegio de San Juan de Oxford, donde se hallaba todavía Guillermo Laud. Juan compartió la habitación con otro Juan, apellidado Jones, que fue famoso más tarde con el nombre de Leandro de San Martín O.S.B. El beato no terminó sus estudios en Oxford, sino que, en 1598, se trasladó a estudiar leyes en Furnivall's Inn. Sin embargo, no duró ahí mucho tiempo, ya que ese mismo año partió para el extranjero con la única finalidad de "divertirse y distraerse". Pero en el mes de junio, el canónigo Luis Godebert le reconcilió con la Iglesia en la catedral de Notre-Dame de París. Inmediatamente, se trasladó Juan al Colegio Inglés de Valladolid, en el que fue recibido el 18 de octubre, "en vista de su gran deseo de trabajar en la viña del Señor". En 1599, siguiendo el ejemplo de Agustín Bradshaw, tomó el hábito benedictino en el real monasterio de San Benito de Valladolid. Pronto fue a unírsele ahí su viejo amigo Juan Jones, e hicieron juntos la profesión, con otros seis ex-alumnos del Colegio Inglés, a fines del año siguiente, en el monasterio de San Martín de Compostela. El Beato Juan tomó en religión el nombre de Juan de Merioneth.

Aparentemente, los jóvenes ingleses y galeses que tomaban el hábito de San Benito en aquella época, se privaban de ser misioneros en su país, pues los benedictinos españoles estaban obligados a la estricta clausura. Pero los acontecimientos posteriores habían de demostrar que tuvieron razón en seguir su vocación. El 27 de febrero de 1601, el Beato Marcos Barkworth, que había sido el iniciador y el jefe del movimiento benedictino entre los estudiantes ingleses de Valladolid, fue martirizado en Tyburn. A raíz de ello, se solicitó a la Santa Sede un permiso para que los monjes ingleses fuesen a trabajar

como misioneros en su país. El 5 de diciembre de 1602, Clemente VIII concedió ese privilegio a las abadías de Valladolid y Monte Cassino. Tres semanas más tarde, el día del protomártir San Esteban, el P. Juan Roberts partió a Inglaterra con el P. Agustín Bradshaw. Lewis Owen, el espía galés encargado de vigilar el territorio del P. Juan y enemigo personal de éste, afirmó que el beato "fue el primero que obtuvo permiso del Papa y de su superior en España para ir a Inglaterra. Por ello, se sentía otro Agustín, encargado de convertir a sus compatriotas y reconciliarlos con el Anticristo Romano." El P. Juan y sus compañeros tardaron dos meses en llegar a Londres. A diferencia de los religiosos que los habían precedido el año 597, estos monjes llegaron ciñendo espada y con chambergos emplumados. Pero, a pesar del disfraz, pronto fueron arrestados y desterrados.

Según el testimonio de Lewis Owen, el P. Juan no "se mostró negligente en los asuntos de su Señor y Maestro, sino que se ocupó noche y día en promoverlos." La historia de su apostolado es una serie de arrestos, encarcelamientos y destierros. Dom Bucelin, contemporáneo del beato, escribe en *Benedictus Redivivus*: "Entre los religiosos que trabajaron en la isla, éste fue el principal, tanto por su laboriosidad como por la fecundidad de su predicación." A las pocas semanas de destierro, el beato estaba otra vez en Londres, atendiendo a las víctimas de una epidemia que causó 30 000 bajas en el primer año, que fue el peor. Todos los autores de la época que escribieron sobre el beato, hablan con admiración de su conducta en aquellas circunstancias y cuentan que obtuvo muchas conversiones. En la primavera de 1604, el P. Juan fue arrestado en un puerto del sur, cuando se disponía a embarcarse con cuatro postulantes para asistir al capítulo general de su congregación. Pero los perseguidores no pudieron probar que era sacerdote y quedó en libertad. El misionero continuó su tarea, hasta el 5 de noviembre de 1605 cuando, con motivo de la famosa "Conspiración de la Pólvora", fue detenido nuevamente en casa del Sr. Knight, escribano y fue encarcelado en la prisión de Gatehouse de Westminster, en los terrenos de la abadía. Ahí pasó ocho meses, hasta que el embajador de Francia consiguió que fuese puesto en libertad y saliese del país. El P. Juan estuvo un año fuera de Inglaterra. En ese período fundó, junto con el P. Agustín Bradshaw, un monasterio benedictino en Douai, afiliado al de Valladolid. Aquel monasterio se convirtió en el centro de los benedictinos ingleses, que subsistieron casi milagrosamente y que posteriormente se trasladaron a la actual abadía de San Gregorio, en Downside. El P. Juan regresó a Inglaterra, donde fue arrestado por cuarta vez, a fines de 1607. Después de un interrogatorio, en el cual se negó a prestar el juramento de fidelidad según una fórmula abreviada, consiguió escapar de la prisión y estuvo escondido hasta mayo de 1609. En ese año, fue encarcelado primero en Gatehouse y luego en Newgate. El embajador de Francia volvió a intervenir, y el beato fue nuevamente desterrado. Se dirigió primero a España y después a la abadía de San Gregorio de Douai. A principios de 1610, con motivo de una nueva epidemia, volvió a Inglaterra por última vez. En julio de ese año, cayó prisionero un benedictino, pero consiguió escapar; tal vez se trataba del beato Juan. Pero el 2 de diciembre, primer domingo de Adviento fue capturado por última vez. El beato terminaba de celebrar la misa, tal vez en casa de la Sra. Scott, cuando los perseguidores hicieron irrupción y le llevaron a Newgate con los ornamentos todavía puestos.

Al P. Juan Roberts se le acusó de ejercer su ministerio, junto con el Beato Tomás Somers (alias Wilson), sacerdote secular originario de Westmorland. Ambos comparecieron ante Jorge Abbot, obispo de Londres, el juez Coke y algunos otros y los dos se negaron a prestar el juramento de fidelidad. El P. Juan confesó que era sacerdote y monje, y afirmó que había ido a Inglaterra "a trabajar por la salvación de las almas" y que estaba "decidido a seguir haciéndolo mientras viviera." El obispo le calificó de perturbador de la paz y seductor del pueblo. El P. Juan replicó que, "en ese caso, nuestros antepasados fueron engañados por el bienaventurado San Agustín, apóstol de Inglaterra, enviado por el Papa de Roma, San Gregorio Magno. Yo he venido aquí mandado por la misma Sede Apostólica que le envió a él." Como se le diese la orden de guardar silencio, exclamó: "Tengo que hablar, pues he recibido esa misión del cielo. San Mateo dice en el capítulo 28: 'Id a enseñar a todas las gentes, bautizadlas y enseñadles a observar todos mis mandamientos.' Vuestros ministros no lo hacen, porque su vida y sus acciones no corresponden al mandato de Cristo, ya que no administran los sacramentos de la penitencia y la extremaunción. Yo sí lo hago y, por consiguiente, enseñaré que en conciencia se debe obediencia a los príncipes, contrariamente a lo que afirman Lutero y sus compañeros. Yo estoy dispuesto a probaros todo esto." En seguida, el beato reprendió al obispo por participar con los jueces civiles en una causa capital y apeló a éstos para que decidiesen por sí mismos, pues el jurado estaba compuesto por hombres simples e ignorantes, incapaces de distinguir entre un sacerdote y un traidor, con lo cual se ponían en peligro de condenar a un inocente. Los jueces rechazaron la apelación, el jurado declaró culpables a los prisioneros y éstos fueron condenados a muerte.

Al día siguiente, una dama española llamada Luisa de Carvajal dio al carcelero de Newgate cierta cantidad de dinero para que trasladase a los dos sacerdotes de la celda de los condenados a otra en la que había varios católicos. Aquella noche, la prisión presenció una escena extraordinaria. Veinte confesores de la fe cenaron juntos; en la cabecera de la mesa estaba Doña Luisa; el P. Roberts a su derecha y el Sr. Somers a su izquierda. Ambos mártires estaban contentos. El P. Roberts preguntó a la dama: "¿No creéis que mi alegría pueda resultar poco edificante? ¿No sería mejor que me retirara a orar?" Ella respondió: "De ningún modo. Lo mejor que podéis hacer es mostrar a los otros el valor y la alegría con que váis a morir por Cristo." Antes de que terminase la cena, Doña Luisa lavó los pies a los mártires. El rey Jaime I se encolerizó cuando se enteró de ese homenaje. A la mañana siguiente, los prisioneros fueron confiados al alcalde de Middlessex, quien mandó conducirlos en una carreta enrejada a Tyburn, donde fueron ahorcados con otros dieciséis criminales. En vista de la actitud amenazadora de la multitud, que estaba en favor de los mártires, éstos no fueron desentrañados sino hasta después de su muerte. Las cabezas fueron expuestas en el Puente de Londres y los cuerpos en Tyburn. El Beato Mauro Scott y Doña Luisa consiguieron rescatar gran parte de las reliquias. Todavía se conservan en Downside algunas reliquias del Beato Tomás Somers; las demás desaparecieron en diferentes levantamientos populares. El Beato Juan Roberts tenía apenas treinta y tres años. "Fue el primer monje que, después de la supresión de los monasterios en Inglaterra, atacó las puertas del infierno, provocó al príncipe de las tinieblas en el reino que éste

había usurpado y le venció en la misma forma que su Maestro, el Príncipe de los mártires, dando su vida en la lucha."

Dom Bede Camm publicó en 1897 una biografía muy completa de Juan Roberts; ahí se encontrará un catálogo completo de las fuentes. Naturalmente, es menos completa la narración de Challoner (MMP., pp. 317-323). Acerca de ciertos problemas secundarios, cf. *The Month*, dic. de 1897, pp. 581-600; oct. de 1898, pp. 233-245; y nov., pp. 348-365. Véase también T. P. Ellis, *Catholic Martyrs of Wales* (1933), pp. 79-91; *Welsh Benedictines of the Terror* (1936), pp. 43-54, 76-104, y passim; y cf. Bede Camm, *Nine Martyr Monks* (1931). Acerca de Somers, véase MMP., pp. 321-323; y acerca de las reliquias de ambos mártires, B. Camm, *Forgotten Shrines* (1910), pp. 355-356, 373, 378.

11: SAN DAMASO, PAPA (384 P.C.)

EL *Liber Pontificalis* afirma que San Dámaso era español. Tal vez era de origen español, pero, según parece, nació en Roma, donde su padre era sacerdote. San Dámaso, que no se casó nunca, llegó a ser diácono de la iglesia de su padre. Cuando murió el Papa Liberio en 366, Dámaso fue elegido obispo de Roma, a los sesenta años de edad, aproximadamente. Su elección estuvo lejos de ser unánime, ya que una minoría eligió a otro diácono llamado Ursino o Ursicinio y defendió su candidatura con gran vehemencia. Según parece, el poder civil sostuvo a Dámaso con no menor apasionamiento (Butler afirma que empleó "procedimientos bárbaros"); pero Rufino, contemporáneo de San Dámaso, demuestra que éste no tuvo nada que ver en ello. Los partidarios del antipapa no se calmaron del todo; en efecto, el año 378, San Dámaso fue acusado por ellos de incontinencia y tuvo que justificarse ante el emperador Graciano y ante un sínodo romano.

El historiador pagano Amiano Marcelino afirma que el modo de vida de los prelados romanos constituía una tentación para los ambiciosos y dice que hubiesen hecho bien en imitar la sencillez del clero de las provincias. Es indudable que, en tiempos de San Dámaso, se procedía con cierta pompa en la corte pontificia, pues, según cuenta San Jerónimo, un pagano llamado Pretextato, que era senador romano, dijo al santo: "Si me haces obispo de Roma, me convertiré mañana mismo al cristianismo." Esta observación de un pagano prueba cuán necesaria es la moderación a quienes desean dar testimonio del espíritu evangélico. Como quiera que sea, esta crítica no se aplica a San Dámaso, ya que San Jerónimo, que fue su secretario y le conocía bien, ataca severamente el lujo de ciertos prelados en Roma y no habría dejado de mencionar al Papa si le hubiese creído culpable de la misma falta. Lo cierto es que las críticas de San Jerónimo eran tan justificadas que, el año 370, Valentiniano prohibió a los miembros del clero que indujesen a las viudas y huérfanos a que les hiciesen regalos o les dejasen legados. San Dámaso aplicó estrictamente ese decreto.

El santo Pontífice tuvo que combatir varias herejías. Pero el año 380, Teodosio I en el oriente y Graciano en el occidente proclamaron que el cristianismo, tal como lo practicaban los obispos de Roma y Alejandría, era la religión del Imperio. Además, Graciano, atendiendo a la petición de los senadores cristianos apoyados por San Dámaso, suprimió el altar de la Victoria en el senado y renunció al título de Pontífice Máximo. Al año siguiente, se

reunió el segundo Concilio Ecuménico (primero de Constantinopla) y el Papa envió representantes. Pero de todos los actos de San Dámaso, el más benéfico y cuya influencia se deja sentir todavía en nuestros días, fue el haber patrocinado los estudios bíblicos de San Jerónimo, que culminaron con la traducción conocida con el nombre de "Vulgata". San Jerónimo cuenta que San Dámaso era versado en las Escrituras, "un doctor virgen de una Iglesia virgen". Teodoreto dice que "fue ilustre por la santidad de su vida y estaba siempre pronto a predicar y a hacer cualquier cosa en defensa de la doctrina apostólica".

También se recuerda a San Dámaso por su solicitud hacia las reliquias y sepulcros de los mártires. A él se debieron el descubrimiento y el ornato de varias catacumbas, y tanto el cristiano piadoso como el historiador y el arqueólogo le admiran por las inscripciones que mandó poner en ellas. Se conservan muchas de esas inscripciones y epigramas, ya sea en el original, ya sea en reproducciones. Una de las más famosas es la que nos dice cuanto sabemos sobre San Tarsicio. San Dámaso murió el 11 de diciembre de 384, cuando contaba unos ochenta años. El mandó poner en la "cripta pontificia" del cementerio de San Calixto un epitafio genérico, que termina así: "Yo, Dámaso, hubiese querido ser sepultado aquí; pero tuve miedo de ofender a las cenizas de los santos."

Así pues, fue sepultado, junto con su madre y su hermana, en una iglesia que él mismo había construido en la Vía Ardeatina. Uno de los epitafios que se conservan, es precisamente el que San Dámaso escribió para su propia tumba; en él hace un acto de fe en la resurrección de Cristo y en la suya propia: "El que anduvo sobre las aguas y calmó la tempestad, el que da vida a las semillas de la tierra, el que rompió las cadenas de la muerte y, al cabo de tres días de oscuridad, fue capaz de hacer volver al mundo superior al hermano de Marta: El mismo hará que Dámaso resucite del polvo."

No hay ninguna biografía propiamente dicha de San Dámaso entre las obras antiguas; lo más digno de mención es el artículo del *Liber Pontificalis* (véase la edición de Duchesne, vol. I, pp. 212 ss., prefacio y notas). La principal fuente sobre el santo es su correspondencia, así como los epitafios que compuso y las escasas alusiones a él que se encuentran en las obras de historia eclesiástica y secular. El prólogo del *Libellus Precum* (Migne, PL., vol. XIII, cc. 83-107) es una maliciosa sátira compuesta por los enemigos de San Dámaso. La edición más conocida de los epitafios es la de Ihm (1895); pero véase también E. Schäfer, *Die Bedeutung der Epigramme des Papstes Damasus für die Geschichte der Heiligenverehrung* (1932). Entre las contribuciones más importantes al estudio de San Dámaso, hay que mencionar las obras de M. Rade, *Damasus Bicshof von Rom* (1882); J. Wittin, *Papst Damaus I* (1912); O. Marucchi, *Il Pontificato del Papa Damaso* (1905); y J. Vives, *Damasiana*, en la colección *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens* (1928). Véase también Duchesne, *History of the Early Church* (1912), vol. II, y el artículo de DAC., vol. IV, cc. 145-197, en el que hay una bibliografía muy amplia. En CMH. (pp. 643-644) hay referencias muy útiles, particularmente por lo que toca al sitio de la sepultura de este Pontífice. Existe una excelente edición reciente de los epigramas, hecha por el P. Antonio Ferrua, titulada *Epigrammata Damasiana* (1942).

SAN BARSABAS, MÁRTIR (Fecha desconocida)

LA LEYENDA DE Barsabas, que no merece ningún crédito, cuenta que fue abad de Persia, donde gobernó a doce monjes. A los comienzos de la persecución de Sapor, el abad y sus monjes fueron arrestados y conducidos a Istachr, una ciudad próxima a las ruinas de Persépolis. El gobernador trató en vano

de hacerlos apostatar, sometiéndolos a torturas de las que un ser humano difícilmente puede escapar con vida. Por fin, los condenó a morir decapitados. Los mártires se dirigieron gozosamente al sitio de la ejecución, rodeados por los soldados y seguidos por la turba. Cuando la carnicería había ya comenzado, un mazdeísta que pasaba por ahí con su esposa y sus hijos, vio al venerable abad que entonando himnos de alabanza a Dios, conducía a cada uno de sus monjes de la mano, para entregarlo al verdugo. También vio una especie de cruz de fuego que brillaba sobre los cadáveres de los mártires. El mazdeísta quedó tan impresionado, que descendió del caballo y pidió a Barsabas que le admitiese en su compañía. El santo convino en ello y él mismo le entregó al verdugo después del noveno de los monjes; el verdugo no reconoció al mazdeísta y le decapitó. San Barsabas murió después de sus súbditos. La esposa y los hijos del mazdeísta se convirtieron al cristianismo.

Es difícil determinar qué fue lo que movió a Baronio a incluir a este presunto mártir persa en el Martirologio Romano, ya que era totalmente desconocido en el occidente, y el Sinaxario de Constantinopla se contenta con mencionar su nombre el 11 de diciembre. La leyenda de este mártir figura en el Sinaxario Etíope en el mes de septiembre. Aunque la leyenda es diferente, Barsabas se identifica probablemente con Simeón Barsabas (21 de abril).

SANTOS FUSIANO, VICTORICO y GENCIANO, MÁRTIRES
(Fecha desconocida)

LA LEYENDA de estos mártires cuenta que Fusiano y Victorico eran unos misioneros romanos que partieron a las Galias al mismo tiempo que San Quintín y se dedicaron a evangelizar a los morinos. Victorico se estableció en Boulogne, y Fusiano en Thérouanne, o más bien dicho en el pueblecito de Helfaut, donde construyó una iglesita. Ambos santos tuvieron que hacer frente a la oposición de los galos y de los romanos, pero lograron convertir a muchos paganos. Al cabo de algún tiempo, visitaron juntos a San Quintín; pero, como en Amiens la persecución estuviese en todo su furor, se dirigieron a Sains, donde se alojaron en casa de un anciano llamado Genciano, un pagano que veía con buenos ojos el cristianismo. Hablando con él, los dos misioneros se enteraron de que San Quintín había sido martirizado hacía seis semanas. El gobernador Ricciovaro, tuvo noticia de que en Sains había dos sacerdotes cristianos y partió a buscarlos con un pelotón de soldados. Genciano le recibió con la espada desenvainada, le reprendió por perseguir a los cristianos y le dijo que estaba pronto a morir por el verdadero Dios. Ricciovaro le mandó decapitar ahí mismo. Fusiano y Victorico fueron conducidos a Amiens. Como se negasen a abjurar de la fe, a pesar de las torturas a las que fueron sometidos, Ricciovaro los mandó decapitar en Saint-Fuscien-aux-Bois. Una de las versiones de la leyenda relata que Fusiano y Victorico, después de la ejecución, se echaron a caminar, y que Ricciovaro se volvió loco ante tal espectáculo.

Existen varias versiones de estas actas tan extravagantes. El texto puede verse en *Mémoires de la Société des antiquaires de Picardie*, vol. XVIII (1861), pp. 23-43. Se trata claramente de una fábula basada en la leyenda no menos increíble de San Quintín (31 de oct.); pero, como el *Hieronymianum* menciona a San Fusiano y sus compañeros, hay cierta garantía de que su martirio haya tenido realmente lugar en el sitio indicado. Duchesne estudia el punto en *Fastes Episcopaux*, vol. III, pp. 141-152.

SAN DANIEL EL ESTILITA (493 P.C.)

SI SE EXCEPTÚA al primero y más grande de todos los estilitas, San Simeón, el más famoso de ese grupo de santos es San Daniel. Sus padres, que habían rogado a Dios que les concediese un hijo, le consagraron a El desde antes de su nacimiento.[1] Daniel nació en Marata, cerca de Samosata. A los doce años, ingresó en un monasterio de los alrededores y a los trece tomó el hábito. El abad del monasterio llevó a Daniel por compañero en un viaje a Antioquía. Al pasar por Telenissae, visitaron a San Simeón en su columna. Este ordenó a Daniel que se acercase, le dio su bendición y le predijo que sufriría mucho por Jesucristo. A la muerte del abad, ocurrida poco después, Daniel fue elegido para sucederle, pero se negó a aceptar el cargo y fue nuevamente a visitar a San Simeón. Después de pasar dos semanas en el monasterio próximo a la columna de San Simeón, Daniel emprendió una peregrinación a Tierra Santa; pero, como la guerra le impidiese proseguir, se dirigió a Constantinopla. Ahí pasó una semana en la iglesia de San Miguel extra muros y, después se construyó una ermita en un templo abandonado de Filémpora, donde pasó nueve años, bajo la protección del patriarca San Anatolio.

Finalmente, Daniel se decidió a imitar el género de vida de San Simeón, quien había muerto el año 459. San Simeón había legado su túnica al emperador León I, pero como su discípulo Sergio, encargado de hacer llegar la prenda a su destinatario, no obtuvo audiencia del emperador, regaló la túnica a San Daniel. Este eligió un sitio sobre el Bósforo, a unos cuantos kilómetros de la ciudad, y se instaló en una ancha columna que un amigo le había mandado construir. Como el santo hubiese estado a punto de perecer de frío una noche, el emperador le construyó más tarde una columna más alta y mejor; en realidad eran dos columnas unidas con varillas, y en la plataforma superior rodeada por una balaustrada, había una especie de refugio. Aunque en la región abundaban los vientos helados, San Daniel vivió en su columna hasta los ochenta y cuatro años. La ordenación sacerdotal de Daniel tuvo lugar ahí mismo. En efecto, San Genadio, patriarca de Constantinopla, leyó las oraciones desde abajo; en seguida subió a la columna, probablemente para imponerle las manos, aunque las crónicas dicen simplemente que subió para darle la comunión. San Daniel no quería recibir la ordenación y por ello no bajó de la columna en esa ocasión. El año 465; un incendio destruyó ocho de los barrios de Constantinopla. San Daniel había predicho la catástrofe y había aconsejado al patriarca y al emperador que se hiciesen oraciones públicas dos veces por semana; pero éstos no habían creído la profecía. Al cumplirse el vaticinio, todo el pueblo acudió a la columna de San Daniel, quien extendió los brazos hacia el cielo y oró por la multitud. El emperador León, que tenía gran veneración por el santo, iba a visitarle con frecuencia. Cuando el rey de los lazios de Cólquide llegó a renovar su alianza con los romanos, León I le llevó a visitar a San Daniel, a quien consideraba como una de las maravillas del Imperio. Sin embargo, no todos respetaban al santo. En efecto, algunos hombres "que solían frecuentar a las prostitutas", enviaron a una mujer de mala vida llamada Basiana, para tentar a San Daniel. La tentativa fracasó; pero Basiana afirmó que había tenido éxito, hasta que, enredada en sus propios embustes, confesó públicamente la verdad y delató a los que la habían enviado.

Actualmente, la figura de los estilitas nos es tan extravagante, que la sola idea de que hayan existido puede parecernos sorprendente y aun repugnante, pero se debe reconocer que la figura de San Daniel es fascinante y que el santo era tan sencillo y práctico como su género de vida era extraño. Las gentes acudían a escucharle en grandes multitudes. El no predicaba a la manera de "los retóricos y los filósofos", sino que hablaba "del amor de Dios, el cuidado de los pobres, la limosna, el amor fraternal y la condenación eterna que espera a los pecadores." En la vida de San Daniel hay ciertos rasgos de agradable ironía, como cuando profetizó que la expedición militar de Zenón a Tracia se toparía con grandes dificultades. El emperador León preguntó al santo: "¿Acaso crees que es posible salir con vida de una guerra, sin grandes fatigas y trabajos?"

León I murió el año 474. Zenón, que le sucedió en ese mismo año, tenía tanta confianza como él en la prudencia y virtud de San Daniel. Basilisco, hermano de la reina viuda Verina, usurpó el trono y se declaró protector de los herejes eutiquianos. Acacio, patriarca de Constantinopla, mandó informar a San Daniel sobre la actitud del usurpador. Por su parte, Basilisco se quejó ante el santo de que Acacio estaba tramando una rebelión contra él. San Daniel replicó que Dios iba a derribarle de su trono, y pronunció tales invectivas contra el usurpador, que el mensajero no se atrevió a comunicárselas de palabra y rogó al santo que las escribiese y sellase la carta. El patriarca mandó pedir en dos ocasiones a San Daniel que acudiese en auxilio de la Iglesia. Finalmente, el santo descendió de su columna "con dificultad, porque le dolían los pies", y fue acogido con gran gozo por el pueblo. Basilisco, asustado ante la actitud de la muchedumbre, se retiró a un palacio que tenía en el campo. San Daniel fue a verle allá. Como apenas podía caminar por falta de práctica, fue trasportado en una silla de manos, escoltado por el pueblo. Alguien comentó, para burlarse del santo, que parecía un cónsul. Los guardias de palacio impidieron la entrada a San Daniel. Entonces éste sacudió sus sandalias sobre el umbral, en señal de protesta contra Basilisco, y regresó a la ciudad. Basilisco acudió a visitar personalmente a San Daniel, alegó que él era "simplemente un soldado", y prometió que dejaría de favorecer a los herejes. San Daniel le reprendió ásperamente por los desórdenes que había provocado y retornó a su columna. Ahí vivió todavía muchos años, observando los acontecimientos del mundo que se extendía a sus pies y ejerciendo gran influencia en la turbulenta historia de Constantinopla. Zenón volvió de Isauria con su ejército veinte meses más tarde, y Basilisco emprendió la fuga. Una de las primeras cosas que hizo el emperador fue ir a visitar a San Daniel, quien había predicho su destierro y reencumbramiento.

A los ochenta y cuatro años, San Daniel comunicó su testamento a sus amigos y discípulos. Se trataba de un documento brevísimo, lleno de un amable espíritu de caridad y cariño, en el que el santo exponía sucintamente los deberes del hombre. Después de celebrar por última vez los sagrados misterios a media noche en su columna, San Daniel comprendió que Dios le llamaba a Sí. Inmediatamente, mandó traer al patriarca Eufemio. La muerte del santo ocurrió el año 493. Fue sepultado al pie de la columna en que había vivido treinta y tres años.

Delehaye estudia cuidadosamente la vida de los estilitas más famosos, en su monografía titulada *Les Saints Stylites* (1923). Ahí se encontrará una edición crítica de la larga biografía griega de San Daniel (pp. 1-94), un compendio muy antiguo (pp. 95-103),

y la adaptación hecha por Metafrasto (pp. 104-147); en el prefacio (pp. xxxv a LVIII) hay una descripción de los diversos manuscritos que empleó el autor y un resumen de la vida del santo. La biografía principal fue escrita por un contemporáneo que fue probablemente discípulo de San Daniel. Se trata de un documento hagiográfico de gran valor; las otras fuentes históricas de ese período demuestran su exactitud. Dicha biografía fue publicada por primera vez en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXII (1913). Hay una excelente traducción inglesa, con introducción y notas en la obra de E. Dawes y N. H. Baynes, *Three Byzantine Saints* (1948). Véase también H. Lietzmann, *Byzantinische Legenden* (1911), pp. 1-52.

BEATO PEDRO DE SIENA (1289 P.C.)

PEDRO TECELANO, que nació en Siena, era fabricante de peines. Al cabo de varios años de matrimonio muy feliz, su esposa murió sin que hubiesen tenido hijos. Pedro ingresó entonces en la tercera orden de San Francisco y determinó consagrar al servicio del prójimo el tiempo y el dinero que, hasta entonces, había consagrado a su hogar. Su vida fue tan tranquila y poco pintoresca como puede serlo la de un piadoso artesano. Trabajaba intensamente durante el día; por la noche, se retiraba a alguna iglesia a orar. Meditando sobre la forma en que San Francisco había seguido al Señor, concibió el deseo de unirse más íntimamente con la orden fundada por el santo. El guardián del convento de los franciscanos le cedió una celda contigua a la enfermería. Ahí prosiguió el Beato Pedro practicando su oficio hasta el fin de su vida. Solía visitar con frecuencia a los enfermos del hospital de Nuestra Señora de la Escala. Poseía un profundo sentido de sus deberes cívicos; por ejemplo, en cierta ocasión en que los colectores de impuestos no le exigieron deliberadamente su contribución para la guerra, el beato insistió en pagarla.

El Beato Pedro alcanzó un alto grado de oración contemplativa. Las gracias espirituales que Dios le concedía, eran difíciles de ocultar, de suerte que muchas personas le tenían por santo. Los sacerdotes y teólogos, lo mismo que los hermanos legos y los artesanos, tenían en alta estima sus consejos. En cambio, Pedro se tenía en poco. En cierta ocasión, dijo a alguien que acababa de alabarle: "Hacéis demasiado viento para tan poco polvo." Según él, uno de sus mayores defectos era el hablar demasiado, y tuvo que luchar durante catorce años para llegar al grado de silencio al que aspiraba. El Beato Pedro vivió hasta edad muy avanzada. En su lecho de muerte predijo las calamidades que caerían pronto sobre Florencia y Pistoia y sobre su propia ciudad. Fue sepultado en la iglesia de los franciscanos. Los peregrinos empezaron a acudir de toda Italia para orar ante su tumba y obtener la curación por su intercesión. El culto del Beato Pedro fue aprobado en 1802.

Wadding y otros cronistas de la orden de San Francisco hablan del Beato Pedro, a quien se da algunas veces el nombre de Pedro "pettinaio" (fabricante de peines). Existe una biografía escrita por Pedro di Monterone, contemporáneo del beato, según se dice, que fue publicada en italiano en 1529. También hay un relato basado en las lecciones del breviario (1333). Se encontrarán otros detalles sobre las fuentes en *Archivum Franciscanum Historicum*, vol. XIV (1921), p. 27. Véase también *Monumenta Franciscana*, vol. V (1890), pp. 34-52; Mazzara, *Leggendario Francescano*, vol. III (1680), pp. 618,624; y Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. I, pp. 456-463. Se cree que el *Pier Pettinagno*, de la eficacia de cuyas oraciones habla Dante en el *Purgatorio*, canto XIII, línea, 128, no era otro que nuestro beato.

BEATO FRANCO DE GROTTI (1291 P.C.)

FRANCO LIPPI nació en Grotti, cerca de Siena, en 1211. En su juventud era violento, insubordinado y perezoso. Después de la muerte de su padre, gastó su herencia y perdió su tiempo en los juegos de azar y las francachelas. Para evitar que la justicia le encarcelase por un asesinato, Franco se enroló en un regimiento de "condottieri", donde pudo entregarse a sus anchas a todos los vicios. En la madurez, los excesos habían ya echado a perder su salud y le habían puesto varias veces a las puertas de la muerte. A los cincuenta años perdió la vista. La impresión que ello le produjo le cambió el corazón. En efecto, hizo una confesión general y emprendió una larga y penosa peregrinación a Santiago de Compostela. Ahí recobró la vista; pero su conversión había sido sincera, y Franco hizo una peregrinación a pie desde Compostela hasta Roma.

Un día, cuando se hallaba orando en una iglesia de los carmelitas, la Santísima Virgen se le apareció y le ordenó que hiciese penitencia pública por todos los escándalos que había dado en Siena. El beato empezó a recorrer las calles vestido con harapos al tiempo que se disciplinaba. Algún tiempo después, pidió la admisión en la orden del Carmelo. Pero, como tenía ya sesenta y cinco años, y su mala reputación no había desaparecido del todo, los frailes no se atrevieron a admitirle y le dijeron que volviese cinco años más tarde. Franco insistió y, finalmente, fue admitido como hermano lego. Dios le concedió diez años de vida en el Carmelo. No sólo los hermanos del beato sino todo el pueblo admiraron su fervor y se edificaron de su austeridad. Según se dice, el Beato Franco tuvo varias visiones y obró milagros. Murió el 11 de diciembre de 1291, y todo el pueblo le reconoció espontáneamente como un santo de gran austeridad. Su culto fue confirmado en 1670.

No existe ninguna biografía contemporánea del beato. G. Lombardelli publicó una en 1590, titulada *La vita del b. Franco Sanese da Grotti*; S. Grassi publicó otra en 1680. Hay un relato más moderno en *Il Monte Carmelo* (1917), pp. 300 ss.

BEATO HUGOLINO MAGALOTTI (1373 P.C.)

SABEMOS muy poco acerca de la vida de este hombre de Dios, cuya fiesta celebran los frailes menores. Nació en Camerino, a principios del siglo XIV. Perdió a sus padres cuando era todavía joven y, en seguida repartió su herencia entre los pobres, tomó el hábito de terciario franciscano y se retiró a vivir como ermitaño. Dividía su tiempo entre el trabajo manual, la contemplación y la penitencia. La fama de su santidad empezó a atraer a la multitud. Dios glorificó a su siervo con el don de milagros, de suerte que muchos enfermos recobraron la salud por su intercesión. Hugolino murió el 11 de diciembre de 1373 y fue sepultado en la iglesia parroquial de Fiegni. Pío IX confirmó su culto en 1856.

Véase Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. IV, pp. 177-178; ahí se dice que en la época de la beatificación se conservaba todavía un antiguo manuscrito biográfico, y que el nombre del beato figura en *Santi e beati dell'Umbria*, de Jacobilli, y en las obras de otros autores de esa región.

BEATO JERONIMO RANUZZI (1455 P.C.)

Los DOS BEATOS servitas cuya conmemoración se celebra en este mes, eran de carácter muy distinto, lo mismo en su juventud que en su madurez. Buenaventura Buonaccorsi era un predicador y hombre de acción. Jerónimo Ranuzzi era un hombre de estudio y un contemplativo. En tanto que el primero pasó toda su juventud en una vida turbulenta y desordenada, el segundo se distinguió desde la infancia por su piedad y amor al estudio. Ranuzzi nació a fines del siglo XIV, en Sant' Angelo in Vado, que es un pueblecito de las cercanías de Urbino. En esta última ciudad se fundó uno de los primeros conventos de servitas. Ranuzzi ingresó en él antes de cumplir veinte años y recibió con el hábito el nombre de Jerónimo. Después de hacer la profesión, fue enviado a la Universidad de Bolonia, donde se doctoró en teología. En seguida, recibió la ordenación sacerdotal y fue profesor en varias casas de estudios de su orden en Italia. Al cabo de algunos años, sus superiores le dieron permiso de retirarse algún tiempo al convento de su pueblo natal.

El P. Jerónimo se ganó el cariño de todo el mundo. Pronto empezó a llamársele "Angel del buen consejo", por la solicitud con que practicaba las obras de misericordia espirituales y temporales y por la prudencia con que resolvía las dificultades de todas clases. Su fama llegó a oídos de Federico de Montefeltro, duque de Urbino, quien pidió a los superiores del beato que se lo enviasen como teólogo y consejero. Esa ocupación era la que el P. Jerónimo menos hubiese deseado, pero la aceptó por obediencia. No sabemos cuánto tiempo permaneció en la corte de Federico. Lo cierto es que tuvo ahí tanto éxito como en el monasterio y llevó a cabo ciertas negociaciones con la Santa Sede y cooperó en la solución de los asuntos de Estado con gran satisfacción del duque. Finalmente, el beato consiguió regresar a Sant' Angelo. Antes de morir, reconstruyó el convento de religiosas. Murió súbitamente el 11 de diciembre de 1455. La devoción que el pueblo le profesaba era tan grande y los milagros que obró fueron tan numerosos, que su cuerpo no fue sepultado en el cementerio conventual, sino que fue colocado en un nicho situado sobre el altar, en la iglesia de los servitas de Sant'Angelo. Su culto fue confirmado en 1775.

Se encuentran algunos datos sobre el beato en A. Giani, *Annales Ordinis Servorum*, vol. I, pp. 491-492; en el vol. III, pp. 599-600, se encontrarán algunos de los milagros que se le atribuyen. El hecho de que los servitas hayan confundido al beato con otro servita llamado Jerónimo, que vivió poco antes que él y murió en otra parte del país, es la mejor prueba de que existen pocos datos sobre Jerónimo Ranuzzi, como lo hace notar Giani.

12: NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE MEXICO (1531)

NINGUNA de las naciones latinas que forman el nuevo mundo cristiano, puede quejarse de no haber tenido siempre la pronta protección de la Santísima Virgen María; antes bien, en todas ellas ha manifestado que es verdadera Madre de los pecadores y ha ofrecido ejemplos, a veces extraordinarios, de que tienen un sitio especial en su misericordia los pueblos

de la América Latina. México presenta uno de esos casos de excepción en que la Madre de Dios descendió de las moradas celestiales para premiar a los habitantes de aquellas tierras, fieles devotos suyos, con sus innumerables beneficios y honrarlos con su presencia.

En efecto, apenas consumada la conquista de Cortés en los territorios que hoy forman la República Mexicana, cuando la religión de Cristo tomaba posesión del país desconocido, al mismo tiempo que se establecía el dominio del católico rey de España, la Virgen María viendo desde el alto trono de la gloria que los nuevos discípulos del Evangelio, los indígenas mexicanos convertidos formaban ya una Iglesia respetable, quiso dispensarles sus misericordias, bajó visiblemente del cielo para aparecerse a un indio sencillo y temeroso de Dios, llamado Juan Diego, y dejó para siempre su verdadera imagen a los mexicanos, como un testimonio de su amor. Aquella aparición estuvo tan llena de prodigios y de circunstancias tan singulares que, testificada por la tradición constante del pueblo y por los escritos de los mismos indios, ha merecido una devoción indeclinable, una fama que ha sobrepasado las fronteras y una atención muy particular por parte de la Iglesia de Roma.

La festividad de las apariciones de la Virgen de Guadalupe de México, es la que se celebra en este día. Su historia auténtica, deducida brevemente de lo que escribió en náhuatl un contemporáneo de los hechos llamado Antonio Valeriano y de lo que relató otro testigo insuperable, el bachiller Becerra Tanco, dice lo que sigue:

Apenas se contaban diez años y unos cuantos meses del dominio de los españoles en las tierras mexicanas, cuando un día sábado 9 de diciembre de 1531, salió un indio bautizado con el nombre de Juan Diego del pueblo de Cuautitlán, para dirigirse al templo de Santiago, en Tlaltelolco (hoy uno de los sectores de la ciudad de México), para asistir a misa. Era este indio, humilde, sencillo, pobre, de costumbres inocentes y de tan honda devoción que, casi a diario, dejaba el lecho antes de rayar el alba y caminaba a pie cerca de cuarenta kilómetros para ver celebrar el Santo Sacrificio. Aquel día, al tiempo de rayar la aurora, llegó al pie de un pequeño cerro llamado Tepeyac, en cuya cumbre oyó una música muy suave, como el canto de muchos pájaros. Levantó los ojos y vió una nube resplandeciente de la que salía una voz que le llamaba por su nombre. Trepó la cuesta sin sobresalto a toda prisa y pudo contemplar, en medio de la claridad de resplandores celestiales, a una hermosísima señora que parecía hacerle señas para que se aproximara.

Al acercarse Juan Diego, la aparición se dio a conocer con estas palabras: "Sábete, hijo mío muy amado, que soy la siempre Virgen María, Madre de Dios verdadero, Señor del cielo y de la tierra". Acto seguido, expuso sus intenciones. "Es mi deseo", dijo, "que se me levante un templo en este sitio, donde como madre piadosa mostraré mi clemencia a aquéllos que me aman y me buscan y a todos los que soliciten mi amparo". Una vez hechas estas aclaraciones, la Santísima Virgen pidió a Juan Diego que fuese al punto a la ciudad de México, como enviado suyo, para exponer su deseo al obispo.

Juan Diego obedeció puntualmente y se fue derecho al palacio del obispo, que era a la sazón fray Juan de Zumárraga y, tras una larguísima espera, fue introducido a presencia del prelado. A éste le dio, sencillamente y con toda verdad, el mensaje que le enviaba la Madre de Dios; pero fray Juan se portó con toda la prudencia que se podía esperàr de su virtud y buen juicio en ma-

teria tan delicada y, sin despreciar ni alentar al indio, le despidió encargándole que volviese más adelante, en tanto que él consideraba mejor la cuestión.

Juan Diego volvió por la tarde al mismo sitio en que había visto a la Virgen María por la mañana y ahí encontró a la Señora que esperaba la respuesta. Con toda simplicidad y reverencia, le relató cuanto había pasado con el obispo y el fracaso de su embajada. Oyó la Señora con benevolencia las palabras del indio y luego le mandó que volviese una segunda vez y diese el mismo mensaje. El domingo 10 de diciembre, por la mañana, se presentó Juan Diego en el palacio del obispo, y los familiares de éste le dispensaron una acogida fría y despectiva, pero no así el prelado, quien escuchó con gran atención el relato que hizo el indio sobre las recomendaciones de la Santísima Virgen y aun le interrogó minuciosamente en relación con las propuestas de la Señora. A fin de cuentas, la resolución del obispo fue la de que el indio pidiese a la Señora una señal para saber que, en verdad, era la Madre de Dios quien le enviaba.

En aquella ocasión, cuando Juan Diego partió, le siguieron algunos de los criados del obispo para observarle, pero apenas llegó el indio a las proximidades del cerrillo, cuando desapareció de la vista de sus seguidores, que no pudieron encontrarle por mucho que le buscaron. Sin duda que el cielo no quería otro testigo de aquellas apariciones, más que él, puesto que en aquel momento, dialogaba Juan Diego con la Virgen del Tepeyac. Le decía cómo el obispo le había mandado pedir una señal cierta por la cual se conociese que era la Santísima Virgen quien le enviaba y que era voluntad suya que se le edificase un templo. Con palabras muy cariñosas, respondió la Señora y encargó a Juan Diego que volviese al día siguiente sin falta para darle la señal por la que sería creído.

No pudo cumplir con la orden al otro día, puesto que había caído gravemente enfermo su tío Juan Bernardino, quien pidió a su sobrino Juan Diego que fuese a buscarle un sacerdote que le administrase los sacramentos. En aquellos cuidados pasó el lunes 11 de diciembre y, en la madrugada del día 12, partió de Cuautitlán hacia el convento de Santiago con la intención de traer consigo al religioso que diese los consuelos espirituales a su tío.

Al salir el sol, llegó a la falda del Tepeyac y entonces, recordando su infidelidad hacia la Señora, sintió tanta pesadumbre que, para evitar encontrarse con ella, echó a andar por un atajo que rodeaba el cerrillo. Iba por ahí Juan Diego presuroso, cuando vio bajar a la Madre de Dios para salirle al encuentro. "¿A dónde vas, hijo mío y qué camino es éste que has seguido?", inquirió la Virgen. Y Juan Diego, lleno de turbación, se postró a sus pies, le hizo un relato minucioso de la enfermedad de su tío y le pidió perdón por haber faltado a la cita. La Santísima Virgen admitió sus disculpas y, habiéndole asegurado que en aquella misma hora se hallaba ya sano su tío, le ordenó que subiera a la cumbre del cerro y recogiera en su "tilma" o capa con la que iba cubierto, las rosas que encontrase allá y se las trajese. No obstante que sabía Juan Diego que en aquellos peñascos y en pleno invierno no podía haber flores, obedeció sin replicar y ni siquiera se asombró al encontrar sobre el cerro un campo de rosas frescas y fragantes. Cortó cuantas cabían en la tilma que llevaba sobre sus hombros y, de rodillas ante la Madre de Dios, le mostró las flores. Entonces la Señora las tomó con sus manos y, al tiempo que las dejaba caer en la tilma, le dijo: "Esta es la señal que has de llevar al obispo. Sólo a

él la mostrarás y le dirás que debe hacer lo que he ordenado."

Al llegar el indio al palacio del obispo, solicitó como otras veces ser recibido y, de nuevo, se le hizo esperar. Los criados advirtieron que llevaba envuelta en la tilma alguna cosa que trataba de ocultar y, despierta su curiosidad, comenzaron a molestarle para que se las mostrase. Como el indio se resistió con tenacidad, fueron los criados a dar cuenta al obispo, y así entró Juan Diego sin más tardanzas a presencia de Fray Juan y le dio la embajada de parte de María Santísima, diciéndole: "Esta es la señal que me ha dado de que es su voluntad que se le edifique un templo". Al tiempo que hablaba, desplegó la tilma y apareció en ella una hermosísima imagen de María Santísima, como pintada o tejida en la tela.

Quedó el obispo atónito a la vista de semejante prodigio y, en seguida, reconoció que en todas aquellas cosas obraba el dedo de Dios. De rodillas, veneró a la milagrosa imagen y mandó colocarla en su oratorio.

Todo aquel día 12 de diciembre lo pasó Juan Diego en la casa de Fray Juan y a cuantas preguntas se le hicieron respondió con su habitual sencillez y verdad. Al día siguiente, fue el mismo prelado en su compañía para que le señalara el sitio en que se le había aparecido la Señora y en dónde había mandado que se le edificase el templo. Luego que los hubo señalado, Juan Diego manifestó al obispo el cuidado que tenía por la salud de su tío Juan Bernardino y le pidió licencia para ir a verle. Cuando el indio llegó a Cuautitlán y encontró a Juan Bernardino enteramente sano, como lo había asegurado la Virgen, ya la fama del prodigio se había extendido por todas partes. Fray Juan de Zumárraga se llevó consigo a los dos indígenas que habían intervenido en la milagrosa manifestación y conservó en su oratorio la imagen, pero sólo por un tiempo corto, puesto que el innumerable concurso de gentes que acudían a venerarla, le obligó a trasladarla a la iglesia mayor, en donde permaneció hasta que se le edificó una capilla en el Tepeyac.

Concluida ésta, antes de cumplirse un año de las apariciones, se trasladó a ella la imagen milagrosa con una procesión muy solemne en la que participaron las autoridades eclesiásticas y civiles y centenares de fieles. Con el correr del tiempo y el aumento de la devoción, se edificaron nuevas y más amplias iglesias en el mismo sitio, en tanto que la burda tela de la tilma de Juan Diego, con la imagen, era objeto de toda suerte de investigaciones y de un fervor popular extraordinario que iba en aumento día con día y se manifestaba en las riquezas que constantemente depositaban en su santuario sus incontables fieles, como muestra de agradecimiento por los favores que derramaba sin cesar la Santísima Virgen sobre sus dilectos hijos. A fines del siglo XVII, se comenzó a construir la suntuosa y monumental basílica que hasta hoy subsiste y, ya para entonces, los Pontífices de la Iglesia Universal le habían dado el pleno reconocimiento y, no contentos con haber concedido a México que celebrase con festividad particular esta maravillosa aparición de su patrona celestial el 12 de diciembre, le dieron el título de Reina y la coronaron como a tal con toda solemnidad. Desde entonces, en el mismo sayal burdo donde tuvo a bien dejar su imagen y en el mismo sitio donde se apareció, han recibido los mexicanos tantos favores de su misericordiosa Madre, a la que desde un principio invocaron con el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, que ven perfectamente cumplidas las promesas que hizo la Madre de Dios al venturoso indio Juan Diego.

Todo lo esencial de esta narración ha sido tomado de la crónica escrita hacia 1533 y, por lo tanto en fecha contemporánea a la aparición de la Virgen de Guadalupe, por Antonio Valeriano, indígena de noble ascendencia. El relato de Valeriano en lengua náhuatl, titulado *Nicam Mopohua*, se publicó en México, traducido al castellano por Primo Feliciano Velázquez hacia el año de 1649. Asimismo se ha consultado el *Origen Milagroso del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe*, del bachiller Luis Becerra Tanco, presbítero del arzobispado de México, quien presentó ese escrito en las informaciones jurídicas de 1666 y tiene, por lo tanto, fuerza de testimonio jurado.

SANTOS EPIMACO, ALEJANDRO Y OTROS MÁRTIRES (250 P.C.)

EL AÑO 250, la persecución de Decio hacía estragos en Alejandría y los magistrados buscaban activamente a los cristianos. Alejandro y Epímaco cayeron en sus manos. Como no titubearon en confesar el nombre de Cristo, se los cargó de cadenas y se los tuvo largo tiempo en confinamiento absoluto. Los mártires salieron victoriosos de aquella prueba de su fe y de su paciencia. Entonces, los jueces los mandaron azotar, dieron orden de que les desgarrasen los costados con garfios y, finalmente, los condenaron a perecer en la hoguera. San Epímaco se identifica con el santo del mismo nombre, mencionado en el Martirologio Romano el 10 de mayo, cuyas reliquias fueron trasladadas de Alejandría a Roma junto con las de San Gordiano. San Dionisio, obispo de Alejandría, que presenció una parte del martirio, nos dejó los datos que acabamos de transcribir; también menciona a otras cuatro cristianas que conquistaron la palma del martirio el mismo día y en el mismo sitio. La primera de ellas, Amonaria, fue cruelmente torturada, para obligarla a repetir las blasfemias que el juez le indicaba, pero ella se negó y fue condenada a morir, probablemente decapitada. La segunda, Mercuria, era ya anciana. La tercera, Dionisia, que tenía varios hijos, los encomendó a Dios y sufrió el martirio por su amor. No sabemos cómo se llamaba la cuarta. El juez, que estaba furioso por no haber logrado vencer a Amonaria, no quiso exponerse a otro fracaso, de suerte que condenó inmediatamente a muerte a las otras tres, sin someterlas a torturas previas.

Todo lo que sabemos sobre San Epímaco y San Alejandro, procede de un resumen de una carta de San Dionisio de Alejandría, que se halla en Eusebio, *Hist. Eccl.*, lib. IV, c. 41.

SAN FINIANO DE CLONARD, OBISPO (*c.* 549 P.C.)

FINIANO DE Clonard fue el más distinguido de los santos de Irlanda en el período inmediatamente posterior al de San Patricio. Los relatos de su vida están llenos de contradicciones y anacronismos. Tres siglos después de su muerte, se creía que había pasado largo tiempo en Gales, siendo ya monje. Se cuenta que estuvo algún tiempo en el monasterio de San Cadoc de Nantcarfan, y que acabó milagrosamente con las plagas que echaban a perder las cosechas de la isla en el estuario de Severn, llamada actualmente Flatholm. Entre otros muchos milagros que se le atribuyen, se dice que salvó a sus huéspedes de los piratas sajones, haciendo que un terremoto se tragase el campamento de los invasores. San Finiano tenía la intención de hacer una peregrinación a Roma con San Cadoc; pero un ángel le disuadió de ello y le ordenó que volviese a Irlanda. Aunque es imposible probarlo en detalle, parece que San Finiano estuvo bajo la influencia de San Cadoc, San Gildas y otros monjes ingleses, por la importancia

que atribuía a los estudios y el énfasis que ponía en la superioridad de la vida monástica.

A su regreso a Irlanda, el santo fundó varias iglesias en Leinster y las escuelas y monasterios de Aghowle y Mugna. En este último monasterio se tramó contra él una conspiración; en efecto, Cormac, el hijo del reyezuelo del lugar, indujo a su hermano mayor, Crimtan, a que persiguiese al santo, con la esperanza de que aquél pereciese en la empresa. El siniestro plan de Cormac tuvo éxito hasta cierto punto, ya que Crimtan trató de expulsar a San Finiano por la fuerza y, al hacerlo, se rompió la pierna.

El monasterio más importante de San Finiano estaba situado en Clonard de Meath. Poco después de la llegada del santo a ese sitio, fue a visitarle un pagano de cierta edad llamado Fraechan, que era un mago muy famoso. San Finiano le preguntó si su arte procedía de Dios o de alguien más. Fraechan replicó: "A vos toca averiguarlo". Finiano repuso: "Muy bien. Decidme entonces dónde se halla el sitio de mi resurrección". "No en la tierra, sino en el cielo", fue la respuesta. El santo le dijo: "Tratad otra vez de adivinarlo". Fraechan volvió a dar la misma respuesta. "Tratad otra vez", le dijo Finiano, levantándose de su asiento. Entonces el mago, comprendiendo que San Finiano se estaba burlando de él, le respondió: "El sitio de tu resurrección es el sitio en el que estabas sentado".

La réplica del mago resultó cierta, ya que la sede de Finiano era Clonard, donde tuvo el santo muchos discípulos, y sus enseñanzas produjeron una verdadera resurrección de la religión y el saber. Según se dice, llegó a tener 3,000 discípulos, por lo que se le llamó "el maestro de los santos de Irlanda", o simplemente "el maestro" y se dijo de él que irradiaba bondad y sabiduría para iluminar al mundo, lo mismo que el sol desde lo alto del cielo". Varios santos muy posteriores debieron su santidad a las enseñanzas de San Finiano. Fue famoso por su conocimiento de la Sagrada Escritura y su celebridad de exegeta se perpetuó durante muchos siglos en Clonard. Pero la escuela bíblica sufrió mucho durante las invasiones de los daneses y de los normandos; finalmente, a principios del siglo XIII, el monasterio de Clonard dejó de ser el centro religioso de la diócesis de Meath y se transformó en monasterio de agustinos, en cuyas manos estuvo hasta el siglo XVI. Tanto en sus viajes misioneros como durante su estancia en Clonard, San Finiano obró muchos milagros sorprendentes, sobre todo cuando se trataba de convertir a algún reyezuelo aferrado a sus errores. San Finiano, que murió durante la epidemia de fiebre amarilla, a mediados del siglo VI, ofreció su vida por sus compatriotas. La fiesta de San Finiano de Clonard se celebra en toda Irlanda. Aunque suele venerársele como obispo, es dudoso que lo haya sido.

Existe una biografía irlandesa, que fue editada por Whitley Stokes en *Lives of Saints from the Book of Lismore* (*Anecdota Oxoniensia*), pp. 75-83 y 222-230. De Smedt publicó en *Acta SS. Hiberniae Cod. Sal.*, cc. 189-210, una biografía latina que se halla en el *Codex Salmanticensis*. Wade-Evans tradujo algunos fragmentos de dicha biografía en *Life of St David*, pp. 43-46; se encontrarán otras referencias en R.A.S. Macalister, *The Latin and Irish Lives of Ciaran* (1921), sobre todo pp. 76-79. Véase también J. Ryan, *Irish Monasticism*. pp. 115-117 y passim; L. Gougaud, *Christianity in Celtic Lands*, pp. 67-70; y J. F. Kenney, *Sources for the Early History of Ireland*, vol. I. El Penitencial que se atribuye a *Vinnianus*, es tal vez obra de San Finiano de Clonard; pero véase la nota bibliográfica de San Finiano de Moville (10 de sept.) La Srita. Kathleen Hughes ha estudiado muy a fondo todo lo relacionado con San Finiano; véase su artículo sobre el culto del santo, en *Irish Historical*

Studies, vol. IX (1954), pp. 13 ss., y su artículo sobre el valor histórico de las biografías, en *English Historical Review*, vol. LXIX (1954), pp. 353 ss.

SANTA EDBURGA, ABADESA DE MINSTER, VIRGEN (751 P.C.)

EDBURGA, que pertenecía a la familia real de Kent, fue discípula de Santa Mildreda, a quien sucedió en el gobierno de la abadía de Minster-in-Thanet. San Bonifacio la conoció en uno de sus viajes a Roma, a donde Edburga había ido en peregrinación, desde entonces, se hicieron amigos y mantuvieron correspondencia epistolar. Después de la muerte de Radbodo, San Bonifacio pudo volver a Frisia; inmediatamente comunicó la noticia a Santa Edburga y le pidió que le enviase una copia de las "Actas de los Mártires". La santa le mandó cincuenta monedas de oro y una alfombra, y le pidió que orase por el alma de sus padres. Según parece, Santa Edburga se distinguió como calígrafa, ya que San Bonifacio le escribió más tarde desde Turingia, pidiéndole que hiciese que el sacerdote Eoba le enviase las epístolas de San Pedro y rogándole que se las transcribiese en letras doradas. San Bonifacio añadía: "Los libros y regalos que me habéis mandado como prueba de afecto, me han consolado en las dificultades."

San Lulo, el compañero de San Bonifacio, envió a Santa Edburga, entre otros regalos, un punzón de plata para escribir sobre cera. En otra ocasión, San Bonifacio escribió a la santa para agradecerle "los libros santos" y la "luz espiritual" con que le había "reconfortado en el destierro de Alemania". "Lleno de confianza en vuestro afecto, os suplico que pidáis por mí, pues mis defectos me hacen sufrir." En otra carta, llena de citas de la Sagrada Escritura, San Bonifacio ruega a Santa Edburga que pida por él. Dicha carta fue escrita algunos años antes de que el santo muriese cruenta y gloriosamente en Dokkum. A lo que parece, la vida de Santa Edburga fue tan tranquila, como la de San Bonifacio estuvo llena de aventuras. Lo único que sabemos sobre la santa, además de lo dicho, fue que fundó un monasterio en el sitio en que se halla actualmente el convento benedictino de Minster.

Hay una breve biografía latina; puede verse en *Nova Legenda Angliae* de Capgrave. Acerca de dicha biografía, cf. T. D. Hardy, *Descriptive Catalogue of Materials* (Rolls Series), vol. I, pp. 475-477. Cockayne publicó en *Leechdoms*, vol. III, pp. 422-433, un fragmento anglo-sajón que se refiere a Santa Mildreda y Santa Edburga; pero aporta muy pocos datos. Los únicos documentos fidedignos son las cartas de San Bonifacio y San Lulo que citamos arriba. No hay que confundir a Edburga con Eadburch, acerca de la cual Asser escribió un relato romántico; cf. R. M. Wilson, *Lost Literature of Medieval England* (1952), pp. 36-38.

SAN VICELINO, OBISPO DE STAARGARD (1154 P.C.)

VICELINO, EL futuro apóstol de los wendos en el actual distrito de Holstein, nació en Hameln, a orillas del Weser, hacia el año 1086. Hizo sus estudios en la escuela de la catedral de Paderborn y llegó a ser director de la escuela de Bremen y canónigo de la catedral de dicha ciudad. Aunque no consta con certeza, se cuenta que estudió también en Laon de Francia. Después de recibir la ordenación sacerdotal de manos de San Norberto en Magdeburgo, empezó a evangelizar a los wendos y a otras tribus en 1126. Su apostolado duró más

de veinte años.

San Vicelino se estableció primeramente en Lübeck y fundó ahí la primera iglesia. Esa deliciosa ciudad fue una de las primeras víctimas de los bombardeos de saturación durante la segunda guerra mundial. Poco después de la llegada de San Vicelino, murió su protector, de suerte que el santo tuvo que emigrar a Wippenthorp, cerca de Bremen. Era incansable en la predicación y la enseñanza y tuvo gran éxito en la evangelización, pero las guerras le obligaron a recomenzar varias veces el trabajo, como sucedió a tantos otros misioneros de la época. Con el deseo de establecer un centro permanente, San Vicelino fundó en Holstein el monasterio de canónigos agustinos, que más tarde se llamó Neumünster. Uno de los discípulos que tuvo ahí, fue el cronista Helmold. Más tarde, el santo fundó otro monasterio de Högersdorf y empezó a construir un tercero en Segber. Los misioneros obraron numerosas conversiones. Todo iba bien, cuando una súbita catástrofe destruyó su obra. En efecto, los piratas obotritos invadieron la región, la devastaron, la saquearon e incendiaron las casas, ensañándose particularmente contra los cristianos, a los que mataron o expulsaron del país. Los misioneros de Lübeck consiguieron huír a tiempo y se ocultaron en los pantanos, con el agua hasta el cuello, hasta que llegaron sanos y salvos a Bishorst. Sin embargo, el Beato Volkerio, a quien se califica de "hermano de gran sencillez", pereció por la espada. Los otros monjes lograron escapar con los libros y reliquias del monasterio, que fue arrasado.

A pesar de la oposición de Federico Barbarroja, San Vicelino fue elegido obispo de Staargad (actualmente Oldenburg) de Holstein, en 1149. No consta que haya llegado a tomar posesión de la sede. Como quiera que fuese, una parálisis inmovilizó a San Vicelino tres años más tarde. Pasó los dos últimos de su vida amargado por la enfermedad y el sufrimiento, en la abadía de Neumünster, donde murió el 12 de diciembre de 1154. Es curioso que su nombre no figure en el Martirologio Romano. Su fiesta sigue celebrándose en el noroeste de Alemania.

Helmold, a quien mencionamos en el artículo, habla de la obra misional de San Vicelino en su *Chronica Slavorum*; muchos de los datos de Helmold proceden del propio San Vicelino. Dicho relato se encuentra en MGH., *Scriptores*, vol. XXI. Véase también Kreusch, *Kirchengeschichte der Wendenlande* (1902); Krimphove, *Die Heiligen und Seligen des Westfalenlandes*; A. Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. IV; y *Acta Sanctorum*, marzo, vol. I (Beato Volkerio).

BEATO TOMAS HOLLAND, MÁRTIR (1642 P.C.)

TOMÁS HOLLAND nació en 1600 en Sutton, cerca de Prescot del Lancashire. Hizo sus estudios en los colegios ingleses de Saint-Omer y en Valladolid. En 1623, Carlos Estuardo, príncipe de Gales, fue a Madrid a negociar su matrimonio con la infanta María. Tomás fue elegido para darle la bienvenida en nombre de los estudiantes ingleses. El discurso que pronunció en esa ocasión, en latín, produjo gran satisfacción, según se dice, "en su Alteza Real y su comitiva". Tomás dominaba el francés, el flamenco, el español y el latín. Sus compañeros le apodaban "Bibliotheca pietatis" (la biblioteca piadosa), por su saber y virtud.

Tomás ingresó en la Compañía de Jesús. En 1635, fue enviado a la

misión de Inglaterra. A pesar de su mala salud y de las dificultades que acechaban a los misioneros en aquella época en Londres, el beato trabajó con gran fruto durante siete años. El 4 de octubre de 1642, fue arrestado como sospechoso. Dos meses más tarde, fue juzgado en el tribunal de Old Bailey por haber recibido la ordenación sacerdotal en el extranjero. Los cuatro testigos no consiguieron probar su culpabilidad. Pero, como el P. Tomás se negase a prestar juramento de que no era sacerdote, el tribunal le declaró culpable. El "Lord Mayor" y otros abogados quedaron muy descontentos del veredicto, de suerte que el juez pronunció la sentencia casi contra su voluntad.

Muchas personas fueron a visitar al beato a la prisión durante los dos días que precedieron a la ejecución. El duque de Vendôme, que se contó entre los visitantes, ofreció interceder por él; pero el beato se rehusó cortesmente. El domingo oyó muchas confesiones y pudo celebrar la misa. También la celebró al día siguiente, poco antes de partir para Tyburn. Ni el alcalde de Londres, ni el de Middlesex, asistieron a la ejecución, ausencia que el pueblo interpretó como un signo de que no estaban de acuerdo con la sentencia. El mártir declaró abiertamente ante la multitud que era católico, sacerdote y jesuita, y oró en voz alta por el rey y el pueblo, "por cuya prosperidad y conversión al catolicismo, si tuviese yo tantas vidas como cabellos hay en mi cabeza, o como gotas de agua en el océano, o como estrellas en el firmamento, no vacilaría en sacrificarlas." La multitud acogió estas últimas palabras con una ovación ..." El verdugo dejó morir al mártir en la horca, antes de proceder a ejecutar el resto de la bárbara sentencia.

Véase Challoner, en MMP, quien aprovechó la biografía latina publicada en Amberes, en 1645. Véase también Pollen, *Acts of the English Martyrs*; y Foley, REPSJ., vol. I.

13: SANTA LUCIA, VIRGEN Y MÁRTIR (304 P.C.)

De acuerdo con las "actas" de Santa Lucía, que no son fidedignas, Lucía, cuyos padres eran nobles y ricos, había nacido en Siracusa de Sicilia. La niña fue educada en la fe cristiana. Perdió a su padre durante la infancia y se consagró a Dios siendo muy joven. Sin embargo, mantuvo en secreto su voto de virginidad, de suerte que su madre, que se llamaba Eutiquia, la exhortó a contraer matrimonio con un joven pagano. Lucía persuadió a su madre de que fuese a Catania a orar ante la tumba de Santa Agata para obtener la curación de unas hemorragias. Ella misma acompañó a su madre, y Dios escuchó sus oraciones. Entonces, la santa dijo a su madre que deseaba consagrarse a Dios y repartir su fortuna entre los pobres. Llena de gratitud por el favor del cielo, Eutiquia le dio permiso de hacer lo que quisiese. El pretendiente de Lucía se indignó profundamente y delató a la joven como cristiana ante el gobernador. La persecución de Diocleciano estaba entonces en todo su furor. Como Lucía no cediese, el gobernador la condenó a perder la virginidad en una casa de prostitución; pero Dios impidió que los guardias pudiesen mover a la joven del sitio en que se hallaba. Entonces, los guardias trataron de quemarla en la hoguera, pero también fracasaron. Finalmente, la decapitaron.

Aunque las diversas versiones griegas y latinas de las actas de Santa

Lucía carecen de valor histórico, está fuera de duda que, desde antiguo, se tributaba culto a la santa en Siracusa. En el siglo VI, se le veneraba ya también en Roma entre las vírgenes y mártires más ilustres. El nombre de Santa Lucía figura en el canon de la misa romana y en la de Milán. En la Edad Media se invocaba a la santa contra las enfermedades de los ojos, probablemente porque su nombre está relacionado con la luz. Ello dio origen a varias leyendas, como la de que el tirano mandó a los guardias que le sacaran los ojos y la de que ella misma se los arrancó para entregarlos a un pretendiente importuno que estaba prendado de su belleza. En ambos casos, cuenta la leyenda que Lucía recobró la vista y que sus ojos eran más hermosos que antes.

En el cementerio de San Juan de Siracusa se descubrió una inscripción sobre Santa Lucía, que data del siglo IV o de principios del V; véase sobre esto P. Orsi, en *Römische Quartalschrift*, vol. IX (1895), pp. 299-308. Por una carta de San Gregorio Magno, sabemos que en su época se dedicaron a Santa Lucía varias iglesias en Roma. Véase también CMH., p. 647; DAC., vol. IX, cc. 2616-2618; y G. Goyau, *Sainte Lucie* (1921). Hay muchas costumbres folklóricas relacionadas con la fiesta de la santa; véase Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. V, cc. 1442-1446. Suele representarse a la santa llevando sus ojos en una bandeja. Véase Künstle, *Ikonographie*, vol. II, y Drake, *Saints and their Emblems*; Dunbar, *A Dictionary of Saintly Women*, vol. I, pp. 469-470. Un testimonio curioso sobre la popularidad de Santa Lucía es el del poema latino de Sigeberto de Gembloux (1400); dicho poema fue publicado por E. Dümmler en 1893. La obra de San Aldelmo se titula *De laudibus virginitatis*; véase *Aldhelmi Opera*, ed. R. Ehwald, en MGH., *Auct. antiquiss.*, vol. XV (1919), pp. 293-294 (en prosa), y líneas 1779-1841 (en verso).

SAN EUSTRACIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (Fecha desconocida)

EL MARTIROLOGIO Romano dice: "En Armenia, el martirio de los santos Eustracio, Auxencio, Eugenio, Mardario y Orestes, que sufrieron durante la persecución de Diocleciano. Eustracio padeció primero bajo Lisias; más tarde, Agricolao, gobernador de Sebastea, le sometió junto con Orestes a crueles tormentos. Eustracio pereció en un horno; Orestes fue colocado sobre una parrilla ardiente y así pasó al Señor. Los otros conquistaron la palma del martirio de diferentes maneras, después de ser cruelmente castigados por el gobernador Lisias en Arabraca. Los cuerpos de los mártires fueron más tarde trasladados a Roma, donde se les dio honrosa sepultura en la iglesia de San Apolinar". San Eustracio era un armenio de buena familia. Orestes, que era soldado, se convirtió al ver la fortaleza con que Eustracio soportaba la tortura. San Eugenio era su criado, y Mardario y Auxencio eran dos amigos suyos que intercedieron por él. Las reliquias de estos mártires reposan todavía en la iglesia de San Apolinar. Las "actas" de San Eustracio son un ejemplo de la forma en que se interpolaba y amplificaba ese género de documentos con fines didácticos y de edificación. En efecto, en las actas aparece el máritr discutiendo largamente con el magistrado y cita pasajes de Platón y de los poetas para confirmar sus argumentos.

La *pasión* griega, de época bastante posterior, puede verse en Migne, PG., vol. XCVI, pp. 468-505. Se ha hecho notar que la mención que se hace de un testamento en este relato, prueba que la leyenda se basa en la de los cuarenta mártires de Sebastea (10 de marzo). Véase Delehaye, *Les passions des martyrs* (1921), pp. 266-268; y *Zeitschrift f. kath. Theologie* (1894), pp. 291-292. En la literatura bizantina se alude con frecuencia a este grupo, al que se da el nombre de "los cinco santos". Se han descubierto algunos fragmen-

tos de las *actas* en un manuscrito del siglo IX; pero no hay prueba alguna de que haya habido cinco mártires de ese nombre, ni que hayan sufrido en la persecución de Diocleciano. Hay una versión armenia de la *pasión* en las *Vitae et Passiones Sanctorum* (Venecia, 1874), vol. I, pp. 435-475.

SAN JOSSE o JUDOC (688 P.C.)

JOSSE ERA HIJO de Jutael, rey de Armórica (Bretaña), y hermano del Judicael que se venera en la diócesis de Quimper. *La Crónica de Saint-Brieuc* dice, hablando de Judicael: "El solo temor de su nombre bastaba para apartar a los malos de la violencia, ya que Dios, que velaba incesantemente por él, le había hecho valiente y poderoso en la batalla. Más de una vez, con la ayuda del Todopoderoso, puso en fuga a ejércitos enteros blandiendo la espada." El rey Dagoberto I de París, que veía las cosas de otra manera, envió a San Eligio a aplacar a su turbulento vecino, a quien se atribuye la fundación de la abadía de Paimpont.

Hacia el año 636, Josse se retiró del mundo. Según se dice, fue ordenado sacerdote en Ponthieu. Después de hacer una peregrinación a Roma, se estableció como ermitaño en Runiacum, cerca de la desembocadura del Canche, que más tarde se llamó Saint Josse. Ahí murió el santo hacia el año 688. Se cuenta que su cuerpo no fue sepultado y que permaneció incorrupto; el cabello, la barba y las uñas del cadáver siguieron creciendo, de suerte que los ermitaños de los alrededores tenían que cortárselos de cuando en cuando.

Se dice que Carlomagno cedió a Alcuino la ermita de Saint-Josse-sur-Mer para que la convirtiese en Albergue para los viajeros que atravesaban el Canal de la Mancha. Alcuino estuvo ahí varias veces. Según la tradición de Newminster de Winchester, las reliquias de San Josse fueron trasladadas allá, alrededor del año 901. Dicha traslación solía conmemorarse el 9 de enero. El nombre de San Josse figuraba en una media docena de calendarios ingleses antiguos y en el Martirologio Romano.

En Mabillon, vol. II, pp. 542-547, hay una antigua biografía latina, que data de principios del siglo IX. Entre las biografías posteriores se cuentan la de un monje de Fleury, llamado Isembardo, y la de Florencio de Saint-Josse-sur-Mer. Probablemente, dichas biografías contribuyeron a aumentar la popularidad del santo. La monografía de J. Trier, *Der hl. Jodocus: sein Leben und seine Verehrung* (1924) no agota las fuentes ni es del todo fidedigna; véase sobre este punto *Analecta Bollandiana*, vol. XVIII (1925), pp. 193-194. Se hallará un sermón de Lupo de Ferrières sobre San Josse en W. Levison, *Festchrift Walter Goetz* (1927). La extensión del culto del santo se prueba por el hecho de que se le dedicaron iglesias hasta en el Tirol (Fink, *Kirchenpatrozinien Tirols*, 1928). Véase también Duine, *Memento*, p. 49; y Van der Essen, *Etude critique sur les saints mérovingiens*, pp. 411-413. Acerca de San Josse en el arte, cf. Künstle, *Ikonographie*, vol. II, pp. 330-331. Sobre los aspectos folklóricos véase Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. IV, cc. 701-703. En cuanto al sitio en el que reposan las reliquias del santo, cf. P. Grosjean, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1952), p. 404.

SAN AUBERTO, OBISPO DE CAMBRAI Y ARRÁS (*c.* 669 P.C.)

EXISTE una biografía de San Auberto, escrita a principios del siglo XII. Algunos autores la atribuyen a San Fulberto de Chartres, pero eso constituye probablemente un error. Por otra parte, dicha biografía da tan pocos datos, que las cuatro páginas que Alban Butler consagra a San Auberto se reducen a gene-

ralidades o a datos históricos que nada tienen que ver con el tema. Lo primero que sabemos sobre San Auberto, es que fue elegido obispo de Cambrai el año 633 o más tarde. El año 650, San Gisleno, que era entonces un ermitaño desconocido, empezó a fundar un monasterio cerca de Mons. No faltaron quienes quisiesen indisponerle con San Auberto; pero éste se negó a emitir un juicio sin oírle y, el resultado de la entrevista fue que San Auberto apoyó la empresa y consagró la iglesia construida por San Gisleno. Entre los que se preparaban para el sacerdocio en Cambrai, había un joven llamado Landelino, que escapó y llevó una vida licenciosa. Al cabo de algún tiempo, se arrepintió de su locura. San Auberto supo tratar el caso con tal habilidad, que Landelino se hizo monje, fundó varios monasterios y su nombre figura en el Martirologio Romano. San Auberto ayudó a abrazar la vida religiosa a varios distinguidos personajes de la época, como San Vicente Madelgario y su familia y Santa Amalburga, la madre de Santa Gúdula. Más seguro es el dato de que San Auberto asistió a la traslación de las reliquias de San Fursey a Peronne; San Eligio llevó a cabo dicha traslación hacia el año 650. San Auberto fue sepultado en la iglesia de San Pedro de Cambrai, que más tarde se transformó en una abadía de canónigos regulares y tomó el nombre del santo.

Ghesquière publicó íntegra la biografía que se atribuye erróneamente a Fulberto, en *Acta Sanctorum Belgii*, vol. III, pp. 529-564. Hay un catálogo de milagros en *Analecta Bollandiana*, vol. XIX (1900), pp. 198-212. Acerca de la confusión entre el obispo de Cambrai, Auberto, y el conde de Ostrevant, Audeberto, véase *Analecta Bollandiana*, vol. LI (1933), pp. 99-116.

SANTA OTILIA, VIRGEN (720 P.C.)

EN LA ÉPOCA de Childerico II, había en Alsacia un señor feudal franco, llamado Adalrico, casado con Bereswinda. A fines del siglo VII, tuvieron una hijita ciega, que nació en Obernheim, en los Vosgos. Adalrico, que tomó esa desgracia como una ofensa personal y una injuria al honor de su familia, en la que nunca había sucedido nada semejante, se dejó arrastrar por una cólera que no entendía razones. En vano trató su esposa de explicarle que era la voluntad de Dios, quien sin duda quería manifestar su poder en la niña. Adalrico no le prestó oídos, e insistió en que había que matar a la cieguecita. Finalmente, Bereswinda consiguió disuadirle de ese crimen, pero para ello tuvo que prometerle que enviaría a su hija a otra parte sin decir a qué familia pertenecía. Bereswinda cumplió la primera parte de su promesa, pero no la segunda, ya que confió la niña al cuidado de una campesina que había estado antiguamente a su servicio y le dijo que era su hija. Como los vecinos de la campesina empezasen a hacerle preguntas embarazosas, Bereswinda la envió con toda su familia a Baume-les-Dames, cerca de Besançon, donde había un convento en el que la niña podría educarse más tarde. Ahí vivió ésta hasta los doce años, sin haber sido bautizada, aunque no sabemos por qué razón. Por entonces, San Erhardo, obispo de Ratisbona, tuvo una visión en la que se le ordenó que fuese al convento de Baume, donde encontraría a una joven ciega de nacimiento; debía bautizarla y darle el nombre de Otilia, y con ello recobraría la vista. San Erhardo fue a consultar a San Hidulfo en Moyenmoutier y, juntos, se dirigieron a Baume, donde encontraron a la joven y la

bautizaron con el nombre de Otilia. Después de ungirle la cabeza, San Erhardo le pasó el crisma por los ojos y, al punto, recobró la vista.

Otilia se quedó a servir a Dios en el convento. Pero el milagro del que había sido objeto y los progresos que empezó a hacer en sus estudios, provocaron la envidia de algunas de las religiosas y éstas empezaron a hacerle la vida difícil. Santa Otilia escribió entonces a su hermano Hugo, del que había oído hablar y le pidió que la ayudara como se lo dictase el corazón. Entre tanto, San Erhardo había comunicado a Adalrico la noticia de la curación de su hija. Pero aquel padre desnaturalizado se encolerizó más que nunca y prohibió a Hugo que fuese a ayudarla y que revelase su identidad. Hugo desobedeció y mandó traer a su hermana. Un día en que Hugo y Adalrico estaban en una colina de los alrededores, Otilia se presentó en una carreta, seguida por la muchedumbre. Cuando Adalrico se enteró de quién era y supo por qué había ido, descargó su pesado bastón sobre la cabeza de Hugo y le mató de un golpe. Pero los remordimientos le cambiaron el corazón, de suerte que empezó a amar a su hija tanto cuanto la había odiado antes. Otilia se estableció en Obernheim con algunas compañeras, que se dedicaron como ella a los actos de piedad y a las obras de caridad entre los pobres. Al cabo de algún tiempo, Adalrico determinó casar a su hija con un duque alemán. Otilia emprendió la fuga. Cuando los enviados de su padre estaban ya a punto de capturarla, se abrió una grieta en la roca, en Schlossberg, cerca de Friburgo en Brisgovia y ahí se escondió la santa. Para conseguir que volviese, Adalrico le prometió regalarle el castillo de Hohenburg (actualmente Odilienburg). Otilia lo transformó en monasterio y fue la primera abadesa. Como las montañas eran muy escarpadas y hacían difícil el acceso a los peregrinos, Santa Otilia fundó otro convento, llamado Niedermünster, en un sitio más bajo, y edificó una posada junto a él.

Se cuenta que la santa, poco después de la muerte de su padre, vio que sus oraciones y penitencias le habían sacado del purgatorio. San Juan Bautista se apareció a Otilia y le indicó el sitio y las dimensiones de una capilla que debía construirse en su honor. Se cuentan muchas otras visiones de la santa y se le atribuyen numerosos milagros. Después de gobernar el convento durante muchos años, Santa Otilia murió el 13 de diciembre, alrededor del año 720.

He aquí en resumen la leyenda de Santa Otilia. Los datos son poco seguros; pero la devoción del pueblo cristiano a la santa es innegable. El santuario y la abadía de Santa Otilia fueron importantes centros de peregrinación en la Edad Media. Todos los emperadores, desde Carlomagno a Carlos IV, les concedieron privilegios. Entre los personajes ilustres que fueron en peregrinación a Hohenburg, se cuenta a San León IX, que era entonces obispo de Toul y también, según se dice, a Ricardo I de Inglaterra. Las gentes del pueblo realizaban asimismo grandes peregrinaciones. Desde antes del siglo XVI, se veneraba a Santa Otilia como patrona de Alsacia. Según la tradición, la santa hizo brotar una fuente para dar agua a las religiosas y a los peregrinos. Los enfermos de los ojos suelen lavarse en esa fuente, al mismo tiempo que invocan la intercesión de Santa Otilia. La misma costumbre se practica en Odolienstein de Brisgovia, en el sitio en que la roca se abrió para ocultar a la santa. Al cabo de muchas vicisitudes, el santuario de Santa Otilia y las ruinas de su monasterio pasaron a poder de la diócesis de Estrasburgo. Desde mediados del siglo pasado, Odilienberg se ha convertido de nuevo en sitio de pe-

regrinación. Las reliquias de la santa reposan en la capilla de San Juan Bautista, que es una construcción medieval y ocupa el sitio de la antigua capilla construida por Otilia en honor del santo. Actualmente, suele darse a dicha capilla el nombre de Santa Otilia.

W. Levison publicó el texto de una biografía de Santa Otilia, que data del siglo X, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. VI (1913), pp. 24-50; y cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XIII (1894), pp. 5-32 y 113-121. Según Levison, la biografía contiene muy pocos datos fidedignos. Santa Otilia sigue siendo una de las santas más populares, no sólo en Alsacia, sino también en Alemania y en toda Francia. Existe una literatura considerable sobre Santa Otilia, como puede verse por las referencias de Potthast, *Wegweiser*, vol. II, p. 1498, y DAC., vol. XII (1936), cc. 1921-1934. Se encontrarán muchos datos en diversos volúmenes del *Archiv f. elsässische Kirchengeschinchte*, vgr. vol. VIII, pp. 287-316 (*Das Odilienlied in Lothringen*). La mayor parte de las biografías devotas de Santa Otilia, como la que publicó. H. Welschinger en la colección *Les Saints*, carecen de valor histórico. Este último autor llega a considerar como un documento serio la falsificación de Jerónimo Vignier, que fue desenmascarada por L. Havet en *Bibliotheque de l'Ecole de Chartres*, 1885. Acerca de Santa Otilia en el arte, véase Künstle *Ikonographie*, vol. II, pp. 475-478, y C. Champion, *Ste Odile* (1931). En la época de las batallas de Verdún, en la primera guerra mundial, se atribuyó a Santa Otilia una profecía apócrifa que hizo sonar mucho su nombre. Lo mismo sucedió, aunque en menor escala, en la segunda guerra mundial.

BEATO JUAN MARINONI, (1562 P.C.)

ESTE SIERVO de Dios era el beato más recientemente elevado al honor de los altares cuando Alban Butler publicó su obra, y es uno de los poquísimos beatos a los que incluyó en ella. En efecto, Clemente XIII confirmó el culto del Beato Juan en 1762, de suerte que Butler añadió el artículo referente a él en la segunda edición de su obra. Francisco Marinoni fue el tercero y último de los hijos de una distinguida familia de Bérgamo, nacido en Venecia en 1490. Al abrazar el estado eclesiástico, formó parte del clero de la iglesia de San Pantaleón. Después de su ordenación sacerdotal, fue primero capellán y luego superior del hospital de incurables de Venecia. Más tarde, se le nombró canónigo de la iglesia de San Marcos, donde fue la edificación de sus colegas y de toda la ciudad. Deseoso de servir a Dios más intensamente, Francisco renunció a su beneficio y, en 1528, ingresó en la congregación de clérigos regulares, conocidos con el nombre de teatinos. A los cuarenta años de edad, hizo la profesión en presencia de San Cayetano y de Mons. Caraffa, fundadores de la congregación, y entonces cambió su nombre por el de Juan. Cuando San Cayetano partió de Venecia a Nápoles a fundar ahí otro convento de teatinos, el P. Marinoni le acompañó. En Nápoles predicó la palabra de Dios con admirable sencillez y fruto de las almas. Varias veces fue elegido superior de la comunidad y supo mantener en ella el espíritu apostólico de caridad y celo en toda su perfección. Tanto con sus oraciones como con sus exhortaciones en el púlpito y en el confesonario, fue instrumento de salvación para muchas almas. Cuando San Cayetano volvió a Nápoles en 1543, el Beato Juan fue su brazo derecho en la fundación de montes de piedad en favor de los pobres. El P. Marinoni se negó a aceptar el gobierno de la sede de Nápoles. Ahí murió el 13 de diciembre de 1562, asistido por San Andrés Avelino, quien escribió una semblanza biográfica de su antiguo maestro de novicios.

Véase la biografía de J. L. Bianchi, *Ragguaglio della vita del B. Giovanni Marinoni,* (1763). Existe también una semblanza biográfica de J. Silos, que fue reeditada en 1762 con miras a la beatificación.

BEATO ANTONIO GRASSI, (1671 P.C.)

VICENTE GRASSI, que nació en Fermo de las Marcas en Italia, era un caballero de vida piadosa, muy devoto de Nuestra Señora de Loreto. Cuando murió, en 1602, su hijo Antonio tenía diez años. El niño había heredado la piedad de su padre y supo transformarla en santidad. Durante sus estudios primarios, solía ir a la iglesia de los oratorianos. Ahí conoció al P. Flaminio Ricci, discípulo personal de San Felipe Neri, quien descubrió la vocación de Antonio y le alentó a seguirla. Así pues, a pesar de que su madre se oponía un tanto, Antonio ingresó en la comunidad del Oratorio a los diecisiete años. Como se había distinguido en los estudios, sus compañeros le consideraban como un "diccionario ambulante". Pronto, los conocimientos escriturísticos y teológicos del joven igualaron los que ya poseía en materia de literatura clásica y filosófica. El Oratorio de Fermo, el tercero que fundó en vida San Felipe Neri, formó en su ambiente lleno de gracia al Beato Antonio. Durante varios años, se vio atormentado de escrúpulos, pero quedó perfectamente en paz desde el momento en que celebró su primera misa y, a partir de entonces, la serenidad fue una de sus principales caracteristcias. El P. Mazziotti, S. J., dijo de él: "Jamás le ví salirse de sus casillas". Y el cardenal Facchinetti de Espoleto dio un testimonio semejante.

En 1621, a los veintinueve años de edad, cuando llevaba ya varios de ser sacerdote, tuvo lugar un acontecimiento que dejó una huella indeleble en la vida del P. Grassi. La cicatriz corporal que le quedó fue muy leve, pero la impresión espiritual muy honda. En efecto, se hallaba el beato orando en la iglesia de la Santa Casa de Loreto, cuando un rayo cayó sobre él. El suceso es tan extraordinario que vale la pena citar el relato del santo.

> "Sentí un sacudimiento y me encontré como fuera de mí mismo. Me parecía que mi alma estaba separada de mi cuerpo y que estaba yo desvanecido... Después, oí un gran estruendo, como el de un rayo. Abrí los ojos y vi que había rodado escaleras abajo. En el piso había fragmentos de piedra, y el sitio estaba invadido por un humo tan espeso que parecía niebla. Al principio creí que se había derrumbado el techo; pero, cuando levanté los ojos, vi que estaba intacto. Después, me di cuenta de que me faltaba un trozo de piel en un dedo, y me acordé de que había oído decir que un sacerdote de Camerino había muerto fulminado por un rayo y que la única herida que había sufrido era el levantamiento de la piel de la mano. Por eso, al ver mi dedo, pensé que iba a morir. La idea me pareció tanto más verosímil cuanto que tenía una sensación de calor intenso en el costado. Traté de mover las piernas, pero habían perdido la sensibilidad. Me dio miedo pensar que aquel calor ardiente me iba a llegar al corazón y me iba a matar. Estaba indefenso, tirado sobre la escalera, sin poder moverme. Pensé, ya que no moriría en el Oratorio, que tenía por lo menos la dicha de morir en un santuario de la Madre de Dios. Entonces, alguien se me acercó, y yo le dije que no podía moverme. El

fue a pedir auxilio. Trajeron una silla, me sentaron y nuevamente perdí el conocimiento. Pero me daba cuenta de que mi cabeza, mis brazos y mis pies colgaban como guiñapos y de que tenía entorpecida la vista y el habla, pero conservaba el oído. Alguien empezó a sugerirme los santos nombres de Jesús y María".

Cuando volvió plenamente en sí, el P. Grassi, que seguía pensando que iba a morir, pidió la extremaunción. El médico aconsejó que se le administrase, pero que antes se le trasladase a su convento. "Entonces comprendí que, en cuanto creemos que la muerte está cerca, nos volvemos indiferentes a todas las cosas del mundo y caemos en la cuenta de su vaciedad . . . Después, me dieron un poco de sopa. La noche fue tranquila." A los pocos días, el P. Grassi estaba completamente restablecido. La ropa interior que llevaba cuando recibió la descarga del rayo, estaba desgarrada; el beato la dejó en el santuario como ex-voto. El mismo cuenta que el choque le curó para siempre de la mala digestión. Pero el efecto más importante fue que, a partir de entonces, comprendió que su vida pertenecía a Dios de una manera especial, de suerte que no se le pasaba día sin darle gracias por haberle preservado y, todos los años hacía una peregrinación a Loreto con la misma intención.

Poco después del suceso, el P. Antonio pidió y obtuvo las facultades para oír confesiones. Dicho ministerio había de ser durante toda su vida una de sus ocupaciones principales. En él se mostraba tan sencillo como en todo lo demás: escuchaba al penitente, le decía unas cuantas palabras de exhortación, le imponía la penitencia y le daba la absolución. Generalmente, no daba consejos ni sugería métodos sino en lo estrictamente relacionado con la confesión. Los testimonios del proceso de beatificación demostraron ampliamente que el beato poseía el don de leer los corazones; ese don no se limitaba a cosas generales, sino que descendía a pormenores para los que no bastaba el conocimiento natural. En 1635, el Beato Antonio fue elegido superior del Oratorio de Fermo. Desempeñó ese cargo con tanto acierto, que sus hermanos le reeligieron cada tres años, hasta el fin de su vida. Solía decir que, cuando se trataba de dar informes sobre una persona, no había que atender a un solo rasgo ni a una sola acción, sino al conjunto, y que generalmente el conjunto era bueno. Naturalmente, con ideas tan amplias, era un superior muy bondadoso. En cierta ocasión en que alguien le preguntó por qué no gobernaba con mayor severidad, él replicó: "No sé cómo hacerlo. ¿Habrá que hacer esto?", y al decirlo tomaba una actitud de pomposa severidad. El P. Antonio no practicaba penitencias corporales extraordinarias, ni las aconsejaba a nadie. Cuando un curioso le preguntó si llevaba bajo la sotana una camisa de pelo, el beato respondió que no, porque había aprendido de San Felipe Neri que conviene comenzar por la mortificación espiritual. A este propósito, decía: "La humillación del espíritu y de la voluntad es más eficaz que una camisa de pelo bajo la ropa."

Esto no significa que fuese negligente; muy al contrario, insistía en que sus súbditos observasen a la letra las reglas del Oratorio y supo mantener en su comunidad un nivel muy alto de observancia, valiéndose para ello del ejemplo y la palabra. Cuando tenía que reprender, lo hacía con voz suave y no permitía que nadie hablase en la casa en tono demasiado alto. Cuando alguien lo olvidaba, el beato le decía: "Por favor, padre, basta con unos cuantos cen-

tímetros de voz." Esa indicación era suficiente para corregir al culpable. La influencia del P. Antonio se extendía mucho más allá de los muros del Oratorio. El arzobispo de Fermo, Mons. Gualteri, decía que no sabía lo que haría sin él, y el cardenal Facchinetti de Espoleto y el cardenal Emilio Altieri (más tarde Clemente X), le consultaban frecuentemente acerca de cuestiones espirituales y administrativas. En 1649, el hambre produjo revueltas entre los habitantes de Fermo. El P. Antonio trató de mediar entre el cardenal-gobernador y el pueblo, y estuvo a punto de morir asesinado por la multitud. Siempre se preocupó mucho por el bienestar de sus compatriotas. Jamás hacía visitas de cortesía, pero en cambio estaba pronto a acudir a la casa de los enfermos, de los moribundos y de los necesitados, a cualquier hora del día o de la noche. Con los años, fue aumentando el don de profecía del P. Antonio, quien lo empleaba con frecuencia para consolar o prevenir a quienes iban a consultarle.

Ya muy cerca de los ochenta años, el beato empezó a sentir los molestos efectos de la edad; en efecto, tuvo que dejar de predicar, porque había perdido los dientes y no conseguía hacerse entender, y también tuvo que dejar de oír confesiones. Sin embargo, siguió trabajando activamente, sobre todo cuando se trataba de convertir a un pecador. Una caída en la escalera le obligó a permanecer recluído en su cuarto y, en noviembre de 1671, tuvo que guardar cama. Durante la enfermedad, que duró dos semanas, Mons. Gualteri le llevó diariamente la comunión. Uno de los últimos actos del beato fue reconciliar a dos hermanos que estaban peleados a muerte. También devolvió la vista al P. Remigio Leti, por lo menos lo suficiente para que pudiese celebrar el santo sacrificio, cosa que no había podido hacer durante los últimos nueve años. Se atribuyeron muchos milagros al P. Antonio después de su muerte, pero las guerras civiles y otras causas retardaron la beatificación, que no tuvo lugar sino hasta 1900.

El P. Cristóbal Antici, amigo y discípulo del P. Antonio, escribió su biografía. Poco después de la muerte del beato, se llevó a cabo una encuesta oficial sobre sus virtudes y milagros, gracias a Mons. Gualteri, quien había conocido bien al beato y le tenía en gran estima. Los documentos impresos del proceso de beatificación están a la disposición de los eruditos. Lady Amabel Kerr publicó en 1901 una detallada biografía, titulada *A Saint of the Oratory*. Véase también E. I. Watkin, *Neglected Saints* (1955).

14: SAN ESPIRIDION, Obispo de Tremitus (Siglo IV)

SE CUENTAN muchas anécdotas de este santo chipriota, que fue pastor, padre de familia y obispo. Sozomeno, que escribió a mediados del siglo V, cuenta que unos bandoleros que intentaron robar una noche el ganado del santo, fueron detenidos por una mano invisible, de suerte que no pudieron ni robar el ganado, ni huír. Espiridión los encontró paralizados a la mañana siguiente, oró por ellos para que recobrasen el movimiento y les regaló un carnero para que no se fuesen con las manos vacías. Sozomeno relata también que el santo y toda su familia se abstenían de todo alimento varios días durante la cuaresma. En una de esas ocasiones, un forastero se detuvo en casa de Espiridión para descansar un poco. Este vió que el forastero estaba muy fatigado y, como no tenía pan que ofrecerle, mandó cocer un poco de carne de puerco salada y le invitó a comer. El forastero se excusó, diciendo que era cristiano. Entonces el santo empezó a comer para incitar al extranjero

a hacer otro tanto y le hizo notar que los preceptos eclesiásticos sólo obligan dentro de lo razonable y que no hay ningún alimento que esté vedado para el cristiano.

San Espiridión fue elegido obispo de Tremitus, en la costa de Salamis y, desde entonces, aparte de su oficio de pastor se dedicó a la cura de almas. La diócesis era muy pequeña y los habitantes pobres; los cristianos eran muy observantes, pero quedaban aún algunos paganos. Durante la persecución de Galerio, el santo hizo una gloriosa confesión de la fe. El Martirologio Romano dice que Espiridión fue uno de los que quedaron marcados como esclavos con la pérdida del ojo izquierdo y la aplicación de un hierro candente en la pierna izquierda, para enviarlo a trabajar en las minas. El Martirologio Romano añade, erróneamente, que San Espiridión asistió al Concilio de Nicea en el año 325. En el oriente hay una leyenda donde se cuenta que, cuando Espiridión se dirigía al Concilio, encontró a un grupo de obispos, los cuales se alarmaron mucho pensando que la simplicidad del santo constituía un peligro para la ortodoxia. Así pues, ordenaron a sus criados que degollasen las mulas de Espiridión y de su diácono. Aquella noche, al encontrar a las bestias degolladas, Espiridión no se inmutó, simplemente dijo a su diácono que volviese a pegar las cabezas a los cuerpos, y las bestias resucitaron. Cuando salió el sol, el diácono se dio cuenta de que había pegado la cabeza de su mula, que era baya, al cuerpo de la mula del santo, que era alazana. En el Concilio, un filósofo pagano, llamado Eulogio, atacó al cristianismo. Un anciano obispo, tuerto y de modales groseros, se levantó a responder a aquel sofista rebuscado. Dejándose de rodeos, el obispo afirmó que Dios era omnipotente y que el Verbo se había hecho hombre para redimir al genero humano, y añadió que eso era cuestión de fe y que no se podía probar. En seguida, preguntó a Eulogio si creía en eso o no. El filósofo reflexionó un instante y tuvo que confesar que sí creía. Entonces el obispo le dijo: "Pues ven conmigo a la iglesia para que te confiera yo la señal de la fe." Así lo hizo Eulogio, quien comentó que la virtud es más fuerte que las palabras y las razones, lo cual equivalía a decir que el Espíritu Santo se había manifestado a través de aquel obispo inculto. Algunos historiadores posteriores identificaron a este obispo con San Espiridión, pero sin razón suficiente.

Cierta persona había confiado al cuidado de Irene, hija de Espiridión, un objeto de gran valor. Como Irene muriese, esa persona reclamó el objeto al santo, pero éste no consiguió encontrarlo. Entonces, según cuenta la leyenda, Espiridión se dirigió a la tumba de su hija y le preguntó dónde estaba el objeto perdido. La muerta le indicó en dónde hallarlo y el santo pudo devolverlo al dueño. Aunque San Espiridión era muy inculto, leía diariamente la Sagrada Escritura y sabía el respeto que se debe a la palabra de Dios. En cierta reunión de los obispos de Chipre, San Trifilio, obispo de Ledra (a quien San Jerónimo llama el hombre más elocuente de su tiempo), predicó un sermón. Refiriéndose al pasaje "Toma tu camilla y anda", Trifilio dijo "Toma tu lecho y anda", pues le pareció que esa traducción era más elegante. San Espiridión le reconvino por tratar de hacer elegante un relato cuyo valor consistía precisamente en su sencillez, y preguntó al predicador si creía que el Señor no había empleado la palabra propia. Las reliquias de San Espiridión fueron trasladadas de Chipre a Constantinopla y más tarde a Corfú, donde se las venera todavía. El santo es el principal patrono de los católicos de Corfú, Zakintos y Cefalonia.

Además de las alusiones relativamente tempranas que se encuentran en las obras de Sócrates y de Sozomeno, parece que Leoncio de Neápolis escribió una biografía de San Espiridión a principios del siglo VII; pero sólo se conserva la adaptación que hizo posteriormente Metafrasto (Migne, PG., vol. CXVI, pp. 417-468). Existe también un sermón de Teodoro de Pafos sobre el santo; Usener publicó algunos párrafos en *Beiträge zur Geschichte der Legendenliteratur*, pp. 222-232, y S. Papageorgios hizo una edición completa en 1901. Pero en gran parte se trata de un texto plagiado de la biografía anónima de los obispos Metrófanes y Alejandro de Constantinopla (cf. Heseler, *Hagiographica*, (1934). Se dice también que Trifilio de Ledra, discípulo de San Espiridión, escribió otra biografía en versos elegíacos; pero la obra no se conserva. En el arte bizantino San Espiridión aparece con una gorra de pastor; véase, por ejemplo, G. de Jerphanion, *Les églises rupestres de Cappadoce* (1932); y *Byzantinische Zeitschrift* (1900), pp. 29 y 107. Véase también P. Van den Ven, *La légende de S. Spyridion* (1953), que el P. F. Halkin califica de "beau travail d'édition et de critique".

SANTOS NICASIO, OBISPO DE REIMS, Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (¿451? P.C.)

UN EJÉRCITO de bárbaros invadió una parte de las Galias y saqueó la ciudad de Reims. El obispo del lugar, Nicasio, había predicho esa calamidad al pueblo, a raíz de una visión, y le había exhortado a prepararse a ella con la penitencia. Al ver al enemigo en las calles, el santo, olvidado de sí mismo y preocupado únicamente por el bien de sus hijos, fue de casa en casa, alentando a todos y exhortándolos a la paciencia y a la constancia. Cuando las gentes le preguntaron si debían rendirse o luchar hasta morir, San Nicasio, que sabía que la ciudad iba a caer en poder de los bárbaros, replicó: "Pongámonos en manos de Dios y oremos por nuestros enemigos. Yo estoy pronto a dar mi vida por vosotros." San Nicasio se colocó a la puerta de la iglesia para defender a los que estaban dentro y los infieles le decapitaron ahí mismo. San Florencio, su diácono, y San Jocundo, su lector, fueron asesinados al mismo tiempo. Santa Eutropia, hermana de San Nicasio, viendo que los bárbaros no la mataban, se arrojó sobre el asesino de su hermano, le dio de puntapiés y le rasguñó, hasta que éste se decidió a decapitarla.

Hay una *pasión* en la *Historia Remensis ecclesiae* de Flodoardo (cf. MGH., *Scriptores*, vol. XIII, pp. 417-420), y otros textos en *Analecta Bollandiana*, vol. I y vol. V. Véase también Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 81. Probablemente San Nicasio murió a manos de los hunos en 451, y no a manos de los vándalos en 407.

SAN VENANCIO FORTUNATO, OBISPO DE POITIERS (*c.* 605 P. C.)

VENANCIO Honorio Clemenciano Fortunato nació en Treviso hacia el año 535, se educó en Ravena, y es más conocido como poeta que como santo. Fue un hombre muy popular. El rey Sigeberto y su corte le admiraban tanto como Santa Radegundis y sus religiosas. Los escritos de Venancio Fortunato llegaron a ser tan famosos, que un panegirista italiano del siglo XVI dijo que las odas de Horacio eran pequeñas en comparación de los himnos pindáricos del santo. Sin embargo, no se puede negar que la popularidad de Venancio Fortunato se debió, en parte, a una debilidad humana muy explicable: su deseo de agradar y ser alabado. Cierto que Santa Radegundis, la abadesa Inés y el duque Lupo, merecían los encomios que les prodigó, pero otros, como Cariberto y Fredegunda, no los merecieron ni en sus mejores momentos. Fortunato

partió a Italia cuando contaba alrededor de treinta años para ir al santuario de San Martín de Tours a dar gracias por haberse repuesto de una enfermedad de los ojos. Durante el viaje, escribió poemas en honor de los obispos y otros distinguidos personajes que le hospedaron. Como llegó a Metz precisamente en los días en que iba a celebrarse el matrimonio del rey, compuso un epitalamio en honor de Sigeberto y Brunequilda. En París le llamó particularmente la atención la diligencia con que el clero cantaba el oficio divino.

De Tours pasó a Poitiers. Ahí se estableció y recibió la ordenación sacerdotal. De esa época, data la amistad que le unió toda la vida con Radegundis, la abadesa Inés y las religiosas de la Santa Cruz, de las que fue una especie de "factotum" y protector extraoficial. Venancio, Radegundis e Inés, sostuvieron una nutrida correspondencia, en la que se intercalaban poemas. Muchas de esas cartas se han perdido. La amistad que los unía era suficientemente íntima para ser alegre y suficientemente seria para ser fructuosa. En una cuaresma. Fortunato escribió a Radegundis una carta en verso, en la que le pedía que no se aislase demasiado durante ese tiempo de penitencia. "Aun cuando no hay nubes y el cielo está sereno, falta el sol cuando vos estáis ausente." En seguida, le aconsejaba que bebiese vino y comiese más para no perder la salud, y le daba las gracias por los frutos y platillos que le había enviado. "Me aconsejásteis que tomase dos huevos por la tarde. Para decir la verdad, tomé cuatro. Quisiera que mi alma fuese tan dócil a vuestros consejos como lo es mi estómago." Fortunato termina la carta prometiendo a Santa Radegundis que le enviará rosas, lirios y otras flores en cuanto las encuentre.

El año 569, el emperador Justiniano II envió una reliquia de la verdadera cruz al monasterio, lo que dio ocasión para ver a Fortunato bajo otra luz. El rey Sigeberto delegó en San Eufronio de Tours la misión de depositar solemnemente la reliquia, pues Meroveo de Poitiers, que no era amigo de Fortunato, se había rehusado. En esa oportunidad, Fortunato compuso el himno "Vexilla regis prodeunt", que se canta actualmente el Viernes Santo durante la procesión que se hace para transportar el Santísimo Sacramento desde el monumento, en las Vísperas del tiempo de Pasión y en las fiestas de la Cruz. Fortunato era sobre todo un poeta litúrgico. En la liturgia romana se conserva también otro himno suyo, el "Pange lingua". El "Salve festa dies", que se reza en Pascua, es también de Fortunato.

Santa Radegundis murió el año 587, e Inés falleció por la misma época. A partir de entonces, Fortunato participó más de lleno en los asuntos públicos y eclesiásticos, y era bien recibido en dondequiera que hacía falta un poeta para celebrar algún acontecimiento. Fue particularmente amigo de tres obispos santos, Félix de Nantes, Leoncio de Burdeos y Gregorio de Tours, el último de los cuales le aconsejó que coleccionase y publicase sus poemas. Fortunato publicó diez tomos durante su vida. Entre sus obras más serias se cuentan las biografías de San Martín, de Santa Radegundis y de otros santos más. Hacia el año 600, fue elegido obispo de Poitiers, pero su gobierno fue muy breve.

Venancio Fortunato era particularmente sensible —por no decir morbosamente sensible— a las penas y dificultades de las mujeres, como puede verse por las líneas que escribió a la abadesa Inés sobre la virginidad, así como por otros pasajes de sus obras. Pero esa misma sensibilidad le permitió apreciar como pocos el papel de la vida y el pensamiento cristianos en la Galia mero-

vingia, ya que muchas de las principales figuras de entonces eran mujeres. Generalmente, se considera a Venancio Fortunato como "personaje ilustre, buen poeta y gran obispo." Pero no todos los autores son tan benévolos, ya que no han faltado críticos adversos que le acusan de haber exagerado el tacto y la prudencia hasta convertirlos en pusilanimidad y dulzarronería y de haberse guiado por el principio de que había que gozar de la vida lo más posible. Hay que reconocer que con frecuencia se dejaba llevar del deseo de agradar; pero también hay que admitir que la idea de disfrutar lo más posible de esta vida y de la otra, si se entiende bien, no está reñida con el cristianismo. No hay ningún estado de vida en el que la santidad sea imposible. San Venancio Fortunato fue un caballero romano muy culto, de gustos refinados y de vida poco simpática. Su nombre no figura en el Martirologio Romano, pero su fiesta se celebra en varias diócesis de Francia e Italia.

Las principales fuentes son las obras de Gregorio de Tours y las cartas y escritos del poeta. El mejor texto de las obras completas de Fortunato es el de Leo y Krusch, en MGH., *Auctores antiquissimi*, vol. IV. Por lo que toca al juicio literario de los escritos de Fortunato, bastará con citar a M. Manitius, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, vol. I, pp. 170-181, y las referencias que hay en los volúmenes siguientes. Véase también el largo artículo del DAC., vol. V, cc. 1982-1997; *DTC.*, col. VI, cc. 611-614; y DCB., vol. II, pp. 552-553. Al fin en este último artículo se exageran un poco los defectos de Fortunato. Helen Wadelle publicó en *Mediaeval Latin Lyrics* (1935), pp. 58-67, el texto y una traducción de cinco poemas de Fortunato. Acerca del culto del santo, cf. B. de Gaiffier, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1952), pp. 262-284.

BEATO BARTOLOME DE SAN GIMIGNANO (1300 P.C.)

BARTOLOMÉ Buonpedoni, a quien sus amigos llamaban Bartolo, nació en Mucchio, cerca de San Gimignano de Toscana, a principios del siglo XIII. Su padre quería que hiciese carrera y contrajese matrimonio, pero Bartolomé, que pensaba de otro modo, entró a trabajar como criado en la abadía benedictina de San Vito de Pisa. Trabajó como enfermero y se distinguió tanto, que los monjes le propusieron que tomase el hábito. En tanto que reflexionaba sobre ello, se le apareció el Señor en sueños y le dijo que ganaría su corona, no como monje, sino aceptando los veinte años de sufrimientos físicos que le esperaban. Después de estudiar un poco en el monasterio, Bartolomé se ordenó hacia los treinta años de edad y fue nombrado párroco de Peccioli. Era terciario de San Francisco; vivía y desempeñaba su oficio pastoral según el espíritu del santo. En su casa se hospedaba un joven llamado Vivaldo o Ubaldo, el cual se hizo ermitaño después de la muerte de Bartolomé y alcanzó el honor de los altares.

En el año 1280, el Beato Bartolomé contrajo la lepra. Entonces, se acordó de que el Señor le había predicho veinte años de sufrimientos. Acompañado por el fiel Vivaldo, se retiró al lazareto de Celloli, donde fue nombrado capellán. Aunque la enfermedad le atormentó mucho, nunca le impidió celebrar la misa. Así vivió el beato, con infinita paciencia y sirviendo al prójimo, hasta el 12 de diciembre de 1300. La enfermedad duró exactamente veinte años. Bartolomé fue sepultado en la iglesia de los agustinos de San Gimignano. Uno de los agustinos escribió hacia el fin del siglo un relato de su vida y de sus milagros. Sus reliquias se hallan todavía en esa iglesia. Los habitantes de San Gimignano le llaman "San Bartolo" y "el Job de Toscana". En 1499, fue aprobada la fiesta local,

y el culto fue oficialmente confirmado en 1910. Los frailes menores celebran su fiesta el 14 de diciembre.

En el decreto de confirmación del culto (*Acta Apostolicae Sedis*, vol. II (1910), pp. 411-414, hay un resumen bastante completo de la vida del beato. Ahí mismo se dice que Próspero Lambertini (Benedicto XIV) consideraba que el culto había sido ya virtualmente confirmado en 1499 por Alejandro VI. Se encontrarán otros detalles sobre la vida del beato en Wadding, *Annales Ordinis Minorum;* Mazzara, *Leggendario Francescano* (1680), vol. II, pte. 2, pp. 681-684. Véase también Léon, *Auréole Séraphique* (ed. ingl.), vol. IV, pp. 165-169, quien se basa directamente en la biografía de Fray Giunta, escrita, según se dice, en el siglo XIV. En italiano existe la biografía popular de E. Castaldi, *Santo Bartolo* (1928).

BEATO CONRADO DE OFFIDA (1306 P.C.)

CONRADO INGRESÓ en la orden franciscana a los catorce años. Más tarde, estuvo en el convento fundado por el propio San Francisco en Forano, en los Apeninos y en el gran convento de Alvernia. Antes de ordenarse sacerdote y llegar a ser predicador de fama, ejerció los oficios de cocinero y limosnero. A este propósito se cuentan varias anécdotas extraordinarias. En efecto, se dice que su ángel de la guarda era el mismo que el de San Francisco y que Conrado conversaba frecuentemente con él acerca del fundador de la orden. El beato conservó el mismo hábito toda su vida y siempre iba descalzo. Su amor a la pobreza le llevó a formar parte del movimiento franciscano que se llamó originalmente de los "Zelanti" o "Espirituales". Fue muy amigo de Pedro Juan Olivi y simpatizaba con Angel Clareno y Fray Liberato, que eran los jefes del movimiento de los ermitaños. Aunque las ideas de Conrado eran más moderadas, creyó y difundió la leyenda de que San Francisco había resucitado para fomentar el movimiento de los espirituales. Según se dice, el hermano León le había contado esa leyenda.

El principal amigo de Conrado fue el Beato Pedro de Treja, quien le acompañó en sus misiones y estaba con él en el bosque el día de la Purificación, cuando la Santísima Virgen se le apareció y le puso al Niño Jesús en los brazos. De los dos beatos se dijo que "brillaban como dos estrellas en el cielo de las Marcas y eran como dos moradores del cielo; se amaban tanto, que parecían no tener más que un corazón y un alma y habían hecho el pacto de revelarse mutuamente todas las consolaciones que Dios concediese a cada uno de ellos." El autor de las "Florecillas" dice que el Beato Conrado "tenía un celo maravilloso por la pobreza evangélica y la regla de San Francisco. Llevaba una vida tan piadosa y de tanto mérito ante Dios, que Jesucristo le honró con muchos milagros durante su vida y después de su muerte." Conrado murió a los sesenta y cinco años de edad, cuando se hallaba predicando en Bastia, cerca de Asís, y ahí fue sepultado. Algunos años más tarde, sus reliquias fueron trasladadas a Perugia, y reposan actualmente en la catedral, junto con las del hermano Gil. Su culto fue confirmado en 1817.

Bartolomé de Pisa y otros cronistas franciscanos relatan los principales acontecimientos de la vida del beato. Véase, por ejemplo, Mazzara, *Leggendario Francescano* (1680), vol. II, pte. 2, pp. 678-681. M. Falcoci-Pulignani publicó la biografía escrita por B. Bartolomasi en 1807 (*Miscellanea Francescana*, vol. XV-XVII); desgraciadamente dice muy poco sobre las relaciones de Conrado con los *Zelanti*, que es el punto de mayor

interés. Véase *Historisches Jahrbuch* (1882), pp. 648-659, y (1929), pp. 77-81; *Archivum Franciscanum Historicum*, vol. XI (1918), pp. 366-373. Hay una semblanza biográfica en Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.) vol. IV, pp. 174-177.

BEATO BUENAVENTURA BUONACCORSI (1315 P.C.)

En 1276, San Felipe Benizi fue a Pistoia a presidir el capítulo general de los servitas y aprovechó la oportunidad para predicar al pueblo, que estaba muy dividido. Entre sus oyentes había un hombre de unos treinta y seis años, perteciente a la noble familia Buonaccorsi, que era el jefe de los gibelinos y, en materia de piedad, era un caso desesperado. El hombre, que se llamaba Buenaventura, quedó tan conmovido de la exhortación que hizo el santo por la paz y concordia, que fue a verle y se acusó de ser uno de los principales causantes del desorden, la miseria y la injusticia que reinaban. Su arrepentimiento era tan profundo, que pidió la admisión en la orden de los servitas. San Felipe, que naturalmente desconfiaba un poco de aquella conversión tan súbita, le probó imponiéndole una penitencia pública. En efecto, Buenaventura debía reparar todos sus excesos y pedir perdón personalmente a todos aquéllos a quienes había hecho daño. Buenaventura se sometió de buen grado a aquella penitencia y la ejecutó puntualmente. Entonces, San Felipe le llevó consigo a Monte Senario para que hiciese el noviciado en la casa madre de la orden. Buenaventura perseveró en su buen propósito. Después de su profesión, fue el compañero de viajes de San Felipe y recibió la ordenación sacerdotal. Durante los años siguientes, acompañó constantemente al prior general, quien, junto con el legado pontificio, que era el cardenal Latino, trató de restablecer la paz en Bolonia, Florencia y otras ciudades en las que reinaba la división. Naturalmente, las gentes quedaban muy impresionadas cuando veían al antiguo gibelino en hábito de mendicante, predicando el amor fraternal.

En 1282, el Beato Buenaventura fue nombrado superior de Orvieto. Cuando murió San Felipe, el sucesor de éste, que fue el P. Lottaringo, le llamó a su lado. Más tarde, el beato fue nombrado predicador apostólico para que misionase en toda Italia y lo hizo con gran fruto de las almas. En 1303, fue elegido por segunda vez superior de Montepulciano y ayudó a Santa Inés a fundar una comunidad de religiosas de Santo Domingo, de las que fue director espiritual. De ahí pasó a Pistoia, su ciudad natal, que estaba desgarrada por la guerra civil y amenazada por los florentinos. El Beato Buenaventura hizo cuanto pudo por renovar en el pueblo la conciencia de sus responsabilidades cristianas, sobre todo, mediante la creación de cofradías y la difusión de la tercera orden de los servitas, y predicó incansablemente la paz y la unión. Murió en Orvieto, el 14 de diciembre de 1315 y fue sepultado en la capilla de Nuestra Señora de los Dolores de la iglesia de los servitas. Así le mostró el pueblo la veneración que le profesaba. Desde antes de morir, se le llamaba en Orvieto "il Beato", y se le atribuyeron milagros antes y después de su muerte. Su culto fue confirmado en 1822.

A lo que parece, no existe ninguna biografía medieval del beato; pero Poccianti, en su *Chronicon* (1567), refiere los principales datos de su vida. En ese documento se basa A. Giani, *Annales Ordinis Servorum*, vol. I, pp. 118 ss. y passim. Véase también Sporr, *Lebensbilder aus dem Servitenorden* (1892), p. 621; y los primeros volúmenes de *Monumenta Ordinis Servorum B.M.V.*, publicados a partir de 1892.

BEATO NICOLAS FACTOR (1583 P.C.)

VICENTE FACTOR era un sastre siciliano. En Valencia, España, donde se había establecido, se casó con una joven llamada Ursula. En 1520, tuvieron un hijo, a quien llamaron Pedro Nicolás. Era éste un niño piadoso y vivaz. Cuando tenía quince años, su padre quiso que se pusiese a trabajar; pero el joven, sintiéndose llamado a la vida religiosa, ingresó en 1537 en el convento de los frailes menores de la observancia, de su ciudad natal. Sus progresos fueron rápidos. Varias veces pidió Nicolás a sus superiores que le enviasen a las misiones extranjeras; pero hubo de contentarse con trabajar entre los moros de España. Se cuenta que en dos ocasiones aseguró a sus oyentes que era capaz de meterse en un horno encendido y salir ileso, si le prometían recibir el bautismo. Los oyentes se negaron a ello. En el último año de su vida, el beato se cambió a la rama de los capuchinos de Barcelona; pero a los pocos meses, volvió con los observantes. A ese propósito, dijo a los cartujos de La Scala: "Dejé a unos santos para ir con otros santos."

Los biógrafos del beato hablan mucho acerca de sus austeridades y milagros. Se disciplinaba siempre antes de celebrar la misa o de predicar. Sus mortificaciones eran tan terribles, que fue denunciado ante la Inquisición por singularizarse. Los raptos, milagros y visiones abundaron en su vida, de suerte que San Luis Beltrán decía de él que había vivido más bien en el cielo que en la tierra. Entre otras cosas, anunció la victoria de Lepanto el día mismo en que ésta tuvo lugar. Los nobles de España, de Felipe II para abajo, le tenían gran veneración. Entre sus amigos se contaban San Pascual Bailón, San Luis Beltrán y el Beato Juan de Ribera, quienes dieron testimonio en el proceso de beatificación. En las anécdotas que se cuentan sobre el Beato Nicolás, abundan las exageraciones. Una de las más características relata que la Santísima Virgen le ordenó un día, hablándole por boca de una imagen suya, que fuese a celebrar la misa, en la que le asistieron San Francisco y Santo Domingo. Se dice también que su pecho ardía de tal modo en el amor divino, que bastaba con que el beato se metiese en el agua fría para que ésta se calentase casi hasta la ebullición. El diablo solía atacarle bajo las apariencias de un león, de un oso, de un víbora, etc. El Beato Nicolás murió en Valencia, el 23 de diciembre de 1583. Fue beatificado en 1786.

Todos los cronistas franciscanos hablan detenidamente sobre el beato. Por ejemplo, Mazzara, *Leggendario Francescano* (1680), pp. 718-749 (vol. II, pts. 2). En las *Chroniche* de Leonardo de Nápoli, pte. 4, vol. II, hay más de 120 páginas de letra pequeña consagradas al Beato Nicolás. Probablemente la mejor biografía es la de G. Alapont, *Compendio della Vita del. B. Niccolo Fatore;* el autor afirma que se basó en el proceso de beatificación, publicado en 1786. Véase también Léon, *Auréole Séraphique,* vol. IV pp. 178-191.

15 SANTA NINA, VIRGEN (Siglo IV)

LA HISTORIA de los orígenes del cristianismo en el antiguo reino de Georgia (Iberia) es muy incierta. Rufino relata los comienzos de la evangelización, que los habitantes de Georgia y los orientales en general suelen aceptar y embellecer. Según Rufino, a principios del siglo IV, llegó a Georgia una joven prisionera (los georgianos la llaman Nina; el Martirologio Romano le da simplemente el nombre de "Cristiana"). El pueblo quedó muy impresionado

por la sencillez e inocencia de la joven y por el mucho tiempo que consagraba a la oración de día y de noche. A las preguntas de las gentes, Nina respondía simplemente que adoraba a Cristo como Dios. Un día, una mujer le presentó a su hijito enfermo y le preguntó qué debía hacer para que sanase. Nina le respondió que Jesucristo podía curar aun las enfermedades más graves; acto seguido, envolvió al niño en su áspero manto, invocó al Señor, y devolvió a la criatura perfectamente sana. El rumor del milagro llegó a oídos de la reina de Iberia, que estaba también enferma, e inmediatamente mandó llamar a Nina. Como la santa se negase a ir, la reina acudió a verla y quedó curada. La reina quiso hacer algo por su bienhechora, pero ésta le dijo: "Es obra de Cristo y no mía. El es el Hijo de Dios y el creador del mundo." La reina repitió esas palabras al rey. Poco después, el monarca se extravió durante una cacería, a causa de la niebla, y juró que creería en Cristo si encontraba el camino. La niebla se disipó y el rey cumplió su promesa y llamó a la santa para que los instruyese. El monarca anunció al pueblo que había cambiado de religión, dio permiso a Nina de predicar y enseñar, y empezó a construir una iglesia. Durante la construcción, Dios obró otro milagro por la intercesión de su sierva; en efecto, un pilar que bueyes y hombres no habían podido mover, voló por el aire y fue a colocarse en el sitio que le correspondía, a la vista de la multitud. El rey envió al emperador Constantino una embajada para comunicarle su conversión y pedirle que mandase obispos y sacerdotes a Iberia. Así lo hizo Constantino.

Un príncipe ibérico, llamado Bakur, refirió esta leyenda a Rufino en Palestina, antes de principios del siglo V. Es muy posible que la conversión de Georgia haya comenzado en el reinado de Constantino y que una mujer haya desempeñado en ella un papel de importancia. El relato de Rufino ha sido traducido (y ampliado) al griego, al sirio, al armenio, al copto, al arábigo y al etíope. En la literatura de Georgia hay toda una serie de leyendas sobre la santa, que carecen de valor histórico. Rufino no cita el nombre de ninguna población, ni los del rey y la reina; tampoco da el nombre de la santa, ni mucho menos explica dónde nació. Las leyendas posteriores han suplido con creces esas omisiones. Nina (que, según ciertas versiones, no era una cautiva, sino que había huído voluntariamente de la persecución de Diocleciano), era originaria de Capadocia (o de Roma, o de Jerusalén, o de la Galia). Los armenios afirman que era armenia y la relacionan con Santa Rípsima. Después de dejar firmemente establecido el cristianismo, Nina se retiró a una celda de la montaña, en Bodbe de Kakheti. Ahí murió y fue sepultada. Más tarde, la región se convirtió en una sede episcopal y las reliquias de la santa se conservan en la catedral. También es interesante notar que desde tiempo inmemorial se dice que la catedral de Mtzkheta fue la iglesia del pilar milagroso. Está fuera de duda que, en la época en que Rufino escribió, Georgia era ya parcialmente cristiana; pero es imposible determinar hasta qué punto tiene fundamento histórico la leyenda que le contó el príncipe georgiano y aun cuál fue exactamente esa leyenda.

Se ha discutido mucho sobre el pasaje de Rufino. Puede verse en el texto de Mommsen, publicado en la edición de Eusebio, que se guarda en la Academia de Berlín. El P. Paul Peeters ha elucidado mucho la cuestión en su artículo *Les débuts du christianisme en Géorgie* (*Analecta Bollandiana*, vol. 1, 1932, pp. 5-58). Resultaría demasiado complicado estudiar aquí todos los elementos que han intervenido en el desarrollo de la fantástica leyenda de Santa Nina en sus diversas versiones. La leyenda, por lo menos en su forma más conocida, no data de antes del año 973; y los textos georgianos son posteriores. En *Studia Biblica et Ecclesiastica* de Oxford, vol. V, hay una traducción inglesa

de una biografía georgiana, hecha por M. y J. Wardrop, y una traducción de un texto armenio, debida a F. C. Conybeare; pero no podemos garantizar la exactitud de las fechas, que nos parecen demasiado tempranas. En alemán existe el excelente estudio de M. Kekelidze, *Die Bekehrung Georgiens zum Christentum* (1928). Acerca de la cruz milagrosa de Santa Nina, véase Peeters, en *Analecta Bollandiana*, vol. LIII (1935), pp. 305-306. En Egipto se llama algunas veces *Teognosta* a la santa; dicho nombre proviene de una mala lectura de la traducción griega del texto de Rufino, quien no da el nombre de la santa.

SANTOS VALERIANO Y OTROS MÁRTIRES DE AFRICA (457 y 482 P.C.)

EL 6 DE diciembre hablamos de Santa Dionisia y sus compañeros. En la fecha de hoy, se conmemora a otros mártires de las persecuciones de los vándalos. En tiempos de Genserico, tuvo lugar el martirio de San Valeriano. "Cuando tenía más de ochenta años, se le ordenó que entregase los vasos sagrados de su iglesia. Como se rehusase con gran tenacidad, fue expulsado de la ciudad y se prohibió a los habitantes que le acogiesen en su casa o en sus posesiones. Así pues, permaneció largo tiempo sin socorro alguno, al aire libre y terminó su bendita vida defendiendo y confesando la fe católica." En la fecha siguiente se celebra la memoria de otras muchas vírgenes consagradas a Dios que sufrieron el martirio durante el reinado de Hunerico. Fueron colgadas por los brazos y golpeadas, quemadas con carbones encendidos, vendidas como esclavas, arrojadas al desierto y torturadas en otras formas hasta que, finalmente, dieron la vida por Cristo.

Todo lo que sabemos sobre estas mártires, se reduce a lo que cuenta Víctor de Vita en su *Historia Wandalicae Persecutionis* (lib. I, c. 39). Véase también Quentin, *Martirologes historiques*, p. 353.

SAN ESTEBAN, OBISPO DE SUROSH (c. 760 P.C.)

SEGÚN LA biografía griega, Esteban nació en Capadocia y llegó a ser obispo de Surosh (actualmente Sudak) de Crimea, en la costa del Mar Negro. Durante la persecución iconoclasta del emperador León III, fue desterrado por haber defendido el culto de las sagradas imágenes. Cuando Constantino V ascendió al trono imperial, el año 740, San Esteban volvió a su sede. En los últimos años de su vida, el santo se distinguió como misionero entre los eslavos y los kázaros y aun llegó a predicar a los varangianos, según se dice. La versión rusa de su biografía, que data del siglo XV, cuenta que el santo se apareció a una banda de piratas ruso-varangianos que devastaban la Crimea y los dispersó. El jefe de la banda, Yuri, que era originario de Novgorod, se convirtió. Los rusos celebran la fiesta de San Esteban de Surosh. Los eruditos se han interesado mucho en estos últimos años por San Esteban y San Jorge de Amastris (21 de febrero), por la importancia que tienen en la historia de los varangianos y del cristianismo en Rusia.

Véase Baumgarten, *Aux origines de la Russie*, c. II (1939); Taube, *Rome et la Russie*, vol. I, passim (1947); Maltzev, *Menologium* (1900). El P. Martynov, en *Annus ecclesiasticus Graeco-Slavicus* (*Acta Sanctorum*, oct., vol. XI), cita a varios autores que pueden interesar a los especialistas, en las *Observanda* del 15 de diciembre.

SAN PABLO DE LATROS (956 P.C.)

EL PADRE de este ermitaño, que era oficial del ejército imperial, murió en una batalla contra los sarracenos. Entonces, la madre de Pablo partió con sus dos hijos de Pérgamo, donde había nacido nuestro santo, a Bitinia. Basilio, el mayor de los dos hijos, tomó el hábito en el monasterio del Monte Olimpo; pero poco después, deseoso de mayor soledad, se retiró al Monte Latros (Latmos). Después de la muerte de su madre, Basilio indujo a su hermano a abrazar la vida religiosa. Aunque todavía era muy joven, Pablo había experimentado ya la vanidad del mundo y los peligros de vivir en él. Basilio le encomendó al abad de Karia para que le instruyese. Pablo quería ser ermitaño para vivir en mayor soledad y austeridad; pero su abad, juzgando que era demasiado joven todavía, no le dejó partir mientras vivió. Después de la muerte del abad, Pablo se estableció en una cueva de la cumbre del Monte Latros. Durante varias semanas, sólo se alimentó de bellotas verdes, que al principio le hicieron mucho daño. Ocho meses después, sus superiores le mandaron regresar a Karia. Se cuenta que, cuando trabajaba en la cocina, el fuego del horno le hacía pensar tanto en el infierno, que no podía mirarlo sin prorrumpir en llanto.

Cuando sus superiores le dieron permiso de seguir su vocación, el santo se retiró a la parte más rocosa del monte. Durante los primeros tres años sufrió violentas tentaciones. De cuando en cuando, algún campesino le llevaba algo de comer, pero generalmente San Pablo se alimentaba de yerbas silvestres. Cuando la fama de su santidad se extendió por la provincia, fueron a reunirse con él algunos discípulos y construyeron una serie de celdas. El santo, que se preocupaba tan poco de su propio cuerpo, ponía gran cuidado en que no faltasen nada a los que vivían bajo su dirección. Al cabo de doce años, se retiró a otro sitio del monte en busca de mayor soledad. De cuando en cuando, iba a visitar a sus discípulos para alentarlos. Algunas veces los acompañaba al bosque para cantar el oficio divino al aire libre. Cuando éstos preguntaron a San Pablo por qué en ciertas ocasiones estaba tan alegre y en otras tan triste, respondió: "Cuando nada me distrae de Dios, mi corazón se inunda de gozo, de suerte que me olvido aun de comer y de las otras necesidades corporales. En cambio, cuando tengo distracciones, me siento muy abatido." Algunas veces hablaba a sus discípulos de lo que pasaba entre Dios y su alma y de las gracias extraordinarias que recibía en la contemplación.

Deseando encontrar la soledad perfecta, el santo se retiró a la isla de Samos y se escondió en una cueva. Pero pronto fue descubierto su refugio y fueron a reunírsele nuevos discípulos, de suerte que repobló las "lauras" que habían sido destruidas por los sarracenos. Los monjes de Latros le rogaron que volviese con ellos y así lo hizo. El emperador Constantino Porfiriogénito le escribía con frecuencia para pedirle consejo, y más de una vez tuvo que arrepentirse de no haberlo seguido. San Pablo se preocupaba mucho por los pobres y solía quitar de su comida y vestidos más de lo conveniente para repartirlo entre ellos. En cierta ocasión intentó venderse como esclavo para socorrer a unas personas que se hallaban en grave necesidad; pero sus discípulos se lo impidieron. El 6 de diciembre de 956, presintiendo que se acercaba la hora de su muerte, bajó de su celda a la iglesia, celebró la misa más temprano que de costumbre y, en seguida, fue a acostarse. El tiempo que le quedaba de vida lo pasó orando y dando instruc-

ciones a sus discípulos. Murió el 15 de diciembre. Los griegos le conmemoran en esa fecha. Algunas veces se le llama San Pablo el Joven.

La biografía de San Pablo, escrita por un discípulo anónimo, es una de las biografías bizantinas más fidedignas. Fue publicada por primera vez en *Analecta Bollandiana*, vol. XI (1892). Delehaye hizo una edición más cuidadosa en el volumen titulado *Der Latmos*, que fue publicado en 1913 por T. Wiegand y otros eruditos, con abundantes ilustraciones y comentarios arqueológicos. En el mismo volumen hay un panegírico tomado de un manuscrito hasta entonces inédito (MS. Vaticano 704). Véase también *Zeitschrift f. katholische Theologie*, vol. XVIII (1894), pp. 365 ss.; y *Revue des quest. histor.*, vol. X (1893), pp. 49-85.

SANTA MARIA DE ROSA, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS DONCELLAS DE LA CARIDAD DE BRESCIA (1855 P.C.)

MÁS DE TRES siglos después de que Savonarola predijo la ruina de Brescia (profecía que se cumplió en 1512, cuando los franceses se apoderaron de la ciudad y la saquearon), nació una de las tres personas que, con su santidad, dieron gloria a Brescia en el siglo XIX; las otras dos fueron el Beato Luis Pavoni y la Beata Teresa Verzeri. María (a quien en su casa llamaban Paula o Paulina) nació en 1813. Era la sexta de los nueve hijos de Clemente de Rosa y de la condesa Camila Albani. Su infancia no tuvo nada de extraordinario. A los once años, María tuvo la pena de perder a su queridísima madre. A los diecisiete años, la joven abandonó la escuela para ocuparse de su padre y éste empezó a buscarle marido. Cuando le presentó al pretendiente, María se sobresaltó. En seguida, acudió a consultar al arcipreste de la catedral, Mons. Faustino Pinzoni, sacerdote muy sagaz, que había dado ya muestras de gran prudencia en su dirección. Mons. Pinzoni fue a ver personalmente a Clemente de Rosa y le explicó que su hija había determinado no contraer matrimonio. En aquella época, sobre todo en las clases superiores, los padres no solían preocuparse mucho de las inclinaciones de sus hijos, particularmente en cuestiones de matrimonio. Ello hace tanto más encomiable la actitud del padre de María, quien se plegó casi inmediatamente a la decisión de su hija y la apoyó más tarde en la realización de sus planes, por más que debían parecerle extravagantes.

María siguió viviendo en su casa diez años. Cada día, se consagraba más a las obras de beneficencia, en lo cual su padre la precedía con el ejemplo. Entre las propiedades de Clemente se contaban unos telares en Acquafredda, en los que trabajaban algunas jóvenes. Una de las primeras empresas de Paula consistió en ocuparse de ellas. Su solicitud se extendió pronto a las jóvenes de Capriano, donde su familia tenía una casa de campo. Con la ayuda del párroco, María estableció ahí una cofradía de mujeres y organizó para ellas retiros y misiones especiales. Los resultados fueron tan extraordinarios, que el párroco apenas reconocía a sus feligreses. En nuestros artículos sobre los Beatos Luis Pavoni y Teresa Verzeri, hablamos de la epidemia de cólera que hizo estragos en Italia en aquella época. Cuando la epidemia se declaró en Brescia, en 1836, María pidió a su padre permiso para asistir a los enfermos en los hospitales. Clemente aceptó no sin vacilar y temblar por la salud de su hija. Los servicios de María fueron bien acogidos en el hospital. La joven acudió con una viuda llamada Gabriela Echenos-Bornati, la cual tenía ya cierta experiencia en el cuidado de

los enfermos. Ambas dieron tal ejemplo de olvido de sí mismas, laboriosidad y caridad, que toda la ciudad quedó profundamente impresionada.*

A raíz de eso, se pidió a María que se encargase de dirigir una especie de taller para jóvenes pobres y abandonadas. Se trataba de un puesto difícil para una joven que tenía apenas veinticuatro años. María lo desempeñó con gran éxito durante dos años, al cabo de los cuales, renunció a causa de ciertas diferencias con los protectores de la obra, quienes no querían que las jóvenes pasasen la noche en la casa que ocupaba el taller. María fundó entonces un dormitorio para doce jóvenes. Al mismo tiempo, empezó a ocuparse de una obra emprendida por su hermano Felipe y Mons. Pinzoni: se trataba de una escuela para niñas sordomudas, del tipo de las que Luis Pavoni estaba fundando entonces para niños. La escuela estaba aún en sus comienzos cuando Paula la cedió a las hermanas canosianas, quienes deseaban desarrollar la obra en gran escala en Brescia.

La historia de aquellos diez años de la vida de María es verdaderamente extraordinaria, sobre todo si se tiene en cuenta que aún no cumplía los treinta años y era de salud delicada. Pero había en ella algo de viril, y su energía física y su valor eran poco comunes; por ejemplo, en cierta ocasión, salvó la vida de una persona que iba en un carruaje cuyo caballo se desbocó, en circunstancias extremadamente peligrosas. Su inteligencia, rápida, aguda y tenaz, hacía juego con su carácter, de suerte que no se contentaba con practicar la virtud en grado heroico y dejar que su evolución intelectual en materia de religión se estancase a la altura del catecismo de niños. La santa llegó a poseer serios conocimientos teológicos, y en la selección de sus lecturas supo emplear la agudeza e intuición que la guiaban en los asuntos de la vida práctica. Su inteligencia se reveló particularmente cuando tuvo que resolver los complejos problemas que acompañan siempre a la fundación de una congregación religiosa. Por otra parte, María tenía una memoria muy tenaz para retener los recuerdos de personas y acontecimientos, tanto grandes como pequeños, cosa que le sirvió no poco.

La congregación empezó a tomar forma en 1840. Al principio, fue una especie de asociación piadosa, de la que María fue nombrada superiora por Mons. Pinzoni. La Sra. Cornati fue prácticamente cofundadora de dicha asociación, que tenía por finalidad atender a los enfermos en los hospitales; las socias no actuaban únicamente como enfermeras, sino que consagraban a los enfermos todo su tiempo y sus fuerzas. Las cuatro primeras socias, que tomaron el nombre de Doncellas de la Caridad, se establecieron en una casa ruinosa e incómoda, en las cercanías del hospital. Pronto fueron a unírseles quince jóvenes tirolesas, quienes habían oído a un misionero hablar de la asociación. Al poco tiempo, la comunidad constaba ya de treinta y dos personas. La forma en que trabajaban, despertó la admiración de la ciudad, de la que se hizo eco un médico que escribió un artículo sobre las obras de misericordia, espirituales y corporales, que llevaban a cabo. Pero no faltaban quienes criticasen seriamente la obra. Algunas personas consideraban a las Doncellas de la Caridad como instrusas y querían echarlas fuera. Sin embargo, a los tres meses de la fundación de la asociación, las autoridades de Cremona invitaron a las jóvenes a emprender una obra parecida en dicha ciudad, y éstas aceptaron. Escribiendo a la

* Manzoni describe en "Los Novios" el hospital de infecciosos de Milán. Ello dará una idea de las condiciones del de Brescia.

casa de Cremona, decía Paula, a propósito de las dificultades de Brescia: "Espero que no sea ésta nuestra última cruz. Francamente, me habría dado pena que no fuésemos perseguidas."

Clemente de Rosa cedió poco después una casa mejor a la comunidad de Brescia. El obispo de la ciudad aprobó en 1843 la regla provisional. Gabriela Bornati murió pocos meses después, y esa pena vino a ensombrecer un tanto el gozo anterior. Aunque privada de su principal colaboradora, Paula podía aún guiarse por los consejos de Mons. Pinzoni. La congregación siguió creciendo y los hospitales fueron aumentando en número. En el verano de 1848, murió el arcipreste, precisamente en una época en que las convulsiones políticas sacudían a Europa y la guerra hacía estragos en el norte de Italia. Paula aprovechó la oportunidad para enviar a sus religiosas a encargarse del hospital militar de San Lucas. Ahí tuvieron también que enfrentarse con la oposición de los médicos, que preferían a las enfermeras seglares y a los ordenanzas militares. Las religiosas atendieron a las víctimas civiles y a los prisioneros. Además, anticipándose a Florencia Nightingale, ejercieron las obras de misericordia espirituales y corporales en pleno frente de batalla. Al año siguiente, tuvieron lugar los trágicos "Diez Días de Brescia". Paula y sus religiosas atendieron a todos los heridos sin distinción. Un destacamento indisciplinado hizo irrupción en el hospital. Paula, acompañada de media docena de religiosas que llevaban un crucifijo y dos cirios, cerró el paso a los soldados, los cuales vacilaron un momento, se detuvieron y se escurrieron fuera. El crucifijo, que todavía se conserva en Brescia, pasó de mano en mano entre los enfermos para que lo besaran.

Paula quería que sus religiosas uniesen la vida activa a la contemplativa. Pero no quería religiosas "activistas", de ésas que, según la expresión de Santa Luisa de Marillac, "corren por las calles con tazones de sopa". En aquella época, Italia era un campo ideal para fundaciones como la de Paula. Así pues, la santa partió a Roma en el verano de 1850. El 24 de octubre, Pio IX le concedió audiencia. Dos meses después, la congregación fue aprobada con una rapidez notable, según iban las cosas en Roma. La aprobación de las autoridades civiles fue menos rápida; por ello, las primeras veinticinco religiosas no pudieron hacer la profesión sino hasta el verano de 1852. Paula tomó el nombre de María del Crucificado. La erección canónica de la congregación abrió un período de rápido desarrollo. Pero la obra personal de la madre María en este mundo estaba próxima a su fin. Aunque apenas tenía cuarenta y dos años, sus fuerzas estaban totalmente agotadas, de suerte que se consideró como un milagro que recobrase la salud el Viernes Santo de 1855. El trabajo abundaba: el cólera amenazaba a Brescia, y había que abrir un convento en Espalato de Dalmacia y otro cerca de Verona. La santa sufrió un ataque en Mántua. Cuando llegó a Brescia, exclamó: "¡Bendito sea Dios, que me trae a morir en Brescia!" Dios la llamó a Sí tres semanas más tarde, el 15 de diciembre de 1855.

Mons. Pinzoni, quien la había conocido tan a fondo, dijo en cierta ocasión: "Su vida es un milagro que asombra a cuantos lo ven." Santa María resumió perfectamente el espíritu que la animaba, al decir a sus religiosas: "No puedo ir a acostarme con la conciencia tranquila los días en que he perdido la oportunidad, por pequeña que ésta sea, de impedir algún mal o de hacer el bien." Día y noche, estaba pronta a acudir en auxilio de los enfermos, a asistir

a algún pecador moribundo, a poner fin a una reyerta, a consolar una pena. Así lo reconoció el pueblo de Brescia, que acudió en masa a los funerales. La canonización de Santa María tuvo lugar en 1954.

B. Bartoccetti escribió una biografía muy completa, titulada *Beata Maria Crocifissa di Rosa* (1940). Existe un buen resumen de dicha obra, en noventa páginas, hecho por una religiosa de la congregación. Citemos también la biografía del Dr. L. Fossati. Según parece, sólo se ha escrito sobre la santa en italiano.

16: SAN EUSEBIO, OBISPO DE VERCELLI (371 P.C.)

SAN EUSEBIO, nació en Cerdeña. Según se dice, su padre estuvo ahí prisionero por la fe. Cuando su madre quedó viuda, se trasladó a Roma con Eusebio y su hermana. Eusebio se educó ahí y recibió la orden del lectorado. Más tarde, fue enviado a Vercelli del Piamonte, donde se distinguió tanto en el servicio de la Iglesia, que el clero y el pueblo le eligieron para gobernar la sede. San Eusebio es el primer obispo de Vercelli de cuyo nombre queda memoria. San Ambrosio cuenta que fue el primer personaje de occidente que unió la disciplina monástica con la clerical, ya que vivía en comunidad con una parte de su clero. Por ello, los canónigos regulares veneran especialmente a San Eusebio. El santo comprendió que el primero y mejor de los medios para trabajar eficazmente por la santificación de su grey consistía en formar personalmente a su clero en la virtud, piedad y celo de las almas. En esa empresa tuvo tanto éxito, que sus discípulos fueron elegidos obispos de otras diócesis, y muchos de ellos brillaron como faros en la Iglesia de Dios. San Eusebio se ocupaba también de la instrucción del pueblo con gran diligencia, y muchos pecadores cambiaron de vida, gracias a la virtud de la verdad que predicaba el santo y a su ejemplo de bondad y caridad.

El año 354, fue convocado al servicio de la Iglesia universal y, durante los diez años siguientes, se distinguió como confesor de la fe y sufrió por ella. En efecto, el año 354 el Papa Liberio designó a San Eusebio y a Lucifer de Cagliari para que fuesen a pedir al emperador Constancio que reuniese un concilio y tratase de poner fin a la contienda entre los católicos y los arrianos. Constancio accedió, y el concilio se reunió en Milán, el año 355. Eusebio, viendo que los arrianos, aunque eran menos numerosos que los católicos, se iban a imponer por la fuerza, se negó a asistir al concilio hasta que Constancio le obligó. Cuando los obispos recibieron la orden de firmar un documento que condenaba a San Atanasio, Eusebio se rehusó a hacerlo y, poniendo sobre la mesa el Credo de Nicea, exigió que todos lo suscribiesen antes de discutir el caso de San Atanasio. Ello produjo un verdadero tumulto. Finalmente, el emperador mandó llamar a San Eusebio, San Dionisio de Milán y Lucifer de Cagliari, y les exigió que condenasen a Atanasio. Ellos insistieron en que era inocente y que no había derecho a condenarle sin oírle, y reclamaron contra la intervención del brazo secular en las decisiones eclesiásticas. El emperador se enfureció y los amenazó de muerte; pero se contentó con desterrarlos. San Eusebio fue desterrado por primera vez a Escitópolis de Palestina, donde estuvo bajo la vigilancia de Pátrofilo, el obispo arriano.

Al principio, se alojó en casa de San José de Palestina, cuya familia era la única ortodoxa de la población. San Epifanio y otros distinguidos persona-

jes le consolaron visitándole, y unos mensajeros fueron desde Vercelli a llevarle una ayuda pecuniaria. Pero la paciencia del santo se vio sometida a duras pruebas. Después de la muerte del conde José, los arrianos insultaron a San Eusebio, le arrastraron medio desnudo por las calles y durante cuatro días, le tuvieron encerrado en una reducida habitación y le molestaron continuamente para que aceptase los principios arrianos. Como ni sus diáconos, ni los otros cristianos podían ir a visitarle, el santo escribió a Patrófilo una carta encabezada de la siguiente manera: "Eusebio, siervo de Dios, y los otros siervos de Dios que sufren con él por la fe, al perseguidor Patrófilo y sus secuaces." Después de describir lo que había sufrido, pedía que se diese a sus diáconos el permiso de visitarle. San Eusebio hizo una especie de "huelga de hambre". Cuando llevaba cuatro días sin probar alimento, los arrianos le enviaron de nuevo a su casa. Pero tres semanas más tarde, irrumpieron nuevamente en la casa y le sacaron a rastras, después de robar sus bienes, desparramar sus provisiones y echar fuera a su séquito. San Eusebio se las arregló para escribir a su grey una carta en la que contaba lo sucedido. Más tarde, fue trasladado de Escitópolis a Capadocia, y luego a la Tebaida superior. Se conserva una carta que escribió desde Egipto a Gregorio, obispo de Elvira, en la que le alaba por la constancia con que había resistido a los enemigos de la fe de la Iglesia, y expresaba su deseo de morir sufriendo por el Reino de Dios.

Constantino murió hacia el año 361. Julián permitió que los obispos desterrados retornasen a sus respectivas sedes. San Eusebio fue entonces a Alejandría a hablar con San Atanasio sobre los remedios que había que aplicar a los males de la Iglesia. Ahí tomó parte en un concilio y, después, se trasladó a Antioquía, como legado conciliar, para hacer que se reconociese como obispo a San Melecio y para tratar de poner fin al cisma eustaciano. Desgraciadamente, Lucifer de Cagliari acababa de echar leña al fuego, nombrando a Paulino obispo de los eustacianos. Eusebio le reprendió por la ligereza con que había procedido. El fogoso Lucifer se vengó rompiendo la comunión con él y con todos aquéllos que, obedeciendo los decretos del concilio de Alejandría, aceptaban a los obispos convertidos del arrianismo. Tal fue el origen del cisma de Lucifer, a quien su orgullo hizo perder el fruto del celo que había mostrado hasta entonces y de lo que había sufrido por la fe.

No pudiendo hacer nada en Antioquía, San Eusebio recorrió el oriente hasta la Iliria, confirmando en la fe a los que vacilaban en ella y reconciliando a muchos que se habían alejado de la Iglesia. En Italia encontró a San Hilario de Poitiers y, juntos, combatieron a Auxencio de Milán, quien quería imponer el arrianismo. San Jerónimo dice que la ciudad de Vercelli "se quitó los vestidos de luto" cuando volvió su obispo después de tan larga ausencia. No sabemos nada sobre los últimos años de San Eusebio. Murió el 1o. de agosto, día en que le conmemora el Martirologio Romano, que le califica de mártir; pero el Breviario hace notar que fue mártir por sus sufrimientos y no por su muerte. En la catedral de Vercelli hay un manuscrito de los Evangelios, escrito, según se dice, de la propia mano del santo. El rey Berengario lo mandó cubrir con láminas de plata hace casi mil años, porque estaba ya muy gastado. Dicho manuscrito es el "codex" más antiguo que se conserva de la versión latina. San Eusebio es uno de los varios personajes a los que se ha atribuido el Credo Atanasiano.

Los Padres de la Iglesia, que con su celo y saber mantuvieron intacta

la verdad de la fe, hicieron de la humildad el fundamento de su actividad. Sabiendo que estaban sujetos a error, repetían con San Agustín: "Puedo errar, pero nunca seré hereje." La prudencia y la humildad no son menos necesarias en los estudios profanos que en los religiosos. Algunos pierden el contacto con la realidad en sus elucubraciones y desperdician su talento dedicándose a estudios que están por encima de sus fuerzas. Cicerón tiene razón cuando dice que no hay doctrina, por absurda que sea, que no haya sido defendida por algún filósofo. Por ello, el Apóstol afirma que "la ciencia hincha", no porque sea mala en sí misma, sino porque el corazón humano es muy propenso al orgullo. Generalmente los más ignorantes son los que caen más fácilmente en el defecto de exagerar sus conocimientos y cualidades.

Dado que no existe ninguna biografía propiamente dicha de San Eusebio (pues la que publicó Ughelli es muy posterior y de poco valor histórico), las principales fuentes son las cartas del santo, un artículo de los *Viri illustres* de San Jerónimo, y la literatura polémica de la época. Los principales acontecimientos de la vida de San Eusebio están relacionados con la historia general de la Iglesia. Véase, por ejemplo, Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. I, pp. 872 ss. y 961 y ss.; Duchesne, *Hist. ancienne de l'Eglise*, vol. II, pp. 341-350; Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. III, pp. 486-487; y sobre todo Savio, *Gli antichi vescovi d'Italia*, vol. I, pp. 412-420 y 514-544.

SANTA ADELAIDA, VIUDA (999 P.C.)

EL AÑO 933, Rodolfo II de la Borgoña superior concluyó un tratado con Hugo de Provenza. Ambos príncipes habían luchado hasta entonces por la corona de Italia (Lombardía). Una de las cláusulas estipulaba que la hija de Roberto, Adelaida, que entonces tenía dos años, debía contraer matrimonio con Lotario, hijo de Hugo. Catorce años más tarde, Conrado de Borgoña, hermano de Adelaida, hizo poner la cláusula en ejecución. Para entonces, Lotario era ya nominalmente rey de Italia; pero el poder estaba realmente en manos de Berengario de Ivrea. La pareja tuvo una hija, Ema, que más tarde se casó con Lotario II de Francia. Lotario de Italia murió el año 950. No es imposible que haya sido asesinado por su sucesor, Berengario. Este trató de obligar a Adelaida a contraer matrimonio con su hijo. Como ella se negase, la trató brutal e indignamente y la encarceló en un castillo del Lago de Garda. Por entonces Otón el Grande, de Alemania, invadió el norte de Italia para restablecer el orden y derrotó a Berengario. Adelaida fue puesta en libertad, o, como dicen otros, escapó de la prisión y fue a reunirse con Otón. Para consolidar su autoridad en Italia, Otón contrajo matrimonio con Adelaida, que era veinte años más joven que él, el día de Navidad del año 951, en Pavía. Tuvieron cinco hijos. Ludolfo, hijo del primer matrimonio de Otón, que estaba celoso de la influencia de su madrastra y de sus hermanastros, encabezó a todos los descontentos y rebeldes. Pero la buena y graciosa Adelaida se ganó pronto el cariño de los alemanes. Otón fue coronado emperador en Roma el año 962. No sabemos nada sobre la vida de Adelaida en los siguientes diez años, hasta 973, cuando murió su esposo y ascendió al trono su hijo mayor.

Otón era un hombre bueno y brillante, pero ligero y orgulloso. Poco después de su ascensión al trono, mal aconsejado por su esposa, la bizantina Teófana, y otros personajes de la corte, se volvió contra su madre. Adelaida abandonó la corte y se refugió en Vienne, con su hermano Conrado. La santa pidió auxilio a San Máyolo de Cluny, a quien ella había deseado ver ceñir la

tiara pontificia cuando Benedicto IV fue asesinado el año 974, y el abad de Cluny consiguió efectuar la reconciliación; en efecto, madre e hijo se reunieron en Pavía, y Otón pidió de rodillas perdón a Adelaida por la forma en que había procedido. La santa envió varios regalos al santuario de San Martín de Tours, entre otras cosas la mejor túnica de Otón, y pidió que se intercediese por su hijo ante el santo "que tuvo la gloria de cubrir con su manto a nuestro Señor Jesucristo en la persona de un mendigo."

Las dificultades se repitieron el año 983, a la muerte de Otón. Como Otón III era todavía un niño de brazos, Teófana asumió la regencia. Teófana tenía el sentido político de las grandes princesas bizantinas y, en ese aspecto era muy superior a Santa Adelaida, quien volvió a abandonar la corte. Pero Teófana falleció súbitamente el año 991, y la anciana emperatriz asumió entonces la regencia. Aunque su consejero era San Wiligis de Mainz, la regencia era una tarea demasiado pesada para su temperamento apacible. La santa había sabido durante toda su vida perdonar generosamente a sus enemigos y había sido dócil a la dirección sucesiva de San Adalberto de Magdeburgo, San Máyolo y San Odilón de Cluny. Este último la calificó de "maravilla de belleza y de gracia". Santa Adelaida fundó y restauró varios monasterios de monjes y de religiosas y se mostró particularmente solícita por la conversión de los eslavos, quienes turbaron los últimos años de su regencia con sus incursiones por la frontera oriental del Imperio. Santa Adelaida regresó finalmente a Borgoña. La muerte la sorprendió en un monasterio que había fundado en Seltz, a orillas del Rin, cerca de Estrasburgo, el 16 de diciembre de 999. Aunque la santa no ha sido nunca canonizada formalmente, su fiesta se celebra en varias diócesis de Alemania y de otros países.

La fuente más fidedigna es el *Epitaphium* de San Odilón de Cluny. Puede verse en MGH., *Scriptores*, vol. IV, pp. 635-649, y en Migne, PL., vol. CXLII, cc. 967-992. Se hallarán muchos otros datos dispersos en las crónicas de la época. En alemán existe la biografía de F. P. Wimmer, *Kaiserin Adelheid* (1897). Véase también DHG., vol. I, cc. 516-517.

BEATO ADO, OBISPO DE VIENNE (875 P.C.)

ADO PROCEDÍA de una distinguida familia del Gâtinais. Se educó en la abadía de Ferrières, cerca de Sens, bajo la dirección del célebre Lupo Servato. Renunciando a un brillante porvenir en el mundo, tomó el hábito en la abadía, donde pronto se distinguió por su santidad y saber. El abad de Prüm, Markwardo, pidió al abad Sigulfo que enviase a Ado, quien era todavía muy joven, a enseñar las ciencias sagradas en su monasterio. Sigulfo accedió. Ado supo hacer de sus discípulos verdaderos siervos de Dios; pero, a raíz de ciertas dificultades, tuvo que salir de Prüm. Más tarde, San Remigio de Lyon, arzobispo de dicha ciudad, le confió la parroquia de San Román. Por otra parte, Lupo Servato, que había sido elegido abad de Ferrières, se constituyó en abogado de Ado, quien fue elegido y consagrado arzobispo de Vienne el año 859. El santo predicó infatigablemente las verdades eternas. Generalmente comenzaba así sus sermones: "Escuchad a la Verdad Eterna, que os habla en el Evangelio", "Escuchad a Jesucrito, quien os dice", o alguna expresión por el estilo. Ado fue un obispo admirable que se opuso implacablemente a Lotario II de Lorena en los asuntos matrimoniales que presentó al Papa San Ni-

colás I. Carlos el Calvo envió al santo a Roma a exponer el caso de Teutberga, y el Papa escogió a Ado como legado para llevar las cartas que anulaban los infames decretos del sínodo de Metz.

El Beato Ado escribió varias obras, la más conocida de las cuales es el martirologio que lleva su nombre. La primera versión fue escrita en San Román, entre los años 855 y 860. Tanto el martirologio de Usuardo, que era un resumen del de Ado, como las versiones posteriores de este último, ejercieron una influencia muy fuerte y perniciosa sobre el Martirologio Romano. El beato usó, entre otras fuentes, el "Martirologium Romanum Parvum", que pasaba por ser un martirologio antiguo de la iglesia romana. El mismo cuenta que en Ravena vio un manuscrito de dicha obra, enviado a Aquileya por uno de los Papas, y que hizo una copia para su propio uso. Actualmente está probado que el "Parvum" era una obra espuria, escrita en la época de Ado, y no han faltado quienes afirman que el propio Ado fue el autor de ella. No hay por qué escandalizarse, ya que la idea, por lo demás muy justa, de que la falsificación de documentos era una cosa reprobab!e, data de mucho tiempo después. Aun en nuestros días, no es raro que se ponga en circulación una leyenda piadosa o una fábula hagiológica, sin advertir expresamente que se trata de un hecho dudoso o absolutamente falso desde el punto de vista histórico.

El Beato Ado escribió también las vidas de San Desiderio y San Teuderio, y una Crónica Universal de las Seis Edades del Mundo, desde la creación hasta el año 869. Vienne, como otras ciudades episcopales del sur de Galia (Vgr. Arles y Marsella), aspiraba a poseer orígenes apostólicos. Ado inventó la tradición de que San Pablo envió a Crescente no a Galacia sino a Galia (2 Tim., IV, 10); el Martirologio Romano conmemora el 29 de diciembre la solemne consagración de Crescente como primer obispo de Vienne, y hace alusión a ella al hablar del martirio de Crescente en Galacia (27 de junio). Ado murió en Vienne, el 16 de diciembre de 875. Con frecuencia se le da el título de santo; pero el Martirologio Romano le llama simplemente "Beatus".

Hay una biografía de Ado en Mabillon, vol. IV, pte. 2, pp. 262-275; pero su valor como fuente histórica es discutible. Duchesne estudia la relación de Ado con Vienne, en *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 147, 162, 210. Dom Quentin investigó muy a fondo la cuestitón del martirologio de Ado, en *Martyrologes historiques* (1908). Véase también DAC., vol. I, cc. 535-539; y DHG., vol. I, cc. 585-586.

BEATO SEBASTIAN DE BRESCIA, (1496 P.C.)

EN EL SIGLO XIII, la familia Maggi era una de las más poderosas de Brescia y encabezaba el partido de los güelfos. A principios del siglo XV, cuando nació Sebastián, la influencia de la familia había decaído, pero seguía siendo famosa. Sebastián ingresó en la orden de Santo Domingo a los quince años. Su ministerio fue muy fructuoso, ya que convirtió a muchos pecadores, reconcilió a muchas familias y poblaciones y aumentó la influencia de su orden. Desgraciadamente, tenemos pocos detalles sobre esa vida tan activa. El beato era un predicador elocuente, y gobernó admirablemente varios conventos. Reconociendo el genio y las virtudes de Jerónimo Savonarola, de quien era confesor, le nombró maestro de novicios en Bolonia, cuando apenas tenía veintinueve años y seis de profesión. El Beato Sebastián fue un ardiente defensor

de la observancia monástica, y trabajó tenazmente en la reforma de varios conventos, particularmente del de Lodi, donde dio ejemplo saliendo a pedir de puerta en puerta limosna para la comunidad. Quería que sus súbditos viesen en él a un padre, y por ello se mostraba indulgente y bondadoso; pero, cuando sus hermanos no veían en él más que al superior, era muy severo. Aunque se hallaba enfermo, el Beato Sebastián insistió en hacer la visita de su provincia. Pero la enfermedad le obligó a detenerse en el convento de Castello de Génova. El beato dijo a sus hermanos que ahí sería el sitio de su descanso eterno. En efecto, Dios le llamó a Sí el 16 de diciembre de 1496. Todos los genoveses acudieron a venerar su sepulcro, donde Dios obró varios milagros por su intercesión. El culto del Beato Sebastián fue confirmado en 1760.

Mortier, en *Histoire des Maîtres Généraux O.P.*, vol. IV, pp. 548-550, habla con cierto detalle del Beato Sebastián. Su nombre figura también en casi todas las obras sobre Savonarola; véase, por ejemplo, Herbert Lucas, *Fra Girolamo Savonarola* (1906), pp. 10, 191 ss., etc. Hay también un breve artículo en Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 339-342. Se encontrará una bibliografía más completa en Taurisano, *Catalogus hagiographicus O.P.*

BEATA MARIA DE TURIN, VIRGEN (1717 P.C.)

EN EL SIGLO XVII, vivía en Turín Juan Donato Fontanella, que era conde de Santena. Era un hombre piadoso y amable, casado con una mujer no menos buena, María Tana, cuyo padre era primo hermano de San Luis Gonzaga. Tenía el matrimonio once hijos. Mariana, la novena, era particularmente inteligente. A los seis años, siguiendo el ejemplo de Santa Teresa, planeó con su hermanito escaparse de la casa e irse a vivir "al desierto"; pero el proyecto fracasó, porque los niños se quedaron dormidos el día en que debían partir. Dos años más tarde, mientras se reponía de una grave enfermedad, tuvo Mariana su primera visión. A partir de entonces, se fue sintiendo cada vez más inclinada a la ascética y, al año siguiente, hizo su primera comunión. La contemplación del paso de la Pasión en el que el criado de Caifás abofetea al Señor, la impresionaba profundamente. A este propósito se cuenta un incidente muy extraño. Una tarde, cuando asistía Mariana de rodillas a la Bendición del Santísimo junto con una de sus hermanas, un hombre que se hallaba a su lado se volvió súbitamente hacia ella y le dio una bofetada. El hombre aprovechó la confusión para huír, y nadie volvió a verle. A eso de los doce años, Mariana, de acuerdo con las cistercienses de Saluzzo, se valió de una treta maliciosa para vencer la resistencia de su madre e ir como alumna al convento; pero no estuvo muy contenta ahí y, cuando murió su padre, volvió a su casa a acompañar a su madre. Como se sintiese cada vez más llamada a la vida religiosa, ingresó en 1676 en el Carmelo de Santa Cristina, después de vencer la oposición de su familia. Al principio, la extrañó mucho y, a su pesadumbre se añadió un gran hastío por su nuevo género de vida y una profunda antipatía por la maestra de novicias. Sin embargo, perseveró en su vocación e hizo la profesión, en la que tomó el nombre de María de los Angeles.

Siete años después de su entrada en el convento, Dios la visitó con la amarga prueba de la "noche oscura", acompañada de una serie de tentaciones y asaltos diabólicos. En esa prueba la guió un director muy capaz, el P. Lo-

renzo María, O.C.D. Al cabo de tres años, María entró en un período de mayor paz y empezó a escalar las alturas de la contemplación. En 1690, escribió al P. Lorenzo un relato de la experiencia mística que había puesto fin al período de prueba. Las penitencias corporales que hacía la beata prueban que era de temperamento vehemente. En una época, solía disciplinarse diariamente, se apretaba la lengua con un anillo, se vertía cera derretida sobre la piel, y llegaba hasta suspenderse con cuerdas de una viga de su celda como si estuviese crucificada. Acerca de estas prácticas, citemos las palabras de su biógrafo, el P. Jorge O'Neill, S.J.: "Nadie está llamado a imitarlas y nadie está obligado a admirarlas." A los treinta años dc edad, María de los Angeles fue nombrada maestra de novicias y, tres años más tarde, superiora. Aceptó ambos cargos con repugnancia y los desempeñó con extraordinaria habilidad. Por consejo del Beato Sebastián Valfré, emprendió una nueva fundación en una casa pequeña y pobremente dotada. En 1703, habiendo vencido la oposición de las autoridades eclesiásticas y civiles, logró formar el núcleo de la nueva comunidad. El convento existe todavía. La beata hubiese querido trasladarse al nuevo convento; pero el pueblo de Turín se lo impidió, ya que, desde los miembros de la casa ducal de Saboya hasta el último de los habitantes, todos estaban acostumbrados a pedir consejo y oraciones a la superiora de Santa Cristina, sobre todo durante la guerra con los franceses.

En los últimos treinta años de su vida, la madre María de los Angeles tuvo una serie de experiencias y dones místicos, entre los que se contaba el "olor de santidad", en el sentido literal. En efecto, de su persona emanaba un aroma que se transfundía a sus vestidos y aun a los objetos que tocaba; era tan penetrante, que duraba largo tiempo. Dicho fenómeno existió sin interrupción desde 1702. Uno de los que dieron testimonio de ello fue el P. Constanzo, quien fue posteriormente arzobispo de Sassari de Cerdeña. El P. Constanzo declaró que "no era natural ni artificial, ni se parecía al perfume de las flores, o de las drogas aromáticas, o de los aromas químicos; era verdaderamente 'olor de santidad'." Según se dice, ciertas reliquias de la beata conservan todavía el aroma. Como tantos otros místicos, la Beata María de los Angeles tenía un gran sentido práctico, cosa muy útil en su cargo de superiora, pues tenía que llevar cuentas, vigilar a los obreros, etc. En 1717, las religiosas de Santa Cristina quisieron elegirla para el cargo de superiora por quinta vez, pero la beata alegó que su estado de salud le impediría dar ejemplo de observancia, y apeló al provincial y a su confesor; pero ambos se negaron a intervenir en la elección. Entonces, la madre María de los Angeles pidió a Dios que, si era su voluntad, la llamase pronto a gozar de El. Tres semanas después, estaba gravemente enferma. La beata había sido tan obediente durante su vida, que sus hermanas querían que se le impusiera por obediencia que recobrase la salud. Los superiores se negaron a ello, y la madre María de los Angeles comentó: "La obediencia manda lo que Dios quiere; por eso yo siempre quiero lo que la obediencia quiere. Si lo imposible fuese posible, yo haría lo que deseáis. Pero he insistido tanto ante el Corazón de Jesús que, finalmente, me ha escuchado y me da lo que le pedí. Ya no es hora de cambiar." En seguida bendijo a todas sus hermanas. El P. Constanzo le pidió que bendijese "a otra hija", sin decirle quién era; se trataba de la joven princesa de Carignano, quien había acudido a toda prisa al convento, al enterarse de que la madre María de los Angeles estaba agonizando.

La beata dijo: "Que el Señor la bendiga y la despegue del mundo, porque todo se acaba." La madre María de los Angeles murió el 16 de diciembre de 1717. Siete años más tarde, fue introducida su causa, a instancias de Amadeo II de Saboya. La beatificación tuvo lugar en 1865.

El P. Elías de Santa Teresa, quien conoció personalmente a la beata y tuvo ocasión de utilizar los trozos que quedaban de una autobiografía que ella escribió por obediencia, publicó una biografía titulada *B. Maria degli Angeli.* El P. G. O'Neill publicó un estudio (1909) titulado *Bd Mary of the Angels,* basado en la obra del P. Elías de Santa Teresa. En 1934 el P. Benedetto publicó otra biografía en italiano.

17: SAN MODESTO, PATRIARCA DE JERUSALÉN (634 P.C.)

CON EL PRETEXTO de vengar a su anciano protector, el emperador Mauricio, asesinado por Focas en 602, Cosroes II, rey de los persas, invadió los territorios de Siria. Al no encontrar ninguna resistencia seria, extendió sus conquistas. En el año 613, el general persa Romizanes, llamado el "Scharbaraz" (el "jabalí real") se apoderó de Damasco y, al año siguiente, entró en Palestina, donde fue bien acogido por los judíos y los samaritanos, en tanto que los cristianos, afectados por divisiones internas, fueron incapaces de defenderse. En esas condiciones, el patriarca de Jerusalén, Zacarías creyó preferible tratar con el enemigo que, por su parte, manifestaba intenciones pacíficas. Debe tenerse en cuenta que en Persia los cristianos eran bastante numerosos por aquel entonces y que algunos de ellos ocupaban puestos de importancia. El mismo Cosroes mostraba cierta simpatía hacia la religión cristiana. Pero había en Jerusalén un partido de intransigentes, convencidos de que Dios no permitiría que la Ciudad Santa cayese en manos de los bárbaros. Estos fueron los que amenazaron al patriarca con hacerlo perecer como a un traidor si entablaba tratos con los invasores persas. Zacarías cedió a las presiones, no sin haber declarado antes que no se hacía responsable por las desgracias que sobrevendrían inevitablemente. Entonces, envió a Jericó al higumeno * de San Teodosio, llamado Modesto, con la misión de reunir y llamar a la guarnición bizantina. Los persas no dieron tiempo a que llegaran los refuerzos y, en mayo de 614, entraron en la Ciudad Santa, incendiaron las iglesias, y mataron a gran número de los habitantes, vendieron a otros muchos como esclavos y desterraron al resto, con el patriarca Zacarías, hasta Persia. Gracias a la intervención del platero particular del rey Cosroes, un cristiano llamado Yazdin, no fueron destruidas las reliquias de la verdadera Cruz, aunque se las confiscó como botín de guerra.

Durante algunos años, los habitantes de Palestina tuvieron que soportar un régimen de terror, sometidos como estaban a los excesos de los persas y a las represalias de los judíos que aprovecharon la situación para destruir las iglesias.

Los primeros éxitos de Heraclio, en 622, obligaron a Cosroes a cambiar de actitud para no provocar revueltas entre los pueblos conquistados. En consecuencia, expulsó a los judíos del territorio de Jerusalén, ordenó la restitución de iglesias y monasterios a los cristianos y concedió a éstos el derecho de recons-

* Higumeno, superior de los monasterios que difundieron el cristianismo en Oriente. N. del E.

truir lo que estaba en ruinas y les otorgó la libertad de culto. Pero, no obstante los favores concedidos, el rey apoyaba decididamente a los herejes monofisitas, y los cristianos de Palestina, privados de su patriarca y de la mayoría de los sacerdotes y monjes que habían huído hacia el otro lado del Jordán, a Egipto y aun a occidente, corrían el riesgo de caer en la herejía.

Fue entonces cuando apareció en escena el higumeno Modesto, un digno sucesor de San Teodosio, con el valor suficiente para emprender la reconstrucción moral y material de la Ciudad Santa. Algunos años más tarde, Antíoco, monje de San Sabas, escribió a Eustacio de Ancira, para relatarle el martirio de cuarenta y cuatro monjes y concluía su misiva con estas palabras de esperanza: "Por la gracia de Cristo y el celo de nuestro muy santo padre Modesto, los monasterios se han poblado de nuevo. Porque el virtuoso Modesto no sólo vela por los monasterios del desierto, sino también por los de las ciudades y sus alrededores, y el espíritu de Dios está con él. En efecto, Modesto es para nosotros un nuevo Beselel u otro Zorobabel lleno del Espíritu Santo, y ha vuelto a levantar los venerables santuarios de Nuestro Salvador Jesucristo que fueron derribados e incendiados: la santa iglesia del Calvario, la santa Anástasis, la venerable casa de la preciosa Cruz, la Madre de las iglesias, la de su bendita Ascensión y los otros templos honorables".

Bastante más tarde, Eutiquio, que era médico y llegó a ser patriarca de Alejandría (933-940), alabó también los méritos de Modesto. "Cuando los persas se retiraron de Jerusalén, escribió, después de haber destruido y quemado las iglesias, había en el monasterio de Duaks, es decir en el de San Teodosio, un monje llamado Modesto, que era el superior. Al retirarse los persas, Modesto viajó a Ramlé, a Tiberíades, a Tiro y a Damasco para inflamar la fe de los cristianos y pedirles su ayuda para la reconstrucción de las iglesias de Jerusalén. Gracias a sus donativos, Modesto reunió abundantes recursos y regresó a la ciudad, donde construyó la iglesia de la Resurección, el Sepulcro, el lugar del Cranion y San Constantino. Esas construcciones subsisten hasta hoy. Al saber que Modesto reconstruía las iglesias destruidas por los persas, Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría, le envió mil bestias de tiro, mil bolsas de trigo, mil bolsas de granos, mil barriles de pescado salado, mil ánforas de vino, mil láminas de fierro y mil obreros".

El propósito de Modesto era el de dar a las basílicas la magnificencia y esplendor que tenían antes de la invasión. El fuego de los incendios había carcomido los techos, ahumado las paredes y destruido los ornamentos. Todo el mobiliario fue destrozado o tomado como botín. La tarea era ardua, y Modesto no hizo el intento de crear, sino solamente de restaurar. Las investigaciones han demostrado que respetó las formas originales, sobre todo en el Santo Sepulcro, donde se conservan detalles de la construcción de Constantino que, otros autores anteriores creyeron que eran obra de Modesto. Su gran mérito fue el de ponerse inmediatamente en acción, porque de haber esperado tiempos mejores, que nunca llegaron, no hubiese devuelto al culto cristiano las iglesias de Jerusalén. Comenzó por la más venerable de las basílicas, la del Santo Sepulcro, a la que restauró en todas sus partes; luego continuó con la Anástasis, el Cranion, la capilla del Calvario y la iglesia de la Cruz, así como la gran basílica del *Martyrium* que, a partir del siglo IX, llevó el nombre de su constructor, San Constantino. Con el nombre de "Madre de las iglesias", el monje Antíoco designa a la gran basílica de la ciudad alta que se hallaba

en el lugar donde estuvo el Cenáculo y que, con el nombre de Santa Sión, fue objeto de una veneración particular. En el Monte de los Olivos, Modesto se preocupó especialmente del grupo formado por la iglesia de la Ascensión y la de Santa Elena.

Como Modesto no pudo ocuparse de restaurar iglesias tan ilustres como la de Getsemaní y la de San Esteban, por falta de recursos, desaparecieron y fueron reemplazadas por oratorios pobres y exiguos. Jerusalén le debió a Modesto la fisonomía que conservó hasta la época de las Cruzadas, puesto que su actividad no se limitó a las grandes basílicas, sino que alcanzó también a muchas iglesias secundarias, como la de San Juan Bautista, que aún existe.

Mientras Modesto se ocupaba de sus reconstrucciones, el emperador Heraclio, con una serie de campañas triunfales, arrebató a los persas todas sus conquistas. Cuando exigió la evacuación total de Siria, recuperó las reliquias de la verdadera Cruz. Las mandó trasladar a Tiberíades y él mismo las acompañó hasta Jerusalén, a donde llegó en marzo de 630. La entrada triunfal del emperador victorioso, portador de las veneradas reliquias, dio origen a innumerables leyendas cuyo principal defecto fue el de relegar al olvido a Modesto, el restaurador de los Santos Lugares. Sólo el relato de Eutiquio, más histórico y más sencillo, le rinde el debido homenaje: "A su arribo a Jerusalén, Heraclio fue recibido con el incienso por los habitantes de la ciudad y los monjes de Siq, al frente de los cuales se hallaba Modesto. Cuando el emperador entró en la ciudad, se afligió en extremo a la vista de todo lo que los persas habían asolado e incendiado. Pero al enterarse de que Modesto había reconstruido la iglesia de la Resurrección, el lugar del Cranion y la iglesia de San Constantino, experimentó una gran alegría y dio las gracias a Modesto por lo que había hecho".

Como el patriarca Zacarías había muerto en el exilio, Heraclio pensó que no podía haber mejor sucesor que aquél que había ocupado su lugar durante largo tiempo y, en consecuencia, Modesto fue el patriarca de Jerusalén. El emperador Heraclio lo llevó consigo hasta Damasco para hacerle entrega del dinero del fisco de Siria y de Palestina. Aún quedaba mucho trabajo por hacer en las iglesias de Jerusalén, y Modesto continuó sin descanso sus tareas de restaurador y sus giras de inspección, pero la muerte le sorprendió en una de éstas, en Sozón, población fronteriza de Palestina. Por aquel entonces, circuló con insistencia el rumor de que los compañeros de viaje de Modesto le habían envenenado para apoderarse del oro que llevaba consigo.

El cuerpo de Modesto fue trasportado a Jerusalén y sepultado en la basílica del *Martyrium*. "La memoria de Modesto, patriarca de Jerusalén, reconstructor de Sión después del incendio", fue honrada en la Ciudad Santa, en la fecha del 17 de diciembre. Los sinaxarios lo mencionan el 19 de octubre, el 16 y el 18 de diciembre. El calendario de mármol de Nápoles, grabado en el siglo IX, nombra al santo el 18 de diciembre. El Martirologio Romano no hace mención de San Modesto, y su culto que no parece haber sido muy popular ni siquiera en el oriente, ha dejado pocos vestigios. Sin embargo, en algunas iglesias de Capadocia aparece su imagen en los frescos y mosaicos.

Toda la fama de Modesto radica en la reconstrucción de las iglesias de Jerusalén. H. Vincent y F.M. Abel, en *Jerusalem*, vol. II y *Jérusalem Nouvelle*, París, 1914-1926, publicaron un estudio sobre las diversas fuentes de información. Se pueden confrontar sus conclusiones con las de A. Grabar, en *Martyrium*, París, 1946 (cf. índice, vol. II, p. 390). F.M. Abel, *Histoire de la Palestine*, vol. II, 1952, pp. 389-392. *Dict. de théol. cath.* vol. X, cols. 2047-2048. La carta del monje Antíoco a Eustacio de Ancira, se encuentra en PG.,

vol. LXXXIX, cols. 1421-1427. Eutiquio, en *Corpus scriptor. christian. oriental.*, cols. 150, 314 y 325, así como en *Hagiographie napolitaine* de la *Analecta Bollandiana*, vol. LVII, 1939, pp. 42-43. De Jerphanión, en *Les églises rupestres de Capadoce*, vol. II, p. 508 y lámina 59. La biografía de San Modesto, descubierta y editada por Loparev en 1892 (*Biblioth. hag. gr. n.* 1299), es una auténtica fábula. Potio atriubye a Modesto tres discursos (PG. vol. civ, cols. 244-245), pero su autenticidad es dudosa. El único de esos discursos que ha sido editado íntegramente, el que se refiere a la Dormición de la Virgen, es apócrifo. El P. Jugie lo atribuye a un autor de fines del siglo VII o principios del VIII y que vivió lejos de Jerusalén después de la controversia monoteleta. Véase para esto, *La Mort et l'Assomption de la Sainte Vierge*, Roma, 1944, pp. 139-150.

SAN LAZARO, (Siglo I)

EN EL CAPÍTULO undécimo del Evangelio de San Juan hay un relato muy detallado de la resurrección de Lázaro de Betania, hermano de Marta y María y amigo muy querido del Señor. Pero la Biblia no habla de la vida posterior del resucitado. En las Pseudo-clementinas se cuenta que Lázaro acompañó a San Pedro a Siria. La tradición más común en el oriente afirma que los judíos embarcaron a Lázaro en Jaffa en una nave que hacía agua, junto con sus dos hermanas y otros cristianos, y la nave llegó milagrosamente a la isla de Chipre. Lázaro fue elegido obispo de Kition (Larnaka), y murió apaciblemente treinta años más tarde. El año 890, el emperador León VI construyó una iglesia y un monasterio en su honor en Constantinopla y trasladó allá una parte de las pretendidas reliquias, que se hallaban en Chipre.

En el siglo XI, empezó a hablarse de que Lázaro había estado en Europa occidental, a propósito de la leyenda provenzal de Santa María Magdalena. En una carta que escribió Benedicto IX con ocasión de la consagración de la iglesia abacial de San Víctor de Marsella, hace alusión a las reliquias de Lázaro que estaban ahí; pero no dice que haya sido obispo de Provenza, ni que haya predicado en esa región, como lo afirma la leyenda. Según dicha leyenda, Lázaro fue obligado a embarcarse en un navío sin remos ni timón (con María Magdalena, Marta, Maximino, etc.), y llegó a las playas del sureste de la Galia. En Marsella convirtió a muchas personas, fue elegido obispo, y murió por la fe durante la persecución de Domiciano, en el sitio que ocupa la prisión de San Lázaro. Fue sepultado en una cueva, sobre la que se erigió más tarde la abadía de San Víctor. Sus reliquias fueron trasladadas a Autun, según se dice; pero lo único cierto es que, en 1146, se trasladaron a la catedral de esa ciudad unos restos humanos. Un hecho que puede arrojar luz sobre el origen de la leyenda es que hay en la cripta de San Víctor de Marsella un epitafio de un obispo de Aix (siglo V), quien renunció al gobierno de su sede, hizo un viaje a Palestina, volvió a morir en su patria y fue sepultado ahí. La leyenda está tal vez relacionada también con la traslación de las reliquias de San Nazario, de Milán a Autun, el año 542.

Existen muchas pruebas de que, desde los primeros tiempos del cristianismo, se veneraba a Lázaro, tanto en Jerusalén como en la Iglesia entera. La peregrina Eteria (*c* 390) describe la procesión que se hacía el sábado anterior al Domingo de Ramos al "Lazarium", es decir, el sitio en el que Lázaro había sido resucitado. Eteria quedó muy impresionada al ver la gran cantidad de gente que asistía a esa procesión. En la Iglesia de occidente se hacían procesiones semejantes, casi siempre durante la cuaresma. En Milán el Domingo

de Pasión se llamaba "Dominica de Lázaro". San Agustín cuenta que el pasaje evangélico de la resurrección de Lázaro se leía en Africa en el oficio de la Aurora del Domingo de Ramos.

Véase DAC., vol. VIII, cc. 2009-2086, y nuestra bibliografía sobre Santa María Magdalena (22 de julio). Mencionemos también el artículo "Lazarus" de L. Clugnet, en *Catholic Encyclopedia* (vol. IX, p. 98), y el artículo del P. Thurston en la revista irlandesa *Studies*, vol. XXIII (1934), pp. 110-123. No merece ningún crédito la leyenda que afirma que las reliquias de San Lázaro están en Autun; mucho mayor peso tiene la tradición oriental que se refiere a Kition de Chipre. Véase *Lexikon f. Theologie und Kirche*, vol. VI, c. 432. Acerca de las celebraciones litúrgicas, cf. Cabrol, en DAC., vol. VIII, cc. 2086-2088. A mediados de la Edad Media, se inventó la leyenda de que Lázaro había relatado por escrito lo que había visto en el otro mundo; véase Max Voigt, *Beiträge zur Geschichte der Visionenliteratur im M.A.*, vol. II (1924). La orden militar de los caballeros hospitalarios de San Lázaro de Jerusalén (que existe todavía en dos formas distintas en Francia y en Italia) deriva su nombre del Lázaro de la parábola del rico Epulón, no del resucitado.

SANTA OLIMPIA u OLIMPIADIS, VIUDA (*c.* 408 P.C.)

SANTA OLIMPIA, a la que San Gregorio Nazianceno llama "la gloria de las viudas en la Iglesia oriental", fue para San Juan Crisóstomo lo que Santa Paula fue para San Jerónimo. Olimpia pertenecía a una familia bizantina, tan rica como distinguida. Nació en el año 361. A la muerte de sus padres, su tío, el prefecto Procopio, se encargó de ella y, para gran gozo de la joven, confió su educación a Teodosia, hermana de San Anfiloquio. Era ésta una mujer tan extraordinaria que, según dijo San Gregorio a Olimpia, constituía un modelo de virtud, de suerte que encontraría en ella un espejo de todas las excelencias. Olimpia había heredado una cuantiosa fortuna y era hermosa y de carácter atractivo. Así pues, su tío no tuvo dificultad alguna en arreglar un matrimonio, agradable a ambas partes, entre ella y Nebridio, quien había sido un tiempo prefecto de Constantinopla. San Gregorio escribió disculpándose de no poder asistir al matrimonio a causa de su edad y mala salud, y envió a la novia un poema lleno de buenos consejos. Según parece, Nebridio era un hombre muy exigente; pero murió al poco tiempo. Inmediatamente, surgieron otros pretendientes a la mano de Olimpia, entre los que se contaban los personajes más distinguidos de la corte. El emperador Teodosio apoyaba la causa de Elpidio, un español que era pariente próximo suyo; pero Olimpia manifestó que estaba decidida a no volver a contraer matrimonio, diciendo: "Si Dios hubiese querido que siguiese yo casada, no se habría llevado a Nebridio." Teodosio siguió insistiendo, a pesar de todo. Como Olimpia no cediese, el emperador acabó por poner la fortuna de la joven en manos del prefecto de la ciudad, a quien constituyó tutor de Olimpia hasta que ésta cumpliese treinta años. El prefecto llegó hasta impedir a Olimpia que fuese a ver al obispo y acudiese a la iglesia. La santa escribió al emperador, quizá con demasiada dureza, que le agradecía la hubiese librado del cuidado de la administración de su fortuna, y que el favor sería completo si ordenaba que sus bienes fuesen distribuidos entre los pobres y la Iglesia. Impresionado por esa carta, Teodosio se informó de la vida que llevaba Olimpia y, el año 391, le devolvió la administración de sus bienes.

Entonces, Santa Olimpia se ofreció a San Nectario, obispo de Constanti-

nopla, para recibir el diaconado, y se estableció en una espaciosa casa con cierto número de vírgenes que querían consagrarse a Dios. La santa se vestía sencillamente, vivía modestamente y era asidua en la oración y generosa en la caridad, hasta el grado de que San Juan Crisóstomo tuvo que aconsejarle en más de una ocasión que se moderase en la limosna, o más bien que fuese discreta en darla para socorrer a aquéllos que más necesitaban de su ayuda: "No fomentéis la pereza en quienes viven de vuestro dinero sin verdadera necesidad, porque eso sería como arrojar vuestro dinero al mar." El año 398, San Juan Crisóstomo sucedió a Nectario en la sede de Constantinopla. En seguida, tomó a Santa Olimpia y su comunidad bajo su protección. Gracias a los consejos del obispo, las obras de beneficencia de Santa Olimpia fueron extendiéndose. De su casa dependían un orfanatorio y un hospital; y, cuando los monjes que habían sido desterrados de Nitria llegaron a Constantinopla para apelar contra Teófilo de Alejandría, Santa Olimpia se encargó de alojarlos y darles de comer. Entre los amigos de la santa se contaban San Anfiloquio, San Epifanio, San Pedro de Sebaste y San Gregorio de Nissa. Paladio de Helenópolis califica a Olimpia de "mujer extraordinaria", como "vaso precioso lleno del Espíritu Santo". Pero el amigo más íntimo y afectuoso de Santa Olimpia era San Juan Crisóstomo, el cual, antes de partir al destierro el año 404, fue a despedirse de ella; fue necesario arrancar por la fuerza a Olimpia de los pies del santo para que le dejase partir.

Después de la partida del obispo, Olimpia compartió las amarguras de la persecución con todos sus amigos, pues todos estaban envueltos en ella. La santa compareció ante el prefecto de la ciudad, Optato, que era pagano, acusada de haber incendiado la catedral. En realidad, lo que querían los perseguidores era que la santa apoyase a Arsacio, el obispo usurpador; pero Olimpia dio muestras de ser muy superior a Optato y quedó libre por entonces. Durante el invierno, estuvo muy enferma y, en la primavera del año siguiente, fue desterrada y anduvo errante de ciudad en ciudad. A mediados del año 405, regresó a Constantinopla y compareció nuevamente ante Optato, quien la condenó a pagar una multa enorme por haber negado su apoyo a Arsacio. Atico, el sucesor de Arsacio, dispersó a la comunidad de viudas y vírgenes que la santa dirigía y acabó con todas sus obras de beneficencia. Las enfermedades, las más bajas calumnias y las persecuciones contra la santa se sucedieron unas a otras. San Juan Crisóstomo la alentaba y reconfortaba escribiéndole desde el destierro. Se conservan todavía diecisiete de sus cartas, que dejan ver los infortunios por los que atravesaron ambos santos. "Esta familiaridad con el sufrimiento debe regocijaros. Por haber vivido constantemente en la tribulación, habéis avanzado en el camino de las coronas y los laureles. Habéis sido con frecuencia víctima de enfermedades más crueles e insoportables que muchas muertes. En realidad, nunca habéis estado sana.* Os habéis visto cubierta de calumnias, insultos e injurias, y las tribulaciones se han sucedido unas a otras sin interrupción. El llanto os es cosa familiar. Una sola de esas penas habría bastado para enriquecer vuestra alma." En otra carta escribe el santo:

* En otra carta le escribía: "Se necesita mucha paciencia para soportar el verse despojado de todo bien y desterrado a tierras malsanas, encadenado y prisionero, abrumado de insultos, burlas y menosprecios. Ni Jeremías con toda su serenidad hubiese podido soportar esas pruebas. Pero peor que estas pruebas, y peor que la pérdida de hijos muy queridos y aun que la muerte misma, es la mala salud que es el mal terrible de los males, humanamente hablando."

"No puedo dejar de llamaros bienaventurada. La paciencia y dignidad con que habéis soportado vuestras penas, la prudencia y sabiduría con que habéis sabido tratar los asuntos más delicados, y la caridad que os ha movido a arrojar un velo sobre la malicia de los que os persiguen, os han merecido un premio de gloria que, en adelante, os harán encontrar vuestros sufrimientos leves y pasajeros en comparación del gozo eterno." Las cartas de San Juan Crisóstomo indican también que solía confiar a Santa Olimpia misiones muy importantes.

No sabemos dónde se hallaba la santa cuando supo que San Juan Crisóstomo había muerto en el Ponto, el 14 de septiembre de 407. Santa Olimpia murió en Nicomedia, el 25 de julio del siguiente año, poco después de haber cumplido los cuarenta años. Su cuerpo fue trasladado a Constantinopla, donde "llegó a ser tan famosa por su bondad, que todos la consideraban como un modelo y los padres esperaban que sus hijos se le asemejasen."

Las noticias que poseemos sobre esta noble viuda provienen de Paladio, de las cartas de San Juan Crisóstomo y de los escritos de algunos de sus contemporáneos. Pero existe también una biografía griega, que fue publicada por primera vez en *Analecta Bollandiana*, vol. XV (1896), pp. 400-423, junto con un relato de la traslación de las reliquias (ibid., vol. XVI, pp. 44-51), escrito mucho después por la superiora Sergia. Véase también el artículo de J. Bousquet, *Vie d'Olympias la diaconesse*, en *Revue de l'Orient chrétien*, segunda serie, vol. I (1906), pp. 225-250, y vol. II (1907), pp. 255-268. La biografía parece haber sido escrita a mediados del siglo V; es evidentemente posterior a Paladio, como lo prueban las citas de dicho autor que se encuentran en la biografía. El capítulo XI parece ser una interpolación de otro autor posterior. Las cartas de San Juan Crisóstomo a Santa Olimpia fueron traducidas al francés por P. Legrand, *Exhortations a Théodore; Lettres a Olympias* (1933). Véase también H. Leclercq, en DAC., vol. XII, cc. 2064-2071.

SANTA BEGA, VIUDA (693 P.C.)

PEPINO DE LANDEN a quien suele llamarse beato, fue mayordomo de palacio de tres reyes francos. Estuvo casado con la Beata Ida, y dos de sus hijas aparecen en el Martirologio Romano: Santa Gertrudis de Neville y su hermana mayor, Santa Bega. Gertrudis se negó a casarse y llegó a ser abadesa poco después de haber cumplido veinte años. Bega contrajo matrimonio con Ansegisilo, hijo de Arnulfo de Metz, y pasó casi toda su vida en el mundo. Santa Bega fue la madre de Pepino de Heristal, el fundador de la dinastía carolingia. Después de la muerte de su esposo, Santa Bega construyó el año 691, en Andenne, a orillas del Mosa, siete capillas que representaban las Siete Iglesias de Roma. Las capillas estaban situadas alrededor de una iglesia. La santa fundó ahí mismo un convento y lo pobló con religiosas de la abadía que su hermana había gobernado en vida. Más tarde, dicho convento se convirtió en una casa de canonesas, y los canónigos regulares de Letrán conmemoran a Santa Bega como miembro de su orden. También las beguinas de Bélgica la veneran como patrona. Pero Santa Bega no fue la fundadora de las beguinas, como suele afirmarse; la confusión procede de la semejanza de los nombres. Santa Bega murió cuando era abadesa de Andenne y fue sepultada ahí.

Hay una biografía y una colección de milagros de Santa Bega en *Acta Sanctorum Belgii*, vol. V (1789), pp. 70-125, de Ghesquière; se trata de documentos de reducido valor histórico. Véase también Berlière, *Monasticon Belge*, vol. I, pp. 61-63; y DHG., vol. II, cc. 1559-1560. Apenas se puede dudar de que la palabra "beguinae", que aparece por primera vez hacia el año 1200 y que, como acabamos de decirlo, no tiene nada

que ver con Santa Bega, era originalmente un término despectivo para designar a los albigenses: véase el *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. I, cc. 1341-1342.

SAN STURMO, Abad (779 p.c.)

Sturmo, que nació en Baviera, de padres cristianos, fue confiado al cuidado de San Bonifacio, quien a su vez le puso bajo la dirección de San Wigberto en la abadía de Fritzlar. Ahí recibió Sturmo a su debido tiempo la ordenación sacerdotal. Después de evangelizar en Westfalia durante tres años, consiguió permiso de retirarse con dos compañeros a llevar vida eremítica en el bosque de Hersfeld. Como abundaban en ese sitio los bandoleros sajones y era poco apto para la vida eremítica, San Sturmo y sus compañeros lo abandonaron pronto. San Bonifacio había encontrado más al sur un sitio para construir un monasterio desde el cual se pudiese ir a evangelizar a los sajones. San Sturmo fue en su mula a visitar la región y escogió un terreno situado en la confluencia del Greizbach y del Fulda. El año 744, fundó el monasterio de Fulda, y San Bonifacio le eligió primer abad. Era ésa la fundación favorita de San Bonifacio, quien quería que se convirtiese en el modelo de los monasterios y en un seminario sacerdotal para toda Alemania. El proyecto se realizó plenamente bajo la dirección de San Sturmo. San Bonifacio iba allá con frecuencia a constatar los progresos. Fue sepultado en la iglesia abacial. Poco después de la fundación del monasterio, San Sturmo partió a Italia a familiarizarse con la regla de San Benito en Monte Cassino. Según parece, el Papa San Zacarías concedió plena autonomía al monasterio de Fulda, declarándolo exento de la jurisdicción episcopal y sometiéndolo directamente a la de Roma. La abadía de Fulda siguió prosperando bajo la dirección de San Sturmo. El santo tuvo que enfrentarse con graves dificultades después del martirio de San Bonifacio, ya que el sucesor de éste en la sede de Mainz, San Lulo, veía el monasterio con ojos muy distintos de los de su predecesor. En efecto, Lulo quería que el monasterio estuviese bajo su jurisdicción. El conflicto fue largo y violento. El año 763, Pepino desterró a San Sturmo, y Lulo nombró a otro superior; pero los monjes de Fulda se negaron a aceptarle y le echaron del monasterio, diciendo que estaban dispuestos a ir a ver al rey todos juntos. Para aplacarlos Lulo les dijo que eligiesen ellos mismos a su superior. El elegido fue un discípulo de San Sturmo. El nuevo abad partió con un grupo de monjes a la corte y consiguió que Pepino anulase la orden de destierro contra San Sturmo, quien regresó a Fulda, con gran gozo de sus monjes, dos años después de haber partido de ahí.

Los esfuerzos de San Sturmo y sus monjes por convertir a los sajones no tuvieron mucho éxito. Por otra parte, las guerras punitivas y de conquista de Pepino y Carlomagno no eran el mejor método de hacer amable el cristianismo a los paganos. San Sturmo, como tantos otros misioneros anteriores y posteriores, vio su obra entorpecida por las autoridades civiles. Los sajones tenían la impresión de que el cristianismo les llegaba "a través de sus peores enemigos, quienes lo predicaban con el idioma del acero." Cuando Carlomagno partió de Paderborn a España para combatir a los moros, los sajones aprovecharon la oportunidad para levantarse y expulsar a los monjes. El monasterio de Fulda se vio amenazado. El año 779 volvió Carlomagno. San Sturmo le acompañó a las maniobras de Düren, a las que siguió el triunfo sobre los sajones. Pero el santo

no vivió lo suficiente para recomenzar su obra; en efecto, enfermó en Fulda y, a pesar de los esfuerzos del médico enviado por Carlomagno, murió el 17 de diciembre de 779. El nombre de San Sturmo, a quien el Martirologio Romano llama el apóstol de los sajones, empezó a figurar en la lista de los santos en 1139. A lo que sabemos, San Sturmo fue el primer alemán que ingresó en la orden de San Benito.

La *Vita S. Sturmii* es una de las mejores biografías de principios de la Edad Media. Fue escrita por Eigilo, abad de Fulda, unos cincuenta años después de la muerte del fundador. Existen numerosas ediciones: por ejemplo, Migne, PL., vol. CV, pp. 423-444, y MGH., *Scriptores*, vol. II, pp. 366-377. Véase también el resumen biográfico de H. Timerding, en *Die Christliche Frühzeit Detuschlands; zweite Gruppe* (1929); y M. Tangl, *Leben des hl. Bonifazius, der hl. Leoba und des Abtes Sturmi* (1920), Introducción. La biografía de Eigilo fue traducida al inglés por C. H. Talbot, en *Anglo-Saxon Missionaries in Germany* (1954).

SANTA VIVINA, VIRGEN (¿1170? P.C.)

CASI TODO lo que se cuenta de Santa Vivina conviene igualmente a otras religiosas santas de la Edad Media. Vivina era una flamenca que había recibido buena educación. A eso de los quince años decidió abandonar el mundo y la casa de su padre. Tenía por entonces varios pretendientes entre los que se distinguía un joven noble llamado Ricardo, a quien los padres de Vivina veían con buenos ojos. Cuando Ricardo, que estaba profundamente enamorado de Vivina, se enteró de que ella no estaba dispuesta a casarse, cayó gravemente enfermo, con peligro de su vida. Sintiéndose responsable de aquella enfermedad, la joven oró y ayunó por él hasta que recobró la salud, en forma aparentemente milagrosa. A los veintitrés años, Vivina abandonó la casa paterna furtivamente, llevándose un salterio. Con otra compañera construyó una ermita con ramas cerca de Bruselas, en el bosque de Grand-Bigard. Pero las gentes de la ciudad, movidas por la curiosidad, acudían a verla y no la dejaban en paz. El conde Godofredo de Brabante le ofreció tierras y dinero para que fundase un monasterio, y la santa aceptó de buen grado. Vivina y su comunidad se pusieron bajo la dirección del abad de Afflighem. Dicho monasterio, que todavía existe, se hallaba situado cerca de Alost y estaba entonces poblado de monjes que más bien parecían ángeles que hombres, según el testimonio de San Bernardo. Bajo tales auspicios, el convento de Grand-Bigard empezó a prosperar, aunque la abadesa tuvo que hacer frente a muchas dificultades; en efecto, algunas de sus súbditas juzgaban que no era bastante discreta, sobre todo en cuestión de penitencia, y no supieron callarse su opinión. Santa Vivina les advirtió que se estaban dejando engañar por el demonio; pero tuvo que hacer un milagro para convencerlas de ello. Después de la muerte de Santa Vivina, el convento se convirtió en un sitio de peregrinación. Dios obró numerosos milagros en el sepulcro de la santa; sus reliquias se hallan actualmente en Nuestra Señora de Sablon, en Bruselas.

Los bolandistas publicaron un relato legendario sobre la santa, en *Anecdota J. Gielemans* (1895), pp. 57-59. Véase también Van Ballaer, *Officium cum Missa* (1903).

18: SANTOS RUFO Y ZOSIMO, Mártires (c. 107 p.c.)

CUANDO San Ignacio de Antioquía estuvo en Filipos de Macedonia de paso para Roma, en donde habría de ser martirizado, le acompañaban los santos Rufo y Zósimo, originarios de Antioquía o de Filipos. Siguiendo las instrucciones de San Ignacio, los cristianos de Filipos escribieron una carta fraternal a los de Antioquía. San Policarpo de Esmirna, a quien San Ignacio había encomendado el cuidado de su iglesia, se encargó de responderles. En su carta, que solía leerse públicamente en las iglesias de Asia en el siglo IV, San Policarpo habla de Rufo y Zósimo, que habían tenido la felicidad de compartir las cadenas y sufrimientos de Ignacio por amor de Cristo y habían sido glorificados por Dios con la corona del martirio, hacia el año 107, durante el reinado de Trajano. San Policarpo dice, hablando de ellos: "No corrieron en vano, sino que iban armados de la fe y la rectitud. Partieron al sitio que les tenía preparado Aquél por quien habrían de sufrir, porque no amaron este mundo sino a Jesús, que murió y fue resucitado por Dios para nuestra salvación... Por ello, os exhorto a todos a vivir rectamente y a ejercitar la paciencia, de la cual os han dado ejemplo no sólo Ignacio, Zósimo y Rufo, sino también otros que vivieron entre vosotros, así como el mismo Pablo y los demás Apóstoles."

Lo único que sabemos sobre estos mártires es lo que dice San Policarpo. No existe huella ninguna del culto primitivo.

SAN GACIANO, Obispo de Tours (¿301? p.c.)

San Gregorio de Tours cuenta que San Gaciano era uno de los seis obispos misioneros que fueron de las Galias a Roma con San Dionisio de París, a mediados del siglo III. San Gaciano evangelizó sobre todo en Tours, donde se le venera como fundador de la sede y primer obispo. Al cabo de cincuenta años de trabajar con celo infatigable en medio de los peligros, descansó en paz. El pueblo cristiano siguió venerando su memoria; pero la obra del santo fue destruida en gran parte. Una leyenda medieval relata que San Gaciano fue uno de los setenta y dos discípulos del Señor, y que el propio San Pedro le envió a las Galias. Pero tal leyenda es pura fábula.

San Gregorio de Tours habla de San Gaciano en su *Historia Francorum*, lib. I, c. 10, y lib. X, c. 31, así como en *Gloria confessorum*, lib. IV, c. 39. Dado que el *Hieronymianum* no menciona a San Gaciano, hay que suponer que su culto no era muy popular. Se cuenta que San Martín de Tours entronizó las reliquias del santo. Duchesne estudia el caso de San Gaciano en *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 286-302.

SAN WINEBALDO, Abad (761 p. c.)

El 7 de febrero referimos que San Ricardo, que era anglosajón, hizo una peregrinación a Roma con sus dos hijos, San Wilibaldo y San Winebaldo, y que murió en Lucca. Los dos jóvenes prosiguieron hacia Roma, donde Wilibaldo decidió hacer una peregrinación a Tierra Santa. Winebaldo, que desde niño había sido muy delicado de salud y estaba entonces enfermo, se quedó en Roma. Ahí estudió siete años y se consagró con toda su alma al ser-

vicio divino. Después volvió a Inglaterra, donde persuadió a varios amigos y parientes que le acompañasen de nuevo a Roma. En la Ciudad Eterna se consagró a Dios en la vida religiosa. El año 739, San Bonifacio hizo su tercera visita a Roma y persuadió a Winebaldo de que partiese con él a evangelizar la Germania. San Winebaldo recibió la ordenación sacerdotal en Turingia y tomó a su cuidado siete iglesias, a las que administró desde Sulzenbrücken, cerca de Erfurt. Como los sajones le persiguiesen, fue a evangelizar en la región de Baviera. Al cabo de algunos años de incansable trabajo, volvió a reunirse con San Bonifacio en Mainz; pero, no pudiendo establecerse ahí, fue a reunirse con su hermano, que era obispo de Eichstätt. Wilibaldo quería construir un monasterio doble que fuese un modelo de piedad y un centro de saber para las numerosas iglesias que había fundado, y rogó a Winebaldo y a su hermana Santa Walburga que acometiesen la empresa.

Así pues, Winebaldo se dirigió a Heidenheim de Würtemberg, donde abrió un claro en un bosque y empezó por construir una serie de pequeñas celdas para él y sus monjes. Poco después, construyó un monasterio para sus discípulos y un convento para Santa Walburga y sus religiosas. Los paganos, molestos por los esfuerzos que hacía San Winebaldo por someterlos a las reglas de la moral cristiana, trataron de darle muerte; pero el santo logró escapar de la celada y siguió predicando el Reino de Dios. Supo mantener entre sus monjes el espíritu monástico, enseñándoles sobre todo la perseverancia en la oración y exhortándolos a no perder nunca de vista la vida de Cristo, que era el modelo al que debían conformarse y conformar a los paganos. San Winebaldo sometió los dos monasterios a la regla de San Benito. San Winebaldo, que estuvo enfermo durante muchos años, tenía en su celda un altar para celebrar la misa cuando no podía salir. La enfermedad entorpeció su trabajo misional, pues no podía hacer viajes largos. En cierta ocasión en que fue a Würzburgo, llegó casi moribundo al santuario de San Bonifacio en Fulda. Tres semanas después, sintiéndose mejor, emprendió el viaje de vuelta; pero en la siguiente población tuvo que guardar cama una semana más. Al cabo de tres años de sufrimientos casi continuos, el santo se preparó para morir. Falleció en los brazos de su hermano y de su hermana el 18 de diciembre del año 761, después de haber exhortado tiernamente a sus monjes. Hugeburga, la religiosa que escribió la vida de San Winebaldo, cuenta que en su sepulcro se obraron varias curaciones milagrosas. San Ludgerio escribe en la biografía de San Gregorio de Utrecht: "Winebaldo fue muy amado por mi maestro Gregorio; con los grandes milagros que obra después de su muerte muestra lo que fue su vida."

La biografía de San Winebaldo, que es fidedigna, fue escrita por Hugeburga, religiosa de Heidenheim. El mejor texto es el que publicó Holder-Egger, en MGH., *Scriptores*, vol. XV, pp. 106-117. Se encuentran algunos datos más en el *Hodoporicon* de San Wilibaldo, escrito también por Hugeburga; dicha obra fue traducida al inglés por C.H. Talbot, *Anglo-Saxon Missionaries in Germany* (1954). Mons. Brownlow había publicado otra traducción en 1891, en la "Palestine Pilgrims Text Society". Ciertos detalles de la vida de San Winebaldo proceden de la correspondencia de San Bonifacio, de la vida de Santa Walburga, y de la primera parte de *Die Regesten der Bischöfe von Eichstätt* de F. Heldingsfelder (1915). Véase también "*Analecta Bollandiana*", vol. XLIX (1931), pp. 353-397; y W. Levison, *England and the Continent...* (1946); véase lo que se dice ahí sobre Hugeburga, p. 294.

19: SAN NEMESIO y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (250 P.C.)

NEMESIO, egipcio de nacimiento, fue arrestado en Alejandría durante la persecución de Decio, pues se le acusaba de haber cometido un robo. Una vez que hubo probado su inocencia, se le acusó de ser cristiano. Inmediatamente, fue enviado ante el prefecto de Egipto. Como confesase la fe, el prefecto mandó que le azotasen dos veces más que a los ladrones. Después le condenó a ser quemado junto con los bandoleros y otros malhechores. El Martirologio Romano comenta que Nemesio tuvo así el honor de imitar más de cerca a nuestro divino Redentor.

En la misma persecución, fueron arrestados en Alejandría, Herón, Isidoro y Dióscoro. Este último tenía apenas quince años. El juez empezó por interrogar a Dióscoro, a quien trató de ganarse con halagos; después pasó a los tormentos; pero ninguno de los dos métodos consiguió vencer la constancia del joven. Los otros mártires fueron primero torturados y después quemados vivos. El juez compadecido de la juventud de Dióscoro, le puso en libertad "para consuelo de los fieles", diciéndole que le daba tiempo para reflexionar. El Martirologio Romano conmemora a San Nemesio el 19 de diciembre y a los otros mártires el 14 del mismo mes. El 8 de diciembre conmemora el descubrimiento de las reliquias de otro San Nemesio y algunos mártires más, en Roma. Aunque de la existencia de esos mártires sólo consta por la "pasión" espuria de San Esteban, Papa, el Martirologio Romano conmemora la traslación de sus reliquias el 31 de octubre y su martirio el 25 de agosto.

Alban Butler menciona con estos mártires a las Santas Meuris y Tea, originarias de Gaza de Palestina. En los peores momentos de la persecución continuada por los sucesores de Diocleciano, Meuris y Tea soportaron valientemente la crueldad de los hombres y la maldad del demonio, y triunfaron de ambas. Meuris murió a manos de los perseguidores; en cambio, Tea sobrevivió algún tiempo a los atroces tormentos que había soportado, según sabemos por la vida de San Porfirio de Gaza.

Lo único que sabemos sobre Nemesio procede de unas cuantas frases de San Dionisio de Alejandría, citadas por Eusebio, *Historia Eccl.*, lib. VI, c. 41. De Meuris y Tea sólo se habla en la biografía de Porfirio, escrita por Marcos el Diácono.

SAN ANASTASIO I, PAPA (401 P. C.)

SAN ANASTASIO, que era romano, sucedió a San Siricio el año 399. Entre sus amigos y admiradores se cuentan San Jerónimo, San Agustín y San Paulino de Nola. El primero de ellos escribió que San Anastasio "era un hombre distinguido, de vida intachable y gran celo apostólico, a quien Roma no mereció conservar mucho tiempo, porque el mundo no podía ser decapitado mientras lo gobernase tal obispo." (Esta última frase hace alusión a la invasión de Alarico el godo). San Jerónimo era tan amable cuando hablaba de sus amigos como duro cuando hablaba de sus enemigos. San Anastasio se ganó su gratitud por haber condenado ciertos escritos de Orígenes († 254), acerca de los cuales San Jerónimo sostenía una violenta polémica con Rufino.

Además del artículo del *Liber Pontificalis* (cf. el texto y las notas de la edición

de Duchesne, vol. I, pp. 218 ss.), existen unas cuantas cartas auténticas del santo, y las alusiones de San Jerónimo, San Paulino de Nola y San Agustín. Véase también E. Caspar, *Geschichte der Papstums*, vol. I (1930), pp. 280-294; y Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. II, pp. 126-135.

BEATO URBANO V, PAPA (1370 P. C.)

GUILLERMO de Grimoard nació en Grisac del Languedoc, en 1310. Su padre era un noble del lugar y su madre era hermana de San Eleazar de Sabran. Después de estudiar en las Universidades de Montpellier y Toulouse, Guillermo ingresó en la orden de San Benito, donde fue ordenado sacerdote. En seguida, volvió a sus antiguas Universidades y luego pasó a las de París y Aviñón a sacar el grado de doctor. Ahí enseñó algún tiempo. En 1352, fue nombrado abad de San Germán de Auxerre. En aquella época, los Papas residían en Aviñón. Durante los siguientes diez años, el abad Guillermo sirvió en varias misiones diplomáticas a Inocencio VI, el cual en 1361, le nombró abad de San Víctor de Marsella y le envió a Nápoles como legado ante la reina Juana. Ahí se hallaba Guillermo, cuando se enteró de que Inocencio había muerto y de que él había sido elegido para sucederle. Inmediatamente regresó a Aviñón, donde fue consagrado y coronado. Tomó el nombre de Urbano porque "todos los Pontífices de ese nombre habían sido santos." Urbano V fue el mejor de los Papas de Aviñón; sin embargo, como la mayoría de ellos, fue demasiado "nacionalista" para velar perfectamente por la universal Iglesia, y le fue imposible desarraigar los abusos que pululaban a su alrededor.

La gran empresa de su pontificado fue su intento de establecer nuevamente en Roma la sede pontificia; pero fracasó. En efecto, en 1366, haciendo caso omiso de la oposición del rey de Francia y de los cardenales franceses, anunció al emperador que estaba decidido a trasladarse a Roma. En abril del año siguiente, partió para allá. En Carneto salieron a recibirle muchos personajes eclesiásticos y seculares, una embajada romana que le entregó las llaves de Sant'Angelo, y el Beato Juan Colombini y los jesuatos, con palmas en las manos e himnos en los labios. Cuatro semanas más tarde, entró Urbano V en Roma, donde ningún Papa había estado desde hacía más de cincuenta años. Al ver la ciudad, el Pontífice no pudo contener las lágrimas. Las grandes basílicas, incluso la de San Juan de Letrán y las de San Pedro y San Pablo, estaban casi en ruinas. Urbano V se dedicó inmediatamente a repararlas y a hacer habitables las residencias pontificias. También tomó rápidamente medidas para restablecer la disciplina entre el clero y el fervor entre el pueblo. En breve tiempo, se dio trabajo a todo el mundo y comenzó a repartirse alimentos a los pobres.

Al año siguiente, el Pontífice se entrevistó con el emperador Carlos IV. La Iglesia y el imperio se aliaron nuevamente, y Carlos entró en Roma, conduciendo por la brida la mula en que iba montado el Pontífice. Un año más tarde, llegó a Roma el emperador de oriente, Juan V Paleólogo, deseoso de acabar con el cisma y de conseguir la ayuda del Papa contra los turcos. Urbano V le recibió en la escalinata de San Pedro, pero no pudo prestarle ayuda, pues bastante tenía con defender su propia posición. En efecto, el Pontífice no había logrado vencer a los condottieri, Perugia se había rebelado, Francia estaba en guerra con Inglaterra, los franceses de la corte pontificia estaban muy descon-

tentos, y la salud del Papa comenzaba a fallar. Urbano V decidió regresar a Francia. Los romanos le suplicaron que se quedase; Petrarca se hizo el portavoz de Italia para rogarle que no partiese; Santa Brígida de Suecia montó en su mula blanca y fue desde Montefiascone a profetizarle que, si salía de Roma, moriría muy pronto. Todo fue en vano. En junio de 1370, Urbano V declaró ante los romanos que partía por el bien de la Iglesia y para ir a ayudar a Francia. El 5 de diciembre, "triste, enfermo y muy conmovido", se embarcó en Carneto. Dios le llamó a Sí el 19 de diciembre. Petrarca escribió: "Urbano habría sido uno de los hombres más gloriosos, si hubiese puesto su lecho de muerte ante el altar de San Pedro y se hubiese acostado en él con buena conciencia, poniendo a Dios por testigo de que si salía de ahí no era por culpa suya, sino de quienes se habían empeñado en esa fuga vergonzosa." Pero los cristianos perdonaron al Papa esa debilidad. Un cronista de Mainz resume así la opinión de sus contemporáneos: "Fue una lumbrera del mundo y un camino de verdad; amó la justicia, huyó de la maldad y temió a Dios."

Urbano V se vio libre de los vicios de su época y trabajó mucho por la reforma del clero, empezando por su propia corte, en la que la venalidad era cosa notoria. Mantuvo a muchos estudiantes pobres y fomentó el saber ayudando a varias universidades, como la de Oxford, y procurando la fundación de otras nuevas, como las de Cracovia y Viena. El santo confió a los dominicos de Toulouse la custodia de las reliquias de Santo Tomás, y escribió a la Universidad de dicha ciudad: "Deseamos y mandamos que sigáis la doctrina del bienaventurado Tomás, que es verdadera y católica, y que la promováis todo lo posible." Los peregrinos empezaron a acudir al sepulcro de Urbano V, en la abadía de San Víctor de Marsella. El Papa Gregorio XI prometió al rey de Dinamarca, quien había pedido la canonización de Urbano V, que la causa sería introducida. Aunque la época era muy turbulenta, el pueblo cristiano prosiguió tributando culto al siervo de Dios. Pío IX confirmó el culto del Beato Urbano en 1870. Su nombre figura en el calendario romano y en el de varias diócesis de Francia.

Las fuentes más importantes desde el punto de vista de la santidad personal del Pontífice, se hallan reunidas en la obra de J. H. Albanès, *Actes anciens et documents concernant le B. Urbain V* (1897). Dicho volumen comprende las biografías antiguas, que son varias, y los testimonios, milagros, etc., presentados a partir de 1390 con miras a la beatificación. Existe una literatura muy considerable; G. Mollat, *Les papes d'Avignon* (1912), pp. 102-103, da una excelente bibliografía. Véase también G. Schmidt, en la obra de Sdralek, *Kirchengeschichtliche Abhandlungen*, vol. III, pp. 157-173. Hay una biografía escrita por L. Chaillan (1911), en la colección *Les Saints*; pero la mejor es la de G. Mollat, en la obra arriba citada.

20: SAN AMMON Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (250 P.C.)

SAN DIONISIO, que era obispo de Alejandría en la época de la persecución de Decio, escribió a Fabiano, obispo de Antioquía, una relación de los sufrimientos, el heroísmo y las caídas de los cristianos de Egipto. Eusebio conservó dicha relación en su "Historia Eclesiástica". En ella aparece mencionado cierto cristiano que comenzó a vacilar cuando compareció ante el juez. Entonces, algunos de los guardias, que eran cristianos, temiendo que

abjurase de la fe, empezaron a hacerle signos con los ojos, con la cabeza y aun con las manos para darle valor. Habiéndolo advertido, el magistrado interrogó a los soldados. En medio del clamor de la multitud, cinco de ellos se declararon cristianos. Lo que molestó mucho a los magistrados y alentó a los cristianos. Los soldados fueron martirizados con los otros cristianos, "y Cristo, que les había dado fortaleza, fue glorificado en su victoria." Los soldados se llamaban Ammón, Zenón, Ptolomeo, Ingenes. Había también un hombre de cierta edad llamado Teófilo.

Lo mismo que en el caso de San Nemesio, lo único que sabemos sobre estos mártires es lo que cuenta San Dionisio de Alejandría en un pasaje citado por Eusebio, *Hist. Eccles.*, lib. IV, c. 41.

SAN FILOGONIO, Obispo de Antioquía (324 p.c.)

San Filogonio estudió leyes y se distinguió mucho por su elocuencia, integridad y habilidad para hacer que "los acusados fuesen más fuertes que los acusadores." Era todavía laico y estaba casado y tenía una hija, cuando fue elegido obispo de Antioquía a la muerte de Vidal, el año 319. San Juan Crisóstomo habla del estado floreciente de dicha diócesis en tiempos de Filogonio, lo cual prueba que era un celoso apóstol y un administrador excelente. En las persecuciones de Maximino y Licinio, San Filogonio confesó la fe y estuvo prisionero. La fiesta de Filogonio se celebró en Antioquía, el 20 de diciembre del año 386; con tal ocasión, San Juan Crisóstomo pronunció un panegírico, pero habló apenas de las virtudes del santo, porque quería dejar materia al obispo Flaviano, quien iba a hablar después de él.

San Juan Crisóstomo habla en términos conmovedores de la paz de que goza el santo en un mundo en el que no hay problemas, ni pasiones desordenadas, en el que no existen las frías palabras "mío y tuyo", de las que nacen las guerras en el mundo, las discordias en las familias, y el desorden, la envidia y la malicia en los individuos. San Filogonio había renunciado tan completamente al mundo que, desde esta vida recibió el premio del espíritu de Cristo en toda su perfección. El alma debe aprender en este mundo a poseer el espíritu de los bienaventurados y a practicarlo, si realmente quiere reinar con ellos en la vida futura. El alma tiene que familiarizarse en este mundo con los misterios de la gracia y con la práctica del amor y la alabanza de Dios. Como dice San Macario, ni siquiera los reyes de la tierra permiten que se les acerquen quienes ignoran los modales y costumbres de palacio.

Nuestra única fuente es un sermón del Crisóstomo; puede verse en Migne, PG., vol. XLVIII, pp. 747-756. Acerca del crédito que merecen los panegíricos, véase Delehaye, *Les Passions des Martyrs et les Genres Littéraires* (1921), c. II, pp. 183-235.

SAN URICINO o URSICINO, Abad (c 625 p.c.)

La población suiza de Saint-Ursane, al pie del Mont Terrible, debe su nombre a Uricino (o Ursicino), quien fue discípulo de San Columbano. El santo fue uno de los monjes que abandonaron el monasterio de Luxeuil y fueron a reunirse en Metz con su abad, cuando éste fue expulsado del monasterio. Lo mismo que San Galo y otros, San Uricino se estableció en el territorio actual de Suiza,

fundó una pequeña comunidad y la gobernó con la regla de San Columbano que se observaba en Luxeuil, y predicó el Evangelio a los paganos de la región. Murió poco antes de la mitad del siglo VII, y fue muy venerado por su santidad y milagros. En este mes, se conmemora a otros dos santos del mismo nombre. En efecto, el 1º de diciembre, el Martirologio Romano nombra a un obispo de Brescia, del que lo único que sabemos es que tomó parte en el Concilio de Sárdica en 374; el día 14, habla de un obispo del siglo VI, a quien se venera en Cahors.

Tenemos pocos datos ciertos sobre San Uricino. El corto texto publicado por Trouillat, *Monuments de l'evêché de Bâle*, vol. I, pp. 40-44, es un resumen de una biografía del siglo XI, muy poco de fiar. Véase Chèvre, *Histoire de Saint-Ursanne* (1891). La dedicación de ciertas iglesias antiguas prueba que se tributaba culto a San Uricino. En DCB., vol. IV, p. 1070, se dice que el santo era un "monje irlandés"; pero Dom Gougaud no le menciona en *Saints irlandais hors d'Irlande* (1937). Acerca de la campana que pasa por ser una reliquia de San Uricino, cf. Stückelberg, *Geschichte der Reliquien in der Schweiz* (1908), donde hay ciertos indicios de que el santo era realmente de origen irlandés. Mons. Besson le menciona brevemente en *Nos origines chrétiennes*: *Etude sur la Suisse romande* (1921).

SANTO DOMINGO DE SILOS, ABAD (1073 P. C.)

DOMINGO nació a principios del siglo XI, en Cañas de Navarra, en los Pirineos españoles. Sus padres eran campesinos. El futuro santo vivió algún tiempo como ellos, cuidando el ganado de su padre en los valles. El pastoreo desarrolló en él el gusto por la soledad y la quietud, de suerte que pronto ingresó Domingo en el monasterio de San Millán de la Cogolla, en el que hizo grandes progresos; en efecto, se le confiaron varias obras de reforma y fue elegido superior. En el ejercicio de su cargo, entró en conflicto con su soberano, García III de Navarra, por haberse negado a entregarle ciertas posesiones del monasterio, que él reclamaba. Finalmente García expulsó a Domingo y a otros dos monjes. Fernando I de Castilla los acogió con los brazos abiertos y los envió al monasterio de San Sebastián de Silos, del que Domingo fue elegido abad. Dicho monasterio se hallaba situado en una región remota y estéril de la diócesis de Burgos y estaba en decadencia material y espiritual. Santo Domingo consiguió controlar la decadencia; poco a poco, empezó a progresar el monasterio y llegó a ser uno de los más famosos de España. Santo Domingo obró muchos milagros durante su vida; según se dice, no había enfermedad que sus oraciones no pudiesen curar. El Martirologio Romano repite la leyenda según la cual 300 cristianos esclavizados por los moros consiguieron la libertad invocando a Santo Domingo. Este murió el 20 de diciembre de 1073.

Los dominicos celebran particularmente a Santo Domingo de Silos, porque, según la tradición, noventa y seis años después de su muerte, se apareció a la Beata Juana de Aza, quien había hecho una peregrinación de Calaruega a su santuario, y le prometió que tendría otro hijo, quien fue nada menos que el fundador de la Orden de Predicadores. El niño recibió el nombre de Domingo, en honor del santo abad de Silos. Hasta la guerra civil de 1931, el abad de Silos solía llevar al palacio real el báculo de Santo Domingo cuando la reina iba a dar a luz, y lo dejaba junto al lecho de la soberana hasta después del parto.

Existe una biografía escrita por un monje llamado Grimaldo, quien afirma que fue contemporáneo del santo. Fue publicada, con algunas omisiones de poca importancia, en

Mabillon, vol. VI, pp. 299-320. La biografía en verso de Gonzalo de Berceo (editada por J. D. Fitzgerald en 1904), escrita hacia 1240, añade pocos datos, pero es tal vez la más antigua composición castellana en verso. Los historiadores se han interesado mucho por Santo Domingo desde que se descubrieron los tesoros bibliográficos de la bilbioteca de Silos. Véase, por ejemplo, M. Férotin, *Histoire de l'Abbaye de Silos* (1897); A. Andrés, en *Boletín de la Real Academia Española,* vol. IV (1917), pp. 172-194 y 445-458; L. Serrano, *El Obispado de Burgos y Castilla Primitiva* (1935), vol. II; y la breve biografía de E. Alcocer (1925).

21: SANTO TOMAS, Apóstol (Siglo I)

SANTO Tomás era judío. Probablemente había nacido en Galilea, en el seno de una familia modesta; pero no se dice de él que haya sido pescador, e ingoramos las circunstancias en las que el Señor le llamó al apostolado. Tomás es un nombre sirio, que significa "gemelo". "Dídimo", como se llamaba también al Apóstol, es la traducción griega. Cuando el Señor se dirigía a los alrededores de Jerusalén a resucitar a Lázaro, los demás discípulos trataron de disuadirle, diciendo: "Maestro, hace poco los judíos querían apedrearte. ¿Cómo, pues, vuelves allá?" Pero Santo Tomás les dijo: "Vayamos y muramos con El", lo cual prueba el ardiente amor que profesaba a Jesús. El Señor dijo en la última cena: "Vosotros sabéis a dónde voy y conocéis el camino." Tomás preguntó: "Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos conocer el camino?" Entonces, el Señor le respondió estas palabras que resumen toda la vida cristiana: "Yo soy el camino, la verdad y la vida, y ninguno va al Padre sino por mí." Pero Santo Tomás es sobre todo famoso por su incredulidad después de la muerte del Señor. Jesús se apareció a los discípulos el día de la resurrección para convencerlos de que había resucitado realmente. Tomás, que estaba ausente, se negó a creer en la resurrección de Jesús: "Si no veo en sus manos la huella de los clavos y pongo el dedo en los agujeros de los clavos y si no meto la mano en su costado, no creeré." Ocho días más tarde, hallándose los discípulos juntos y a puerta cerrada, Cristo apareció súbitamente en medio de ellos y los saludó: "La paz sea con vosotros." En seguida se volvió a Tomás y le dijo: "Pon aquí tu dedo y mira mis manos: dame tu mano y ponla en mi costado. Y no seas incrédulo sino creyente." Tomás cayó de rodillas y exclamó: "¡Señor mío y Dios mío!" Jesús replicó: "Has creído, Tomás, porque me has visto. Bienaventurados quienes han creído sin haber visto."

A esto se reduce todo lo que el Nuevo Testamento dice sobre Tomás. Sin embargo, como sucede en el caso de los demás Apóstoles, existen diversas tradiciones muy poco fidedignas acerca de las actividades apostólicas de Tomás después de la venida del Espíritu Santo. Eusebio afirma que Tomás envió a San Tadeo (Addai, 5 de agosto) a Edesa a bautizar al rey Abgar, y dice que el Apóstol trabajó entre los partos y "los medas, persas, carmanios, hircanios, bactrianos y otros pueblos de esa región." Pero la tradición más persistente es la que afirma que Santo Tomás predicó el Evangelio en la India. Dicha tradición se apoya en fuentes aparentemente independientes. La principal de ellas es un documento titulado "Acta Thomae", que data, según parece, de principios del siglo III. Cuando los Apóstoles se repartieron en Jerusalén el mundo

para ir a predicar, la India tocó en suerte a Judas Tomás (como se le llama frecuentemente en las leyendas sirias). Tomás, que no quería ir allá, alegó que su salud no era muy robusta y que un hebreo no podía enseñar a los indios. Ni siquiera una aparición del Señor logró hacer cambiar de parecer a Tomás. Entonces, el Señor se apareció a un mercader llamado Abán, embajador del rey parto Gundafor, quien reinaba en una parte de la India. Cristo vendió a Tomás como esclavo al representante de Gundafor. Cuando Tomás comprendió lo que había sucedido, exclamó: "Hágase, Señor, tu voluntad" y se embarcó con Abán, llevando únicamente consigo las veinte monedas de plata por las que había sido vendido, pues Cristo se las había dado. En el curso del viaje, se detuvieron en un puerto en el que se celebraba el matrimonio de la hija del gobernador local. Oyendo tocar la flauta a una joven hebrea, Tomás se sintió movido a cantar la belleza de la Iglesia, representándola bajo la metáfora de una novia. Pero, como cantaba en su lengua propia, sólo la flautista hebrea le entendió. La joven se enamoró de él; pero Tomás no levantó los ojos del suelo para mirarla. Esa misma noche, Jesucristo, tomando la apariencia de Tomás, se apareció a la pareja que había contraído matrimonio y persuadió a ambos cónyuges de que observasen continencia perfecta. Cuando el gobernador se enteró de ello, se indignó mucho y mandó llamar al forastero; pero Abán y Tomás habían partido ya, y sólo quedaba la joven flautista, que estaba llorando amargamente porque no la habían llevado consigo. Cuando la flautista supo lo que había sucedido a la pareja que había contraído matrimonio, se enjugó las lágrimas y se puso a su servicio.

Entre tanto, Abán y Tomás proseguían su viaje y llegaron a la corte de Gundafor en la India. Cuando el rey preguntó al Apóstol cuál era su oficio, éste respondió: "Soy carpintero y albañil. Sé hacer yugos y arados y remos y mástiles; sé también trabajar la piedra y construir tumbas y monumentos y palacios para los reyes." Gundafor le encargó que le construyese un palacio. Tomás trazó los planos: "Las puertas daban al oriente para recibir la luz; las ventanas hacia el occidente para recibir el aire; al sur estaba el horno de la panadería, y en la parte norte había caños de agua para el servicio de la casa." Gundafor partió de viaje. Durante su ausencia, Tomás no trabajó en la construcción, y gastó todo el dinero que el rey le había dado en socorrer a los pobres, diciendo: "Lo que es del rey hay que darlo a los reyes." El Apóstol recorrió el reino, predicando y curando y arrojando a los malos espíritus. A su vuelta, el rey le pidió que le mostrase el palacio. Tomás replicó: "No podrás verlo sino hasta que salgas de este mundo." Entonces el rey le encarceló y decidió despellejarle vivo. Pero precisamente entonces, murió un hermano de Gundafor. Los ángeles le mostraron en el cielo el palacio que las buenas obras de Tomás habían construido para Gundafor, y le permitieron volver a la tierra y comprar el palacio a su hermano. Pero Gundafor no quiso vendérselo. En seguida, lleno de admiración, puso en libertad a Tomás, y recibió el bautismo con su hermano y muchos de sus súbditos. "Y al amanecer, (Tomás) partió el pan eucarístico y les permitió acercarse a la mesa del Mesías. Ellos se alegraron y regocijaron mucho." Después, Santo Tomás predicó e hizo muchos milagros en la India, hasta que tuvo dificultades con el rey Mazdai por haber convertido ("embrujado") a su esposa, a su hijo y a otros personajes. Tomás fue conducido a la cumbre de una colina; siguiendo las órdenes del rey, "los soldados

fueron y le golpearon, y él cayó y murió." Fue sepultado en un sepulcro real; pero más tarde algunos cristianos trasladaron sus reliquias al occidente.

Actualmente, la mayoría de los historiadores afirman que la leyenda que acabamos de resumir carece de fundamento histórico. Sin embargo, está fuera de duda que, hacia el año 46 de nuestra era, había un rey llamado Gondofernes o Gudufar, cuyos dominios incluían el territorio de Peshawar. Y no han faltado quienes hayan tratado de identificar al rey Mazdai (cuyo nombre es de origen indio) con el rey Vasudeva de Matura. Desgraciadamente, las leyendas relacionadas con Santo Tomás no se reducen a esto, ya que en el otro extremo de la India, en el territorio que va de Punjab a lo largo de la costa malabar, particularmente en las regiones de Cochín y Travancore, hay muchos pueblos cristianos que se dan a sí mismos el nombre de "cristianos de Santo Tomás". Su historia es perfectamente conocida desde el siglo XVI; pero, a pesar de que abundan las teorías sobre sus orígenes, no se ha logrado todavía dilucidar el punto. Está fuera de duda que desde muy antiguo hubo cristianos en esa región. Por otra parte, las formas y el idioma de la liturgia, que es el sirio, indican claramente que el cristianismo de la región proviene de Mesopotamia y de Persia.* Los cristianos pretenden, según lo indica el nombre que se dan, que Santo Tomás evangelizó personalmente la región. Una tradición oral muy antigua afirma que el Apóstol desembarcó en Cranganore, en la costa occidental, y que estableció siete iglesias en Malabar. En seguida, se dirigió hacia el este, a la costa de Coromandel, donde murió por la espada. El martirio tuvo lugar en la "Colina Grande", a unos doce kilómetros de Madrás. Santo Tomás fue sepultado en Mylapore, que es actualmente un suburbio de la ciudad del mismo nombre. Como quiera que sea, las principales reliquias estaban en Edesa, en el siglo IV. Las *Acta Thomae* cuentan que fueron trasladadas de la India a Mesopotomia. Más tarde, fueron transladadas de Edesa a la isla de Kíos en el Mar Egeo, y de ahí a Ortona de los Abruzos, donde reposan en la actualidad.

El Martirologio Romano, que combina varias leyendas, afirma que Santo Tomás predicó el Evangelio a los partos, medos, persas e hircanios, y que después, pasó a la India y fue martirizado en "Calamina". Este nombre aparece en escritos muy tardíos, y nadie ha logrado identificar el sitio. Naturalmente, los partidarios de la tradición malabar han tratado de relacionarlo con las cercanías de Mylapore. El Martirologio Romano conmemora el 3 de julio la traslación de las reliquias de Santo Tomás a Edesa. En el Malabar y en todas las iglesias sirias dicha fecha es la de la fiesta principal, pues el martirio tuvo lugar el 3 de julio "del año 72".

* Además de otros indios cristianos, hay más de un millón y medio de "Cristianos de Santo Tomás", de los cuales más de la mitad son católicos del "rito sirio-malabar". Desde 1930, existe también un reducido grupo del rito sirio-malankar. Los demás son en su gran mayoría jacobitas; pero hay también un grupo considerable de "sirios reformados" (quienes se atribuyen particularmente el nombre de cristianos de Santo Tomás), así como algunos protestantes y un pequeño grupo de nestorianos. Tales divisiones datan de 1653.

La edición más accesible de las actas apócrifas de Santo Tomás es la de Max Bonnet (1883). Los historiadores opinan que las actas no se conservan en su forma original, pero creen que el texto griego no difiere sustancialmente del original. La versión siria ha sufrido modificaciones e interpolaciones mucho más importantes. Aunque se ha exagerado

el gnosticismo de las *actas* (cf. Harnack, *Die Chronologie der altchristlichen Litteratur*, vol. I, pp. 545-549), no por ello se puede negar que exista realmente. El P. P. Peeters insiste con razón en que todos los maestros ortodoxos de los primeros siglos debieron caer en la cuenta de que las actas eran apócrifas, como lo hacen notar San Epifanio, San Agustín, Santo Toribio de Astorga, San Inocencio I y el Decreto del Pseudo-Gelasio. El autor de las actas, que era probablemente un sirio-griego, pudo fácilmente tomar de los relatos de los viajeros y mercaderes el nombre de Gondofernes y otros datos de color local, de suerte, que no puede considerárselos como una prueba del fundamento histórico de la leyenda. Véase sobre ésto a Peeters, en *Analecta Bollandiana*, vol. XVIII (1899), pp. 275-279. vol. XXV (1906), pp. 196-200; vol. XXXII (1913), pp. 75-77; vol. XLIV (1926), pp. 402-403. Todos estos artículos versan sobre libros que proponen diversas teorías basadas en el texto de las actas. Mencionaremos algunas de esas teorías para dar una idea de la abundantísima literatura sobre el tema. A. von Gutschmid, *Kleine Schriften*, II, pp. 332-394, estaba obsesionado por la idea de que las actas constituyen una versión cristiana de las leyendas budistas. Sylvain Lévi, en *Journal Antique* (1897), trató de explicar los nombres y los hechos como si las actas fuesen realmente un documento histórico. W. R. Philipps, en *The Indian Antiquary* (1903), y J. Fleet, en *Journal of the Royal Asiatic Society* (1905), criticaron el trabajo de Lévi. En cambio Medlycott, en una obra poco crítica titulada *India and the Apostle Thomas* (1905), trató de confirmar por las actas la teoría de que el Apóstol murió en Mylapore. El P. J. Dahlmann, *Die Thomas-Legende* (cf. Thurston, en *The Month*, agosto de 1912, pp. 153-163), atribuyó gran importancia histórica a los datos de las actas, pero no trató de probar la teoría de Mylapore. El P. A. Väth, en una obrita titulada *Der hl. Thomas, der Apostel Indiens* (1925), sigue discretamente el mismo camino. Por otra parte, los defensores de la tradición del sur de la India han hablado también. Merece especial atención, entre los muchos opúsculos publicados en favor de la tradición de Mylapore, la obra de F. A. D'Cruz, *St Thomas the Apostle in India* (1925). En Mylapore y en Travancore hay una serie de inscripciones pahlavi (es decir, partas), de carácter aparentemente cristiano, grabadas en cruces redondas. Es muy probable que los evangelizadores de la costa malabar hayan sido originarios de Edesa; con el tiempo la tradición, que era muy confusa, relacionó la evangelización con Santo Tomás. El P. Thurston resume el problema en la *Catholic Encyclopedia*, vol. XIV, pp. 658-659. La obra de A. C. Perumalil, *The Apostles in India* (Patna, 1953), constituye un buen resumen de tipo popular.

SAN ANASTASIO II, PATRIARCA DE ANTIOQUÍA, MÁRTIR (609 P. C.)

ANASTASIO II sucedió en la sede de Antioquía, el año 599, al intrépido defensor de la fe, San Anastasio I. El nuevo obispo hizo inmediatamente la profesión de fe y comunicó su elección al Papa San Gregorio Magno. Este aprobó la elección y exhortó a Anastasio a concentrarse ante todo en la tarea de desarraigar la simonía. El año 609, los judíos sirios, enfurecidos por la actitud del emperador Focas, quien quería "convertirlos" por la fuerza, provocaron desórdenes en Antioquía. Una de sus primeras víctimas cristianas fue el patriarca, a quien infligieron graves humillaciones antes de darle muerte, y cuyo cadáver mutilaron y quemaron. El ejército imperial castigó ese crimen con no menor injusticia y severidad. Los cristianos consideraron a Anastasio como mártir y su nombre fue incluído en el Martirologio Romano; pero en el oriente no se le tributa culto. San Anastasio II tradujo al griego el *De cura pastorali* de San Gregorio; pero no faltan autores que atribuyen esa traducción a su predecesor e identifican a ambos Anastasios. En realidad, San Anastasio I fue un personaje diferente, que estuvo desterrado veintitrés años de su sede por haberse opuesto a las elucubraciones pseudo-teológicas del emperador Justiniano. Su fiesta se celebra el 21 de abril.

Véanse las cartas de Gregorio I y la *Chronographia* de Teófanes en Migne, PG, vol. CVIII, p. 624. Véase también DHG., vol. II, c. 1460.

22: SANTOS QUEREMON, ISCRION Y OTROS MÁRTIRES (250 P. C.)

SAN DIONISIO de Alejandría, en su carta a Fabiano de Antioquía, hablando de los cristianos egipcios que padecieron en la persecución de Decio, cuenta que muchos fueron arrojados al desierto, donde murieron de hambre, de sed, de insolación, o perecieron atacados por las fieras o por hombres no menos feroces. Otros muchos cristianos fueron vendidos como esclavos; cuando escribía San Dionisio, muy pocos habían sido rescatados. El santo menciona en particular al anciano obispo de Nilópolis, Queremón, quien había ido a refugiarse en las montañas de Arabia con otro compañero y a quien nadie había vuelto a ver. Los cristianos los buscaron, pero no lograron encontrar ni siquiera los cadáveres. San Dionisio menciona también a Iscrión, que era el procurador de un magistrado en cierta ciudad de Egipto, que la tradición identifica con Alejandría. El magistrado le ordenó que ofreciese sacrificios a los dioses; Iscrión se negó a ello, y los insultos y amenazas no consiguieron hacerle cambiar de parecer. Entonces, el magistrado, furioso, mandó que lo mutilaran y lo atravesaran con un palo. El Martirologio Romano conmemora a estos dos mártires el día de hoy.

Lo único que sabemos sobre estos mártires procede de un pasaje de una carta de San Dionisio de Alejandría, citado por Eusebio (lib. VI, c. 42).

BEATA JUTTA o JUDITH DE DIESENBERG, VIRGEN (1136 P.C.)

LA BEATA Jutta era hermana del conde Meginardo de Spanheim. Vivió recluida en una casita próxima al monasterio fundado por San Disibodo en Diesenberg. Era una "noble mujer", a quien se confió la educación de Santa Hildegarda. Jutta le enseñó a leer y a cantar, y la inició en el conocimiento del latín. Pronto se reunieron con la beata algunas discípulas y formaron una comunidad de la que ella fue superiora durante unos veinte años. Santa Hildegarda escribe: "La gracia de Dios henchía a esta mujer hasta el desbordamiento, como sucede con los ríos alimentados por muchas corrientes. Pasó su vida entera velando, ayunando y haciendo penitencia sin descanso, hasta el día en que una muerte feliz la libertó de las ataduras mortales. Dios ha dado testimonio de su santidad con milagros extraordinarios." Las reliquias de la Beata Jutta atraían a numerosos peregrinos a Diesenberg; por ello los monjes se opusieron a que Santa Hildegarda trasladase a Bingen la comunidad de la beata.

No se ha publicado ninguna biografía de la beata; pero existe una copia manuscrita de una biografía tomada del *legendarium* de los canónigos agustinos de Bödeken. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XXVII (1908), p. 341; y J. May, *Die hl. Hlidegard* (1911).

BEATO ADAN DE LOCCUM (c. 1210 P. C.)

LOS MENOLOGIOS de la orden cisterciense llaman "beatos" a éste y otros monjes del mismo nombre. Lo poco que sabemos sobre él, procede del "Diálogo de Visiones y Milagros", escrito por el cisterciense Cesáreo de Heisterbach. Adán, que era sacerdote, ejercía el cargo de sacristán de la abadía cisterciense

de Loccum en Hanover. De niño había sido sanado milagrosamente de dos enfermedades, según refirió él mismo a Cesáreo. Durante su estancia en Loccum, se llevó a cabo la reparación de la iglesia. Adán empezó a tallar en una piedra de las que empleaban los obreros. Al verle, el maestro de su escuela, que no era más paciente que tantos otros profesores, le gritó que no volviese a tocar la piedra, so pena de excomunión. El joven se asustó tanto al oir esa amenaza, que cayó enfermo y creyó que iba a morir. Pero San Nicolás y San Paterniano se le aparecieron y lo curaron instantáneamente. En otra ocasión, cuando estudiaba Adán en la escuela de Münster de Westfalia, se dirigió una madrugada a la iglesia; pero al llegar la encontró todavía cerrada y comprendió que se había equivocado de hora. Así pues, se arrodilló ante la iglesia y rezó tres veces la salutación angélica, como tenía por costumbre hacerlo antes de entrar. Cuando levantó los ojos, vio la puerta abierta y divisó a siete hermosas damas sentadas en el interior. Adán sufría entonces de una enfermedad de la piel. Una de las damas le preguntó por qué no se cuidaba; el joven respondió que los médicos no habían encontrado remedio a su enfermedad. Entonces, la dama le dijo que ella era la Madre de Cristo y que sabía cuánta devoción le tenía, y le ordenó que se aproximase. En seguida, le dijo que, con una infusión hecha con la madera de un árbol determinado, se lavase tres veces la cabeza antes de la misa, en honor de la Santísima Trinidad. La Madre de Dios posó la mano sobre la cabeza del joven. Este hizo lo que se le había ordenado y quedó curado para siempre.

El novicio del "Diálogo" comenta: "Esto prueba que no existe remedio más eficaz ni más seguro que el de la Virgen María." Y el monje replica: "Nada tiene ello de extraño, puesto que Ella fue la que nos dio la medicina que curó a todo el género humano, según está escrito: 'Que la tierra dé a luz al ser vivo', esto es, que María dé a luz a Cristo."

El beato Adán contó otras maravillas a Cesáreo; pero desgraciadamente éste no las escribió.

Cesáreo habla de este santo cisterciense en su *Dialogus de Miraculis*, lib. VII, cc. 17 y 25, lib. VIII, c. 74. Lo que sabemos sobre el beato se reduce a lo que cuenta Cesáreo Existe una traducción inglesa del diálogo (2 vols., 1929). El monasterio de Loccum es actualmente un seminario protestante; el obispo luterano de Hanover tiene el título oficial de "Abad de Loccum".

23: LOS DIEZ MARTIRES DE CRETA (250 P.C.)

EN CUANTO se publicó el edicto de Decio contra los cristianos, un cruel gobernador de la isla de Creta inició la persecución. Las víctimas más distinguidas fueron los Diez Mártires de Creta: TEÓDULO, SATURNINO, EUPORO, GELASIO, EUNICIANO, ZÓTICO, CLEOMENES, AGATOPO, BASÍLIDES y EVARISTO. Los tres primeros eran originarios de Gortina, la capital. Los jueces les ordenaron que ofreciesen sacrificios a Júpiter, pues ese día se celebraba una fiesta en su honor. Ellos replicaron que jamás ofrecerían sacrificios a un ídolo. El presidente dijo: "Vais a ver lo que es el poder de los dioses, vosotros que despreciáis a esta gran asamblea en la que se rinde culto a los omnipotentes Júpiter, Juno, Rea y otras divinidades." Los mártires respondieron que conocían perfectamente la leyenda de la vida de Júpiter, y que seguramente quienes

le consideraban como una divinidad debían tener por virtud el imitar sus vicios.

La chusma hubiese acabado ahí mismo con los mártires, si el gobernador no la hubiese contenido para someterlos a la tortura. Los tres sufrieron con gran alegría. A los gritos de la multitud, que los exhortaba a obedecer y ofrecer sacrificios para salvarse, respondieron: "Somos cristianos, y preferiríamos morir mil veces." Finalmente, el gobernador se dio por vencido y los condenó a morir por la espada. Los mártires se dirigieron gozosos al sitio de la ejecución, pidiendo a Dios que se mostrase misericordioso con ellos y con toda la humanidad y que disipase las tinieblas de la idolatría entre sus compatriotas. La multitud se dispersó después de la ejecución. Los cristianos sepultaron a los mártires, cuyas reliquias fueron trasladadas más tarde a Roma. Los Padres del Concilio de Creta (458) afirmaron en una carta al emperador León I que la isla de Creta se había preservado hasta entonces de la herejía, gracias a la intercesión de estos mártires.

Existen dos versiones de la *pasión* griega. La más fidedigna es la que editó A. Papadopulos-Kerameus en sus *Analecta*, vol. IV, pp. 224-237. La segunda forma parte de los escritos que suelen atribuirse a Metafrasto; puede verse en Migne, PG., vol. CXVI, pp. 565-573. La tradición de este martirio se conserva muy viva en Gortina. La población en la que tuvo lugar la ejecución se llama actualmente "Hagiogi Deka" (Diez Santos); se conserva una dala rota, en la que hay diez depresiones, que, según la tradición, señalan el sitio en el que se arrodillaron los mártires para recibir el golpe fatal. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XVIII (1899), p. 280.

SANTAS VICTORIA y ANATOLIA, VÍRGENES Y MÁRTIRES
(Fecha desconocida)

LA "PASIÓN" de Santa Anatolia, que carece de valor histórico, relata que la joven, a raíz de una visión, se negó a contraer matrimonio con un pretendiente llamado Aurelio. Este acudió entonces a Victoria, hermana de Anatolia, para que ella la convenciese de que debía aceptar su proposición. Victoria no sólo fracasó en la empresa, sino que, siguiendo el ejemplo de su hermana, rompió sus esponsales con Eugenio. Entonces, los dos jóvenes encerraron a las dos hermanas en sus casas de campo respectivas y trataron de vencerlas por el hambre. Después, Anatolia fue denunciada por ser cristiana. El Martirologio Romano resume así su martirio: "Después de curar de diversas enfermedades a muchas gentes y convertirlas a la fe de Cristo, en la provincia de Piceno, sufrió diferentes torturas por orden del juez Faustiniano. Habiéndose librado milagrosamente de una serpiente que le echaron encima, convirtió a (el verdugo) Audax. En seguida, levantó las manos para orar y fue atravesada por una lanza." Victoria sufrió el martirio, tal vez en Tribulano, en los Montes Sabinos. "Se negó a contraer matrimonio con Eugenio y a ofrecer sacrificios. Después de obrar muchos milagros, con los que ganó a Dios a numerosas doncellas, su corazón fue atravesado por la espada del verdugo, a instancias de su prometido."

En varios sitios de Italia se venera a Santa Anatolia y a Santa Victoria; pero las verdaderas circunstancias de su martirio son desconocidas. En la "pasión" de estas mártires se habla del matrimonio en un tono que se halla en otros documentos cristianos, pero que correspondió más bien a las doctrinas heréticas del encratismo que a las enseñanzas de la Iglesia Católica. San Adelmo

de Sherborne utilizó las "actas" de Santa Lucía y las de Santa Victoria en sus tratados *De laudibus virginitatis.*

Existen varias versiones de la *pasión* de estas mártires (cf. BHL., nn. 417-420 y 8591-8593). Los textos varían mucho, están llenos de contradicciones y carecen de valor histórico. Pero hay razones para creer que las mártires existieron realmente. *Véase P.* Paschini, *La passio delle martire Sabine Vittoria et Anatolia* (1919); Lanzoni, *Le diocesi d'Italia,* pp. 347-350; Schuster, *Bolletino diocesano per Sabina,* etc. (1917), pp. 163-167: y sobre todo Delehaye, CMH., pp. 364 y 654, y *Etude sur le légendier romain* (1936), pp. 59-60.

SAN SERVULO (c. 590 p. c.)

San Sérvulo, como el Lázaro de la parábola de Cristo, era un hombre pobre y cubierto de llagas que yacía frente a la puerta de la casa de un rico. En efecto, nuestro santo estuvo paralítico desde niño, de suerte que no podía ponerse en pie, sentarse, llevarse la mano a la boca, ni cambiar de postura. Su madre y su hermano solían llevarle en brazos al atrio de la iglesia de San Clemente de Roma. Sérvulo vivía de las limosnas que le daban las gentes. Si le sobraba algo, lo repartía entre otros menesterosos. A pesar de su miseria, consiguió ahorrar lo suficiente para comprar algunos libros de la Sagrada Escritura. Como él no sabía leer, hacía que otros se los leyesen, y escuchaba con tanta atención, que llegó a aprenderlos de memoria. Pasaba gran parte de su tiempo cantando salmos de alabanza y agradecimiento a Dios, a pesar de lo mucho que sufría. Al cabo de varios años, sintiendo que se acercaba su fin, pidió a los pobres y peregrinos, a quienes tantas veces había socorrido, que entonasen himnos y salmos junto a su lecho de muerte. El cantó con ellos. Pero, súbitamente, se interrumpió y gritó: "¿Oís la hermosa música celestial?" Murió al acabar de pronunciar esas palabras, y su alma fue transportada por los ángeles al paraíso. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de San Clemente, ante la cual solía estar siempre. Su fiesta se celebra cada año, en esa iglesia de la Colina Coeli.

San Gregorio Magno concluye un sermón sobre San Sérvulo, diciendo que la conducta de ese pobre mendigo enfermo es una acusación contra aquellos que, gozando de salud y fortuna, no hacen ninguna obra buena ni soportan con paciencia la menor cruz. El santo habla de Sérvulo en un tono que revela que era muy conocido de él y de sus oyentes, y cuenta que uno de sus monjes, que asistió a la muerte del mendigo, solía referir que su cadáver despedía una suave fragancia. San Sérvulo fue un verdadero siervo de Dios, olvidado de sí mismo y solícito de la gloria del Señor, de suerte que consideraba como un premio el poder sufrir por El. Con su constancia y fidelidad venció al mundo y superó las enfermedades corporales.

Lo único que sabemos sobre Sérvulo es lo que cuenta San Gregorio Magno. Véase *Diálogos,* lib. IV, c. 14; y también las homilías de San Gregorio, Migne, PL., vol. LXXVI, c. 1133.

SAN DAGOBERTO II DE AUSTRASIA (679 p.c.)

En un par de diócesis de Francia se conmemora la fiesta del rey Dagoberto II, hijo de otro rey santificado: Sigeberto III, sin embargo, no parece que

haya ninguna razón particular, aparte de la tradición popular, para que se le considere como santo y mucho menos como mártir. Dagoberto era todavía un niño en el año de 656, cuando ascendió al trono de Austrasia durante un período brevísimo, puesto que su tutor Grimoaldo, el indigno hijo del Beato Pepino de Landen, lo expulsó y lo desterró para dar la corona a su propio hijo, Childeberto. Dido, el obispo de Poitiers, se llevó al pequeño Dagoberto a Irlanda.

Por Eddi, autor de la "Vida de San Wilfrido de York", sabemos que este santo obispo dispensó su amistad a Dagoberto y, gracias a los buenos oficios y al empeño de San Wilfrido, cuando Childerico II fue asesinado en Francia, en el año de 675, el joven monarca exilado pudo regresar y recuperar su trono. Durante el viaje que hizo San Wilfrido a Roma para pedir amparo contra San Teodoro de Canterbury y el rey Egfrido, se detuvo en Metz y se hospedó en la corte del rey Dagoberto quien se esforzó en vano por recompensar los servicios del prelado con su instalación en la sede vacante de Estrasburgo.

El 23 de diciembre del año 679, murió accidentalmente el rey Dagoberto durante una partida de caza en los bosques de Woëvre, en la Lorena, pero aquella muerte se atribuyó a un asesinato premeditado y consumado a traición "por los duques, con la complicidad y el consentimiento de los obispos". Fue sepultado en Stenay, un lugar vecino al de su muerte. Como en otros casos similares, por ejemplo el de San Segismundo de Burgundia, las circunstancias en que se produjo su muerte, hicieron que Dagoberto fuese considerado como un mártir, y de allí procede que se le rinda culto como a un santo.

La *Vida de Dagoberto*, editada por B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov*, vol. II, pp. 511-524, tiene poco valor histórico, pero no así el suplemento editado por el mismo Krusch en el vol. VII, pp. 474 y 494. Las referencias de Eddi a Dagoberto tienen muchísimo interés. Se le puede consultar en la edición de Colgrave de la *Vida de San Wilfrido de York* (1927); *cf.* también *Vie de St. Owen* de Vacandrad, pp. 283-286. Véanse asimismo la *Eccles. Hist.* de Beda, en la edición de Plummer, vol. II, pp. 318 y 325; a F. Lot, en *Histoire du Moyen Age* (1928), vol. I, pp. 282 y 286; a B. Krusch en *Historische Aufsätze K. Zeumer gewidmet* (1910), pp. 411-438; a Gougaud, en *Christianity in Celtic Lands*, p. 153. Respecto a los años que Dagoberto pasó en Irlanda, observa Gougaud: "No cabe duda de que así se explica la presencia de irlandeses en Aquitania en tiempos posteriores". *Cf.* también a W. Levison en *England and the Continent...* (1946), pp. 49-51.

24: SAN GREGORIO DE ESPOLETO, MÁRTIR (¿304? P.C.)

SE AFIRMA que Gregorio era un sacerdote de Espoleto que fue martirizado, pero aun se pone en duda su existencia, puesto que no hay mención de él, a no ser en unas "actas" ficticias de su supuesta pasión. Se relata ahí que Flaco, el gobernador de Umbría, llegó a la ciudad de Espoleto con una orden del emperador Maximiano para imponer castigos a todos los cristianos. Todos los habitantes fueron reunidos en el foro y Flaco preguntó si ya todos habían abandonado el culto de los dioses. El magistrado principal repuso al gobernador que eran muy pocos los que habían renegado de la antigua religión y que, si era necesario castigar a alguno, éste debía ser un hombre llamado Gregorio quien, además de propagar activamente la doctrina prohibida, había tenido la osadía de derribar estatuas de los dioses. Inmediatamente, fueron enviados los soldados para traer al acusado ante el tribunal. Una vez frente a sus jueces, Flaco lo interrogó: "¿Quién es tu Dios?". Gregorio repuso sin titubeos: "Aquél

que hizo al hombre a su imagen y semejanza, el todopoderoso e inmortal que habría de redimir a todos los hombres de acuerdo con sus obras". Flaco se encogió de hombros con impaciencia, pidió al reo que no hablase tanto y que hiciera en cambio lo que se le había pedido. A esto repuso Gregorio: "No sé lo que quieres de mí, pero no he hecho sino lo que debo". "Si quieres salvarte", le advirtió el gobernador, "ve al templo y ofrece sacrificios a Júpiter, a Minerva y a Esculapio. Entonces serás considerado como amigo nuestro y recibirás los favores de nuestros invencibles emperadores". A todo lo cual, Gregorio repuso con la misma mansedumbre: "No deseo vuestra amistad y no ofreceré sacrificios a los demonios, sino únicamente a mi Dios, Jesucristo".

El gobernador ordenó que, por haber proferido aquellas blasfemias, fuese golpeado en el rostro por los puños de los soldados y, después, se le hiciese morir a fuego lento. Sin embargo, cuando los verdugos estaban a punto de acostar a Gregorio en la parrilla, se produjo un terremoto que destruyó un barrio de Espoleto. Pero al otro día, después de nuevas torturas, fue decapitado.

La pasión de este mártir, que aparece en numerosas copias de antiguos manuscritos, fue impresa por Surio y fue objeto de una curiosa transformación que la hizo aparecer como la historia del martirio de San Jorge, escrito por el padre Delehaye en la *Analecta Bollandiana*, vol. XXVII (1908), pp. 373-383. El propio Delehaye señala que la mencionada pasión es una mera fantasía y que no existe prueba alguna de que un mártir llamado Gregorio haya sido honrado en Espoleto durante los primeros siglos. Una de las copias de la pasión cayó en manos de Ado, quien inscribió la nota correspondiente en el Martirologio Romano. En *Etudes sur les Gesta Martyrum Romains*, vol. III, pp. 98-100, de Dufourcq, se encuentran algunos comentarios sobre esas *actas*.

SAN DELFIN, Obispo de Burdeos (403 p.c.)

La primera mención conocida de este segundo obispo de Burdeos aparece en las crónicas del Sínodo de Zaragoza, en el año de 380, en el que se condenó a los priscilianistas y a otros herejes. La fama de virtud y santidad que se agrega al nombre del obispo Delfín, proviene del hecho de la abundante correspondencia que mantuvo con San Ambrosio y la poderosa influencia que ejerció sobre Poncio Meropio Anicio Paulino, mejor conocido como San Paulino de Nola. La conversión de este último fue obra de su esposa y de San Delfín, y éste le bautizó. Cinco de las cartas de Paulino a su benefactor espiritual se han conservado y dan testimonio del respeto y la estima en que tenía a San Delfín.

Además de San Ambrosio y San Paulino (a éste se le puede consultar mejor en el *Corpus Scriptorum* de Viena, vol. XXIX, nn. 10, 14, 19, 20 y 35), también Sulpicio Severo hace mención de Delfín en su *Crónica* (lib. II, cap. 48). En 1893, Fray Moniquet publicó una *Vie de Saint Delphin*, pero se han formulado severas críticas contra ella en *Analecta Bollandiana*, vol. XII, pp. 460-462.

SANTAS TARSILA y EMILIANA, Vírgenes (*c.* 550 p.c.)

Gordiano el *regionarius*, padre de San Gregorio el Grande, tuvo tres hermanas que llevaron una vida ascética de reclusión religiosa en su casa. Los nombres de las tías de San Gregorio eran: Tarsila, la mayor, Emiliana y Gordiana. Con más fuerza que el vínculo de la sangre, unía a Tarsila y Emiliana el fervor de sus corazones y su común caridad. Vivían en la casa que había sido de su padre, en el Clivus Scauri, como en un monasterio, y unas a otras

alentaban en las prácticas de la virtud por la palabra y el ejemplo, de manera que hicieron grandes progresos en la vida espiritual. Gordiana se unió a ellas, pero no tardó en cansarse del silencio y el retiro, se sintió inclinada a adoptar otra clase de vida y se casó con su tutor. Tarsila y Emiliana perseveraron en la senda que habían elegido, contentas en la paz de su retiro y en la entrega de su amor a Dios, hasta que fueron llamadas a recibir la recompensa de su fidelidad. San Gregorio nos dice que Tarsila gozó de la gracia de una visión de su bisabuelo, el Papa San Félix II (III), quien le mostró el lugar que estaba destinado a ella en el cielo, con estas palabras: "Ven, que yo habré de recibirte en estas moradas de luz". Poco después de aquella experiencia, Tarsila cayó gravemente enferma y, mientras sus amigos y parientes rodeaban su lecho de muerte, comenzó a gritar: "¡Apártense! ¡Atrás, atrás! ¡Ya viene Jesús, mi Salvador!". Con estas palabras exhaló su último suspiro y entregó el alma a Dios en la víspera de la Navidad. Cuando fue amortajada, se descubrió que en sus rodillas y en sus codos, tenía unos callos tan gruesos y endurecidos "como los de un camello", debido a sus continuas plegarias que decía hincada y apoyada en un reclinatorio. Pocos días después de su muerte, se apareció en sueños a Emiliana y la llamó para celebrar juntas la Epifanía en el cielo. En efecto, Emiliana murió el 5 de enero del año siguiente. A las dos santas hermanas se las nombra en los respectivos días de su muerte en el Martirologio Romano.

San Gregorio el Grande habla de sus tías, no solamente en sus *Dialogues* (lib. iv, cap. XVI), sino también en una homilía (ver a Migne, PL. vol. LXXVI, c. 1291). *Cf.* Dudden, *St Gregory the Great*, vol. I, pp. 10-11 y a Dunbar, en *Dict. of Saintly Women*, vol. II, p. 242.

SANTAS IRMINA, VIRGEN Y ADELA, VIUDA (*c.* 710 y *c.* 734 P.C.)

DE ACUERDO CON la tradición, la princesa Irmina, de quien se dice que fue hija de San Dagoberto II, había sido prometida en matrimonio al conde Herman. Ya estaban hechos todos los preparativos para la boda en la ciudad de Tréveris, cuando uno de los hombres que estaban al servicio de la princesa y perdidamente enamorado de ella, tendió una celada al conde sobre un despeñadero vecino a la ciudad, se arrojó sobre Herman con inaudita saña, lucharon los dos a brazo partido y ambos cayeron abrazados en el precipicio.

Tras este trágico epílogo de sus proyectos, Irmina obtuvo la autorización de su padre para ingresar a un convento que el propio Dagoberto había fundado o reconstruido en las proximidades de Tréveris. Santa Irmina fue una celosa colaboradora en los trabajos misioneros de San Wilibrordo y, en el año de 698, le cedió la mansión en la que él fundó el famoso monasterio de Echternach. Se afirma que aquel donativo lo hizo como una muestra de reconocimiento cuando San Wilibrordo contuvo milagrosamente una epidemia que había azotado a su convento y causaba muchas víctimas. Eso es todo lo que se sabe de cierto sobre Santa Irmina.

Santa Adela, otra hija de Dagoberto II, se hizo monja a la muerte de su marido Alberico. Muy probablemente esta Adela sea la viuda Adula que, entre los años 691 y 692, vivía en Nivelles con su pequeño hijo, el futuro padre de San Gregorio de Utrecht. Adela fundó un monasterio en Palatiolum, la actual ciudad de Pfalzel, cerca de Tréveris; fue la primera abadesa del mismo y lo go-

bernó con prudencia y santidad durante muchos años. Parece ser que Adela se encontraba entre los discípulos de San Bonifacio, y una de las cartas que figuran en la correspondencia de este santo, firmada por la abadesa Aelfleda de Whitby y dirigida a una abadesa Adola, pertenecía indudablemente a Santa Adela. A Santa Irmina se le menciona en el Martirologio Romano, pero el culto popular que se rinde a Santa Adela nunca ha sido confirmado y no tiene conmemoración litúrgica.

La historia sobre los primeros años en la vida de Santa Irmina, sobre los que únicamente un monje llamado Tiofrido hizo un relato cerca de cuatrocientos años después de la muerte de la santa, es probablemente fabulosa. Hay pruebas de que, por lo menos parte de ese relato se funda en un personaje ficticio. La biografía en latín de Santa Irmina, editada por Weiland en MGH., *Scriptores*, vol. XXIII, pp. 48-50, es una versión de la obra de Tiofrido y no de Teodorico, de quien se dice que la escribió un siglo después. Sobre todo esto, consúltese la *Analecta Bollandiana*, vol. VIII (1889), pp. 285-286, así como a C. Wampach, en *Grundherrschaft Echternach*, vol. I, parte 1 (1929), pp. 113-135 y *cf.* los documentos impresos en la parte II (1930). Sobre Adela, consultar a DHG., vol. I, c. 525. Ver además a E. Ewig en *San Bonifacius* (1954), p. 418 y a C. Wampach, en *Irmina von Ceren und ihre Familie*, en *Trier Zeitschrift*, vol. II (1928), pp. 144-154.

BEATA PAULA CERIOLI, VIUDA, FUNDADORA DEL INSTITUTO DE LA SAGRADA FAMILIA DE BÉRGAMO (1865 P.C.)

CONSTANCIA CERIOLI nació en Soncino, cerca de Bérgamo, en 1816, y fue la última de los dieciséis hijos de Don Francesco Cerioli y su esposa, la condesa Francesca Corniani. Constancia se educó con las monjas de la visitación y, a la edad de diecinueve años, se casó con Gaetano Buzecchi-Tassis, de sesenta años, viudo, rico y de buena disposición, pero muy feo y con cierta aversión a la humanidad. Pero de todas maneras, el consentimiento de Constancia para la unión fue exclusivamente pasivo, puesto que el matrimonio fue arreglado por los padres de la joven, de acuerdo con la costumbre de la época y del lugar, una costumbre a la que el padre Federici, biógrafo de Constancia, califica de "no tanto ilógica como usurpadora de funciones". En este caso particular, los resultados de la unión fueron naturalmente dolorosos aunque no trágicos, puesto que desde un principio, Constancia se sintió impulsada a confiar enteramente en Dios, cuya gracia no le faltó por cierto. El matrimonio subsistió durante diecinueve años y de él nacieron tres hijos. Dos murieron en la infancia y el tercero, Carlos, sólo vivió hasta cumplir los dieciséis años, pero su recuerdo perduró durante toda la vida de su madre.

Gaetano Buzecchi murió en 1854 y dejó a su viuda provista de una considerable fortuna. El hecho de que los huérfanos desamparados de la comarca fueran, a fin de cuentas, los únicos herederos de aquella fortuna, se debió a una frase casual del cura de la parroquia de Constancia. Desde el momento en que la escuchó, la rica viuda se llevó a vivir a su casa de Comonte, en Seriate, población de la Lombardía, a dos niños sin padres y formuló la determinación de dedicar su persona, sus medios y energías, al bienestar de los huérfanos y las huérfanas, hijos de campesinos especialmente, los que debían ser educados y adiestrados para la existencia y el trabajo en los campos.

Su primera ayudante, a la que consideró siempre como su mano derecha, era Luisa Corti. Sus consejeros y amigos fieles fueron el canónigo Valsecchi y el obispo de Bérgamo, Mons. Speranza. Por el otro lado estaban los que la

consideraban "loca", como se lo dijo el obispo, a lo que ella repuso: "Es verdad que lo estoy; tengo la locura de la cruz". No pasó mucho tiempo sin que se le ofrecieran nuevas manos para ayudar en la obra y, en 1857, Constancia Cerioli hizo sus votos religiosos y tomó el nombre de Paula Isabel; a los pocos meses, el Instituto de la Sagrada Familia fue aprobado. Aumentó y prosperó con tanta rapidez que, en cinco años, se realizó la segunda parte del proyecto de la hermana Paula: una rama de hermanos de la misma congregación para que se hiciesen cargo de los huérfanos, que se estableció en Villa Campagna, cerca de Soncino, bajo la dirección de Juan Capponi, un alto empleado del hospital de Leffe.

Con su característica decisión, la hermana Paula dedicaba su trabajo a preparar a los niños y los jóvenes para la vida rural. Por aquellos días, la agricultura y los trabajadores del campo no eran un problema público tan importante como lo son hoy, y no es poco lo que Italia debe sobre este particular al Instituto de la Sagrada Familia, por la excelente enseñanza y la efectiva práctica agrícola que impartió en los establecimientos de niños huérfanos. Fue una circunstancia afortunada que aquella obra naciera precisamente en las proximidades de Mántua, la ciudad de Virgilio, de la cual dijo el poeta: *O fortunatos nimium, sua si bona norint, agricola*: "¡Si supieran los venturosos labradores la riqueza agrícola que ahí tienen!" Una buena parte de la vocación de la hermana Paula consistió en dar a conocer esa riqueza a los labradores italianos, que vivían en la más atroz de las miserias.

No sobrevivió por largo tiempo a la fundación de Villa Campagna. Siempre había sido de salud delicada, padecía de una leve deformidad en la espina dorsal y su corazón le causaba constantes molestias. Murió en Comonte, en la madrugada de la víspera de la Navidad de 1865, mientras dormía. Había dado el nombre de la Sagrada Familia a su fundación a causa de su profunda veneración por San José, y no podía haber elegido mejor fecha para su muerte que aquella vigilia de Navidad. La tranquilidad con que pasó a mejor vida, fue una digna coronación de una existencia que, no obstante su gran actividad externa, se caracterizó por una extraordinaria paz interior fincada en una serena devoción por Jesucristo. La Hermana Paula Cerioli fue beatificada en 1950.

Además de los documentos del proceso de beatificación, existen las "memorias" de la Madre Corti y los escritos de la propia beata. La biografía que escribió Mons. P. Merati fue publicada en 1899. Los datos proporcionados por todos estos materiales fueron utilizados por el padre E. Federici en su biografía oficial sobre la Beata Paula (1950).

25: LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, LLAMADO "DÍA DE NAVIDAD"

CUANDO SE hubieron cumplido los acontecimientos que debían preceder al advenimiento del Mesías, de acuerdo con los vaticinios de los antiguos profetas, Jesús llamado el Cristo, Hijo de Dios eterno, se encarnó en el seno de la Virgen María y, hecho hombre, nació de ella para la redención de la humanidad. Desde la caída de nuestros primeros padres, la sabia y misericordiosa providencia de Dios había dispuesto gradualmente todas las cosas para la realización de sus promesas y el cumplimiento del más grande de sus misterios: la encarnación de su divino Hijo.

Por aquel entonces, el emperador Augusto había emitido un decreto para llevar a cabo un censo en el cual todas las personas debían registrarse en un lugar determinado, de acuerdo con sus respectivas provincias, ciudades y familias. El mencionado decreto fue la ocasión para que se manifestara al mundo entero que Jesucristo era descendiente de la casa de David y de la tribu de Judá, puesto que a todos los miembros de aquella familia se les ordenó registrarse en Belén, pequeña ciudad de la tribu de Judá, cerca de diez kilómetros al sur de Jerusalén, donde estuvo la casa de David. Hasta Belén habían llegado José y María, procedentes de Nazaret, población galilea situada a noventa kilómetros al norte de Jerusalén. Siglos antes, el profeta Miqueas había vaticinado que Belén-Efrata (es decir casa del pan, la abundante), quedaría ennoblecida por el nacimiento del "regidor de Israel" o sea Cristo. Por lo tanto, María y su esposo José, en acatamiento a las órdenes del emperador para los registros del censo, hicieron la larga jornada. Al llegar a Belén, encontraron que las posadas y hospederías estaban colmadas y no era posible encontrar hospedaje. Llenos de inquietud al cabo de buscar en vano durante largo tiempo, se refugiaron en una cueva de las colinas a cuyo pie se encuentra la ciudad de Belén, y que se utilizaba como establo para guarecer al ganado. La tradición universalmente admitida afirma que en la cueva se hallaban un asno y un buey.*

En aquel lugar, llegada la hora del parto, la Virgen María trajo al mundo a su divino Hijo, lo envolvió en lienzos y lo recostó en la paja del pesebre.** Dios dispuso que Su Hijo, no obstante haber llegado al mundo en la oscuridad de la pobreza, fuese inmediatamente reconocido por los hombres y recibiese los primeros homenajes de su devoción; pero ésos fueron los humildes pastores, puesto que los grandes de la tierra, los más sabios entre los judíos y los gentiles, los ancianos y los príncipes, los que parecían estar por encima del nivel común de la humanidad, fueron pasados por alto. Sólo algunos pastores que en aquellos momentos vigilaban los rebaños junto a las majadas, tuvieron el privilegio de ver a un ángel que se les apareció rodeado por una luz resplandeciente. En el primer momento, los pastores se sintieron sobrecogidos por el temor, pero entonces, el ángel les habló: "¡No temáis!" les dijo. "Son buenas las nuevas que os traigo y serán motivo de gran júbilo para todas las gentes. Porque en este día os ha nacido un Salvador, que es Cristo, el Señor, en la ciudad de David. Estas son las señas que os doy: encontraréis al recién nacido envuelto en lienzos y recostado en un pesebre". Junto con el ángel, aparecieron en el cielo multitudes de espíritus celestiales que alababan a Dios y decían: "¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buen voluntad!". Los pastores, asombrados, se dijeron entre sí: "Vayamos a Belén y veamos ese suceso prodigioso que acaba de suceder y que el Señor nos ha manifestado". Se fueron pues, a toda prisa; y hallaron a María, a José y al Niño reclinado en un pesebre. "Y al verle, se convencieron de cuanto se les había dicho de aquel Niño. Y todos los que supieron el suceso se maravillaron igualmente de

* Esa tradición, que ya existía en el siglo quinto, es absolutamente lógica y aun puede decirse que un versículo de Isaías (I, 3) la sostiene (con ciertos acomodos, naturalmente), puesto que dice así: "El buey conoció a su dueño y el asno el pesebre de su amo ...".

** Otra tradición muy antigua de autenticidad, dice que la cueva es la que se encuentra bajo la Basílica de la Natividad en Belén. En el piso de esa cueva hay una gran estrella de plata con esta inscripción: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est*: "Aquí nació Jesucristo de la Virgen María".

lo que contaban los pastores (pero María guardaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón)." Los pastores rindieron homenaje al Mesías como al rey espiritual de los hombres y regresaron a sus rebaños, no cesando de alabar y glorificar a Dios.

El mensaje del ángel a aquellos pastores, iba dirigido a nosotros, a "todas las gentes". Por aquellas palabras, se nos invita a adorar a nuestro recién nacido Salvador y sería necesario que nuestros corazones fuesen impenetrables a todas las cosas del espíritu, si no se colmasen de regocijo al considerar la divina bondad y la misericordia infinita que se manifiestan en la Encarnación y el advenimiento del Mesías prometido. Ya la idea y la previsión de este misterio consolaron a Adán cuando fue expulsado del Paraíso; la promesa del advenimiento endulzó la amarga peregrinación de Abraham; alentó a Jacob para no temer a ningún adversario y a Moisés para hacer frente a todos los peligros y vencer todas las dificultades, cuando libró a los israelitas de la esclavitud en Egipto. Todos los profetas vieron al Mesías en espíritu, lo mismo que Abraham, y todos se regocijaron. Si ya la esperanza dio tanta alegría a los patriarcas, ¡cuánta mayor felicidad debería darnos su realización! "La carta de un amigo", dice San Pedro Crisólogo, "es reconfortante, pero lo es mucho más su presencia; un pagaré es útil, pero su pago lo es en mayor grado; las flores son bellas, pero las supera la hermosura de su fruto. Los antiguos padres recibieron las amistosas misivas de Dios, nosotros gozamos de su presencia; ellos tuvieron su promesa, nosotros el cumplimiento; ellos el pagaré, nosotros el pago. Solamente amor nos pide Dios como tributo particular para celebrar este misterio; sólo ese pago pide a cambio de todo lo que ha hecho y de lo que ha sufrido por nosotros. '¡Hijos'!, nos llama. '¡Dadme vuestro corazón!' Amarle es nuestra suprema felicidad y la más alta dignidad de la criatura humana".

La vida en Cristo es la práctica del Evangelio. Desde el momento de nacer, nos enseña, primero a practicarlo y después a predicarlo. El pesebre fue su primer púlpito y desde ahí nos enseñó a curar nuestras enfermedades espirituales. Vino entre nosotros a buscar nuestras miserias, nuestras pobrezas, nuestras humillaciones, a reparar el deshonor que nuestro orgullo le había inflingido a Dios Padre y aplicar un remedio a nuestras almas. Y para ello, eligió una madre pobre, un poblado pequeño, un establo. Aquél que adornó al mundo y vistió a los lirios del campo con una majestad mayor a la de Salomón, estuvo envuelto en zaleas y reclinado en un pesebre. Eso fue lo que escogió como señal de su identidad. "Que os sirva de señal", había dicho el ángel a los pastores, "encontrar al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre". En todo ello hay una poderosa enseñanza. "La gracia de Dios, nuestro Salvador, había aparecido a todos los hombres para instruírnos", afirma el apóstol. A todos los hombres, al rico y al pobre, al grande y al pequeño, a todo el que quiera compartir Su gracia y Su reino y, para todo eso, nos dio su primera lección de humildad. ¿Qué es todo el misterio de la Encarnación sino el más asombroso acto de humildad de un Dios? Para expiar *nuestro* orgullo, el Hijo de Dios, se despojó de su gloria y tomó la forma del hombre con todas sus condiciones y en todas sus circunstancias, salvo en el pecado. ¿Quién puede dejar de imaginarse que toda la creación se colmó con la gloria de Su presencia y se estremeció de júbilo ante El? Pero nada de esto pudieron ver los hombres. "No vino", dice San Juan Crisóstomo, "para sacudir al mundo con la presencia de

su Majestad; no llegó entre rayos y truenos, como en el Sinaí; sino que lo hizo calladamente, sin que nadie lo supiera".

> En el año 5199 de la Creación del mundo, cuando Dios, en el principio, hizo de la nada los cielos y la tierra; el año 2957 después del diluvio; el año 2015 del nacimiento de Abraham; el año de 1510 desde Moisés y la salida de Egipto del pueblo de Israel; el año de 1032 desde que David fue ungido rey; en la sexagésima quinta semana, de acuerdo con la profecía de Daniel; durante la centésima nonagésima cuarta olimpíada; en el año 752 de la fundación de Roma; en el cuadragésimo segundo año del reinado de Octavio Augusto, cuando toda la tierra estaba en paz, en la sexta edad del mundo: Jesucristo, Dios eterno e Hijo del eterno Padre, con el deseo de consagrar al mundo con su arribo, concebido por el Espíritu Santo y cuando hubieron pasado nueves meses desde su concepción, nació en Belén de Judá, de la Virgen María y se hizo hombre. Ese fue el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo según la carne.

En esta forma tan solemne y detallada, el Martirologio Romano, como no lo hace para ninguna otra fiesta del Año Cristiano, ni siquiera la de Pascua, anuncia la Navidad. Sin embargo —y esto parece particularmente extraño a los pueblos sajones de habla inglesa para quienes la Navidad es la máxima fiesta religiosa del año— esta solemnidad no figura entre las que celebraba la Iglesia primitiva y, considerada desde el punto de vista litúrgico, no sólo queda por debajo de la Pascua, sino también de Pentecostés y de la Epifanía. La conmemoración del nacimiento de Nuestro Señor con fiesta propia no comenzó hasta el siglo cuarto (antes del 336) en Roma, de donde la festividad se extendió al oriente; hasta entonces, se conmemoró la Navidad como un complemento secundario de la fiesta de Epifanía.

Las fechas que figuran en la cita del Martirologio Romano que reproducimos arriba, no todas son estrictamente correctas desde el punto de vista histórico ni es posible verificarlas. En la actualidad sabemos, por ejemplo, que la creación del mundo no tuvo lugar 5199 años antes del nacimiento del Señor, sino muchísimos años más, y también tenemos conocimiento de que, posiblemente, la natividad haya sido anterior al año 752 de la fundación de la ciudad de Roma. Pero si es incierto el año en que nació Nuestro Señor, lo es todavía más la fecha del día, y autoridades respetabilísimas han colocado esa fecha en casi todos los meses del año. No se saben las razones positivas por las que se eligió el 25 de diciembre para conmemoración de esta festividad, y el caso ha sido objeto de acaloradas discusiones. La idea de que tuvo su origen en una *Saturnalia* romana de diciembre, no puede ser pasada por alto, pero es más probable que la festividad solar de *Natalis Invicti* (Nacimiento del Invicto (el Sol)), que se celebraba en el solsticio de invierno, más o menos por el 25 de diciembre, haya dado origen al Día de Navidad. De cualquier manera, la costumbre romana de conmemorar el nacimiento de Cristo con una festividad especial en la fecha señalada se generalizó y así ha persistido en toda la cristiandad, con algunas excepciones aisladas. Se dice que los nestorianos no aceptaron la festividad especial hasta el siglo catorce; los armenios disidentes nunca lo han hecho, hasta hoy, celebran el nacimiento de Nuestro Señor junto con su Bautismo, el día de la Epifanía, y es así como los armenios

separatistas son los únicos cristianos en el mundo que no festejan el día de la Navidad.*

El padre Delehaye, en su comentario sobre el *Hieronymianum*, subraya la resistencia de la iglesia de Jerusalén a aceptar lo que consideraba como una nueva fiesta del nacimiento de Nuestro Señor, no obstante que San Juan Crisóstomo aclara en uno de sus sermones que la festividad ya había sido adoptada en la ciudad siria de Antioquía desde el año 376. Al parecer, en el siglo sexto, Cosme Indicopleustes consideraba escandaloso que no se hubiese adaptado la celebración de la Navidad en Jerusalén; pero antes de la muerte del patriarca San Sofronio, ocurrida alrededor del 638, es evidente que Jerusalén se había conformado con las costumbres del resto de la cristiandad, puesto que así lo dijo el patriarca en uno de sus sermones. Tras el estudio del padre Delehaye, el monje Dom B. Botte publicó una discusión sistemática, y a veces excesivamente minuciosa, sobre el origen de la fiesta de Navidad, estudio éste donde el autor afirma que todas las pruebas nos obligan a admitir que la asignación de la fecha del nacimiento de Nuestro Señor al 25 de diciembre se debe a la celebración pagana del *Natalis Invicti* precisamente en ese día. En apoyo de esta idea, debe recordarse que mientras dominaba o prevalecía extensamente el paganismo, los cristianos, las *gens lucifuga*, tenían poderosas razones para ocultarse y disimular sus creencias y sus prácticas bajo celebraciones o símbolos que no llamasen la atención de sus perseguidores. Por otra parte, Mons. Duchesne sostiene que el nacimiento de Cristo se identificó con la fecha del 25 de diciembre, porque existía la creencia de que la Encarnación de Cristo había ocurrido en la misma fecha en que murió y que ambas coincidían con el equinoccio de primavera, el 25 de Marzo. También existía la creencia ampliamente aceptada de que igual fecha correspondió a la creación del mundo. De acuerdo con las investigaciones del padre Michel Andrieu, esas teorías no son enteramente irreconciliables y hay algo de verdad en ambas. El breve tratado *De solstitiis et aequinoctiis*, que data del siglo cuarto y sobre el cual publicó Dom Botte un texto crítico, no está en contradicción con las mencionadas sugerencias. Dom Botte coleccionó asimismo cierto número de testimonios en relación con las celebraciones paganas, en tierras de oriente, del nacimiento de un "aeon", o sea una gran divinidad, el día 6 de enero. En vista de que aquellas celebraciones estaban vinculadas con las festividades en honor de Dionisio, durante las cuales el vino reemplazaba el agua de las fuentes, es posible que hayan encontrado su expresión en las características singularmente mezcladas de la festividad de Epifanía en las que se combinaban el homenaje de los Reyes Magos, el bautismo de Nuestro Señor y el milagro de las bodas de Caná.

Cuando la peregrina Eteria visitó Jerusalén, hacia fines del siglo cuarto, la Navidad se observaba todavía como parte de la Epifanía el día 6 de enero, pero ya se daba mayor importancia al aspecto del nacimiento del Señor. Eteria describe de qué manera, en la víspera del 6 de Enero, el obispo, los sacerdotes,

* Entre los protestantes de una de las sectas más estrictas de Inglaterra y especialmente de Gales, subsiste la reminiscencia de la tradición puritana de que, si la Navidad cae en domingo, se observa en la forma penitenciaria propia de su culto en el día del Señor o Sabbath, como ellos le llaman, por considerar que éste es más importante que la Navidad. Las fiestas navideñas se difieren hasta el lunes. Algunos presbiterianos de Escocia ignoran por completo la Navidad.

los monjes y el pueblo de Jerusalén, se trasladaban a Belén y hacían una estación solemne en la cueva de la Natividad. A la media noche, se organizaba una procesión que marchaba de regreso a Jerusalén mientras entonaba el oficio de la aurora. Después, durante el día, los cristianos volvían a reunirse para una celebración solemne de la Santa Eucaristía, que se iniciaba en la gran basílica de Constantino (el *Martyrion*) y culminaba en la capilla de la Resurrección (la *Anastasis*). En el siglo sexto, las festividades que se llevaban a cabo en Jerusalén, fueron imitadas en Roma. A la hora "del canto del gallo", es decir después de la media noche, el Papa celebraba la misa en la Basílica Liberiana (Santa María la Mayor), a donde fueron trasladadas las supuestas reliquias del pesebre de madera donde estuvo recostado el Niño Jesús. Después del alba, marchaban los fieles en procesión hasta San Pedro donde el Papa cantaba la segunda misa. Entre la media noche y el alba, había otra celebración en la iglesia de Santa Anastasia, junto al Palatino (véase la nota al final de este artículo). A mediados del siglo doce, comenzó a cantarse la tercera misa, la del día de Navidad, en Santa María la Mayor, debido a la gran distancia que había entre la basílica de San Pedro y la de Letrán, donde vivía el Papa por entonces. Este fue el origen de las tres misas que todo sacerdote debe celebrar en la Navidad. Estas misas se encuentran hasta hoy marcadas en el misal, con los nombres de sus respectivas estaciones: Misa a Medianoche, estación en Santa María la Mayor, junto al Pesebre; Misa a la Aurora, estación en Santa Anastasia; y Misa en el Día, estación en Santa María la Mayor. Posteriormente, se le dio un significado místico a esta conmemoración: las misas llegaron a representar la triple manifestación, la original, la judáica y la cristiana, es decir que representaron "el triple nacimiento" de Nuestro Señor: por el que procede del Padre antes de todos los tiempos, por su nacimiento natural de la Virgen María y, por su renacimiento espiritual en nuestras almas, mediante la fe y la caridad. O bien, de otra manera, se las puede considerar así: la Misa de Medianoche conmemora el eterno nacimiento de Jesús, el Verbo divino. "El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo ... En Ti está el principado en el día de tu poder ... yo te concebí en el vientre antes que al lucero de la mañana". La Misa de la Aurora contempla a Jesús como la luz verdadera, el sol espiritual. "Una luz brillará sobre nosotros en este día ... Nos inunda la luz nueva del Verbo encarnado". Y en la tercera misa, al Niño de Belén se le honra como a Cristo el Rey, Dios y hombre. "Un niño nos ha nacido ... lleva el reino sobre sus hombros ... Hasta los confines de la tierra se ha visto la salvación de nuestro Dios ... ¡Venid, todas las naciones y adorad al Señor! ... Justicia y juicio son los preparativos para tu trono".

Existe, por supuesto, una inmensa cantidad de literatura relacionada con el nacimiento de Nuestro Señor, desde todos los puntos de vista: de la devoción, la cronología y la liturgia. Además de las referencias que se dan en esta obra, al tratar la Epifanía, el 6 de enero, debemos llamar especialmente la atención, sobre la observación que hace Fray Delehaye en CMH., pp. 7-8, lo mismo que Dom B. Botte, en *Les origines de la Nöel et de l'Epiphanie* (1932). Ver también a L. Duchesne, en *Christian Worship* (1931), pp. 257-265; M. Andrieu, en la *Révue des sciences réligieuses*, vol. XIV (1934), p. 624; y lo que se dice en esta obra bajo la fecha del 25 de marzo, día de la Anunciación. Para otros puntos de vista, ver a H. Usener en *Das Weihnachtsfest* (1911); ver también a A. Baumstark en *Oriens Christianus* (1902), pp. 441-446 y (1927), pp. 310-333; a Cabrol en DAC, vol. V, cc. 1412-1414; Kellner, en *Heortology*, pp. 127-157; a Schuster, en *The Sacramentary*, vol. I, pp. 361-377; a O. Cullman, en *Weinachten in der alten Kirche* (1947); y los estudios de Fray Frank y Fray Engherding, en la *Archiv für Liturgiew*

senschaft, vol. II (1950), de Maria Laach. Ver. *The Evolution of the Christian Year* (1933), pp. 31 y sig. para un buen resumen sobre el desarrollo de la fiesta de Navidad.

SANTA EUGENIA, Virgen y Mártir (Fecha Desconocida)

La leyenda de Santa Eugenia, lo mismo que la de Santa Marina, Santa Reparata y otras, consiste en la fábula de una mujer que vive disfrazada de monje y es acusada de un delito que está imposibilitada para cometer. Para variar, relataremos aquí el cuento con las palabras de la *Leyenda Dorada.*

> Eugenia, la noble virgen, era hija de Felipe, duque de Alejandría, quien gobernaba toda la tierra de Egipto en nombre del emperador de Roma. Cierto Día, Eugenia salió ocultamente del palacio de su padre, acompañada por dos servidores (Santos Proto y Jacinto) y, con los atavíos, el porte y los hábitos de un hombre, se refugió en una abadía, donde llevó una existencia tan santa y ejemplar, que no pasó mucho tiempo sin que se le diera el cargo de abad. Y sucedió que ninguno de los monjes a su cargo sabía que el abad era una mujer y, sin embargo, una dama lo acusó formalmente de adulterio ante el juez, que era el padre de la acusada. Eugenia fue inmediatamente arrojada en la prisión, en espera del juicio que la condenaría a muerte. Pero la noble virgen se las arregló para hablar largamente con el juez, su padre, hasta que lo convirtió a la fe de Jesucristo. Hasta entonces le descubrió que era una mujer, se dio a conocer como su hija y le recriminó que la tuviese encarcelada por un crimen que no podía haber cometido. En cuanto se aclararon las cosas, la dama que había formulado la falsa acusación ardió con el fuego del infierno junto con todos sus cómplices. El juez, padre de Eugenia, llegó a ser un santo obispo y, mientras cantaba misa, fue degollado por la fe de Jesucristo. Además, la dama Claudia (madre de Eugenia) y todos sus hijos, se trasladaron a Roma para enseñar la doctrina. Fueron muchas las gentes comunes convertidas por ellos, mientras que Eugenia conquistaba innumerables doncellas para el servicio de Dios. La dicha Eugenia fue atormentada de muy diversas maneras y al fin, la espada consumó su martirio. Así ofreció su propio cuerpo a Nuestro Señor Jesucristo, *qui est benedictus in saecula saeculorum, Amen.*

En primera instancia, fue el obispo Helenus, de Heliópolis, quien envió a Eugenia al convento de los monjes, después de haberla acogido, instruido y bautizado, después de que la joven huyó de su casa vestida con ropas de hombre. La falsa acusación se produjo a raíz de que Eugenia rechazó las proposiciones amorosas de una mujer agradecida a la que había curado milagrosamente de un enfermedad.

Los detalles romancescos de la doncella que se disfrazó de hombre, le fueron arbitrariamente atribuidos a otra Santa Eugenia, una mártir romana que fue sepultada en el cementerio de Aproniano, en la Vía Latina, donde posteriormente se edificó una basílica en su honor, iglesia ésta que fue restaurada en el siglo octavo.

Hay dos textos latinos de esta leyenda que llamaron la atención de los eruditos. El más antiguo es el que se halla impreso en el *Sanctuarium* de Mombritius. En fecha

anterior, sin embargo, se hizo en base a ese manuscrito una versión que alcanzó mucha difusión. Esta es la que se encuentra impresa en *Vitae Patrum* de Rosweyde, pp. 340-349 y también se encuentra, por dos veces, en la PL., de Migne, vol. XXI y LXXIII. También se conocen dos o tres distintas adaptaciones griegas en manuscritos y, la de Metafrasto se imprimió en PG., de Migne, vol. CXVI, pp. 609-652. Además de todo esto, hay una versión siria publicada con su correspondiente traducción al inglés, por la señora A. Smith-Lewis en *Studia Sinaitica*, vols. IX y X; hay otra armenia que tradujo y editó F.C. Conybeare, en *The Armenian Appology of Appollonius*, donde la cronología es muy dudosa. Por fin, la primera parte de la historia se halla en un texto etíope que fue impreso y traducido al inglés, por E. J. Goodspeed. En su *Etude sur légendier romain* (1936), pp. 171-186, Delehaye comenta la leyenda minuciosamente y, tanto ahí como en su CMH., demuestra que hay razones para creer que Santa Eugenia existió y que fue una mártir auténtica en Roma.

LOS NUMEROSOS MARTIRES DE NICOMEDIA (303 P.C.)

LA MATANZA DE 20,000 cristianos en Nicomedia, que, según los griegos, ocurrió el día de la Navidad del año 303, está registrada así, en el Martirologio Romano: "En Nicomedia, la pasión de muchos miles de mártires que se habían reunido para rendir culto al Señor en el día del nacimiento de Cristo. El emperador Diocleciano mandó que las puertas de la iglesia donde estaban los cristianos fuesen atrancadas, que se formase una hoguera en torno al edificio y frente a la puerta principal un trípode con brasas e incienso. Ordenó, asi mismo, que se encendiese la hoguera al tiempo que un heraldo proclamaba, de manera que pudiera oírsele desde adentro, que todo aquél que quisiese librarse del fuego, saliera por la puerta principal a ofrecer incienso a Júpiter. Y, cuando todos a una, los que estaban dentro de la iglesia, declararon que estaban prontos a morir por Cristo, se alimentó la hoguera inmensa con ramas secas, se avivaron las llamas y todos perecieron en el fuego. De esta manera, pudieron nacer para el cielo aquel mismo día en el que plugo a Cristo nacer en la tierra para la salvación del mundo".

Hay un documento histórico donde se registra la información de que la iglesia de Nicomedia fue derrumbada, no incendiada, el 23 de febrero del año 303, por órdenes de Diocleciano, pero no se dice nada de las gentes que murieron. Por otra parte, no se celebraba ninguna fiesta de Navidad en Nicomedia en una fecha tan remota como los principios del siglo cuarto.

La nota del Martirologio Romano fue tomada de unas informaciones griegas. El Sinaxario de Constantinopla, tal como está editado en el *Acta Sanctorum*, conmemora el 28 de diciembre (cc. 349-352) a los 20 000 mártires quemados en Nicomedia, con algunos detalles adicionales. Naturalmente que el número es muy exagerado, pero hay suficientes pruebas, tanto en Eusebio (lib. VI, capts. 5-8) como en el *breviarium* sirio de que Nicomedia era el centro donde mayor incremento alcanzaba la persecución en el año de 303.

SANTA ANASTASIA, MÁRTIR (¿304? P.C.)

LA PASIÓN DE Santa Anastasia relata que era la hija de un noble romano llamado Pretextato y que tuvo a San Crisógono como consejero y director. Anastasia se casó con el pagano Publio y, durante la persecución de Diocleciano, atendió a los confesores de la fe que se hallaban en prisión, hasta que su marido le prohibió que saliese de casa. Anastasia mantenía correspondencia

con San Crisógono, quien se hallaba en Aquilea y, cuando Publio murió, en el curso de un viaje a Persia, su viuda se apresuró a trasladarse a Aquilea para socorrer a los cristianos de aquella ciudad. Después del martirio de Santa Agape, Cionía e Irene, también Anastasia fue detenida y trasladada a Sirmiun para comparecer ante el prefecto del Ilírico. Mientras estuvo en la prisión, se le apareció con frecuencia Santa Teódota para consolarla y alimentarla. Después fue embarcada en un navío, junto con otro cristiano y con numerosos criminales y delincuentes paganos, y abandonada a la deriva en alta mar. Pero de nuevo apareció Santa Teódota que condujo la nave a la costa sin contratiempos, de suerte que todos los paganos se convirtieron. Anastasia fue capturada de nuevo y se la envió a la isla de Palmira, donde se le dio muerte en la hoguera, después de haberla atado, boca arriba, en el suelo, a cuatro estacas. Al mismo tiempo, otros doscientos hombres y setenta mujeres fueron martirizados también.

Estos relatos son enteramente apócrifos. A Santa Anastasia se le rindió culto en Roma desde fines del siglo quinto, cuando se inscribió su nombre en el canon de la misa, pero según los datos ciertos que se tienen, nunca tuvo nada que ver con esa ciudad. Su culto se originó en Sirmiun, en Panonia, donde tal vez fue martirizada durante la persecución de Diocleciano, aunque no han llegado hasta nosotros detalles ciertos de su vida y de su muerte. Mientras San Genadio fue patriarca de Constantinopla, durante la segunda mitad del siglo quinto, las reliquias de Santa Anastasia fueron trasladadas de Sirmiun a Constantinopla y ahí se rindió considerable culto a la santa. El aspecto histórico litúrgico más interesante de Santa Anastasia es la distinción de que se la conmemore en la segunda misa del día de Navidad.

En Roma, al pie de la colina del Palatino y cerca del Circo máximo, había una iglesia del *titulus Anastasiae*. Había sido construida en el siglo cuarto, se la llamaba de Santa Anastasia y tuvo considerable importancia, puesto que en esa iglesia cantaba el Papa la segunda misa del día de Navidad. Durante el siglo sexto y todavía después, aquella misa era propia de Santa Anastasia. La extraordinaria importancia litúrgica que se dio a aquella mártir, debida a las condiciones imperantes en Roma en los siglos quinto y sexto, ha quedado reducida a una simple conmemoración en la Misa de la Aurora. No existe, al parecer, ninguna tradición en la que se mencione que Santa Anastasia haya sido martirizada un 25 de diciembre. En la actualidad, los griegos celebran su fiesta el día 22, la veneran como una *megalomártir* y como abogada y remediadora de los que sufren los efectos de algún veneno.

El extenso documento que podríamos llamar "Actas de Santa Anastasia", nunca ha sido impreso en forma completa, aunque los diversos episodios de que se compone, han sido casi todos editados por separado, bajo los nombres de los mártires a quienes corresponden, como por ejemplo: *Passio S. Chrysogoni, Passio S. Theodotae*, etc. También hay una versión griega que sólo existe en manuscrito. En el *Etude sur le Légendier romain*, de Delehaye, pp. 151-171, hay una discusión muy completa sobre esta extraña mezcolanza. Dice el autor que el objeto para escribir semejante fábula hagiográfica, fue el de hacer aparecer a Anastasia como una santa romana, en vista de que en Roma se la honra como patrona del *titulus Anastasiae*. Es posible que Arnobio el Joven, quien vivió a mediados del siglo quinto, ya conociera la historia de Santa Anastasia (ver los *Etudes, textes, découverts*, 1913, pp. 328, 391 y 392, de Dom Morin), pero el asunto no está claro. Consultar además a Duchesne en *Mélanges d'archéologie et d'histore*, vol. VII (1887), pp. 387-413; a J.P. Kirsch, en *Die römischen Titelkirchen* (1918), pp. 18-23; a Lanzoni en *Titoli presbiterali* (1925), pp. 11-12 y 58-59.

BEATO PEDRO EL VENERABLE, ABAD (1156 P.C.)

A PRINCIPIOS DEL siglo doce, la abadía de Cluny, centro y capitanía de un centenar de monasterios y sus dependencias dispersos por toda Europa, estaba gobernada por un monje incompetente e indigno llamado Poncio, que había sido elegido para el puesto cuando era aún demasiado joven. En vista del general descontento, Poncio renunció a su puesto en circunstancias que equivalían a la deposición y, como su sucesor murió casi inmediatamente después de asumir el cargo, fue elegido en su reemplazo el P. Pedro de Montboissier, prior de Domène.

Pedro pertenecía a una noble familia de la Auvernia, se había educado en el monasterio de Sauxillanges, dependiente de Cluny y, ya desde la edad de veinte años, era prior de Vézelay. Apenas había cumplido los treinta años, cuando fue elegido para gobernar la casa matriz y su federación de monasterios. Ocupó el cargo en 1122 y, durante los treinta y cuatro años que lo conservó, la abadía de Cluny alcanzó tanta influencia y tan grande prosperidad, como nunca volvió a tenerlas. Sin embargo, durante los primeros tiempos de su tarea, no le faltaron amarguras y dificultades. En el año de 1125, Poncio, el antiguo abad, llegó de Italia al frente de un ejército bien pertrechado, se presentó en Cluny cuando el abad Pedro se hallaba ausente, tomó la casa por asalto, expulsó violentamente a todos los monjes que se negaron a aceptar su mando y se instaló para administrar los asuntos del monasterio con su habitual forma desordenada. Los partidarios de Pedro y los de Poncio enviaron delegaciones a Roma, citados por el Papa Honorio II, quien condenó a Poncio a la degradación y a la prisión. A resultas de aquella sentencia, surgió una desafortunada controversia entre los monasterios de Cîteaux y Cluny, puesto que San Bernardo acusó a los cluniacenses de relajamiento, y éstos respondieron con el cargo de que era humanamente impracticable la regla de los cistercienses. La tendencia general que siguió la controversia, demostró que el abad Pedro apoyaba la ampliación tolerante de la regla de San Benito. Tras un examen riguroso y una investigación a fondo respecto a las acusaciones de los cistercienses, el abad Pedro, junto con el abad Suger de Saint-Denis, respondió a lo que hubiese de verdad en las críticas, con una reforma y la imposición de una disciplina más estricta. Fue por aquel entonces, en el año de 1130, cuando el abad Pedro visitó Inglaterra e hizo el intento de poner a la abadía de Peterborough bajo la dirección de Cluny. En 1139 viajó a España, donde contrató los servicios de dos hombres que conocían bien el árabe, a fin de que hiciesen, para mayor cultura y prestigio de su abadía, la traducción del Corán y de algunas obras de astronomía, al latín.

En 1140, Pedro Abelardo se detuvo en Cluny durante su viaje a Roma, a fin de formular una apelación en contra de la condenación de sus opiniones pronunciadas en Sens, pero mientras Abelardo se hallaba en Cluny, llegaron noticias de que la condena había sido confirmada por el Papa Inocencio. Entonces, el abad Pedro ofreció hospedaje a Abelardo, gracias a sus buenos oficios obtuvo de la Santa Sede una mitigación de la sentencia condenatoria y propició una entrevista entre Abelardo y San Bernardo para lograr la reconciliación entre ambos. Demostró siempre que era un amigo leal y generoso de Abelardo y, cuando éste murió, dos años más tarde, envió el cadáver a la abadesa Eloísa para que le diese sepultura en el cementerio de Paracleto, con toda suerte de

seguridades de que habia muerto con la absolución y en comunión con la Iglesia. Asimismo, el abad Pedro escribió para su amigo un extravagante epitafio, en el que comparaba al filósofo Abelardo con Sócrates, Platón y Aristóteles. Era una de las características de Pedro el Venerable, mezclar su misericordia y su simpatía por el pecador, a la justa detestación del pecado: defendió a los judíos de las matanzas, pero admitió que ellos las habían provocado; escribió en contra de los herejes petrobrusianos del sur de Francia; asistió al sínodo de Reims, donde fueron impugnadas las enseñanzas de Gilbert de la Porrée, obispo de Poitiers. Sus contemporáneos le tuvieron en gran estima y los muchos que le consultaron, mantuvieron con él una abundante correspondencia; pero no por eso dejó Pedro el Venerable de escribir por su cuenta numerosos tratados teológicos y polémicos, sermones e himnos como el de Navidad: *Caelum, gaude, terra, plaude.* Era justo que el autor de este hermoso himno muriese, como era su expreso deseo, el día de Navidad de 1156, después de haber predicado a sus monjes sobre el significado de la festividad.

Con el correr del tiempo, Pedro el Venerable fue venerado por los miembros de su propia congregación y por los fieles en general. Su culto nunca ha sido aprobado formalmente por la Santa Sede, pero su nombre se insertó en los martirologios franceses y su fiesta se observa en la diócesis de Arras el 29 de diciembre.

Se conservan dos biografías de Pedro el Venerable que datan de la Edad Media. La primera fue escrita por Rodulfo, su fiel compañero; la segunda es, más bien, una colección de datos extraídos de las crónicas de Cluny. Las dos biografías se hallan impresas en Migne, PL. vol. CLXXXIX, cc. 15-42, así como otros materiales en prosa o verso y los propios escritos de Pedro. De esta obra es de donde proceden nuestros conocimientos sobre sus hechos, su caracter y su vida. El P. Séjourné nos proporciona un excelente relato sobre el virtuoso abad, en el DTC., vol. XII (1933), cc. 2065-2082. También hay un buen artículo de G. Grützmacher en la *Realencyclopädie für Protestantische Theologie und Kirche,* vol. XV, pp. 222-226. El artículo fue traducido al inglés en el *Expository Times* de 1904 (vol. XV, pp. 536-539. Véase además a J. de Ghellinck, en *Le mouvement théologique au XII ème Siècle* (1914), pp. 136-144 y a J. Leclercq en *Pierre le Vénérable* (1946), una obra excelente.

BEATO JACOPONE DE TODI (1306 P.C.)

JACOPONE, A QUIEN se bautizó con el nombre de Jacobo, nació en Todi, ciudad de Umbría, en el seno de una buena familia apellidada Benedetti. Su nacimiento ocurrió alrededor del año 1230. Estudió leyes en Bolonia, donde probablemente hizo su doctorado para iniciar sus prácticas en su ciudad natal. Al parecer, en aquellos años, no se destacó, ni por su virtud, ni por su mala vida, y ciertamente que no dio muestras del fervor religioso que le caracterizó más tarde. Alrededor del 1267, se casó con Vanna di Guidone, una joven mujer muy hermosa en lo físico y de grandes cualidades morales que, durante el único año que vivió casada con él, antes de que la arrebatase la muerte, demostró ser el ángel bueno de Jacopone. Vanna murió trágicamente durante una fiesta de bodas, al desplomarse un balcón donde se encontraba junto con otros invitados. Ella fue la única que perdió la vida entre los que cayeron, y el golpe de aquella inesperada pérdida produjo un dolor tan profundo en Jacopone, que su vida cambió completamente. Quizá la transformación se debió sobre todo a que, al morir Vanna, su marido cayó en la cuenta de lo virtuosa que era; se dice

incluso, que él fue quien más se sorprendió al descubrirse en el cadáver de Vanna, una camisa de cerdas que usaba, según se supone, para hacer penitencia por sus pecados. A decir verdad, el golpe fue tan rudo que, durante algún tiempo, Jacopone estuvo decididamente trastornado. De la noche a la mañana abandonó su profesión, se vistió el hábito de los terciarios franciscanos y se convirtió, como dicen los que le conocieron, en "una especie de Diógenes cristiano". Sus excentricidades realizadas en público eran tan descabelladas, que los chiquillos en las calles de Todi le seguían por todas partes para divertirse gratuitamente con él, gritándole: ¡Jacopone, Jacopone! En cierta ocasión, atravesó la plaza pública en cuatro patas y enjaezado con los arneses de un asno; en otra oportunidad, se presentó bañado en alquitrán y emplumado en la casa de su hermano donde se desarrollaba un suntuoso banquete. Durante diez años llevó esa existencia de penitente público.

En 1278, vencidos algunos naturales escrúpulos por parte de los frailes, Jacopone fue admitido entre los franciscanos de San Fortunato, en Todi, como hermano lego. Se afirma que eligió aquel estado por humildad. Tal vez haya sido así, pero no hay duda de que Jacopone se sentía inclinado a pertenecer al grupo más estricto de los franciscanos, el de los espirituales, quienes consideraban que San Francisco había deseado que sus frailes se ordenasen para el sacerdocio sólo por excepción. Durante doce años, permaneció el hermano Jacopone en el convento de Todi y, a medida que recuperaba el equilibrio en sus facultades mentales, producía más y más poemas líricos y cantos, cada vez de mejor calidad, en el dialecto de Umbría. Sus composiciones alcanzaron gran popularidad. Eran alabanzas de profundo contenido religioso y místico que llegaron a ser adoptadas por los "flagelantes" y otras cofradías penitenciales para cantarlas en público. Las composiciones se prestaban para expresar el *jubilus* franciscano, pero el hermano Jacopone era cándido y poco dado al exhibicionismo y la hilaridad. Sin embargo, con frecuencia se veía envuelto en dificultades con sus hermanos en el convento de San Fortunato y, tal vez por eso, se convirtió en una figura cada vez más notable entre los espirituales. Dos destacados miembros de esta rama, el Beato Conrado de Offida y el Beato Juan de Alvernia, eran sus amigos personales. Jacopone se encontraba entre los frailes que, en 1294, solicitaron al Papa San Celestino V el permiso de vivir aparte de la comunidad, pero a las pocas semanas de recibida la petición, San Celestino renunció y el cardenal Gaetani, opositor de los espirituales, fue el Pontífice Bonifacio VIII. En 1297, se produjo la ruptura entre el Papa y los dos cardenales Colonna, y Jacopone fue uno de los tres franciscanos que colaboraron en la redacción del manifiesto donde se afirmaba que Bonifacio VIII había sido electo en forma ilegítima. Desde entonces, el hermano Jacopone se convirtió en el propagandista literario de los cardenales Colonna y escribió un famoso y rudo ataque al Papa que comienza por decir: "*O papa Bonifatio molt ay jocato al mondo*". Sin suscribirnos a la opinión de que "ya el haber tenido a Bonifacio por adversario es de por sí un gran honor", podemos decir que Jacopone se opuso al Papa con toda buena fe. Sin contar a los partidaristas, había gran número de gentes que participaban de la idea de que la abdicación de Celestino había ido contra los cánones. Cuando las fuerzas del Papa se adueñaron de Palestina, la fortaleza de los Colonna, el hermano Jacopone fue aprehendido y encarcelado en un horrible calabozo durante cinco años. Ni siquiera en el año jubilar de 1300 se le concedió la libertad. Durante sus

años de cárcel, compuso algunos de sus más hermosos poemas, así como varias de sus obras más agresivas, satíricas y agudas, en curioso contraste con la unción conmovedora de las primeras.

A Jacopone se le conoce también mucho como el supuesto autor del famoso himno *Stabat Mater dolorosa*, pero no hay certidumbre de que él lo haya escrito. También se le acredita la composición de otro himno menos conocido, que algunos críticos califican de parodia, titulado *Stabat Mater speciosa*. Se dice que el primero de los himnos se le adjudicó a Jacopone en un manuscrito del siglo catorce, y tanto uno como el otro aparecen en una edición de sus alabanzas, impresa en Brescia en 1495. La *Speciosa* fue rescatada del olvido por Federico Ozanam, quien la reimprimió por primera vez en su obra *Poètes Franciscains en Italie, au XIIIème siècle*, en 1852. El himnologista inglés Mearns, se inclina por el punto de vista de que Jacopone escribió la *Speciosa*, pero no la *Dolorosa*; sin embargo, no hay pruebas de que haya escrito poema latino alguno.

A la muerte de Bonifacio VIII, a fines de 1303, el hermano Jacopone quedó en libertad y se fue a vivir primero, como ermitaño, cerca de Orvieto y, después, a un convento de Clarisas Pobres, en Collazzone, entre Todi y Perugia. Ahí murió el día de la Navidad de 1306 (?). El Beato Juan de Alvernia le administró los últimos sacramentos, y se han hecho relatos conmovedores pero contradictorios sobre sus últimos momentos. En 1433, se trasladaron sus reliquias a la iglesia de San Fortunato en Todi; la veneración en que se le tenía ahí, se deduce por la inscripción en su tumba: "Los huesos del Bendito Jacopone dei Benedetti de Todi, de la Orden de los Frailes Menores. Padeció la locura por la causa de Cristo y, al desilusionar al mundo con un nuevo artificio, tomó al cielo por asalto. Se durmió en el Señor el 25 de marzo A. D. 1296" (sic). El monumento de su tumba fue puesto por mandato de Angelo Cesi, obispo de Todi, en el año de 1596.

Mucho es lo que se ha escrito sobre Fray Jacopone. En el *Bolletino Francescano storico-bibliografico*, vol. II (1931), pp. 87-118 y 201-223, se enumeran no menos de 994 libros y artículos que, de una u otra manera, están relacionados con él. Aparte de lo que se ha podido extraer de sus escritos y poemas, es realmente muy poco lo que conocemos de su vida. Tan solo el esbozo biográfico que hace Jacopo Oddi en su *Franceschina* (siglo quince), suministra mayores datos. La mayoría de las informaciones con que contamos son de fechas posteriores y poco dignas de confianza. En un breve pero bastante completo resumen de la literatura que se publicó con motivo del centenario de Jacopone en *Analecta Bollandiana*, vol. XXVIII (1909), pp. 231-234, Fray van Ortroy declara que el culto fue confirmado por la Santa Sede en 1868 y señala además que se han descubierto nuevos puntos de apoyo para la opinión de Ozanam de que la famosa sátira "O Papa Bonifatio" había sido insertada entre otras obras. El especialista en la materia A. Tenneroni, en su *Nuova Antologia*, 1906, pp. 623-636, expresa la creencia de que varios de los pasajes más satíricos habían sido agregados posteriormente por otra mano. (Véase la obra de Tenneroni sobre el poeta Jacopone, publicada en 1939). En inglés, hay un excelente artículo del P. Oliger en la *Catholic Encyclopedia*, vol. VIII, pp. 363-365, así como un estudio de E. Gardner en *The Constructive Quarterly*, vol. II. Véase también a *Jacopone de Todi, Frère Mineur* (1914), de J. Pacheu; *Il cantore della Povertá* (1923) de C. Cadomo; *Frate Jacopone* (1923), de N. Sapegno; *B. Jacopone de Todi, l'auteur du Stabat* (1943) de P. Barber y *Jacopone da Todi Welthass und Gottesliebe* (1945), de Steiger. El texto de los *Laudes* puede consultarse en el vol. VI de las series *I Libri della Fede*, editado por G. Papini (1922). Es interesante hacer notar que San Bernardino de Siena hizo largas citas de los escritos de Jacopone. Algunas se conservan todavía con la propia letra del santo y con esta advertencia: "Aquí comienzan ciertos cánticos o ala-

banzas de nuestro moderno y santo David, Fray Jacopone da Todi". Ver el *Archivum Franciscanum Historicum*, vol. XXXIX (1937), p. 237.

26: SAN ESTEBAN, PROTOMÁRTIR (*c.* 34 P.C.)

ESTA FUERA de toda duda que Esteban era judío y, muy probablemente, un helenista de la Dispersión que hablaba el griego. Su nombre proviene del griego Stephanos, que significa "corona". Desconocemos por completo las circunstancias de su conversión al cristianismo. San Epifanio dice que Esteban fue uno de los setenta discípulos del Señor, pero es improbable. La primera referencia que se hace de Esteban en el libro de los Hechos de los Apóstoles, surge al abordar el tema de que entre los numerosos convertidos judíos, los helenistas murmuraban contra los hebreos y se quejaban de que a las viudas de los helenistas se las discriminaba en el diario reparto de los bienes de la comunidad. Con ese motivo, los Apóstoles reunieron a los fieles y les advirtieron que no debían descuidar los deberes de la predicación y la plegaria para atender a la distribución de alimentos; asimismo, les recomendaron que eligiesen a siete hombres de irreprochable conducta, llenos del Espíritu Santo y de reconocida prudencia, para que administrasen el reparto de los bienes comunes. La recomendación fue aprobada y las gentes eligieron a Esteban, "un hombre lleno de fe y del Espíritu Santo", a Felipe, a Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y a Nicolás, un prosélito de Antioquía. Aquellos siete les fueron presentados a los Apóstoles, quienes les impusieron las manos y, de esta manera, los ordenaron como a los primeros diáconos.

"Y la palabra del Señor se difundió y el número de los discípulos se multiplicó extraordinariamente en Jerusalén; también gran número de entre los sacerdotes se sometieron a la fe. Y Esteban, lleno de gracia y de fortaleza, obró grandes maravillas y señales entre el pueblo". Al hablar, lo hacía con un espíritu tan vehemente y con tanta sabiduría, que sus oyentes no podían resistir a sus llamados y, al ver la influencia que ejercía sobre el pueblo, los ancianos y jefes de algunas de las sinagogas de Jerusalén, fraguaron una conspiración para perderle. Al principio, los conspiradores decidieron entablar disputas con Esteban, pero al verse incapaces para derrotarlo en aquel terreno, recurrieron al soborno de testigos falsos que le acusaron de blasfemia contra Moisés y contra Dios. El proceso se estableció en el Sanedrín y ante ese tribunal fue citado Esteban. El cargo principal en contra suya consistía en que había dicho y afirmado que el templo sería destruido y que las tradiciones mosaicas no eran más que sombras de normas inaceptables para Dios, puesto que Jesús de Nazaret las había substituido por otras nuevas. "Y todos cuantos se hallaban en el Sanedrín le miraron y advirtieron que su rostro era como el de un ángel". Entonces se le dio permiso para que hablase y, por medio de una extensa perorata en su defensa, reproducida en los Hechos VII 2-53, demostró que Abraham, el padre y fundador de su nación había dado testimonio y recibido los mayores favores de Dios en tierra extraña; que a Moisés se le mandó hacer un tabernáculo, pero se le vaticinó también una nueva ley y el advenimiento de un Mesías; que Salomón construyó el templo, pero nunca imaginó que Dios quedase encerrado en casas hechas por manos de hombres. Afirmó que tanto el templo como las leyes de Moisés eran temporales y transitorias y deberían ceder el lugar a otras instituciones mejores, establecidas por Dios mismo al enviar

al mundo al Mesías. Esteban puso término a su discurso con una amarga invectiva. "¡Sois duros de corazón e incircuncisos de corazones y de oídos!", les dijo. "Siempre resistís al Espíritu Santo, como lo hicieron vuestros padres. ¿Qué profeta hubo al que no persiguiesen vuestros padres? Y mataron a los que de antemano anunciaron el advenimiento del Justo, del cual ahora vosotros os hicisteis traidores y asesinos, vosotros que recibisteis la ley como mandato de ángeles y no la guardasteis".

Toda la asamblea se estremeció de rabia al oír las palabras de Esteban, mas como él estuviese lleno del Espíritu Santo, no hizo más que levantar los ojos al cielo, vio la gloria de Dios y al Salvador de pie a la derecha del Padre y dijo a los del Sanedrín: "He aquí que contemplo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios". Y ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos y, como de común acuerdo, se precipitaron con el mismo furor contra él. A empellones, le sacaron fuera de la ciudad para apedrearle. Los testigos dejaron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo. Entonces apedrearon a Esteban que imploraba y decía: "Señor Jesús, recibe mi espíritu". Al caer sobre sus rodillas, clamó con fuerte voz: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado". Y al decir esto descansó en paz".

Las referencias que se hacen a los testigos requeridos por la ley de Moisés y todas las circunstancias del martirio, muestran que la lapidación de San Esteban no fue un acto de violencia de la multitud, sino una ejecución judicial. De entre los que estaban presentes y "consentían en su muerte", sólo uno llamado Saulo, el futuro Apóstol de los Gentiles, supo aprovechar la semilla de sangre que sembró aquel primer mártir de Cristo. "Llevaron a enterrar a Esteban hombres piadosos e hicieron gran duelo sobre él", dicen para concluir los Hechos de los Apóstoles. El hallazgo de los restos de Esteban por el sacerdote Luciano en el siglo quinto, se relata en el artículo relacionado con ese suceso en esta obra, bajo la fecha del 3 de Agosto.

Por supuesto que no tenemos ningún dato sobre la vida de San Esteban, fuera de los que nos suministra el Nuevo Testamento. Pero en relación con la fiesta y el culto del protomártir, el lector puede consultar el CMH y el *Christian Woship* de Duchesne, pp. 265-268. Desde antes de que terminara el siglo cuarto, tanto en el oriente (como lo demuestran aun para Siria las *Apostolic Constitutions,* vol. 33) como en el occidente, a San Esteban se le conmemoraba el 26 de diciembre. Pero no hay ninguna razón que nos explique por qué se eligio precisamente ese día desde una fecha tan remota. El antiguo culto a Esteban en Jerusalén ha sido ampliamente discutido por el cardenal Rampolla en *Santa Melania Giuniore,* pp. 271-280. Sobre las representaciones de San Esteban en el arte, las creencias y devociones populares relacionadas con su fiesta en ese día, véase la *Ikonographie* de Künstle, vol. II, pp. 544-547, el *Lexikon für Theologie und Kirche,* vol. IX, cc. 796-799 y el DAC de Leclercq, vol. V, cc. 624-671.

SAN ARQUELAO, Obispo de Kashkar (Fecha desconocida)

El Martirologio Romano señala en esta fecha la muerte, ocurrida en Mesopotamia, del obispo San Arquelao, famoso por su ciencia y su santidad. En su *De Viris Ilustribus* dice San Jerónimo que "Arquelao, un obispo de Mesopotamia, compuso un libro en sirio sobre las discusiones que entabló con un tal Manes, procedente de Persia. Ese libro fue traducido al griego y han sido muchos los que lo han leído. Arquelao vivió en la época del emperador Probo, el sucesor de Aureliano y de Tácito". Los relatos sobre Arquealo dicen que un

sirio llamado Marcelo había logrado la libertad para cierto número de esclavos cristianos, y el heresiarca Manes le felicitó efusivamente y le tomó muy en cuenta su acción caritativa. De esta manera, Manes tuvo oportunidad de inculcar sus conocimientos a Marcelo. Este informó del asunto a su obispo, Arquelao, quien entabló discusiones con Manes. Estas "actas" son documentos interesantes para la historia del maniqueísmo, pero ni fueron escritas en sirio, ni las escribió Arquelao. Cuando Focio hacía recomendaciones a su hermano para que leyese el libro de Heracliano de Calcedonia contra los maniqueos (cuyo estilo, dice, "combina el lenguaje ordinario con el ático, como un profesor que entrase a un concurso de superación"), cita las palabras de Heracliano cuando decía que las disertaciones de Arquelao fueron escritas por un tal Hegemonio. Las investigaciones han demostrado que las mencionadas disertaciones no fueron más que una treta literaria y que se compusieron muchos años después de muerto Manes. En consecuencia, parece que San Arquelao, sobre quien no se sabe nada más, es un personaje tan ficticio como sus "disertaciones", inventado para la ocasión por el mismo Hegemonio.

Toda la cuestión del *Acta Archelai* es muy oscura, pero aún así, puede consultarse a Bardenhewer en *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. III, pp. 265-269, al DCB, vol. I, pp. 152-153 y a *Les Ecritures Manichéenes* de P. Alfaric (1918), pp. 55 y ss.

SAN DIONISIO, Papa (269 p.c.)

A causa de las persecuciones, la sede de Roma quedó vacante durante casi un año después del martirio de San Sixto II. Hasta entonces, estuvo ocupada por el presbítero Dionisio —tal vez griego—, a quien se describe como un hombre admirable y extraordinariamente sabio, por lo cual se le dio el sobrenombre de Alejandría. En un sínodo convocado por el Papa San Dionisio en Egipto, se le pidió que diese cuenta de los puntos de vista expuestos por él cuando escribió contra el sabelianismo. El Papa accedió e hizo una extensa exposición de sus opiniones. Lo mismo que Esteban I y otros de sus predecesores, el Papa San Dionisio envió limosnas a los cristianos de países remotos, especialmente a los de la Iglesia de Cesarea en Capadocia, que había sido saqueada por los godos. El edicto de tolerancia del emperador Galieno permitió a Dionisio restablecer el orden en la administración eclesiástica y adelantar los trabajos de la religión, después de una larga época de persecuciones. Aunque no fue el único de los primeros Papas que murió naturalmente, sí fue el primero a quien no se le concedió, litúrgicamente, el título de mártir.

Lo mismo que en el caso de todos los primeros Papas, no hay sobre éste nada que pueda asemejarse a una biografía. Unicamente dependemos de algunas frases que figuran en el *Liber Pontificalis* (Duchesne, vol. I, p. 157) y de las referencias aisladas que hace Eusebio (lib. VII, caps. 7 y 30) sobre sus actividades, así como San Atanasio, San Basilio, etc. Ver a E. Caspar en *Geschichte des Papsttums*, vol. I (1930), pp. 92 y ss.; a F.L. Seppelt, en *Der Aufstieg des Papsttums*; a Leclercq en DAC, vol. XIII, cc. 1186-1188. Resulta asombroso descubrir que al Papa San Dionisio se le veneraba como a un miembro de la orden de los carmelitas, un dato que es insostenible.

SAN ZOSIMO, Papa (418 p.c.)

En el *Liber Pontificalis* se dice que San Zósimo era griego por nacimiento e

hijo del presbítero Abram y que fue el sucesor del Papa San Inocencio I. Nada se sabe sobre sus actividades anteriores ni sobre su vida personal, pero su pontificado, que duró algo menos de dos años, resultó muy notable, sobre todo por la apelación que le formuló Celestio, el pelagiano, tras de haber sido condenado por los obispos de Africa. Zósimo se vio obligado a modificar su juicio original en aquella cuestión y, más adelante, tuvo dificultades en sus relaciones con los obispos africanos, debidas a una apelación a Roma, hecha en forma irregular por un sacerdote y a la asignación equivocada de un canon citado por el Papa para justificar al mencionado sacerdote, ante el Concilio de Nicea. Durante su última enfermedad, San Zósimo padeció de frecuentes ataques catalépticos en los que quedaba como muerto hasta el extremo de que, en diversas ocasiones, se pensó que ya había pasado a la otra vida, cuando aún era de este mundo. Murió definitivamente, el 26 de diciembre del año 418.

La nota sobre el Papa Zósimo en la segunda edición del *Liber Pontificalis* (Duchesne, vol. I, p. 225), difiere algo de la primera nota. Véase también el *Geschichte des Papsttums*, vol. I, pp. 344 y ss. y el *Der Aufstieg des Papsttums*, pp. 158 y sig., así como el DAC, vol. XIII, c. 1263.

BEATA VICENTA LOPEZ Y VICUÑA, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS HIJAS DE MARÍA INMACULADA (1890 P.C.)

VICENTA NACIÓ en el año de 1847, en la ciudad navarra de Cascante, y desde los primeros años de su existencia, su padre, un abogado de buena posición, atendió ciudadosamente a su educación religiosa. El momento decisivo de su vida se produjo cuando Vicenta fue enviada a Madrid para asistir a la escuela y quedó bajo la estricta y benéfica dirección de una tía suya que había fundado en la capital española una casa de asilo para huérfanos y servidores domésticos. A la edad de diecinueve años, Vicenta hizo el voto de permanecer virgen y llegó al convencimiento de que estaba llamada a la vida religiosa, aunque no precisamente en alguna de las congregaciones enclaustradas. Le preocupaba sobre todo el porvenir de la obra de beneficencia de su tía, cuando ésta llegase a faltar. La incertidumbre de su espíritu creció cuando su padre, al ver que rechazaba el matrimonio y rehusaba ingresar en un convento de la Visitación, le ordenó que regresara de Madrid para vivir en su casa de Cascante. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que la joven cayese gravemente enferma y su padre, alarmado, consintió en que regresase al lado de su tía, Doña Eulalia, en Madrid.

Una vez en su ambiente, y bajo la prudente dirección del padre Hidalgo, S. J., Vicenta se puso a trabajar activamente en el trazado de los planes para hacer de los superiores y el personal de la casa de beneficencia para la servidumbre, una comunidad religiosa. Por fin, en 1876, Vicenta y otras dos mujeres recibieron el hábito de religiosas de manos del obispo Sancho, de Madrid. A partir de entonces, la intensa vida espiritual de la madre Vicenta se mezcló equitativamente con sus actividades caritativas muy eficaces y benéficas. No cometió el error de esperar demasiado de las gentes comunes y corrientes con quienes trataba, siempre preocupadas con las dificultades de llevar juntos y por buen camino el alma y el cuerpo; con estas miras siempre presentes, el trabajo de Vicenta en el asilo dio muy buenos frutos. Por otra parte, las vocaciones abundaban y, muy pronto, con los nuevos elementos de la congregación, se

abrieron otros establecimientos similares en diversas ciudades españolas. En 1888, la Santa Sede emitió un decreto en el que no escatimaba alabanzas para el instituto de las Hijas de María Inmaculada para la protección de las jóvenes del servicio doméstico y de las mujeres que trabajan. La madre Vicenta se negó rotundamente a financiar la obra por medio del establecimiento de escuelas de paga y escogió, en cambio, el duro procedimiento de la limosna y nunca cesó de insistir ante sus monjas para que, si debían entregarse al servicio de los pobres, estuviesen preparadas y dispuestas a ser pobres. Doña Eulalia, que ya conocía por experiencia las necesidades prácticas de semejante institución, le entregó toda su fortuna, además de sus constantes esfuerzos. Así fue como, gracias al abnegado trabajo de todas las Hijas de María Inmaculada, quedaron dentro de la órbita de actividades de la congregación, asilos, casas de refugio, escuelas, albergues, comedores y demás, para beneficio de las mujeres del servicio doméstico y otras trabajadoras. Los miembros de la congregación de la madre Vicenta tenían siempre presente el viejo dicho de que "la ociosidad es madre de todos los vicios" y creían a pie juntillas que la religión tiene mucho que ver con la "política" de las cuestiones sociales, de suerte que el lema de la comunidad era que "el trabajo fijo y justamente remunerado es la salvaguardia de la virtud".

Cuando la madre Vicenta tomó el hábito, hizo la declaración de que la tarea que iba a emprender "satisface de manera tan completa los deseos de mi corazón que, si llegase a costarme toda suerte de sufrimientos y la vida misma, desde este momento le ofrezco a Dios el sacrificio. Me siento más feliz en el servicio de estas mis pobres hermanas, que los grandes de este mundo al servicio de sus reyes y señores. Quiera Dios darme la gracia para cumplir con mi cometido". No hay duda de que Vicenta recibió esa gracia en abundancia y la utilizó con creces. En cuanto al sacrificio de su vida, Dios se lo pidió bien pronto: no había cumplido aún los cuarenta y cuatro años cuando murió, el 26 de diciembre de 1890. Posteriormente, su congregación se extendió al Africa del Sur y a otros países (incluso Inglaterra) y, en 1950, la fundadora fue solemnemente beatificada.

Entre las obras de la Beata Vicenta, figura la formación de una "triple alianza" entre las casas de su congregación y los conventos del Carmen y los de la Visitación en toda España, con el propósito de hacer actos de reparación por la indiferencia que tantos miles de gentes demostraban hacia la devoción al Sagrado Corazón y, especialmente por el descuido y la tibieza de muchos entre los que se consagraban a la perfección en la vida religiosa.

Véase la *Vida de la Madre Vicenta María*, de J. Artero, la *Beata Vincenza M. López Vicuña* (1950), de A. Romano y algunas otras obras de tipo popular.

27: SAN JUAN EL EVANGELISTA, Apóstol (*c.* 100 p.c.)

SAN JUAN el Evangelista, a quien se distingue como "el discípulo amado de Jesús" y a quien a menudo se llama "el Divino" (es decir, el "Téologo"), sobre todo entre los griegos y en Inglaterra, era un judío de Galilea, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago el Mayor, con quien desempeñaba el oficio de pescador. Junto con su hermano, se hallaba Juan remendando las redes a la orilla del lago de Galilea, cuando Jesús, que acababa de llamar a su servicio

a Pedro y a Andrés, llamó también a los otros dos hermanos para que fuesen sus Apóstoles. A éstos, el propio Jesucristo les puso el sobrenombre de Boanerges, o sea "hijos del trueno" (*cf.* Lucas IX, 54), aunque no está aclarado si lo hizo como una recomendación o bien a causa de la violencia de su temperamento. Se dice que San Juan era el más joven de los doce Apóstoles y que sobrevivió a todos los demás; por otra parte, es el único sobre el cual se tiene la certeza de que no murió en el martirio. En el Evangelio que escribió se refiere a sí mismo, con cierto orgullo justificado, como "el discípulo a quien Jesús amaba", y es evidente que era uno de los que ocupaban una posición de privilegio. El Señor quiso que estuviese presente, junto con Pedro y Santiago, en el momento de Su transfiguración, así como durante Su agonía en el Huerto de los Olivos. En muchas otras ocasiones, Jesús demostró a Juan su predilección o su afecto especial, mayor que hacia los otros, por consiguiente, nada tiene de extraño desde el punto de vista humano, que la esposa de Zebedeo pidiese al Señor que sus dos hijos llegasen a sentarse junto a Él, uno a la derecha y el otro a la izquierda, en Su Reino. Juan fue el elegido para acompañar a Pedro a la ciudad a fin de preparar la cena de la última Pascua y, en el curso de aquel convite, Juan reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús y fue a Juan a quien el Maestro indicó, no obstante que Pedro formuló la pregunta, el nombre del discípulo que habría de traicionarle. Es creencia general la de que era Juan aquel "otro discípulo" que entró con Jesús ante el tribunal de Caifás, mientras Pedro se quedaba afuera. Juan fue el único de los Apóstoles que permaneció al pie de la cruz con la Virgen María y las otras piadosas mujeres y fue él quien recibió el sublime encargo de tomar bajo su cuidado a la Madre del Redentor. "Mujer, he ahí a tu hijo", murmuró Jesús a su Madre desde la cruz. "He ahí a tu madre", le dijo a Juan. Y desde aquel momento, el discípulo la tomó como suya. El Señor nos llamó a todos hermanos y nos encomendó el amoroso cuidado de Su propia Madre, pero entre todos los hijos adoptivos de la Virgen María, San Juan fue el primogénito. Tan sólo a él le fue dado el privilegio de tratar a María como si fuese su propia madre y el de honrarla, servirla y cuidarla en persona.

Cuando María Magdalena trajo la noticia de que el sepulcro de Cristo se hallaba abierto y vacío, Pedro y Juan acudieron inmediatamente y Juan, que era el más joven y el que corría más de prisa, llegó primero. Sin embargo, esperó a que llegase San Pedro y los dos juntos se acercaron al sepulcro y los dos "vieron y creyeron" que Jesús había resucitado. A los pocos días, Jesús se les apareció por tercera vez, a orillas del lago de Galilea, y vino a su encuentro caminando por la playa. Fue entonces cuando interrogó a San Pedro sobre la sinceridad de su amor, le puso al frente de Su Iglesia y le vaticinó su martirio. San Pedro, al caer en la cuenta de que San Juan se hallaba detrás de él, preguntó a su Maestro, por solicitud hacia su compañero: "Señor, ¿qué hará este hombre?" Y Jesús replicó: "Si mi deseo es que se quede hasta que yo venga, ¿qué tiene éso que ver contigo? Sígueme tú". Debido a aquella respuesta, no es sorprendente que entre los hermanos corriese el rumor de que Juan no iba a morir, un rumor que el mismo Juan se encargó de desmentir al indicar que el Señor nunca dijo: "No morirá". Después de la Ascensión de Jesucristo, volvemos a encontrarnos con Pedro y Juan que subían juntos al templo y, antes de entrar, curaron milagrosamente a un tullido. Los dos fueron hechos prisioneros, pero se los dejó en libertad con la orden de que se abstuviesen de predicar

en nombre de Cristo, a lo que ambos respondieron: "Si es razón delante de Dios escucharos a vosotros antes que a Dios, juzgadlo vosotros mismos. No podemos nosotros dejar de hablar de lo que vimos y oímos". Después, los dos Apóstoles fueron enviados a confirmar a los fieles que el diácono Felipe había convertido en Samaria. Cuando San Pablo fue a Jerusalén tras de su conversión se dirigió a aquéllos que "parecían ser los pilares" de la Iglesia, es decir a Santiago, Pedro y Juan, quienes confirmaron su misión entre los gentiles y fue por entonces cuando San Juan asistió al primer Concilio de los Apóstoles en Jerusalén. Tal vez concluido éste, San Juan partió de Palestina para viajar al Asia Menor. No hay duda de que estaba presente cuando murió la Virgen María, ya haya ocurrido el hecho en Jerusalén o en Efeso. San Ireneo afirma que Juan se estableció en Efeso después del martirio de San Pedro y San Pablo, pero es imposible determinar la época precisa. De acuerdo con la tradición, durante el reinado de Domiciano, San Juan fue llevado a Roma, donde quedó milagrosamente frustrado un intento para quitarle la vida (ver el 6 de mayo). La misma tradición afirma que posteriormente fue desterrado a la isla de Patmos, donde recibió las revelaciones celestiales que escribió en su libro del Apocalipsis.

Después de la muerte de Domiciano, en el año 96, San Juan pudo regresar a Efeso, y es creencia general que fue entonces cuando escribió su Evangelio. El mismo nos revela el objetivo que tenía presente al escribirlo. "Todas estas cosas las escribo para que podáis creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que, al creer, tengáis la vida en Su nombre". Su Evangelio tiene un carácter enteramente distinto al de los otros tres y es una obra teológica tan sublime que, como dice Teodoreto, "está más allá del entendimiento humano el llegar a profundizarlo y comprenderlo enteramente". La elevación de su espíritu y de su estilo y lenguaje, está debidamente representada por el águila, que es el símbolo de San Juan el Evangelista. También escribió el Apóstol tres epístolas: a la primera se le llama Católica, ya que está dirigida a todos los otros cristianos, particularmente a los que él convirtió, a quienes insta a la pureza y santidad de vida y a la precaución contra las artimañas de los seductores. Las otras dos son breves y están dirigidas a determinadas personas: una, probablemente a la Iglesia local, y la otra a un tal Gayo, un comedido instructor de cristianos. A lo largo de todos sus escritos, impera el mismo inimitable espíritu de caridad. No es éste el lugar para hacer referencias a las objeciones que se han hecho a la afirmación de que San Juan sea el autor del cuarto Evangelio.

Los más antiguos escritores hablan de la decidida oposición de San Juan a las herejías de los ebionitas y a los seguidores del gnóstico Cerinto. En cierta ocasión, cuando Juan iba a los baños, se enteró de que Cerinto estaba en ellos y entonces se devolvió y comentó con algunos amigos que le acompañaban: "¡Vámonos, hermanos y a toda prisa, no sea que los baños en donde está Cerinto, el enemigo de la verdad, caigan sobre su cabeza y nos aplasten". Dice San Ireneo que fue informado de este incidente por el propio San Policarpio, el discípulo personal de San Juan. Por su parte, Clemente de Alejandría relata que en cierta ciudad cuyo nombre omite, San Juan vio a un apuesto joven en la congregación y, con el íntimo sentimiento de que mucho de bueno podría sacarse de él, lo llevó a presentar al obispo a quien él mismo había consagrado. "En presencia de Cristo y ante esta congregación, recomiendo este joven a

tus cuidados". De acuerdo con las recomendaciones de San Juan, el joven se hospedó en la casa del obispo, quien le dio instrucciones, le mantuvo dentro de la disciplina y a la larga lo bautizó y lo confirmó. Pero desde entonces, las atenciones del obispo se enfriaron, el neófito frecuentó las malas compañías y acabó por convertirse en un asaltante de caminos. Transcurrió algún tiempo, y San Juan volvió a aquella ciudad y pidió al obispo: "Devuélveme ahora el cargo que Jesucristo y yo encomendamos a tus cuidados en presencia de tu iglesia". El obispo se sorprendió creyendo que se trataba de algún dinero que se le había confiado, pero San Juan explicó que se refería al joven que le había presentado y entonces el obispo exclamó: "¡Pobre joven! Ha muerto". "¿De qué murió?", preguntó San Juan. "Ha muerto para Dios, puesto que es un ladrón", fue la respuesta. Al oír estas palabras, el anciano Apóstol pidió un caballo y un guía para dirigirse hacia las montañas donde los asaltantes de caminos tenían su guarida. Tan pronto como se adentró por los tortuosos senderos de los montes, los ladrones le rodearon y le apresaron. "Para esto he venido", gritó San Juan. "¡Llevadme con vosotros!" Al llegar a la guarida, el joven renegado reconoció al prisionero y trató de huír, lleno de vergüenza. Pero Juan le gritó para detenerle: "¡Muchacho! ¿Por qué huyes de mí, tu padre, un viejo y sin armas? Siempre hay tiempo para el arrepentimiento. Yo responderé por ti ante mi Señor Jesucristo y estoy dispuesto a dar la vida por tu salvación. Es Cristo quien me envía". El joven escuchó estas palabras inmóvil en su sitio; luego bajó la cabeza y, de pronto, se echó a llorar y se acercó a San Juan para implorarle, según dice Clemente de Alejandría, un segundo bautismo. Por su parte, el Apóstol no quiso abandonar la guarida de los ladrones hasta que el pecador quedó reconciliado con la Iglesia.

Aquella caridad que inflamaba su alma, deseaba infundirla en los otros de una manera constante y afectuosa. Dice San Jerónimo en sus escritos que, cuando San Juan era ya muy anciano y estaba tan debilitado que no podía predicar al pueblo, se hacía llevar en una silla a las asambleas de los fieles de Efeso y siempre les decía estas mismas palabras: "Hijitos míos, amaos entre vosotros..." Alguna vez le preguntaron por qué repetía siempre la frase, respondió San Juan: "Porque ése es el mandamiento del Señor y si lo cumplís ya habréis hecho bastante". San Juan murió pacíficamente en Efeso hacia el tercer año del reinado de Trajano, es decir hacia el año cien de la era cristiana, cuando tenía la edad de noventa y cuatro años, de acuerdo con San Epifanio.

Según los datos que nos proporcionan San Gregorio de Nissa, el *Breviarium* sirio de principios del siglo quinto y el Calendario de Cartago, la práctica de celebrar la fiesta de San Juan el Evangelista inmediatamente después de la de San Esteban, es antiquísima. En el texto original del *Hieronymianum* (alrededor del año 600 P.C.), la conmemoración parece haber sido anotada de esta manera: "La Asunción de San Juan el Evangelista en Efeso y la ordenación al episcopado de Santo Santiago, el hermano de Nuestro Señor y el primer judío que fue ordenado obispo de Jerusalén por los Apóstoles y que obtuvo la corona del martirio en el tiempo de la Pascua". Era de esperarse que en una nota como la anterior, se mencionaran juntos a Juan y a Santiago, los hijos de Zebedeo; sin embargo, es evidente que el Santiago a quien se hace referencia, es el otro, el hijo de Alfeo, a quien ahora se honra junto con San Felipe el 1º de Mayo. La frase "Asunción de San Juan", resulta interesante puesto que se refiere claramente a la última parte de las apócrifas "Actas de San Juan". La errónea

creencia de que San Juan, durante los últimos días de su vida en Efeso, desapareció sencillamente, como si hubiese ascendido al cielo en cuerpo y alma, puesto que nunca se encontró su cadáver, una idea que surgió sin duda de la afirmación de que aquel discípulo de Cristo "no moriría", tuvo gran difusión y aceptación a fines del siglo II. Por otra parte, de acuerdo con los griegos, el lugar de su sepultura en Efeso era bien conocido y aun famoso por los milagros que se obraban en él. El *Acta Johannis*, que ha llegado hasta nosotros en forma imperfecta y que ha sido condenada a causa de sus tendencias heréticas, por autoridades en la materia tan antiguas como Eusebio, Epifanio, Agustín y Toribio de Astorga, contribuyó grandemente a crear una leyenda tradicional. De estas fuentes o, en todo caso, del pseudo Abdías, procede la historia en base a la cual se representa con frecuencia a San Juan con un cáliz y una víbora. Se cuenta que Aristodemus, el sumo sacerdote de Diana en Efeso, lanzó un reto a San Juan para que bebiese de una copa que contenía un líquido envenenado. El Apóstol apuró el veneno sin sufrir daño alguno y, a raíz de aquel milagro, convirtió a muchos, incluso al sumo sacerdote. En ese incidente se funda también sin duda la costumbre popular que prevalece sobre todo en Alemania, de beber la *Johannis-Minne*, la copa amable o *poculum charitatis*, con la que se brinda en honor de San Juan. En la *ritualia* medieval hay numerosas fórmulas para ese brindis y para que, al beber la *Johannis-Minne*, se evitaran los peligros, se recuperara la salud y se llegara al cielo.

La literatura sobre San Juan y sus escritos es, naturalmente abundantísima y no es necesario examinarla en esta breve bibliografía. Sobre las cuestiones de carácter más histórico, se puede consultar el *Saint John* (traducción inglesa) de Fouard, el *Saint Jean l'Evangeliste* (1907) de Fillion, el *Princes of his People*, vol. I (1920) de C. C. Martindale; *John the Presbyter* (1911) de J. Chapman y el *Stimmen aus Maria Laach*, vol. LXVII (1904), pp. 538-556. A la literatura apócrifa se la discute muy ampliamente en el *Neutestamentlichen Apokryphen* (1904) de Hennecke, especialmente en las pp. 423-459, lo mismo que en su secuela, el *Handbuch zu den neutestamentlichen Apokryphen* (1904), pp. 592-543. La mejor edición del Acta Johannis es la de Max Bonnet (1898). Sobre datos especiales véase al CMH de Delehaye, el *Synaxarium Cp.*, c. 665, el *Die Kirchlichen Benediktionen in Mittelalters* (1909), vol. I, pp. 294-334; a Bächtold-Stäubli, en *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. IV, cc. 745-757 y a Künstle, en *Ikonographie*, vol. II, pp. 341-347.

SANTA FABIOLA, MATRONA (399 P.C.)

FABIOLA, DE LA *gens Fabia*, fue una de las damas patricias romanas que siguieron el camino de la santidad y la renuncia bajo la influencia de San Jerónimo, pero su existencia fue muy diferente a la de sus compañeras Santa Marcela, Santa Paula o Santa Eustoquio, y ni siquiera fue uno de los miembros del círculo que se reunió en torno a San Jerónimo cuando vivía en Roma. O bien, si lo fue, hubo un enfriamiento o una ruptura en las relaciones, puesto que Fabiola era de carácter muy vivo, apasionado y caprichoso, y cuando la disoluta existencia de su esposo le resultó intolerable, obtuvo un divorcio civil, después de lo cual, mientras vivía aún su marido, se unió con otro hombre. Al morir su segundo esposo, Fabiola se sometió a los cánones de la Iglesia, se presentó en la Basílica de Letrán dispuesta a aceptar la penitencia pública, y el Papa San Siricio la volvió a admitir en la comunión de los fieles. Desde entonces, la dama dedicó íntegra su gran fortuna a las obras de caridad, dio sumas considerables

a todas las Iglesias y comunidades de Italia y las islas vecinas y fundó un hospital para los enfermos que recogía en las calles de Roma y a quienes atendía personalmente. Fue aquél un hecho significativo en la historia de nuestra civilización, porque el hospital de Fabiola fue el primer nosocomio cristiano, público y gratuito en todo el occidente.

En el año de 395, Fabiola viajó a Belén para visitar a San Jerónimo, en compañía de un pariente llamado Oceanus y ahí se quedó con Santa Paula y Santa Eustoquio. Por aquel entonces, San Jerónimo disputaba con el obispo Juan de Jerusalén, con motivo de la controversia con Rufino sobre las enseñanzas de Orígenes, y se hicieron varios intentos, aun en forma fraudulenta, para ganarse las simpatías y las influencias de Fabiola para el campo del obispo, pero fracasaron todas las tentativas para destruir su fidelidad a su santo maestro. Fabiola deseaba quedarse en Belén hasta el fin de sus días, pero era evidente que la vida contemplativa de las mujeres consagradas que ahí se habían reunido para formar una comunidad, no convenía a la santa que necesitaba de la compañía y actividad constantes. San Jerónimo lo había observado y en uno de sus escritos declara que a Fabiola no le cabía en la cabeza la idea de la soledad en el establo de Belén y que, sin duda, hubiera preferido que el nacimiento de Cristo sucediese en la posada llena de peregrinos. La amenaza de una inminente incursión de los hunos fue lo que la decidió a abandonar Palestina. Las hordas de Atila habían invadido Siria, y la propia Jerusalén estaba en peligro, de suerte que San Jerónimo se retiró con sus fieles discípulos hacia la costa, durante algún tiempo. Cuando pasó el peligro y todos volvieron a Belén, Fabiola emprendió el viaje de regreso a Roma.

Por aquel entonces, un sacerdote llamado Amando le planteó una cuestión a San Jerónimo: ¿Se podía recibir en la comunión de la Iglesia a una mujer que hubiese sido obligada a unirse a otro hombre mientras su disoluto marido estaba aún con vida, sin una previa penitencia canónica? Semejante pregunta se refería evidentemente a la hermana del sacerdote Amando, pero la opinión general fue de que se había interrogado a San Jerónimo en relación con el caso de Fabiola, como un "sondeo" en las ideas del santo. En su respuesta San Jerónimo no hizo mención alguna de Fabiola, pero rechazó los términos de "hubiese sido obligada" que figuraban en el supuesto caso. "Si tu hermana", respondió el santo claramente, "desea recibir el Cuerpo de Cristo sin que se le tomen cuentas como a una adúltera, debe hacer penitencia".

Durante los tres últimos años de su vida, pasados en Roma, Fabiola continuó con sus caridades públicas y privadas, sobre todo al asociarse con San Pamaquio en la fundación de un amplio hospicio para peregrinos pobres y enfermos en Porto. Fue el primero en su especie y, como dice San Jerónimo, antes de un año de haber sido abierto "ya era muy famoso desde Partia hasta Britania". La inquietud de Fabiola persistió hasta el último momento y hacía los preparativos para emprender otro largo viaje cuando la sorprendió la muerte. Toda Roma asistió a los funerales de la amada benefactora. San Jerónimo estuvo en contacto epistolar con Santa Fabiola hasta el fin y escribió dos tratados para ella. Uno se refiere al sacerdocio de Aarón y al significado místico de las vestiduras sacerdotales. Ese escrito lo terminó San Jerónimo el día en que debía zarpar de Jaffa la nave en la que Fabiola regresó a Italia. El segundo tratado, referente a la "estadía de los israelitas en los desiertos salvajes", no quedó terminado sino hasta después de la muerte de la santa. Este le fue envia-

do posteriormente a Oceanus, el mencionado pariente de Fabiola, junto con un relato sobre la vida y muerte de la santa patricia romana.

Todo lo que sabemos sobre Santa Fabiola procede de San Jerónimo, *Epistolae* 77, que se halla impresa en la PL de Migne, vol. XXII, cc. 690-698. Véase también el *Saint Jérôme* de A. Thierry, vol. II y el *S. Jérôme sa vie et son Oeuvre*, vol. II, de F. Cavallera, lo mismo que el DAC de Leclercq, vol. VII, cc. 2274-2275 y el DCB, vol. II, pp. 442-443.

SANTA NICARETA, VIRGEN (*c.* 410 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano menciona en la fecha de hoy a Santa Nicareta, una anciana de Constantinopla "cuya santidad floreció durante el reinado del emperador Arcadio". Nicareta pertenecía a una buena familia de Nicomedia que fijó su residencia en Constantinopla, donde Nicareta se dedicó a las buenas obras. Se dice que atendió a San Juan Crisóstomo cuando estuvo enfermo y que éste le instó para que se hiciese diaconisa y dirigiese a las vírgenes consagradas al servicio de la Iglesia en la ciudad, pero Nicareta no quiso aceptar nigún puesto. Sostuvo valientemente y con decisión la causa del obispo contra sus adversarios y, como consecuencia, sufrió persecuciones junto con Santa Olimpia y otros fieles hasta que eligió partir al exilio con todos ellos. No se sabe a qué lugar partió desterrada ni cuándo o dónde murió, aunque es posible que haya pasado a mejor vida en su nativa Nicomedia.

Sozomeno, el historiador de la Iglesia, habla de Santa Nicareta (lib. VII, cap. 3) y dice que, con toda probabilidad fue ella la buena mujer tan diestra en el arte de curar, a la que se refiere San Juan Crisóstomo en su cuarta carta a Olimpia. Sin embargo, parece que no hay pruebas de que haya existido algún culto de esta santa, ni aun entre los griegos. Véanse las *Mémoires* de Tillemont, vol. XI, pp. 133-134.

SANTOS TEODORO Y TEOFANES, (*c.* 841 y *c.* 845 P.C.)

TEODORO y Teófanes eran dos hermanos naturales de Kerak, en las playas del Mar Muerto, que antiguamente era la tierra de los moabitas, donde vivían sus padres antes de establecerse en Jerusalén. Desde muy jóvenes, los dos hermanos ingresaron al monasterio de San Sabas y, por los progresos que hicieron en la ciencia y la virtud, adquirieron una gran reputación. El patriarca de Jerusalén obligó a Teodoro a recibir las órdenes sacerdotales y, cuando Leo el Armenio declaró la guerra a las imágenes sagradas, el patriarca le envió ante el emperador con la misión de exhortarle para que no perturbase la paz de la Iglesia. La embajada resultó mal, puesto que el emperador Leo hizo que azotase a Teodoro y lo mandó desterrar, junto con su hermano Teófanes, a una isla frente a las costas del Mar Negro, donde ambos sufrieron lo indecible por el hambre y por el frío. Sin embargo, ya ninguno de los dos estaba en el destierro cuando murió el emperador Leo el Armenio, ya que, por entonces, se hallaban de regreso en su monasterio de Constantinopla. El emperador Teófilo, iconoclasta violento que ascendió al trono en 829, impuso el castigo de los azotes a los dos hermanos y los desterró de nuevo.

Dos años más tarde, se le permitió regresar a Constantinopla, pero como insistieran en rehusar toda comunicación con los iconoclastas, Teófilo compuso un poema de doce versos y ordenó que se escribiera completo y con estilete sobre la frente de cada uno de los hermanos. El poema decía más o

menos como sigue: "Estos hombres llegaron a Jerusalén, como naves cargadas de supersticiones y de iniquidades; por eso fueron expulsados. Al huir hacia Constantinopla, no se olvidaron de su impiedad. Por lo tanto, fueron de nuevo expulsados y marcados así en sus rostros". A Teodoro y a Teófanes los ataron en bancas de madera y les grabaron con estilete en la piel, cada una de las letras del poema. El bárbaro tormento duró largo tiempo y tuvo que ser interrumpido por la llegada de la noche, de manera que la tortura continuó al día siguiente. Tras el cruel castigo, los dos fueron exilados por tercera vez, en aquella ocasión a Apamea, en Bitinia, donde murió Teodoro a poco de llegar. Más o menos al mismo tiempo, el patriarca Teófilo murió también, San Metodio ocupó su puesto y restableció el culto a las imágenes sagradas en el año 842. Entonces, se rindieron toda suerte de honores a Teófanes como confesor de la fe y se le consagró obispo de Nicea, a fin de que, con mayor poder y eficacia, pudiese combatir la herejía de los iconoclastas, sobre la que ya había triunfado. Teófanes escribió numerosos himnos, entre los cuales figura uno en honor de su hermano San Teodoro. Murió el 11 de octubre de 845. Los griegos le llaman "el poeta", pero a los dos hermanos se los conoce, por regla general, como a los *Graftoi*, es decir "sobre los que se escribió". El Martirologio Romano los conmemora juntos en la fecha de hoy.

Contamos con una *Vida de San Teodoro* escrita en griego y que se atribuye a Metafrasto. Está impresa por Migne en PG., vol. CXVI, pp. 653-684. Historiadores de épocas posteriores como Cedreno y Zonaras, hablan de ellos en sus relatos sobre el emperador Teófilo. Debieron recibir culto, puesto que hay una nota sobre ellos en el *Synaxario* de Constantinopla, con la fecha del 11 de octubre.

28: LOS SANTOS INOCENTES, (*c.* A.U.A. 750)

HERODES, llamado "el Grande", gobernaba al pueblo judío, dominado por Roma, por la época en que nació Nuestro Señor Jesucristo. Herodes era idumeo, es decir que no era un judío perteneciente a la casa de David o de Aarón, sino descendiente del pueblo al que Juan Hyrcan obligó a abrazar el judaísmo; si ocupaba el trono de Judeá, era por un favor especial de la casa imperial de Roma. Por lo tanto, desde que oyó decir que ya habitaba en el mundo un ser "nacido como rey de los judíos" al que tres sabios magos del oriente habían venido a adorar, Herodes estuvo inquieto y vivió en el temor de perder su corona. En consecuencia, convocó a los sacerdotes y escribas para preguntarles en qué lugar preciso debía nacer el esperado Mesías. La respuesta unánime fue: "En Belén de Judá". Más atemorizado que nunca, realizó toda clase de diligencias para encontrar a los magos que habían venido de oriente en busca del "rey" para rendirle homenaje. Una vez que encontró a los magos, los interrogó secretamente sobre sus conocimientos, los motivos de su viaje, sus esperanzas, hasta que, por fin, les recomendó que fuesen a Belén y los despidió con estas palabras: "Id a descubrir todo lo que haya de cierto sobre ese niño. Cuando sepáis dónde está, venid a decírmelo, a fin de que yo también pueda ir a adorarle". Pero los magos recibieron en sueños la advertencia de no informar a Herodes, de suerte que, tras haber adorado al Niño Jesús, hicieron un rodeo para regresar a oriente por otro camino. Al mismo

tiempo, Dios, por medio de uno de sus ángeles, mandó a José que tomase a su esposa María y al Niño y que huyese con ellos a Egipto, "porque sucederá que Herodes buscará al Niño para destruirlo".

"Entretanto, Herodes, al verse burlado por los magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y sus contornos, de dos años abajo, conforme al tiempo de la *aparición de la estrella*, que había averiguado de los magos. Entonces se cumplió lo que predijo el profeta Jeremías cuando anunciaba: "En Ramá se oyeron las voces, muchos lamentos y alaridos. Es Raquel que llora a sus hijos, sin hallar consuelo, porque ya no existen". (Mat. II, 18).

Al hablar de Herodes, dice el historiador Josefo que "era un hombre de gran barbarie hacia todos los demás" y relata varios de sus crímenes, tan espantosos, crueles y repugnantes, que la matanza de unos cuantos niños judíos parece cosa de nada, y Josefo ni la menciona. Por tradición popular, se supone que el número de las víctimas de la matanza ordenada por Herodes fue muy crecido. La liturgia bizantina habla de 14,000 niños, las "Menaia" sirias, de 64,000 y, por cierta interpretación a algunas palabras del Apocalipsis (XIV 1-5), se hace ascender la cifra a 144,000. Sobre la menor de estas cantidades, dice Alban Butler con toda razón, que "excede todos los límites y, ciertamente que no ha sido confirmada por ninguna autoridad calificada". Belén era una villa pequeña y, aun cuando se incluyesen sus contornos, no podía tener, en un momento dado, más de veinticinco niños menores de dos años. Algunos de los investigadores hacen descender la cifra a media docena solamente. Hay una historia muy conocida que escribió Macrobio, cronista hereje del siglo quinto, donde se afirma que, al enterarse el emperador Augusto de que, entre los niños menores de dos años que Herodes había mandado matar se encontraba el propio hijo del rey, hizo este comentario: "Valdría más ser el cerdo (*hus*) de Herodes que su hijo (*huios*)", con lo que hacía una irónica referencia a la ley judía de no comer carne de cerdo y, en consecuencia, de no matar a los cerdos. Sin embargo, esta noticia es falsa, puesto que el hijo de Herodes a quien se refiere, era Herodes Antipas, quien por aquella época ya era un adulto y a quien su propio padre mandó matar poco antes de expirar.

La fiesta de los Santos Inocentes (a quienes en el oriente se llama sencillamente los Santos Niños), se ha observado en la Iglesia desde el siglo quinto. La Iglesia los venera como mártires que no sólo murieron por Cristo, sino en lugar de Cristo. "*Flores martyrum*", los llama la Iglesia, mientras que San Agustín habla de ellos como de capullos destrozados por la tormenta de la persecución en el momento en que se abrían. Sin embargo, en la liturgia no se los trata como a mártires. El color de las vestiduras sacerdotales para la misa de los Santos Inocentes, es el púrpura y no se canta el Gloria ni el Aleluya; pero en la octava y cuando la fiesta cae en domingo, se usan vestiduras rojas y se cantan, como de costumbre, el Gloria y el Aleluya. Antiguamente, en Inglaterra se llamaba a esta fiesta "Childermass" y San Beda compuso un extenso himno en honor de los Inocentes. Naturalmente que en Belén reciben una veneración especial; su fiesta es ahí obligatoria y por las tardes de todos los días del año, los frailes franciscanos y los niños del coro, visitan el altar de los Santos Inocentes, en la cripta de la Basílica de la Natividad y cantan el himno de Laudes de la fiesta: "*Salvete, flores martyrum*".

Debemos hacer notar que, a partir del siglo sexto en adelante, toda la Iglesia de occidente, al parecer con excepción de la mozárabe y su ritual, conmemora en este día a los Santos Inocentes. Sin embargo, en el *Hieronymianum*, la frase que se usa es: "*natale sanctorum infantium et lactantium* (el nacimiento de los santos niños y lactantes) y el Calendario de Cartago, que es anterior, también habla de *infantes* y no de *inocentes*. Por otra parte, en ciertos sermones de San Agustín, donde menciona "el octavo día de los infantes", el contexto muestra claramente que no se refiere a los niños de Belén, sino a aquéllos que habían sido recientemente bautizados. Ver el CMH, p. 13; a Duchesne en *Christian Worship*, p. 268 y a Kneller en *Stimmen aus Maria Laach*, vol. LXVII (1904), pp. 538-556.

SAN TEODORO EL SANTIFICADO, ABAD (368 P.C.)

FUE TANTA la gloria que dieron a la Iglesia en los siglos cuarto y quinto las órdenes monásticas que por entonces florecieron con todo esplendor en los desiertos de Egipto, que tanto Teodoreto como Procopio aplican al estado de aquellos santos reclusos, los pasajes de los profetas en los que se habla del advenimiento de la nueva edad en que imperase la ley de la gracia. "Los páramos se regocijarán y florecerán como el lirio; se abrirán los capullos y habrá regocijo, con alegres alabanzas" (Isaías XXXV 1, 2, etc.). Uno de los santos eminentes en aquella pléyade, fue el abad Teodoro, discípulo de San Pacomio. Teodoro nació en la alta Tebaida, alrededor del año 314, de padres muy acaudalados y, cuando contaba entre once y doce años de edad, durante la fiesta de la Epifanía, se entregó a Dios con un fervor precoz, resuelto a no anteponer nunca nada al amor divino y su servicio. Con el correr del tiempo, la gran reputación de San Pacomio le atrajo hacia Tabenna, donde no tardó en descollar entre los seguidores del santo. Este le tomó como compañero permanente cuando hacía el recorrido de sus monasterios. San Pacomio elevó a Teodoro al sacerdocio y, antes de retirarse al pequeño monasterio de Pabau, le encargó el gobierno de Tabenna.

San Pacomio murió en el año de 346, y Petronio, a quien había nombrado su sucesor, murió también trece días después. Entonces se eligió como abad a San Orsisio, pero como éste encontró la carga demasiado pesada y el grupo de monasterios amenazaba con dividirse en partidos, dimitió para dejar a Teodoro en su lugar. Lo primero que éste hizo fue reunir a todos los monjes para exhortarlos a la concordia. Investigó las causas de las divisiones y les puso el remedio efectivo. Gracias a sus plegarias y a sus incansables esfuerzos, la unidad y la caridad quedaron restablecidas. San Teodoro visitó los monasterios, uno tras otro, y a cada monje en particular le dio instrucciones, consejos, consuelos y aliento; de esa manera, corrigió los errores con una delicadeza y un tacto irresistible. Varios fueron los milagros que obró y muchas las ocasiones en que vaticinó el futuro. Cierto día se hallaba en un bote, en aguas del Nilo, con San Atanasio; en un momento dado de la conversación, le aseguró que, en aquel preciso momento había muerto en Persia su perseguidor, Juliano el Apóstata, y agregó que el sucesor devolvería la paz a la Iglesia y la tranquilidad a Atanasio. Ambos vaticinios se confirmaron plenamente. Uno de los milagros obrados por San Teodoro nos proporciona uno de los ejemplos más antiguos sobre el uso del agua bendita como un sacramental para la curación del cuerpo y del alma. San Amón, un contemporáneo de Teodoro, es quien refiere la historia. Cierto día, llegó a las puertas del monasterio de

Tabenna un hombre acongojado para pedir a San Teodoro que acudiese a orar por su hija, que estaba gravemente enferma. San Teodoro no podía ir en aquellos momentos, pero recordó al hombre que Dios escuchaba las plegarias donde quiera que se dijesen. A esto repuso el hombre que no tenía mucha fe en las oraciones a distancia y presentó al monje un recipiente de plata, lleno de agua y le pidió que, por lo menos invocase el nombre de Dios sobre el agua, para darla como medicina a su hija. Teodoro accedió y, luego de murmurar una oración, hizo la señal de la cruz sobre el recipiente. El hombre regresó precipitadamente a su casa, encontró a su hija ya inconsciente, le abrió la boca y virtió en ella un poco de agua. Por virtud de la oración y la bendición de San Teodoro, la joven recuperó la salud y se salvó.

Se refiere también que, en cierta ocasión, San Teodoro pronunciaba una conferencia ante sus monjes mientras éstos trabajaban en la confección de esteras. En aquel momento, dos víboras salieron por debajo de una piedra y se arrastraron hacia el santo. Este, para no interrumpir su disertación ni perturbar al auditorio, puso un pie sobre los dos reptiles y los mantuvo sujetos hasta que terminó de hablar. Entonces retiró el pie y mandó a los monjes que matasen a las víboras, sin haber recibido de ellas daño alguno, El Sábado Santo del año 368, uno de los monjes agonizaba y San Teodoro fue a atenderle en sus últimos momentos. Fue entonces cuando vaticinó a todos los que estaban presentes: "Muy pronto, a esta muerte seguirá otra que no se espera". Aquel mismo día, San Teodoro pronunció su acostumbrado discurso a los monjes, reunidos en el monasterio de Pabau para la celebración de la Pascua, pero apenas los había despachado a sus respectivos monasterios, cuando se sintió muy enfermo. Al otro día, 27 de abril, murió tranquilamente. Su cuerpo fue llevado en procesión hasta la cima del monte donde los monjes tenían su cementerio, pero no pasó mucho tiempo sin que el cadáver fuese exhumado para sepultarlo junto al de San Pacomio. San Atanasio escribió una carta a los monjes de Tabenna para consolarlos, con sentidas palabras, por la pérdida de su abad y para recomendarles que tuviesen siempre presente la gloria que ya poseía el siervo de Dios.

Toda la información de que se podía echar mano en el siglo XVII, en relación con la historia de San Teodoro, se encuentra reunida en el relato sobre San Pacomio, publicado en el *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. Desde entonces, han aparecido diversos textos, la mayoría de ellos en copto o traducidos del copto. Véase la bibliografía al pie del artículo dedicado a San Pacomio (9 de mayo) en esta obra. En relación con la vida de San Teodoro, tiene especial importancia la *Epistola Ammonis*, impresa en el *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III, pp. 63-71. En inglés, consúltese *The Monasteries of Wadi n'Natrun* pte. II, de H. G. Evelyn White y también las notas críticas sobre la citada obra, publicadas por P. Peeters, en *Analecta Bollandiana*, vol. LI (1933), pp. 152-157. Los griegos conmemoran a este santo en mayo, y el Martirologio Romano lo conmemoraba el 28 de diciembre, pero en sus últimas ediciones trasladó su fiesta al 27 de abril, fecha de su muerte.

SAN ANTONIO DE LERINS, (*c.* 520 P.C.)

ANTONIO NACIÓ en Valeria, de la baja Panonia, durante la época de las invasiones de los bárbaros. Como su padre murió cuando el niño tenía apenas ocho años de edad, se confió su cuidado a San Severino, el intrépido apóstol de Noricum. Es muy probable que Antonio viviese con su tutor en el monasterio que éste había fundado en Faviana y es posible que, aún niño, viese a Odoacro

cuando encabezaba su marcha triunfal hacia Roma. San Severino murió alrededor del año 482 y, entonces, Antonio quedó a cargo de su tío Constancio, obispo de Lorch, en Baviera. Tomó el hábito de monje, se retiró de Noricum a Italia, junto con los otros romanos, en el 488, cuando apenas tendría veinte años. Al cabo de algunas vacilaciones, se estableció en las proximidades del Lago Como, donde se asoció y se puso al servicio de un sacerdote llamado Mario, que dirigía a un grupo de discípulos. Mario llegó a sentir una gran admiración por Antonio y le instó a que se ordenase sacerdote y compartiese su trabajo. Pero la vocación de Antonio estaba en la vida solitaria, por lo que se apartó de Mario para unirse a dos ermitaños que se habían establecido cerca de la tumba de San Félix, al otro lado del lago. Allá vivió en una cueva, dedicado a la plegaria, el estudio y el cultivo de su huerto, aunque, con frecuencia, le distraían los numerosos visitantes. Fue por entonces, cuando un asesino que huía de la justicia simuló un fervor extraordinario y se quedó con Antonio como discípulo. Sin embargo, el santo "leyó en su alma", proclamó su impostura y el asesino huyó. Pero también Antonio debió alejarse de su retiro, puesto que aquel incidente acrecentó su fama y aumentaron los visitantes. Por fin, ya sin esperanza de encontrar la soledad absoluta y, ante el temor de que los homenajes y muestras de respeto que recibía le hiciesen caer en la vanidad, cruzó los Alpes hacia el sur de las Galias. Ahí ingresó en el monasterio de Lérins. San Antonio murió en aquel claustro, muy venerado por sus virtudes y sus milagros. San Enodio de Pavía escribió su biografía.

Es poco lo que sabemos sobre este San Antonio, aparte de lo que registró Enodio en su biografía. Esta fue editada en el *Corpus Scriptorum ecclesiasticorum latinorum* de Viena, vol. VI, pp. 383-393, así como en MGH, *Auctores antiquissimi*, vol. VII, pp. 185-190 y en la PL. de Migne, vol. LXIII, cc. 239-246. Véase también en el DHG. vol. III, c. 739.

29: SANTO TOMAS BECKET, ARZOBISPO DE CANTERBURY, MÁRTIR (1170 P.C.)

HAY UNA tradición muy conocida en la que se relata que la madre de Santo Tomás Becket era una princesa sarracena que, perdidamente enamorada de un peregrino o un cruzado inglés apellidado Becket, lo siguió desde Tierra Santa y a través de Europa, sin pronunciar ante las gentes que encontraba a su paso más que las dos únicas palabras que conocía en inglés y que le interesaban: "London" y "Becket". Así fue como encontró por fin a su amado, se convirtió al cristianismo y se casó con él. En realidad, no hay ningún fundamento para esta leyenda. Varios contemporáneos nos han hablado de los parientes del santo. Un tal FitzStephen, un clérigo al servicio de la familia, dice: "Su padre era Gilbert, alguacil de Londres, y el nombre de su madre era el de Matilda. Los dos eran ciudadanos de estirpe burguesa que no hicieron dinero con la usura ni ejercieron el comercio, pero vivían respetablemente con lo que tuviesen"*. Otros dicen que el nombre de la madre era Rohesia y que

* Sin duda que los padres de Tomás fueron dignos ejemplares de esas gentes en pro de las que habla el propio FitzStephen: "Los ciudadanos de Londres se destacan sobre los demás por sus buenas maneras y educación, en la mesa y en la charla. Las matronas son verdaderas Sabinas".

fue normanda como su marido. De todas maneras, se sabe que el hijo de la pareja nació el día de Santo Tomás del año 1118, en Londres, y que fue enviado a educarse con los canónigos regulares en Merton, localidad del Surrey. Al cumplir los veintiún años, perdió a su madre y, poco después, a su padre. Ya para entonces, los bienes de Gilbert habían menguado bastante y Tomás tuvo que "trabajar como empleado" de un pariente, llamado Osbert Eightpence, en Londres. También trabajó para Richer de l'Aigle, quien gustaba de hacerse acompañar por el chico en sus cacerías, sobre todo cuando las hacía con halcones y, así despertó en Tomás la afición por las correrías a campo abierto, que siempre cultivó. Cierto día en que perseguía a una presa, el halcón que llevaba sobre el hombro, se lanzó al río para atrapar a un pato. Tomás, temeroso de perder a su halcón, se lanzó también al agua con la intención de rescatarlo, pero la rápida corriente lo arrastró hasta un molino y sólo salvó la vida gracias a que la rueda del molino se detuvo, milagrosamente según se dijo, cuando estaba a punto de triturar el cuerpo del joven. Aquel incidente fue característico de la impetuosidad de Tomás y no uno de los motivos que "le hicieron tomar la vida más en serio".* Al cumplir los veinticuatro años, obtuvo un puesto en la servidumbre de Teobaldo, el arzobispo de Canterbury. No pasó mucho tiempo sin que recibiese las órdenes menores y muchos favores por parte de Teobaldo, quien se preocupó de que Tomás obtuviese numerosos beneficios en toda la zona comprendida desde Beverley hasta Shoreham. En 1154 fue ordenado diácono, y el arzobispo le nombró archidiácono de Canterbury, un puesto que era, por entonces, el primero en dignidad eclesiástica en Inglaterra, después de los obispos y los abades. Teobaldo le encomendó el manejo de asuntos muy delicados, rara vez hacía algo sin consultarle, en varias ocasiones le envió a Roma con misiones importantes. Por otra parte, el arzobispo jamás tuvo motivos para arrepentirse de haber depositado su entera confianza en Tomás de Londres, como se le llamaba generalmente.

En el *Thomas Saga Erkibyskupus*, de Norse, se describe al joven y brillante clérigo de esta manera: "Era delgado de cuerpo y de tez pálida, con cabello oscuro, nariz larga y facciones duras. Su carácter alegre le hacía atractivo y amable en la conversación; hablaba siempre con sinceridad y, no obstante cierto leve tartamudeo, era tan claro su discernimiento y tan ágil su mente, que siempre hacía de las cuestiones más difíciles y complicadas el asunto más simple, por su diestra manera de tratarlo." Los monarcas gustan tener a la mano a hombres de esta calidad. Además, gracias a la diplomacia de Tomás de Londres, se había conseguido que el Papa, Beato Eugenio III, dejase de apoyar la sucesión al trono de Eustacio, el hijo de Esteban, y de esta manera, la corona quedó firme en la cabeza de Enrique de Anjou. En consecuencia, hacia 1155, nos encontramos a Santo Tomás Becket, a la edad de treinta y seis años, nombrado canciller del rey Enrique II.

"Tomás", escribió su secretario, Herbert de Bosham, "dejó de lado su dignidad de archidiácono y se hizo cargo de sus deberes de canciller, que desempeñó con entusiasmo y habilidad". Por cierto que su talento tuvo un amplio campo de acción, puesto que el cargo de canciller sólo igualaba en importan-

* Se dice que ese molino estaba situado en el lugar denominado Wade's Mill, en el Hertfordshire, en el terreno comprendido entre Ware y el Colegio de Saint Edmund, un sitio mejor conocido por su relación con otro Tomás, Tomás Clarkson, el abolicionista de la esclavitud.

cia al antiguo funcionario político y judicial llamado "Justice." Así como otro canciller y mártir posterior, también llamado Tomás, fue amigo personal y fiel servidor de su soberano Enrique VIII, Becket era amigo de Enrique II y en mayor grado de intimidad. Se ha comentado que el monarca y su canciller no tenían más que un solo corazón y una sola cabeza; si acaso era así, es indudable que la influencia de Becket tuvo muchísimo que ver en aquellas reformas por las que tanto se alaba a Enrique II, como por ejemplo, las medidas para administrar mejor la justicia y la igualdad de trato, por medio de un sistema de leyes más uniforme. Pero su amistad no se limitaba al común interés en los asuntos de Estado y, en los momentos de descanso y de holgura, sus relaciones personales eran de un "compañerismo retozón", como las describen algunos escritores.

Una de las más destacadas virtudes de Tomás como canciller, fue incuestionablemente la magnificencia, aunque es necesario decir que cayó en algunos excesos. Su residencia y su servidumbre se podían comparar con las de un rey. Cuando se le envió a Francia para negociar un matrimonio real, su séquito personal estaba formado por doscientos hombres y aún había varios cientos más, entre caballeros y nobles, clérigos y criados, músicos y trovadores, que escoltaban la caravana de ocho carros cargados de presentes, caballos, halcones y perros de caza, micos y mastines.* Los franceses se quedaron con la boca abierta al ver tanto esplendor y comentaron entre sí: "¡Si este es el canciller del Estado, cómo será la magnificencia del rey!" La forma en que trataba a sus invitados y recibía a sus huéspedes, estaba a la altura correspondiente y su generosidad hacia los pobres estaba en proporción con todo lo demás.

En el año de 1159, el rey Enrique formó en Francia un ejército de mercenarios, con el propósito de recuperar el condado de Toulouse, que pertenecía, por herencia, a su esposa. En las contiendas que resultaron, tomó parte Becket con un ejército de setecientos de sus caballeros y no sólo dio muestras de ser un buen general, sino también un valiente luchador. Cubierto con su armadura, encabezó los ataques y, no obstante su condición de clérigo, participó en encuentros con el enemigo, cuerpo a cuerpo. Por lo tanto, no es sorprendente que el prior de Leicester, al encontrarse con él en Rouen, exclamase lleno de asombro: "¿Qué hacéis vestido de esa manera? ¡Más parecéis un guerrero que un clérigo! Sin embargo, sois un clérigo en vuestra persona y mucho más lo sois en vuestras dignidades: archidiácono de Canterbury, decano de Hastings, preboste de Beverley, canónigo de ésta y de aquella iglesia, procurador del arzobispado y, según corren los rumores, con muchas posibilidades de llegar a arzobispo". Becket recibió los reproches con toda serenidad y respeto, pero repuso que él conocía a tres pobres sacerdotes ingleses a quienes vería complacido como arzobispos antes que verse él elevado a tan alta dignidad, porque en ese caso, tendría que elegir, inevitablemente, entre el favor del rey y el favor de Dios.

No obstante que la participación continua en los asuntos públicos, la magnificencia espectacular y la actividad secular eran los aspectos predominantes en la vida de Becket como canciller, no eran los únicos. Durante toda su vida fue orgulloso, irascible y violento, pero también sabemos de sus "reti-

* Dice FitzStephen que dos de los carros iban cargados con toneles de hierro que contenían cerveza destinada a los franceses, "que gustan de esa clase de bebida, porque es fuerte, clara, transparente y de muy buen sabor".

ros" en Merton, de las disciplinas a que se sometía y de sus plegarias en las largas noches de vigilia. Asimismo, conocemos el testimonio de su confesor sobre la intachable vida privada del canciller bajo condiciones de extremo peligro y grandes tentaciones de toda especie. Y, si a veces iba demasiado lejos al colaborar en los planes y proyectos de su real señor, que a veces infringían los derechos de la Iglesia, no tuvo reparos en marcarle el alto en otros asuntos peores, como el caso del matrimonio de la abadesa de Romsey.

Teobaldo, el arzobispo de Canterbury, murió en el año de 1161. En aquellos momentos, el rey Enrique se hallaba en Normandía con su canciller, a quien ya tenía pensado entregar el arzobispado. En cuanto le hizo la propuesta, Becket repuso con firmeza: "Si Dios permite que yo ascienda a la dignidad de arzobispo de Canterbury, no pasará mucho tiempo sin que pierda los favores de Vuestra Majestad, y todo el afecto con que vos me honráis se transformará en odio. Puesto que Vuestra Majestad proyectará hacer ciertas cosas que vayan en perjuicio de los derechos de la Iglesia, mucho me temo que Vuestra Majestad requiera de mí una ayuda o una aprobación que no podré darle. No faltarán personas envidiosas que aprovechen esas ocasiones para alentar una amarga e interminable desavenencia entre vos y yo".

El rey hizo caso omiso de los escrúpulos de Tomás, y éste se negó a aceptar la dignidad obstinadamente, hasta que el cardenal Enrique de Pisa acalló sus recelos. La elección se llevó a cabo en mayo de 1162. El príncipe Enrique, que se encontraba en Londres, dio su aprobación en nombre de su padre, y Becket partió inmediatamente de Londres a Canterbury. En el camino distribuyó algunos cargos privados entre diversos miembros de su clero y a todos les recomendó encarecidamente que le observaran y le advirtieran de la menor falta en su conducta, "porque en esas cuestiones, cuatro ojos ajenos ven mejor y más claramente que los dos propios". El sábado de la semana de Pentecostés, fue ordenado sacerdote por Walter, el obispo de Rochester, y en la octava de Pentecostés, recibió la consagración de manos de Enrique de Blois, obispo de Winchester.*

Poco tiempo después, recibió el palio que le enviaba el Papa Alejandro III, y hacia fines de aquel año, se produjo un cambio notabilísimo en su manera de vivir. Sobre sus carnes llevaba una camisa de cerdas, y su vestimenta ordinaria era una casaca negra, una sobrepelliz de lino y la estola sacerdotal al cuello. De acuerdo con la regla de vida que estableció para sí, se levantaba muy de mañana para leer las Sagradas Escrituras, siempre en compañía de Herbert de Bosham, a fin de discutir o aclarar con él algunos de los pasajes. A las nueve de la mañana, cantaba la misa o bien asistía a ella cuando no era él quien la celebraba. Una hora más tarde, y a diario, distribuía personalmente las limosnas, las que elevó al doble de lo que daban sus antecesores. Dormía o descansaba un poco después del mediodía y, a las tres de la tarde, comía con sus invitados y familiares en el gran salón. En vez de música, durante la comida se leía un libro piadoso. Siempre se sirvieron en su mesa los alimentos más escogidos y los manjares suculentos, pero eso era para los huéspedes e invitados, porque el arzobispo conservaba invariablemente una templanza y una moderación notables. Casi todos los días visitaba la enfermería y el

* Santo Tomás decretó que el aniversario de su consagración se observase en toda su provincia con una fiesta en honor de la Santísima Trinidad, ciento cincuenta años antes de que esa conmemoración se adoptase en la Iglesia de occidente.

vecino claustro de los monjes. Entre sus propios familiares y servidores, estableció cierta regularidad monástica. Tomaba especial cuidado en la selección de candidatos a las sagradas órdenes, los examinaba personalmente y, de acuerdo con su capacidad judicial, ejercía la justicia rigurosamente. "Ni siquiera las cartas y las solicitudes del rey tenían poder alguno para inclinarle en favor de un hombre que no tuviese el derecho justo de su parte", dicen sus biógrafos.

No obstante que el arzobispo había renunciado a su cancillería, en contra de los deseos del rey, las relaciones entre ambos se conservaban tan amistosas como antes. A pesar de ciertas diferencias, el rey Enrique le manifestaba todavía sus favores, le daba grandes muestras de afecto y parecía conservar aún el cariño que le había profesado desde un principio. El primer descontento serio se produjo en Woodstock donde residía temporalmente el monarca con su corte. Era costumbre pagar dos chelines anuales a los alguaciles de los condados, por cada una de las parcelas de tierra arrendadas o de propiedad de los colonos, a fin de que los alguaciles protegieran a éstos contra la rapacidad de los cobradores de impuestos (parece que en estos cobros se hacían los chanchullos de la peor especie). En aquella ocasión, el rey ordenó que las sumas le fueran pagadas a su tesorero. El arzobispo le hizo ver que se trataba de un pago voluntario que no podía ser cobrado, ni mucho menos exigido como un haber de la corona. "Si los alguaciles, sus sargentos y oficiales", replicó Becket, "cumplen con defender y proteger al pueblo, pagaremos; de otra manera, nada se pagará".

A esto repuso el rey con un juramento profano: "¡Por Dios, que sí pagaréis!", exclamó altivo y con tono airado. "Con todo el respeto que se debe a ese santo nombre, mi rey y señor", dijo Becket, "debo advertiros que no se pagará ni un penique en las tierras bajo mi jurisdicción". El monarca no dijo nada más en aquel momento, pero ya estaba resentido. Después se produjo el caso de Felipe de Brois, un canónigo que fue acusado de asesinato. Según las leyes de aquellos tiempos, el canónigo fue juzgado por un tribunal eclesiástico, y el obispo de Lincoln lo declaró inocente. Pero uno de los jueces que el rey envió como observadores, Simón Fitzpeter, citó al acusado ante su propio tribunal civil. El canónigo Felipe se negó a aceptar aquel proceso y se dirigió a Fitzpeter con altanería y en términos insultantes. Entonces, el rey ordenó que el reo fuese juzgado por el delito original y por desacato a la autoridad. Pero intervino Tomás Becket para exigir que el proceso se siguiese en su propio tribunal, a lo que el monarca tuvo que acceder contra toda su voluntad. La sentencia previa fue aceptada como válida, pero, a causa del desacato al juez Fitzpeter, se le condenó a ser azotado y a la suspensión temporal de sus beneficios. Al rey Enrique le pareció demasiado benigna aquella sentencia y convocó a los asesores para demandarles: "¿Me juraréis en nombre de Dios que no salvasteis al acusado por ser un miembro del clero?" Todos se manifestaron prontos a jurar, pero Enrique no quedó satisfecho y su resentimiento aumentó.

Se acumularon incidentes y conflictos semejantes, hasta que, en el mes de octubre de 1163, el rey convocó a los obispos a un concilio en Westminster, para exigirles que se hiciera entrega a los poderes civiles de los clérigos delincuentes y criminales a fin de aplicarles el merecido castigo. Los obispos se mostraron un tanto vacilantes y atemorizados, pero Tomás los alentó a mantenerse firmes. Entonces el rey les pidió una solemne promesa de atenerse a

sus reales costumbres, las cuales no especificó. Santo Tomás y los otros miembros del concilio accedieron, pero con la salvedad de que, "si las costumbres del rey afectaban a la Iglesia", no podrían tolerarlas. De acuerdo con los objetivos del monarca, aquella salvedad equivalía a una rotunda negativa y, en consecuencia, al día siguiente despojó a Tomás de algunos títulos, beneficios y castillos que el arzobispo conservaba desde sus tiempos de canciller. En el curso de una tempestuosa entrevista realizada en Northampton, el rey trató en vano de obligar a su antiguo amigo a modificar su actitud, y el conflicto estalló por fin en el consejo de Clarendon, cerca de Salisbury, a principios de 1164. Como Tomás no había recibido más que un apoyo muy débil por parte del Papa Alejandro III, al comienzo de las sesiones se mostró conciliatorio y aun prometió hacer "todo lo posible por aceptar las "costumbres" del rey", pero en cuanto leyó las constituciones en las que se exponían detalladamente esas costumbres reales que él debía aprobar, exclamó: "¡No permita Dios que yo ponga mi sello en esto!" Las constituciones pedían, *inter alia*, que ningún prelado podía abandonar el territorio del reino sin el permiso del monarca, ni apelar a Roma sin el consentimiento del mismo; ningún funcionario con algún alto puesto civil o cortesano podría ser excomulgado en contra de la voluntad del rey (esto se había reclamado desde los tiempos de Guillermo I, pero nunca se concedió porque era una evidente infracción a la jurisdicción espiritual de la Iglesia); los beneficios de las sedes u otros puestos eclesiásticos vacantes y las ganancias que produjeran, quedarían bajo la custodia del rey (aquel abuso ya había sido reconocido durante el reinado de Enrique I); y —lo que llegó a ser la cláusula crítica— los clérigos convictos y sentenciados en los tribunales eclesiásticos deberían quedar a disposición de los funcionarios del rey (con la posibilidad de recibir el castigo por partida doble).

El arzobispo estaba ya profundamente arrepentido de haberse mostrado débil, al principio, en su oposición a las pretensiones del rey y se mostraba muy dispuesto a poner un ejemplo que, los otros obispos habrían de seguir sin vacilaciones. "¡Soy un hombre orgulloso y vano!", exclamó entonces, lleno de amargura. "No soy nada más que un criador de aves de presa y perros de caza. ¡Y es a mí a quien han hecho pastor de un rebaño! No merezco otra cosa sino que me expulsen de la sede que ocupo". Desde aquel momento y durante más de cuarenta días, en tanto que aguardaba la absolución y la autorización del Papa, no volvió a celebrar la misa. Hizo repetidos intentos de allanar las cosas y llegar a la concordia, pero ya el rey Enrique le consideraba como su enemigo y le había sometido a una persecución sistemática que culminó con una denuncia judicial contra Tomás para que pagase 30 000 marcos que supuestamente le debía de los tiempos en que fue canciller del reino (no obstante que, al ser consagrado arzobispo, obtuvo un documento de descargo, perfectamente claro y preciso). El rey Enrique se negó a recibirlo cuando fue a solicitarle audiencia en Woodstock, y en dos ocasiones se le impidió cruzar el canal para trasladarse al continente a fin de presentar su caso ante el Pontífice. Después, el rey Enrique convocó a un nuevo concilio en Northampton. De aquella reunión resultó un ataque concreto y directo en contra del arzobispo, en el que los prelados se plegaron a los deseos de los señores. En primer lugar, se le condenó a pagar una crecida multa por no haberse presentado ante el tribunal del rey luego de haber recibido una cita para hacerlo en un

proceso en su contra; en segundo lugar, se pronunciaron varias causas por mal uso del dinero del reino y, por fin, se le exigió què presentase ciertas cuentas de la cancillería. Enrique, el obispo de Winchester, abogó por el descargo del canciller, pero no se le autorizó a tomar su defensa. Entonces, se ofreció a hacer un pago *ex gratia* de 2 000 marcos de su propio peculio. El martes 13 de octubre de 1164, Santo Tomás celebró la misa votiva de San Esteban Protomártir y, al término de la misma, sin mitra ni palio, con la cruz del arzobispo metropolitano en la mano, se dirigió a la sala del concilio. El rey y los barones deliberaban en una habitación aparte. Tras una larga espera, el conde de Leicester salió para hablar con el arzobispo. "El rey manda que le entreguéis las cuentas", le dijo. "En caso contrario, seréis sometido a un juicio". "¿Un juicio?", preguntó extrañado Santo Tomás. "La iglesia de Canterbury me fue entregada libre de toda obligación temporal. Por lo tanto, en lo que se refiere a obligaciones temporales, no tengo nada de que responder ni puedo ser sometido a proceso". Luego de una fría reverencia, el de Leicester dio media vuelta para informar al rey sobre la contestación, pero Becket le detuvo. "Señor conde e hijo mío, escuchad", dijo en tanto que tendía una mano hacia él: "estáis obligado a obedecer a Dios y a mí antes que a vuestro rey terrenal. No hay ley ni razón que permita a los hijos juzgar a sus padres ni condenarlos. Por eso rechazo el juicio del rey y el vuestro y el de todos. Tan sólo por el Papa puedo ser juzgado, después de Dios y ante El". Ya para entonces, los barones habían salido de la habitación privada y escuchaban a Becket en la sala de concilios. Este se dirigió concretamente a los prelados: "A vosotros, obispos, compañeros míos, que habéis servido al hombre antes que a Dios, a vosotros os convoco ante el Pontífice. De esta manera, protegido por la autoridad de la Iglesia católica y de la Santa Sede, salgo de aquí". Un vocerío en el que se destacaba la palabra "¡Traidor, traidor!", siguió al arzobispo que abandonó la sala pausadamente. Aquella misma noche, Tomás Becket huyó desde el puerto de Northampton*, bajo una lluvia torrencial y, tres semanas más tarde, dentro del mayor secreto, abordó una nave en Sandwich.

Santo Tomás y los pocos fieles que le siguieron, desembarcaron en Flandes y se refugiaron en la abadía de Saint Omer, gobernada por San Bertino. Desde ahí, el arzobispo envió delegados a Luis VII, rey de Francia, quien los recibió amablemente y formuló la invitación para que Tomás Becket se amparase en sus dominios.

En aquellos momentos, el Papa Alejandro III se encontraba en la ciudad de Sens. Antes de que Santo Tomás pudiese llegar allí, los obispos y caballeros del bando del rey Enrique se le adelantaron para formular gravísimas acusaciones contra el arzobispo ante el Pontífice,** pero ya habían partido cuando llegó el acusado. Tomás mostró al Papa las dieciséis Constituciones de Clarendon, muchas de las cuales fueron calificadas de "intolerables" por el Pontífice, quien incluso reconvino al arzobispo por haber pensado en aceptarlas. Al día siguiente, en la segunda entrevista, confesó Becket haber recibido la

* Santo Tomás de Canterbury es el patrono principal de la actual diócesis y la catedral de Northampton.

** Entre los clérigos, su principal enemigo era Gilbert Foliot, obispo de Londres. Este comenzó su arenga con mucha vehemencia y el Papa le interrumpió: "¡Por gracia, hermano!", le dijo. "¿Debo tener gracia para él, mi señor?", preguntó Gilbert. "No imploro la gracia para él, hermano, sino para ti mismo".

sede de Canterbury, aunque en contra de su voluntad, pero sí por medio de una elección que posiblemente se llevó a cabo fuera de los cánones y en la que él no había participado de ninguna manera. Después de esta admisión, renunció a su dignidad en manos del Sumo Pontífice, le entregó el anillo que sacó de su dedo y se retiró. En seguida, le llamó de nuevo el Papa y le devolvió todas sus dignidades y le mandó que no abandonase su puesto, ya que eso equivaldría, evidentemente, a abandonar la causa de Dios. El Papa recomendó al exilado arzobispo al abad del Pontigny para que le hospedara y protegiera.

Santo Tomás ingresó a aquel monasterio de la orden del Cister, como a un retiro religioso, un lugar de penitencia para expiación de sus pecados; se sometió a las reglas del convento y no permitió que se hiciera ninguna distinción en su favor. Dedicó el tiempo al estudio y a escribir cartas, tanto a sus partidarios como a sus contrincantes, aunque de nada sirvieron para alcanzar un acuerdo pacífico. Mientras tanto, el rey Enrique confiscaba los bienes de todos los amigos, parientes y servidores de Tomás, dictaba órdenes de destierro contra ellos y a muchos los obligaba a viajar hasta Pontigny para que se presentaran, miserables y despojados como estaban, ante el arzobispo y le mostraran que, por culpa suya habían caído en tan grande desgracia. Gran número de exilados comenzaron a llegar a Pontigny para conmover a Becket. Al reunirse el capítulo general de la orden del Cister en Cîteaux, recibió una intimación del rey de Inglaterra en el sentido de que si los monjes persistían en asilar a su enemigo, procedería a confiscar las casas de la orden en todos sus dominios. No le quedaba al abad del Cister otra alternativa que la de insinuar a Santo Tomás la necesidad de abandonar su refugio de Pontigny. Así lo hizo el santo prontamente y fue a refugiarse en la abadía de San Columbano, cerca de Sens, como huésped del rey Luis de Francia. A lo largo de casi seis años, hubo negociaciones entre el Papa, el arzobispo y el monarca inglés. A Santo Tomás se le nombró legado *a latere* para toda Inglaterra, a excepción de York, y, desde su alto cargo, excomulgó a muchos de sus adversarios, se mostró amenazante y también conciliador, pero el Papa Alejandro creyó conveniente anular algunas de sus sentencias. El rey Luis de Francia se vio arrastrado a la lucha. En enero de 1169, el monarca francés y el inglés mantuvieron una conferencia con el arzobispo en Montmirail, donde Tomás se resistió a ceder en dos puntos de los que se le propusieron. Una conferencia similar, que se llevó a cabo en Montmartre durante el otoño, fracasó también, a causa de la intransigencia de Enrique. Becket redactó una serie de cartas a los obispos para ordenarles la publicación de una sentencia de entredicho sobre el reino de Inglaterra. Entonces, sin que nadie lo esperase, en julio de 1170, el rey y el arzobispo se reunieron de nuevo en Normandía y, por fin, se llegó a una reconciliación sin que se hicieran, al parecer, referencias a los asuntos en disputa.

El 1º de diciembre, Santo Tomás desembarcó en Sandwich y, no obstante que el alguacil de Kent trató de detenerlo, el corto trayecto desde ahí a Canterbury, fue una marcha triunfal. Las gentes alineadas a lo largo del camino le aclamaban, y las campanas de todas las iglesias se echaron a vuelo. Sin embargo, aquella no era la paz.* Los que retenían el poder estaban de pláce-

* En marzo de aquel mismo año, es decir ocho meses antes, San Godrico había enviado un mensaje a Santo Tomás para vaticinarle que regresaría a Inglaterra y moriría poco después. Cuando Tomás se despidió del obispo de París, le dijo: "Vuelvo a Inglaterra para morir".

mes, puesto que tenían la presa a su merced, y Tomás se vio obligado a hacer frente a la desagradable tarea de tratar con Roger du Pont-l'Evêque, arzobispo de York, y los otros obispos que habían colaborado con él en el acto de coronación del hijo del rey Enrique, en abierto desafío a los derechos de Canterbury y, quizá, en contra de las instrucciones del Papa. Ya había enviado Santo Tomás las cartas de suspensión para el arzobispo Roger y otros, así como la excomunión de los obispos de Londres y de Salisbury. Los tres prelados partieron juntos a Francia, donde estaba el rey Enrique, para apelar a su justicia. Mientras tanto, Tomás Becket permanecía en Kent, sujeto a la constante persecución y a los insultos del señor Ranulfo de Broc, a quien el arzobispo había exigido (inoportunamente, dadas las circunstancias) la devolución del castillo de Saltwood, un edificio que pertenecía a su sede. Luego de pasar una semana en Canterbury, el arzobispo hizo una visita a Londres, donde fue recibido con regocijo por todos, menos por el hijo de Enrique, "el joven rey", quien se negó a verlo. Luego de saludar a varios de sus amigos, el arzobispo regresó a Canterbury, donde celebró su quincuagésimo segundo cumpleaños.

Al mismo tiempo, los tres obispos sancionados por el de Canterbury, habían presentado sus quejas ante el rey. La conferencia tuvo lugar en Bur, cerca de Bayeux y, en el curso de la misma, alguien declaró en voz alta que no podría haber paz en el reino mientras viviera Becket. Fue entonces cuando el rey Enrique, en uno de sus accesos de furor, pronunció las palabras fatales que algunos de sus oyentes interpretaron como una réplica por la que autorizaba a suprimir a aquel "clérigo infernal que le hacía la vida imposible." Al momento, cuatro caballeros emprendieron el viaje a Inglaterra y desembarcaron en las costas de Saltwood. Sus nombres eran: Reinaldo Fitzurse, Guillermo de Tracy, Hugo de Morville y Richard le Breton.

El día de San Juan, el arzobispo recibió una carta donde se le advertía sobre el peligro a que estaba expuesto. En toda la región sudeste de Kent, la población estaba a la expectativa y vivía en un estado de constante tensión. Por la tarde del 29 de diciembre,* los caballeros procedentes de Francia se entrevistaron con él. Durante la conferencia se le hicieron al arzobispo varias exigencias, entre ellas, la de que levantase las censuras impuestas a los tres obispos que habían pedido clemencia al rey. La entrevista empezó serenamente y terminó en una tempestad de voces, gritos y amenazas. Los caballeros, al partir, proferían juramentos y maldiciones. Apenas habían trascurrido unos minutos, cuando se escuchó afuera una gritería descomunal, golpes en las puertas y el chocar de las armas. Dentro, los familiares y servidores de Santo Tomás le rodearon y se lo llevaron pausadamente en dirección a la iglesia. Uno de los servidores portaba la cruz delante de él. En la catedral comenzaban a cantarse las vísperas, y un grupo de monjes aterrorizados se acercó a la puerta del crucero norte por donde entró el arzobispo. "¡Retiraos al coro!" les ordenó Becket. "Mientras permanezcáis agolpados frente a la puerta, no podré entrar". Los monjes se apartaron, sin retirarse y, cuando el arzobispo avanzaba entre ellos, serenamente hacia el interior de la iglesia, pudieron ver las sombras de hombres armados en la penumbra del claustro (ya casi era de

*** Era un martes, el mismo día de la semana en que Becket nació y en el que fue bautizado. Tanto su huída de Northampton, como su partida de Inglaterra, una visión de su martirio que tuvo en el monasterio de Pontigny, su regreso del exilio y su muerte, ocurrieron en un día martes.**

noche). Tan pronto como entró el arzobispo, los monjes cerraron y atrancaron la puerta con tanta precipitación, que dejaron fuera a algunos de sus hermanos. Estos comenzaron a dar fuertes golpes en los maderos. Becket se detuvo y se volvió. "¡Apartaos, cobardes!", exclamó: "Una iglesia no es una fortaleza". Y él mismo quitó las trancas a la puerta y la abrió. Después prosiguió su camino y ascendió la escalera hacia el coro. Sólo tres hombres subían con él: Roberto, el prior de Merton, Guillermo FitzStephen y Eduardo Grim.* El resto de sus acompañantes se habían refugiado en la cripta o en algún rincón apartado de la catedral. Una vez en el coro, sólo Grim se quedó con él. Los caballeros, a quienes se había unido un subdiácono llamado Hugo de Horsea, entraron a su vez, en forma atropellada y entre gritos de "¿Dónde está Tomás, el traidor?" "¿Dónde está el arzobispo?" Becket respondió "Aquí me tenéis." "Aquí tenéis no a un traidor, sino al arzobispo y al sacerdote de Dios". Al decir esto, bajó las escaleras para ir al encuentro de sus atacantes, hasta que se detuvo, de pie, entre los altares de Nuestra Señora y de San Benito.

Los caballeros le intimaron a que absolviese a los tres obispos. "No puedo deshacer lo que ya está hecho", repuso serenamente, pero un instante después levantó la voz y alzó su mano. "¡Reinaldo!", gritó. "Tú has recibido de mí muchos servicios, ¿por qué vienes armado a mi iglesia?" Por toda respuesta, Reinaldo Fitzurse levantó su hacha. "Yo estoy pronto a morir", dijo Santo Tomás. "Pero la maldición de Dios caerá sobre ti si haces daño a mi gente". Fitzurse le tomó por la casaca y tiró de él hacia la puerta. Becket se desasió de un manotazo. Entonces, le prendieron entre todos para llevarlo en vilo hasta la puerta. Se produjo la lucha y el arzobispo derribó a uno de sus atacantes. En ese instante, Fitzurse arrojó violentamente su hacha al suelo y desenvainó la espada. "¡Rufián!", le gritó el arzobispo. "Tú me debes respeto y sumisión". "No te debo ninguna sumisión antes que al rey", vociferó Fitzurse y luego gritó una orden: "¡Golpead!" Su espada hendió los aires e hizo volar el gorro del arzobispo. Santo Tomás se cubrió el rostro con las manos e imploró a Dios y a sus santos. Tracy lanzó un golpe, pero Grim lo detuvo con su propio brazo. Sin embargo, la espada de Tracy abrió una herida en la cabeza de Becket y comenzó a caer la sangre hacia sus ojos. El se llevó las manos a la cara y las retiró después; al verlas tintas en sangre, exclamó: "¡Oh, Señor! ¡En tus manos encomiendo mi espíritu!" Otro mandoble que le asestó Tracy le hizo caer de rodillas al tiempo que murmuraba estas palabras: "En nombre de Jesús y en defensa de la Iglesia, estoy dispuesto a morir". Se dejó caer de bruces al suelo. Le Breton levantó muy alto su espada, como si fuese a decapitar al arzobispo, y el tremendo golpe que descargó le cortó de un tajo la parte superior del cráneo. El golpe fue tan fuerte, que la espada de Le Breton se rompió en pedazos. Hugo de Horsea metió la punta de su espada en el casco roto del cráneo del obispo, le sacó los sesos y los diseminó sobre las losas. Tan sólo Hugo de Morville se abstuvo de asestar golpe alguno contra el arzobispo. Los asesinos emprendieron de prisa la retirada dando voces: "¡Los hombres del rey, los hombres del rey!", y huyeron a través de los claustros por donde habían penetrado apenas diez minutos antes. En ese preciso instante, las grandes naves de la catedral se llenaban de gente y en el cielo estallaba una furiosa tormenta. El cadáver del arzobispo yacía boca abajo,

* Aquellos hombres eran, respectivamente, el anciano confesor y consejero del arzobispo, un clérigo de su servidumbre y un monje inglés.

sobre un charco de sangre, en la mitad del crucero y, durante largo tiempo, nadie se atrevió a tocarlo o siquiera a acercársele.

Aun después de tomar completamente en cuenta el horror universal que pudo haber causado en el siglo doce, el sacrilegio de asesinar a un arzobispo metropolitano en su propia catedral, debemos considerar la indignación y el repudio que, en un instante, se extendió por toda Europa, así como el movimiento espontáneo del pueblo en general para lograr la canonización de Tomás Becket, para llegar a comprender el significado intrínseco que tuvo su trágica y heroica muerte en todos los círculos sociales. El martirio del arzobispo hizo entender a todos que se había cumplido una reivindicación necesaria de los derechos de la Iglesia contra un estado agresor y que el arzobispo de Canterbury, que en muchos aspectos era de una personalidad poco atractiva,* había sido un mártir digno de ser venerado como un santo. El descubrimiento de la camisa de cerdas en su cadáver y otras pruebas de que practicaba la austeridad y la penitencia en su vida privada, así como los milagros que comenzaron a obrarse en su tumba desde un principio, según numerosos testimonios, atizaron el fuego de su devoción. No se puede decir positivamente hasta qué grado fue deliberado y directamente responsable del crimen el rey Enrique II, pero de todas maneras, la conciencia pública no habría de quedar satisfecha hasta que el soberano más poderoso de Europa hizo una penitencia pública en la forma más humillante. Así lo hizo el rey Enrique en el mes de julio del año 1174.**

Habían transcurrido apenas dieciocho meses desde que el Papa Alejandro III proclamara en Segni la canonización del mártir Tomás Becket, cuando el rey Enrique hizo, ahí mismo, su gran penitencia pública.*** El 7 de julio

* Precisamente cuando le estaban matando, Grim oyó murmurar a uno de los monjes en el sentido de que aquél era el castigo que merecía el arzobispo, por su obstinación. También en la Universidad de París y en otras partes se podían encontrar personas que sostenían abiertamente que el asesinato no había sido más que la ejecución justa de "un hombre que procuraba colocarse por encima del rey".

** Cuando llegaron a oídos del rey las noticias del crimen, Enrique comenzó a lamentarse en voz alta, después se encerró en una habitación y ahí ayunó durante cuarenta días. Su primera penitencia la hizo en mayo de 1172, en la ciudad francesa de Avranches, donde recibió la absolución de los legados pontificios. Hasta hoy, existe un pilar que señala el lugar donde el rey hizo penitencia, en el sitio donde estaba la antigua catedral.

*** En su interesante y valioso libro *Historical Memorial of Canterbury*, el deán Stanley relata lo que sucedió a cada uno de los asesinos. Respecto a la leyenda de que tres de ellos, arrepentidos de su crimen, hicieron una peregrinación a Palestina, ahí murieron y fueron sepultados en Jerusalén, *ante ostium templi*, el citado autor escribió esta nota: "El atrio frente a la basílica del Santo Sepulcro es y debe haber sido siempre una explanada en cuadro, una plaza pública para todos los peregrinos del mundo, donde es materialmente imposible que se hayan excavado sepulturas para asesinos arrepentidos o para santos. La iglesia de los Templarios era la mezquita de la Roca y su plataforma frontal era el atrio, un lugar sagrado del santuario; son mayores las posibilidades de que en ese sitio se encontraran las tumbas de los asesinos, pero también es muy poco probable que así fuese, puesto que ya no existe el menor vestigio". Sin embargo, el muy culto deán Stanley se equivocó en los dos puntos señalados. En la plaza que se encuentra frente a la iglesia del Santo Sepulcro, está la tumba de un caballero anglonormando que se llamaba Felipe d'Aubigny, quien, por cierto, no era uno de los asesinos de Becket. En el costado sur de la plataforma del Santuario de la Roca, se encuentra la mezquita llamada Al-Aksa, que antiguamente era una iglesia cristiana. Hace unos treinta años, en ese mismo lugar, un *imán* de la mezquita mostró al que esto escribe, el sitio señalado por la tradición para la sepultura de los tres caballeros. Por entonces, estaba cubierto de tierra y hierbas, pero se asegura que no hay vestigios de inscripciones.

de 1220, el cuerpo de Santo Tomás fue solemnemente trasladado desde su tumba en la cripta de Canterbury, a la parte posterior del altar mayor, por iniciativa del arzobispo, cardenal Esteban Langton, y en presencia del rey Enrique III. El cardenal Pandolfo, legado pontificio, el arzobispo de Reims y muchas otras personalidades, asistieron también a la traslación. Desde aquel día, hasta septiembre de 1538, el santuario de la tumba de Santo Tomás fue uno de los sitios de peregrinación más favorecidos por los cristianos y muy famoso por su belleza y su riqueza material y espiritual. No se tienen datos concretos sobre la forma y la fecha en que se procedió a la destrucción y saqueo de aquel santuario durante el reinado de Enrique VIII. Incluso, el destino de las reliquias del santo es incierto. Casi seguramente fueron destruidas por aquella época en que la memoria del santo arzobispo era particularmente execrada, sobre todo por el rey Enrique VIII. Sin embargo, debe hacerse notar que el registro de las crónicas donde se dice que "el rey hizo una especie de auto de fe en el que los restos corporales de Tomás, el que fuera alguna vez arzobispo de Canterbury y culpable de traición, se quemaron públicamente", es apócrifo. La festividad de Santo Tomás de Canterbury se celebra en toda la Iglesia de occidente y en Inglaterra se le venera como patrono del clero secular. La ciudad de Portsmouth tiene también el privilegio de conmemorar el aniversario de la traslación de sus reliquias.

Es posible que no exista ningún otro santo medieval sobre quien hayan escrito tantas biografías sus contemporáneos, como Santo Tomás de Canterbury. La lista de las que fueron escritas en latín, se encuentra en BHL., nn. 8170-8248 y, todas esas biografías, junto con la colección de escritos sobre sus milagros, fueron impresas en los siete volúmenes de *Materials for the History of Thomas Becket*, editados por la *Rolls Series*. De estos volúmenes se han hecho otras ediciones, sobre todo una, en Islandia, que parece haber utilizado para sus agregados, materiales que ya no existen. Esta edición fue traducida y reproducida por E. Magnusson para la *Rolls Series*, con el título de *Thomas Saga Erkibyskupus*. Se conocen a los autores de algunas de estas biografías, como por ejemplo la de Guillermo FitzStephen y la de Juan de Salisbury, pero hay muchas otras en las que la identificación del escritor no ha sido fácil. Las discusiones sobre este problema no estarían aquí en su lugar. Los críticos que se han dedicado a esa tarea, como Louis Halphen (en la *Revue Historique*, vol. CII, 1909, pp. 35-45) y E. Walberg (La *Tradition Historique de St. Thomas Becket, avant la fin de XII*e siècle, 1929), no están de acuerdo entre sí. Para este caso, consúltese la *Analecta Bollandiana*, vol. XL (1922), pp. 432-436 y el vol. XLI, pp. 454-456. *The Life of St. Thomas Becket* de John Morris (1885) conserva todavía su valor y, la que escribió L'Huillier, *Saint Thomas de Canterbury* (2 vols. 1891), también es muy completa y digna de confianza. El estudio breve de M. Demimuid en la serie *Les Saints*, no es del todo satisfactorio, en cambio, el de Robert Speaight (1938), se puede recomendar. Para la historia del conflicto entre Santo Tomás y el rey Enrique, véase *The Episcopal Colleagues of Becket* (1951), de D. Knowles y otra obra del mismo autor, *Archishop Thomas Becket* (1949). Ver también a R. Foreville en *L'Eglise et la Royauté en Angleterre sous Henri II* (1943). Asimismo pueden recomendarse algunos escritos de autores anglicanos, como por ejemplo, el ensayo del profesor Tout, *The Place of St. Thomas of Canterbury in History* (1921), en una excelente publicación de la *Ryland Library*, de Manchester. Lo mismo puede decirse de las páginas del libro de Z.N. Brooke, *The English Church and the Papacy* (1921), que se refieren al asesinato de Becket, así como las exposiciones del mismo asunto en *Thomas Becket* (1926) de W. H. Hutton y el artículo de la señorita Norgate en DNB. Por otra parte, *The Development of the Legend of Thomas Becket* (1930), de P.A. Brown y *St. Thomas, his Death and Miracles* (1898) de E.A. Abbott, son obras notablemente racionalistas. La suposición que apoya el canónigo A. J. Mason (en su libro *What became*

of the bones of St. Thomas?, 1920), en el sentido de que un esqueleto hallado en la cripta de la catedral de Canterbury en 1888, pertenecía al mártir, ha sido profundamente estudiada por los sacerdotes Morris y Pollen (ver *The Month* de marzo de 1888, de enero de 1908 y de mayo de 1920) y, la conclusión negativa a la que llegaron esos investigadores, fue apoyada por una autoridad tan reconocida como la de los investigadores anglicanos, deán Hutton y el profesor Tout. Uno de los rasgos más sorprendentes sobre este santo mártir, es la rapidez con que su culto se extendió por todas partes del mundo. Apenas trascurridos diez años desde su muerte, se plasmaron imágenes de Santo Tomás en los mosaicos de la catedral de Monreale en Sicilia y, apenas había trascurrido un siglo, cuando su nombre quedó inscrito en un sinaxario armenio. Respecto a las representaciones pictóricas de Santo Tomás, véase particularmente la monografía de Tancredo Borenio, *Santo Tomaso Becket e l'arte* (1932).

SAN TROFIMO, Obispo de Arles (¿Siglo III?)

Entre los que acompañaron a San Pablo en su tercer viaje, se encontraba un gentil de Efeso llamado Trófimo, el mismo que, posteriormente, fue el motivo de que se desatara la hostilidad contra el Apóstol de las Gentes cuando se presentó con él en Jerusalén. A Trófimo se referían aquellos gritos de los judíos: "¡Hizo entrar a los gentiles en el templo; ha mancillado este santo lugar! Y todo, porque habían visto a Trófimo el de Efeso en la ciudad con Pablo y supusieron que el Apóstol le había llevado al templo". También se menciona su nombre nuevamente en la segunda Epístola a Timoteo, donde se dice que Trófimo se quedó enfermo en Malta.

Cuando el Papa San Zósimo escribió a los obispos de las Galias en 417, hizo referencias a que la Santa Sede había enviado a Trófimo a las Galias y que sus prédicas en Arles formaron la fuente de donde las aguas de la fe se extendieron por toda la comarca. Ciento cincuenta años más tarde, San Gregorio de Tours escribió que San Trófimo de Arles, primer obispo de aquella diócesis, fue uno de los seis prelados que llegaron de Roma con San Dionisio de París a mediados del siglo tercero. Nada más se sabe sobre Trófimo de Arles. A raíz de la declaración del Papa Zósimo, se le identificó con el Trófimo de Efeso que acompañó a San Pablo.

Por supuesto que no existe ninguna biografía sobre San Trófimo y, sin embargo, en vista de que la catedral de Arles está dedicada a él y, si se toman en cuenta las palabras del Papa Zósimo y otras referencias, es necesario tomarle como un personaje histórico. La afirmación de que se le identificó con el Trófimo que menciona San Pablo (en 2 Tim. IV 20) es una de las invenciones características del martirólogo Ado. Véase el *Martyrologes Historiques* de Quentin, pp. 303 y 603, así como los *Fastes Episcopaux* de Duchesne, vol. I, pp. 253-254 y el DCB, vol. IV, p. 1055.

SAN MARCELO AKIMETES, Abad (c. 485 p. c.)

Los "Akoimetoi" se distinguen de los otros monjes orientales tan sólo por la regla que los dividía en varios coros que, sucesivamente, cantaban el oficio divino, de día y de noche, sin interrupción. De ahí proviene el nombre de los "incansables" con el que se les conocía. El monasterio fue fundado y la orden instituida por San Alejandro, un monje sirio que se estableció en Gomon, a orillas del Mar Negro. Juan, el sucesor de Alejandro, trasladó a la comunidad a un monasterio que construyó en Eirenaion, un sitio placentero a orillas del Bósforo, frente a la costa donde se encuentra Constantinopla. San Marcelo,

que fue elegido abad de aquella casa en tercer lugar, levantó su reputación a los más altos niveles y él mismo fue el más distinguido de los monjes "Akoimetoi".

Marcelo nació en la ciudad siria de Apamea y, a la muerte de sus padres, quedó como heredero de una gran fortuna. No obstante su riqueza, concibió un profundo desagrado por todo lo que el mundo podía ofrecerle, partió a Antioquía y se consagró por entero a los estudios sagrados. Más tarde se estableció en Efeso, donde se puso bajo la dirección de un varón justo, siervo de Dios, en cuya compañía dedicaba todas las horas del día a la oración y a la copia de libros sagrados. La reputación de la vida de soledad y austeridad de los monjes "Akoimetoi", atrajo a Marcelo quien ingresó en la comunidad e hizo tantos progresos, que el abad Juan, al ser elegido, le tomó como ayudante y consejero y, en consecuencia, a la muerte de Juan, Marcelo fue elegido abad.

Al decrecer la oposición del emperador Teodosio II y algunas de las autoridades eclesiásticas, el monasterio floreció extraordinariamente bajo su prudente y virtuosa administración. Varias veces se encontró en apuros para hacer las ampliaciones necesarias en los edificios de su monasterio, pero siempre fue abundantemente provisto de los medios para hacerlo, por parte de un hombre riquísimo que acabó por tomar los hábitos junto con sus hijos. El propio San Marcelo, al hacerse monje, insistió en desprenderse hasta del último centavo de su cuantiosa fortuna y, en consecuencia, era muy estricto en cuanto a la observancia de la pobreza y no toleraba que sus monjes hiciesen acopio de bienes o inversiones de dinero de ninguna especie. Solía decir que ya era un exceso almacenar alimentos para diez días. Los "Akoimetoi" habían despreciado hasta entonces todo trabajo manual, pero el abad Marcelo insistió para que todos trabajaran, les gustase o no. La comunidad contaba con trescientos miembros, y desde todos los puntos del oriente llegaban a manos de San Marcelo las solicitudes para el envío de abades a fundar monasterios en lugares distantes o grupos de monjes para formar los núcleos de nuevos establecimientos. Entre éstos, el más famoso fue el monasterio de Constantinopla, fundado en 463 por un antiguo cónsul llamado Studius, con algunos monjes "Akoimetoi".

Entre las actividades de aquellos monjes figuraba, principalmente, el trabajo apostólico que pudiesen realizar desde sus respectivos monasterios; por cierto que San Marcelo fue una personalidad muy destacada en la predicación del Evangelio y el impulso a todos los movimientos en contra de las herejías que se iniciaron en Constantinopla, en su tiempo. El fue uno de los veintitrés archimandritas que suscribieron la condenación de Eutiquio, en el sínodo convocado por San Flaviano en 448, y también participó en el Concilio de Calcedonia. Cuando el emperador León I propuso elevar a Patricio, el cónsul godo, a la dignidad de "césar", Marcelo protestó de que se pretendiese dar tanto poder a un arriano y vaticinó acertadamente la próxima ruina de la familia de Patricio. En el año de 465, se produjo un gran incendio en Constantinopla y ocho de los dieciséis distritos de la ciudad quedaron destruidos. Era tanta la reputación de San Marcelo, que la población atribuyó a su intercesión que no hubiesen quedado en ruinas los otros ocho barrios. El santo gobernó su monasterio durante unos cuarenta y cinco años y murió el 29 de diciembre del año 485.

Nuestras informaciones proceden de una detallada biografía escrita en griego, atribuida al Metafrasto y que se imprimió en Migne, PG., vol. CXVI, pp. 705-745. Véase también el *Synax. Const.* (ed. Delehaye), cc. 353-354; a Pargoire en DAC., vol. I, cc. 315-318 y el *Echos d'Orient*, vol. II, pp. 305-308 y 365-372; y la *Revue des questions historiques*, enero de 1899, pp. 69-79.

SAN EBRULFO o EVROULT, ABAD (596 P. C.)

EBRULFO CRECIÓ y se educó en la corte del rey Childeberto I. Ahí contrajo matrimonio, pero al cabo de algún tiempo, la pareja consintió en la separación. La esposa tomó el velo en un convento y el marido distribuyó todos sus bienes entre los pobres. Sin embargo, pasó un tiempo bastante considerable antes de que pudiera obtener el permiso del rey para abandonar la corte. A la larga, pudo ingresar en un monasterio en la diócesis de Bayeux, donde sus virtudes le granjearon la estima y la veneración de sus hermanos. Pero el respeto con que se vio tratado le pareció una tentación y, para evitarla, se retiró con otros tres monjes, a fin de ocultarse en un rincón remoto del bosque de Ouche, en Normandía. Aquellos ermitaños improvisados no habían tomado medida alguna para asegurar su mantenimiento, pero se las ingeniaron para establecerse junto a un manantial, donde construyeron una represa para almacenar las aguas, cultivaron un huerto y se construyeron chozas. Poco después, un campesino descubrió, con el consiguiente asombro, el floreciente establecimiento en lo más remoto del bosque. El campesino advirtió a los ermitaños que corrían grave peligro en aquel lugar, porque los montes de las cercanías eran guaridas de bandidos. "Hemos venido aquí", repuso Ebrulfo, "a llorar por nuestros pecados. Tenemos puesta nuestra confianza en la misericordia de Dios, que alimenta y cuida a los pajarillos del aire. A nadie tememos". Al día siguiente, el campesino les trajo panes y jarros con miel y no trascurrió mucho tiempo sin que se uniera a los ermitaños para imitar su santa existencia. Más tarde, uno de los asaltantes se presentó en el lugar para advertirles que estaban en peligro. Ebrulfo se apresuró a responderle igual a como le había contestado al campesino. El bandido se convirtió también y atrajo a muchos de sus compañeros, de tan buena disposición como él, para que hablasen con el santo. Este les dio buenos consejos y muchas enseñanzas, de suerte que los bandidos decidieron establecerse cerca de los ermitaños y trabajar honradamente para ganarse la vida. Las dos comunidades trataron de cultivar más tierras, pero el lugar resultaba demasiado árido y pedregoso para producir buenas cosechas. Sin embargo, ninguno se mostró dispuesto a abandonar aquel sitio y todos declararon estar conformes con lo poco que obtuviesen. Los habitantes de los caseríos y poblaciones de la comarca, les llevaban con frecuencia provisiones de toda especie que San Ebrulfo aceptaba como limosnas.

Los beneficios y consuelos de la contemplación no interrumpida hicieron nacer en Ebrulfo el deseo de vivir para siempre como un anacoreta, sin tener que soportar la carga de cuidar a los demás. Sin embargo, consideró que no podía permanecer indiferente a la salvación del alma de sus vecinos y, por lo tanto, recibió a todos los que querían vivir bajo su dirección y, para hospedarlos dignamente, construyó un monasterio que, más tarde, llevó su nombre. En vista de que su comunidad comenzó a crecer en forma extraordinaria, y como muchas gentes le ofrecían terrenos, fundó otros monasterios para hombres y para mujeres.

San Ebrulfo acostumbraba exhortar a sus religiosos para que se dedicaran particularmente a los trabajos manuales a fin de que se ganaran el pan con sus labores y el cielo con el servicio a Dios en el trabajo. San Ebrulfo murió en 596, a los ochenta años de edad, y se afirma que, durante las últimas seis semanas de su vida, no pudo tragar absolutamente nada, a excepción de la hostia consagrada y un poco de agua.

Existe una biografía bastante completa, compuesta por un escritor anónimo del siglo nueve, que fue impresa por Surio con sus acostumbradas correcciones a la fraseología latina. La versión abreviada o modificada de esta biografía, se encuentra en Mabillon, vol. I, pp. 354-361, con agregados complementarios de Orderico Vitalis. Véase también el prefacio de Leopold Delisle a su edición de la *Historia Ecclesiastica* de Orderico Vitalis, pp. LXXIX-LXXXIV. En el *Bulletin de la soc. hist. arch. de l'Orne*, vol. VI (1887), pp. 1-83, J. Blin editó un poema francés del siglo doce, en el que se relata la historia de San Ebrulfo. También se ha publicado una breve biografía de tipo popular, escrita por H.G. Chenu (1896).

30: SANTOS SABINO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES (¿303? P. C.)

DE ACUERDO con la leyenda, Sabino, a quien reclaman como su obispo diversas ciudades italianas, fue detenido junto con varios miembros de su clero durante la persecución de Diocleciano. Todos los aprehendidos comparecieron ante Venustiano, el gobernador de Etruria, quien mandó traer una estatuilla de Júpiter para que Sabino la adorase. Pero el obispo arrojó al suelo la imagen de un manotazo y la hizo pedazos, por lo cual el gobernador mandó que le cortasen las dos manos. Dos de sus diáconos, llamados Marcelo y Exuperancio, hicieron también una valiente confesión de fe, lo que les valió ser colgados por las muñecas a las estacas y azotados ahí hasta que murieron. El obispo Sabino fue devuelto a la prisión, y los cuerpos de los dos diáconos quedaron sepultados en Asís.

Una viuda, llamada Serena, entró a la cárcel con el último de sus hijos, un niño ciego, para que Sabino lo tocase. El mártir le bendijo con el muñón de su brazo derecho y, al punto, la criatura recuperó la vista. Después de aquel prodigio, muchos de los que estaban presos junto con el obispo, pidieron el bautismo. Se afirma que no pasó mucho tiempo sin que, incluso el gobernador Venustiano, quien padecía una enfermedad en los ojos, se convirtiese al cristianismo y, más tarde tanto él como su esposa y sus hijos sacrificaron sus vidas por Cristo.

San Sabino fue trasladado a Espoleto y ahí le apalearon hasta matarlo. Sus restos fueron enterrados a poco más de un kilómetro de aquella ciudad. San Gregorio el Grande habla de una capilla construida en honor de este mártir, cerca de Fermo, y pide a Crisanto, obispo de Espoleto, que le envíe algunas reliquias de San Sabino para su iglesia. Este mártir y sus compañeros se conmemoran en la fecha de hoy en el Martirologio Romano, el cual menciona también el 11 de diciembre a otro San Sabino, obispo de Piacenza durante el siglo cuarto. Este fue un hombre de tanta sabiduría y tan grande virtud, que San Ambrosio acostumbraba enviarle sus escritos para que los criticase y aprobase, antes de publicarlos.

La historia que relatamos arriba, depende de una *pasión* legendaria sin valor histórico, inventada en el siglo quinto o en el sexto. No hay prueba concreta alguna de que Sabino haya sido obispo de Asís, de Espoleto o de cualquier otra ciudad. Su *pasión* fue publicada, primero, en la *Miscellanea* de Baluze-Mansi, vol. I, pp. 12-14. Véanse además, el *Origines du culte des martyrs* de Delehaye, p. 317, donde se admite la posibilidad de que haya existido un mártir de ese nombre que fue sepultado a corta distancia de Espoleto, pero cuya historia se ignora por completo. Consultar también a Lanzoni en *Le Diocesi d'Italia*, vol. I, *pp.* 439-440 y 461-463, así como a G. Gristofani, *Storia di Assisi*, vol. III, pp. 21-23.

SANTA ANISIA, MÁRTIR (¿304? P. C.)

ANISIA ERA UNA joven cristiana, huérfana de padre y madre y dueña de una gran fortuna con la que beneficiaba generosamente a los necesitados. En los tiempos en que el gobernador Dulcicio desató una cruel persecución en Tesalónica y trataba de impedir, especialmente, que los cristianos llevasen a cabo sus asambleas religiosas, Anisia resolvió, un día, asistir a la reunión de los fieles. Al salir de la ciudad por la puerta de Casandra, uno de los guardias le cerró el paso para preguntarle a dónde se dirigía. Anisia retrocedió, asustada y, al presentir que se hallaba en peligro, hizo la señal de la cruz sobre su frente. Inmediatamente, varios soldados agarraron con brutalidad a la joven y comenzaron a interrogarla. "¿Quién eres? ¿A dónde vas?", le preguntaron. "Soy una sierva de Jesucristo", repuso ella mansamente. "Voy a la asamblea de los fieles del Señor". "No permitiré que vayas", dijo el guardia. "En cambio, te llevaré a que ofrezcas sacrificios a los dioses. En este día, adoramos al sol". A medida que hablaba, el soldado arrancó el velo para ver el rostro de Anisia y luego trató de tomarla por las ropas. La joven se defendió y comenzó a luchar como pudo con el hombre. Este se enfureció a tal extremo que, en un momento dado, desenvainó su espada y la hundió en el cuerpo de Anisia. La joven se desplomó al suelo y murió sobre un charco de su propia sangre. Cuando retornó la paz para la Iglesia, los cristianos de Tesalónica construyeron un oratorio en el lugar donde había sido sacrificada Anisia. En las "actas" de esta mártir se afirma que el guardia asesino cometió su crimen por obediencia a un edicto (enteramente inventado) del emperador Galerio, emitido con la idea de que la ejecución de cristianos era algo que no correspondía a su dignidad imperial y, en consecuencia, se permitía a los guardias y soldados matarlos a discreción.

La *pasión* de Santa Anisia, escrita en griego y sin la suficiente confirmación histórica, fue impresa por C. Triantafillis en una colección de textos griegos no publicados, que él descubrió en Venecia en 1874. Sin embargo, a Santa Anisia se le rindió veneración, durante siglos, en los países bajo la influencia bizantina, y en el *Sinaxario de Constantinopla* (ed. Delehaye), cc. 355-357, se encuentra una breve nota sobre la santa. J. Viteau publicó, en 1897, un segundo texto de la *pasión*, que no fue debidamente editado. Véase el *Byzantinische Zeitschrift*, vol. VII, pp. 480-483.

SAN ANISIO, OBISPO DE TESALÓNICA (C. 410 P. C.)

EN EL AÑO DE 383, cuando murió Ascolio, obispo de Tesalónica, y se eligió a Anisio para reemplazarlo, San Ambrosio escribió una carta al nuevo prelado para decirle que había tenido noticias de que era un celoso discípulo de Ascolio y para expresarle su esperanza de que demostrase ser "otro Eliseo para su Elías".

Son muy escasos los detalles que se conocen sobre la vida de San Anisio, pero en la historia de la Iglesia se le toma muy en cuenta, a causa de la actitud del Papa San Dámaso, quien le nombró patriarca vicario de la Iliria, un territorio que, posteriormente, fue motivo de disputa entre Roma y Constantinopla. Además, los poderes que se le confirieron, fueron renovados por los pontífices San Siricio y San Inocencio I.

San Anisio apoyó siempre con vigor a San Juan Crisóstomo e hizo un viaje especial a Constantinopla para defender su causa contra Teófilo de Alejandría. En el año de 404, San Anisio, junto con otros quince obispos de Macedonia, hizo un llamado al Papa Inocencio para que emitiese su juicio en la causa por la cual San Juan Crisóstomo había sido exilado de su sede, con la promesa de actuar según su última decisión. San Juan Crisóstomo escribió una carta de agradecimiento a Anisio. Durante el episcopado del santo, tuvo lugar en Tesalónica la espantosa matanza a que nos referimos en el artículo sobre San Ambrosio. Las virtudes de San Anisio fueron muy alabadas, tanto por San Inocencio I como por San León el Grande.

No existe ninguna biografía de San Anisio y nuestros conocimientos sobre él dependen de noticias aisladas, como por ejemplo, las que discute Tillemont en sus *Mémoires*, vol. x, pp. 156-158. Véase también a Duchesne, en *L'Illyricum eclésiastique*, editado en el *Byzantinische Zeitschrift*, vol. I (1892), pp. 531-550, a J. Zeiller en *Les Origines Chrétiennes dans les provinces danubiennes*, vol. I (1918), pp. 310-325 y, a L. Petit en *Les évêques de Thessalonique*, publicado en *Echos d'Orient*, vol. IV (1901), pp. 141 y ss.

SAN EGWIN, Obispo de Worcester (717 p.c.)

Egwin, de quien se afirma que era descendiente de los reyes mercianos, se dedicó al servicio de Dios desde su juventud y llegó a ocupar la sede episcopal de Worcester hacia el año 692. Por su celo y por su energía para combatir los vicios, incurrió en la hostilidad de muchos, incluso de sus fieles y miembros de su clero. Precisamente, aquella oposición brindó a Egwin la oportunidad de hacer una peregrinación a Roma, a fin de responder ante la Santa Sede por diversas quejas que se habían formulado contra él. Algunas de las leyendas dicen que, antes de partir, el santo se puso grilletes en los tobillos, por penitencia, y cuando iba de camino, arrojó la llave de su iglesia al río Avon, pero posteriormente recuperó la llave al encontrarla en el vientre de un pez, en la misma Roma, según afirman unos, o en Francia, cuando iba de regreso a Inglaterra, como afirman otros.

Cuando estuvo de vuelta, y con la asistencia de Etelredo, el rey de Mercia, fundó la famosa abadía de Evesham, bajo el patrocinio de la Santísima Virgen. De acuerdo con las crónicas, en Evesham, un pastor llamado Eof tuvo una visión de la Virgen María y, poco después, el propio obispo Egwin pudo ver a la Madre de Dios, de suerte que en aquel sitio (Evesham significa campo o pradera de Eof) se estableció el monasterio. Más tarde, probablemente hacia el año 709, el obispo emprendió un segundo viaje a Roma, en compañía de los reyes Cenredo, de Mercia, y Offa, de la Sajonia del este, y se asegura que, en aquella ocasión, el Papa Constantino otorgó al prelado un considerable número de privilegios para su fundación. Tras los disturbios del siglo décimo, Evesham llegó a ser una de las grandes casas de los benedictinos en la Inglaterra medieval. Según Florencia de Worcester, San Egwin murió el 30 de diciembre

de 717 y fue sepultado en el monasterio de Evesham. Su fiesta se celebra en la arquidiócesis de Birmingham.

Una biografía que data del siglo XI, fue impresa por Mabillon (sección III part. I, pp. 316-324) y también en el BHL., 2432-2439. Para su vida y milagros, véase el Gotha MS. I. 81 y la *Analecta Bollandiana*, vol. LVIII (1940), pp. 95-96 y, cf. T.D. Hardy, en *Descriptive Catalogue*... vol. I, pp. 415-420; la *Evesham Chronicle*, edición de W. D. Macrey en la *Rolls Series*, vol. XXIX, 1863 (introducción) y, a R. M. Wilson, en *Lost Literature of Medieval England* (1952), p. 104. Ver el *Acta Sanctorum*, enero, vol. I, a Stubbs en DCB, vol. II, pp. 62-63 y el *St. Egwin and his Abbey*... (1904), compilado por las monjas de Stanbrook. En 1183, probablemente el 11 de enero, los restos de San Egwin fueron trasladados a un lugar más honorable, y muchos de los martirologios ingleses fijaron su festividad en la fecha de su traslación. Ver la *Menology* de Stanton, pp. 615 y ss. Es algo muy singular que Beda no haga mención de Egwin ni de Evesham.

31: SAN SILVESTRE I, PAPA (335 P. C.)

AL PAPA Silvestre I, lo mismo que a su predecesor San Milcíades, se le recuerda más por los sucesos que tuvieron lugar durante su pontificado que por su vida y sus hechos. Vivió en una época de tan grande trascendencia histórica que, inevitablemente surgieron en torno suyo diversas leyendas y anécdotas sensacionales, como las que figuran en la obra *Vita beati Silvestri*, pero sin valor como datos para los registros de la historia. En cambio, el *Liber Pontificalis* hace constar que era el hijo de un romano llamado Rufino, elegido Papa a la muerte de San Milcíades, en 314, casi un año después de que el Edicto de Milán había garantizado la libertad para la Iglesia. En consecuencia, las leyendas más significativas sobre San Silvestre se fabricaron alrededor de sus relaciones con el emperador Constantino. En ellas se representa a Constantino como a un leproso que, al convertirse al cristianismo y al recibir el bautismo de manos del Papa Silvestre, quedó curado. Como muestra de gratitud hacia el vicario de Cristo en la tierra, el emperador concedió numerosos derechos y privilegios al Papa y sus sucesores y dejó bajo el dominio de la Iglesia a las provincias de Italia. La historia de los "donativos de Constantino, que se compuso y se utilizó para fines políticos y eclesiásticos durante la Edad Media, se ha reconocido desde hace mucho como una falsedad, sin embargo, hay un punto en ese relato, el bautismo de Constantino por San Silvestre, que se registra en el Martirologio Romano y en el Breviario.*

A los pocos meses de ocupar la silla de San Pedro, el Papa envió una delegación personal al sínodo convocado en Arles para tratar la disputa donatista. Los obispos reunidos en aquella asamblea formularon críticas por la ausencia del Pontífice que, en vez de presentarse en la reunión, permanecía en "el sitio donde los Apóstoles tienen su tribunal permanente". En junio del año 325, se reunió en la ciudad de Nicea, en Bitinia, el primer Concilio Ecuménico o general de la Iglesia, al que concurrieron unos 220 obispos, casi todos orientales. El Papa Silvestre envió de Roma, como delegados, a dos sacerdotes. El Concilio

* En realidad, el primero de los emperadores romanos que fue cristiano, era todavía catecúmeno cuando se hallaba en su lecho de muerte y fue entonces, dieciocho meses después de la muerte de San Silvestre, cuando un obispo arriano lo bautizó en Nicomedia.

presidido por un obispo de occidente, Osio de Córdoba, condenó las herejías de Arrio y con ello dio principio a una larga y devastadora lucha dentro de la Iglesia. No hay noticias precisas de que San Silvestre haya ratificado oficialmente la firma de sus delegados en las actas del Concilio.

Es probable que haya sido a San Silvestre y no a Milcíades a quien Constantino cedió el palacio de Letrán, donde el Papa estableció su cátedra e hizo de la basílica de Letrán la iglesia catedral de Roma. Durante el pontificado de San Silvestre, el emperador (que en 330 trasladó su capital de Roma a Bizancio) hizo construir las primeras iglesias romanas, como la de San Pedro en el Vaticano, la de la Santa Cruz en el palacio sesoriano y la de San Lorenzo extramuros. El nombre de este Papa, junto con el de San Martín, ha quedado impuesto hasta ahora a la iglesia titular de un cardenal que, por aquel entonces, fue fundada cerca de los baños de Diocleciano, por un sacerdote llamado Equicio. San Silvestre construyó también otra iglesia en el cementerio de Priscila, sobre la Vía Salaria. En aquel mismo lugar fue enterrado en el año de 335, pero en 761, el Papa Pablo I trasladó sus reliquias a la iglesia de San Silvestre *in Capite*, que es ahora la iglesia nacional de los ingleses católicos en Roma. Desde el siglo XIII, se generalizó la celebración de la fiesta de este santo Pontífice en el occidente el 31 de diciembre, y también se observa en el oriente (el 2 de enero), la conmemoración de aquel primer Pontífice de Roma, después de que la Iglesia salió de las catacumbas.

En un artículo titulado *Konstantinische Schenkung und Silvester Legende*, con el que W. Levison, el investigador cuya autoridad nadie pone en duda, contribuyó a la obra *Miscellanea Francesco Ehrle* (vol. II, 1924, pp. 159-247), la trigésima octava publicación de la serie *Studi e Testi*, hace un estudio muy completo sobre los famosos "Donativos de Constantino". Asimismo, J. P. Kirsch hizo un profundo estudio sobre el espurio documento en la *Catholic Encyclopedia* (vol. V, pp. 118-121), pero Levison llegó a conclusiones mucho más claras sobre los diversos elementos que contribuyeron a la fabricación de la fábula. Parece ser que, con fecha anterior, circuló una historia de San Silvestre, inventada para edificación de los lectores piadosos de la segunda mitad del siglo quinto. Allí figura, por ejemplo, el relato de una discusión teológica entre San Silvestre y doce doctores judíos. Hay indicios de que el *Liber Pontificalis* (ver la edición de Duchesne, vol. I, pp. CXXXV y 170-201) se documentó en el mencionado libro al hablar del *Constitutum Silvestri.* Pero también había otra versión de esta leyenda que incluía incidentes tales como la lucha contra un dragón y que modificaba radicalmente otros detalles. En el siglo nueve, encontramos textos en los que estos elementos están fundidos con otros nuevos. Por otra parte, desde el siglo sexto comenzaron a aparecer las versiones griegas sobre ese mismo tema (ver el BHG., nn. 1628-1632). Uno de estos textos griegos se ha conservado en cuarenta copias que ahora existen. Sin embargo, Levison rechaza decididamente la tesis de que fue de los textos griegos sobre los "Donativos de Constantino", de donde las versiones latinas tomaron los datos. También hubo traducciones de las *actas* de San Silvestre al sirio y al armenio, así como una homilía en verso, atribuida a Santiago de Sarug. En algunas de estas versiones orientales se presenta a San Silvestre como compañero de viaje de Santa Elena, la madre de Constantino, por Palestina y se afirma, además, que el Papa tomó parte en el descubrimiento de la verdadera Cruz. Se puede dar una idea del lugar tan importante que ocupó San Silvestre en el movimiento intelectual de la Edad Media, por medio del *Speculum Ecclesiae* de Giraldo Cambrensis y del *Polychronicon* de Ralph Higden, vol. v. Cf. también a Döllinger en *Papstfabeln*, pp. 61 ss. y a Donato en *Un Papa Legendario* (1908). Sobre la historia de su pontificado, ver a E. Caspar en *Geschichte des Papsttums*, vol. I, pp. 115 ss. y a Poisnel en *Un concil apocryphe du Pape St. Silvestre*, en *Mélanges d'archéol. et d'histoire*, 1886, pp. 3-13. Hay una nota suplementaria al artículo de Levison, en *Zeitschrift der Savigny...*, vol. XLVI (1926), pp. 501-511. Cf. N.H. Baynes en *Constantine the Great and the Christian Church* (1929).

SANTA COLUMBA DE SENS, Virgen y Mártir
(Fecha desconocida)

La tradición dice que Columba era natural de España y, a la edad de dieciséis años, se trasladó a las Galias con otros españoles que posteriormente fueron martirizados. Se dice que aquel grupo de emigrantes se estableció en Sens. Al parecer, Columba era hija de padres nobles que practicaban la religión pagana, a quienes abandonó en secreto para evitar que la obligasen a adorar a los dioses falsos. En la ciudad francesa de Vienne recibió el bautismo. Cuando Aureliano llegó a Sens, ordenó que Santa Columba y sus compañeros fuesen ejecutados. La "pasión" de estos mártires relata una fábula extravagante sobre Columba, la que fue milagrosamente protegida del deshonor y la brutalidad de sus carceleros, cuando fue entregada a los soldados, por uno de los osos del anfiteatro que no se apartaba de ella y atacaba a todo el que se acercase. Columba murió decapitada junto al manantial de Azon, sobre el camino de Meaux, y un hombre que había recuperado la vista al invocar el nombre de la santa, se encargó de dar sepultura al cadáver, en los alrededores del sitio de la ejecución.

El culto a Santa Columba se extendió por Francia, España e Italia, en algunas de cuyas diócesis se celebra todavía su fiesta. Sin embargo, a mediados del siglo pasado, fracasó el intento que se hizo para dar nuevo impulso a la devoción popular por esta santa. La abadía de Santa Columba, que conservaba sus reliquias, era la principal de las casas religiosas de Sens. La tercera de las iglesias dedicadas a Santa Columba fue consagrada por el Papa Alejandro III en 1164. Al año siguiente, cuando Santo Tomás Becket huyó de Inglaterra para hacer su apelación al Papa y no pudo quedarse en Pontigny, se refugió en el monasterio de Santa Columba y ahí estableció su residencia hasta que regresó a Inglaterra para recibir el martirio.

No obstante que la *pasión* de estos mártires, en sus diversas versiones, se conserva en numerosos manuscritos, no tiene ningún valor histórico. Mombricio y los bolandistas la imprimieron en su *Catalogus hagiographicus Bruxellensis*, vol. I, pp. 302-306. Véase además a Tillemont en *Mémoires*, vol. IV, p. 347 y, sobre todo, a G. Chastel en *Ste. Colombe de Sens* (1939) que contiene un nuevo texto de la *pasión* y detalles importantes sobre el culto.

SANTA MELANIA LA JOVEN, Viuda (439 p. c.)

Melania la Mayor fue una dama patricia de la *gens Antonia* casada con Valerio Máximo, quien probablemente fue prefecto de Roma en el año de 362. A la edad de veintidós años quedó viuda y, luego de dejar a su hijo Publícola al cuidado de tutores, se trasladó a Palestina, donde construyó un monasterio, en Jerusalén, con cincuenta doncellas consagradas al servicio de Dios. Ahí mismo se estableció la noble dama y se entregó a la austeridad, la plegaria y las buenas obras. Mientras tanto, su hijo Publícola llegó a ocupar un puesto en el senado romano y se casó con Albina, una cristiana, hija del sacerdote pagano Albino. La hija de aquel matrimonio fue Santa Melania la Joven, criada y educada en el cristianismo por su madre, en la lujosa residencia del senador Publícola, cristiano también, pero demasiado ambicioso para preocuparse por su religión.

Con la idea de llegar a tener un heredero varón de su gran fortuna y el aristocrático nombre de su familia, Publícola prometió en matrimonio a su hija a Valerio Piniano, un pariente suyo, hijo del prefecto Valerio Severo. Pero la joven Melania deseaba conservar su virginidad para consagrarse por entero a Dios. Tan pronto como sus padres conocieron las intenciones de la jovencita, se opusieron rotundamente a permitir que las realizara y, para quitarle semejantes ideas de la cabeza, apresuraron su matrimonio. En el año de 397, cuando Melania acababa de cumplir catorce años, se casó con Piniano que tenía diecisiete. Nada tiene de extraño que la joven, casada contra su voluntad y disgustada por el ambiente licencioso y sensual que reinaba en torno suyo, suplicase a su marido que llevasen una vida de absoluta continencia. Pero Piniano no aceptó la proposición y, a su debido tiempo, vino al mundo su primer hijo, una niña que murió después de un año de nacida. Las inclinaciones de Melania no habían cambiado y reiteró sus peticiones para que la dejasen en libertad, pero su padre tomó medidas para impedirle que frecuentase a las gentes de reconocidas tendencias religiosas que podían alentarla a distanciarse de la vida de lujo y de sociedad que él deseaba para su hija. En la víspera de la fiesta de San Lorenzo del año 399, el senador prohibió a su hija que velase en la basílica, puesto que estaba de nuevo embarazada, pero no por eso dejó la joven de permanecer toda la noche en oración, arrodillada en su habitación. Por la mañana asistió a la misa en la iglesia de San Lorenzo y, al regresar a su casa, tuvo un grave trastorno y, con grandes dificultades y riesgo de la vida, dio a luz prematuramente a un niño, el que murió al día siguiente. Melania estuvo largo tiempo entre la vida y la muerte, y su esposo Piniano, que la amaba sinceramente, hizo el juramento de que, si se llegaba a salvarse su mujer, la dejaría en absoluta libertad para servir a Dios como quisiera. Poco después, Melania recuperó la salud y su marido cumplió el juramento, pero Publícola mantuvo su decidida oposición y, durante otros cinco años, Melania tuvo que conformarse con llevar exteriormente la misma existencia que tanto le disgustaba. Pero entonces atacó a Publícola una enfermedad mortal y, antes de entrar en agonía, heredó a su hija todos sus bienes y le pidió perdón porque, "temeroso de verme entregado al ridículo de las malas lenguas, te ofendí al oponerme a tu celestial vocación".

Albina, la madre de Melania, y Piniano, su marido, no sólo aceptaron la nueva vida de la joven, sino que ellos mismos la adoptaron. Los tres abandonaron Roma para radicarse en una casa de campo, lejos de la ciudad. Piniano no estaba plenamente convertido y, durante largo tiempo, insistió en vestir los ricos ropajes que acostumbraba portar en Roma. El biógrafo de la santa nos ha dejado un relato conmovedor y convincente sobre los métodos que empleó su esposa para convencerlo a que renunciara a los lujos para adoptar una existencia más modesta y lograr, por fin, que usara las ropas pobres, confeccionadas por ella misma. La familia se había llevado consigo a numerosos esclavos, a quienes dispensaba un tratamiento ejemplar y, en corto tiempo, muchas jovencitas, viudas y más de treinta familias se establecieron en torno a la casa de campo de Melania y formaron una población. La villa llegó a ser un centro de hospitalidad, de caridad y de vida religiosa. Melania era fabulosamente rica (los terrenos pertenecientes a la familia Valeria se hallaban en todos los puntos del Imperio Romano) y se sentía oprimida por la cantidad de sus bienes terrenales. Sabía que la abundancia de posesiones pertenecía a los ve-

cinos pobres, hambrientos y desnudos; estaba cierta de que, como dijo San Ambrosio, "el rico que da al pobre no hace una limosna, pero sí paga una deuda". Por consiguiente, solicitó y obtuvo el consentimiento de Piniano a fin de vender algunas de sus propiedades y distribuir el dinero entre los necesitados. Inmediatamente, los parientes, que siempre los habían creído fuera de sus cabales, trataron de aprovecharse de aquella última locura. Por ejemplo, Severo, el hermano de Piniano, sobornó por algunas monedas a los colonos y esclavos que habitaban en uno de los terrenos de Piniano para que, en el momento de ser vendidas las tierras, se rebelasen y no reconociesen a otro amo que al propio Severo. Fueron tantas las dificultades que se opusieron a los intentos de Piniano, que hubo necesidad de hacer una apelación al emperador Honorio para poner las cosas en su lugar. Santa Melania, sencillamente vestida con una túnica de lana y cubierta la cabeza con un velo, se presentó ante Serena, la suegra del emperador, a la que impresionó tan profundamente por su porte y sus palabras, que intercedió ante Honorio para que la venta de aquellas tierras quedara bajo la vigilancia y la protección del Estado. De esta manera, los procedimientos fueron rectos y la distribución estrictamente justa: los pobres, los enfermos, los cautivos, los desposeídos, los peregrinos, las iglesias y los monasterios, recibieron ayuda y dotes en todo el imperio. En un término de dos años, Melania dio la libertad a ochocientos esclavos. Paladio, contemporáneo de la santa, dice en su *Historia Lausiaca* que, incluso los monasterios de Egipto, Siria y Palestina, recibieron beneficios de Melania. En ese mismo libro el autor da un pormenorizado relato de la manera de vivir de la santa.

En el año de 406, Melania con su esposo y algunas personas más pasaron una temporada con San Paulino en la ciudad de Nola, en la Campania. El santo deseaba conservar a Melania y a su esposo como "huéspedes perpetuos". A ella la llamaba "bendita pequeña" y también "alegría del cielo". Pero la pareja se obstinó en regresar a su villa cercana a Roma, en momentos tan inoportunos que, a poco de llegar, tuvieron que abandonarla más que de prisa, debido a la amenaza de invasión de los godos. Se refugiaron en otra casa de campo, propiedad de Melania, en Mesina. Ahí vivió con ellos el anciano Rufino. Pero, antes de dos años, los godos llegaron a Calabria, e incendiaron la ciudad de Reggio. Entonces, Melania y su esposo optaron por retirarse a Cartago. Se proponían hacer de paso una visita a San Paulino para consolarle en sus tribulaciones a causa de la invasión, pero una tormenta desvió la ruta del navío que fue a dar a una isla, probablemente la de Lipari, donde los piratas eran amos y señores. A fin de salvar de la prisión y de la muerte a sus gentes y a los tripulantes del barco, Santa Melania pagó a los filibusteros una buena suma en monedas de oro por el rescate. Después de aquellas aventuras, los esposos se instalaron en la ciudad de Tagaste, en Numidia. Tanto Melania como su esposo causaron una benéfica impresión entre el pueblo y tanto fue así que, cuando Piniano visitó a San Agustín en Hipona (el santo los llamo "verdaderas luces de la Iglesia"), se produjo un tumulto en un templo, porque las gentes querían que Piniano se ordenase sacerdote para que ejerciera entre ellas su ministerio y pensaban que el obispo de Tagaste, San Alipio, se lo impedía. No se restableció el orden hasta que Piniano prometió al pueblo que, si alguna vez se le ordenaba sacerdote, sólo ejercería su ministerio en Hipona. Mientras se hallaba en Africa, Santa Melania fundó y dotó dos nuevos monasterios, uno para hombres y otro para mujeres. En ellos recibió, sobre todo, a los que habían

sido sus esclavos. La propia Melania vivía en el convento de las mujeres y sobresalía entre todas por sus austeridades, puesto que sólo se alimentaba frugalmente cada tercer día. La santa se ocupaba principalmente de copiar libros en griego y en latín y, quinientos años más tarde, todavía circulaban algunos manuscritos que se atribuían a la santa.

En el año de 417, en compañía de su madre y de su esposo, partió Melania del Africa hacia Jerusalén y se hospedó en la posada para peregrinos, vecina al Santo Sepulcro. Desde ahí emprendió una expedición con Piniano para visitar a los monjes del desierto de Egipto. Al regreso, fortalecidos por el ejemplo de aquellos anacoretas, Melania decidió aislarse en las afueras de Jerusalén, entregada a la contemplación y la oración. Hasta ahí fue a visitarla su prima Paula, sobrina de Santa Eustoquio. Fue Paula quien presentó a Melania el maravilloso grupo de almas escogidas reunido por San Jerónimo en Belén y fue recibida con beneplácito. Se cuenta que, la primera vez que Melania se encontró con San Jerónimo, "se acercó a él con su acostumbrado porte humilde y respetuoso, se arrodilló a sus pies y le pidió su bendición".

A los catorce años de residir en Palestina, murió Albina y, al año siguiente, Piniano la siguió a la tumba. El Martirologio Romano menciona a Piniano junto con Melania. Esta sepultó a su esposo al lado de su madre en el Monte de los Olivos y se construyó una celda cerca de las tumbas de sus fieles compañeros. La celda fue el núcleo de un amplio convento de vírgenes consagradas que presidió Santa Melania. La santa se mostró siempre muy solícita por el bienestar y la salud de su congregación (en el convento había un baño que fue un donativo de un ex prefecto del palacio imperial) y las reglas que estableció fueron notables por su benignidad, en tiempos en que los comienzos del monasticismo se inclinaban a degenerar en la más rigurosa austeridad corporal. Cuatro años después de la muerte de Piniano, Santa Melania tuvo noticias de un tío materno suyo, llamado Volusiano, que aún era pagano y que se encontraba en Constantinopla al frente de una embajada. La santa decidió hacer personalmente el intento de convertir a su tío, que ya era un anciano y, con ese propósito, emprendió el viaje con su capellán (y su biógrafo) Geroncio, y tras una larga y penosa jornada, llegó a Constantinopla a tiempo para propiciar y atestiguar la conversión de Volusiano, que murió en sus brazos al día siguiente de haber recibido el bautismo. Se dice que el entusiasmo de Melania por lograr la conversión del anciano era tan vehemente que, al verlo dudar, le advirtió que apelaría al emperador Teodosio para que interviniese en el asunto. Pero Volusiano le respondió con gran cordura y moderó los ímpetus de su sobrina con estas palabras: "No debes forzar la buena y libre voluntad que Dios me ha dado. Estoy pronto y ansioso de limpiar las innumerables manchas de mi alma, pero si llegase a hacerlo por mandato del emperador, lo tendría siempre por un acto obligatorio, sin el mérito de la elección voluntaria".

En la víspera de la Navidad del año 439, Santa Melania estaba en Belén y, tras la Misa del Alba, le anunció a Paula que su muerte estaba próxima. El día de San Esteban, asistió a la misa en su basílica y, después, leyó con las hermanas del convento el relato sobre el martirio de Esteban que figura en el Nuevo Testamento. Al término de la lectura, las hermanas la rodearon para desearle toda clase de bienes y de felicidades. "Lo mismo deseo para todas vosotras", repuso la santa. "Pero ya no volveréis a escucharme leer esta lección". Aquel mismo día, hizo una visita de despedida a los monjes y, a su regreso, ya se

encontraba muy enferma. Reunió a todas las hermanas y les pidió que orasen por ella, "porque ya voy hacia el Señor". Habló brevemente para decirles que, si alguna vez había usado palabras severas, sólo lo había hecho por amor a ellas y concluyó diciendo: "Bien sabe Dios que yo no valgo nada y yo misma no me atrevo a compararme con ninguna buena mujer, ni aun de las que ahora viven en la tierra. Sin embargo, creo que el enemigo no podrá acusarme en el Juicio Final, de haberme ido a dormir un solo día con rencor en mi corazón". El domingo 31 de diciembre, por la mañana temprano, cuando el capellán Geroncio celebraba la misa, su voz se entrecortaba por el llanto y las palabras rituales le salían mezcladas con los sollozos. Desde su sitio en la nave de la iglesia, Melania le envió un mensaje para pedirle que hablase con mayor claridad puesto que no podía oírle. Durante todo el día recibió a los visitantes, hasta que llegó un momento en que dijo: "Ahora, dejadme descansar en paz". A la hora de nona, se debilitó considerablemente y, al caer la tarde, en tanto que repetía las palabras de Job: "Como el Señor lo ha querido, que así sea . . .", murió tranquilamente. Tenía cincuenta y seis años de edad.

A Santa Melania la Joven se le ha venerado desde los primeros tiempos en la Iglesia bizantina, pero, aparte de la inserción de su nombre en el Martirologio Romano, no se le ha rendido culto en el occidente hasta nuestros días. El cardenal Mariano Rampolla publicó una obra monumental sobre Santa Melania, en 1905. El escrito atrajo bastante la atención sobre el personaje y, a partir de entonces, la santa recibió cierto culto. En 1908, el Papa Pío X aprobó la celebración anual de su fiesta por los miembros de la congregación italiana de clérigos regulares, conocidos como los "somaschi", y también fue adoptada por los católicos latinos de Constantinopla y de Jerusalén.

Desde hace tiempo, se sabe que existen en diversas bibliotecas trozos de manuscritos de una biografía de Santa Melania escrita en latín y, todos esos fragmentos fueron impresos en *Analecta Bollandiana,* vol. VIII (1899), pp. 16-63. La edición del texto griego fue tomada de un manuscrito existente en la biblioteca Berberini por Delehaye y publicado en la misma *Analecta Bollandiana,* vol. XXII (1903), pp. 5-50. En 1905, el cardenal Rampolla, que había descubierto una copia completa de la biografía latina en el Escorial, publicó la biografía latina y la griega en un suntuoso volumen, *Santa Melania Giuniore Senatrice Romana,* con una introducción, disertaciones y notas. Hay considerables diferencias de opinión en cuanto a las relaciones que pueden existir entre la versión griega y la latina, que no concuerdan ni en el contenido, ni en la redacción. Una extensa contribución de Fr. Adhémar d'Alès en la *Analecta Bollandiana,* vol. XXV (1906), pp. 401-450, el autor examinó detalladamente esas variaciones, para llegar a la conclusión de que la biografía de la santa había sido compuesta por su discípulo y capellán Geroncio, unos nueve años después de la muerte de Melania. Geroncio sólo hizo un esbozo en griego, pero los textos griego y latino que conocemos, fueron redactados años más tarde, tomando los datos del esbozo de Geroncio. Algunos siglos después, Metafrasto publicó su propia versión modernizada de la biografía. Esta se encuentra impresa en Migne, PG., vol. CXVI, pp. 753-794. Un muy buen resumen sobre la historia de Melania es el que escribió M. Goyau para la serie *Les Saints* (1908). Véase también a Leclercq en DAC., vol. XI, cc. 209-230.

BEATO ISRAEL (1014 P. C.)

A ESTE BIENAVENTURADO agustino le veneran como santo los canónigos regulares de Letrán y los fieles de la diócesis de Limoges, pero es muy poco lo que se ha registrado sobre él. Sólo contamos con algunas generalidades vagas o edificantes, como ésta: "Fue un buen ejemplo para todos, concurría asiduamente

a los divinos oficios, se preocupaba por atender a las necesidades de los enfermos y dedicaba toda su atención al celebrar los sagrados misterios de acuerdo con los ritos de la Iglesia . . .". En la ciudad de Dorat, en el Limousin, Israel era miembro de los canónigos regulares; ahí fue promovido a chantre y ascendió luego a familiar de Aldoín, obispo de Limoges, a quien acompañó a la corte de Francia. A pedido de los canónigos, el Papa Silvestre II lo envió como preboste al monasterio de San Juniano, en la alta Vienne, donde hizo progresar a la comunidad tanto temporal como espiritualmente, puesto que acabó con las divisiones y partidarismos, reformó la observancia y reconstruyó la iglesia. Después, Israel regresó a Dorat y se dedicó a la formación de San Walterio, el que fuera abad de L'Estrep. En Dorat el canónigo Israel volvió a ejercer las funciones de chantre y ahí murió, el 31 de diciembre de 1014. Su tumba llegó a ser famosa por los milagros que se obraban en ella.

Una biografía escrita en latín en la Edad Media fue impresa en el año de 1657 por el P. Labbe en su *Nova Bibliotheca manuscriptorum librorum*, vol. II, pp. 566-567. Como el Beato Israel es el supuesto autor de un poema sobre Nuestro Señor Jesucristo, se incluye también una breve nota sobre él en la *Histoire littéraire de France*, vol. VII, pp. 229-230.

* * *

Desde el principio de los tiempos y a través de los siglos, los santos y los justos que han sido monumentos perfectos y perdurables del poder inmenso y la infinita misericordia de Dios, alaban sin cesar su bondad. Al dejar sus coronas al pie de su trono, le entregan toda la gloria de sus triunfos. "Dios corona en sus santos, Sus propios dones". Se nos hace un llamado para unirnos a toda la Iglesia militante en esta tierra, a fin de elevar todos, las plegarias de alabanza a Dios, en agradecimiento por la gracia y la gloria que otorgó a sus santos. Al mismo tiempo, le imploramos con toda humildad que ejerza su poder y su misericordia infinitas para sacarnos de nuestras miserias, de nuestros pecados, para que repare los desórdenes de nuestras almas y nos conduzca por el camino del arrepentimiento hacia la comunidad de sus santos, adonde El nos ha llamado. Los santos fueron, otrora, lo que somos nosotros actualmente: peregrinos en la tierra. Ellos también tuvieron las mismas debilidades que tenemos nosotros. Nos encontramos con dificultades y problemas; los santos los tuvieron igualmente, y muchos de ellos mayores de los que nosotros tratamos de vencer; el obstáculo del poder de los reyes y aun de naciones enteras, a veces, las rejas de la prisión, los instrumentos de tortura y las espadas de los perseguidores. Sin embargo, ellos superaron esas dificultades de las que hicieron medios para sus virtudes y sus victorias. Por la fuerza que recibieron de arriba y no por su propio poder, llegaron a triunfar. Pero es necesario tener en cuenta que Cristo derramó su sangre lo mismo por nosotros que por ellos y que no nos faltan las gracias de nuestro Redentor. Si fracasamos, a nosotros mismos se debe el fracaso. Los santos son "como una blanca nube sobre nuestras cabezas" para mostrarnos que la perfecta vida cristiana no es imposible.

APENDICE I

EN MEMORIA DE ALBAN BUTLER

POR HERBERT THURSTON, S.J.

AL poner punto final a esta revisión de las *Vidas de los Santos* de Butler, se nos brinda una ocasión propicia para decir algunas palabras sobre el propio Alban Butler. Experimentamos el sentimiento de que, aun a la distancia de casi dos siglos, se le deben algunas disculpas al ilustre investigador por el escaso respeto con que parece haber sido tratada su gran obra. Debemos admitir, con toda sinceridad, que en esta nueva edición es poquísimo, comparativamente hablando, lo que se ha conservado del original escrito en el siglo dieciocho. El señor Attwater, en la parte que se ha puesto bajo su responsabilidad, ha mostrado una mayor deferencia por el texto primitivo, de la que se le dio en los primeros seis volúmenes; pero aún así, dudo mucho de que a todo lo largo de la serie haya siquiera media docena de frases auténticas de Butler que se hayan conservado consecutivamente sin alteración. Los lectores que deseen hacer comparaciones, por ejemplo, entre los nuevos y los viejos artículos de noviembre, observarán sin dificultad que, mientras en estos últimos, la nota sobre San Carlos Borromeo ocupa cincuenta páginas, en la nueva versión* solamente se le dedican doce a aquel modelo de pastores. Esta concisión es, sin duda, lamentable, pero cuando se necesita encontrar lugar para un número de notas casi dos veces mayor, es indispensable economizar espacio. Además, en el caso de personajes tan conocidos como San Carlos Borromeo, San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, Santa Teresa, etc., cualquiera puede adquirir, por unas cuantas monedas, algún librillo que le proporcione abundantes detalles que no debe razonablemente buscar en ninguna enciclopedia o colección general de biografías. Por otra parte, es necesario confesar que el estilo de Butler, según los modernos cánones, es excesivamente florido y exuberante. A decir verdad, en no pocas de sus notas biográficas y piadosas moralejas, parece que se pone a bordar deliberadamente sobre el hecho o el pensamiento más trivial o intrascendente, para estirarlo hasta que llene tantas páginas como sea posible.

En mi opinión, Alban Butler, como hombre, como sacerdote y como estudioso investigador, deja una impresión mucho más favorable que como escritor en inglés. Aunque se me acuse de empezar por el final, me siento tentado a citar ahora un párrafo de la carta de una dama inglesa, la señora Paston, residente de Saint Omer, con fecha del 23 de mayo de 1773, ocho días después de la muerte de Butler. El original, que aún se conserva, lleva la dirección siguiente:

A Madame
Madame Mère Supérieure très digne
des Dames Chanoinesses Anglaises,
Rue des Carmes
à Bruges

* Es decir, en la primera edición revisada.—D.A.

En el precioso documento la puntuación no es del todo correcta y, aun en aquellos tiempos, me imagino, su ortografía y su construcción se prestarían a la crítica; sin embargo, si yo me entrometiese con la ortografía y el estilo, echaría a perder el sabor dieciochesco de esta femenil epístola. Solamente reproduciré el párrafo más importante, tal como está en la copia fidedigna que me fue enviada:

> He tenido que hacer frente a una prueba muy dura que me ha trastornado grandemente con la Muerte de ese magnífico y buen Hombre el querido señor Butler. Que murió como un Santo y cuando le faltó el habla le quedaron las lágrimas de Devoción que se derramaron por sus Ojos Elevados al Cielo para abandonar este mundo miserable, parece como si ya preveía su Muerte por la manera como arregló sus asuntos temporales en tan corto tiempo antes de su enfermedad; deseaba ser enterrado en el cementerio de una Iglesia el que estuviera más cerca de cualquier casa inglesa donde ocurriera su muerte pero los Jefes de esa Iglesia que aquí es esa no consintieron. Los servicios fúnebres y la misa Mayor se hizo primero en la Iglesia del Coligio después de la cual se lo llevaron a la Iglesia Parroquial y los servicios se hicieron otra vez y su Cuerpo se Trasportó de Nuevo de la manera más *solene* y se sepultó cerca de su iglesia. Yo me sentí tan dichosa (*sic*) de no estar presente porque una visión tan triste nunca se había visto aquí; *abía* cien y cien personas como en una Gran Procesión (prossession) y las lágrimas derramadas por hombre y por mujer de todos los sectores de la sociedad jamás se habían visto. Yo creo que muchos no sabían cuanto lo estimaban hasta que no pudieron verlo más. Yo siento gran compasión por los Pobres Caballeros de el Coligio que saben lo que se han Perdido y están muy afligidos.*

Es evidente que la señora Paston llevaba una amistad muy estrecha con Alban Butler, presidente por entonces del Colegio de Saint Omer. Harriet, la hija de aquella dama, probablemente por consejos de Butler, había ingresado poco antes al convento en Brujas. Su madre agregó en una posdata de su carta, lo que sigue:

> Nuestros mayores respetos están con el Sr. Berington ** y toda la buena Comunidad y tenga a bien señora comunicar a Harriet todos nuestros más cariñosos y tiernos deseos. Yo recibí su carta a la que no responderé hasta que tenga el gusto de saber por ella cómo se encuentra en su nuevo estado de vida, el señor James Butler (hermano de Alban) me dijo que debe ser para ella motivo de gran satisfacción; dice que vio al buen señor Butler derramar lágrimas de ternura por Harriet cuando

* Estoy en deuda de agradecimiento con la reverenda madre priora de las Canonesas Regulares de Letrán, que aún ocupan el mismo convento en Brujas, por la comunicación de esta carta y otros documentos. En sus *Memoirs* sobre su tío, Charles Butler dice esto: "Aquellos que le recuerdan durante su estancia en Saint Omer, tendrán presente el singular respeto que profesaba hacia la señora More, la superiora del convento inglés de Agustinas, en Brujas.

** Thomas Berington era entonces capellán y confesor en el convento. Véanse las amables referencias que a él hace C.S. Durrant en *Flemish Mystics and English Martyrs* pp. 353-356.

ella salió de su habitación; lo que es una grande muestra de la amistad del señor Butler hacia ella. Muchas gracias Querida Señora por sus bondades para mi Hijo, a quien esperamos pronto.

En la parte posterior de otro pliego de la carta, está escrito lo que sigue:

El retrato del pobre señor Butler fue dibujado después de su muerte; yo no lo he visto y dicen que no sacaron un parecido tan bien como era de esperarse puesto que él estaba mucho mejor después de muerto, yo me he procurado algunos rizos de sus venerables cabellos grises que guardaré siempre con sincera veneración.*

Por extraño que parezca, en el *Laity's Directory* de 1774, se da a entender con bastante claridad que Alban Butler fue sepultado en la capilla de las monjas Agustinas inglesas (*i.e.* la Canonesa de Letrán) en Brujas; ** pero eso, necesariamente, es un error. Es indudable que semejante equivocación tuvo por causa la lápida mortuoria que, según está debidamente registrado en los "Anales" del convento, fue colocada en los muros exteriores de la capilla a pedido del propio Butler, quien dejó a las monjas, en su testamento, seis guineas. La inscripción es ésta:

D. O. M.

¡OH DIOS, PADRE DE TODOS,
QUE TU NOMBRE SEA SANTIFICADO POR TODOS
EN TODAS LAS COSAS,
ETERNAMENTE!
QUE LOS SERES TODOS DEL UNIVERSO
CUMPLAN
CON TU SUPREMA VOLUNTAD.
Y QUE LAS ALMAS DE TUS FIELES
DESCANSEN EN PAZ.
AMÉN.

R.A.D.D. ALBANUS BUTLER

COLLEGII ANGLO-AUDOMAROPOLIT.
PRAESES PIISSIMUS AC DOCTISSIM:
HUJUS CONVENTUS
AMICUS ET BENEFACTOR,
PONERE. JUSSIT.
OBIIT
DIE XV MAII 1773.
R. I. P.

* Hay pocas dudas de que la Sra. Paston pertenecía a los Paston de Norfolk y de que estaba emparentada de cerca con los Bedingfields de Oxburgh, quienes tenían vínculos tan estrechos con las monjas inglesas en Brujas. Por consiguiente, no tendría nada de extraño considerar la carta cuyos párrafos hemos transcrito, como una especie de suplemento retrasado de la famosa correspondencia de los Paston, intercambiada tres siglos antes. Como se sabe, esta correspondencia constituye la colección más importante de cartas escritas en inglés durante la Edad Media de cuantas hayan llegado hasta nosotros, puesto que arrojan considerable luz sobre la vida social y religiosa del siglo XV.

** Ver el *Obituaries* (1913), p. 17, del vol. XII de las publicaciones de la *Catholic Record Society*, aunque la cita está entre paréntesis y puede ser un agregado del editor.

Un hombre que, como lo demuestran estos extractos, era capaz de experimentar tan profundos sentimientos y de inspirarlos en los demás, no pudo haber sido un pedante vacuo ni un asceta severo e intransigente. En efecto, siempre que tenemos ocasión de conocer algo sobre las impresiones causadas por Alban Butler entre aquellos que tuvieron relaciones personales con él, descubrimos el tono amable que habla de la tolerancia y la comprensión del personaje que suavizan un tanto la rígida severidad de las reflexiones diseminadas a lo largo de su *"Vidas de los Santos"*. Más adelante se encontrarán algunas citas que ilustran este aspecto de su carácter, mas por el momento, pondremos nuestra atención en los datos reconocidos sobre su carrera, tal como los conocemos a través de los documentos.

Alban Butler, el famoso hagiógrafo, nació el 24 de octubre de 1710, en la villa de Appletree, en el Northamptonshire. Hubo una época en que su familia poseyó bienes raíces en cantidad bastante considerable, y se sabe que la mayoría de sus miembros fueron fieles a la antigua religión. Un siglo antes, había otro Alban Butler en Aston-le-Walls, parroquia contigua a la de Appletree, y no hay duda posible de que, aquel antepasado homónimo profesaba el catolicismo, aun en los días de Jaime I y su hijo. Pero Simón, el abuelo de nuestro Alban, parece haber sido un personaje poco grato: abrazó el protestantismo y se afirma que disipó buena parte de la fortuna familiar en escandalosas francachelas. El padre de Alban, en cambio, era un hombre recto y un buen católico, aunque, si es verdad que murió en 1712, como se afirma, fue muy escasa la influencia personal que pudo ejercer en la educación religiosa de sus hijos. Es casi seguro que la madre vivió un poco más, pero a juzgar por una carta suya de despedida, que se ha conservado, debió dejar a su familia cuando era todavía muy joven. Charles Butler, en sus *Memorias* de su ilustre tío, reprodujo esta carta que demuestra, sin lugar a dudas, que la madre de Alban fue una cristiana modelo, del tipo del "Jardín de Almas" que aquellos tiempos de persecución hicieron florecer abundantemente. Así dice la misiva:

MIS QUERIDOS HIJOS:

Puesto que Dios Todopoderoso quiere llevarme de este mundo, sin duda con la sabia previsión de que ya no seré una madre útil para vosotros (porque nadie debe creerse necesario en este mundo cuando a Dios le parece conveniente llevárselo), espero que sobrelleven mi pérdida con la resignación que conviene a las gentes de la religión a la que pertenecemos y que ofrezcan sus penas a Dios. El, que os deja huérfanos a edad tan corta, sin un padre que os cuide, os tomará bajo Su protección y Su vigilancia paternal, si vosotros ponéis vuestra vida a Su servicio, al servicio del que es autor de todo bien. Sobre todas las cosas, preparaos, en tanto que sois jóvenes, a sufrir con paciencia las penalidades que El decida enviaros, ya que es por ese medio como El prueba a sus mejores servidores. En primer lugar, dadle gracias porque os habéis educado en la verdadera fe (como tantos miles lo quisieran) y después, os lo ruego encarecidamente, pedidle que os ilumine y os guíe para tomar el estado de vida que elijáis, ya sea en la religión o para obtener vuestro sustento en el mundo. No dudéis de que en ambos campos podréis salvaros, si cumplís con vuestro deber hacia Dios, hacia vuestros prójimos y hacia vosotros mismos. También os suplico que constantemente toméis la resolución de morir mil veces si fuese necesario, antes que renegar de vuestra fe; además, tened siempre

presente en vuestros pensamientos lo que ocuparía vuestra mente si estuvieseis tan cerca de la muerte como creo yo estar en estos momentos. No hay otro preparativo mejor para una buena muerte que la buena vida. No olvidéis vuestras plegarias ni hacer un acto de contrición y un examen de conciencia cada noche y frecuentad los santos sacramentos de la Iglesia. Estoy tan débil, que ya no puedo deciros más, pero ruego a Dios que os bendiga y os guíe, a vosotros y a vuestros amigos para que ellos os cuiden. Por último, os pido que nunca dejéis de orar por vuestro pobre padre y vuestra madre cuando ya no tengan la capacidad de ayudarse a sí mismos. Así, me despido de vosotros, con la esperanza de encontraros en el cielo para ser felices para toda la eternidad. Vuestra madre afectuosa.

ANN BUTLER *

Tan escasos fueron los bienes de este mundo que quedaron para Ann y su marido, que los amigos tuvieron que proveer para la educación de los muchachos. Alban, de acuerdo con las "*Memorias*" de su sobrino, "fue enviado a una escuela en Lancashire, a muy temprana edad". Si aceptamos como correcta esa declaración, es muy probable que la escuela en cuestión fuera la que dirigía la señora Alice Harrison en Fernyhalgh, no lejos de Preston. Por su parte, el extinto señor Joseph Gillow nos dejó dicho que él mismo había visto una mesa de encino, larga y estrecha, que se usaba en la escuela de la señora Alice. "Estaba cubierta", nos dice, "de iniciales grabadas a cuchillo en la madera por los niños y, entre los nombres figuraban muchos que posteriormente fueron los de clérigos distinguidos, como el de Alban Butler, el autor de *Vidas de los Santos*." ** No se puede tomar como una prueba concluyente el hecho de que hayan estado grabadas las iniciales A.B. en la mesa de encino, y no se puede por menos que pensar que las referencias que hace Charles Butler a aquellos días en la vida de su tío, adolecen de cierta vaguedad. Por una parte, Charles recurre al testimonio de un compañero de escuela de Alban, en los siguientes términos: "Un caballero, que posteriormente murió, hizo mención ante el autor de que le recordaba en aquella escuela (la de Lancashire) y, a menudo, le oyó repetir ante numerosos y asombrados auditorios de jovencitos, relatos sobre los héroes y los santos de la era sajona de la historia de Inglaterra, con una minuciosidad sorprendente en los hechos y una precisión absoluta en la cronología". Por otra parte, Charles Butler, en la frase siguiente de su libro, nos comunica esta información: "Aproximadamente a la edad de ocho años (!), fue enviado al Colegio Inglés de Douai. A juzgar por lo que dice el diario del colegio por aquella época, el señor Holmes, de Warkworth (cuya memoria se bendice todavía en Oxfordshire y en Northamptonshire, por sus abundantes caridades), se constituyó responsable de los gastos de su educación. Fue entonces cuando Alban perdió a su padre y a su madre. Ahora bien, se puede dar por seguro, de acuerdo con una serie de notas en el Séptimo Diario de Douai,*** que Alban Butler y su hermano James llegaron por primera vez a Douai el 14 de junio de 1724 y que,

* Su apellido de soltera fue Birch; era hija de Henry Birch, Esq., de Groscott, en Staffordshire.

** Ver el vol. XXIII *Lancashire Registers*, IV, 1922, p. 130, de las publicaciones de la *Catholic Record Society*.

*** Ver el vol. XXVIII, pp. 117-121 de las publicaciones de la *Catholic Record Society*, donde se encuentra completo el *Séptimo Diario de Douai*.

en el mes de octubre del mismo año Alban, fue ascendido a la clase de "Gramática", en tanto que a James se le asignó la de "Rudimentos". Alban tenía entonces catorce años y no ocho como dice Charles. Por lo tanto, es posible que el futuro hagiógrafo estuviese en la escuela de Lancashire hasta haber cumplido los trece años y, si aceptamos este dato, nos parecerá menos improbable la descripción de la escena de los niños que escuchaban boquiabiertos los relatos de Alban sobre los santos anglosajones.

En el Diario de Douai se pueden seguir, de año en año, las etapas de la carrera de Alban Butler, primero como alumno y después como maestro. El Domingo de Pascua de 1734, durante su cuarto año de teología, fue ordenado sacerdote. En seguida, se le asignó el cargo de profesor de filosofía, primero, y después, de teología. También se le ocupó en aquella época en copiar manuscritos relacionados con la vida y sufrimientos de los mártires ingleses, para uso del obispo Challoner, quien preparaba por entonces su libro *Memoir of Missionary Priests.* Las transcripciones de Butler, contenidas en veintisiete pliegos escritos de su puño y letra, se conservan ahora en el Colegio de Oscott. En agosto de 1745, se registró en el Diario de Douai la noticia de que John y James Talbot, los hermanos del conde de Shrewsbury, acompañaron a Alban Butler en una excursión a Dunquerque, y parece ser que aquel paseo se extendió hasta Italia. Posteriormente, los dos hermanos Talbot fueron vicarios apostólicos en Inglaterra. En 1749, Alban Butler regresó a su país con la intención de trabajar, pero sus esperanzas de establecerse en Londres para realizar su gran proyecto sobre las vidas de los santos, quedaron temporalmente frustradas debido a las exigencias del vicario apostólico del distrito de Midland, quien se empeñó en utilizar sus servicios en Staffordshire. Más adelante, se le nombró capellán del duque de Norfolk y tutor de su hijo; a éste lo acompañó en un viaje por el continente. Sin embargo y gracias a una temporada de relativa calma en París, Butler pudo completar los primeros meses de su *Vidas de los Santos*, antes de 1756, año aquél en que apareció el primer volumen. Es opinión común que, por una sugerencia del obispo Challoner, se omitieron las notas que tenía preparadas para aquel volumen, a causa del costo de la impresión. Esto no es del todo cierto, sin embargo; varias de las notas exageradamente extensas que aparecen en la edición póstuma, no aparecen en los libros originalmente editados entre 1756 y 1759, pero no por eso debe suponerse que la primera edición estuviese desprovista de anotaciones.

En 1766, Alban Butler fue nombrado presidente del Colegio Inglés de Saint Omer, que antaño había pertenecido a los jesuitas, quienes habían sido expulsados de Francia, y aún ocupaba aquel puesto en la fecha de su muerte en 1773.*

Por los hechos expuestos, se cae en la cuenta de que Alban Butler era ante todo un estudioso y no un hombre de gran actividad misionera. Pero al mismo tiempo, siempre estaba pronto a dar ayuda espiritual a cualquiera que se lo solicitase y, durante toda su vida, desempeñó a conciencia todos y cada uno de sus deberes religiosos. Varias cartas citadas en las *Memorias* que escribió su sobrino,

* [En 1755, cuando fue cuestión de elegir a un coadjutor para el obispo de York como vicario apostólico para el distrito occidental, el obispo Challoner escribió al obispo Stonor para indicarle que "el obispo Petre se inclina más a dar el cargo a Alban Butler (ya que está seguro de que las gentes de aquel distrito se sentirán mejor con él) que al señor Walton". (La cita es de Dom Basil Hemphill, en *The Early Vicars Apostolic of England*, 1954, p. 145)]

hacen destacar estas características. Por ejemplo, uno de los amigos que se escribía con él y que estuvo con Alban durante ocho años en el Colegio de Douai (*i.e.* desde octubre de 1741 hasta octubre de 1749), dice:

> El me abrió la puerta del colegio cuando yo, todavía niño, llegué a Douai y, desde el primer momento en que lo vi, me pareció tan modesto y amable, que inmediatamente pensé en elegirlo como a mi padre espiritual... No puedo recordar sobre él ningún otro de esos heroicos actos de virtud que tanto asombran a quienes los ven o saben de ellos, que su uniforme y constante observancia de todos los deberes de un sacerdote, un profesor y un confesor. Siempre se le encontraba en las meditaciones matinales, rara vez faltaba a la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, en la que actuaba con una compostura, una suavidad y una devoción celestiales; en los estudios y la enseñanza era igualmente asiduo y, con paciencia inagotable, dictaba a los alumnos, sin cambiar de tono ni apresurarse y con tal claridad, que todo el que quisiera podía escribir sus dictados detenidamente y con buena letra. No recuerdo que en alguna ocasión haya enviado a un substituto a dictar por él en la clase, porque era rigurosamente exacto y puntual en el cumplimiento de sus obligaciones como profesor. Nunca conocí a un sacerdote mejor dispuesto a ocupar la silla del confesionario, a pedido de cualquiera, así fuese el más pobre o el más pequeño de los niños. Escuchaba a sus penitentes con maravillosa bondad, y su penetración, su ciencia, su juicio y su piedad eran tan altos, que los penitentes se sentían movidos a depositar en él una singular confianza.

El mismo escritor hace hincapié en el celo con que Alban Butler atendía a las necesidades espirituales y temporales de los soldados irlandeses que luchaban en el lado francés, y "a los ingleses que llegaban heridos y mutilados a los campamentos de prisioneros de Douai, en 1745. El número de aquellos prisioneros se multiplicó hasta colmar las barracas, después de la batalla de Fontenoy". Más adelante, agrega: "Alban Butler procuraba también para aquellos prisioneros ayuda y socorro materiales en forma tan eficaz y benéfica que, en cuanto recibió informes de su conducta, el duque de Cumberland, el generalísimo de los ejércitos británicos y sus aliados, prometió darle especial protección siempre que entrase en territorio de Inglaterra." *

Otro de sus entusiastas admiradores, un francés en esta ocasión, el padre de la Sêpouze, vicario general y colega de Alban Butler cuando éste, en los últimos años de su existencia, era presidente en el Colegio de Saint Omer, habla de él con no menor afecto y reverencia y, en particular, subraya la tenacidad de su búsqueda del saber y el estudio hasta el fin de sus días. Escribe, por ejemplo:

> Cada uno de los instantes que el señor Butler no dedicaba al gobierno de su colegio, lo empleaba en el estudio. Cuando se veía obligado a trasladarse al extranjero, leía mientras caminaba por las calles. Yo tuve ocasión de encontrarle con libros bajo cada uno de sus dos brazos y un tercero en sus manos; asimismo se me informó que cierta vez, mientras cabalgaba, soltó las riendas para tomar el libro y dejó que el caballo caminara a su

* Charles Butler, *An Account of the Life and Writings of the rev. Alban Butler*, pp. 12-14 (1799).

antojo, por lo que el animal se metió a un maizal y comenzó a comer sin que el jinete cayese en la cuenta. El dueño del sembradío acudió a toda prisa e irritado sobremanera, reclamó enérgicamente una indemnización. El señor Butler, que no se había enterado de nada, se turbó y, con su habitual mansedumbre, dijo al campesino que su demanda era justa. Acto seguido, sacó de su escarcela un luis de oro y se lo entregó al dueño del maizal, quien habría quedado más que satisfecho con unas cuantas monedas. Este hizo varias inclinaciones reverentes ante el sacerdote y le pidió disculpas. Alban Butler lo perdonó prontamente y continuó su camino.*

Debemos tener muy en cuenta que todas estas favorables apreciaciones fueron motivadas por un espíritu de grupo que mantenía unidos a los poquísimos fieles de la antigua fe, víctimas de las severas leyes penales que aún estaban en vigor y, por lo tanto, resultará interesante entresacar del diario de un clérigo anglicano, un anticuario de reconocida ciencia que contaba a Horace Walpole, al poeta Gray y a otros distinguidos personajes entre sus amigos. Se trata del reverendo William Cole, rector de Bletchley y posteriormente vicario de Bunrham, en Bunckinghamshire, a quien se dedica una nota bastante extensa en el *Dictionary of National Biography*. El reverendo Cole es el autor de un "diario" lleno de graciosas críticas y murmuraciones, buena parte del cual fue publicado con introducciones de la señorita Hallen Waddell. ** el Señor Cole conoció a Alban Butler en circunstancias que él mismo nos describirá más adelante, pero entretanto, relataremos un divertido incidente, registrado en otro de los voluminosos manuscritos del señor Cole y que sin duda servirá para tener una idea de la actitud amistosa del autor hacia los católicos. En su manuscrito hace mención de las *Vidas de los Santos* que había adquirido poco antes y luego continúa:

> Sucedió un caso curioso en relación con el autor de este libro, el reverendo señor Alban Butler, un sacerdote secular de Douai y capellán de su gracia el duque de Norfolk. Cuando ocurrió el suceso, me fue relatado por nuestro mutuo amigo, el reverendo Charles Bedingfield, fraile recoleto del convento franciscano de Douai y perteneciente a una familia de Suffolk, llamada *** ... puesto que el fraile había sido educado en el protestantismo, pero se convirtió cuando era todavía muy joven. Ahora es el capellán familiar de la señora Markham, en Somerby Hall, cerca de Grantham, en el Lincolnshire. Después de recibir dos cartas suyas desde mi regreso de París, escribo lo que sigue con fecha del 1º de febrero de 1766:
>
> El caballero en cuestión, el Sr. Alban Butler, partió a cumplir con una misión en Norwich y, al llegar, mandó al cochero que dejase sus maletas

* Charles Butler, *An Account of the Life and Writings of the Rev. Alban Butler*, p. 110 (1799).

** *A Journal of my Journey to Paris in 1756*, por William Cole, edición de F. G. Stokes (1931). *The Bletcheley Diary of Mr. William Cole*, editado por F. G. Stokes (1931).

*** En un paréntesis explica el Sr. Cole que "el padre Charles Bedingfield no pertenecía a la familia Baronet, sino a otra familia protestante relacionada con la primera y cuyo jefe, a quien yo recuerdo bien, era un compañero de estudios en el Colegio de Saint John, en Cambridge". Todo esto se puede encontrar en MS. Addit 5826 (folio 15vo.) del Museo Británico.

en el "Palacio", a su nombre. Al parecer, la casa del duque de Norfolk es conocida como el "Palacio". Pero como éste era enteramente desconocido en Norwich y por aquel entonces un tal Doctor Butler se hospedaba con el obispo Hayter, las maletas fueron trasportadas, equivocadamente, al Palacio del obispo y fueron abiertas por el Dr. Butler quien, al encontrar dentro algunas camisas de cerdas, disciplinas, indulgencias, misales, etc., cayó en la cuenta del error y comunicó el hallazgo al obispo, quien se escandalizó por el sucedido y comenzó a hacer un gran alboroto sobre el particular. Gracias a la mediación del duque de Norfolk, se hizo el silencio en torno al asunto, y el reverendo señor Butler recuperó intactas sus maletas.

No debe olvidarse que, por aquellas fechas, las leyes penales contra los católicos no habían sido abrogadas todavía. Cualquier informador podía denunciar a un sacerdote por oficiar la misa y, en consecuencia, cuando leemos que "el obispo Hayter comenzó a hacer un gran alboroto sobre el particular", pensamos que una acción cualquiera por parte del obispo habría acarreado para el bueno del señor Butler consecuencias mucho más graves que las molestias y los gastos de la pérdida de sus maletas. Por aquellos tiempos, un cierto William Payne, llamado con el apodo del "carpintero protestante", conducía una campaña tan activa contra todo lo que oliese a papado, como podrían hacerlo los Kensits en nuestros días. La mayor parte de los jueces se mostraban reacios a pronunciar condenas y por eso, cuando el reverendo señor Webb fue procesado en el "banquillo del rey", el 25 de junio de 1768, el presidente Lord Mansfield, señaló al pronunciar su juicio que "los doce jueces habían sido consultados sobre el punto y todos habían estado de acuerdo en la opinión de que los estatutos estaban redactados de tal manera que, a fin de condenar a un hombre por medio de ellos, era necesario probar primero que era sacerdote y después debía comprobarse que había celebrado misa".* Pero ni siquiera después de esa declaración desistió el "carpintero protestante" y, en una fecha tan posterior como la de 1771, el obispo James Talbot, coadjutor del obispo Challoner, por denuncias del "carpintero", fue procesado en el Old Bailey, por "haber ejercido las funciones de un obispo papista". El hecho de que semejante persecución no consiguiese siempre los fines que se proponía, en nada menguaba las molestias, inconvenientes y sufrimientos que causaba; además, no siempre fracasaba en sus crueles intentos. En 1767, un sacerdote irlandés, J. B. Maloney, fue acusado de oficiar misa y se le condenó a prisión perpetua.

Dice el Sr. Cole que redactó una nota sobre la historia que acabamos de relatar y que la escribió en la parte posterior, en blanco, de la primera página de uno de los volúmenes de *Vidas de los Santos* de Butler y agrega:

> Yo había comprado todos sus libros (cuatro volúmenes de *Vidas de los Santos*, impresos en Londres en 8va, el primer volumen en 1756 y el último en 1759) a medida que se publicaban y, para mi gran satisfacción, los leía a menudo, puesto que el autor es ingenioso y tiene talento, como lo prueban suficientemente los mencionados libros y, como lo he oído decir con frecuencia a varios de nuestros amigos comunes, es también una personalidad destacada por su humanismo. Todo eso fue lo que me decidió

* Ver el *Catholic Magazine*, vol. I, p. 717 (1832).

a visitarlo, aunque debo confesar que también lo hice para satisfacer mi curiosidad de recorrer el noble colegio, fundado por Luis XIV, o mejor dicho reconstruido por él para que lo ocupasen los jesuitas ingleses en aquella ciudad. Pero lo que más me interesaba era conocer a una persona cuyo carácter y cuyos escritos me habían dejado tan complacido.

De acuerdo con mis planes, a mi arribo a la hostería, una hermosa y noble posada, ordené que preparasen mi cena, puesto que mi arribo desde Calais se había producido hacia las tres de la tarde y, mientras los posaderos preparaban los manjares, me encaminé al colegio y me presenté al señor Butler, presidente del mismo desde la expulsión de los jesuitas de Francia, en 1762 y 1763, quien me recibió con mucha afabilidad, insistió en mandar buscar mis maletas y a mi criado en la posada, para que me quedase a comer y me hospedase en el colegio. Su manera de invitarme estaba revestida de una insistencia tan amable, que no pude rehusarla, aunque estoy casi seguro que yo era el primer pastor de la Iglesia de Inglaterra que dormía dentro de aquellos muros. Lo primero que hizo fue mostrarme todos los departamentos de aquel noble colegio, convertido entonces en un seminario para los sacerdotes seculares ingleses y en un lugar para la educación de los estudiantes católicos ingleses, cuyo jefe supremo era el señor Butler con el título de presidente. Se me informó que él se había mostrado tenazmente contrario a aceptar ese cargo, ya que tenía la idea de que al ocuparlo, se entrometía con los derechos de la Compañía de Jesús, por la que tenía grandísimo respeto; sin embargo, se vio tan importunado por el arzobispo de Reims y los obispos de Beauvais y de Amiens y como sabía que, si no aceptaba, el colegio se dedicaría a otro uso y no para beneficio de los ingleses y además, como la Compañía de Jesús no resultaría afectada en lo más mínimo al ocupar el cargo, cedió a la larga a la presión de sus compañeros y amigos, quienes sinceramente pensaban que ninguno era más capaz de desempeñar una tarea tan difícil como la de educar debidamente a los jóvenes, como el señor Butler.

El señor Cole hace a continuación algunas descripciones del edificio tal como las hacía en el "diario" de su estancia en París y que recientemente ha sido publicado. En el relato independiente que se conserva en MS. Addit 5826, puede resultar interesante el siguiente párrafo:

Es un colegio muy amplio y espacioso con un bello frontispicio y de noble aspecto, labrado en piedra y que abarca un lado de la calle desde la catedral hasta la abadía de Saint Bertin. La capilla del Colegio es pequeña, si se tiene en cuenta la cantidad de alumnos que asisten a las clases, una cantidad que era mucho mayor en los tiempos en que los jesuitas ocupaban la construcción. Por ahora no hay más de 30 estudiantes bajo la dirección del señor Butler, pero es indudable que el número aumentará dentro de poco, puesto que el actual director ha demostrado ser tan diestro, tan empapado en la religión y tan piadoso.

En el "diario" impreso y publicado nos enteramos de que el señor Butler se llevó a Cole de paseo para visitar la abadía de Saint Bertin y la catedral. Al regreso, este último relata lo que sigue:

> Como aquel era un día sin carne, tuvimos una cena elegantísima con pescado, "omelette", ensaladas y otros manjares. La comida se sirvió en el saloncito, donde nos acompañaron a cenar y pasaron la velada con nosotros tres jóvenes sacerdotes ingleses cuyos nombres no recuerdo: el "baronet" Sir Piers Mostyn, joven caballero de 17 ó 18 años de edad, delgado y de aspecto no muy saludable, que se educaba en aquel colegio y otro caballero alto y delgado, procedente de Durham, a quien faltaba un ojo, que andaría entre los 30 y 40 años, según mis cálculos, y que era un gran conversador, pero cuyo nombre no retuve. También estuvo con nosotros un sacerdote irlandés que, en un certificado que tuve en mis manos, llevaba el nombre de padre Morison, a quien aquel día trajeron desde Lisboa los hijos de un joven mercader inglés para dejarlo al cuidado del señor Butler. Yo fui atendido con auténtica hospitalidad y muy agradablemente; dormí en un apartamiento muy limpio y hermoso que se destinaba a los huéspedes. Mi criado también recibió alojamiento en el colegio, y los servidores del plantel se ocuparon en conseguirme un sitio en la diligencia de Lila para el día siguiente. Como la partida de la diligencia estaba fijada para las cuatro de la madrugada (en vista de que la fecha de aquella visita fue alrededor del 19 de octubre, en aquellas horas tempranas, debe haber reinado una completa oscuridad), me despedí del presidente y de los otros caballeros a las diez de la noche, con muchas palabras de agradecimiento por su amable acogida.*

Por muy triviales que puedan parecer estos detalles, ayudan a completar el panorama que nos forjemos sobre la vida que llevaba Alban Butler durante su presidencia en Saint Omer. Cuando la visita de Cole, tenía cincuenta y cinco años y su muerte ocurrió menos de ocho años después. No cabe duda de que el reverendo viajero —amigo, hay que repetirlo, de hombres tan notables como Horace Walpole y el poeta Gray— quedó favorablemente y aun profundamente impresionado por su entrevista con el autor de las *Vidas de los Santos*. Las referencias a Butler en sus cartas al padre Bedingfield y otros amigos, sobrepasan siempre los meros formulismos de educación y resulta claro que el buen franciscano, vecino de Cole en Inglaterra, sabía que el anticuario estaba sinceramente interesado en el presidente de Saint Omer. En una carta a Cole, fechada el 11 de agosto de 1767, informaba el padre Bedingfield:

> Hace tiempo tuve noticias de que el obispo de Saint Omer ** vendría de visita a Inglaterra con su *íntimo* (sic), señor Alban Butler. Este último recibe continuamente los regaños de sus amigos en esta parte del mundo, por hacerles esperar tanto su lista de "Fiestas Movibles". Pero, al parecer, las monjas de Lisboa le han convencido para que escriba la "Vida" de una de las de su comunidad, obra ésta que acaba de aparecer, y que yo me propongo conseguir con uno de mis libreros católicos, Coghlan, el de Duke Street, en Grosvenor Square, que siempre me envía todo cuanto le pido.***

* *El Diario de París,* de William Cole, p. 11.

** Este era Mons. de Conzié, quien fue trasladado de la sede de Arras a la de Saint Omer, en 1766. Charles Butler, en sus "Memorias", habla de él bastante extensamente.

*** Addit, MS. 5824 folio 25°.

A esta carta respondió Cole para decir que "le habría agradado sobremanera ver al señor Butler cuando estuvo en Inglaterra, a fin de corresponder a las amabilidades que me dispensó en Saint Omer". Y agregó que le complacería en extremo conseguir el libro sobre la vida de la monja de Lisboa. Es evidente, por otra parte, que el padre Bedingfield siempre tuvo esperanzas de que aquel pastor anglicano de tan grande tolerancia acabaría por unirse a la Iglesia Romana y, tanto era así que, en diciembre de 1765, Cole hacía la observación de que había recibido una carta del franciscano, "en la que me habla", afirma, "con un tono y en un estilo, como si estuviese seguro de que me voy a ultramar con la inquebrantable resolución de convertirme al catolicismo; pero en eso está muy equivocado".*

Sin embargo, es innegable que ciertos aspectos de la vida eclesiástica en Francia, atraían a Cole. A su regreso a Inglaterra, después de una temporada en París, envió a Butler algunas notas, enmiendas y observaciones, en lenguaje muy cortés y medido, que se le ocurrieron cuando leía la obra sobre los santos. Al mismo tiempo, expresaba a Butler su pena y su inquietud por la oleada antirreligiosa que él mismo había advertido durante sus viajes ** y que, lamentablemente, parecía extenderse sobre Francia. En realidad, vale la pena reproducir entera su carta, puesto que da una buena idea sobre el ambiente de la sociedad francesa en la época. Esto era lo que Butler habría encontrado, si alguna vez se hubiese aventurado a salir de su retiro para mezclarse con el mundo que le rodeaba.

> Descubrí (escribe Cole) que no era tarea fácil encontrar un compañero amable y sincero entre los franceses, que no tienen afecto por nosotros y, por cierto, no hay razón para que nos lo tengan; pero no fue eso lo que más me disgustó, sino el relajamiento de sus principios en cosas de la religión. Al dirigirme a París en varias de sus *voitures* públicas, pasé por Lila y por Cambrai y quedé grandemente escandalizado y sorprendido por la falta de respeto, descarado y sin reservas, de los mercaderes y los militares franceses, hacia los clérigos y los establecimientos religiosos. Cuando llegué a París, la impresión fue peor.
>
> Por medio de un amigo que estaba en París, con quien pasé la mayor parte de mis tardes *** y que estaba muy relacionado con los franceses de la clase más alta, puesto que era un literato y hombre de mundo, llegué a convencerme todavía más de que prevalecía el deísmo en aquel reino y que, si continuaba en aumento el ritmo que había adquirido durante los últimos años, se puede temer que cualquier forma de cristianismo, por buena que sea, fracasará con un pueblo tan indiferente y relajado. Yo quedé asombrado al comprobar que existía la abierta infidelidad, lo mismo que mi amigo, quien está tan lejos de ser un devoto en cualquiera de las ramas del cristianismo, que en Inglaterra le considerábamos indiferente a todas ellas. Por esa razón, tuve un gran placer en verle a menudo tomar con mucho ardor la defensa de nuestro común cristianismo,

* *Diario de París*, p. 374.

** Cole se refiere con mucho sentimiento a este punto en su *Diario de París*, pp. 25, 218, etc.

*** Este era, sin duda, Sir Horace Walpole.

contra esos "filósofos", como gustan de llamarse a sí mismos los deístas franceses, quienes persiguen el principio de que ya es tiempo de zafarse de la forma del culto actualmente establecida, en vista de que ellos pueden establecer otra mejor. La clase noble de Francia, hombres y mujeres, militares, caballeros y aun los mercaderes, por igual, se han contagiado de esta nueva filosofía. Sólo Dios sabe en qué acabará todo esto, pero yo temo lo peor. Siempre pensé que estábamos mal en Inglaterra, pero en ninguna parte había visto jamás una impiedad pública tan grande y extensa como la que ví en Francia.

Ahí, sin embargo, hay que decirlo en honor de los franceses, el señor Rousseau ha sido vomitado, en tanto que en Inglaterra, según inveterada costumbre, se ha recogido el vómito. Espero que sepa perdonarme la indelicadeza de la expresión, pero el resentimiento que me produce contemplar la insensatez, la ceguera, la falta de juicio de mis compatriotas que ahora se desviven por halagar a un hombre a quien todos los buenos gobiernos, cristianos o herejes, detestan y rechazan, me han obligado a usarla. Durante estos últimos quince días, todos nuestros periódicos han publicado regularmente dos o tres artículos dedicados a ese magnífico señor Rousseau y su establecimiento en Inglaterra. No se habría hecho tanto ruido en torno al emperador, si éste nos hubiese visitado. Al parecer, pensamos haber hecho una gran adquisición con este hombre que, si no lo ha practicado ya con sus manos, lleva en su corazón el infame propósito de romper todas las ataduras, tanto civiles como eclesiásticas. Pero ya basta de esta cuestión, y sólo me resta por agregar que me ha preocupado profundamente el pensar lo que puede llegar a suceder a la floreciente Iglesia galicana si no se pone un freno, un freno providencial al presente frenesí.*

Después de todo esto, Cole termina su carta con la sorprendente sugerencia de que le complacería en extremo establecerse en el otro lado del Canal de la Mancha. Sus palabras son éstas:

Debo reconocer que todavía busco y deseo un retiro en alguna parte vecina a su lugar de residencia, tal vez en Normandía, si acaso es fácil encontrar un sitio así. Lamento que el tiempo pasado en su compañía haya sido tan breve, puesto que mucho me temo que no volveré a tener la oportunidad de hablar de éste o de otros asuntos con vos en Inglaterra. Sin embargo, si por casualidad llegáis a venir a ésta, me sentiré infinitamente dichoso al veros; y no dejo de esperar que ese deseo mío se realice pronto, puesto que vos me habéis dicho que el vecino condado de Northampton es el natal vuestro. Desde ahora os aseguro una acogida muy cordial y que me sentiré muy satisfecho de poder probarlo, reverendo señor. Vuestro reconocido y fiel servidor,

WILLIAM COLE
Bletcheley, 1o. de febrero de 1766.

Butler repuso con una carta más extensa aún, y el aprecio que tenía a su corresponsal se demuestra por el cuidado con que conservaba las cartas, algunos

* Carta de W. Cole a A. Butler, con fecha del 26 de enero de 1766, en MS. Addit. 5826, folios 18v y 21vo.

de cuyos párrafos llegó a copiar en sus propios manuscritos con ciertos comentarios y notas de simpatía hacia Cole.

Por cierto que Alban Butler no escribía con la gracia natural y el estilo elegante de otros amigos de Cole, como Horace Walpole, Lord Chesterfield o Fanny Burney. Sin duda que su concentración en las verdades eternas, le impedía adoptar un tono frívolo en sus escritos. Pero eso no impidió que todos los que tuvieron relaciones con él, le considerasen como un amigo al que se podía tener absoluta confianza, un hombre de firmes y elevados principios y un cristiano cuyo ascetismo no habían apagado los sentimientos humanos.

* * *

Antes de poner término a esta crónica, convendría agregar unas palabras sobre el trabajo de Butler como hagiógrafo. Por supuesto que no fue el primero que sacó a la luz en Inglaterra una colección de biografías de santos, arregladas según las fechas del calendario. Una de las primeras obras de esta clase fue la *Legenda Aurea*, escrita a mediados del siglo trece por el dominico Jacobo de Voragine. La obra vertida al correcto inglés con el título de *Golden Legend*, alcanzó gran popularidad, y de ella se hicieron varias ediciones hasta mediados del siglo dieciséis, cuando se produjo el rompimiento de la reina Isabel con Roma y no volvieron a publicarse libros católicos en Inglaterra. Hasta principios del siglo diecisiete, volvió a circular una versión inglesa del *Flos Sanctorum*, del padre Alfonso Villegas y con notas y agregados del padre Pedro de Ribadeneira, uno de los primeros jesuitas, recibido en la Compañía a la edad de trece años por el propio San Ignacio. La traducción inglesa de la obra alcanzó gran difusión durante el siglo diecisiete. Pero durante la misma época, los ingleses hicieron grandes progresos en los estudios hagiográficos, especialmente a través de los trabajos de los bolandistas, de Mabillon y de Tillemont. El gran mérito de Alban Butler fue el de haber estudiado minuciosamente todos estos trabajos y muchos otros en francés, de gran auge en sus tiempos, para hacer su obra monumental, perfectamente documentada y reglamentada.

Las *Vidas de los Santos*, tal como fueron enviadas a la imprenta por Alban Butler en 1756, se publicaron en francés casi en seguida y, si bien la traducción no alcanzó mucha difusión, los originales en inglés tuvieron muy buena acogida, sobre todo por parte de los investigadores y de los fieles católicos que encontraron en ella su principal fuente de información sobre los santos. No obstante ciertas críticas adversas, los cuatro volúmenes de Butler fueron generalmente considerados como una gran obra, y se puede dar como pauta sobre su valor un párrafo del prefacio escrito por Edward Kinsman para una de las ediciones de los volúmenes de Butler:

> "Por lo tanto, amables lectores cristianos, no dudéis en dar la bienvenida y en dar vuestra atención a este huésped, cuya presencia os aportará contento, satisfacción y provecho. Y si acaso encontráis algunas cosas que sean más dignas de admiración que de imitación, no las juzguéis con apasionamiento. No Midáis las virtudes de los santos de Dios con el rasero de vuestras propias debilidades; no intentéis debilitar o desacreditar las promesas de Cristo, ni limitéis la omnipotencia de Dios dentro de las estrechas fronteras de la razón humana. Porque el Altísimo ya nos había predicho que Dios es admirable en sus santos, y Cristo nos vaticinó que sus discípulos realizarían mayores maravillas que su Maestro."

APENDICE II

BEATIFICACIONES Y CANONIZACIONES

EXISTE entre el vulgo la impresión de que el proceso que se sigue para las beatificaciones y canonizaciones, es muy semejante al procedimiento por el cual un soberano otorga el ducado a un caballero o el título de nobleza a un plebeyo. Es decir que, entre la gente común se cree que la iniciativa para conceder una dignidad espiritual procede del Papa y no del pueblo y se supone que el Sumo Pontífice elige entre uno u otro de los postulantes con fama de santidad y, tras una serie de investigaciones más o menos larga, declara "Beato" al siervo de Dios. En el caso de que esa elevación sea del beneplácito general y que se tengan noticias de nuevos milagros obrados por la intercesión del beatificado, se procede a la canonización y se proclama al candidato "Santo" y digno de la veneración universal.

Una somera investigación en el pasado basta para demostrar que semejante idea es casi lo contrario de lo que realmente sucede y de lo que ha sucedido siempre: no es el Papa quien se esfuerza por "hacer santos", sino que el pueblo se empeña en hacerlos y, muchas veces el Pontífice se ve obligado a restringir el entusiasmo del pueblo por hacer santos con demasiada facilidad. En efecto, el impulso no procede de arriba, como en el caso de los reyes, sino de abajo. Sucede que los fieles de alguna localidad determinada, impresionados por las virtudes, los sufrimientos o los milagros de un hombre o una mujer que ha vivido en ese medio, llegan al convencimiento de que es digno de ser elevado al honor de los altares y proponen la causa de beatificación a la Santa Sede. En los primeros siglos del cristianismo, solamente los mártires suscitaban el entusiasmo y la devoción populares; pero con el correr del tiempo las gentes cayeron en la cuenta de que un martirio voluntariamente aceptado y que durase toda la vida, era más digno de admiración que aquél otro, sangriento, cruel y breve que terminaba con un golpe de espada del verdugo. En consecuencia, los confesores y las vírgenes comenzaron a ocupar su sitio entre los patronos celestiales, en cuyo honor se celebraba el santo sacrificio. Durante varios siglos no se requirió más sanción que la del obispo local para rendir veneración a los santos. Con el permiso del obispo se exhumaban los restos mortales de la persona así elevada a la santidad y se colocaban en algún santuario o sitio destacado para ser venerados. A partir de entonces, cada año, en el aniversario del nacimiento, de la muerte o la traslación de los restos del "santo" o de la "santa", se celebraba la misa en su honor y su nombre quedaba inscrito en el calendario o martirologio de esa diócesis o provincia.

Ese fue el primer paso en lo que podría ser la evolución del proceso de canonización. Según iban las cosas, correspondía más estrechamente al proceso actual para las beatificaciones. Las personas virtuosas que recibían los honores de la santidad sólo eran veneradas en forma restringida y limitada, sin que la Iglesia universal reconociera sus eminentes virtudes. Pero sucedía a menudo que el culto a algunos santos se extendía a otros países, incluso a los muy alejados del lugar de origen. Se trasladaban reliquias o símbolos representa-

tivos de aquel santo a otros sitios y se les construía en esos lugares un santuario que se convertía en el núcleo de nuevas manifestaciones de devoción y entusiasmo populares. Las listas de mártires y calendarios locales, tomaban nombres de otras listas y calendarios y, santos tan famosos como San Cipriano, San Basilio, San Martín de Tours y San Atanasio, fueron adoptados en todas partes y fue ratificado su culto al quedar aceptado por la Iglesia universal. Hasta nuestros días, la mayoría de las fiestas que figuran en el misal romano, conmemoran a los santos que no tienen más que una aprobación general, puesto que nunca fueron oficialmente proclamados santos por la Santa Sede.

Sin embargo, es evidente que aquellas burdas y prontas canonizaciones por aclamación popular y sujetas tan sólo a la sanción del obispo local, se prestaban a graves abusos. Ni el entusiasmo de las multitudes sabía discernir, ni los obispos de la Edad Media eran siempre suficientemente instruidos o atentos para hacer frente a las indiscreciones, o tal vez los fraudes de los promotores de algún culto nuevo que muchas veces eran gente ignorante o simples mercenarios. Con el correr del tiempo, la Santa Sede creyó necesario intervenir en el asunto o, mejor dicho, el Papa comenzó a atender las apelaciones para ratificar una decisión a la que ya se había llegado en la práctica. De acuerdo con los datos, la primera canonización que hizo el Papa fue la de San Ulrico de Ausburgo, que murió en el año de 973 y veinte años después fue declarado digno de recibir la veneración de los fieles, por el Papa Juan XV. Más tarde, en el último cuarto del siglo XII, el Papa Alejandro III reservó definitivamente para la Santa Sede el derecho de dar la última palabra en los casos de candidatura a la santidad y, no obstante que siguieron surgiendo los cultos locales sin mayores interferencias, llegó a quedar perfectamente reconocido en todas partes el principio de que la canonización no era válida si no quedaba certificada por una bula pontificia.

Hasta principios del siglo XVI, de acuerdo con los datos, no se hacía ninguna distinción entre los títulos de "beato" y de "santo", ni la palabra "beatificación" tenía un significado distinto a la de "canonización". Cabe suponer, por lo tanto, que la aprobación del obispo local o la exhumación y traslado de las reliquias, se aceptaron como el paso inicial para la canonización y como una garantía suficiente para autorizar el culto local. Pero al terminar el siglo XVI se estableció una distinción muy clara entre los términos de "beato" y "santo". Por medio del decreto pontificio de beatificación, se autorizaba la veneración de algún siervo de Dios en particular, pero con ciertas limitaciones: las expresiones públicas del culto se concretaban a la celebración de la misa en su honor o la exposición de su imagen o sus reliquias; se limitaban a ciertas localidades, órdenes religiosas y aun a iglesias con privilegios especiales. Aún entonces pasó mucho tiempo antes de que se hiciera en la basílica de San Padro, en Roma, una ceremonia solemne para celebrar la aprobación pontificia de algún beatificado. Al parecer, la primera de las funciones públicas de este carácter se llevó a cabo en el año de 1662, bajo el pontificado de Alejandro VII, con motivo de la beatificación de San Francisco de Sales. Anteriormente, sobre todo durante el siglo XVI, el Papa se limitaba a delegar la autoridad en el obispo de la diócesis para que efectuara las investigaciones del caso y para que permitiera la celebración de la misa u otras formas del culto, pero con la advertencia de que aquellas concesiones no constituían una canonización. Se conserva una prueba de esto

sistema en el decreto de Hugo, obispo de Constanza, quien, en virtud de los poderes conferidos por el Papa Julio II, permitió que en el monasterio de San Gall se celebrara, a partir de 1513, la fiesta del Beato Notker, un monje y escritor de aquella abadía que había muerto con fama de santidad en el año de 912.

Desde mediados del siglo XVII, durante el pontificado de Urbano VIII, quedaron definitivamente establecidos los procedimientos en las causas de beatificación. Estos consisten, esencialmente, en una petición dirigida a la Santa Sede por algunas personas acreditadas y con autoridad o bien por alguna corporación, como una orden religiosa, para que se abra una investigación respecto a las virtudes de un individuo en particular que haya vivido y muerto con fama de santidad. Si la petición es aceptada, se nombra a un postulante de la causa, que se pone en relación con el obispo de la diócesis donde vivió el candidato a la santidad, con miras a abrir un "proceso informativo" en el que se interroga a los testigos frente a un tribunal integrado por jueces eclesiásticos, de acuerdo con un minucioso cuestionario.

El proceso se desarrolla en presencia de un crítico oficial, el "promotor de la fe" que no puede interrogar directamente a los testigos, pero tiene derecho a pedir a los jueces que hagan a los testigos preguntas que le interesen. Una vez registrados todos los testimonios se guardan en legajos sellados junto con los escritos del aspirante, si es que los hay. Esos legajos se envían a la Santa Sede y, cuando hayan sido leídos y aprobados, lo mismo que los informes de los jueces y del promotor de la fe, se procede a la "introducción de la causa".

De todo el material proporcionado por el "proceso informativo" se hace un resumen que se distribuye, impreso, entre los miembros de la Congregación de Ritos. Si al cabo de largas deliberaciones la Congregación aprueba todos los puntos del proceso, se obtiene la sanción del Sumo Pontífice y así queda oficialmente introducida la causa en primera instancia. Pero aún queda mucho por hacer. La Santa Sede realiza nuevas y más minuciosas investigaciones y nombra jueces que interrogan otra vez a los testigos en sus diócesis de origen; se investigan con particular detenimiento los supuestos milagros atribuidos a la intercesión del Siervo de Dios y la forma en que practicó las virtudes teologales y cardinales y las demás que a éstas van unidas y asociadas.

Todas estas etapas, con frecuencia separadas por largos intervalos de tiempo, dan ocasión al promotor de la fe para exponer sus objeciones. Pero si a pesar de todo se llega a una decisión favorable en cuanto al carácter heroico de las virtudes del siervo de Dios, adquiere éste el derecho a recibir el título de Venerable. Por regla general y sin mayores demoras, se llega a la decisión *de tuto*, o sea que se puede proceder con toda seguridad, se emite el decreto del Papa para la beatificación y se procede a la solemne proclamación en la basílica de San Pedro.

Como ya señalamos, todo el proceso tiene su punto de partida en la solicitud hecha a la Santa Sede por los que conocen de las virtudes del siervo de Dios. Pero, además, una vez completo el proceso "informativo" o diocesano, el material obtenido, de acuerdo con el *Codex Juris Canonici* (canon 2077), debe ser enviado a la Santa Sede por personas destacadas y acompañado de sus peticiones para que se dé curso a la causa, siempre y cuando esas peticiones

sean espontáneas y que hayan sido hechas por aquéllos que tengan conocimiento de los pormenores del caso. A fin de cuentas, lo que debe quedar en claro en el *Codex pro postulatoribus* oficial es que aquellas peticiones estaban dirigidas a continuar y extender la fama de santidad del siervo de Dios en cuestión, así como para acentuar el hecho de que es el pueblo en general el que desea ardientemente que se proceda a la beatificación.

Todos estos pormenores sostienen la idea de que el punto de partida en los procesos de canonización, son las peticiones de un grupo de fieles cristianos, ansiosos de rendir honores y homenajes a un siervo de Dios que, según creen esos fieles, debe haber sido elegido por Dios y, en consecuencia, desean invocar su intercesión. Pero antes de acceder a esas peticiones, el Sumo Pontífice tiene que quedar satisfecho sobre dos puntos en particular.

Primero, debe quedar perfectamente establecido que el individuo inspirador de esa admiración y devoción, ha dado ejemplos palpables de santidad y que ha practicado efectivamente las virtudes en grado heroico. En segundo lugar, el Papa debe llegar a la convicción de que el impulso que promovió la petición para la declaración de santidad, no fue un entusiasmo pasajero sino un sentimiento de devoción permanente.

Asimismo, en el caso de los mártires hay actualmente un punto que debe quedar rigurosamente establecido por las pruebas: el hecho de que el mártir recibió la muerte *in odium fidei* (por odio a la fe). Vale decir que, por una parte, debe quedar demostrado que los perseguidores estaban impulsados por el odio a la fe cristiana o contra alguna de las enseñanzas de la Iglesia; por la otra, se establecerá la disposición del mártir mismo y se probará que no hizo frente a la muerte por vanagloria o por otro motivo igualmente falso, sino por firme e inquebrantable lealtad a Cristo y a Su Iglesia. Por estas razones, muchos de los que antiguamente se veneraban como mártires, se consideran ahora como simples víctimas de algún ataque brutal provocado por resentimientos personales, por ambición o por venganza. Pero al mismo tiempo, la Iglesia reconoce la imposibilidad de hacer ahora las debidas investigaciones históricas para dejar establecido lo que hay de cierto en los casos de varios supuestos mártires de la Edad Media que la tradición popular elevó a la santidad. A éstos se les honra por lo tanto con un equivalente a la canonización que no afecta de manera alguna a la infalibilidad de la Santa Sede que, en cualquier momento y de acuerdo con pruebas subsecuentes que puedan resultar, modificará o anulará el título.

Sin embargo, respecto a los paladines de la virtud cuyas vidas de heroísmo y cuya bendita muerte han sido proclamadas al mundo por medio de la bula pontificia, se puede afirmar que no hay falla ni modificación posible y que la Iglesia no puede estar equivocada al declararlos amigos de Dios y siervos suyos que gozan ya de la bienaventuranza eterna. Por regla general y a manera de confirmación, en todos los casos en que la Santa Sede ha dado su bula de beatificación, ocurrieron nuevos milagros y beneficios dispensados por la intercesión de los beatificados, como si Dios Omnipotente pusiera su sello en el decreto de beatificación y diera así poderes al Sumo Pontífice para declarar, con entera confianza, que se rinda veneración universal y sin restricciones a la bendita alma honrada por Dios.

APENDICE III

EN PROCESO DE BEATIFICACION

VENERABLE LUIS GUANELLA, FUNDADOR DE LOS SIERVOS DE LA CARIDAD Y DE LAS HIJAS DE SANTA MARÍA DE LA PROVIDENCIA (1915 P.C.)

EL 19 de diciembre de 1842, en las proximidades de la aldea montañosa de Campodolcino, sobre la frontera de Italia con Suiza, vino al mundo el noveno de los trece hijos de los campesinos Lorenzo Guanella y María Bianchi, al que se bautizó con el nombre de Luis. Creció en la casa de sus padres, un hogar profundamente cristiano donde se practicaban todas las virtudes, en medio de los paisajes grandiosos de los Alpes, dentro de un ambiente propenso a la elevación del alma hacia las cosas divinas. Tanto era así que a la edad de ocho años, cuando recibió su primera comunión, el pequeño Luis, lleno de la gracia de Dios, se consagró por completo a Jesús y a María. Sin olvidar ni por un momento sus intenciones, el chiquillo siguió cuidando los rebaños de su padre en los prados alpinos hasta que, cumplidos los doce años, anunció en su casa su propósito de cuidar en adelante los rebaños de Cristo por medio del sacerdocio. Como la noticia llenó de alegría a todos los miembros de aquel piadoso hogar, Luis partió inmediatamente al colegio de los clérigos regulares de Somascha, en Como. De ahí pasó al seminario de San Abundio y, en todo momento, hizo grandes progresos en virtud y en ciencia y, desde el principio se le puso como ejemplo para sus compañeros. Mientras estudiaba la teología tuvo Luis la ocasión de conocer a San Juan Bosco y la obra de la "piccola casa" de San José Cottolengo, insignes muestras de la caridad apostólica que inflamaron el favor del joven clérigo que, con miras a imitarlas y ansioso por servir a Cristo y a su Iglesia, se esforzó por recibir la ordenación, la que consiguió a mediados de 1866, cuando cumplía veinticuatro años de edad.

Con verdadero celo apostólico comenzó el padre Luis Guanella a ejercer su ministerio en el pueblecito de Prosto, donde en seguida se puso de manifiesto la vocación para la que había nacido: poner en práctica las obras de caridad, ayudar a todos, particularmente a los enfermos, los débiles, los desamparados. No tardó en ampliar sus actividades hacia la vecina población de Savogno y muy pronto, en toda la comarca, se hizo amigo de los jóvenes, visitó a los enfermos, consoló a los tristes, socorrió a los necesitados, enseñó el catecismo a los niños y disipó en gran parte la crasa ignorancia de los pobladores.

Con la anuencia y el beneplácito del obispo de Como, el padre Luis extendió cada vez más sus actividades y su influencia por toda la diócesis, impulsado siempre por el deseo de llegar a fundar un instituto que fuera

como el hogar en el que hallaran remedio, refugio y consuelo todos los necesitados. Movido por aquel anhelo y valiéndose de su amistad con San Juan Bosco, ante el cual había pronunciado sus votos religiosos, mantuvo constantes pláticas con el santo para fundar una casa en Como. Durante tres años se habló de los proyectos y se hicieron intentos para vencer las innumerables dificultades que se presentaban, sin que se llegara a nada en concreto, hasta que el obispo ordenó al padre Guanella que regresara a su diócesis. Por obediencia tuvo que separarse de su santo preceptor, pero no perdió de vista sus propósitos y, mientras ejercía su ministerio para dispensar la ayuda material y espiritual, para propagar la doctrina y fomentar el uso de los sacramentos, buscaba sin cesar la ocasión de poner en práctica sus proyectos.

La oportunidad se presentó por fin al terminar el año de 1881, en la pequeña población de Pianello Lario. El párroco del lugar, el padre Carlos Coppini, gobernaba una asociación piadosa de mujeres que se dedicaban a proteger a los huérfanos y a remediar las necesidades de los pobres. Con la protección del párroco y la ayuda de dos activas mujeres, las hermanas Marcelina y Clara Bosatta, el padre Guanella transformó a aquella asociación en la Congregación de las Hijas de Santa María de la Providencia y así echó los fundamentos del instituto que tanto deseaba. A partir de entonces, el padre Guanella desplegó una actividad extraordinaria. Animado por una confianza inquebrantable, soportó un sinnúmero de calamidades, superó interminables dificultades, realizó trabajos increíbles y fundó en Pianello Lario el primero de sus hospicios, donde la caridad cristiana era la única ley. De ahí a poco, fundó otro hospicio mayor en la ciudad de Como, para albergar a los ancianos, los inválidos, los mendigos, a todos aquéllos a quienes la sociedad acostumbra rechazar. Al mismo tiempo, escribió con mucho tino las sabias constituciones por medio de las cuales los miembros de su Congregación femenina podían aspirar a la santidad a través de las obras de caridad. Según el modelo de aquellas constituciones, escribió otras para que también los hombres pudieran realizar las obras caritativas y así fundó la Congregación de los Siervos de la Caridad.

La obra emprendida por Luis Guanella no podía contenerse en los estrechos límites de la diócesis de Como y, en el término de doce años, se propagó por toda Italia y sobrepasó las fronteras del país. Por todas partes surgieron los hospicios, las casas de las congregaciones, los nuevos institutos. El padre Luis Guanella, agotado por tantos trabajos, quebrantada la salud por una actividad tan excepcional, todavía tuvo ánimos para trasladarse a América del Norte, para poner sus institutos al servicio de los italianos que emigraban en gran número a aquellas tierras, entre los que trabajó con abundantes frutos durante varios años. Al cabo de sus fuerzas, enfermo y viejo, regresó a Italia tan sólo para morir, a principios de 1915, a los setenta y tres años, en su casa de Como.

Desde el momento de su muerte, la veneración popular comenzó a acumular testimonios sobre la santidad de vida del padre Luis Guanella hasta que, a principios de 1938, el Papa Pío XII aceptó la causa de beatificación. En 1962, el Papa Juan XXIII, por medio de un solemne decreto dio el título de Venerable Siervo de Dios al padre Luis Guanella y, al año siguiente, hubo una reunión de la Sagrada Congregación de Ritos para discutir dos casos de curaciones milagrosas que, según se decía, fueron obradas por Dios

gracias a la intercesión y los méritos del padre Guanella. Todos cuantos tomaron parte en la reunión, dieron su voto afirmativo en cuanto al carácter milagroso de las curaciones y, aunque el Papa Juan XXIII se abstuvo de pronunciar su sentencia, como es costumbre, aquel mismo día de mayo de 1963, dijo en una alocución durante la misa: "Consta de dos milagros obrados por la intercesión del Venerable Siervo de Dios Luis Guanella. El primero: la curación instantánea y perfecta de la niña María Uri, de una gravísima peritonitis con aguda difusión hipertóxica; y el segundo: la curación instantánea y completa de la señora Teresa Pighin, de paraparesis espasmódica y la "enfermedad de Pott", junto con gravísimas atrofias musculares de las articulaciones inferiores en la persona afectada con brotes escleróticos a consecuencia de una tuberculosis pulmonar".

El Santo Padre mandó que el Decreto fuera promulgado y quedara consignado en las Actas de la Sagrada Congregación de Ritos. Un año después, su sucesor, el Papa Pablo VI dio el *tuto procedi posse*, o sea que decretó que con "toda seguridad" se podía proceder a la beatificación del Venerable Siervo de Dios Luis Guanella.

INDICE

(INDICE GENERAL DE NOMBRES EN ESTE VOLUMEN)

En este índice se encuentran, además de los santos y beatos titulares de cada día, los nombres de los miembros que quedan incluidos en los grupos de santos y beatos, como en el caso de los grupos de mártires.

F

G

M

N

O

P

Q

R

S

INDICE GENERAL DE NOMBRES

Este índice proporciona la fecha de la festividad de los santos y beatos reseñados en los cuatro volúmenes de esta obra. *Los nombres de los beatos han sido señalados con la palabra "Beato" o "Beata"; todos los demás son Santos.*

A

B

D

E

F

I

J

K

L

N

O

P

Q

R

S

T